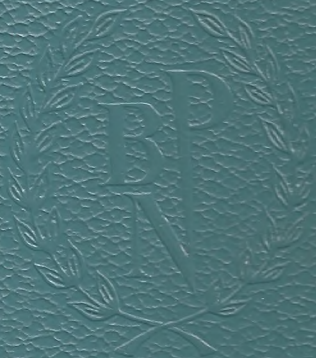


INVENTAS·VITAM·IUVAT·EXCOLUISSE·PER·ARTES
ACAD
SUEC

ALFR·
NOBEL
NAT·
MDCCC
XXXIII
OB·
MDCCC
XCVI

BIBLIOTECA

PREMIOS NOBEL

CHURCHILL

OBRAS ESCOGIDAS

AGUILAR

WINSTON S. CHURCHILL

Premio Nobel 1953

OBRAS ESCOGIDAS

PENSAMIENTOS Y AVENTURAS / GRANDES CONTEMPORÁNEOS
LA FORJA DE LA VICTORIA

Traducción de
PEDRO FRAGA PORTO y JUAN G. DE LUACES

Prólogo de
AMANDO LÁZARO ROS

AGUILAR

TÍTULOS ORIGINALES DE LAS OBRAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

THOUGHTS AND ADVENTURES *(Pensamientos y aventuras)*
GREAT CONTEMPORARIES *(Grandes contemporáneos)*
ONWARDS ON VICTORY *(Adelante hacia la victoria)*
THE DAWN OF LIBERATION *(Alba de liberación)*
VICTORY *(Victoria)*

Reservados todos los derechos. Hecho el depósito que marca la ley.
Copyright © 1957, by Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid. Joya 228.

Printed in Spain. Impreso en España por Gráficas Canales, Castillejos, 26, Madrid.

Winston S. Churchill

EL

PREMIO NOBEL DE LITERATURA DE 1953

CUANDO se hizo pública la lista de los laureados de 1953, llamó poderosamente la atención el nombre del agraciado con el Premio Nobel de literatura que en ella aparecía. Y no—como en alguna ocasión anterior—porque dicho nombre fuera el de una figura apenas conocida hasta entonces fuera del ámbito de su propia patria, y a la que el galardón sueco hubiera lanzado súbitamente a la celebridad mundial. Muy al contrario: el elegido era una de las personalidades más afamadas de nuestros días; pero su fama deriva de un quehacer, tan distinto del literario como es el político, que la elección provocó casi general sorpresa. Nadie desconocía al Churchill estadista, piloto firme de la nave del Imperio británico a través de la más tormentosa travesía de su historia; muy pocos, en cambio, los que estaban al tanto de las actividades del Churchill escritor.

Y, sin embargo, estas actividades tienen por raíz una vocación tan fuerte, que ni aun a las apremiantes responsabilidades de su azarosa vida pública las ha sacrificado. Desde que, como corresponsal del Morning Post, *envió las crónicas de la guerra anglobóer hasta hoy mismo, en que, a sus ochenta y dos años, está empeñado en la redacción de una* Historia de los pueblos británicos, *de la que van ya publicados los dos primeros volúmenes, prácticamente no ha dejado nunca de escribir: memorias, biografías, relatos y anécdotas de guerra, estudios sobre problemas político-sociales, piezas oratorias diversas, historia y hasta*

una pequeña novela, única escapada al campo de lo que los ingleses llaman "ficción", pero única pieza literaria de su obra escrita, porque toda ella se encuentra presidida por una preocupación estilística tan acentuada, que no es disparatado equipararla, como lo ha hecho algún crítico, con la de otro gran estadista y escritor de la Antigüedad: Julio César.

Precisamente porque es innegable esta dimensión artística de su producción, la Fundación Nobel, en cuyos estatutos consta expresamente que "bajo el concepto de literatura están comprendidas no sólo las obras de Bellas Letras, sino también otros escritos que, por su forma y arte descriptivo posean valor literario", le concedió el premio de 1953 "por su maestría en la descripción histórico-biográfica y por la brillante elocuencia con que ha hablado en defensa de nuestra civilización".

Churchill no pudo asistir a la ceremonia de la entrega de los premios; pero su esposa que lo representó en tal ocasión, leyó un mensaje, redactado por él para la solemnidad, del que son los siguientes párrafos:

"Desde que murió Nobel en 1896 hemos entrado en un período trágico y tempestuoso. El poder del hombre ha aumentado en todas las esferas, a excepción de sobre sí mismo. En el campo de la acción jamás se han producido acontecimientos que tan rudamente anularan la personalidad humana. A lo largo de la Historia es difícil encontrar ocasiones en que la brutalidad de los hechos se haya impuesto al espíritu con la aspereza de ahora, o que la virtud humana se haya visto acorralada a tan estrechos reductos. La tremenda cuestión que se nos presenta es ésta: ¿Es que los problemas que tenemos planteados escapan ya a nuestro dominio? Es indudable que estamos atravesando un período en que muy bien pudiera estar ocurriendo lo que digo. Humillémonos y busquemos orientación y misericordia.

"Los que en Europa y en todo el mundo occidental venimos trabajando por la salud individual y la seguridad social; los que hemos asistido maravillados a los progre-

sos de la medicina y la ciencia en general y nos hemos esforzado en conseguir la justicia y la libertad para todos, venimos siendo testigos, sin embargo, de plagas de hambre, miseria, crueldad y destrución ante las que palidecen las devastaciones de Atila o de Gengis Khan. Nosotros, que primero en el marco de la Sociedad de Naciones y ahora en el de las Naciones Unidas hemos procurado cimentar sólidamente esa paz que desde hace tanto tiempo la Humanidad viene anhelando, tenemos ante nuestros ojos el espectáculo de un mundo destrozado por escisiones y amenazado de discordias más graves y violentas incluso que las que sacudieran a Europa a la caída del Imperio romano.

"Ante este sombrío telón de fondo cobra mayor relieve la majestad y la esperanza que animan las concepciones de Alfredo Nobel. Nobel ha dejado tras de sí un halo luminoso y persistente de cultura, de propósitos y de inspiración a nuestra desvalida generación. Esta Institución, mundialmente famosa, nos señala el camino que hay que seguir. Opongamos a la charlatanería y a la estrechez mental que nos rodean, la tolerancia, la comprensión y la serenidad de las que aquélla nos da ejemplo."

* * *

El presente volumen está constituído por Pensamientos y aventuras—*una colección de relatos y anécdotas sobre la agitada vida del autor, salpicados de agudas reflexiones sobre la política, la guerra y el porvenir de la civilización*—, Grandes contemporáneos—*una serie de breves, pero logradísimos retratos de personajes eminentes de nuestros días, desde Clemenceau a Hitler, desde Alfonso XIII a Lawrence de Arabia o Bernard Shaw, que Churchill tuvo oportunidad de conocer y pintar en una luz inédita desde su excepcional puesto de observación*—*y* La forja de la victoria—*donde se han reunido los artículos y piezas oratorias más salientes de los tres años finales de la última guerra mundial, crónica viva, escrita por uno de los testigos más calificados, del período acaso más deci-*

sivo de la historia moderna—. En esta última sección quedan refundidos, depurados del material que el transcurso del tiempo hace ya anacrónico, los tres libros que originariamente fueran publicados con los títulos de Adelante hacia la victoria, Alba de liberación *y* Victoria.

PRÓLOGO

WINSTON S. CHURCHILL

DEL señor Winston Leonard Spencer Churchill, que, al escribir yo este prólogo, acaba de cumplir los ochenta y dos años, se ha escrito ya tanto, que difícilmente podría agregar algo inédito para cualquier persona medianamente culta. Debo, pues, pedir benevolencia a mis lectores si encuentran algo resobado el texto de esta breve introducción al volumen que a él consagra esta Colección de Premios Nobel. Por suerte mía, el campo que dicho volumen abarca constituye solamente un sector limitado de la vida y obra de quien se ha movido desde su primera juventud en un plano internacional, actuando siempre con tensiones y voltajes que para la mayoría de los seres humanos habrían resultado mortales. Trataré únicamente de Churchill visto en las obras literarias que componen este volumen.

No siempre quienes hacen historia escriben la historia que hicieron; y cuando la escriben, pocas veces descuellan como historiadores. Julio César y Jenofonte son la excepción, quizá porque en su tiempo la historia era infinitamente más sencilla de hacer y de escribir que en el nuestro. Las dotes que se requieren para una y otra tarea son muy distintas: los caudillos militares, los conductores de pueblos, los gobernantes políticos son, ante todo, hombres de acción; el talento del escritor es principalmente especulativo y observador.

Esa divergencia de aptitudes entre el hombre que actúa y el hombre que escribe se ensancha de manera extraordinaria cuando el caudillo, el jefe, el gobernante y el político han tenido que forjar historia en un yunque mundial, como es el caso de Winston Churchill, uno de los principales actores en una guerra en que los pueblos beligerantes se contaron por decenas, los guerreros por decenas de millones, y se combatió en la tierra de todos

los continentes, en las aguas de todos los mares y en el aire de todos los meridianos; en una guerra que excedía la capacidad coordinadora de un solo hombre, por privilegiado que fuese. Oigamos al propio señor Churchill:

«Nunca se había visto en ninguna conferencia interaliada conocida por mí nada como el prolongado examen de todo el escenario de la guerra mundial en sus aspectos militar, de producción de armamento y económico. Este examen duró todo el día y hasta muy entrada la noche, estando a cargo de los peritos militares, navales y aéreos, sin influencia alguno política sobre ellos, aunque el presidente (Roosevelt) y yo diéramos una orientación general.»

Y si el forjar historia en tal circunstancia exigió un número elevado de colaboradores capacitadísimos y muy especializados, ¿qué diremos de este señor Churchill, que ha sido además capaz de escribir esa complicada y difícil historia?

Así que la voluntad popular expresada en las urnas retiró a Winston Churchill del papel de primer ministro, dándole el menos ajetreado de líder de la oposición parlamentaria de Su Majestad, acometió la tarea de historiador con el mismo entusiasmo y resolución que había puesto en la de forjador de historia. El Premio Nobel de Literatura que a su obra le fué otorgado atestigua que supo salir de la empresa con el máximo decoro. Su obra, magnífica en sí, constituye una de las más nobles contribuciones para la historia de la segunda guerra mundial, que requerirá numerosas contribuciones de otros actores de la misma, y de especialistas en esta rama de la literatura, si hemos de tener una obra total y definitiva..., cosa que quizá no ocurra nunca. Es preciso decir que ya durante la guerra se había preocupado Churchill de que todos los departamentos ministeriales que en ella intervenían más o menos directamente escribiesen día a día el relato de su actuación.

Sería imposible recoger en un solo volumen la magna obra histórica de Churchill; pero es el caso que había escrito otra historia de la segunda guerra mundial. Es una historia trazada a grandes pinceladas, pero que tiene—ésa

es mi opinión—no pocas ventajas para quienes prefieren las grandes secuencias de conjunto a las escenas detallistas y anecdóticas.

Churchill actuó en la segunda guerra mundial a título de primer ministro de un Gobierno de coalición de partidos en un país que se rige por un sistema rigurosamente parlamentario. Dejando para los teorizantes el establecer si el saldo entre las ventajas y las desventajas del régimen parlamentario—es decir, el del haber y el debe inevitables en todas las instituciones humanas—es, a largo alcance, de signo positivo o de signo negativo, parece evidente que la actuación del que gobierna en dicho régimen es más difícil y laboriosa que en cualquier otro, porque se ve sometido a limitaciones, controles y alertas constantes. Viene a ser lo que un régimen de libre competencia en comparación con el de monopolio de los regímenes totalitarios, o el de *trust* de los régimenes absolutos. Por ejemplo:

Una de las obligaciones que el régimen parlamentario impone al primer ministro—y a todos los miembros del Gobierno—es la de rendir cuenta e informar de su actuación al Parlamento siempre que los miembros de éste lo soliciten, bien en debate general—cuando lo pide un número suficiente de diputados—, bien contestando a preguntas sueltas de cualquier miembro de la Cámara. En coyuntura tan grave e inmediata como una guerra en que se ventilaban la existencia y la dignidad del Reino Unido, del Imperio y de la Comunidad Británica, era natural que los miembros de la Cámara de los Comunes se mantuviesen en un alerta constante, y que exigiesen, dentro de los usos y normas tradicionales en la misma, que el Gobierno les tuviese al corriente de su actuación y de la marcha de los acontecimientos, sin preocuparse de la sobrecarga que con ello imponían y a la ya pesadísima que llevaba sobre sus hombros Churchill. Día a día, semana a semana, mes a mes, la historia de la segunda guerra mundial iba quedando escrita en el *Diario de Sesiones,* tomada por los taquígrafos de la boca de uno de sus grandes actores. Era ésa una historia viva; constituía cada dicurso una escena

del drama candente cuyo desarrollo estaba aún en el telar del destino.

Cuando se escribe la historia *a posteriori*—y eso es lo corriente—, después de transcurrido cierto tiempo, deja de ser drama vivo, para convertirse en relato, en pretérito; no es desarrollo, sino cosa acabada, muerta; está embalsamada, no es carne turgente, con tacto y olor a vida.

Otra ventaja más tiene la historia-drama sobre la historia-relato. El historiador que fué actor no logra nunca desprenderse de la pasión en unos casos, del prejuicio en otros, y en todo momento del amor propio que lo lleva a embellecer su propia figura y su actuación. Esa facultad de embellecer el propio pasado constituye una de las defensas psicológicas más profundas de la naturaleza humana, lo mismo en el individuo que en la colectividad. Es tan espontánea, que quizá se hace presente, aunque en menor grado, durante el curso mismo de la acción. Sí; en ese instante fugaz en que parece que echamos en la hoguera del obrar hasta la última brizna de nuestra energía, surge dentro de nosotros el autoespectador, y proyectamos sobre nuestra figura y nuestra acción una luz optimista, mejoradora, realizadora.

Los grandes discursos que Winston Churchill pronunció en el Parlamento británico durante los años 1943, 1944 y 1945 nos sitúan como espectadores del drama mismo, en su desarrollo, horripilante a veces, y a veces sublime y heroico. Nos muestran a uno de sus principales actores en momentos y facetas culminantes: como orador, como político, como gobernante y estadista, como pensador. El telón de boca es la Cámara de los Comunes, pero el escenario es todo el mundo. Como telón de fondo, focos y soles que dan perspectiva, luz y atmósfera a la escena; el recopilador ha reunido unas tablas de efemérides que sitúan cada discurso en su secuencia histórica y permiten al lector apreciar el alcance, resonancia y oportunidad de las palabras del orador, y la agudeza de su visión aguileña del panorama mundial, en un constante reflujo de ejércitos, en un hervor inquieto de heroísmo, abnegaciones, crueldades y peligros.

Es imposible negar a Churchill una formidable potencia de síntesis; sabe captar los perfiles relevantes del inmenso panorama sin perderse en detalles y sin que se le escape nunca el rasgo fundamental y característico. Esto me lleva a estudiarlo brevemente como orador.

WINSTON CHURCHILL, ORADOR

La noche del 10 de mayo de 1941 fué destruída la Cámara de los Comunes por el bombardeo de los aviones alemanes. Los Comunes se reunieron de allí en adelante en una sala que les fué cedida por la Cámara de los Lores. El 28 de octubre de 1943 propuso Churchill que se designase una comisión para estudiar y preparar la reconstrucción de la histórica sala. He aquí algunos párrafos de su discurso:

«Hay dos características de la Cámara de los Comunes que exigirán la aprobación y apoyo de los reflexivos y expertos diputados. *La primera es que la forma debe ser oblonga y no semicircular.* Este es un factor muy poderoso en nuestra vida política.»

Es muy posible que el lector haga un pequeño gesto de sorpresa al leer que la forma de la sala en que celebra sus sesiones una cámara de representantes pueda ser un factor poderoso en la vida política del Reino Unido. Quizá se haya reído también alguna vez de la peluca de los jueces ingleses. En efecto, son muchos los que, encaramados en la razón, desdeñan el rito, el practicismo, lo material y formal en la tradición. Pero oigamos al señor Churchill:

«La asamblea semicircular, que atrae a los teóricos de la política, permite a los individuos de cada grupo moverse en torno al centro adoptando diversos matices según cambian los tiempos. Soy un defensor convencido del sistema de partidos, por oposición al sistema de grupos... La forma oblonga de la Cámara favorece mucho el sistema de partidos. Es fácil para un individuo moverse por insensibles gradaciones de izquierda a derecha, pero el acto de cruzar el pavimento (*es decir, el pasillo que separa los escaños de la mayoría de los de la oposición, que están en*

frente) requiere seria consideración. Estoy bien informado sobre la materia, porque he ejecutado ese difícil proceso no una, sino dos veces. La lógica es una orientación muy pobre comparada con la práctica. La lógica, que ha creado en tantos países asambleas semicirculares, dando a cada miembro no sólo un asiento, sino a menudo un pupitre para escribir en él y una tapa que cabe golpear, ha probado ser fatal para el Gobierno parlamentario tal como lo conocemos en su patria, en la tierra de su nacimiento.

»La segunda característica de una Cámara formada según las directrices de la Cámara de los Comunes, es *que no debe ser bastante grande para contener a la vez a todos sus miembros sin hacinarse, y que no debe tener cada miembro un asiento reservado para él*... La esencia de un buen modo de hablar en la Cámara de los Comunes es el estilo conversativo, la facilidad de insólitos comentarios e interrupciones. Las arengas de un tribuno serían un mal sustitutivo del estilo conversativo en que se hacen tantos de nuestros asuntos. Pero el estilo conversativo requiere un espacio bastante pequeño y sólo en grandes ocasiones debe notarse hacinamiento y apremio. Esto da sensación de importancia a mucho de lo que se dice y la impresión de que la Cámara debe resolver grandes cuestiones de cuando en cuando.»

No se puede llevar más lejos el practicismo y la observación de la influencia que el medio ambiente material ejerce sobre los humanos; ni se puede dirigir un ataque más contundente contra el teoricismo, la especulación... y la retórica.

¿Se calculó, en efecto, la primitiva sala de la Cámara de los Comunes, al ser construída, para que por obra de sus reducidas dimensiones, los debates se mantuviesen en estilo conversativo, o se impuso éste porque es el más apropiado para las tareas de un órgano del Estado en que la razón y la sensatez deben imperar sobre la pasión y el arrebato? ¿No sería la pequeñez del local obra más bien de circunstancias fortuitas? ¿O ese tamaño reducido del local acabó, en el transcurso de siglos, por limar arrebatos y desgastar las oratorias tribunicias, igual que la gota

de agua acaba por horadar la piedra? Habría que remontarse hasta la época en que fueron construídas las llamadas Casas del Parlamento de Londres para responder a tales preguntas con alguna base; quizá entonces era menor el número de diputados y cabían éstos holgadamente, o quizá los comunes—es decir, los elementos populares—no habían conquistado aún su poderío actual frente a los lores y la Corona. El tamaño de un local ejerce influencia en el tono en que se habla, eso es indudable; y el bajar o subir el diapasón no deja de reflejarse en el tono del pensamiento, aunque siempre hay excepciones, como la que el mismo Churchill señala en una irónica contestación a Aneurin Bevan, que le había interrumpido en uno de sus discursos. Sí, hasta en los Comunes hay oradores exuberantes.

Lo indudable es que Inglaterra, por las razones que sean, ha creado un tipo de elocuencia distinto del clásico, del de Grecia y Roma, y más todavía del tipo romántico, el de los Parlamentos europeos y americanos nacidos de la Revolución francesa; no hay en su tipo de oratoria galas retóricas ni elegancias teatrales, ni hay tampoco desmelenamientos y vociferaciones. Estilo conversativo equivale a naturalidad, sencillez y espontaneidad; a razonamiento desnudo de oropeles y de altisonancias, sin guirnaldas de humo que hagan pasar de contrabando los sofismas. Caben, sí, las ironías buídas—en las que Churchill es maestro—y los golpes de humorismo que arrancan una sonrisa de los rostros de los graves varones que escuchan. Chapuzarse en un discurso de tono conversativo, después de las estridencias de la oratoria de altavoz y de radiodifusión que hoy imperan en la mayoría de los países, resulta una delicia para los nervios, un descanso para los tímpanos y un desentumecimiento para el cerebro.

Después de leer todos los discursos pronunciados por Churchill sobre el tema de la guerra ante la Cámara de los Comunes, estoy por decir que todos ellos son partes de uno solo, cortado por los intervalos que imponían los acontecimientos—o, siguiendo el concepto que he expuesto antes, escenas distintas de un mismo drama—. El orador

entra desde las primeras palabras en materia; les sobran a él y a sus oyentes preámbulos y exordios, porque están siempre en situación. ¡Ah! Pero todos vienen a tener idéntida coda o estrambote. Surge de manera inevitable en el pensamiento del lector la figura de Catón el Viejo, el de las guerras púnicas, con su *Delenda est Cartago!* Churchill termina también machaconamente: «No pensemos más que en la guerra», «Todo para la guerra», que, en su pensamiento y en el de sus oyentes, es «nazismo y fascismo serán destruídos». O, más concretamente, Hitler y Mussolini. Mientras éstos hacían retemblar los micrófonos del mundo con sus bravatas y promesas de victoria inminente, Winston Churchill, hasta la víspera misma de la victoria, no se cansa de repetir a su pueblo: «¡Cuidado con aflojar la tensión! ¡Nada de optimismos prematuros! ¡Resistirlo todo, y adelante!»

Difícil es que una versión pueda conservar o dar siquiera una idea de la elegencia de estilo y expresividad de frase de los discursos de Churchill. El traductor—y hablo por experiencia—se siente empequeñecido y acobardado ante la autoridad del original, y se ciñe a la exactitud del pensamiento, sin tomarse las holguras indispensables para la flexibilidad del propio estilo. Sin embargo, ciertas frases sueltas que iluminan como relámpagos el discurso bastan para hacer comprender al lector de esta versión española que nos encontramos ante un orador de vasta cultura política y humanística.

Entre los discursos de guerra encontrará el lector algunos que son puramente de política interior. El señor Churchill no acaba tampoco de perder en ellos su oratoria conversativa, aunque el diapasón sea más vivo. Quizá los años y el enorme peso de sus responsabilidades habían hecho mella en su acometividad o actuaban de freno. Doctrinalmente, en cambio, son de una claridad y contundencia insuperables.

WINSTON CHURCHILL, POLÍTICO

Tiempos hubo en que el decir político equivalía a decir gobernante, porque no se concebía aquél sino ejerciendo

el poder en alguno de sus múltiples grados, órganos y funciones. Con el advenimiento de los regímenes parlamentarios, basados en la voluntad popular y en la opinión pública, llámanse políticos cuantos de una manera u otra dedican una parte de sus actividades a los negocios públicos, aunque jamás alcancen el poder y transcurra toda su vida en la oposición. Cuando llegan al poder y ejercen las funciones de Gobierno son gobernantes, y estadistas si esas funciones son las supremas del Estado.

Claro está que en regímenes parlamentarios como el inglés, la oposición de Su Majestad es casi un órgano de Gobierno, condicionando con su crítica la labor gubernativa de la mayoría y aguijoneándola con sus embestidas. Y es también evidente que el gobernante se mueve dentro de ciertas líneas generales del programa político de su partido, salvo en el caso de un Gobierno nacional como el presidido por Churchill durante la segunda guerra mundial.

El gobernante es, pues, siempre político; el político no siempre es gobernante. Al hablar de Churchill—que fué ambas cosas—como político, me refiero a las ideas fundamentales que le sirvieron de bandera y norma en su actuación en la vida pública, lo mismo en la oposición que en el poder. Los actos, con sus normas de táctica y estrategia, caen ya bajo el capítulo del gobernante. Ante todo, ¿en qué punto de la ideología política hemos de situar al señor Churchill, tal como resulta de los discursos políticos contenidos en este volumen?

En el régimen de Cámara oblonga, es decir, de mayoría y oposición, los partidos suelen clasificarse en conservadores y radicales (*tories* y *whigs*, en la antigua fraseología parlamentaria inglesa), en derechistas e izquierdistas, según su posición en la Cámara oblonga; en el régimen de Cámara semicircular, de grupos, existen además los llamados centristas, centro-derechistas, centro-izquierdistas, extrema derecha y extrema izquierda. El señor Churchill se sentó en los bancos de la oposición y en los de la mayoría, figuró en el partido liberal, en el partido conservador y permaneció años en un espléndido aislamiento. Le hemos oído decir cómo cruzó por dos veces el pasillo di-

visorio. ¿Ha sido, ideológicamente, un político conservador? ¿Un político liberal? ¿Un acomodaticio? Si hubiese actuado en Cámara semicircular, ¿habría estado quizá en el recodo de la herradura? Sus propios discursos van a decírnoslo.

«Nosotros concedemos inmensa importancia a que sobreviva la democracia parlamentaria. Este es uno de los objetivos de guerra de este país.» Sobre ese punto no cabe la menor duda. Churchill es la antítesis de Hitler y de Mussolini; más aún, régimen parlamentario se identifica para él con Cámara de los Comunes, hasta el punto de rechazar el título nobiliario que quiso otorgarle la Corona en premio de sus servicios, para no tener que salir de la cámara popular, es decir, de los Comunes. He aquí el encendido elogio que hace del órgano de la democracia parlamentaria de Inglaterra:

«La Cámara de los Comunes ha elevado nuestros asuntos de una esfera mecánica a una esfera humana. Prospera con las críticas, es perfectamente impenetrable a los ataques periodísticos y a las mofas de cualquier sector y es capaz de digerirlo casi todo y a casi todos los grupos de hombres, cualesquiera que sean las intenciones con que lleguen. No hay situación que no pueda afrontar con ingenio y vigor. Es la ciudadela de la libertad británica; es el fundamento de nuestras leyes; sus tradiciones y privilegios están hoy tan vivos como cuando quebrantó el poder arbitrario de la Corona y lo sustituyó por la Monarquía constitucional, bajo la que hemos gozado de tantas bendiciones... No sé cómo este país podría ser gobernado sino por la Cámara de los Comunes, desempeñando su papel en toda su amplia libertad en la vida pública británica.»

Demócrata parlamentario, sí, pero ¿liberal?, ¿conservador?

El día 22 de julio de 1943 asistió Churchill en el Círculo Liberal Nacional al descubrimiento de un retrato suyo que había sido dañado por una bomba. Churchill era entonces el eje indiscutido del partido conservador, además de primer ministro. Y he aquí cómo habló:

«Mi memoria vuelve a los días de mi vida anterior, cuando tuve mis primeros contactos políticos efectivos con el partido liberal. En aquellos días éste ganaba, tras un lapso de muchos años, el poder político, y por entonces —hablo de 1906—parecía que muchas de las causas que habían hecho nacer el liberalismo como fuerza política estaban ya conseguidas. Habían sido quitadas sus cadenas a los esclavos; las carreras estaban abiertas al talento; las barreras de clase y privilegio se derrumbaban con gran rapidez, o ya habían sido eliminadas. Los derechos de las naciones pequeñas y los principios y tradiciones que animan a los nacionalismos en todo el mundo recibían una medida de respeto cada vez mayor.»

¿Qué había ocurrido? ¿Acaso el partido conservador había ejecutado la parte más esencial del programa del partido liberal? Oigámosle:

«Paréceme que una gran masa de liberalismo se ha infundido en los demás países y que esto ha dado a quienes lo han seguido profesando toda su vida una sensación de continua fructuosidad y esfuerzo.» Es decir, que el resultado de la pugna y contradicción entre liberales y conservadores había sido la liberalización de éstos (la síntesis histórica). Pero el conservadurismo nace de la tendencia al estatismo, a la inmovilidad, y, si no surge una nueva pugna y contradicción, acaba por negarse a todo progreso. Entonces el partido liberal renueva sus agresividades: «Lloyd George, al frente del partido liberal, impulsó la larga sucesión de leyes sociales, seguros de todo género, pensiones de vejez e invalidez, bolsas de trabajo y todo ese gran campo de legislación social en que el liberalismo encontró un fertilísimo y práctico trabajo que ejecutar, trabajo que ya ha progresado a través de la vida entera del pueblo de este país, y continuará.»

Más explícito aún se nos muestra en su discurso radiado del 4 de junio de 1945:

«Entre nosotros y los socialistas ortodoxos hay un ancho e inmenso abismo doctrinal... Pero tal abismo no existe entre los conservadores y el Gobierno nacional que he formado y los liberales. Apenas hay un solo sentimiento

liberal de los que animan a los grandes adalides liberales del pasado que nosotros no hayamos heredado y propugnemos. Sobre todo, nuestra defensa de la libertad, aquí y en el extranjero. Todos los principios orientadores de la Constitución británica son proclamados y sostenidos por nosotros en máximo grado. ¿Cuándo se ha ofrecido a ningún partido liberal en el pasado un programa político de reforma social tan macizo, fervoroso y audaz como el que se contiene en nuestro plan cuatrienal? Paréceme que Gladstone hubiera rechazado buena parte de él, pensando que era ir demasiado lejos. Pero tenemos aún un Rosebery y un Lloyd George para llevar adelante las banderas de sus padres... ¿Por qué entonces nos desaira el partido liberal? ¿Por qué abandona la línea de batalla?»

En un régimen parlamentario de grupos, de Cámara semicircular, sería fácil, después de esos discursos, situar a Churchill en el recodo de la herradura: en el grupo de centro-izquierda. Pero ya hemos visto que abominaba de tal sistema. En el ideario de Churchill sólo cabían la mayoría y la oposición, unos a la derecha y otros a la izquierda, frente a frente. Y ahí es donde adquieren trascendencia lógica los discursos que he acotado. Churchill, ante el avance numérico cada vez mayor de los diputados laboristas, ve todos los peligros del triángulo partido conservador, partido liberal, laborismo, y planea la gran maniobra: fusionar a liberales y conservadores, liberalizando el programa del partido conservador, para poner dique infranqueable a las tendencias socializantes. Porque Churchill es irreducible en su enemiga al socialismo y a su programa de nacionalizaciones e intervenciones estatales. Oigámosle:

«Declaro desde el fondo de mi pecho que ningún sistema socialista puede establecerse sin una policía política... Los socialistas tienen que recaer en alguna forma de Gestapo... Yo propugno la soberana libertad del individuo dentro de las leyes que Parlamentos libremente elegidos aprueben con toda libertad. Propugno el derecho del hombre corriente a decir lo que piense del Gobierno que exista, por poderoso que sea, y asimismo su derecho a derribar ese Gobierno si cree que con ello va a mejorar su humor

o va a mejorar su casa o su país, y siempre que para ello persuada a bastante gente que vote con él.»

Absorber el partido liberal en el conservador, liberalizar éste, pero conservando sus dos divisas tradicionales, la del Imperio y la del apoyo a los terratenientes. La guerra había sido una lección dura, durísima, pero elocuente por demás. Había enseñado—a Churchill por lo menos—el valor del Imperio y de la Comunidad de Naciones británicas. Oigámosle en un discurso pronunciado el 15 de marzo de 1945 en la Asamblea del partido conservador:

«En aquellos terribles días, todo nuestro Imperio y Comunidad de Naciones—con una sola y lamentable excepción (la Irlanda del Sur)—se unieron a nosotros, por su libre voluntad, desde el mayor Dominio a la menor colonia, en espontánea resolución de morir o vencer con nosotros en una causa justa.»

Churchill sabe bien todo el filo y contrafilo de ciertos vocablos. Frente a algunas vacilaciones y titubeos, recalca con valentía: «Sí, Imperio, ¿por qué no?»—de la misma manera que trata de acabar con la denominación del «laborismo» (*Labour Party*), llamando una y otra vez a sus adeptos «socialistas», y a su organización *Socialist Party*, en un intento de acabar con lo que le parece un enmascaramiento—. Y sigue diciendo: «Dado este hecho sin paralelo, no necesitamos consejos, ni aun de nuestros más apreciados aliados, respecto a cómo debemos conducirnos en nuestros negocios. La máxima de Beaconsfield, *Imperius est libertas*, es aún nuestra guía. Esa verdad se ha acreditado abundantemente desde que tales palabras se pronunciaron. Sin libertad no hay fundamento en nuestro imperio; sin imperio no hay salvaguardia de nuestra libertad. Con esto nos referimos a libertad para todos los estados y naciones dentro del círculo de la Corona, y con esto significamos también libertad para los individuos dentro de la amplia y siempre progresista concepción de la Constitución británica y de la manera británica de vivir. Aquí no nos interesan sistemas totalitarios de gobierno en ninguna de sus formas. El derecho de libre expresión y libertad política se ha conservado en horas de peligro na-

cional hasta una extensión increíble en el mundo ajeno al habla inglesa.»

«Imperio y Comunidad británica de Naciones», repite una vez y otra. «Yo no estoy aquí para liquidar el Imperio británico», exclama con un gruñido de *bull-dog* en otro discurso. La ambición de Churchill era en este punto desmesurada, porque un Imperio de la magnitud del de Inglaterra exige una metrópoli cada vez más fuerte y poderosa, y el Reino Unido, aunque vencedor, iba a salir de la guerra profundamente debilitado por la misma ayuda que el Imperio y la Comunidad de Naciones le habían prestado. ¿Habría triunfado sin ellos?

Churchill habrá dado muchas veces gracias a Dios—en medio de su amargura—por haber pasado a otras manos —Atlee, Eden—la tarea de liquidadores del Imperio. También sale pujante a primer término el conservadurismo de Churchill en su apoyo a la agricultura, es decir, a los terratenientes, grandes y pequeños, que han sido la espina dorsal del partido conservador desde los tiempos de las leyes cerealistas del siglo XVIII:

«Una agricultura sana y bien equilibrada es uno de los principales resortes de nuestra vida nacional. Advierto con interés y simpatía la resolución aprobada al respecto por esta Asamblea en sesión de ayer, resolución que establece una política a largo término que, mediante la estabilidad de precios, asegurará a los productores eficientes un buen provecho para su capital, y a los trabajadores un nivel de vida comparable con el de otras industrias.»

Los tiempos cambian, y el léxico político y económico también. Estabilidad de precios y no leyes protectoras, como en los tiempos en que los fabricantes de Manchester luchaban por la abolición de las leyes cerealistas. Quizá Adam Smith diría que, en resumidas cuentas, todo es uno y lo mismo, porque todo cuanto encarece artificialmente el precio de una cosa está en pugna con el libre cambio. ¿Pero no es ya Adam Smith una antigualla?

Voy a cerrar este apartado con una nota curiosa de conservadurismo riguroso: el *noli tangere* la tradición, hasta en los detalles más nimios del rito; el respeto a las formas

y fórmulas de lo tradicional, como medio seguro de conservar el espíritu de la misma. El lector encontrará a lo largo de este volumen numerosos ejemplos, pero yo voy a presentarle uno típico.

El 17 de abril de 1945 el señor R. D. Molntyre, diputado recién electo por Mothrwell, intentó ocupar asiento en la Cámara sin ser presentado por otros dos miembros. La Cámara debatió una moción para que se le permitiese apartarse de la costumbre usual. En el curso del debate, Churchill dijo:

«No aconsejo en esta ocasión a la Cámara que se aparte de las antiguas costumbres y tradiciones. Por el contrario, pienso que en estos días el Parlamento y la Cámara inglesa de los Comunes están demasiado expuestos a las miradas de todo el mundo—miradas que en gran parte del globo son admirativas—para que incurramos en la menor infracción de las antiguas usanzas que han contribuído a nuestra dignidad y poder... En cualquier caso, y en lo que nos concierne, espero que quienes apoyan al Gobierno de Su Majestad rechazarán la propuesta de derribar de repente costumbres y tradiciones de nuestra isla que datan de 1668.»

La moción fué rechazada por 273 votos contra 74... En el mismo instante en que votaba y dividía la Cámara por esa cuestión de rito se estaban librando las batallas resolutivas de la guerra; ingleses y norteamericanos hacían saltar las últimas líneas defensivas alemanas, y los ejércitos soviéticos se acercaban a Berlín. El rito es algo más que puro formulismo.

Otra noble característica de Churchill político es su aborrecimiento de la demagogia:

«Hay ciertamente una cosa que no haremos: buscar popularidad o votos prometiendo lo que no podemos ejecutar. No competiremos con otros en agitar reclamos y señuelos electorales. Sería muy fácil para todos prometer y aun dar con entusiasmo regalos, bonificaciones y recompensas; pero si una mañana despertáramos hallando que la libra esterlina sólo vale para comprar cuatro o cinco chelines de servicios o géneros, habríamos cometido un

gran crimen. El crimen de haber estafado a los soldados y trabajadores de este país, amenguando el valor de sus ahorros.»

Como hombre de partido, Churchill fué muchas veces acusado de voluble. Quizá respondiendo a esos reproches, dijo en su discurso de homenaje a sir Kingsley Wood, ministro de Hacienda fallecido:

«Era también un buen hombre de partido. No hay razón alguna para avergonzarse de esto, porque en muchos períodos de la historia la democracia se expresa mejor a través del flujo y reflujo de los partidos. En este sentido era un buen hombre de partido, que sabía poner al suyo antes que su persona y sabía las ocasiones en que la nación ha de ser puesta antes que el partido.»

Es preciso decir en elogio de Churchill que cuando abandonó el partido conservador para pasar a un espléndido y solitario aislamiento, todos, o casi todos, le pronosticaron la muerte política y dieron por terminada su carrera. No fué así, por suerte para Inglaterra.

Creo haber trazado la figura de Churchill político, tal como se desprende de los discursos insertos en este volumen. Sin salirme de su propio pensamiento ni meterme a interpretar los actos de su larga carrera. Veamos ahora, a la misma luz, y a grandes rasgos, su perfil de gobernante, de estadista.

WINSTON CHURCHILL, ESTADISTA

En uno de los ensayos del libro *Pensamientos y aventuras*, incluído en esta colección de obras de Churchill, y que vió la luz pública el año 1932, se preguntaba su autor:

«La marcha de los acontecimientos ¿está ordenada y guiada por hombres eminentes, o nuestros líderes asaltan simplemente sus puestos a la cabeza de móviles columnas? ¿El progreso humano es el resultado de los propósitos y las acciones de los individuos, o son estas acciones y estos propósitos simple consecuencia del tiempo y de las circunstancias? ¿Es la historia la crónica de los hombres y las mujeres célebres, o solamente de sus reacciones ante las corrientes, tendencias y oportunidades de la época?

Los conocimientos ideales que forman nuestro mundo, ¿se los debemos a unos gloriosos pocos, o a los pacientes, anónimos, innumerables muchos?»

Y contesta:

«Yo no vacilo en colocarme entre aquellos que ven la pasada historia del mundo principalmente como la narración de los seres humanos excepcionales, cuyos pensamientos, acciones, cualidades, virtudes, triunfos, debilidades y crímenes han dominado los destinos de la raza.» Y poco antes había dicho, refiriéndose «al influjo que los maestros —pensadores, descubridores y caudillos—han ejercido en cada período»: «Necesitaron ciertamente su fondo, su atmósfera, su oportunidad; pero estos elementos eran también palancas que magnificaban su poder» (el de los maestros).

Se podrá o no estar conforme con las afirmaciones churchillianas como explicación total de la marcha de la Humanidad a través de los tiempos; pero cualquiera que lea el ensayo descubrirá a lo largo del mismo la nostalgia del conductor, del héroe, del gran estadista que anhela su oportunidad y que parece presentir su propio futuro: «¿Pueden las colectividades modernas pasarse sin los grandes hombres?... Hay un sentimiento de ausencia, de vacío; de carencia de algo, de imperfección. Echamos de menos a nuestros gigantes. Sentimos que su tiempo ha pasado.»

¡Cómo se equivocaba en esta última afirmación el hombre que, pocos años más tarde, iba a ser el conductor de una masa de pueblos inigualada hasta entonces en la historia humana, a lo largo de los avatares de una guerra inconcebible hasta en tiempos de las invasiones de los bárbaros! Surgieron los superhombres—gobernantes, caudillos, sabios—cuando las circunstancias hicieron necesaria su presencia, y surgieron en número nunca visto. Y uno de ellos iba a ser él, Winston Churchill. Sí, iba a encontrar la circunstancia sin la cual no hubiera pasado de ser un político dinámico, inquieto, perturbador de las digestiones tranquilas de amigos y de adversarios políticos, un orador buído e irónico que se movía en la Cámara de los Comunes como en su propio elemento.

¿Reunió Churchill las cualidades propias de un gran conductor de pueblos en períodos de grandes dificultades, peligros y transformaciones? Ante todo, ¿qué cualidades son ésas?

La primera, creo yo, de las cualidades que debe reunir un gran conductor de pueblos—gobernante, estadista, caudillo—es el ánimo esforzado. Esos grandes hombres, «una vez precipitados en el torrente, siguen nadando desesperadamente, sacando fuerzas y reservas insospechadas e inmensas, con la esperanza de poder surgir triunfalmente en la otra orilla». Porque, como Dios «dijo desde la zarza ardiente que ardía seguramente en el interior de Moisés: «Te dotaré de extrahumano poder. No hay nada que el hombre no pueda hacer si lo quiere con bastante resolución.»

Estas acotaciones de un ensayo de Churchill, titulado *Moisés, el conductor de un pueblo,* parecen el reflejo de una convicción íntima y profunda que Hitler iba a poner a prueba para daño suyo. Son innumerables las que podría hacer en los discursos de este volumen. La primera que me viene a las manos es ésta, sacada del que pronunció en la Cámara de los Comunes cuando caían de una manera indiscriminada sobre Londres las llamadas «bombas volantes»:

«Respecto a la evacuación, ya dije que todos deben permanecer en su puesto y cumplir su deber diario. Sería una afrenta a esta Cámara la sugestión de que debe instalarse en sitio diverso a Londres. Aquí empezamos la guerra y aquí la veremos terminar.» Estas palabras no eran sino un eco de otras, que han pasado a la leyenda, pronunciadas en el momento en que todos daban ya a Inglaterra por vencida, cuando se quedó sola frente a todo el poderío de Hitler triunfante: «Defenderemos nuestra isla, cueste lo que cueste; lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de desembarco, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas. No nos rendiremos jamás.»

Recordando aquel momento, dice con orgullo en un discurso de este volumen:

«Nosotros mantuvimos en alto la flamante antorcha de la libertad cuando todo eran tinieblas en torno nuestro. Y así ganamos el tiempo necesario para que Hitler, tirano continental y señor de las maldades, cometiese un error funesto. Así ganamos el espacio bastante para que los Estados Unidos comenzasen a poner en orden sus todavía no bien ponderadas capacidades de poderío, valor y ciencia.»

Cualidad indispensable al conductor de pueblos es, sin duda, la visión realista de las situaciones y de los problemas, y el saber establecer entre ellos la debida prelación y escala: una visión de lo inmediato y de lo lejano, del afán de cada día y del desarrollo previsible de los acontecimientos a largo plazo, anteponiendo lo superior a lo subalterno, lo esencial a lo accidental. En el ensayo sobre Arthur James Balfour—de *Grandes contemporáneos*—dice Churchill, refiriéndose al eminente político inglés:

«...en política, decidía más fácilmente sobre grandes que sobre pequeñas cuestiones. Era más eficaz en una resolución de general importancia que en esas minúsculas resoluciones administrativas que constantemente se exigen a los altos funcionarios del poder ejecutivo adoptar en épocas de perturbación. No servía para dar órdenes, y hay tiempos en que el dar muchas órdenes, claramente expresadas, armónicamente concertadas, es un don apetecible en un gobernante. No le gustaba precipitarse y dar pasos en falso; pero en momentos de guerra, los jefes no tienen más remedio que precipitarse. Odiaba tomar una decisión sin pleno y perfecto conocimiento; pero en épocas de violencia, la mayoría de las cosas más importantes tienen que hacerse con una información imperfecta e incierta, y el olfato basado sobre el previo estudio es a menudo el más seguro guía. Un día, en 1918, cuando el Consejo Supremo de los Aliados celebraba sesión en Versalles bajo el tronar y casi al alcance de los obuses alemanes, Balfour habló durante diez minutos de una cuestión importante, y cuando terminó, el viejo Clemenceau volvió hacia él sus ojos chispeantes y le dijo ásperamente: *Pour ou contre?*»

Churchill escribió estos párrafos con anterioridad a

1937; había sido testigo y actor en la primera guerra mundial, contienda terrible, pero que no llegó a adquirir el dramatismo y las complejidades de la segunda. Siguiéndolo en los discursos de este volumen, lo vemos preocupado en todo momento por una suprema cuestión práctica: ganar la guerra. Pero también lo vemos actuar con rapidez y decisión en todos los problemas, fundamentales y secundarios, conducentes a esa finalidad suprema: en la política exterior, en la política de guerra, en la de municionamientos, construcciones, hacienda, etc. En todas partes. Se mantiene en comunicación directa y constante con el presidente Roosevelt—las cartas y telegramas particulares que le dirigió, al margen de la correspondencia oficial, alcanzaron la cifra de varios millares—. Y cuando creyó que no bastaban el cable y el correo, tomó el avión, voló sobre mares y continentes para cambiar impresiones directas con él. Y lo mismo hizo con su otro aliado, el mariscal Stalin; voló a Moscú, voló a Crimea, voló a Teherán. Fué el verdadero mantenedor de la unión entre los tres grandes aliados. Y voló a Turquía. Y a Egipto. Y a Casablanca. Consciente de los riesgos técnicos y de las asechanzas del enemigo, que eran constantes, como lo demuestra el caso del avión civil derribado por la aviación alemana por creer que el primer ministro británico viajaba en el mismo.

Practicismo. No se perdió nunca Churchill en disquisiciones teóricas, como lo veremos en varias cuestiones candentes y trascendentales para el resultado de la guerra.

Otra cualidad del gran estadista es la impasibilidad. Dice Churchill, hablando de Balfour:

«Jamás consintió que la amistad personal, por íntima y sólida que fuese, embarazase sus soluciones de los problemas del Estado. Hubiese transcurrido su vida entera en el laberinto de intrigas del Renacimiento italiano, y él no habría precisado estudiar las obras de Maquiavelo. Hubiese vivido en la Revolución francesa, y habría enviado a la guillotina, cuando ello fuese necesario, a un peligroso enemigo de su gobierno o de su partido, o hasta a algún extraviado colega. Y lo hubiera hecho con complacencia, aunque, eso sí, de la manera más atenta e impersonal.»

Churchill se atuvo siempre, de la manera más escrupulosa, a las normas de la Constitución británica; pero, dentro de ellas, recordemos el caso del Mahatma Gandhi. Apremiaban a Churchill de todas partes para que lo pusiese en libertad, durante su célebre ayuno, y contestó que no; y recalcó su negativa, contestando a una pregunta en la Cámara de los Comunes, que podía ser un estorbo para la buena marcha de la guerra. Churchill era un jugador impasible por dentro y por fuera. La antítesis del arrebatado Hitler. Puesto en circunstancias decisivas, ni vacilaba ni daba puñetazos en la mesa. Oigámosle ante el problema del lanzamiento de la primera bomba atómica:

«El 17 de julio llegaron a Potsdam noticias, ansiosamente esperadas, de la prueba de la bomba atómica en el desierto mejicano. Un éxito que rebasaba todos los sueños coronó esta magnífica aventura de nuestros aliados americanos. Los informes detallados del experimento, que vinieron pocos días después por vía aérea, no dejaron duda alguna en las mentes de los pocos enterados, al respecto de que estábamos en presencia de un nuevo factor de los asuntos humanos, y de que poseíamos fuerzas irresistibles. La Gran Bretaña tenía derecho a ser consultada, de acuerdo con los convenios angloamericanos. La decisión de usar la bomba atómica la adoptamos el presidente Truman y yo en Postdam, y los dos aprobamos los planes militares para desencadenar esas terribles y devastadoras fuerzas.»

Pero la impasibilidad y la decisión tienen por fuerza que ir unidas en el estadista a la cautela, y, en ocasiones, al disimulo. Los lectores de este volumen tendrán ocasión de verlo en el caso de Turquía. Churchill, al volver de una visita a Turquía, se expresó así ante la Cámara de los Comunes:

«No forma parte de nuestra política producir complicaciones a Turquía. Por el contrario, un desastre para Turquía sería un desastre para la Gran Bretaña y para todas las Naciones Unidas. Además, Turquía ha mantenido una sólida barrera contra la agresión de cualquier lado; y haciéndolo así aun en los más negros días, ha prestado un inapreciable servicio, impidiendo que la guerra se expan-

diese a través de su territorio a Persia y el Irak, y evitando la amenaza a los campos de petróleo de Abadán, que son de importancia vital para toda la guerra de Oriente... Nosotros y los Estados Unidos estamos ahora por primera vez en situación de proveer esas armas hasta la plena capacidad de los ferrocarriles y otras comunicaciones turcas... En nuestras conversaciones *no pedí nada a Turquía...* Turquía tiene hoy a ambos lados potencias victoriosas y amigas. Sería interesante ver cómo la historia se desarrolla capítulo a capítulo.»

Así hablaba el 11 de febrero de 1943. He aquí cómo se expresaba el 24 de mayo de 1944:

«La gran decepción que experimenté el pasado octubre, cuando no pude procurar las fuerzas necesarias para el dominio del Egeo después del derrumbamiento de Italia y la posesión de las islas italianas, fué, desde luego, acompañada de una exagerada actitud de cautela por parte de Turquía. Las esperanzas que acariciábamos de que los turcos entraran arrojadamente en la guerra en febrero o marzo, o nos concedieran al menos bases aéreas, se desvanecieron. Después de enviar armas británicas a Turquía por valor de veinte millones de libras en 1943, hemos suspendido el sistema y exhortado a Turquía a que se una con las victoriosas potencias aliadas...; lamentándolo mucho, interrumpimos el proceso de armar a Turquía... *No la hemos apremiado en modo alguno fuera de con argumentos y no dándole los suministros que necesitamos para nosotros y para otras naciones en lucha.* Pero el sistema que ha sido seguido y sigue siéndolo, paréceme que no procurará a los turcos en la paz la fuerte posición que hubiera tenido de unirse a los aliados.»

Obsérvese la cautela y mesura del gobernante; reconoce que se ha visto rudamente chasqueado; corta el suministro de armas a Turquía, pero no corta el juego de sonrisas y de amabilidades; porque la nación turca, que en los primeros años del conflicto constituía un peligro para Inglaterra en el Oriente Medio si se unía a Alemania para satisfacer ambiciones territoriales; que pudo ser luego ayuda, armándola para que pudiera oponer una barrera

sólida a los ejércitos alemanes que avanzaban hacia el Cáucaso, también sería útil el día de mañana cerrando a la URSS, victoriosa y expansiva, ese mismo camino hacia el Irán y el Irak, es decir, hacia el petróleo y el golfo Pérsico.

LO PRÁCTICO Y REAL, SIEMPRE SOBRE LO TEÓRICO E IDEAL

Quiero hacer un apartado para hablar más extensamente de esta faceta de Churchill.

Los grandes idealistas y teóricos pocas veces suelen ser grandes gobernantes y estadistas. Los ideales y las teorías políticas más bellas, justas, progresivas y útiles resultan estériles, fracasan o causan estragos si no encuentran hombres que sepan aplicarlas con sentido práctico y oportunista. No fracasan, por regla general, los sistemas, sino los hombres. Muchas que se califican de injusticias del destino no son sino castigo a la incapacidad y falta de realismo de los dirigentes de las naciones que las sufren. Donde existe un verdadero estadista, el ideal acaba cuajando en realidad. Por encima de todos los obstáculos, altibajos y zigzagueos. Un ideal grande sale convertido en cosa monstruosa de las manos de hombres pequeños, o se quiebra entre ellas.

Inglaterra entró en guerra con Hitler porque éste invadió Polonia. Un bello gesto. La libertad e independencia de Polonia fué la bandera que los gobernantes de Inglaterra agitaron ante el mundo. Una bandera aureolada de simpatía. Cuando Churchill subió al poder, Polonia, vencida, había sido repartida entre la URSS y Alemania y aquélla extendió sus fronteras hasta la «línea Curzon», así llamada porque una comisión de la Sociedad de Naciones, presidida por lord Curzon, la había señalado como frontera entre Polonia y la URSS; el resto de aquella nación se lo apropió Hitler. Churchill siguió agitando, con mayor vigor todavía que lo había hecho su predecesor, Chamberlain, la bandera de la libertad e independencia de Polonia. Hasta que un día Hitler declara la guerra a la URSS

y Stalin viene a convertirse, por obra del destino, en aliado de Churchill.

¡Difícil trance habría sido ése para un gobernante idealista y teorizador! Pero Churchill no lo era, porque, de serlo, quizá no habría sido un gran gobernante y conductor de pueblos. Los discursos pronunciados por él ante la Cámara de los Comunes tienen hoy casi tanta actualidad como entonces; constituyen un verdadero curso de practicismo político—quizá no falte quien lo califique de duplicidad—; eso depende del ángulo de visión en que uno se coloque.

La situación es ésta:

Los hombres del gobierno polaco de Londres, los millares de combatientes de la legión polaca, los diputados de su propio partido, le apremian, le hostigan; los laboristas recelan, los periódicos norteamericanos de la derecha le atacan. El mismo Churchill está disgustado en su fuero interno. Los discursos del 27 de febrero y del 16 de agosto de 1945 son casi patéticos. Viendo que sus esfuerzos desesperados por llegar a un acuerdo entre polacos y soviéticos fracasan por donde menos lo esperaba, pronuncia estas desconsoladoras palabras: «Hay pocas virtudes que los polacos no posean y hay pocos errores que hayan sabido evitar.» Y lo dice refiriéndose a todos ellos: a los del gobierno polaco de Londres y a los del Comité de Lublin, a los polacos anticomunistas y a los secuaces de Stalin.

«Llego a lo más difícil de la declaración que estoy haciendo a la Cámara: la cuestión de Polonia. Desde hace más de un año, y desde que la marea de la guerra se ha vuelto tan acusadamente contra Alemania, el problema polaco se ha dividido en dos facetas principales: las fronteras de Polonia y la libertad de Polonia. La Cámara sabe bien, por los discursos que le he dirigido, que el Gobierno de Su Majestad ha creído siempre que la libertad, independencia, integridad y soberanía de Polonia son cosas más importantes que sus fronteras de hecho... Rusia ha mantenido de continuo lo que pidió por primera vez en 1943 en Teherán: la línea Curzon al Este, con amplia

compensación para Polonia, a expensas de Alemania, al Oeste y al Norte... Nunca he ocultado ante la Cámara que personalmente tengo por justa la reclamación rusa.»

Ya está resuelto el problema de fronteras de Polonia. ¿Y el de su libertad e independencia? Veamos:

«Pero incluso más importante que las fronteras de Polonia, dentro de los límites ahora explicados, es la libertad de Polonia. La morada de los polacos está acordada. ¿Serán los interesados señores de ella? ¿Serán libres como los habitantes de Inglaterra, de Estados Unidos o de Francia? ¿Serán su soberanía e independencia ejercidas sin trabas o van a convertirse en una mera proyección del Estado soviético y a verse forzados contra su voluntad por una minoría armada, a adoptar un sistema comunista o totalitario?» Y contesta:

«El mariscal Stalin y la URSS han hecho las más solemnes declaraciones de que la soberana independencia será mantenida, decisión a la que se unen los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Aquí también asumirá la organización mundial una medida de responsabilidad. Los polacos tendrán su porvenir en sus manos *con la sola limitación de que han de seguir sinceramente, en armonía con sus aliados, una política amistosa hacia Rusia. Esto es, a buen seguro, razonable.*»

¿Pudo hacer más en aquel momento Churchill? ¿No oía cómo el espectro de Hamlet—que en esta ocasión hablaba por boca del Gobierno de polacos intransigentes de Londres—le gritaba: *Words, words, words!* (¡Palabras, palabras, palabras!)? Pero, repito, ¿pudo hacer más en aquel momento el gran estadista si el mariscal Stalin tenía todos los triunfos en la mano? Había derrotado a los alemanes, expulsándolos de Polonia; ocupaba el país polaco y funcionaba un Gobierno de hecho—que había invitado a los miembros del de Londres a incorporarse al mismo—. Churchill no tenía en su mano ni un mal triunfo.

En el caso de Grecia, en cambio, todos los triunfos eran suyos y lanzó al ejército inglés a las calles de Atenas contra los sindicatos que habían declarado la huelga general

y contra los grupos armados de guerrilleros comunistas que estaban a punto de adueñarse a viva fuerza del poder. Y Stalin, a su vez, tascó el freno. Pero Churchill se vió abucheado por todos los periódicos izquierdistas del mundo y por los diputados laboristas en la Cámara de los Comunes.

CHURCHILL, ESCRITOR

El primer libro que publicó sir Winston Churchill fué el titulado *The Story of the Malakand Field Force* (1898). Siguió, en 1899, *The River War*, una crónica de la campaña del Sudán y de la batalla de Omdurman, en la que tomó parte, a las órdenes de lord Kitchener, como oficial del 21.º Regimiento de Lanceros. Un año después apareció *Savrola*, la única novela que saliera de su pluma. Simultáneamente publicó dos breves obras de carácter militar: *London to Ladysmith via Pretoria* y *Ian Hamilton's March*. En 1906 terminó su primera obra de envergadura, la biografía de su padre, que lleva por título *Lord Randolph Churchill*, a la que siguieron *My African Journey* (1908) y *Liberalism and the Social Problem* (1909), donde recogió un discurso pronunciado en el mes de mayo del mismo año.

Al terminar la primera guerra mundial, durante la cual ejerció el cargo de primer lord del Almirantazgo y el mando del 6.º Regimiento Real de Fusileros Escoceses, escribió una historia de la misma, en cuatro volúmenes, titulada *The World Crisis* (*La crisis mundial*, 1911-1918). Siguieron *The Eeastern Front* (1931) y *Thoughts and Adventures* (*Pensamientos y aventuras*), publicada al siguiente año. Entre tanto—en 1930—, se editó lo que puede considerarse, junto con algunas partes de las obras ya citadas, las primicias de sus futuras memorias: *My Early Life*.

Durante el período que pasó apartado de las tareas de Gobierno escribió Churchill la biografía de su antepasado *Marlborough: His Life and Times* (*Marlborough, su vida y su tiempo*), el primero de cuyos cuatro volúmenes apareció en 1933, publicándose el cuarto en 1938. En 1937

vieron la luz sus *Great Contemporaines* (*Grandes contemporáneos*), una serie de bocetos biográficos sobre celebridades de nuestros días que el autor trató o conoció personalmente. A la terminación de la segunda guerra mundial publicó la historia de la misma bajo el título de *The Second World War* y con la siguiente distribución en volúmenes:

1. *The Gathering Storm (Cómo se fraguó la tormenta)*, 1948.
2. *Their Finest Hour (Su hora mejor)*, 1949.
3. *The Grand Alliance (La gran alianza)*, 1950.
4. *The Hinge of Fate (El gozne del destino)*, 1951.
5. *Closing the Ring (El anillo se cierra)*, 1952.
6. *Triumph and Tragedy (Triunfo y tragedia)*, 1953.

También se han publicado los siguientes volúmenes de discursos y arengas: *Arms and the Covenant* (1938), *Step by Step* (1939), *Into Battle* (1941), *The Unrelenting Struggle* (1942), *The End of the Beginning* (1943), *Onwards to Victory* (*Adelante hacia la victoria*) (1943), *The Dawn of Liberation* (*Alba de liberación*) (1944), *Victory* (*Victoria*) (1945), *Secret Session Speeches* (*Los secretos de la guerra*) (1946), *The Sinews of Pace* (1948), *Europa Unite* (1950), *In the Balance* (1951), *Stemming the Tide* (1953).

En 1948 escribió *Painting as a Pastime*. Actualmente redacta *A History of the English-Speaking Peoples*, cuyo primer volumen se publicó en 1956 con el título de *The Birth of Britain*.

(En lo que antecede, cuando existe versión castellana de las obras citadas se han mencionado los correspondientes títulos junto a los de los originales ingleses.)

DATOS BIOGRÁFICOS

Sir Winston Leonard Spencer Churchill nació el año 1874, habiendo, por consiguiente, cumplido ya los ochenta y dos. Puede decirse sin exageración que es, dentro y fuera de Inglaterra, el más célebre de los ingleses vivientes. Hijo de lord Randolph Churchill, político destacadísimo durante el reinado de la reina Victoria, y de la hija de un relevante ciudadano de Norteamérica, parece haber he-

redado de sus nobles ascendientes, los duques de Marlborough, las altas aspiraciones, la combatividad y las dotes de mando, y de su bella madre norteamericana la vitalidad y el desdén por las vanidades de la nobleza hereditaria.

Hizo sus estudios en la Harrow School, y desde allí pasó a la Academia militar de Sandhurst, de la que salió el año 1895 con los despachos de oficial para el 4.º Regimiento de húsares. El año 98 asistió a la guerra de Cuba como agregado militar al ejército español, siendo en Cuba donde tuvo su primer contacto con la guerra. Pasó después al ejército inglés de la India y tomó parte en las campañas de Malakand y Tirah.

Poco amigo de la vida pacífica de cuartel, trató de agregarse a la expedición del Sudán, mandada por Kitchener, pero éste andaba sobrado de oficiales y rehusó aceptarlo. Entonces Churchill se hizo nombrar corresponsal de guerra de un periódico londinense y tomó parte en la campaña como periodista, lo cual no fué óbice para que en la batalla de Omdurman cargase como oficial del 21.º Regimiento de lanceros.

Volvió a oler la pólvora como corresponsal de guerra en la de los bóers. Cayó prisionero de éstos, pero logró escaparse después de muchas peripecias.

A los veintiséis años fué elegido diputado conservador a la Cámara de los Comunes; pero no tardó en cruzar a los bancos de enfrente, los de los liberales, declarándose librecambista. El partido liberal, que llevaba largos años en la oposición, ganó las elecciones de 1905, y allí empezó la brillante carrera de Churchill como subsecretario de Colonias, demostrando muy pronto capacidad y energía tales, que su personalidad adquirió notable relieve e influencia dentro del Gabinete liberal. Fué presidente del Board of Trade, secretario del Interior y primer lord del Almirantazgo. Se puede decir que fué en este último cargo en el que Churchill empezó a desarrollar su verdadero papel histórico. La guerra del 14 se anunciaba ya a sus pupilas penetrantes de estadista, y se lanzó con su furia característica a que la flota inglesa estuviese a punto para

seguir siendo dueña de los mares frente a la novísima escuadra alemana. Estalló la guerra. La campaña de los Dardanelos—que Churchill quería forzar para acudir en socorro de los ejércitos zaristas con las armas y municionamiento que necesitaban para no sucumbir—fracasó, aunque la idea fuese militarmente correcta. Churchill presentó la dimisión de su cargo en el Almirantazgo y pasó a Francia a luchar al mando de un batallón; pero pronto fueron reclamados sus dinámicos servicios para colocarle al frente del Ministerio de Municiones, donde su labor fué de gran eficacia y mérito.

Posteriormente fué ministro de Hacienda de los Gobiernos de coalición y del partido conservador. Desde 1929 hasta 1939 no ocupó cargos oficiales, permaneciendo en la Cámara de los Comunes como miembro sin partido. Sus anuncios agoreros de la catástrofe que se avecinaba le ganaron el odio de Hitler y las antipatías del grupo de pacifistas imprevisores, que permanecían ciegos a todos los síntomas de la guerra inminente. Cuando ésta llegó, Neville Chamberlain lo puso a la cabeza del Almirantazgo; pero las derrotas sucesivas trajeron la crisis de 1940, y el clamor unánime de la nación y del Parlamento lo pusieron a la cabeza del Gobierno. Aceptó sin titubeos la tremenda responsabilidad y sacó al Reino Unido de la crisis quizá más grave de su historia.

Corto de estatura, entrado en carnes y de constitución robusta, la figura del gran hombre es familiar a todos por su cigarro puro y su saludo con los dedos de la mano marcando la *V* de la Victoria. Al cumplir su último aniversario, un periodista que lo encontró delante del pastel con las ochenta y dos velitas, le dijo, obsequioso, que esperaba verle cumplir los ciento. Y el gran hombre, con su ingenio y humorismo habituales, le contestó extrañado: «¿Tan desmejorado me encuentra usted?»

Ya hallará el lector en este volumen unas cuantas muestras del ingenio de Churchill, que está considerado como un maestro del idioma inglés, hablado y escrito.

AMANDO LÁZARO ROS.

PENSAMIENTOS Y AVENTURAS

Traducción de
PEDRO FRAGA DE OPORTO

PREFACIO

LA lectura de estas páginas me ha revelado, con vívida claridad, la diversidad extrema de sucesos y ambientes a través de los cuales ha pasado y está pasando un hombre de mi generación—ahora en su duodécimo lustro—. Antes fué el antiguo y apacible estado de cosas, u "orden establecido", tal como ahora lo vemos, brillante y empequeñecido por la distancia, en la cámara oscura de la memoria, lleno de colorido y de acción; pero en escala tan reducida que bagatelas tales como lo de "Sidney Street" pudieron parecernos un día cumbres de aventura y sensación. Después, la tragedia incomparable de la guerra. Ahora, todo es confusión, incertidumbre y peligro. Los poderes de la luz y las tinieblas se equilibran quizá, y Miguel y Satán pasan revista a sus batallones. Todo lo que podemos decir al mundo es que se precipita hacia la encrucijada trágica que puede conducirlo a uno u otro de los Infiernos que he tratado de bosquejar en "¿Nos suicidaremos todos?" y "De aquí a cincuenta años".

¿Ha habido jamás en la Historia una época de mayor intensidad y trascendencia?

Muchas de estas páginas sólo tratan el lado ligero de graves asuntos; pero sentiría que a cuenta de ello se tomasen esas dos citadas pesadillas mías como especulaciones frívolas de una Casandra de afición. No. Yo las ofrezco con la seriedad más dramática, como una advertencia de lo que podrá suceder fácilmente si la Civilización no se precave y no vuelve la espalda a esas ciudades de la Destrucción y de la Esclavitud, cuyas llaves están en manos de la Ciencia.

Mientras tanto, las agradables emociones de la vida aun están, afortunadamente, con nosotros, y gracias a alguna de ellas, que tiene para mí especial predilección, he logrado traer este libro a término feliz.

Le monde est vieux. dit-on: je le crois; cependant
Il le faut amuser encor comme un enfant.

WINSTON S. CHURCHILL.

Chartwell, septiembre de 1932.

¿VIVIR LA PROPIA VIDA O UNA NUEVA?

Si yo tuviese que vivir de nuevo mi vida en las mismas circunstancias, sin duda me volvería a encontrar con las propias perplejidades y vacilaciones; sin duda tendría el mismo sentido de la proporción, iguales luces guiadoras, idéntico impulso hacia adelante, las mismas personales limitaciones. Y si se pusiesen en contacto con los mismos hechos exteriores, ¿por qué no habría de resultar el carro de mi existencia hollando de nuevo las anteriores rodadas de su mismo camino? Desde luego, si lo exterior variase, si accidentes y azares fluyesen por nuevos y no prefijados cauces, yo variaría igualmente. Pero entonces ya no estaría viviendo otra vez mi vida; viviría otra distinta en un mundo cuya estructura e historia diferirían en gran manera de éste.

Si, por ejemplo, cuando fuí a Montecarlo y puse mi postura al encarnado, como suelo hacer, por mi preferencia hacia el lado optimista de las cosas, y la loca bola de marfil hubiese caído en una franja roja de la ruleta, en vez de caer, como casi siempre hacía en estas ocasiones, en una negra, yo podría haber ganado mucho dinero. Y si lo hubiese invertido, treinta años ha, en pedazos de tierra a orillas del lago Michigan, cerca de Chicago, abandonando para siempre Montecarlo, podría ser a estas horas multimillonario. Y, al revés, si estimulado por mi buena suerte continuase jugando, sería probablemente a estas horas un devoto del tapete verde, y vagaría como una de esas sombras melancólicas que vemos al caer la noche arrastrándose en torno a las mesas de juego de esos sedicentes lugares de recreo de Europa. Dos claros procesos están aquí en acción: el primero, marcando a la bola de marfil el sitio donde habrá de pararse, y el segundo, decidiendo la reacción que eso va a producir en mí. Si se varía uno y otro,

su intercambio llega a ser tan intrincado para nosotros que no nos permite discernir con claridad lo que habría pasado. Por consiguiente, supongamos que la marcha de los acontecimientos y de sus caprichos permanece tal cual ahora la conocemos y que lo único que sucede es que yo lo vivo de nuevo.

Pero ahora debo plantear una importante cuestión: En esa segunda existencia, ¿voy a conservar *mi conocimiento presente* de lo ya sucedido, o van a ser sólo la salud, el carácter, el conocimiento y la fe anteriores los que, sin modificación alguna, me van a asistir esta vez como lo hicieron la primera? Si adoptamos esta solución, nuestro tema tiene que terminar rápidamente en un punto muerto. Si las mismas posibilidades y las mismas circunstancias van a repetirse en cada momento dado, y yo sigo siendo la misma persona, es evidente que volveré a dar absolutamente los mismos pasos. Si, por ejemplo, yo perteneciera a esa clase de gentes que tienen que echar una moneda a cara o cruz para decidir si han de dar un paseo, o comprar un casa, o poner un pleito, o adoptar una conducta, y la moneda cayese de cruz como anteriormente, no hay duda de que yo volvería a proceder en igual forma que antes.

Por consiguiente, si ha de haber alguna realidad en la nueva ocasión que se me ofrece, para volver a vivir mi vida debo tener experiencia. Debo llevar conmigo a este nuevo punto de partida el cuadro y la historia cabal del mundo y de mi participación en él, tal como ahora los conozco. Entonces, sin duda, sabré lo que debo hacer y lo que debo evitar; seguramente entonces podré elegir con certeza mi camino. Lograré el éxito en todas mi esperanzas. Así armado, podré guiar a los demás, y hasta apartar a la raza humana de los disparates en que se complace, de los errores de que es esclava, de las tribulaciones sin cuento en que se halla hundida.

Pero esperad un instante. Todo lo que se me había ofrecido era una opción: la de vivir mi vida de nuevo. Yo llevo conmigo, pues, hasta ese momento todo lo que conozco hoy. Pero una vez que haya ejercitado mi derecho a elegir, mi representación actual del mundo existente y

toda la propia historia de mi vida quedan anticuadas, o, mejor, no habrán sucedido nunca. Desde luego, si yo uso mi presciencia tan sólo en materias triviales, ello no causará efectos muy apreciables en el juego de causas y efectos. Pero hará, sin embargo e inmediatamente, un mundo distinto alrededor de mí.

Yo podía, por ejemplo, si no alterar la economía del universo, usar de mi presciencia para apostar por el ganador del Derby en el primer momento de vivir mi vida de nuevo. Pero mi antiguo conocimiento no me serviría de nada con respecto al Derby siguiente. Porque la verdad es que en mi vida pasada yo lo único que supe es el nombre del caballo que ganó. Pero ahora algo nuevo ha sucedido. Yo he ganado una apuesta tan enorme, que varios importantes corredores de pronósticos han fracasado por completo. Uno de sus más ricos clientes se arruinó en la quiebra. En su desesperación se arrojó a un estanque. El cliente resultó ser el propietario del caballo que iba a ganar el Derby del año siguiente. Su muerte prematura descalificó a su caballo. En virtud de nuestros necios preceptos fué excluído de la carrera, y yo, apostando por *Epsom* al año siguiente, me encontré, con toda mi presciencia, totalmente ignorante de lo que iba a pasar en los Downs. Estaba tan empapado de todas las maneras en que habían corrido los otros caballos del mundo anterior, que me lancé a las más locas especulaciones acerca de lo que harían los caballos en el nuevo mundo que mi sobrenatural intuición había creado. Y así podemos decir que si uno tuviese que optar por vivir de nuevo su vida, su experiencia de la anterior sólo le serviría plenamente para una vez en las decisiones importantes. En lo sucesivo, tendría que habérmelas con una enmarañada madeja de consecuencias divergentes que afectaría de modo creciente a las personas y cosas allegadas a mí.

Si estas ideas son ciertas tratándose de pequeños asuntos personales, considerad cuán grandes y poderosos efectos produciría una nueva vida dotada de la experiencia de la anterior sobre fundamentales o decisivas resoluciones. Cuando mi tren blindado fué hecho descarrilar por los

bóers en la guerra sudafricana y tuve que tratar de dejar expedita la vía bajo el fuego enemigo, me vi obligado, para ir de un lado a otro, a montar en la máquina que era nuestra única fuerza motriz. Por esa causa me encontré desprovisto de la pistola Mauser que me acompañaba en mi viaje. Si no fuera por eso, yo hubiera disparado cuarenta minutos después dos o tres tiros, a menos de veinte metros de distancia, contra un ciudadano llamado Botha que me intimó a rendirme. De haberlo matado aquel día —15 de noviembre de 1899—, la historia de África del Sur hubiese sido diferente y casi de seguro menos afortunada. Tratábase de aquel Botha que poco después llegó a ser general en jefe de los bóers, y más tarde ministro de la Unión Sudafricana. Sin su autoridad y energía, la rebelión que estalló en África del Sur a principio de la Gran Guerra jamás habría sido cortada en brote. En este caso, el cuerpo de ejército constituído por australianos y neozelandeses que navegaba en convoy a través del Océano Índico habría sido destinado al Cabo en vez de seguir hacia El Cairo. Todas las disposiciones para desviar el convoy en Colombo habían sido ya tomadas. En vez de guardar el canal de Suez, aquellos soldados habrían combatido contra los bóers insurgentes. Tales acontecimientos hubieran alterado profundamente los puntos de vista de Australia y de África del Sur. Además, si no se hubiese dispuestos de los *anzacs* en Egipto al final de 1914, se carecería de una fuerza militar para atacar a la península de Gallípoli en primavera, y toda aquella tremenda historia se habría desarrollado de manera muy diferente. Acaso hubiera sido mejor, acaso peor. La imaginación se desorienta y se pierde a través de los múltiples senderos del laberinto.

Pero en los momentos en que subía y bajaba de la locomotora en Natal, el hecho de dejar en mi vagón la pistola fué una omisión irreflexiva e imprudente por mi parte, pues comprometía mi posibilidad de escapar de una situación en extremo difícil. Y es inútil decir: «Pero si usted, con su presciencia, hubiese sabido que no iban a disparar contra usted, que los bóers le tratarían amablemen-

te y que Botha llegaría a ser el gran hombre que uniría más fuertemente el África del Sur a la corona de Inglaterra, usted no hubiera sentido la necesidad de haber disparado contra él.» Eso no es concluyente. Muchas otras cosas habrían tenido que pasar simultáneamente. De haber conservado mi pistola, no habría puesto tanta premura en subir y bajar de la máquina, y podría haber sido alcanzado por alguna bala, como a pesar de todo estuvo a punto de suceder por una pulgada o dos de diferencia, y Botha, galopando en persecución de los fugitivos del tren deshecho, podría haberse topado—no conmigo, dada mi presciencia, sino con algún voluntario armado de un rifle que le hubiera dejado muerto, mientras yo, conducido con los heridos al antihigiénico hospital Spruit, de Ladysmith, habría probablemente fallecido de fiebre entérica.

Si echamos una ojeada a nuestra vida pasada, veremos que una de sus más usuales experiencias es la de que hemos sido favorecidos por nuestros errores y perjudicados por nuestras decisiones prudentes. Supongo que si reviviese mi vida, habría de desechar el hábito de fumar. Suponeos todo el dinero que he gastado en tabaco. Pensad en que todo él lo hubiera invertido lucrativamente y hubiese ido creciendo a interés compuesto año tras año. Evoco a mi padre, en su manera más chispeante, brillándole los ojos a través de la bruma de su cigarrillo y diciendo: «¿Para qué empezar? Si quieres tener una vista aguda y una mano que no tiemble; si no quieres jamás vacilar en el momento de saltar a caballo un seto, no fumes.»

¡Pero considerad! ¿Quién sabe si la sedante influencia del tabaco sobre mi sistema nervioso no ha sido la causa de que yo pudiese comportarme con calma y cortesía en algún torpe encuentro personal o en alguna negociación enojosa; o de que gracias a él conservase mi serenidad en algunas horas críticas de ansiosa espera? ¿Cómo podría decir que mi carácter hubiera sido tan apacible o mi camaradería tan agradable si hubiese abjurado desde mi juventud de la diosa Nicotina?

Y ahora que pienso en ello: ¿hubiera podido pasar indemne bajo la trayectoria del proyectil que estalló inofen-

sivamente a un centenar de metros delante de mí, si no me hubiese vuelto a recoger la caja de cerillas que dejaba olvidada en una trinchera de Flandes?

En cuanto concierne a mi carrera política, puedo decir que la mayor parte de las veces he actuado en la forma que entendía deber actuar. Cuando he deseado hacer o decir algo y me he abstenido por prudencia, pereza o ajena intervención, siempre me he sentido, al momento, avergonzado de mí mismo, aunque a veces haya visto después que mi abstención me resultaba beneficiosa. No comprendo cómo me habría sido posible—dada mi posición después de la guerra sudafricana—colaborar entusiásticamente en el partido conservador, dada su posición de entonces. Aun dejando aparte la querella del librecambismo, yo estaba en plena reacción contra la guerra y ellos en plena explotación, dentro de la esfera política, de la supuesta victoria. Y así, cuando surgió la tendencia proteccionista, yo ya estaba dispuesto a examinar todas sus acciones a la luz de una crítica constante. La marea creciente de una generación de grandes alientos fluía avasalladora rompiendo los diques de un país abatido. Es, desde luego, una cosa lamentable abandonar el partido en que uno se educó desde niño, y en el que están casi todos nuestros amigos y parientes.

Sin embargo, estoy seguro de haber obrado en aquellos días de acuerdo con mis más profundos sentimientos y con aquel ímpetu generoso que pertenece a la juventud y es su más noble cualidad.

Cuando estalló la Gran Guerra y yo comencé mi actuación, con el enorme prestigio de haber preparado la flota, a despecho de las oposiciones, y de tenerla dispuesta en la hora fatal, casi sin que faltase un barco, con arreglo a la ciencia de aquellos días, cometí el error singular de interesarme por las operaciones militares tanto como por las navales. Y así, sin perjuicio de mi labor en el Almirantazgo, llegué a echar sobre mis hombros la carga de responsabilidades militares de menor cuantía que me expusieron a todos esos mortales riesgos en pequeña escala que esperan a cuantos hallándose en puestos eminentes se

ponen demasiado en contacto con los detalles de la acción.

Por ejemplo, yo no debí jamás haberme prestado a ir a Amberes. Debí haber permanecido en Londres y tratado de obligar al Gabinete y a lord Kitchener a que emprendiesen una acción más eficaz que la que llevaron a cabo, manteniéndome mientras tanto en mi puesto de gran autoridad con todas las precauciones que le sirven de escudo en los trances crueles. En vez de ello, pasé cuatro o cinco intensos días entre los proyectiles, la agitación y la tragedia de la defensa de Amberes. Pronto llegué a verme tan profundamente comprometido en el acontecimiento local, que por elemental decoro tuve que ofrecer al Gobierno mi dimisión del cargo de primer lord del Almirantazgo para poder ver las cosas en el mismo lugar en que acaecían. Singular fortuna fué para mí que la dimisión no fuese aceptada, pues habría tenido nada menos que pechar con responsabilidades de mando en una operación que ya se había hecho irremisiblemente desesperada por el curso general de la guerra. En todo gran negocio, los grandes errores pueden ser disculpados o pasar inadvertidos, pero en las cuestiones locales y definidas los errores se castigan fuera de toda proporción. Yo pude muy bien haber perdido toda la estimación que me había ganado al movilizar y preparar la escuadra, por el solo hecho de encontrarme mezclado entre las líneas de fuego de Amberes. Aquellos que están encargados de la dirección de intereses supremos deben permanecer asentados en las cimas del mando, sin descender jamás a los valles de la acción personal, física y directa.

Parece claro ahora que cuando lord Kitchener volvió de nuevo a su empeño de enviar la 29 División a reforzar el ejército congregado en Egipto para la expedición a los Dardanelos, y la demoró por cerca de tres semanas, hubiera sido entonces prudente que yo ordenase la cesación del ataque naval. Cosa completamente fácil de hacer, máxime cuando todas las disposiciones habían sido tomadas sobre esta base. No lo hice, y desde aquel momento me convertí en el responsable de una operación cuyo mando

había pasado a otras manos. La suerte de la gran empresa que yo había puesto en planta iba, en lo sucesivo, a ser decidida por otras personas; pero yo tendría que soportar toda su responsabilidad en el caso de que saliese mal. Sin duda me habría sido dable lograr una mayor influencia sobre el curso general de la guerra si me hubiese desentendido en el Almirantazgo de toda carga ajena a mi función, limitándome a ordenar que los buques zarpasen, toda vez que el embarque de las tropas había sido fatalmente aplazado. Sin embargo, no debe olvidarse que el desembarco en la península de Gallípoli, tan costoso y desgraciado como fué, desempeñó una parte principal en la entrada de Italia en la guerra en el momento preciso, mantuvo a Bulgaria en suspenso temor durante el verano de 1915, y, antes que ésta terminase, minó la moral del ejército turco.

Algunas veces nuestras equivocaciones y nuestros errores se truecan en buena suerte. Cuando los conservadores se inclinaron de repente hacia la protección en 1923, una docena de distritos liberales me instaron, con apremio, a que fuese candidato suyo. Y, naturalmente, Manchester era, por múltiples razones, el campo de batalla sobre el que debería haber luchado. Me ofrecieron un puesto por aquella circunscripción, en la que, como sucedió, tenía todas las probabilidades de triunfo. En cambio, y a través de algún oscuro complejo, decidí apartarme de aquel distrito y luchar contra un socialista en Leicester, donde, siempre combatido también por los conservadores, hube de ser, naturalmente, derrotado. Al enterarme de ambos resultados en tan violento contraste, me habría dado de bofetadas. Y, sin embargo, como luego se probó, el hecho de estar fuera del Parlamento, exento de toda concomitancia y compromiso con cualquier distrito electoral, fué lo que me permitió juzgar libre e independientemente la situación cuando los liberales, con desacierto e imprudencia notorios, llevaron a la minoría gubernamental socialista por primera vez al poder, firmando así su propia y fatal sentencia.

De esta manera me encontré en libertad pocos meses más tarde para patrocinar la causa antisocialista en la elec-

ción parcial de Westminster, y así volví a ganar, por algún tiempo al menos, la buena voluntad de aquellos poderosos elementos conservadores, algunos de cuyos más profundos sentimientos comparto y puedo expresar en momentos críticos, aunque ellos nunca lo quisieron ni me lo confiaron. Si no fuera por mi erróneo juicio en las elecciones generales de 1923, jamás hubiera vuelto a tener contacto con el gran partido dentro del que nací y del cual había estado separado por tantos años de amargas querellas.

Cuando contemplo a la luz de estas reflexiones el escenario completo de mi vida pasada, no tengo duda al afirmar que no deseo vivirla otra vez. Afortunadamente, intensa y plena de interés como fué, no intento hallar de nuevo su arriesgado y fatigoso sendero. Ni siquiera me atrae la oportunidad de cometer una serie diferente de errores y de experimentar otra serie distinta de aventuras y sucesos. ¿Quién sabe si la buena suerte que hasta el presente me acompañó con grata consecuencia no me fallaría en algún momento crítico de otra cadena de causalidades?

Contentémonos con lo que nos ha sucedido y demos gracias por todo aquello de que hemos sido preservados. Aceptemos el orden natural en que nos movemos. Acompasémonos al ritmo misterioso de nuestros destinos, tal como tiene que ser en este mundo de espacio y de tiempo. Atesoremos nuestras alegrías, pero no deploremos nuestros pesares. La gloria de la luz no puede existir sin las tinieblas. La vida es un todo, y el bien y el mal deben ser aceptados juntos. La jornada ha sido placentera y bien digna de hacerse... una vez.

CARICATURAS Y CARICATURISTAS

SIEMPRE me gustaron las caricaturas. Durante mi permanencia en el colegio privado de Brighton, se nos permitía examinar los domingos los tres o cuatro volúmenes de caricaturas del *Punch* que allí había. Era una excelente manera de aprender historia, o, por lo menos, de aprender algo. Allí, semana tras semana, todos los más salientes acontecimientos del mundo aparecían reproducidos en caricaturas unas veces serias, alegres otras. La responsabilidad de sir John Tenniel y de otros famosos caricaturistas tiene que ser muy grande. Muchos son los ojos juveniles que se han posado sobre sus dibujos, y muchas las impresiones recogidas en ellos que perduraron a través de la vida. Yo adquirí de esta fuente un concepto de Julio César completamente erróneo.

Míster Gladstone era frecuentemente representado como Julio César: un ser augusto, coronado de mirto, merecedor del mayor respeto; una especie de director de colegio glorificado. Nosotros sabíamos que era presidente del Consejo y el hombre más inteligente de la nación; un hombre virtuoso, correcto, impecable; una especie de señor que siempre os estaba reprochando vuestras equivocaciones, pero que nunca hubo forma de reprocharle y demostrarle las suyas propias; una especie de hombre, en fin, que daba reglas y las imponía, sin que jamás tuviera que vulnerarlas. Era venerable, majestuoso, formidable, benévolo. Y así, nos parecía que eso mismo era Julio César: ¡un hombre bueno, grande, espléndido! Fué, pues, una completa sorpresa para mí el enterarme, años después, de que Julio César fué el jefe chanchullero de un partido político de Roma; que su vida privada fué un escándalo que sólo puede referirse impreso usando una lengua sabia; que fué un malvado aventurero; que no había absolutamente nada

en él que pudiese ser tolerado por un victoriano respetable. ¡Aquello fué para mí un rudo golpe!

Venían después, al volver las páginas, las caricaturas que nos mostraban las guerras irrumpiendo en el cauce político. Nos parecía verlas. Aquí contemplábamos a Inglaterra vigilante ante Crimea: Britania arrodillada en una iglesia, rezando con la espada desnuda en la diestra, dispuesta a levantarse y a lanzar a alguien a los infiernos.

Otras caricaturas sobre Crimea nos indicaban que la guerra no había alcanzado de modo alguno un alto nivel. En efecto, parecía haber claras muestras de la incompetencia del Gobierno y del horrible abandono de los heridos. Vimos a Florence Nightingale con un farol, y una larga flota de barcos con cañones y chimeneas, pero que habían sido botados ya después de terminarse la guerra. Esto, en cuanto al conflicto de Crimea.

Seguían las sublevaciones en la India, y una agradable caricatura de la venganza del León Inglés sobre el Tigre de Bengala. Un grande y fiero león precipitándose por los aires contra un mezquino tigre, situado de través y pésimamente colocado para recibir la acometida.

Venía a continuación la guerra franco-prusiana, empezando con una caricatura del rey Guillermo en calidad de huésped de Napoleón III. El rey le decía cantando: «Soy un joven campesino, pero usted no me la da.» Fué entonces cuando vimos una verdadera guerra europea entre las naciones más grandes, con granadas estallando en pedazos, visibles aún en el momento de separarse, y con un estrépito que casi podíais oír. Francia derrotada: una mujer, hermosa y terrible en su desastre, resistiendo espada en mano, entre explosiones, a una rubia y aparentemente irresistible Germania. ¡Caramba! ¡Cuánto simpaticé con Francia!

Y después, vuelta la página, Francia postrada, pero aún con su rota espada en la mano, y la mujer alemana (ya no tan bien parecida, un poquito más gruesa, pero tan fuerte como siempre), también espada en mano, diciendo: «¡Y para mi seguridad tendrás que cederme estas fortalezas!» A lo cual la postrada Francia respondía: «¡Ni una pul-

gada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas!» ¿Cómo no había de ponerme al lado de Francia? Todos los chicos ingleses de entonces tenían esta idea fija en sus mentes y se representaban a Francia abrumada, vencida villanamente por una especie de Alemania rebosante de sebo, aunque extraordinariamente eficaz y puntual, y siempre con la misma tajante espada. Todos ellos tenían la noción de que sería una cosa justa y espléndida si algún día la misma maltrecha y vejada Francia se irguiese y tomase cumplida venganza de aquella asalchichada señora. Luego, cuando en ulteriores volúmenes y posteriores años contemplé la más famosa de las caricaturas de Tenniel—«Arrojando al piloto»—y vi al alocado joven emperador de Alemania desembarazándose de Bismarck, me pareció que Francia podría algún día encontrar su ocasión.

Fué allí también donde nació mi gran interés por la guerra civil americana. Al principio, míster Punch estaba en contra del Sur, y así tuvimos la visión de una señorita feroz, miss Carolina, en trance de azotar a un esclavo desnudo, una especie de Tío Tom; y los latigazos eran tales, que no hallándome yo mismo alejado todavía de la zona de posibilidades semejantes, los consideraba como indudablemente muy severos. Y me declaré sin vacilar a favor del esclavo. Más tarde entraron en escena los yanquis. Veíase un regimiento huyendo de un lugar llamado Bull Run. Llevaban al hombro sus fusiles con la bayoneta calada al tiempo que pasaban a la posición de cuatro en fondo, y sus narices eran largas y rojas. Iban muy de prisa, y el poste de carretera indicaba la dirección del Canadá. La leyenda era: «Y así voy a tomar el Canadá.» Es que míster Punch se había puesto en contra del Norte; además, existía aparentemente una querella entre Inglaterra y el Norte. Sin embargo, la guerra siguió y pudimos ver un grabado representando el Norte y el Sur, dos hombres salvajes y frenéticos en camisa y pantalón de montar, agarrándose y apuñalándose con buídos cuchillos mientras se precipitaban en un abismo llamado Bancarrota. Finalmente, me parece recordar un dibujo de la tumba de Lincoln, y a Britania, muy triste, depositando sobre el frío mármol

una corona semejante a la que solíamos ver en la frente de míster Gladstone-César.

Con la mente llena de tales impresiones leímos los libros de historia. Tienen, sin duda, gran poder los caricaturistas. Todo el antagonismo entre las naciones y los indi-

SIR JOHN TENNIEL

La guerra civil americana.

viduos es expresado por ellos en los más rudos términos. Y los niños, en su admiración, dan por cierto que tales fueron los reales movimientos en el gran tablero de la vida. Pero sea de ello lo que quiera, y cualesquiera que sean las adquisiciones que los chicos obtuvieron u obtienen de las páginas de *Punch*, lo cierto es que las caricaturas fueron y son un alimento corriente del que se nutrieron y se nutren los hombres de hoy. Con mucha frecuencia, es con ellas con las que se forma opinión sobre los hombres y los negocios públicos. Por ellas muy a menudo se decide el voto. Afortunadamente, sin embargo, como las hay para todos los gustos y de todas las tendencias, se neutralizan entre sí o pierden su potencia, y, en definitiva, las cosas no van tan mal como uno podría esperar.

Pero ¿cómo habría de gustaros, lector—gentil lector, como los victorianos solían decir—que os caricaturizasen? ¿Cómo podría seros grato sentiros contemplados por millones de seres, siempre dentro de las situaciones más ridículas, ya retratados bajo la forma de una vil alimaña, ya con una nariz con una verruga, cuando vuestra nariz os es perfectamente servible y está por completo presentable? ¿Cómo habría de pareceros bien el que millones de hombres crean que sois como ese tipo estrafalario, ese ser despreciable, ese miserable harapiento, blanco propicio del odio y de la irrisión pública? ¡E imaginad ese proceso continuado, semana tras semana, a veces día tras día, a lo largo de toda vuestra existencia!; ¡y todos vuestros conciudadanos, amigos y familiares, viéndoos subido a la picota de la mofa y de la vergüenza!

¿No os horrorizaría? Porque ni siquiera os es posible ir de una parte a otra y decir a todos los espectadores: «Esta caricatura no es verdadera; no es correcta; no es justa. Mi nariz no es así; mi sombrero no es tan chico; mírelo; vea cómo a usted mismo, que posee una cabeza gorda, le sienta bien. ¿No es bastante grande?»

O bien: «Mi posición en este asunto no fué ridícula. Actué por elevados móviles y empleé sólidos argumentos. Lean ustedes mi discurso de 26 de enero de hace tres años. Ocupa cinco páginas del *Hansard*. Por él pueden darse

cuenta de mi opinión. Y no llevé la peor parte. Al contrario, al fin se hizo justicia y yo triunfé.»

No, no es dable hacer esto. No podéis rehabilitaros. No podéis jamás corregir estas primeras impresiones. Todas estas nuevas generaciones en cierne sólo sabrán que tenéis una figura rechoncha, una verruga por nariz y que habéis estado siempre despistado. ¿Cómo es posible que os agrade semejante cosa, gentil lector?

Sin embargo, ello no es tan malo como suponéis. De igual modo que se presume que las anguilas se acostumbran al cambio de piel, así los políticos se acostumbran a ser puestos en caricatura. Y hasta llega a gustarles, por un extraño rasgo de la naturaleza humana. Si nos es lícito confesarlo, diremos que precisamente cuando las caricaturas faltan es cuando ellos se abaten y se dan por ofendidos. Temen que la vejez y la soledad se apoderen de ellos. Murmuran: «Ya no somos fustigados y maltratados como solíamos. Los grandes días han pasado.»

Mi padre, lord Randolph Churchill, tenía más de cinco pies y nueve pulgadas y media de alto—una estatura perfectamente pasable—; pero como solía ser retratado en conflicto con míster Gladstone, siempre era representado como un enano, un enano con grandes mostachos y desorbitados y fieros ojos.

La primera receta para caricaturizar a lord Randolph Churchill era tomar por modelo a un *bulldog* o perro de presa, y estabais seguros de no hacerlo mal. Después de esto poníais esta cabeza sobre el cuerpo de un hombrecillo y ante él alzabais este magnífico Gladstone, vestido como el desacreditado Julio César (el Julio César, tal cual lo había ahora descubierto). Aún hoy recibo cartas de viejas gentes preguntándome qué estatura tenía realmente mi padre. «¿Es de veras cierto que alcanzaba una talla superior a cinco pies? Anoche hemos sostenido una discusión sobre ello en el club, que derivó en una apuesta. ¿Tendría usted la bondad de ilustrarnos sobre el particular? Hemos convenido que su respuesta zanjaría la cuestión.»

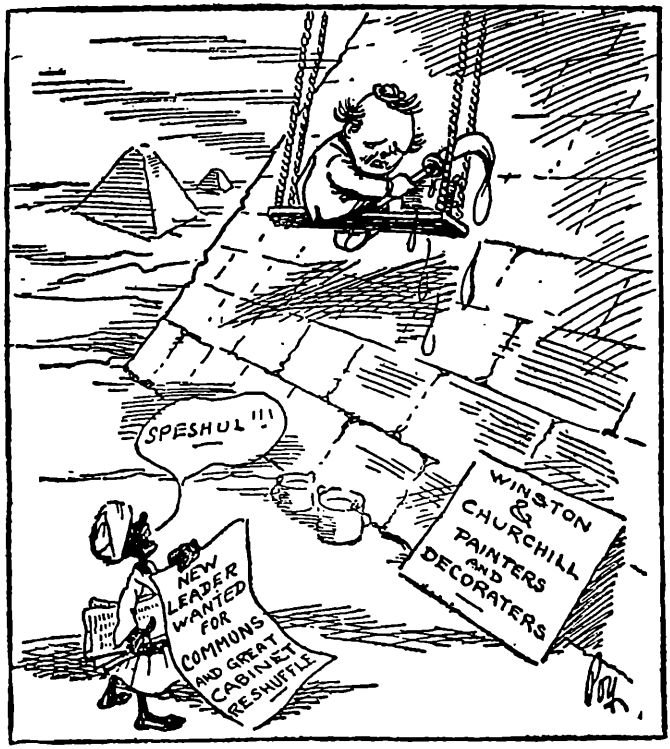
Por eso supongo que mucho tiempo después que yo haya pasado más allá de los lápices de los caricaturistas,

mi hijo tendrá que escribir y contestar cartas diciendo que mi nariz no era como una verruga y que mis sombreros estaban perfectamente ajustados a mi medida, como hechos por uno de los mejores sombrereros de Londres.

He aquí una caricatura de Poy. Yo había sido enviado al Cairo, como ministro de Colonias, para arreglar los asuntos de Palestina y Mesopotamia. No había hecho más que llegar a la capital de Egipto, cuando la situación política de Londres, que había dejado en calma chicha, derivó en un ciclón. La salud y las energías de míster Bonar Law se derrumbaron y presentó la dimisión. Yo había llevado conmigo mi caja de pinturas, y mientras la Conferencia laboraba bajo mi égida, yo me dedicaba amablemente a pintar las Pirámides. Desde luego se prescindía de mí en todos los reajustes ministeriales que se proyectaban en Londres. A lord Northcliffe le encantaba esta caricatura. Me envió el original. Lo que más le placía era el pequeño árabe vendedor de periódicos. Se moría de risa señalándome sus bellezas. Acepté el regalo con una mueca sonriente. ¡Claro que todo era una broma, pero también es cierto que había bastante verdad en todo ello para que les hiciese más gracia a los demás que a uno mismo!

Low es el más grande de nuestros modernos caricaturistas. El más grande por la vivacidad de sus concepciones políticas y porque posee lo que pocos caricaturistas tienen, una gran técnica de dibujante. Posee toda la intuición y el saber del difunto sir Frederick Carruthers-Gould. Pero éste dibujaba con gran dificultad. Low es un maestro del blanco y negro: es el Charlie Chaplin de la caricatura, y comedia y tragedia son iguales para él. Su excelente educación le da gran facilidad y al mismo tiempo lo embaraza. Es un pequeño radical australiano de la pre-guerra. Cuando iba alcanzando sus años de discreción, la mejor manera de lograr la carcajada era burlarse del orden de cosas establecido y especialmente del Imperio británico. Y he aquí al Imperio inglés saliendo de su estado de inconsciencia al ser abanicado por la pacífica lealtad de centenares de miles de gentes fieles pertenecientes a todos los climas y a todas las razas. Mofarse de su alma espesa constituía la

delicia del joven antípoda radical de verdes ojos. Y como el Imperio, etc., parecía bastante fuerte para resistir todavía algo, el procedimiento no sólo era divertido y prove-



¡Imagínense viéndose sorprendidos en esta forma!
Mientras Churchill estaba pintando en las Pirámides, se producía en Inglaterra una crisis de Gabinete.

choso, sino también seguro. De todos modos, esta manera presidió la visión de Low y la preside todavía. Y aquí lo tenéis con su perrito y su Juana Bull y su bebé burlándose sistemáticamente, burlándose de todo lo que es importante para nuestra propia conservación.

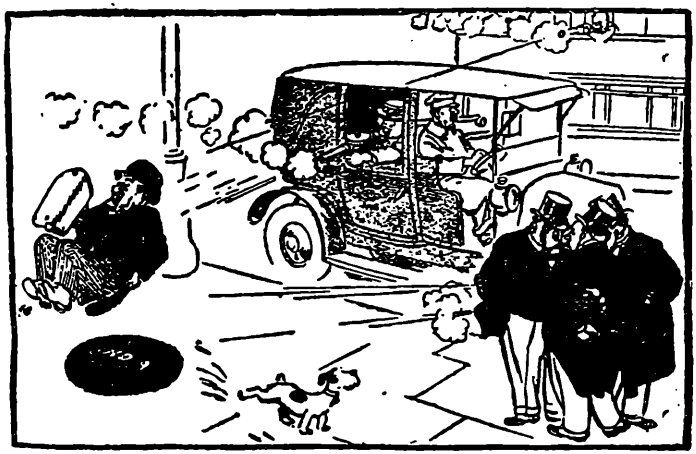
Contemplad ahora la caricatura que se refiere a las elecciones de 1924. No hay una sola figura que no esté sagazmente representada con una realidad maliciosamente percibida. Es, sin duda, una obra maestra. Cuando apareció en el *Star*, me hizo tanta gracia que escribí ofreciendo adquirirla. Me la enviaron como un bello presente. Se la enseñé a lord Birkenhead. No la había visto aún. Le dije alegremente: «¡Qué admirable caricaturista! A usted lo

Desfile proselitista durante las elecciones de 1924.

representa con la mayor exactitud. Es asombroso cómo se parece usted a sus caricaturas.» F. E. cogió el dibujo, ajustado en su hermoso marco, lo estuvo mirando pensativamente, más bien con aquella solemne expresión que procedía de las serias y agradables líneas de su rostro, y me la devolvió diciéndome: «Usted parece ser el único que está favorecido.» Yo también lo creía así. Después empezó a quejarse de las caricaturas que le hacía Low. Ciertamente, la acritud y la agresiva virulencia que nuestro radical australiano ponía en su pincel eran evidentes. Y cuando las caricaturas llegaron a mofarse de toda la familia Smith,

sin respeto a la edad ni al sexo, tenía motivo sobrado para la queja. Nunca olvidó los insultos.

La caricatura que sigue es una muy reciente de Low. Aquí es particularmente mordaz. Este incorregible zumbón había sido contratado por lord Beaverbrook para el *Evening Standard*, periódico considerado como de tendencia conservadora. Pero el lápiz de Low no es servil, sino esencialmente rebelde. No se puede embridar al asno salvaje

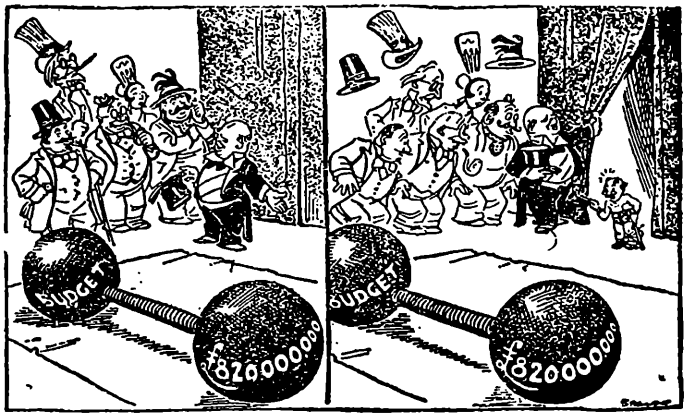


En el sitio. El «salto» de Mr. Baldwin por su política sobre la India.
Mr. Churchill («Cigarface»), en el taxi.

del desierto y menos aún prohibirle que lance su peculiar rebuzno. Graves divergencias habían surgido acerca de la India. Unas reñidas elecciones parciales se preparaban en Londres, en las que lord Beaverbrook estaba muy interesado. Low era partidario de una retirada en la India, y en este propósito suponía que míster Baldwin estaba a su lado.

Siempre había reclamado absoluta libertad de composición, sujeta al derecho editorial de rechazar las producciones a su propia costa. Él pensó: «Nada hará más daño a

míster Churchill y a mi jefe, y nada perjudicará más a esta elección, que si yo logro representar toda la fermentación



Mr. Churchill, como ministro del Tesoro, presenta al «hombrecito» John Bull.

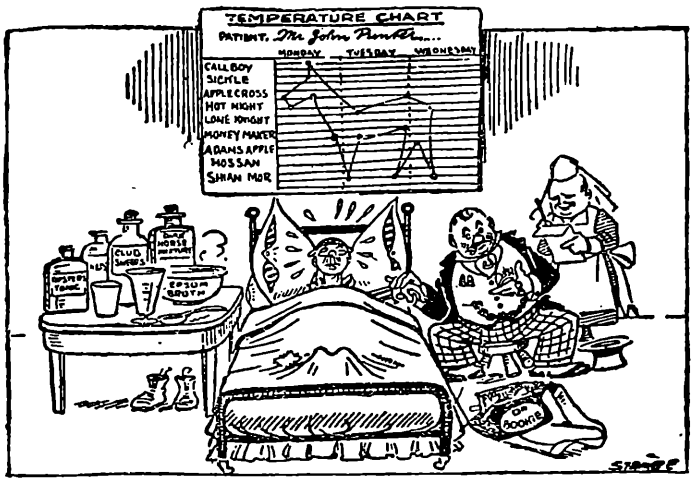
pública que germina en ellas concentrándola en algo así como un complot de *gangsters* de Chicago encaminado a

Un fragmento curioso de la

derribar al buen, al sabio, al venerable, aunque tedioso míster B.»

No le guardo rencor. *Tout comprendre c'est tout pardonner.*

Estas dos caricaturas de Strube son buenos ejemplares de su genial espíritu. Su gran creación del «Hombrecito»



Fiebre del «Derby». Se avecina la crisis.
Publicado en 1927, después que Mr. Churchill, como ministro del Tesoro, hubo decretado impuestos sobre las apuestas.

ha llegado a adquirir tal realidad en la mente del pueblo como cualquier sujeto vivo de caricatura. El «Hombreci-

exposición de medos y persas.

to» de Strube es completamente distinto del «Ciudadano Juan», de Poy; pero hay esto de común entre ellos: ambos presentan fatigas e infortunios, abatiéndose sin cesar contra un ser débil y apabullado. ¡Qué abismo separa estas caracterizaciones de nuestro tipo nacional del rudo, fuerte, sano y cordial John Bull de los primeros tiempos,

con su grueso bastón, su alto sombrero de cuadrada copa y su resuelta y rubicunda faz! ¡El cambio es debido a la mentalidad de la postguerra! La nación exhausta, abrumada por los impuestos, hostigada por los socialistas; su tráfico, decadente; su miseria, en aumento; el tridente del mar, perdido; el cetro del Oriente, a punto de caer. A tales situaciones se acomodan bien el rostro macilento del «Hombrecito» de Strube y el hosco padre de familia de Poy. Con una nueva mentalidad y con más gratas perspectivas, esperamos que pronto serán imaginadas nuevas figuras para saludar el retorno de la suerte.

Uno de los detalles más necesarios en el equipo de un hombre público es la posesión de alguna marca distintiva que permita a todo el mundo aprender a buscarlo y a reconocerlo. El tupé de Disraeli, los cuellos de míster Gladstone, los mostachos de lord Randolph Churchill, el monóculo de míster Chamberlain, la pipa de míster Baldwin; estas «propiedades» son del mayor valor. Yo nunca me he entregado al uso especial de ninguna de ellas, y para satisfacer la necesidad, los caricaturistas han inventado la leyenda de mis sombreros. Nació del siguiente modo:

Me hallaba en Southport durante las elecciones generales del año 1910. Salí a dar un paseo con mi mujer por la playa. Un pequeñísimo sombrero de fieltro—yo no sé de dónde procedía—había sido incluído en mi equipaje. Estaba sobre la mesa del vestíbulo, y, sin fijarme, me lo puse. Al regreso de nuestro paseo, nos encontramos con el fotógrafo, y me hizo un retrato. Desde entonces, los caricaturistas y gacetilleros la han tomado con mis cubrecabezas: cuántos son, cuán raros y curiosos; de qué manera estoy siempre cambiándolos; la enorme importancia que les concedo, y así sucesivamente. Todo es pura nonada y todo está fundado en una sola fotografía. Ahora bien: si ello sirve de ayuda a esos dignos caballeros en su rudo trabajo, ¿cómo habré de quejarme? ¡Y hasta creo que llegaré a convertir en realidad la leyenda comprándome un nuevo sombrero a propósito!

El más feroz y temible caricaturista fué Louis Raemakers. La agonía de la guerra arrancó a su lápiz las más

salvajes expresiones de odio que jamás he visto, en blanco y negro, en parte alguna. Era capaz, ciertamente, de poner en sus dibujos una pasión de protesta y desprecio superior a la que nunca lograrían transmitir las palabras, habladas o escritas. Max Beerbohm tiene también un gran poder dramático. Ninguna colección de caricaturas es más intensa que aquella en que expresa la voltaria sucesión de relaciones entre Francia y Alemania durante los últimos cien años. En doce páginas de dibujos, la historia de una terrible centuria es puesta al desnudo, con tanta sencillez que todo el mundo puede comprenderla, y con tanta profundidad, que aun las personas de más honda instrucción sienten estimulada su memoria, excitada su imaginación.

Yo siento más bien gozo cuando hago comentarios sobre esos caricaturistas y los coloco en sus propios puestos. Me parece rejuvenecer. ¡Salud, pues, a todos, graves y alegres, amables y malévolos, verdaderos y fementidos! Hay una gran corriente de simpatía y comprensión en la humanidad civilizada que lava y pule los guijarros del fondo al arrastrarlos unos contra otros, que limpia la playa de algas, cestas de fresas y latas de langosta. ¡Hurra por la corriente!

CONSECUENCIA POLÍTICA

NADIE como Emerson escribió tan valientemente sobre este tema: «¿Por qué has de mantener la cabeza tan estirada sobre los hombros?

¿Por qué llevas arrastrando el cadáver de tu memoria?

¿Es para no contradecir algo que hayas dicho en este o en aquel sitio público? Suponte que hayas incurrido en contradicción...; ¿y qué?...

Una necia constancia es el espantajo de los pobres de espíritu, adorado por los estadistas de menor cuantía, por los filósofos y por los adivinos...

Di lo que piensas ahora con firmes palabras y di mañana lo que mañana pienses con firme palabra también, aunque ello contradiga lo que dijiste hoy.»

Estas importantes aserciones bien pueden servir para estimular el pensamiento acerca de este manido tópico. Al plantearlo, debe hacerse un distingo entre dos clases de inconstancia política. Un estadista en contacto con la corriente movediza de los acontecimientos, afanoso de mantener su barco a flote y de alcanzar el punto fijo de su viaje, puede inclinar todo su peso o su timón ahora de un lado y después de otro. Cuando en cada caso se contrastasen sus argumentos, podrá echarse de ver que no solamente son muy diferentes en carácter, sino contradictorios en espíritu y opuestos en dirección; y, sin embargo, a través de todos ellos su objetivo habrá permanecido inmutable. Sus resoluciones, sus deseos, su meta, pueden haber permanecido sin cambios, mientras sus métodos pueden ser verbalmente irreconciliables. No podemos llamar a esto inconstancia. La única forma en que un hombre puede permanecer constante entre las mudables circunstancias es cambiar con ellas, conservando inalterable su propósito dominante. Lord Halifax, siendo motejado de

camaleón político, dió la siguiente celebrada réplica: «Si cambio de color o nado entre dos aguas, lo hago obedeciendo a la misma razón que tiene la zona templada para acomodarse entre el clima en que los hombres se tuestan y aquel en que se hielan.»

Ningún ejemplo mejor que el de Burke puede encontrarse en esta materia. Sus *Pensamientos sobre el descontento actual,* sus escritos y discursos sobre la conciliación de América, constituyen el más importante y perdurable arsenal de armas dialécticas de la opinión liberal a través del mundo de lengua inglesa. Sus *Cartas sobre una paz regicida* y sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa* continuarán suministrando a los conservadores de todos los tiempos la más formidable provisión de armas opuestas. Por una parte se presenta como el más avanzado apóstol de la Libertad; por otra, como el temible campeón de la Autoridad. Pero la tacha de inconstancia aplicada a esta gran vida resultaría una ruindad, una pequeñez. La Historia discierne fácilmente las razones y fuerzas que actuaron sobre él, así como las inmensas diferencias de los problemas que trata, los cuales provocaron, en la misma profunda mentalidad y en el mismo sincero espíritu, esas manifestaciones totalmente contrarias. Su alma se rebelaba igualmente contra toda tiranía, bien se presentase bajo el aspecto de un monarca absoluto y una Corte y un sistema parlamentario corrompidos, o bien, voceando la consigna de una libertad inexistente, se alzase contra aquéllos al dictado de un populacho brutal o de una secta de malvados. No se puede leer el Burke de la Libertad y el Burke de la Autoridad sin sentir que se trata del mismo hombre persiguiendo los mismos fines, buscando los mismos ideales de Sociedad y Gobierno y defendiéndolos de los asaltos, ahora de un extremo, ahora del otro. El mismo peligro se acercaba al mismo hombre desde diferentes direcciones y en distintas formas, y el mismo hombre le hacía frente con armas incomparables, cogidas de la misma panoplia, usadas en zonas distintas, pero con igual propósito.

Es inevitable que en la esfera de la acción se produz-

can cambios frecuentes, determinada política es proseguida hasta un punto dado; después llega a hacerse evidente que es imposible continuarla más allá. Surgen nuevos hechos que la privan de toda actualidad; nuevas dificultades que la hacen impracticable. Una solución nueva, que posiblemente es la opuesta, preséntase con fuerza arrolladora. Abandonar la antigua política es a menudo necesario para adoptar la nueva. A veces ocurre que el mismo hombre, el mismo Gobierno, el mismo partido, tienen que ejecutar esta *volte face*. Puede estribar su deber en hacerlo, bien porque sea la única manera de descargarse de sus responsabilidades, bien porque aquellos gobernantes constituyan la única combinación con fuerza bastante para hacer lo que se necesita en las nuevas circunstancias. En tal caso, la inconsecuencia no es sólo meramente verbal, sino efectiva, y debe ser valientemente confesada. En lugar de los argumentos de oposición, debe hacer ahora argumentos para la concordia; y éstos deben proceder de los mismos labios que los primeros. Pero todo ello puede ser susceptible de honesta y razonable explicación. Los hombres de Estado deben decir rudamente: «Nos hemos equivocado al oponernos; tenemos ahora que transigir»; o al contrario: «Ha fracasado nuestra transigencia; ahora debemos situarnos en la oposición.»

Irlanda, con su resistencia y con su siniestro influjo, ha sido responsable de muchos cambios de esta clase en la política británica. Hemos visto a míster Gladstone en 1886, después de cinco años de oposición, después de la más furiosa denuncia de los nacionalistas irlandeses, «que se lanzaban por la violencia y la rapiña a la desintegración del Imperio británico», cambiarse en un mes hacia aquella política de reconciliación a la que se mantuvo fiel durante el resto de su vida. Míster Gladstone, con su majestuosa y fría manera, dió muchas y alentadoras y convincentes razones para justificar su cambio, y no hay duda que su figura ganó en enaltecimiento e inspiración con su nuevo rumbo.

Pero, detrás de toda su elocuente y altisonante declamación, había para este cambio una razón de carácter abso-

lutamente práctico, que en privado de ninguna manera ocultaba.

Durante el intervalo entre la caída de su Gobierno en 1885 y su reasunción del poder en 1886, un Gabinete conservador gobernó con el apoyo de los votos irlandeses, y las gentes—sin duda equivocada, pero sinceramente—creyeron que los conservadores estaban meditando una solución del problema de Irlanda sobre la base del Gobierno autónomo. Partiendo de este hecho, que suponían cierto, consideraron imposible que el partido liberal lograse ir más allá en su camino de oposición y negativa al juzgar sobre la inminencia de una acción de los conservadores. El partido conservador, en aquella sazón, de ningún modo habría sido capaz de seguir una política autonómica. Podrían haber coqueteado con los votos irlandeses como una maniobra en su frenética lucha contra los liberales; pero cualquier avance decidido hacia el Gobierno autónomo de Irlanda los habría hendido de parte a parte, derribaría a los propugnadores de tal intento y destruiría la fuerza del partido como instrumento de gobierno. A través de su error, míster Gladstone daba a sus adversarios una etapa de permanencia en el poder no inferior a veinte años. Sin embargo, el juicio de la Historia declarará probablemente que míster Glastone tenía razón, lo mismo en su resistencia a la autonomía irlandesa hasta cierto punto, que en la política de su adopción que siguió después. En realidad, el cambio que dió sobre este asunto en 1886, y por el cual fué tan censurado, fué de todos modos mucho menor que el adoptado sobre la misma cuestión treinta y cinco años más tarde—en 1921—por el partido conservador.

Aparte de su acción sobre el curso de los acontecimientos, hay una inconstancia nacida del cambio de modalidad o de sentimiento. *Le coeur a ses raisons que la raison ne connaît pas.* Pocos hombres se ven libres de tales cambios en sus vidas, y pocos hombres públicos han podido ocultarlos. La juventud, ordinariamente, está por libertad y reformas; la madurez, por la transacción razonable; la senectud, por la estabilidad y el reposo. La progresión normal es de izquierda a derecha, y con frecuencia de ex-

trema izquierda a extrema derecha. La de míster Gladstone, por chocante excepción, fué en dirección opuesta. En el dilatado período que su vida ocupa se fué desplazando constante e irresistiblemente desde ser «la naciente esperanza de los austeros, inflexibles Tories», hasta convertirse en el gran estadista liberal del siglo XIX. Enorme fué el cambio de actitud que esta augusta transición representaba. Del joven miembro del Parlamento, cuyo discurso contra la abolición de la esclavitud atrajo la atención de la Cámara de los Comunes en 1833; del famoso ministro que defendió allá en el sesenta y tantos los Estados Confederados contra el Norte, hasta el fogoso orador que sostuvo la causa—en el ochenta y tantos—de la independencia búlgara, y el veterano presidente del Consejo, cuyos últimos brotes de su fuerza sin par fueron libremente ofrecidos—al final del siglo—a la causa de la autonomía irlandesa, hubo un tránsito casi astronómico en su escala.

Quedaría por examinar el ingrato tema de hasta qué punto la ambición de mandar desempeñó su inconsciente, pero incesante influjo en evolución semejante. Las ideas sacan de sí mismas su propia fuerza viva. Los estímulos de una vasta concentración de opinión pública son casi irresistibles en su potencia. Los resentimientos engendrados por la guerra que mueven los adversarios, las responsabilidades de un jefe de partido, todo contribuye. Y en la mayoría de los casos, son por lo menos esos factores una explicación para muchos cambios. «Yo siempre he marchado—decía Napoleón—con la opinión de cuatro o cinco millones de hombres.» A lo cual, sin arriesgar el reproche de cinismo, podemos añadir otras dos frases: «En una nación democrática, poseedora de instituciones representativas, es a veces necesario ceder a la opinión de otras gentes»; y «Yo soy su guía, luego debo seguirles». La integridad de la carrera de míster Gladstone se redime por el hecho de que estas dos últimas consideraciones jugaron muchísima menos parte en su vida que en la de muchos hombres políticos de menor talla, cuya consecuencia no ha sido nunca impugnada.

Es evidente que un *leader* político, responsable de la

dirección de los públicos negocios, aun sin cambiar de ideal ni de tendencia, tiene que aconsejar unas veces de una manera y otras de forma distinta en muchas decisiones de carácter general. Tomemos por ejemplo la capacidad y los gastos de las fuerzas armadas de un país en un período determinado. Ésta no depende de leyes absolutas o naturales. Se refiere simplemente a las circunstancias de tiempo y de visión que un hombre puede tener sobre los peligros actuales o en potencia que amenazan a su país. ¿Habrá la menor inconstancia, por ejemplo, en un ministro inglés encareciendo los más extensos y rápidos preparativos navales en los años que precedieron a la declaración de la Gran Guerra, y abogando por una modesta dotación y una reducción de los mismos hasta lo estrictamente necesario en los años que siguieron a la destrucción del poderío naval alemán? Podría pensar que el peligro había pasado, haciendo ya innecesaria una intensa preparación. Podría creer que un largo período de paz seguiría al agotamiento causado por la Guerra Mundial y que la restauración económica y financiera era más necesaria que la continuación del esfuerzo armado. Podría suponer que el Aire llegaría a ocupar el puesto del Mar en materias militares. Y podría haber tenido razón, y sido consecuente, lo mismo al sostener su primer punto de vista que al defender el segundo. Pero sería fácil mostrar la profunda discrepancia existente entre la serie de argumentaciones de ambos períodos. Las cuestiones de esta clase no dependen de la lógica intrínseca usada de un lado o de otro, sino de la visión exacta para apreciar los hechos de gobierno en los diferentes momentos. Tales cambios, sin embargo, deben ser considerados, en cada caso particular, con respecto a la posición personal del individuo. Si se demuestra que en una y otra ocasión va nadando a favor de la corriente, sus títulos a una verdadera consecuencia deben ser más minuciosamente examinados que si nadase en contra de ella.

Más escudriñadora atención debe aplicarse a los cambios de punto de vista con relación no a los acontecimientos, sino a los sistemas y doctrinas. En la política inglesa

moderna no se hallará mayor contraste que el que surge al comparar los discursos librecambistas del diputado míster Joseph Chamberlain como ministro de Comercio, pocos años después de 1880, con los que pronunció durante la campaña de las Tarifas al principio del siglo XX. Aquí no se trata de la oleada tumultuosa de los acontecimientos, sino de modos precisos de pensar. Los que lean los discursos de míster Chamberlain sobre la libertad de comercio, encontrarán que casi todos los argumentos de tipo económico empleados por él en 1904 habían sido previstos y rebatidos por él en 1884. Y, sin embargo, la sinceridad de su última posición fué generalmente aceptada por amigos y adversarios. Después de todo, y una vez que había llegado a pensar de manera distinta sobre temas económicos, ¿no era preferible que ofreciese sin vacilar a su país el beneficio de sus cambiadas convicciones? Debe observarse también que las bases del razonamiento se habían alterado muy poco en los veinte años de intervalo, que la cuestión era, principalmente, de carácter abstracto, y que ambas constituían, en lo esencial, un solo problema. Sin necesidad de que nada se opusiese a la honestidad del propósito o al celoso e incesante cuidado del bien público, había en este caso una contradicción tan flagrante en la misma teoría que le dejaba a uno pasmado.

Podemos ilustrar algo más esta divergencia. Míster Chamberlain sostenía en 1884 que la tasa sobre las importaciones era pagada por el consumidor nacional, y en 1904 que era pagada, y muy ampliamente en muchos casos, por el extranjero. No podemos dejar de observar que los razonamientos sobre que descansan ambas conclusiones son fundamentalmente incompatibles, y resulta difícil comprender cómo un hombre que tan claro vió uno, haya podido después aceptar el contrario con igual vehemencia y precisión. Hubiera sido mejor—tácticamente al menos—para míster Chamberlain haber abandonado por completo los argumentos abstractos y ceñirse exclusivamente en su alegato a los hechos, hechos mundiales, que constituían realmente sus razones: la importancia de consolidar el Imperio británico por medio de un Zollverein y la necesidad de obte-

ner el apoyo para esta política entre los intereses industriales ingleses y las clases conservadoras; pues estas consideraciones—contradijéranse o no—superaban, desde su punto de vista, la validez de sus convicciones puramente económicas.

Un estadista debe tratar de hacer siempre lo que cree que es mejor a la larga para su país, y no debe abstenerse de ello por la circunstancia de tener que divorciarse de un cuerpo de doctrina del que antes fué sinceramente adepto. Aquellos, sin embargo, que se ven forzados a estas desagradables opciones deben considerar su situación en este respecto como desgraciada. El gran sir Robert Peel puede servir como ejemplo de víctima caída bajo la influencia de esa sombra siniestra. Sobre él hizo lord Russell estas amargas observaciones:

«Dos veces cambió de opinión sobre las más importantes cuestiones políticas de su tiempo. Una vez, cuando la Iglesia protestante tuvo que ser defendida y la Constitución protestante preservada de los ataques de los católicos romanos, que, según se decía, querían arruinarlas, el muy honorable sir Robert tomó su defensa. En otra ocasión, las leyes sobre el comercio de cereales fueron vigorosamente atacadas en la Cámara y fuera de ella. Peel, a la cabeza de su partido, se opuso al cambio y defendió la protección aduanera. Yo creo que en ambas ocasiones llegó a una conclusión sabia y a la decisión más beneficiosa para su país: primero, cuando revocó las incapacidades legales de los católicos romanos; y segundo, cuando abolió la protección. Pero que aquellos que le siguieron—hombres que se confiaron en estas cuestiones a la sabiduría política, a la sagacidad, elocuencia y habilidad parlamentaria de Peel—mostraran cólera y resentimiento al ver que había cambiado de opinión y propuesto medidas diferentes a aquellas en fe de las cuales le habían seguido, era no sólo natural, sino que yo sería el primer sorprendido de que así no sucediese.»

Fué éste un duro, aunque no injusto comentario, sobre la carrera de uno de los más eminentes y nobles de nuestros hombres políticos; porque aquí no se trata solamente

de un cambio de punto de vista, sino de la más elemental buena fe de un *leader* para aquellos que se habían confiado a su guía y que no habían participado en su conversión.

Un cambio de partido es usualmente considerado como mayor falta de consecuencia política que un cambio de punto de vista. En efecto, mientras un hombre trabaja dentro de un partido, es difícil que se vea acusado de inconsecuencia, cualquiera que sea la alteración que sufran sus opiniones sobre un determinado objeto. También los partidos están sujetos a cambios e inconstancias más flagrantes que las individuales. ¿Y cómo había de ser de otro modo en el torbellino frenético de la contienda parlamentaria y del azar electoral? El cambio de opinión de un partido, por inconsecuente que sea, está defendido al menos por la fuerza del mismo. Permanecer constante cuando un partido cambia es exponerse a odiosas querellas.

Por otra parte, el separarse de un partido afecta a las relaciones de tipo personal y quebranta la vieja camaradería. Sin embargo, una sincera convicción, en armonía con las necesidades de la hora y mantenida sobre un gran propósito, servirá para prevalecer sobre los demás factores; y está bien y es de público interés que así sea. La política es una profesión generosa. Los móviles y las actitudes de los hombres públicos, aunque constantemente criticados, terminan al fin por ser amplia y rectamente juzgados. Pero, de todos modos, ¿dónde está la consecuencia hoy? La más copiosa mayoría conservadora que jamás haya visto un Parlamento moderno está dirigida por el creador del partido socialista, y dócilmente aplaude al mismo hombre público que hace unos pocos años fué uno de los directores de una huelga general y que, nada menos que el año pasado, trató nuevamente de hacer legitimar. Un librecambista de toda la vida, al frente del Ministerio de Comercio, ha declarado y hecho aprobar, entre clamorosos plácemes, una generosa tarifa proteccionista. El Gobierno que aún ayer se constituía para impedir la caída de la libra esterlina, es apoyado hoy en sus maquinaciones para evitar que suba. Análogas tergiversaciones

podrían ofrecerse multiplicadas; pero bastan. Citemos los piadosos versos de Crabbe con la esperanza de obtener parecida indulgencia:

«Escudriña minuciosamente la vida del hombre; deja que año tras año sus acciones vayan surgiendo de todos sus días, y entonces, aunque algo en esa vida pueda parecerte extraño, advierte, sin embargo, que los cambios bruscos y grandes no existen; todos los eslabones que enlazan la cadena de la acción están visibles, no queda entre ellos ningún vacío misterioso.»

CONTACTOS PERSONALES

QUIZÁ el principal misterio de la vida radique en ese algo recóndito-que le estimula a uno a hacer cosas. Eche el lector una mirada hacia el camino que ha recorrido y escudriñe sinceramente las razones, impresiones, motivos y ocasiones que le llevaron a dar tal o cual paso decisivo en su carrera. A veces encontrará que las personas que le impresionaron menos fueron las que más influyeron sobre él. Gentes insignificantes, observaciones casuales, pequeñas cosas contribuyen más eficazmente a la elaboración de nuestras vidas que los meditados, solemnes consejos de graves personas en momentos críticos. Mujeres y hombres no siempre acometen los trances decisivos con resolución y con deseo consciente de escoger el mejor camino, sino que frecuentemente, en nuestra breve y azarosa existencia, algún accidente, algún hecho inesperado y trivial inclinó las cosas de tal manera que nos determinó a movernos en la forma en que lo hacemos. Debemos siempre estar en guardia contra las casualidades o circunstancias que intentan desviarnos de nuestro camino; y la gloria de la naturaleza humana reside en nuestra aparente capacidad para ejercer un control consciente sobre nuestro destino. Con una visión amplia, grandes principios, elevadas aspiraciones, profunda fe, no nos es difícil encontrar mapas y brújula para nuestro viaje. Y aun así y todo, cuando nos inclinamos sobre la popa de la nave y contemplamos los remolinos sinuosos de nuestra estela, el más inflexible y resuelto de nosotros no puede por menos de notar cuántas corrientes toman parte en los movimientos del barco que nos lleva hacia adelante.

Por eso elijo con todo cuidado del álbum de Memorias un pequeño número de instantáneas, rápidos esbozos y

desvaídos daguerrotipos de personas que han dejado a través del tiempo una impresión sobre mí.

La mayor y la más poderosa influencia en los primeros años de mi vida fué, sin duda, la de mi padre. Aunque hablaba con él muy raras veces y jamás en términos de igual a igual, yo sentía hacia él intensa admiración y profundo afecto. Leía ávidamente cuantas palabras había pronunciado y llegué a aprenderme de memoria gran parte de sus discursos. Tomé de él, sin duda alguna, mis principios políticos. Me parecía que mi padre había poseído, en los días de su apogeo, a la vez las claves de la acción política y de la oratoria popular. A pesar de que lord Randolph Churchill vivió y murió como un leal *tory*, en realidad fué siempre, y especialmente en su mejor fase, después de dejar para siempre la dirección de los negocios públicos, un hombre de espíritu liberal. No veía la razón de por qué las viejas glorias de Iglesia y Estado, de Rey y Patria no habían de reconciliarse con la moderna democracia; o por qué las masas del pueblo trabajador no habían de llegar a ser los principales defensores de aquellas antiguas instituciones por medio de las cuales se habían conseguido sus libertades y progresos. Es esta unión de pasado y presente, de tradición y progreso, esta cadena de oro, jamás rota porque a ninguna excesiva tensión fué sometida, la que ha constituído el mérito peculiar y la cualidad soberana de la vida nacional inglesa. Cuando llegué a estar más compenetrado con el pensamiento y con el tema de mi padre, ya éste había muerto.

* * *

La primera vez que fuí a los Estados Unidos, en 1895, era yo oficial subalterno de caballería. Fuí recibido en el muelle por míster Bourke Cockran, un gran amigo de mis parientes de América, que había tenido la amabilidad de ofrecerme su patrocinio durante mi estancia en la ciudad. Debo recordar la fuerte impresión que este hombre notable produjo en mi indisciplinado espíritu. No he conocido a nadie que se le pareciese, y, en algunos aspectos, nadie que le igualase. Con su enorme cabeza, sus fulgurantes

ojos y su desembarazado continente, se parecía con extraordinaria semejanza a Carlos Jacobo Fox. No tuve la suerte de oír ninguno de sus discursos; pero su conversación, en agudeza, en enjudia, en rotundidad, en antítesis y en comprensión, excedía a todo cuando yo había oído. Originariamente un demócrata y un Tigre de Tammany (1), tuvo que enfrentarse con la campaña sobre la libertad de la plata, de míster Bryan. Se puso en contra de su partido y pronunció desde las tribunas de la República una serie memorable de discursos. Más tarde, cuando se decretó el libre curso, reunióse a sus viejos amigos. Esta doble transferencia de la lealtad política, le expuso, naturalmente, a muchos ultrajes. Debo afirmar que nunca, durante nuestra relación de veinte años, pude advertir la menor inconsistencia en el cuerpo general de doctrina sobre el que se situaban sus puntos de vista. Todas sus opiniones eran de una pieza...

En Inglaterra, la opinión pública de los hombres y de los partidos crece como un árbol que protege su tronco con sus ramas, meciéndose a compás del viento o por él retorcidas, arraigado conforme a sus embates, encanijado por la sequía o mutilado por el huracán. En América, las opiniones se toman estereotipadas de los libros de texto y los planes de actuación política se fabrican a máquina según las exigencias de partido y sin preocuparse de los individuos. Nosotros producimos pocos de sus tipos políticos tajantes y de sus terminantes programas. En nuestros ámbitos, como en los de la Naturaleza, siempre hay orillas escarpadas, zonas fronterizas, compromisos, anomalías. Del otro lado del océano todo es tenso y agudo. Cockran, por aquella facilidad de recurrir con frecuencia a los primeros principios de que goza la Constitución norteamericana, había desarrollado un esquema completo de pensamiento político que le permitía presentar un frente efectivo y sincero en todas direcciones y conforme a las mudables circunstancias. Era pacifista, individualista, demócrata, capitalis-

(1) La Sociedad de Tammany era una organización democrática de Nueva York. Toma su nombre de un jefe indio, *Tammaned*, que se dice haber firmado el tratado con Penn. (*N. del T.*)

ta y *gold-bug*. Era, sobre todo, un librecambista, y repetidamente declaraba que esta doctrina, fundamental según él, constituía el lazo de unión de todas las otras. Por eso, era igualmente opuesto a los socialistas, inflacionistas y proteccionistas, y los combatía en toda ocasión. No había, pues, en su vida carencia de lucha. No la habría habido nunca aunque hubiese vivido mucho más.

* * *

Permítaseme ahora presentar el retrato de un oficial de Tesorería de la vieja escuela, de los grandes días de Gladstone y Disraeli. Sir Francis Mowatt había servido a las órdenes de estos dos famosos ministros de Hacienda y, por espacio de varios años, había sido secretario particular de míster Gladstone. Representaba el punto de vista victoriano, completamente triunfante entonces, sobre economía y finanzas: estricta parsimonia, contabilidad exacta, importaciones libres, no obstante lo que el resto del mundo practicara; gobierno firme, suave; nada de guerras; nada de flamear banderas; justo pago de deudas, reducción de impuestos y alejamiento de compromisos; y en cuanto al resto—comercio, industria, agricultura, vida social—: *laissez-faire* y *laissez-aller*. Reducción al mínimo del gobierno mismo y de sus demandas al público; que la nación viva su propia vida; tomen las organizaciones sociales e industriales el rumbo que les plazca, con tal que se sujeten a la ley del país y a los Diez Mandamientos; y déjese que la moneda fructifique en los bolsillos de las gentes.

Al igual que Bourke Cockran, sir Francis Mowatt consignaría al limbo más remoto a los patrioteros, imperialistas, bimetalistas, socialistas, proteccionistas y similares.

Alto, esbelto, de noble frente, brillantes ojos y fuertes mandíbulas, ese fiel servidor de la Corona, ganoso de pasar inadvertido, pero lleno de respeto propio, resuelto, convencido, seguro de sí mismo, seguro de sus opiniones, vivió modesta y frugalmente en el centro o en las cercanías de la máquina del Gobierno británico, mientras los Gabinetes tories o liberales iban y venían. Él servía a

ambos con igual lealtad, cultivando su sentimiento gladstoniano como cosa puramente privada. Fué uno de los amigos que heredé de mi padre. Le gustaba hablarme de la breve etapa de lord Randolph como ministro de Hacienda. ¡Con qué rapidez había aprendido los sanos principios de las finanzas públicas, abandonando sus juveniles devaneos proteccionistas; y con qué resolución había luchado por la economía nacional y por la reducción de los armamentos! ¡Cuán grato era servir y trabajar con él! ¡Qué tragedia haberlo perdido! Tal fué mi presentación, y ello me proporcionó una firme base para una afectuosa amistad.

Después empezaron en el Parlamento mis censuras a los aumentos en el Ejército, preconizados por míster Bodrick, y mis campañas en pro de las economías. Con el viejo Mowatt, al frente entonces del Servicio Civil, cambiaba unas palabras de cuando en cuando. Él me puso en contacto con algunos funcionarios más jóvenes, y que después llegaron a ser eminentes, con los cuales era muy útil hablar, no de secretos, pues éstos jamás fueron divulgados, sino de hechos públicos presentados en sus verdaderas proporciones y con su propio relieve. Vino después la controversia fiscal del año 1903. El gran Joe Chamberlain, el héroe radical del 1880 al 1890, el héroe tory del momento, suscitó de nuevo la cuestión proteccionista—mezclada con las tasas sobre productos alimenticios—en la arena política. Una intensa y progresiva crisis se incubaba lentamente. Míster Ritchie, el irreprochable ministro de Hacienda, fué sostenido por Mowatt, su principal consejero, enhiesto en el frente de batalla, y cayó luchando con su bandera librecambista desplegada. Mowatt, traspasando en exceso los ordinarios límites de un funcionario civil, haciendo públicos sus puntos de vista, jugándose la destitución, desafiando a la Administración con el empleo de admirables documentos del Estado, conducía la lucha por sí mismo. Me armó de hechos y argumentos de carácter general y me equipó con unos conocimientos de economía muy necesarios para un joven que, a los veintiocho años,

es llamado a tomar parte preeminente en una controversia nacional.

* * *

Mis primeros años en el Parlamento transcurrieron dentro de la órbita de lord Hugh Cecil. Era ésta la primera vez, y temo que sea la última, en que me encontraba con un verdadero tory, un sèr arrancado del siglo XVII, pero provisto de todos los modernos recursos y aptitudes. Olivèrio Wendell Holmes dice en algún sitio que «la juventud de formación eclesiástica manifiesta sus disposiciones excepcionalmente temprano». Y, en efecto, este hijo predilecto del tan duradero primer ministro conservador saltó a la arena política pertrechado de todas las armas intelectuales y seriamente dispuesto a defender causas que nadie entonces parecía considerar muy importantes y que pocas gentes ahora se atreven a desestimar.

A poco de mi llegada al Parlamento me arrastró consigo en su vehemente resistencia a la aprobación de la ley que permitía a un hombre casarse con la hermana de su última esposa. A primera vista, yo me sentía inclinado a creer que era ésta una disculpable y hasta razonable determinación. Un viudo con cuatro o cinco hijos de corta edad era explicable que se uniese a su cuñada para que le ayudase a criarlos. Si amaba y admiraba a su mujer, parecía natural que encontrase en la hermana muchos de los rasgos que le encantaron antes en aquélla. Solía haber, además, un fondo de intimidad y afecto. La unión generalmente se celebraba entre personas llegadas a la madurez y existían, en realidad, muchos hogares felices edificados sobre esta base.

Pero cuando expuse estas consideraciones a lord Hugh Cecil, se escandalizó de mi ignorancia del Derecho canónico y, sobre todo, de las profundas razones en que se apoyaba aquella ley. El objeto de la Iglesia cristiana, me explicaba, era ensanchar los límites del afecto familiar lo más ampliamente posible, pero sin admitir dentro de esos límites la posibilidad de perturbaciones por motivo sexual. Aquí radicaban las nobles y gratas relaciones merced a

las cuales la hermana de la mujer difunta, sin temor al escándalo, podría entrar en casa del viudo y cumplir durante largos años con toda honorabilidad su deber de amar a sus sobrinos. Abolir el principio del impedimento por afinidad colateral y en cientos—qué digo en cientos, en miles—de hogares la posición de esas abnegadas mujeres, hasta ahora incuestionada, se convertiría en blanco propicio a la murmuración y a la calumnia. Todo esto, de suyo importante, no era más que un simple ejemplo de nuestro deber de preservar la estructura de la humana y esclarecida sociedad cristiana. Una vez transpuesto el umbral, una vez puesto el pie—moral e intelectualmente hablando—en la pendiente resbaladiza de una aparente indulgencia, ya no habría manera de detenerse hasta caer en un paganismo o hedonismo general, posiblemente agradable de cuando en cuando en este mundo de huidizas preferencias y variadas pruebas, pero fatal en un porvenir de edades sin cuento, o quizá a través de la eternidad entera.

Estos argumentos, reforzados con espléndida elocuencia e inflamados de fe, me indujeron a acompañar a lord Hugh en su prolongada y victoriosa obstrucción contra el proyecto de ley sobre el impedimento entre cuñados durante la legislatura de 1901. Después de varias fastidiosas semanas, llegamos a convencer a los defensores del proyecto —o «promotores», como los llamábamos irónicamente, imputándoles en el asunto un interés privado—de que no había límites para los argumentos que podrían esgrimirse en su contra, o por lo menos del tesón con que tales argumentos podrían ser superados, entrelazados o incluso repetidos. Al final, lord Hugh tuvo que recurrir a una estratagema parlamentaria que le proporcionó una seria acusación casuística. Los proyectos de ley de los simples miembros de la Cámara están, en gran parte, a merced del tiempo. De que el voto sólo pudiese ser computado antes de que el reloj diese las cuatro, dependió la suerte de la dañosa medida. Una mayoría a su favor era segura. En aquellos días, los miembros de la Cámara de los Comunes solían emplear algo más de un cuarto de hora en

atravesar los pasillos para emitir sus votos. Cuando aquel debate terminó, sólo faltaban dieciocho minutos para las cuatro. ¡Lord Hugh *remoloneó en el pasillo!* Acompañado por cerca de una veintena de tories, entre los cuales, con gran sorpresa mía, percibí la venerable figura de sir Michael Hicks - Beach, ministro de Hacienda, literalmente arrastró los pies pulgada a pulgada sobre el alfombrado pasillo que conduce al vestíbulo donde se depositan los votos. Las campanadas del reloj precedieron en quince segundos al final de la contienda, en la cual meses de labor fueron consumidos por los partidarios del pro y del contra. El proyecto de ley naufragó, por consiguiente, y la ulterior fortuna de la causa quedaba expuesta a las contingencias de otro año.

Los radicales y noconformistas, que, como fué rudamente insinuado, deseaban regularizar a expensas de la Iglesia sus inmorales relaciones con las hermanas de sus esposas difuntas, adoptaron una posición hostil ante esta maniobra. La motejaban de ruin, de trapacera; decían que, además de no jugar limpio, se esquivaba terminar el partido. Sus vociferaciones eran estruendosas y hubieran silbado de buena gana, si no estuviera prohibido, a lord Hugh cuando al fin entró de nuevo en la Cámara. Soportó estas manifestaciones con el más perfecto desprecio compatible con una persona piadosa. Dijo que él no había quebrantado ninguna de las reglas del procedimiento tal como estaba entonces establecido; se había limitado a ejercitar sus derechos parlamentarios, que precisamente en aquel tiempo le permitían una plena discreción en cuanto a la velocidad con que él debería moverse a través de los pasillos. Si sus contradictores ignoraban que tal laxitud existiese y prolongaron imprudentemente el debate dejando escaso tiempo para el escrutinio, él no tenía la culpa de que tal ignorancia redundase en favor de su causa. Y ¿qué era todo aquello de «no jugar limpio», cuando nada menos que el carácter trascendente del vínculo conyugal estaba en juego?

Preguntado hasta dónde llevaría tal argumento, contestó que tan lejos como le fuera posible, con exclusión de lle-

gar a la violencia o a la ilegalidad. Los conservadores debían respetar las leyes de Inglaterra, o de lo contrario nada quedaría en pie. Los disconformes con los impuestos se negarían a pagarlos, y los arrendatarios descuidarían el pago de las rentas. Muchos y muy importantes derechos seculares estarían de hecho amenazados. Todas aquellas expresiones acerca de «no jugar el partido» eran deleznable cascote, sólo propio del lenguaje de escolares. Nosotros no estábamos jugando ningún juego, sino cumpliendo un solemne e importante deber. Habíamos sido abandonados en este mundo con un poder consciente de determinación durante el breve intervalo mortal de una existencia sin fin, y por nuestra fe y por nuestras acciones seríamos juzgados para siempre.

Debo admitir que con la creciente tolerancia de los tiempos, yo llegué por último a transigir en esa cuestión del matrimonio de un hombre con la hermana de su mujer premuerta. Pero el punto de vista de lord Hugh, aunque sobreseído por un irresistible movimiento de masas hacia estados sociales sin duda más fáciles y tolerantes, es de naturaleza propicia a poder suscitarse de nuevo cualquier otro día.

* * *

Nadie que haya trabajado tan cerca de Lloyd George como yo lo hice podrá dejar de estar a la vez impresionado e influído por él. La reputación que ha gozado de orador parlamentario y tribunicio ha sido exagerada con frecuencia. Extraordinarios como han sido sus éxitos en público, es en conclaves de ocho o de nueve, de cuatro o de cinco personas, o en discusiones directas de hombre a hombre, donde sus artes persuasivas alcanzan su máxima excelencia. En sus mejores tiempos creo que, hablándole, podría hacer bajar a un pájaro de un árbol. Una comprensión profunda de las más amables debilidades de la naturaleza humana; el don seguro de captar las buenas cualidades de un hombre desde el principio mismo de una conversación; la completa aversión a todo lo que dé al razonamiento un carácter tajante; un diestro toque para

luchar con la realidad; el ofrecimiento súbito de posiciones hasta entonces inexploradas, pero evidentemente conciliadoras y atractivas: todos éstos son modos y métodos de los que es un natural adepto. Yo le he visto hacer cambiar en menos de diez minutos la opinión de un Gabinete, y, sin embargo, una vez completa la mutación, nadie podría recordar a qué determinado argumento atribuir su cambio de criterio.

Él ha comprobado, sutilmente, agudamente, la verdad del adagio: «Un hombre convencido contra su voluntad, sigue siendo de la misma opinión.» Nunca, en los días en que le conocí mejor, pensó en darse satisfacción a sí mismo, en recrearse, hablando. No tenía inclinación por las bellas frases; pensaba única y constantemente en los efectos que producirían sobre las personas. Y hasta muchos de los convencidos por él llegaban a creer honradamente que habían sido ellos quienes a la postre lo habían convencido. Sin embargo, además de la verdad y buen sentido del argumento, había siempre una peculiar visión práctica, una perspectiva de larga vista.

Una de sus más sorprendentes facultades era la de poder ver, en momentos en que todos preguntaban por el paso próximo, un paso más allá. Para usar términos de deporte, él cazaba a menudo en el campo próximo a aquel por el que íbamos galopando. Precisamente en el momento en que dábamos vueltas a la cabeza pensando por dónde deberíamos saltar la zanja, él diría: «Cualquiera puede ver ese sitio; pero ¿cómo vamos a cruzar el canal o la línea férrea que están más allá? Miren, debemos tomar este puente, o atravesar aquel paso a nivel; de lo contrario, nos desviaríamos. Eso quiere decir que ahora es cuando debemos dar un salto grande y no ese más fácil en el que estaban ustedes pensando.» Puedo decir que nunca cazó con galgos en su vida; pero si hubiera nacido con inclinaciones de Nemrod en vez de mago, las liebres lo habrían pasado muy mal.

Naturalmente, un hombre semejante tuvo que ejercer gran influencia sobre mí. Cuando crucé el umbral de la Cámara y dejé el partido conservador en 1904, fué a su

lado donde tomé asiento. Desde entonces en adelante trabajamos juntos, no ciertamente sin diferencias, ni hasta sin querellas; pero en lo principal, y durante cerca de veinte años, prácticamente, laboramos en continua asociación. Fué el mejor maestro que jamás he conocido en el arte de mandar hacer cosas y de realizarlas por completo; ningún político británico, en efecto, ha poseído en mis días su competencia para mover hombres y negocios. Cuando se escriba la historia del primer cuarto del siglo XX, se verá que la mayor parte de nuestra suerte, lo mismo en la paz que en la guerra, fué elaborada por las manos de este hombre. Fué él quien dió al liberalismo ortodoxo la nueva inflexión de una ardiente política social. Todos los grandes planes de seguros han entrado para siempre en la vida del pueblo inglés impulsados o creados por él. Fué él quien lanzó nuestras finanzas por la vía del impuesto progresivo sobre la riqueza como factor igualitario de la vida social. Fué él quien en los días sombríos de la guerra se apoderó del supremo poder y lo empuñó vigorosamente hasta que se logró abrumadora victoria. Fué él quien por bien o por mal arregló la cuestión irlandesa, o por lo menos la apartó de la senda principal del Imperio británico. Todas esas cuestiones pertenecen a la Historia. En la actualidad, fuertes corrientes de censura, o si no de desaprobación, combaten contra las obras más importantes de su vida. Sus méritos serán muy discutidos, pero nadie disputará su magnitud.

En cierto aspecto, yo creo que a veces ejercí influencia sobre él, como también, aunque en menor medida, la tuvieron lord Balfour y lord Birkenhead cuando vinieron a colaborar juntos. Nosotros podíamos mostrarle a menudo aquella parte del cuadro político que su juventud de radical disidente, jefe de los nacionalistas galeses, educado con estrechez de medios y en modestas condiciones, no le habría permitido conocer a fondo. El Imperio británico y nuestra isla serán los perjudicados por el hecho de que las fuerzas de la derecha, desde el momento que salimos del período de guerra, le rechazasen tan desconsideradamente. También él, sin duda alguna, era digno de censura.

De todos modos, el divorcio fué completo. El mitin del Club Carlton de 1922 terminó para siempre—por lo menos hasta ahora así nos lo parece—la asociación de este asombroso «hacedor de cosas» con las fuerzas ortodoxas o declaradamente imperialistas de la derecha, o *die-hards* (1), como suelen llamarse. El partido conservador denunció y rechazó al mago galés y aclamó al *Honrado míster Baldwin*. Ahora parece que no están muy satisfechos con su nuevo jefe. Mientras tanto, se las van arreglando felizmente con un socialista, un pacifista del tiempo de guerra, un antiimperialista y un defensor de la huelga general. Pero se entiende que no habrá de intervenir en la política *tory*. L. G. es *tabú*.

(1) Los que luchan rudamente contra la muerte o tardan mucho en morir. (*N. del T.*)

LA BATALLA DE LA CALLE DE SIDNEY

En la mañana del 17 de diciembre de 1910, toda Inglaterra quedó sobrecogida y atónita ante la información de un extraordinario crimen que llenaba los periódicos. A las diez y media de la noche anterior, un señor Isenstein, dueño de un establecimiento de artículos de fantasía en Houndsditch, se sintió alarmado por unos misteriosos aldabonazos que procedían de la parte posterior de la casa. Estas llamadas habían sido ya advertidas quince días antes y la policía ya había hecho pesquisas acerca de ellas. Pero ahora eran más fuertes y cercanas y evidentemente provenían de la casa de al lado. El señor Isenstein mandó a buscar a la policía. Un grupo de seis agentes se presentó; dos fueron apostados en la parte posterior del inmueble, y el sargento, seguido por los otros tres, subió a la puerta del piso donde se creía que eran dados los golpes. Siguiendo la costumbre, que hasta entonces había sido invariable en Inglaterra, todos los policías estaban desarmados.

La puerta fué entreabierta por un hombre. La abertura no excedía de seis pulgadas.

—¿Ha estado usted trabajando aquí?—preguntó el sargento.

No obtuvo respuesta.

—¿Entiende usted el inglés? ¿Hay alguien en la casa que pueda hablar inglés?

El hombre entornó la puerta hasta una pulgada y, dejando la pregunta sin respuesta, desapareció escaleras arriba. El sargento empujó la puerta y penetró en un recinto alumbrado por una luz de gas. El sargento se limitaba a hacer una ordinaria diligencia policíaca y parecía no haber motivo especial para tomar precauciones. Llevaría, recorriendo la estancia, apenas un minuto. Fué el último

para él. De súbito, una puerta se abrió con estrépito, un pistoletazo sonó y el sargento cayó desplomado sobre el umbral. Otro tiro, esta vez disparado desde la escalera, alcanzó al policía que avanzaba desde la puerta; a través de ella, la mano de un hombre, armada de una larga pistola automática, se deslizó: una serie de tiros fué disparada, y en unos pocos segundos los cuatro agentes yacían muertos, moribundos o heridos en la calle. Una figura surgió de la casa, disparando a derecha y a izquierda. Quedaba sólo el policía Choate, desarmado y ya herido. Este funcionario se abalanzó sin vacilar sobre el asesino y, a pesar de recibir dos nuevas heridas en el torso, siguió sujetándolo hasta que fué herido de nuevo por la espalda por otro de los criminales y cayó moribundo, atravesado por doce balazos. La banda de asesinos, esquivando la persecución del sexto policía, que había quedado en la parte posterior de la casa, desaparecieron entre la oscuridad y el tráfago del Londres nocturno, no dejando, de momento, ni rastro ni pista.

Las posteriores investigaciones de la policía mostraron que una operación sistemática de asalto y robo había sido planeada no contra la casa del señor Insenstein, sino contra una joyería vecina donde mercancías valoradas en treinta mil libras hallábanse encerradas en una caja de caudales. La pared de ladrillos entre los dos edificios había sido casi totalmente horadada, y en el túnel se encontró el perfecto y completo herramental de los ladrones, destinado a forzar una caja fuerte con un soplete de acetileno.

A las tres de la madrugada siguiente, dos mujeres fueron a buscar a un médico para que asistiese a un joven, que dijo llamarse Jorge Gardstein. Éste explicó que había sido herido involuntariamente por un amigo de un tiro de revólver en la espalda, hecho acaecido tres horas antes. Aquel hombre, cuyo verdadero apellido era el de Morountzef, era el criminal que mató al sargento de policía, y parece ser que en la lucha con el agente Choate una de las balas que atravesaron el cuerpo del heroico policía le perforó a él el estómago y los pulmones. Expiró antes de la

mañana, dejando como recuerdo una pistola Browning, un puñal y un violín.

Tal fué, en síntesis, la historia que relataron, descubriéndola gradualmente, los periódicos de los días siguientes. Nos hallábamos en presencia de una clase de crimen y de un tipo de criminal que durante generaciones no habían tenido semejantes en Inglaterra. La implacable ferocidad de los criminales, su inteligencia, su infalible puntería, sus modernas armas y su equipo, todo descubría las características del anarquismo ruso. Se comprobó en los días siguientes que los asesinos pertenecían a una pequeña colonia de veinte letones de la Rusia báltica que, bajo la dirección de un anarquista conocido por Pedro *el Pintor*, habían buscado una guarida en el corazón de Londres. Era, en efecto, en el lenguaje de aquellos tiempos, una «célula germen» de asesinato, ánarquía y revolución. Aquellos seres feroces, viviendo, como se dijo, «exactamente igual que animales», se dedicaban a realizar sus depredatorios designios y sus sombrías conspiraciones. Aunque para fines personales eran ladrones y asesinos, todas sus acciones tenían también un carácter político. Pedro *el Pintor* fué una de aquellas bestias feroces que, años más tarde, entre las convulsiones de la Gran Guerra, iban a devorar y destruir el Estado y el pueblo rusos.

La ira y la indignación contra este monstruoso crimen fueron los sentimientos generales a través de todo el país. Cuantos recursos tenía a su disposición Scotland Yard fueron empleados en la persecución de los criminales. Yo era entonces ministro del Interior, y como tal ordené inmediatamente que la policía fuese provista de las mejores marcas de pistolas automáticas que pudieran procurarse. Los bravos agentes que habían caído en el cumplimiento de su deber fueron enterrados con carácter oficial, y sus ataúdes, cubiertos con la bandera nacional, reposaron en la catedral de San Pablo durante las solemnes honras fúnebres celebradas con asistencia de los altos dignatarios de la ciudad de Londres.

Siguió un lapso durante el cual todos los recursos de

que puede disponer una comunidad civilizada fueron dirigidos a la captura de los delincuentes.

En la mañana del 3 de enero, aproximadamente a las diez, fuí sorprendido, hallándome en el baño, por una llamada apremiante a la puerta.

—Hay una llamada urgente del Ministerio del Interior en el teléfono más inmediato.

Chorreando y envuelto en una toalla, me lancé al aparato y recibí las siguientes noticias:

«Los anarquistas que asesinaron a los policías están cercados en la casa número 100 de la calle de Sidney, en el East End, desde donde disparan contra la policía con pistolas automáticas. Han matado a un hombre y parece que disponen de gran cantidad de municiones. Se recaba de la autoridad el envío de fuerza para detenerlos o matarlos.»

Respondí inmediatamente otorgando el permiso necesario para que la policía hiciese uso de cuanta fuerza estimase precisa. Veinte minutos después estaba en el Ministerio.

Allí encontré a mi principal consejero, míster Ernley Blackwell, quien me dijo que no se habían recibido ulteriores informaciones, como no fuesen las de que los anarquistas estaban efectivamente cercados, pero que seguían disparando en todas direcciones. Nadie sabía cuántos anarquistas se encontraban allí ni qué medidas iban a tomarse. En tales circunstancias, pensé que mi deber me imponía el enterarme directamente de lo que estaba ocurriendo. Mis consejeros coincidieron conmigo en lo acertado de la determinación. Debo, sin embargo, admitir que el concepto del deber hallábase entonces estimulado por un fuerte sentimiento de curiosidad, que acaso hubiera sido mejor reprimir.

Partimos en seguida en un automóvil, Strand abajo, a través de la City, hacia Houndsditch; llegamos, por fin, al filo del mediodía al punto donde todo tránsito estaba suspendido. Nos apeamos del auto. Había una considerable muchedumbre de gentes llenas de irritación y de alarma. Observé el desusado espectáculo de los funcionarios del Metropolitano armados de fusiles urgentemente requi-

sados en una armería próxima. El aspecto de la multitud no era en modo alguno amistoso, y varios gritos se oyeron de «¿Por qué los han dejado entrar?», en alusión a la negativa del Gobierno liberal de dictar leyes enérgicamente restrictivas contra la inmigración de extranjeros. Pero en aquel mismo momento, un tiro sonó a una distancia de un par de centenares de yardas, seguido por otro y otro, hasta convertirse en una fusilería regular. Acompañados por un inspector bajamos la desierta calle, doblamos una esquina, otra después, y alcanzamos por último un grupo de policías, varios de los cuales estaban armados, y cierto número de mirones y periodistas que habían quedado dentro del cordón de guardias, al formarse éste, y a quienes se permitió permanecer allí. Otra calle se abría en ángulo recto sobre nuestro camino. Subiendo por esta calle, a cincuenta o setenta yardas a la izquierda, hallábase la casa número 100, en la cual los asesinos se habían hecho fuertes. En el lado opuesto, frente a nosotros, policías, guardias escoceses y espectadores se agazapaban tras las defensas de los ángulos salientes de los edificios, y desde ambas aceras de la calle, desde el arroyo mismo, desde numerosas ventanas, policías y otras personas disparaban rifles, pistolas y fusiles con acelerada frecuencia contra la casa que servía de refugio a los furiosos criminales.

Éstos replicaban cada minuto o dos disparando bien calle arriba y calle abajo, bien contra los asaltantes de enfrente. Las balas golpeaban las paredes de ladrillos y rebotaban aquí y allí. Desde entonces hemos llegado a familiarizarnos con escenas de esta clase, y el espectáculo de parecidas luchas ya hacía tiempo que habían dejado de ser una novedad en Europa. Pero nada semejante se había visto jamás en memoria humana en la tranquila, ordenada, cómoda Inglaterra; y, desde este punto de vista al menos, mi viaje resultaba bien recompensado.

Mas la situación, casi inmediatamente, llegó a ser embarazosa. Algunos policías estaban ansiosos de lanzarse sin demora al asalto del edificio, pistola en mano. Otros pensaban acertadamente que sería mejor tomarse algún tiempo y evitar la pérdida casi segura de tres o cuatro

vidas valiosas. No formaba parte de mi deber el tomar personalmente la dirección o dar disposiciones ejecutivas. Desde mi despacho del Ministerio del Interior podría enviar órdenes, y éstas serían inmediatamente cumplidas; pero no me incumbía interponerme entre los que estaban cumpliendo en su puesto las funciones propias de su cargo. Por otra parte, mi posición de autoridad, muy superior a todas las otras, atraía inevitablemente, por sí misma, directa responsabilidad. Yo veía ahora que hubiera procedido mucho mejor no habiéndome movido de mi despacho. Pero al mismo tiempo resultaba imposible tomar el auto y marcharse mientras las cosas se mantenían en una incertidumbre tan grande, y eran, además, interesantes en extremo.

Deseoso de tener una visión directa de la casa sitiada, crucé ahora la calle y me refugié en la puerta de un almacén de la acera opuesta. Aquí me encontré a lord Knutsford, director del hospital de Londres, y juntos contemplamos las cercanas escenas del drama.

Se hacían ahora planes para asaltar el edificio desde diferentes lugares a la vez. Un grupo, saliendo de la puerta de la casa próxima, iba a lanzarse contra la puerta de la casa cercada y cargar escaleras arriba: otro grupo de policías y guardias irrumpiría en la parte de atrás del segundo piso saltando por una ventana; una tercera sección, perforando el tejado, saltaría sobre los asesinos desde arriba. No podía haber la menor duda sobre el resultado de semejante ataque, pero de seguro costaría pérdidas de vidas, no sólo por el fuego de los anarquistas, sino también por los tiros disparados en la confusión por los mismos asaltantes. Mi propio instinto me aconsejó en seguida un ataque frontal, escaleras arriba, tras la protección de una plancha de acero o escudo, y rápidas búsquedas se hicieron en las fundiciones vecinas para conseguir una de tamaño conveniente. Mientras tanto, sin embargo, el problema se arreglaba por sí solo. Aproximadamente a la una y media, un penacho de humo salía de una de las rotas ventanas superiores de la casa sitiada, y en pocos minutos ésta ardía. La conflagración se propagaba rápidamente

hacia abajo. Al crepitar y crujir de las maderas sucedió el bramar de las llamas. Aún los anarquistas, defendiendo piso a piso, sostenían su fuego, y las balas continuaban chocando contra los muros de las casas y el pavimento de la calle.

Ocurrió entonces un curioso incidente que, por primera vez, hizo útil mi presencia en aquel lugar. Las funciones ordinarias de la vida británica seguían cumpliéndose rigurosamente a pocos pasos de la zona de peligro, y hasta un cartero, en su recorrido habitual, entregaba a la sazón sus cartas en la casa de al lado. De repente, con rápido estruendo, hizo su aparición una brigada de bomberos, separando bruscamente a la multitud apostada en los alrededores de la escena y atravesando entre ella hasta alcanzar el cordón de guardias situado al principio de la zona peligrosa. El inspector de policía prohibió el paso, pero el jefe de la brigada de bomberos declaró que su deber era penetrar más allá. Se había declarado un incendio y estaba obligado a extinguirlo. Anarquistas, pistolas automáticas, zonas peligrosas, nada de todo esto se mencionaba en los reglamentos de las brigadas de bomberos de Londres. Cuando el oficial de policía le advirtió que sus hombres podrían ser muertos a tiros, el bombero replicó simplemente que las órdenes eran órdenes y que él no tenía opción. Yo intervine entonces para zanjar una disputa que empezaba a ser acalorada. Le dije al jefe de la brigada de bomberos, con mi autoridad de Ministro del Interior, que se iba a dejar que la casa ardiese de arriba abajo, pero que él habría de permanecer allí para impedir la propagación del incendio. Después regresé a mi puesto de observación en la acera de enfrente.

Las llamas empezaban ahora a invadir la planta baja de la funesta casa. Transcurrieron varios minutos sin que se disparase un solo tiro por parte de los anarquistas. Ningún ser humano podría seguir viviendo en el edificio. Todo el mundo esperaba ver a los criminales—cuántos estaban allí no se supo nunca con certeza—salir, pistola en mano, en plena calle.

Un centenar de escopetas, revólveres y fusiles apunta-

ban a la abrasada puerta. Unos minutos de intensa excitación pasaron y las llamas se apoderaron por completo del piso bajo. Se adquirió, al cabo, la seguridad de que aquellos demonios humanos habían perecido. De súbito, siguiendo un espontáneo impulso que condujo a todos hacia el centro de la calle, un inspector detective se dirigió rápidamente a la puerta y la abrió de un puntapié. Yo seguía unas pocas yardas detrás, acompañado por un sargento de policía armado con una escopeta de dos cañones. Dentro del edificio no había más que humo y llamas. Los bomberos se lanzaron hacia adelante, situándose con sus mangueras en el centro de la desierta calle. Los seguía una muchedumbre de guardias, periodistas, fotógrafos y espectadores.

Ya eran las tres, y dejando ahora que el ya moribundo edificio se las entendiese con la brigada de extinción y que las ruinas fuesen examinadas por la policía, me fuí a mi casa.

Además del inspector de policía, herido por la mañana, un sargento de la guardia y tres paisanos habían sido alcanzados por las balas, amén de otro sargento lesionado, aunque no gravemente. Hasta este momento ninguna vida se había perdido, excepto las de los asesinos. Pero, ¡ay!, el día no había transcurrido aún. El hundimiento de una pared hirió a cinco de los bomberos, a dos de ellos gravísimamente.

Se encontraron en las ruinas de Sidney Street dos cuerpos carbonizados, uno de ellos con señales de haber sido atravesado por una bala inglesa y el otro con apariencias de haber sido asfixiado por el humo. Comprobóse que eran los cadáveres de Fritz Svaars y de Jacobo Vogel, miembros ambos de la banda anarquista de Pedro *el Pintor*, y uno y otro culpables, sin duda, del asesinato de los policías. Dos pistolas Mauser y una Browning, con seis armaduras metálicas de bombas, fueron halladas entre las ruinas, además de abundantes cartuchos.

Así terminó la batalla de la calle Sidney. De Pedro *el Pintor* jamás se descubrió el rastro. Se esfumó por completo. El rumor lo ha mencionado reiteradamente como

uno de los bolcheviques salvadores y libertadores de Rusia. Ciertamente, sus cualidades y antecedentes le habrían sido muy útiles para ocupar un puesto honorable en tan ilustre cuadrilla. Pero este rumor carece de todo fundamento.

Las controversias de partido estaban entonces en todo su apogeo en Inglaterra, y yo fuí vivamente censurado en los periódicos y en el Parlamento por mi participación en este curioso episodio. Míster Balfour, en la Cámara de los Comunes, estuvo especialmente sarcástico:

«Hemos observado con interés—dijo en tono solemne—las fotografías que publican los periódicos ilustrados del ministro del Interior en la zona de peligro. Yo comprendo por qué estaba allí el fotógrafo, pero ¿para qué estaba también el ministro?»

Y con esta reflexión, no del todo injusta, pongo fin a mi historia.

EL ESPLENDOR ALEMÁN

En el año 1906, siendo yo subsecretario del Ministerio de Colonias, recibí una invitación del emperador de Alemania para asistir como huésped suyo a las maniobras anuales del ejército alemán en Silesia. Una vez obtenido permiso del Gobierno inglés, partí para Breslau al principio de septiembre y fuí instalado con otros huéspedes oficiales del kaiser en el confortable y veterano Hotel del Ganso de Oro. Las maniobras eran en gran escala, empleándose en ellas un cuerpo de ejército íntegro y una división en pie de guerra completamente movilizada. Todo fué dirigido con la usual eficiencia alemana y con riguroso cuidado en las más nimias cuestiones de detalle. Los concurrentes, numerosísimos, incluyendo desde luego los representantes de todos los ejércitos de Europa, eran tratados y conducidos de un lugar a otro con las más minuciosas consideraciones de rango y etiqueta; y en cuanto se refería a los propios invitados del kaiser, mezclábase un matiz de personal hospitalidad en las ceremonias y rutinas oficiales. La semana, aunque brillante y de profundo interés, resultó en extremo fatigosa, y fuera de algunas épocas en activo servicio, yo jamás estuve tan privado de sueño como entonces. Cada noche había un esplendoroso banquete de gala presidido por el emperador, o, si éste se hallaba en el campo de maniobras, por la emperatriz. Nos acostábamos muy poco antes de medianoche para levantarnos a las tres o las cuatro de la madrugada, hora en que salía el tren especial que debía transportarnos al punto determinado del campo de batalla en donde podía estudiarse la posición de los ejércitos opuestos. Aquí, al tiempo que las primeras luces empalidecían el cielo del Este, montábamos nuestros caballos, y cada uno de nosotros, acompañado de un oficial del Estado Mayor alemán, se dirigía hacia el

lugar que le interesaba. Después de diez o doce horas de cabalgar de un lado a otro observando las operaciones, nos congregábamos otra vez en el tren especial, detenido en un nuevo punto, y regresábamos a Breslau, con el tiempo preciso para vestirnos para el próximo banquete, seguido de una retreta imperial; y, con otro paréntesis de sueño, volvíamos de nuevo a partir a las cuatro de la madrugada. Tal era el ciclo de nuestras horas.

Magnífico era el espectáculo del esplendor militar e imperial alemán, tan brillantemente desplegado ante las miradas de los extranjeros. Palidecen en mi memoria algunas escenas que la pompa y el poderío del Imperio germano ilustraban. Cuando el kaiser, resplandeciente en el uniforme de los coraceros blancos de Silesia, atravesaba a caballo las calles de Breslau a la cabeza de una fulgurante cabalgata, era aclamado con frenesí por sus fieles súbditos. Una extensa porción de la carrera estaba cubierta no por tropas, sino por muchos millares de hombres provectos, pertenecientes claramente a las clases más pobres, todos escrupulosamente vestidos de viejas levitas negras y tocados con altos sombreros. Eran los antiguos soldados, a los que se les otorgaban especiales puestos de honor y que realmente formaban un fondo impresionante de sombría fortaleza civil a los blancos uniformes del emperador y de sus coraceros.

En la revista que precedió a las maniobras, 50.000 jinetes, infantes y artilleros desfilaron detrás del emperador y de su séquito rutilante de reyes y príncipes. La infantería, regimiento por regimiento, en línea de batallón a cuatro columnas, le recordaba a uno más bien los oleajes del Atlántico que las formaciones humanas. Nubes de caballería, aludes de baterías de campaña y—en aquel tiempo una novedad—escuadrones de automóviles (privados y militares) completaban el bélico cortejo. Sin embargo, todo esto no era más que la vigésima parte de la fuerza armada del ejército regular alemán antes de la movilización; y el mismo marcial despliegue podría hacerse simultáneamente en cada una de las provincias del Imperio. Yo pensaba en nuestro minúsculo ejército inglés, en el cual la parada

de una simple división y una brigada de caballería en Aldershot constituía un notable acontecimiento. Observaba de cuando en cuando el meditabundo y sombrío rostro del agregado militar francés, que cabalgaba a mi lado, absorto en reflexiones que no habría sido difícil adivinar. El propio ambiente estaba transido de una sensación de inextinguible y exuberante vigor, de mortífero trofeo. Las glorias de este mundo, aun siendo muy abundantes, no podrían presentar una más formidable, una más estupenda manifestación.

En la noche de esta revista, el emperador ofreció un banquete a la provincia. Tres o cuatro centenares de funcionarios y notables silesianos, unidos a los invitados extranjeros, con uniformes de todos los colores, recargados de galones, dorados y condecoraciones, reuniéronse en un espacioso salón. El emperador habló con su acostumbrada facilidad y con la majestad que nadie podía negarle. El oficial de Estado Mayor alemán que se sentaba a mi lado me traducía el discurso, susurrándolo, frase por frase, en excelente inglés. Era el año 1906, centenario de la batalla de Jena.

«Hace un siglo—dijo Guillermo II—, Alemania había caído al abismo de la ruina. Nuestros ejércitos estaban prisioneros o dispersos; nuestras fortalezas, capturadas; nuestra capital, ocupada por tropas hostiles; la estructura misma del Estado, rota en pedazos; largos años de dominación extranjera veíanse en perspectiva.»

¡Sólo cien años! Parecía increíble que hubiese bastado una centuria—cuatro efímeras generaciones—para alzar la poderosa fábrica de poder y riqueza, energía y organización, de la cual éramos atónitos testigos: ¡Qué contraste sorprendente: 1806-1906! ¡Qué contraste también entre los rápidos y afortunados saltos progresivos de la marcial Alemania y la lenta continuidad creciente de la vida nacional inglesa, que, después de novecientos años de inmunidad contra extranjeras invasiones, seguía usando sus modestos y discutidos arreos bélicos. Pero más asombroso habría sido aún el contraste si las cortinas del futuro pudiesen por un momento ser descorridas y si aquella brillante muche-

dumbre hubiese podido percibir que apenas diez años separaban la triunfante Alemania de un colapso de subyugación y postración mucho más completo y duradero que aquel en que había caído a la mañana siguiente de Jena.

Las maniobras, a pesar de la impresionante escala de su mecanismo, ofrecían muchos rasgos discutibles a una mirada competente. Como algunos otros de entre el puñado de oficiales ingleses que, dentro de sus varias capacidades, observaban las operaciones, yo había traído de la campaña sudafricana un sentido moderno y vívido de lo que la bala de fusil puede hacer. Para estimar los efectos del fuego de gran número de cañones, sólo podíamos valernos de nuestra imaginación. Pero en lo concerniente al fusil-ametralladora nos sentíamos seguros de poseer una experiencia práctica que les estaba negada a los caudillos de estas huestes que pasaban ante nosotros con firme y ruidoso pisar. Contemplábamos con asombro los movimientos de densas columnas de hombres sobre desnudas pendientes, o dentro de bosques de unos pocos centenares de metros a lo largo de cuyos atrincherados contornos líneas de fusileros disparaban cartuchos de tirar al blanco en incesante tiroteo. Y mientras el momento culminante de la maniobra se acercaba, las masas de infantería se aproximaban rápidamente unas a otras. Ahora las veíamos situadas sobre el campo, separadas tan sólo por una distancia de 50 yardas, dispuestas en compactas formaciones con la bayoneta calada y las filas del frente disparando furiosamente.

Más asombroso resultaba aún, cuando se trataba de dar una carga, ver aquellas plácidas falanges surgir del campo y, siempre con la bayoneta calada, avanzar a través de las otras con perfecta instrucción militar y venir a situarse ordenadamente del otro lado, rectas las filas, codo con codo. Cualquiera que fuere la importancia que esto pudiese tener, lo cierto es que carecía de todo contacto con la realidad. Además de los recuerdos del África del Sur, yo conservaba vívida en mi memoria la batalla de Omdurman, donde habíamos fusilado con la mayor facilidad, y casi sin pérdidas propias, a más de once mil derviches que, en for-

maciones mucho menos densas, y en filas mucho más grandes que las que ahora, de cada lado, se ofrecían a nuestras miradas. Nos habíamos dicho después de Omdurman: «Este es el fin de esta clase de espectáculos. Jamás volverá a verse en el mundo tal locura.»

Alguna insinuación acerca del verdadero tiro moderno había ya empezado a circular en el ejército alemán. Mientras avanzábamos hacia las fragorosas llanuras, siguiendo un ataque desencadenado por una línea de apretadas columnas de infantería bajo el fuego por lo menos de cien cañones y de millares de afortunadamente inofensivos fusiles, advertí señales de evidente impaciencia entre los oficiales alemanes con los que cabalgaba. Una princesa, que en uniforme de gala conducía a su regimiento, hablaba claro y con indignación, con la fácil seguridad que proporciona el privilegio de la realeza: «¡Qué locura!—exclamaba—. ¡Esto es un disparate! Todos los generales deberían ser destituídos.» Y así por el estilo. Pero, para los más, todo resultó felizmente.

En el gran final, el emperador dirigió en persona una carga de treinta o cuarenta escuadrones de caballería contra una larga línea de baterías de campaña situadas en el centro de la posición enemiga. Todos nosotros galopábamos también, en medio del mayor júbilo; y las sucesivas oleadas de jinetes pronto rebasaron y barrieron las hileras de pequeños cañones de peligroso aspecto que presumían de poder hacerles frente.

—¿Cree usted que eso está bien?—preguntamos a un oficial de artillería cuya batería, lealmente, según el árbitro, debía considerarse como capturada.

—¡Qué duda cabe que está bien!—replicó—. Si los cañones son de su majestad, ¿por qué no habrá de poder capturarlos? Es un honor para nosotros el poder servir a su majestad de esta manera.

Pero había un extraño parpadeo en sus ojos.

Después que las trompetas hubieron hecho sonar el «alto el fuego» sobre la extensa llanura, el gran Estado Mayor alemán se congregó en torno a su señor de la guerra en la cumbre de una pequeña eminencia, detrás de la cual una

muchedumbre de soldados con uniforme verde armaban rápidamente un pequeño chalet de madera para su cuartel militar de campaña.

El emperador acogió a sus invitados personales con aquella natural y fácil gracia que era habitual en él y tanto contribuía a su atractivo y a su popularidad. Habló a los visitantes extranjeros con la libertad y las maneras con que lo haría un agradable anfitrión inglés a sus invitados en su casa de campo, mientras en torno, las tiesas y uniformadas figuras de sus generales y ayudantes de campo se mantenían inmóviles y pasivas, como si echasen raíces en su puesto.

—¿Qué le parece a usted de esta bella Silesia?—me preguntó en su fácil inglés—. Hermoso país, ¿no es cierto? Bien digno en verdad de luchar por él y sobre el cual —añadió—bien se ha luchado. La sangre que corrió por él podría llegar hasta el tobillo. Allí—dijo señalando hacia la ciudad de Liegnitz—es donde Federico dió su batalla. Allá abajo—indicando un valle boscoso—está el arroyo de Katsbach, donde batimos a los franceses en 1813 durante nuestra guerra de liberación.

Yo hice los comentarios que se me ocurrían.

—¿Ha visto usted todo lo que quiere? Yo deseo que vea usted todo con la más absoluta libertad. Dígame: ¿hay algo que tenga interés en ver y no haya visto? ¿Examinó mi nuevo cañón?

Dije que lo había contemplado a cierta distancia.

—¡Ah, no; debe usted verlo de cerca!—replicó; y después, volviéndose a un oficial—: Acompáñele y enséñele nuestro nuevo cañón. Explíquele su funcionamiento. Allá arriba hay una batería.

Y me despidió con un gracioso ademán.

Mientras abandonaba el imperial cortejo pude percibir algo como un erizamiento, casi un murmullo, entre los potentados militares que componían aquél.

Cuando llegamos a la batería pude apreciar que el ayudante de campo del emperador y el jefe de la batería sostenían una discusión. Sin embargo, ante la insignia imperial, toda repugnancia debía acallarse. El cañón fué

exhibido. El cierre fué abierto y las operaciones de cargar y disparar se realizaron por los artilleros. Tuve empeño en hacer ver que no era mi propósito el escudriñar minuciosamente, y, después de los usuales taconazos y saludos, nos separamos. El emperador sabía muy bien que yo no era un experto artillero y que nada podía aprender de una ojeada superficial echada sobre su cañón de campaña que no fuese ya realmente sabido por los Ministerios de la Guerra de París y Londres. Pero la impresión que saqué de que el emperador era el propietario privado de estas grandes y terroríficas máquinas, y de que él mismo revelaba el arcano de su hosco funcionamiento con un gesto de amabilidad y confianza, no me fué de ninguna manera desagradable.

Pasaron tres años antes que yo viese de nuevo al ejército alemán. Otra vez fuí huésped del emperador, y las maniobras se celebraron entonces en Wurzburg, en Baviera. Muchas cosas habían cambiado durante el intervalo. El panorama europeo se había ensombrecido sensiblemente. El crecimiento del poderío naval alemán había hecho tomar las primeras y graves contramedidas británicas. Las discrepancias entre los Almirantazgos alemán e inglés eran espinosas. La gradual asociación de los intereses británicos y franceses hacíase cada día más pronunciada. La revolución de los jóvenes turcos en Constantinopla había suscitado una inquietante serie de acontecimientos en el sudeste de Europa. Yo era ahora ministro sin cartera y presidente de las Cámaras de Industria y Comercio. «Handels Minister», como se me designaba en mi invitación.

En 1906 el emperador me había hablado larga y animadamente acerca de varias cuestiones coloniales, incluyendo en particular la rebelión de los indígenas del África Occidental alemana. En 1909 sólo sostuve con él una breve conversación. En ella esquivó toda clase de temas militares serios y se limitó a bromear acerca del presupuesto de Lloyd George y de la política interior inglesa, de la que demostró hallarse sorprendentemente bien informado. Esta, excepto la protocolaria despedida, fué la última vez que tuve ocasión de hablar con el emperador de Alemania,

aunque no fué éste mi último contacto con el ejército alemán.

Las maniobras de Wurzburg mostraron un gran cambio en la táctica militar germana. Un notable esfuerzo se había hecho para modernizar sus formaciones de infantería y adaptarlas a las condiciones actuales de guerra. Los absurdos de las maniobras de Silesia no se repitieron. Las masas compactas apenas hicieron rápida aparición. La artillería no se formaba ya en largas filas, sino que se situaba en puntos distintos según las conveniencias del terreno lo requerían. La extensión total del campo de batalla fué mayor. La caballería, casi en absoluto, no se exhibía como no fuese en flancos distantes. La infantería avanzaba en líneas de guerrilla, y las ametralladoras empezaban a verse por doquier. Aunque estas formaciones se presentaban aún a los ojos ingleses como demasiado densas para el moderno fuego, constituían, sin embargo, un enorme progreso con respecto a las de 1906. Sustancialmente eran, creo yo, las mismas formaciones con que el ejército alemán entró cinco años después en la Gran Guerra y que entonces probaron ser superiores a las francesas oponentes.

La siguiente revista que vi en Alemania fué en 1919, cuando visité Colonia a la cabeza del Consejo de Ejército, detrás del cual marchaban 40.000 soldados ingleses bajo el solemne fulgor de la incontrastable victoria. Pero yo no esperaba nunca ser testigo de tal espectáculo cuando abandonaba Wurzburg en 1909. En realidad, ninguna fantasía habría podido parecer entonces más extravagante que ésta.

Las reverberaciones de la revolución turca eran ya perceptibles en el centro de la vida militar alemana en Wurzburg. Mahmud Shefket bajá, el joven turco ministro de la Guerra, y Enver Bey eran los principales huéspedes del cuartel general alemán. Sobre estos dos hombres pesaba un trágico destino. Shefket iba a ser pronto asesinado en Constantinopla. Ante Enver se extendía una larga senda de fatigas, de terrorismo, de crimen y de desastre que no iba a terminar hasta que su propio indomable corazón y su ardiente naturaleza se paralizasen para siempre. En efecto, aquellas maniobras de Wurzburg evocan en mi mente la

escena del festín de Baltasar. ¡Sobre cuántos de los que marchaban a pie o cabalgaban a la luz otoñal de aquellas horas ha puesto el ángel negro su sello fatal! Violenta y prematura muerte, ruina y humillación peor que la muerte misma, privaciones, mutilaciones, desesperación para el simple soldado, derrumbamiento de su orgullo y de su subsistencia para los jefes. Tal era el destino que se cernía sobre decenas y decenas de miles de estas varoniles figuras. Todos los reyes y príncipes de Alemania, todos los generales de su Imperio, se agrupaban en torno a la mesa del banquete. Diez años bastaron para verlos después desperdigados, desterrados, depuestos, en la miseria, en el deshonor, víctimas de un fatal sistema en el que se encontraron inextricablemente envueltos. Y en cuanto al kaiser, aquella brillante figura, niño mimado de la fortuna, envidia de Europa, para él—en la larga serie de torturantes disgustos y desilusiones, de fracaso y constante e íntima recriminación, que a través de la devastada Europa iban a llevarlo hasta el tajo de cortador de leña de Doorn—, para él seguramente estaba destinado el más duro de todos los castigos.

Un incidente final se conserva en mi memoria. Trabé conocimiento con Enver Bey. Me sentía atraído por aquel apuesto y joven oficial, cuya audaz actitud había derribado, con peligro de su vida, el decaído régimen de Abdul-Hamid; y que había llegado a ser, en un salto de leopardo, el héroe de la nación turca y el dueño probable de sus destinos. Manifestó deseo de hablarme acerca del ferrocarril de Bagdad, cierto aspecto del cual atañía especialmente a mi departamento, y de cuya cuestión, como ministro que era, estaba desde luego perfectamente enterado. No se presentó ninguna oportunidad para esta conversación hasta el último día de las maniobras, mientras cabalgábamos juntos durante una hora en medio de la tormenta del cañoneo cercano.

Habíamos entrado en nuestro asunto y lo discutíamos desde un punto de vista no enteramente de acuerdo con el alemán, cuando observamos que el caballo de la real caballeriza que marchaba delante de nosotros estaba causando

a su jinete continuas torturas. De las cuatro distintas veces que este animal se escapó de *control*, las cuatro, sus saltos y piruetas traían a nuestro jinete hasta muy cerca de nosotros, situándolo bien a nuestro costado izquierdo, bien al derecho, en cuya posición, tras disculparse por su torpeza, permanecía un momento para retroceder después.

Sobre la faz del joven condotiero turco, y nuevamente triunfante conspirador, vagaba una sonrisa de franca y perfecta comprensión. No tuvimos necesidad de cambiar nuestras sospechas.

Si hubiese sido posible a las directrices de la política inglesa el haber estado más de acuerdo con las legítimas aspiraciones turcas, estoy seguro de que habríamos colaborado grandemente con Enver Bey. Pero todos los muñecos de la tragedia mundial estaban ya fuertemente asidos por la garra del destino. Los acontecimientos avanzaban implacables hacia la suprema catástrofe.

MI CUENTO DE ESPÍAS

HAY una bien definida clase de gentes propensa a la *espiomanía,* cuyo entendimiento se muestra particularmente afectado por cuantas cosas se relacionan con el espionaje o el contraespionaje. La guerra exaltó en cada país la ventolera de esa digna muchedumbre. Ninguna sospecha, por ultrajante que fuese, dejaba de ser alimentada; ningún cuento, por grande que apareciese su inverosimilitud, dejaba de ser creído; y las energías de miles de detectives aficionados y espontáneos reforzaban en todo momento y en cada distrito la despierta vigilancia de las autoridades públicas. No hay duda de que estas actividades voluntarias, aunque sus descubrimientos conduzcan a veces a verdaderos chascos e inflijan otros a muchas personas inmerecidos sufrimientos, constituyen en conjunto un adicional elemento de seguridad. Inquisitivos ojos seguían los movimientos de todo el mundo; atentos oídos trataban de recoger toda incauta expresión en las calles, en los medios de transporte urbano, en los ferrocarriles, en el teatro, en el restaurante o en la taberna; incansables pesquisas lograban desembrollar, hurgando en la tercera o cuarta generación, la genealogía de todos cuantos ostentaban apellidos que no fuesen británicos o se hallasen casados con mujeres extranjeras. Durante las incursiones aéreas, cuando la excitación nacional se exacerbaba por la alarma y la cólera, ninguna cerilla encendida dejaba de ser advertida por alguien, ni el más débil resplandor de una luz podía filtrarse a través de ventanas cuidadosamente cubiertas de cortinas sin que le siguiese la inmediata queja y la sumaria información policíaca. Y así, colectividades

enteras se protegían ellas mismas contra el peligro sutil que habitaba subrepticiamente en su interior.

En los más altos estratos del Servicio Secreto del Gobierno presentábanse casos en muchos aspectos iguales a las más fantásticas invenciones de la novela o del melodrama. Enredo y desenredo, complot y contracomplot, astucia y traición, soborno y contrasoborno, agente verdadero, falso agente, doble agente, el oro y el acero, la bomba, la daga, la patrulla, hallábanse entretejidos en tan intrincadas urdimbres que resultaban increíbles no obstante ser verdaderas. El jefe y los oficiales superiores del Servicio Secreto se orientaban por aquellos subterráneos laberintos, y entre el estrépito bélico proseguían su tarea con fría y silenciosa pasión. De tiempo en tiempo, y por espontáneo impulso de la Prensa pública, ha sido difundida la teoría de que John Bull, especialmente bajo la administración liberal, es un puro sentimentalista, carente de la más remota previsión, y una víctima propiciatoria de los artificios y combinaciones continentales. También esto solía rendir su utilidad. Pero lo cierto es que, en general, y durante la guerra, el Servicio Secreto británico fué más eficiente y ganó mayores triunfos, lo mismo en la detención de espías que en la obtención de informaciones, que cualquier otro servicio análogo de los países neutrales, hostiles o aliados.

Y ahora he aquí mi propia historia de espías, la única en que he tomado parte durante toda mi vida.

En septiembre de 1914, el estado de nuestros puertos militares del Norte nos causaba viva ansiedad. Todos los del Canal hallábanse dotados de seguros anclajes provistos de muelles y rompeolas, y sus bocas estaban provistas de redes y cadenas capaces no sólo de resistir la entrada de un destructor o de un submarino, sino hasta de parar un torpedo disparado desde el exterior. Pero la flota habíase trasladado ahora al Norte, y, puesto que Rosyth no estaba todavía terminado, usaba de ordinario el enorme fondeadero de Scapa Flow, en las islas Orcadas, y otras veces Cromarty Firth, un poco más al Sur. Hasta la ruptura de hostilidades, el único peligro que se advertía en aquellos puestos septentrionales era el de un ataque de destructo-

res; y aun contra éstos, las cadenas provisionales y las improvisadas baterías, rápidamente dispuestas en las primeras semanas de la guerra, se consideraban defensas suficientes. Pero ahora, en septiembre, el temor a los submarinos, que penetraban en los puertos y atacaban a los barcos inertes, hacía presa en toda mente responsable. Una vez formada la idea, se exaltaba en todas las conciencias. Provocábanse noche y día infundadas alarmas. Veíanse periscopios jamás existentes, y más de una vez toda la gran escuadra se hizo a la mar con objeto de encontrar en la inmensidad de las aguas la seguridad y confianza que no hallaba en aquellos lugares de refugio, donde precisamente y sobre todo debería poder sentirse segura. En este tiempo, pues, y mientras adelantaban febrilmente las medidas tomadas para proteger a los puertos del Norte con redes de obstrucción contra submarinos, la gran escuadra fué estimulada a cambiar sus fondeaderos con frecuentes e inciertas intermitencias. Unas veces en el Norte, otras en el Este y otras en la costa occidental de Escocia, los grandes navíos que eran nuestra salvaguardia y de los cuales dependía el resultado íntegro de la guerra encontraron una serie de transitorias residencias. La condición única de su seguridad dependía de que ni un solo enemigo conociese dónde estaban y de que no permaneciesen en ningún sitio el tiempo bastante para que alguien la descubriese. Estábamos, pues, pasando por un período de excepcional tensión.

Se me presentó la oportunidad de visitar la flota para discutir personalmente con su almirante estos y otros problemas urgentes, y una noche, en medio de aquel penoso septiembre, salí de Londres en un tren especial, con varios oficiales superiores y autoridades técnicas del Almirantazgo. Nuestro tren se detuvo al romper el día en un apeadero, en algún sitio de los Highlands, y desde aquí una excursión de 50 ó 60 millas en automóvil nos llevaría a la bahía de la costa de Poniente, donde la gran escuadra se hallaba a la sazón resguardándose—tampoco se puede rehusar el decir «escondiéndose»—de un peligro que, aunque exage-

rado por nuestra imaginación, no dejaba de ser en realidad terrible y en potencia fatal.

Partimos en nuestro auto en una clara y encantadora mañana de otoño. Me acompañaban mi secretario naval, el director del Servicio de Información (ahora almirante de la flota, sir Henry Oliver), y un comandante de flotilla, el después famoso sir Reginald Tyrwhitt. Fué una deliciosa excursión a través del espléndido escenario de las tierras altas escocesas; y absorbidos en los temas que íbamos a tratar con el almirante, a los que servían de grato acompañamiento la viveza de la marcha, la frescura del aire y la variedad del paisaje, apenas hablamos nada unos con otros.

De súbito, el comandante de flotilla, que iba sentado en la trasera del coche con el director de Información, dijo en voz lo suficientemente alta para que yo pudiera oírlo:

—Mire usted, un reflector en la cima de aquella casa.

—¿Qué es eso?—exclamé, volviéndome y siguiendo con la vista la mirada de los dos oficiales. Pero antes de que pudiese ver lo que había llamado su atención, el automóvil tomaba rápidamente una cerrada curva y el objeto, cualquiera que fuese, dejó de ser visible.

—Un reflector, señor—dijo el comodoro—, está montado en lo alto de una de las casas de allá arriba (señalando la dirección).

Un reflector, debo explicar, es un aparato considerable, del tamaño aproximado al bombo de una orquesta.

—Eso sí que parece inverosímil en medio de los Highlands—dije.

—Señor—dijo el marino—, yo conozco un reflector cuando lo veo.

—Bien, pero ¿para qué había de estar ahí? ¿Con qué objeto habríamos montado uno en semejante sitio? ¿Sabe usted algo de eso, almirante?

El director del Servicio de Informaciones no sabía nada. Pero estaba seguro, sin embargo, de que aquel reflector no podría servir para ningún propósito naval británico. Por otra parte, ambos oficiales estaban convencidos de haberlo visto.

En tiempo de guerra todo lo que parece inexplicable necesita justificarse, y en este caso nos hallábamos en presencia de un completo misterio. Estrujamos nuestros cerebros durante el resto del viaje, pero nadie pudo ofrecer ninguna razonable o ingenua explicación.

Por fin, el camino, en rápida pendiente, rodeó una colina purpúrea y ante nosotros apareció, fulgurante, una bahía de azules aguas en la cual hallábanse anclados, perfilados en miniatura como en un plano, los veinte *dreadnoughts* y *super-dreadnoughts* de los cuales el dominio de los mares dependía. Entre ellos, y moviéndose rápidos en torno suyo, veíanse varias veintenas de pequeñas embarcaciones. Los buques de guerra se habían pintado por primera vez de la extraña y jaspeada manera que marcó los balbuceos de la ciencia del *camouflage*. El espectáculo íntegro, surgiendo de repente ante los ojos y llenando la mente con su inmenso significado, fué uno de los que jamás olvidaré. Ni una casa, ni la menor edificación desfiguraban las espléndidas colinas y los acantilados que caían a pico sobre las aguas del Océano. Y allí, no obstante, concentrada en esta soledad y en este reducido espacio, encontrábase la flotante ciudad de acero con sus treinta o cuarenta mil habitantes, sobre cuya fuerza y lealtad, sobre cuyo valor y abnegación dependían en cada minuto nuestra libertad y nuestras vidas, como podemos afirmar que acaso también dependía la libertad del mundo. La noche pasada ninguno de aquellos buques estaba allí. A la mañana siguiente quizá la bahía quedaría solitaria; pero hoy el vital y todopoderoso instrumento de la guerra del mundo hallábase reposando en su seno.

—¿Cuánto daría el emperador de Alemania por ver esto?—dije a mis compañeros.

—Tendrían que llevarle antes la noticia si algo bueno se propusiera hacer—dijo el comodoro.

—Y entonces—añadió el almirante, que era hombre de hechos y cifras—transcurrirían cuarenta y ocho horas antes que algo pudiera sucedernos.

—Pero—insistí yo, llevado por la sombría corriente de las reflexiones—supongamos que una flotilla de submari-

nos acechase por los alrededores escondiéndose detrás de alguna de las islas, o supongamos que un zepelín, volando sobre ellas, viese la escuadra: ¿no podrían entonces decírselo y atacarla al mismo tiempo?

—Durante el día—fué la respuesta—los veríamos nosotros y nos haríamos a la mar; durante la noche serían ellos probablemente quienes no verían la escuadra. Toda la costa está llena de bahías.

—Supongamos que un espía desde la playa hiciese señas a un zepelín indicándole dónde aquélla se encontraba, y que el zepelín, sin acercarse a la bahía, se pusiese en comunicación con los submarinos—dije yo insistiendo.

—Supongamos, por ejemplo, señor—respondió el almitante—, que alguien tuviese un reflector...

Después fuimos a bordo del *Duque de Hierro*, y toda la mañana la pasamos conferenciando sobre los múltiples y graves asuntos que teníamos que discutir con sir John Jellicoe y sus almirantes. Sólo durante el almuerzo, a bordo del buque insignia fué posible alguna conversación sobre temas generales. Fué entonces cuando alguien planteó el caso del reflector emplazado a cuarenta millas tierra adentro en lo alto de algo así como una residencia de caza perdida en medio de un espeso bosque.

—Hemos visto esta mañana una cosa muy sospechosa —dije nada más que medio en serio, dirigiéndome al almirante—. ¿Qué piensa usted de ello?

—¿Hacia dónde estaba?

Mis compañeros le explicaron la posición aproximada. El general en jefe reflexionó antes de contestar, y dijo:

—Podría haber algo en todo eso. Algunos rumores sospechosos han llegado hasta nosotros acerca de ese paraje (y citó el nombre del coto de caza). Se dice que hay allí unos extranjeros. Hemos tenido la referencia de que un aeroplano sufrió allí un accidente antes de la guerra, y también de que durante ella ha sido visto uno en las cercanías, pero nada de eso hemos podido comprobar. De todos modos—añadió—, ¿para qué necesitan un reflector?

Yo pregunté al director del Servicio de Información:

—Según la ley de Defensa del Reino, usted es una autoridad legalmente constituída, ¿no es eso?

—Quiere usted decir, señor—respondió—, que a nuestro regreso podremos examinar personalmente de qué se trata.

—Con tal que dispongamos de media hora—contesté—la dedicaremos precisamente a descubrir la aplicación de ese reflector.

Ya oscurecía cuando terminaron nuestras conferencias, pero antes de marcharnos nos incautamos de cuatro pistolas del armero del *Iron Duke* y las pusimos bajo los asientos del coche. Mientras el auto corría velozmente en la noche, no dejaba de pensar que acaso podríamos caer en un avispero. Si la siniestra hipótesis se justificaba, es decir, si el reflector era una señal enemiga y el cazadero escocés un nido de audaces espías alemanes, no hay duda de que podría esperarnos una clase de acogida análoga a la que encontró la policía en Houndsditch. Sin embargo, la sospecha y la curiosidad se aliaban y el incentivo de la aventura espoleaba a una y a otra.

—Ahora estamos muy cerca del sitio, señor—dijo el comodoro, indicando al conductor que aminorase la marcha—; la puerta de entrada está hacia el grupo de árboles. Lo señalé yo mismo esta mañana.

—Entonces mejor es apearnos y subir—dije—. El chófer puede quedar al tanto para advertirnos si algo extraño ocurre.

De acuerdo con ello, y con las pistolas en nuestros bolsillos, emprendimos la marcha y, después de unas doscientas yardas, llegamos a la entrada de una gran casa de piedra, a uno de cuyos extremos se elevaba una alta torre cuadrada. Hicimos sonar la campana de la puerta principal. Rápidamente nos fué franqueada por un mayordomo de majestuoso porte. Mis tres compañeros vestían uniforme de marina, y el mayordomo parecía alarmado de semejante visita.

—¿De quién es esta casa?—le preguntamos.

Nos fué dado el nombre del propietario.

—¿Está su señor en casa?

—Sí, señor—dijo—; está a la mesa con sus invitados.

—Dígale que varios oficiales del Almirantazgo desean verle en seguida.

El servidor partió y nos adentramos en el vestíbulo.

Hubo una pausa. Ahora la puerta del comedor se abría y un rumor de conversaciones, rápidamente acalladas, llegó hasta nosotros. Momentos después salía un caballero rubicundo y canoso que (a nosotros se nos antojaba con alguna turbación) nos preguntaba:

—¿En qué puedo servirles?

—¿Tiene usted un reflector en lo alto de la torre?—interrogó el almirante.

Debo intercalar aquí que yo aún continuaba escéptico acerca de la existencia del reflector. Si realmente había uno, si tal hecho se comprobaba, yo no podía pensar en otra hipótesis que en la de traición. Me quedé atónito al oír la aseveración siguiente:

—Sí, tenemos un reflector en la torre.

—¿Cuándo lo instaló usted?

—Hace algún tiempo: dos o tres años, creo.

—¿Y para qué lo puso usted?

—¿A qué débo el honor de esta visita—opuso el huésped—, y qué derecho tiene usted para hacerme estas preguntas?

—Tenemos pleno derecho—replicó el almirante Oliver—. Soy el director del Servicio de Informes Secretos de la Armada y poseo la completa autoridad que me da la ley para interrogar en circunstancias sospechosas. ¿Quiere usted tener la bondad de explicarnos inmediatamente para qué utiliza ese reflector?

—¡Ah!—dijo el huésped mirándome—. Le reconozco a usted, míster Winston Churchill.

—De lo que se trata—repuse—es de para qué utiliza usted su reflector.

Hubo un profundo silencio. Después el caballero anciano respondió:

—Lo usamos para localizar al ciervo en las faldas del monte. Desde la torre podemos ver algunas de esas reses y el reflector, al enfocarlas, hace resplandecer los ojos de

los venados y nos indica el sitio donde están, permitiéndonos de ese modo enviar los ojeadores por la mañana. Y—añadió, animándose con su tema—hasta podemos distinguir por medio del reflector los ciervos de las reses vacunas, pues el fulgor de los ojos de éstas es blanco, mientras el de los venados tiene un tinte verdoso.

Este fárrago de inverosimilitudes e imposibilidades confirmó mis más profundas sospechas, y creo que las de mis compañeros. De todos modos, nadie hizo comentarios sobre ello.

—Queremos ver el reflector—dije—. Deseamos que sea usted mismo quien nos lo enseñe.

—Perfectamente—dijo nuestro huésped a la fuerza—; tendrán ustedes que subir por la escalera de caracol de la torre.

—Vaya usted delante—contestamos.

Abrió una de las puertas del recibidor y aparecieron los primeros peldaños de una escalera de piedra. Adoptamos una disposición militar para precavernos contra cualquier asechanza. El secretario naval se quedó al principio de la escalera; el almirante, el comodoro y yo seguimos al anciano en su giratoria ascensión. De todos modos, teníamos un rehén, ocupábamos una posición ventajosa y poseíamos un eslabón de enlace con ilimitados refuerzos.

Era una torre alta y los escalones daban varias vueltas en espiral. Pero al fin alcanzamos la cima y salimos a una cuadrada y amplísima terraza provista de bajas almenas. Allí y en su centro se encontraba, ya sin duda ninguna, el reflector. Era un aparato de 24 pulgadas, del tipo medio de destructor, sujeto fuertemente al tejado. Hallábase, como pudimos comprobar, en perfecto estado de funcionamiento.

—¿Y piensa usted que vamos a creerle su cuento—pregunté al anciano—de que usa este reflector para descubrir gamos sobre laderas lejanas y que es usted capaz de distinguir ciervos de vacas por el brillo de sus ojos?

—Bien; y, sin embargo, es completamente cierto, piense usted lo que quiera.

—Usted dará esas explicaciones a las autoridades competentes. Por el momento vamos a desmontar su reflector para que no pueda ser usado.

—Hagan ustedes lo que quieran—replicó con evidente indignación.

—Vamos a ello—dije, y procedimos a la operación.

A continuación bajamos la escalera, llevándonos varias partes del mecanismo, y después de una hosca despedida tomamos nuestro auto frente a la puerta de entrada.

* * *

He referido esta historia tal cual ha sucedido; pero la parte más interesante es la que sigue. En todo aquello no había nada. Las más minuciosas pesquisas de las autoridades locales y centrales no hallaron campo para la más ligera sospecha. El reflector había sido instalado unos cuatro años antes y había sido aparentemente usado en aquella fecha para explorar las vertientes de las colinas. Según abrumadores testimonios, no había sido utilizado desde que la guerra comenzó. Desde luego, no estaba en condiciones de poder ser empleado en la fecha en que lo examinamos. El dueño de la casa era un caballero de gran reputación y de indudable patriotismo. Hallábase agasajando en aquella ocasión a unos invitados completamente respetables. No se encontraba en toda la casa ni en toda la posesión un solo extranjero. Ninguna confirmación obtuvo el rumor oído por nosotros a bordo del *Iron Duke* de un accidente de aviación acaecido en aquellas heredades antes de la guerra, ni tampoco el de un misterioso aeroplano visto por aquellas cercanías. No había nada, en efecto, como no fuese el reflector en la torre del castillo y la absurda explicación que nos fué dada de su presencia allí.

Aunque el dueño de la casa haya podido experimentar el natural disgusto por esta súbita visita nocturna y por las sospechas que ella implicaba, podría al menos conso-

larse pensando que circunstancias mucho menos inquietantes habían acarreado a multitud de personas durante la guerra más graves molestias; y en cuanto a mí, digo sin vacilar que puesto otra vez en análogo trance, procedería exactamente de la misma manera.

CON LOS GRANADEROS

CUANDO el Gobierno inglés determinó abandonar la campaña de los Dardanelos con todas las esperanzas que en ella habían sido puestas, y cuando la evacuación de Gallípoli se hizo inminente, yo creí necesario abandonar sus consejos y dedicarme personal y activamente al Ejército. Solicité ser destinado a mi regimiento provincial, que a la sazón prestaba servicio en el frente de Francia y se hallaba acuartelado en su alojamiento de descanso no lejos de Boulogne. Mientras la multitud de oficiales y soldados que retornaban de su permiso abandonaba en caudalosa corriente el barco recién arribado al puerto francés, oí vocear mi nombre por el oficial del servicio de desembarco, quien me dijo que el general en jefe, sir John French, había enviado un automóvil para conducirme en seguida a su cuartel general. Sir John me había sido hostil en África del Sur, pero durante muchos años fuimos amigos. Juntos hubimos de hacer frente a las vicisitudes de la preguerra por espacio de varios años; en estrecha unión colaboramos en todos los trabajos de preparación para el envío a Francia, ya en pleno conflicto, de las fuerzas expedicionarias, y en los primeros y críticos meses yo había mantenido con él constantes e íntimas relaciones. El rápido coche del Estado Mayor pronto me llevó al castillo de Blendecque, cerca de Saint Omer, donde estaba su cuartel general.

Comimos juntos, casi solos, y hablamos largamente acerca de la situación de la guerra en el mismo plano que si yo fuese primer lord del Almirantazgo, responsable del envío de sus tropas a través del canal en las febriles horas del mes de agosto de 1914.

No fué sino hasta la mañana siguiente cuando él me dijo:

—¿Qué le gustaría a usted hacer?

Contesté que haría lo que se me dijese.

Él añadió:

—Mi poder ya no es el que fué. Estoy fondeado con una sola ancla. Pero, de todos modos, aún algo cuento. ¿Quiere usted tomar el mando de una brigada?

Respondí que, desde luego, me sentiría orgulloso de ello, pero que antes de pechar con tal responsabilidad, necesitaba conocer directamente las especiales condiciones de la guerra de trincheras.

Debo explicar al lector que habiendo tenido una instrucción de militar profesional por espacio de cerca de cinco años, y habiendo visto con anterioridad a la gran guerra tantos combates como casi todos los coroneles y generales del Ejército británico, hallábame provisto de patentes que eran aceptadas en los círculos militares.

No era un miembro del ejército regular, pero tampoco era un voluntario civil. Hallábame incluído en aquella categoría intermedia descrita como los «fuera de plaza» o de complemento. Por presuntuoso que ello pueda parecer, lo cierto es que no me consideraba incapaz de desempeñar el cometido en cuestión, siempre que pudiese disponer de un mes o dos en filas para poder apreciar por mí mismo las nuevas condiciones de la gran guerra.

El general en jefe lo estimó razonable y dijo que me agregaría para instrucción a la división que yo quisiera. Manifesté que la de guardias era la mejor escuela. Como consecuencia de esto, invitó a lord Cavan, que mandaba la división de guardias, a que viniese a verle algunos días después, y tras una grata conversación, me encontré debidamente adscrito a esta famosa unidad.

Los guardias estaban entonces sosteniendo la línea frente a Merville. Estábamos en el rigor del invierno, y esta parte del frente presentábase muy activa.

—Le envío—dijo lord Cavan—al lado de uno de mis mejores coroneles. Aprenderá usted con él más que con cualquier otro. Su batallón sale mañana para la línea de fuego. Si usted viene a almorzar conmigo en La Gorgue a la una, tendrá usted tiempo sobrado para llegar.

De acuerdo con ello, al día siguiente, una vez empaquetados los objetos que constituían lo que yo estimaba una bien modesta impedimenta, partí hacia el cuartel general de la división de guardias, donde fuí cordialmente recibido por su valiente jefe.

Una vez terminado el frugal almuerzo, el general me acompañó personalmente en su coche hasta el batallón de granaderos al que iba a incorporarme como comandante en prácticas antes de ser designado para más alto empleo.

Las compañías habían comenzado ya su marcha hacia las trincheras, y el coronel, el ayudante y la plana mayor del batallón se disponían a partir. Hubo saludos y sonrisas y choque de talones. Unos cuantos amistosos lugares comunes fueron cambiados entre el general de la división y los oficiales del batallón; y entonces su señoría subió a su coche y se fué, dejándome como a un chico recién ingresado en la escuela y entregado al director del colegio, a los preceptores y a los alumnos antiguos. Íbamos a montar a caballo para reunirnos con el batallón, que nos precedía a la distancia aproximada de una milla. Mi nuevo huésped había tenido la atención de proporcionarme un *poney* y, al trote, pronto alcanzamos las tropas en marcha, entre las cuales, refrenados nuestros caballos, seguimos al paso. Era una tarde triste de noviembre, y una helada llovizna caía sobre la llanura, ganada ya por las sombras del oscurecer. Cuando nos acercábamos a la línea, los rojos relámpagos de los disparos rasgaban el sombrío paisaje sobre ambos lados del camino, al son de un intermitente cañoneo. Seguimos nuestra ruta por espacio de una media hora sin que una sola palabra se cambiase entre nosotros.

Por fin dijo el coronel:

—Creo que debo decirle que no hemos sido consultados sobre el hecho de su agregación a nosotros.

Yo respondí respetuosamente que tampoco había tenido la menor idea en cuanto al batallón a que iba a ser destinado, pero que me atrevía a decir que todo se arreglaría muy bien. De todos modos debíamos sacar el mejor partido de ello.

Hubo otro silencio prolongado. Entonces intervino el ayudante:

—Temo que vamos a tener que reducir algo su equipaje, mi comandante. Aquí no hay trincheras de enlace. Tenemos que hacer todos nuestros relevos por la superficie. Los hombres apenas tienen otra cosa que lo puesto. Le hemos encontrado un asistente que le lleva un par de calcetines de repuesto y sus útiles de afeitar. No tuvimos más remedio que dejar el resto.

Dije que todo estaba muy bien y que sin duda me hallaría muy cómodamente.

Continuamos andando en el mismo sombrío silencio. Ahora el paisaje empezaba a cambiar. Los embudos hechos por las bombas se ofrecían a nuestra vista más numerosos ahora en los campos próximos, y el camino presentábase deshecho a trozos y cubierto de escombros. Atrás quedaba el país deshabitado. Casas desperdigadas, convertidas en ruinas. Los árboles, sin hojas, veíanse descortezados y hendidos, y en derredor de ellos hierbas y zarzas crecían lozanas. Caía la noche y no se oía otro ruido que el de las pisadas de los hombres en marcha y el zumbido intermitente de un cañón próximo.

Por fin hubo un alto. Varios ordenanzas acudieron a tomar nuestros caballos de las riendas. Desde este punto debíamos seguir a pie. Las cuatro compañías dejaron la carretera y se alejaron lentamente en varias direcciones, ya en plena oscuridad, a través de dos millas de encharcados campos, más allá de los cuales una intermitente luz Véry, surgiendo brillante y azul, indicaba la posición de la línea.

El cuartel del batallón hallábase instalado en una pulverizada ruina llamada la Granja de Ebenezer. Suficientes hiladas de ladrillos quedaban para proporcionar algún abrigo contra obuses y balas, pero no las bastantes para hacer suponer a un enemigo que pudiesen servir de morada del hombre. Detrás de aquellas vacilantes paredes había una breve estructura de sacos terreros distribuída en tres o cuatro compartimientos que servían de cuartel general del coronel. Un fuego de leña le añadía el des-

usado elemento del calor. Nos había costado cerca de tres horas llegar hasta aquel sitio, y eran entonces, supongo, las seis y media de la tarde. El coronel y el ayudante estaban ocupados en la instalación del batallón en las trincheras y recibiendo noticias de la marcha del relevo de los coldstreamers, a los cuales estábamos reemplazando. Cuando terminó todo esto, tomamos algún alimento y té fuerte con leche condensada. Durante esta comida hubo una pequeña conversación general. Pero evidentemente el coronel causaba a sus subordinados el más profundo respeto y muy pocas observaciones se hicieron como no fuera sobre temas que aquél mismo iniciaba.

Aproximadamente a las ocho trajeron un granadero muerto y lo depositaron en las ruinas de la granja hasta el sepelio, que se celebraría al día siguiente. El teniente coronel me preguntó dónde quería dormir. Había, a elegir, una oficina de transmisiones en el cuartel del batallón, o una cueva a 200 yardas de distancia. La oficina tenía una extensión aproximada de ocho pies cuadrados, hallábase ocupada por cuatro telegrafistas encargados del Morse y en ella el calor era sofocante. Habiéndole echado un vistazo, dije que quería ver la cueva.

De acuerdo con ello, caminamos bajo el aguanieve y sobre la hierba húmeda. Costaba trabajo dar con la excavación y era evidentemente peligroso exhibir el resplandor de una linterna eléctrica. Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora dimos con lo que buscábamos. Era una especie de pozo de cuatro pies de profundidad, conteniendo cerca de uno de agua. Di las gracias al teniente coronel por las molestias que se había tomado en buscarme tal refugio y dije que, vistas ambas cosas, creía preferible optar por la oficina de telégrafos. Charlamos un rato cerca del «pie de trinchera», entonces la enfermedad predominante, y me explicó la organización del *sockatorium* (1), una cavidad en las trincheras donde los calcetines húmedos estaban secándose continuamente hasta que eran devueltos a sus propietarios. Las balas, al pasar rozando la línea del frente,

(1) De *sock*, calcetín, en inglés.

nos dejaban oír su lúgubre silbido mientras regresábamos a la granja de Ebenezer. Tal fué mi bienvenida a los granaderos.

Tendré siempre el orgullo de haber logrado una perfecta convivencia con aquellos hombres y trabado amistades que aun hoy día conservo. Me costó cuarenta y ocho horas el hacerles desechar su natural prejuicio contra los «políticos» de todas clases, en particular contra los de marca no conservadora. Conocedor como yo era del ejército profesional y habiendo llevado una vida agitada, me divertía grandemente al observar el trabajo que se tomaban para situarme en mi verdadero puesto y para hacerme ver que nada contaba en el frente como no fuese el comportamiento y la jerarquía militares. El tiempo seguía atrozmente frío, pero gradualmente y a ojos vistas el coronel se deshelaba. Se dió grandes quebraderos de cabeza para explicarme con todo detalle la economía y disciplina de su batallón. Le pregunté si podía compañarlo en las rondas que hacía a las trincheras una vez por el día y otra por la noche. Aceptó la sugerencia y desde entonces juntos resbalábamos y chapoteábamos o íbamos a trompicones a través de la nieve y del fango—que el tiempo cruelmente alternaba—sobre los campos barridos por las balas, dentro de las trincheras y en medio de su laberinto. A veces, en estas inspecciones, cuando llovían muchas balas, el coronel llegaba a ser casi afable.

—Pregúnteme siempre lo que desee saber. Es mi deber el proporcionarle toda la información que necesite.

—Es usted muy amable, señor.

—Estoy deseando serlo.

—Muy agradecido, señor.

La explosión en el aire de cuatro o cinco proyectiles, saludándonos mientras trepábamos hasta Sign Post Lane (que, como todo el mundo sabe, está cerca de la aldea de Neuve Chapelle), me llevó a observar:

—Todos van muy altos.

—Así lo espero—dijo el coronel.

Solíamos caminar durante dos o tres horas de día y otras tantas de noche; y poco a poco llegó a olvidar que

yo era un «político» y que «no se le había consultado con respecto a mi destino a su batallón».

Cuando dejábamos el frente para pasar un período breve de descanso, experimentábase un general alivio en la vida de rigurosa e inflexible disciplina que los guardias invariablemente observaban cuando se hallaban en contacto con el enemigo; y antes de que hubiesen transcurrido diez días desde aquel en que hice mi aparición en la mesa del coronel, yo podría haber pasado por un oficial del Ejército absolutamente intachable que jamás se había desviado de la estricta senda profesional. Cuando el teniente coronel se fué a su casa con licencia, fuí invitado a encargarme temporalmente de su cometido. Éste fué, sin duda, uno de los mayores honores que he recibido en mi vida. La oferta me animó a hacerle una proposición al coronel. Le dije que creía poder darme más exacta cuenta de las condiciones del servicio en las trincheras si se me dejaba vivir en las compañías que a la sazón se hallaban en el frente, en vez de permanecer en el cuartel del batallón. El coronel estimó la insinuación como digna de tenerse en cuenta y tomó sus disposiciones de acuerdo con ella.

Debo confesar al lector que el motivo que me impulsaba era de una índole que seguramente a muchos parecerá inadecuada. El cuartel general del batallón, cuando se hallaba en la línea de frente, era estrictamente «seco». Jamás aparecía allí otra cosa que el té fuerte con leche condensada, un brebaje bien desagradable por cierto. Los ranchos de las compañías en las trincheras disfrutaban, en cambio, de mayor amplitud. Y como yo he creído siempre en la conveniencia del moderado uso del alcohol, especialmente en las circunstancias de la guerra en invierno, trasladé gustoso mi puñado de adminículos desde la granja de Ebenezer hasta una compañía del frente. Yo había conocido varios años antes de la guerra a Eduardo Grigg, uno de los oficiales de la compañía, y estaba seguro de su más cordial acogida en el momento que las circunstancias del tiempo lo permitiesen.

Desearía poder transmitir al lector la admiración que

sentí y siento por estos magníficos granaderos. Aunque no había entonces combate ni seria acción, el frente, no obstante, estaba muy activo. El cañoneo y la fusilería eran incesantes. El tiempo alternaba el intenso hielo con la abundante lluvia, para volver de nuevo a las heladas con rápida crueldad. Nadie podía librarse jamás de la humedad o del frío. Las trincheras en que habíamos sustituído al cuerpo expedicionario indio hallábanse en peores condiciones; los parapetos en muchos sitios no preservaban de las balas, las zanjas carecían de desagüe, las alambradas eran lamentablemente defectuosas. Las tropas tenían que trabajar día y noche del lado de las trincheras enemigas, fortaleciendo alambres y parapetos. Una gotera constante de bajas fluía penosamente hacia los hospitales, mientras el cementerio de la granja de Ebenezer crecía sin cesar. Los oficiales ayudaban a los soldados en sus trabajos, iban de un lado a otro sobre la «tierra de nadie» o se sentaban sobre el parapeto por espacio de horas mientras el trabajo seguía y las balas lanzaban su silbido y sus lamentos a través de la noche. Todas las mañanas las trincheras aparecían bien rociadas de metralla, y muchas demandas de represalias—ninguna de las cuales pudo ser atendida—eran dirigidas al Cuartel General. Sin embargo, el espíritu del batallón era tal, que hasta los extraños y los visitantes podían captar algo de su indomable temple y percibían el soporte de su inflexible disciplina.

Cuanto más se vive, más se comprueba que todo depende de la casualidad, y más duro resulta creer que este omnipotente factor de todo negocio humano surge simplemente de la ciega combinación de los acontecimientos. Probabilidad, Fortuna, Suerte, Destino, Azar, Providencia, son para mí tan sólo maneras diferentes de expresar la misma cosa, o sea, que la contribución de un hombre a la historia de su propia vida está constantemente dominada por un poder externo y superior. Todo el que se detenga a contemplar sus experiencias acumuladas aunque no sea más que en el curso de sus últimos diez años, observará cómo pequeños incidentes, bien fútiles por sí mis-

mos, han gobernado, sin embargo, y, en efecto, el conjunto de su fortuna y de su carrera. Pero en la guerra, que es una intensa forma de vida, la Casualidad se despoja de todos sus velos y disfraces y se presenta desnuda a cada momento como el árbitro director de personas y sucesos.

Al salir por la mañana os dais cuenta, por ejemplo, de que habéis dejado olvidadas las cerillas. Antes de haber andado ochenta metros volvéis a buscarlas, y de esta manera evitáis, sin saberlo, el encuentro con el obús que corría afanoso a obsequiaros a través de diez millas de distancia y que se extrañaría sin duda al advertir la rara presteza con que habíais esquivado la señalada cita. Os retrasáis apenas medio minuto en la retaguardia, cumpliendo deberes de cortesía con un oficial extranjero que se presentó impensadamente; otro hombre ocupa vuestro puesto y sube por la trinchera de comunicación. De pronto, ¡crash!, ya no existe. Tomáis a la derecha o a la izquierda de un árbol determinado y tal diferencia en la dirección, baladí en apariencia, puede significar el que ascendáis al mando de un cuerpo de ejército o el que seáis enviado a vuestra casa lisiado o paralítico para toda la vida. Vais subiendo un encharcado sendero; frente a vosotros una granada cae a intervalos de medio minuto; consideráis una locura el continuar caminando por tal senda, sobre todo al comprobar que dentro de un instante habréis llegado al punto peligroso; os desviáis cinco varas a la izquierda; pero el proyectil atraviesa al mismo tiempo y se reúne con vosotros, sonriéndose lúgubremente, en el centro mismo de vuestras precauciones.

Debemos recordar a La Fontaine:

On rencontre sa destinée
Souvent par des chemins qu'on prend pour l'éviter.

Los antiguos egipcios llevaron su reverencia hacia el cadáver a extremos inigualados en la historia. Su deseo supremo era conservar los piadosos restos alejados de la vida terrena, en dignidad y soledad eternas. Excavaban sus tumbas en lo más profundo de la roca viva. Un pozo conducía a la galería y ésta se abría a su vez sobre otro

pozo. A estos artificios del sigilo se añadía el arte maravilloso de los embalsamadores. Jamás el hombre realizó mayor esfuerzo para conseguir un objetivo particular semejante. Pero logró exactamente el resultado opuesto. El exceso de preocupaciones inhumatorias provocó la exhumación, es decir, que su designio fué el único medio concebible de alcanzar el fin contrario al propuesto. Cuatro mil años después, los cuerpos de sus reyes y príncipes eran extraídos de sus escondrijos para ser expuestos a las vulgares y desafectas miradas en las salas del Museo Boulak. Con sus infinitos esfuerzos, habilidad y sacrificios, se las arreglaron de tal manera que consiguieron precisamente la única cosa que, entre todas, querían evitar.

Estas observaciones me incitan a relatar una frívola experiencia adquirida por mí en los días vividos entre los granaderos.

* * *

Una tarde, cuando ya llevaba cerca de una semana en la línea del frente con la compañía, me senté en nuestro pequeño refugio de sacos terreros con el propósito de escribir varias cartas a casa. En esta parte del frente el agua se hallaba tan cerca de la superficie que puede decirse que estábamos defendidos por parapetos más bien que por trincheras. Por consiguiente, allí no había zanjas propiamente dichas. Leves protecciones de sacos terreros como tejado formaban nuestras únicas defensas. El cañoneo matinal había terminado y la costumbre me condujo a la creencia de que tendríamos un intervalo de tranquilidad. Saqué mi *block* de cuartillas y mi estilográfica, y al cabo de un rato estaba abstraído en la redacción de una carta. Llevaría escribiendo un cuarto de hora, poco más o menos, cuando un ordenanza hizo su aparición en la entrada del refugio y saludando con la marcialidad propia de los guardias, me entregó un telegrama militar:

«El jefe del cuerpo desea ver al mayor Churchill a las cuatro en Merville. Un automóvil estará esperando en el cruce de carreteras de Rouge Croix a las tres y cuarto.»

Hacía muchos años que yo conocía personalmente al

general; pero como era muy raro el hacer salir a un oficial fuera de la línea del frente, me sorprendía aquella extraña cita, cuyo significado ignoraba. No me era muy grata la perspectiva de recorrer a pie tres millas de terreno cenagoso, la mayor parte bajo la observación del enemigo durante el día, y desandar fatigosamente el mismo camino al llegar la noche. La orden, sin embargo, zanjaba toda cuestión; y así, pues, con malhumorado gesto, di de lado a mi inacabada carta, compuse mi marcial atavío y me dispuse a la caminata. Los dos altos granaderos que me servían de asistentes estaban ocupados en afirmar el techo del refugio.

—Debe usted llevar consigo a su ordenanza—me dijo el capitán de la compañía—, para que le acompañe y le transporte el gabán. Siempre es mejor no estar solo, y él además conoce bien el camino para guiarle al regreso en la oscuridad.

De acuerdo con ello, partimos para Rouge Croix pocos minutos después. Apenas nos habíamos separado doscientas yardas de las trincheras cuando oí el estallido de los obuses, y mirando en torno vi la explosión de cuatro o cinco proyectiles sobre las trincheras que acabábamos de dejar. El fuego continuó por espacio de un cuarto de hora para cesar después. No me volví a ocupar del asunto, y caminé jadeante y sudoroso por el fango en dirección a Rouge Croix. ¿Para qué demonios me querría el general? Tenía que ser sin duda alguna cosa importante, pues de otro modo no me habría hecho acudir en aquella forma.

Por fin llegué al lugar de la cita: un semiderruído albergue en aquellos inhóspitos y peligrosos caminos de travesía. Allí no había ningún automóvil. Esperé impaciente por espacio de una hora.

De pronto apareció un oficial de Estado Mayor, a pie.

—¿Es usted el comandante Churchill?

Dije que lo era, en efecto.

—Hubo un error—expuso—en el envío del auto. Lo llevaron a un sitio equivocado, y ahora es ya demasiado tarde para que pueda usted ver al general en Merville. Ya

ha regresado a su cuartel general de Hinges. Puede usted reintegrarse a su unidad.

Yo dije:

—Muchas gracias. ¿No le sería a usted molesto el darme a conocer la clase de asuntos que indujeron al general a mandarme salir de la línea del frente?

—¡Oh!—exclamó el oficial de Estado Mayor frívolamente—, nada de particular. Pensó que, como tenía que pasar por esta ruta, le agradaría charlar un rato con uste. Pero quizá no falte nueva ocasión.

Me indigné; y como el oficial del Estado Mayor no era más que comandante, no me tomé más cuidado en ocultar mi malhumor que él en ocultar su indiferencia por todo ello. Estaba ahora próximo el oscurecer y de nuevo tenía que emprender aquel largo, resbaladizo, incierto, chapoteante retorno a trompicones hasta las trincheras. Me extravié en la noche y tardé casi dos horas antes de llegar a Sign Post. La lluvia me azotaba, y entre la transpiración (pues llevaba sobre mí, íntegro, mi guardarropa) y los chubascos estaba calado por completo. Las balas caían próximas con silbido mordaz, y me sentí gozoso cuando por fin entré en el abrigo de los parapetos de la línea. Me quedaba aún cerca de una milla de camino a través del laberinto de las trincheras.

El breve espacio de un mes, apenas transcurrido después de abandonar mi sedentaria vida de ministro, no era tiempo suficiente para curtirme en trances análogos. Rendido y muerto de sed, eché la cabeza por la más próxima cantina de compañía pidiendo de beber.

—¡Hola!—oí decir—. ¡Hoy está usted de suerte!

—No veo por qué. Me río yo de esa suerte.

E hice algunas observaciones acerca de lo improcedente que resulta que los jefes de cuerpo satisfagan sus sociales inclinaciones a costa de sus subordinados.

—Bien; pero de todos modos, usted está de suerte—dijeron los oficiales de granaderos—, y lo comprobará usted mismo cuando regrese a su compañía.

No comprendí entonces una palabra de sus alusiones. Habiendo apurado con fruición un vaso de *whisky* y agua,

volví a chapuzar de nuevo entre la lluvia y el barro, y diez minutos más tarde llegaba a mi propia compañía. Había llegado a veinte varas de mi refugio cuando un sargento, saludando, dijo:

—Hemos cambiado su equipaje al refugio del señor X.

—¿Por qué?—pregunté.

—El suyo ha sido destruído por un obús, señor.

—¿Hubo daños?

—Sus enseres están intactos, señor, pero X resultó muerto. Mejor es no entrar allí, señor; todo está en una confusión atroz.

Ahora empezaba a entender la conversación de la cantina de la compañía.

—¿Cuándo sucedió eso?—pregunté.

—Unos cinco minutos después de salir usted, señor. Un proyectil atravesó el tejado y le llevó la cabeza a X.

De pronto advertí que toda mi irritación contra el general desaparecía. Todo sentimiento de enojo pasaba, como un relámpago.

Mientras me dirigía a mi nuevo aposento reflexionaba en cuán razonable y atento había sido el general al desear verme de nuevo, y al mostrar cortesía hacia sus subordinados, aun teniendo aquél tanta responsabilidad sobre sus hombros. Y tras estas delicadas reflexiones vino la fuerte sensación de que una mano se me había tendido para apartarme en el instante crítico de un punto fatal.

Pero si esa mano fué o no la del general..., yo no podría decirlo.

EL DOCUMENTO DE PLUGSTREET

Todo el mundo recuerda la observación de un anciano en trance de muerte: que su vida había estado llena de calamidades, la mayor parte de las cuales en realidad no le habían sucedido nunca. El incidente que narro a continuación es un ejemplo personal de esa reflexión confortadora.

En febrero de 1916 mandaba yo el sexto batallón de fusileros reales escoceses en Flandes. Habíamos estado durante varias semanas defendiendo el bien conocido sector de la línea de batalla cerca de la aldea y del bosque de «Plugstreet» (Ploegsteert). El frente estaba relativamente tranquilo, y el batallón entraba y salía de las trincheras en turnos de seis días sin otra cosa que las experiencias usuales de bombardeos locales, corte de alambradas, incursiones y contraincursiones de trincheras. Nuestros llamados alojamientos para «descansar» cuando abandonábamos la línea de combate—que distaba en aquel punto unas trescientas yardas de la alemana—hallábanse separados de nuestros atrincheramientos por apenas milla y media de terreno llano. En esta situación, viviendo en un espacio poco mayor que una milla cuadrada de tierra, estábamos destinados a permanecer algo más de tres meses. Mis propios cuarteles durante el descanso distaban apenas mil yardas de los que ocupaba al estar en el frente. Constituía, pues, escasa diferencia para nosotros ocupar o no las trincheras, y de una manera o de otra las pérdidas de hombres por el fuego de cañón venían a ser las mismas.

Al incorporarme al Ejército, en el mes de noviembre anterior, había escrito, por invitación del general en jefe, un papel exponiendo mis ideas sobre nuevos métodos de atacar al enemigo. Esta memoria, titulada *Variantes de*

la ofensiva, trataba de muchos proyectos secretos en los que yo había estado profundamente interesado, incluyendo un esquema sobre el empleo de los auto-orugas (después llamados «tanques») en gran número, por sorpresa y combinados con humo y otros ingenios bélicos. Puede juzgarse de la importancia de este papel en la fecha en que fué escrito (3 de diciembre de 1915) leyendo el siguiente extracto:

«3. *Coches orugas.*—El corte de las alambradas enemigas y el dominio general de su línea de fuego puede realizarse mediante máquinas de este carácter. Aproximadamente unos setenta están ahora a punto de ser terminados en Inglaterra y convendría que fuesen inspeccionados. No debe usarse ninguno hasta que todos puedan emplearse a la vez. Deben mantenerse secretos y apartados a una distancia de doscientas o trescientas yardas de la línea general del frente. Diez o quince minutos antes del asalto, estos vehículos serán puestos en movimiento utilizando la más practicable línea de avance, pasando sobre nuestras trincheras o a través de ellas en puntos determinados de antemano. Son capaces de atravesar cualquier obstáculo ordinario, tales como hoyos, trincheras o parapetos. Llevan dos o tres *Maxims* cada uno y pueden estar provistos de aparatos lanzallamas. Nada pdorá perforarlo, como no sea un impacto directo de un cañón de campaña. Al alcanzar las alambradas enemigas, girarán a derecha o a izquierda y correrán en sentido paralelo a la trinchera enemiga, barriendo sus parapetos con su fuego, hundiendo y cortando el alambre espinoso a trechos mientras siguen una marcha ligeramente sinuosa. Al tiempo de realizar esto, los orugas se hallarán tan próximos a la línea enemiga que serán inmunes al fuego de su artillería. A través de los boquetes así abiertos avanzará la infantería que escudan los vehículos.

»*Cuando se emplea la artillería para cortar los alambres, la dirección e inminencia del ataque se descubren con días de anticipación. Pero con el empleo de este método el asalto sigue casi inmediatamente al corte de las alambra-*

das, es decir antes que el enemigo pueda llevar ningún refuerzo o tomar alguna especial medida defensiva.»

Al mismo tiempo que entregaba una copia escrita a máquina al general en jefe, enviaba un duplicado al Comité de Defensa Imperial, quien se encargó de imprimirlo con todas las precauciones de sigilo, y, al principio de febrero de 1916, se me envió a Francia una copia de este vital documento, llegando a mí a través del correo del ejército en ocasión en que me hallaba en los cuarteles del frente. La orden prohibiendo llevar a éste documentos secretos era rigurosa y bien conocida, y cuando yo echaba una ojeada al impreso en mi granja medio demolida tras sus sacos terreros, la sensación de hallarme tan sólo a unas mil yardas del enemigo provocaba en mi ánimo viva inquietud. Sin embargo, como nos disponíamos a trasladarnos, al romper el día, a nuestros alojamientos de descanso, situados a una milla a retaguardia, pensaba aprovechar la ocasión para hacer en la prueba las revisiones y enmiendas necesarias y dársela a un oficial para su transmisión a Londres por conducto del cuartel general de Bailleul.

La aldea de Plugstreet consistía principalmente en una larga fila de bien construídas casas de ladrillo, algunas de cuatro pisos, mirando tristemente hacia el enemigo, a través de la llana, encharcada campiña. Hasta entonces, excepción hecha de su iglesia, había sido muy poco castigada por el fuego de la artillería. Muchas de las casas presentaban agujeros de obuses, pero todas se mantenían perfectamente preservadas de la intemperie y no carecían de comodidades. En la mayor parte de ellas, los vidrios de las ventanas permanecían intactos.

Pero la novena división escocesa, de que mi batallón formaba parte, tenía un general muy enérgico que había estado hostigando al enemigo, y éste contestó a nuestros bombardeos con otros de represalias que en poco tiempo redujeron el distrito a un confuso montón de informes ruinas. Mi cuartel hallábase instalado en un pequeño convento de ladrillo rojo, hasta entonces completamente in-

demne. Tenía una habitación confortable y bien amueblada en el piso bajo, con un amplio ventanal que daba a la línea del frente, apenas fuera del alcance de los tiros de fusil del enemigo. Al lado de la ventana había un escritorio, y aquí, después del desayuno y aproximadamente a las diez de la mañana del día a que me refiero, me senté y empecé a despachar mi correspondencia, que se había acumulado durante el último turno de permanencia en las trincheras, y en particular a ocuparme de las «Variantes de la ofensiva».

Habría estado trabajando por espacio de media hora cuando distrajeron mi atención dos o tres explosiones de obuses caídos a una distancia de 300 yardas en el campo inmediato al frontero a nuestra casa. Un poco más allá, sobre el frente, en el recodo del bosque de Plugstreet, pequeños vellones blancos del humo de los *shrapnels* indicaban una inusitada actividad. Me dediqué a contemplar el fuego como si estuviese en el palco de un teatro. Transcurrieron varios minutos, y dos o tres obuses más estallaron con estrepitosas detonaciones a unas 200 yardas de distancia, pero ahora en el campo que directamente tenía ante los ojos. Un minuto después, cayó otro. No hay obús más desagradable para un oído experto que el que os viene de frente y explota a corta distancia. Oís el lamento creciente de un silbido, cuya nota se hace más intensa y penetrante por la amenaza de su aproximación; y sólo lográis convenceros de que el peligro ha pasado al ver una carretada de tierra saltando en el aire frente a vosotros. Este último obús (un 4-2) estalló con molesto ruido al otro lado de la carretera, a unas cuarenta o cincuenta yardas. Se me ocurrió pensar que nuestra casa (la casita alta, como la llamábamos) estaba probablemente sirviendo de blanco al enemigo y que el próximo obús podría darme muy fácilmente en la niña del ojo. Al mismo tiempo, distantes explosiones en otras partes del pueblo, parecían indicar que Plugstreet iba a ser objeto de especial atención por parte del enemigo.

Carecíamos de toda clase de defensas, pero al fondo de la habitación en que yo trabajaba había una pequeña bo-

dega o despensa a más bajo nivel que el suelo, provista de un tejado de ladrillo. En esta habitación ya habían buscado refugio la anciana señora que, con sus hijos, se quedara en el convento después de la marcha de las monjas, y dos telegrafistas del batallón. Parecía locura permanecer sentado en el escritorio no existiendo entre uno y los proyectiles más que una lámina de vidrio; pero, por otra parte, tampoco me ofrecía la bodega mucha confianza. El abovedado techo aparentaba ser fuerte, pero en realidad no tenía más que una doble fila de ladrillos. El lugar era tan reducido que con las personas que lo ocupaban apenas quedaba espacio para otro más. Me levanté, pues, de la mesa y pasando por la puerta del fondo me dirigí al edificio anejo, que era usado como la oficina del batallón. También aquí había anchas vidrieras mirando al frente, pero era una habitación interior, y por lo menos había dos paredes de ladrillo entre el fuego y yo. Contra la artillería de campaña, una barrera de dos paredes es una buena defensa: en la primera revienta el proyectil; la segunda, probablemente para la metralla. Me senté, pues, allí para esperar que cesase el fuego. Dejé todas mis cartas y papeles—o por lo menos así lo creía—sobre la mesa próxima a la ventana. No quiere esto indicar que mi partida fuese precipitada, pero tampoco fué excesivamente remisa. Fué digna, pero decidida.

Y entonces la aldea de Plugstreet empezó a soportar uno de aquellos primeros bombardeos metódicos que gradualmente la redujeron a ruinas. A intervalos de un minuto o dos los obuses caían, estallando unos en las fachadas de las casas, perforando otros sus tejados, estallando algunos en los patios y dependencias traseras. El sibilante grito de los proyectiles al acercarse, sus explosiones, y el fracaso y estruendo de las paredes de ladrillo al derrumbarse, habían llegado a ser casi continuos. Mi ayudante se reunió pronto conmigo en nuestra habitación interior, y aquí nos sentamos y fumamos, al principio con una excitación no muy desagradable, pero que iba derivando, a medida que pasaba el tiempo, en una actitud silenciosa y taciturna. De vez en cuando, tremendas explo-

siones muy próximas nos decían que los edificios vecinos eran alcanzados. El hollín caía en nubes de la chimenea, y el patio interior, al que ahora mirábamos, estaba inundado de cascotes y ladrillos. Un obús estalló en el edificio de enfrente abriendo un redondo boquete. Continuamos sentados en nuestras sillas, poniendo nuestra fe, aunque con su poco de duda, en nuestras dos paredes de ladrillo. Cuando se ha estado bajo el fuego de cañón todos los días de un mes, no se siente uno muy propicio a exagerar estos ensayos. Eran la vulgaridad diaria de la vida de millones de seres en aquellos extraños días.

El bombardeo duró cerca de hora y media. Los intervalos entre los obuses fueron decreciendo y luego quedó todo en silencio otra vez. Mi lugarteniente se presentó del mejor humor. Hallábase dando una vuelta por los alojamientos de los soldados cuando el enemigo empezó a bombardear la aldea, y había permanecido como espectador sereno unos pocos metros más allá, esperando, según decía, «a que cesase de llover».

Juntos volvimos a la casita alta. Al entrar por la puerta del fondo, una escena de devastación se ofreció a nuestros ojos. La habitación en que había estado escribiendo resultó alcanzada y presentaba grandes destrozos. La luz del día entraba por un gran boquete hecho en la pared, sobre el ventanal. Mesa, muebles, papeles, objetos de todas clases, veíanse esparcidos en revuelta confusión. Todos estaban cubiertos de una densa capa de fino polvillo rojo de ladrillo. Entonces, en la puerta del fondo aparecieron la anciana y su hija completamente aterradas; detrás venía uno de los telegrafistas gesticulando.

—¡Oh, mi comandante—dijo la muchacha—, venga a ver la habitación en que estuvimos!; se derrumbó el techo y una granada cayó en medio de nosotros.

La seguimos. La bóveda enladrillada del techo se había hundido y en el suelo yacía un largo obús de 30 libras, sin estallar. Este proyectil había atravesado el arquitrabe del ventanal, pasando en ángulo agudo de caída por el techo de la celda y cayendo literalmente en medio de las pobres gentes allí reunidas, sin hacer otro daño que una

leve herida a uno de los telegrafistas. Se puede imaginar el espasmo de terror de aquellas dos mujeres cuando este monstruo llegó a su regazo, y cuando pensaron que instantáneamente iba a estallar. Habían sufrido más que si hubieran muerto.

Después de recomendarles que debían llevarse sus enseres y abandonar la casa en seguida, volví a mi destruído escritorio. Como el proyectil no había explotado, ningún objeto se hallaba chamuscado ni totalmente destruído. Trabajosamente reuní mis papeles, mi maletín y todos mis adminículos. Lo único que precisaba era sacudirles el fino y rojizo polvo que los cubría. Por el momento no eché nada de menos. Después, mientras iba ordenando las cartas y el papel de escribir, empezó a extrañarme no encontrar un papel que andaba buscando y al que atribuía—y acertadamente, como ha probado la historia—excepcional importancia. Por fin se recogió todo; los ordenanzas vinieron y barrieron la habitación; en ningún sitio pude dar con mi precioso documento. Era lo único que se había perdido y lo de máxima importancia para mí. Se había esfumado, desaparecido por completo. ¿Cómo y por arte de qué? Seguramente no por el obús. Si el aposento se hubiese incendiado a consecuencia de la explosión, la explicación sería clara; pero si solamente este documento era el que no aparecía entre mis papeles dispersos por la estancia, no cabía duda que alguien lo había cogido, y alguien que conocía su inmensa significación.

Empecé entonces a sentirme muy seriamente alarmado. Constituía Plugstreet uno de los últimos vestigios del suelo que le quedaba al pueblo belga. La línea de frontera estaba sólo unos pocos centenares de metros más allá. Los informes de nuestro servicio secreto nos advertían de la probabilidad de encontrarse espías entre los escasos habitantes que quedaban. La sospecha se ocultaba en todos los pechos y todas las precauciones posibles debían ser tomadas. Mi imaginación empezó a elaborar media docena de explicaciones siniestras. Sin duda algún seguro agente del enemigo, sabiendo que yo era persona cuya correspondencia podía tener excepcional importancia, es-

piando día tras día en la esperanza de dar con ella, había entrado en el aposento en la confusión producida por la caída del obús, se había apoderado del papel, seguramente atraído por las rojas letras impresas que decían «Este documento pertenece al Gobierno de S. M.», y había huído con él tan rápidamente como había entrado. Quizá en aquel momento estuviese dirigiéndose a algún lugar donde un aeroplano enemigo pudiese recogerlo de noche a través de la línea del frente. Toda clase de posibilidades terroríficas ocupaban mi mente sin que ningún remedio se me ofreciese para conjurarlas. La mujer y su hija no habían visto ningún extranjero en torno, si bien se hallaban tan asustadas que su testimonio no aportaba ninguna seguridad. El telegrafista, ocupado en atender a su compañero herido, nada sabía. Registramos la casa de arriba abajo, ¡ni rastro!

Pasé los tres días siguientes en estado de gran inquietud. Me reprochaba mil veces el no haber devuelto inmediatamente por un oficial el documento que me había llegado por el correo del frente. ¿Por qué me había desprendido de él? ¿Cómo haberlo abandonado siquiera un segundo?

Y con esto vuelvo a la observación del anciano moribundo que inicia este relato, calmo al mismo tiempo la ansiedad del lector y me redimo yo mismo de la acusación de imprudencia. Al tercer día se me ocurrió llevar la mano a mi bolsillo interior del lado derecho de la guerrera, bolsillo apenas usado. Allí encontré, sano y salvo, el documento que tan febrilmente había buscado.

Instintivamente, al dejar la habitación sobre la que un peligro inminente se cernía, había recogido la única cosa que me importaba, guardándola en mi bolsillo. Al volver a verla, segura en mi mano, respiré con alivio y deleite, y las precarias, batidas viviendas de Plugstreet, bajo celajes lluviosos y vientos crueles, me parecieron tan seguras y confortables como mi propio hogar.

LA GUERRA SUBMARINA

El quinto y último volumen de las operaciones navales de la guerra apareció a su debido tiempo. Comprende el conjunto de la labor bélica de la Marina durante los dos últimos años de la conflagración mundial (1916-1918). Es, en síntesis, la historia de cuanto la Armada hizo. Pero lo épico de tal gesta se marchita y se hiela entre las páginas de aquel libro. No es, ciertamente, una obra inspirada. Repele no sólo por su balumba de pormenores técnicos, sino por el hecho de ser una compilación compuesta por múltiples manos. El competente historiador ha tenido evidentemente que someter sus capítulos al examen de autoridades y departamentos, e importantes personajes de la historia se advierte que han puesto sobre ella sus activas manos, armadas de podaderas y de raspadores. El resultado es una especie de amalgama oficial que ni logra carácter de narración sencilla y sincera, ni categoría de investigación analítica hecha a la luz del justo examen de la gran contienda. Sin embargo, tan disformes y pasmosos son sus abundantes materiales, tan enormes y costosas las tremendas máquinas de guerra que se mueven a través de sus páginas, tan terribles los efectos y consecuencias que de todo ello se derivan, que esta masa de incidentes y detalles, cuidadosamente embrollada, resulta un verdadero tesoro de información acerca de los dos más gigantescos años de la guerra naval.

Para comprender los principales pasajes de este último tomo es necesario recordar las primeras fases de la guerra. Los años 1914 y 1915 habían vindicado la estrategia del Almirantazgo. La vastedad de la inaudita tarea llevada a cabo por las flotas no había sido debidamente apreciada en aquellos años de tensión y de esfuerzo. Todo tráfico enemigo fué barrido de alta mar y todas las rutas

de avituallamiento y refuerzos preservadas para la única utilización de los aliados.

En abril de 1915, Inglaterra gozaba de una supremacía en el mar como jamás se había visto, ni aun en los días de Nelson. La seguridad era tan completa, que casi se podía pasar inadvertido. A Alemania no le quedaban en todos los océanos más que una parte de fugitivos cruceros: el *Dresden,* acechando furtivamente tras los glaciares de la Tierra de Fuego, y el *Koenigsberg,* arrumbado e inerte entre el misterio y la caligie de una playa pantanosa de África del Sur. Admitíase como un lugar común que los mares estaban libres para todos los aliados, y un seguro inferior al uno por ciento era suficiente para poner a cubierto los barcos mercantes que se hacían a la mar en tiempo de guerra sin protección ni restricciones, en todos los rumbos y desde todos los puertos.

La garantía de toda esa maravillosa inmunidad era la gran flota apostada y casi inmóvil en su remoto fondeadero septentrional de Scapa Flow. Desde allí dominaba los mares como jamás lo había hecho en nuestra historia. La guerra en su conjunto y en último término dependía de este soporte casi invisible, silenciosa y celosamente guardado. Si no fuese por la gran flota, Alemania ya habría atacado en seguida y desarticulado todas las comunicaciones marítimas de los aliados, ya habría amenazado desde todas partes las costas de Francia. Si no fuese por la gran flota, los cruceros alemanes y otros barcos de guerra, surcando a su arbitrio el Atlántico y Canal, habrían producido en pocas semanas la suspensión completa de nuestro tráfico oceánico y forzado a la vez aquel implacable bloqueo contra el cual hubieron de luchar después —estérilmente, por cierto—durante dos amargos años, los submarinos de la Armada teutona. Si no fuera por la gran flota, en las primeras fases, la bélica estructura aliada se habría derrumbado en colapso. Fué sobre los mares el escudo firme y eficaz tras el cual Francia se defendió y bajo el cual millones de hombres, desde el principio al fin de la guerra, fueron llevados y traídos de la retaguardia hasta las líneas de combate de los aliados. El efecto estra-

tégico de situar en Scapa Flow la gran flota antes de la declaración de guerra fué a un tiempo mismo completo e instantáneo. Cuando a final de agosto de 1914 el prestigio de la Marina real fué probado por el brillante y afortunado ataque a la bahía de Heligoland, el kaiser—con todos sus complejos de inferioridad exacerbados por el hundimiento de sus cruceros sobre el campo mismo de la bélica parada—aceptó el triunfo del poderío naval británico sobre la superficie del mar.

Las opiniones de los almirantes alemanes—por tal manera holladas—volviéronse inevitablemente hacia el submarino. He aquí una admirable y terrible arma nueva, cuyo poder y cuya resistencia jamás habían sido puestas a prueba por ningún país desde el comienzo de la guerra.

No fué sino hasta febrero de 1915 cuando Alemania se decidió a emplear esta arma contra el comercio y se permitió a Von Pohl proclamar el primer bloqueo de las Islas Británicas. Fué una decisión terrible. Pero aunque el mundo miraba con horror e indignación el hundimiento de los barcos mercantes sin consideración a la seguridad de pasajeros y tripulaciones, el Almirantazgo británico no sentía una seria alarma. Sabíamos que los alemanes poseían escasamente 25 submarinos y que solamente una tercera parte de ellos podrían hacer a un tiempo servicio de patrulla. Sobre centenares de barcos que entraban y salían semanalmente de veintenas de puertos, este puñado de merodeadores no podía causar profunda impresión. Era como si centenas de conejos corriesen a campo traviesa en direcciones múltiples, mientras disparaban sobre ellos dos o tres cazadores furtivos, tuertos por añadidura. Casi todos los conejos podían cambiar su ruta en todo tiempo, mientras los cazadores se veían a su vez perseguidos por los guardas de caza. Anunciamos entonces—en 1915—que publicaríamos todas las semanas las cifras de navegación y de hundimientos, y la confianza del Almirantazgo fué muy pronto confirmada por los acontecimientos, ya que ningún daño sustancial, ni aun casi apreciable, le fué infligido al comercio británico durante la primera campaña submarina alemana. Por otra parte, graves dificul-

tades eran a la sazón columbradas por el Gobierno teutón. Los torpedos que hundían buques neutrales destruían a la par la benevolencia del mundo neutral. Por último, el hundimiento del *Lusitania* levantó una tempestad de ira, y una nota de los Estados Unidos produjo la clausura de la primera campaña submarina en aguas inglesas. Cesó aquélla en junio de 1915, y desde entonces, por espacio de un año—casi dos años en junio a partir de la declaración de guerra—el dominio británico de los mares era absoluto e indiscutido. Fuera de las herméticas aguas del Báltico y del mar Negro, ninguna nave hostil surcaba el líquido salado. De haber la guerra finalizado en 1915 ó en 1916, la historia habría anotado en sus archivos—a pesar del rápido encuentro de las flotas en Jutlandia—que el dominio de la Marina británica había sido pleno y constante. Dentro de este período de calma hubo una gran oportunidad naval—una tan sólo—de terminar el mundial conflicto a la vez en la tierra y en el mar. Tal ocasión se perdió para siempre en abril de 1915, cuando la Armada desistió definitivamente de todo intento de forzar el paso de los Dardanelos. Pero aun después de todos los infortunios de los ejércitos aliados en el año 1915, la inactividad de la Armada continuó; y si una decisiva victoria de los ejércitos ingleses, franceses y rusos hubiese en 1916 conseguido la paz, el poderío naval de Inglaterra habría quedado indiscutido y, aparentemente, indiscutible.

Durante todo este tiempo los alemanes construían submarinos, y el Estado Mayor de su Almirantazgo clamaba incesantemente por el permiso para emplearlos. El conflicto entre el poder civil, aterrado ante la perspectiva de provocar la entrada en la guerra de los Estados Unidos y otros países neutrales, y los jefes supremos de la Marina teutona, seguros de contar con el medio de libertar a la madre patria y a sus asociados del dogal del bloqueo inglés, encierra un largo, escalofriante, intenso drama. Sólo la desesperación logró inclinar la balanza. En 1916 el fracaso de Verdún, el esfuerzo del Somme, la sorpresa de la ofensiva de Brusilov y finalmente la entrada hostil de Rumania, constituyeron para Alemania el segundo clima-

terio de la guerra. Los hombres de la decisión terrible fueron convocados a la dirección suprema. Hindenburg y Ludendorff llevaban el timón. Ellos lo hicieron virar con todo su peso del lado de los almirantes. El canciller y el ministro de Negocios Extranjeros fueron derribados por un nuevo y fuerte viraje de la rueda de mando. Sus advertencias de que los Estados Unidos se lanzarían sin duda a las filas enemigas fueron desoídas por aquellos hombres violentos e implacables que luchaban por la supervivencia nacional.

Desde octubre de 1916 en adelante, las actividades submarinas germánicas se incrementaron y el número de barcos echados a pique aumentó rápidamente. El 3 de enero de 1917, en su conferencia con el kaiser en Pless, los elementos políticos civiles abandonaron su oposición a las medidas extremistas. Un centenar de sumergibles hallábanse dispuestos para continuar su azarosa misión. Los almirantes barajaron hechos y cifras para probar que la guerra submarina sin restricciones causaría a los adversarios la pérdida de 600.000 toneladas mensuales, y que la persistencia en tal campaña por espacio de cinco meses postraría de hinojos a Inglaterra, enemigo máximo y alma de la cooperación hostil. El kaiser ratificó la decisión de sus servidores. Diéronse las órdenes; publicáronse las decisiones; la guerra a todo trance comenzó el 1.° de febrero y los Estados Unidos se convirtieron en un enemigo mortal. Tan prodigiosos riesgos jamás se habrían corrido si alguno de aquellos que se congregaron en Pless hubiese sabido que pocos meses más tarde se derrumbaría Rusia y que una nueva perspectiva de victoria en la tierra iba a descubrirse. Era su destino lanzarse al salto mortal inmediatamente antes de llegar a saber que otros azares mucho menos peligrosos podrían ofrecer seguridad.

La primera fase de la guerra naval fué la tácita sumisión de la flota germánica de superficie a la potencia superior de Inglaterra. Sobrevino después, a partir de octubre de 1916, y con siempre creciente intensidad, la segunda fase, es decir, la lucha a vida o muerte entre la Marina real y los sumergibles alemanes. Fué una guerra como

jamás hasta entonces habían soñado los hombres, la guerra más despiadada y a la vez más compleja que haya podido concebirse. Todas las ciencias conocidas, todas las aplicaciones de mecánica, de óptica, de acústica, que pudiesen reportar alguna utilidad, fueron puestas a su servicio. Fué una guerra de mapas y cálculos, de cuadrantes e interruptores, de expertos que eran a su tiempo héroes, de intensos, pacientes cálculos interrumpidos por explosiones y por muertes; de tripulaciones perseguidas y asfixiadas en el seno del mar, y de grandes barcos hundiéndose lejos del puerto sin merced ni socorro. Y al compás de las maniobras de este espantoso proceso iba devanándose la historia del mundo.

* * *

Noviembre y diciembre de 1916 habían visto una tentativa de reviviscencia de los hundimientos, pero el público, y aun el mismo Gobierno, habían seguido tan confiados en la seguridad de nuestro comercio, que hubo de transcurrir algún tiempo antes que empezasen a sentirse gravemente alarmados. Este nuevo ataque iba a zanjar rápidamente la cuestión. Para quienes se hallaban dedicados al naciente arte de la propaganda, presentaba todo ello un cariz más bien favorable, a causa del efecto que tal guerra producía en la opinión de Norteamérica y de los países neutrales. Pero el ataque no cesaba. El número de naufragios crecía constantemente, mes tras mes. El 3 de febrero de 1917, a consecuencia de la declaración alemana de la guerra sin restricciones, el embajador norteamericano abandonó Berlín. Pero hasta el 6 de abril siguiente los Estados Unidos no entraron en la contienda. Un incremento tan enorme de fuerza pareció hacer la victoria segura. ¿Cómo podría la nación alemana, ya muy hostigada, resistir este nuevo embate de 120 millones de hombres dirigidos contra ella? Pero supongamos que los ejércitos norteamericanos no pudiesen atravesar el Atlántico; y aun más bien: supongamos que las rutas marinas se obstruyesen para todo envío de materiales de guerra, de aceite, de alimentos, ¿qué le sucedería a una isla—re-

sorte principal de la guerra—con cuarenta millones de bocas que alimentar, y muchas veces con recursos alimenticios sólo disponibles para tres semanas?

Hasta entonces el poder naval británico había sido tan incontrovertido que su existencia transcurría tan inadvertida como la del aire que respiramos. Pero de pronto el aire empezó a enrarecerse horriblemente. El cañoneo seguía tronando en Flandes, mas en todo el amplio círculo del Gobierno inglés una nueva preocupación embargaba los ánimos. El hundimiento de buques mercantes ingleses, aliados y neutrales por submarinos germánicos sólo había alcanzado en octubre y noviembre de 1916 la cifra aproximada de 300.000 toneladas por mes. En enero del 17 no excedió de 284.000. Al iniciarse en febrero la guerra incoercible, ilimitada, la cifra ascendió rápidamente a cerca de 470.000. El Estado Mayor alemán había calculado que Inglaterra, después de proveer por sí misma a sus necesidades militares y a las aliadas, disponía de un arqueo de unos diez millones y medio de toneladas para atender a su propio bastimento. Para ello requería imprescindiblemente no menos de siete millones y medio de toneladas. Si prometía un hundimiento mensual de 600.000, el límite fatal de los siete millones y medio sería alcanzado en cinco meses, y de la clara y abrumadora lógica de los números se deducía que el adversario más formidable de Alemania se vería obligado a deponer las armas. El peligro era, pues, mortal y cercano. No hay que hablar ahora de decisivas batallas en el mar, ni de los Dardanelos, ni de desembarco en el Báltico, ni de ataques a Heligoland. Un golpe tremendo iba a sernos asestado al corazón, un estrecho dogal iba a enlazarse a nuestro cuello. ¿Lograría éxito o fracasaría? He ahí la pregunta que ansiosamente se formulaba en Whitehall. Abril vió otra tremenda subida y contempló el índice fatal moviéndose inexorablemente hacia arriba. Alcanzóse la cifra de 837.000 toneladas de barcos ingleses, aliados y neutrales hundidos; de las cuales, 516.000 correspondían a Inglaterra. ¡Era tan sólo inferior en una quinta parte—teníamos que reconocerlo así—a la cifra prometida por el Estado Mayor ale-

mán! Todos los demás aspectos de la guerra se empequeñecían, palidecían y declinaban ante la amenaza submarina.

Este último volumen de la *Historia Naval* describe la impresión que el ataque causó en el Gabinete de Guerra, en el Almirantazgo y en la Marina, y enumera las medidas tomadas para hacerle frente. Los métodos de defensa ordenábanse en tres categorías. La primera correspondía a los de tipo mecánico. Los preparativos y contramedidas acopiados por la Comisión del Almirantazgo durante la primera abortada agresión submarina de 1915 no habían sido abandonados por sus sucesores. Gran cantidad de pequeñas embarcaciones se habían construído ya o estaban en grada. Las trampas e ingenios de todas clases preconizados en 1915 habían sido elaborados y multiplicados. Cargas de profundidad para explotar a una altura dada, hidrófonos para captar los más ligeros ruidos de las máquinas del sumergible; maniobras de flotillas de caza, explosivos, pantallas para ser remolcadas bajo las aguas; redes con engañosas boyas, barcos para servir de cebo, movimientos sinuosos..., todo ello estaba en plena actividad. La segunda categoría comprendía la reorganización del Estado Mayor de la Armada y la creación de un departamento de guerra antisubmarina. Pero fué la adopción de una tercera medida, la táctica de convoy, lo que únicamente decidió la suerte de las naciones.

Ninguna relación histórica de la Gran Guerra es más notable o más fecunda que ésta en experiencias para el futuro. Fué una larga, intensa, violenta lucha entre los aficionados políticos, que las instituciones parlamentarias y democráticas lanzaban a la cima de los negocios públicos—de una parte—, y los competentes, entrenados, experimentados técnicos del Almirantazgo y sus grandes oficiales de mar, de la otra. Pero el hecho asombroso es que los políticos tuvieron razón y que las autoridades del Almirantazgo se equivocaron. Los políticos acertaron en una cuestión profesional y técnica que trascendía ostensiblemente de su esfera, y las autoridades del Almirantazgo se engañaron en lo que, después de todo, no era otra cosa

que el corazón y el centro de su propio y peculiar cometido.

Un segundo hecho no es menos digno de tenerse en cuenta. Los políticos, representando al poder civil en apurado trance y luchando por la vida del Estado, horadaron y vencieron las montañas de prejuicios y falsos argumentos que el Almirantazgo levantaba y sostenía con su máxima autoridad naval.

En ningún otro país podría haber acaecido semejante cosa. En Alemania, por ejemplo, el kaiser y sus ministros tenían que aceptar en definitiva los hechos, cifras y opiniones de sus técnicos. Cuando el almirante Holtzendorff declaró que la guerra submarina causaría la pérdida mensual de 600.000 toneladas de buques ingleses y que cinco meses serían suficientes para abatir la potencia guerrera británica; cuando lo aseguró por su honor y su conciencia como cabeza del Estado Mayor naval alemán, ya no hubo medio de contradecirle. Hindenburg y Ludendorff respaldaron de lealtad profesional las opiniones de sus colegas navales, y el poder civil, mudo ante el aserto misterioso, se vió, si no adoptaba el consejo técnico, acusado de timidez o debilidad capaces de privar a Alemania de la victoria y hasta de la vida. Naturalmente, cedieron, y todo se encaminó hacia el desastre.

Pero los políticos ingleses—nosotros nos felicitamos de su existencia—eran gentes poderosas, poseídas del sentimiento de no deber su posición al poder de un hombre. Formulaban toda clase de preguntas. No siempre tomaban un «no» como una respuesta. No aceptaban los hechos y las cifras que sus técnicos exponían ante ellos, como necesariamente inconmovibles. No se hallaban cohibidos por el respeto moral a las autoridades profesionales, si sus juicios no eran considerados razonables por una mente lega. No se eximían de consultar secretamente las opiniones de los oficiales de Marina jóvenes interesados en el problema, y de utilizar sus puntos de vista para examinar y refutar a los jefes navales. El sabueso de los políticos era sir Maurice Hankey, secretario del Comité de Defensa Imperial y secretario del Gabinete de Guerra. Tenía legal-

mente intervención en todos los campos—naval, militar, profesional y político—y sin dejar de guardar todas las formas de la corrección oficial buscaba inexorablemente «la salida». Sobre él estaba míster Lloyd George, con míster Bonar Law a su lado. Estos dos hombres tenían entendimientos agudos, escudriñadores de hechos y cifras. Ninguno de ellos sufría empacho de etiqueta profesional. En ninguno de ellos causaban extraordinaria impresión los personajes galoneados. Míster Lloyd George, particularmente, había alcanzado el poder por una extraña combinación de fuerza e intriga. Estaba seguro de ser colgado si no ganaba la guerra y hallábase totalmente dispuesto a asumir la responsabilidad en tales términos.

Ambos ministros, no más tarde que en noviembre de 1916, cuando los hundimientos empezaron a aumentar, habían sugerido la idea de que el Almirantazgo debería hacer uso del sistema de convoyes para los barcos mercantes. Nada nuevo existía en tal proposición. El convoy figuró como método usual en guerras anteriores. Habíase empleado al principio de la Gran Guerra para proteger los transportes de tropas contra los cruceros germanos, logrando pleno éxito. Ni un solo buque había sido hundido. La misma gran flota o las escuadras sueltas de navíos estaban siendo convoyadas y defendidas contra los sumergibles por escoltas de destructores.

Veamos ahora la montaña de objeciones que la Comisión del Almirantazgo y los jefes técnicos de sus negociados elevaron contra esta proposición. Sostenía el Almirantazgo que el convoy no serviría de protección contra los ataques submarinos. Ante todo, no era físicamente practicable. Los barcos mercantes no mantendrían sus posiciones en el convoy. No serían seguramente capaces de acomodarse, navegando en conserva, a constantes movimientos sinuosos. La diferencia de sus velocidades obligaría a reducir la marcha al ritmo del más lento. Se perdería tiempo, aumentaría el peligro y se malgastaría capacidad de tonelaje. Un ataque súbito los precipitaría en tumultuosa confusión. Un submarino en medio de un convoy podría producir una tremenda catástrofe. Nos expondríamos

al caso de poner demasiados huevos en un cesto. No menos de 2.500 buques mercantes arribaban a puertos ingleses o zarpaban de ellos cada semana.

Ningún convoy se reputaba seguro si contenía más de tres o cuatro mercantes por cada buque de guerra de escolta. ¿Dónde estaban los destructores y las embarcaciones pequeñas para esta prodigiosa tarea? No los teníamos. Después de proveer a la seguridad de las flotas de combate, a las patrullas del estrecho de Dover y de los mares interiores, el número de destructores que quedaba era irremisiblemente inadecuado.

Este fué, en rápido escorzo, el monumental armatoste enderezado por el Almirantazgo contra la adopción de un sistema de convoyes que oponer a los ataques de la guerra submarina a todo trance. Necesario es admitir que pocos argumentos más fuertes se habían presentado jamás sobre el papel; y cuando el razonamiento estaba robustecido por las sinceras y arraigadísimas convicciones de capaces y expertos marinos que habían pasado su vida en el mar y conocían todas las dificultades y misterios de que están forzosamente ignorantes los hombres de tierra adentro, resulta asombroso que pudiese existir alguna fuerza dentro del organismo del Estado británico capaz de desechar imperativamente aquel dictamen y de hacerlo prácticamente zozobrar. Y, sin embargo, eso es lo que sucedió; y si así no hubiese sucedido, Norteamérica se encontraría incomunicada con Europa; Inglaterra hambreada, constreñida a la sumisión, y Alemania habría ganado la guerra.

Ninguna parte de la historia oficial está escrita con mayor circunspección que la que se refiere al conflicto entre el Gabinete de Guerra y el Almirantazgo sobre la adopción del sistema de convoyes. Un lego en este asunto podría leer esas páginas atentamente y permanecer sin embargo ajeno a su intensidad o a lo que entonces sucedió realmente. Todos los hechos esenciales allí se insertan, pero están expuestos con tan estudiada ausencia de relieve, y a menudo tan alterados en cuanto al orden de sucesión, que la consecuencia que implacablemente de ellos

se deriva queda oculta. Es sólo si desciframos el criptograma por la clave de la cronología cuando la verdad —para muchos enojosa verdad—se pone al descubierto.

En las discusiones del 2 de noviembre de 1916 sostenidas por el Gabinete de Guerra (siendo todavía míster Asquith presidente), míster Lloyd George había preguntado al general en jefe, sir John Jellicoe, si tenía algún plan contra los submarinos alemanes que operaban en nuestras rutas de tráfico. Jellicoe admitió que carecía de él. Míster Bonar Law preguntó entonces por qué no podría emplearse el sistema de convoyes. El jefe del Estado Mayor de la Armada le contestó diciendo que no era práctico enviar más de un barco de cada vez con escolta. El primer lord del mar, sir Henry Jackson, añadió por su parte que los buques mercantes nunca serían capaces de mantenerse navegando lo suficientemente juntos para permitir realizar a unos pocos destructores una labor de protección eficaz. El peso de la autoridad contraria mostrábase a la sazón decisivo. La inquietud aumentaba a medida que crecían los hundimientos navales, pero aquella creciente ansiedad no modificaba en absoluto el punto de vista del Almirantazgo. Y tal inalterabilidad fué confirmada al llegar sir John Jellicoe a primer lord del mar. El Estado Mayor del Almirantazgo condensó todas sus opiniones y toda su autoridad en un memorándum publicado en enero, que condenaba el sistema de convoyes tras múltiples y especiosos razonamientos. No hay duda, se nos dijo, que tal memorándum era la expresión fiel de la opinión colectiva del Almirantazgo.

«...pues las notas de los oficiales superiores que tenían a su cargo las materias relacionadas con la defensa del tráfico eran todas, o casi todas, expresivas del mismo punto de vista.»

En 1 de febrero de 1917 empezó la campaña submarina sin cuartel, e inmediatamente los hundimientos alcanzaron un volumen alarmante. Fué en este punto cuando sir Maurice Hankey escribió su celebrado memorándum refutando todas las principales objeciones opuestas al sistema de convoyes. Apoyándose en él, míster Lloyd George

(entonces primer ministro) suscitó de nuevo con las autoridades del Almirantazgo, en 13 de febrero, la discusión del tema en su conjunto. El imperioso apremio que aquella publicación contenía y la señalada manera con que se planteaba ante el Almirantazgo por el nuevo jefe del Gobierno, no causaron mella en la inalterable opinión naval dominada por el criterio de los oficiales más antiguos. Desde luego no puede haber duda de que muchos de los argumentos y de los datos que allí se emplearon procedían de los miembros jóvenes de los departamentos del Estado Mayor del Almirantazgo, dedicados al estudio del problema de los submarinos. Pero en el servicio naval la disciplina de opinión era tan severa, que de no haber existido el Comité de Defensa Imperial como canal o válvula de seguridad, aquellas opiniones jamás hubieran dado fruto ni salido a la luz. La doctrina firmemente inculcada de que el criterio de un almirante tenía muchas más probabilidades de ser razonable que el de un capitán de navío, y el de éste que el de un capitán de fragata, no podía mantenerse con éxito cuando eran objeto de debate cuestiones de carácter novísimo que requerían para su resolución inteligencias penetrantes y audaces, exentas del embarazo de una larga rutina.

La tesis, además, hallábase reforzada por una experiencia práctica. Barcos destinados al comercio del carbón con Francia habían sufrido pérdidas considerables durante los últimos meses de 1916. Los franceses sugirieron inmediatamente la idea del convoy; y el 7 de febrero el Almirantazgo accedía a sus deseos. Los buques carboneros fueron despachados en conserva y bajo escolta. El nuevo sistema produjo en seguida sus efectos. De 1.200 carboneros convoyados en marzo sólo se perdieron tres. Sin embargo, el Estado Mayor del Almirantazgo seguía obstinado. Pero uno no puede sorprenderse de su tenacidad si considera los datos sobre los que sus razonamientos se basaban.

Al principio de la guerra, cuando publicábamos nuestras pérdidas causadas por submarinos en comparación con nuestro tráfico de importación y exportación, el nú-

mero semanal de barcos llegados a Inglaterra o que de sus puertos salían había sido enfáticamente declarado que alcanzaba la cifra de 2.500. ¿Cómo sería físicamente posible que sesenta o setenta destructores—número máximo de disponibles—suplementados con pesqueros armados y otras pequeñas embarcaciones, pudiesen dar abasto a tan vasto flujo y reflujo de millares de barcos? Sin embargo, esta maldita cifra de 2.500 estaba siendo ahora atacada. Un oficial moderno, el teniente de navío R. G. Henderson, destinado en la sección de guerra antisubmarina y en estrecho contacto con el ministerio de Navegación, derribó este monstruoso obstáculo, sumisamente aceptado desde hacía tiempo. Demostróse que esa cifra de 2.500 incluía todos los viajes redondos realizados por buques de cabotaje y embarcaciones de 300 toneladas en adelante. Pero éstos no eran los barcos de que nuestra vida dependía. Solamente el tráfico oceánico a través del mundo entero era para nosotros vital. En los primeros días de abril, el oficial Henderson probaba que el mínimo de entradas y salidas de buques de navegación de altura con desplazamiento superior a 1.600 toneladas—sobre los cuales se sustentaba todo—no excedía de 120 a 140 por semana. El edificio íntegro de la argumentación lógica se derrumbaba al fallar el cimiento, carente de toda consistencia, de los 2.500 viajes. Abril presenció una intensificación terrible de la guerra submarina, y, en todas direcciones, el gráfico secreto del Gabinete mostraba la fatalidad del límite de tiempo cerniéndose sobre los bastimentos de la isla central o sobre los pertrechos de los ejércitos ingleses y aliados en los varios teatros de la lucha. Puede ser que el temor a hacerse responsables no sólo de los navíos de la Armada, sino de la seguridad de cuantos mercantes navegaban, gravitase con pesadumbre sobre su espíritu. Sea cualquiera la íntima razón, lo cierto es que permanecían inflexibles. El 10 de abril de 1917, habiendo entrado en la guerra los Estados Unidos, el almirante Sims conferenció con el primer lord del mar. Los sombríos rasgos de la campaña submarina le fueron puestos de manifiesto al marino americano y se le apremió a que prestase la mayor

asistencia posible de pequeñas embarcaciones. Al mismo tiempo se le indujo a aceptar el punto de vista del Almirantazgo sobre la imposibilidad de los convoyes. Transmitió a su Gobierno esta opinión como la expresión más autorizada de la ciencia naval británica. Pero a la presión acumulada de acontecimientos y razones contrarias vinieron ahora a unirse las conclusiones de una comisión de oficiales de la gran flota, reunidos durante varias semanas en Longhope (islas Orcadas) para estudiar la cuestión de los torpedeamientos por submarinos en las rutas de comercio escandinavas. Únicamente recomendaban el sistema de convoyes. Sin embargo, el primer lord del mar, al mismo tiempo que accedía a practicar un experimento en esta ruta particular, se limitaba a informar al Gabinete de Guerra que la cuestión del empleo general de convoy continuaba todavía en estudio.

Terribles meses pasáronse así sin traer alivio. Pero la cuestión alcanzaba ahora su climax. El 23 de abril el Gabinete de Guerra, con sus consejeros navales, puso a debate el tema en su totalidad. El resultado de la discusión no fué nada satisfactorio. El día 25, sin embargo, el Gabinete de Guerra, por sí solo, resolvió en el sentido de la acción decisiva. Acordóse que el presidente visitaría personalmente al Almirantazgo «para examinar cuantos medios se emplean actualmente en la guerra antisubmarina, sobre la base de que investigaciones recientes habían demostrado la carencia de suficiente coordinación en los esfuerzos que se realizaban para hacer frente a la campaña». La amenaza que tal procedimiento implicaba era palmaria. Ningún golpe mayor podía asestarse a un departamento responsable o a una profesión militar. Las autoridades navales se dieron cuenta de que era el caso de «actuar o marcharse».

El día 26, el jefe del departamento antisubmarino decía en una nota al almirante Jellicoe: «Parece evidente que ha llegado la hora de prepararnos a adoptar en todo momento un plan comprensivo de convoyes.» El 27, el almirante Jellicoe aprobó tal política. Cuando míster Lloyd George visitó el Almirantazgo en cumplimiento de la de-

cisión del Gabinete, fué obsequiado con una aceptación plena de la demanda del poder civil. Le fué, pues, posible informar a sus colegas de esta suerte:

«Como el punto de vista del Almirantazgo está ahora de completo acuerdo con el del Gabinete de Guerra sobre esta cuestión, y como los convoyes acaban de empezar a operar en algunas rutas y están siendo organizados en otras, todo ulterior comento es innecesario...»

* * *

Desde luego, y como todo el mundo sabe, la adopción del sistema de convoyes en el mar hizo fracasar el ataque submarino alemán. En julio de 1917 se hallaba en plena actividad. Cinco meses de implacable guerra submarina habían pasado y la Gran Bretaña no se había postrado de rodillas. En septiembre, las nubes empezaron a romperse. Los hundimientos mensuales habían descendido de 800.000 a 300.000 toneladas. En febrero de 1918, la curva de construcciones navales rebasó la curva de hundimientos. En octubre del mismo año, 1.782 grandes buques habían sido convoyados a través de los mares con una pérdida de sólo 167. El esfuerzo guerrero aliado jamás había decaído. Los ejércitos norteamericanos atravesaban indemnes el océano, y la sentencia condenatoria de Alemania no era ya más que cuestión de tiempo.

Esta notable historia tuvo dos interesantes secuelas. Cuando el Almirantazgo adoptó su famosa decisión de practicar el sistema de convoyes, el primer lord del mar pidió en cambio al Gabinete de Guerra que la tarea naval fuese aligerada por el abandono de la empresa de Salónica y la retirada de los ejércitos aliados del teatro de operaciones balcánico. Probó plenamente que esta rebaja en los frentes ahorraría 400.000 toneladas de buques. Salónica y la campaña de los Balcanes eran los planes predilectos de míster Lloyd George. Tan aliviado se sintió al obtener del Almirantazgo el consentimiento en la adopción de convoyes, que accedió el 30 de agosto de 1917 a sacrificar aquél. Sin embargo, un funcionario ministerial, sir

Leo Chiozza Money, que trabajaba en el departamento de Comercio extranjero, presentó un escrito, respaldado por el ministro de Navegación, demostrando que el ahorro de 400.000 toneladas podría obtenerse trayendo todos los suministros para los aliados desde una sola procedencia, el continente americano, en vez de hacerlo de todas partes del mundo; y que de esta manera, el mismo abastecimiento resultaría incrementado. Adoptóse, y a los ejércitos de Salónica se les permitió continuar su campaña. Como todos sabemos ahora, la rendición de Bulgaria, en octubre de 1918, fué lo que produjo el colapso final de los imperios centrales. Si no fuera por ello, los ejércitos germánicos habrían efectuado su retirada al Mosa o al Rin y otro año sangriento habría amanecido para el mundo, trayendo consigo otros dos o tres millones de hombres muertos y heridos y la merma de diez o veinte miles de millones más en el ya quebrantado acervo de nuestra riqueza.

El segundo incidente es de mucho menos volumen. Al principio de mayo de 1917, el Almirantazgo, habiendo aceptado la decisión del Gabinete de Guerra en favor del convoy, pidió al ministerio de Marina de Wáshington que lo adoptase también. Pero las autoridades navales de los Estados Unidos sabían, por el informe del almirante Sims, que el sistema de convoyes les había sido impuesto a los marinos ingleses en contra de su mejor criterio y por interferencia y presión política. Rehusaron, por lo tanto, arriesgar sus barcos, negándose a adoptar una decisión que reputaban contraria a la pericia profesional. Sólo algunos meses antes del ingente y palmario triunfo de los convoyes desecharon sus profundos recelos.

La repugnancia de todos los jefes navales de todas las naciones aliadas a adoptar el sistema de convoyes, encuentra su réplica en la repugnancia de todos los jefes militares aliados y enemigos a comprender la significación del tanque.

En ambos casos estas medidas de salvación les fueron impuestas desde fuera y desde abajo.

LA OBSTRUCCIÓN DEL ESTRECHO DE DOVER

UN submarino, dando la vuelta por las islas Orcadas, empleaba cerca de una semana en alcanzar su puesto de caza en el canal o en sus cercanías. Si afrontaba la corrida de baquetas del estrecho de Dover, un solo día le bastaba. De esta manera ahorraba siete días de la quincena que podía permanecer lejos de su base. Si los más pequeños sumergibles podían pasar con seguridad a través del estrecho, es evidente que el número de submarinos resultaba prácticamente doblado. El cierre de los estrechos y de sus puertos belgas era, pues, una necesidad esencial. Por esa razón, Dover constituía, desde el principio mismo de la guerra, un importante puesto de mando. El almirante Bacon lo ocupaba desde 1915, y en 1916 había tendido una red a través del estrecho, desde Goodwins hasta las playas belgas.

Grandes resultados se esperaban de esta obstrucción, y la fama de que gozaba obedecía a una curiosa coincidencia. El mismo día en que fué colocada—24 de abril de 1916—el almirante Scheer, general en jefe de la Armada alemana, dió la orden de restringir la guerra submarina. El Gobierno alemán había decidido que los barcos mercantes deberían ser abordados antes de ser hundidos. Como protesta, Scheer había retirado sus submarinos. Ninguno, por consiguiente, cruzó el paso durante varios meses, y la cesación de sus incursiones hizo nacer en Dover la idea de que habían sido detenidos por la presencia de la red obstructora.

Una falsa confianza en este recurso existía en muchos espíritus, apoyada en fuertes fundamentos. El almirante Bacon era víctima de la ilusión de que su red de barrera podía impedir el paso a los submarinos. Era un marino

competente, de azarosa historia. La inclinación de su mente era técnica. Era un brillante elaborador y expositor de complicados proyectos. Sus bombardeos de la costa belga eran creaciones brotadas de la más alta matemática. Había hecho un obús de 15 pulgadas al principio de la guerra, en un plazo de increíble brevedad. En todo lo concerniente a maquinaria, invención, organización, precisión, pocos colegas suyos le superaban. Era un excelente arbitrista de la técnica.

En el otoño de 1917 la recién formada comisión de planes del Estado Mayor del Almirantazgo estaba completamente segura de que los sumergibles pasaban habitualmente a través del barreado Dover, y de que éste no era ni un obstáculo ni un impedimento. El contraalmirante Keyes, presidente de la comisión, empezó a insistir cerca de sus superiores del Almirantazgo sobre la realidad del peligro, primero, y después sobre los medios de evitarlo. La defensa había consistido en un principio en una línea de redes, balizadas en la superficie, a veces patrulladas, y protegidas por campos de minas. Los críticos de nuestros preparativos de la preguerra habían censurado con razón las minas del Almirantazgo. Lord Fisher, durante el principio de su administración en tiempos de paz, había sido contrario a las minas. El subdepartamento correspondiente a ellas había encerrado sus trabajos en el mayor secreto y en el más retirado rincón, defendiéndolos con los más absurdos tecnicismos. No hay duda de que al principio de la guerra había producido una mina que raramente conservaba su profundidad y con mucha frecuencia no estallaba al realizar el choque. Todavía no eran muy numerosos esos deficientes aparatos. La principal estrategia del Almirantazgo no se fijaba en las minas y contraminas. Pero ahora la guerra llevaba tres años de duración y a falta de un plan coherente de ofensiva naval, las minas empezaban a desempeñar un papel cada día mayor. A mediados de 1917, nuevas y plenamente eficaces minas estaban brotando de nuestras fábricas, y en noviembre nuevos y profundos campos de minas se situaban en los estrechos de Dover.

Una viva discusión surgió en el invierno de 1917 entre la comisión de planes del Almirantazgo y el mando de Dover. El almirante Keyes sostenía que los dispositivos del almirante Bacon, a la sazón empleados, no impedían la penetración submarina. Afirmaba que los campos de minas no solamente deben ser vigilados por minadores y pesqueros, con todas las demás embarcaciones pequeñas utilizadas para patrullar en torno a aquéllos, sino que además dichos campos deben estar brillantemente iluminados y activamente defendidos. El movimiento de un submarino que avanza en la superficie tanteando su camino, sería de aquella manera descubierto. Daríase entonces la alarma, un estrépito se produciría, dispararían los cañones y el submarino tendría que sumergirse y desaparecer del mundo al chocar con una de nuestras bien cebadas minas. El almirante Bacon argüía por su parte que las luces advertían a los submarinos, mostrándoles el campo minado que deberían evitar, y que si los destructores patrullaban continuamente por el estrecho, era sólo una cuestión de tiempo para los alemanes el enviar fuerzas superiores y devorar las patrullas. Sostenía que no era cierto que los submarinos estuviesen pasando por el estrecho de Dover.

Todo el mundo verá que la controversia, así resumida, estaba bien planteada. El servicio secreto de la Marina proporcionó pruebas considerables que acreditaron que la comisión de planes estaba en lo cierto. Un submarino (*U. C. 44*) naufragó en un bajo fondo y al ser puesto a flote, su capitán reveló las fechas exactas en que cada una de las continuas corrientes de sumergibles habían pasado los estrechos, y, además, su itinerario completo y su varia fortuna. En efecto, en las instrucciones dadas a los comandantes de submarinos se les decía que podían, a su arbitrio, navegar por encima o por debajo de la barrera de Dover. Se podía ser escéptico, sin embargo, acerca de los datos alemanes, y aunque la comisión de planes estaba convencida de su exactitud, el mando de Dover continuaba obstinado y satisfecho.

Cuando, en el otoño anterior de 1917, la comisión de planes empezó a criticar la eficacia de la barrera de Do-

ver, y alegó que los submarinos alemanes estaban pasando libremente a través de los dispositivos del almirante Bacon, éste no se mostró ni complacido ni cortés. Muchas frías comunicaciones se cambiaron en documentos oficiales. La controversia alcanzó su ápice cuando se trató ásperamente el punto de si los campos de minas debían estar iluminados o no. El cuadro de estas amplias zonas brillantemente esclarecidas, y surcadas por lanchas indefensas tripuladas por pescadores, no presentaba ciertamente una adecuada perspectiva bélica. Casi podría decirse que el sentido común repelía tal remedio. Y, sin embargo, en este punto el Estado Mayor del Almirantazgo tenía razón y el almirante Bacon no. La única verdad que resultaba de todo ello es que los campos de minas eran inútiles si no estaban defendidos desde fuera del agua.

El almirante Jellicoe (ahora primer lord del Mar) se había puesto de parte del almirante Bacon al principio de la discusión. Pero a la larga fué convencido por la comisión de planes. El 18 de diciembre de 1917, con la aprobación cordial del primer lord, sir Eric Geddes, ordenó al almirante Bacon que emplease el sistema de patrullas.

Por suerte, hizo sangre la misma primera noche que fué ensayado. El 19 de diciembre un submarino alemán resultó destruído. El almirante Jellicoe, que se hallaba grandemente agotado por su prolongado y valeroso esfuerzo, primero al frente de la Flota y después del Almirantazgo, fué relevado de su puesto. El almirante Wemyss, su candidato, un oficial no muy conocido, pero de gran carácter y reputado por su deseo de obtener el pleno rendimiento de un Estado Mayor, fué designado para sustituirle. El almirante Bacon fué relevado del mando de Dover, y Keyes, jefe de la comisión de planes, y censor principal de los de aquél, fué designado para ver si podía practicar con éxito los suyos.

Otra vez en este caso los resultados del cambio, aunque quizá favorecidos por la fortuna, fueron sorprendentes. En los seis meses posteriores, once submarinos, identificados, perecieron en los campos de minas de Dover o en sus aproches. Los hundimientos en el canal, influídos

también por el convoy, decrecieron rápidamente. En 1918 un submarino de Zeebrugge no pudo realizar más que seis viajes antes de que su sentencia fatal se cumpliese. En el verano, todos los intentos de los sumergibles para perforar la barrera de Dover habían cesado.

La historia oficial pone exquisito empeño en no destacar demasiado los hechos. Sin embargo, todos los de relieve están allí. Vemos otra colisión entre los nuevos y un poco irreverentes cerebros de la Armada y la augusta, honorable, antigua autoridad. Tales casos se producen igualmente en la vida civil y en los negocios públicos. Los encontramos en las grandes empresas y en la estructura y los avatares de los gobiernos.

Pero la historia de la obstrucción de Dover constituye evidentemente una secuela que corrobora la historia del sistema de convoyes.

Fueron el presidente del Consejo de Ministros, el Gabinete de Guerra y el primer lord quienes sostuvieron la libertad de la nueva mentalidad profesional contra la antigüedad encastillada. En ambos casos el poder civil se inclinó, presionó y, en definitiva, rompió hacia la verdadera ruta.

Hubo, no obstante, un mal momento para el nuevo comandante de Dover. Los patrulleros del iluminado campo de minas ofrecían, sin duda, un magnífico blanco para los ataques alemanes. Las embarcaciones de pesca afectas a tal servicio eran vulnerables en el más alto grado. Cerca de un centenar de pequeñas naves desprovistas de calidad militar—lanchas portafaros, minadores, botes de motor, dragaminas, viejos destructores alimentados por carbón—surcaban la zona luminosa de los reflectores. Esa zona era tan brillante como puede serlo Picadilly en tiempo de paz; y sus ocupantes no estaban mucho mejor armados. A algunas millas hacia el Este, cinco divisiones de destructores en patrulla ofrecían su única protección posible. Pero si se veían obligados a huir por una incursión enemiga, la catástrofe era inevitable. La aceptación de esta pavorosa responsabilidad era la esencia de la concepción

de Keyes. Justipreciados todos los riesgos, éste se reputaba como el menos malo. Pero era pésimo.

El día 14 de febrero de 1918 los alemanes trajeron de la bahía de Heligoland su mejor jefe de escuadrilla con los cuatro destructores más grandes y más recientes, y cayeron sobre los pesqueros de la obstrucción de Dover con cruel ejecución de pena de muerte. Por una confusión de señales, erróneamente interpretadas en la oscuridad, o por lo que fuese, los seis destructores británicos en patrulla los tomaron imperdonablemente por amigos y escaparon en triunfo hacia el Norte. Los pescadores estaban profundamente angustiados. Pensaban que la Real Armada había dejado de prestarles la protección que les había garantizado y que tanto merecían. Viéronse expuestos durante la noche a implacables ataques. Por algún tiempo perdieron su confianza en el nuevo comandante de Dover y, desde luego, en la Marina Real inglesa.

El almirante Bacon, que había pronosticado este suceso, vió sus argumentos justificados. Se sentía con autoridad para gritar: «Ya os lo había dicho yo». La reputación de Keyes pendía de un hilo. Afortunadamente, un grupo de hombres resueltos, de nueva mentalidad, más o menos ligados por una concepción común de los problemas, había ahora puesto mano en la máquina del Almirantazgo. Keyes sobrevivió al desastre, y la épica hazaña de Zeebrugge el día de San Jorge casi restauró la confianza del Almirantazgo en su oficial y la fe de los pescadores en su jefe.

Ganó también los plácemes del público, y muy favorables referencias en la Prensa, ninguno de los cuales, aun en sus excesos, le serán disputados por la historia.

EL «TODO O NADA» DE LUDENDORFF

UNA vez comenzada la guerra, la única ocasión que tuvo Alemania de hacer la paz se le presentó durante el invierno de 1917. Era aquélla una buena oportunidad. Rusia había caído; el tratado de Brest-Litovsk había sido firmado. Del poderoso «rodillo ruso» no quedaba más que una masa de chatarra en la cuneta.

Por primera vez, los imperios centrales dejaban de temer a su frente oriental. Ludendorff podía trasladar al Oeste un millón de hombres y varios miles de cañones. Por primera vez desde las batallas de 1914, Alemania alcanzaría superioridad numérica sobre ingleses y franceses.

Los Estados Unidos habían entrado en la guerra. Una nueva y casi ilimitada fuente de energía humana abríase a los aliados. Pero los ejércitos americanos estaban muy lejos, organizando, entrenando, enviando sólo unos pocos miles de hombres de cada vez, a través del océano Atlántico. Muchos meses tendrían que pasar antes de que el nuevo y gigantesco combatiente hiciese su aparición sobre la arena. Forzosamente habría de transcurrir un largo, mortal intervalo entre el colapso del esfuerzo ruso y las primeras manifestaciones efectivas del poderío norteamericano. Es en este intervalo cuando la crisis se produce.

Las sediciones en el ejército francés, que siguieron a la desastrosa ofensiva del general Nivelle en abril de 1917, redujeron a Francia a una estricta posición defensiva durante el resto del año. Los ejércitos británicos hubieron de pechar con la principal responsabilidad. La idea fija del alto mando inglés, espoleada por las llamadas francesas y por el peligro de un inminente colapso de Francia, espoleada asimismo por una fase de negro pesimismo del Almirantazgo, había provocado una virtualmente continua

sucesión de desesperados ataques ingleses contra las líneas fortificadas alemanas.

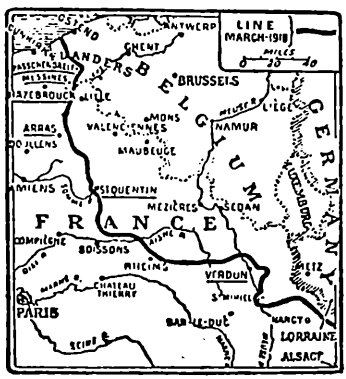
El cuartel general británico creía erróneamente que podía romper el frente germano y hallar en el debilitamiento temporal de Francia un caudal de razones en que apoyar su convicción. «Estamos seguros de poder romper el frente; pero, aunque no pudiésemos, nos vemos obligados a atacar para aliviar a Francia de su carga, dadas las condiciones en que se encuentra.» El resultado fué una serie de bien planeadas, resueltas, obstinadas ofensivas, en Arras, en abril; en Messines, en junio; en Passchendaele, en el otoño. Realizáronse sin reparar en pérdida de vidas, hasta que en las batallas de invierno de Passchendaele, el ánimo de los ejércitos ingleses en Francia se extinguió casi por completo entre el lodo de Flandes y el fuego de las ametralladoras tudescas. «La lluvia, dice el informe oficial alemán, era nuestra aliada en todas partes.» Cuando fracasó el último asalto a través de los campos indescriptiblemente llenos de cráteres y de los cenagosos laberintos de Passchendaele, el ejército inglés había sido sangrado a fondo. Cerca de 300.000 hombres resultaron muertos o heridos. Los archivos de guerra registraron los nombres de veintenas de miles, cuyos cuerpos no han sido jamás retirados de las ciénagas, batidas por los obuses, en que la lucha se encarnizaba.

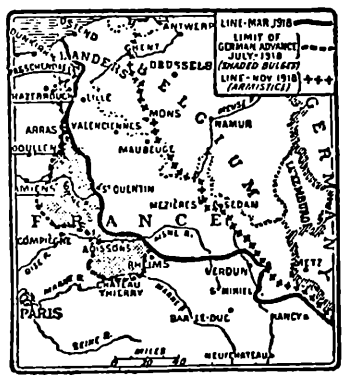
Y así cerró el año. Los franceses, sin reaccionar; los ingleses, encharcados; los norteamericanos, remotos. Mientras tanto, el desplome de Rusia, al mismo tiempo que proporcionaba al alto mando alemán un gigantesco refuerzo para el frente occidental, ofrecía a su Gobierno inmnesas facilidades para una negociación.

Toda la Rusia europea estaba bajo el poder del alcance alemán. Los bolcheviques habían roto todo compromiso con los aliados; habían repudiado todas las obligaciones, incluso aquellas sagradas hasta entonces cumplidas por los aliados con su país. ¿Quién gobernaba en Rusia ahora? El zar estaba en manos de sus asesinos; los oficiales y las tropas fieles habían sido dispersadas o destruídas; los elementos intelectuales y liberales que habían

intentado cumplir su deber eran asesinados o estaban fugitivos. Todo lazo entre Rusia y los aliados occidentales había sido roto. Los ejércitos alemanes habían salvado a su país en el campo de batalla; ahora era el momento para que la política alemana sacase al Imperio de la horrible catástrofe a la que desatinadamente se había lanzado.

Mientras los cañones de Passchendaele se acallaban y el esfuerzo británico se helaba en una quietud invernal, los Gobiernos de ambos lados tenían tiempo para tomar-





se su propio pulso. Aún en la misma resuelta Inglaterra se notaba una mayor intermitencia en el latido. La misma cesación de la lucha daba tiempo a los pueblos para reconocer sus heridas, ¡y qué graves y espantosas, por cierto! Aún hasta enero o febrero de 1918, si Alemania hubiese ofrecido la restauración completa de Bélgica y un arreglo con Francia acerca de Alsacia y Lorena, emparejado con un esquema de las adquisiciones alemanas en Rusia, podría haberse establecido una base para las negociaciones.

Pero el mariscal Ludendorff, al frente del Estado Mayor general alemán, dominaba no sólo la escena militar, sino la política, y Ludendorff tenía otras ideas. Las realidades de la contienda habían reducido al emperador a ser un mero funcionario de la situación en tiempo de guerra. El

sistema político alemán no era propicio para hacer surgir de la máquina parlamentaria las audaces o indómitas figuras que empuñaban el timón del Estado en Inglaterra o en Francia. Todo en Alemania había sido sacrificado al aspecto militar. En todas las ocasiones, el Estado Mayor general había tenido el camino expedito, y ahora ese tenaz y vigoroso organismo, a la vez la fuerza y la ruina del imperio alemán, se situaba en un punto que, por la misma corriente de los acontecimientos, no era virtualmente otra cosa que una dictadura Ludendorff.

Y aquí venimos a dar con una característica especial de este hombre extraordinario. Amaba a su país, pero amaba más su propia misión. Y ésta era la de procurar la victoria a toda costa, y asegurarse de que, si la derrota era cierta, ningún recurso había dejado de emplearse, ninguna oportunidad de aprovecharse, ninguna nave de arder tras él. Y, sin embargo, ¡qué ocasión quedaba todavía!

Un millón más de hombres, tres millones de cañones más fueron lanzados al platillo de la balanza del Oeste; disponían además del ingente tren de batir que él y Hindenburg habían estado forjando durante todo el año 1917; y aún les quedaba por ensayar el nuevo plan de ataque por tropas de choques e infiltraciones que había sido concebido. Todos esos elementos, ¿no iban a tener su oportunidad? ¿Iba a tener que decirse que Alemania abandonaba la partida sin jugar la última y quizá su mejor carta? No; las responsabilidades del Estado Mayor general sólo cesaban al dar cuenta al Gabinete civil de que toda probabilidad había sido agotada y todo vestigio de fuerza consumido. Se había dicho, con razón: «El pensamiento que enfría la mente de otros pueblos, inflama la alemana.» El gran designio, un *kaiserschlacht*—un ataque en escala e intensidad jamás concebidas, por artes y métodos jamás empleados—podría muy bien arrancar la victoria de las fauces del desastre que lentamente se cerraban. ¿Y no eran el designio en sí mismo y el acontecimiento a que daría lugar proposiciones mentales de rara cualidad? Concebir tales proyectos, poner en movimiento tales fuerzas con sus recursos y transportes obligados, ju-

gar sobre semejantes apuestas: ¿no era todo ello bueno en sí mismo?

En su virtud, el 11 de noviembre—día fatal, exactamente un año antes del fin—Ludendorff celebró una conferencia en Mons—lugar fatal, donde los primeros y los últimos tiros fueron disparados por el ejército británico en la gran guerra. Fué un conclave de los verdaderos autores. El kaiser, los reyes y príncipes, los comandantes de ejército y grupos de ejércitos, el canciller del Imperio, el ministro de Negocios Extranjeros, las principales figuras del Reichstag, todos han desaparecido de la escena.

Ahí los tenéis, tratando de negocios—precisos, fríos, adustos y tiránicos—. ¡Sólo está la alta confederación de Estados Mayores; sólo están los hombres que dominan las cosas de que hablan; sólo los hombres que hablan el mismo lenguaje técnico; sólo los hombres que están discurriendo sobre proposiciones de guerra, en términos de guerra, con exclusión de todas otras consideraciones! Constituyen un pequeñísimo conjunto, una minoría rígidamente limitada. Expertos especialistas en anteojeras, sus ojos se limitan a examinar la obra, su propia obra, con supremo conocimiento de su esfera y escasa propensión a admitir que otras o mayores esferas existan.

Kuhl, jefe de Estado Mayor del grupo de ejércitos de Rupprecht; Schulenberg, el hombre de confianza del kronprintz y director de su cuerpo de ejércitos; Wetzell, el autor de los altos planes de Ludendorff; y Ludendorff mismo.

Premisa general: «Somos al fin lo bastante fuertes en cañones, municiones y hombres para reanudar la ofensiva en el Oeste. Podemos aniquilar a los ejércitos franceses e ingleses antes de que puedan llegar los norteamericanos. Tenemos el camino despejado por seis meses.»

Cuestión resultante: ¿Qué tenemos que hacer para ello? Ludendorff declara: «Derrotar a los ingleses» (*Wir müssen die Engländer schlagen*).

Pregunta: ¿Serán atacados en Flandes, hacia Hazebrouck, o hacia el Sur, cerca de San Quintín? Hay mucho

que hablar del ataque del Norte. Pero puede decirse una cosa decisiva contra él.

No puede empezar en marzo, pues el tiempo sería malo, el campo estaría demasiado húmedo. No podemos permitirnos esperar hasta abril o mayo, porque el tiempo trabaja en contra nuestra. Los norteamericanos están llegando y nosotros les hemos enseñado a los aliados la manera de hacer gas de mostaza. Por consiguiente, debemos atacar a los ingleses lo más pronto posible, y lo más al Sur que podamos en su frente para conseguir aprovecharnos del tiempo. Ludendorff propuso, por tanto, que debería ganarse y mantenerse la línea del Somme, y que, luego, el principal ataque giraría hacia el noroeste para arrollar el frente inglés «y tirar sus tropas al mar».

Kuhl abogaba en favor del ataque en Flandes, y prefería esperar un mes, si era preciso, con tal de realizarlo en dicha región. Wetzell proponía continuar el ataque contra Verdún. Durante las seis semanas de discusión que siguieron a la reunión del 11 de noviembre, insistió en que el asalto a Verdún ofrecía mejores resultados, en cuanto permitía habérselas con franceses que, «estratégicamente estaban libres». La acometida por Flandes, según él, presentaba buenas perspectivas, a la vez tácticas y estratégicas, pero sólo la estimaba oportuna en la última fase de una bien combinada ofensiva. Si se atacaba a los ingleses en Flandes, durante el mes de marzo, los franceses podrían hacer una ofensiva de alivio en el Sur; mientras que si se emprendía la expugnación de Verdún, el estado del campo en marzo impediría el que los ingleses pudiesen prestar su asistencia. Censuró enérgicamente el ataque por San Quintín. La sorpresa sería difícil, pues se trataba de «un frente tranquilo, y los preparativos serían fácilmente advertidos». Los ingleses y los franceses podrían prestarse mutua ayuda sobre aquel escenario. El avance alemán tendría que cruzar la zona devastada de los campos de batalla del Somme y atravesar gran número de antiguas líneas de defensa, germanas unas, aliadas otras.

Difiriendo sin duda al punto de vista de su jefe, e ignorando los argumentos en que lo había basado, Wetzell,

por una extraña inconsciencia, propuso finalmente la doble ofensiva contra los ingleses: primero, el ataque a San Quintín, en la tercera semana de marzo (conocido en la clave secreta de la cofradía como «Miguel y Marte»), y después, una quincena más tarde, el asalto hacia Hazebrouck (su contraseña «San Jorge»).

Ludendorff, que había mientras tanto visitado el frente con los dos jefes de Estado Mayor, y discutido la ofensiva con los cinco generales de los cinco ejércitos que probablemente iban a participar en ella, se decidió finalmente el 21 de enero contra los ataques a Verdún y Hazebrouck, y optó por el de San Quintín, a pesar de todo lo que podría decirse en contra de él.

La elección fué suya, solamente suya.

La artillería asignada para torturar a los ingleses fué la siguiente: 375 baterías de campaña, 295 pesadas y 29 superpesadas; o expresado en número de cañones: décimoctavo ejército, 2.500; segundo ejército, 1.800; décimoséptimo ejército, 1.900. Total, 6.200 cañones.

Y el método de tortura era el siguiente:

Comienzo, a las 4,40 de la madrugada. Durante un período de dos horas: cincuenta minutos de gas contra nuestras baterías, morteros de trinchera cuarteles, servicios telefónicos y depósitos; luego diez minutos de fuego de sorpresa contra las posiciones de infantería. Estos períodos de cincuenta y de diez minutos eran repetidos a continuación.

Tres períodos de diez minutos de fuego para comprobar las alzas.

Setenta minutos disparando para producir efecto contra la infantería de posición.

Setenta y cinco minutos más, pero con subperíodos especiales de quince y diez minutos de intenso fuego.

Finalmente, cinco minutos para preparar el asalto de la infantería.

Cubiertas por esta monstruosa batería, 66 divisiones alemanas iban a ser lanzadas al amanecer del 21 de marzo contra un frente defendido por 19 divisiones inglesas.

* * *

El lector observará cuán bajo había caído el arte de la guerra. En su expresión suprema, en esta triste y desagradable época, representa poco más que la empresa de congregar masas gigantescas para lanzarlas a la matanza de hombres por medio de la maquinaria. Se reduce a un negocio parecido al de los mataderos de Chicago. En su conjunto, este ataque—un superataque del tipo Haig-Passchendaele, pero mucho mayor—representa la más terrible e inhumana (en el sentido de ser totalmente impersonal) de todas las batallas que figuran en los anales de la guerra. Pero la escala y el mecanismo de la empresa eran precisamente los rasgos que cautivaban a Ludendorff. Esos eran los cálculos en que había gastado su vida. Ello era la quintaesencia de todo cuanto había leído y preparado. Aquí estaban los teoremas, pero tangibles, precisos, palpitantes. Los mejores argumentos en pro de la paz con los aliados mientras era tiempo y de un arreglo a ambos lados de la frontera del Oeste, a expensas de la miserable Rusia, le parecían casi sin importancia. Las advertencias prácticas formuladas por los más capacitados industriales alemanes acerca del peligro de continuar la guerra, habían sido desestimadas. Todo eso era para él tan sólo una vaga, tenue, pálida neblina en el centro de la cual fulgía su propia y gigantesca bala de cañón calentada al rojo vivo. Disparar determinado tiro, distender cierto resorte y oprimir tal botón para dar libre curso a aquellas poderosas, contenidas energías, tenía que parecerle un fin por sí mismo.

Entonces, este modo estaba muy bien en un militar. Es propio de los círculos profesionales el limitarse a su objeto, y nadie censura a un general porque piense como un general debe pensar en cosas propias de su oficio. Y así, aquel problema fué el problema de Ludendorff; pero no, de seguro, el problema alemán. Alemania, que desde la misma declaración de guerra se había horrorizado al comprobar cuántos enemigos tenía, y asombrado de ver su inquebrantable pugnacidad, su fuerza de voluntad, y el temeroso incremento de su ira, todo ello combinado con la propia reducción de cereales, carne y artículos ultrama-

rinos, buscaba ansiosamente una salida; y he ahí la salida que encontraba.

* * *

Desde el momento en que el invierno hizo enmudecer el cañoneo de Passchendaele, toda clase de agudas, quejumbrosas, reclamantes voces, hízose audible en los países. ¿Se había perdido la esperanza?

La casa alemana arde, pensaba el pueblo alemán. Toda la poderosa mansión está en llamas; los bomberos luchan con ellas; su vigor es indomable, y las bombas que usan, las mejores; pero el fuego avanza, parece que el incendio no tiene fin. En cualquier momento el edificio puede derrumbarse y perecer todos en él con todos sus bienes. Y he aquí que de pronto, sobre la puerta del oriente, unas palabras se inscriben, claras y luminosas: «Salida de urgencia». Pero no les fué permitido usarla.

La debilidad fatal del imperio alemán consistió en que sus dirigentes militares, que conocían todo en su profesión y nada fuera de ella, se considerasen a sí mismos y llegasen a ser árbitros de la política total del Estado. En Francia, durante la guerra, aún en sus horas más lúgubres y convulsivas, el poder civil, aunque vacilante hasta en sus cimientos, era, sin embargo, supremo. El presidente de la República, el del Consejo, el ministro de la Guerra; la Cámara y el sorprendente complejo llamado «París» tenían el poder de destituir a un militar y echarlo a un lado. En Inglaterra, el Parlamento pasaba entonces grandes temporadas inactivo. La Prensa exaltaba a los generales o a los «soldados», como se llamaban a sí mismos. Pero existía una fuerte casta política y una jerarquía que, si intentasen poner en peligro su oficial existencia, podría habérselas con los «sombreros de latón». En los Estados Unidos el elemento civil era tan abrumadoramente fuerte que su principal necesidad era educar y enaltecer a los novatos campeones militares. En Alemania no había nadie que pudiese contrarrestar las decisiones del Estado Mayor y armonizar sus especiales puntos de vista con la salvación general del Estado.

Imaginemos un gran barco de guerra navegando en plena batalla. Sobre el puente, unos cuantos figurones legos, vestidos con espléndidos uniformes, hacen gestos maquinales y profieren discursos gramofónicos. El maquinista se ha hecho cargo de la nave, y, a través de la nave, de la flota. No ve nada de lo que está pasando. ¿Y cómo podría verlo, encerrado como está en su sala de máquinas, por debajo de la línea de flotación y del puente blindado? Ha puesto a toda presión las calderas, ha abierto todas las válvulas de seguridad, ha fijado en su rumbo el timón central. No dice otra cosa la ruda voz de mando: «Avance a toda marcha».

Alejandro, Aníbal, César, Marlborough, Federico el Grande, Napoleón, todos sabían, íntegra, la historia. Pero Ludendorff no había aprendido más que un capítulo, si bien éste lo tenía en la punta de los dedos.

No se debe denigrar la cualidad terrible de sacrificarlo todo a la victoria. Pero otras cualidades se requieren además de ésta para guiar a las naciones a través de Armageddon. Esas otras cualidades o no existían o estaban rigurosamente reprimidas en la nación alemana.

No es éste el momento de relatar la estupenda batalla del 21 de marzo. Todo el mundo sabe que la línea del quinto ejército inglés tuvo que replegarse con una pérdida de 150.000 hombres y 1.000 cañones, y cómo los alemanes presionaron sobre la concavidad de la línea en distensión constante en su marcha hacia Amiens; cómo el general Pétain decidió perder el contacto con el ejército británico y reservar la totalidad de las tropas francesas para la defensa de París; cómo el ala derecha inglesa y la izquierda francesa, unidas cual siempre lo habían estado durante cuatro tremendos años, estaban destinadas a no separarse hasta el logro de la victoria. Son más bien las amplias repercusiones de todo ello lo que me incumbe tratar aquí.

* * *

La crisis y el peligro causados por la ofensiva de Ludendorff galvanizaron a los aliados y a los Estados Uni-

dos en una soberbia actividad. El largo período de penosos ataques sobre las líneas fortificadas alemanas había cesado. En su lugar se había entablado una dura lucha por la existencia. Desde la batalla del Marne, los aliados habían considerado siempre que la victoria era suya. Podría aplazarse largamente, podría ser horriblemente costosa; pero de que estaba segura y de que sería completa no tenían la menos duda. Las matanzas causadas en vanas ofensivas, no con el propósito de ganar la guerra (pues ya parecía ganada), sino de imponer la victoria en los más rigurosos términos a un enemigo sediento de paz, ofrecía ancho campo a las diferencias de opinión, aun tratándose de quienes habían entrado resueltamente en la liza. En el otoño de 1917 habíamos tenido la carta de lord Lansdowne en el *Daily Telegraph* y la conferencia de los socialistas en Estocolmo. Habíanse entablado las negociaciones del príncipe Sixto de Borbón y sostenido conversaciones en Suiza entre el general Smuts y el conde Mensdorff.

Ahora se habían desvanecido todas las dudas. Ya no se trataba de luchar para imponer duras condiciones al enemigo. La derrota parecía ahora interpelar con fija mirada a los aliados; y la derrota iba a sobrevenir antes de que los Estados Unidos pudiesen acudir con su pujanza a remediarla. El desastre, no obstante su abrumadora magnitud, hizo revivir la moral y revigorizar la fuerza militar de Francia y de Inglaterra. Provocó en los Estados Unidos los más tenaces esfuerzos. Nadie pensó en la paz ni en negociaciones para obtenerla. Jamás fué más resuelta, más firme y más enérgica la decisión guerrera de los poderes confederados contra Alemania. Una desesperada requisa de hombres en las fábricas de municiones, en las minas, en los talleres de la Gran Bretaña; la elevación hasta los cincuenta y cinco años de la edad militar; el alistamiento de los mozos de diecienueve, proporcionó cerca de un cuarto de millón de soldados, que fueron rápidamente transportados a través del canal. El millar de cañones se reemplazó en el espacio de un mes, y el ejército británico continuó resistiendo los asaltos de las masas

germánicas. Después de la furia de *Marte y Miguel*, descendió sobre nosotros *San Jorge* ante Hazebrouck. Sin embargo, la defensa no falló.

Hasta el 21 de marzo, los Estados Unidos estuvieron preparando sus armas de una manera metódica y necesariamente lenta. Aunque hacía más de un año que la gran república estaba en guerra, sólo seis divisiones norteamericanas se encontraban en Francia y solamente dos en el frente. El propósito, muy natural, del alto mando norteamericano consistía en colocar sus fuerzas en el campo, agrupándolas, si era preciso, por cuerpos y ejércitos, por lo menos por divisiones, y finalmente reunir todas las unidades yanquis en un gran ejército estadounidense. Entrenamiento e instrucción proseguíanse sin cesar a ambos lados del Atlántico, pero mientras tanto los aliados veíanse en el grave riesgo de perecer bajo el azote alemán. Lloyd George y Clemenceau hacían las más vehementes llamadas en demanda de la aceleración del envío de tropas norteamericanas a Europa y para que las masas de infantería se enviasen, desde luego, sin esperar a que se formasen divisiones, a fin de incorporarlas en el frente a las divisiones y aun a los batallones de franceses e ingleses.

El día siguiente a la derrota de marzo, el general Pershing, acompañado de sus colegas militares y civiles, informó al Gobierno francés de que las tropas norteamericanas en Francia entrarían en la línea de fuego, intruídas o a medio instruir, donde quiera que pudiesen prestar servicio. El presidente Wilson, al recibir las demandas inglesas de aprestar centenares de miles de infantes norteamericanos, y de realizar el inmenso transporte a través del Atlántico de las divisiones yanquis, aún sólo parcialmente entrenadas, respondió a lord Reading estas palabras que la nación británica unirá siempre al recuerdo de aquel hombre: «¡Embajador, lo haré, con tres mil demonios!»

De qué manera fué ello cumplido lo acreditan los rápidos envíos de tropas yanquis a través del mar. Durante febrero, marzo y abril, sólo cuatro divisiones habían llegado. Pero a partir de mayo, la decisión presidencial, apoyada por toda la nación, empezó a surtir efecto. Ocho

divisiones, de cerca de 30.000 hombres cada una, cruzaron el Océano en mayo, ocho en junio, cuatro en julio, seis en agosto y cinco en septiembre. Casi un millón de hombres en total navegaron desde el Nuevo Mundo, protegidos por la Marina británica contra los submarinos alemanes, para ayudar al Mundo Viejo. Aunque sólo unos pocos maquinistas de trenes norteamericanos habían luchado en el frente inglés, y solamente cuatro divisiones yanquis entraron en línea antes de que la ofensiva de Ludendorff contra los británicos fuese dominada, sin embargo, el constante desembarco en Europa de aquellas enormes fuerzas de vigorosa hombría dió a los aliados en sus luchas la confianza de que la victoria final estaba segura.

* * *

Pero el punto culminante y el momento crucial del recobro anglofrancés fué alcanzado en Doullens el 26 de marzo. Clemenceau, Poincaré, Foch y Pétain, por Francia, se reunieron con Milner, Haig y Wilson, por Inglaterra. Adusta fué la expresión; el tono, seco. Aquellos hombres, soldados o estadistas, marcados y endurecidos por la guerra, estaban en presencia de las más serias realidades. Los franceses contemplaban con mirada sombría la inmensa derrota que sus aliados acababan de sufrir en suelo de Francia, hacía poco tiempo rescatado con pródigos sacrificios y caído ahora de nuevo en las garras del invasor. Sus militares juzgaban con severidad la quiebra aparente de su aliado. Completamente agotadas, insomnes, hoscas, las tropas del quinto ejército, retrocediendo ante la arrolladora marea alemana, es natural que les pareciesen de escaso valor militar. Clemenceau me dijo un día, y después lo recordó en sus *Memorias*, que un general francés de la más alta graduación le había dicho, señalando a Haig: «Ahí tiene usted a un jefe que dentro de quince días se verá obligado a capitular o a ver sus tropas deshechas en campo abierto.» ¡Me gustaría saber quién fué ese general!

Los ingleses, por su parte, recordaron las fatigas y las

matanzas de sus desamparadas ofensivas de 1917; cómo sus diezmadas y maltrechas divisiones fueron obligadas, por presión francesa, a extender su línea más allá de este mismo frente del desastre; cuán tardía y escasa la ayuda que Pétain les envió. Hallábanse asombrados ante la fría resolución de éste, anunciada dos días antes, de romper contacto con ellos y de consentir, si era preciso, que los «arrojasen al mar».

No era ocasión de hacer reproches. Hubo largos silencios entre las pocas frases que se pronunciaron. Haig estaba dispuesto a sacrificar el mando independiente que habían ejercido durante tanto tiempo si con ello se podía obtener un mayor esfuerzo de los franceses. Clemenceau estaba determinado a que ningún esfuerzo se escatimase: «No se trata—dijo—de cuántas divisiones deben segregarse del frente francés, sino de lo que tarden en alcanzar el actual frente de combate.» Pétain, el jefe frío, sereno, perfectamente preparado, había ya reajustado sus ideas bajo la mirada del *Tigre*. Amiens, declaró entonces, debe ser defendido hasta lo último. Pero fué Foch, con su inextinguible espíritu combativo, quien dió con la necesidad del momento.

Adoptaron la decisión de resistir juntos, a todo evento, y de establecer el mando único en todo el frente de Francia y de Flandes.

En la crisis de aquella sensacional batalla, cuyo cañoneo, cada vez más próximo, tronaba y repercutía en todos los oídos, Foch recibía la misión augusta que sólo iba a resignar después de haberla cumplido gloriosamente.

UN DÍA CON CLEMENCEAU

En los días que siguieron al 21 de marzo de 1918, fecha en que los alemanes rompieron nuestro frente, solía yo dormir en mi departamento del Ministerio de Municiones, a fin de que el trabajo pudiese seguir sin interrupción durante todo el tiempo de mi vigilia. En la mañana del día 28, muy temprano, el presidente del Consejo me mandó llamar a Downing Street. Lo encontré en la cama. Era una figura gris entre un montón de informes y telegramas. Había estado luchando con ellos desde el alba, anotándolos y subrayando con un lápiz rojo los puntos que llamaban su atención y esforzándose por obtener una visión clara entre el montón de referencias contradictorias que procedían de las más altas autoridades de todas las partes del mundo. Sólo las mejores informaciones llegaban hasta él. Los temas más vitales eran reunidos y seleccionados a través de innumerables conductos, y cada gran esfera de acción reducía sus referencias al menor espacio, a los hechos más sobresalientes, a los más secretos informes, a las opiniones rectoras. Y, sin embargo, aun podadas y concentradas, el volumen que de ellas llegaba hasta la cumbre era tan considerable que dos o tres horas de rápida lectura eran necesarias, hasta para unos ojos expertos en saber buscar, para cubrir simplemente el presupuesto diario.

Míster Lloyd George me dijo:

—¿Puede usted irse a Francia durante unos pocos días?

Contesté que estaban ya tomadas las medidas oportunas para reemplazar las municiones que habíamos perdido, y que, durante el tiempo que se emplease en su transporte, podía gozar en mi departamento de algún respiro.

—Está bien—me dijo—. Yo no puedo darme exacta cuenta de lo que están haciendo los franceses. ¿Preparan

un gran esfuerzo para contener el desbordamiento alemán? Si no lo realizan, los alemanes romperán nuestro frente, nos separarán y llegarán al mar. Nuestro cuartel general parece ignorar lo que nuestros aliados se proponen. Los informes nos muestran unas pocas divisiones francesas llegando aquí, otras cuantas allí, pero ¿qué ocurre detrás? ¿Hay desplazamiento de ejércitos? ¿Se dirigen al Norte centenares de miles de hombres? ¿De dónde proceden? ¿Cuándo llegarán? Todo eso es lo que yo necesito saber. ¿No puede usted ir allí y esclarecerlo? Vaya a ver a todo el mundo. Use de su autoridad. Vea a Foch. Vea a Clemenceau. Percátese por sí mismo si realmente están realizando o no un gran movimiento.

Partí aproximadamente a las once, con el duque de Westminster como único acompañante. Cruzamos el canal en un destructor y nos detuvimos en el cuartel general británico, en Montreuil, durante nuestro viaje en automóvil hacia París. Llovía a mares sobre las silenciosas y desiertas calles de aquella vetusta, apacible, pequeña ciudad. Desde este punto, sesenta divisiones británicas—ya más de la mitad empeñadas en cruenta acción—estaban siendo enviadas al frente. Desde La Bassée hacia el Sur, la batalla alcanzaba su punto culminante. Los restos del quinto ejército replegábanse hacia Amiens, a través de los campos del Somme, todos acribillados de viejos cráteres. Byng, con el tercer ejército, estaba en plena refriega. De todas partes del frente inglés, de todo depósito y escuela de retaguardia, cada división de que podía disponerse, todas cuantas reservas podían descubrirse, todos cuantos hombres eran capaces de empuñar un fusil, estaban siendo ansiosamente recogidos y lanzados hacia la línea de fuego, utilizando ferrocarriles y vehículos de motor, para contener la terrible riada del avance alemán. Todo esto supe. Pero cuán extrañamente contrastaba la calma, casi la somnolencia, de este supremo centro nervioso del ejército con la lid gigantesca que rompía y tronaba en un frente de 45 kilómetros, a 50 ó 60 millas de distancia. La ordinaria rutina burocrática seguía su curso. Advertíase una absoluta ausencia de toda excitación y bullicio. El gene-

ral en jefe estaba dando su acostumbrado y vespertino paseo a caballo. Nadie que no conociese las condiciones de la gran guerra hubiera creído posible que una de las más grandes, sangrientas y críticas batallas en la historia del mundo estuviese siendo eficaz e inteligentemente conducida desde aquel punto, como en realidad lo estaba.

Vi al jefe del Estado Mayor en su oficina de la Escuela Militar. Toda su información había sido ya enviada a Londres. El movimiento de unas cuantas divisiones desgajadas de los desconectados sectores del frente fué seguido telefónicamente e intervenido por él durante el curso de nuestra interrumpida conversación. Uno se sentía en presencia de un hombre que no ignoraba hallarse entre las garras del Destino. La batalla iba devorando sus reservas; el enemigo seguía abriéndose violento paso a través del boquete; su frente avanzaba sin cesar; cada división llevada de sectores menos activos provocaba un nuevo golpe contra las zonas así debilitadas. Abrumadores testimonios se recibían de grandes acumulaciones de divisiones alemanas y de artillería en la parte septentrional de la línea británica. En cualquier momento podía estallar allí una nueva y poderosa ofensiva. Ya habíamos perdido completamente más de cien mil hombres—entre muertos y prisioneros—y más de un millar de cañones; mientras veintenas de miles de heridos eran evacuados a Inglaterra, por conducto de los hospitales, llevando al máximum la extenuación de aquel gigantesco organismo militar.

¿Qué hacían mientras tanto los franceses? ¿Reaccionarían con decisivo valor? ¿Darían un empujón desde el Sur contra los flancos meridionales de la bolsa cada vez hecha más extensa para los alemanes? De no ser así, los ejércitos franceses y los ingleses se verían forzados a separarse. El jefe del Estado Mayor me mostró sobre el mapa el lugar donde unas pocas divisiones francesas acababan de entrar en acción. Pero manifestaba desconocer cuáles eran las principales intenciones francesas o de qué poder disponían para ejecutarlas. En aquel momento se recibió un telegrama diciendo que los alemanes habían ocupado Montdidier. «No hay duda de que lo están ha-

ciendo lo mejor que pueden», fué todo lo que acertó a decir.

Mientras tanto, fuera seguía lloviendo torrencialmente. Reanudamos nuestro viaje a París. Amiens quedaba bajo el fuego enemigo, pero no era bombardeado en el momento en que pasamos por él. Ahora sólo algunos obuses caían a lo largo de la ruta Amiens-Beauvais. La niebla y la lluvia desvanecían el resplandor de las explosiones, y el zumbido del motor ahogaba el estampido del cañoneo lejano.

Las calles de Beauvais estaban llenas de tropas francesas; los hoteles, abarrotados de oficiales. Acababa de llegar el cuartel general de un cuerpo de ejército. Trenes de tropas se vaciaban continuamente en la estación del ferrocarril.

Llegamos a París a medianoche, y dormimos en el lujoso y casi desierto Ritz.

Por la mañana temprano requerí al general Sackville-West—jefe de nuestra misión militar—para que visitase a *monsieur* Clemenceau y le explicase el objeto y el carácter de mi visita. Volvió a mediodía. La contestación del *Tigre* fué la siguiente:

«—No solamente verá míster Winston Churchill todo lo que desea, sino que yo mismo le llevaré mañana a la batalla y visitaremos a todos los jefes de ejército y de cuerpo de ejército que se hallan empeñados en la acción.»

Yo tenía trabajos que verificar en París, en relación con nuestros establecimientos de municiones allí instalados, y a la sazón en muy amplia escala. En ellos ocupé toda la noche. El cañón alemán de largo alcance lanzaba sobre la ciudad sus obuses a intervalos de media hora, y al anochecer llamó nuestra atención una animada, ruidosa y relativamente inofensiva incursión aérea. A las ocho de la mañana del día siguiente teníamos que hallarnos en el Ministerio de la Guerra, dispuestos a partir para el frente.

En aquella mañana—30 de marzo—, cinco automóviles militares decorados con el pequeño guión de raso tricolor de la suprema autoridad llenaban el patio del edificio de la calle de Saint Dominique. El señor Clemanceau, pun-

tual al segundo, descendía la amplia escalera, acompañado de su general ayudante y de dos o tres oficiales superiores. Me saludó con la mayor cordialidad.

—Estoy encantado, mi querido míster Wilson (*sic*) Churchill, de que haya usted venido. Le enseñaremos todo. Iremos juntos a todas partes y veremos todo por nosotros mismos. Veremos a Foch. Veremos a Debeney. Veremos a los jefes de cuerpo, y también iremos a ver al ilustre Haig, y a Rawlinson. Todo lo que se sabe, todo lo que yo conozca lo sabrá usted.

Subió al coche, acompañado por su general, y partió. *Monsieur* Loucheur, ministro de Armamentos y par mío en la jerarquía de los aliados, me invitó a montar con él en el segundo automóvil. Los oficiales de Estado Mayor ocuparon los demás. Tan pronto como dejamos atrás las barreras de París, nos lanzamos a una velocidad de 70 kilómetros por hora y acaso más. Los autos saltaban y botaban sobre las enlodadas carreteras. El país, surcado por sucesivas líneas de trincheras, iba quedando velozmente atrás mientras corríamos con estruendo hacia el Norte.

Mientras avanzaba nuestra carrera, París y sus profundas inquietudes se desvanecían en nuestra mente como a nuestros ojos. Loucheur y yo teníamos mucho que discutir. Todos nuestros asuntos de municionamiento hallábanse enredados en un centenar de intrincadas vueltas. El avance alemán, si alcanzaba una distancia que le permitiese un normal bombardeo de París, nos enfrentaría a ambos con los más tremendos problemas. Todos nuestros establecimientos, incluyendo algunas de las más importantes fábricas de aeroplanos, tendrían que ser trasladados, con la debida antelación, quizá a un centenar de millas al Sur. Pero la mano de obra para preparar esos nuevos talleres no podía ser retirada de su ocupación actual sin perjudicar nuestra producción; y las factorías de París tenían que funcionar hasta el último minuto si no se quería que los programas aeronáuticos, y otros de que dependían los ejércitos, sufriesen grave quebranto. Y el frente enemigo se iba aproximando tanto a la capital que todas estas complicaciones se nos enfrentaban ahora. Absortos en estos

y otros temas, alejábamos la impresión de desastre que en aquellos días gravitaba penosamente sobre los espíritus.

En menos de dos horas, las torres de la catedral de Beauvais se presentaron a nuestra vista, y en seguida llegábamos a su Casa Consistorial. Clemenceau se apeó del auto. Lo mismo hicimos todos. Subimos rápidamente los tramos de una escalera de piedra hasta una amplia estancia del primer piso. La doble puerta hallábase abierta y ante nosotros aparecía Foch, recién nombrado generalísimo de todos los ejércitos aliados del frente occidental. Después de breves saludos entramos en la sala. Con Foch se encontraban Weygand y otros dos o tres oficiales. Nosotros constituíamos un grupo de unas doce personas. Cerráronse las puertas, sobre la pared veíase un mapa de dos yardas cuadradas aproximadamente. Limitábase a la porción del frente directa o indirectamente afectada por la embestida alemana, es decir, desde el norte de Arras hasta las proximidades de Reims. El general Foch empuñó un enorme lápiz, como si fuera un arma, y sin los más leves preliminares avanzó hacia la carta y comenzó a describir la situación. Yo había oído hablar de sus extraordinarios métodos de exposición: su viveza, sus gestos, su costumbre de emplear todo su cuerpo para encarecer e ilustrar hasta el límite posible la acción que estaba describiendo o el tema que desarrollaba, su vívida fuerza descriptiva, su vehemente expresión. Su peculiar estilo había provocado la sorpresa, la risa y la admiración en todas las escuelas de guerra en que había sido profesor o jefe. Hablaba tan de prisa y pasaba de un punto a otro con tan grandes e irregulares saltos que me sería muy difícil hacer una traducción exacta de sus palabras. Pero la impresión de conjunto era recibida por la inteligencia con perfecta claridad por medio de sus incesantes pantomimas y sus frases-clave. No intento siquiera reproducir su arenga, pero su tema fué éste:

«Continuación del fuego del día 21, los alemanes se lanzaron al ataque el 22. Vean adónde llegaron. Primera zona de invasión. ¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! ¡Qué grande!» E indicaba una línea en el mapa.

«El día 23 avanzaron de nuevo. *Deuxième journée d'invasion. Ah! Ah!* Otra enorme zancada alemana. Día 24. *Troisième journée. Aïe! Aïe!*

Pero el cuarto día hubo evidentemente un cambio. Las líneas del mapa demostraban que el área de territorio ganada por el enemigo en aquella jornada era menor que la conseguida en la anterior. El general en jefe se volvía hacia nosotros y movía su cuerpo de un lado a otro, utilizando sus manos como si fuesen los dos platillos de una balanza.

Todos nos dábamos cuenta de que algo tenía que haberle sucedido a la marea en su avance.

Cuando llegó al quinto día, la zona se presentaba mucho menor. La sexta y séptima zona disminuían progresivamente. La voz de Foch se había convertido casi en un murmullo. Le bastaba señalar los empequeñecidos segmentos para con una ondulación de la mano o un encogimiento de hombros transmitir la moral y la significación que pretendía. Y cuando llegó finalmente a *Hier, dernière journée d'invasion,* su actitud y sus gestos parecían inundados de lástima hacia aquella pobre, débil, miserable e insignificante zona de invasión que era todo cuanto había podido conseguir el enemigo en el último día.

Advertíase cuán mezquino e desdeñable era el trecho, en parangón con los formidables avances de las primeras jornadas. El esfuerzo hostil habíase agotado. El poderoso ímpetu inicial iba llegando a la inercia. El impulso promotor del ataque se moría. Lo peor había pasado. Tal fué la irresistible impresión recogida por nuestro espíritu tras su asombrosa demostración, durante las cual todas las fibras y todos los músculos del general habían parecido vibrar con la excitación y la pasión de un actor en escena.

Y después, súbitamente, y en voz muy alta: «¡Estabilización! Segura, cierta, próxima. ¿Y después? ¡Ah, después! Eso es asunto mío.»

Se calló. Todos guardamos silencio.

Entonces, Clemenceau, adelantándose:

—*Alors, général, il faut que je vous embrasse.*

Ambos se abrazaron estrechamente sin que ni aun sus mismos compañeros ingleses pudieran captar en ello nada que pareciese incongruente o inadecuado. Aquellos dos hombres habían tenido graves incidentes a raíz de aquellos acontecimientos. Habían reñido. Aún habrían de tener nuevas querellas. Pero, gracias a Dios, en aquel momento los dos más grandes franceses de esta época terrible eran excelsos y eran amigos.

Nada más se dijo. Bajamos en tropel las escaleras, nos acomodamos en nuestros autos y, entre estruendo de motores, partimos de nuevo en dirección Norte.

Esta vez era el cuartel general de Rawlinson adonde nos dirigíamos. El jefe del cuarto ejército inglés, que a la sazón reorganizaba el quinto ejército y mantenía una línea cuya distensión extrema la ponía en trance de ruptura, hallábase instalado en una pequeña casa de la carretera de Amiens a Beauvais, a unas 12 millas al sur de Amiens.

Los vastos y recientes embudos causados por los obuses, que se observaban en los campos circundantes, mostraban cuán cerca había llegado el enemigo del cuartel general del ejército. La característica de Rawlinson como jefe era la de que nada hacía cambiar jamás su manera. Cualesquiera que fuesen las crisis, los éxitos, los desastres, él era exactamente el mismo hombre: alegre, festivo, sereno, modesto; un típico señor inglés deportista y campesino, pero provisto de un considerable bagaje técnico en los asuntos militares. Aconteció durante la guerra que tuve ocasión de verlo lo mismo en el peor momento del infortunio que en la hora del mayor triunfo. Puedo atestiguar que así cuando su frente se derrumbaba como en el momento de la radiante victoria, permaneció siempre idéntico a sí mismo.

Aquel era uno de sus peores días. Recibió a Clemenceau con el sincero respeto y el evidente afecto que la personalidad del *Tigre* inspiraba, mucho más que la de todos sus compatriotas, entre los caudillos del ejército británico. Una improvisada, aunque sustanciosa colación —carne, pan, *pickles*, *whisky* y soda—fué traída a la mesa. Pero Clemenceau no quiso probarla hasta que su contri-

bución de pollos y *sandwiches* de la más excelente calidad no hubo sido extraída del último de sus automóviles.

—Haig estará aquí dentro de breves minutos—dijo Rawlinson mientras despachábamos nuestro almuerzo.

Casi inmediatamente, el largo auto gris del general en jefe británico se detenía a la puerta. Clemenceau y Haig se fueron juntos a la habitación contigua, mientras Loucheur y yo permanecíamos con Rawlinson.

—¿Qué está pasando ahora?—pregunté.

—Hemos tenido un éxito—replicó Rawlinson—. Logramos ocupar un bosque. Jack Seely, con la brigada de caballería escocesa, acaba de asaltar el bosque de Moreuil.

—¿Podrá usted rehacer un frente?

—Nadie puede decirlo. Apenas hay otra cosa entre nosotros y el enemigo que tropas completamente exhaustas y desorganizadas. Aquí está el amigo Carey, que, con unos pocos miles de oficiales y soldados rebañados de las escuelas y depósitos, está sosteniendo un frente de unas seis millas; aquí—dijo señalando el mapa—. La caballería hace todo lo posible por mantener una línea. Tenemos unas cuantas baterías apostadas aquí y allá. El quinto ejército íntegro se halla privado de toda acción por su necesidad absoluta de sueño y descanso. Casi todas las formaciones encuéntranse mezcladas o disueltas. Los hombres en este momento no hacen otra cosa que retroceder arrastrándose; su agotamiento es completo. Sir Douglas Haig está tratando de conseguir de Clemenceau el envío de algunos refuerzos. Gran número de tropas francesas están llegando por ferrocarril a nuestra ala derecha y a nuestra retaguardia. Si logran incorporarse sin demora, precipitando incluso las etapas de su itinerario, podremos resistir hasta que nuestras propias reservas aparezcan. No hay muchas, sin embargo.

Excusado es decir que sólo reproduzco los puntos principales de la conversación.

—¿Cree usted que continuará aquí mañana por la noche?—pregunté deseando hacer un sondeo.

Hizo un gesto cuyo efecto dominante no fué para mí de optimismo.

Muy pronto regresó Clemenceau con sir Douglas Haig. Evidentemente toda había ido bien. El *Tigre* se mostraba de excelente humor. Sir Douglas, a pesar de toda su reserva, parecía contento. Los teléfonos del Estado Mayor trabajaban activamente en una estancia próxima.

—Muy bien—dijo Clemenceau en inglés a la reunión—. todo marcha bien. He hecho lo que ustedes desean. Nada importa lo que se haya dispuesto antes. Si sus hombres están cansados y nosotros los tenemos de refresco a mano. nuestros soldados vendrán en seguida a ayudar a los suyos. Y ahora—añadió—reclamo mi recompensa.

—¿Cuál es, señor?—preguntó Rawlinson.

—Quiero atravesar el río y ver la batalla.

El jefe del ejército movió la cabeza.

—No está bien que usted pase el río—dijo.

—¿Por qué no?

—Pues porque no estamos muy seguros de cuál pueda ser la situación del otro lado del río. Es extraordinariamente incierta.

—Bien — exclamó Clemenceau —. La restableceremos. Después de recorrer todo este camino y enviarles a ustedes dos divisiones, yo no regreso sin cruzar el río. Usted viene conmigo, míster Winston Churchill (esta vez lo dijo bien); y usted también, Loucheur. Unas cuantas granadas le harán bien al general—dijo señalando festivamente al jefe de su gabinete militar.

Y sin más, subimos de nuevo a nuestros cóches y partimos hacia el río y el cañoneo. Pronto empezamos a pasar a lo largo de un raudal de infantería inglesa en el más alto grado de fatiga; oficiales y soldados guardaban a veces la formación, pero casi siempre iban mezclados. Muchos de ellos andaban como en sueños, sin darse cuenta de nuestra fila de coches brillantemente embanderados. Otros, en cambio, reconociéndome me hacían un ademán o un gesto, o una discreta aclamación, como se la habrían hecho sin duda a Jorge Robey o Harry Lauder o a cualquiera otra figura notoria que evocase en sus mentes la distante Inglaterra y los amados días de paz y de andanzas políticas.

Por fin llegamos al río. El fuego del cañón estaba ahora bien cercano. En las proximidades del puente había un vasto albergue. Un general francés, abriéndose paso al frente de sus tropas, se había instalado ya en alguna de sus habitaciones. El resto del local estaba lleno de oficiales ingleses de veinte unidades diferentes, la mayor parte de ellos rendidos de cansancio y muertos de sueño. Un oficial de policía, creo, distribuía *whisky* para que pudiesen mantenerse en pie y siguiesen arrastrándose lo más pronto posible.

Clemenceau habló algunos minutos con el brigadier francés. Cuando íbamos a montar en nuestros autos me llamó y me acerqué a su coche.

—Ahora, míster Winston Churchill—dijo—, estamos en las líneas inglesas. ¿Quiere usted encargarse de nosotros? Haremos lo que usted diga.

Yo pregunté:

—¿Hasta dónde quiere usted ir?

Contestó:

—Lo más lejos posible. Pero usted juzgará.

Y así mi coche, que era entonces el tercero del cortejo, pasó a la cabeza: y sentándome al lado del conductor, mapa en mano, atravesamos el puente. Una vez dejadas atrás las pocas y desperdigadas casas de la otra orilla, pronto salimos al campo abierto. En la primera bifurcación de caminos mandé girar a la izquierda, es decir, al Sur, y seguimos una carretera arbolada que corría paralela al río Luce, en la parte correspondiente al enemigo, por la cual pasábamos ahora. Este camino conducía al bosque de Moreuil, y yo pensaba que posiblemente podríamos establecer contacto con algunas de las tropas canadienses de Seely. Las balas venían ahora de todas partes. Los fogonazos de las baterías francesas e inglesas, ocultas en alturas fragosas detrás del río, eran a cada momento más numerosos. Los proyectiles exhalaban su queja, aquí y allá, sobre nuestras cabezas. A nuestra izquierda, hacia el enemigo, a una distancia aproximada de trescientas yardas, había una loma baja coronada de árboles. Entre éstos, unas cuantas figuras sombrías se agi-

taban. El estudio del plano, que yo había hecho antes de abandonar el cuartel general de Rawlinson, me llevó a suponer que aquéllos debían de ser las heteróclitas fuerzas mandadas por el coronel Carey y extraídas a prisa y corriendo de escuelas y depósitos. Si en efecto lo eran, constituían entonces nuestra línea de frente y nuestra última línea. Lo que había más allá, yo no podría decirlo. Fuego de fusil era ahora perceptible en los bosques, y algunos obuses empezaban a estallar delante de nosotros, en el camino y en las anegadas praderas que se extendían a ambos lados. La lluvia continuaba, como siempre, incesante, y la niebla del atardecer comenzaba a condensarse.

Yo empezaba a pensar que ya habíamos ido bastante lejos. Si sobrevenía algo a esta estrecha línea de la cima de la eminencia—y no teníamos medio de saber la distancia a que se hallaba el enemigo ni lo que podría estar sucediendo—, sería completamente imposible regresar por el camino, paralelo a la línea del frente, por el cual habíamos venido. Hubiera resultado una torpeza, si una súbita retirada de la línea del frente lo hiciese necesario, que el presidente del Consejo de Ministros de Francia se viese también directamente obligado a retirarse a campo traviesa y a vadear el río—si realmente era vadeable, acerca de lo cual yo no sabía nada—. Por esta razón, mandé parar la procesión de vehículos e indiqué a *monsieur* Clemenceau que podríamos tener desde el lado del camino una visión de lo que estaba pasando tan buena como desde cualquier otro punto. El bosque de Moreuil, y sus frondosas cercanías, se extendía ante nosotros a corta distancia. El terreno intermedio veíase moteado de zagueros; y desperdigados grupos de caballos de mano —probablemente de la brigada de Seely—se mantenían inmóviles.

Las granadas caían sobre la llanura en grupos de dos y de tres, y al explotar la sembraban de negros agujeros.

El *Tigre* se apeó de su automóvil y subió a un pequeño montículo al lado de la carretera. Desde aquí pudimos contemplar cuanto es posible ver en un moderno com-

bate sin hallarse en la línea de fuego, es decir, realmente muy poco.

Permanecimos allí cerca de un cuarto de hora, interrogando a los rezagados y admirando la escena. Ningún obús cayó a una distancia inferior a cien yardas de nosotros. Loucheur y Clemenceau estaban del mejor humor y tan despreocupados de responsabilidad como escolares en día de fiesta. Pero en los oficiales franceses de Estado Mayor crecía la inquietud por la seguridad de su presidente. Me apremiaron para que le persuadiese a retirarse. No había allí nada más que ver y teníamos muchas distancias que recorrer antes de dar por terminado nuestro viaje de inspección.

El viejo *Tigre* hallábase a la sazón estrechando las manos de varios agitados oficiales ingleses que le habían reconocido y saludado. Dimos a aquellos oficiales el contenido de nuestras pitilleras. Yo dije entonces que creía que debíamos marcharnos. Consintió de muy buen talante. Mientras llegábamos a la carretera, un obús explotó entre el grupo de caballos, a no gran distancia. El grupo se desparramó. Un caballo herido y sin jinete emprendió un claudicante trote carretera adelante, en nuestra dirección. El pobre animal iba desangrándose. El *Tigre*, con sus setenta y cuatro años, avanzó hacia él y con gran rapidez le cogió de la brida y lo detuvo. La sangre se acumulaba en un charco sobre el camino.

El general francés insistió cerca del presidente, y éste, por fin, se dirigió de mala gana hacia el coche. Al mismo tiempo me miraba de soslayo y observaba a media voz: «*Quel moment délicieux!*» Llegamos sin incidentes a la bifurcación de caminos. Aquí encontramos a un oficial de Estado Mayor en un automóvil, procedente del cuartel general de Rawlinson, con la noticia de que se había dispuesto que *monsieur* Clemenceau cruzase el río y regresase por el sector de Amiens que la artillería alemana había estado demoliendo. Ellos, evidentemente hubieran deseado que volviese hacia el Norte mejor que hacia el Sur, en caso de que transigiese con cruzar el puente. ¡Ahora iban a darse los dos banquetes! Estaba radiante

de placer; pero tan pronto como iniciamos el regreso, cesaron los obuses ya para todo el día.

Anochecía cuando pasábamos a la vista de Amiens, en ruta hacia el cuartel general de Debeney. Este general mandó el ejército francés que cerraba el frente a la derecha de la débil línea de Rawlinson. Una larga y animada conversación entablóse entre el jefe militar y los dos ministros franceses. El general explicaba la situación con toda la lucidez que distingue a los franceses. Lo mismo que Rawlinson, apenas quedaban algunas tropas entre él y los alemanes que avanzaban. Las principales unidades estaban seriamente comprometidas; pero esperaba que podrían resistir hasta el día siguiente, en que serían reforzadas.

Desde este punto nos dirigimos al encuentro de Pétain, que a la sazón se hallaba en el tren del cuartel general francés, en el apartadero de la estación ferroviaria de Beauvais. Pétain y su Estado Mayor recibieron al presidente con la mayor ceremonia. Fuimos conducidos a los suntuosos salones de este rodante palacio militar; y una sencilla pero excelente comida se nos sirvió con impecable estilo. Llevábamos exactamente doce horas recorriendo caminos a velocidades fantásticas y sosteniendo animadas y trascendentales conversaciones con personas de la más alta calidad. Yo me encontraba completamente fatigado. Pero la férrea complexión del *Tigre* aparecía exenta de toda clase de cansancio. Embromaba a Loucheur y a los generales con festiva vivacidad y saltaba de las bromas y agudezas, sin un instante de intervalo, a los más graves temas, buscando siempre las realidades a través del sereno y chispeante cabrilleo de su conversación.

Cuando tuve ocasión de hablarle aparte, le dije:

—Esta clase de excursiones está muy bien para un solo día, pero usted no debe ir bajo el fuego con frecuencia.

Replicó, y yo lo transmito textualmente:

—*C'est mon grand plaisir.*

Decía Pétain un momento después:

—Una batalla como ésta recorre fases normales. La primera, en la que estamos ahora, es la formación de un

frente, de la clase que sea. Es la fase de los hombres. La segunda es la de los cañones. En ella vamos a entrar. Dentro de cuarenta y ocho horas contaremos con fuertes organizaciones de artillería. La siguiente fase es la de los municionamientos. Su abastecimiento podrá estar plenamente realizado en cuatro días. Sigue la fase de las vías de comunicación. Después de una semana de tránsito y transporte, las carreteras quedarán deshechas. Pero nuestras canteras empiezan a funcionar esta noche. Debemos de tener el tiempo justo para atender a los caminos si el frente se mantiene donde está. Pero si retrocede habremos de empezar de nuevo.

Llegamos a París a la una de la mañana siguiente, después de diecisiete horas de incesante e intensa actividad. Clemenceau, tan despejado y vivaz como al partir, me despidió con amistosas expresiones:

—Mañana tengo que trabajar. Pero Pétain lo ha preparado todo para que sea usted recibido donde quiera que vaya. En su tren siempre hallará comida dispuesta.

EN EL AIRE

CON excepción del año 1916, yo dirigí constantemente una y otra rama del Servicio Aeronáutico Nacional durante los primeros once meses de su existencia. Desde 1911 hasta 1915, fuí el responsable en el Almirantazgo del desarrollo del Real Servicio Aéreo Naval; desde julio de 1917 hasta el fin de la guerra, estuve encargado de los proyectos, construcciones y aprovisionamiento de toda clase de aeronaves y material aéreo precisado en la guerra; y desde 1919 hasta 1921, fuí ministro del Aire al mismo tiempo que secretario de Estado para la guerra. Ocurre, pues, que me ha caído en suerte el haber sido testigo y en alguna medida colaborador en su fase inicial del complejo de esta tremenda arma nueva, destinada sin duda a revolucionar las luchas en la tierra y en el mar, y posiblemente a dominar por fin o a tornar inútiles ejércitos y armadas en la forma al menos en que los hemos conocido.

Al comienzo mismo del año 1911, la Real Armada poseía tan sólo media docena de aeroplanos y acaso el mismo número de pilotos. El arte de volar estaba en su infancia y el vuelo para fines bélicos era una modalidad sobre la cual únicamente vagas ideas existían. La pericia de los pilotos, la calidad de motores y máquinas, eran igualmente rudimentarias. La misma nomenclatura precisaba ser inventada, y yo puedo recabar para mí el haber añadido al diccionario las palabras *seaplane* (hidroavión) y *flight* (vuelo de aeroplanos).

Desde el principio me interesé profundamente por los problemas de la navegación aérea y me percaté con vívida conciencia de los cambios que debía introducir en las varias formas de hacer la guerra. Al llegar al Almirantazgo me propuse desarrollar y extender el servicio naval

aéreo por cuantos medios estuviesen a mi alcance. De esta manera pude ponerme en contacto con un pequeño grupo de jóvenes arriesgados, que, bajo la dirección del comandante Sampson, eran los precursores de la aviación naval. Fascinábame la idea de volar, pero al lado del deseo latía el temor de lanzarme al aire por primera vez. Pasaron así unos tres o cuatro meses antes de que realizase mi primer vuelo. Ya habíamos tenido varios accidentes, y mi simpatía era profunda hacia aquellos jóvenes oficiales que arriesgaban sus vidas en tiempo de paz. Pensaba que podía servir de estímulo al general progreso el que yo, primer lord del Aire, participase en él en algún grado. Otros ministros encargados del servicio aéreo han compartido mi opinión.

De acuerdo con ella, al principio del año 1912 tomé asiento en un hidroavión pilotado por el comandante Spenser Grey, y me entregué a lo que era entonces un nuevo y escalofriante experimento. Me sorprendió advertir, después de despegar del agua con ciertas dificultades y subir en el aire, que al mirar hacia abajo desde doscientos o trescientos metros de altura no experimentaba sensación de vértigo. También me inclino a confesar que mi imaginación me proveía a cada momento de las más reales anticipaciones de una caída, y recuerdo que en mi ignorancia esperaba que había de acaecer cuando nos hallásemos volando sobre el blando mar y no sobre la dura tierra. Sin embargo, descendimos en debida forma y con perfecta seguridad. No experimento el menor sonrojo al relatar los aprensivos recelos que sazonaron mi primera percepción de las gloriosas sensaciones del vuelo. Estoy seguro de que si los secretos de todos los corazones se revelasen, se encontraría compartida por otros muchos. Recuerdo a este propósito que unas pocas semanas después, al disponerme a un vuelo en un aparato de tres plazas, pregunté a un joven oficial si quería ser mi acompañante de viaje. Aceptó la invitación lacónicamente, y al terminar el vuelo me dijo que había pasado toda la mañana ¡haciendo testamento! Este oficial ganó años después la Cruz de la Victoria en circunstancias de extraordinaria

bravura. Creo, pues, que mis temblores están de algún modo refrendados por respetable autoridad.

El aire es una celosa, exigente y en extremo peligrosa querida. Una vez bajo su hechizo, la mayor parte de los amantes le son fieles hasta el fin, que no está siempre en edad avanzada. Aun aquellos maestros y príncipes del vuelo, los supervivientes de cincuenta mortales lides en las alturas aéreas, que han regresado ilesos a través de la guerra y de todos sus peligros, retornaron una vez y otra a su amor y perecieron los más en vuelos corrientes y vulgares, emprendidos por puro recreo. Recuerdo bien que presidiendo un banquete dado a dos aviadores británicos que habían cruzado en vuelo el Atlántico en su pequeño aparato y aterrizado sanos y salvos en Irlanda en 1919, le dije al piloto, nombrado caballero entonces, sir John Allcock: «Debería usted pararse ahora y despedirse para siempre de los éxitos. Acaso haya agotado usted su caudal de suerte.» Al cabo de unos cuantos meses, este consejo mío se acreditó de estar bien fundado.

Una vez lanzado al vuelo por motivos en los cuales el sentido del deber, unido a la expectación y a la curiosidad, desempeñaban su papel, continué por puro esparcimiento y placer. Volé en toda clase de aparatos y en todas las estaciones aeronáuticas del Almirantazgo. El *vol plané*, o descenso deslizándose con el motor parado, era en aquellos días una relativa novedad, y debo decir que su silenciosa caída a través de la suavidad del aire, entre las glorias del ocaso y con la tierra extendiéndose allá abajo como un mapa, era un experimento delicioso una vez gustado. Pronto sentí la ambición de manejar aquellas máquinas por mí mismo, y tomé muchas lecciones, lo mismo en las escuelas navales que en las militares. Los aparatos de doble control multiplicábanse con rapidez en 1912, y mandé hacer uno en el que el piloto y el pasajero podían ir sentados uno al lado del otro y tomar el mando alternativamente. En este aparato, cuyo tipo era particularmente útil para prácticas de instrucción, realicé muchos vuelos deliciosos, y sirvió, por último, para revelarnos de una manera muy desagradable los peligros de

una forma particular de vuelo giratorio, que evitamos en lo sucesivo.

Es bastante curiosa la manera en que mis aprensiones acerca del viaje aéreo fueron confirmadas por una larga serie de accidentes fatales en los cuales estuve a punto de ser víctima. El joven piloto instructor de quien recibí las primeras lecciones de vuelo en Eastchurch se mató el día en que habíamos estado volando juntos. Hallábame en la sala de sesiones de la Tesorería discutiendo los detalles del presupuesto de la Marina para 1912 con el ministro de Hacienda, cuando me pusieron delante un trozo de papel notificándome que mi compañero del día anterior acababa de perecer en el mismo aparato en el que habíamos estado practicando por espacio de dos o tres horas. Pocas semanas más tarde fué presentado en Southampton Water un nuevo tipo experimental de hidroavión, e hice un vuelo prolongado en él mientras se verificaban las pruebas. Maniobró perfectamente en todas direcciones, y una vez que lo hube dejado zarpé para Sheerness en el *Enchantress,* yate del Almirantazgo. No hice más que llegar cuando supe que el aparato había caído en picado al mar con tres oficiales, todos los cuales resultaron muertos. En otra ocasión, iba a salir para volar cuando me lo impidió la urgencia de los negocios públicos. El aparato había volado perfectamente toda la mañana, pero de repente basculó la cabeza para precipitarse en un rápido giro de una clase entonces por completo desconocida, y se hizo pedazos contra el suelo, saliendo gravemente heridos los dos oficiales que lo tripulaban, ambos amigos personales de otros míos.

A medida que empezaba a conocer mejor la navegación aérea me iba dando cuenta del enorme número de riesgos que rodeaban cada momento de vuelo del aviador (supongo que ahora es completamente distinto), y llegué a advertir en varias ocasiones defectos en el aparato en que habíamos estado volando—un alambre roto, un ala chamuscada, un soporte que salta—, lo cual era motivo de muchas felicitaciones entre mi piloto y yo una vez que regresábamos a *terra firma.* Y a pesar de haber sido viva-

mente censurado, yo continuaba volando en todas cuantas ocasiones me lo permitían mis otros deberes.

Acaeció después el episodio de Gustavo Hamel, en la primavera de 1914. Si alguna vez hubo un hombre nacido para volar—tres partes pájaro y el resto genio—, ese hombre fué Hamel. Pertenecía al aire más que a la tierra, y manejaba las máquinas primitivas de aquellos días, en lo que entonces era un elemento desconocido, con un don natural y una confianza completamente indescriptibles. Hamel pertenecía al elemento civil, pero en el arte de volar ocupaba un puesto muy por enciba de nuestros aviadores navales. Fué él, cuando las peligrosas acrobacias empezaban a causar la muerte a nuestros pilotos, quien se elevó a 3.000 metros, imprimió a su aparato, deliberadamente, el movimiento que hasta entonces había sido considerado como fatal, y fué girando y girando a una velocidad de cien millas por hora hacia el suelo, hasta que por fin encontró la manera de liberarse del vestiginoso remolino convirtiéndolo en un sereno *vol plané*. Estos descubrimientos, una vez hechos, eran compartidos como un bien común por los aviadores, y el fatal e incontrolable vuelo giratorio de 1912 llegá a ser una maniobra usual en el palenque aéreo de la guerra cuando el aviador quería perder dos o tres mil pies con la máxima velocidad, o frustrar la persecución encarnizada de una ametralladora mediante veloces rotaciones que el ojo humano jamás podría calcular.

Llevé a Hamel a Sheerness, pues quería que mostrase a los aviadores navales su dominio maravilloso de un aparato en el aire. Fué huésped mío en el *Enchantress*, al que llegó entre un huracán con el que pocos en aquellos días se habrían atrevido a volar. Y aquella tarde y a la mañana siguiente nos hizo unas exhibiciones del arte de Ícaro jamás vistas hasta entonces en Inglaterra. Solía lanzarse a la entonces terrible pirueta del salto sin control y caer a plomo como una piedra en un recorrido de trescientos metros, mientras el aire exhalaba su profunda queja entre los alambres; y luego substraerse a este emocionante descenso cuando ya pavorosamente estaba a pun-

to de tocar la tierra o el mar, y erguirse otra vez, sereno y festivo, entre graciosas acrobacias. Explorábamos entonces un mundo desconocido, y el valor de estas demostraciones fué inestimable. Pégoud acababa de inventar el *rizar el rizo*, y Hamel realizó para nosotros esta proeza, y la verificó—me da tristeza decirlo—a tan baja altura que «permitió que todo el mundo viese cómo se hacía».

Pasé un día delicioso volando con él. Mañana, tarde y noche fuímos de un lado para otro en un pequeño monoplano *Voisin*. Aunque he volado centenares de veces, probablemente con un centenar de pilotos, jamás sentí como entonces esa poesía del movimiento que Hamel transmitía a cuantos tuvieron el privilegio de volar con él. Era como el más perfecto patinador en la pista, pero su patinaje abarcaba tres dimensiones, y todas las curvas y cambios eran irreprochables, no por regla y rutina, sino por nativo instinto. Solía imprimir a su aparato una inclinación tal que no existía nada entre nosotros y el mundo que quedaba allá abajo, y de esta manera continuaba deslizándose circularmente hacia la tierra, de un modo tan dulce, tan apacible, tan suave, en tan perfecta armonía con el elemento en que navegaba que se creería que un ala giraba sujeta a un pivote. La misma adusta fuerza de gravedad era su esclava. En todo su vuelo no se notaba el menor rasgo de lucha con las dificultades, ni de esfuerzo en la realización de una hazaña complicada; todo sucedía como si nunca pudiese haber sucedido de otra manera. Todo parecía tan fácil como beber un vaso de agua.

Pero nuestro conocimiento tuvo una trágica conclusión. Quise hacerle repeetir en la estación aérea de Calshot (Portsmouth) la misma clase de demostraciones que había dado con tanto provecho en Sheerness; y con un grupo escogido de nuestros pilotos *pioneros* le esperé a bordo del *Enchantress* en Southampton Water. Dijo que saldría en vuelo desde París y que estaría con nosotros al ponerse el sol.

En aquellos días, la travesía aérea del canal era por sí misma una verdadera aventura. Se hizo noche antes de que llegase. Tras una larga espera nos pusimos a ce-

frente, y no era posible hacer con éxito peticiones que nos permitiesen estar bien provistos de mecánicos. Recuerdo mi regreso a Londres, una tarde, desde el cuartel general, cuando nos vimos por dos veces precipitados al abismo en muy difíciles condiciones. La primera fué sobre el canal. Se percibió un agudo crujido, más bien un chasquido fuerte, seguido de un estrépito en el motor. Estábamos a cinco millas de la costa francesa. Era una tarde tristona. Volábamos a una altura aproximada de dos mil pies. Si el motor se negaba a seguir funcionando, era inevitable nuestra caída al mar siguiendo una línea oblicua algo inferior a dos millas. Ordinariamente, cuando se contempla el Canal, se le ve rebosante de tráfico, pero en aquella ocasión, como ocurre siempre en un momento crítico, ni un vapor, ni una lancha, ni un pesquero se veían, como no fuese alguno muy lejano, moviendo sus remos en el sombrío horizonte. No teníamos medios de flotación, ni siquiera *trajes de baño,* como se llamaba a las chaquetas neumáticas inflables. Mi piloto hizo un movimiento con la mano indicando que nada podía hacer, y yo me preguntaba cuánto tiempo podría mantenerme a flote con mi grueso traje y mis pesadas botas, o si sería más conveniente tratar de despojarse de todo ello. Aseguro que durante medio minuto, o quizá uno—me pareció, sin embargo, mucho tiempo—, yo pensé en la muerte cierta y próxima. Y entonces el viejo motor empezó a toser y rechinar de nuevo con múltiples resoplidos y sacudidas. El piloto viró hacia la costa de Francia y después de diez ansiosos minutos pasábamos sobre el promontorio de Gris Nez. Nos las arreglamos para alcanzar el aeródromo de Marquise con una aproximación de una treintena de metros y aterrizamos sanos y salvos en aquella gigantesca estación del tiempo de guerra, destinada a recibir los aparatos procedentes de Inglaterra y Norteamérica.

Los amplios recursos del aeródromo de Marquise nos proporcionaron en seguida otro avión cualquiera, y en él partimos por segunda vez, con una hora aproximada de luz de día, a cruzar de nuevo el Canal. Como teníamos el viento de cara y la máquina arrancaba pobremente,

empleamos casi cuarenta minutos en llegar a la orilla inglesa. Un cuarto de hora más tarde, otro estallido del motor llevó a mi piloto a repetir sus ademanes anteriores, que indicaban no quedarnos otro remedio que el descenso. Se deslizó oblicua y artísticamente entre dos altos olmos, esquivando sus ramas, e hicimos un hermoso aterrizaje en un pequeño campo. No pude llegar a tiempo a mi cita de Londres.

* * *

El vuelo sobre la línea de combate tiene un interés peculiar. Además de los riesgos ordinarios de la aviación, es preciso escudriñar cada nube ante la posibilidad de que un *Fokker* surja inopinadamente de ella; mientras, los proyectiles *Archie*, abriendo aquí y allá sus penachos de humo indican otros peligros de los cuales no estará de más ponerse a cubierto. La única vez que tuve ocasión de volar en tales condiciones fué durante el proceso de una batalla general en agosto o septiembre de 1918. Tenía viva ansiedad por adquirir la impresión directa de los movimientos de avance de nuestras tropas; pero a dos mil metros sólo los abultados vientres de los obuses estallando allá abajo y los fuegos de barrera de los *shrapnel* indican algo inusitado en el paisaje. Y como nosotros mismos nos movíamos a cerca de cien kilómetros por hora, no era posible percibir en las posiciones de los contendientes alteraciones capaces para hacernos comprender el progreso de la acción que intentábamos seguir. Mi piloto, un jefe de escuadrilla, me invitaba por gestos a un examen más atento, pero yo me di por satisfecho con una visión de conjunto, y después de cuarenta o cincuenta minutos regresamos a nuestro aeródromo de Arras.

Debo registrar un incidente que me reveló aquella tarde la dureza de la vida que llevaban en la guerra los oficiales aviadores. Acabábamos de retornar de nuestro vuelo sobre la línea de batalla cuando un aparato con averías se posó en el aeródromo. Venía acribillado a balazos. Yo mismo conté hasta treinta orificios en la carlinga y en las alas. Pero el motor se hallaba intacto y ninguno de los

alambres vitales había sido alcanzado. El observador estaba herido en una pierna y chorreaba sangre. Me fué dable oír el siguiente diálogo:

EL JEFE DE ESCUADRILLA.—Bueno, ¿y por qué aterriza usted aquí?

EL PILOTO.—Perdí un observador la semana pasada a consecuencia de una hemorragia, y estimé ahora que sería mejor buscar asistencia para éste lo más pronto posible.

EL JEFE DE ESCUADRILLA.—¿Dónde está su aeródromo? (*se citó un nombre*). ¡Pero si no está más que a un cuarto de hora de aquí!

EL PILOTO.—Creí que podrían ustedes proporcionarme medios de transporte ahora, y mañana por la mañana vendríamos a recoger el aparato.

EL JEFE DE ESCUADRILLA.—Bueno, está bien; pero es improcedente. Procure usted ir a su aeródromo otra vez.

Mientras levantaban de su asiento al oficial herido, yo traté de dirigir algunas palabras expresivas de simpatía y admiración al piloto que acababa de salir de una prueba terrible. Estreché su mano y le dije, poco más o menos: «Ha estado usted admirable.» Pero no pareció sorprenderse lo más mínimo de haber tenido por parte de sus colegas una acogida tan fría. «Se trastornaría el orden que tienen establecido si todas las bajas viniesen a parar aquí.»

Jamás desplegó el género humano mayor fortaleza que la que era, entre los hombres de la gran guerra, cosa corriente y habitual.

* * *

Después de la guerra, siendo ministro del Aire, volé por espacio de algún tiempo con más frecuencia que nunca hasta entonces. Era a la sazón mi piloto el heroico Pack Scott, que a la edad de treinta y ocho años, y a pesar de haber quedado muy quebrantado a consecuencia de un terrible accidente acaecido al principio de la guerra, ganó por su maestría y por sus proezas una gran reputación entre nuestros aviadores de primera fila. Siempre que el viaje era de negocios, y frecuentemente cuando era de re-

creo, solíamos viajar en un aparato de doble mando, y yo había llegado a ser capaz, por previsión, no sólo de guiar en condiciones normales, sino de realizar los movimientos usuales de verticalidad.

Tuve que viajar muy a menudo de Londres a París durante la Conferencia de la Paz, y casi invariablemente seguía la ruta aérea. Gratísimo resultaba en un día espléndido lanzarse a través del Canal sobre una altura de cuatro o cinco mil metros, recorrer en un vuelo las setenta millas del brazo de mar entre Dungeness y Etaples y descender en largas espirales, envueltos en la luz de la tarde, sobre los aeródromos parisienses de Buc o Le Bourget. Sin el tedio de los viajes en ferrocarril, sin las demoras de los trasbordos, sin las molestias del mareo. En aquellas rapidísimas máquinas de guerra se viajaba como en un mágico tapiz.

Pero algunos de nuestros viajes fueron menos plácidos y felices. Recuerdo una mañana en que regresábamos a Londres desde el aeródromo de Buc entre bajas y espesas nubes, rodeados por todas partes de densa niebla. Scott me sugirió por medio del tubo acústico que deberíamos elevarnos sobre las nubes y volar con el auxilio de la brújula en la clara luz solar. De acuerdo con ello, lancé el aparato hacia arriba y pronto entrábamos en un banco de vapores grisáceos que nos cercaban por todas partes y hacían muy difícil mantener el nivel del aparato. Subimos más y más, mientras las manecillas marcaban sucesivamente diez, veinte y cuarenta mil pies. Seguíamos sin ver otra cosa que la bruma envolviéndonos en espesas, impenetrables nubes. Por fin, a los quince mil pies, el frío empezó a ser tan intenso que creímos preferible bajar. Y entonces nos enfrentamos con uno de esos peligros de la navegación aérea que será difícil, si no imposible, llegar a eliminar. ¿Dónde estábamos? Llevaríamos volando aproximadamente una hora, perdiendo a cada paso la dirección entre la niebla. ¿Sobre qué sitio del país descendíamos? ¿A qué distancia se encontraba la niebla del suelo? Estas incertidumbres ocupaban seriamente nuestras pensamientos mien-

tras silenciosa, blanda y ciegamente nos deslizábamos hacia abajo.

Sabíamos que al elevarnos habíamos entrado en el campo de nubes a unos dos mil pies, pero al descender no podíamos ver nada de la tierra a la distancia de ochocientos. Entregué el mando a mi piloto y seguimos bajando tan gradualmente como nos fué posible hasta trescientos pies. Entrábamos entonces en una zona de aguaceros, sin que tampoco nos fuera dable distinguir el suelo. Como conocíamos que entre París y Amiens hay muchas eminencias coronadas de árboles y que su altura era superior a la en que nos encontrábamos, temíamos las desastrosas consecuencias de precipitarnos de un momento a otro, y a la velocidad de setenta millas por hora, sobre la ladera de una colina. Y, por otra parte, resultaba inútil e igualmente peligroso volar de un lado a otro, durante horas y horas hasta que la esencia se consumiese.

Por fin, a unos ciento cincuenta pies apareció la tierra. Nos halláabamos en una cañada, entre lomas de fragosas laderas, viéndose algunas casas dispersas y la chimenea de una fábrica emergiendo cien yardas más lejos, aproximadamente a nuestra altura, o así al menos nos lo parecía. Más allá de la niebla y de los furiosos chubascos parecía extenderse el campo. Tal situación, a la que llegábamos muy poco después de una alegre y casual partida, forzosamente tiene que experimentarla de cuando en cuando todo aquel que viaja mucho por aire. Dije a Scott a través del micrófono: «Yo creo que nos abriremos camino por aquí.» Nuestros cuadrantes señalaban una altura menor de un centenar de pies y volábamos a unas ochenta millas por hora. Seguíamos el valle, y como la niebla nos aproximaba cada vez más a la tierra, llegamos a estar a sólo cincuenta pies de ella. De pronto, Scott dijo: «¡Hurra, la vía del tren!» El aparato fué impulsado violentamente hacia la izquierda para esquivar un grupo de pinos arropados en la niebla, que se alzaba casi como un bosque ante nosotros. Entonces pude ver debajo de mí la vía férreo. Esta ruta, al menos podíamos recorrerla en vuelo muy bajo con la seguridad—evitando los túneles—de no chocar contra

las colinas. En tales condiciones seguimos durante cerca de media hora las sinuosidades de este ferrocarril, que era la línea principal, a través de los nublados valles. Después, con gran delicia mía, descubrí un rompimiento luminoso de nubes delante de nosotros. Volamos inmediatamente hacia él, perdiendo nuestra línea férrea y elevándonos cada vez más. Aclaraba rápidamente, y de súbito apareció ante nosotros una nube blanca y radiante perfilada sobre un delicioso jirón azul. En menos de un minuto nos deslizamos desde el campo de nubes hasta el aire diáfano. Detrás de nosotros quedaban las montañas de vapor cargadas de tormenta. Por encima, el sol refulgía en un cielo líquido, lavado por la lluvía. Grandes islas de nubes blancas y negras, la retaguardia de la tempestad, se presentaban ante nosotros, y atravesándolas o rodeándolas volamos fácilmente entre ellas hasta elevarnos gradualmente a tres o cuatro mil pies. Columbramos entonces la catedral de Beauvais, y después la cinta de plata del Somme resplandeciendo debajo de nosotros, cerca de Pecquigny. Unos pocos minutos después y divisábamos el mar en Abbeville. Habíamos empleado más de dos horas y media en recorrer una distancia que se cubre frecuentemente en cincuenta minutos.

Pero de nuevo ahora ejércitos de nubes empezaban a congregarse y condensarse ante nosotros, y pronto la situación general cambió otra vez en perjuicio nuestro. Nuevamente nos vimos obligados a precipitarnos hasta cien pies de altura. Pero esta vez volábamos sobre el mar, guardando a nuestra mano derecha la línea de los rompientes, y así nos fraguamos un camino a lo largo de la costa. Surgimos aquí de nuevo a pleno sol, y gobernando para cruzar el Canal alcanzamos el aeródromo de Lympne sin contratiempo. Habíamos estado cuatro horas en vuelo y decidimos aterrizar para comer y surtirnos de gasolina. El aeródromo de Lympne, aunque privado de su enorme multitud de aviones, que eran transportados durante la guerra hacia el frente, era todavía en la primavera de 1919 una activa estación aérea, y pronto encontramos cuanto era preciso para los hombres y el aparato.

Cerca de las tres partimos nuevamente para Londres. En rápido vuelo, ganamos la altura de mil quinientos pies. Entonces advertí que en vez de dirigirnos tierra adentro estábamos haciendo un amplio viraje en dirección al mar, y al momento siguiente nos deslizábamos oblicuamente sin control. «¿Qué pasa?», pregunté por el micrófono. No obtuve respuesta. La máquina, evidentemente sin guía, caía rápidamente al suelo y parecía precipitarse en un salto de cabeza. La marcha aumentó a ciento veinte millas por hora y la alisada superficie del aeródromo que acabábamos de dejar se nos presentaba ahora preñada de amenazas. Al mismo tiempo observé una larga voluta de humo brotando del lado izquierdo de la carlinga, del lado del asiento del piloto. Casi al mismo tiempo de este horrible descubrimiento, el avión recobró el mando y se substrajo de la caída en picado cuando sólo estábamos a doscientos pies del suelo. Oí la voz de mi compañero: «Tuvimos fuego; logré apagarlo. Voy a aterrizar.» Tal fué la explicación de nuestra errática caída de mil pies, durante la cual Scott, dejando el aparato al cuidado de sí mismo, logró extraer agua de la bomba extintora y apagar el fatal incendio, evitando así que las llamas alcanzasen los depósitos de petróleo que ya empezaban a derramar. Me alegré extraordinariamente de encontrarme de nuevo en tierra firme. Pronto se descubrió la causa del fuego. El tubo de escape que descarga los gases inflamados procedentes del motor, en vez de estar vuelto hacia afuera del lado de la carlinga, giró hacia adentro al soltarse una grapa de acero, y dirigía sus llamas contra el metal y la lona de nuestro lado. Que hubiesen transcurrido unos minutos más antes de dar con la causa y hubiéramos ardido entre una nube de llamas. Bastaría la tardanza de unos segundos más en extinguir el fuego y nos hubiera sido imposible evitar nuestra caída de cabeza antes de alcanzar la tierra. Tal como sucedió, no se produjo otro daño que el de un negro trozo de lona chamuscada. El avión estaba intacto, y una vez reparado nuestro tubo de escape y ajus tado en su verdadera posición, reanudamos por tercera vez nuestro vuelo hacia Londres. En esta última parte,

por lo menos, no tuvimos aventuras, pero eran las cinco de la tarde cuando tomábamos tierra en Croydon, después de un viaje desde París en que habíamos empleado por lo menos tanto tiempo como en el tren, si bien fué indiscutiblemente amenizado con muchas peripecias. Cuando abandoné mi asiento y salté al aeródromo, me sentí tan cansado como si hubiera hecho una jornada de rudo trabajo.

* * *

No tuve que esperar más que unas pocas semanas para exponerme a otra emocionante prueba. Salía para un vuelo de prácticas desde el aeródromo de Buc. El piloto (el coronel Scott no iba conmigo en esta ocasión) sentábase en el puesto de mando de un biplano *Avro,* y yo ocupaba un asiento detrás de él. Partimos y empezamos pronto a ganar velocidad. El aparato había tardado en salir del campo debido a hallarse éste cubierto de una hierba de más de un pie de alta y a no empleàr nosotros sino una velocidad de poco más de cincuenta millas por hora antes de terminar por completo nuestra maniobra de despegue.

De repente, y cuando yo creía que estábamos a punto de terminarla, hubo un violento choque acompañado de la extraña sensación de un cuerpo lanzado irresistiblemente hacia adelante e instantáneamente refrenado hacia atrás por el cinturón. Se experimenta la impresión de hallarse en la garra de fuerzas aparentemente indomeñables. Coincidiendo con esta sensación, el aparato empinóse y dió una voltereta exactamente igual que la de un conejo fusilado en plena carrera. En mucho menos de un segundo me encontré colgando con la cabeza para abajo, sujeto a mi asiento por el ceñidor; y advertí que mi piloto ocupaba posición semejante, conservando ambos exactamente nuestros puestos. El aparato se había hecho pedazos. Aunque después aprecié en mi cuerpo contusiones y cortaduras, de momento no sentí el menor daño ni oí el ruido del golpe.

Tan ridícula nos pareció nuestra actitud, suspendidos

del fuselaje e inmóviles con los pies para arriba, que ambos nos echamos a reír.

Desatamos rápidamente nuestros cinturones y logramos zafarnos por nosotros mismos de los confusos restos del avión a tiempo para detener con gesto tranquilizador a la multitud de camilleros y libertadores que acudían en tropel en nuestro auxilio desde los cobertizos del aeródromo. La causa del accidente estaba bien clara. Oculto por las altas hierbas hallábase un sendero intransitado, dos pies más bajo que el nivel general del campo. No habíamos sido advertidos de su existencia, y al topar con tremenda fuerza sobre la orilla del camino, el fuerte travesaño de madera que llevan en la parte inferior los aparatos *Avro* hizo que el avión, impulsado por una gran velocidad, tomase una posición vertical y terminase dando la vuelta de campana. De todas suertes, nuestra fortuna fué grande para escapar indemnes, lo mismo del batacazo que del incendio que le siguió.

* * *

No era entonces común, ni aun lo es ahora, que los hombres de más de cuarenta años llegasen a ser buenos y seguros pilotos. La juventud, con su extraordinaria vivacidad y aptitudes, fué siempre la primera condición para alcanzar el «sentido del vuelo». Yo perseveré, sin embargo, en mi empeño y continué haciendo—por lo menos así lo creía—constantes progresos. Y así, aún me tocó en suerte otra aventura mucho más triste antes de dar por terminados—no ciertamente para los tiempos actuales—mis estudios del arte de volar. Este suceso ocurrió en el verano de 1919. Había tenido una jornada de intenso trabajo en el Ministerio de la Guerra y bajé en automóvil con el coronel Scott hasta el aeródromo de Croydon para realizar un vuelo nocturno. Yo mismo despegué el aparato. El motor tiraba bien y subimos a setenta u ochenta pies suave y rápidamente. El aeródromo de Croydon estaba entonces rodeado por algunos sitios de altos álamos y era necesario describir dos semicircunferencias, primero

a la derecha y después a la izquierda, para ganar una conveniente altura y pasar sobre aquéllos.

El aparato hizo su primer giro perfectamente y el cuadrante marcó sobre sesenta millas por hora, una rapidez de vuelo completamente tranquilizadora. Viré luego a la izquierda, como tantas veces había hecho antes, y habiendo puesto la máquina en su punto empecé a centrar la palanca de mando lenta y dulcemente para nivelar la nave. Todo el que haya manejado un aeroplano sabe cuán delicados son sus mandos y cómo obedecen, cuando todo funciona bien, al menor movimiento. Con sorpresa mía, la palanca venía hacia mí lo menos un pie sin producir el más ligero efecto. El avión seguía con una inclinación de cerca de cuarenta y cinco grados y empezaba a aumentarla gradualmente. «Está sin control», dije a mi piloto por el teléfono. Instantáneamente sentí la presión violenta de su mano y su pie sobre volante y palanca como si por un enérgico esfuerzo buscase el modo de inclinar hacia abajo la cabeza del aparato con la esperanza de recuperar la perdida velocidad de vuelo. Pero era demasiado tarde. Estábamos escasamente a noventa pies sobre el campo a la altura precisa para el fatal accidente del salto mortal, el más común de todos. La máquina se precipitaba hacia el suelo sin posibilidad de evitarlo. Doscientos pies más arriba no habría habido peligro; en efecto, a mil o mil quinientos pies hubiésemos sostenido la máquina elevándola más y haciéndola salir de control, inclinándola hasta caer en picado, y después, cuando la velocidad llegase a ochenta o cien millas por hora y el mando volviese a responder, encaminarla suavemente a un vuelo normal.

Pero ahora no había tiempo. Yo veía el aeródromo inundado por la luz del sol, muy cerca, debajo de mí, y, sin embargo, el influjo de la impresión del momento, me parecía que estaba bañado en un triste amarillento fulgor. Luego, en un relámpago, un pensamiento definido se formaba en mi cerebro: «Esto es sin duda la muerte.» E inmediatamente después en mi espíritu reaparecieron las sensaciones exactas de mi accidente en el aeródromo de Buc, un mes antes. ¡Algo semejante iba a suceder *ahora!* Anoto

estas impresiones exactamente como ocurrían y es probable que hubiesen ocupado en la realidad el mismo tiempo que se tarde en leerlas. Fuera de la siniestra impresión de un mundo iluminado de diferente manera, no hubo tiempo para el temor.

El aeroplano acababa de lanzarse desde la inclinación lateral hasta la caída en picado cuando se estrelló contra el suelo a unas cincuenta millas por hora con fuerza terrorífica. Su ala izquierda se deshizo y su propulsor y su proa se hincaron en la tierra. Otra vez me sentí lanzado hacia adelante como en una nueva dimensión por una terrible y avasalladora fuerza a través de un espacio que no pude medir. Sentía una insufrible presión en torno a mi pecho como si el cinturón llegase al máximo de opresión. Corrientes de vapor de petróleo pasaban rápidas en dirección opuesta. Percibía, como una distinta fase, la absorción total del choque. De repente la presión cesó, rompióse el cinturón y yo caí hacia adelante muy suavemente sobre el cuadro indicador que estaba ante mí. ¡Salvado! Fué la instantánea comprobación. Salté fuera del destrozado fuselaje y corrí hacia mi compañero. Estaba sin sentido y sangrando. Permanecí a su lado presto a arrancarlo de allí en el caso de que el aparato se incendiase. No siendo así, era mejor dejarlo hasta que una ayuda inteligente llegase.

La catástrofe no fué seguida de explosión ni de incendio.

Un año antes, lord Hugh Cecil, aviador también, me decía, hablándome de Jack Scott: «Cualquiera puede pilotar un aeroplano si las cosas marchan bien, pero marchando mal es cuando se aprecia que las cualidades de un hombre como Scott son decisivas.» Aquellas palabras resultaban ciertas. Con infalible presencia de ánimo había interrumpido la corriente eléctrica pocos segundos antes de que la máquina se estrellase contra el suelo, logrando de esta manera impedir que el vapor del petróleo se inflamase. Fué otro ejemplo de aquellas dotes de mando que, a despecho de la pérdida de facultades dimanadas de su edad y del accidente sufrido al comienzo de la gran

guerra, le proporcionaron la extendida fama que justamente gozó entre las Fuerzas Reales Aéreas.

Dos horas más tarde tuve que presidir un banquete que la Cámara de los Comunes daba al general Pershing, y pronunciar en él un discurso. Salí del paso como pude; pero al día siguiente me encontré con todo el cuerpo lleno de cardenales. El coronel Scott se repuso rápidamente de sus heridas, que eran graves, y en la actualidad anda mejor, después de su segundo accidente, que antes. Pero yo me reprochaba el haber sido la causa de sus sufrimientos, y desde aquel día hasta hoy apenas he estado en el aire. Seguramente no he vuelto a volar ni una docena de veces.

Y, sin embargo, me dicen que ahora la seguridad es completa.

RECUERDOS ELECTORALES

Si queréis saber de elecciones, preguntadme a mí. He luchado en más elecciones parlamentarias que ninguno de los miembros actuales de la Cámara de los Comunes. He luchado en quince. ¡Imaginad lo que es eso! Quince elecciones, teniendo que emplear por lo menos tres semanas en cada una, más la semana anterior, si el anuncio de los comicios os ha puesto enfermo, y otra como mínimo después para convalecer y pagar facturas. Llevo vividos treinta y cinco años desde que alcancé mi mayor edad, y calculando que cada elección absorbe un mes de vida, he gastado mucho más de un año de mi corta porción en esos arduos y horribles menesteres. Prácticamente, he dedicado un día de cada treinta de mi existencia de adulto a esas extrañas experiencias.

Ya puede uno haber adquirido una pasable rutina. Primero vienen las negociaciones y zalemas con los padres y magnates locales, luego las entrevistas con el Comité y la Directiva y la Ejecutiva, y, por último, la presentación a la Asamblea en pleno para la adopción como candidato. Después, las visitas a las gentes de campanillas, la excursión por el distrito, y el estudio de sus industrias, intereses, carácter y particular indiosincrasia. Más tarde el trazado de las líneas principales de la campaña. Redacción del programa: ¡sobresaltos e incursiones de la Prensa local! ¡Apertura de la contienda! ¡Designación de día! Os encaminái con vuestros principales amigos a la Casa Consistorial o a otro lugar señalado. Aquí os encontráis por primera vez con vuestro contrincante, o con vuestros contrincantes. Se cambian sonrisas de forzada amabilidad: «Buenos días. Estoy encantado de verle. Me parece que la contienda será muy agradable. Hace mucho frío (o calor) para el tiempo en que estamos, ¿no es verdad? Me agra-

daría poderle ser útil en algo», y así sucesivamente. Luego viene la lucha de veras. Cada mañana, entre las nueve y las diez, el Comité, es decir, la reunión con el estado mayor local del partido, en el que están representadas todas las cabezas de las secciones. Allí tenéis que habéroslas con los muñidores, tratar de pasquines, establecer relaciones entre los diferentes subcomités, informaros de la marcha de los trabajos electorales, redactar gacetillas y anuncios, alquilar automóviles, concentrar mítines, prevenir los desórdenes (incluso los de vuestras propias reuniones), advertir a todos sobre los preceptos de la ley electoral, recibir a personas importantes a las que conviene atender, etc.

Más tarde, vueltas de arriba para abajo por el distrito. Cuando yo empezaba, esto se hacía en un landó de dos caballos, a siete millas por hora; hoy, en un auto aerodinámico, se va algunas veces a mucha mayor velocidad; pero como ambos bandos los usan, la única diferencia estriba en que los candidatos tienen que trabajar más. Celebrábanse mítines por la mañana temprano, a la hora del almuerzo de los obreros; mítines a su hora de comer, mítines por la tarde. En la actualidad, tres mítines por la noche, saliendo escapado de uno a otro. Llegáis a la tribuna, los otros oradores se sientan cuando os ven entrar (grandes aplausos o abucheos). A veces, cuando sólo hay en una sala en que caben seis o setecientas personas, veinte o treinta caras terriblemente estólidas, la prueba es tremenda para el orador. Pero pensad en sus pobres amigos, en su mujer y en su hija, que le siguen de un lado a otro y llevan oído el mismo discurso, con breves variantes para adecuarlo a las circunstàncias locales, una y otra vez. Bien conozco yo la risa franca del fiel presidente o vicepresidente de la Asociación mientras oye el viejo truco repetido por décimotercera vez. Con qué simpatía os recuerdo, querido amigo, y cómo sangra mi corazón al pensar en todos los demás mítines en que tendré que sacar de nuevo mi latiguillo y mientras seguiréis acogiéndolos con vuestros entusiastas «¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Bien!»

No importa. Es irremediable. Es el camino que la Cons-

titución nos traza. Somos todos galeotes encadenados a nuestro banco de remeros. Nos doblamos hacia adelante, empujamos después hacia atrás, para inclinarnos hacia adelante de nuevo. El comité restalla su látigo y el forzado continúa su fatigosa boga a través de aguas cada vez más sombrías.

Naturalmente que hay los mítines escandalosos. Éstos son un gran alivio. Aquí no tenéis que sacar el viejo disco. Ante vosotros hay muchedumbres excitadas. Adversarios de envidiosa mirada os acechan; sus mandíbulas mascullan con furia estentóreas interrupciones, cavernosos, bramantes insultos de todas clases; todo cuanto creen que puede herir vuestros sentimientos; cuantas acusaciones sean capaces de hacer contra vuestra consecuencia política, o, a veces, pena da decirlo, contra vuestra vida privada; y la befa y el escarnio surgen estrepitosos ahora de todas partes; y toda clase de sórdidas cuestiones cuidadosamente pensadas de antemano y arrojadas a la tribuna por individuos de rencorosa juventud fracasada o por mujeres jóvenes de pelo corto y aspecto de *bulldog*. ¿Una ruda prueba? Sin duda; sin embargo, los mítines de esta clase se hacen solos. No tenéis que molestaros en preparar el discurso. Bastan unos cuantos de los principales tópicos o gritos de la guerra política para empezar. El resto es... lo contrario del silencio. Pero ¡cuánto gozan vuestros partidarios! ¡Cuánto más excitados están por las interrupciones de sus contrarios que convencidos por los razonamientos de su candidato! Una larga y sagaz argumentación hace bostezar al auditorio; una buena réplica en un mitin turbulento hace amigos por docenas, incluso entre los contrarios. Mi consejo a los candidatos en mítines tumultuosos es éste: Ante todo, enseñar los dientes o, como ellos dicen, *sonreír*. No hay nada como esto. Después, ser natural, y expresaros con idéntica facilidad que si estuvieseis charlando con un simple amigo en el sitio más apacible acerca de algo que a ambos os interesa grandemente. En tercer lugar, cultivad una actitud de marcada despreocupación por el estrépito y los gritos que os envuelven. Después de todo, nada es tan risible

como el espectáculo de un buen número de buenas gentes frenéticas, mientras vosotros estáis seguros de que ningún daño han de causaros. En Gran Bretaña será rarísimo que traten de agrediros. Si lo hacen, el caso se convierte en una simple cuestión de defensa propia. Harry Cust, en un mitin electoral por el distrito de South Lambeth, se dió cuenta de súbito de que un sujeto de gran corpulencia avanzaba hacia él en actitud pugilística. Entonces se quitó la chaqueta y se cuadró ante él, diciendo en voz baja a los amigos que tenía detrás: «¡Guardadme la espalda! ¡Guardadme la espalda!» Y, sobre todo, no perdáis nunca el humor. Cuando peor vaya la cosa, tanto mejor debéis tratar de exhibirlo como un fantoche de feria. Cultivad la conducta del faisán de míster Punch, que, mientras se lanzaba batiendo las alas de árbol en árbol, le decía a su amigo: «Quisiera saber por qué aquel ridículo hombrecillo que está allá abajo hace ese estrepitoso ruido cada vez que vuelo sobre él.»

El difunto duque de Devonshire, el famoso lord Hartington, me habló de los mítines públicos en varias ocasiones. Se le acusaba de haber bostezado mientras pronunciaba un discurso en la Cámara de los Comunes. Al preguntarle si el hecho era cierto, contestó: «¿Oyeron ustedes el discurso...?» En otra ocasión, aún dió esta explicación más jocosa: «Soñaba—decía—que estaba pronunciando un discurso en la Cámara. Desperté y..., ¡demonios!..., era verdad.» En la gran escisión causada por el libre cambio tuve una vez que tomar parte con él en un gran mitin de Liverpool. Al duque le estaba confiado el principal discurso y a mí la defensa de un voto de gracias, para la que dispondría de doce minutos. La noche anterior la pasamos en la confortable morada de lord Derby, en Knowsley. Nos dirigimos al mitin juntos. Era en 1904, y creo que lo hicimos en un coche de caballos. «¿Está usted nervioso?», preguntó. Admití que estaba un poco inquieto. «Pues yo siempre he considerado como una buena práctica—me dijo—cuando se tiene que hablar ante un auditorio numerosos dirigirle una amplia ojeada y decirse para uno mismo con convicción: "Jamás he visto en

mi vida semejante hatajo de p... idiotas".» Sin embargo, hizo un sólido discurso ante una espléndida concurrencia, sin que yo pueda decir si utilizó o no su receta. Pero estoy divagando.

Después de diez días, o tal vez quince, de mítines de toda clase, incluyendo a veces alguno de tranviarios del turno de noche que habría de celebrarse a la una de la madrugada, llegamos al día de la elección. Éste se pasa siempre casi por completo en un vehículo. Desde la mañana temprano hasta por la noche peregrinamos y circulamos entre mesas electorales y comités de distrito. Al candidato le es permitido el acceso a todas las secciones y es práctica usual recorrerlas, aunque la ventaja que ello le reporte yo no os lo sabría decir. Vigiláis la entrada de los electores, los veis provistos de sus papeletas y notáis que se desvían un poco como para sacar un pequeño lápiz y hacer la tachadura fatal del nombre que deben (a veces del que no deben) excluir. No necesitáis ser un lector del pensamiento ajeno para adivinar con precisión cómo ha votado la mayoría de aquéllos. Una mirada de reojo o un guiño amistoso os diran generalmente lo que necesitáis saber. A medida que transcurre el día, los votantes son más numerosos, la agitación crece. Grandes muchedumbres de chicos vociferantes, agitando los colores de los partidos, saludan o asaltan a los candidatos. A las nueve lo más tarde todo ha terminado. En los viejos días, el escrutinio se hacía casi siempre en las cabezas de partido la misma noche. Ahora en muchas villas, como en muchas ciudades, las secciones han llegado a ser tan vastas y tan difícilmente manejables, que tenéis una noche de incertidumbre y ansiedad antes de la publicación del resultado. Una vez que habéis penetrado en la sala del escrutinio, ya no podéis abandonarla hasta que ha terminado. Es prudente, pues, no ir temprano y proveerse de algún refrigerio al decidirse a entrar. Por lo general, después de un par de horas de escrutinio, un cálculo bastante aproximado puede hacerse ya. Veis la candidaturas cuidadosamente apiladas por millares sobre las mesas de los escrutadores y podéis leer en los ojos de vuestros amigos

o adversarios, según la dirección de sus miradas, a quién corresponden aquellos montones. Pero a veces, cuando la elección es muy reñida, las últimas papeletas retienen su secreto hasta el fin. Que es... victoria o derrota. ¡Y entonces un discursito para cada solución!

Casi siempre he mantenido relaciones amables con mis contrincantes. No voy tan lejos como un candidato que, el otro día, en Islington, llegó a besar a la señora que resultó triunfante; pero casi siempre, victorioso o vencido, he estrechado las manos de mis adversarios. Siempre he procurado no mencionar sus nombres y hasta no darme por enterado de su existencia mientras la contienda se desarrollaba. Pero después de concluída, suceda lo que quiera, uno puede permitirse ser ecuánime y cortés. Si ganáis, os referís a la excelente forma en que se ha llevado la lucha (nada importa lo que penséis sobre ella) y expresáis vuestra determinación de ser un padre para todo el distrito sin distinciones de partido. Si habéis fracasado, felicitáis al victorioso y decís cuán gran ornamento será para la Cámara. He visto a algunos hombres abrumados y ensombrecidos en esas circunstancias, y entre ellos a varios de los más grandes del pasado—John Morley y sir William Harcourt en particular—mostrarse muy afectados por la derrota. Pero eso no está bien, y sólo sirve de agrado a los contrarios. Es mucho mejor pretender que el asunto carece de importancia. Lo más penoso es el disgusto de vuestros electores. ¡A hombres y mujeres que han dado semanas de trabajo abnegado y generoso, ahora los veis con las lágrimas corriendo por sus mejillas y con miradas que parecen expresar el temor de que haya llegado el fin del mundo! Esto es lo peor de todo. Sin embargo, a veces—las más frecuentes, por cierto—le sucedió a uno haber ganado. De mis quince elecciones, perdí cinco y gané diez, ¡y qué júbilo entonces! ¡Qué restallar de aplausos, cuántas palmaditas en el hombro, qué de gorras echadas al aire! Como el lector puede haber advertido, yo no soy un apasionado de las elecciones, pero es en mis luchas de esa índole donde he aprendido a conocer y a honrar al pueblo de esta isla.

Es bueno en todas partes. Liberales, tories, radicales, socialistas, ¡cuánta amabilidad y qué noble espíritu deportivo hay en todos ellos!

Ya he descrito en mi autobiografía mis dos elecciones en Oldham. La primera fué una agria repulsa; la segunda —después de la campaña de África del Sur y de la fascinación que causaban cuantos habían participado en tan fáciles guerras—, una decisiva reparación. Mas por aquel entonces el Parlamento estaba al final de la convulsión sufrida por la política inglesa, cuyas consecuencias llegan hasta hoy. El ataque de míster Chamberlain al sistema librecambista había llegado a ser no sólo el rasgo político dominante, sino la prueba suprema y el punto de enfoque para enjuiciar a todos los demás. Fuí elegido candidato por el partido liberal cuando la escisión central de Manchester, la escisión del librecambismo, considerado como el que era máximo galardón de la ciudad. Mi lucha individual formó parte de un vehemente alzamiento nacional contra el Gobierno conservador. Nada semejante había sido conocido hasta entonces en humana memoria, y nada semejante se vió hasta 1931. Míster Balfour había sucedido a lord Salisbury como presidente del Consejo en un tiempo en que el reinado de veinte años de los conservadores estaba alcanzando su inevitable fin. La muerte de lord Salisbury cerró un definido y bien caracterizado período de la historia inglesa. Muchos errores y muchas violencias habían cometido los conservadores. Pero nada de lo que habían hecho o dejado de hacer podía salvarlos de la gran derrota. Insensatez y orgullo convirtieron la derrota en ruina. En aquellos días, cinco o seis semanas solían transcurrir entre el conocimiento de los resultados de las primeras villas y el de los últimos condados. Manchester terminó su elección el primero o segundo día. Había nueve puestos por la ciudad y el distrito anejo de Salford. Míster Balfour, nombrado primer ministro pocas semanas antes, condujo a los conservadores a la batalla. Yo era, sin duda, la figura más relevante del bando liberal. La contienda fué reñida, pero desde un principio se veía claramente que el favor popular estaba con nosotros.

Nadie, sin embargo, podía suponer posible que el resultado final fuese tan aplastante. Ni siquiera los más ardientes liberales lo habrían creído. Al levantarnos por la mañana, los nueve puestos eran conservadores. Al acostarnos aquella noche, todos habían sido ganados por los liberales. Regresé a mi hotel a través de calles que no eran más que una sólida masa de humanidad. Arturo Balfour fué derrotado y con él todos sus amigos. Su hermana, miss Alicia, estaba profundamente afligida. Sin embargo, nadie nos transmitió salutaciones demasiado cordiales

Varios de los que pertenecíamos al partido victorioso celebramos una cena en el Hotel Midland, entonces un colosal edificio recientemente inaugurado, proclamando la riqueza y poderío del Lancashire de aquellos días. Allí estaba un bravo y diminuto sujeto, un míster Carlos Hands, de la plana mayor del *Daily Mail,* que había sido corresponsal en la guerra de los bóers, y a quien yo había conocido allí. Había sido herido en el pecho en la liberación de Mafeking. Escribía extraordinariamente bien, pero, por supuesto, del lado de los conservadores. Le invité a cenar. «¿Qué opina usted de esto?» «Es—me dijo—un gran juego ganado con pocos triunfos.» Así parecía, en efecto. Y el día próximo, toda una tribu de periódicos aduladores, haciendo zalemas a los victoriosos, declaraban que mi éxito había constituído un triunfo de tipo moral, contra las vacilaciones y el cinismo de míster Balfour. Sus desaciertos fueron grandes y cometió, sin duda, muchas faltas; pero yo era lo suficiente prudente, aún entonces, para dar importancia a tales monsergas.

Lord James de Hereford ha descrito en sus recientes memorias la escena de Sandringham, cuando los sorprendentes resultados de aquella elección llegaron a conocimiento del rey Eduardo. A mí me escribió diciendo: «Usted debe de haber pensado: *Marchaba entre nubes, me encaramé a los tronos.*» Los resultados de Manchester fueron corroborados por toda la isla. El partido conservador, que había gobernado la nación durante tantos años, se hizo añicos. De la fuerza de cuatrocientos dipu-

tados con que contaban en el anterior Parlamento, escasamente volvieron a la Cámara un centenar de diputados.

Pero los distritos arrancados por una gran ola de opinión pública al partido al que normalmente pertenecen, suelen retornar a la fidelidad antigua tan pronto se les presenta la primera ocasión. En la primavera de 1908 entré en el Gabinete como ministro de Comercio. En aquellos días esto implicaba una elección parcial. El Gobierno liberal había estado dos años en el poder, y, como le sucede a todo Gobierno, había disgustado a sus amigos y enardecido a sus contrarios. La contienda era extraordinariamente difícil, y las fuerzas hostiles al Gobierno se concentraron en torno a uno de sus adversarios más agresivos. Y así se hizo más memorable la lucha, porque señaló el comienzo de la campaña en favor del voto a la mujer, en su forma violenta. Manchester era el hogar de los Pankhurst. La temible miss Pankhurst, ayudada por sus hermanas Cristobalina y Silvia, provocó violentos incidentes. En aquellos días era una novedad el que las mujeres tomasen parte activa en la política. La idea de expulsar a una mujer de un mitin público, o la dé poner airadamente la mano sobre ella era completamente repulsivo para todos. Penosas escenas se desarrollaron en la Casa del Libre Cambio, cuando Cristobalina Pankhurst, trágica y desgreñada, tuvo que ser arrojada de la sala después de haber convertido el mitin en un verdadero pandemónium. Este fué el comienzo de la interrupción sistemática de los discursos públicos y del fracaso y confusión tumultuosa de todos los mítines liberales. Porque no había, en efecto, cosa más irritante para cualquiera que cuidase la forma y el estilo de su discurso que el verse asaltado con continuas, premeditadas y clamorosas interrupciones. Precisamente en el punto en que alcanzabais la parte más saliente de vuestra peroración o el momento más intrincado de vuestro tema, cuando todo marchaba bien y el auditoria os seguía con atención profunda, una estridente voz gritaba: «¿Qué hay de la cuestión femenina?» «¿Cuándo vais a darle voto a la mujer?», y así sucesivamente. Apenas había sido expulsado un interruptor,

y ya otro, desde distinto lado de la sala, repetía el estribillo. Resultaba extraordinariamente difícil desarrollar las ideas de manera congruente. Todo esto acontecía durante mi segunda lucha electoral en el distrito Noroeste de Manchester, en el cual fuí entonces derrotado, por pocos centenares de votos de diferencia, por míster Joynson-Hicks, después lord Brentford, el mismo candidato derrotado por mí dos años antes.

Se tardaba sólo cinco o seis minutos en ir desde el Consistorio—donde se realizaba el escrutinio—hasta el Reform Club de Manchester. Fuí acompañado durante el trayecto por tumultuosas multitudes. Al entrar en el club, me entregaron un telegrama. Procedía de Dundee, y contenía la invitación unánime de los liberales de aquella ciudad a que fuese candidato suyo en sustitución del candidato proclamado míster Edmund Robertson, que ocupaba puesto inferior en el Gabinete, y estaba a punto de ser promovido a miembro de la Cámara de los Lores. No es exagerado decir que sólo siete minutos pasé a la intemperie política entre mi derrota en Manchester y la invitación para Dundee. Era ésta, desde luego, una de las más fuertes circunscripciones liberales de la isla. Los conservadores jamás habían logrado, desde el Bill de Reforma de 1832, obtener un diputado por allí. El movimiento laborista estaba aún en la adolescencia. Aquí encontré un lugar de reposo por espacio de quince años, siendo cinco veces elegido por gran mayoría durante todas las convulsines de guerra y de paz que caracterizaron ese terrible período. Sin embargo, mi primera contienda no fué de ninguna manera fácil. El partido conservador de la ciudad estaba pleno de espíritu combativo. Al otro extremo político aparecía un candidato laborista (un competente representante de la Confederación del Trabajo postal), y, por último, una extraña, tímida y borrosa figura bajo la forma de míster Scrimgeour, el proteccionista, que pleiteaba por el reino de Dios sobre la tierra con especial referencia a los daños del alcohol.

Durante la primera semana combatí a los conservadores y no hice caso absoluto del ataque laborista. Al fin

de la primera semana, cuando los liberales habían sido eficazmente llevados al combate contra los conservadores, era tiempo de volverse contra los socialistas. En su virtud, el lunes anterior al día de la votación ataqué al socialismo en todos sus aspectos. Yo creo que éste fué, entre todos, el más afortunado discurso electoral que hice en mi vida. El auditorio en pleno, superior a dos mil personas, me acompañó, aclamándome y cantando, a través de las calles de Dundee hasta mi hotel. Después no nos volvimos a ver, pero aquel día recorrimos a grandes zancadas el camino recto de la victoria. El día de la elección hubo, por cierto, una ola de pánico entre los amigos y colaboradores de Londres, así como entre la plana mayor de los corresponsales de Prensa que habían seguido los incidentes de la lucha electoral. Se dijo que yo quedaba fuera otra vez y que esto sería decisivo. Pero el viejo escocés, presidente de la Asociación liberal, sir George Ritchie, sonrió con socarrona sonrisa y observó: «La mayoría será de unos tres mil votos», y así fué. Yo había pasado entonces cerca de dos meses en plena fiebre electoral.

Ambas contiendas habían sido de las más fatigosas. Las sufragistas, como empezaba a llamárselas, me habían seguido de Manchester a Dundee, y una virago escocesa, de peculiar virulencia, armada de una enorme campana de las que se usan para llamar a comer, interrumpía cada mitin al que podía tener acceso. La tensión y la ansiedad, tan continuas y prolongadas, me habían agotado. Las elecciones parciales son siempre más duras que las generales. Aquellas dos, seguida una tras otra sin intervalo, habían atraído la atención del país. Yo tuve que hablar muchas veces por día, y redactar largas columnas de prosa para los periódicos. Producir una nueva corriente de opinión y mantener el entusiasmo electoral, mientras seguía siendo miembro del Gabinete y jefe de un departamento administrativo de importancia, me había rendido hasta el máximo. Es fácil de comprender el enorme alivio que experimentaría al llegar a Londres, ser presentado a la Cámara de los Comunes por el presidente

del Consejo, míster Asquith, tomar asiento en el Gobierno y disponerme a disfrutar de la Cartera de Comercio.

No debo olvidarme de añadir que míster Scrimgeour, el prohibicionista, obtuvo tan sólo trescientos o cuatrocientos votos de entre los treinta mil que fueron emitidos. Perseveró, sin embargo. Entró en lista en las dos elecciones generales de 1910. Me hizo frente en la elección parcial de 1917, cuando volví a entrar en el Gobierno como ministro de Municiones. Luchó otra vez el año 1918, cuando la elección de la *Victoria*. A cada ocasión aumentaba su número de sufragios, y al quinto intento sus trescientos primitivos habían crecido hasta cuatro o cinco mil. Las grandes ampliaciones del Derecho electoral llevadas a cabo durante la guerra alteraron fundamentalmente las características de la política de Dundee. Estos efectos se hicieron poco perceptibles en 1918, a causa del júbilo por la victoria y la paz y por el odio a los alemanes. Pero en 1922, cuando se rompió la coalición gubernamental de míster Lloyd George, la fuerza del nuevo electorado se reveló íntegra. Tres días antes de los comicios fuí atacado de apendicitis. Tuve que sufrir, casi a punto de que ya fuera tarde, una grave operación quirúrgica y la consiguiente herida abdominal de siete pulgadas de largo. Mi mujer y unos cuantos amigos tuvieron que arreglárselas para sostener la batalla lo mejor que pudieron.

La marca del tiempo fluía caudalosa y contraria a nosotros. Los mítines eran por doquiera interrumpidos y turbulentos, no por el esfuerzo de individuos aislados, sino —y esto era mucho peor—por el general descontento y la mala vountad. Sólo tres días antes de la votación me fué permitido viajar desde Londres al lugar de la escena. Al cumplirse los veinticinco días de mi operación, dirigí la palabra a dos grandes asambleas. La primera—un mitin de pago—fué ordenada y me fué dable exponer mi tema íntegramente. El mitin de la noche, celebrado en Drill Hall, era el hervidero de una masa de ocho o nueve mil almas, entre las cuales los contrarios predominaban grandemente. Me costaba trabajo permanecer de pie, pues mi herida estaba aún abierta. Tuve que ser llevado en

un coche de inválido a la tribuna y a todas partes. No hay duda que una operación de importancia es un *shock* para todo el organismo. Yo me sentía atrozmente débil y enfermo. Mientras era conducido a través de la rugiente muchedumbre de socialistas hasta la tribuna de Drill Hall, me sorprendía de ver las miradas de odio violento en los rostros de algunos de los hombres y mujeres más jóvenes. Si no fuese por mi condición de inválido, estoy seguro de que habría sido atacado por ellos. Aunque había gozado durante los anteriores ocho años del benóvolo apoyo de los conservadores de Dundee, los conservadores y los liberales juntos fueron ahora arrollados por el asalto del nuevo cuerpo electoral. Enormes masas del pueblo hasta entonces desprovistas de sufragio por no pagar impuesto, y gran número de mujeres muy pobres y de obreras, afluyeron al Centro electoral durante las dos últimas horas del escrutinio, cercándolo con colas numerosas. Mi mayoría de quince mil votos de las elecciones de la *Victoria* había sido barrida, y fuí derrotado por más de diez mil sufragios. Era por fin el mismo señor Scrimgeour quien, a la sexta vez, había logrado incrementar su votación primera de trescientos votos hasta elevarla a la cifra de treinta y cinco mil.

No sentí rencor hacia él. Sabía que su movimiento representaba en cierto modo una fuerte corriente de reconocimiento moral y social. Durante los quince años de sus esfuerzos para ganar un asiento en la Cámara visitó varias veces casi todas las viviendas de la ciudad. Fué rodeado y apoyado por un adicto bando de tipo socialista-cristiano. Vivió una vida de extrema renunciación, representó a la pobreza y a la miseria de los más menesterosos sectores de la ciudad y al fuerte movimiento hacia la prohibición de toda clase de bebidas alcohólicas. Cuando le llegó la vez de expresar su voto de gracias, en lugar de dirigirlo al presidente del Censo electoral, lo hizo al Todopoderoso. Me encontraba demasiado enfermo para hallarme presente, y abandonando Dundee para siempre me fuí a convalecer a Londres y al sur de Francia.

He aquí un buen ejemplo de las alternativas de la po-

lítica. Yo había sido miembro preeminente de la coalición gubernamental a la que liberales y conservadores daban su apoyo. Durante dos años había conducido con éxito la gestión de nuestros asuntos de Palestina y el Irak y llevado a feliz término las negociaciones para el tratado con Irlanda, a través de una vía en extremo azarosa y delicada. Creo poder decir que la etapa de 1922 fué la más favorable que haya podido tener en la Cámara de los Comunes como ministro. De repente, todo se hacía pedazos. Fuí llevado a toda prisa al hospital en una ambulancia, y apenas recobré el sentido me enteré de que el Gobierno estaba destruído y que nuestros amigos y colegas los conservadores, con los cuales habíamos trabajado tan lealmente, acababan de pasar de amigos a adversarios. Yo ya no era ministro. Y unas pocas semanas después, el distrito electoral que me había apoyado durante tanto tiempo, me repudiaba y me arrojaba de tan decisiva manera. Y todo ello, fijaos bien, al finalizar un año en el que había sido, según opinión general, más afortunado en el Parlamento y en la Administración que en ninguna otra época de mi vida. En un abrir y cerrar de ojos, me encontraba sin cartera ministerial, sin asiento parlamentario, sin partido, y sin apéndice.

Pero, sin comparación, las más intensas, emocionantes y sensacionales elecciones en que luché fueron las de Westminster de 1924. Dieciocho meses habían pasado desde que la quiebra de la coalición produjera grandes y lamentables cambios en la situación política. Míster Bonar Law ya no existía; su sucesor, míster Baldwin, había inesperadamente apelado al país en su decisión proteccionista. Su derrota fué aplastante, y, con profunda alarma de la opinión pública, el partido liberal se determinó a llevar a los socialistas al poder por primera vez en la historia. En una vacante ocurrida en la sección de la Abadía, del distrito de Westminster, me decidí a presentarme como un liberal que quería unirse a los conservadores para detener la marcha del socialismo. Parecía esto al principio una vana esperanza. Yo carecía de organización y no tenía idea de cómo formarme una. Todos

los tres grandes partidos, conservadores, liberales y laboristas, aprestaban sus candidaturas oficiales y las apoyaban con todos sus recursos. El día de la votación fué señalado para la más próxima fecha posible y apenas quedaba una quincena aprovechable para la campaña electoral. Experimenté inmediatamente la grata sensación de que iba a ser apoyado por un real y espontáneo movimiento de la opinión pública. De todas partes, gentes de arraigo y de importancia venían a reunirse conmigo. Quizá con una sola excepción, toda la Prensa de Londres me dió todo su apoyo. La Asociación conservadora, en conflicto consigo misma, ante la solicitación de opiniones contrapuestas, se partió en dos. Esta figura se extendió rápidamente a todo el partido conservador. Todo el mundo se inclinó a un lado u otro; las mismas familias se dividieron; cerca de treinta miembros parlamentarios del partido conservador aparecieron a mi lado en la tribuna y trabajaron a mi favor en los comités. Impetuosos amigos se cuidaban de la organización. Hacia el fin de la primera semana, el capitán Guest, mi primer lugarteniente, un electorero de gran experiencia, podía informarme de que mi candidatura estaba robustamente apoyada.

El distrito electoral, que comprende las Cámaras, la sede del Gobierno, el Palacio de Buckingham, los principales teatros y centros de recreo, la calle de Saint James, el Strand, Soho, Pimlico y Covent Garden, es uno de los más raros y notables del mundo. Los más pobres conviven allí con los más ricos, y todo comercio, profesión e interés tienen su representación y a menudo su cuartel general en esa maravillosa milla cuadrada. Aquí y allá a través de sus calles fluyen las corrientes del poderoso Londres. Mientras la campaña avanzaba, yo empecé a recibir toda clase de colaboraciones. Duques, *jockeys*, corredores de carreras, cortesanos, actores y hombres de negocios, todos desplegaban una actividad de ardientes correligionarios. Las muchachas del coro de *Daly's Theatre* se pasaban toda la noche poniendo direcciones a los sobres y despachando la propaganda electoral. Era de lo más confortador y halagüeño el ver tantas jóvenes y be-

llas mujeres de todas las clases sociales trabajando entusiásticamente en una causa desinteresada en contacto conmigo. Los *leaders* del partido conservador también estaban divididos. Míster Baldwin apoyaba al candidato oficial. Lord Balfour, con su aquiescencia, escribió una carta a favor mío. El recuento final de votos fué el más emocionante que he visto en mi vida. Hasta la misma terminación del escrutinio se me aseguró que había ganado. Mientras el último paquete de sufragios llegaba a la mesa alguien me dijo: «Lleva usted una ventaja de un centenar.» Grandes aplausos estallaron. Su rumor fué percibido por la multitud que esperaba fuera y la noticia fué telegrafiada a todo el mundo. Un minuto después las cifras reales mostraban que yo había sido derrotado por cuarenta votos en cerca de cuarenta mil depositados en las urnas. Debo confesar que gocé plenamente en la lucha desde el principio al fin.

Había sido entonces derrotados tres veces seguidas: Dundee, West Leicester y Westminster; y fué una reparación volver a ser elegido por una mayoría de diez mil votos, en el distrito de West Essex al fin de las elecciones generales de 1924.

¡Esto hacía cuatro elecciones en menos de cuatro años!

Todo ello es ciertamente bastante para satisfacer a cualquiera, y me hace esperar con fundamento que habré ganado un puesto deleitable entre los claros del bosque de Epping que me durará tanto tiempo como el que dure mi intervención en los negocios mundanos.

EL TRATADO DE IRLANDA

NINGÚN acto de la política nacional británica en que yo haya intervenido provocó más violento contraste de emociones que la negociación que condujo al arreglo con Irlanda. Para un sistema de gobierno humano, tan vasto y complicado como el del Imperio inglés, un pacto con una rebelión abierta en la forma peculiar en que se desarrollaba en Irlanda fué un acontecimiento que muy bien pudo haber conmovido en sus cimientos aquella autoridad sobre la que se asientan la paz y el orden de centenares de millones de hombres y de muchas razas y comuniones. Humildes agentes de la Corona habían sido y estaban siendo cruelmente asesinados en el fiel cumplimiento de su deber, constituyendo tales hechos un rasgo típico de un metódico y deliberado sistema de hacer la guerra. Oficiales, soldados, policías, funcionarios de todas clases—frecuentemente desarmados—eran fusilados sin cuartel por personas que, aunque se considerasen a sí mismas como pertenecientes a un ejército hostil, no llevaban el menor distintivo que como tales les señalase ni se ajustaban de modo alguno a las inveteradas leyes y costumbres de la guerra. Lo único que se podía decir de los responsables de tales hechos es que no actuaban por egoístas y sórdidos motivos, que estaban prontos a sacrificar sus propias vidas y que, en lo principal, estaban asistidos por el sentimiento de sus compatriotas. Recibir a los jefes de tales hombres a la Mesa del Consejo, intentar constituir por su conducto el gobierno de un estado civilizado y digno, debe ser considerado como una de las más discutibles y azarosas pruebas por las cuales pudo haber pasado un gran imperio en la plenitud de su poder y a la mañana siguiente de su mayor victoria.

De otra parte, se presentaba la historia de Irlanda, la

inacabable querella y las mutuas ofensas entre dos países hermanos y próximos vecinos, generación tras generación, y el vivo deseo de todo corazón liberal de la Gran Bretaña de poner fin a esta odiosa contienda. Durante el siglo XIX, Inglaterra e Irlanda habían tratado de arreglar sus diferencias en forma muy superior a la empleada en los sombríos tiempos del pasado. Gran Bretaña había prodigado sobre Irlanda remedios y medidas conciliadoras. Irlanda, en lo principal, había mantenido una actitud constitucional y parlamentaria en cuanto al apoyo de sus reclamaciones.

Hubiera sido posible en 1885 alcanzar una solución sobre bases infinitamente menos peligrosas para Inglaterra e Irlanda que las que últimamente hemos tenido que aceptar. Míster Gladstone había dicho en la Cámara de los Comunes, antes de producirse la fatal votación sobre el proyecto de autonomía irlandesa: «Irlanda está ante nosotros, en la barra, expectante, esperanzada, suplicante casi. Sus palabras son de verdad y de templanza. Pide un bendito olvido del pasado, y en este olvido nuestro interés es aún mayor que el suyo... Pensadlo, os lo ruego; pensadlo bien, pensadlo sabiamente, pensadlo no para un momento, sino para los años venideros antes de rechazar este proyecto de ley.»

En 1903, la demanda irlandesa había sido aceptada por el voto de la Cámara de los Comunes, y desestimada sólo por el voto de la Cámara de los Lores. En 1914, cuando después de cuatro años de las más tremendas luchas de partidos, un tercer proyecto de ley sobre la autonomía irlandesa parecía aproximarse a una favorable conclusión, el gran partido conservador, con razón o sin ella, predicó y proclamó doctrinas de acción anticonstitucional. Nuestro país había sido arrastrado casi al borde de la guerra civil cuando esta solución odiosa fué ahogada por el cañoneo de Armageddon. Cuando, por fin, el proyecto de autonomía alcanzó la categoría de Estatuto, lo fué bajo la condición de que no empezaría a regir hasta después de terminada la guerra. Y en 1920, a despecho de incesantes esfuerzos, el problema permanecía sin resolver, e Irlanda ha-

bía llegado a ser ingobernable excepto por procedimientos de terror y de sumisión por la violencia que profundamente repugnan a las instituciones británicas y al carácter nacional inglés.

Ambos cuadros deben ser contemplados atentamente por quienes intenten formarse un juicio verdadero y justo sobre el Convenio con Irlanda. Ambos se precisan para explicar las perplejidades del Gobierno inglés y las causas que le llevaron a asirle a la última esperanza.

* * *

El acontecimiento que entonces condujo a las negociaciones fué la apertura del Parlamento del Norte por el rey en persona. No hubiera sido adecuado que los ministros pusiesen en boca del soberano palabras que pudiesen aplicarse solamente al pueblo de Irlanda septentrional. Es bien conocido que el rey, obrando en armonía no sólo con la letra, sino con el espíritu de la Constitución, deseaba vivamente que el lenguaje que se usara pudiese ser aplicado a la totalidad de sus súbditos irlandeses, lo mismo del Norte que del Sur, igual Verdes que Naranja.

La visión del soberano—elevado muy por encima de las luchas de los partidos, de los choques de razas y de religiones y de todas las divergencias nacidas de la diferencia de puntos de vista—natural y necesariamente comprendía el general interés del Imperio como un todo, sin reducirla a límites más estrechos. Ya el primer ministro de Irlanda del Norte, sir James Craig, solo e inerme, había ido a buscar a míster De Valera a sus escondrijos, y con igual competencia de estadista que valor personal había trabajado por la causa de la paz. El Gobierno, sin embargo, adquirió la responsabilidad, que a él y sólo a él alcanza, de insertar en el discurso de la Corona lo que era en realidad un llamamiento sincero para un esfuerzo común, a fin de acabar con el odiado y desastroso conflicto que se extendía más cada día y que tanto descrédito acarreaba no sólo para el nombre de Irlanda, sino de todo el Imperio británico. La repercusión de esta llamada en la opinión de ambas islas fué honda y extensa, y desde aquel

entonces los acontecimientos se enlazaron en progresión creciente y favorable al establecimiento del Estado Libre de Irlanda.

* * *

Desde su instauración, llegó a ser de la mayor importancia el convencer a los que entonces fueron aceptados como caudillos de Irlanda, de la sinceridad y benevolencia del Gobierno imperial. La solución era demasiado grave para andar con regateos y vacilaciones. Nosotros otorgamos desde el principio mismo todo lo que estábamos dispuestos a conceder y que en ninguna circunstancia podríamos sobrepasar. También dejamos bien claro que si nuestra oferta era aceptada, la llevaríamos adelante sin titubeos y sin consideración a los riesgos políticos que podría sufrir y que recaerían, en consecuencia, sobre el Gobierno o sobre sus directores. Sobre estas bases, por tanto, y con este espíritu, fueron llevadas las largas y críticas negociaciones.

En los primeros días tuvimos que enfrentarnos no sólo con el iluso romanticismo y el fanatismo visionario de las sectas irlandesas y extremistas, sino también con aquellas corrientes de desconfianza y odio que habían fluído entre los dos países durante tantas centurias. El elemento esencial de la dinamita y de los otros altos explosivos es un ácido intenso. Estos terribles líquidos, lenta y laboriosamente preparados, producen, al unirse con carbón inocentísimo, unos compuestos que dan a ese comprimido concentrado poder que al expandirse derrumba las edificaciones y destruye la vida humana. El odio desempeña el mismo papel en el gobierno de los pueblos que los ácidos en la química. Y aquí en Irlanda latían rencores que, según la frase de Kipling, «serían capaces de comerse el acero candente de la diana de un tiro al blanco», odios que, gracias a Dios, no han existido en Gran Bretaña desde hace cien años.

* * *

Las relaciones personales que se fueron estableciendo gradualmente entre los ministros ingleses encargados de las negociaciones y los representantes de Irlanda llegaron a

tener real importancia en el logro del compromiso. Si trato ligeramente de algunos incidentes surgidos en esas largas conversaciones, es simplemente para demostrar cuán libres de prejuicios estaban ambas partes y cómo fué creciendo la inteligencia y confianza mutuas hasta poner un puente sobre el abismo abierto entre nosotros.

Míster Griffith era un escritor que había estudiado profundamente la historia de Europa y el Derecho político. Era esa figura que se da pocas veces: un irlandés silencioso. Apenas se le oía una palabra, pero jamás le he oído desdecirse de ninguna salida de sus labios y proferida en mi presencia. Míster Lloyd George ha descrito la forma tranquila en que míster Griffith declaró, en la suprema crisis de las negociaciones, cuando sobre nosotros se cernía la posibilidad de una ruptura de hostilidades por ambos lados, que «por su parte, y cualquiera que fuese lo que hiciesen los otros, aceptaría la oferta del Gobierno británico, y volvería a Irlanda para apremiar al pueblo irlandés a que la aceptase».

Michael Collins no gozaba de las mismas ventajas de educación que su colega más viejo. Pero tenía unas cualidades nativas y un talento natural que eran en muchos aspectos notables. Él estuvo más cerca que su jefe de los terribles incidentes del conflicto. Su prestigio e influencia con los partidos extremos de Irlanda eran, por esta razón, mucho mayores; las dificultades que encontraba en su propio corazón y entre sus correligionarios, muchísimo más grandes.

—Estoy seguro—le dije durante una de nuestras reuniones—de que usted habría luchado mucho más desembarazadamente en el campo.

Su mirada respondió con agradecimiento.

—He escrito un documento—replicó—sobre la limitación de nuestro poder para acogernos al estatuto de beligerantes. No hemos tenido un solo condado en que pudiésemos organizar una fuerza uniformada.

Y más tarde:

—En la rebelión de 1916, cuando ustedes tenían millones de soldados en armas, nuestras fuerzas de Dublín, que

contaban unos pocos centenares, creyeron ir a una muerte segura. Aquello fué lo que hemos tenido de más parecido a una operación militar.

—¿En qué posición quedaremos—le pregunté—si después de haber retirado toda la policía y la mayor parte de nuestras tropas se rompe el Tratado y se proclama la República?

—De todos modos—me dijo—, ustedes mantendrán todavía un gran número de tropas en las plazas más importantes, y nuestro país es accesible por todos lados. Personalmente yo haré cuanto sea posible para evitar tal ruptura. Si se tratase sólo de las gentes más violentas, podríamos sujetarlas. Pero si la gran mayoría de Irlanda se lanzase a la guerra contra el Imperio británico, yo no podría luchar contra ella. Depondría toda mi autoridad y combatiría como un simple soldado al lado suyo hasta que me matasen, cosa que no tardaría mucho en suceder. Ustedes estarían autorizados para proceder contra nosotros con cuantos medios y procedimientos es lícito usar en la guerra. Todo el mundo diría que la razón no estaba de nuestra parte. Pero eso no sucederá de manera alguna. Las cosas no se pondrán tan mal.

Le dije un día a míster Griffith:

—A mí me hubiera gustado derrotarlos a ustedes por completo, y concederles después espontáneamente todo lo que ahora les damos.

—Lo comprendo—contestó—, pero ¿opinarían lo mismo sus compatriotas?

Lo dudo. Es extraordinariamente raro en la historia hacer cambiar de golpe a los vencedores hacia aquellos procedimientos absolutamente contrarios y a aquellas maneras totalmente distintas que son las únicas que pueden asegurarles para siempre por la generosidad lo que han ganado por la fuerza. En la hora del éxito, la política está cegada por la pasión de la lucha. Y, sin embargo, la lucha con el enemigo ha cesado. Pero queda la lucha con uno mismo, que es la más dura de todas. Por eso el mundo camina hacia adelante muy lentamente, interrumpido por innumerables retrocesos, y cuando de tiempo en tiempo se adop-

tan soluciones de un tipo superior como resultado de grandes esfuerzos, casi siempre fracasan. Tienen que llegar a un acuerdo simultáneo dos partes opuestas de la naturaleza humana. Los que pueden ganar la victoria no pueden hacer la paz; los que pueden hacer la paz jamás habrían logrado la victoria. ¿No hemos tenido esto ante nuestros ojos en Europa y en escala gigantesca? Menos mal que, después de todo, aún tenemos el gesto de Grant, en Appomatox, enviando rápidamente las raciones de que su propio ejército estaba bastante necesitado para remediar el hambre de las tropas confederadas, y diciéndole a Lee que retirase los caballos de su artillería para que pudiesen arar los devastados campos del Sur de África. Tenemos al estadista Bismarck guiando al rey, al Gabinete y a los generales de Prusia hacia una guerra con Austria en 1866; y luego, a la mañana siguiente de Sadowa, cuando Austria estaba a merced suya, dar la vuelta en una hora y conducir a todos por nueva y opuesta dirección. Tenemos al general Castlereagh—tan torpemente difamado—, que después de una generación de lucha en Francia, amenaza el día del triunfo con ir a la guerra contra sus aliados prusianos y rusos antes que consentir una Francia desmembrada u oprimida. Y tenemos en nuestros propios días el caso de África del Sur, donde las decisivas victorias de las armas fueron seguidas rápidamente por concesiones completas en política, con resultados en extremo maravillosos hasta hoy.

Nuestro convenio con los bóers, con mi propia vivida experiencia de él, fué mi gran fuente de inspiración y consuelo en esta cuestión de Irlanda. En realidad, fué una ayuda para todos. Yo recuerdo una noche en que míster Griffith y míster Collins vinieron a mi casa para reunirnos con el primer ministro. Había crisis y las negociaciones parecían pender de un hilo. Míster Griffith subió para hablar a solas con míster Lloyd George. Lord Birkenhead y yo quedamos a solas con Michael Collins. Hallábase en el momento más difícil de su carácter, lleno de reproches y desconfianzas, y era lo más fácil para cualquiera el llegar a perder la templanza.

—Me perseguisteis noche y día—exclamó—. Habéis llegado a poner precio a mi cabeza.

—Espere un minuto—le dijo—. No es usted el único.

Y descolgué de la pared el ejemplar que tenía puesto en un marco del anuncio de la recompensa ofrecida por los bóers por mi captura.

—No hay duda que era un buen precio... cinco mil libras. Compare con mis... veinticinco libras muerto o vivo. ¿Qué le parecería a usted de eso? (1).

Leyó el papel, y al terminar lanzó una fuerte carcajada. Toda su irritación desapareció. Sostuvimos una conversación amistosa, y desde entonces—aunque debo reconocer que íntimamente existió siempre un abismo entre nosotros—jamás, en lo que yo recuerdo, perdimos la base de una mutua inteligencia.

Michael Collins cumplió su palabra en sus relaciones con el Gobierno inglés. Los esfuerzos y presiones hechos sobre él fueron a veces increíbles. Amenazado siempre de muerte por aquellos cuyos métodos él conocía perfectamente, acusado de traición y perjurio por siniestros confederados, que recordaban la docena de conspiradores muertos en expiación de tales delitos, conmovido hasta lo más profundo de su ser por las violentas alternativas que pugnaban en su interior, dominado por su propio temperamento impulsivo, se mantuvo, sin embargo, fiel a su compromiso con el Gobierno que durante tanto tiempo había odiado, pero en el cual, finalmente, aprendió a confiar. Se propuso que el nombre de Irlanda no se deshonrase por la ruptura del Tratado hecho con toda buena fe y con toda buena voluntad.

—Espero—me dijo cuando estábamos a punto de terminar—que me matarán pronto. Será una colaboración más. Mi muerte prestará a la paz mayores servicios que mi vida.

Iba, en efecto, a sellar pronto con su sangre el Tratado de Reconciliación. «Amor a Irlanda» son las palabras que

(1) Jamás tal recompensa había sido ofrecida por el Gobierno británico. Pero yo no lo sabía entonces.

sir John Lavery inscribió en su cuadro del *leader* irlandés muerto. Son merecidas, pero con ellas también deberían escribirse estas otras: «A Inglaterra, honor y buena voluntad.» Un gran acto de fe se había realizado a ambos lados del canal, y por este acto esperábamos cordialmente que la maldición de los siglos cesase por fin.

EL GOBIERNO PARLAMENTARIO Y EL PROBLEMA ECONÓMICO (1)

El título de esta conferencia podría sugerir conexiones con actuales controversias del partido. Desechad de vuestro espíritu tales aprensiones. Una vez ocupada la tribuna académica, me presento ante vosotros como un buscador de la verdad; y si por fortuna en esa búsqueda lograse descubrir algún vislumbre del más evidente aspecto de certeza, entonces el investigador no vacilaría en convertirse en guía.

Ha sido generalmente admitido hasta tiempos muy recientes que la mejor manera de gobernar los Estados es hablando. Un conjunto de personas, que representan o que pretenden representar a la nación, se congregan para discutir frente a frente nuestros asuntos. El público en general, habiendo tenido forzosamente que escoger a estas personas entre todas aquellas que se le presentaron, se somete a su opinión, no sin ciertos recelos y remilgos. El público está acostumbrado a obedecer las decisiones del Parlamento, y los gobernantes, que descansan sobre una mayoría parlamentaria, no se asustan de usar de la violencia contra los recalcitrantes. Pueden no ser los ingleses los inventores de este método, pero son indudablemente los que lo han patentado. Aquí en esta isla han brotado y crecido todas esas instituciones representativas y parlamentarias que tantos países, lo mismo nuevos que viejos, han adoptado y que aún mantienen el campo en las más poderosas comunidades del mundo.

---

(1) Este capítulo fué entregado a la Universidad de Oxford para colaborar en las conferencias celebradas en el Sheldonian Theatre el 19 de junio de 1930. Ya fué publicado por la Prensa de Clarendon, y se publica aquí con permiso de aquella Universidad.

Sin embargo, hemos visto que este sistema de gobierno parece perder mucho de su autoridad cuando se basa sobre el sufragio universal. Tan varios, extraños y no escritos procedimientos se interponen entre el elector y la asamblea, y esta asamblea misma está sometida a tan ajenas presiones, que la famosa frase «Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo» se ha comprobado en numerosas circunstancias ser una mera ilusión. Muchos de los parlamentarios erigidos con tan halagüeñas esperanzas en Europa durante el siglo XIX han sido derribados durante el primer cuarto de la centuria actual. La democracia se ha despreocupado de aquellas instituciones que sirvieron para establecer su propio estatuto político. Parece pronta a ceder los tangibles derechos ganados en arduas luchas a través de siglos, a organizaciones de partido, a ligas y sociedades, a jefes militares, o a dictaduras de varias formas. Sin embargo, nosotros podemos decir que las instituciones representativas gozan aún de amplio consenso en la opinión mundial. Las instituciones representativas en los Estados Unidos se han manifestado casi por completo a través del mecanismo de los partidos; pero aquí entre nosotros, aunque la organización partidista es necesaria y poderosa, la concepción parlamentaria es todavía predominante.

Yo veo el Parlamento inglés—y particularmente la Cámara de los Comunes—como la única entidad activa y gobernante entre los senados y congresos del mundo; como el más expedito conducto de la opinión pública; como la arena—quizá afortunadamente la revuelta arena—del inevitable conflicto social y de la lucha de clases; como el colegio dentro del cual se escogen los ministros de Estado; y, hasta ahora, como el sólido e inquebrantable cimiento del poder ejecutivo. Considero que estas instituciones parlamentarias son incomparablemente preciosas para nosotras; parecen establecer, sobre todo extremo, la más estrecha asociación lograda hasta el día entre la vida del pueblo y la acción del Estado. Poseen ostensiblemente una ilimitada capacidad de adaptación y constituyen un efectivo tope para toda forma de violencia revolucionaria o

reaccionaria. Debería ser un deber para todo súbdito fiel el preservar la salud vigorosa de esas instituciones, guardarlas contra la usurpación de las fuerzas exteriores y revivificarlas de generación en generación con los brotes del talento, del interés y de la estimación nacional.

Preciso es, sin embargo, reconocer oportunamente el gran cambio que ha experimentado desde la guerra nuestra vida pública en la Gran Bretaña. Antes de ella, las luchas parlamentarias eran de carácter político y social. Los partidos se combatían ardorosamente sobre una serie de problemas bien conocidos y de querellas convencionales, y la vida de la nación fluía bajo esta agitada espuma. Despues de la guerra, las cuestiones ya no son políticas, sino económicas. Ya no se trata de un partido luchando contra otro, ni de un grupo de políticos suplantando a otro grupo. Se trata de gobiernos sucesivos afrontando problemas económicos y siendo juzgados en la porfía por el éxito o el fracaso con que los resuelven. La nación no se interesa por la política, sino por la economía. Tiene en su mano el sistema político que necesita; lo que ahora pide es más dinero, mayor bienestar, trabajo normal, aumento de comodidades, prosperidad material.

Advierte que no participa en el desarrollo del mundo moderno y que está perdiendo su relativa posición. Estima que la ciencia y la mecánica deben procurarle más rápidos progresos. Se queja de que los fenómenos de producción, consumo y trabajo están mal relacionados en nuestro país. Se vuelve al Parlamento pidiéndole una orientación; y el Parlamento, aunque voluble en tantas materias, en este tópico supremo se mantiene mudo.

Jamás hubo un cuerpo más capaz para ofrecer soluciones políticas que la Cámara de los Comunes. Su organismo ha resistido el embate de las más violentas contiendas. Su larga tradición, su personalidad colectiva, la flexibilidad de su procedimiento, su vida social, sus convenios inviolables a pesar de no estar escritos en parte alguna, han hecho de él un organismo más eficaz para todo propósito de asimilación que ninguno de los que hay memoria. Los caballeros *whigs* y *tories* del siglo XVIII y los re-

presentantes por derecho propio o vástagos de la nobleza han dado lugar a las clases medias y mercantiles, y éstas, a su vez, han recibido en su seno centenares de trabajadores.

Sin embargo, aunque el elemento humano ha sufrido estos cambios sustanciales, la naturaleza y el espíritu de la asamblea son los mismos. Podemos estar seguros de que si Fox o Burke, si Disraeli o Gladstone, volviesen hoy se encontrarían en unos pocos meses completamente a sus anchas y sin demora reclamarían sus puestos correspondientes. Y hasta podrían hallarlos en facilísima conquista. En el período presente, la Cámara de los Comunes se encuentra empeñada en digerir y asimilar un gran partido nuevo fundado, en teoría al menos, sobre la base del trabajo manual. Es un manjar muy pesado y el proceso de deglución requiere su tiempo. El boa-constrictor constitucional que lleva devorado los asnos de tantas generaciones sólo precisa el tiempo razonable para convertir en su propio alimento y provecho casi unos cuantos conejos.

Y análogamente, la Cámara de los Comunes doma, calma, instruye, reconcilia y atrae a las instituciones fundamentales del Estado hombres de toda clase y condición ¡y hasta mujeres! Pero estos últimos sabrosos bocados no son siempre tan tiernos como se supondría. Desde un punto de vista general, podemos decir, en cuanto se relaciona con la política práctica, que la Cámara de los Comunes no tiene rival.

Pero la cosa es distinta en cuanto a los problemas económicos. Miembros elegidos como resultado de antagonismos y sectarismos de clase y de partido pueden encontrar en el Parlamento el medio de ajustar sus diferencias y de facilitar un continuo procedimiento que opere los cambios necesarios en la vida nacional. Las cuestiones políticas pueden ser arregladas en gran parte por el número de votos y por el reconocido tejemaneje electoral. Pero uno siente la duda de si será posible resolver nuestros problemas económicos por tales métodos. Y hasta se le puede a uno permitir que dude de que las instituciones basadas en el sufragio adulto sean capaces de llegar a soluciones justas

sobre los complicados problemas de las finanzas y los negocios modernos.

Desde luego, si la Cámara de los Comunes se encerrase a debatir durante tres o cuatro semanas una larga y meditada serie de resoluciones sobre la nueva y seria situación económica actual de esta isla, y del Imperio cuyo corazón es, podría suceder que cuando se abrieran las puertas alguien saliese con un plan audaz y con una mayoría resuelta. Pero el intento de encontrar el mejor camino para salir de nuestras dificultades económicas buscándolo en las proclamas apremiantes de una elección popular o en los prejuicios contrarios a esas propagandas, no conducirían sin duda a ningún resultado satisfactorio. Y, sin embargo, necesitamos seriamente y con la posible urgencia encontrar una política nacional que infunda nuevo vigor a nuestra vida económica y realice los más rápidos progresos en el bienestar material del pueblo entero. Y podría muy bien suceder que las medidas que en el curso de varios años sirviesen para mejorar nuestra posición económica actual y abriesen los amplios cauces del futuro fueran extraordinariamente impopulares, y que ningún partido—aunque poseyese su secreto—fuera capaz de llevar a buen puerto su política frente a la oposición de los otros. En realidad, acaso pueda afirmaros con certeza que nada de lo que es popular y apto para reunir gran número de votos logrará hacer lo que se precisa y ganar el premio que todos desean.

Examinemos ahora algunas de las soluciones económicas sobre las que nuestros partidos contienden tan clamorosamente y acerca de las cuales abrigan honradas dudas gran número de personas inteligentes.

Las doctrinas económicas clásicas han encontrado su ciudadela por cerca de un siglo en la Tesorería y en el Banco de Inglaterra. En su prístino vigor, esas doctrinas comprenden, entre otros, los siguientes dogmas: Libertad de importación, haciendo caso omiso de lo que las otras naciones pueden practicar y de las consecuencias que pueda tener para cualquier industria o interés particular dentro del país. Implacable imposición directa para el pago

de la deuda sin consideración a los efectos que tales impuestos puedan producir sobre los individuos, sus empresas o su iniciativa. Rigurosas economías de toda clase de gastos, tanto sociales como militares. Austera defensa de los derechos del acreedor nacional o privado y pleno y efectivo cumplimiento de todas las obligaciones. Profana desconfianza de las industrias protegidas por el Estado de cualquier forma que sea, o de los empréstitos del Estado con propóstio de remediar el paro. Absoluta confianza en las empresas particulares no protegidas por el Estado ni dependientes de él. Estos principios, y otros análogos, forman parte de una concepción económica general, amplificada y difundida en todos los libros de texto victorianos y respaldada por las más modernas, corrientes y salientes historias.

Sea cualquiera nuestra opinión acerca de esas doctrinas —y yo no estoy ahora pronunciándome sobre ellas—, podemos ver claramente que no corresponden a lo que en la actualidad está sucediendo. Sin duda, cada partido político recoge maquinalmetne de esas tablas de la ley económica los principios que estima serán más del agrado de la multitud que le vota o que espera que le vote. Ignora o infringe los otros, y después procede a vanagloriarse de su ortodoxia. Pero el crecimiento de la opinión pública, o mejor, de la opinión votante, rechaza violenta e instintivamente muchos artículos de ese sólido credo. Nadie admitirá, por ejemplo, que los sueldos deben regularse solamente por las oscilaciones del mercado. Nadie convendrá en que al problema de la moderna dislocación mundial de la industria, causada por nuevos procedimientos, desarrollo de nuevas energías, progreso de las comunicaciones internacionales o de las especulaciones gigantescas, se le hará frente tan sólo con predicar economía y celo a los trabajadores desplazados. Pocos reconocerán que la empresa privada es el único medio por el cual pueden ser lanzados o conducidos los empeños económicos fructíferos. El convencimiento contrario es general sobre todos estos puntos, y la práctica ha sobrepujado con mucho a la convicción. El clima de opinión en que vivimos hoy asigna la mayor importan-

cia al nivel mínimo de vida y trabajo. Se acepta generalmente que el humilde trabajador local debe ser protegido o asegurado contra excepcionales y externas perturbaciones. Se admite cada día con más generalidad que el Estado debe intervenir en la industria, según unos, por tarifas; según otros, por créditos; algunos dicen que por control directo, y todos por la regulación del trabajo; y ya existen instituciones legales de gran alcance sobre algunas de estas materias. Los gastos para fines sociales y benéficos han crecido enormemente. Los impuestos directos se han elevado a alturas jamás soñadas por los viejos economistas y hombres de Estado, y a estas alturas se han producido considerables reacciones de carácter antieconómico y a veces hasta vicioso. Nos hallamos en presencia de formas nuevas que no existían cuando los libros de texto fueron escritos. Producense cambios violentos entre los precios del mundo y los de las localidades donde está situada la dirección de las industrias privadas; todo ello agravado por la marea creciente de la población inglesa y de la capacidad de consumo. Hay la fuerza de las vastas acumulaciones de capital que prevén y predicen las inversiones remuneradoras en nuevas regiones o con nuevos procedimientos. Obtiénense notables economías, con su consecuente predominio en la competencia, merced a una científica producción en masa. Existe la vasta red de convenios y consorcios industriales que ha crecido pujante e irrespetuosa de fronteras, sentimientos patrióticos y leyes fiscales. Todos esos son nuevos factores. Los ejemplos podrían ser multiplicados, pero los creemos suficientes. Lo que resulta cierto es que los problemas económicos que tenemos que afrontar no se resuelven adecuadamente, mejor diríamos que no se resuelven de ninguna manera, con las enseñanzas de los libros de texto por grande que sea su lógica y por ilustres que sean sus autores.

Pero ante nosotros se presenta una tarea más ardua que la simple demolición de las viejas conclusiones establecidas. Puede muy bien suceder que tales conclusiones sean firmes, que sean los verdaderos cimientos del palacio en que habremos de esablecer algún día nuestra morada.

Nuestra tarea no consiste en destruir esas fundaciones y arrojarnos sus fragmentos como proyectiles en la lucha de partidos. Nuestra tarea es construir sobre ellas otro piso tan simétrico, bien proporcionado y unificado como el antiguo. Éste, pues, y nada más que éste, es el difícil logogrifo que ahora se presenta a nuestras vetustas y admirables instituciones parlamentarias y a los asendereados directores o conductores de nuestros partidos políticos. Si las doctrinas de los viejos economistas ya no sirven para los propósitos de nuestra sociedad, deben ser reemplazadas por un nuevo cuerpo de doctrina, igualmente congruente y por igual modo ajustado a un tema general. No hay razón para que el nuevo sistema esté en desacuerdo con el anterior. Hay muchas, en cambio, para que deba ser una aplicación consecuente y subsidiaria de aquél, aunque mucho más compleja.

Trataré de ilustrar rápidamente mi aserto. Por una parte se nos dice que las importaciones perjudican nuestra prosperidad, y que debemos abstenernos de ellas, o, por lo menos, reducir su volumen. Algo por el estilo, como recordaréis, nos hicieron los submarinos alemanes durante la guerra. Por otro lado, existe la opinión de que más nos favorece lo que viene a la isla que lo que de ella sale, que negarse a las importaciones es rehusar el pago de nuestras exportaciones y, por consiguiente, impedirlas, y que impedirlas es negarse a recibir el interés de nuestras inmensas inversiones en el extranjero. Por tanto, se concluye: cuanto más importaciones, mejor. Pero ¿por qué habríamos de aceptar esta escueta dicotomía? ¿Por qué no podríamos, por un proceso de selección, hacer que mientras la importación se mantiene o se incrementa, se cambiase su carácter y se lograse una diferente proporcionalidad de las comodidades que produce y de los orígenes de donde procede? Lo que se requiere no es un simple sí o no: es un proceso de discriminación basado sobre principios sistemáticos. Estos principios existen sin duda; pero es casi imposible que sean descubiertos y aplicados a la regulación de importaciones y exportaciones por candidatos parlamentarios que prometen la protección de sus industrias

locales, o por ministros que tienen que otorgar favores a distritos mineros de cuyo apoyo disfrutan.

Ésta es, evidentemente, una materia que requiere una decisión elevada, fría, y técnica, desapasionada y desinteresada. Es una materia que precisa normas inflexibles a las cuales los intreses locales e individuales tengan que amoldarse.

No puedo creer que los verdaderos principios sean descubiertos por nuestras excelentes instituciones parlamentarias y electorales, ni aunque se hallen guiadas por nuestra leal y enérgica Prensa. Podríamos tener unas elecciones generales en las que ocho millones de votantes gritasen lo que se les había enseñado a cantar a coro: «Haced pagar al extranjero»; y otros ocho millones cantasen al unísono: «Dad al pobre el dinero del rico y así aumentaréis la capacidad de consumo»; y cinco millones más entonasen: «Vuestros alimentos os costarán más.» Podríamos tener todo esto; ¡y probablemente lo tendremos! Pero aún así estaremos muy lejos de ser los más prudentes y los mejores.

Más allá de nuestras dificultades inmediatas radica el problema de la moderna economía mundial: es decir, la extraña discordancia entre la capacidad de producción y la de consumo. ¿No resulta asombroso que con toda nuestra ilustración y ciencia, con los rápidos y fáciles medios de comunicación y correspondencia que existen por todo el mundo, las más poderosas y mejor organizadas colectividades continúen siendo el juego y la presa de estas adversas corrientes? ¿Quién hubiera pensado que sería más fácil producir con herramientas e ingenio todas las comodidades más necesarias o apetecibles que encontrar consumidores de ellas? ¿Quién hubiera pensado que la ciencia y la civilización del mundo serían incapaces de utilizarlas? ¿Todos los triunfos que la investigación y la ciencia nos han proporcionado, serán víctimas de un nuevo castigo...: la maldición de la abundancia? ¿Tendremos realmente que llegar a creer que no hay posibilidad de mejor ajuste entre la oferta y la demanda? El hecho cierto es que cuantos intentos se hicieron para lograrlo han fracasado. Y muchos

han sido hechos, desde los extremos del comunismo ruso hasta las exageraciones del capitalismo norteamericano. Incluyen todas las formas de política social y monetaria. Pero todas han fallado y podemos decir que en estos asuntos hemos adelantado muy poco en relación con los tiempos bárbaros. Realmente debiera ser sobre estas quiebras y estas fisuras en la base de todos nuestros arreglos y mecanismos económicos donde se concentrasen las más agudas mentes del mundo. Duradera fama y gran provecho redundaría sobre la nación que ganase el premio. Pero de nuevo es dedudoso que a ello pudiesen aportar decisiva y eficaz contribución la democracia, el Gobierno parlamentario o las elecciones generales.

¿No somos capaces de una más elevada y compleja política financiera y fiscal? ¿No somos capaces de crear un cuerpo uniforme de doctrina adaptado a nuestras condiciones y necesidades actuales? Tal sistema de política ¿no podría ser presentado y adoptado sobre una base nacional y no de partido? Y una vez ideado, no podría ser sustraído al barullo político y llevado rectamente a la práctica por el abrumador consentimiento nacional? He aquí entonces un grave escollo para el Parlamento. Muchos peligros amenazan las instituciones representativas desde que se confiaron al sufragio universal. Esas amenazas están a la derecha y a la izquierda. Vemos ejemplos de ello en la Europa actual. Pero el sistema parlamentario inglés no será derrocado por la agitación política, porque de eso es de lo que especialmente entiende. Morirá tan sólo cuando se muestre incapaz de resolver alguna imperativa y fundamental necesidad económica, y tal amenaza está planteada ahora.

Debe observarse que los problemas económicos, contrariamente a lo que sucede con los políticos, no pueden ser resueltos por ninguna manifestación, por vehemente que sea, de la voluntad nacional, sino por la vía de la acción adecuada. No podéis curar el cáncer por una mayoría de votos. Lo que precisáis es un remedio. Todo el mundo sabe lo que el pueblo desea: desea mayor prosperidad. ¿Cómo lograrla? Ésa es la ardua cuestión, y ni los electo-

res ni los representantes son competentes para contestarla. Los gobiernos de los partidos que se agitan en la esfera política no son libres de proclamar cuál es, en su totalidad, el remedio propio, ni aunque lo supiesen lo proclamarían. Toda clase de progresos políticos pueden publicarse en una elección, y cada uno puede contener alguna parte de verdad. Pero ninguno en sí mismo nos proporcionará la clave. Por esa razón, la opinión pública se está inclinando hacia el tratamiento del tema en líneas nacionales y no de partido. Los jefes de partido—se nos dice—deberían reunirse y llegar a una política común. Pero estos jefes, que tienen su razón de ser en la esfera política, no podrían hacer mucho más en esa conferencia que restablecer en términos corteses las bien conocidas diferencias y antagonismos que representan.

Parecería, pues, que si se examinase este grave y apremiante problema a nueva luz, ese examen debería realizarse en primera instancia por una corporación apolítica completamente libre de las exigencias partidistas y compuestas de personas poseedoras de especiales aptitudes en materias económicas.

Obraría cuerdamente, por tanto, el Parlamento que crease tal cuerpo, como subordinado suyo y prestase a sus deliberaciones el máximo apoyo posible. El espectáculo de un subparlamento económico que debatiese día tras día, desentendiéndose sin recelo de la opinión pública, las más discutidas cuestiones de Hacienda y de Tráfico, y lograse conclusiones por votación, sería una novedad, pero una novedad susceptible de ser adoptada por nuestro flexible sistema constitucional. No veo la razón por qué el Parlamento político no habría de elegir, en proporción a sus agrupaciones de partido, un Parlamento económico subordinado, que podría constar de una quinta parte del número de sus miembros y estar compuesto de personas de gran competencia en asuntos técnicos y económicos. Esta medida goza de mucho favor en Alemania. No veo la razón por qué esta asamblea no habría de debatir a la luz del día las graves soluciones económicas que nos acucian y afligen, sin dárseles un ochavo por saber quién ganó

las elecciones o quién anunció con más altas voces el remedio del paro obrero. No veo por qué razón el Parlamento económico no llegase en su día a suscitar mayor interés que el Parlamento político; y por qué éste no habría de asistirle con su preparación y experiencia en métodos de procedimiento y debate. Lo que se necesita es un nuevo *personal* adaptado a la tarea que haya de realizar y prosiguiéndola día tras día sin distraerse en otros asuntos y sin miedo, afecto ni favor. Las conclusiones de tal cuerpo, aunque carentes por sí mismas de fuerza legal, podrían muy bien, si lograban el consenso de la opinión pública, proporcionarnos una visión comprensiva y unificada, y de gran autoridad y alta pericia, que podría después ser remitida en su integridad a la esfera política.

Permitidme recapitular ahora el razonamiento que os he sometido sobre este aspecto de la ciencia del Derecho público. El problema económico es, para Gran Bretaña y su Imperio, urgente, vital y dominante. En la actualidad no existe un mecanismo constitucional capacitado para resolverlo con la debida competencia y sin influencias y antagonismos políticos. La Cámara de los Comunes, sobre la que la nación tiene puestas sus miradas ansiosas en demanda de solución, no es adecuada para cumplir tal cometido por las condiciones y el carácter que gobiernan su vida. Sin embargo, esa tarea tiene que realizarse. La Gran Bretaña es insuperable, y no podrá por menos de fraguarse una ruta a través de sus dificultades. El Parlamento está sometido a prueba y si en esta coyuntura se sigue mostrando incapaz de ofrecer una guía sincera y efectiva, nuestras instituciones parlamentarias, tan admirables en la esfera política, pueden muy bien caer bajo una condenación trascendental. Si el Parlamento y los ministros que de él dependen no pueden proclamar una nueva política, se plantea la cuestión de si deberían crear o no, mientras queda tiempo, un nuevo instrumento especialmente adaptado a aquel propósito, y delegar en él los necesarios poderes y facilidades.

Espero que habréis de hallar justificado el que yo venga hoy a molestar vuestra atención con estas apremiantes cuestiones. Estos azarosos años que estamos viviendo no

son menos graves para nosotros que los años de la gran guerra. Pertenecen al mismo período. Las grandes cimas victoriosas que el Imperio británico alcanzó en aquella contienda se están perdiendo, han sido perdidas ya en gran parte en los años que siguieron a la paz. Vemos a nuestra raza, dudosa en su misión y desconfiando de sus principios, incierta en sus propósitos, navegando a la deriva a merced de las corrientes de un revuelto océano. La brújula ha sufrido avería. Las cartas de marear están anticuadas. La tripulación tiene que turnar en el cargo de capitán: y cada capitán, antes de cada movimiento del timón, ha de someterlo a votación, ya no sólo entre los tripulantes, sino entre el número siempre creciente de pasajeros. Y, sin embargo, dentro de este bajel residen todo el poderío y renombre de la raza inglesa y todos los tesoros de todos los pueblos de la quinta parte del globo habitable.

Tome esta universidad su parte en el empeño de elevar nuestro pensamiento económico a la altura de la situación que tenemos que arrostrar y participe después en el logro de la acción eficaz, sin lo cual tal pensamiento es vano.

¿NOS SUICIDAREMOS TODOS? (1)

La historia de la raza humana es la guerra. Excepto algunos breves y precarios interludios, jamás ha habido paz en el mundo; y antes de que la historia empezase, la lucha mortífera era universal e inacabable. Pero hasta el tiempo presente los medios de destrucción puestos al alcance del hombre no guardaban proporción con su ferocidad. El exterminio recíproco era imposible en la Edad de Piedra. No se puede hacer mucho con una grosera maza. Además, los hombres eran tan escasos y se ocultaban tan bien, que les costaba trabajo encontrarse. Corrían tanto que era difícil cogerlos. Las piernas humanas sólo pueden cubrir una cierta distancia cada día. Con la mejor buena voluntad del mundo para destruir su especie, cada hombre se hallaba circunscrito a un área muy limitada de actividad. Sobre estas bases era muy difícil hacer ningún progreso efectivo. Al mismo tiempo, era preciso vivir y cazar y dormir. Y así, las fuerzas de la vida llevando gran ventaja sobre las fuerzas de la muerte, tribus, aldeas y gobiernos, se fueron gradualmente desarrollando.

El esfuerzo destructor entró entonces en una nueva fase. La guerra se convirtió en una empresa colectiva. Construyéronse caminos que facilitaron el movimiento de gran número de hombres. Organizáronse ejércitos. Ideáronse muchos progresos en las herramientas de matar. El uso de los metales, y particularmente del acero, para pinchar y cortar carne humana, abrió prometedores horizontes. Arcos y fechas, hondas, carros, caballos y elefantes prestaron su valioso concurso. Pero de nuevo empezaron a actuar aquí otras series de obstáculos. Los gobiernos no eran suficientemente seguros. Los ejércitos propendían a violentas

(1) Publicado en 1925.

discordias intestinas. Era extraordinariamente difícil alimentar a un gran número de hombres una vez reunidos, y por consiguiente el esfuerzo destructor llegó a ser incierto y hallábase tremendamente embarazado por la deficiente organización. Por eso, de nuevo en el balance de la vida hubo un saldo de crédito a su favor. El mundo rodó hacia adelante y la sociedad humana alcanzó otra más vasta y más compleja edad.

No fué sino hasta la aurora del siglo XX de la era cristiana cuando la guerra empezó a entrar realmente en su reino como destructor potencial de la raza humana. La organización del género humano en grandes estados e imperios y el surgir de las naciones a la plena conciencia colectiva, permitieron que las empresas de matanza se planeasen y ejecutasen en una escala y con una perseverancia jamás hasta entonces imaginada. Todas las más nobles virtudes de los individuos fueron coleccionadas para reforzar la capacidad destructora de la masa. Grandes tesoros públicos, los recursos del crédito y del comercio mundiales, la acumulación de enormes reservas de capital, hicieron posible polarizar las energías de los pueblos, durante largos períodos, hacia la tarea de devastación. Las instituciones democráticas dieron expresión a la voluntad de millones de hombres. La instrucción no sólo trajo el curso del conflicto a conocimiento de todos, sino que hizo a cada persona útil en alto grado para el cometido que se le asignaba. La Prensa proporcionó un medio de unificación y de mutuo estímulo; la religión, esquivando discretamente el conflicto sobre lo fundamental, ofreció sus estímulos y consuelos, en todas sus formas, imparcialmente, a todos los combatientes. Por último, la ciencia descubrió sus tesoros y sus secretos ante las desesperadas demandas de los hombres y puso en sus manos medios y aparatos de carácter casi decisivo.

En consecuencia, muchos nuevos aspectos se presentaron. En lugar de dedicarse simplemente a hacer morir de hambre a ciudades fortificadas, naciones enteras fueron sometidas a su reducción por ese mismo procedimiento. La población íntegra, fuese cualquiera la capacidad del país,

tomó parte en la guerra; todos eran igualmente objeto de ataque. El aire abrió rutas a través de las cuales la muerte y el terror podían ser llevados mucho más allá de las líneas de los ejércitos combatientes, a mujeres, niños, ancianos y enfermos que, en anteriores contiendas, habían permanecido indemnes. Maravillosas organizaciones de ferrocarriles, barcos y vehículos de motor colocaban y mantenían continuamente en acción a decenas de millones de hombres. La medicina y la cirugía, con su admirable desarrollo, los devolvía una vez y otra a los mataderos.

No se ahorró nada que pudiese contribuir al proceso de destrucción. El último estirón agónico de pierna era aprovechado como de utilidad militar.

Pero todo lo que sucedió en los cuatro años de la gran guerra no fué más que un preludio de lo que se estaba preparando para el quinto. De haberse realizado la campaña del año 1919, demostraría un inmenso progreso en la capacidad de exterminio. Si hubiesen los alemanes sostenido la moral para hacer bien su retirada al Rin, habrían sido atacados en el verano de 1919 con fuerzas y métodos incomparablemente más prodigiosos que los hasta entonces empleados. Millares de aeroplanos hubiesen arrasado sus ciudades. Veintenas de miles de cañones hubieran abrasado sus frentes. Estábanse haciendo a la sazón preparativos para transportar simultáneamente hacia los frentes a un cuarto de millón de hombres con sus equipos y material de guerra, en vehículos mecanizados para avances diarios de diez a quince millas. Gases tóxicos de increíble virulencia, contra los cuales sólo era eficaz una máscara secreta (que los alemanes no tendrían tiempo de obtener), habría sofocado toda resistencia y paralizado toda vida en el frente hostil sometido al ataque. Sin duda también los alemanes tenían su plan. Pero la hora de la cólera había pasado. La orden de cesar el fuego fué dada, y los horrores de 1919 yacen encerrados en los archivos de los grandes antagonistas.

La guerra terminó tan súbita y universalmente como había empezado. El mundo levantó la cabeza, contempló la escena de ruina, y vencedores y vencidos respiraron. En

un centenar de laboratorios, en un millar de arsenales, fábricas y oficinas los hombres se irguieron de golpe, abandonando la tarea en que habían estado absortos. Allí quedaron sus proyectiles inacabados, irrealizados; pero se conservó su saber: sus datos, cálculos y descubrimientos fueron reunidos y archivados para «referencias futuras» en los Ministerios de la Guerra de cada nación. No se hizo jamás la campaña de 1919; pero sus ideas siguen en marcha. En todos los ejércitos están siendo explorados, elaborados, perfeccionados bajo la superficie de la paz, y si de nuevo la guerra asolase al mundo, no sería con las armas y medios preparados para 1919 con los que se combatiría, sino con otros, perfeccionados y más amplios que serán incomparablemente más formidables y fatales.

Fué en estas circunstancias como entramos en ese período de agotamiento que ha sido descrito como de paz. Ello nos proporciona, de todos modos, la oportunidad de echar un vistazo a la situación general. Ciertos hechos sombríos emergen sólidos, inexorables, como relieves de montañas entre la niebla circundante. Quedó establecido que de aquí en adelante las poblaciones íntegras tomarán parte en la guerra, contribuyendo todas con el máximo de sus posibilidades, todas sujetas a la furia del enemigo. Quedó establecido que las naciones que creen que su vida está en juego no se abstendrán de usar ningún medio que asegure su existencia. Es probable—no, cierto—que entre los medios que estén la próxima vez a su disposición figuren mecanismos y procedimientos de destrucción al por mayor, ilimitados y, quizás, una vez lanzados, incontrolables.

Jamás se ha encontrado el género humano en tal situación. Sin haber progresado apreciablemente en virtud, sin haber logrado gozar de una guía más sabia, logra tener entre sus manos por primera vez las herramientas mediante las cuales pueden realizar infaliblemente su propio exterminio. He ahí el punto del humano destino a que han conducido todas las glorias y todos los afanes del hombre. Haría bien en detenerse un poco y meditar sobre sus nuevas responsabilidades. La muerte está atenta, obediente, expectante; preparada a servir, propicia a segar los pue-

blos *en masse;* dispuesta, si la llaman, a pulverizar, sin restauración posible, lo que quede de civilización. Sólo espera la voz de mando. Y la espera precisametne de un ser frágil y extraviado, durante mucho tiempo su víctima y ahora—para una ocasión solamente—su amo.

No pensemos ni por un momento que el peligro de otra explosión en Europa ha pasado. Por ahora, el estupor y el colapso que siguieron a la guerra mundial aseguran una pasividad sombría; y el horror a la guerra, sus matanzas y tiranías, han penetrado en las almas, han dominado las mentes de todas clases y razas. Pero las causas de la guerra no han desaparecido de ningún modo; al contrario, se hallan en algunos aspectos agravados por los llamados tratados de paz y las reacciones que provocan. Dos frondosas ramas de la familia europea jamás estarán satisfechas de su situación actual. Rusia, despojada de sus provincias bálticas, añorará incesantemente, al pasar de los años, las guerras de Pedro el Grande. De un extremo a otro de Alemania, un inmenso odio a Francia une a la población entera. Los enormes contingentes de la juventud alemana llegados año tras año a la edad militar, hállanse animados de los más feroces sentimientos, y el alma de Alemania arde lentamente en sueños de una guerra de liberación y de venganza. Estas ideas están cohibidas en el momento actual sólo por razones de física impotencia. Francia está armada hasta los dientes. Alemania ha sido en gran medida desarmada y su dispositivo militar deshecho. Los franceses esperan conservar esta situación gracias a su aparato técnico militar, al escudo de sus fortalezas, a sus tropas negras, a un sistema de alianza con más pequeños Estados de Europa; y, por el momento, una fuerza arrolladora está sin duda de su parte. Pero la fuerza física sola, sin el apoyo de la opinión del mundo, no proporciona un duradero cimiento de seguridad. Alemania es, con mucho, una entidad más fuerte que Francia, y no puede ser mantenida en permanente subyugación.

«Las guerras—me decía hace años un norteamericano distinguido—son ganadas con acero; pueden cambiar las armas, pero el acero sigue siendo el corazón de la guerra

moderna. Francia tiene el acero de Europa y Alemania lo ha perdido. Éste, por lo menos, es un elemento de permanencia.» «¿Está usted seguro—le pregunté—de que las guerras futuras se harán con acero?» Pocas semanas después hablaba yo con un alemán. «¿Qué piensa usted del aluminio?», le pregunté. «Algunos creen—dijo—que la próxima guerra se hará con la electricidad.» Y sobre esto se abre un panorama de rayos eléctricos que pueden paralizar los motores de los automóviles, precipitar los aeroplanos desde el cielo, y, posiblemente, destruir la vida humana o la humana visión. Vienen después los explosivos.

¿Hemos llegado al fin? ¿Ha vuelto sobre ellos la ciencia su última página? ¿No puede haber métodos incomparablemente más intensos que los hasta ahora descubiertos para usar el poder explosivo? ¿No se podrá encontrar una bomba no mayor que una naranja poseedora de una fuerza secreta capaz de destruir una manzana de casas, y aun mejor concentrar la energía de mil toneladas de cordita y arrasar una ciudad de un golpe? ¿No podrían los explosivos, aun siendo del mismo tipo que los actuales, ser guiados automáticamente en máquinas voladoras por telegrafía sin hilos u otros medios, sin piloto humano, en procesión incesante sobre una ciudad hostil, un arsenal, un dique o un campamento?

En cuanto al gas deletéreo y a la guerra química en todas sus fuerzas, sólo se ha escrito el primer capítulo de un libro terrible. Es seguro que todos esos medios de destrucción están siendo estudiados a un lado y otro del Rin, con toda la ciencia y paciencia de que el hombre es capaz.

¿Y por qué habría de suponerse que esos recursos quedarán limitados a la química inorgánica? Un estudio de las enfermedades—de las epidemias metódicamente preparadas y deliberadamente lanzadas sobre hombres y bestias—está sin duda realizándose en los laboratorios de más de un gran país. El timón para destruir las cosechas, el ántrax para matar caballos y ganados, plagas para infestar no solamente ejércitos, sino distritos enteros... tales son

ciertamente las líneas entre las cuales la ciencia militar avanza implacablemente.

Es evidente que mientras una guerra llevada por ambos contendientes en esas condiciones acarrearía la ruina del mundo y la disminución inconmensurable de la raza humana, la posesión por una sola de las partes de una abrumadora superioridad científica conduciría al esclavizamiento total del contendiente desprovisto de ella. No solamente las fuerzas que hoy tiene el hombre en su mano son capaces de destruir la vida de naciones, sino que por primera vez proporcionan a una colectividad civilizada la oportunidad de reducir a sus contrarios a la más absoluta impotencia.

En los tiempos bárbaros, para lograr una supremacía se precisaba superiores virtudes marciales—fuerza física, valor, inteligencia, disciplina—; y en la ardua evolución del género humano los grupos mejores y más bien dotados iban a la cabeza. Pero esa garantía salvadora no existe hoy.

No hay razón para que una raza vil, degenerada, inmoral, no pueda hacer de un enemigo superior en calidad el vasallo postrado ante su capricho o su tiranía, simplemente porque haya llegado a poseer en un momento dado un nuevo procedimiento de exterminio y de terror y sea inexorable en su empleo. Las libertades de los hombres ya no están protegidas por sus cualidades naturales, sino por sus ardides, y el superior valor y la excelsa virtud pueden ser presa fácil de la última treta diabólica.

En los sombríos caminos de la ciencia destructora hubo un momento crítico que parecía prometer un correctivo a esas mortíferas tendencias. Podría esperarse que las ondas electromagnéticas fuesen capaces, en cierta medida, de hacer detonar los explosivos desde gran distancia. Si tal procedimiento se descubriese a tiempo de llegar a ser propiedad común, la guerra, en muchos importantes aspectos, retrogradaría a los rudos pero sanos límites de las bárbaras edades; la espada, la lanza, la maza y sobre todo el *combatiente* mismo, volverían a adquirir de golpe su antigua soberanía. Pero es desconsolador saber que no hay

mucha esperanza de ello después de haber sido completamente exploradas las diversas categorías de sus ondas. Todos los horrores de la era de los explosivos continuarán, y a ellos se les añadirán sin duda las escalofriantes complicaciones del veneno y de la epidemia científicamente aplicadas.

Tal es, pues, el peligro con que el género humano se amenaza a sí mismo. Medios de destrucción incalculables en sus efectos, extensos y aterradores en su carácter e impropios de una manifestación del mérito humano como es la ciencia, cuyo progreso va descubriendo cada día más espantosas posibilidades. ¡Y mientras tanto la llama del odio arde profundamente en los corazones de algunos de los más grandes pueblos del mundo, atizada por provocaciones continuas y temores incesantes, y alimentada por los más arraigados sentimientos de agravio nacional o nacional peligro! Por otra parte existe el bendito respiro del agotamiento, ofreciendo a las naciones una última oportunidad de hacerse dueñas de sus destinos o desviarlos de lo que puede muy bien ser una fatal sentencia. Si todavía existe instinto de conservación entre los hombres, si el afán de vivir no reside solamente en los individuos o en las naciones, sino en la Humanidad entera, la prevención de la suprema catástrofe debería ser, sin duda alguna, el principal objetivo de todo esfuerzo.

Contra la tormenta que se fragua, pero que aun está lejana, la Sociedad de Naciones, abandonada por los Estados Unidos, desdeñada por la Rusia Soviética, escarnecida por Italia, mirada con desconfianza lo mismo por Francia que por Alemania, yergue tímida, pero lealmente, sus gallardetes de esperanza y cordura. Su organismo, aéreo e insustancial, enmarcado de brillante, pero muchas veces visionario idealismo, es en su actual forma incapaz de preservar al mundo de sus peligros y de proteger al género humano de sí mismo. Y, sin embargo, es sólo a través de la Sociedad de Naciones donde puede hallarse la ruta de la seguridad y de la salvación. Sostener y ayudar a la Sociedad de Naciones es un deber de todos. Reforzarla y traerla a una relación práctica con la política mundial

por sinceros pactos e inteligencias entre las grandes potencias, entre las razas directoras, debería ser la suprema aspiración de todos aquellos que desean ahorrar a sus hijos tormentos y desastres, comparados con los cuales los que hemos sufrido nosotros no serán más que un pálido preliminar.

EFECTO DE LAS MASAS EN LA VIDA MODERNA

La marcha de los acontecimientos, ¿está ordenada y guiada por hombres eminentes, o nuestros *leaders* asaltan simplemente sus puestos a la cabeza de móviles columnas? El progreso humano, ¿es el resultado de los propósitos y las acciones de los individuos, o son estas acciones y estos propósitos simple consecuencia del tiempo y de las circunstancias? ¿Es la historia la crónica de los hombres y las mujeres célebres o solamente de sus reacciones ante las corrientes, tendencias y oportunidades de época? Los conocimientos e ideales que forman nuestro mundo, ¿se los debemos a unos gloriosos pocos o a los pacientes, anónimos e innumerables muchos? Basta plantear la cuestión para contestarla. No tenemos más que volver los ojos a la historia de las naciones y hasta pasar revista a la experiencia de nuestras pequeñas vidas para observar la parte decisiva que el accidente y el azar juegan a cada momento. Si esto o aquello hubiera acontecido de manera diferente a como ocurrió, si no se hubiese dado tal orden, si tal golpe no se hubiera asestado, si cierto caballo no hubiese caído, si no hubiésemos encontrado a aquella mujer, o alcanzado o perdido determinado tren, el curso íntegro de nuestra existencia habría cambiado; y con ella la vida de otros seres, hasta que gradualmente y siempre en más amplios círculos, el mismo movimiento del mundo resultaría afectado. Y si ello es cierto en cuanto a la diaria experiencia del común de las gentes, ¡cuánto más poderoso tiene que ser el influjo que los maestros—pensadores, descubridores, caudillos—han ejercido en cada período! Necesitaron, ciertamente, su fondo, su atmósfera, su oportunidad; pero estos elementos eran también palancas que magnificaban su poder. Yo no vacilo en colocarme entre

aquellos que ven la pasada historia del mundo principalmente como la narración de los seres humanos excepcionales cuyos pensamientos, acciones, cualidades, virtudes, triunfos, debilidades y crímenes han dominado los destinos de la raza. Pero podemos preguntarnos ahora si no van a suceder poderosos cambios en todo ello, si no están ya en marcha y tal vez muy adelantados. ¿Se halla actualmente el género humano en trance de evadirse del control de las grandes individualidades? ¿No están siendo nuestros problemas gradualmente resueltos por un procedimiento de masas? ¿No son las circunstancias modernas—por lo menos en las colectividades de la lengua inglesa—hostiles al desarrollo de personalidades sobresalientes y a su influencia sobre los acontecimientos? Y, finalmente, si ello es cierto, ¿lo será para nuestro mayor bien y nuestra mayor gloria? Estas cuestiones merecen ser examinadas por las gentes reflexivas.

Desde luego es evidente que hoy observamos en torno nuestro una marcada carencia de individualidades rectoras. El difunto míster John Morley, estadista y filántropo, hombre de letras y de negocios, pronunció hace años, al final de su vida, un discurso en el que llamaba la atención sobre la decadencia, en casi todas las más importantes esferas del pensamiento y del arte, del influjo personal de los guías eminentes. Comparaba los cerebros de las grandes profesiones a principios del siglo XX, con las que habían brillado en la mitad de la era victoriana. Hablaba de los «tronos vacantes» en filosofía, historia, economía, oratoria, política, poesía, literatura, pintura, escultura y música, que se veían por doquier. Indicaba—hasta donde es posible sin causar ofensa—la vanidad de las medianías irreprochables, pavoneándose despectivamente entre los asientos de los grandes, ataviadas con sus mantos e insignias. La enjundia y la justicia de estas reflexiones no fueron bien recibidas, pero tampoco negadas. No son menos aplicables a los Estados Unidos. Con todo el natural deseo de ser atentos con nuestra propia edad y generación, con toda prevención, contra el «cualquier tiempo pasado fué mejor», es difícil reunir hoy en cualquier sitio del mundo de lengua inglesa

una asamblea de notables que, en distinción o ejecutoria, pueda compararse con aquellas a que nuestros abuelos con tanto gusto prestaban atención y rendían tributo.

Debe admitirse que en una gran esfera ni los tronos están vacantes ni ocupados por pigmeos. La ciencia en todas sus formas se supera cada año. El acervo de conocimientos se incrementa e intercambia constantemente, y la calidad y fidelidad de la investigación jamás decae. Pero también aquí los efectos de la masa reemplazan ampliamente a las hazañas individuales. El trono está ocupado, pero por una muchedumbre.

Sólo en parte nos damos cuenta del enorme proceso de colectivización que se opera en torno nuestro. Hace tiempo que hemos visto cómo los viejos negocios familiares, en que el amo estaba en contacto personal con los operarios, fueron barridos de la existencia o absorbidos por compañías poderosas que a su vez eran tragadas por gigantescos *trusts*. Y hemos encontrado en estos procedimientos, por muchos perjuicios que hayan causado a las industrias individuales, inmensa economía y social ventaja. La magia de la producción en serie se lo ha llevado todo por delante. El público adquiere un artículo mejor y hasta más barato, o un servicio superior; el obrero obtiene mejores salarios y mayor seguridad.

Los resultados sobre el carácter y la psicología nacionales son más indiscutibles. Comprobamos una gran disminución en el número de gentes independientes que tenían una posición propia, aunque modesta, y que si condujesen sus asuntos con razonable mesura podrían «vivir sin depender de nadie bajo la ley». Pueden estar mejor que los funcionarios asalariados de las grandes corporaciones; pero han perdido en previsión, en iniciativa, en libertad y en categoría civil.

Estos ejemplos son el tipo de lo que está sucediendo en casi todas las esferas de la vida industrial moderna, y de lo que tiene que suceder inevitablemente si es que vamos a gozar de las materiales bendiciones que la civilización organizada y científica está dispuesta a otorgarnos en abundancia sin medida.

En parte, también estos cambios son inconscientes. La opinión pública se forma y se expresa mecánicamente. Los periódicos producen grandes cantidades de ideas para uso de hombres y mujeres de nivel intelectual medio. Realmente, les proveen de tan continua corriente de opinión en serie, fluyendo al lado de otro raudal igualmente inextinguible de noticias e impresiones recogidas durante todas las horas del día de todas las partes del mundo, que no hay necesidad ni tiempo para la reflexión personal. Todo esto no es más que una parte de un tremendo proceso instructivo. Pero es una instrucción que entra por un oído y sale por otro. Es una instrucción a la vez universal y superficial. Produce enorme número de ciudadanos *estandardizados,* todos provistos de las opiniones, juicios y sentimientos reglamentarios, conforme a su clase o a su partido. Ocasionalmente, puede llevar en su estela un acervo cultural gozado por millones sin cuento para los cuales eran antaño desconocidos tales placeres. No debemos olvidar la enorme circulación, a precios reducidos, de los más grandes libros del mundo, que constituye un rasgo de la vida moderna en los países civilizados, y en ningún sitio es más acentuado que en los Estados Unidos. Pero esta gran difusión de conocimientos, informaciones y lecturas ligeras de todas clases puede, mientras procura nuevos placeres a la Humanidad y eleva apreciablemente el nivel general de inteligencia, puede—decimos—ser destructora de aquellas condiciones de personal esfuerzo y vigor mental a las que son debidas las obras maestras del espíritu humano.

Es un hecho curioso que la Rusia bolchevique, al llevar coactivamente las concepciones de la masa a su límite máximo, parece haber perdido no sólo la guía de las grandes personalidades, sino hasta la fertilidad económica del procedimiento mismo. La tesis comunista tiende a la *estandardización* universal. Lo individual llega a ser una función: lo único que interesa es la comunidad: los pensamientos de la masa, dictados y propagados por los gobernantes, son los únicos pensamientos que merecen respeto. Nadie ha de considerarse como un espíritu inmortal,

revestido de carne, pero soberano, único, indestructible. Nadie ha de considerarse tampoco como ese armónico compuesto de alma y cuerpo que, tomadlo como queráis, puede proclamarse «el señor de la Creación». Metas e ideales infrahumanos son puestos ante esos millones de asiáticos. ¿La colmena? No; porque no debe haber reina ni miel, al menos miel para los otros. En la Rusia soviética tenemos una sociedad que escoge como modelo la hormiga. No hay un solo principio social o económico, ni un solo concepto en la filosofía de la Rusia bolchevique que no haya sido ensayado, puesto en práctica y encerrado en inmutables leyes hace un millón de años por la hormiga blanca.

Pero la naturaleza humana es menos dócil que la naturaleza de la hormiga. Las explosivas variaciones de sus fenómenos perturban el monótono y constante trabajo de las leyes y fuerzas que han subyugado a la hormiga blanca. Es a la vez la salvaguardia y la gloria del género humano que sea fácil de dirigir y difícil de arrastrar, Así los bolcheviques, habiendo intentado establecer por la tiranía y el terror la más completa forma de vida de masas y de colectivismos que recuerda la Historia, no sólo han perdido el destacamento de personalidades, sino que ni siquiera han logrado aún la nacionalización de la vida y del salario. No tenemos mucho que aprender de ellos, como no sea las cosas que debemos evitar.

Los efectos de las masas y sus reacciones son desde luego más acusados en las naciones rectoras que entre comunidades primitivas y atrasadas. En Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en Alemania y en Francia, el declive de la preeminencia personal es mucho más claramente visible que en las sociedades menos ricas, menos fuertes, menos libres. Las grandes naciones emancipadas parecen haber llegado a ser más independientes de los conductores y guardianes famosos. Ya no descansan en el héroe, el caudillo o el maestro, como lo hicieron en pasadas e incultas épocas, o como los pueblos menos adelantados lo hacen hoy. Ellas se fraguan su camino lenta, irreflexiva, ciegamente, pero segura e irresistiblemente hacia metas

que están mal definidas, y, sin embargo, son magnéticas. ¿Es, pues, verdad que la civilización y la democracia, cuando están suficientemente desarrolladas, pueden gradualmente dispersarse de toda dirección personal; quieren encontrar su ruta por sí mismas y son capaces de dar con la derecha vía? ¿O empiezan a desorientarse? ¿Se han extraviado ya? ¿Han abandonado las arduas, estrechas sendas, únicas que conducen a la supervivencia y a la gloria? Lo que actualmente vemos en las democracias más adelantadas, ¿es una simple dispersión y un despilfarro de la prudencia acumulada y del antiguo tesoro? ¿Vamos vagando juntos, en miríadas de enjambres, como bandadas de langostas, zumbando y devorando, hacia el mar infecundo, o hacia algún vasto crematorio de imposturas y falacias? ¿O hemos alcanzado por primera vez aquellas cimas desde donde todos nosotros, igual los más humildes y torpes que los mejores, podemos descubrir por nosotros mismos las luces del faro? Seguramente tal interrogatorio merece dedicarle una hora de ocio.

En ningún campo de la actividad humana es más evidente que en la guerra moderna la tendencia hacia los efectos de la masa y la supresión de lo individual. El Armageddon por que acabamos de pasar demuestra la casi completa eliminación del factor personal. Fué la mayor y la última de todas las guerras. Fué también la peor, la más destructora y, en muchos aspectos, la más despiadada.

Ahora que ha terminado, volvemos la vista atrás y, con minucioso cuidado, tratamos de encontrar sus criminales y sus héroes. ¿Dónde están? ¿Dónde están los villanos que produjeron la guerra? ¿Dónde los libertadores que la terminaron? A nuestra disposición están hechos sin número, bibliotecas copiosas, nubes de testigos presenciales, métodos de selección y análisis de pruebas como jamás han sido poseídos o usados. La cuestión es apasionante. Debemos saber, queremos saber. Doloridos de nuestras heridas, indignados por los daños que se nos ha causado, atónitos ante nuestros admirables esfuerzos y hazañas, conscientes de nuestra autoridad, ansiamos conocer

la verdad y fijar las responsabilidades. Nuestras sogas y nuestros laureles son abundantes y están dispuestos.

Pero ¿cuál es la respuesta? No hay respuesta. Por un lado, las acusaciones formuladas ahora con ansioso apremio contra este hombre, o este gobierno, o esta nación, y después contra aquélla, parecen desvanecerse a medida qeu el proceso fiscalizador avanza. Por otro, mientras se demanda ávidamente el honor de ser el hombre, el gobierno, la nación que efectivamente *ganó la guerra,* y estas múltiples reivindicaciones se hacen más variadas y estridentes, nos sentimos cada vez menos convencidos. La musa de la Historia, a la que tan confiadamente apelamos, se ha convertido en una esfinge. Una triste y al mismo tiempo semiburlona sonrisa tiembla sobre sus facciones de piedra, alteradas por las cicatrices de los proyectiles. Mientras la contemplamos, sentimos que jamás llegará el día de la ansiada respuesta. Y, entre tanto, las sogas del castigo se pudren y los laureles del premio se ajan. ¡Lo mismo el habernos lanzado a la más terrible y reciente de las guerras que el ganarla parece ser un negocio cooperativo!

Las circunstancias modernas no se prestan a la producción del tipo heroico o predominante. En general, son fatales para la *pose.* Las togas, las pelucas, las ceremonias, el rango que prestigiaban a los hombres públicos y a los legisladores de anteriores centurias ha caído en desuso en todos los países. Aun la misma «majestad que rodea al rey» se considera desplazada fuera de los puros actos oficiales.

Admírase a los soberanos por sus fáciles y desenvueltas maneras, su propensión a mezclarse con todas las clases sociales, su aspecto habitual, llano y sencillo, su aversión por la pompa y el ritual. El ministro o presidente, que se halla a la cabeza de inmensas ramas de negocios públicos, y cuyas decisiones prácticas proveen, de hora en hora, sobre materias importantes, ya no es una figura de misterio y temor. Por el contrario, se le considera y, lo que es más importante para nuestro propósito actual, se considera él mismo, como una persona corriente que de momento se halla encargada de una clase par-

ticular de trabajos de suma importancia. Se mezcla con la multitud en el tráfago público, o atraído por los «plus fours», espera que le llegue la vez de ser atendido. Todo esto es alegre, y forma un grato contraste con los ridículos aires de importancia de los empelucados mandarines de otras generaciones. La cuestión es saber si el sentido de caudillaje y el don de mando sobre hombres y cosas, van igualmente a surgir de semejante sencillo atavío y de tal disposición de espíritu; y, después, si nuestros negocios públicos seguirán en el futuro una ruta feliz sin *leaders* que se consideren, por su preparación y por su posición, no menos que por sus aptitudes, elevados sobre la masa general.

La intensa luz de la guerra ilumina, como siempre, este tema con mayor claridad que el fulgor mortecino de la paz. Vemos a los modernos caudillos militares completamente desprovistos de todo heroico aspecto por las circunstancias materiales que pesan abrumadoras sobre su arte.

Aníbal y César. Tureno y Marlborough, Federico y Napoleón, ya no situarán sus caballos en el campo de batalla, ni dirigirán, o dominarán con voces y gestos, desde el alba al ocaso, el curso de una acción suprema. Su presencia y su fama ya no arrancarán aclamaciones de sus soldados en liza. Jamás volverán a compartir sus peligros, reanimar su espíritu y reparar así el quebranto del día. No estarán allí. Han sido alejados del escenario del combate, con sus plumas, corazas y estandartes. El guerrero corazón de león, cuya aguda mirada percibía la debilidad de la línea enemiga, cuya simple presencia en un punto crítico hacía variar el curso de la contienda, ha desaparecido.

En vez de eso, nuestros generales se encontrarán, el día de la batalla, sentados en sus mesas de despacho a cincuenta o sesenta millas del frente, escuchando ansiosamente los latidos telefónicos del mundo entero como si fuesen especuladores con grandes recursos en momentos de perturbación del mercado.

Y todo muy bien, y en la forma debida. Ellos están en

sus puestos. ¿En qué otro sitio habrían de estar? El tecleo de la máquina de escribir está fijando en letras color rojo-sangre que los ferrocarriles bajan, que las utilidades suben, que un banco ha quebrado aquí, que una gran fortuna ha sido ganada allá. El general está tranquilo..., es un especulador de gran audacia. Es financiero experto. Ha sobrevivido a grandes crisis del mercado. Sus reservas son amplias y móviles. Está en acecho del momento propicio, o del día oportuno—pues las batallas ahora pueden durar meses—para lanzarlas entonces al asalto. Es un fino táctico y conoce sutilmente los embolismos del alza y de la baja, de ataque y defensa. Sus órdenes son proferidas con decisión. Vendan cincuenta mil de éstos, compren cien mil de aquéllos. Pero, ¡ah!, no. Nos hemos desviado del verdadero camino. No se trata de acciones mercantiles. Trátase de la vida de veintenas de miles de hombres. Al contemplar al general trabajando en su despacho, jamás habríais creído que está dirigiendo una batalla y mandando ejércitos diez veces tan grandes y cien veces tan poderosos como cualquiera de los que Napoleón mandó. Debemos alabarle si realiza bien su trabajo, si envía los partes que debe, si emplea las tropas precisas y si ocupa las mejores posiciones. Pero es difícil experimentar la sensación de que estamos ante un héroe. No, no es el héroe. Es el gerente de grandes almacenes de depósitos o de un enorme matadero.

La desaparición del factor personal en la guerra, el alejamiento del alto mando de todo el drama del campo de batalla, la reducción de sus más altas funciones a un puro trabajo de oficina, producirán profundos efectos sobre los sentimientos y las opiniones.

Hasta ahora el gran capitán había sido dignamente reverenciado como el genio que, por la firmeza de su carácter y por las misteriosas armonías e inspiraciones de su naturaleza, podía dominar la tempestad. Lo hacía él, y nadie más que él podía hacerlo tan bien. Unas veces conquistaba, otras caía bajo los dardos y las balas, salvador de su tierra natal.

Ahora, por ilógico e injusto que parezca, su fascinación

y sus honores no lo elevarán mucho sobre aquel nuestro supuesto amigo dirigiendo sus asuntos por teléfono. Este hombre de mérito debe ser sin duda alguna recompensado como un ciudadano útil; pero no como un héroe. Los héroes de la guerra moderna yacen en los cráteres del campo de batalla, mutilados, acribillados, rígidos; y son demasiados para rendirles honores excepcionales.

El sufrimiento, el sacrificio y la victoria son de la masa. La gloria que se cierne sobre los inmensos escenarios de la matanza es difusa. Ya no irradia la llama del triunfo del yelmo de los caudillos. Sólo hay la luz pálida de un día lluvioso en que cuarenta millas de baterías recomienzan su fuego, y una veintena de divisiones se arrojan a la muerte entre fango y gases tóxicos.

Así fué la última guerra. Las siguientes serán aún menos románticas y pintorescas. Parece ser que ya no serán guerras de ejércitos, sino de poblaciones enteras. Hombres, mujeres y niños, viejos y débiles, soldados y paisanos, enfermos y heridos, todos estarán expuestos—así se nos ha dicho—a los bombardeos aéreos, es decir, a la destrucción en masa por flúido letal. No será mucha la gloria del general que haya de emplear estos procedimientos.

Mi jardinero exterminó la primavera última veinte avisperos. Realizó su trabajo concienzudamente. Eligió el veneno adecuado. Midió su porción exacta. Lo colocó convenientemente en el lugar preciso y al tiempo oportuno. Todas las colectividades, íntegras, fueron destruídas. Ni siquiera una sola avispa quedó cerca de él para poder picarle. Era su cometido, y lo cumplió bien. Pero no voy yo por eso a considerarlo como un héroe.

Y así, cuando algún «casco de bronce» con gafas, en alguna futura agonía mundial, haya arrasado un Londres o un París, un Tokio o un San Francisco, sólo con oprimir un botón o poner claramente sus iniciales al final de una cuartilla de papel, tendrá que esperar mucho tiempo por la fama y por la gloria. Tendrán que servirle de compensación parcial los fogonazos de los fotógrafos en el Ministerio de Propaganda de su nación. Y, sin embargo,

nuestro general en jefe puede ser un hombre de carácter ejemplar, muy compasivo y competente en su profesión. Puede haber hecho lo que cualquier otro en las mismas circunstancias habría tenido que hacer. Pero parece difícil que haya de recibir ninguna parte de la gloria que antaño le reportarían su oficio y las consecuencias de su éxito. Ello es efecto de la intervención de la masa en la vida y la ciencia modernas. Tendrá que conformarse con ello.

De lo dicho se derivarán santas reacciones. La idea de la guerra se hará odiosa a la Humanidad. Los caudillos militares cesarán de ser figuras de romance y de fama. La juventud jamás volverá a sentirse atraída hacia tales carreras. Los poetas ya no cantarán, ni cincelarán los escultores, las acciones de los conquistadores de países. Bien pudiera ser que los químicos se alzasen con la reputación que aún quede. Los Napoleones en agraz se dedicarán a los negocios, y la civilización del mundo se asentará en más seguras bases. Nosotros no necesitaremos gastar nuestras lágrimas en los efectos de la masa en la guerra. Volvamos a los de la paz.

¿Pueden las colectividades modernas pasarse sin los grandes hombres? ¿Pueden prescindir del culto al héroe? ¿Son capaces de alcanzar mayor prudencia, más nobles sentimientos, más vigorosa acción por un proceso colectivo que los hasta entonces conseguidos merced a los titanes? ¿Será posible que las naciones logren permanecer sanas y marchar todas juntas en un mundo cuyas estrellas más brillantes sean estrellas de cine, y cuyos dioses estén sentados en la galería? ¿Puede el espíritu humano emitir mecánicamente su chispazo vital? ¿Serán resueltos satisfactoriamente los problemas de las generaciones venideras por «el común sentir de la mayoría»; por los conciliábulos de partido; por asambleas a cuya charlatanería ya no se preste atención? ¿O habrá algún grave tropiezo, algún bloque de intolerancia que obstruya el tránsito, alguna desviación errabunda por el desierto? Y entonces, la necesidad de un jefe personal, ¿no será un deseo de la masa?

Ya percibimos una inquietud en torno nuestro. El grito de «medidas, no hombres» ya no despierta la simpatía universal. Hay un sentimiento de ausencia y de vacío; de carencia de algo, de imperfección. Echamos de menos a nuestros gigantes. Sentimos que su tiempo haya pasado. Los niveles generales de inteligencia y conocimientos han ascendido. Estamos sobre una alta meseta. Un pico de 10.000 pies sobre el antiguo nivel del mar es apenas perceptible. Hay tantas eminencias semejantes, que no suscitan en nosotros el menor interés. La región parece saludable; pero el escenario es inexpresivo. Añoramos la elevada grandeza que rodeó y animó nuestra larga y penosa ascensión. ¡Ah, si al menos pudiésemos ver algún enorme glaciar levantándose hacia el cielo sobre nuestra altiplanicie como aquellas antiguas montañas de allá abajo se erguían sobre las llanuras y pantanos! Necesitamos una eminencia-rey, de enorme base, cuya cima está siempre envuelta entre nubes, oculta a nuestros ojos, y sobre cuyas laderas se precipiten cataratas de estruendosas, irisadas aguas.

Desgraciadamente, la meseta o terraza democrática no guarda en sus depósitos este artículo. Quizá algo semejante pudiera idearse, poniendo grandes farolas entre columnas de humo o de gas y haciendo funcionar grandes altavoces. Pero pronto nos percataríamos de lo inane de tales pretensiones.

No debemos compensar las pérdidas con las ganancias. Sobre la meseta no hay bellas eminencias rocosas. Debemos pasarnos sin ellas mientras permanecemos allí. Por supuesto que podríamos hacerlo si bajásemos de nuevo a los valles y llanuras desde los cuales hemos trepado a la altura. Hasta podemos errar por ellos torpemente. Y resbalar. E incluso ser empujados de allí. Todavía existen muchas naciones poderosas que habitan en tales inferiores niveles, algunas con satisfacción, otras hasta con orgullo. Declaran a menudo que la vida en los valles es preferible. Dicen que en ellos se encuentra más variedad, más belleza, más gracia, más dignidad..., más salud y fertilidad verdaderas que en las tierras altas. Añaden que esta situa-

ción intermedia sienta mejor a la naturaleza humana. Allí florecen las artes, y las ciencias no tienen por qué hallarse ausentes. Es grato, además, volver atrás la vista, y contemplar las llanuras y los pantanos por los cuales caminamos en el pasado, y recordar tradicionalmente los grandes años de peregrinación. Después, dirigiéndose a la escarpada y ceñuda sima, nos muestran su venerado «capitán» o «Duce», paseando su sombra mayestática a la luz del atardecer; y nos preguntan si tenemos algo semejante allá arriba. Y nosotros, ciertamente, no lo tenemos.

DE AQUÍ A CINCUENTA AÑOS

La gran masa humana absorbida por los afanes, cuidados y actividades de la vida, sólo oscuramente se percata del sendero que ha empezado a recorrer. Miramos un siglo atrás y vemos que han ocurrido grandes cambios. Si es media centuria lo que contemplamos, advertimos que la marcha se acelera constantemente. Este siglo actual lleva presenciada una enorme revolución en las cosas materiales, en las aplicaciones científicas, en las instituciones políticas, en las maneras y en las costumbres. El principal cambio es, sin embargo, el menos perceptible para los individuos: y ése no es otro que el del muchísimo mayor número de personas que en todo país civilizado toma una parte más plena y activa en la vida humana.

«En aquellos días—decía Disraeli, escribiendo a principios del siglo XIX—Inglaterra era para unos pocos, para unos cuantos.» «Los dos veces dos mil que hacen el mundo—escribió Byron—se han transformado en muchos millones, merced a los cuales la Humanidad se ha hecho mayor, más segura, más variada, más llena de esperanzas y de posibilidades.» En los Estados Unidos, veintenas de millones de seres han superado las necesidades y comodidades primarias y aspiran a la cultura... por lo menos para sus hijos. Europa, aunque maltrecha y lacerada por Armageddon, presenta un similar, aunque menos general, avance. Tomamos las modernas ventajas y facilidades cuando se nos ofrecen, sin mostrarnos conscientes de nuestro mayor bienestar ni agradecidos por él. Y, sin embargo, si aquellos progresos nos faltasen no podríamos vivir, simplemente. Estamos convencidos de que habrán de ser constantes. «Esta era de progreso continúa—dice Wells, haciendo una de sus características observaciones—. Es sorprendente que pueda continuar.» Es también muy

afortunado, porque si se parase o retrocediese, sobrevendría una catástrofe de inimaginable horror. La Humanidad ha ido demasiado lejos para que pueda volver atrás, y se mueve demasiado de prisa para que le sea dable pararse. Hay demasiado número de gentes que se mantienen, no ya en la comodidad, sino en la misma existencia, por procedimientos desconocidos hace un siglo, para que nos permitiésemos un retroceso general, o una simple parada, sin experimentar calamidades en su forma más aterradora.

Cuando nos paramos a considerar lo que acaecía hace más de un siglo, vemos inmediatamente por qué la edad en que vivimos difiere de todas las otras de la Historia. La Humanidad ha caminado unas veces hacia adelante y otras hacia atrás, e incluso se ha detenido por espacio de siglos. Permaneció estacionaria en India y en China durante miles de años. ¿Qué es lo que ha producido este nuevo y prodigioso avance del hombre? La ciencia es la causa. Sus en un tiempo débiles vanguardias, holladas unas veces, pereciendo otras en el aislamiento, se han convertido en un vasto, organizado, unido y consciente ejército que avanza en todos los frentes hacia objetivos que cioso ejército al que nada importan las leyes que los hom-nadie es capaz de valorar y definir. Es un altivo y ambibres han hecho; nada sus tradicionales y más veneradas costumbres, sus más arraigadas creencias, sus más profundos instintos. Es este poder que se llama ciencia, el que se ha apoderado de nosotros, nos ha alistado en sus regimientos y baterías, nos ha puesto a trabajar en sus carreteras y en sus arsenales; nos recompensa nuestros servicios, nos cura cuando estamos heridos, nos prepara en nuestra juventud, nos pensiona cuando estamos inutilizados para seguir trabajando. Ninguna de las generaciones anteriores a las dos o tres últimas fueron jamás apresadas y manejadas como éstas, de grado o por fuerza.

Los hombres de las primeras edades vivían solos y esquivaban el contacto de sus vecinos, con tanta ansiedad y, probablemente, con tanta razón, como el de las bestias feroces y carniceras que compartían sus bosques. Con la

introducción de los animales domésticos, las ventajas de la cooperación y de la división del trabajo se hicieron manifiestas.

En los tiempos neolíticos, cuando empezaron a cultivarse los cereales y a desarrollarse la agricultura, el período de desolación y de hambres, que duró lo que tardaron las primeras semillas en germinar bajo la tierra, implicó alguna forma de capitalismo y el reconocimiento de aquellos especiales derechos de los propietarios rústicos cuyas huellas son todavía visibles en nuestra legislación. Cada etapa llevaba consigo nuevos problemas sociales, morales y jurídicos. Pero el progreso no hacía más que arrastrarse y, a veces, detenerse por un millar de años o más.

Los dos Estados que, como dos franjas, se extendían por los valles del Nilo y del Éufrates, produjeron una civilización de las más opulentas y pomposas, y, desde luego, la más estable entre las que el mundo había conocido hasta entonces. Sus autocracias y jerarquías fundáronse sobre el dominio y la distribución del agua y de los cereales. Los gobernantes mantuvieron al pueblo bajo un despotismo de eficiencia inigualada hasta que surgió la Rusia soviética. Les bastaba cortar o suprimir el agua en los canales para hambrear o subyugar provincias rebeldes. Esto, aparte de sus graneros, les daba tan irresistibles y eficaces poderes de regulación intimidativa, como el control de las provisiones alimenticias se lo da a los comisarios bolcheviques. A salvo de las perturbaciones interiores, sólo podían ser vulnerables por un ataque exterior. Pero en aquellas épocas el hombre no había aprendido a catalizar las fuerzas de la naturaleza. El máximo poder aprovechable era la suma de los esfuerzos musculares de todos los habitantes. Ulteriores imperios, poco menos imponentes, pero mucho menos estables, se levantaron y cayeron. En los métodos de producción y comunicación, en las maneras de obtener los productos alimenticios y de cambiar las mercancías, había menos diferencia entre los tiempos de Sargón y los de Luis XIV que la que se produjo entre la ascensión al trono de la reina Victoria y el día actual. Darío podía probablemente enviar un mensaje desde Susa

a Sardis más de prisa que Felipe II transmitir una orden de Madrid a Bruselas. Sir Robert Peel empleó el mismo tiempo en llegar desde Roma, donde se encontraba a la sazón, a Londres, donde se le citaba para formar gobierno, que el emperador Vespasiano cuando tuvo que dirigirse con premura a su antigua provincia de Britania. Los cuartos de baño de los palacios de Minos eran superiores a los de Versalles. Un sacerdote de Tebas se habría sentido probablemente mucho más a sus anchas en el Concilio de Trento, dos mil años después de desaparecida Tebas, que sir Isaac Newton en una moderna reunión de licenciados en ciencias físicas, o que Jorge Stephenson en el Instituto de Ingenieros electricistas. Los cambios han sido tan súbitos y tan gigantescos, que ningún período en la Historia puede ser comparado con la última centuria. El pasado ya no nos capacita, ni aun confusamente, para medir el futuro.

* * *

La más admirable de todas las modernas profecías hállase en el *Locksley Hall,* de Tennyson:

Pues escruté el futuro, hasta más allá del cuanto la vista humana pudo penetrar.
Y tuve la visión del mundo y de todas sus venideras maravillas;
vi bajeles de mágicas velas llenando el cielo con su tráfico,
Pilotos en la púrpura del crepúsculo, arrojando costosos fardos;
oí los gritos que llenaban los cielos, y advertí que un horrible rocío empezaba a caer
desde los navíos aéreos de las naciones, que se abordaban en la cimbra azul;
muy alejados del rumor del ancho mundo, que transporta el sofocante y rápido viento del Sur;
con las banderas de los pueblos hundiéndose en la tormenta;
hasta que el tambor de guerra cesó de sonar y los bélicos estandartes fueron plegados.
En el Parlamento del hombre, la Federación del mundo.
Lentamente llega un hambriento, como un león reptante que se acerca, y
fulmina miradas de indignación a uno que, cabeceando, parpadea al lado de un fuego que se amortigua poco a poco.

Las profecías que encierran estas seis estrofas, escritas hace ochenta años, ya han sido cumplidas. ¡La conquista del aire para el comercio y la guerra, la Sociedad de Naciones, el movimiento comunista—todo adivinado en sus verdaderas consecuencias por el gran victoriano—: todo ya en los libros de historia y conmoviendo el mundo de nuestros días. En vano rebuscamos las Escrituras para hallar tan precisas y rápidamente comprobadas predicciones. Jeremías e Isaías se valieron de oscuras y recónditas parábolas para aludir a remotos acontecimientos, siempre susceptibles de variadísimas interpretaciones en unos y otros tiempos. Un Juez, un Profeta, un Redentor surgiría para salvar al pueblo elegido; y de una en otra edad los judíos preguntaban, dudando: «¿Eres tú aquel que debe venir o buscamos otro?» ¡Pero *Locksley Hall* contiene un presagio exacto de estupendos acontecimientos, que muchos que conocieron en vida a su autor han tenido tiempo de ver y sufrir! La aurora de la era victoriana abrió un nuevo período para el hombre; y el genio del poeta rasgó el velo del futuro.

* * *

Hay dos procedimientos que consciente o inconscientemente usamos, puestos en trance de profetizar.

Podemos buscar una época en el pasado, cuyas circunstancias sean lo más parecidas posible a las de nuestro tiempo, y suponer que la secuela de aquel período será repetida, salvo alteraciones de detalles. De otra manera, podemos revisar el curso general de los acontecimientos en un pasado inmediato, y tratar de prolongarlos en un futuro próximo. El primero es el método del historiador; el segundo, el del hombre de ciencia. Sólo este último está abierto para nosotros, y aún, dentro de ciertos límites. Pero observando todo lo que la ciencia ha realizado en los tiempos modernos, y los conocimientos y el poder que están ahora a su disposición, podemos predecir con alguna seguridad los inventos y descubrimientos que regirán nuestro futuro. Mas solamente podremos adivinar, mirando a través de turbios cristales, las reacciones que aque-

llos descubrimientos y su aplicación habrán de producir en los hábitos, apariencias y entendimientos humanos.

Mientras antiguamente la máxima fuerza que un hombre podía conducir y controlar era un tiro de caballos o una galera de forzados; o, en caso de estar bien adiestrados y equipados, tandas de labradores, como los israelitas en Egipto; hoy ya es posible dirigir con precisión, desde el puente de un crucero de batalla, toda la fuerza de cientos de miles de hombres; o hacer explotar con la presión de un dedo una mina capaz de destruir en un instante el trabajo realizado por millares de hombres durante varios años. Estos cambios son debidos a la sustitución de la fuerza muscular por la molecular y a su dirección y manejo por medio de un perfecto y hábilmente construído mecanismo. Estas inmensas y nuevas fuentes de energía, así como la circunstancia de que puedan ser regidas por un individuo, han hecho posibles algunos métodos modernos e insospechados de minería y metalurgia, de transporte y maquinaria. Ellos, a su vez, capacitan a los manantiales de fuerza molecular para un uso más eficiente y extendido. Facilitan, asimismo, la transformación de los procedimientos antiguos. Sustituyen la rueda del molino de nuestros antepasados por los generadores de turbinas del Niágara, con sus cien mil kilovatios. Cada invento accionó y reaccionó sobre otros, y con rapidez siempre creciente, fué surgiendo esa vasta estructura de proezas técnicas que separa la civilización actual de todo cuanto conoció el pasado. No hay duda de que esta evolución continuará a un ritmo creciente. Sabemos lo bastante para estar seguros de que las hazañas científicas de los próximos cincuenta años serán mucho mayores, más rápidas y más sorprendentes que las ya conocidas. El torno mecánico permitió construir máquinas de precisión, y la fuerza del vapor se expandió por todo el mundo. Y, a través de las nubes de vapor, fulguró el sorprendente relámpago de la electricidad. Pero esto no es más que el comienzo. Altas autoridades nos dicen que nuevas fuentes de poder extraordinariamente más importantes que las que conocemos, serán, sin duda, descubiertas. La energía nuclear es

incomparablemente mayor que la molecular que hoy día usamos. El carbón que un hombre es capaz de extraer en un día puede fácilmente producir quinientas veces más trabajo que el hombre mismo. La energía nuclear es, por lo menos, un millón de veces más poderosa. Si se pudiese hacer que los átomos que contiene medio litro de agua se combinasen para formar helium, bastarían para mover un motor de mil caballos de fuerza durante un año antero. Si los electrones—esos minúsculos planetas de los sistemas atómicos—fueran inducidos a combinarse con los núcleos en el hidrógeno, los caballos de fuerza que producirían serían ciento veinte veces mayores aún. No hay la menor duda entre los sabios acerca de la existencia de esta gigantesca potencia. Falta la cerilla para encender la hoguera o el detonador para hacer explotar la dinamita. Los sabios los andan buscando.

El descubrimiento y manejo de tales manantiales de fuerza causaría en la vida humana más cambios que los producidos por la máquina de vapor, hace cuatro generaciones. Proyectos de magnitud cósmica llegarían a ser hacederos. La geografía y el clima obedecerían sus órdenes. Cincuenta mil toneladas de agua, el desplazamiento total del *Berengaria,* bastarían, si explotasen en la forma indicada, para lanzar al medio del Atlántico la isla de Irlanda. La lluvia que cae anualmente en el hipódromo de Epsom bastaría a fundir toda la nieve de los polos Ártico y Antártico. El cambio de un elemento en otro por medio de temperaturas y presiones excedería con mucho de nuestro alcance actual y transformaría incalculablemente nuestros tipos de valores. Materiales treinta veces más fuertes que el mejor acero, servirían para construir máquinas capaces de enfrenar las nuevas formas de energía. Las comunicaciones y los transportes por tierra, mar y aire tomarían formas inimaginables si, como en principio es posible, lográsemos construir una máquina de 600 caballos de fuerza con un peso de 20 libras y con el combustible para mil horas en un depósito del tamaño de una pluma estilográfica. Telefonía sin hilos y televisión, siguiendo su ritmo actual de progreso, permitirían a sus poseedores conectar

con cualquier local dotado de instalación análoga y oír y tomar parte en las conversaciones de igual modo que si echasen la cabeza por la ventana. El hacinamiento de las gentes en las ciudades llegaría a ser superfluo. Sería innecesario visitar a las personas, como no se tratase de los amigos más íntimos, pero aun así, excesivamente rápidos medios de comunicación estarían a mano. Ya no tendría objeto vivir en la misma ciudad con sus convecinos, como ya no la tiene hoy vivir con ellos en la misma casa. La ciudad y sus alrededores llegarían a no distinguirse. Cada casa tendría su jardín y su trozo de tierra.

Hasta tiempos recientes la primera lucha del hombre ha sido por la producción de alimentos. Esa guerra se ha ganado. Ya no hay duda de que las razas civilizadas puedan producir o procurarse todo el alimento que necesitan. En realidad, alguno de los problemas que nos preocupan hoy son debidos a que la producción de trigo por los hombres blancos ha rebasado las necesidades de su consumo, antes de que los hombres de raza negra, amarilla o cobriza se hayan acostumbrado a pedir, o sean capaces de comprar un cereal superior al arroz. Pero el alimento es obtenido hoy casi enteramente merced a la energía de la luz solar. La radiación del sol produce, con el ácido carbónico del aire, compuestos de carbono más o menos complicados que nos proporcionan nuestras plantas y nuestros vegetales. Usamos la energía química latente en éstos para mantener el calor de nuestros cuerpos y convertirlo en esfuerzo muscular. Los empleamos en el complicado proceso digestivo para reparar y reemplazar las células gastadas de nuestro organismo. Desde luego muchas gentes prefieren los alimentos en la forma que los vegetarianos llaman de «segunda mano», es decir, después de que han sido digeridos y convertidos en carne para nosotros por nuestros animales domésticos, que para este propósito mantenemos. En todos estos procedimientos, sin embargo, noventa y nueve partes de energía solar han sido consumidas por cada parte aprovechada.

Aun sin las nuevas fuerzas de energía, grandes progresos son posibles en esta materia. Microbios que ahora con-

vierten el nitrógeno del aire en proteínas mediante las cuales los animales viven, serán cultivados y utilizados bajo ciertas condiciones, como sucede hoy con los fermentos. Nuevos géneros de microbios serán desarrollados y dispuestos para nuestros usos químicos y farmacéuticos. Con mayor conocimiento de lo que se llama hormonas, es decir, de los mensajeros químicos de nuestra sangre, será posible dirigir el crecimiento. Huiremos del absurdo de criar todo un pollo para comer la pechuga o las alas, haciendo crecer especialmente estas partes mediante los medios adecuados. Desde luego, los alimentos sintéticos serán usados en el futuro, sin que por eso haya que desterrar los placeres de la mesa.

Esa sombría utopía de las tabletas de alimentos no precisa ser invadida. Los nuevos alimentos en su aspecto exterior serán prácticamente indistinguibles de los naturales, y las diferencias que existan en algunos serán tan insignificantes que escaparán a la observación.

Si las nuevas y gigantescas fuentes de energía llegan a emplearse, los alimentos se producirán sin tener que recurrir a la luz del sol. Vastos depósitos subterráneos en que se genere la radiación artificial podrán reemplazar a los trigales o patatales del mundo. Parques y jardines cubrirán nuestros pastizales y labradíos. Cuando llegue el tiempo, habrá gran espacio sobrante para que las ciudades puedan extenderse de nuevo.

* * *

Pero otros progresos igualmente sorprendentes están ya casi al alcance de nuestra mano en cuanto a la generación y formación de la naturaleza humana. Era costumbre decir: «Por muchas tretas que le enseñes al perro, perro seguirá siendo.» Pero esto ya no es verdad. Hace unos pocos años Londres fué sorprendido por una pieza de teatro titulada *Los robots universales de Roosum*. La producción de tales seres podría bien ser posible dentro de cincuenta años. No serían engendrados, sino que crecerían bajo un fanal. Parece que apenas hay duda de que será posible realizar por medios artificiales el ciclo entero que ahora

conduce al nacimiento de un niño. Con respecto al desarrollo mental de tales seres, sugerencias y tratamientos adecuados producirían criaturas especializadas en el pensamiento o en la labor manual. La producción de individuos que tengan por ejemplo un admirable desarrollo físico y dotes mentales limitadas en ciertas direcciones, está casi al alcance del poder humano. Puede producirse un ser capaz de atender a una máquina sin experimentar otras ambiciones. Nuestro entendimiento pugna contra tan temibles eventualidades, y las leyes de una civilización cristiana las prohiben. ¿Pero no van bien esos tipos de humanidad anquilosada con las doctrinas comunistas de Rusia? ¿No podría la Unión de Repúblicas Soviéticas, armada de todo el poder de la ciencia, hallarlo en armonía con sus aspiraciones a crear una raza adaptada a las faenas mecánicas y sin otras ideas que las de obedecer al Estado comunista? La presente naturaleza del hombre es terca. Lanza los chispazos de su genio en los más oscuros e insospechados lugares. Pero los *robots* podrían ser adecuados a las horrendas teorías del comunismo. No hay nada en su filosofía que se oponga a su creación.

No he hecho más que rozar este tema, sólo con el propósito de indicar que en un futuro que nuestros hijos pueden llegar a ver tendrá el hombre en su mano poderes completamente distintos de aquellos por los cuales fué moldeada la naturaleza humana. Fuerzas explosivas, energía, materiales, maquinaria, podrán usarse en una escala capaz de aniquilar naciones enteras. El despotismo y la tiranía podrán regular las vidas y hasta los deseos de sus súbditos de una manera no conocida desde el principio del mundo. Si a estos tremendos y horribles poderes se añade la implacable e infrahumana iniquidad que ahora vemos encarnada en uno de los más poderosos regímenes gobernantes, ¿quién dirá que el mismo mundo no pueda ser destruído, o que realmente no deba ser destruído? Hay pesadillas del futuro para las que podría servir de piadosa liberación un choque afortunado con alguna errante estrella que redujese nuestro planeta a gas incandescente.

* * *

Es, ciertamente, una excursión a los dominios de lo ridículo el considerar la influencia que ejercerán esos tremendos y terroríficos descubrimientos sobre la estructura de las instituciones parlamentarias. ¿Cómo es posible imaginar que la masa del pueblo sea capaz de decidir por votos en las elecciones la recta vía que se debe seguir entre el cataclismo de esos cambios? Incluso hoy día los Parlamentos de todos los países se han mostrado totalmente inadecuados para resolver los problemas económicos que dominan las cuestiones de cada nación y hasta del mundo entero. Ante estos problemas, el vocerío de las tribunas electorales y las garrulerías periodísticas se apagan y desaparecen. La democracia como guía o causa del progreso hace tiempo que ha sido reconocida como incompetente. Ninguna de las asambleas legislativas de los Estados modernos representa en el sufragio universal ni siquiera una fracción de la fuerza o del entendimiento de la colectividad. Grandes naciones ya no son conducidas por los hombres más capaces o por aquellos que conocen mejor sus más inmediatos problemas. Los gobiernos democráticos siguen la línea de menos resistencia, con una visión limitada, haciendo su camino a fuerza de favores y de limosnas, y amenizando la marcha con sonoras vulgaridades. Jamás hubo menor continuidad o menor fijeza de propósito en sus cuestiones; y, sin embargo, tendrán que enfrentarse con transformaciones que revolucionarán, para bien o para mal, no sólo la estructura económica íntegra del mundo, sino los hábitos sociales y el perfil moral de todas las familias. Los comunistas tienen un plan y un evangelio. Es un plan fatal para la libertad humana y un evangelio fundado sobre el odio.

* * *

Lo cierto es que mientras los hombres atesoran conocimientos y poder a velocidades fantásticas, sus virtudes y su entendimiento no han mostrado ningún notable progreso en el transcurso de los siglos. El cerebro de un hombre moderno no difiere esencialmente del de los seres humanos que luchaban y amaban hace millones de

años. La naturaleza del hombre ha permanecido hasta ahora prácticamente inmutable. Bajo el estímulo de móviles poderosos—hambre, terror, pasión bélica, y hasta de la fría pasión intelectual—el hombre moderno, que tan bien conocemos, realiza las más terribles acciones y su mujer moderna las apoya. En el momento actual, las civilizaciones de edades muy diferentes coexisten en el mundo y sus representantes se encuentran y platican. Ingleses, franceses o norteamericanos, con las más adelantadas ideas del siglo XX, negocian con indios o chinos cuyas civilizaciones cristalizaron varios miles de siglos ha. Se nos ofrece el espectáculo de hombres que usan fuerzas y armas que sobrepujan su inteligencia; de otros, cuya mentalidad marcha más aprisa que el desarrollo de su nobleza. Podemos encontrarnos muy bien en presencia de «la fuerza de la civilización sin su clemencia».

Es, pues, importante sobre todo que la filosofía moral y las concepciones espirituales de los hombres y de las naciones se mantengan en medio de estas formidables evoluciones científicas. Sería mucho mejor hacer un alto en la marcha de los descubrimientos y progresos materiales antes que fuésemos dominados por nuestros propios inventos y por las fuerzas que crean. Hay secretos demasiado misteriosos para que el hombre, en su estado actual, pueda conocerlos; secretos que, una vez penetrados, pueden ser fatales para la felicidad y gloria humanas. Pero las activas manos de los hombres de ciencia ya están forcejeando con las llaves de todas las estancias hasta ahora prohibidas al género humano. Sin un progreso igual de la misericordia, la piedad, la paz y el amor, la ciencia sola puede destruir por sí misma todo lo que hace augusta y tolerable la vida entre humanos.

Jamás hubo un tiempo en que la virtud inherente al humano ser precisase una más fuerte y tranquilizadora manifestación en la vida diaria; jamás hubo un tiempo en que la esperanza de la inmortalidad y el desdén por el poder humano y sus ejecutorias fuesen más necesarios para la seguridad de los hijos de los hombres.

Después de todo, este progreso material, por espléndido

que sea, no satisface ninguna de las necesidades reales de la raza humana. Yo leí el otro día un libro que trazaba la historia del género humano desde el nacimiento del sistema solar hasta su extinción. Había allí quince o dieciséis razas que sucesivamente se levantaban y caían en períodos medidos por decenas de millones de años. Al final, una raza había evolucionado lo suficiente para dominar la naturaleza. Creóse un Estado cuyos civilizados ciudadanos vivían lo que querían, experimentaban simpatías y placeres mucho más intensos que los nuestros, navegaban por los espacios interplanetarios, podían contemplar el panorama del pasado y prever el futuro. Pero, ¿qué beneficio les reportaba todo esto? ¿Conocían mejor que nosotros las respuestas a las preguntas que se formuló el hombre desde el alba de su razón? «¿Por qué estamos aquí? ¿Qué objeto tiene la vida? ¿A dónde vamos?» Ningún progreso material, aunque revista formas ahora inconcebibles para nosotros, o por mucho que desarrolle las facultades del hombre, nunca llevará consuelo a su alma. Es este hecho, más admirable que todos los que la ciencia pueda revelar, el que nos da la más grande esperanza de que todo irá bien. Proyectos jamás soñados por las generaciones pasadas absorberán a nuestros inmediatos descendientes; fuerzas terribles y devastadoras estarán en sus manos; comodidades, actividades, distracciones, placeres, les rodearán en tropel; pero sus corazones sufrirán, sus vidas serán estériles si no tienen una visión por encima de las cosas materiales. Y con las esperanzas y poderes sobrevendrán peligros extraordinarios que amenazarán el crecimiento del intelecto humano, la fuerza de su carácter o la eficacia de sus instituciones. Una vez más se ofrece la oportunidad de elegir entre bendición y maldición. Jamás fué más difícil de predecir la respuesta que habrá de darse.

MOISÉS

EL CONDUCTOR DE UN PUEBLO

Y de allí en adelante no se levantó en Israel un profeta como Moisés, que conociese al Señor cara a cara. En toda suerte de señales y portentos como los que por su misión hizo en tierra de Egipto a Faraón, y a todos sus siervos y a toda la tierra de él.

Y toda mano robusta, y grandes maravillas, que hizo Moisés a vista de todo Israel.»

Estas palabras, que cierran el libro del *Deuteronomio*, son la expresión exacta de la estimación que tuvieron al gran conductor y libertador de los hebreos las generaciones que le sucedieron. Fué el más grande de los profetas, que habló en persona al Dios de Israel; fué el héroe nacional, que sacó al pueblo elegido de la esclavitud egipcia, lo llevó a través de los peligros del desierto, y lo condujo hasta los umbrales de la tierra de promisión; fué el supremo legislador, que recibió de Dios ese admirable código sobre el cual se asentó tan firmemente la vida religiosa, moral y social de la nación. La tradición le atribuyó más tarde la paternidad de todo el *Pentateuco*, y el misterio que rodeó su muerte aumentó su prestigio.

Recordemos primeramente la bíblica historia.

Habían pasado los días en que José gobernaba en Egipto. Una centuria era transcurrida. Un nuevo Faraón había surgido, que ya no conoció a José. La tribu nómada de beduínos que, en los años de penuria que precedieron a los de la gran hambre, buscara asilo en las orillas siempre fértiles del Nilo, había crecido y se había multiplicado. La banda de extranjeros, hospitalariamente acogida a la riqueza de un poderoso reino, se había convertido en un problema social, industrial y político. Hallábase en «la tierra de Goshen», propagándose excesivamente y exten-

diendo cada día sus largos brazos y sus ávidos dedos por toda la vida de Egipto. Debía de haber surgido uno de esos movimientos que el mundo moderno tan bien conoce.

Una ola de antisemismo invadió el país. Gradualmente, año tras año y pulgada a pulgada, los hijos de Israel fueron reducidos, por la política del Estado y la opinión de sus ciudadanos, de huéspedes a siervos, y de siervos a esclavos.

La construcción era la manía de entonces, y ellos fueron fuertes, hábiles, diligentes constructores. Estaban hechos para construir. Construyeron para Faraón, mediante trabajo esclavo, ciudades-tesoro o ciudades-almacén, pues el verdadero tesoro consistía entonces en grano.

Dos de tales ciudades se mencionan en el *Éxodo*—Phithom y Rameses—. El egiptólogo Naville ha descubierto la ciudad de Phithom, que fué efectivamente construída en tiempo de Ramsés y está situada en esa tierra de Goshen, en la frontera nordeste, donde se habían establecido los hijos de Israel. Contra los fluimientos adversos del Nilo sólo se podía luchar llenando enormes graneros durante los años prósperos. En la posesión de tales graneros radicaba el poder del gobierno. Cuando sobrevenía una mala época. Faraón tenía en sus manos el alimento de todos y lo distribuía a los hombres a cambio de una completa sumisión. Por medio de este duro resorte, la civilización egipcia fué surgiendo. ¡Horribles tiempos! Nos es dable imaginar aquellas ciudades, construídas por los israelitas en su condición de siervos del Estado, como gigantescas despensas puestas a disposición de la administración pública para mantener la obediencia del populacho y la vida de la nación.

Los israelitas eran gentes útiles. Pagaban con creces su sustento. Sin embargo, su multiplicación incesante llegó a ser un estorbo creciente. El límite máximo de los depósitos se iba haciendo insuficiente, y el número de trabajadores disponibles excedía pronto del necesario para los útiles y económicos empleos. El gobierno egipcio se dispuso a limitar los nacimientos. Por varias medidas, ruda-

mente descritas en el *Éxodo,* trataron de impedir el incremento de israelitas varones. Por último, se decidieron a matar a los niños. Hubo evidentemente en esta época una gran tensión entre los principios de la vida judía y la fuerza inexorable de la civilización egipcia establecida. Fué en este momento cuando nació Moisés.

Las leyes eran duras, y la piedad tenía en ella escasa intervención. Pero la madre amaba a su niño tiernamente, y resolvió esquivar la ley. Con inmensas dificultades lo ocultó hasta que alcanzó la edad de tres meses. Entonces el intenso deseo de vivir de las generaciones nuevas la llevó a una audaz estratagema. Tiene sus precedentes en varias leyendas antiguas acerca de los grandes hombres. Sargón, el famoso rey de Suma, fué abandonado por su madre en un cesto de mimbre, y recogido y educado por un viandante. Análogos relatos existen con respecto a la infancia de Rómulo y de Ciro. En este caso la única suerte para el niño consistía en que pudiese ser puesto bajo la protección de la corte. La hija de Faraón, la princesa real, solía bañarse en el Nilo. Estudiáronse sus costumbres. Un pequeño cofre de juncos flotaba blandamente cerca de la orilla donde aquélla tomaba su baño matinal. Unas criadas fueron a apresarlo. Dentro de esta flotante cuna se hallaba un bebé perfecto... «¡Y el niño lloraba!» Conmovióse el corazón de la princesa, tomó el bebé en sus brazos y juró que no perecería mientras su padre rigiese sobre el Nilo. Pero una hermana de Moisés, allí apostada previsoramente de antemano, se aproximó entonces. «Yo sé dónde puede encontrarse una nodriza.» Y así, buscándose la nodriza, vino la madre. En la amplitud de dependencias de una mansión señorial, pronto se encontró un aposento donde ocultar el infante.

Pasaron los años. El niño es un hombre criado en el palacio o en sus aledaños, al par, sin duda, de los múltiples bastardos o retoños de poligamia de los tronos orientales. Pero no es egipcio, no es hijo de la privilegiada progenie del valle del Nilo. La brava sangre del desierto, la potente sangre de Beni Israel, aun no mezclada con infusiones hititas, late en sus venas. Él sale al exterior, ve lo que está

sucediendo, ve a su propia raza explotada hasta más allá de toda necesidad económica o de toda justicia social. Ve a los suyos, siervos de Egipto, consumiendo su fuerte vida y su simiente en el mantenimiento de la grandeza de un país que les arroja de mala gana la pitanza que comen.

Los ve tratados como a casta de ilotas; ¡a ellos, libres hijos del desierto, que han venido como huéspedes recibidos con honor y que no han dejado de trabajar durante cada hora de su permanencia en el país! Además de estas impresiones generales, ve a un egipcio golpeando a un israelita; sin duda un espectáculo corriente, un episodio admitido como formando parte de la diaria rutina social. Pero ya no duda; ni por un momento vacila. Sabe cuál es su puesto, y los favores de la corte y las relaciones y afectos de que goza como privilegiado entre la raza que gobierna y posee, desaparecen en un instante. La voz de la sangre le llama. Y mata al egipcio entre los aplausos y aclamaciones de los insurgentes de su tiempo y de los venideros.

Fué difícil ocultar el cadáver; más difícil aún ocultar el hecho e impedir su relato. Parece no haber transcurrido mucho tiempo antes de ser conocido en palacio que este indefinido y hasta entonces favorecido extranjero había mordido la mano que le alimentaba. ¡Cuán fácilmente podemos representarnos esta actitud! La mayor parte de los Estados y administraciones más cultos y civilizados de hoy día habrían sentido con Faraón que aquello era completamente intolerable. Probablemente la opinión pública egipcia—y siempre hay opinión pública donde quiera que exista la más ligera presencia de civilización—consideraría este acto de violencia como una prueba palmaria de que la debilidad del gobierno hacia aquellos presuntuosos e intrusos extranjeros había llegado al límite.

De todos modos, Faraón—que es un hombre tan bueno como otro cualquiera para designar las clases gobernantes de cualquier país, en cualquier tiempo y cualquier sistema—actuó. Decretó la muerte del homicida. Realmente, no podemos censurarlo; ni acusar tampoco la sub-

siguiente conducta del acusado. Su acción se acomodó también al procedimiento moderno. Huyó.

En aquellos días el Egipto era una pequeña isla de civilización, surgida bajo los peculiares estímulos físicos del flujo y fango nilóticos, con todo el sistema de graneros para tenerla en un puño—una pequeña isla en un vasto océano de hambre negra—. Pocos y dispersos eran los seres humanos capaces de soportar la vida más allá de sus orillas. Había, en efecto, otras islas semejantes en otras partes del mundo, en Mesopotamia, en Creta, en Micenas; pero, para Moisés, la opción entre Egipto o el desierto era, virtualmente, entre una rápida ejecución capital y la más mísera existencia que pueda concebirse.

Moisés huyó a la península de Sinaí. Hállanse allí los más horribles desiertos en que la vida humana puede ser soportada de algún modo. Hay otros, como las vastas extensiones del Sáhara o de los círculos polares, en que los seres humanos no pueden existir en absoluto. No obstante, siempre le ha sido posible a muy poca gente el sostenerse entre los rigores de la península de Sinaí. En la actualidad hay unos pocos centenares de beduínos. Pero cuando un aeroplano tiene que aterrizar por fuerza, el piloto casi siempre perece de hambre y sed. En aquella áspera guarida, el fugitivo Moisés encontró un jefe local y sacerdote llamado Jethró. Compartió su morada; le prestó buenos servicios, y se casó con su hija Séfora y vivió con grandes privaciones durante muchos años. Todo profeta tiene que venir de la civilización, pero todo profeta tiene que ir al desierto. Debe recibir la fuerte impresión de una soledad completa y después pasar por períodos de aislamiento y meditación. Este es el procedimiento para hacer la dinamita psíquica.

Moisés guardaba los rebaños lanares que pastaban hambrientos las escasas hierbas, y vivía una vida tan restringida materialmente como ellos. Comunicaba consigo mismo, y un día, cuando el sol ascendía abrasador por los cielos, los genios danzaban en los remolinos de polvo, y las arenas reflejaban mágicos espejismos, vió la zarza ardiente. Ardía y no se quemaba. Era un prodigio. Cuanto

más ardía menos se quemaba; parecía renovarse de su propia consunción. Quizá no fuese en modo alguno una zarza, sino su propio corazón inflamado de fuego inextinguible mientras la tierra sirva de morada al humano ser.

Dios habló a Moisés desde la zarza ardiente. Y le dijo: «No puedes dejar a tus hermanos en cautiverio. ¡Muerte o libertad! Es preferible el desierto a la esclavitud. Debes ir y traerlos. Que vivan en medio de este zarzal o mueran si no pueden vivir. Pero que no permanezcan más tiempo encadenados en la casa de la esclavitud.» Dios se alejó. Dijo desde la zarza ardiente, que ardía seguramente en el interior de Moisés: «Te dotaré de extrahumano poder. No hay nada que el hombre no pueda hacer si lo quiere con bastante resolución. El hombre es el compendio del universo. Todo se mueve y existe como resultado de su voluntad invencible, que es mi Voluntad.»

Moisés no entendió la importancia de esto, e hizo muchas preguntas y pidió toda clase de garantías. Y persistió tanto en sus dudas y regateos, que se nos dice que Jehová (pues éste era el gran nombre nuevo de este Dios que hablaba desde la zarza ardiente) se enojó. Sin embargo, al fin, hizo su contrato con el hombre, y Moisés logró llevar a su espíritu una razonable seguridad de que podría obrar milagros. Si arrojaba su vara en tierra, estaba seguro de que se convertiría en una serpiente, y si la recogía volvería a ser una vara. Además estipuló que debería tener un vocero. Él no era elocuente; podría dar la fuerza conductora, pero necesitaba un competente orador, alguien, versado en debatir casos y en tratar importantes asuntos, que le sirviese de auxiliar. De otra manera, ¿cómo podría él sostener coloquio con Faraón y todos los ministros del único país civilizado, que el mundo ofrecía entonces? Dios atendió estas demandas. Un político experto, y elocuente orador, bajo la forma de un tal Aarón, le sería proporcionado. Moisés recordó entonces a su pariente Aarón, con quien había mantenido buena amistad antes de haber tenido que huir de Egipto. ¡Y ahora, a la acción! Dícesele a Jethró que su yerno se propone partir para una gran empresa. Da su pleno consentimiento. El asno está

aparejado; Séfora, los dos chicos y el ajuar de la familia están ya sobre su lomo, y a través de nubes de polvo y bajo la ardiente luz solar, la más pequeña, pero la más potente expedición de socorro que jamás conoció la Historia, se puso en movimiento.

Extraordinaria importancia puede fácilmente atribuirse a las referencias del prolongado duelo entre Moisés y Faraón. Las plagas de Egipto son famosas, y la mayor parte de ellas eran de la clase de las que siempre aquel país ha sufrido—polución del Nilo, con la consiguiente destrucción de su pesca; multiplicación de ranas, llegando a invadir el territorio; moscas insufribles, piojos abundantes (aunque algunas autoridades dicen que eran mosquitos), muerte del ganado, tinieblas sobre la faz de la tierra, como acaece durante las prolongadas tempestades de arena; el prodigio del granizo en el valle del Nilo; por último, la muerte, por peste, de los primogénitos—. Los magos locales, entrando resueltamente en el ardor de la contienda, la sostuvieron palmo a palmo hasta el tercer *round*. Pero cuando el polvo se convirtió en piojos, admitieron, llenos de respeto profesional, que aquí se veía «el dedo de Dios».

Gran interés se concede a la conducta de Faraón. A través de las centurias sentimos la modernidad de su acción. Al principio fué curioso y abierto al convencimiento. Unas amabilísimas plagas lo habían traído a la razón. Decidióse a permitir que los israelitas partiesen para el desierto e hiciesen sacrificios a su poderoso Dios. Esta seria concesión detuvo todos sus planes constructivos y produjo considerables trastornos en la vida económica del país. Fué probablemente un rudo golpe. Pensó, sin duda, que la pérdida en los impuestos nacionales que acarreaba esta cesación en los trabajos sería desastrosa para el Estado. Ello endureció su corazón, y hacía que se volviese atrás por la noche de lo que había prometido por la mañana, y por la mañana de lo que había prometido por la tarde. Las plagas continuaban; los magos no acertaban. Era una lucha a muerte entre Jehová y Faraón. Pero Jehová no quería ganar tan fácilmente. La liberación de los

hijos de Israel era sólo una parte de su alto propósito. Su liberación habría de efectuarse de tal manera que no les cupiese duda de que eran el pueblo elegido, con las fuerzas supremas del universo reclutadas para su personal interés; por lo cual deberían mostrarse siempre fieles. Y así, Jehová aplicaba las plagas con una mano y endurecía el corazón de Faraón con la otra.

Este sistema se practicó mucho tiempo más tarde. Cuántas veces los gobiernos y los pueblos se lanzan con repugnancia a las guerras, aterrados en sus comienzos, no obstante su pequeñez; pero, una vez precipitados en el torrente, siguen nadando desesperadamente, sacando fuerzas y reservas insospechadas e inmensas, con la esperanza de poder surgir triunfalmente a la otra orilla.

Así Faraón y el gobierno egipcio, una vez precipitados en el torbellino, trataron de ver el modo de salir de él; y esto quizá «endureció sus corazones». Sin embargo, las plagas continuaron, y llovieron infortunios sobre el agonizante Estado, hasta que, por fin, un colapso sobrevino. Faraón «dejó marchar a los israelitas».

Entre la confusión general que siguió a esta derrota, el pueblo elegido saqueó a los egipcios. Postulaban, pedían prestado, robaban todo lo que podían coger con sus manos, y, reuniéndose y juntando sus cargas de tesoros, equipos y vituallas, se lanzaron desde la isla de la civilización al pavoroso desierto. El mejor tránsito se haría cruzando el istmo que une África con Asia para buscar las regiones de lo que ahora llamamos Palestina. Pero a ello se oponían dos fuertes razones que no podían ser desestimadas. Primeramente, los filisteos cerraban el paso. Este pueblo formidable había llevado su organización militar a gran altura. Los israelitas, después de ciento cincuenta años de servidumbre doméstica, no estaban en condiciones de hacer frente a feroces guerreros del desierto. En segundo lugar, Jehová había dicho a Moisés que debía conducir a su pueblo a las proximidades del monte Sinaí, donde se le harían saber otras revelaciones de la Voluntad divina.

Marchan, pues, hacia la parte norte del mar Rojo. Hay

mucha disparidad de opiniones en cuanto a su número. La Biblia dice que eran 600.000, además de las mujeres y los niños. Podemos, sin incurrir en impiedad, dudar de la estadística, ya que no es nada difícil que un error de copia se hubiese cometido. Aun en nuestros días, un cero o dos suelen colocarse a veces equivocadamente. Pero aún tendrían que transcurrir más de dos mil años antes que el «cero» y todas sus útiles aplicaciones estuviesen a disposición del género humano. Las primitivas formas de notación estaban más sujetas a error que las nuestras. A menos que el clima fuera muy distinto que el actual, es difícil ver cómo podrían haber vivido en el Sinaí, aunque no fueran más que 6.000 personas, sin una ayuda sobrenatural en considerable y bien organizada escala.

Pero de nuevo Faraón se había vuelto atrás de su palabra. Sin duda la indignación surgida entre los egipcios por el general pillaje de que habían sido víctimas en su hora de terror pánico, combinada con el sentimiento del gobierno ante la pérdida de tan gran número de súbditos y labradores capaces, creó una clase de situación a la que muy pocos Parlamentos de la presente edad habrían sido insensibles. Movilizóse el ejército egipcio; todos los carros disponibles se lanzaron en persecución de los israelitas. La tribu fugitiva, habiendo alcanzado la orilla de una ensenada llamada «Yam Suph», en el extremo norte del golfo de Akaba, quedó cogido entre el mar y las abrumadoras huestes de Faraón. La situación era desesperada. El único recurso era huir, pero la huída estaba cerrada por un ancho brazo de mar.

Mas Jehová no los abandonó. Una erupción violenta sobrevino, cuyas huellas aparecen aún hoy en las montañas volcánicas de estos lugares. Separáronse las aguas, y los hijos de Israel pasaron a pie enjuto a través del mar Rojo. Faraón y sus huestes, que ardorosamente los perseguían, fueron tragados por las aguas al juntarse de nuevo. Seguidamente, guiados por una columna, de humo durante el día y de fuego por la noche, caminaron los israelitas hasta llegar a las faldas del monte Sinaí. En él recibió Moisés, de manos de Jehová, las tablas de aquellas leyes

fundamentales que habían de ser seguidas desde entonces, con intermitencias ocasionales, por las más elevadas formas de la sociedad humana.

En este punto debemos examinar brevemente, en su conjunto, la cuestión de los milagros. Todo el mundo sabe que la polución de los ríos, las moscas, las ranas, los piojos, las tempestades de arena y las epidemias en hombres y ganados son calamidades bien conocidas en Oriente. Las personas escépticas pueden inclinarse fácilmente a creer que en aquella sazón ocurrían con excepcional frecuencia. El fuerte viento del Norte, al que se atribuye haber hecho retirar las aguas del mar Rojo, pudo muy bien haber ido acompañado de perturbaciones sísmicas y volcánicas. Los geólogos nos dicen que la misma hendidura que en la configuración de la Tierra produjo la depresión del mar Muerto, en Palestina, se prolonga sin solución de continuidad a través del valle del Rif, en lo que ahora llamamos provincia de Kenia, en el África Oriental. La península del Sinaí fué volcánica, y las descripciones bíblicas del monte, en sus aspectos de día y de noche, se explican claramente por una erupción, productora de la columna de humo a la luz del sol y del fulgor en la oscuridad de la noche. Bandadas de codornices exhaustas llegan con frecuencia a Egipto en sus emigraciones, y alguna de ellas podría muy bien posarse, en el momento crítico, cerca del campamento de los israelitas. Renan ha descrito la exudación por ciertos arbustos de la península del Sinaí de una sustancia gomosa que aparece de tiempo en tiempo y que, sin duda, es capaz de proporcionar una forma de alimento.

Todas estas explicaciones, puramente científicas y racionalistas, no hacen más que probar la verdad de la bíblica historia. Es necio gastar tiempo discutiendo si Jehová infringió sus propias leyes naturales para salvar a su pueblo elegido o si sólo las aplicó en un sentido favorable. De todos modos, no hay duda acerca de un milagro. Esta tribu errante, que podría confundirse en muchos aspectos con innumerables colectividades nómadas, concibió y proclamó una idea de la que no fueron capaces todo el genio de Grecia y todo el poderío de Roma. Tal fué la de la

existencia de un solo Dios, de un Dios universal, un Dios de naciones, un Dios justo, un Dios que castigaría en otro mundo al malvado, por rico y próspero que muriese; un Dios de cuya ayuda dependía inseparablemente el bien del humilde, del pobre y del débil.

Múltiples libros se han escrito en muchas lenguas acerca de cuánto se debe a Moisés en todo ello. Devastadores, inexorables estudios críticos modernos han probado que el *Pentateuco* constituye un cuerpo de narración y de doctrina que fué tomando ser paulatinamente a través de varios siglos por lo menos. Rechazamos, sin embargo, con desdén todos esos eruditos y artificiosos enredos, según los cuales Moisés no fué más que una figura legendaria a la que sacerdocio y pueblo atribuyen sus esenciales ordenamientos especiales, morales y religiosos. Creemos que las opiniones encontrarán plena satisfacción tomando la historia de la Biblia literalmente, o identificando uno de los más grandes hombres que han existido con el más decisivo salto hacia adelante que puede descubrirse en la historia del múndo.

Permanecemos inconmovibles ante los tomos del profesor Gradgrind y del doctor Dryasdust. Podemos estar seguros de que todas estas cosas acontecieron tal como se refieren en las Sagradas Escrituras. Podemos creer que les sucedieron a gentes que no diferían mucho de nosotros mismos, y que las impresiones por ellas recibidas fueron fielmente conservadas y han sido transmitidas a través de las centurias con mucha más exactitud que muchos de los relatos telegráficos que leemos acerca de sucesos de hoy. Según las palabras de una obra olvidada de míster Gladstone, descansamos seguros sobre «la roca inexpugnable de la Sagrada Escritura».

Desgraciadamente, los agobios del *Éxodo*, los largos cuarenta años, o cuantos hayan sido precisos para transformar a través del desierto una raza domesticada en un ejército de conquistadores y guerreros, les llevaron a hacer a Jehová exorbitantes reclamaciones. Olvidaron las viejas tradiciones que el *Pentateuco* encierra. Olvidaron el luminoso monoteísmo que bajo el herético Pharaon Akh-

naton había dejado su huella en Egipto. Se apropiaron de Jehová para ellos solos. Según palabras de Renan, lo hicieron revelarse en favor del pueblo elegido. Todas las leyes divinas y la humana equidad eran suspendidas o conculcadas cuando habían de aplicarse a un extranjero, y sobre todo a un extranjero cuya tierra y propiedad necesitaban.

Pero éstos son errores naturales del corazón humano bajo excepcionales presiones. Muchas centurias iban a pasar antes que el Dios que dejó oír su voz en la zarza ardiente se manifestase en una nueva revelación, que era, sin embargo, la más antigua de todas las inspiraciones del pueblo hebreo: el Dios no sólo de Israel, sino de todos cuantos humanos linajes quisieran servirle; un Dios no solamente justiciero, sino misericordioso; un Dios no sólo de salvación y de supervivencia, sino de compasión, de propio sacrificio, de inextinguible amor.

Difundan sus conocimientos los sabios y los eruditos, y escudriñen y comprueben cada detalle de los que han llegado hasta nosotros desde esas oscuras edades. No harán otra cosa que robustecer la gran sencillez y la esencial exactitud de las verdades recogidas hace tanto tiempo y que han iluminado hasta ahora la humana peregrinación.

PASATIEMPOS FAVORITOS

MUCHOS remedios se indican para reparar la fatiga del excesivo esfuerzo mental en personas que, a través de largos períodos, tienen que soportar responsabilidades excepcionales y llenar cometidos de extraordinaria importancia. Unos recomiendan ejercicio, otros reposo. Éstos aconsejan el viaje; aquéllos, la quietud. Quién alaba la soledad; quién, el bullicio. No hay duda de que todos los recursos indicados pueden desempeñar su papel según cada individual temperamento Pero el constante y común elemento de todos ellos es el cambio.

El cambio es la clave. Un hombre puede gastar una determinada parte de su inteligencia a fuerza de estarla usando constantemente y fatigándola, exactamente de igual manera que puede gastar hasta el deterioro los codos de su chaqueta. Pero hay una diferencia entre las células vivas del cerebro y las cosas inanimadas. Y es ésta: no se pueden restaurar los codos cepillando las mangas de la americana; pero las cansadas facultades mentales pueden ser reparadas y fortalecidas no solamente por el descanso, sino por el uso de otras. No basta limitarse a apagar las luces que iluminaban el principal y ordinario campo de interés; un nuevo campo de interés debe alumbrarse. Es inútil decir a los «músculos mentales»—si uno puede acuñar tal expresión—«os daré un buen descanso», «daré un largo paseo» o «me acostaré y no pensaré en nada». La inteligencia se mantiene ocupada exactamente lo mismo. Si ha estado pesando y midiendo, seguirá midiendo y pesando. Si ha estado preocupada, seguirá preocupada. Es sólo si se ponen en actividad nuevas células, si nuevas estrellas llegan a enseñorearse del orto, cuando se obtiene el reposo, el alivio y la reparación.

Un notable psicólogo norteamericano ha dicho: «La

preocupación es un espasmo de la emoción; la mente se ha apoderado de algo y no lo suelta». Es difícil discurrir teniendo el espíritu en estas condiciones. Cuanto más se quiere hacerlo, más inútil resulta el empeño. Lo que se puede hacer es tratar de introducir suavemente algo más dentro del crispado puño. Y si este algo está acertadamente elegido, si va realmente acompañado por la iluminación de otra zona de interés, gradualmente, y a menudo hasta rápidamente, la contraída garra se distiende y el proceso de restauración y recobro sobreviene.

El cultivo de un pasatiempo favorito y de nuevas formas de interés es, por consiguiente, un recurso de máxima importancia para un hombre público. Pero no se trata de un asunto que puede emprenderse en un día o improvisarse de buenas a primeras por una simple orden de la voluntad. El cultivo de intereses mentales alternativos es un largo proceso. Los gérmenes deben buscarse cuidadosamente; deben caer en buena tierra; han de ser celosamente atendidos en su desarrollo, si se quiere que los vivificantes frutos estén a la mano cuando se precisen.

Para ser realmente felices y estar realmente a salvo se precisa tener, por lo menos, dos o tres aficiones verdaderas. Es inútil dejar pasar una gran parte de la vida y decir: «Me tomaré interés por esto o por aquello.» Tal intento no hace más que agravar el estrago del esfuerzo mental. Un hombre puede adquirir grandes conocimientos de materias ajenas a su trabajo diario y, sin embargo, apenas lograr de ellas algún beneficio o algún alivio. Es inútil hacer lo que se quiere; es preciso querer lo que se hace. Hablando en general, los seres humanos pueden dividirse en tres clases: los que se afanan, los que se preocupan y los que se aburren hasta la muerte. Es vano ofrecer al trabajador manual, fatigado de una semana de sudor y esfuerzo, la ocasión de jugar un partido de fútbol o *base-ball* en la tarde del sábado. Es inútil invitar al político, al profesional o al hombre de negocios, que ha estado trabajando o preocupándose de graves asuntos durante seis días, a trabajar o preocuparse en cosas triviales durante el «fin de semana».

En cuanto a las gentes infortunadas que pueden disponer de cuanto quieren, que pueden permitirse todos los caprichos y conseguir casi todos los objetivos deseables... para ellos, un nuevo placer, una nueva excitación no son más que satisfacciones adicionales. En vano se lanzan frenéticamente de sitio en sitio, tratando de huir del vengativo aburrimiento por medio simplemente del bullicio y del movimiento. Para ellos, la disciplina, en una forma u otra, es el más prometedor sendero.

También puede decirse que los seres racionales, laboriosos y útiles se dividen en dos clases: primera, la de aquellos para quienes el trabajo es trabajo y el placer es placer; y la segunda, la de aquellos para quienes el trabajo y el placer son una sola y misma cosa. La mayoría la constituyen los primeros. Tienen también sus compensaciones.

Las largas horas de la oficina o de la fábrica les traen como recompensa no sólo los medios de vida, sino una avidez de distracciones incluso en sus más sencillas y modestas formas. Pero los hijos favoritos de la fortuna son los segundos. Su existencia es una armonía natural. Para ellos, las horas de trabajo nunca son bastante largas. Cada día es un día de fiesta, y cuando la vacación ordinaria llega, la reciben a regañadientes como forzada interrupción de su vocación absorbente. Sin embargo, para ambas clases, la necesidad de un nuevo panorama, de un cambio de atmósfera, de una diversión del esfuerzo, son esenciales. Y hasta puede ser en realidad que aquellos para quienes su trabajo es su placer, sean los que más necesitan desterrarlo, por intervalos, de su espíritu.

La forma más común de la distracción es la lectura. En ese vasto y variado campo, millones de seres encuentran su mental recreo. Nada hace a un hombre más respetuoso que una biblioteca. «Unos cuantos libros», que era como lord Morley definía algo aproximado a los cinco mil, pueden dar una sensación de comodidad y hasta de satisfacción. Pero un día en una biblioteca, aun de modestas dimensiones, disipa rápidamente esas ilusorias sensaciones. Mientras vais de un lado a otro, tomando libro tras libro

de los estantes y considerando el vasto e infinitamente variado depósito de conocimientos y saber que la raza humana ha acumulado y conservado, el orgullo, aun en sus formas más inocentes, es expulsado del corazón por un sentimiento de medroso respeto no desprovisto de tristeza.

Mientras uno contempla las grandes cohortes de sabios, santos, historiadores, hombres de ciencia, poetas y filósofos cuyos tesoros jamás podrá uno admirar—y aun menos gozar—, la idea del breve tránsito de nuestra existencia aquí, domina nuestro espíritu y nuestra mente.

Pensad en todos los admirables cuentos que han sido narrados y lo serán, sin que los conozcáis nunca. Pensad en todas las investigaciones sobre materias de extraordinaria importancia cuya prosecución os estará vedada. Pensad en las enormes labores realizadas en servicio vuestro, pero cuyas cosechas jamás recogeréis. Mas esta melancolía deriva hacia un reposo interior. El agridulce de una compasiva desesperanza se funde en un agradable sentimiento de forzosa resignación del cual volvemos con renovado brío a las más ligeras ilusiones de la vida.

«¿Qué haré con todos mis libros?», fué la pregunta; y la respuesta, «Léelos», tornó serio al preguntón. Pues si no puedes leerlos, manéjalos por lo menos, y aficiónate a ellos, como sea. Echa un vistazo a sus páginas. Ábrelos por donde quieras. Lee la primera frase sobre la que se detenga la vista. Examina después otro. Haz un viaje de descubierta, sondeando mares inexplorados. Vuélvelos a los estantes con tus propias manos, ordénalos según tu propio plan, de tal modo que si no sabes lo que hay en ellos, sepas al menos en dónde están. Si no pueden ser amigos tuyos, que sean por lo menos tus conocidos. Si no pueden penetrar en el círculo de tu vida, no les niegues siquiera un saludo de reconocimiento.

Es un error leer demasiados libros buenos mientras se es muy joven. Un hombre me dijo que había leído todos los libros que importaba conocer. Apremiado a preguntas, resultó que había leído muchos, pero parecía que sólo habían dejado en él una ligera huella. ¿Cuántos había en-

tendido? ¿Cuántos habían influído en su complejo mental? ¿Cuántos habían sido forjados en el yunque de su espíritu y después colocados en una panoplia de brillantes armas para tenerlas en todo momento dispuestas y a la mano?

Es una lástima leer un libro demasiado pronto en la vida. La primera impresión es la que cuenta; y si ella es ligera, acaso sea todo lo que pueda esperarse de aquella lectura. Una segunda puede rebotar contra una superficie demasiado endurecida por el prematuro contacto. Los jóvenes deben poner mucho cuidado en sus lecturas, lo mismo que los viejos al comer su alimento. No deben comer demasiado. Deben masticar bien.

Puesto que el cambio es un elemento esencial en toda clase de ocupaciones, es naturalmente más aquietador y más restaurador leer en una lengua distinta a aquella en que se hace el trabajo diario. Tener a vuestra disposición una segunda lengua, aunque sólo se conozca lo suficiente para leerla con placer, es una apreciable ventaja. Nuestros pedagogos tienen tanta avidez en enseñar a los niños tantas diferentes lenguas, que nunca logran poseer ninguna de modo que su estudio les reporte utilidad o placer. Los muchachos aprenden el latín suficiente para detestarlo, el griego necesario para aprobar en el examen, el francés preciso para ir de Calais a París, el alemán bastante para exhibir un certificado, el español o italiano estrictamente imprescindibles para distinguir uno del otro; pero ninguno en medida suficiente para asegurarles el enorme regalo del acceso a una segunda literatura.

Elegid bien, escoged juiciosamente, y optad por uno. Concentraos en él. No os deis por satisfechos hasta que podáis leerlo con verdadero gozo. El procedimiento de leer por recreo en otra lengua hace descansar los músculos mentales, vivifica la mente por la diferencia del proceso expresivo y tonifica las ideas. La sola forma distinta de hablar excita la actividad de las distintas células cerebrales, aliviando del modo más efectivo la fatiga de las habitualmente usadas. El caso es comparable al de un hombre que se gana la vida tocando la trompa y a quien le es

grato tocar el violín por esparcimiento. Así sucede al que lee en una lengua que no es la suya.

Pero la lectura y el amor a los libros en todas sus formas se resienten de un grave defecto; se hallan tan próximamente emparentados con el quehacer diario del trabajador intelectual, que no le proporcionan aquel elemento de cambio que es preciso para un verdadero alivio. Para restaurar el equilibrio psíquico debemos emplear aquellas facultades mentales que dirigen a la vez el ojo y la mano. Muchas personas han encontrado gran beneficio al practicar un oficio por recreo. Ebanistería, droguería, encuadernación, hasta albañilería—si uno se interesa y es hábil en ellos—darían un real descanso al cerebro cansado en exceso. Pero los mejores de todos y los más fáciles de procurarse son el dibujo y la pintura en todas sus formas. Yo me considero muy dichoso con haber podido, ya tarde en la vida, desarrollar este mero gusto y pasatiempo. La pintura vino en mi auxilio en una época muy penosa y ardua para mí, y trataré de expresar en un último capítulo la gratitud que siento por ella.

La pintura es un compañero con el cual se puede esperar andar gran parte de la jornada de la vida.

> El tiempo no puede marchitar, ni la costumbre envejecer su infinita variedad.

Ante ella, los más vigorosos deportes y los más interesantes juegos se derrumban. Los excepcionales esfuerzos físicos se pagan al precio de más pronunciada y más prolongada fatiga. Los músculos pueden relajarse, y los pies y las manos paralizarse; los nervios de la juventud pueden llegar a ser menos fieles. Pero la pintura es una amiga que no tiene excesivas exigencias, su pasión no acarrea excitaciones agotadoras y apremiantes, nos sigue fielmente en el camino, aunque sus pasos sean débiles, y sostiene su lienzo como una pantalla entre nosotros y los ojos envidiosos del tiempo o el sombrío avance de la decrepitud.

Felices los pintores, porque nunca estarán solos. Luz y color, paz y esperanza, les harán compañía hasta el fin, o casi hasta el fin, del día.

LA PINTURA COMO PASATIEMPO

HABER alcanzado los cuarenta años sin haber manejado jamás un pincel ni hecho pinitos con un lápiz, haber mirado hasta entonces como un misterio la pintura de toda clase de cuadros, haber permanecido con la boca abierta ante el yeso de los pavimentadores, y después, súbitamente, encontrarse uno sumergido en medio de una nueva e intensa forma de interés y acción, con colores, paletas y lienzos, y no estar desanimado por los resultados, es una asombrosa, pródiga experiencia. Espero que llegará a ser compartida por otros. Y me agradaría que estas líneas pudiesen inducirles a tratar de hacer lo que yo he hecho, y que por lo menos algunos llegasen a encontrarse dotados con un nuevo y absorbente entretenimiento, delicioso para ellos mismos y de ninguna manera violentamente dañino para hombres y animales.

Me figuro que el propósito que guía este artículo parecerá bastante modesto; y así habría de ser, porque no hay tema sobre el cual me sienta más humilde y también más sincero al mismo tiempo. No me propongo explicar cómo se pinta, sino tan sólo cómo se goza pintando. No os limitéis a contemplar con crítica pasividad estos esfuerzos. Comprad una caja de pinturas y haced la prueba. Si necesitáis algo que ocupe vuestros ocios, aparte vuestras mentes del diario afán, o ilumine vuestros días de fiesta, no os apresuréis a creer que no podéis encontrar lo que queréis en esto que os propongo. ¡Aunque sea a la madura edad de los cuarenta! Sería una lástima que pasaseis vuestros días de asueto zascandileando sin decidir qué partido tomar, oscilando entre el golf o el *bridge*, cubileteando, barajando, cambiando pasatiempos y deportes, preguntándoos qué demonios prodíais hacer—como, por desgracia para ellos, acontece a algunos seres—cuando te-

néis al alcance de la mano un admirable y nuevo mundo de pensamiento y de arte, un soleado jardín, fulgurante de luz y de color, cuya llave tenéis en el bolsillo de vuestro chaleco. Independencia poco costosa, movible y perenne objeto de placer, armonías y simetrías eternas hablándoos un nuevo y diferente lenguaje, escenarios que os parecían vulgares trocándose en interesantes, o añadiendo, a los que ya lo tenían, redoblado interés, ocupación para todas las horas ociosas, viaje constante lleno de cautivadores descubrimientos: he ahí los altos premios que os ofrece. Tened la seguridad de que no pueden ser para todos. Pero, en definitiva, si probáis y no servís, no se ha perdido gran cosa.

Al cuarto de los niños irá a parar lo que el estudio ha rechazado. Y además siempre podéis dejarlo y dedicaros a matar alguna caza, humillar a algún rival en el golf o despojar a algún amigo en la mesa de juego. Después de aquel ensayo fracasado, no seréis de manera alguna peores que antes. Al contrario, seréis ciertamente mejores. Sabréis conocer, «de vuelta de un fracaso», para citar una frase de ingrata reminiscencia, que lo que al fin hacéis es lo que queríais hacer en vuestras horas de asueto.

Pero si, por el contrario, os sentís propensos—aunque sea tardíamente—a explorar una desconocida zona de ilimitada extensión, entonces estad persuadidos de que la primera cualidad que se precisa es la audacia. Y es que realmente no hay tiempo para andarse en preparativos. Dos años de lecciones de dibujo, tres años de grabado en madera, cinco años de modelado en yeso..., eso es para los jóvenes. Tienen mucho por delante. Y esta cimentación sólida es para aquellos que, oyendo la llamada en la mañana de su existencia, pueden hacer de la pintura la vocación suprema de la vida. La verdad y belleza de línea y forma que un artista imprima a cada rasgo de su dibujo con sólo un ligero toque de su pincel, tienen que fundarse en largo, duro, perseverante aprendizaje y en una práctica que a fuerza de ser habitual, se ha hecho instintiva. Pero nosotros no debemos ser demasiado ambiciosos. No podemos aspirar a obras maestras. Debemos contentarnos

con una alegre carrera dentro de una caja de pinturas. Y para esto la audacia es el único billete de entrada.

Relataré ahora mi personal experiencia. Cuando dejé el Almirantazgo, al final de mayo de 1915, quedé como simple miembro del Gobierno y del Gabinete de Guerra. En esta posición lo sabía todo y no podía hacer nada. El cambio desde las intensas y diarias actividades ejecutivas del Almirantazgo a los deberes estrictos y restringidos de un consejero, me dejó un largo respiro. Como una bestia marina pescada en las profundidades oceánicas, o un buzo súbitamente izado, mis venas amenazaban estallar ante la enorme diferencia de presiones. Mi gran inquietud carecía de empleo; mis convicciones vehementes estaban privadas de poder hacerse efectivas. Tuve que limitarme a contemplar cómo se dejaban pasar lamentablemente grandes oportunidades, cómo se ejecutaban con tibieza planes que yo mismo había concebido y en cuya eficacia creía ardientemente. Tuve largas horas de ocio totalmente perdidas en considerar el temeroso desarrollo de la guerra. En un momento en que cada fibra de mi ser se inflamaba en ansia de acción, me veía forzado a ser un espectador de la tragedia, clavado en una localidad de primera fila. Y fué entonces cuando la musa de la pintura vino en mi auxilio, sin duda no por razones de caridad o de galantería, porque después de todo nada tenía que ver conmigo, y me dijo: «¿Te pueden servir de algo estos chismes? Hay gentes que se divierten con ellos».

Algunos ensayos hechos un sábado, en el campo, con la caja de pinturas de mis chicos, me llevaron a procurarme a la mañana siguiente los útiles completos para pintar al óleo.

Habiendo comprado colores, un caballete y un lienzo, el paso siguiente era *empezar*. ¡Pero vaya paso! ¡La paleta fulgía con sus cuentas de color; erguíase el caballete con su grata blancura; el ocioso pincel colgaba vacilante de la mano, grávido de destino, irresoluto en el aire. Mi mano parecía hallarse detenida por un veto silencioso. Pero después de todo, el cielo en esta ocasión era indiscutiblemente azul, de un pálido azul. No podía haber duda de

que debería ponerse en la parte superior del lienzo pintura azul, mezclada con blanco. No se necesita haber tenido gran preparación artística para verlo; eso está al alcance de todo el mundo. Y así, con muchísimo cuidado, hice una mezcla de azul y blanco sobre la paleta con un pincel muy pequeñito, y después, con infinitas precauciones, hice una marca aproximadamente del tamaño de una habichuela, sobre el afrentado lienzo, blanco como la nieve.

Era una provocación, una deliberada provocación; pero tan tímida, tan vacilante, tan cataléptica, que no mereció respuesta. En aquel momento la ruidosa aproximación de un automóvil oíase en el paseo de coches. Del auto apeóse, rápida y ligera, nada menos que la donosísima esposa de sir John Lavery.

—¡Pintando!—dijo—. ¿Pero qué hace usted ahí titubeando? Déme un pincel, el grande.

Chapuzón en la trementina, restregón en el azul y en el blanco, frenéticos refregones sobre la paleta—ya no más limpia—y después varios grandes furiosos toques, chafarrinones y bofetadas de azul sobre el lienzo totalmente acobardado. Todo el mundo podía ver que era incapaz de defenderse. Ningún hado adverso venía a vengar la jactanciosa violencia. El lienzo, entre horribles gesticulaciones, daba muestras de abandono e impotencia. El hechizo estaba roto. Las inhibiciones morbosas desaparecieron. Me apoderé del mayor de los pinceles y caí sobre mi víctima con la furia del Berserk. Jamás desde entonces he sentido el menor respeto por un lienzo.

Todo el mundo conoce las sensaciones que uno experimenta mientras tirita y vacila sobre la plancha de un lugar de natación, la impresión cuando un amistoso enemigo llega furtivamente detrás de vosotros y os tira al agua, y la ardiente vehemencia que os invade cuando emergéis anhelantes del chapuzón.

Este comienzo con audacia, este modo de arrojarse en medio de él, constituye ya una gran parte del arte de la pintura. Pero hay algo más que eso.

La peinture à l'huile
Est bien difficile.
Mais c'est beaucoup plus beau
Que la peinture à l'eau.

No digo nada en desdoro de la acuarela. Pero no hay nada como la pintura al óleo.

Tenéis a vuestra disposición un medio que os ofrece un poder efectivo, tan sólo con que descubráis la manera de utilizarlo. Además es más fácil recorrer una mayor distancia en el camino que os proponéis seguir, empleando el óleo que la aguada. Ante todo, podéis corregir los errores mucho más fácilmente. Un enérgico empleo de la espátula puede hacer desaparecer como por encanto la sangre y las lágrimas derramadas en una mañana por la tela y permite comenzar de nuevo. El lienzo se presta admirablemente para incorporar las impresiones pesadas. En segundo lugar, podéis afrontar vuestro problema desde cualquier dirección. Podéis dar pinceladas donde os plazca, empezando, si queréis, por una composición central de tonos medios y lanzaros después a los tonos brillantes cuando el momento psicológico llegue. Finalmente, el color mismo es una materia simpatiquísima de manejar (si es que no se decide a tomar venganza de vosotros). Podéis demoraros en probaturas. Podéis alterar vuestros proyectos conforme a las exigencias de las horas y del tiempo que haga. Y siempre, no lo olvidéis, podéis hacerlo desaparecer todo raspando, simplemente.

El hecho de pintar es ya una diversión por sí mismo; los colores que vais a usar son gratos a la vista, y resulta delicioso el verlos salir cuando oprimís el tubo. Igualarlos —aunque imperfectamente—con los que veis, es fascinador y por completo absorbente. Tratad de hacerlo, si no lo habéis hecho, antes de morir. Cuando uno comienza lentamente a emanciparse de las dificultades de elegir el color preciso y extenderlo en los lugares precisos y de la manera precisa, otras y más amplias consideraciones se os presentan.

Uno empieza a ver, por ejemplo, que pintar un cuadro es como librar una batalla; y tratar de pintar un cuadro

es, supongo, como tratar de librar una batalla. Y aun es más emocionante que librarla con éxito. Pero el principio es el mismo. Es la misma clase de problema, pues no es otra cosa que desarrollar un largo, sostenido, disputado argumento. Es una proposición que, conste o no de partes numerosas, está presidida por una simple unidad de concepción. Y pensamos—aunque no lo podemos decir—que pintar un gran cuadro tiene que requerir un gran talento. Precisa tener esa visión de conjunto que abarca el principio, el fin, el total y cada una de las partes, como una impresión instantánea que el espíritu mantiene vívida, tenaz, infatigablemente. Cuando contemplamos los mayores cuadros de Turner—lienzos que tienen yardas de ancho y alto—y observamos que están todos hechos de una sola pieza y representan un solo segundo de tiempo, y que cada uno de los innumerables detalles, por pequeños, por distantes, por subalternos que sean, se presenta naturalmente y en su verdadera proporción y relación, sin esfuerzo, sin defecto, tenemos que sentirnos en presencia de una manifestación intelectual pareja en calidad e intensidad a las más hermosas proezas de la acción bélica, de la oratoria forense, de la especulación filosófica o científica.

En todas las batallas, dos cosas se requieren principalmente de un general en jefe: que conciba un buen plan para su ejército y que disponga de fuertes reservas. Entrambas son obligatorias para el pintor. Hacer un plan, para lo cual se necesita un conocimiento completo del país donde va a reñirse la batalla. Sus campos y montañas, sus ríos, sus puentes, sus árboles, sus flores, su atmósfera, todo reclama y requiere atenta observación desde un determinado punto de vista. Uno se maravilla al darse cuenta del gran número de cosas que hay en el paisaje, en cada objeto de él, que jamás habíamos echado de ver antes. Y esto constituye el enorme placer de ver añadidos nuevos motivos de interés, objetivos nuevos, a nuestros paseos y a nuestros viajes.

Tantos colores en la falda del monte, y todos diferentes según están a la sombra o a la luz; esos brillantes reflejos del estanque, cada uno en un tono más bajo que el

color que repite; aquellas lucés bellísimas, dorando o plateando superficies o contornos, y todas exquisitamente teñidas de pálidos colores, rosa, naranja, verde o violeta. Yo me sorprendo a mí mismo en mis paseos, notando instintivamente el tono y el carácter de una hoja, las purpúreas sombras de ensueño que proyectan las montañas, los delicados encajes de las ramas en invierno, las lívidas siluetas de los lejanos horizontes. ¡Y yo había vivido durante cuarenta años sin haberme dado cuenta de ello, excepto de una manera general, como cuando se ve a una muchedumbre y se dice: «¡Qué gran gentío!»

Creo que este agudo sentido de observación de la Naturaleza es uno de los mayores deleites que me han proporcionado mis probaturas de pintor. Sin duda muchas gentes que son amantes del arte lo han adquirido en alto grado sin necesidad de la práctica de la pintura. Pero yo entiendo que nada hará observar más distinta y agudamente que las dificultades a que uno tiene que hacer frente cuando trata de representar las cosas observadas. Y advertir, si observáis con justeza y refinamiento, y retenéis lo visto con pasable exactitud, que los resultados se obtienen en el lienzo con pasmosa obediencia. Basta con que solamente hayáis captado y fielmente retenido cuatro o cinco de los principales rasgos para que ellos por sí solos os sirvan para evitar un completo fracaso o conseguir un mediano éxito. Contestad correctamente y bien a cinco de las principales preguntas de entre los centenares de ellas que figuran en el cuestionario de examen y, aunque no ganéis el premio, habréis conseguido sin duda un modesto aprobado.

Mas para hacer su plan, el general no debe limitarse a reconocer el campo de batalla, necesita también las hazañas de los grandes capitanes del pasado. Debe contrastar las observaciones que ha recogido sobre el terreno con el tratamiento que han empleado ante análogos datos los jefes famosos. Entonces las pinacotecas de Europa adquieren un nuevo—y para mí al menos rigurosamente práctico—interés. Así, pues, es como... pintaba una catarata. Exactamente, y aquélla es precisamente la misma luz que

yo advertí la semana pasada en la cascada de X... Y así sucesivamente. Veis las dificultades con que luchabais ayer; y percibís cuán fácilmente han sido vencidas por un grande o hasta por un hábil pintor. No solamente se ha enriquecido y desarrollado vuestra observación de la Naturaleza, sino que contempláis las obras maestras del arte con ojos comprensivos y analizadores.

El mundo entero os abre todos sus tesoros. Los más simples objetos descubren su belleza. Cada jardín presenta innumerables, fascinantes problemas. Cada país, cada parroquia tienen su propio cuento que contar. Y hay muchas tierras que difieren unas de otras en infinidad de aspectos, y cada una de ellas presenta deliciosas variedades de color, luz, forma y carácter. Se hace evidente entonces, armado de una caja de pinturas, que uno no puede aburrirse jamás, pero que no puede a su arbitrio dilatar el fin de su vida, que no puede retener varios días en la mano. ¡Dios mío! ¡Cuánto hay que admirar y con qué poco tiempo contamos! Por primera vez se empieza a envidiar a Matusalén. No hay duda de que usó con negligencia de sus posibilidades.

Pero es en el empleo y retención de sus reservas donde se han ilustrado generalmente los grandes capitanes. En definitiva, una vez lanzadas las últimas reservas, la partida del general en jefe está jugada. Si no gana la batalla, no tiene más que dar. El resultado confíase entonces al azar y a los combatientes. Pero estos últimos, carentes de la suprema dirección, pueden ser presa del desorden, de la confusión, de su transmutación en masa informe, sin plan ni concierto, y, consiguientemente, sin eficacia. Las simples masas ya no cuentan. Las más grandes pinceladas, los más brillantes colores ya no bastan a causar impresión. El gráfico del campo de batalla se convierte en un mar de fango, piadosamente velado por el humo de la lucha. Es evidente que ha sobrevenido una grave derrota. Aunque el general se lance a ella y emerja lleno de lodo—como a veces sucede—, ya no cambiará el curso de los hechos.

En pintura, las reservas están constituídas por la proporción o relación. Y es aquí donde el arte del pintor si-

gue el camino a través de todas las más grandes armonías que se puedan imaginar. A un lado de la paleta está el blanco y al otro el negro; pero ni uno ni otro son jamás usados netamente. Entre estos dos límites rígidos debe desarrollarse la acción, generarse la energía requerida. El blanco y el negro, por sí solos, dispuestos uno al lado del otro, no impresionan; y, sin embargo, es lo máximo que podéis realizar en puro contraste. Es admirable—después que uno ha ensayado y fracasado a menudo—ver cuán fácilmente y con qué seguridad el verdadero artista es capaz de producir todos los efectos de luz y de sombra, de proximidad y lejanía, simplemente expresando con exactitud las relaciones entre los diferentes planos y superficies con los que está tratando. Creemos que esto está fundado en un sentido de la proporción, agudizado sin duda por la práctica, pero que en su esencia es una estricta manifestación de la fuerza y la capacidad mentales. Pensamos que la misma mente que con una sola mirada de conjunto pudo concebir y apreciar y prescribir de antemano los valores de un verdadero gran cuadro, en un relámpago de simultánea y homogénea comprensión, sería igualmente apto, con cierto conocimiento de la técnica especial, para manifestarse con relevancia en cualquier otra elevada actividad del intelecto humano. Esto fué absolutamente cierto en el caso de los grandes italianos.

He escrito lo que antecede para mostrar cuán variados son los deleites que pueden gozar aquellos que entran esperanzada y reflexivamente en el sendero de la pintura; cuánto enriquecerán sus diarias visiones, cómo se fortalecerán en su independencia, qué felicidad les reportarán sus horas de ocio. Si sentís que vuestra alma se complace en la concepción o en la contemplación de la armonía o que vuestra inteligencia se siente estimulada por el enunciado de magníficos problemas, o si os es grato observar y reproducir las cosas bellas que veis, los horizontes abiertos a vuestras posibilidades están limitados solamente por la brevedad de la vida. Cada día podéis hacer nuevos progresos. Cada paso puede ser fructuoso. Y al mismo tiempo ante vosotros se extenderá una senda siempre ascendente,

siempre más larga, siempre más progresiva. Sabéis que nunca llegaréis al fin de la jornada. Pero esto, en vez de desanimaros, añadirá gloria y alegría al gozo glorioso de la ascensión.

Probad, pues, antes que sea demasiado tarde y antes que os moféis de mí. Intentadlo mientras hay tiempo de vencer las dificultades preliminares. Aprended bien la lengua cuando sois jóvenes para tener acceso a esta nueva literatura en vuestra madurez. Plantad un huerto en el cual podáis sentaros cuando las fuerzas para labrarlo hayan desaparecido. No importa que sea un huerto pequeño, vosotros lo veréis crecer. Año tras año florecerá y dará fruto. Año tras año será mejor cultivado. Se arrancarán las malas hierbas. Los árboles frutales se podarán y enderezarán. Brotarán las flores en combinaciones más bellas. Brillará el sol aun en el invierno, y habrá fresca sombra y jugará con la luz solar en los resplandecientes días de junio.

Debo decir que me gustan los colores brillantes. Convengo con Ruskin en su desdén hacia esa escuela de pintura que «come tiza y pizarrines y asegura a todo el mundo que son más agradables y más puros que las fresas y las ciruelas». No puedo pretender sentirme imparcial en materia de colores. Me recrean los fuertes, me entristecen los pobres oscuros. Cuando vaya al cielo me propongo emplear mi primer millón de años en pintar, para llegar de esta manera al fondo del tema. Pero entonces precisaré una paleta más gaya que la que disfruto aquí abajo. Espero que el naranja y el bermellón serán los más sombríos colores que ponga en ella, pues por encima habrá una gama completa de admirables colores nuevos que embelesarán los ojos celestiales.

La suerte me llevó un otoño a un rincón escondido de la Costa Azul, entre Marsella y Tolón, y caí entre dos o tres pintores que me iniciaron en los métodos de la moderna escuela francesa. Eran discípulos de Cézanne. Veían la Naturaleza como una masa de fulgurante luz en la cual las formas y las superficies carecen relativamente de importancia, son apenas visibles, brillan y reverberan con be-

llas armonías y contrastes de color. Fué ciertamente de gran interés para mí el establecer de repente contacto con esta manera enteramente distinta de ver y mirar las cosas. Yo hasta entonces había pintado el mar unido y liso, con largas, blandas pinceladas de colores, en los cuales los matices variaban sólo por gradaciones. Ahora debo tratar de representarlo por innumerables manchitas de forma romboidal—a veces a todo color—de tal modo que parezca más bien un pavimento de mosaico que una marina.

Es curioso. De todos modos, no os apresuréis a rechazar el método. Alejaos unos pocos metros y contemplad el resultado. Cada uno de esos puntos de color desempeña su papel en el efecto general. Mirad también el azul del Mediterráneo. ¿Cómo podéis reproducirlo mentalmente y pintarlo? Seguramente no por ningún solo color de los que han sido hasta ahora fabricados. La única manera de simular esta luminosa intensidad de azul es por esa multitud de puntitos de varios colores en estrecha relación con el resto del esquema. ¿Difícil? ¡Fascinador!

La Naturaleza misma se presenta a nuestros ojos por medio de estos individuales puntos de luz, cada uno de los cuales produce las vibraciones peculiares a su color. La brillantez de un cuadro debe, por lo tanto, depender en una parte de la frecuencia con que esos puntitos son encontrados en una zona dada del lienzo y en otra de la justa relación que deben guardar entre sí. Ruskin dice en sus *Elementos de dibujo,* de los cuales ya he tomado alguna cita: «Jamás encontraréis en los mayores cuadros al óleo de Turner, de acaso seis o siete pies de largo por cuatro o cinco de alto, una mancha de color puro tan grande como un grano de trigo.» Pero las gradaciones de Turner difieren de las de la moderna escuela francesa en proceder unas de otras suave y casi imperceptiblemente, en lugar de hallarse materialmente y hasta toscamente separadas; y el pincel de Turner seguía la forma de los objetos que pintaba, mientras nuestros amigos franceses parecen a menudo tener a gala el hacerlo precisamente al revés. Por ejemplo, ellos preferirían pintar un mar con

pinceladas de arriba a abajo, en vez de horizontales; y el tronco de un árbol de derecha a izquierda en vez de hacerlo verticalmente. Yo creo que esto es debido al amor que sienten por sus teorías, lo que les lleva a sacrificarles la verdad para demostrarles fidelidad y admiración.

Pero ciertamente estamos en deuda con los que han de tal manera vivificado, abrillantado e iluminado la pintura moderna de paisaje. ¿No han prestado Manet y Monet, Cézanne y Matisse tantos servicios a la pintura como Keats y Shelley a la poesía después de las solemnes y ceremoniosas perfecciones literarias del siglo XVIII? Han traído al arte pictórico una ráfaga de *joie de vivre*, y la belleza de su arte, que es instinto con alegría, flota en el aire luminoso.

No espero que estos maestros se dignen particularmente apreciar mi defensa, pero debo confesar la creciente atracción que experimento por su obra. La claridad y la exactitud de la expresión son características fundamentales del intelecto francés. Tan admirables dones han hecho de la lengua francesa su instrumento. Los franceses hablan y escriben de pintura casi tan bien como lo han hecho de amor, de guerra, de diplomacia o de cocina. Su terminología es precisa y completa. Están, por lo tanto, admirablemente equipados para ser maestros en la teoría de cualquiera de esas artes. Su facultad crítica está tan poderosamente desarrollada que quizá cohiba un poco la ejecución. Pero es un admirable correctivo para los demás, como lo es para ellos mismos.

Mi amigo francés, por ejemplo, después de ver algunos de mis mamarrachos, me llevó a dar una vuelta por las pinacotecas de París, parándonos aquí y allá. Se dió la particularidad de que dondequiera que él se detenía, me encontraba yo ante un cuadro que, personalmente, admiraba. Él entonces explicó que era facilísimo decir, por la clase de cosas que yo había tratado de hacer, cuáles eran las que me gustaban.

No habiéndome interesado los cuadros hasta que probé a pintar, carecía de opiniones preconcebidas. Sentía, por razones que yo no podría penetrar, que me gustaban

unos mucho más que otros. Me sorprendía el ver que otra persona, con sólo una somera observación de mi obra, fuese capaz de adivinar con tanta seguridad un gusto que, conscientemente, yo jamás había formado. Decía mi amigo que no daña el no conocer absolutamente nada de cuadros siempre que se tenga una inteligencia entrenada en otras materias, y un reciente y fuerte interés por la pintura. Allí están los elementos para poder formar un buen gusto en arte, con tiempo y guía, y no hay en el camino ni obstáculo ni imperfectas concepciones. Creo que esto es verdad. Desde luego, la última parte es verdad.

Una vez que empezáis a estudiarla, encontráis que toda la Naturaleza es igualmente interesante y está igualmente cargada de belleza. Me mostraron un cuadro de Cézanne, que no era otra cosa que la pared blanca de una casa, pero que el pintor había tratado hábilmente con las más delicadas luces y colores. Ahora yo a mi vez me distraigo al ver una pared o cualquier otra superficie plana tratando de distinguir todos los diferentes colores y matices que pueden discernirse en ella, y considerando si proceden de reflejos o del color natural. Os quedaréis asombrados, la primera vez que lo intentéis, al ver cuántos y cuán bellos colores hay en los más vulgares objetos, y con cuanto mayor cuidado y frecuencia los miráis, más variantes percibís en ellos.

Pero éstas no son razones para limitarse a los más llanos y ordinarios objetos y escenas. Tened la seguridad de que no se precisa la mera belleza de un escenario para conseguir un cuadro hermoso. En realidad, los bellos lugares artificiosamente dispuestos, son a menudo un obstáculo para una buena pintura. La Naturaleza no suele incoar un doble proceso de hermoseamiento: una capa de idealismo sobre otra resulta algo excesivo. Pero un vívido escenario, una brillante atmósfera, puras y encantadoras luces, emotivos contrastes, al mismo tiempo que hieren la vista, suscitan un interés y un entusiasmo que se reflejarán sin duda en la obra que intentéis hacer y la harán aparecer más fácil.

Sería interesante que alguna autoridad verdadera investigase con cuidado el papel que la memoria desempeña en

la pintura. Miramos al modelo con una mirada intensa, luego a la paleta y, por último, al lienzo. Éste recibe un mensaje despachado muy pocos segundos antes por el objeto que reproducimos. Pero tiene que pasar por una estafeta *en route*. Ha sido transmitido con clave. Ha sido transformado de luz en pintura. Un criptograma llega a la tela. Y hasta que no ha sido colocado en correcta relación con todas las demás cosas que están en el lienzo, su significado no es patente, tiene que ser traducido de nuevo de simple pintura en luz. Y la luz ahora no es de natura, sino de arte. Este considerable proceso, en su conjunto, es tramitado rapidísimamente en alas o sobre las ruedas de la memoria. En la mayoría de los casos nos parece que es en sus alas, aéreas y raudas, como una mariposa de flor en flor.

Pero todo el tráfico pasado y todo el que tiene que hacer un largo viaje debe viajar sobre ruedas.

Al pintar al aire libre, la sucesión de acciones es tan rápida que el proceso de su traslado al color y de éste al lienzo puede parecer maquinal. Pero todos los grandes paisajes han sido pintados de puertas adentro, y a veces hasta mucho después de que las primeras impresiones fueron recibidas. En una celda sombría el maestro holandés o italiano reproducía, recreaba el hielo reverberante de un carnaval neerlandés o la brillante luz solar de Venecia o la Campania. Para ello, pues, se requiere una formidable memoria visual. No solamente desarrollamos nuestro poder de observación, sino también el de conservar y conducir nuestro recuerdo a través de medios extraños y de reproducirlos horas, días y hasta meses después de que la escena se ha desvanecido o ha muerto la luz del sol.

Me refirió un amigo que cuando Whistler dirigía una academia en París, hacía que sus discípulos observasen el modelo en el piso bajo y lo reprodujesen en el piso de más arriba. Cuando estaban más adelantados, les hacía poner sus caballetes en otro piso superior, hasta que, por fin, la *élite* trepaba con su imagen en la mente seis pisos más, hasta el ático, rogando que no se les evaporase en el camino. Quizá esto no sea más que un cuento. Pero de-

muestra efectivamente cuánta importancia tiene para un artista una memoria entrenada, retentiva, feliz; e, inversamente, cuán útil ejercicio es la pintura para el desarrollo de una fiel y retentiva memoria.

No hay mejor ejercicio para el principiante que estudiar y asimilar un cuadro, y después, sin volver a mirarlo, intentar reproducirlo al día siguiente. Nada puede medir más exactamente el progreso de la observación y de la memoria. Todavía es más difícil componer una concepción completa y sin muchas impresiones parciales y bien recogidas, ayudadas si puede ser por bocetos y notas de color. Pero ésta es la única manera en que han sido pintados—o pueden ser pintados—los grandes paisajes. El mismo tamaño del lienzo estorba su manejo fuera del estudio. La luz huidiza impone un riguroso límite de tiempo. La misma luz no vuelve jamás. No se puede insistir día tras día sin que el cuadro se pase. El pintor debe optar entre una rápida impresión, fresca, cálida, vívida, pero probablemente merecedora sólo de corta vida; y el frío, profundo, intenso esfuerzo de memoria, conocimientos y fuerza de voluntad, prolongado quizá por semanas, solamente del cual puede resultar una obra maestra. Pero es mucho mejor no afanarse demasiado buscándolas. Dejad a los maestros del arte, adiestrados por una vida de devoción, el admirable proceso de construcción y creación pictóricas. Id a la luz del sol y sed felices con lo que veáis.

La pintura, como distracción, es completa. Yo no sé de nada que, sin agotar el cuerpo, absorba más totalmente la imaginación. Cualesquiera que sean las preocupaciones de la hora o las amenazas del futuro, una vez que la pintura ha empezado a invadirla, no hay espacio para ellas en la pantalla mental. Se desvanecen en la oscuridad y en la sombra. Todas las propias luces del espíritu se concentran en la tarea. El tiempo se mantiene a una prudente distancia, y sólo después de muchas vacilaciones la llamada a comer golpea malhumorada la puerta. Cuando he tenido que permanecer de pie en una parada, o, incluso, pena me da decirlo, en la iglesia, por espacio de media hora, siempre he sentido que la posición erguida no es

natural en el hombre, que sólo fué penosamente adquirida y que sólo se mantiene a fuerza de dificultad y de fatiga. Pero nadie que sea aficionado a la pintura halla la menor incomodidad, en tanto el interés perdura, en pasarse pintando, de pie, tres o cuatro horas de un tirón.

Por último, dejadme decir algo de la pintura como incentivo de los viajes. No hay nada como ella. Todos los días y todo el día son susceptibles de llenarse con sus expediciones y con su ocupación, y de una manera barata, al alcance de todos, inocente, absorbente y reparadora. El vano tráfago del turista cede ante el sereno goce del filósofo, intensificado por un sentimiento dominante de acción y propósito de lograr un empeño.

Cada país donde el sol brilla y cada parte de él constituyen un tema por sí mismos. Las luces, la atmósfera, el aspecto, el espíritu, todo es diferente; pero todos tienen su peculiar encanto. Aunque no seáis más que un pobre pintor, podéis sentir la influencia del escenario guiando vuestro pincel, seleccionando los tubos, extendiendo sus colores en la paleta. Aunque no podáis reproducirlo tal cual lo veis, lo sentiréis, lo conoceréis y lo admiraréis para siempre. Cuando las gentes se lanzan en los trenes a través de Europa desde una resplandeciente ciudad de trabajo o placer a otra, pasando—costosísimamente—por una serie de gigantescos hoteles y estrepitosos carnavales, no saben lo que se pierden, y cuántas cosas inapreciables podrían ser obtenidas casi sin gasto alguno. El pintor vaga errante y contento de sitio en sitio, siempre en acecho de la brillante mariposa del cuadro, que puede ser cogida, conservada y transportada felizmente a casa.

Ahora empieza a gustarme pintar aun en los días sombríos. Pero en mis ardientes comienzos reclamaba la luz del sol. Sir William Orpen me aconsejó que visitase Avignon a causa de su admirable luz, y ciertamente no hay centro más delicioso para las actividades de un pintor en ciernes; después Egipto, violento y brillante, presentando en infinita variedad el único tema triple del Nilo, el desierto y el sol; o Palestina, tierra de rara belleza—la belleza de la turquesa y del ópalo—que bien merece la

atención de algún verdadero artista, y jamás ha sido pintada con la extensión e intensidad que le son debidas. ¿Y qué decir de la India? ¿Quién ha interpretado jamás su lúgubre esplendor? Pero después de todo, y sólo con que el sol quiera brillar, no se necesita ir más allá del propio país de cada uno. Nada hay más intenso que el bruñido acero y el oro de un arroyo escocés de las tierras altas; y a la aurora y al ocaso de casi todos los días, el Támesis despliega para los ciudadanos de Londres glorias y deleites, que es preciso viajar muy lejos para hallarles rival.

FIN DE
«PENSAMIENTOS Y AVENTURAS»

GRANDES CONTEMPORÁNEOS

Traducción de
PEDRO FRAGA DE PORTO

PREFACIO

ESTOS *ensayos sobre grandes hombres de nuestro tiempo los he escrito a intervalos durante los ocho años últimos* (1). *Aunque son independientes entre sí, arrojan, desde distintos ángulos, cierta luz sobre el curso principal de los acontecimientos que nos ha tocado vivir. Espero que servirá para ilustrar algunos de sus aspectos menos conocidos. Tomados en conjunto, deben presentar no sólo a los actores, sino la escena. En serie, acaso puedan ser como peldaños de narración histórica.*

He preferido no incluir en ellos ninguna de las figuras políticas o militares que aún están entre nosotros. Esto no implica carencia de material ni falta de aprecio. Pero es innegable que hay mayor libertad para tratar del pasado.

El tema central lo constituye, desde luego, el grupo de estadistas británicos que brillaron al final de la última centuria y al principio de ésta: Balfour, Chamberlain, Rosebery, Morley, Asquith y Curzon. Todos vivieron, batallaron y trabajaron juntos por espacio de muchos años, se conocieron bien y se estimaron profundamente. Me tocó en suerte, siendo mucho más joven que ellos, ser admitido en su sociedad y a su afecto. Al releer estos capítulos, se me han aparecido de nuevo y me han hecho sentir cuánto ha cambiado nuestra vida política. Quizá sólo sea la ilusión que a todos nos invade al envejecer. Las generaciones, una tras otra, seguirán cantando: «Cuán admirables eran aquellos viejos gigantes». Y realmente todos debemos desear que el dicho resulte cierto. Mientras tanto, aquellos para quienes estas ilustres figuras no sean más que nombres—es decir, la inmensa mayoría de mis lectores—tal

(1) Escrito en 1937.

vez se alegren de trabar con ellas algún conocimiento mediante la lectura de estas notas mías.

Aunque he hecho grandes adiciones, en la generalidad de los casos dejé el texto en su forma primitiva; dado el rápido fluir de estos tiempos, ha sido preciso dar algún retoque aquí y allí para poner la historia al día. He suavizado también unos cuantos juicios y expresiones antes de entregarlos al archivo permanente de la publicidad. En particular, he vuelto a escribir la historia de las dimisiones, a partir de la del Gobierno Balfour en 1903, y de este modo se ofrece al público lo que creo que por primera vez es su información exacta. Le soy acreedor a un amigo de los detalles referentes a la dimisión de míster Bonar Law y a la designación de míster Baldwin para sucederle, hecha por el rey Jorge.

Después de escritos los anteriores párrafos para la edición de 1937, solicitóse una reimpresión del libro y aproveché la ocasión para añadirle tres nuevas biografías. Son las que corresponden a lord Fisher, Charles Stewart Parnell y lord Baden Powell.

WINSTON SPENCER CHURCHILL.

EL CONDE DE ROSEBERY

PODRÍA decirse que lord Rosebery se anticipó diez años a su porvenir y sobrevivió más de veinte a su pasado. Las brillantes perspectivas que fulgían ante él hasta el momento en que llegó a primer ministro, en 1894, se desvanecieron con la caída de su gobierno y la derrota del partido liberal, en 1895. La parte que tomó como imperialista y patriota en apoyo de la guerra sudafricana, cuatro años más tarde, le enajenó el prestigio, la autoridad y la confianza de que disfrutaba en un amplio sector de las masas radicales. Su dimisión de la jefatura del partido liberal ya había relajado la obediencia de aquéllas. Por su terminante declaración contra la autonomía irlandesa, hecha en momentos en que la caída de Balfour, en 1905, estaba próxima, se excluyó a sí mismo deliberada y resueltamente de toda participación en el inminente triunfo liberal y en su largo disfrute del poder. Separóse de sus amigos y secuaces por preconcebido propósito. «Contento por dejar pasar la ocasión», se retiró de toda disputa por el puesto de jefatura en la arena política; erigió barreras que estorbasen su regreso y se propuso que fuesen infranqueables; se aisló en un desvío glacial y francamente desdeñoso. Todos sabían muy bien que cualquier intento de aproximación sería inútil. En 1905 su carrera política estaba terminada para siempre. Pero aún tuvieron que pasar bastantes años hasta que su vida se extinguiese en 1929.

Morando en sus extensos y hermosos dominios, trasladándose con frecuencia de una casa deliciosa y de una rica biblioteca a otra, llegó a vivir hasta sostener el peso de los ochenta años, aligerado por conocimientos literarios de alto vuelo, entretenido por los lances del hipódromo, alegrado por la compañía de sus hijos y sus nietos. Las pesadumbres de la vejez fueron cayendo sucesivamente so-

bre él en su retiro cada vez más profundo; y cuando murió, su nombre y sus hechos se habían borrado de la memoria pública y sólo resucitaron y se hicieron presentes a los ojos de una nueva generación por las noticias del obituario. Pero aquellos hechos, y aun más el carácter y la personalidad que laten detrás de ellos, son dignos de más detenido estudio no sólo por razón de su gran mérito, sino también por sus limitaciones.

Lord Rosebery fué probablemente el más grande amigo de mi padre. Fueron condiscípulos, en Eton y en Oxford. Aunque aparentemente separados por el partido político, se movían en la misma sociedad, tenían los mismos amigos, cultivaban los mismos gustos y deportes, de los cuales el de las carreras de caballos fué siempre el soberano. Su correspondencia fué animada y continua, y sus íntimas relaciones personales jamás fueron menoscabadas por el encono de las contiendas políticas de 1880 al 90 ni por las vicisitudes de la fortuna.

Yo heredé esta amistad, o más bien la posibilidad de renovarla en otra generación. Sentía ansiedad por cultivarla en virtud de muchas razones, la primera de las cuales era la de saber más acerca de mi padre, por conducto de su contemporáneo, su compañero y su igual. Con alguno por lo menos de aquellos sentimientos de atracción y respeto que llevaron a Boswell ante el doctor Johnson, busqué las ocasiones de transformar mi conocimiento de la infancia en una creciente amistad. Al principio no parecía gustar mucho de mí; pero después de la guerra sudafricana, cuando logré por fin adquirir nombradía y ser uno de los jóvenes miembros del Parlamento, empezó a mostrarme marcado afecto. La biografía de mi padre, por la cual me encontré pronto absorbido, abrió un ancho y fértil campo de común interés. Me asistió activamente en la empresa, descubrió para mí sus ricos caudales de selectas reminiscencias, reunió cartas y documentos, leyó pruebas, criticó simpática pero agudamente el tema y la obra. Formó ello un objeto de interés para entrambos y tendió un puente sobre el abismo de dos diferentes generaciones.

Durante los años de mi tarea literaria, desde 1900 hasta 1905, fuí a menudo su huésped en todas sus casas, en Mentmore, en Berkey Square, en los Durdans, en el Firth or Forth de Dalmeny, en su residencia de caza de Rosebery, y también coincidimos año tras año en largas visitas a amigos comunes en el delicioso otoño de las altas tierras escocesas. La política nos proporcionaba adicionales lazos y eslabones, pues ambos íbamos en nuestros partidos un poco a la deriva. Él había perdido su simpatía por los liberales; yo pronto estuve a la greña con los *tories*. Ambos podíamos entretenernos en el sueño de algún nuevo sistema que agrupase hombres e ideas, y en el cual se pudiese ser imperialista sin tener que tragar el proteccionismo, y reformador social sin pequeño britanismo o lucha de clases. Disponíamos sin duda de esa sólida base de concordia y armonía sobre la apreciación de los términos medios que es compartida por muchas gentes sensibles, pero que era aborrecida entonces por los partidos autómatas. ¿Se precisa añadir que esta clase de partidos resultaron siempre los más fuertes?

Un contratiempo surgió con motivo de la biografía. El interés de lord Rosebery era tan vivo, y tan fuerte su deseo de ayudar a perfilar la figura de su amigo, que se tomó la molestia de escribir un juicio crítico considerable acerca de lord Randolph, indicándole que debería incorporarlo textualmente en mi relato. Aquello me dejó perplejo y conmovido a un tiempo porque, después de todo, yo tenía mi manera peculiar de hacer las cosas, y la integridad literaria de una obra es capital. Además, su narración de los días de colegio de Randolph Churchill contenía la palabra *scug*, un término de la jerga escolar de Eton, que yo consideré indigno e inadecuado en una biografía escrita por un hijo. Por tanto, deferente pero obstinadamente me opuse a tal expresión. Él se aferró a ella y explicó su inofensiva significación etoniana. Al final escribió diciendo que yo había rechazado su colaboración y que ésta me era retirada. Pocos años más tarde apareció como una muy leída e interesantísima monografía sobre lord Randolph y sobre mi libro acerca de él,

en el cual lord Rosebery trazaba con admiración y afecto «la brillante resistencia» que tan vivamente había alentado, hechizado, dirigido e impulsado su juventud y sus primeros pasos en la vida. El incidente, aunque me contrarió al principio, no pareció irritar lo más mínimo a mi ilustre amigo. Su comprensión era muy grande, y aunque no dejó de mostrarse sensible a mi obstinación, no me lo llevó a mal. Al contrario, creo que me quiso más que antes, a causa de mi gazmoñería filial.

Es difícil describir el placer que me proporcionaba su conversación mientras fluía fácil y espontánea sobre toda clase de tópicos, «desde lo triste a lo alegre, desde lo serio a lo festivo». Su cualidad peculiar era la inesperada profundidad o el giro sugeridor que revelaba su dominio del tema y su fondo personal de conocimiento y reflexión.

Era al mismo tiempo muy dado a reír. Tenía muchas cosas no sólo chocantes, sino regocijadas. Parecía un maestro lo mismo de chismes y bagatelas que de temas serios. Experimentaba viva curiosidad por todos los aspectos de la vida. Deportista, epicúreo, ratón de biblioteca, crítico literario, urraca coleccionista de reliquias históricas, propietario degustador de verdaderos museos de tesoros artísticos, nunca experimentó la necesidad de desmenuzar un tema hasta reducirlo a jirones. Con vena más ligera, volaba graciosamente de flor en flor como un brillante insecto, de ningún modo desprovisto de aguijón. Y luego, en contraste, solían venir sus prudentes, maduros juicios sobre los grandes hombres y acontecimientos del pasado. Pero estos regalos no se daban siempre. Se encontraba más a gusto entre dos o tres personas y en ciertos días; mientras a veces, entre mayor concurrencia, parecía receloso e incómodo. Cuando estaba de mal humor era capaz de desanimarlo todo y no vacilaba en rezongar y reñir. En estas ocasiones su rostro se volvía inexpresivo, como de piedra, y sus ojos perdían su luz y su fuego. Creía uno hallarse en presencia de distinta persona. Pero al cabo de un rato se daba uno cuenta de que el verdadero hombre estaba allí durante todo el tiempo.

aunque ocultándose maliciosamente detrás de una cortina, y era lo más agradable el verle aparecer de nuevo.

Más difícil resulta hacer revivir la impresión que producía en sus oyentes cuando trataba los más importantes temas. Su vida transcurrió en un ambiente de tradición. Siempre tuvo a su alcance el pasado y éste fué el consejero del que más se fió. Parecía estar asistido por la erudición y la historia y llevar a los sucesos corrientes un aire de antigua majestad. Su voz era melodiosa y grave, y a menudo, al escucharle, se sentía uno en vívido contacto con las centurias pretéritas y se revelaba la larga continuidad de la historia de nuestra isla.

Lord Rosebery fué por espacio de muchos años el primer presidente del Consejo que jamás tuvo asiento en la Cámara de los Comunes. Probablemente será el último.

Puede cada uno tener la opinión que quiera sobre el gobierno democrático; pero es también justo que quien lo ejerce tenga experiencia práctica de sus desaliñados y rudos fundamentos. Ninguna parte de la educación de un político es más indispensable que la lucha electoral. En ella se pone uno en contacto con toda clase de personas y con todas las corrientes de la vida nacional. Sentís la Constitución formándose en su proceso primario. La dignidad puede sufrir, el lustre superfino se marchita pronto; gratos particularismos y especiales y privadas normas resultan rozados; muchas cosas tienen que aceptarse con un encogimiento de hombros, una mirada o una sonrisa; pero al fin y a la postre se sale sabiendo muchas cosas acerca de lo que pasa y por qué pasa.

Rosebery no experimentó nada de esto. Dirigía la palabra a grandes asambleas y las cautivaba; conseguía aplausos de turbulentas multitudes. Siguió a míster Gladstone a través de todo el entusiasmo popular de la campaña midlothiana. Pero éstas eran ocasiones aparatosas en las que los ardientes partidarios eran arrastrados por un influjo avasallador. Grandemente diferían de la experiencia tumultuosa de una propaganda electoral con sus desordenadas reuniones, sus oposiciones organizadas, sus

pequeños y hostiles mítines, sus muchedumbres escarnecedoras, su raudal de desagradables y a veces estúpidas preguntas.

El preceptor de Rosebery en Eton, con cierto espíritu profético, dijo de él que «buscaba la palma sin el polvo». Ello no es verdad en el sentido en que la frase es usada con frecuencia: esquivar un trabajo difícil. Rosebery era capaz de una ardua labor y de muchas horas de concentración diaria, lo mismo en política que en literatura. Buscó, en efecto, la palma, pero nunca hubo polvo en su camino; y cuando hallándose en una posición eminente le asaltaron los compromisos, las soluciones acomodaticias, las inevitables aquiescencias a resoluciones inferiores, no se encontró curtido para soportar esas pequeñas vejaciones ni acostumbrado a verlas a su verdadera luz. Aunque equipado con los conocimientos adecuados a un moderno estadista, era en esencia el superviviente de una edad fenecida en que los grandes lores gobernaban con general asentimiento y sólo contendían, y enconadamente muchas veces, con sus iguales. Mientras estuvo bajo la égida de míster Gladstone, las masas radicales se presentaban con la devoción de adeptos y leales entusiastas. Hasta que no se desvaneció el hechizo gladstoniano, no pudo darse cuenta Rosebery de cuán imperfecto era en su contacto con aquéllas. No pensaba como ellas pensaban, no sentía como ellas sentían o no conocía el medio de ganarse su desinteresada y leal adhesión. Comprendía las duras condiciones de su existencia y se indignaba intelectualmente ante sus sufrimientos y ante las injusticias que eran su causa. Su mente se engolfaba a través de siglos de su historia y escogía con sagaz y certero juicio los medios de promover su progreso y bienestar. Pero manejarlas, contender con ellas, expresar sus pasiones y ganar su confianza, eso no podía hacerlo.

El profesor Goldwin Smith, con quien mantenía íntimo trato y correspondencia, me dijo de él en Toronto en 1900: «Rosebery siente por la democracia lo mismo que si tuviese un lobo cogido por las orejas». Era éste un juicio áspero y que probablemente iba más allá de la

verdad; pero no era opuesto a la verdad. A medida que el sufragio se ampliaba y que los imponentes, elegantes, resplandecientes atavíos se iban marchitando en el Parlamento inglés y en la vida pública, lord Rosebery se percataba de que la brecha existente entre él y el cuerpo electoral se iba ensanchando cada vez más. Los grandes principios «por los que Hampden murió en el campo de batalla y Sidney en el cadalso», las ideas económicas y filosóficas de Mill, la venerable inspiración de las memorias gladstonianas, ya no bastaban. Tener que afrontar el comité, mover los títeres bajo cuerda o emplear lubricantes de toda índole; tener que subirse a tribunas construídas con tablas de todas clases, no le gustaba, no podía hacerlo, no lo intentaría. Sabía lo que era prudente, justo y verdadero; pero no quería seguir los procesos laboriosos, vejatorios, y a veces humillantes, que las condiciones modernas imponen para alcanzar esos grandes fines. No quería someterse, no quería conquistar.

Comprobemos estos comentarios generales a través de su carrera. Las piedras miliarias de la vida pública de Rosebery se presentan avanzadas y abruptas a lo largo del camino. Fué uno de los primeros nobles *whigs* que desde joven abrazó las concepciones liberales y democráticas del pasado siglo XIX. La agitación y el entusiasmo de la campaña midlothiana de míster Gladstone lo llevaron a la política. Allí estaba en el centro mismo de la propaganda una brillante figura, bien conocida en Edimburgo y en Escocia, de treinta y uno o treinta y dos años, y dotada de cuanto el rango y la fortuna pueden otorgar. Y aquí estaba el gran anciano, para oír cuya palabra ricos y pobres viajaban días enteros y permanecían durante largas horas a la lluvia y entre la niebla, luchando en los propios dominios escoceses de Rosebery, por lo que parecía ser una causa mundial. Rosebery se lanzó a la política como a «una aventura caballeresca». «Una vez que me encontré metido en esta charca maloliente, traté en todo momento de salir de ella. Ese es el secreto de lo que la gente solía llamar mis oportunidades perdidas o cosa por el estilo.»

Estas palabras, que más bien pecan de amargas, escritas en los días de eclipse, no representan de modo alguno el esfuerzo, la industria, la resolución ni la robusta ciudadanía con que Rosebery colaboró durante un cuarto de siglo en los negocios públicos de Inglaterra y de su imperio. Era un hombre diligente y sufrido, cuyo corazón latía con más fuerza cuando se trataba de algo que afectase al honor o a la grandeza británicos o que concerniese al bienestar o al progreso de la masa del pueblo. Hizo un aprendizaje de varios años en puestos elevados, aunque subalternos. Propugnó para Escocia una legislación más avanzada que la que el Gabinete de Gladstone de 1880 estaba preparado para elaborar. De golpe y con general aplauso, llegó a ser secretario del Exterior en el Gobierno Gladstone de 1886. Y aquí aparece la segunda piedra miliar. La autonomía de Irlanda hendió de raíz el partido liberal. Cada uno eligió el camino que habría de seguir; Rosebery no abrigaba sentimientos de afecto hacia los irlandeses. Y aunque en sus escritos históricos refrenó la expresión de sus tendencias, siempre conservó latente el desdén de los *whigs* por los *tories*. Se alzó contra éstos. Se adhirió a míster Gladstone. Se fué al desierto con él.

El favor o el desagrado en las relaciones de la alta sociedad de entonces desempeñaban en la vida pública un papel incomprensible para la generación de hoy. Pero Rosebery se hallaba tan alto en su país que podía mirar desde arriba los piques y resentimientos de las clases directoras de Londres. En ocasiones resultaba un radical tan rígido como John Morley. Tuvo a veces extensas aunque indefinidas adherencias entre los hombres de las uniones obreras y del laborismo. El espectáculo de este elocuente, magnífico personaje separándose del conjunto de su clase y «apostando por el amarillo y el azul», excitó la hostilidad del partido unionista y llenó a los liberales, que se hallaban a la intemperie, de un sentimiento de esperanzada confianza en su porvenir. A él estuvieron atenidos durante años de desavenencias y contrariedades. Al principio decían: «vendrá». Después, y por espacio de años:

«si quisiese venir». Por último, mucho tiempo después de su retirada de la política: «si por lo menos quisiese volver».

Sin puesto en el Gobierno, dispensado por su nacimiento de tener que participar en las turbulencias electorales y en la Cámara de los Comunes, encontró en el Consejo del Condado de Londres el más animado sustitutivo que puede ofrecérsele a un par. Fué el primero y el más gran presidente del Consejo del Condado de Londres. Por cerca de tres años guió, estimuló y exornó sus actividades. Él llevó el estatuto de la vida municipal londinense a nivel de un ministerio. En el centro de 22 comités puso sus manos activas y firmes en todas las facetas del gobierno de Londres. Cuando, penosamente afectados por el divorcio de Parnell y otras dificultades irlandesas, míster Gladstone y el partido liberal volvieron al poder en las elecciones de 1892, con una mayoría de sólo cuarenta diputados dependiente de los votos irlandeses, Rosebery fué por segunda vez con general aplauso secretario del Exterior en la nueva administración. Aún más que antes, era «el hombre del porvenir».

Parecía representar en este tiempo, en una guisa liberal, la idea disraeliana de la democracia *tory* resucitada por lord Randolph Churchill y también una forma más tosca, aunque mucho más efectiva, del imperialismo radical, encarnada en su última fase por Joseph Chamberlain.

En lo esencial, las diferencias entre estos tres hombres era cuestión de energía y estilo. Rosebery representaba el espíritu del moderno imperio británico con una previsión y una precisión que hacían de él, en ojeada retrospectiva, el inmediato sucesor espiritual de Disraeli. Las discordancias de su período culminante surgieron del hecho de haber llegado a ser el sucesor ministerial de míster Gladstone. Ahora que reflexiono sobre sus conversaciones y releo sus discursos en la documentada biografía de que es autor lord Crewe, me doy cuenta de que respondía espontáneamente a los mismos estímulos que

actuaron sobre Disraeli. Parece a veces, en efecto, salirse de las páginas de *Coningsby*—el aristócrata campeón de las clases pobres y oprimidas—para decir: «yo haría bailar a estos grandes terratenientes de los suburbios».

Y al mismo tiempo el sueño de un glorioso y permanente imperio británico, libre hasta el máximo posible de los embrollos europeos, fué en todo tiempo su indulgencia y, el realizarlo, su aspiración. Llevó la historia del imperio hasta un capítulo que sólo se pudo leer con comprensión mucho tiempo después de haber cesado lord Rosebery de ser actor en la escena política. ¿Quién puede contradecir mis anteriores y un poco rudos asertos a la luz de su mensaje a Australia, pronunciado en Adelaida el 18 de enero de 1883?: «... éstas ya no son colonias en el sentido corriente del vocablo, sino que yo proclamo que éste es un país que se ha organizado a sí mismo como nación, y cuya nacionalidad es ahora y lo será en lo sucesivo reconocida por el mundo... Pero hay una cuestión ulterior... El hecho de que constituyáis una nación, ¿implica separación del imperio? ¡No lo quiera Dios! Ninguna nación, por grande que sea, necesita abandonar el imperio, porque el *imperio es una comunidad de naciones*». Rosebery vivió para ver esta frase, caída de los labios prescientes del genio, convertida cincuenta años más tarde en la aceptada ley estatutaria que hoy mismo congrega la más numerosa, la más diversa, la más extendida, la más voluntaria, pero de ninguna manera la menos habitual, asociación de estados y naciones de que hay memoria.

Las discordancias y la definitiva ruptura de su carrera política surgieron de su orgullosa y a veces altanera inhabilidad para someterse al mecanismo de la moderna democracia y a las exigencias de los conciliábulos de partido.

Si hubiese poseído la capacidad flemática de míster Baldwin para soportar una veintena de enfadosas y a veces humillantes situaciones con tal de salir resultando al fin de cuentas dueño de algo muy grande, habría sido ciertamente no sólo un profeta, sino un juez de Israel. Era

demasiado sensible, demasiado altivo para semejantes compromisos y sumisiones. Era hijo y superviviente brillante de aquel mundo oligárquico, viejo y extinguiéndose entonces, ya desvanecido hoy, que forjó a través de los siglos el poderío y la libertad de la Gran Bretaña. Hallábase muy a menudo carente de contacto con la realidad circunstante; acaso esto no le sea censurable. En tiempos de crisis y de responsabilidad, su fértil imaginación, su vivaz pensamiento hacían presa en él. Encontrábase falto de sueño. Exaltaba la bagatela. No acertaba a separar los necios incidentes del momento del largo alcance de los acontecimientos, no obstante comprenderlo con tanta claridad. La tenacidad, cuando nada de particular acontecía, no era la clase de fortaleza que le caracterizaba. Atraíale excesivamente lo dramático y el placer del bello gesto. No quiso unirse a míster Gladstone, en 1880, porque ello podría parecer la consiguiente recompensa a su participación en la campaña de Midloth. Se le unió voluntariamente después de la muerte del general Gordon en Khartum, porque entonces se trataba de un caso en que se precisaban «todas las manos para las bombas». En una prueba tan ruda como aquélla, sus convicciones, sus pensamientos, le cerraron el camino para el bello discurso que pudo hacer sobre el abandono del mando. Y entonces perdió sin duda la oportunidad de empuñar realmente el poder. Nunca lo ocupó teniendo detrás una grande, leal, compacta mayoría. Jamás tuvo un partido unido a su espalda ni le fué dable trazar planes para un plazo superior a dos años.

¡Por qué pequeñas cosas se preocupaban y contendían estos victorianos! ¡Qué largas, brillantes, apasionadas cartas se escribían sobre pulidas soluciones personales y políticas que la moderna progresión Jaggernaut no tiene en cuenta! Nunca tuvieron que arrostrar, como nosotros lo hemos hecho, y aún lo hacemos, la posibilidad de la ruina nacional. Sus principales fundamentos no se conmovieron nunca. Vivieron en una época de esplendor inglés e indiscutida dirección. El arte de gobernante se ejercía dentro de una esfera limitada. La revolución mun-

dial, la mortal derrota, la subyugación nacional, la degeneración caótica y hasta la bancarrota del país no habían clavado sus garras sobre su vida serena, placentera, sedante. Rosebery floreció en una época de grandes hombres y pequeños sucesos.

La tercera piedra miliar, ya en la cumbre de su vida, fué su primer ejercicio de presidente del Consejo; «primer ministro de la Corona», como él solía decir. Al principio de 1894, Gladstone, a los ochenta y cuatro años de edad, dimitía la presidencia del Gobierno de su majestad y la del partido liberal, como protesta contra el presupuesto de Marina y contra lo que él llamaba «el creciente militarismo de los tiempos». Dos hombres se aprestaban a sucederle: Rosebery y Harcourt. Rosebery estaba en la Cámara de los Lores; Harcourt, en la de los Comunes. Sir William Harcourt era un genial, cumplido parlamentario; un hombre de partido, ambicioso de tipo calculador; una figura a lo Falstaff, con un ojo puesto fija y certeramente a la mira de la mejor ocasión. El Gobierno liberal, sostenido en el poder por los votos irlandeses, asaltado con vehemencia por la mucha más sólida disciplina unionista, se debatía bajo el libre uso del veto de la Cámara de los Lores, con exiguas mayorías que a veces no llegaban siquiera a veinte votos, antes de afrontar una peligrosa elección. Era una triste, precaria, mezquina herencia.

Fué entonces cuando más echó de menos a su mujer, muerta algunos años antes. Con toda su casi excesiva adoración por Rosebery, ella fué siempre un elemento de conciliación y de paz en su vida, que su viudo no volvió a encontrar jamás porque tampoco quiso nunca volver a otorgar su confianza a nadie más. Fué una mujer notable en la cual descansaba y sin la cual se advertía mutilado.

Todos los miembros del Gabinete estaban conformes en que no servirían bajo Harcourt. El partido estaba convencido de que él no lograría aprobar los presupuestos. Rosebery fué nombrado primer ministro, pero Harcourt, como ministro de Hacienda y director de la Cámara de

los Comunes, poseía el poder efectivo; y, en su virtud, estipuló condiciones especiales: a él correspondía decidir en caso de urgencia parlamentaria la actuación del Gobierno en la Cámara de los Comunes; debía informársele con todo detalle de los asuntos exteriores; podía convocar el Gabinete cuando lo estimase necesario; habría de participar en su dirección. En tanto semejantes exigencias fuesen razonables, no había por qué no atenderlas ni por qué anteponer unas a otras en la práctica; debían concederse en la forma y tiempo en que las necesidades surgiesen. Pero formalizarlas en cláusulas de contrato era una novedad. Rosebery dijo que él no necesitaba en absoluto ser primer ministro, pero que si lo era debía serlo realmente. Sin embargo, Harcourt exigió sus condiciones. El cargo contra él es que no cumplió las que a él le correspondía en el pacto. No se portó correctamente con Rosebery. Al contrario, utilizó todas las frecuentes y poderosas oportunidades que se le presentaron para hostigar y atormentar al primer ministro y hacer su posición intolerable. De este modo, la presidencia de cerca de dos años de Rosebery fué un período de infinitas vejaciones. Su único consuelo fué ganar el *derby*, siendo primer ministro, en dos carreras con Ladas y sir Visto, entre el enorme escándalo de la conciencia noconformista. Escarnecido, fracasado, minado por intrigas de antecámara y, finalmente, abrumado por la oleada del poder unionista, Rosebery, y con él los liberales, fué excluído por diez años en el verano de 1895 y lanzado al cotarro de una desunida oposición. Jamás volvió Rosebery a ocupar el poder.

Quedaba el golpe final. Las matanzas de armenios en 1896 excitaron a los derrotados liberales. Clamaron por la intervención y reclamaron fuertes medidas contra Turquía.

Rosebery, con su peculiar visión de los asuntos extranjeros, no compartía aquella actitud. No se hizo el portavoz de los sentimientos del partido. Míster Gladstone surgió de su retiro con un discurso tremendo que recordaba los días midlothianos. Rosebery dimitió la dispu-

tada jefatura del partido liberal y resolvió retirarse para siempre de la política. Pero estaba todavía en los cincuenta y la vida siguió rodando.

La guerra de los bóers abrió nuevas brechas en el partido liberal, que en aquellos tiempos abarcaba y mantenía en agitada suspensión todas las fuerzas que ahora están representadas en el socialismo inglés. Rosebery, sin vacilación, apoyó la guerra, y con él los más expertos estadistas liberales del futuro: Asquith, Grey y Haldane. Ellos formaron para mutua protección la Liga Liberal Imperial. Pero el espíritu del partido estaba ausente. Las tropas de fila querían atacar al Gobierno *tory* y a la guerra al mismo tiempo. Un jovenzuelo galés, Lloyd George, con atrevida lengua mordaz, dijo todas las cosas que querían oír... y aun algunas más. Años de estériles querellas intestinas transcurrieron. Rosebery no pudo extricarse de la lucha política, que ahora detestaba con absoluta sinceridad. Arrostró la enemistad de los irlandeses. Soportó la aversión de los radicales y laboristas. Escuchó con aburrimiento los reproches sin fin de la prensa del partido. Hasta a veces sonó su voz en el país. En su asombroso discurso, pronunciado en Chesterfield en diciembre de 1901, propugnó una reunión en un «albergue del camino», que llevaría a cabo la paz con los valientes y desesperados «comandos» bóers. Ello fué un factor estimable para conducir a feliz término el tratado de Vereeniging. Rosebery tomó parte preeminente en la lucha por la defensa del sistema librecambista, y por algún tiempo pareció que volvería a ocupar su puesto en una restauración liberal. Pero perdió contacto con sus amigos, o éstos con él; y siempre repitió que no volvería a asumir de nuevo el poder. Y así, el gran Gobierno de 1905 se formó sin él, y durante casi un cuarto de siglo permaneció voluntaria, resuelta, pero incómodamente, siendo espectador de formidables y venturosos acontecimientos.

Fué en el campo de los negocios extranjeros donde Rosebery levantó sus tiendas. Aquí fué maestro. Combinó los conocimientos del historiador o del alto funciona-

rio del Ministerio del Exterior con la práctica y el hábito de mando de un hombre de Estado. No tuvo que fundar su opinión en los recortes de periódicos puestos ante él. Se sabía al dedillo la historia de la vida de estas naciones durante dos o trescientos años, por qué habían luchado, cuáles habían sido subyugados y ardían en añejos rencores bajo la blanda superficie del modernismo. Abrigaba fecundas convicciones sobre muchas materias que otros estadistas en Inglaterra—y podemos añadir que en los Estados Unidos—solamente descubrieron durante la conferencia de la paz y después de ella. No sólo conocía la participación de Inglaterra en los acontecimientos pretéritos, sino la total historia de Europa. Yugoslavia y Checoslovaquia—nonatas entonces—, los decaimientos y vitalidades de la repartida Polonia y el desaparecido imperio de Esteban Doshan eran, sin duda bajo otro símbolo, realidades vivientes para él. Sentía en los huesos, tactaba con las yemas de los dedos todo aquel subterráneo y subconsciente movimiento mediante el cual iban congregando lenta, implacable, inexorablemente, los vastos antagonismos de la gran guerra. Había inspeccionado laboriosamente los cimientos de la paz europea; veía dónde estaban sus fallos y los sitios en que un hundimiento produciría una catástrofe. Su corazón respondía instintivamente a todo reajuste o perturbación en la balanza del poder. En los tiempos de Rosebery, los asuntos extranjeros y los peligros de la guerra estaban investidos de un falso hechizo y abismados en opaca ignorancia. Pero cuando cierto maestro de escuela fué destituído en Alta Silesia, Rosebery me dijo: «Toda Prusia se ha conmovido.» Cuando Delcassé se vió obligado a dimitir, dijo que los cuerpos de ejército alemanes estaban apercibidos. Y cuando lord Lansdowne firmó el convenio anglofrancés de agosto de 1904, con todo el prestigio del partido conservador detrás de él y entre los homenajes de liberales y pacifistas de todo el mundo, Rosebery dijo en público que «era mucho más probable que condujese a la guerra que no a la paz».

Considero que esto último es la mayor prueba de su

profunda visión. Yo era muy joven entonces, pero recuerdo vívidamente la situación. El dominio conservador estaba en su apogeo. Pero subsistía la perenne querella con Francia: lanchas cañoneras en Bangkok; más tarde, los resentimientos franceses por lo de Fashoda; todos los liberales clamando por paz, por reconciliación con Francia, por la desaparición de un estado de peligrosa y vibrante animosidad. «Arreglémonos con nuestros más próximos vecinos. Hagámonos mutuas concesiones y no abriguemos más temores de una guerra con Francia.» Raras veces ha sido más completo el acuerdo nacional. El secretario del Exterior hacía su labor entre el general aplauso, mejor dicho, entre el aplauso casi universal. El pacto entre Inglaterra y Francia se concertó, y todas las pequeñas disputas fueron acalladas entre sincero júbilo. Sólo una voz—la de Rosebery—se elevó discordante: en público, «mucho más probable que conduzca a la guerra que a la paz»; en privado, «la lucha por la guerra».

No debe pensarse que yo lamento las decisiones que fueron, en efecto, tomadas. No creo que ningún movimiento en el tablero europeo pudiese haber evitado la amenaza para la paz mundial que representaban más pronto o más tarde el cada día más presuntuoso poderío militar de Alemania y su carácter. Pudo haber sido diferente la ocasión, aplazada la hora, distinto el grupo de potencias; pero dada la situación del mundo al principio del siglo XX, dudo que algo pudiese haber impedido la horrenda colisión. Y puesto que tenía que venir, debemos dar gracias a Dios de que viniese en forma de que el mundo estuviese con nosotros en el conflicto.

Hubo otra esfera de actividades en la que Rosebery se movió con soltura y distinción. Fué uno de esos hombres de negocios que añadió al incierto prestigio de un ministro y al éxito tornadizo de un orador las empresas más duraderas de la literatura. Algunas de sus más pulidas obras se encuentran en sus discursos rectorales y en su crítica de grandes poetas y escritores, como Burns y Stevenson. Sus cartas particulares, de las que escribió tantas, están animadas de un color y de un ingenio by-

ronianos. Su estilo, lúcido, agudo, musical y sobrio, era un admirable vehículo para presentar al mundo su tesoro de investigación histórica. Ha enriquecido nuestra lengua con una serie de estudios biográficos, tersos, interesantes, autorizados, que seguirán siendo leídos con placer y provecho a ambos lados del Atlántico. *Pitt, Peel, Randolph Churchill*, son joyas literarias, y en mayor escala, *Chatham* y *Napoleón* aportan útiles y precisas contribuciones al juicio de la historia. Sin embargo, aun en este mismo campo, presenta algunas limitaciones características por él mismo impuestas. Nunca planeó ni ejecutó una obra de primera magnitud, una de esas obras que pueden disputar el campo a todos los que vayan llegando durante un siglo. Su gusto, discernimiento y preparación propendían a trabajos parciales, y en éstos atrae y estimula al lector, sólo para dejar sus principales curiosidades insatisfechas. Su *Chatham* termina antes de que el gran período haya empezado; su *Napoleón* empieza cuando el suyo ha acabado. Quedamos interesados; pedimos más; buscamos el *climax;* pero el autor se ha retirado de nuevo a sus soledades. El telón ha caído y las brillantes luces se extinguieron, y ahora, por desgracia, para siempre. La guerra por él temida llegó a pasar por los senderos por él previstos; pero su corazón latía fuertemente por Inglaterra. Su hijo más joven, el simpático y bien dotado Neil, fué muerto en Palestina. El anciano se hundió, agobiado y deshecho por el golpe. Años de enfermedad siguieron, y lo que para un espíritu imperial debe ser siempre un tormento: de impotencia. Un mes antes del armisticio sufrió un ataque. Yacía inconsciente o delirante en una casita de Edimburgo, cuando las campanas de la victoria repicaron en sus calles. Los escoceses no olvidan fácilmente a quienes han sido sus conductores. Espontáneamente, en el júbilo de la hora, una gran multitud de miles de almas rodeaba su casa entre el resplandor de millares de antorchas y se apiñaba a su puerta para compartir su triunfo con él. Pero Rosebery yacía herido, postrado, paralizado.

Vivió diez años más, y todas sus facultades mentales

recobraron su juego. Alcanzó la edad de ochenta. Si gozaba de la vida de una manera suave semana tras semana, también pensaba en la muerte como una liberación. Hizo una declaración, que debe ser consoladora para todos nosotros: durante algún tiempo siguió un tratamiento especial por la insulina. Un día, por error, le fué administrada doble dosis. Cayó en un completo estupor, y las personas que lo asistían dieron por llegado su fin. En tal estado permaneció durante muchas horas. Su hija, lady Crewe, mandada llamar a París, llegó a su cabecera la noche siguiente, y con gran alivio y sorpresa suya encontró a su padre vivo y con todas sus facultades mentales recobradas. «Si esto es la Muerte—dijo con aire de quien ha estado de viaje y hecho un descubrimiento—, la Muerte no es absolutamente nada.»

Era feliz y se hallaba tranquilo; pero sus pasos se hacían cada vez más débiles. Aunque hombre de ideas religiosas, concurrente a la iglesia y frecuentador del Sacramento de la Comunión, hizo una extraña, original, preparación para su tránsito. Ordenó a su criado que comprase un gramófono y le dijo que cuando le llegase la muerte le hiciese sonar el disco con el *Canto de los remeros de Eton*. Lo cual fué puntualmente cumplido, aunque quizá no llegase a oírlo. De esta manera quería que las alegres memorias de su juventud le rodeasen en su postrer momento, y situaba a la Muerte en su propio lugar: el de un necesario y natural proceso.

Otro rasgo más debe recordarse: su amor a Escocia y su orgullo por la raza y por la historia escocesas. Sus palabras pronunciadas un cuarto de siglo antes con motivo del acto conmemorativo dedicado a los oficiales y soldados de los Royal Scots Greys, muertos en África del Sur, pueden servir muy bien como epílogo de su propia vida.

«Honor a los bravos que no retornarán. Jamás volveremos a ver sus rostros. En el servicio de su soberano y de su país han sufrido el filo de la muerte y duermen su eterno sueño a miles de millas de distancia, en las verdes

soledades de África. Sus lugares, sus camaradas, sus monturas, no los conocerán más porque nunca volverán a nosotros en la forma en que los conocíamos. Pero en un sentido más alto y más noble, ¿no han vuelto hoy a nosotros? Vuelven a nosotros con un mensaje de valor, de deber, de patriotismo. Vuelven a nosotros con un recuerdo de elevado deber fielmente cumplido; vuelven a nosotros con la inspiración de su ejemplo. Paz, pues, a sus restos; honor a su memoria. ¡Viva por siempre Escocia!»

EL EX KAISER

NADIE debería juzgar la carrera del emperador Guillermo II sin hacerse antes esta pregunta: «¿Qué habría hecho yo en su caso?» Imaginaos que habíais sido educados desde la niñez en la creencia de que estabais señalados por el dedo de Dios para ser el soberano de una nación poderosa y de que la virtud inherente a vuestra sangre os elevaba muy por encima del nivel ordinario de los mortales. Suponeos heredando en vuestros veinte años el acervo de preseas—en provincias, en poder, en orgullo—atesoradas durante las tres sucesivas y victoriosas guerras de Bismarck. Imaginaos percibir a la magnífica raza alemana congregándose bajo vosotros en oleadas cada vez más numerosas y plenas, más ambiciosas, más ricas, más fuertes, y suponed elevándose por todas partes el clamoroso tributo de las muchedumbres fieles y la incesante y hábil lisonja de la cortesana adulación.

«Sois», oís que os dicen, «la soberana alteza». «Sois el supremo señor de la guerra, que, cuando el próximo conflicto estalle, conducirás al combate todas las tribus germánicas, y a la cabeza del más espléndido y más fuerte de los ejércitos del mundo, renovarás aún en mayor escala los marciales triunfos de 1886, de 1870. A vos os incumbe elegir el canciller y los ministros del Estado; a vos compete la designación de los jefes del Ejército y la Armada. No hay cargo en el Imperio, por grande o pequeño que aquél sea, a cuyo ocupante no podáis destituir. Todas las palabras que pronunciéis serán recibidas por los presentes con entusiasmo, o por lo menos con respeto. Os basta formular un deseo para que sea concedido. Cada uno de vuestros pasos irá acompañado de riqueza y esplendor ilimitados. Sesenta palacios y castillos esperan la llegada de su propietario; centenares de rutilantes uni-

formes llenan vuestro guardarropa. Si las formas bastas de adulación os fatigan, pronto serán sustituídas por otras mucho más delicadas. Estadistas, generales, almirantes, jueces, adivinos, filósofos, sabios y hacendistas están ansiosos de comunicar su acumulada sabiduría y de recibir con profundo reconocimiento cualquier observación que en sus varias esferas se os ocurra y os dignéis hacerles. Tenéis a mano amigos íntimos que os referirán día por día la impresión hondísima que habéis causado en éste o en aquel especialista eminente ante vuestro maravilloso dominio de su especialidad. El estado mayor general está respetuosamente pasmado por vuestra comprensión de la más alta estrategia. Los diplomáticos hállanse atónitos de admiración ante vuestra varonil franqueza o vuestra prudente reserva, según los casos. Congréganse los artistas henchidos de la debida admiración delante de la pintura alegórica que habéis pintado. Las naciones extranjeras rivalizan con vuestros propios súbditos en sus zalemas, y por todas partes os saludan como «el más glorioso príncipe del mundo». Y esto continuado día tras día y año tras año, durante seis lustros.

¿Estáis completamente seguro, «gentil lector» (para revivir una fórmula pasada de moda), de que habríais sido capaz de resistir el tratamiento? ¿Estáis completamente seguro de que habríais seguido siendo un hombre de mentalidad mediocre, sin una idea exagerada de vuestra propia importancia, sin una excesiva confianza en vuestra propia opinión, practicando la virtud de la humildad y esforzándoos siempre por la paz?

Pero observad que si lo hubieseis hecho así, pronto se mezclaría una nota discordante a los cantos de alabanza. «Tenemos un pusilánime en el trono. Nuestro señor de la guerra es un pacifista.» ¿Es que el último y recién venido Imperio germánico, con todas sus tremendas y expansivas fuerzas, va a ser conducido por el presidente de una asociación de jóvenes cristianos? ¿Fué para esto para lo que el inmortal Federico y el gran Bismarck planearon y conquistaron? ¿Fué para esto para lo que los gloriosos conductores de la guerra de liberación elevaron

en torno a la ciudadela de Prusia la gigantesca fortaleza del poder teutónico?

Los estados alemanes, divididos durante tanto tiempo, durante tanto tiempo convertidos en terreno de jugadores de a campo traviesa, se han unido por fin, y su fuerza es abrumadora.

De un golpe han humillado a Austria; de otro, han quebrantado a Francia. En todo el continente no tenemos igual. No existen dos países que, juntos, sean capaces de vencernos. ¿Nos vamos a limitar entonces a Europa? ¿El canoso lobo de mar inglés va a seguir gozando del dominio del mundo y de los océanos? La decadente Francia, que tanto nos ha perseguido y ahora se acobarda antes nuestras fuerzas unidas, ¿va a seguir disfrutando, reuniendo y aumentado un espléndido imperio colonial? ¿Vamos a continuar excluídos de América por una doctrina de Monroe, alejados del Norte de África por un tratado anglofrancés, rígidamente apartados de China y Oriente por un concierto internacional? ¿Va a seguir medrando Holanda con las riquezas de sus Indias Orientales? La misma Bélgica, ¿va a seguir regodeándose y extendiéndose descaradamente sobre el vasto Congo?

Concedemos el haber sido los últimos en llegar, concedemos que durante siglos hemos sido los ganapanes y mercenarios de Europa; pero ahora nos mantenemos erguidos en nuestra fuerza; pero, en duro trabajo, arduo pensamiento, organización, negocios, ciencia, filosofía, ¿dónde está nuestro igual? Y después de todo, si así lo deseáis, hay fuego y hierro y el paso marcial de huestes innúmeras que sólo esperan una señal de lo alto. ¿Nos va a ser negado nuestro «puesto al sol»? ¿Van a estar nuestras florecientes industrias eternamente privadas del petróleo y del estaño, del cobre, del caucho y de las otras materias que Alemania debe poseer como propias? ¿O es que siempre van a tener que sernos suministradas por los ingleses, los americanos, los franceses y los holandeses? ¿Es que no existe una región templada en que se puedan establecer las escuelas de una más ilustrada Stuttgart, la Banca de un más rico Berlín, el vasto y liso

campo de parada de un nuevo Potsdam? Llegamos tarde, es cierto; pero vamos, de todos modos, a conseguir nuestra parte. ¡Haced un sitio en la mesa para el Imperio alemán—ahora elevado, al cabo, a su máximo esplendor gracias a nuestro fiel dios germánico y a su fuerte ejército—: hacednos un sitio en la mesa, o si no, os arrojaremos de los vuestros y nos serviremos nosotros mismos las tajadas! En este supremo período de nuestra historia, en esta fúlgida aurora de nuestro creciente poder, ¿va a ser nuestro señor de la guerra un doctrino «de entrecortado aliento y encogida timidez»? No hay tal; ya tiene hijos. Y, por ventura, en uno de ellos Dios ha infundido el espíritu de un rey guerrero. ¡Todo esto dicho con ojos chispeantes y bocas repulgadas bajo un tumulto de reverencias, saludos y choques de talones con espuelas!

Si la primera lección inculcada en la misma figura del joven emperador fué la de su propia importancia, la segunda se refirió a su deber de sostener la importancia del Imperio alemán. Y a través de centenares de canales por donde las aguas fluían con presión constante, aunque bajo una hialina superficie de respeto, a Guillermo II se le enseñó que, si quería conservar el amor y la admiración de sus súbditos, debía ser su campeón.

Pero también había socialistas; mala gente, patanes desafectos, a los que se les deba un bledo por la grandeza de Alemania, la permanencia de la monarquía y hasta la continuidad de la dinastía. No aplaudían, ni siquiera saludaban, excepto cuando se hallaban cumpliendo su servicio militar. Estaban en contra de la aristocracia y de la clase de terratenientes burgueses, verdadera espina dorsal de la nación. No sentían respeto por el admirable ejército, con cuya fuerza Alemania había alcanzado su libertad y mantenido su vida unificada. Votaban tenazmente año tras año en contra de todas las cosas que más interesaban al kaiser y contra todas las clases e intereses que eran sus servidores fieles y al mismo tiempo sus conscientes amos. Además, ¡qué ordinarios eran! ¡Cómo se reían y mofaban de todo! ¡Cuántas mentiras decían y, lo que es aún peor, cuántas verdades escandalosas! ¿Cómo iba a ser él

representante de sus sentimientos? ¿Iba a ponerse en pugna con todas las fuerzas poderosas que sostenían a su país y su trono para ser el portavoz de las opiniones de quienes se jactaban de no tener patria y de que su primer acto en el poder sería hacer tabla rasa de los tronos? ¿Cómo iba a estar conforme con los puntos de vista extranjeros—que eran los mismos de sus enemigos, los socialistas—, mientras desde todas partes del país las fuerzas marciales y viriles predominantes le apremiaban a mostrarse tal cual era, y siglos de leyenda, tradición y ancestral encanto le instaban a perseverar en su bravío orgullo? ¿Estás entonces, lector, completamente seguro en lo más íntimo de tu corazón de que si estuvieses sometido a esas presiones y alimentado con esas regias gelatinas habrías permanecido siendo un manso y amoroso estadista conservador o liberal? ¡Mucho lo dudo!

Cuando medimos las tentaciones y tenemos en cuenta las circunstancias, no podemos menos de afirmar que la norma de vida que siguió el emperador es altamente interesante. No debe ser condenado sumarísimamente. Durante treinta años reinó en paz. Durante treinta años, sus oficiales fueron enseñados a decir—a los extranjeros, naturalmente—que el evitar la guerra forma parte de su religión. Oportunidades se presentaron y se fueron. Rusia, el contrapuesto coloso, quedó maltrecho después de su guerra con el Japón. El peligro de una guerra sostenida, en dos frentes se desvaneció por tres o cuatro años. La alianza francorrusa no fué más que un papel mojado. Francia estaba a merced del emperador. Éste reinaba en paz. No faltaron provocaciones. Una derrota diplomática fué sufrida en Algeciras, y algo muy parecido a una humillación, en Agadir. Guillermo II trató de allanar su camino con su Ejército y su Armada, y valiéndose de frases y gestos: «el puño de hierro», «la resplandeciente armadura», «el almirante del Atlántico». *Hoc volo sic jubeo, sit pro rationes voluntas*, escribió en el libro de oro de Munich.

«Pero guerra, ¡no!» No más astutos planes bismarckianos, no más telegramas de Ems. Todo lo más, pavonearse

arrastrando con afectación y estrépito la envainada tizona. Lo que deseaba era sentirse Napoleón y ser como él, pero sin tener que reñir sus batallas. Y seguramente no quería pasar menos revistas que el gran corso. Si sois el cráter de un volcán, lo menos que podéis hacer es echar humo. Y así humeaba y lanzaba una columna de humo durante el día y un fulgor de fuego por la noche, visibles a cuantos miraban desde lejos. Lenta y seguramente, estos observadores inquietos se unían y concertaban de mutua protección.

Tuve la fortuna de ser huésped del emperador durante las maniobras del ejército alemán en los años 1906 y 1908. Hallábase entonces en el apogeo de su gloria. Montaba a caballo, rodeado de reyes y príncipes; mientras sus ejércitos desfilaban ante él en procesión inacabable, parecía la suprema representación de las cosas materiales de este mundo. La escena que más vívidamente recuerdo es la de su entrada en la ciudad de Breslau, al principio de las maniobras. Montaba magnífico caballo, a la cabeza de un escuadrón de coraceros, vistiendo su blanco uniforme y tocándose con el casco que llevaba un águila por cimera. Las calles de la capital de Silesia hallábanse atestadas de súbditos entusiastas, y no cubrían la carrera soldados, sino veteranos de mucha edad ataviados con rancias levitas negras y sombreros de copa, como si el gran pasado de Alemania saludase a su más espléndido futuro.

Y doce años después, ¡qué contraste! Un hombre encorvado y quebrantadísimo permanece sentado durante horas y horas en un vagón de ferrocarril, detenido en una estación holandesa fronteriza, esperando el permiso para huir, como un refugiado, de la execración de un pueblo cuyos ejércitos condujera a través de inmensos sacrificios a una inmensa derrota, y cuyas conquistas y cuyos tesoros había malgastado.

¡Destino cruel! ¿Fué debido a culpa o incapacidad? Hay, de todos modos, un momento en que la ligereza y la culpa son tan flagrantes que equivalen a delito. Sin embargo, acaso la Historia se incline hacia el fallo más benévolo y absuelva a Guillermo II de haber planeado

y urdido la guerra mundial. Pero la defensa que de él se haga no sería halagüeña para su propia estimación. Será, en definitiva, algo análogo, en sus líneas generales, a la defensa que el eminente abogado francés hizo del mariscal Bazaine cuando éste compareció en juicio acusado del delito de traición por haber vendido la plaza de Metz: «No es un traidor. Miradlo: es simplemente un obcecado.»

Es ciertamente asombrosa la cantidad de torpezas que condujeron al Imperio germano, a través de toda una generación y tras constantes vaivenes, a la catástrofe. El joven soberano, que con tanta ligereza despidió a Bismarck, iba muy pronto a privar a su país de las garantías de seguridad que representaba la inteligencia con Rusia. Esta nación vióse obligada a inclinarse hacia el campo opuesto. La copiosa e íntima correspondencia entre Willy y Nicky (1), toda la inmensa ventaja del personal parentesco, no iban a servir más que para llegar a una alianza francorrusa, y para que el zar de todas las Rusias encontrase natural dar la mano al presidente de una República cuyo himno nacional era la *Marsellesa,* antes que colaborar con el emperador-hermano, su igual, su primo, su íntimo allegado.

Vino en seguida, siguiendo un orden fatal, el apartamiento de Inglaterra. En este caso, aún eran más fuertes los vínculos de sangre de parentesco y de historia que tenían que ser disueltos. La obra era lenta y difícil, pero Guillermo II apresuróse a realizarla. Para ello le servía de estímulo tanto su admiración por la vida, el estilo y las costumbres de Inglaterra como su personal envidia del rey Eduardo VII. Hacia la reina Victoria, la augusta abuela, sintió siempre respeto; pero por Eduardo VII, lo mismo siendo príncipe de Gales que soberano, experimentó solamente una maligna mezcla de rivalidad y desdén. Llegó a escribirle presuntuosas homilías acerca de su vida privada. Sus despectivas flechas disparadas al azar, aun cuando no diesen en el blanco, eran recogidas

(1) Diminutivos de Guillermo y Nicolás. (*N. del T.*)

y llevadas a él. «¿Dónde está vuestro rey ahora?», preguntó un día a un visitante inglés. «En Windsor, sir.» «¡Ah!, creí que estaría remando con su tendero de ultramarinos» (1). De este modo, las relaciones familiares, que deberían haber servido para cimentar la amistad entre las dos naciones, llegaron progresivamente a ser una causa de discordia. La Gran Bretaña es una democracia constitucional, y los sentimientos personales del monarca no influyen sobre la política de los gobiernos responsables. Pero tampoco iban a faltar ofensas más graves. El impulsivo telegrama del kaiser al presidente Kruger después de la incursión de Jameson arrancó tal bramido al león inglés como jamás lo había oído Alemania. Posteriormente surgió la cuestión de la Armada. El señor del más grande de los ejércitos debía poseer también una flota que infundiese respeto aun al más fuerte poderío naval del mundo.

Y así, Inglaterra, arrastrando consigo a todo el Imperio británico, se fué inclinando poco a poco hacia Francia, y tras los choques repetidos de Algeciras (1906), de la anexión de Bosnia y Herzegovina a Austria (1908) y de Agadir (1911), se llegó a estar tácita, extraoficial, pero no por eso menos efectivamente, unida a Francia y Rusia. A Inglaterra le siguió Italia. Una cláusula secreta del primitivo tratado de la Triple Alianza permitía la abstención de Italia en cualquier guerra contra la Gran Bretaña. En 1902, el kaiser ya había inferido al Japón mortales agravios

Después de tantos años de pomposa y medieval prestancia, el amo de la política alemana había privado a su país de sus amigos. Quedábale sólo uno: el débil, manejable e internamente desgarrado Imperio de los Habsburgos. Los restos de la red protectora de Bismarck habían sido destruídos, y mientras tanto, una enorme y potente coalición se formaba, en cuyo centro ardía, inextinguible, la llama de la «revancha» francesa. ¡Alsacia! Sólo le faltaba a Guillermo II ofrecer a Austria en la enrarecida atmósfera de julio de 1914, mano libre para castigar a

(1) Sir Thomas Lipton.

Servia por los asesinatos de Sarajevo. Después zarpó en su yate para un crucero de tres semanas.

El despreocupado turista había tirado la punta de su cigarro a la puerta del polvorín en que se había convertido Europa. Ardió el cigarro lentamente, ocultando el fuego en la ceniza. Cuando el turista volvió, halló el edificio lleno de humo—humo negro, sofocante, sulfuroso—, mientras las llamas lamían el depósito de pólvora.

Al principio creyó fácil extinguir el incipiente incendio. Al enterarse de la abyecta sumisión de Servia al ultimátum austríaco, exclamó: «¡Un brillante triunfo diplomático; ya no hay razón para la guerra; no es necesario movilizar!» Era evidente que en aquel momento su instinto le inclinaba a evitar la conflagración. ¡Era demasiado tarde! En presencia de la explosión inminente, el Ejército se ha preparado. El aterrorizado populacho, los atolondrados curiosos, los servicios locales de bomberos, son empujados atropelladamente por los rígidos y fuertes cordones de hombres armados que están despejando las calles por doquier; y entre tal confusión, la dorada pompa de la autoridad personal, la obsequiosidad cortesana, las imperiales libreas, los fáciles triunfos de la paz, son barridos sin la menor consideración. La dirección y el poder han pasado a manos más adustas. Las pasiones indomables de los hombres se han soltado. La muerte ronda por la escena en su búsqueda de millones de vidas. Todos los cañones retumban.

La temida guerra «en dos frentes» es inevitable; la defección de Italia de la Triple Alianza, segura; la hostilidad del Japón, cierta; la violación de Bélgica, forzosa; y los ejércitos de los imperios centrales son lanzados y desbordan las fronteras de las pequeñas naciones. Pero la guerra tiene ahora tres frentes. El ultimátum británico ha llegado. El imperio del océano, durante tanto tiempo aliado de Alemania, sitúase en el círculo cada vez más estrecho de fuego y de acero como su más implacable enemigo.

Fué entonces cuando Guillermo II comprobó adónde había llevado a su país, y en un rapto de dolor y pesar

escribió estas sorprendentes, reveladoras palabras: «Y así fué cómo el cerco de Alemania llegó a convertirse al fin en un hecho... Una gran hazaña, que suscita la admiración aún de quien va a ser destruído como consecuencia de ella. Eduardo VII es más fuerte después de su muerte de lo que yo lo soy... a pesar de estar vivo.»

Lo cierto es que jamás ningún ser humano se encontró colocado en tal situación. Una responsabilidad inmensa recae sobre Alemania por su servil sumisión a la bárbara idea de autocracia. Este es el cargo principal que se formula contra ella ante la Historia: el de que, a despecho de toda su mentalidad y de todo su valor, rinde culto al poder y se deja llevar de él por la nariz. Una monarquía hereditaria sin responsabilidad de gobierno viene siendo por espacio de muchos siglos la política más prudente. En el imperio británico este sistema ha alcanzado la perfección: aquí el rey hereditario retiene para sí la pompa y la gloria, mientras unos señores vestidos de negro, unos ministros fácilmente sustituíbles, asumen el poder y pechan con sus responsabilidades. Pero la reunión del fausto y del poder del Estado en una sola función expone al mortal que la desempeña a una tensión irresistible para la naturaleza humana, y a un empeño que excede de las fuerzas aun del más grande de los hombres. Algo análogo puede decirse de las dictaduras en épocas tormentosas y en períodos de grandes cambios; pero en estos casos el dictador surge en relación íntima con el agitado conjunto del tropel de acontecimientos. Se yergue sobre el torbellino precisamente porque forma parte de él. Es el hijo monstruoso de las apremiantes circunstancias. Puede poseer acaso fuerza y cualidades para dominar millones de espíritus y cambiar el curso de la Historia. Pero hacer un sistema permanente de dictadura, hereditaria o no, es preparar un nuevo cataclismo.

Guillermo II no tuvo ninguna de las cualidades de los modernos dictadores, excepto el empaque. Era un pintoresco figurón en el centro del escenario mundial, llamado a desempeñar un papel que excedía con mucho de la capacidad de la mayoría de las gentes. Tenía poco de común

con los grandes príncipes que, a intervalos y a través de las centurias, han aparecido por razón del nacimiento en la cúspide de los Estados y de los imperios. Su inteligencia y versatilidad innegables, su gracia personal y su vivacidad sólo le sirvieron para agravar sus peligros, ya que ocultaron su insuficiencia. Sabía hacer los gestos, proferir las palabras, adoptar las actitudes al estilo imperial.

Sabía dar un taconazo de impaciencia o un bufido de enojo, o saludar y sonreír con gran arte histriónico; pero por debajo de estos papeles teatrales y de sus falacias existía un hombre vulgar, vanidoso, pero en general bien intencionado, esperando pasar a la posteridad como un segundo Federico *el Grande*. Faltábale grandeza de alma y de entendimiento. No podía ofrecer a sus súbditos ni amplia política de prudente estadista, ni profundo cálculo, ni certera visión.

Por último, en sus propias *Memorias*, escritas desde su penitente reclusión de Doorn, se nos ha revelado ingenuamente en su verdadera talla. No puede imaginarse nada más lleno de íntima trivialidad; nada más carente del entendimiento y del sentido de la proporción; nada más desprovisto de capacidad literaria. Asombra el pensar que de una simple palabra o de un movimiento de cabeza de un ser tan limitado estuvieran atentas y pendientes por espacio de treinta años fuerzas que, al lanzarlas en un momento dado, serían capaces de arrasar el mundo. Ello no fué su culpa, fué su sino.

Si míster Lloyd George, que también es actor al mismo tiempo que hombre de acción, hubiera estado en lugar del kaiser, nos habría privado de semejantes declaraciones, que sólo sirven para halagar las pasiones de las multitudes victoriosas. Habría encubierto este melancólico destierro bajo veladuras más solemnes que las de una culpa mortal, más adecuadas a una responsabilidad humana, y se habría adelantado hacia un cadalso de expiación redentora. Sobre la frente despojada de la diadema imperial se habría puesto la corona del martirio; y la muerte, con un gesto de supremo olvido, habría restau-

rado la dinastía de los Hohenzollern sobre la tumba de una víctima.

Pero tan lúgubre ceremonial no tuvo que ser aplicado. Los consejos prosaicos prevalecieron. El emperador caído vivió una vida segura, burguesa, confortable. El transcurso de los años prestó dignidad a su retiro. Sus virtudes privadas desempeñaron por primera vez su espontáneo papel. Vivió para ver cómo los odios feroces de los victoriosos se helaban en el desprecio y últimamente se desvanecían en la indiferencia. Vivió para ver cómo un gran pueblo, a quien él había conducido a un horrendo desastre, atravesaba las más adustas tribulaciones de la derrota. Vivió para recibir en sus manos millones de monedas que Alemania tuvo la fuerza moral de entregarle antes que sentirse culpable de rehusar el pago de débitos legales. Sobrevivió en excelente salud, ejemplar conducta y feliz domesticidad, mientras la flota por él creada con tan imprudente empeño se precipitaba al fondo de un puerto escocés, mientras el orgulloso ejército, terror del mundo, ante el cual tanto se había pavoneado en tiempo de paz, era dispersado y abolido; mientras sus fieles servidores, oficiales y soldados veteranos, languidecían en la penuria y el abandono. Esta fué acaso la más dura responsabilidad.

Pero aún vivió más, y el tiempo le otorgó una sorprendente y paradójica venganza sobre sus vencedores. Alcanzó una fase durante la cual la mayor parte de Europa, y especialmente sus más poderosos enemigos, Inglaterra y Francia, hubieron de considerar la restauración de los Hohenzollern, por aquellos países en otro tiempo aborrecidos más allá de todo encomio, como un evento relativamente propicio y como señal de que el peligro se había alejado. Si ello fuera acompañado de limitaciones constitucionales, todo el mundo lo habría acogido como una seguridad de paz exterior y de tolerancia interna. Esto no obedece a que su luz personal arda con más brillo o mayor fijeza: se debe a la creciente intensidad de las tinieblas que nos cercan. Las democracias victoriosas, al derrocar a sus soberanos hereditarios, creyeron que avan-

zaban por la senda del progreso; pero, en realidad, han ido más allá, y por una ruta peor. Una dinastía regia que a la vez contempla la tradición del pasado y columbra la continuidad del futuro, ofrece un elemento de seguridad para las libertades y de felicidad para las naciones que jamás puede proporcionar el dominio de los dictadores, por capaces que sean. Y así, mientras la rueda del timón da una vuelta, el destronado emperador, sentado en Doorn al amor de la lumbre, puede encontrar irónico consuelo.

Cuando sobrevino el colapso final en el frente del Oeste, voces tentadoras le apremiaban a preparar un ataque y caer al frente de los últimos oficiales que se le mantuvieron fieles. Él nos dió las razones que tuvo para rechazar ese pagano consejo. No quería sacrificar más vidas de hombres bravos simplemente para que le proporcionasen el medio de realizar su propio tránsito. Nadie puede dudar ahora de que tenía razón. Después de todo, siempre hay algo que objetar sobre el seguir hasta el fin.

BERNARD SHAW

MÍSTER Bernard Shaw fué una de mis más tempranas antipatías. En efecto; casi mi primer desahogo literario, escrito cuando servía como subalterno en el ejército de la India, en 1897 (y que jamás vió la luz pública), era un feroz ataque contra aquél, con motivo de un artículo suyo en que denigraba y ridiculizaba al ejército británico en alguna guerra de menor importancia. Pasaron cuatro o cinco años antes de que yo lo conociese personalmente. Mi madre, siempre en grato contacto con círculos teatrales y artísticos, me llevó un día a comer con él. Me sentí instantáneamente atraído por la chispeante alegría de su conversación, e impresionado al no verle comer más que vegetales y frutas y no beber más que agua. Refiriéndome a este último hábito, le pregunté: «¿De veras no bebe usted nunca vino alguno?» «Soy lo suficientemente contumaz para encontrarme bien así.» Quizá tuviese noticias de mi juvenil prejuicio contra él. De años posteriores, y especialmente después de la guerra, puedo recordar varias agradables y para mí memorables charlas sobre política, principalmente acerca de Irlanda y del socialismo. Supongo que tales encuentros no habrán sido desagradables para él, pues tuvo la bondad de regalarme un ejemplar de su *magnus opus, The Intelligent Woman's Guide to Socialism*, advirtiéndome (a continuación y erróneamente): «Es el medio mejor para impedir que usted lo lea.» Al contrario, poseo una tan vívida imagen de ese brillante, ágil, fiero y comprensivo ser que se llama Jack Frost bailando entre cabrilleos de luz solar, que sentiría mucho perder el libro.

* * *

Uno de sus biógrafos, Edward Shanks, dice de Bernard Shaw: «Es más importante recordar que empezó a florecer al final del siglo XIX que su nacimiento en Irlanda»; y es cierto, porque las influencias irlandesas sólo las descubren en él aquellos que quieren encontrarlas. Por el contrario, la influencia del fin de siglo es fuerte: no el pálido influjo de los decadentistas, sino el ímpetu ardiente del nuevo periodismo, el nuevo movimiento político, el nuevo movimiento religioso. Todo el fervor y la afectación de los Movimientos Nuevos (con mayúsculas) se apoderaron de él. Durante nueve años había estado viviendo en Londres bajo las punzadas de la pobreza y el más agudo aguijón del fracaso. Su terno color marrón, su sombrero puesto del revés (por alguna rara economía), su gabán negro que iba tirando lentamente a verde, estaban llegando a ser gradualmente conocidos. Pero en todos aquellos años no ganó más que seis libras, cinco de las cuales lo fueron por un anuncio. Mientras tanto, vivía a expensas de su madre, y escribió, sin lograr retribución, unas cuantas novelas mediocres. Hallábase aún tan oscurecido que se sobrecogía y vacilaba al escribir hasta la misma primera frase de sus artículos. Poco a poco se le fueron presentando algunos trabajos: críticas de música, de teatros, sátiras políticas y artículos; pero hasta 1892 no apareció su primera comedia: *Widowers' Houses*.

Sus primeros años en Irlanda le habían imbuído en repugnancia contra la respetabilidad y la religión; en parte, porque eran los blancos que estaban de moda entre la juventud de entonces, y Shaw ha sido siempre hijo de aquella época; y en parte, porque sus familiares, bien por un esfuerzo para mantenerse dignos de su posición de primos de un *baronet*, o para encubrir su pobreza, sostenían sumisamente aquellos principios.

El verse llevado a la fuerza a los cultos de la capilla evangélica de la Baja Iglesia, y la prohibición de jugar con los hijos de los tenderos, creó en él fuertes complejos de los que siempre se resintió, y le hizo proferir estruendosos improperios contra la «moralidad fabricada en serie», contra la mansa conformidad de lo que se considera

como elegante; en suma, contra lo que hoy se sintetiza en lo llamado por míster Kipling «el alma densa de las cosas». Cuando al fin emergió, lo hizo como un heraldo de rebeldía, un perturbador de los convencionalismos establecidos, un duende burlón, malicioso y rebelde que planteaba los más abstrusos enigmas de la esfinge.

Este hombre de treinta años, irritado y vacilante, pobre y enérgico, autor de varias novelas sin éxito y de varias tajantes críticas, con buenos conocimientos de música y pintura y un dominio jupiterino de los rayos de la indignación, se encontró a media edad con Henry George y se afilió en seguida a la Sociedad Fabiana con ardoroso entusiasmo. Habla en hoteles y en las esquinas de las calles. Domina su nervosismo. Colorea su estilo con ese matiz polémico que impregna todos los prólogos de sus comedias. En 1889 manifiesta por primera vez cierta influencia marxista. Más tarde abandona a Marx por míster Sidney Webb, a quien siempre ha reconocido como más influyente que nadie sobre sus opiniones. Pero estas fuerzas no bastan; algo más debió haber para inclinarse a reponer la religión como fuerza de dirección y de freno. Míster Shanks dice: «Toda su vida ha sufrido un *handicap:* el de su timidez para usar... el nombre de Dios, a pesar de no poder encontrarle adecuado sustituto.» Sin embargo, habrá de inventar la fuerza-vida, convertir al Salvador en un socialista no del todo cordial, y crear un cielo a su propia imagen política.

«Las bellas artes—declara nuestro héroe en otro inciso—son el único maestro, excepto el dolor.» No obstante, y como suele, él no se somete a la disciplina de su maestro. Él nunca se para en minucias en cuestiones que estima de poca monta, y pocos años más tarde escribe: «Todo mi empeño en favor del arte por el arte se ha venido abajo; me resultaba lo mismo que clavar hojas de papel con clavos de diez peniques.» Su gusto versátil le lleva a asociarse con Schopenhauer, Shelley, Goethe, Morris y otros diversos guías. En un momento en que su facultad crítica dormita, ¡llega a parangonar a William Morris con Goethe!

Mientras tanto, continúa atrayendo toda la atención que puede. «Dejo las delicias del retiro—escribe en *Diabolonian Ethics*—para aquellos que son señores primero y trabajadores literarios después. Quédense para mí el carro y la trompeta»; y como la trompeta sirve para despertar y llamar, con ella difunde grandes cantidades de retumbantes absurdos, como aquel de *La quintaesencia del ibsenismo:* «Hay tantas buenas razones para quemar a un hereje en la hoguera como para rescatar a la tripulación de un buque náufrago; en realidad, las hay mejores.»

El éxito real, vivo y esplendoroso no le llegó hasta fines del siglo XIX, y desde entonces no le abandonó un momento. A discretos intervalos y con seguridad creciente, sus obras teatrales triunfaban una tras otra. *Cándida, Mayor Bárbara* y *Hombre y superhombre* atraían con intensidad redoblada la atención del mundo intelectual. En el vacío dejado por la anulación de Wilde, avanza armado de un ingenio más agudo, un diálogo más tenso, unos temas más atrevidos, una construcción más fuerte, una comprensión más natural y profunda. Las características y la idiosincrasia de los dramas de Shaw tienen fama mundial. Sus producciones escénicas se representan hoy no sólo dentro de las anchas fronteras de la lengua inglesa, sino fuera de ellas, con más frecuencia que las de cualquier otro dramaturgo, excepto Shakespeare. Todos los partidos y todas las clases, en todos los países, tuvieron que aguzar mucho el oído la primera vez que las oyeron, y se felicitaron de volverlas a oír.

Sus obras resultaron al principio un poco alarmantes. Ibsen había roto con las «comedias bien construídas» haciéndolas mejor que nunca; Bernard Shaw rompió con ellas no «construyéndolas» de ninguna manera. En una ocasión le dijeron que sir James Barric había elaborado muy cuidadosamente la trama de *Shall we join the Ladies?* antes de empezar a escribirla. Bernard Shaw se mostraba escandalizado: «¡Qué cosa más rara, saber cómo va a terminar una obra de teatro antes de haberla empezado! Cuando yo comienzo a escribir una comedia

no tengo la menor idea de lo que va a suceder.» Otra innovación principal suya consistió en hacer depender su drama no del juego de los caracteres, ni del conflicto entre el carácter y las circunstancias, sino de la pugna de opiniones. Sus ideas se convertían en personajes y luchaban unas con otras, unas veces con intensos efectos dramáticos, otras no. Sus seres humanos, con unas pocas excepciones, comparecen en escena por lo que tienen que decir, no por lo que tienen que hacer. Y, sin embargo, viven.

Recientemente llevé a mis hijos a ver *Mayor Bárbara*. Veinte años habían transcurrido desde que yo la había visto por primera vez. Aquellos veinte años eran los más atroces que el mundo había conocido. Casi todas las instituciones humanas habían sufrido cambios decisivos. Seculares fronteras habían sido barridas. La ciencia había transformado las condiciones de nuestra existencia y el aspecto de la ciudad y del campo. Una silenciosa evolución social, violentos cambios políticos, una extensa ampliación de los cimientos sociales, una distensión inconmensurable de las convenciones y restricciones, una transformación de las opiniones individuales y nacionales, habían seguido la atropellada marcha de esta tremenda época. Pero en *Mayor Bárbara* no existía un solo carácter que precisase ser retocado, ni una frase o una insinuación que resultasen anacrónicas. Mis hijos se asombraron al enterarse de que esta comedia, el ápice mismo de la modernidad, hubiese sido escrita cinco años antes de que ellos viniesen al mundo.

* * *

Pocas personas practican lo que predican, y ninguna menos que Bernard Shaw. Pocas son más capaces para utilizar mejor cualquiera de estos medios. Su hogar espiritual es, sin duda alguna, Rusia; su tierra nativa, el Estado Libre de Irlanda; pero vive en la cómoda Inglaterra. Sus teorías disolventes sobre la vida y la sociedad han sido resueltamente barridas de su conducta personal y de sus lares. Nadie ha practicado jamás una vida más

respetable ni ha sido un disidente más formidable de su propia y subversiva imaginación. Se burla del vínculo matrimonial y hasta a veces del propio sentimiento amoroso; y, sin embargo, nadie está más felizmente o más acertadamente casado que él. Disfruta las libertades de un charlatán irresponsable, hablando por los codos desde por la mañana a la noche, y al mismo tiempo aboga por la abolición de las instituciones parlamentarias y el establecimiento de una dictadura de hierro, de la cual sería sin duda la primera víctima. Es otro caso para el comentario de John Morley sobre Carlyle: «el evangelio del silencio en 30 volúmenes por don Verboso». Promulga en inflexible decreto que todas las rentas deberían ser iguales y que aquel que tenga más que otro es un culpable —inconsciente quizá—de vileza, si no de fraude; siempre ha predicado el dominio por el Estado de todas las formas de riqueza; y, sin embargo, cuando el presupuesto de Lloyd George impuso por primera vez la iniciación modesta de la sobretasa, nadie puso el grito en el cielo con más vigor que este ya opulento fabiano (1). Es al mismo tiempo un adquisitivo capitalista y un comunista sincero. Hace hablar alegremente a sus personajes de matar hombres por una idea; pero él pondrá mucho reparo en matar una mosca. Parece ser que igual placer le reporta el cultivo de hábitos, posiciones y actitudes contrarias. Se ha reído de su propio y brillante camino a través de la vida; se complace en reprobar con sus palabras y con sus actos las tesis y argumentos que ha empleado en circunstancias análogas; gusta de adoptar el pro y el contra de las cuestiones; se goza en atormentar y contrariar a su público presentándose como el debelador burlón de las propias causas que ha defendido. El mundo lleva mucho tiempo contemplando con tolerancia y regocijo los ágiles escarceos y las bufonadas de este único camaleón de dos cabezas, mientras la criatura se afana en que la tomen en serio.

* * *

(1) Miembro de una asociación de socialistas ingleses. (*N. del T.*)

Supongo que los bufones, que tan importante papel desempeñaban en las cortes de la Edad Media, salvarían su piel de ser desollada y sus pescuezos de ser retorcidos, por la imparcialidad con que distribuían en todas direcciones y en igual medida para todos, sus satíricos golpes levantadores de ampollas. Antes de que un mandarín o un potentado pudiesen sacar su tizona para reparar una burla sangrienta, la risa convulsiva les privaba acaso de toda acción al ver la posición desairada en que el sarcasmo dejaba a sus compañeros o a su rival. Todos estaban tan ocupados en frotar la propia espinilla, que nadie tenía tiempo para castigar el puntapié del agresor. Por eso supervivió el bufón; por eso tuvo acceso a los círculos más encopetados y pudo permitirse la libertad de mofa bajo la mirada atónita de la tiranía y de la barbarie.

Una vez que la vaca de Shaw—para cambiar de ejemplo—ha rendido el íntegro producto de sus ubres, vuelca a patadas el cubo de la leche sobre el sediento ordeñador absorto. Rinde excepcional homenaje a la obra del ejército de salvación, y pocos minutos después lo pone en ridículo y lo abandona. En *La otra isla de John Bull,* tan pronto somos cautivados por el encanto y el ambiente de Irlanda como vemos a una raza irlandesa atrabiliaria, entregada a ruines patrañas y reducida a mezquinos propósitos. El autonomista liberal que tan confiadamente esperaba de Bernard Shaw justificación y aplauso para su causa, se encontró en un tris de ser objeto de la sátira más difícilmente igualada en el escenario. Las emociones intensas que suscitan en nuestros corazones la sentencia y el martirio de Juana de Arco se borran inmediatamente por la arlequinada que constituye el acto final. *La bandera roja,* el himno internacional del partido laborista, es calificada por éste, el más brillante de los intelectuales socialistas, como «la marcha fúnebre de una anguila frita». Su obra más seria sobre el socialismo, una obra maestra de razonamiento, la encarnación de las más sólidas convicciones de Bernard Shaw, de su larga y variada experiencia; aquello que constituye una contribución a nuestro pensamiento, y que le ocupó tres largos años,

que podrían servirle para producir media docena de comedias famosas, es leída con provecho y delectación por la sociedad capitalista, y rechazada por los políticos laboristas. Nadie ha dejado de ser zaherido, todas las ideas han sido ridiculizadas, y todo, sin embargo, continúa lo mismo que antes. Nos hallamos en presencia de un pensador original, sugeridor, profundo; pero un pensador que incurre en contradicciones y expone su pensamiento tal cual alumbra su mente, sin preocuparse de que se mantenga en relación coherente con lo que ha dicho antes, ni de la repercusión que pueda tener en las convicciones ajenas. Y, sin embargo—y ésta es la esencia de lo paradójico—, nadie es capaz de decir que Bernard Shaw no sea un espíritu sincero ni que al mensaje de su vida le haya faltado consistencia.

Y a todos nos parece, sin duda, muy bien que el bufón haya reído en nuestro medio ambiente.

* * *

Hace algunos años, las referencias publicadas con motivo de su viaje a Rusia me hicieron feliz. Escogió como codelegada o compañera de excursión a lady Astor. La elección fué un verdadero acierto. Lady Astor, como Bernard Shaw, goza de gran predicamento en todos los continentes. Ejerce su imperio en ambas orillas del Atlántico, en el Nuevo Mundo lo mismo que en le viejo, como el más elevado exponente de la sociedad elegante a la vez que de la democracia feminista. Sabe combinar una amabilidad exquisita y cordial con un lenguaje insinuante e incisivo; encarna el portento histórico de ser la primera mujer que ha llegado a ser miembro de la Cámara de los Comunes. Denuncia el vicio del juego en términos desmesurados y está íntimamente asociada en la propiedad de una cuadra casi sin rival en las carreras de caballos. Acepta la hospitalidad y la lisonja de los comunistas, y permanece siendo diputada conservadora por el distrito de Plymouth. Realiza tan opuestas cosas con tanta naturalidad y acierto, que el público, cansado de murmurar, se limita a abrir la boca.

Creemos qué los jefes de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no dejarían de experimentar cierta emoción mientras esperaban la llegada a sus adustos dominios de semejante jocunda arlequinada. Los rusos han sido siempre aficionados a los circos ecuestres y a los cómicos de la legua. Y he aquí que llegaba a sus puertas el más famoso *clown* intelectual, y Pantalón al mismo tiempo de todo el mundo, y la más encantadora Colombina de la pantomima capitalista. ¡Ah!, pero no debemos olvidar que el objeto de la visita era educativo e investigador. Nada más importante para nuestras figuras públicas que comprobar por sí mismas la verdad acerca de Rusia; descubrir por inspección personal los resultados de la aplicación del plan quinquenal. Cuán necesario es saber si el comunismo es realmente mejor que el capitalismo y enterarse de cómo les va a las ingentes masas rusas bajo el nuevo régimen en su «lucha por la vida, la libertad y la felicidad». ¿Quién rehusará dedicar unos cuantos días a tan arduas tareas? Para el viejo bufón, con su helada sonrisa y su capital muy seguramente colocado, se presentaba una magnífica ocasión para dar una serie de desconcertantes pisotones a los callos de sus apasionados huéspedes.

Santo, sabio y *clown;* venerable, profundo e irreprimible, Bernard Shaw recibe, si no las salutaciones, por lo menos los aplausos de una generación que lo honra como un eslabón más en la cadena de los pueblos y como el mayor maestro entre vivos de las letras inglesas.

JOSEPH CHAMBERLAIN

Es una nota característica de los grandes hombres la de causar duradera impresión en las personas a quienes han tratado. Otra es que las cuestiones en que intervinieron durante su vida conservan a través del curso de los acontecimientos posteriores el sello de su personalidad. Treinta años han pasado desde que Chamberlain era aún capaz de expresarse en público; casi veinticinco han transcurrido desde que reposa en su sepulcro; y, sin embargo, ha resistido victoriosamente ambas difíciles pruebas. Quienes le han conocido en sus días de juventud y madurez mantienen viva su penetrante impresión, y todos nuestros asuntos británicos están en la actualidad enlazados con sus actuaciones, transidos por ellas o en ellas inspirados. Encendió faros que alumbran todavía; hizo sonar dianas cuyos ecos aún llaman obstinadamente soldados a la palestra. Las controversias de carácter fundamental sostenidas por Chamberlain repercuten todavía vivaces no sólo en Inglaterra, sino en todo el mundo político de nuestros días. El ímpetu que dió al sentido de imperio en nuestro país, y aún más y por el reflejo, a través del mundo entero, marca profunda huella en las páginas de la Historia.

Su biógrafo, míster Garvin, ha dedicado a esta tarea el fruto de sus pensamientos, durante diez años. Se dió clara cuenta de la responsabilidad que le incumbía como historiador personal de un hombre notable cuyos anales se iban a confiar a sus manos. Aunque admirador ardiente de Joe (1) Chamberlain y un batallador en pro de su causa, míster Garvin supo elevarse por encima de las querellas de partido y de los rencores de las pasiones y

(1) Diminutivo de José. (*N. del T.*)

ha hecho surgir ante nosotros con la mayor buena fe y el mejor buen deseo un relato monumental de la vida y época del héroe. Es evidente que ha producido una obra ejemplar que todo estudioso del último período victoriano debe tratar no sólo de leer, sino de conservar en los estantes de su biblioteca (1).

Se formó Chamberlain en Birmingham en una época en que el mundo político era un dominio bien defendido de las aristocracias *whig* y *tory* en Inglaterra y de sus similares en otras naciones. Revelóse como el primer introductor de la nueva democracia en aquellos selectos pero accesibles círculos. Todas las actividades de su juventud tuvieron como escenario su ciudad natal. Allí tuvo que procurarse sus medios de vida, establecer sus negocios, abrirse paso. A los cuarenta años logró un puesto en la Cámara de los Comunes. Careció de los caminos fáciles que proporcionan la influencia familiar o las preferencias de clase. Tuvo que conquistar por sí mismo y paso a paso las posiciones, ganándolas en lucha contra las innumerables envidias locales que surgen desde los primeros éxitos. Eligió el campo y las armas para el combate. El radicalismo fué su caballo de batalla; la política municipal, el acicate que le permitió sostenerse en su montura. Alcalde de Birmingham, árbitro de sus necesidades locales; un superalcalde, proveyendo a las exigencias de gas y de agua, de baños públicos y lavaderos, a todos los proyectos de mejoras urbanas; mucho más eficaz que sus colegas; vencedor de todos sus antagonistas; el pez más gordo, en fin, y seguramente el más voraz en un estanque relativamente pequeño.

La carrera de este hombre eminente, propulsor enérgico de movimientos mundiales, puede dividirse en dos partes: el período durante el cual luchó por abrirse paso hasta alcanzar el escenario del mundo, y aquel en que actuó desde él. En el primero fué un radical implacable, y a poco que lo excitaseis, un republicano; en el segun-

(1) *The life of Joseph Chamberlain*, vols. I, III. J. L. Garvin: *La vida de Joseph Chamberlain.*

do fué un conservador patriótico constructor del Imperio. Todo ello natural y sinceramente derivado de los primeros impulsos y de los elementos circundantes que influyeron sobre un ser excepcional en las diferentes fases de su vida.

Y así tenemos al Chamberlain alcalde radical—mucho peor que cualquier perverso socialista de nuestros días—preguntando si le sería dable consentir en ocupar como alcalde el carruaje que recibió al príncipe de Gales (después Eduardo VII) en su visita a Birmingham; y el Chamberlain que popularizó o difundió la concepción de un vasto Imperio cuyo centro principal había de radicar en el círculo dorado de la Corona. Y así tenemos al Chamberlain defensor competentísimo, convencidísimo y penetrante del libre cambio; y al Chamberlain que encendió la antorcha de la reforma arancelaria y del impuesto de consumos. Una fuerza inmensa, actuando con toda sinceridad, lo condujo a través de diferentes fases en opuestas direcciones. He aquí un espléndido cambio de color: primero, negro; después, blanco; o, en términos políticos: primero, rojo subido; después, pálido azul.

Es imposible medir el caudal de energía gastado por hombres y mujeres de superior calidad en su lucha por alcanzar el verdadero nivel que les pertenece, antes de que empiecn a desempeñar en el mundo el papel que les corresponde. Puede decirse que el sesenta o acaso el setenta por ciento de su total rendimiento tienen que gastarlo en una lucha sin más objeto que el de alcanzar el campo de batalla. Recuerdo haberle oído decir un día, con ocasión del conflicto arancelario de 1904, a sir Michael Hicks Beach, caballero *tory* de la más alta intelectualidad, que consumió su vida en el servicio del Estado, siendo durante treinta años ministro de la Corona: «Ya era yo imperialista cuando la política de míster Chamberlain no iba más allá de Birmingham.» Era verdad; en lo que concierne al principio de la contienda, era justo; pero Chamberlain no tenía la culpa de alcanzar los puntos de mira del mando en la madurez de la vida. Tuvo el propósito de llegar a ellos en todo tiempo, pero la

ruta fué larga y cada paso estorbado por nuevos obstáculos.

La relación empieza con la historia de Joe *el Radical*. Vemos a este robusto, agresivo y viril campeón del cambio subversivo adelantándose a dar la batalla contra todas las venerables y aceptadas instituciones de la época victoriana. Le vemos combatir tan pronto esgrimiendo una tizona, tan pronto un garrote, para lograr el establecimiento de nuevos niveles para la ascensión social y política de la masa popular. En su lucha no se arredra ante nada ni esquiva ningún antagonista. «La monarquía, la Iglesia, la aristocracia, la Cámara de los Lores, el partido agrario, la sociedad de Londres, la franquicia limitada, los grandes intereses y las privilegiadas profesiones: a todo le llega la vez de servirle de blanco.»

Pero no se trataba de una campaña de mera demagogia de gritos y amenazas, de palabrería y empellones. Era el esfuerzo arduo, frío, profundamente consciente de un hombre que, aunque elevado sobre las masas por una educación superior y una renta adecuada, se da perfecta cuenta de la vida del pueblo, de las presiones que lo oprimen, de las injusticias y desigualdades que incuban el rencor en su pecho, de los apetitos y las aspiraciones a que suele responder; y que, con resolución cordial, se ofreció a las masas populares como su guía al que nada podía intimidar.

Consciente o inconscientemente se había preparado para esta aventura mediante dos distintas clases de ejercicios y experiencias, cada una de las cuales ha servido a menudo a otros hombres como una carrera completa por sí misma. Había logrado fundar con la desenvuelta sagacidad que estima la competencia en los negocios; y en contra de todos sus rivales domésticos o extraños, una nueva y considerable industria capaz de proporcionarle medios de vida sin tener que recurrir al favor o a la protección. El éxito de su negocio fué tan firme, brillante y tenaz como los tornillos que fabricaba. Y después de treinta años de trabajo como fabricante de tornillos de Birmingham, le fué dable retirarse de la firma Chamberlain y

Nettlefold con 120.000 libras de capital bien ganado. El dinero ya no le interesó más. Había logrado liberarse por su propio esfuerzo. En lo sucesivo hallábase revestido de una armadura completa de independencia y podía mirar cara a cara a los más poderosos de la tierra. Nada es más característico en la vida de Chamberlain que la mesura de sus pasos de avance hacia más dilatados objetivos. Siempre volvía la mirada con orgullo hacia sus tiempos de fabricante de tornillos. Cuando fué a Oldham para hablar en mi apoyo en el período culminante de las elecciones *kaki* de 1900, me dijo, guiñando los ojos: «La primera vez que vine aquí fué para venderles tornillos.»

Pero la segunda fase fué también preparatoria. Conocía Birmingham como ciudadano y fabricante. Llegó a ser su jefe civil. Jamás la administración local inglesa se vió enaltecida por más excelso funcionario. «Con la ayuda de Dios—solía decir—, la ciudad llegará a no conocerse a sí misma.» La urbanización de los suburbios, el regalo inapreciable del agua potable, el calor y la luz del gas produjeron en la población rápidos efectos. La mortalidad en muchas calles descendió en pocos años. En junio de 1876 podía escribir: «La ciudad será dotada de parques, pavimentación, mercados, tarifas, gas y agua, y *progresará...*: todo como resultado de tres años de trabajo activo.»

Estas grandes proezas de fundar una eficaz industria británica y de regenerar a Birmingham estaban ya logradas al cumplir Chamberlain los cuarenta años. A pesar de la fricción inevitable que acarrea toda audaz empresa industrial y toda enérgica reforma, la solidez y perfección de su obra en esos dos diferentes campos causó impresión profunda en la ciudad por él tan querida. Birmingham le siguió a través de todos los escollos y todas las sirtes de la política. La ciudad se reía de todas las acusaciones de inconsecuencia y cambiaba su propia lealtad y sus objetivos a la voz de mando de su hijo predilecto.

Desde su entrada en la vida política municipal y nacional en 1870 hasta su muerte en la víspera de la gran

guerra—un período de más de cuarenta años—la fidelidad de Birmingham no se quebró jamás. Su palabra era ley. En él sus ciudadanos no veían más que a su jefe, lo mismo fuese radical extremista que *jingo* apasionado; librecambista que proteccionista; galvanizador del liberalismo o su destructor; colega de Gladstone o su más mortal adversario; lo mismo en días de paz que de guerra. Y al morir transmitió su poder, como en sucesión hereditaria, a algunos de sus hijos, que lo han ejercido hasta hoy en su nombre. Trátase de una marca sin precedente en la vida política de una de nuestras más grandes ciudades. Hizo posibles en las atestadas calles, ruidosas fábricas y suburbios de Birmingham aquellos casos de inquebrantable adhesión que hasta entonces sólo habían crecido en los valles de la alta tierra escocesa. El romance de feudalismo y el principio hereditario fueron reproducidos con nuevos atavíos en torno a la persona de un jefe político que había tratado de abolirlos.

A los cuarenta y nueve años Chamberlain se asomó al umbral de un cambio completo. Su visión de nuestra vida nacional, que, aunque siempre intensa, había sido hasta entonces estrecha y corta, se ensanchó y alargó; y le hizo posible percibir que el desarrollo inexorable de los acontecimientos se había mostrado contrario a los anhelos expectantes de su juventud y de sus comienzos políticos. El resto de su vida hubo de ser gastado en la lucha contra las fuerzas que tan ampliamente había contribuído a poner en acción. En 1870 había combatido ardientemente el proyecto de ley de enseñañza de Foster. Rechazado por la Iglesia y por Gladstone al mismo tiempo, vivió lo bastante para defender—con repugnancia, sin duda—el acta de enseñanza de Balfour, de 1902, que estableció, en definitiva, la educación sectaria como un elemento vital de la vida inglesa. Creyó en su primera fase que la monarquía británica tenía sus días contados; vivió para verla convertida en el broche de la estructura total del Imperio, a cuya edificación dedicó los últimos años de su existencia. Como presidente del Board of Trade formuló las más conspicuas condenaciones contra

la protección y el impuesto sobre artículos alimenticios que jamás se han oído; pero su memoria quedará unida a su adopción.

En más amplias esferas, su política condujo a resultados que no había previsto. Fué el promotor de los acontecimientos que provocaron la guerra sudafricana, y hay quien dice que esa guerra inauguró la era de armamentos y violencia que desembocó últimamente en la suprema catástrofe. Fué un precursor en la denegación de la autonomía irlandesa, con el resultado de que una generación después se llegó a un acuerdo en términos ante los cuales el mismo Gladstone retrocedería y tras episodios de los más odiosos en memoria viviente.

Le será difícil a la generación actual darse cuenta de la parte abrumadora que desempeñó el conflicto autonómico en la vida de sus padres y abuelos. La rebelde Irlanda, que ahora vemos simplemente como una reunión de condados de deficiente cultivo agrícola, ajena al desarrollo de los asuntos británicos, llegó en los años 1880 a 1890 a imponerse al Parlamento imperial. Las pasiones irlandesas, los ideales irlandeses, los caudillos irlandeses, los crímenes irlandeses, conmovían la estructura íntegra de la vida pública inglesa. El partido parlamentario irlandés, con su ingenio, su elocuencia y su malicia, destruyó el antiguo y característico procedimiento de la Cámara de los Comunes. Sus diputados atraían la atención del mundo, fijándola con sus actuaciones. Hacían y deshacían gobiernos y estadistas. Como los pretorianos de la antigüedad, pusieron el Imperio en subasta para entregarlo al mejor postor. Por eso el problema de Irlanda fué durante más de veinte años el supremo recurso. Fué el eje en torno al cual giraba toda la vida política de Inglaterra, y los hombres públicos alcanzaban el poder y la fama o los perdían según fuesen capaces de comprender cómo tal problema podía resolverse o yugularse.

En este conflicto, míster Gladstone barrió, simplemente, a míster Chamberlain de su puesto de jefe de la democracia liberal y radical. Fué uno de los más extraños y al mismo tiempo de los más significativos duelos que

jamás se riñeron. La historia se abre con el Chamberlain campeón de las masas radicales o, como ahora diríamos, socialistas. Nadie jamás, en nuestra moderna historia, concitó con más eficaz llamada a los millones de desamparados y descontentos. Su «*programa anónimo*» del otoño de 1885 fué desarrollado en una serie de discursos que por su trabazón, su dominio del tema, su equilibrio, su autoridad y su valentía supera a cuantas propagandas constitucionales de los políticos de nuestros días puedan ponerse en parangón. Míster Lloyd George, en Limehouse, fué mucho más allá en un período en que los viajes eran mucho más fáciles, y gran número de personas recuerdan el asombro que les produjo. Pero Chamberlain tenía una tenacidad de argumentación, una perfección, una agudeza que sobrepujaba al último y supremo reformador en estos tiempos de tolerancia.

Míster Gladstone reinaba majestuosamente sobre la Inglaterra liberal; único en su reducción, tradición y oratoria, a sus sesenta y siete años erguíase dominando el turbulento escenario. Era el gigante de una época pasada. Simpatizaba poco con las concretas demandas de mejoramiento formuladas por las clases trabajadoras. Todas esas cuestiones de reformas sociales, de trabajo, vivienda, salubridad, luz, agua potable, suscitaban en él solamente un frío, aunque benóvolo, interés. Habitaba en un plano de trascendencia mundial y sabía que el corazón de la Gran Bretaña late impulsado por sentimientos más que por intereses egoístas; por razones mejor que por ganancias. El partido liberal, de cuya alma había sido intérprete durante tantos años, no podía desviarse de su fidelidad ante un advenedizo de Birmingham, por competente y popular que fuese y por grande que resultase su adaptación a la nueva edad. Así, mientras míster Chamberlain hacía para los demás trabajadores una política de abastos, el gran anciano ideaba generosas cruzadas libertadoras en el amplio mundo o a través del canal de Irlanda, y desdeñaba el lado material de las cosas.

Era bastante poco lo que Chamberlain pedía. Todas sus reformas, entonces tan alarmantes, han sido realiza-

das y dejadas muy atrás en nuestro presuroso caminar. Constituye ahora un axioma para el partido *tory* que el bienestar del pueblo, la felicidad de los hogares humildes es el primer deber de un gobernante una vez preservada la seguridad del Estado. Pero en 1886, míster Gladstone batió a Joe en su propio campo radical, y lo dejó maltrecho. Hasta el punto que lo lanzó al desierto. Durante el resto de la carrera política del gran anciano, jamás volvió Chamberlain a desempeñar cargos públicos. La batalla fué dura, y aunque míster Gladstone venció en su partido, quedó herido mortalmente en la esfera imperial y también él tuvo que dejar el poder. En menos de seis meses, Chamberlain logró que la empingorotada alianza de Gladstone y Parnell terminase en una derrota ante el Parlamento y en un desastre en los distritos electorales. El gran anciano expulsó a su antagonista del hogar liberal a costa nada menos que de inaugurar lo que se convirtió virtualmente en veinte años de dominio *tory* y unionista.

Chamberlain no comprendió nunca el movimiento nacionalista irlandés, y sus personalidades le fueron siempre antipáticas. Todos los políticos ambiciosos deseaban establecer contacto con Parnell. La casa del capitán O'Shea, oscuro diputado irlandés, presentaba el espectáculo conocido como el «eterno triángulo». Parnell era el amante de la mujer de O'Shea, y éste, alternativamente amenazador y complaciente, sacaba el partido posible de las forzadas sonrisas y del esquivo patronazgo político del jefe separatista irlandés.

Chamberlain estuvo durante mucho tiempo en contacto con Parnell a través del capitán. Cuando Gladstone quería estar bien informado, conseguía un medio seguro de comunicación valiéndose de la dama. De manera análoga, Chamberlain ofreció a Irlanda proyectos extraordinariamente bien concebidos acerca de un gobierno autónomo sobre la base de un sistema federal. Al decidirse Gladstone por último, se pronunció a favor de un Parlamento irlandés. En ambos casos, Gladstone daba en el corazón del problema, pero no vió más que una parte del mis-

mo. Estaba ciego ante las demandas y el pleito del Ulster protestante. Se negó a arrostrar el hecho de la resistencia ulsteriana. Se revistió de indiferencia ante los derechos de la población de Irlanda del Norte e inculcó esa indiferencia suya al partido liberal, predominando en su espíritu por toda una generación. Elevó esta miopía al nivel de un principio doctrinal. A la postre, lo que todos alcanzamos fué una Irlanda quebrantada y un Reino Unido deshecho.

La lucha contra la Home Rule no fué de ningún modo lo mejor de la carrera de Chamberlain. Como en la vida acontece, ningún bando sostenía una clara posición. Chamberlain había puesto gran empeño en atraerse el nacionalismo irlandés, pero había sido rechazado. Gladstone se había enajenado Irlanda por su empleo de la violencia, pero volvió a ganarla por opuestos métodos que implicaban un completo desprecio de la consecuencia. La burla y el sarcasmo tenían ancho campo para combatir ambas tendencias. Sin embargo, a esta distancia de tiempo y ya despojada la historia de primarias impurezas, podemos apreciar que los dos hombres eran naturales y sinceros. Sus puntos de vista nunca pudieron ser coincidentes. Según la expresiva frase de Hartington, «jamás se propusieron la misma cosa». Gladstone no comprendió nunca la fuerza de Chamberlain hasta que se enfrentó con él en esta lucha a muerte. «Nunca habló así cuando habló por nosotros», dijo quejándose, después de uno de los implacables ataques de Chamberlain contra el proyecto de autonomía irlandesa. Con frecuencia debió Gladstone de reprocharse a sí mismo el no haber puesto personalmente más empeño en atraerse a su rebelde lugarteniente. Pero nosotros podemos ver ahora que ello habría sido inútil. La raíz estaba cortada a cercén.

Entre los inviernos de 1885 y 1886 sufrió Chamberlain una serie de abrumadores golpes como pocas veces cayó en el lote de un hombre público de nuestro país. Toda la obra política de su vida fué deshecha. Todo su predominio sobre la democracia radical, perdido. Sus camaradas y amigos más íntimos se convirtieron en lo sucesivo y a

través de toda su vida en sus adversarios. La ruptura política con John Morley, la tragedia de Charles Dilke rompieron el círculo no sólo de su vida pública, sino de su pensamiento y de su vida privada. Su amistad con Morley logró conservarse a través de la sima del antagonismo político. Su amistad con Dilke fué tenaz, pero vanamente prolongada sobre el abismo del personal desastre. Tuvo que hacerse amigos y trabajar durante largos y sombríos años en un reducido grupo con aquel mismo Hartington y aquellos mismos *whigs* que estuvo a punto de desterrar de la escena parlamentaria. Tuvo que aprender el lenguaje de aquellos *tories* contra los que había tratado de lanzar al nuevo electorado.

Los irlandeses fueron sus más pertinaces enemigos. Éstos introdujeron en la política británica una corriente de odio que les era típica y cuya genealogía se remontaba a siglos que Inglaterra ha dejado felizmente atrás. Sabían que Chamberlain, más que cualquier otro, había hundido a míster Gladstone y frustrado la «Home Rule». La perversidad de su resentimiento jamás fué rebasada por nada de cuanto he podido ver en este mundo de confusiones. Chamberlain les replicaba con sarcasmos y largo, lento y paciente antagonismo. Se convencía de que, en efecto, tenían razón en odiarle.

En estos debates, Chamberlain demostraba su grandeza. Su incomparable cordialidad, su constancia, su perfecto dominio de sí mismo, su «genio de la amistad», según calificación de Morley hecha años más tarde, todo lo iluminaba entre tantos afanes. Fué un amigo fiel. Nadie disintió de él más, o le resistió con mayor tenacidad que su camarada y colega John Morley. La autonomía de Irlanda, el librecambio, la guerra sudafricana, proporcionaron nuevos motivos de pública contienda entre ellos. No obstante, mantuvieron sus relaciones privadas. Jamás hubo año en que no pudiesen encontrar oportunidades para reunirse, y cuando estaban juntos, charlaban con toda la libertad y el tono de antiguos aliados. Morley le profesaba tan gran afecto que las turbulencias políticas y los sinsabores, los golpes y las ofensas recibidas y devueltas en la

arena eran incapaces de extinguirlo. Tales sentimientos no fueron subsistentes siempre entre Chamberlain y Gladstone. Todos los profundos instintos *tories* de Gladstone, toda su educación conservadora, chocaba con esta desafiadora figura procedente de las tierras medias y de la clase media. El gran anciano no quería que nadie le sobrepujase en su apelación a las masas trabajadoras. Lo admitió a regañadientes en su Gabinete: le rehusó confianza y colaboraciones íntimas que brindaba a otros colegas de mucho menor empuje que aquél. Jamás comprendió la fuerza personal y el poder de Joe hasta que tuvo que contender con él en lucha irreconciliable. Acaso haya sido conveniente. Cuando tomé asiento por primera vez en la Cámara de los Comunes, solía ocupar un escaño próximo a míster Jim Lowther. Había sido ministro con Disraeli. Era un verdadero superviviente de los viejos tiempos, el prototipo de los *tories* «eternos», un cumplido caballero y un gran aficionado a los deportes, por añadidura. «Tenemos que estarles muy agradecidos», observaba un día; «si los dos hubiesen permanecido juntos, hace tiempo que estaríamos sin camisa».

Cuando fracasó el proyecto de autonomía irlandesa, y el largo dominio *tory* empezó, Chamberlain no encontró más que un punto de contacto personal con la situación triunfante. Lord Randolph Churchill había capitaneado a la democracia *tory* contra el copo de los siete puestos en las elecciones de Birmingham de 1885. Muchedumbres de trabajadores, manifestándose contra «Majuba» y el «asesinato de Gordon», henchidos de patriótico entusiasmo, se habían enfrentado con el trilladísimo radicalismo de la ciudad natal de Chamberlain y casi lo tenían dominado. Pero en 1886 esas fuerzas hostiles se convirtieron en su principal sostén. La autoridad de lord Randolph Churchill sobre los *tories* de Birmingham llegó a ser absoluta en aquella crisis. El 19 de junio le escribía a Chamberlain: «Prestaremos todo nuestro apoyo a los liberales-unionistas, sin pedir por ello reciprocidad, sin hacer de ello motivo de jactancia ni de burla. Me comprometo a que todos sus candidatos unionistas tengan el pleno apo-

yo de nuestro partido.» La disciplina fué irreprochable. Por medio de Birmingham la democracia *tory* corrió en ayuda de todos los hombres que más aborrecía y sacó triunfantes por sólidas mayorías a aquellos cuya destrucción había sido tan recientemente objeto de su existencia política.

Pero un largo y áspero intervalo siguió. Desde 1886 hasta 1892 Chamberlain se sentó primero con Hartington, después (una vez que éste llegó a ser duque de Devonshire) solo, al frente de los bancos de la oposición, entre los murmullos de reproche de los derrotados gladstonianos y el odio implacable del nacionalismo irlandés. Allí se sentaba mientras sostenía al Gobierno unionista en el poder. La dimisión de lord Randolph, ocurrida casi al principio, parecía privar a Chamberlain de su único eslabón con el Gabinete. Fué un ejemplo de «espléndido aislamiento». La administración salisburiana, a través de muchos errores, proseguía afanosa y obstinada. Inmensa paciencia y dominio de sí mismo se precisaban. Chamberlain no carecía de ambas cosas. Hasta 1895 no alcanzó su última y más famosa fase como secretario de Colonias y como gran imperialista.

Conservo muchos vívidos recuerdos del famoso Joe. Fué siempre muy bueno conmigo. Había sido amigo, enemigo y otra vez amigo de mi padre. Fué a veces su enemigo en los días de triunfo, y a veces su amigo en tiempos de adversidad; pero siempre había subsistido entre ellos una camaradería batalladora y una personal inclinación. En el tiempo en que terminaba mi servicio militar y me sentía atraído por la política, míster Chamberlain era sin comparación la figura más briosa, más brillante, más rebelde, más batalladora de la vida pública inglesa. Sobre él, en la Cámara de los Lores, reinaba, augusto, venerable, lord Salisbury, presidente del Consejo desde Dios sabía cuándo. A su lado, en el banco del Gobierno, Arthur Balfour, prudente, cauto, pulido, comprensivo, intrépido, dirigía la Cámara de los Comunes. Pero Joe era la figura relevante. Era el hombre a quien las masas conocían. Era quien tenía soluciones para los problemas so-

ciales; el que estaba dispuesto a avanzar, sable en mano si era preciso, contra los enemigos de la Gran Bretaña; aquel cuyos acentos resonaban en los oídos de todas las juventudes del Imperio y en multitud de jóvenes de Inglaterra.

Seguramente he sostenido con Chamberlain muchas más conversaciones de verdadera importancia que con mi propio padre, muerto tan joven. Aunque fué siempre de lo más perspicaz, ello no le impedía ser extraordinariamente ingenuo y franco. Mi primer recuerdo data del verano anterior a la guerra sudafricana. Ambos éramos invitados de lady Saint Helier, que tenía una agradable casa a orillas del Támesis; pasamos la tarde navegando por el río en una lancha. Estuvo sumamente amistoso conmigo, hablándome de igual a igual, y después—como su hijo Austen solía referir—me hizo toda clase de recomendaciones. Las negociaciones con el presidente Kruger hallábanse entonces en un momento delicado. Yo comprendía indudablemente que debía conquistarse una posición más firme, y recuerdo sus palabras. «Es inútil tocar el clarín para dar la carga si al volver la vista en torno vemos que nadie nos sigue.» Pasamos después ante un anciano sentado muy tieso en una silla, en su prado a la orilla del río. Lady Saint Helier dijo: «Miren ustedes, allí está Labouchere.» «Un montón de trapos viejos», fué el comentario de Chamberlain mientras le volvía la espalda a su virulento adversario político. Me sorprendió la expresión de desdén y enojo que adquirió su rostro, breve, pero intensamente. Me di cuenta, instantáneamente, de cuán mortales eran los odios que mi amable, cortés y animado compañero, había contraído y excitado en sus querellas con el partido liberal y con míster Gladstone. Nada se les había quedado por decir a sus antiguos secuaces y correligionarios. «Judas, traidor, ingrato, tránsfuga», ésos eran los términos corrientes con que a cada momento era atacado por la difamación radical.

Seis años más tarde, después que hubo escindido al partido conservador y agitado convulsivamente el país al preconizar la solución proteccionista, sostuve con él mi

última conversación importante. Yo estaba escribiendo entonces la biografía de mi padre y me dirigí a Chamberlain para pedirle los originales o las copias de las cartas que tuviese en su poder. Nos encontrábamos a la sazón en plena batalla política, y aunque mi significación fuese pequeña, le había atacado con toda la fiereza de la juventud. cara a cara en el Parlamento y a través de todo el país Yo era uno de aquellos conservadores más jóvenes y más destacados en su oposición a la política en que él había puesto su corazón y los últimos arrestos de su vida.

Con gran sorpresa mía, me contestó invitándome a ir a pasar una noche con él en Highbury para ver los documentos. Y así lo hice, no sin cierta inquietud; cenamos solos. A los postres, una botella de oporto de 1884 fué descorchada. Sólo se hizo una brevísima alusión a las controversias en curso. «Creo que tiene usted razón—me dijo—, pensando como piensa, en unirse a los liberales. Debe esperar que le lancen los mismos ultrajes que yo he sufrido. Pero si un hombre está seguro de sí mismo, sólo sirven para estimularle y hacerlo más eficaz.» Fuera de esto, nuestra conversación recayó en los debates y en las personalidades de veinte años antes.

Estuvimos charlando hasta las dos. Joe exhibió diarios, cartas y notas de los años 1880 a 1890, y como cada fragmento evocaba memorias de los pasados días, él hablaba con una animación, una simpatía y un encanto que me deleitaban. Me parece un cuadro interesante el de este viejo estadista en la cúspide de su carrera y en lo más duro de sus luchas tratando con tan generoso desprendimiento a un juvenil, activo, truculento y, como él sabía muy bien, irreconciliable adversario público. Dudo que la tradición inglesa de no llevar la política a la vida privada haya podido ir mucho más lejos.

* * *

Hemos alcanzado el período en que Joseph Chamberlain ve triunfante su principal esfuerzo. La Gran Bretaña se ha unido por fin al resto del mundo como un país proteccionista. Nadie puede suponer que, a menos que se

produzca un cambio mundial en la política fiscal, hayamos de abandonar tal sistema; y, sin embargo, si hubiese una gran modificación en todas las tarifas y barreras del tráfico, la idea preferida en el imperio británico recobraría su plena fuerza. Fué realmente un suceso histórico y bien concertado el que llevó al cumplimiento de su tarea y misión a su propio hijo desde el Ministerio de Hacienda. Las medidas llevadas a cabo en materia de reforma social, pensiones y sistemas de seguros que esta centuria ha visto implantadas en nuestra isla, los elevados impuestos sobre su riqueza, reforzados en diversos grados en todo el mundo, pero en ninguna parte con la intensidad que en Inglaterra, todo ello es consecuencia del impulso inicial hacia el mejoramiento de las masas, tan fuertemente dado por «Joe el radical».

Pero cuando la obra de toda la vida de Chamberlain alcanzó su más amplia y elevada esfera fué en el punto en que logró resucitar en el partido *tory* la inspiración de Disraeli e hizo que todos los pueblos del imperio británico esparcidos por el ancho mundo se diesen cuenta de que constituían uno solo y de que su futuro dependía de obrar conforme a tal idea. La concepción no era suya, ni fué el primero en exponerla; pero nadie hizo más que él por convertirla en realidad. He aquí, pues, el pedestal sobre el que se asienta una fama que indudablemente habrá de ser duradera.

SIR JOHN FRENCH

La vida de lord Ypres, más conocido por sir John French, fué consagrada a un solo propósito, que logró, superando sus más ambiciosos sueños. Pero, como casi siempre ocurre, la realización de sus ambiciones le produjo desilusión. Mandar un gran ejército inglés en una guerra europea fué la misión anhelada y perseguida a través de una larga, azarosa carrera. Jamás un ensueño pudo parecer más vacío de realidad. Pocas cosas parecerían más improbables que la repetición de los días de Marlborough y de Wellington y que las escasas fuerzas terrestres británicas del siglo XIX llegasen jamás a poner el pie en el continente, cuyas huestes, reclutadas en servicio obligatorio, se contaban por muchos millones. Fué uno de esos acontecimientos que son increíbles hasta que suceden.

Desde un principio French fué destinado a la Armada; pero su incapacidad física para soportar alturas era fatal para la carrera de un guardiamarina en una época en que los barcos de vela eran todavía corrientes. Fué pronto trasladado a un regimiento de húsares, y en el curso de los años, en vísperas de la guerra sudafricana, French era considerado como el mejor caudillo de caballería del Ejército. El envío de una fuerza expedicionaria al Cabo lo vió a la cabeza de aquella arma al comienzo de una guerra en que casi todo dependía de los jinetes.

Fué en este período cuando por primera vez me puse en contacto con él. Acaso la expresión de «ponerse en contacto» resulte exagerada, pues aún tardamos diez años en tratarnos personalmente. Como muchos otros generales de aquel tiempo, French me aborrecía. Yo encarnaba aquella híbrida combinación de oficial subalterno y corresponsal de guerra muy leído que no tenía nada de particular que fuese odiosa a la mentalidad militar. Un joven

teniente corriendo de una campaña a otra, discutiendo los grandes asuntos de política y de guerra con completa seguridad y considerable aceptación, distribuyendo alabanzas y censuras entre jefes veteranos, aparentemente inmune a reglamentos y prácticas, acumulando experiencia bélica y medallas en todo el tiempo... no era un tipo para ser estimulado o multiplicado.

Pero a estos generales prejuicios se asociaba una antipatía personal. Mi antiguo coronel, el general Brabazon, se consideró en un tiempo como el rival de French en el mundo de la caballería. Aunque ya en la reserva algunos años antes de que la guerra sudafricana empezase, había recibido el mando de una brigada y servido a las órdenes de French en las difíciles y críticas operaciones en torno a Colesberg, en el invierno de 1899. French era severo y exigente. Brabazon, de mucha más edad que él, más antiguo en el ejército, era persona de gran terquedad e indiscretamente habladora. Empezaron los rozamientos, las querellas; algunas de las expresiones mordaces de Brabazon terminaron por ser llevadas maliciosamente a oídos de French. Brabazon fué privado de su brigada y enviado a languidecer en el mando de las milicias provinciales. Se supo que yo simpatizaba con mi antiguo jefe y que era su amigo íntimo. Quedé, pues, inscrito en la zona de estas considerables hostilidades.

Aunque estuve agregado a la columna de French en muchas marchas y escaramuzas, y tenía intimidad con varios oficiales de su Estado Mayor, French ignoraba completamente mi existencia y no me mostraba la menor señal de cortesía o benevolencia. Lo sentía, pues mi admiración era grande por todo lo que había oído decir de su hábil defensa del frente de Colesberg y de su fogosa carga sobre las líneas bóers para auxiliar a Kimberley; y me sentía atraído por esta gallarda y marcial figura, sobre la cual caían entonces los resplandores de una creciente fama. Sin embargo, yo tuve mi propia tarea que realizar.

El entumecimiento resultante de este hielo sudafricano no desapareció hasta el otoño de 1908. Asistí entonces a unas importantes maniobras de caballería dirigidas por

French en Wiltshire. Era entonces reconocido como nuestro caudillo en caso de una guerra. Yo era ministro en un Gobierno de copiosa mayoría y asegurada duración. Envió un oficial para proponer una entrevista. Llegamos ambos casi al mismo tiempo. Empezó entonces, casi desde nuestra primera conversación, una amistad que continuó segura y viva a través de los violentos vaivenes que los últimos diez años iban a provocar.

La tensión creciente de la situación europea se ocultaba a la vista pública con suaves celajes de paz y vulgaridad. Pero el firme crecimiento de la Marina alemana empezó a producir profunda inquietud en zonas cada vez más extensas del imperio británico.

Desde la conferencia de Algeciras, en 1905, siempre habían existido entre los Estados Mayores generales franceses y británicos relaciones técnicas, declaradas ajenas a la política. Lo mismo sir John French que yo estábamos perfectamente enterados de estos asuntos secretos. Por tanto, y en términos de exclusiva confidencia, discutimos en libertad sobre el futuro y su potente amenaza. Después de la crisis de Agadir, de 1911, fuí designado para el Almirantazgo con el expreso propósito de elevar al máximo grado de prontitud nuestras precauciones navales y—aunque en menor importancia—para establecer una cooperación eficaz entre el Almirantazgo y el Ministerio de la Guerra que permitiese el transporte a Francia, en determinadas contingencias, de todo el ejército inglés. Cuando, cerca de un año más tarde, French llegó a ser jefe del Estado Mayor general del imperio, nuestra colaboración en graves materias se convirtió en el núcleo de una cordial y activa amistad personal. Cambiábamos mutuamente todas las informaciones que nuestros respectivos departamentos nos proporcionaban. French fué repetidamente mi invitado a bordo del yate del Almirantazgo *Enchantress* en las maniobras, ejercicios e importantes prácticas de artillería de la flota. Discutíamos todos los aspectos que era posible concebir entonces de una eventual guerra entre Francia y Alemania, así como la intervención inglesa por mar o por tierra.

Recuerdo la anécdota que refería acerca del trato por él recibido en las maniobras de caballería alemana en 1913. Una vez terminado el marcial despliegue de veintenas de escuadrones galopando y girando en torbellino, el kaiser lo invitó a almorzar. Y entonces, aprovechándose de su posición de soberano, mariscal y anfitrión, Guillermo II creyó oportuno decirle: «¡Habéis visto cuán larga es mi espada; podéis encontrar que es lo mismo de cortante!» French, servidor de un Gobierno parlamentario, no pudo hacer otra cosa que recibir este exabrupto en silencio. Era un hombre colérico y le costó gran trabajo dominarse.

* * *

La cuestión irlandesa hacía entonces mella en la escena política. El Gobierno liberal proseguía, entre violentas luchas de partido, su política de autonomía irlandesa. Y el Ulster protestante se preparaba a oponerse por la fuerza armada a su exclusión del Reino Unido. En cierto momento llegó a creerse que varios puestos y polvorines militares estaban en peligro de caer en manos de los insurgentes. Se propuso reforzar la guarnición de Ulster con importantes fuerzas imperiales llevadas del sur de Irlanda. De ello resultó lo que ha sido llamado el motín de Curragh. Los oficiales, creyendo erróneamente que se les ordenaba dirigir sus tropas contra los ulsterianos, con quienes estaban todas sus simpatías personales y políticas, solicitaron en gran número su separación del servicio. Los soldados, desde luego, se pusieron al lado de sus oficiales. Una violenta brecha se abrió entre el Gobierno y el Ejército. French, dominado por sus preocupaciones europeas, se había mantenido inquebrantablemente al lado del Gobierno y de su secretario de Estado, el coronel Seely. Remitió la crisis tan pronto como ambas partes se dieron cuenta de su horrible carácter. Pero el secretario de Estado, envuelto en las mallas de la disputa, dimitió, y el jefe del Estado Mayor imperial, gravemente afectado en opinión de sus colegas militares, se sintió obligado a seguirle. Esto sucedía a fines de mayo de 1914.

El porvenir se presentaba ahora para French completamente cerrado. No es frecuente que un soldado recobre su más alta posición en tiempo de paz. La vacante es ocupada; los menores boquetes se tapan rápidamente; un nuevo hombre gobierna; nuevas lealtades se crean. Y existía, además, una enconada corriente de prejuicio militar entre los oficiales superiores contra un general que se había identificado tan completamente con la administración liberal. Hallábase extendida en todos los círculos influyentes la creencia de que no deseaba ulteriores mandos; que estaba cansado y que no estaba en armonía con los sentimientos del Ejército. Tenía entonces cerca de sesenta años. Aquello fué su nadir.

Por este tiempo, y entre estas erupciones políticas, preparaba yo el ensayo de movilización de la flota, que había sido fijado para mediados de julio de 1914. Jamás hasta entonces había sido totalmente movilizada la escuadra, y yo convencí a mis asesores del Almirantazgo de que una revista práctica de maquinaria y procedimiento sería de más valor para la Armada que las ordinarias y extensas maniobras en el mar. Había estado inspeccionando las grandes obras de los astilleros del Tyne, y le rogué a French que me acompañase. Al principio de julio cruzábamos la costa oriental, visitando varios establecimientos navales en nuestro camino a Portsmouth, donde los ocho escuadrones de la flota de batalla, sesenta y cuatro buques de guerra con sus cruceros y flotillas, se estaban ya concentrando. Durante una semana estuvimos solos, fuera de algunos pocos oficiales jóvenes. El general estaba desolado. Mostrábase seguro de que su carrera militar tocaba a su fin. Lleno de fuego y vigor, veíase constreñido a contemplar ante sí largos, vacíos años de ociosidad y retiro. ¡Si al fin llegara la gran guerra, lo encontraría encallado en los bajíos! Pero todo ello lo sobrellevaba con gran dignidad, y su excelente carácter y su gran sencillez se destacaban serenamente. Recuerdo que saltamos a tierra de una canoa una mañana antes de romper el día para observar los primeros ensayos de un aeroplano circular en cuya construcción un joven amigo

mío, sir Archibald Sinclair, había gastado mucho dinero. Recuerdo también los largos paseos con el general arriba y abajo por la explanada de Deal. Mi impresión de French, a pesar de toda su compostura, era la de que se trataba de un hombre abrumado.

¡Observad ahora cuán rápidamente puede la fortuna cambiar la escena y dar luz a la batería! Quince días después de este melancólico viaje, sir John French realizaba su sueño favorito. Era generalísimo del mejor y más grande ejército que jamás había enviado Gran Bretaña al extranjero, y ello al empezar la mayor guerra que jamás habían reñido los hombres. Cuando le volví a ver fué en el crítico y trascendental consejo del 15 de agosto de 1914, en el que, habiendo sido declarada la guerra a Alemania, se decidió enviar a Francia las fuerzas expedicionarias, íntegras, bajo su mando. Y diez días más tarde, una vez realizada segura y puntualmente por el Almirantazgo esta gran operación, vino solemne, radiante y con brillantes ojos a despedirse de mí antes de embarcar en el rápido buque que lo esperaba en Dover. ¡Pero el fin de la guerra es triste!

* * *

French era soldado por naturaleza. Aunque careciese de la capacidad natural de Haig y hasta quizá de su inagotable resistencia, tenía una visión militar más profunda. No era igual a Haig en precisión o en detalle; pero tenía más imaginación, y jamás habría expuesto al ejército inglés a una tan larga y continuada serie de matanzas.

El primer choque de la guerra fué dramático hasta el más alto grado de intensidad. Sir John French riñó muy pronto con el general Lanrezac, que mandaba el quinto ejército francés, el más avanzado hacia la izquierda. Lanrezac era un oficial de mérito, un maestro de la ciencia militar en la más alta escala. Durante años había sido profesor en la escuela de Estado Mayor de Francia. Era uno de esos franceses que sienten una aversión casi física, nacida de siglos de tradición, por los ingleses. Experimentaba desdén por el cuartel general británico y con-

sideraba como un favor que se permitiese a su débil ejército venir a ayudar a Francia. Sus maneras no sólo para con sus aliados, sino para con su propio Estado Mayor, eran odiosas y lo condujeron rápidamente a la ruina. Sin embargo, Lanrezac, desde el principio mismo, se percató de la locura del «plan XVII» de Joffre. Vió el enorme movimiento hacia la derecha que realizaban los alemanes a través de Bélgica y lo juzgó avasallador. Sus mapas reservados acusaban día tras día el desarrollo de esta prodigiosa operación envolvente. Clamó a voces e incesantemente ante el gran cuartel general desde la primera semana de agosto que su ejército debería moverse hacia el Sambre y el Mosa y ser reforzado hasta el extremo posible. Al fin se le permitió dirigirse hacia el Norte y emprendió la marcha con sus tropas durante una semana. Llegó a las proximidades de Charleroi. Aquí puso su ala izquierda en contacto con los ingleses y se mantuvo con ellos en el camino de la invasión de Bélgica contra una superioridad numérica de dos a uno.

Sir John French, que también alcanzaba aquella zona a marchas forzadas, no tenía otro pensamiento que cooperar con él. El general Spears, entonces teniente, nos ha ilustrado sobre este escenario en su brillante obra *Liaison 1914*. El generalísimo inglés fué a ofrecer sus respetos al alto mando del quinto ejército. El francés que hablaba French representaba el límite del esfuerzo británico en esa lengua. En armonía con la moda inglesa del siglo XVIII, pronunciaba las palabras francesas del más brutal modo inglés. Solía llamar *compiayny* a la confluencia del Yny y del Weeze. En este momento era punto de importancia estratégica el paso del Mosa en Huy. Sir John inició la conversación de cumplido preguntando si Lanrezac creía que los alemanes tratarían de forzar el Mosa en Huy. Huy era uno de los peores nombres que pudo haber intentado pronunciar. ¡Indica Spears que «Huy» puede lograrse imitando simplemente un silbido! Sir John lanzó un «Hoy». Lanrezac, agobiado por su profundo conocimiento de la situación general, no pudo evitar su desprecio ante tan grosera ignorancia. Cuando la

pregunta de sir John le fué al cabo traducida en términos inteligibles, replicó de manera insultante: «Oh, no; los alemanes vienen al Mosa sólo a coger peces.» Sir John, que tenía muchos años de servicio activo y mandaba cinco divisiones de infantería y una de caballería, todas ellas de soldados profesionales, comprendió en seguida que estaba siendo tratado con rudeza. En estas condiciones, y uno al lado del otro, fueron reñidas por los dos generales las extensas e importantes batallas de Charleroi.

El peso de las masas alemanas en una región tan quebrada y fragosa, donde la artillería francesa sólo podía desempeñar un pequeño papel, hundió el frente del quinto ejército. Lanrezac, con clarividente comprensión, ordenó una inmediata y continua retirada. Que salvó la situación por esta retirada, es incuestionable; pero también lo es que el ejército expedicionario británico pudo muy bien haber sido copado o destruído. Los ingleses, que se habían mantenido con tesón en la batalla de Mons, se encontraron en peligro de ser desbordados por ambos flancos.

Sir John French nos ha dicho ingenuamente en sus memorias que sintió por un momento la tentación de lanzarse contra Maubeuge con la esperanza de poder restaurar el frente. A lo lejos se erguía la fortaleza con sus circulares aproches de alambradas y trincheras. Sir John nos refiere que le disuadió de su propósito el recuerdo de una frase de Hamlet: «El jefe de un ejército en retirada que se encierra en una fortaleza, procede como aquel que cuando el navío zozobra se agarra al ancla». En realidad, nunca consideró en serio el dar tan absurdo paso. Al contrario, tan pronto le fué posible se dirigió hacia París. Las órdenes que tenía de su país lo hacían independiente y le animaban, en caso de duda, a buscar la costa. Se daba cuenta de que mandaba el único cuerpo de tropas entrenadas que poseía el Imperio, y de que si se perdían, desaparecería el núcleo para la formación de nuevos ejércitos. Sin embargo, se adaptó lo mejor que pudo a la retirada francesa y avanzó entre la confusión de las tropas en un movimiento de giro a la derecha para librar la ba-

talla que salvase a París. Quería conservar el ejército inglés en disposición de realizar este último esfuerzo.

Llegado a las cercanías de París, impresionado por la suerte inminente de la capital, instó a Joffre a la resistencia y a la lucha y prometió hacer lo mismo. Esta era también la intención de Joffre, pero el día y el sitio no estaban aún decididos. Sir John recibió una negativa rotunda, y varias lejanas localidades al sur del Sena se le señalaron por el C. G. F. como sitios a los cuales debía retirarse el ejército británico. Ni siquiera se le dijo: «Estamos buscando la ocasión». Luego, cuando llegó el momento escogido por Joffre o impuesto a éste por Gallieni, gobernador de París, el ejército inglés fué súbitamente instado a regresar. Sir John French no desechó inmediatamente la convicción de que los ejércitos franceses se estaban retirando detrás de París habiendo decidido no mantener su defensa. Todo lo que podemos decir es «¡No importa!» Por este tiempo, Lanrezac, que había reñido una dura batalla en Guisa y conducido su propia retirada con celeridad y acierto, fué removido del mando con general consenso, podría decirse. Se fué a su casa con su alta concepción estratégica, sus malas maneras y sus agravios.

Entonces vino algo desordenado, pero no menos magnífico: el segundo gran esfuerzo de Francia. Esta fué la decisiva batalla del Marne, así llamada aunque se extendía desde París a Verdun y llegaba al recodo de Nancy, en un frente de más de 250 millas. Una vez convencido de la resolución de Joffre, sir John, que había recibido refuerzos de Inglaterra, se lanzó hacia adelante en rápido giro. Así sucedió que el ejército inglés pudo precipitarse en el boquete que se había abierto entre los dos ejércitos de la enorme ala derecha alemana. El avance del ejército inglés a través del Marne y dentro de esta brecha, decidió la inmensa batalla que salvó a París. Con una lucha relativamente pequeña, el ala derecha alemana fué penetrada y toda la línea de ejércitos invasores retrocedió treinta millas hacia posiciones defensivas. Fué éste uno de los

principales acontecimientos de toda la historia, y sir John tiene títulos para participar de su gloria.

Siguió después la «carrera al mar». Habíamos conseguido del Gobierno francés el traslado de nuestro ejército, que continuamente incrementado, contaba ahora siete u ocho divisiones y numerosa caballería, al flanco del mar. Hemos oído decir a algunos de los mejores generales franceses (especialmente al general Buat, después jefe del Estado Mayor general francés) que con un poco más de audacia para lanzar hacia adelante el ala izquierda francesa, se habría arrojado a los alemanes de gran parte de sus conquistas. En este sentido resultaba de gran importancia la retención de Amberes, pues entonces la línea podría asentarse sobre los puntos Amberes-Gante-Lila. Sir John French tuvo empeño en que así se hiciese y se esforzó en conseguirlo. Partiendo de las cercanías de Saint-Omer, avanzó hacia Armentières e Ypres. Pero los alemanes tenían preparado su contragolpe. Cuatro cuerpos de ejército de reserva, compuestos de jóvenes, pero no inexpertos voluntarios, fuertemente encuadrados, fueron arrojados frente al avance inglés. Sir John, dentro de la más exacta concepción de la guerra, corría ahora tremendo riesgo. Distendió su frente hasta un desesperado límite. Con su ala derecha luchaba en Armentières, con la izquierda trataba de abrirse paso hacia Menin. Una serie de tremendos, penosos combates, fueron su consecuencia. Hubo momentos en que nos vimos reducidos tan sólo a una línea de bocas de fusil mantenida por hombres aguerridos y de baterías exhaustas de municiones. Pero la línea demostró ser impenetrable y los cuatro bisoños cuerpos de ejército alemanes mordieron el polvo. Esta horrible lucha debe figurar en los anales del ejército inglés. Y nadie, si los generales pueden poner algo en las batallas modernas, puso más que el generalísimo británico.

Un invierno benigno descendió sobre el torturado frente y el agotamiento paralizó a ambos ejércitos en sus bélicas trincheras. El supremo episodio de la vida de French había concluído. El resto de su mando fué consumido en

vanos intentos para romper la acerada barrera de alambre, ametralladoras y artillería, sin el número ni los aparatos necesarios para una ofensiva. En marzo (1915) Foch perdió cien mil franceses en el Artois. Sir John, en abril y mayo, perdió veinte mil ingleses en Neuve-Chapelle y Festubert. Pero su desastre fulminante fué la batalla de Loos. A ella fué sir John French forzado por Joffre. Iba a hacer pareja en el Norte con el ataque de cincuenta divisiones francesas en Champaña.

Yo había intimado con French en el curso del año y siempre trabajé para que las cosas fueran lo mejor posible entre él y Kitchener. Le rogué que no accediese a la ofensiva de otoño de 1915. Su opinión seguía siendo la misma. Me opuse a la batalla en el seno del Gabinete, hasta que fuí excluído de él. No había medio de romper el frente fortificado alemán hasta que tuviésemos abrumadora cantidad de cañones pesados, masas de obuses, una gran superioridad de infantería y, desde luego, la máquina imprescindible para aquel empeño: el tanque. Pero nada prevaleció contra la tenacidad de Joffre y la apreciación del Estado Mayor francés. Pérdidas brutales, que se elevaron quizá a un cuarto de millón de bajas, fueron sufridas en la última quincena de septiembre por los franceses, y, en su proporción correspondiente, por los ingleses. Dentro de mis escasos medios, traté de evitarlo. Le advertí a sir John French que la nueva batalla podía serle fatal. Era imposible que tuviese éxito y él resultaría la cabeza de turco de las insanas esperanzas frustradas. Y así sucedió.

* * *

Después de estos desastres de 1915, estábamos metidos de lleno en la guerra. El Gobierno británico tomó la decisión de abandonar los Dardanelos. Yo había dimitido mi puesto en el Consejo de Guerra y partí a reunirme en Francia con mi regimiento de caballería de la milicia voluntaria. Los ministros que resignan su cargo son siempre censurados; los que no pueden explicar las razones que les asisten para ello son invariablemente condenados.

Para mí, era realmente imposible intentar una explicación en aquella coyuntura. Crucé el Canal en el barco de los militares con permiso, estudiando la abigarrada muchedumbre compuesta de hombres de todos los regimientos del ejército, de regreso a las trincheras. Hacía tiempo que no sabía de French. Yo había sido, como lo tengo dicho, un severo crítico de la batalla de Loos. Sabía que se hallaba dolido por mi resuelta desaprobación en Consejo de este plan, al cual había sido instigado por el alto mando francés. No lo lamentaba. Cuando habéis alcanzado el límite de la suerte, no es un sentimiento desagradable veros llegar al fondo. Sin embargo, cuando el barco atracó al muelle de Boulogne y franqueada la pasarela pusimos pie en el atormentado suelo de Francia, el oficial al servicio del desembarco me dijo: «Tenemos órdenes para que usted vaya a ver al generalísimo, y aquí hay un auto del gran cuartel general.»

Pocas horas más tarde comía con sir John French en el castillo de Blondecp, donde, a la sazón, residía. Todos los que no hayan servido en la gran guerra, o por lo menos en el ejército, comprenderán apenas los enormes abismos que escalonadamente y de arriba a abajo se abren entre un oficial de complemento y el general en jefe de muchos cuerpos de ejército. French los hizo desaparecer todos. Me trató como si yo continuara siendo primer lord del Almirantazgo y hubiese venido de nuevo a conferenciar con él acerca del porvenir de la guerra.

Después de esto, me habló de su propia situación: «Estoy fondeado con una ancla sola», me dijo. Me describió las varias presiones que se estaban ejerciendo sobre él para que resignase el mando sin la menor protesta. (En Inglaterra se hacen usualmente considerables esfuerzos para conseguir que aparezcan como espontáneas cosas sobre las cuales ya se ha decidido.) Mientras permanecí en el Gobinete no llegué a conocer que el proceso estuviera tan avanzado; pero al oír al general me di cuenta exacta de la situación.

Cierro este capítulo con la descripción de su último día de generalísimo. Me trajo del frente y juntos fuimos en

automóvil durante las horas del día de ejército a ejército, de cuerpo a cuerpo. Entró en todos los cuarteles y se despidió de todos los generales. Yo le esperaba en el coche, como personaje desprovisto de toda representación oficial. Almorzamos en una choza arruinada las vituallas que, excelentemente combinadas, contenía una cestilla. Era agudo su pesar, por tener que ceder su alto mando. Hubiera preferido entregar antes su vida. Tenía, no obstante, una creencia firme en la inmortalidad del alma: «Si estuvieseis mirando sobre el parapeto, pensaba, y una bala os atravesase el cráneo, todo lo más que podría sucederos es que ya no pudieseis comunicar con vuestros semejantes y camaradas, pero estaríais allí; sabiendo (o quizá sólo *viendo*) todo lo que pasaba; formando vuestras ideas y vuestros deseos, aunque totalmente incapaces de comunicarlas. Lo lamentaríais en tanto estuvieseis interesados en los asuntos terrenales. Después de cierto tiempo vuestro centro de interés cambiaría.»

Estaba seguro de que habían de lucir para todos nuevas auroras; mejores, más brillantes, más lejanas.

Sin embargo, si al mirar sobre el parapeto lo hacíais de propósito muy mal, os habríais de ver en el nuevo mundo.

Llovió incesantemente todo el día, y esta conversación quedó impresa en mi memoria.

JOHN MORLEY

JOHN Morley fué un victoriano. Creció y floreció en la dilatada era de paz, prosperidad y progreso que llenó el famoso reinado de la reina Victoria. Fué esa época la Edad Antonina de Inglaterra. Los que fueron hijos suyos no pudieron entender por qué no había empezado antes o por qué habría de tener que acabar. La revolución francesa terminó sumiéndose en la tranquilidad; las guerras napoleónicas acabaron en Waterloo; la Marina británica se calentó al duradero sol de Trafalgar, y todos los navíos del mundo juntos no podrían competir con su serena fuerza.

La ciudad de Londres y su Patrón Oro dominaban las finanzas del mundo. El vapor multiplicó la energía humana; Algodonópolis se estableció en Lancashire; ferrocarriles, inventos, provisiones inigualadas de carbón superior abundaban en la isla; la población crecía; aumentaba la riqueza; disminuía el coste de la vida; las condiciones de las clases trabajadoras mejoraban al ritmo de su creciente número.

Los ingleses se sentían seguros de haber alcanzado soluciones satisfactorias para la resolución de los problemas materiales de la existencia. Sus principios políticos habían resistido a todas las pruebas. Todo lo que se requería era aplicarlos más completamente. Libertad personal y de Prensa, libertad de tráfico, extensión de la tolerancia, perfeccionamiento del Gobierno representativo y del sistema parlamentario, supresión de privilegios y abusos—todo ello pacífica y constitucionalmente realizado—eran las tareas que tenían ante ellos. Estadistas, escritores, filósofos, sabios, poetas, todos avanzaban esperanzados y optimistas, plenos de confianza en que muchas cosas iban bien y en que todo iría mejor.

La labor era atractiva, escaso el riesgo. En un país

> donde la Libertad se expande lentamente
> de precedente en precedente,

había lugar apropiado para un activo reformador radical. No tenía que temer ni el autocrático poder represivo ni la violencia del evento revolucionario. Parecía que el mundo se había redimido de la barbarie, de la superstición, de las tiranías aristocráticas y de las guerras dinásticas. Grande era el número de tópicos sobre los que se podía debatir, pero ninguno que tratase de la necesidad de conmover la vida del Estado o sus fundamentos. Una sociedad variada, pero selecta, guardando exteriormente formas de estricta, convencional moralidad,. ensanchaba su propia cultura y se afanaba por extender sus goces, aún más ampliamente, por toda la nación. Un sentimiento de seguridad, un orgullo por la rápida apertura de las vías del progreso, una confianza de que bendiciones sin cuento recompensarían la juiciosa política y la cívica virtud eran las bases aceptadas sobre las cuales los eminentes victorianos vivían y se movían. ¿Podemos admirarnos? Cada paso hacia adelante era seguido de ventajas rápidamente logradas; cuanto mayor era la tolerancia, más sólido el Estado; cuanto menores los impuestos, más cuantiosa la renta; la mayor libertad de entrada de mercancías en la isla se correspondía con el aumento y la riqueza de los mercados que se iban ganando en el exterior. Vivir sobriamente, entonces, caminar cautelosamente a la luz solar de la fortuna, abstenerse de aventuras exteriores, rehuir embrollados compromisos, recomendar economía a los gobiernos, estimular el genio innato del país, dejar fructificar la riqueza en los bolsillos de las gentes, abrir amplio y libre curso a los talentos de toda clase: tales eran los caminos, mullidos y de fácil acceso, cuyo recorrido era prudente y placentero realizar.

Morley era hijo intelectual de John Stuart Mill. Se sentó a sus pies y se nutrió de su sabiduría. «En ideas como las que yo profeso acerca de los principios políticos—dijo en su discurso sobre el presupuesto de la India de 1907—

el guía de mi federación fué Stuart Mill. Era una lámpara grande y benigna, de humanidad y prudencia, y yo, con otros, encendimos nuestros modestos farolitos en aquella luz.» Para mí, cuando lo vi por primera vez, el «farolito» de John Morley se había convertido en muy luminoso rayo. Lo admiraba sin tratar de pedirle prestada su llama. Me acerqué lo bastante para leer a su fulgor y para sentir su agradable, propicia, acogedora tibieza. A partir de 1896 empecé a frecuentar su trato y a deleitarme con su compañía. Rosebery, en su conversación, era generalmente más solemne; Arthur Balfour, siempre más fácil y optimista; Chamberlain, más imperioso y enérgico; pero había de la parte de Morley una cualidad tan rica y positiva, un chispear de frases, una emoción tal que no podía colocársele detrás de ninguno de los cuatro hombres más brillantes y agradables que jamás he escuchado. Sus maneras y su aspecto eran cautivadores. Su arte en privado consistía en oír la opinión contraria y tratarla con tanta benevolencia y simpatía, sin abandonar la suya propia, que los oyentes eran con frecuencia llevados a creer que estaban de acuerdo con él o al menos que las discrepancias eran pequeñas y no decisivas. Ello condujo, a veces, a algún disgusto, pues Morley, aunque en la conversación garbeaba y maniobraba ágil y elegantemente en torno a sus propias convicciones, ofreciendo a la otra parte los saludos y ceremoniosos cumplidos de la guerra de los viejos tiempos, siempre regresaba a dormir a su campo fortificado.

* * *

Como orador, lo mismo en la tribuna parlamentaria que en la pública, Morley figuró en la primera línea de su tiempo. Había una cualidad en su retórica que llamaba la atención: amaba la pompa tanto como la precisión de palabras. Yo conservo en la memoria muchos pasajes de sus discursos. Como puede suponerse, lucía más en una ocasión preparada que entre el movimiento del debate. Defendía causas impopulares con tal valentía y sinceridad que imponía respeto a la Cámara. Sus dotes e inte-

ligencia y carácter eran admirados en todas partes. A veces en mis tiempos, cuando ya envejecía, su vigor flaqueaba en el curso de un largo discurso y se exponía entonces al peligro de perder la atención de la Cámara. Pero recuerdo bien las enérgicas, vibrantes frases de su acusación contra la guerra de los bóers en 1901: «La sangre ha sido derramada. Millares de nuestras mujeres han quedado viudas; miles de nuestros hijos están huérfanos. Millones de riquezas acumuladas por el trabajo y la inteligencia de los hombres han sido hundidos en el abismo... El gasto de ciento cincuenta millones de libras ha producido catástrofe material y ruina indecibles; inextinguida y por mucho tiempo inextinguible animosidad racial; una tarea de reconstrucción política de dificultad incomparable, y todas las demás consecuencias—sobre las que no necesito insistir—de esta guerra, que yo considero odiosa; de esta guerra infatuada e insensata, guerra de pesadumbre sin compensación y de irreparable injusticia.»

Sin embargo, estábamos destinados a encontrarle mejor salida de la que él preveía, y a trabajar juntos por ella.

Cuando en diciembre de 1905 se formó el Gobierno de sir Henry Campbell-Bannerman, Morley habría querido ser—me atrevo a decirlo—secretario del Exterior. Antes de las elecciones, que no se celebraron hasta el Año Nuevo, fuí a verle en el pequeño pero superiormente decorado despacho de las Oficinas de la India. Lo hallé desanimado. «Aquí estoy—dijo—en una pagoda dorada.» Era pesimista con respecto a las próximas elecciones. Tenía demasiada experiencia del a derrota para abrigar una confiada esperanza. Habló de la fuerza innata del ascendiente conservador sobre Inglaterra. Yo le hablé animándole. «Habrá una gran mayoría, una de las más grandes que se han conocido.» Y, en efecto, la hubo.

En la Oficina de la India era un autócrata y casi un martinete (1). Después de varios años, elaboró los primeros y modestos proyectos para el gobierno representativo

(1) De Martinet, oficial exageradamente ordenancista del ejército de Luis XIV. (*N. del T.*)

de la India, conocidos como «las reformas Morley-Minton». Él, ardiente apóstol del gobierno autonómico irlandés, no advertía el sentido de contradicción que representaba su hostilidad en cuanto se pareciese a la «autonomía India». Se apartó de su camino para desafiar a la opinión radical sobre esa solución, y en sensacional discurso advirtió a sus propios partidarios de los peligros de aplicar al vasto escenario indio los principios que aplaudía en Irlanda y en África del Sur. «Sé que hay un sector de opinión que dice que nosotros, obrando cuerdamente, podríamos ir abandonando la India, y que los indios pueden manejar mejor sus asuntos que lo hacemos nosotros. Cualquiera que se dé cuenta de la anarquía, del caos sangriento que de ello se seguiría, bien podría estremecerse ante tan siniestra decisión.» Y otra vez: «Cuando a través de tenebrosas lejanías oigáis el áspero fragor y los gritos de la matanza, vuestros corazones os reprocharán lo que habéis hecho.» Esta perspectiva y estos juicios me causaron fuerte impresión. Pero los tiempos han cambiado y he vivido para ver a los jefes del partido conservador lanzarse hacia aquellas sendas que el radical Morley tenía miedo de pisar. Sólo el tiempo puede decir si sus temores eran infundados.

Su producción literaria fué muy vasta. Ganó su vida con la pluma. Su celebrado ensayo titulado *Compromiso* fué durante muchos años una guía de la juventud liberal, y su insistencia sobre el deber de mantener un juicio individual independiente en todas las esferas de la vida, y con respeto a todos los credos e instituciones, es un saludable tónico en estos días de herejía totalitaria. Fué un formidable crítico y publicista. Editó la serie de *Doce estadistas ingleses*, de la que formó parte el *Pitt* de Rosebery. Entre el coro general de alabanzas con que fué aclamado este libro, el comentario de Morley da la nota discordante: «Nada se puede leer con más agrado, ni estar más brillantemente escrito, a despecho de cierta pesadez debida, de una parte, a exceso de sustantivos, y de otra, al excesivo deseo de realzar no sólo la opinión del autor, sino su significación.» ¡Mordaz!

Otra serie mayor fué *Literatos ingleses*, a la cual contribuyó él mismo con *Burke*. Su amistad con mi padre, con cuya compañía se había deleitado, le indujo a echar una ojeada al borrador de mi *Vida de lord Randolph Churchill*. Como lord Rosebery, tomó gran interés por esta obra, y poseo un montón de largas e instructivas cartas de comentarios y sugerencias sobre ella, todas escritas con su magnífica caligrafía. Sus propios libros llenan un buen estante en cualquier biblioteca moderna. Su *Vida de W. E. Gladstone* no sólo es una espléndida biografía, sino también el más autorizado informe contemporáneo acerca de la autonomía de Irlanda. Como tal ocupará lugar permanente en nuestros anales, lo mismo que en nuestra literatura. Sus *Cromwell, Cobden* y *Walpole* son contribuciones de la más alta calidad. Buceó profundamente en la historia moderna de Francia, desde los días de los enciclopedistas y de la Revolución, de la que fueron heraldos *Diderot, Voltaire* y *Rousseau*. «Son, y probablemente serán—dice el general Morgan en su grato homenaje (1)—, los más agudos, los más simpáticos y los mejor informados estudios en lengua inglesa.» «Su estilo —dice el mismo autor—es austero. Tiene más gracia que encanto; difunde luz, pero nunca genera calor... Es el más impersonal de todos nuestros grandes prosistas.» Es realmente cierto que el calor que prodigaba a su oratoria lo regateaba en sus escritos.

Compartía con mi padre un sentimiento de confianza en el pueblo inglés. Cuando le recordé un día las palabras de lord Randolph: «Nunca he temido a la democracia inglesa» y «Confiad en el pueblo» y le manifesté que yo había sido educado en ello, me dijo: «Está muy bien. El obrero inglés no es dialéctico como el «rojo» francés, al que también conozco. No piensa en nuevos sistemas, sino en conseguir mejoras dentro del que tiene.» He comprobado que esto es cierto.

Desde 1908 en adelante, mi asiento en el Gabinete estuvo al lado del suyo. ¡Seis años de constante, cordial y

(1) *John Viscount Morley*, por J. H. Morgan. Murray.

para mí estimulante proximidad! Semana tras semana, a menudo varias veces por semana, considerábamos, uno al lado del otro, los negocios e incidentes nacionales, de partido o personales, durante un período de dura lucha política. Los vecinos de Gabinete, si además son amigos, experimentan la natural tendencia a comunicarse sus confidencias, especialmente acerca de sus colegas y de su actuación. Comentarios en voz baja, o rápidamente escritos, pasan de uno a otro. Físicamente, contemplan desde el mismo punto de vista el escenario del Consejo. Personalmente, llegan a estar mucho más ligados entre sí. Y John Morley fué siempre para mí un compañero encantador, un hombre unido al pasado, el amigo y contemporáneo de mi padre, el representante de grandes doctrinas, un protagonista en históricas controversias, un maestro de la prosa inglesa, un erudito útil, un estadista-autor, un archivo de vastos conocimientos sobre la casi totalidad de las materias de práctico interés. Fué para mí un honor y un privilegio el poder consultar y tratar con él en pie de igualdad, a través del abismo de treinta y cinco años en que su edad excedía de la mía, en aquella época de rápida sucesión de formidables y confusos acontecimientos.

Semejantes hombres no se encuentran hoy. Desde luego, no existen en la política inglesa. La caudalosa corriente de la democracia los ha barrido de la orilla. Yo no veo ninguna figura que se parezca o recuerde a los estadistas liberales de la época victoriana. Para hacer frente al predominio aristocrático de aquellos tiempos, un muchacho del Lancashire, hijo de un médico de Blackburn, sin favor ni fortuna, tenía necesidad de toda clase de armas intelectuales, de las mayores aptitudes, de todo, en fin, lo que la ilustración y la cortesía, la dignidad y la constancia pueden otorgar. Hoy en día, cuando «todo hombre es tan bueno como otro... o mejor», como irónicamente observaba Morley en cierta ocasión, algo hará. El predominio de los privilegios ha pasado; pero no ha sido sustituído por el de los eminentes. Hemos entrado en la región de los efectos de la masa. Los pedestales que du-

rante varios años permanecieron vacantes han sido ahora demolidos. Pero de todos modos, el mundo sigue su marcha, y la sigue tan de prisa que son pocos los que tienen tiempo para preguntar adónde va. A esos pocos, sólo una Babel responde.

Pero en la juventud de John Morley la corriente era clara y consciente y su flujo no tan grande que pudiese exceder del humano dominio.

* * *

En 1910, mi amigo empezó a sentir el peso de los años. Tenía entonces más de setenta, y el Departamento de la India llegó a constituir para él tan pesada carga, que ya no podía soportarla fácilmente. Se lo confió a míster Asquith. Sin duda, éste sabía las divergencias sobre política exterior existentes entre Morley y Grey. Lo cierto es que asintió. Cuando me enteré, sentí gran pesadumbre. Bajo tal impresión escribí al primer ministro lo siguiente:

«DEPARTAMENTO DEL INTERIOR

22 de octubre de 1910.

»No sin cierto recelo le escribo sobre un asunto que puede usted considerar como ajeno a mi incumbencia. Ayer hablé con Morley y me pareció descubrir claramente en su estado de espíritu algo así como el sentimiento íntimo de haberse dejado ir demasiado lejos. Le enojará mucho, sin duda alguna, saber que yo he llegado a tal conclusión, y aún mucho más el saber que se la comunico a usted. Pero lo hago porque creo firmemente que la separación absoluta de Morley del Gobierno, en esta ocasión, podría resultarnos desventajosa, y en segundo lugar, porque le profeso profundo afecto personal y me siento orgulloso de sentarme a su lado en el Consejo.

»Por lo que oí ayer, estoy convencido de que usted podría seguir utilizando sus servicios en algún centro importante exento de deberes administrativos. Tal departamento hállase vacante en la actualidad, pues Grewe no es solamente secretario de Colonias, sino también secretario del

Sello Privado. Me aventuraría, por tanto, respetuosa y encarecidamente, a sugerirle a usted la idea de invitar a Morley a permanecer con nosotros en un puesto que le relevase de la carga administrativa, que encuentra tan pesada, y le asociase al mismo tiempo a su Gobierno de una manera efectiva y relevante. Al Gabinete se le ahorrará una gran pérdida de consejo y distinción si usted considera posible hacerle este ofrecimiento.

»Puede añadir que el canciller de Tesorería, a quien vi esta mañana, me autorizó a decirle en su nombre «que veía gran perjuicio en que Morley se apartase de nosotros en este momento».

»Le ruego no tome a mal el que me dirija a usted en tal asunto. No otra cosa me ha impulsado a ello que su importancia y mi deseo constante del éxito de su administración. En ningún caso debe saber Morley que yo le he escrito.»

Mucho me complació saber, pocas semanas más tarde, que el traslado se había conseguido, aunque por un procedimiento distinto, y que mi venerado compañero continuaba a mi lado en su acostumbrado asiento como lord presidente del Consejo.

* * *

La guerra extinguió la vida política de Morley. El memorándum de dimisión, que sus albaceas literarios dieron al público cinco años después de su muerte, y quince a partir de la declaración de guerra, es un documento de siempre actual y absorbente interés histórico. Obsérvanse en él muchas vaguedades en cuanto a fechas y correlaciones de acontecimientos. Trátase, desde luego, de una impresión personal y parcial. Y, sin embargo, es nada menos que el más verdadero y vigoroso presentimiento que se ha hecho y que quizá se haga jamás sobre la crisis de la guerra en el Gobierno británico. Todo está allí, y esos fragmentos tan sagazmente escogidos, tan graciosamente ordenados, son una guía mejor para la verdad de los hechos que los meticulosamente exactos, voluminosos y com-

pletos informes que han aparecido desde numerosos sectores. En un estilo que atrae la vista fatigada por el lugar común, Morley ha revelado, en parte consciente, pero en la mayor parte inconscientemente, a la vez el divorcio del pasado que significó Armageddon y su propia inhabilidad para comprender la nueva escala y violencia del mundo moderno.

Mi frecuente e íntima amistad con él me permitió comprobar el horrible impacto que la gran guerra causó sobre el estadista que mejor representaba entre todos los supervivientes la edad victoriana y la tradición gladstoniana. Descubrí que mi vecino habitaba en un mundo muy alejado de la pavorosa realidad. En tal coyuntura, su sentido histórico no le servía de guía: era más bien un estorbo. Era vano ponerse a contemplar en la lejanía la guerra de Crimea o las de 1866 y 1870, y suponer que alguna de las reacciones políticas que habían acompañado su declaración o su curso se iban a repetir ahora. Nos encontrábamos en presencia de acontecimientos que carecían de precursor o de par en la total experiencia del género humano.

Esta cosa horripilante, monstruosa, de la que tanto se había hablado en susurro, se hallaba ahora entre nosotros. Todos los más grandes ejércitos se movilizaban. Doce o catorce millones de hombres se apercibían, blandían armas de muerte y se lanzaban por todas las carreteras y ferrocarriles hacia lejanos destinos.

Morley, resuelto partidario de la neutralidad, no desde luego a toda costa, sino—como a mí me lo parecía—a fatal costa de días, hallábase absorbido por ideas de negociación, por preocupaciones sobre la suerte del liberalismo y la situación de los partidos. Había gastado su vida levantando barreras contra la guerra en el Parlamento, en los distritos electorales, en el espíritu nacional. Confiaba en que todos esos bastiones de la opinión pública no se derrumbarían juntos. Él era viejo, débil; pero ¿no había, fuera del salón del Consejo, fuerzas de democracia radical bastante fuertes para hacer frente a la locura que asolaba a Europa y hasta infectaba, ¡ay!, la admi-

nistración liberal, primitivamente organizada por el mismo sir Henry Campbell-Bannerman?

Mi responsabilidad, en cambio, consistía en lograr la seguridad de que, sucediera lo que sucediera, la flota británica estaría preparada y dispuesta en lugar y tiempo oportunos. Ello implicaba la petición al Gabinete de ciertas medidas consecutivas, según las necesidades se iban presentando. En tales circunstancias ocupábamos nuestros asientos, uno al lado del otro, hora tras hora, a través de esta ardiente semana.

La mayoría del Gabinete se inclinaba a dejar que Francia y Alemania y las demás potencias grandes y pequeñas luchasen como les pluguiese. De este modo, Morley se encontró considerado como el jefe político de una fracción que se iba formando. Pero las soluciones eran nebulosas y enmarañadas. Tratábase de Bélgica y de la fe de los tratados. Tratábase de las indefensas costas de Francia y de la posibilidad de que la escuadra alemana, «desde nuestros propios umbrales», cañonease a Calais, mientras los barcos de guerra franceses, como resultado de un tácito convenio con nosotros, se hallaban estacionados en el Mediterráneo. Morley no era doctrinario ni fanático. El argumento de «nuestros umbrales» pesaba sobre él. Ello persuadió al Gabinete. Sólo con la excepción de John Burns, que se opuso y dimitió, los demás convinieron unánimes en que debía decirse a los alemanes que no podíamos permitir su presencia en el Canal. Fué ésta una decisión de largo alcance. Desde aquel momento, también Morley estuvo en la pendiente resbaladiza. Transcurrió la semana. La flota, silenciosamente, zarpó hacia su base septentrional. Las medidas del «período precautorio» fueron autorizadas por el Gabinete.

«Uno de estos días—escribe Morley—golpeé el hombro de Winston mientras tomaba asiento a mi lado. Winston—le dije—, después de todo, le hemos derrotado. Él sonrió alegremente. Bien podía. *O pectora caeca!*»

Pero no era a mí a quien tenía que derrotar. Era al alud, al torbellino, al temblor de tierra retumbante fuera en triple alianza. Y así, cuando más tarde me dijo que

debía dimitir, le contesté que si quería esperar dos o tres días más, todo estaría claro y nosotros de completo acuerdo. Los alemanes se encargarían de llevar la tranquilidad a su conciencia. Aceptarían todas las responsabilidades y desvanecerían todas las dudas. Ya sus vanguardias, invadiendo Luxemburgo, se acercaban a la frontera belga. Nada podría disuadirlos ni desviarlos. Estaban lanzados; y la catástrofe, ahora inminente, convencería y uniría al Imperio británico como jamás había estado convencido y unido. «Ahora ya no se pueden parar. Si tratasen de hacerlo, se precipitarían en una completa confusión. Tienen que seguir, a despecho de fronteras, tratados, advertencias, amenazas; a través de crueldades y horrores; tienen que seguir a trompicones hasta que encuentren el grueso de los ejércitos franceses y se libren las más grandes batallas de la Historia. Advierta que todos los demás están marchando también.»

Ofrecí ilustrar la posición sobre el mapa, pero él tocó otro registro. «Acaso tenga usted razón, pero yo sería inútil en un Gabinete de guerra. Si tenemos que luchar, debemos luchar con ingenua convicción. No hay puesto para mí en tales asuntos.» No pude encontrar respuesta a esto, como no fuese el repetir que todo se allanaría rápidamente y que lo que iba a ocurrir en un plazo de cuarenta y ocho horas en Bélgica y quizá en el mar del Norte le haría apreciar las cosas de muy distinta manera. Gentilmente casi, alegremente, se retiró de entre nosotros para no estorbar con palabras ni señas a viejos amigos, ni aumentar la carga que soportaba la nación.

Sólo es dable suponer cuál sería su actuación en el caso de que hubiese seguido mi consejo. ¿Qué efecto habrían hecho sobre aquel fuerte, animoso y autoritario espíritu la invasión de Bélgica, la resistencia de su rey y de su pueblo, la lucha de Lieja, los horrores de Lovaina? Personalmente creo que, si hubiese esperado cuarenta y ocho horas, se habría puesto con el alma y el corazón a la cabeza de sus conciudadanos. Pero al volver la vista atrás me alegro de no haber prevalecido sobre él. Fué mejor así—para su reputación y para el gran período de con-

vicciones que encarnaba—, que fuese sólo testigo inoperante y levantase inútilmente sus manos en protesta y censura contra el diluvio inminente. El Viejo Mundo de cultura y calidad de jerarquía y tradición era digno de sus campeones. En el momento en que perecía, no le falló su portaestandarte.

Al cabo dejaron a Morley irse solo. La presión de los acontecimientos, que yo había tratado de advertirle, pronto proporcionó razones, oportunidades y excusas bastantes a los colegas que lo habían proclamado como su mentor. Permanecieron en sus puestos con varia suerte y diferentes explicaciones, y Lloyd George se adaptó tan afortunadamente a las nuevas circunstancias, que se convirtió en el principal e inflexible propugnador de la guerra, apóstol del «golpe demoledor» y amo indiscutido del triunfo. Fué para estos colegas apóstatas para quienes reservó Morley en su *Memorándum* sus más acerbas censuras. «Winston, al cual siempre miré con paternal benignidad», no fué nunca objeto de su reproche. Mucho lo celebro. Mantener intenso antagonismo con un respetado amigo en el momento de una decisión suprema y no perder ni su amistad ni su comprensión, proporciona duraderos elementos de consuelo cuando uno vuelve la vista atrás a lo largo del prolongado, fatigoso sendero de la vida.

Morley alcanzó el prestigio y la ancianidad en un mundo brillante y lleno de esperanzas. Vivió para ver a aquel mundo hecho pedazos y sus esperanzas rotas y su riqueza disipada. Vivió para ver el temido Armageddon (la visión colérica de esta guerra horrible), «las naciones lanzadas unas contra otras en la más grande, la más devastadora y acaso la más feroz de todas las humanas querellas».

Vivió para ver hecho pedazos todo aquello en que creyó, todo aquello por lo que se afanó. Sufrió el cataclismo del hierro y del fuego; pero también sobrevivió para ver la isla por él tan amada emergir de nuevo victoriosa de la prueba suprema. Vivió aún para darse cuenta de los inmensos, fascinadores, aunque misteriosos e incontables retoños que por doquiera brotan entre las ruinas de las organizaciones que él había conocido.

HINDENBURG

HINDENBURG! Ya el mismo nombre es macizo. Armoniza con aquel alto, corpulento personaje de espesas cejas, y gruesas facciones y colgantes mejillas que, a fuer de conocido, es familiar para el mundo moderno. Es un rostro que podría agrandarse diez veces, cien veces, mil veces, y ganaría en dignidad y aun mejor en majestad; un rostro tanto más solemne cuanto más gigantesco. En 1916, los alemanes hicieron en madera su estatua colosal, erguida sobre el género humano; y los fieles admiradores, por veintenas de miles, entregaban sus monedas al Préstamo de Guerra, por el privilegio de clavar un clavo en el gigante que sostenía a Alemania contra el mundo. En la agonía de la derrota, la estatua fué derribada para leña. Pero quedaba el efecto: un gigante, tardo de pensamiento, tardo de movimiento, pero seguro, firme, fiel, guerrero y, sin embargo, benigno, más grande que el nivel ordinario de los hombres.

Su vida fué la de un soldado, y su juventud, una preparación para las armas. Luchó como subalterno en todas las batallas que sirvieron a Bismarck para establecer, por fin, el poderío indestructible del pueblo alemán, después de centurias de pequeños feudos formidablemente unidos. Luchó contra Austria en Königgrätz en 1866. Luchó contra Francia en 1870. Sobre las ensangrentadas laderas de Saint Privat, tumba de la guardia prusiana, Hindenburg marchaba con intrépido paso. La mitad del regimiento de la guardia a que pertenecía, sucumbió. Luchó en Sedan. Advirtiendo el inmenso círculo de baterías prusianas que abrasaban sin remisión a los franceses, observó con gusto: «El mismo Napoleón se está cociendo en esa caldera.»

Amaba el viejo mundo prusiano. Vivió en la tradición

famosa de Federico el *Grande. Toujours en vedette,* según el dicho militar alemán (Siempre de centinela). Encarnaba el «viejo y buen espíritu prusiano de Potsdam»; el elemento oficial pobre, sobrio, pero conservando el honor con fidelidad feudal y consagrando toda su existencia al rey y a la patria: la clase más respetuosa con la aristocracia y las autoridades legalmente constituídas; una clase, en fin, enemiga del cambio. Hindenburg no tenía nada que aprender de la ciencia y de la civilización modernas, como no fuesen sus armas; ninguna norma de vida, sino la del deber; no otra ambición que la grandeza de la madre patria.

Corrieron los años. El subalterno ascendió en la jerarquía militar. Tuvo una serie de mandos de importancia. Fué uno de los generales de más relieve en el ejército alemán. Ansió siempre el día en que tuviese que conducir al combate no una simple compañía, sino un cuerpo de ejército completo, contra los malditos franceses. Siguieron transcurriendo los años. Una generación más joven venía llamando a la puerta. Las naciones se dejaban mecer en el seno de una profunda paz. A la cabeza de su escalafón, el tiempo no condujo a Hindenburg a otra cosa que al fondeadero de la reserva. Los grandes días, pues, ya no serían para él, sino para otros. Se retiró a su hogar para hacer una vida modesta. Desde 1911 vivía como Cincinato en su agro. Si él no olvidó el mundo, el mundo parecía olvidarlo. Entonces vino el estallido. Desde todas las fronteras el incontenible poderío alemán se lanzaba sobre el enemigo. La admirable máquina militar en cuyo perfeccionamiento Hindenburg había participado, era lanzada simultáneamente sobre Francia y Rusia. Pero él estaba al margen. Continuaba sentado a la lumbre de su hogar. Las más grandes batallas del mundo se reñían sin él. Los ejércitos rusos se precipitaban en el este de Prusia, su tierra tan amada, cada una de cuyas pulgadas conocía. ¿No le llamaría nadie? ¿No habría sitio para él? ¿El *Viejo Hindenburg* estaba para siempre relegado al pasado?

La llamada llegó. Las masas rusas irrumpían victorio-

sas por el Oriente. El avance en el Oeste alcanzaba su ápice. De pronto, he aquí un telegrama; está fechado a las tres de la tarde del 22 de agosto de 1914, y procede del cuartel general: «¿Está usted preparado para ser destinado inmediatamente?» Contestación: «Estoy pronto.» Al cabo de pocas horas fué pasaportado hacia el Este para mandar los ejércitos alemanes contra Rusia, que combatían en proporción de tres o cuatro contra uno. En el tren se encontró a su jefe de Estado Mayor, que ya estaba disponiéndolo todo y dando toda clase de órdenes con la subrepticia y despótica autoridad del Estado Mayor general alemán. Nada más ajustado que las relaciones que Hindenburg mantuvo con Ludendorff. Formaban realmente una pareja maravillosa. Su lugarteniente era un prodigio de energía mental, fundido en un molde militar. Hinderburg no era celoso, no era quisquilloso, no era cominero. Pechaba con la responsabilidad de las decisiones que su brillante y mucho más joven subordinado concebía y realizaba. Había momentos en que la fibra de Ludendorff flaqueaba y entonces era sostenido por la sencilla y sólida fuerza de Hindenburg. La espantosa batalla de Tannenberg destruyó los ejércitos rusos en el Norte; los invasores fueron barridos del suelo alemán por un ejército que contaba poco más que un tercio del ruso. Las pérdidas de éstos excedieron del doble del efectivo total de sus vencedores.

Las asombrosas victorias en el Este acaecieron en el momento preciso en que el pueblo alemán se percataba de que sus tropas habían sido rechazadas de París y de que la poderosa embestida, que iba a terminar la guerra en las primeras seis semanas, había fracasado. Se consolaron y animaron al recibir las buenas noticias de que Hindenburg había aplastado a los rusos. Desde aquel momento, Hindenburg, con su asombroso jefe de Estado Mayor, Ludendorff, se convirtió en el pilar más fuerte de la esperanza alemana. Los historiadores militares ingleses han usado el signo cabalístico I-L para representar esta famosa combinación, que, durante la guerra y para el mundo exterior, al menos, se presentó como una réplica de la

camaradería de Lee y Jackson, y aún más remotamente, de la fraternidad de Marlborough y Eugene. I-L llegó a ser muy pronto rival del gran cuartel general. Moltke había desaparecido con la quiebra del Marne, y un nuevo jefe, quizá el más capaz de los caudillos alemanes, Falkenhayn, dirigía los ejércitos tudescos. Seguía mirando al Oeste como el escenario en el cual habría de obtenerse la decisión. Aquí estaban la mayores fuerzas; aquí, los odiados franceses; aquí, sobre todo, y según sus propias palabras, «nuestro más peligroso enemigo... Inglaterra, con el cual la conspiración contra Alemania se sostiene y se cae».

Pero la guerra en el Este domina, aunque de diferente modo. Creían que con seis u ocho cuerpos de ejército adicionales podrían destruir inmediatamente el poder militar de Rusia. Si hubiesen dispuesto de esta fuerza o aun de menos, si la hubieran utilizado en un gran movimiento envolvente haciendo girar hacia el Norte su ala izquierda, habrían copado más de un millón de tropas rusas en el saliente de Varsovia y provocado la retirada fulminante de los ejércitos moscovitas del Sur, que estaban empeñados con los austríacos. Una vez conseguido esto, podrían todos volverse hacia el Oeste y acabar con los franceses. Tal era la diferencia en la concepción estratégica. Había también en litigio una discrepancia de intereses, así como ciertas rivalidades honorables en la causa común.

Estas divergencias, aunque veladas bajo las formas estrictas de la disciplina militar, se hicieron pronto agudas. Falkenhayn disponía en el Oeste de siete veces las fuerzas de Hindenburg. Aquél era el generalísimo alemán; el emperador le prestaba oídos; predominaba sobre el Estado Mayor general. I-L vivían de lo que querían darles: eran los compañeros novatos. Pero así como los jefes rusos en lucha contra los alemanes no tenían más que horrorosos desastres que contar, así los alemanes en el frente occidental se encontraron en frente de ejércitos de civilizaciones por lo menos iguales que la suya. Descargó Falkenhayn su tremendo golpe contra los puertos del Canal. Contra las jadeantes líneas inglesas extendidas desde

Armentières hasta el mar, lanzó los cuerpos de ejército que habrían decidido la cuestión en el Este. Entre ellos se hallaban los cuatro nuevamente formados, improvisados, según se ha dicho, con la valiente juventud voluntaria alemana, y que perecieron ante las delgadas, pero impecables líneas de las divisiones profesionales inglesas y sus refuerzos franceses. Mientras tanto, en el Este, Hindenburg y Ludendorff, con fuerzas casi iguales a aquéllas, estuvieron dos veces a punto de lograr su audaz empeño, contra enorme superioridad numérica, de capturar Varsovia. El año 1914 se cerró entre frías, adustas, mutuas recriminaciones; todas confinadas dentro de los competentísimos círculos del Estado Mayor general.

Pero a todo lo largo de 1915, Falkenhayn retuvo el dominio. No sólo discrepó de I-L en la apreciación de la importancia del Este y del Oeste, sino que tuvo sus propios puntos de vista sobre la estrategia del frente oriental. No estuvo de acuerdo con Hindenburg respecto al movimiento septentrional envolvente. Al contrario, Austria debía ser socorrida y mantenida en el campo de batalla. Si algún esfuerzo adicional convenía hacer en el Este, su dirección debía ser la meridional, haciendo avanzar al ejército austríaco a merced de un puñetazo alemán dado a los rusos con la mano derecha. Y en esta sazón, la empresa británica contra los Dardanelos fortalecía el punto de vista de Falkenhayn. Apoderarse de Bulgaria, derrotar a Servia y lograr comunicación con Turquía a través de los Balcanes, parecían objetivos que reclamaban incuestionable prioridad. Grandes y victoriosas operaciones se ejecutaron en tal sentido por orden de Falkenhayn. Durante el verano, el golpe oriental alemán fué aplicado sobre el frente austríaco en Gorlice-Tarnow, bajo el mando de Mackensen. Hubo grandes éxitos. Bajo su presión, Rusia retrocedió con horribles pérdidas, y, por otras razones, el ataque inglés contra Turquía terminó en colapso. Mientras tanto, I-L, aunque cooperando activamente y conduciendo la guerra en inmensa escala, fueron, sin embargo, abandonados en el Norte. El 1915 fué el año de Falkenhayn. Recogió también en el Este la cosecha

de las más fáciles victorias que se ofrecieron a la hoz de Alemania.

Las diferencias de opinión estratégica, agravadas por más simples motivos de fricción, tendían a separar a I-L del gran cuartel general. Hindenburg y su ambicioso lugarteniente seguían proponiendo grandes movimientos en el Norte; pero siempre quedaban relegados a un papel de menor importancia. Falkenhayn, en plena corriente de éxito, hizo su plan para 1916 y cometió entonces su principal error. Decidió lanzar en el Oeste el grueso de su ofensiva. Escogió Verdun como el punto de clave. Desde entonces, sobre este gran bastión del frente francés, casi su posición más fuerte, punto vital por el que los franceses debían vencer o morir, habría de gastar todas las reservas de la máquina militar alemana y la capacidad de su terrible artillería.

Debería haber sido ya obvio entonces que aquella empresa no era muy prometedora, pues los ejércitos de Francia e Inglaterra en el Oeste eran capaces de defenderse, si no en una posición, en otra, contra cualquier margen de superioridad de que pudiera disponer Alemania. Pero Falkenhayn tenía su camino y siguió su azar. Durante toda la primavera de 1916 su cañón abrasó a Verdun, y toda el alma de Francia se concentró allí. Al final, hallábase el alemán tan quebrantado como los franceses, y en el mes de junio la gran ofensiva de Verdun presentaba ya el aspecto de una partida en tablas. Pronto iba a manifestarse ante el mundo en la guisa de una ostensible derrota.

Y entonces, en julio, comenzó la gran contraofensiva aliada en el Somme. Los nuevos ejércitos británicos fueron lanzados al combate en conjunción con el ala izquierda francesa. Sufrieron terribles pérdidas, pero fué tal el peso del choque y tan incesantes fueron sus asaltos semana tras semana y mes tras mes, que Falkenhayn tuvo que cejar en sus batallas de Verdun, y si él mismo pudo sostenerse en el Somme fué a costa de ir cediendo terreno constantemente y de sacrificar la flor de las tropas germanas. En el momento crítico, los rusos, en el Sur, no

obstante creerse que todos estaban derrotados o muertos, avanzaron contra los austríacos, y bajo el mando de Brusilov aniquilaron grandes porciones del frente de Austria. Entonces Rumania, que había estado mucho tiempo vacilando, se declaró a favor de los aliados. Esta fué la suprema segunda crisis de guerra para Alemania.

Han sido relatados estos acontecimientos porque sin conocerlos es imposible entender el encumbramiento de Hindenburg y Ludendorff. Habían tenido que esperar mucho tiempo. Representaban una inelegante minoría en el Estado Mayor general alemán. Pero sus críticas se señalaban por terribles lecciones en el Oeste. Ahora parecían hallarse plenamente justificadas. Todas las ganancias de 1915 se habían perdido. Francia e Inglaterra se presentaban como inexpugnables y Rusia aún estaba viva. Una nueva potencia durante mucho tiempo adicta a Alemania se había unido a las filas siempre crecientes de sus enemigos.

Hindenburg se encontraba en Brest-Litovsk en la mañana del 28 de agosto, cuando recibió órdenes de dirigirse inmediatamente al cuartel general del emperador. «La única razón que el jefe del cuartel militar me dió fué ésta: «La situación es grave». Colgué el auricular y pensé en Verdun, en Italia, en Brusilov y en el frente austríaco del Este; luego, en la noticia de que «Rumania nos había declarado la guerra». ¡Fuertes nervios se precisaban!»

El relato que hace Hindenburg de lo que pasó a continuación es característico:

«Frente al castillo de Pless encontré a mi supremo señor de la guerra esperando la llegada de su majestad la emperatriz... El emperador me saludó inmediatamente como jefe del Estado Mayor general del ejército de operaciones, y al general Ludendorff como a primer lugarteniente general. También se presentó el canciller imperial que acababa de llegar de Berlín y parecía estar tan sorprendido como yo del cambio de jefe del Estado Mayor general, cambio que su majestad le anunció en mi presencia.»

En lo sucesivo, la dirección íntegra de la máquina bélica alemana caía en manos de la temible pareja. Y no solamente esto, sino que por añadidura asumían la principal autoridad política de Alemania. Estabilizaron el frente austríaco contra Rusia. Destruyeron a Rumania. Mantuvieron sin romperse sus líneas contra los ingleses en espera de que llegasen los ansiados días de invierno. Con el nuevo año hicieron una prudente retirada en el Oeste que desconcertó por completo los planes de los aliados. De pronto, rápida y silenciosamente, los alemanes se retiraron a las recientes e inmensas fortificaciones de la línea Hindenburg, y ganaron un respiro de cuatro meses. De pronto, abriéronse de nuevo las compuertas por ambas partes y la furia de la guerra se intensificó. Rusia se desintegró en revolución y en ruina. La paz de Brest-Litovsk fué firmada. I-L pudo entonces columbrar una vasta y suprema oportunidad en 1918. Sus planes no se interrumpieron por la carnicería de las luchas con los ingleses en Passchendaele. Se sabían en situación de poder traer un millón de hombres y cinco mil cañones de refuerzo desde el frente ruso y de tener en 1918 por primera vez desde el principio mismo de la guerra una grande y definitiva superioridad en el frente del Oeste.

Pero estas grandes medidas de táctica iban acompañadas de un fatal error. El par I-L llegó a creer que una campaña submarina en gran escala hambrearía a Inglaterra y obligaría al imperio británico a pedir la paz. Contra el deseo del kaiser, contra las indicaciones del canciller alemán y del Ministerio del Exterior, insistieron en una guerra submarina ilimitada, y el 6 de abril de 1917 los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania. En todo esto Hindenburg actuaba fuera de la esfera militar en la que él y su colega eran expertos. Confiaban con exceso en un dispositivo estrictamente mecánico. Apenas se fijaron en las tremendas reacciones que la aparición de un nuevo y poderoso antagonista entre las fuerzas contra Alemania iban forzosamente a provocar en los aliados, en el mundo entero, y, sobre todo, en su propio pueblo. Se equivocaron completamente al calcular el po-

derío de los Estados Unidos. Fué también errónea su apreciación del aspecto mecánico. La Marina inglesa no era inferior en el suyo al extraordinario esfuerzo que representaba el ataque submarino alemán. Con no gran margen de diferencia, pero con el suficiente para ser decisivo, los buques británicos perseguían bajo la superficie del mar a los submarinos alemanes, los buscaban a tientas, los encontraban y los asfixiaban por fin. En el verano de 1917 se daba como seguro que los mares permanecerían abiertos, que Inglaterra sería abastecida y que los soldados norteamericanos, a millones, arribarían a Francia.

La única cuestión que quedaba era la de saber si los ejércitos alemanes con los refuerzos de Rusia podrían derrotar a los francoingleses, como habían derrotado a los italianos, antes de que abrumadoras fuerzas hostiles se concentrasen gradualmente en el Oeste. Por su solución se luchó en 1918, y no es necesario recordar las prodigiosas batallas que desde el 21 de marzo hasta el principio de julio rompieron el frente anglofrancés. Pero el esfuerzo había rebasado la capacidad alemana; las dos grandes naciones entre cuyas garras se debatían con desesperación poseían mayores reservas de energía y virtud de las que Alemania podía atesorar. La presión americana crecía incesantemente. Al fin, bajo el peso de la superioridad numérica de hombres y cañones, los ejércitos del kaiser cedieron y se inclinaron y tras ellos la población civil, desde hacía tiempo agobiada por el bloqueo inglés, derrumbóse en convulsión turbulenta. Era que el mundo entero se lanzaba contra ellos en corriente irresistible. Millones de hombres, veintenas de millares de cañones, miles de tanques, la heroica constancia de Francia y la inagotable fuerza de voluntad, por ellos siempre reconocida, de Inglaterra. Y detrás las inconmensurables energías de los Estados Unidos. ¡Era demasiado!

Rompióse el frente alemán, y la tierra natal detrás del frente resquebrajóse bajo el esfuerzo. Los orgullosos ejércitos retrocedieron. Ludendorff fué relevado. Hindenburg tuvo al fin que despedirse de su soberano. Debemos

suponer que aprobó, quizá instigó, la partida del kaiser a Holanda.. En cuanto a él, se fué a casa con las tropas. ¿Qué era la revolución comparada con la derrota?

«Estuve al lado de mi supremo señor de la guerra durante estas fatales horas. Me confió la misión de reintegrar el ejército al país. Cuando dejé al emperador en la tarde del 9 de noviembre, no debía volverlo a ver más. Se fué para ahorrar a su patria nuevos sacrificios y para facilitar la obtención de más favorables condiciones de paz.»

Una pausa de años, y después Hindenburg, alejado de la confusión y miserias de la vencida Alemania, fué pronto elevado a la cima del poder. El pueblo alemán, en su desesperación, vió en él una roca a la que podía trepar. ¡Presidente de la república alemana! ¿Aceptaría el puesto? Primeramente el kaiser tendría que relevarlo de su juramento de fidelidad. El kaiser consintió en ello. Casi una década ha pasado desde entonces (1). El ochenta y cuatro cumpleaños de Hindenburg fué celebrado por una nación que sentía su fuerza recobrada e iba rescatando su posición en el mundo. Estaría bien que pudiésemos terminar la narración en este punto. No podemos explicar aquí la parte que desempeñó en las penosas y terribles convulsiones que agitaron a Alemania desde entonces, pero sin duda debió de haber sido a intervalos decisiva. Ello no añade nada a su fama.

Debe mencionarse, sin embargo, un incidente. El mayor borrón de la carrera de Hindenburg es su comportamiento con su canciller Brüning, y no sólo con Brüning, sino con los millones de alemanes—una gran mayoría de la nación—que a la llamada de Brüning depositaron su fe en Hindenburg para salvarse de Hitler y de todo lo que Hitler significaba. Tan pronto la elección presidencial fué conclusa, tan pronto Hindenburg derrotó a Hitler merced a la ayuda de Brüning, el field-mariscal se volvió contra su colega y camarada y repudió la confianza de los que le apoyaban. Destituyó a Brüning con muy pocas palabras dichas del otro lado de la mesa. Algunas

(1) Escrito en 1934.

gesticulaciones oficiales, una inclinación de cabeza, un saludo torpe, y el canciller, que estaba llevando rápidamente otra vez a Alemania a una eminente y honrosa posición en Europa, fué barrido del poder. El flaco y oscuro von Papen, funcionario oficial de estirado cuello y constante monóculo, hasta entonces sólo conocido en el mundo por su desacertada gestión de los negocios de Alemania en los Estados Unidos, fué con universal sorpresa colocado en la cumbre del poder. Se dijo, pero es innecesario esclarecer el punto, que minúsculas cuestiones de compensación de pagos referentes a posesiones de los Junkers en la Prusia oriental, en las que estaba personalmente interesado el hijo del presidente Hindenburg, no dejaron de ejercer su influjo sobre esta chocante decisión.

Los acontecimientos se sucedieron entonces con ímpetu creciente. La transición de Papen a Schleicher (ahora asesinado) y de Schleicher a Hitler no fué más que cuestión de meses. En la última fase vemos al anciano presidente, después de haber traicionado a todos los alemanes que le habían reelegido, cambiar un apretón de manos forzado, y desde luego desdeñoso, con el caudillo nazi. Hay una defensa para todo esto, y debe ser hecha en favor de Hindenburg. Había llegado a la senilidad. No entendía lo que estaba haciendo. No podría hacérsele física, mental o moralmente responsable de haber abierto la esclusa del mal sobre Alemania y acaso sobre la civilización europea. Podemos estar seguros de que el famoso veterano no tuvo otro móvil que el amor de su patria, y que se esforzó, con fuerza mental decadente, en arrostrar problemas que nunca hasta entonces se le habían presentado a ningún gobernante.

* * *

La penumbra se convierte en tiniebla. Es hora de dormir. Pesadilla, alternativas horribles, enigmas indescifrables, tiros de revólver perturban el sopor de un anciano. ¿Dónde está el camino? Siempre cuesta arriba. ¿Falta lo peor? *Vorwärts* (1), siempre *vorwärts;* después, silencio.

(1) Palabra alemana que significa «adelante». *(N. del T.)*

HERBERT HENRY ASQUITH

ASQUITH fué un hombre que conoció siempre y con desusada claridad el terreno que pisaba en toda cuestión de la vida o de los negocios. Letras, política, filosofía, derecho, religión eran esferas en las cuales—en el tiempo en que le conocí mejor—parecía haber alcanzado opiniones definitivas. Sobre todo ello, cuando la necesidad lo requería, su mente se abría y se cerraba exacta y fácilmente como el cierre de un fusil. Siempre me dió la impresión—quizá natural en un hombre más joven y que ocupa una posición subordinada—de que medía todas las mudables, desconcertantes situaciones de la vida pública y parlamentaria con arreglo a preestablecidos patrones y a convicciones seguras. Y daba también la sensación de un menosprecio, ligera y no siempre completamente velado, hacia los argumentos, las personalidades y hasta los sucesos que no se conformaban con el tipo que había decididamente adoptado después de profundo estudio y reflexión madura.

En algunos aspectos esto era, sin duda, una limitación. El mundo, la naturaleza, los seres humanos no se mueven como máquinas. Las orillas no aparecen cortadas a bisel, sino con asperezas y salientes. La Naturaleza jamás traza una línea sin difuminarla. Las circunstancias son tan variables, los episodios tan inesperados, las experiencias tan contradictorias, que la flexibilidad de juicio y la propensión a adoptar una actitud más bien humilde ante los fenómenos exteriores pueden desempeñar un buen papel en el equipo de un primer ministro moderno. Pero las opiniones de Asquith al principio de su vida estaban vaciadas en bronce. Vastos conocimientos, asidua laboriosidad, pensamiento profundo formaban parte de su naturaleza; y si, como es inevitable en los vaivenes y aspere-

zas de la vida, se veía forzado a inclinarse y someterse a las opiniones ajenas, a las exigencias de los acontecimientos, a las pasiones de la hora, hacíalo casi siempre con apenas oculta repugnancia y desdén. Si uno tuviese que escoger su característica más saliente, esta última es la predominante, para bien o para mal, entre todas las otras.

Tuvo el poder de transmitir una notable porción de los tesoros de su inteligencia y del valor de su linaje a los hijos de sus dos matrimonios. El segundo de sus hijos vivos se elevó en la gran guerra desde alférez hasta general de brigada, ganando, tras repetidas heridas causadas en los más duros combates, la Orden del Servicio Distinguido con dos pasadores y la cruz militar. A Raymond, su hijo mayor, pasó la herencia con extraordinaria perfección. Repitió sin esfuerzo aparente todos los triunfos paternos de Oxford. El hijo, lo mismo que su padre, fué siempre, sin disputa, el mejor estudiante de su año y el más perfecto orador en los debates universitarios. Verso o prosa; griego, latín o inglés; derecho, historia o filosofía, todo le resultaba tan fácil a Raymond como treinta años antes le había resultado a Henry Asquith. El brillante epigrama, la sátira punzante, la aguda y no siempre inofensiva réplica, cierta cortesanía más bien aparente de maneras distinguían en la mocedad al hijo como habían distinguido antes al padre. Arte y encanto en la conversación, buen gusto en las palabras, ágil pluma y más ágil lengua, inconfundible aspecto de probidad e independencia y la sensación de espontánea superioridad que brota de todo ello, pertenecieron a entrambos como derecho innato. Y ahora hemos visto en la tercera generación al hijo de Raymond, actual conde de Oxford y Asquith, continuar en la universidad la misma triunfante carrera académica.

Le pareció cosa completamente fácil a Raymond Asquith, cuando llegó la hora, el arrostrar la muerte y morir. Cuando le vi en el frente, en noviembre y diciembre de 1915, me dió la impresión de que se movía entre el frío, la inmundicia y el peligro de las trincheras como si fuera superior e inmune a los comunes males de la carne.

como un ser revestido de bruñida armadura, impasible, acaso invulnerable. La guerra, que descubrió la medida de tantos, jamás llegó al fondo de la suya, y cuando los granaderos se debatían entre el fracaso y el fragor del Somme, él fué cara a su destino frío, equilibrado, resuelto, como a una cosa corriente, sin perder su buen humor. Y bien sabemos nosotros que su padre, entonces soportando la suprema carga del Estado, habría ido, orgullosamente, con él.

Las actividades políticas de la hija de Henry Asquith, lady Violet Bonham-Carter, son seguramente bien conocidas. Su padre—viejo, suplantado en el poder, con su partido deshecho, con su autoridad escarnecida, incluso ajenado de su antiguo y fiel distrito—encontró en su hija un campeón temible aun para los oradores de primera fila del partido. Las masas liberales, en la debilidad y el desorden del período de la coalición, vieron con entusiasmo una radiante figura, capaz de afrontar las más graves cuestiones, y las revoluciones más importantes con pasión, elocuencia y mordaz ingenio. En los dos o tres años que la necesidad de su padre lo requirió, ella desplegó un talento y una fuerza que no fueron igualados por ninguna mujer en la política inglesa. Una cáustica frase de un discurso de 1922 será suficiente: El gobierno de Lloyd George, acusado de tendencias perturbadoras y belicistas, había caído, siendo sustituído por Bonar Law, que venía llamado a cumplir un mandato de tranquilidad. «Tenemos que escoger—dijo la joven dama a un inmenso auditorio—entre un hombre que sufre del mal de San Vito y otro que padece la enfermedad del sueño.» Debió de haber sido el más grande de los humanos goces de Henry Asquith en su ocaso el encontrar a su lado este admirable ser que había traído al mundo, armado, vigilante y activo. Sus hijos son su mejor recuerdo, y sus vidas reproducen y reviven sus cualidades.

* * *

En la época en que lo conocí mejor, estaba en lo más alto de su poder. Grandes mayorías lo apoyaban en el

Parlamento y en el país. Contra él estaban concitadas todas las fuerzas conservadoras estólidas de Inglaterra. El conflicto incesante crecía año tras año y llegaba a adquirir peligrosa intensidad en el interior mientras fuera se congregaban sombría y tercamente las fuerzas de la tempestad que iba a hacer zozobrar nuestra generación. Nuestros días se gastaban en luchas de partido en torno a la autonomía de Irlanda y el veto de la Cámara de los Lores, mientras sobre el horizonte fatales y constantes sombras se espesaban o palidecían, y hasta en los momentos en que el sol brillaba parecía notarse un susurro en el aire.

Siempre fué Asquith muy cariñoso conmigo y formó buen concepto de mis facultades intelectuales; fué evidentemente llevado a ello por razón de los múltiples documentos oficiales que yo redactaba entonces. Un tema cuidadosamente desarrollado, primorosamente impreso, leído por él a gusto, generalmente merecía su aprobación y en lo sucesivo podía otorgar su decisivo apoyo. Su ordenado y disciplinado espíritu se deleitaba con el razonamiento y su adecuada expresión. Bien valía siempre la pena de gastar muchas horas en exponer un asunto en la forma más eficaz y concisa para su examen por el primer ministro. En realidad, yo creo que debí los repetidos ascensos a los altos puestos que él me otorgó más bien a mis informes reservados sobre asuntos de gobierno que a ninguna impresión producida por conversaciones o discursos en la tribuna popular o en el Parlamento. Uno se daba cuenta de que el caso iba a ser sometido a un alto tribunal y de que la repetición, el verbalismo, la retórica, los argumentos falsos iban a ser impasible pero inexorablemente dados de lado.

En Consejo era marcadamente silencioso. Es seguro que jamás pronunció una palabra en el Gabinete como viese el medio de pasar sin decirla. Se sentaba, como el gran juez que era, para oír con disciplinada paciencia el caso expuesto por cada parte, intercalando de vez en cuando una pregunta o un comentario breve, investigador o fecundo, que daba ocasión para hacer un giro hacia la

meta que quería alcanzar; y cuando al fin, entre todas las perplejidades y contrarias corrientes de la opinión hábil y con vehemencia expuesta, él decidía, era muy raro que el silencio que había guardado hasta entonces no volviese a caer sobre todo.

Le disgustaba hablar de negocios fuera de las horas de despacho y jamás iniciaba triviales conversaciones sobre temas políticos ni tomaba parte en ellas. La mayor parte de los grandes parlamentarios que he conocido hallábanse siempre dispuestos a hablar de política y a dar su nota personal en la movida y cambiante escena; Balfour, Chamberlain, Morley, Lloyd George, se lanzaban con gusto a la discusión de los sucesos de actualidad. En cuanto a Asquith, o el tribunal estaba abierto o cerrado; si estaba abierto, toda su atención se concentraba en el pleito; si estaba cerrado, era inútil llamar a la puerta. También esto puede ser una limitación en ciertos aspectos. Los hombres que pasan su vida dedicados a un solo trabajo aprenden por medio de él muchas otras cosas; y aunque es una gran condición tener a la vez absorbente interés por un asunto y poder prescindir de él en horas más frívolas, en el caso de Asquith había ocasiones en que parecía que se desinteresaba demasiado fácilmente, demasiado completamente. Trazaba una línea tan estricta entre trabajo y recreo, que uno casi llegaba a pensar que el trabajo había cesado de atraerle. Persistía el hábito adquirido en una vida de abogado de gran ejercicio; el caso, una vez resuelto, era abandonado; formado el juicio, entregado el dictamen, no había que volver a él. El pleito siguiente entraría en turno a su hora. Desde luego que comunicaría profundamente consigo mismo, pero yo creo que menos que la mayoría de los hombres que están en la cima de los negocios de una nación. Su mente era tan ágil, tan lúcida, tan bien provista, tan perfectamente disciplinada, que una vez que había oído y desmenuzado todo el asunto, la solución surgía de golpe; y la solución, en cuanto de él dependía, era definitiva.

En los negocios tenía ese lado insensible sin el cual no pueden manejarse los grandes asuntos. Cuando en 1908

me ofreció un puesto en su Gobierno, me repitió la frase de Gladstone: «Lo más esencial para un primer ministro es ser un buen carnicero», y añadió: «Hay varios que deben ser decapitados ahora». Y lo fueron. Leal como siempre con sus colegas, nunca vaciló, si el tiempo y la necesidad lo requerían, en prescindir de ellos, de una vez y para siempre. La amistad personal podía sobrevivir, mas el consorcio político había terminado. Pero, ¿de qué otro modo puede gobernarse un Estado?

Sus cartas a sus colegas eran lo mismo que su dirección de los negocios públicos. Eran el contrapunto de sus discursos. Íntimamente conservador y a la vieja usanza, aborrecía y despreciaba teléfonos y máquinas de escribir. Quien hablaba tan flúidamente en público no había aprendido nunca a dictar. Todo tenía que ser redactado por él. Una escritura a la vez bella y útil, rápida, correcta y clara, con la menor cantidad posible de palabras y la imposibilidad de equivocaciones; y si la réplica, o el epigrama o el humor encontraban allí su sitio, era porque se habían escurrido de la pluma antes de que pudiese refrenarlos. Escribió otras cartas en las que no se utilizaban tales reservas. Fueron dirigidas a ojos más brillantes que los que miran a través de los anteojos de los políticos.

Una vez terminado el trabajo, se divertía. Gozó de la vida ardientemente; se deleitaba con la sociedad femenina; siempre estaba interesado por encontrar una nueva y encantadora personalidad. Mujeres de todas las edades desvivíanse en ser invitadas a comer con él. Les fascinaba su alegría y su ingenio y el evidente interés que ponía en sus asuntos. Solía jugar al *bridge* todas las noches durante varias horas sin preocuparle que la tormenta iluminase la casa con sus relámpagos ni que a la mañana siguiente se viese sometido a rudas y apremiantes pruebas.

* * *

Tuve ocasión de tratarlo con la mayor intimidad en las más agradables circunstancias. Él, su mujer y su hija mayor fueron nuestros invitados por espacio de un mes en el yate del Almirantazgo los tres veranos anteriores a la

guerra. Azules cielos y radiantes mares: el Mediterráneo, el Adriático, el Egeo; Venecia, Siracusa, Malta, Atenas y la costa dálmata; grandes flotas y enormes muelles; los soberbios apostaderos de la Marina británica; sería labor y un deleitoso crucero ocuparon las horas de estos felices espacios de respiro. En un mes completo que estuve con él, y a pesar de compartir comunes responsabilidades y ser creciente la inquietud de nuestro país y las aprensiones en el extranjero, mantuvo conmigo impenetrable reserva en todos los asuntos graves. Sólo de vez en vez invitaba a la discusión. Cambios importantes en el Gobierno estuvieron pendientes; me preguntó mi opinión sobre hombres y puestos y expresó su conformidad o discrepancia de la manera más confidencial. Pesaba en una balanza de precisión los méritos de las personas de quienes se trataba, después cerraba el asunto bajo llave, metía la invisible llave en el bolsillo y continuaba el estudio de un tratado sobre los monumentos e inscripciones de Spalato, ante cuya localidad acababa el yate de soltar anclas. Pero algunas semanas más tarde se habían hecho los nombramientos en el sentido estricto de la discusión.

Fuera de eso no habríais podido suponer que tenía un cuidado en el mundo. Dominaba el *Baedeker*, interrogaba a las damas acerca de él, explicaba y aclaraba muchas cosas y gozaba evidentemente de cada hora. Frecuentemente proponía a la reunión entretenimientos tales como los de competir acerca de quién escribiría en cinco minutos el mayor número de generales cuyos nombres empezasen por la letra L, o de poetas comenzando por la T, o de historiadores con cualquier otra inicial. Poseía innumerables variedades de estos juegos y siempre sobresalía en ellos. Charlaba ampliamente con el capitán y los tripulantes acerca del barco y del curso del tiempo. Una réplica suya en el Parlamento estaba entonces en boga: «Su señoría debe ver y esperar.» Se pintó una caricatura en el *Punch* en la cual se le pintaba preguntando al joven oficial en el puente: «¿Por qué cabecea tanto el barco esta mañana?» A lo que se atribuía como respuesta:

«Pues mire, señor, es una cuestión de peso y de mar» (1). Aunque el juego de palabras es apócrifo, merece sobrevivir.

Por lo demás, se calentaba al sol y leía griego. Hacía versos impecables de profundos pensamientos en complicados metros y refundía en su más irreprochable forma clásica inscripciones que no le agradaban. Yo no le podía ayudar mucho en esto; pero seguía con atención los telegramas cifrados que recibíamos todos los días, y, desde luego, estábamos siempre en relación con la reciente telegrafía sin hilos de la flota. Dábamos una tarde un paseo por una hermosa carretera cerca de Cattaro: un puerto que en aquellos días ofrecía singular interés, y no simplemente por su panorama. De pronto nos cruzamos con interminables reatas de mulas y caballos de labor. Preguntamos a dónde iban y para qué. «Retornan a sus puntos de procedencia. Han terminado las maniobras.» ¡La crisis balcánica y europea de 1913 había pasado!

* * *

No puedo considerar la agradable y competente biografía (2) de míster Spender como el recuerdo definitivo de una de las más sólidas, importantes y acusadas figuras de nuestros tiempos. La conformación forense del entendimiento del autor y su blanda moderación (aparte de sus opiniones preconcebidas) son bien notorias. La figura que ha pintado en su amplio lienzo está tan rebajada de tono y desvaída de color, que no reproduce la imagen de un hombre severo, ambicioso, intelectualmente orgulloso fraguándose su camino con toda la dureza necesaria a través de unos de los más ásperos y terribles años por que ha pasado nuestra historia. Día vendrá en que se ofrecerá a sus compatriotas una más vigorosa y vital re-

(1) Ese juego de palabras, como es natural, sólo tiene sentido en inglés, donde los vocablos *ver* y *mar* (*see* y *sea*) y *peso* (*wait* y *weight*) se pronuncian, respectivamente, de igual manera. (*Nota del T.*)

(2) *The life of Lord Oxford and Asquith*, por J. A. Spender y Ciryl Asquith. 1934.

presentación de este gran estadista, jurisconsulto y tribuno. La vida de Asquith no fué de manera alguna tan suave y apacible, tan llana y fácil como las páginas de míster Spender indican. Debería haber pintado el retrato de Asquith y el fondo de su época con pinceladas más fuertes, más encendida luz y más oscuras sombras. Se habría acordado más con la realidad y su héroe saldría ganando en el empeño. Los dos principales episodios de la carrera política de Asquith: la lucha con la Cámara de los Lores acerca de la autonomía de Irlanda, y la declaración y sostenimiento de la guerra contra Alemania, comprenden muchos importantes pros y contras que han sido omitidos en la narración o por lo menos se hallan tan esfuminados que casi no se advierten.

En todas las grandes controversias mucho depende de cómo la cuestión se plantee. Asquith y el partido liberal eran sinceramente fieles a la causa de la autonomía irlandesa; pero no se debe olvidar que sus puestos en el Gobierno dependían de los ochenta votos irlandeses, acicate único que violentaba la acción, y que en 1906, cuando se esperaba una mayoría liberal independiente, la autonomía de Irlanda fué excluída del programa y de la propaganda electorales. Fué esta influencia siniestra de ochenta votos irlandeses—ahora felizmente desaparecidos para siempre de la Cámara de los Comunes—haciendo y deshaciendo Gobiernos, sojuzgando el destino de los dos grandes partidos políticos ingleses, la que envenenó durante casi cuarenta años nuestra vida pública. La resistencia anticonstitucional del Ulster será juzgada por la Historia en relación con el hecho de que los protestantes ulsterianos creían que los proyectos de ley sobre la autonomía irlandesa se llevaban adelante no como resultado de convicciones británicas, sino por la presión política de los ochenta votos de Irlanda. Que las manifestaciones ilegales del Ulster fueron el origen de muy graves males, es innegable; pero si el Ulster se hubiese limitado a una agitación puramente constitucional, es en extremo improbable que se hubiese eximido de una forzada inclusión en un Parlamento de Dublín.

Difícil fué esta actuación. Míster Asquith luchó por la causa irlandesa y por el poder liberal, en los años anteriores a la guerra, con dignidad y resolución; pero no podía ignorar que luchaba por ellos sobre bases en cierto modo viciadas; en primer lugar, por su dependencia del voto irlandés, y, en segundo término, por la negativa de sus correligionarios a extender al Ulster la misma medida de libertad que había aplicado a la Irlanda del Sur. Cuando se recuerda esto, se advierte que su carrera como jefe de partido en esta amarga campaña no fué el prolongado ejemplo de inocencia perseguida que se desprende de las páginas de míster Spender. La resignación y los agravios fueron mutuos. El conflicto con la Cámara de los Lores que terminó por la aprobación del proyecto en ambas Cámaras con la subsiguiente conversión en ley, no puede juzgarse independientemente de la cuestión irlandesa, con la cual estaba entrelazado.

No cesaré nunca de condenar el intolerable sectarismo por el cual la Cámara de los Lores destruyó el crédito de la gran mayoría liberal que triunfó de nuevo en 1906. Pero no hubieran llegado las cosas al extremo que llegaron, ni nunca la hermandad entre los ingleses hubiera estado a punto—en apariencia, al menos—de romperse en una guerra civil, si no fuera por la extraña, funesta influencia de la enemistad irlandesa. Fué en esta ruda batalla, con toda la fiereza y la injusticia combativa de ambas partes, donde Asquith mantuvo por la fuerza y la destreza el papel preeminente.

Un vigor como el de su conducta al tiempo de estallar la gran guerra no se encuentra con frecuencia. Que Asquith quiso llevar íntegro al imperio británico a la guerra contra Alemania no sólo por la agresión de ésta a Bélgica, *sino también a Francia,* ya no ofrece duda. Ni por un momento vaciló en su apoyo a sir Edward Grey, y nadie sostuvo más tenazmente en los ocho anteriores años que la supremacía naval garantizaba a la vez nuestra seguridad y nuestro poder de intervención. Como director de guerra mostró en varias ocasiones notables su capacidad, lo mismo para la acción meditada que fulminante.

Sólo a él confié la intención de desplazar la flota a su base de guerra el 30 de julio. Fijó en mí una mirada hosca y lanzó una especie de gruñido. No necesité más. Desvaneció casi con un gesto los recelos de lord Fisher sobre los Dardanelos. Estuvo cerca de un mes sin convocar el pleno del Gabinete antes del intento de forzar los estrechos el 18 de marzo de 1915. Y ello no era ciertamente por olvido. Es que quería someter la cuestión a prueba. Después de la primera repulsa estaba dispuesto a insistir. Desgraciadamente para él mismo y para todos los otros, no agotó el alcance de sus convicciones. Cuando lord Fisher dimitió en mayo y las oposiciones amenazaban con una interpelación, Asquith no vaciló en dispersar su Gabinete; pidió la dimisión de todos los ministros, acabó con la vida política de la mitad de sus colegas, arrojó Haldane a los lobos, echó sobre mí la carga de los Dardanelos y él se dió a la vela, victorioso, al frente de un gobierno de coalición. ¡No «lo hacía todo por bondad»! ¡No todo era agua de rosas! Eran los esfuerzos convulsivos de un hombre de acción y de ambición que lucha a muerte entre las garras de los acontecimientos.

Según la descripción que hace míster Spender de la ruptura de la coalición en 1916, se imaginaba uno a míster Asquith como uno especie de San Sebastián resistiendo impávido, con beatífica sonrisa, la lluvia de flechas con que lo acribillan sus perseguidores. Pero lo cierto es que defendió su autoridad con todos los recursos de su poderoso arsenal. La posición eminente de primer ministro, su autoridad y la independencia que de ella emana, le permitieron utilizar el potente instrumento del tiempo para resolver con frecuente ventaja la caída de su gobierno o la dimisión de ministros importantes, negándose a permitir que se tomase una decisión. «Lo que hemos oído hoy da mucho que pensar; reflexionemos antes de reunirnos de nuevo de qué modo podremos todos ponernos de acuerdo.» En tiempos de paz, tratándose de frívolas superficiales querellas de partido o de personas, esto daba generalmente buen resultado. Pero la guerra indomable, implacable, pronto inutilizaba esta tecla. La

frase de «ver y esperar», que había usado en la paz, no precisamente en sentido dilatorio, sino amenazador, se reflejaba con injusticia, pero con bastante verdad para ser peligrosa, sobre su nombre y su política. Aunque tomaba sin vacilar todas las decisiones críticas en el momento en que las juzgaba oportunas, la angustiada nación no estaba contenta. Pedía una energía frenética en la cumbre; un esfuerzo para impulsar los acontecimientos mejor que dejarse llevar prudente y deliberadamente por ellos.

«Los generales y almirantes han emitido su autorizado informe y en vista del mismo pueden establecerse las siguientes conclusiones...» No es que fueran precisamente éstas las palabras de Asquith, pero era su modo, su estilo, y ello resultaba inadecuado ante la suprema convulsión.

Se pedía más. Se pedía lo imposible. Se pedía una rápida victoria y el estadista era juzgado por la prueba implacable del resultado obtenido. El vehemente y expeditivo Lloyd George, estadista de grandes recursos y de actividad de ardilla, parecía ofrecer más brillantes esperanzas o por lo menos un más rudo esfuerzo.

El relato más autorizado y completo de la caída del Gobierno de Asquith se encuentra en las reveladoras páginas de lord Beaverbrook (1). Trátase de uno de los más preciados documentos históricos de nuestros días, y en lo principal sus asertos no han sido rebatidos. Aquí vemos a míster Lloyd George avanzando hacia su meta tan pronto con suave y diestro artificio, tan pronto con temeraria carga. Y vemos a míster Asquith en el mayor apuro. Su conducta en esta coyuntura se nos ofrece iluminada con nueva luz. No era ciertamente la desamparada víctima que sus enemigos habían creído y su biógrafo ha descrito. Interpretando mal la referencia que míster Bonar Law le había dado sobre la actitud de los ministros conservadores, cometió un error fatal e hizo un virtual arreglo con míster Lloyd George. Asegurado a la mañana siguiente de que tenía abrumador apoyo liberal y conser-

(1) *Los políticos y la guerra (1914-1916)*, vol. 2.

vador en el Gabinete, dió de lado el concertar el acuerdo con aquél en términos de buena fe. Cuando se encontraba débil, contemporizaba y retrocedía; cuando se sentía fuerte, golpeaba con todas sus fuerzas; y al cabo cuando resolvió poner a su rival a prueba colocándolo en la alternativa de gobierno o desacreditarse por completo, se mostró al mismo tiempo impasible y jovial. Jugó la terrible partida con impenetrabilidad de hierro. Soportó la derrota con fortaleza y patriotismo.

* * *

Nunca cesaré de preguntarme por qué míster Asquith, con una gran mayoría liberal a su espalda, no apeló en la crisis de 1916 al recurso de una sesión secreta y no buscó el auxilio de la Cámara de los Comunes. Esa es la última ciudadela de un primer ministro en apuros. Nadie puede negarle su derecho, lo mismo en la paz que en la guerra, a recurrir ante la gran asamblea contra las intrigas de Gabinete, conciliábulos, clubs y periódicos, y entregar su dimisión solamente en sus manos. Sin embargo, el Gabinete liberal que cayó en 1915, la coalición de Asquith que cayó en 1916, la coalición de Lloyd George que cayó en 1922, todos fueron derribados por secretos, oscuros, internos procedimientos de los cuales aún ahora el público sólo conoce lo más grueso de su historia. Soy de opinión de que en todos aquellos casos el confiado recurso al Parlamento habría comportado el triunfo de los respectivos primeros ministros.

Pero no fué así. El Parlamento escuchaba confuso los sofocados rumores del conflicto que se desarrollaba detrás de las cerradas puertas y sumisamente aclamaba al que las trasponía vencedor. Así ganó Lloyd George el bastón de mando del Estado. Alto condestable del imperio británico, lo hizo marchar al ritmo de su paso.

* * *

Míster Asquith fué probablemente uno de los más grandes primeros ministros de tiempo de paz que ha habido. Su inteligencia, su sagacidad, su amplia visión y su

Secret

DU PALAIS

8 Ap 08

My dear Winston

With the King's approval, I have the great pleasure of offering you the post of President of the Board of Trade in the new administration.

It is my intention to seek the assent of Parliament to placing the office on the same level, as regards salary

& status, & retaining its present title, with the Secretaryship of State. But I am afraid that the change cannot come into effect during the current year.

I shall look with much satisfaction for your accession to the Cabinet, both on public & on personal grounds.

I return to England to-morrow.

Yours always,
H H Asquith

valor cívico lo mantuvieron a la máxima altura de la vida pública. Pero en la guerra carecía de los recursos y de la energía, de la previsión y de la dirección asidua que deben presidir en el poder ejecutivo. Míster Lloyd George tenía todas las cualidades que a aquél le faltaban. La nación, por algún instintivo, casi oculto proceso, lo había descubierto. Míster Bonar Law fué el instrumento que separó a míster Asquith y puso a otro en su sitio. Asquith cayó cuando la enorme tarea estaba aún a medio hacer. Cayó con dignidad. Soportó la adversidad con compostura. En el poder o fuera de él la inflexible integridad y el desinteresado patriotismo fueron sus únicos guías. No se olvide nunca que estuvo siempre al lado de su país en todos sus peligros y que jamás vaciló en sacrificar sus intereses personales o políticos a la causa nacional. En la guerra de los bóers, en la gran guerra, bien como primer ministro o como jefe de la oposición, en el ultraje constitucional de la huelga general; en todas estas grandes crisis se mantuvo firme e inquebrantable al lado del rey y de la patria. Los fulgurantes honores, su condado y su jarretera, que le confirió el soberano al fin de su existencia, no eran sino la justa recompensa de su vida de trabajo; y el lustre y el respeto con que la nación iluminó la ruta de su ocaso fueron la medida de los servicios que había prestado y aun más del carácter que había sostenido.

Traducción de la carta autógrafa reproducida en las páginas 434-35.

«8 Ab. 08.—Mi querido Winston: Con la aprobación del rey, tengo el gran placer de ofrecerle el puesto de presidente del «Board of Trade» en la nueva administración. Es mi propósito obtener el asentimiento parlamentario para colocar ese cargo en el mismo nivel que corresponde, según el estatuto, aunque conservando su título actual, a la secretaría de Estado. Pero temo que el cambio no pueda efectuarse durante el año en curso. Saludaré con gran satisfacción su entrada en el Gabinete, a la vez en el terreno público y en el personal. Regreso mañana a Inglaterra. Siempre suyo, *H. H. Asquith.*»

LAWRENCE DE ARABIA [1]

No conocí a Lawrence hasta después de terminar la guerra. Fué en la primavera de 1919, cuando los padres de la paz, o por lo menos los padres del tratado, se hallaban reunidos en París, y toda Inglaterra experimentaba la fermentación del rebrotar. Tan ingente había sido la presión de la guerra, tan enorme su escala, tan absorbentes las grandes batallas en Francia, que sólo tenía una vaga idea del papel desempeñado en la campaña de Allenby por los árabes rebeldes del desierto. Pero entonces alguien me dijo: «Debe usted conocer a ese admirable joven. Sus hazañas son épicas.» Y así, un día, Lawrence vino a almorzar con nosotros. Solía en aquel tiempo usar en Londres y en París su vestimenta árabe para identificarse con los intereses del emir Feisal y con las reclamaciones árabes que estaban a la sazón en áspero debate. En aquella ocasión, sin embargo, vestía corrientemente y parecía a primera vista uno de los muchos elegantes oficiales jóvenes que habían ganado en el conflicto alta jerarquía y distinción. La comida era de hombres solos, y la conversación, general; pero de pronto alguien, más bien malévolamente, contó la historia de su conducta en una investidura que se había celebrado pocas semanas antes.

La impresión que recibí fué la de que se había negado a aceptar las condecoraciones que el rey iba a conferirle en una ceremonia oficial. Yo era secretario de Estado para guerra, y por tanto me apresuré a decir que esta

(1) La mayor parte de este ensayo ya fué publicada en *T. E. Lawrence, por sus amigos*, 1937, y está también tomada de mi dedicatoria en el acto de descubrir la lápida de Lawrence en su escuela de Oxford. Se reimprime aquí en razón de poder ofrecerlo completo. (*N. del T.*)

conducta era detestable, impropia para con el rey como caballero e irrespetuosísima para su calidad de soberano. Todo el mundo podía rehusar un título o una condecoración, todo el mundo, al rehusarlos, podía manifestar las razones o los principios en que fundaba su negativa, pero escoger la ocasión en que su majestad, en cumplimiento de sus deberes constitucionales, se hallaba a punto de realizar el acto de gracia de investirlo personalmente, para hacer una manifestación política, era monstruoso. Como era mi invitado no pude decir más, pero en mi posición oficial no podía decir menos.

No fué sino hasta hace poco cuando me enteré exactamente de los hechos. La negativa se realizó, en efecto; pero no en la ceremonia pública. El rey recibió a Lawrence el 30 de octubre con objeto de celebrar una conversación con él. Al mismo tiempo, su majestad juzgó conveniente concederle la comendaduría de la Orden del Baño y la Orden del Servicio Distinguido, para la cual ya había sido propuesto. Cuando el rey iba a entregarle las insignias, Lawrence rogó que le fuera permitido no aceptarlas. El rey y Lawrence estaban solos entonces.

Si Lawrence se percató o no de que yo estaba mal informado del incidente, lo cierto es que no hizo el menor esfuerzo para aminorar su importancia o disculparse. Aceptó la reprimenda con buen humor. Dijo que era el único medio que tenía a su alcance para llamar la atención de las más altas autoridades del Estado sobre el hecho de que el honor de la Gran Bretaña estaba en juego en dar un trato leal a los árabes, y de que traicionar las demandas francesas sobre Siria sería un borrón en nuestra historia. Era preciso que el mismo rey tuviese conocimiento de lo que se estaba haciendo en su nombre y él no tenía otro medio de lograrlo. Yo contesté que ello no constituía la menor excusa del método empleado, y después hice cambiar la conversación hacia otros y más agradables temas.

Pero debo admitir que este episodio excitó mi interés por conocer más detalles acerca de lo que pasaba en el desierto, y me abrió los ojos sobre las pasiones que en-

tonces hervían en los pechos árabes. Pedí referencias y reflexioné sobre ellas. Hablé con el primer ministro. Me dijo que los franceses querían quedarse con Siria y gobernarla desde Damasco, y añadió que nada podría disuadirlos; que el acuerdo Sykes-Picot, concertado durante la guerra, había hecho confusa en grado sumo la solución en principio, y que solamente la Confederación de la Paz podría decidir las reclamaciones y compromisos en discordia. Esto era incontestable.

No volví a ver a Lawrence durante varias semanas. Estaba, si mi memoria me es fiel, en París. Usaba su traje árabe y con él se revelaba por completo la magnificencia de su continente. La gravedad de su porte, la precisión de sus opiniones, la categoría y calidad de su conversación; todo parecía realzado por el espléndido turbante y el total atavío árabe. Entre aquellas flotantes vestiduras sus nobles facciones, sus bien cincelados labios, sus relampagueantes ojos llenos de fuego e inteligencia, brillaban más. Parecía lo que era: uno de los más grandes príncipes de la Naturaleza. Nuestro encuentro fué más agradable esta vez, y yo empecé a formar aquella impresión de su calidad y de su fuerza que desde entonces perdura en mí. Desde entonces, llevase los prosaicos vestidos de la vida diaria inglesa o el uniforme de mecánico de la real fuerza aérea, ya le vi siempre como aparece en el brillante boceto debido al lápiz de Augustus John.

Empecé a enterarme de muchas más cosas suyas por amigos que habían combatido a sus órdenes y por las charlas sin fin que acerca de él se oían en toda clase de círculos: militares, diplomáticos y académicos. Resultaba ser a un mismo tiempo sabio y soldado, arqueólogo y hombre de acción, brillante hombre de letras y partidario árabe.

Pronto llegó a hacerse evidente que su causa no marchaba bien en París. Acompañaba por todas partes a Feisal, como amigo e intérprete. Y bien lo interpretaba. Despreció sus vínculos ingleses y todas las cuestiones de su carrera ante lo que consideraba como su deber para con los árabes. Chocó con los franceses. Se enfrentó con

Clemenceau en largas y repetidas controversias. Encontró un adversario digno de su temple; el viejo Tigre tenía un rostro tan fiero como el de Lawrence, una mirada tan imbatible, una fuerza de voluntad pareja. Clemenceau sentía profundamente el Oriente, amaba al paladín, admiraba las hazañas de Lawrence y reconocía su genio. Pero las aspiraciones francesas sobre Siria eran viejas, de cien años. La idea de que Francia, sangrada a fondo en las trincheras de Flandes, saliese de la gran guerra sin su parte de territorios conquistados, era insoportable para él y jamás habría sido tolerada por sus compatriotas.

Todos saben lo que siguió; después de largas y agrias controversias en París y en Oriente, la Conferencia de la Paz otorgó a Francia el mandato sobre Siria. Cuando los árabes se opusieron por la fuerza, las tropas francesas arrojaron al emir Feisal de Damasco tras una lucha en la cual los más bravos jefes árabes resultaron muertos; dispusieron la ocupación de esta espléndida provincia, reprimieron las subsiguientes revueltas con la mayor severidad y la gobernaron hasta hoy con ayuda de su poderoso ejército (1).

Mientras esto acontecía no volví a ver a Lawrence, y precisamente cuando tantas cosas fallaban en el mundo de la postguerra, el trato que se daba a los árabes no parecía excepcional. Pero al pensar en Lawrence me daba cuenta de lo intensas que tendrían que ser sus emociones. Sencillamente, no sabía qué hacer: iba de un sitio a otro, desesperado y como si aborreciese la vida. En algunos de sus escritos publicados nos manifiesta que toda ambición personal había muerto en él antes de su triunfal entrada en Damasco durante la fase final de la guerra. Pero estoy seguro de que su suplicio al observar el desamparo de sus amigos árabes, a los cuales había empeñado su palabra, y el ver mancillada esta palabra que era, según él lo entendía, la palabra de Inglaterra, fué la causa principal de su renuncia definitiva a toda intervención en los grandes asuntos. Su trabajada naturaleza había sido expuesta

(1) Escrito en 1935.

durante la guerra a las más extraordinarias tensiones, pero entonces su espíritu le sostenía. Ahora era el espíritu el que estaba herido.

En la primavera de 1921 fuí designado para el Departamento de Colonias a fin de activar los asuntos del Oriente Medio y poner las cosas en cierto orden. Por entonces acabábamos de sofocar una peligrosa y muy sangrienta rebelión en el Irak, y más de 40.000 hombres, con un gasto de 30.000.000 de libras al año, se requerían para conservar el orden. Esto no podía seguir. En Palestina, el conflicto entre árabes y judíos amenazaba a cada momento con adquirir caracteres de violencia. Los cabecillas árabes arrojados de Siria con muchos de sus secuaces —todos ellos aliados anteriores nuestros—acechaban furiosos en el desierto, más allá del Jordán. Egipto estaba en fermentación. De esta manera, el Oriente Medio ofrecía en su totalidad un lastimoso y alarmante cuadro. Yo establecí una nueva dependencia del Departamento de Colonias para descargarlo de estas nuevas responsabilidades. Media docena de hombres muy capacitados, procedentes unos de la oficina de la India y reclutados otros entre los que habían servido durante la guerra en el Irak y en Palestina, formaban el núcleo. Resolví agregar a Lawrence a ese número, si era posible persuadirlo. Todos lo conocían bien, y varios habían servido con él o a sus órdenes en la campaña. Cuando les revelé mi propósito se quedaron francamente atónitos: «¡Pero qué! ¿Queréis ponerle riendas al asno salvaje del desierto?» Tal fué la actitud dictada en no pequeña parte por la envidia o por subestimar las cualidades de Lawrence, pero también por la sincera convicción de que, dada su manera de ser y su temperamento, jamás podría acomodarse al trabajo rutinario de una oficina pública.

Sin embargo, yo persistí. Ofrecí a Lawrence un puesto importante, y con gran sorpresa de casi todos, aunque no con la mía, aceptó inmediatamente. No es éste el sitio oportuno para entrar en detalles acerca de los embrollados y espinosos problemas que teníamos que resolver. Un escueto perfil bastará. Era necesario palpar la cuestión en

su mismo centro. Por lo tanto, convoqué una conferencia en El Cairo, a la cual, prácticamente, fueron citados todos los expertos y todas las autoridades en los asuntos del Oriente Medio. Acompañado por Lawrence, Hubert Young y Trenchard, éste del Ministerio del Aire, partí para El Cairo. Allí y en Palestina permanecimos cerca de un mes. Sometimos al Gabinete las siguientes proposiciones principales: primeramente, repararíamos el agravio inferido a los árabes y a la casa de los sherifes de La Meca colocando en el trono del Irak, como rey, al emir Feisal y confiando al emir Abdulla el gobierno de Transjordania. En segundo lugar, retiraríamos prácticamente todas nuestras tropas del Irak y encargaríamos su defensa a la Real Fuerza Aérea. Por último, sugeríamos un arreglo de las dificultades surgidas entre los judíos y los árabes de Palestina, que podría servir de base para lo futuro.

Tremenda oposición se alzó contra las dos primeras propuestas. El Gobierno francés se resintió profundamente del favor mostrado hacia el emir Feisal, a quien consideraba como un rebelde derrotado. El ministro de la Guerra inglés se extrañaba de lo referente a la retirada de tropas y aseguraba matanzas y ruina. Yo ya había advertido, sin embargo, que cuando Trenchard se proponía hacer algo extraordinario, solía llevarlo a cabo. Nuestras proposiciones fueron aceptadas, pero necesitamos un mes de las más difíciles y activas gestiones para llevar a la práctica lo que habíamos tan rápidamente decidido.

La actuación de Lawrence como funcionario civil fué una fase única en su vida. Todo el mundo estaba asombrado de su calma y de su tacto. Su paciencia y disposición para trabajar con otros sorprendía aun a aquellos que lo conocían mejor. Tremendas confabulaciones debieron haberse concertado entre estos expertos, y hubo veces en que la tensión debió de haber sido extrema. Pero en lo que a mí se refiere, recibí siempre el consejo unánime de dos o tres de los hombres con que he tenido la fortuna de trabajar en mi vida. No sería justo atribuir sólo a Lawrence todo el crédito por el gran éxito que la

nueva política aseguró. Lo más admirable era que resultaba capaz de inhibir su propia personalidad, de cohibir su imperiosa voluntad y de anegar sus propios conocimientos en el fondo común. Esa es una de las pruebas de la excelencia de su carácter y de la variedad de su genio. Tenía la esperanza de cumplir en una amplia medida las promesas que había hecho a los jefes árabes y de instaurar una relativa paz en aquellas extensas regiones.

En aquella causa fué capaz de llegar a ser—me atrevo con la palabra—un tozudo funcionario. El esfuerzo no fué en vano. Sus propósitos prevalecieron.

Al terminar el año, las cosas empezaron a mejorar. Todas nuestras medidas se aplicaron una tras otra. El ejército abandonó el Irak, las fuerzas aéreas se instalaron en un recodo del Éufrates, Bagdad aclamó a Feisal como rey, Abdulla se estableció tranquila y cómodamente en Transjordania. Un día le dije a Lawrence: «¿Qué querría usted hacer cuando todo esto quede arreglado? Los mejores destinos están a su disposición si le interesa continar su nueva carrera en el servicio colonial.» Sonrió con su blanda, radiante, enigmática sonrisa y dijo: «Dentro de muy pocos meses mi tarea aquí habrá terminado. El trabajo está hecho y perdurará.» «Bueno, pero ¿y usted?» «Todo lo que usted verá de mí será una pequeña nube de polvo en el horizonte.»

Cumplió su palabra. En aquel tiempo se encontraba, creo yo, carente de recursos. Su sueldo no excedía de 1.200 libras anuales, y gobiernos y altos mandos estaban entonces a mi disposición. De nada sirvió. Como último resorte le envié a Transjordania, donde algunas dificultades habían surgido de improviso. Se le otorgaron plenos poderes. Usó de ellos con su antiguo vigor; destituyó funcionarios, empleó la fuerza, restauró completamente la tranquilidad. Todos estábamos encantados con el éxito de su misión, pero nada pudo persuadirle a que la continuara. No sin tristeza vi «la pequeña nube de polvo» desvanecerse en el horizonte. Y ello fué varios años antes de que nos volviésemos a encontrar. Insisto sobre esta parte de sus actividades porque en una carta suya, recien-

temente publicada, les asigna una importancia mayor que a sus acciones guerreras. Pero ese juicio no es exacto.

El siguiente episodio fué la redacción, impresión, encuadernación y publicación de su libro *Los siete pilares.* Éste es quizá el momento de tratar de este tesoro de la literatura inglesa. Como narración de guerra y aventuras, como descripción de todo lo que los árabes significan para el mundo, no tiene rival. Se sitúa al lado de los mejores libros escritos en lengua inglesa. Aunque Lawrence no hubiese nunca hecho otra cosa que escribir este libro como mera obra de la imaginación, su fama duraría —para citar la repetida frase de Macaulay—«tanto como la lengua inglesa en cualquier lugar del Globo». *La ruta de los peregrinos, Robinson Crusoe, Los viajes de Gulliver,* son libros amados en los hogares ingleses. El de Lawrence es, originariamente, un cuento igual a aquéllos en interés y encanto. Pero es realidad, no ficción. El autor fué al mismo tiempo el caudillo. Los *Comentarios de César* hacen entrar en juego ejércitos más numerosos, pero en la historia de Lawrence no falta nada de lo que siempre ha sucedido en la esfera de la guerra y de la dominación. Cuando casi toda la vasta literatura de la guerra se haya condensado en epítomes y sea reemplazada por los comentarios e historias de las generaciones futuras, cuando las complicadas e infinitamente costosas operaciones de sus pesados ejércitos sean sólo de interés para los militares estudiosos, cuando nuestras contiendas sean contempladas en más lejanas perspectivas y más verdaderas proporciones, la historia de la rebelión en el desierto escrita por Lawrence brillará con fulgor inmortal.

Oí decir que estaba dedicado a esta obra, y que cierto número de personas a quienes él consideraba dignas de este honor eran invitadas a suscribir 30 libras por cada ejemplar. Lo hice muy gustoso. En el ejemplar que casualmente llegó a mis manos, escribió Lawrence, con un intervalo de doce años, dos inscripciones para mí muy preciadas, aunque mucho ha cambiado desde entonces y ya estaban muy lejos de la verdad en su tiempo. No me permitió que pagase el libro; dijo que yo lo merecía.

En principio, la estructura del libro es sencilla. Los ejércitos turcos que operaban contra Egipto dependían del ferrocarril del desierto. La estrecha vía férrea corría a través de centenares de millas de abrasadora arena. Si se les cortaba definitivamente, los ejércitos turcos debían fatalmente sucumbir, arrastrando con ello la ruina de Turquía y subsiguientemente el derrumbamiento del enorme poder teutónico que escupía su odio por la boca de diez mil cañones en las llanuras de Flandes. Aquél era el tendón de Aquiles y sobre él dirigía sus audaces, desesperados, románticos ataques aquel joven de veintitantos años. Hay en el libro descripciones de esos asaltos en serie numerosa. Monótonas marchas en camello, sobre tierras calcinadas y ardientes, donde la desolación de la Naturaleza aterra al viajero. Con un automóvil o un aeroplano podemos inspeccionar ahora esas inhóspitas soledades, sus arenas sin fin, las abruptas, caldeadas rocas, azotadas por el vendaval, los desfiladeros montañosos que parecen los de la luna calentada al rojo. Pero entonces, unos hombres montados sobre camellos, con infinitas privaciones y abrumador afán atravesaban estas tierras transportando dinamita para destruir puentes de ferrocarril, ganar la guerra y, como en aquella época esperábamos, libertar al mundo.

Aquí vemos al Lawrence soldado. No solamente soldado, sino estadista: levantando los feroces pueblos del desierto, penetrando los misterios de sus pensamientos, conduciéndolos a los puntos escogidos para la acción y, de vez en cuando, poniendo él mismo fuego a la mina. Detallados relatos se nos ofrecen de feroces batallas, con miles de hombres y poco cuartel, libradas sobre esos infernales paisajes de lava. No hay efectos de masas. Todo es intenso, individual, íntimo, y, sin embargo, fundido en circunstancias exteriores que parecerían prohibitivas de la humana existencia. Transiéndolo todo, una mente, un alma, una voluntad. Una epopeya, un prodigio, un cuento de terror, y, en el corazón de todo ello, un hombre.

* * *

La impresión de la personalidad de Lawrence perdura vigorosa y viva en el espíritu de sus amigos, y el sentimiento de su pérdida no se ha desvanecido en manera alguna entre sus compatriotas. Todos se sienten más infortunados desde que se ha ido de entre nosotros. En estos días en que peligros y dificultades se ciernen sobre Inglaterra y su imperio, nos damos cuenta de la carencia de figuras eminentes capaces de vencerlos. Aquél era un hombre en el cual existía no solamente una gran capacidad de servicio, sino ese toque del genio que todo el mundo reconoce y nadie puede definir. Lo mismo en su gran período de mando y aventura que en los últimos años de autosupresión y voluntario eclipse, siempre prevaleció sobre aquellos con quienes estuvo en contacto. Sentíanse en presencia de un ser extraordinario. Se percataban de que sus latentes reservas de fuerza y voluntad excedían de toda medida. Si se lanzaba a la acción, ¿quién podía decir qué crisis sería capaz de vencer o reprimir? Y si las cosas iban muy mal, ¡cuánto se alegraría uno de verle aparecer a la vuelta de la esquina! Parte del secreto de este poderoso ascendiente radica en su desdén por la mayor parte de los premios, placeres y halagos de la vida. Es natural que todo el mundo mire con cierto respeto a un hombre que se presenta totalmente ajeno e indiferente al hogar, al dinero. a las comodidades, a la posición social y hasta al poder y a la fama. El mundo siente, no sin cierto recelo, que ante él aparece alguien que está fuera de su jurisdicción; alguien para quien son vanas sus seducciones; alguien extrañamente manumitido, indomado, desligado por convicción, moviéndose independientemente de las corrientes ordinarias de las acciones humanas: un ser realmente capaz de rebelión violenta o de supremo sacrificio; un hombre solitario, austero, para quien la existencia no es más que un deber, pero un deber para ser fielmente cumplido.

Era en realidad un morador de las cumbres de montaña donde el aire es frío, enrarecido y estimulante, y donde la vista, en días claros, domina todos los reinos del mundo y sus glorias.

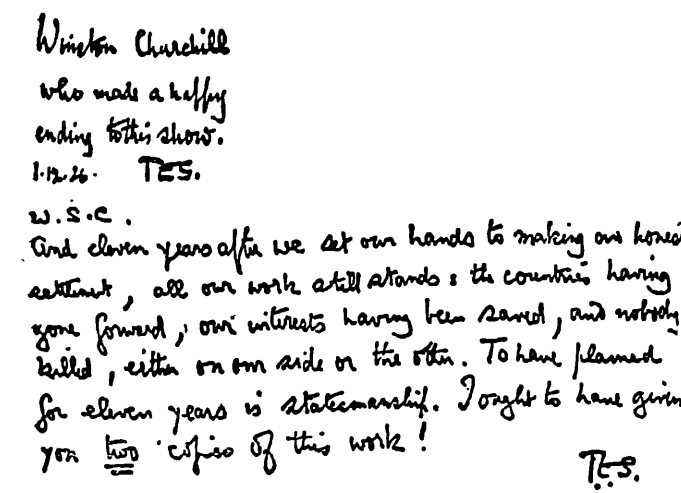
Lawrence fué uno de esos seres cuyo paso por la vida fué más rápido y más intenso que de ordinario. De igual modo que un aeroplano sólo vuela por su velocidad y su presión contra el aire, así él volaba mejor y más fácilmente en el huracán. No estaba en completa armonía con lo normal. La furia de la gran guerra elevó el ápice de la vida al nivel de Lawrence. Las multitudes fueron empujadas hacia adelante hasta acomodar su paso al ritmo del suyo. En este período heroico se encontró en perfecto acorde con los hombres y los acontecimientos.

Algunas veces me he preguntado qué sería de Lawrence si la gran guerra hubiese durado unos años más. Su fama se extendía rápidamente y con el ímpetu de lo fabuloso a través de Asia. La tierra temblaba con la ira de las naciones en guerra. Fundíanse todos los metales. Todo estaba en conmoción. Nadie podría decir lo que era imposible. Lawrence pudo haber realizado el sueño juvenil de Bonaparte de conquistar el Oriente; pudo haber llegado a Constantinopla en 1919 o en 1920, llevando en pos de sí muchas de las tribus y razas de Asia Menor y Arabia.

Pero el viento tempestuoso cesó tan súbitamente como había empezado. Despejóse el cielo. Tocaron las campanas del armisticio. El género humano retornó con alivio indescriptible a su vida ordinaria, tan largo tiempo interrumpida, tan profundamente amada; y Lawrence se quedó solo, moviéndose en diferente plano y a distinta velocidad.

Cuando su obra maestra literaria fué escrita, perdida y vuelta a escribir; cuando cada ilustración había sido detenidamente ponderada y todo incidente ortográfico y tipográfico resuelto con meticuloso cuidado; cuando Lawrence en su bicicleta había llevado su precioso volumen a los pocos, a los poquísimos, a quienes se dignó leerlo, encontró a mano otra tarea que alegró y confortó su alma.

Vió tan claramente como cualquiera el poder de la navegación aérea y todo cuanto podría significar para el tráfico o la guerra. Encontró en la vida de aviador aquel bálsamo de paz y equilibrio que ninguna gran posición,


Winston Churchill
who made a happy
ending to this show.
1.12.26. T.E.S.

W.S.C.
And eleven years after we set our hands to making our honest
settlement, all our work still stands: the countries having
gone forward, our interests having been saved, and nobody
killed, either on our side or the other. To have planned
for eleven years is statesmanship. I ought to have given
you two copies of this work!
T.E.S.

ningún mando podrían haberle otorgado. Sintió que viviendo la vida de un soldado raso de aviación dignificaría esa honorable vocación y ayudaría a traer, a la esfera que más urgentemente lo necesita, la más despierta juventud masculina. Por este servicio y ejemplo, al que consagró los doce últimos años de su vida, tenemos contraída con él una deuda aparte. Constituyó por sí mismo un presente principesco.

Traducción de las dedicatorias autógrafas reproducidas en esta página:

«A Winston Churchill, que puso felizmente fin a este espectáculo.—1-12-26.—*T. E. L.*»

»W. S. Ch.

»Y once años después de haber puesto nuestras manos en el logro de un honesto arreglo, todo nuestro trabajo perdura aún: los países han progresado, nuestros intereses han sido preservados, y no hubo muertos de una parte ni de otra. Haber allanado los obstáculos durante once años ya revela condiciones de estadista. Debería haberle dado a usted *dos* ejemplares de este libro.

T. E. L.»

Lawrence poseyó en gran medida la versatilidad del genio. Tenía en su mano una de esas llaves maestras que abren las puertas de muchas clases de tesoros. Fué sabio y soldado; arqueólogo lo mismo que hombre de acción; perfecto literato igual que partidario árabe; mecánico al mismo tiempo que filósofo. Su fondo de sombría experiencia y reflexión parecía acusar con más brillantez el gozo y el encanto de su camaradería y la generosa majestad de su naturaleza. Los que lo conocieron mejor lo echan más de menos; pero la patria es quien más siente su ausencia, y en estos graves momentos sobre todo.

Porque este es un tiempo en que los grandes problemas sobre los que tan dilatadamente concentró Lawrence su trabajo y su pensamiento; problemas de defensa aérea, problemas de nuestras relaciones con los pueblos árabes, ocupan en nuestros asuntos un espacio cada día mayor. Viendo sus reiteradas renunciaciones, pensé siempre que era un hombre que se mantenía dispuesto a una nueva vocación, a una nueva llamada. Mientras Lawrence vivió, creyóse siempre—y yo profundamente—que alguna exigencia imperiosa lograría arrancarlo del modesto sendero que decidió pisar y situarlo de nuevo en plena acción y en el centro de memorables acontecimientos.

No pudo ser así: la intimación que a él llegó y para atender la cual estaba igualmente preparado, fué de otro orden. Vino como él hubiera querido, rápida y súbita, en alas de la velocidad.

Había dado el último y veloz paso en su valiente carrera a través de la vida.

All is over! Fleet career,
Dash of greyhound slipping thongs,
Flight of falcon, bound of deer,
Mad hoof-thunder in our rear,
Cold air rushing up our lungs,
Din of many tongues (1).

(1) ¡Todo acabó! Veloz carrera,—Galopada de galgo que se evade de la traílla—Vuelo de halcón, brinco de gamo,—Loco chocar de cascos que nos persiguen,—Aire frío que transe y rechaza nuestro pulmón.—Alborotado hablar de muchas lenguas.

El rey Jorge V escribió al hermano de Lawrence: «Su nombre vivirá en la Historia.» Es verdad. Vivirá en las letras inglesas; vivirá en las tradiciones de la Real Fuerza Aérea; vivirá en los anales de guerra y en las leyendas de Arabia.

«F. E.», PRIMER CONDE DE BIRKENHEAD

HACE cien años, Thomas Smith era el mejor corredor y el más temible púgil del distrito oeste de Yorkshire. Ganaba la vida como minero. En aquellos días, los mineros formaban una clase aparte. Estaban «ligados» a sus patronos por contratos cuyas cláusulas recordaban la servidumbre de la Edad Media; vivían, en su mayor parte, en comunidades aisladas, una vida de grandes privaciones y eran mirados por otros obreros más afortunados poco menos que como salvajes. Conforme a la rutina, el pozo—con su oscuridad, sus mil peligros en acecho y su batalladora camaradería—se tragaba al hijo de una familia minera.

Pero Thomas Smith decidió que su hijo, por una vez, seguiría una vida diferente. Con grandes sacrificios logró darle cierta instrucción, y el joven, aprovechando la oportunidad, consiguió una plaza de maestro de escuela, primero en Wakefield y después en Birkenhead. Devoto noconformista independiente de la más dura y estrecha doctrina, este Thomas Smith había traído a casa como esposa a una extraña, selvática criatura de vivos y fieros modales y de una voluntad pareja a la suya. Se dice que era de raza gitana; poseía, en efecto, la morena, pero brillante belleza que acompaña a veces a la sangre romaní. Un curioso, pero feliz consorcio, y con notables consecuencias, pues los aficionados a estudios sobre herencia pueden tomar nota de que el nieto de Thomas y Betsabé Smith llegó a ser lord canciller de Inglaterra: fué Frederic Edwin Smith, primer conde de Birkenhead.

Nuestro país saca su fuerza de muchos manantiales. Y en el siglo y medio último ha descubierto frescas reservas de dirección en las nuevas clases medias, creadas por la expansión de empresa y por la riqueza que siguió

a la revolución industrial. Sin nombre o influencia que les apoyase, a menudo sin más dinero que el ganado por su propio esfuerzo, estos hijos de comerciantes e industriales, de médicos, abogados y clérigos, de autores, maestros y tenderos, se han abierto paso en la vida pública hasta ponerse a la cabeza—tan sólo por su natural valer—de casi todos los grandes negocios. Su contribución al gobierno del país ha sido rica y variada. Al echar una mirada retrospectiva es imposible imaginar lo que habría sido de nosotros sin su concurso. Borradlos de sus páginas, y ¿qué queda de la historia política de los siglos XIX y XX? Peel, Gladstone y Disraeli; Bright, Cobden y los Chamberlain; Asquith, Bonar Law y Baldwin han desaparecido todos de la escena.

Frederick Edwin Smith fué uno de estos tipos, aunque surgido a través del más rudo esfuerzo. Su padre, el hijo de Thomas, según nos refiere su filial biógrafo en un grato y ameno libro (1), huyó de casa a la edad de diecisiete años a consecuencia de una disputa sobre el patinaje en domingo. Se alistó en el ejército, sirvió en la frontera del Noroeste y llegó a sargento mayor a los veintiún años. Cuando volvió a Inglaterra se consagró por algún tiempo a los asuntos de familia; después estudió Derecho, y fué recibido en el Foro. Intervino en política, y parecía llamado a seguir una distinguida carrera jurídica y parlamentaria cuando falleció de repente a los cuarenta y tres años. Y como Frederick Edwin tenía a la sazón dieciséis, ello implica que tuvo que abrirse paso en el mundo. Un tío suyo se brindó a ayudarle a estudiar en Oxford, pero sólo a condición de que ganase una beca. La ganó. Después de la gozosa holganza y del placentero optimismo de su vida universitaria, encontróse lleno de deudas y sin otra perspectiva para zafarse de sus dificultades que la de conseguir una calificación de primera clase en la escuela. Se encerró en su alojamiento y durante seis meses estudió catorce horas diarias. Logró su propósito, y al año siguiente llegó a ser discípulo vine-

(1) *Frederick Edwin, Earl of Birkenhead.* Birkenhead.

riano de Derecho y miembro del Colegio Merton. Fué recibido en el Foro en 1899. En 1904 ganaba seis mil libras anuales, y en 1908 tomó la investidura de consejero de la reina. Su reputación parlamentaria ya estaba entonces cimentada firmemente. Se había convertido en una figura nacional con sólo su primer discurso.

Aquel discurso fué un atrevido azar. Sabía que lo era. Mientras se dirigía en coche con su mujer hacia Westminster la tarde en que esperaba hacer sus comienzos parlamentarios, le habló de su resolución de colocarlo todo en este juego y de que ya había calculado el coste del fracaso.

—Si fracaso—dijo—, no tendré más remedio que permanecer callado durante tres años, hasta que se olvide mi desgracia.

—¿Tienes que arriesgar tanto?—le preguntó ella.

El discurso fué un triunfo. Sólo oí la última parte; pero desde el momento en que entré en la atestada Cámara tuve la impresión de que los Comunes estaban escuchando a una nueva figura de primera línea. Tim Healy, el nacionalista irlandés, un maestro de la inventiva y uno de los más brillantes polemistas de la Cámara, escribió una nota mientras el joven diputado se sentaba entre una tempestad de aplausos. Fué pasada entre los escaños. «Soy viejo y usted es joven», decía, «pero me ha derrotado en mi propio juego.»

No llegué a conocerlo hasta que tenía treinta y cuatro años. Conservador ardiente, estaba disgustado conmigo por abandonar el partido con motivo de la solución proteccionista. Su propio padre había sido de 1880 al 90 un gran admirador de lord Randolph Churchill y le había enseñado a abrazar no sólo las concepciones de la democracia *tory*, sino a pensar con agrado en aquel que había trabajado por convertirla en fuerza actuante en la moderna política. «F. E.», para usar sus famosas iniciales, experimentaba fuerte animosidad hacia mí por haber quebrantado una continuidad. No quiso tratarme. Sólo cuando el Parlamento de 1906 llevaba varios meses de vida fuimos presentados por un amigo común en ocasión

en que ambos estábamos en el bar de la Cámara de los Comunes momentos antes de un enconado debate. Pero desde aquella hora nuestra amistad fué perfecta. Fué una de mis más preciadas adquisiciones, jamás perturbada por las luchas partidistas, jamás quebrantada por la más ligera diferencia personal ni por ningún equívoco. Creció más fuerte a través de casi un cuarto de siglo y no terminó sino con su prematura muerte. El agrado de su trato y las enseñanzas que reportaba eran muy notables. El mundo de los negocios y el público en general veían en F. E. Smith una robusta, batalladora personalidad, atravesando a zancadas el campo de batalla de la vida, capturando sus presas cuando caían y regocijándose con sus proezas. Veían su aspecto arrollador. Amigos y adversarios sentían el aguijón de sus sarcasmos y de sus réplicas, lo mismo en la Cámara de los Comunes que en el Foro. Muchos propendían a considerarlo como un simple demagogo cuyo ingenio había sido aguzado en el esmeril legal. Es una opinión en la que suele incurrir quienes practican las artes populares ante auditorios de obreros en épocas de facción. Las cualidades que detrás se ocultaban no fueron comprendidas por sus compatriotas hasta los últimos diez años de su vida.

Pero sus amigos íntimos—y yo, desde luego—le aclamamos por lo que era: un sincero patriota; un estadista sabio, grave, prudente; un verdadero gran jurista; un literato de gran preparación, y un ser alegre, brillante, leal, amable. Juntos hicimos importantes viajes. Ambos servimos muchos años en los húsares de Oxfordshire. Nos hallamos entrambos reiteradamente en Blenheim. Nos encontramos y charlamos en multitud de ocasiones: jamás me separé de su lado sin haber aprendido algo y sin haberme divertido, además. Siempre estaba de broma; pero por encima de eso siempre dejaba ver un macizo buen sentido y una sagaz comprensión que hacían su consejo inapreciable, lo mismo en la contienda pública que en el embrollo privado. Poseía todas las virtudes caninas en notable grado: valor, fidelidad, vigilancia, amor a la caza. Había llegado a estables y algo sombrías conclusiones en

una porción de materias sobre las que muchas gentes se contentan con permanecer suspensas. Hombre de mundo, hombre de negocios, hombre de ley; aficionado a la palabra hablada o escrita, atleta, deportista, bibliófilo; pocos tópicos había por los que no se interesase, y que, al atraerle, no pudiese exponer y embellecer.

Pero con toda su volubilidad, fué uno de los hombres más constantes que jamás he conocido. Su actuación política, entre todas las convulsiones de nuestro tiempo, fué de una pieza. Gravitaba sobre el mismo plano y avanzaba por idéntico proceso mental hacia el mismo fin. Fué siempre uno de aquellos *tories* que unieron el orgullo por las glorias de Inglaterra a una sincera simpatía hacia las masas asalariadas y los hogares campesinos. Isistía con orgullo sobre su humilde origen, lo exageraba, se jactaba de él. Se encontraba a sus anchas en la libre y civilizada sociedad que abría las más amplias oportunidades al talento, por desprovisto que se encontrase de bienes o de favor. Jamás fué un hombre de partido tan rígido como podría inferirse de sus discursos de antes de la guerra, por sectarios y enemigos de alianzas con otras fracciones que apareciesen. Al contrario: la idea de un partido o de un gobierno nacional siempre le excitó y le atrajo. Su inquebrantable amistad y admiración por míster Lloyd George databa de nuestro intento de formar, en el año 1910, una coalición nacional para concertar las soluciones de los problemas constitucional e irlandés, entonces en juego, y para prepararnos contra los peligros europeos, que ya empezaban a ser visibles para sus ojos. Jamás su inteligencia estuvo cerrada a una política de autonomía de Irlanda, con tal de que los derechos de Ulster quedasen realmente garantizados. La última parte de su vida vió muchas cosas realizadas con su concurso y que su corazón había deseado, o que por lo menos su mente no había rechazado nunca.

Hace veintidós años, cuando se formó la primera coalición y yo volví a colaborar con los *tories*, y en todo menos en la protección, nos encontramos siendo colegas: primero en la guerra, en la paz después. Por cerca de diez años

nos sentamos en el Gabinete un al lado del otro, y apenas puedo recordar algún asunto, y desde luego ninguno de importancia, sobre el cual no hubiésemos estado cordial y espontáneamente de acuerdo. Lo que más deploro es su ausencia durante aquellos años en que me pareció que el porvenir de la India estaba en riesgo. Con su ayuda—creo yo—, distintas y superiores soluciones podrían haber sido adoptadas.

* * *

Para todo lo que se tratase de discusión, argumento, exposición, recurso o altercado, F. E. tenía un arsenal completo: la estaca para el mitin, la tizona para una disputa personal, la intrincada red y el inesperado tridente para asustadizo conclave. Sus hijos nos han facilitado muchos los tribunales, y un jarro de agua fría para un perplejo y ejemplos respecto al uso de tan variados instrumentos.

Es difícil que haya habido jamás un encuentro más sostenido e implacable que el mantenido entre él y el juez Willis en el tribunal del condado de Southwark.

Un chico, atropellado por un tranvía, reclamaba de la empresa una indemnización de daños. F. E. comparecía por la compañía. El accidente había producido la ceguera del muchacho. El juez, amable, pero algo gárrulo, mostraba en exceso su simpatía hacia el demandante.

—¡Pobre chico, pobre chico!—exclamaba—. ¡Ciego! Subidlo a una silla para que el jurado pueda verlo.

Esto era desequilibrar la balanza de la Justicia, y F. E. decidió protestar.

—Acaso su señoría prefiera que el muchacho se coloque resueltamente en el escaño del jurado—dijo.

—Esa es una observación improcedente—exclamó el juez.

—Pero provocada por una sugerencia más improcedente todavía—fué la inmediata respuesta.

El juez Willis trató de buscar una réplica decisiva. Al fin la encontró:

—Míster Smith: ¿ha oído usted hablar de una frase

de Bacon—el gran Bacon—en la que dice que la juventud y la discreción hacen mala pareja?

—Sí—replicó al instante—, y ¿no ha oído su señoría hablar de un dicho de Bacon—el gran Bacon—según el cual un juez que habla mucho es como un címbalo desafinado?

—Es usted excesivamente procaz, joven — exclamó el juez.

—En realidad, lo somos entrambos—dijo Smith—; pero yo trato de serlo y su señoría no puede remediarlo

Tal diálogo sería considerado brillante en una obra de teatro escrita reposadamente, pero que estas sucesivas réplicas, cada una más aplastante que la anterior, hubieran surgido espontáneas, inspiradas por el acicate del momento, es asombroso.

Y aun poco menos sorprendente resulta, quizá, el hecho de que el juez Willis siguiese dando ocasión para que F. E. hiciese gala de su implacable ingenio.

—¿Para qué supone usted que estoy en el tribunal, míster Smith?

—No me incumbe, señor, tratar de sondear los inescrutables designios de la Providencia.

Los mismos chispazos brotaban de él en la tribuna pública, y a veces en tono familiar. En un mitin electoral, un interruptor estaba atormentando al candidato en cuyo favor acababa de hablar F. E. Lo oía éste con creciente impaciencia, y, por último, intervino para indicar que el sujeto debería quitarse la gorra cada vez que hiciese una pregunta.

—Me quitaré las botas, si usted quiere—dijo un ronco grito.

—¡Ah, ya sabía yo que usted venía aquí para algo enojoso!—observó F. E.

En otra ocasión, en el apogeo de su vida, estaba hablando en un mitin que se celebraba en su viejo distrito. En un momento de su discurso, dijo:

—Y ahora os diré exactamente lo que el Gobierno ha hecho por todos vosotros.

—¡Nada!—gritó una mujer en la galería.

—Mi querida señora—dijo lord Birkenhead—: hay tan poca luz en esta sala que me priva de ver con claridad vuestros indudables encantos, por lo cual no puedo decir con exactitud si sois una virgen, una viuda o una matrona; pero en cualquiera de estos casos os probaré que no tenéis razón. Si sois una púdica doncella, os hemos dado el voto; si sois casada, hemos dado trabajo y reducido el coste de la vida; si sois viuda, os hemos dado una pensión..., y si no sois nada de esto y sí lo suficientemente loca para ser una bebedora de té, os hemos reducido la tasa del azúcar.

Lo maravilloso es su espontaneidad. Me gustaría seguir citando otros golpes análogos. Muchos de ellos se conservan en la excelente *Vida* que ha escrito su hijo. F. E. era capaz en cualquier circunstancia, y yo puedo atestiguarlo, de dar una réplica que hacía que la concurrencia se riese del contrincante, si no la hacía a veces volverse contra él. La gente le temía por su mordacidad. Yo mismo, a pesar de conocerlo tan bien, me abstenía de llevar demasiado lejos ciertas conversaciones cuando había otras personas presentes para evitar que la amistad pudiese sufrir menoscabo.

No puedo hablar por referencia directa de sus éxitos forenses, porque sólo una vez le oí informar ante un tribunal de justicia. No me parecía tan bien en la Cámara de los Comunes como en un mitin o en un banquete público. Perteneció relativamente poco tiempo a la Cámara —diez o doce años—, y su carácter y estilo correspondían a otros moldes. Sin embargo, nadie puede negar sus muchos y notables éxitos parlamentarios. Me parecía que se encontraba más a su gusto en la Cámara de los Lores y que su preponderancia era aquí aún mayor que en la Cámara Baja. Oírle intervenir en un debate desde el escaño del Gobierno, hablando durante una hora seguida sin una nota, sin un gesto, casi sin la menor alteración en el tono, tratando un punto tras otro, entretejiéndolo en la ordenada urdimbre de su argumentación, lanzando sus dardos de un lado o de otro en vindicativa réplica a alusiones adversas, pero volviendo siempre, segura y fácilmente, al

tema principal y llegando a establecer sus conclusiones sin la más ligera apariencia de esfuerzo: todo ello constituía un impresionante y admirable don. De él estaba satisfecho y se regocijaba al usarlo. «Siempre me siento mejor», me decía, «cuando actúo sobre el ala suelta.»

Estaba bien en el mitin porque comprendía perfectamente las opiniones, sentimiento y prejuicios del hombre de la calle, *tory*, patriota y vulgar. Esta misma cualidad le servía admirablemente ante el jurado. Sabía herir con certera precisión las cuerdas sensibles a las que el sanguíneo padre inglés o el marido o el impetuoso mozalbete habían forzosamente de responder, y hablaba con la mayor libertad y aplomo, sinceridad y nobleza sobre las más delicadas cuestiones de la vida y de la moral.

Pero donde más me gustaba oírle era en el Gabinete. Allí era un miembro singularmente silencioso. Había adquirido en su profesión de abogado el hábito de escuchar, mudo e inmutable, hora tras hora, y raramente hablaba hasta que se solicitaba su consejo. Entonces su intervención era tan severa, tan práctica, tan realista y juiciosa que podíais percibir cómo las opiniones iban cambiando; y prontamente, y a la vez que él se iba animando con el tema, veíais crecer esa vehemencia de convicción y de atracción, instintiva e inapreciable, que constituye la verdadera elocuencia. A veces he pensado en la famosa traducción hecha por míster Pitt de algún epigrama latino, que si estuviera aquí F. E. me diría: «La elocuencia es como la llama: requiere combustible para alimentarse, movimiento para excitarse y brilla mientras arde.» En mi opinión, donde mejor se encontraban él y míster Lloyd George era en reuniones de diez o doce hombres, todos bien informados de la cuestión debatida y para los cuales el efecto de tropezar en alguna de sus innumerables variedades fuese sencillamente desastroso.

Ya he dicho que era en extremo consecuente en sus opiniones. Era más: era persistente. En todos los asuntos, públicos o privados, si estaba con vosotros el lunes, lo veríais de igual manera el miércoles; y el viernes, cuando las cosas parecían torcerse, lo seguiríais viendo mar-

char hacia adelante con poderosos refuerzos. Es tan corriente hallar el tipo opuesto de camarada o de aliado, que yo singularizo ésta como una magnífica característica. Amaba el goce; estaba satisfecho del don de la existencia; le deleitaba cada día de su vida. Pero nadie pudo ser un trabajador más infatigable. Lo era, con todas sus facultades y potencias, desde su juventud. Poseía un singular poder de concentración y estaba dentro de lo habitual en él el sostener la atención sobre un asunto durante cinco o seis horas seguidas. Tenía lo que Napoleón alababa: la energía mental *de fixer les objets longtemps sans être fatigué*. No es extraño que presumiese a menudo en su trabajo profesional de su gran rapidez para dominar una materia difícil y llegar a su entraña. Jamás quedaba prendido entre las zarzas del detalle. Recuerdo haber oído de Smith después de tomar la investidura de consejero privado y de haber llegado a las primeras filas del Foro, lo que estaba de moda entonces en los círculos del Gobierno liberal: que carecía de verdadero dominio de los fundamentos del Derecho. Pero yo llegué a verle ocupar su asiento entre los grandes lores cancilleres, que interpretaban la maravillosa estructura del buen sentido inglés y del sentido jurídico.

Su hijo nos habla de su elevación a canciller privado en la coronación de 1910. Algo tuve yo que ver en ello. Sabía que míster Asquith tenía un alto concepto de F. E., y estimaba sus facultades con refinada apreciación profesional. Yo insté su inclusión como canciller privado en la lista de honor ajena a los partidos. El autor nos refiere la curiosa reacción producida en el jefe de la oposición, míster Balfour, cuando el primer ministro hizo la propuesta. No creo que dimanase de envidia ni del temor a ulteriores complicaciones. Míster Balfour tenía maduradas sus ideas acerca de cómo la protección y los ascensos deben ser distribuídos entre los miembros del partido sobre el cual él y su tío han reinado durante una generación. De todos modos, se opuso, y para llevar adelante la propuesta se creyó necesario conferir otra cancillería privada a míster Bonar Law. Esto, probablemente, hizo oscilar la

balanza a favor de la jefatura de míster Bonar Law, con la subsiguiente alteración del curso de la historia. Pero de todos modos ese curso se está siempre alterando por una cosa o por otra.

Mirando al pasado, creo que los años de postguerra de la coalición deben ser considerados como el gran período de la vida de F. E. Y lo mejor dentro de ellos es la parte que desempeñó en el arreglo definitivo del difícil y peligroso conflicto irlandés, que perturbó la política inglesa por más de treinta años.

El público en general, y especialmente la fracción que sustentaba los principios conservadores, aún le recordaban como el *Galopador Smith* y uno de los más ásperos y capaces adversarios de la autonomía irlandesa en los años anteriores a la guerra. Los esfuerzos que hizo para asegurar una solución de la cuestión irlandesa sobre la base de la exclusión del Ulster, o no fueron conocidos o se han olvidado. Hasta entonces, la rebelión del Easter habién revelado a los *sinn feiners* como agresores del Imperio británico sólo en caso extremo; y después empezaron los asesinatos y el terrorismo.

F. E. estimó que era su deber ayudar en el esfuerzo definitivo para terminar la larga, terrible, añeja querella. Tomó parte principal en las negociaciones con los delegados *sin fein*. Fué uno de los firmantes del tratado de Irlanda.

—Puedo haber firmado mi sentencia de muerte política esta noche—manifestó mientras dejaba la pluma.

—Puedo haber firmado mi sentencia de muerte efectiva —dijo Michael Collins.

El estadista y el hombre generoso y cordial se revelaron de nuevo en el discurso pronunciado por Birkenhead en la Alta Cámara sobre el proyecto de ley del matrimonio. Su hijo lo reputa como el mejor discurso de su vida, y otros han expresado un juicio semejante. Su elocuencia sostenida, profunda de sentimiento, vigorosa de pensamiento, robusta de argumentación, recuerda los grandes días de la oratoria parlamentaria y de los gigantes del debate.

«Yo, lores—dijo—, sólo puedo expresar mi asombro ante el hecho de que hombres de vida virtuosa, hombres

de negocios, hombres cuyas opiniones y experiencias respeto, hayan considerado el adulterio como la única circunstancia que permite desatar el vínculo conyugal. El adulterio es una infracción de las obligaciones carnales del matrimonio. Insistir sobre los deberes de continencia y castidad es importante, es vital para la sociedad. Pero yo siempre he sostenido la opinión de que este aspecto del matrimonio es exagerada, y a veces cruelmente, en el matrimonio como servicio. Me incumbe hoy tratar este punto, en cuya defensa prevaleceré o fracasaré, de que los aspectos espirituales y morales del matrimonio son incomparablemente más importantes que su aspecto material... Si pensáis en todo lo que el matrimonio significa para la mayor parte de nosotros: el recuerdo de las peripecias de la vida afrontadas en común con la despreocupación y la confianza de la juventud, la tierna camaradería, la dulce asociación familiar, cuánto más significa todo ello que el ligamen que la Naturaleza, en su ingeniosa previsión, ha ideado para asegurar y hacer agradable la perpetuación de la especie.

»¿Cuál es—preguntaba—el remedio que se ofrece a una pobre mujer que al casarse dejó la mísera ocupación en que se ganaba la vida y fiada en el matrimonio se queda abandonada y sin un céntimo, abandonada para el resto de su vida, incapaz de descubrir el paradero de su marido, incapaz de obtener el menor amparo de la ley? No es casada ni viuda; su corazón está frío como una piedra; sus hijos son huérfanos para el resto de su vida...

»Se nos dice que esa mujer que yo he descrito debe permanecer casta. Yo sólo tengo que observar que durante dos mil años la naturaleza humana, en el ardor de la juventud, se ha resistido a las frías exhortaciones del claustro, y no creo que el Ser Supremo haya establecido como modelo lo que dos mil años de experiencia cristiana han demostrado que la naturaleza humana, en su exuberante primavera, no puede soportar.

»Los que han hablado en contra del presente proyecto dicen, con el mejor propósito, pero con perniciosos resultados: «Te negamos toda esperanza en este mundo. Si

un joven honrado te ama, el pecado será el precio de tu unión y la bastardía la suerte de tus hijos.» No puedo creer y no creo que la sociedad, tal cual hoy está constituída, se avenga por mucho tiempo a una conclusión tan despiadada.»

De este modo convenció a la Cámara de los Lores; pero la de los Comunes, cediendo a organizadas presiones, opinó de otro modo. Hoy, después de dieciocho años, esta cuestión, con todas sus consecuencias de moralidad pública y felicidad privada, ha alcanzado solución de acuerdo con las líneas que él, audazmente, trazara.

F. E. fué el único de mis contemporáneos cuyo trato me reportó tanto deleite y provecho como me proporcionaron con el suyo respectivo Balfour, Morley, Asquith, Rosebery y Lloyd George. Después de una conversación con tales hombres uno sentía que las cosas eran más fáciles y sencillas y que la Gran Bretaña era lo suficientemente fuerte para vencer todos sus trastornos. Smith se ha ido cuando más penosamente se le necesitaba. Su recuerdo persiste. No es en todos los aspectos un modelo para que todos le imiten. ¿De quién es? Parecía tener una doble dosis de naturaleza humana. Quemaba todas sus bujías por los dos cabos. Su constitución física parecía capaz de soportar indefinidamente todas las formas del esfuerzo a la vez mental y físico. Cuando se quebraron, el fin fué rápido. Fué mejor así. Una enfermedad prolongada, con privación de todas las actividades que constituían su vida, le hubiera sido insoportable.

Seguramente servirá de aliento a la juventud el aprender en la carrera del primer conde de Birkenhead, como en otras figuras de estas páginas, que no hay barrera de clases, privilegios o riquezas que impidan en nuestra isla la plena fruición de una capacidad sobresaliente.

Algunos hombres, al morir después de una vida atareada, afanosa y de éxito, dejan gran acopio de cédulas bancarias y pólizas de seguros, o tierras, o fábricas, o el porvenir de grandes empresas. F. E. colocó su tesoro en los corazones de sus amigos, y a éstos les será grata su memoria todo el tiempo que dure su vida.

EL MARISCAL FOCH

UNA singular proporción de integridad y armonía preside de la vida del mariscal Foch. El drama del conflicto entre Francia y Alemania ha fascinado la atención del mundo entero y arruinado la prosperidad de buena parte de él. La vida del mariscal Foch se sitúa en el centro de este drama. Sintió sus pasiones y sus angustias acaso más intensamente que todo otro humano ser; y empuñó el mando ejecutivo supremo en el momento álgido de la crisis y la decisión. Tenía la edad precisa para haber podido servir como voluntario, con grado de teniente, en la guerra francoprusiana en 1870; pero las tropas en que formaba eran tan tiernas y bisoñas que no llegaron nunca a estar expuestas al fuego del enemigo. Foch vió, sufrió y comprendió; pero no pudo hacer nada. El ardiente joven por cuyas venas fluía sangre gascona y guerrera, cuya despierta inteligencia revelaba ya su poderoso alcance, cuya aguda sensibilidad vibraba a todo contacto, estaba forzado a ser testigo inactivo del derrumbamiento de su país. Nadie más adecuado para sentir en grado muy profundo la agonía de su patria al mismo tiempo que su propia impotencia.

Pero también estaba especialmente dotado para alimentar dentro de sí aquellas penetrantes y en ciertos aspectos místicas fuerzas que eran las resultantes de su sufrimiento. Fortalecido por una sencilla y práctica, pero intensa convicción religiosa; animado del natural amor hacia su patria, y esclarecida su mente por las más altas formas del intelectualismo profesional militar, Foch encarnaba desde el año 1870 en adelante, dentro del cerebro y la contextura de un mortal, el espíritu de lo que llaman los franceses *la revanche* y que traduce mal la palabra venganza. Y la traduce mal porque en esa venganza no había

nada que trascendiese a rencor o crueldad, no existía el ansia de ganancias materiales ni de personales esplendores, ni el deseo, por recóndito que fuese, de humillar o maltratar al enemigo alemán, sino tan sólo, y a través de la vida, el deseo, el propósito y el afán de ver a Francia, que había caído en tierra el año 1870, restaurada en el puesto de honor que le correspondía. Empezó su carrera como un pequeño cachorro barrido a un lado por las tropas alemanas en su marcha triunfal hacia París y la victoria. Vivió para ver todo el poderío de la valiente Alemania postrado y suplicante ante la punta de su lápiz. Cuando era su posición más débil y modesta, sufrió con su patria los trances peores; en la cúspide del poder, dirigió su absoluto triunfo.

Tracemos primero los rasgos más amables de este eminente y, bien puede afirmarse, predestinado ser. Su personal atractivo, en competentísima dirección, ejercieron siempre profundo influjo sobre cuantos estuvieron en contacto con él. Su fidelidad a la patria, cualquiera que fuese su forma de gobierno, y a su religión, cualquiera que fuesen los obstáculos que le imponía su carrera militar, constituyeron para él un permanente elemento de fuerza. Su indomable y perseverante energía combativa, como hombre en contacto con otras personalidades y con detalles de implacable apremio, como jefe supremo de un frente que vacila y cruje ante la maza germánica, se demostró inextinguible aun en la misma gran guerra. Su capacidad de resistencia fría hizo par con su activo vigor. Mantuvo un respeto estricto por la Constitución de su país y por la posición de los jefes ministeriales de un régimen que no era el suyo. Se mantuvo en inteligencia, aunque imparcial y fríamente, debemos admitirlo, con los sentimientos de los países y ejércitos reunidos bajo su mando; y, en fin, mostró una gran caballerosidad—propia de un gran soldado—con el antiguo y terrible enemigo bajo cuyo pie se había debatido antaño y sobre cuya cabeza se elevaba hoy victorioso. Cuando, después que los duros términos del armisticio fueron aceptados por Alemania, un

prudente y vigilante consejero civil aconsejó la inmediata urgencia del desarme de las tropas alemanas de combate, Foch exclamó: «¡Han combatido bien; dejadles conservar las armas!»

* * *

Es demasiado pronto, sin duda alguna, para medir la talla militar de Foch. Estamos demasiado cerca de los acontecimientos, y ellos fueron totalmente distintos de todas las anteriores experiencias bélicas. Las condiciones en que en Armageddon (1) se ejerció el alto mando no guardaron relación con aquellas en que probaron su suerte Alejandro, Aníbal, César, Gustavo de Suecia, Marlborough y Napoleón. Todas las presiones y todos los esfuerzos de aquellas guerras actuaban en estos tiempos, pero de manera tan difusa que aparecían como borrados y no presentaban ni el compendio de la acción que se desplegaba en las batallas de otrora. Comparada con Cannas, Blenheim o Austerlitz, la vasta batalla mundial de 1918 es una escena cinematográfica de movimiento retardado. Mientras nosotros permanecemos sentados en habitaciones tranquilas, ventiladas, silenciosas, expuestas al sol y abiertas sobre los verdes prados, sin que otros ruidos se perciban como no sean los del agro en estío, siete millones de hombres, diez mil de los cuales serían bastantes para aniquilar los antiguos ejércitos, libran batalla incesante desde los Alpes al océano. Y esta batalla no dura una hora, ni dos o tres horas: prosigue incansable desde hace cerca de un año. Estas pruebas son evidentemente de distinta clase; pero es demasiado pronto para decir que sean de superior calidad.

Conocí a Foch en unas maniobras, antes de la guerra. Durante ésta estuve en contacto con él en tres ocasiones distintas, muy a propósito ciertamente para ilustrar sus diversos azares. La primera vez fué en 1917, cuando, no obstante hallarme alejado de todo cargo ministerial, hice

(1) Referencia simbólica al gran campo de batalla del Apocalipsis, donde se librará la final batalla entre los ejércitos del Bien y del Mal. (*N. del T.*)

una importante visita al frente francés, amablemente invitado por monsieur Painlevé. Era aquél para Foch un período de eclipse. La reacción y las recriminaciones que siguieron a las pavorosas matanzas del Somme, y los disgustos que llevaron consigo y que fueron en definitiva fatales para Joffre, hicieron que su lugarteniente Foch participara de su disfavor y le siguiera en la desgracia. El brillante papel que había desempeñado en las batallas del Marne y del Iser, en 1914, había sido oscurecido por las espantosas pérdidas sufridas por el ejército francés en su obstinada y mal dirigida ofensiva en el Artois durante la primavera de 1915. Francia se estremecía ante la merma terrible de su vigor y buscaba ansiosa otros hombres y otros métodos. Designóse a Foch para un alto puesto consultivo en París, y fué en una modesta oficina, cerca de los Inválidos, donde fuí recibido por él. Nadie, sin duda, presentaría un aspecto menos abatido o que menos exteriorizase el ser objeto de una preterición. Discutió con la máxima franqueza y energía el total escenario de la guerra, y particularmente el de aquellos sectores orientales por los cuales yo tenía grande interés. Sus actitudes, sus cautivadoras maneras, sus vigorosos y a veces pantomímicos gestos—cómicos, si no hubiesen sido enormemente expresivos—, la energía de sus ideas cuando excitaban su interés, causaron en mí profunda impresión. Él luchaba siempre, fuesen ejércitos o ideas lo que tuviese que lanzar al combate.

He descrito en otra parte mi segundo encuentro con él. Fué en Beauvais, el 3 de abril de 1918. Era entonces generalísimo de todos los ejércitos aliados. El desastre de 21 de marzo y la amarga experiencia de la conferencia de Doullens habían obligado a Haig a proponer, y a Pétain, generalísimo francés, a aceptar el mando supremo de Foch. La herencia en que sucedía era en realidad pavorosa. Una amplia brecha había sido practicada en el frente aliado: el quinto ejército inglés hallábase derrotado y casi destruído; los refuerzos franceses no habían llegado aún; tan sólo una línea estrecha y precaria de caballería derrotada, de improvisados destacamentos pro-

cedentes de las escuelas de instrucción y de los extenuados supervivientes de la catástrofe, se interponía entre el avance alemán y la ciudad de Amiens, que aún conservaba casi intactas sus vitales líneas ferroviarias. Más hacia el Sur, en la zona francesa, Montdidier acababa de sucumbir. Foch, con un puñado de oficiales de Estado Mayor—su «familia militar»—, y con una autoridad todavía mal definida, tenía que pedir más sacrificios a los ingleses y reclamar de Pétain el envío de las reservas que este general se aferraba en la idea de mantener intactas y dispuestas para cubrir la capital. Una hora terrible, ciertamente. Me parece estarlo viendo describirnos a Clemenceau y a mí, como un maestro de escuela armado de puntero y mapas que explica la lección a sus discípulos, la situación militar y las razones en que se apoyaba su confianza. Nos mostraba de qué manera, a cada día que pasaba, había ido cediendo en pujanza y amplitud la ola invasora y cómo se iba amortiguando el tremendo impulso inicial. No puede decirse que estuviese tranquilo. Era vehemente, apasionado, persuasivo, clarividente y, sobre todo, indomable.

No volví a verlo hasta el principio del otoño, cuando la ofensiva alemana había sido definitivamente dominada, cuando la corriente refluía por fin, cuando todo iba bien e iría indudablemente aún mejor. Estaba entonces Foch en la cima del poder. Su palabra era ley. Los ejércitos francés, inglés, norteamericano y belga seguían con la debida precisión las instrucciones del caudillo victorioso, y la línea alemana retrocedía sin cesar ante ellos.

¡Pero por qué prueba había pasado su jefe desde abril hasta septiembre! Tuvo que reforzar penosamente el ejército inglés durante la prolongada crisis de la batalla del Norte, que el alto mando británico planeó mal, y que fué realmente azarosa en último grado. Cuando tenía que habérselas con las rudas reclamaciones de generales aguerridos en demanda de una razonable asistencia francesa, profería el rosario de sus frases características: *Cramponnez partout* (Agarraos como podáis, por todas partes). *Jamais la relève pendant la bataille* (No se relevan nunca

las tropas durante la batalla). En cuanto a su propia contribución al bélico esfuerzo: *On fait ce qu'on peut* (Se hace lo que se puede). Escaso remedio era todo ello para el ejército británico, que «con la espalda contra la pared» sufría arremetidas en que lo despedazaban las fuerzas alemanas muy considerablemente superiores. Distribuía sus reservas con mano cicatera. Regateaba cada onza de energía vital que entregaba a los tropas combatientes de Haig. Este ejército, cruelmente maltratado, no cejó. Ganó, pero sólo por una pulgada. Se sostuvo a costa de los más terribles sacrificios y esfuerzos. En su consecuencia, el horrible trance de tener que optar entre los puertos del canal y conservar la unión entre los ejércitos francés e inglés no llegó a presentarse, y la arrogancia del dicho de Foch: «No cederé ni en una cosa ni en otra» (*Ni l'un ni l'autre*) resultó una realidad merced a la sangre inglesa. Corrió un valiente caballo hasta el punto de casi matarlo. Casi, no por completo. El corcel vivió y aquella singular carera fué ganada. ¿Y quién podrá decir jamás que no estuvo acertado? Al contrario, aunque nos correspondió sufrir tan horriblemente, ahora debemos decir que Foch tenía razón. Pero la tensión que llegó a existir entre el mando inglés y el generalísimo alcanzó límites extremos. Aun después de terminada la batalla del norte, un sentimiento amargo perduraba. En los más elevados círculos gubernamentales y militares de Inglaterra se pensaba que los franceses estaban utilizando el mando único para gravar con desproporcionado esfuerzo al principal de sus aliados. ¡Terrible idea, que brotaba del conocimiento, del sufrimiento intenso y de la fría experiencia!

Mientras los jefes ingleses se hallaban en esta tesitura, otro golpe peor sobrevino. El frente francés fué sorprendido el día 27 de mayo en el Camino de las Damas y una enorme incursión del enemigo fué su consecuencia. Cuatro o cinco divisiones británicas, todas las cuales habían perdido más de la mitad de sus efectivos en la batalla septentrional, habían sido llamadas por Foch para cubrir un sector inactivo del frente francés, donde podrían descansar y reponerse. Estas unidades, mutiladas y tortura-

das, volvieron a encontrarse en el centro de choque del nuevo asalto y quedaron casi destruídas. El desastre del 27 de mayo, al mismo tiempo que agravaba la tensión entre el alto mando británico y Foch, minaba tristemente su prestigio en París. Quedaba como flanco moral Pétain, soldado experto, frío, científico, con la completa y admirable máquina del Estado Mayor francés a su disposición. Se sabía que las opiniones de Pétain diferían de las de Foch en puntos de importancia.

El período de seis semanas comprendido entre el primero de junio y la mitad de julio de 1918 debe ser recordado como aquel en que llegó a su ápice la ruda prueba a que Foch venía sometido. Hasta entonces no presentaba en su balance más que un desastre francés de primera clase y una profunda sensación entre los ingleses de una mala utilización de fuerzas. Su derecho a gozar de un duradero renombre de militar grandeza hay que fundarlo ampliamente en su conducta con respecto a esta última experiencia. Pero acaso su fama no habría perdurado si detrás de él no se hallase un ser de un orden diferente, aunque de igual valor y de mayor fuerza personal. Clemenceau, el fiel y temido Tigre, rondaba la capital de Francia y la guardaba de toda subversión contra la autoridad del general en jefe. Fué en esta situación cuando, deprimido, discutido, minado, disminuído en su prestigio, el mariscal Foch, enfrentándose con la nueva ofensiva alemana del 12 de julio, no vaciló en reducir a Pétain, en retirar las reservas situadas entre París y el enemigo y lanzarlas bajo el mando de Mangin contra el flanco alemán. Esta decisión, juzgada en sus circunstancias y en sus resultados, deberá ser siempre considerada como una de las más grandes acciones de guerra y de los mayores ejemplos de fortaleza de espíritu que registra la Historia.

Pero todo ello se superaba ahora, al terminar. Los aliados estaban unidos; el enemigo, derrotado; Foch era el general supremo; la victoria estaba segura. Lo encontré en su castillo una tarde plácida de otoño, y mientras trataba de ganar su entusiasmo para un vasto programa de tanques que se desarrollaría en la campaña de 1919,

contemplaba con vivo interés a aquel grave, sereno y cortés caballero que sabía que ante sí no tenía otra cosa sino éxito inconmensurable y fama inmortal.

Aún lo encontré otra vez. Fué en el Ministerio de la Guerra, en 1920. Los aliados mantenían la línea del Rin y ocupaban Renania. El ejército inglés, ahora reducido a un pequeño contingente, tenía su sede en Colonia. Los franceses, por razones que no puedo sondear, y que acaso estuviesen relacionadas con algún designio de hacer una Renania autónoma, deseaban estar de guarnición en Colonia y trasladar a los ingleses a otro sector del frente de menor importancia. Enviaban a Foch para que me sugiriese en primera instancia esta tentativa de cambio. El ilustre mariscal expuso su caso con alguna vacilación. Se limitaba a presentar consideraciones de conveniencia militar; pero en el transcurso de su conversación llegué a percatarme de lo que encubría el proyecto y me mostré hostil. La idea de que el cuartel general inglés fuese trasladado de la famosa ciudad de Colonia, después del trabajo que nos había costado alcanzarla, no me parecía razonable. Por eso le dije cuando el caso hubo sido totalmente planteado: «¿No cree usted que podría hacernos a todos volver a casa?»

Recuerdo observar cómo la sombra caía en velos sucesivos sobre el noble, expresivo y siempre cariñoso continente del mariscal. Jamás se pronunció una palabra sobre aquel asunto. Nuestra conversación continuó agradablemente. Fué aquélla la última vez que le vi.

* * *

La magnitud de los acontecimientos que el mariscal Foch hubo de dirigir no tiene par, sin duda alguna, en los anales de la guerra. Pero cuando el tiempo pase, se descubrirá, yo creo, que el valor de su espíritu y la penetrante sagacidad de su juicio eran de la más alta calidad. La fortuna iluminaba su cimera. Su don peculiar de combatividad obstinada, que le valió sus laureles del Marne y del Iser cuando la única esperanza residía en no desesperar, lo condujo a graves desastres en las batallas ofen-

sivas del Artois y del Somme. En 1914 había esquivado el peligro mortal negándose a reconocerse derrotado. En 1915 y en 1916 se estrelló contra lo imposible. Pero 1918 fué creado para él. En la primera fase de la ofensiva de Ludendorff nadie supo tan bien como él utilizar cada onza de fuerza para defender cada pulgada de terreno, atesorando de esa manera las reservas. En la segunda fase, cuando la iniciativa pasó a los aliados, éstos tenían por primera vez en la guerra no sólo la superioridad del número, sino la de los cañones, los proyectiles, los tanques y los aeroplanos; en suma, los elementos indispensables para un avance victorioso.

Fué entonces cuando el genio característico de Foch alcanzó su plena y decisiva expresión, y a los gritos de *Allez à la bataille!, Tout le monde à la bataille!,* recogió la poderosa ola de los ejércitos aliados, franceses, ingleses, americanos y belgas y la lanzó hacia adelante, en un vasto, conjunto, irresistible ataque.

ALFONSO XIII

NACER rey! ¡No haber sido jamás otra cosa que rey; haber reinado durante cuarenta y seis años, y después ser destronado! ¡Empezar una nueva vida en la madurez de la edad, en condiciones diferentes y reducidas, en una situación y en un estado de ánimo nunca hasta entonces experimentados, excluído de la única actuación a la que toda la vida se había consagrado! ¡Áspero destino, ciertamente! Haber dado lo mejor de sí mismo, haber arrostrado inquietudes y peligros, haber realizado grandes cosas, haber estado al frente de su país durante todos los riesgos del siglo XX; haber visto a su patria crecer en prosperidad y reputación; y después ser violentamente rechazado por la nación de que estaba tan orgulloso, cuyas glorias y tradiciones encarnaba; la nación que había tratado de simbolizar en las más bellas acciones de su vida..., no hay duda que es bastante para poner a prueba el alma de un humano mortal.

Las vicisitudes de los políticos no guardan relación con semejante prueba. Los políticos se elevan a través de afanes y luchas; esperan caer; esperan levantarse de nuevo. Casi siempre, en el poder o fuera de él, están rodeados y sostenidos por grandes partidos. Tienen con ellos muchos compañeros de desgracia. Su labor, con toda su variedad e interés, continúa. Los políticos saben que no son más que criaturas de un día. No sostienen en sus manos el áureo joyero que encierra los tesoros de las centurias y cuya pérdida sería irreparable. Están prontos a alternar lo favorable con lo adverso a lo largo del sendero que han escogido en la vida. Y aun los mismos políticos sufren sus angustias. Míster Birrell, ingenioso y prudente, tuvo que salir del Gobierno en 1916 a causa de los sucesos de la rebelión de Dublín, y más tarde, dentro del mis-

mo año, su jefe, míster Asquith, cayó bajo las presiones de la gran guerra. Al considerar este último acontecimiento, decía Birrell: «Debe de haberle sido muy penoso. Aun a mí, que no hice más que caer de un burro (la secretaría de Irlanda), no me gustó nada; más duro le será a Asquith, que ha sido derribado de un elefante a la vista de todo el imperio británico». Pero ser rey y luego ser destronado... es una prueba incomparablemente más acerba.

Alfonso XIII fué hijo póstumo. Su cuna fué un trono. Hubo un tiempo, durante la regencia de su madre, en que a los filatélicos les deleitaban los sellos de España, que ofrecían la imagen de un bebé. Más tarde aparecieron los rasgos angelicales de un niño, después el perfil de un joven, y, por último, la cabeza de un hombre. Una educación severa: ayos, preceptores y una reina madre lo instruyeron en la profesión de rey. La educación de los príncipes es muy exigente. La disciplina escolástica, la religiosa y la militar oprimen entre sus garras al chico. Profesores, obispos y generales se presentan a cada hora y se apostan en cada sendero de la vida juvenil. Todos le inculcan el sentimiento de la majestad, todos le encarecen la idea del deber, todos insisten en la norma del decoro. Los verdaderos reyes tienen un punto de vista único. Ni aun el más eminente de sus súbditos posee el mismo engarce con la vida de todo su pueblo. Elevados muy por encima de los partidos y de las facciones, personifican el espíritu del Estado. Pero que alguien tan encumbrado, con tal preparación, tan henchido de honores, llegue a ser un verdadero y perfecto hombre de mundo, de noble apostura, pero sin la menor presunción ni fatuidad, demuestra que ha sido dotado, al nacer, del personal atractivo.

Delicado principito, educado sin las asperezas de la enseñanza pública, Alfonso templó su carácter y su naturaleza en una vida al aire libre. Su niñez de consciente realeza habría echado a perder a la mayoría de los niños; pero él se preocupó de ser un nadador, un jinete y un escalador de montañas. Practicó primero el alpinismo

trepando a las cumbres próximas al palacio de Miramar. Esbelto, ágil, optimista, su mente y su cuerpo se armonizaban. Jamás ha sido dado a la ostentación o a la molicie; sus placeres han sido siempre los de un hombre, su comportamiento el propio de un rey. Su afición por el polo modificó sin duda al oficial español de caballería. Es difícil imaginar al ejército español sin su impetuoso y valiente caudillo.

Apenas había alcanzado Alfonso la virilidad, cuando un nuevo maestro, llamado el peligro, unió sus lecciones a las del curso áulico. En los sombríos bajos fondos de la política española hay muchas sociedades secretas sobre las cuales la pistola y la bomba ejercen horrible, dramática atracción. Todo el mundo recuerda la tragedia que perturbó y estuvo a punto de convertir en su último día el día de la boda: el largo, espléndido cortejo, las jubilosas multitudes; en su carroza real el joven monarca y la hermosa princesa británica que acababa de ser su esposa; la lúgubre, furtiva figura asomándose a la ventana más alta, el pequeño paquete de monstruoso poder, la destructora explosión, la calle hecha una carnicería, decenas de hombres y mujeres revolcándose en su sangre o heridos de muerte; la consternación y el pánico en torno a la horrorosa escena; el rey, sereno y frío como el acero, ayudando a la desposada a descender del acribillado carruaje y tratando de ocultar a sus ojos el espectáculo circundante; los brillantes uniformes escarlata del destacamento del 16 de lanceros, enviado de Inglaterra en su honor, lanzándose delante en su auxilio... La escena, íntegra, perdura estampada en la memoria de la generación contemporánea.

Pero no iba a ser éste el final del día. La cabeza del cortejo había llegado ya a palacio. ¿A qué obedecía la demora en aparecer el rey y la reina? Pronto se supo la verdad; y muy poco después la real pareja se acercaba manchada de sangre, pero indemne, avanzando con el inflexible ceremonial marcado. No bastó la real presencia en los balcones del palacio para calmar a la excitada muchedumbre. Fué preciso que el rey tomase un automóvil

abierto y pasease sin protección y casi solo entre la multitud de sus súbditos, para recibir su tributo de lealtad y su acción de gracias por haber resultado ileso de un mortal peligro. Éste fué el espíritu que iba a animar su conducta en todos los momentos de peligro.

La primera vez que tuve el honor de tratarle fué cuando visité Madrid en la primavera de 1914. Me convidó al almuerzo, y después me habló libre e íntimamente en su pequeño gabinete próximo al comedor. Yo había ido a Madrid a jugar al polo, y con tal motivo nos encontramos varias veces. Otro día me invitó a dar un paseo en su auto, e hicimos una larga excursión, camino de El Escorial. Aquí la conversación giró sobre el estado de inquietud de Europa. De pronto, el rey me dijo:

—Míster Churchill, ¿cree usted en la guerra europea?

Yo contesté:

—Señor, a veces creo; a veces, no.

—Eso es exactamente lo que a mí me pasa—dijo.

Discutimos las varias posibilidades de que el porvenir parecía estar preñado. Su profunda estimación por Inglaterra estaba patente en todo lo que dijo. Aunque habían pasado cerca de veinte años desde que yo había acompañado a las fuerzas españolas en Cuba, me regaló, antes de partir de Madrid, la medalla de la guerra.

A nadie pudo sorprender que España observase una estricta neutralidad en la gran lucha de Armageddon. Las barreras históricas entre España y las potencias aliadas y asociadas no eran fáciles de trasponer. El más profundamente amargo recuerdo de los españoles es el de la invasión napoleónica, con la angustia de la guerra peninsular. A pesar de haber transcurrido un siglo, no puede existir unidad de sentimientos entre Francia y España. Gibraltar, aunque una apagada causa de irritación, todavía desempeña su papel en el pensamiento español. Pero el odio real es contra los Estados Unidos, y la pérdida definitiva de los últimos restos del imperio colonial español dejó un vacío doloroso en los pechos de una raza altiva. La aristocracia estaba a favor de Alemania; la clase media, contra Francia. Y así decía el rey: «Sólo yo y la plebe

estamos por los aliados». Era lo mejor que podía suceder para que España permaneciese neutral en la contienda; y prosperó, ciertamente, gracias a su abstención.

El rey me habló de otros atentados contra su vida. Recuerdo, particularmente, uno. Regresaba a caballo, de una parada, cuando un asesino surgió de pronto ante su caballo, empuñando un revólver, a escasamente un metro de distancia. «El polo resulta muy útil para estas ocasiones—dijo el rey—. Puse la cabeza de mi caballo en su dirección y me lancé sobre él mientras disparaba.» De esta manera logró salir ileso. En total fueron cinco atentados consumados y muchas conjuraciones abortadas. El conocimiento que hice con él en 1914 fué renovado en sus múltiples visitas a Inglaterra, y siempre pude observar en él una preocupación vigilante por los intereses de su patria y un sincero deseo por el bienestar material y el progreso de su pueblo. El autógrafo del rey Alfonso es un símbolo verdaderamente notable. Expertos en grafología proclaman descubrir en él profundos recursos de firmeza e iniciativa; posee ciertamente un peculiar estilo. Pocos soberanos, empero, habrán sido menos pomposos. La sombría, solemne etiqueta de la corte española ha producido, en su último maestro, un democrático hombre de mundo, moviéndose fácil y naturalmente en toda clase de sociedad. Disociar el rey del hombre, separar las funciones públicas de los goces de la vida privada, fueron siempre deseo y hábito en Alfonso XIII. Ha sido observado que este príncipe, cabeza de todos los grandes de España, solía retratarse lo más frecuentemente en trajes ligeros, jerseys de polo y atavíos sencillos. El hombre y el escenario eran ricos en contrastes.

Nada podía privar al rey de su natural alegría y buen humor. Los largos años de ceremonial, los cuidados del Estado, los peligros que le rodeaban, habían dejado intacta aquella fuente de jovialidad y alegría juvenil. Cuando lo encontré en una de sus recientes visitas a Londres, acababa de salir de una de las más graves crisis políticas de su reinado. Habló de esto con sencilla modestia y cierta clase de imperturbable confianza en sí mismo. Pero lo

que parecía ocupar su pensamiento era la elección parcial inglesa de San Jorge, entonces en su apogeo.

Los pasquines en las casas y en los automóviles; la excitación política de sus numerosos amigos de Mayfair; las propagandas de la Prensa conservadora con sus consecuencias: muñidores y oradores aristocráticos de ambos sexos...; todo aquel vocerío y aquella algazara excitaban su natural interés. Le parecía una gran diversión y un juego en que le gustaría tomar parte. Gozaba callejeando de incógnito, viendo las cosas y enterándose directamente.

Su conversación, grave o alegre, hállase transida por un natural encanto y una mirada irónica. Rey o no, nadie podría desear un compañero más agradable, y estoy seguro de que si fuese a visitar los Estados Unidos su popularidad sería inmediata y duradera. Siente gran afición por Inglaterra y sus maneras, y ello le facilitaría grandemente el conocimiento de la vida y de la sociedad norteamericanas. Seguramente no puede haber una figura menos trágica, más aparentemente despreocupada que la de este estadista sagaz, acosado monarca y hombre perseguido. Contemplándolo, venía a mi memoria el recuerdo de los oficiales llegados con licencia a su país desde las trincheras de Flandes, felices en el círculo familiar, bailando alegremente en el baile o el cabaret, riéndose en las comedias de los teatros de variedades, sin que nada revelase en ellos la huella de los afanes y peligros que aún ayer habían dejado y a los cuales volverían al día siguiente.

Las vicisitudes que condujeron a la caída de la monarquía en España alcanzaron lentamente su vértice. Su origen radica en la quiebra del sistema parlamentario por su falta de contacto con las realidades y con la voluntad nacional. Partidos artificiosamente disciplinados y divididos produjeron una sucesión de gobiernos débiles conteniendo pocos—si tenían alguno—estadistas capaces de asumir una verdadera responsabilidad o de empuñar el poder en la forma adecuada a la ocasión. La larga, irregular guerra de Marruecos—legado de siglos—roía como una úlcera la interior satisfacción del pueblo español, con bastantes dolores de desastre de tiempo en tiempo. No

existía entre los políticos españoles ese pacto rígido, que es un vínculo de honor entre todos los partidos de la Gran Bretaña, de escudar la corona contra toda impopularidad o censura. Gabinetes y ministros se derrumbaban como castillos de naipes, dejando alegremente que el rey soportase las cargas que eran propias de aquéllos. Lo hizo sin vacilar. Mientras tanto, la guerra con los moros iba de mal en peor y el malestar público crecía. Crecía aún a pesar de la prosperidad y riqueza que la gran contienda mundial había proporcionado a España. Las obstinadas, poderosas e irreductibles fuerzas de la Iglesia y del Ejército, y la casi independiente institución del cuerpo de artillería, confrontaron a Alfonso con otra serie de problemas del más embarazoso carácter que accionaban y reaccionaban unos sobre otros a través de la estéril confusión de la máquina parlamentaria.

Sólo su gran paciencia, su habilidad y su conocimiento del carácter español y de los factores en juego le hicieron posible seguir su camino a través de una situación que míster Bernard Shaw ha esclarecido a las miradas actuales en las ingeniosas escenas y diálogo de su *The Apple Car*. Nuestro dramaturgo y filósofo fabiano ha prestado un servicio a la monarquía como quizá nunca haya sido prestado desde ningún otro sector. Con su burla inexorable ha ostentado, ante los socialistas de todos los países, la debilidad, la ruindad, las vanidades y las insensateces de las hueras figuras que flotan y se elevan entre las sirtes y remolinos de la llamada política democrática. Las simpatías del mundo moderno, incluyendo las de muchos de sus más avanzados pensadores, se sienten poderosamente atraídas por la vivaz y chispeante presencia de un rey mal tratado, dado de lado, llevado y traído para fines personales y políticos, y, sin embargo, seguro de su valer para la masa de sus súbditos, y esforzándose, no sin éxito, en preservar sus intereses permanentes y en cumplir su deber.

¿Cuál es la posición en que se sitúa Alfonso XIII como rey, y cuál la que adopta como hombre? Estas son las preguntas que debemos hacernos cuando un reinado de

treinta años de poder consciente ha llegado a su término. El final fué amargo. Casi sin amigos, casi solo en el viejo palacio de Madrid, rodeado de multitudes hostiles, el rey Alfonso se dió cuenta de que tenía que marcharse. Una época se cerraba. ¿Debemos juzgarlo como estadista despótico o como un soberano constitucionalmente limitado? ¿Fué realmente por cerca de treinta años el verdadero gobernante de una de las más viejas ramas de la familia de las naciones europeas? ¿O fué, simplemente, un empedernido deportista jugador de polo, que daba la casualidad que era rey, llevaba sus atributos reales con fácil gracia y buscaba ministros, parlamentarios o extraparlamentarios, para que lo sacasen adelante año tras año? ¿Pensaba en España, pensaba en sí mismo, o se limitaba exclusivamente a gozar de los placeres de la vida sin pensar absolutamente en nada? ¿Gobernó o reinó? ¿Hay que tratar su reinado como los anales de una nación o como la biografía de un individuo?

Sólo la Historia puede dar respuesta decisiva a estas preguntas. Pero yo no vacilaré en proclamar ahora que Alfonso XIII fué un político resuelto y frío que usó continua y plenamente de toda la influencia de su oficio de rey para dominar las políticas y los destinos de su país. Se juzgó superior, no sólo en jerarquía, sino en capacidad y en experiencia a los ministros que empleaba. Se sintió el único eje fuerte e inconmovible, alrededor del cual giraba la vida española. Su solo objetivo era la fuerza y la fama de su reino. Alfonso no pudo concebir que amaneciese un día en que dejaría de estar personalmente identificado con España. En todo momento adoptó las medidas que estaban a su alcance para asegurar y conservar su dirección sobre el destino de su país, y usó de sus poderes y administró su depósito con positiva prudencia e intrépido valor. Es, por lo tanto, como estadista y gobernante, y no como monarca constitucional siguiendo comúnmente el consejo de sus ministros, como él desearía ser juzgado, y como la Historia habrá de juzgarle. No tiene por qué temblar ante la prueba. Posee, como él mismo ha dicho, una buena conciencia.

Las elecciones municipales fueron una revelación para el rey. Toda su vida había estado perseguido por conspiradores y asesinos; pero toda su vida se había confiado libremente a la buena voluntad de su pueblo. Jamás había vacilado en mezclarse entre las multitudes, o en ir solo, sin escolta, a donde le parecía bien. En todos los viajes de su vida encontraba muchos amigos, y, siempre, cuando era reconocido, alcanzaba ovaciones y respeto. Sentíase, pues, seguro de tener tras sí la constante fidelidad de la nación; y habiendo trabajado continua y lealmente en su servicio, entendía haber merecido su afecto. Un relámpago iluminó la sombría escena. Vió en torno suyo una extensa, arraigada y, aparentemente, casi universal hostilidad: especialmente hostilidad personal hacia él. Pronunció entonces una de aquellas expresiones, que se le atribuían en aquel interesante período, y que muestran la fuerza y la calidad de su comprensión de la vida: «Me parece como si hubiese ido a visitar a un viejo amigo y me encontrase con que había muerto.» El episodio fué, realmente, una triste decepción. Explicadlo como queráis: la dureza de los tiempos en todo el mundo, la incapacidad política del partido monárquico, la tendencia de la época, la propaganda de Moscú; pero lo cierto es que, sin disfraz, fué un gesto de repulsa de la nación española, que llega al corazón.

A todo el mundo le ha chocado el contraste entre la súbita y feroz aversión de los españoles por su rey, y su notable popularidad en el momento de su caída entre las democracias de Francia y de Inglaterra. En la patria, todos rostros ceñudos; en el extranjero, todo aplausos. Soberanos derribados de sus tronos bajo la acusación de despotismo han solido recibir asilo en tierras extrañas; pero jamás hasta entonces habían sido acogidos en París y en Londres con amplias, espontáneas manifestaciones de respeto y aprobación. ¿Cómo explicarlo? Los españoles, para quienes las instituciones democráticas llevaban consigo la esperanza de nuevos y grandes progresos y mejoras, miraban a Alfonso como un obstáculo para su avance. Las democracias francesa e inglesa, que ya gozan

de todas sus ventajas, saben más acerca de ello. Ellas consideraban al rey como un deportista; los españoles le conocían como gobernante. Las fuerzas organizadas de Francia, Inglaterra y, sin duda, de los Estados Unidos, se sentían más atraídas por el carácter y la personalidad del rey Alfonso que por el carácter y la personalidad del pueblo español. Les sorprendía que la nación no quisiese tal soberano. El pueblo español veía las cosas a su manera; y esta visión era la que debía prevalecer. El mismo Alfonso no querría que fuese de otro modo.

Los hombres y los reyes deben juzgarse por los momentos críticos de sus vidas. El valor es apreciado, con razón, como la primera de las cualidades humanas, porque, como se ha dicho, es la que garantiza todas las demás. Alfonso XIII ha probado, en todas las ocasiones de personal peligro o de política urgencia, su valor físico y moral. Hace muchos años, frente a una difícil situación, Alfonso hizo la arrogante declaración—jactancia no fácil en España—de «Yo he nacido en el trono y moriré en él». Que esto era una íntima, personal e intensa resolución y una norma de conducta, es indudable. Tuvo que abandonarla, y hoy, joven aún, está en el destierro. Pero no debe suponerse que esta decisión, la más penosa de su vida, fué tomada tan sólo en el último momento o bajo apremiante imposición. Bastante más de un año antes, había dado a conocer que, como rey, no se opondría a la voluntad explícita del pueblo español, constitucionalmente expresada, acerca de la cuestión de república o monarquía. Pero, después de todo, ¿qué rey moderno desearía reinar sobre un pueblo que no lo quisiera? En caso de que las elecciones generales de España diesen como resultado una fuerte mayoría republicana en las Cortes, todo el mundo habría de entender que ellas daban nacimiento a una Asamblea Constituyente. Entonces, y de la manera más legal, el rey habría abdicado sus poderes y se habría puesto a la disposición del gobierno deseado por sus anteriores súbditos.

Pero no iba a ser así. La efectiva crisis sobrevino súbita, inesperadamente, con solución impensada, como re-

sultado de unas simples elecciones municipales en las que nunca deberían haber entrado las cuestiones fundamentales...: elecciones, además, en que las fuerzas adictas a la monarquía no se habían preparado para una eficaz acción política. Aun así, hubo una gran mayoría monárquica; pero nadie esperó el resultado definitivo. La crisis venía acompañada de toda clase de vehemencias e insultos. Por su comportamiento en esta odiosa prueba, el rey Alfonso demostró que anteponía el bienestar de su país a sus personales sentimientos de orgullo y a sus propios intereses. La solución fué impropia; el procedimiento, injurioso. Los medios de resistencia armada no faltaban; pero el rey comprendió que el caso había llegado a ser tan personalmente suyo que no justificaba el derramamiento de sangre española por manos españolas. Él fué el primero en lanzar en el palacio el grito de «¡Viva España!». Hizo después otra notable manifestación: «Espero que no habré de volver, pues ello solamente significaría que el pueblo español no es próspero ni feliz.» Tales declaraciones nos facilitan medios para juzgar su reinado. Se equivocó; cometió, sin duda, tantos errores como los regios o parlamentarios gobernantes de otros países; tuvo tan poco éxito como la mayoría de éstos en satisfacer los vagos apremios de esta moderna edad. Pero observamos que el espíritu que lo guió a través de estos largos años de dificultades no ha sido otro que el de leal servicio a su país, y que siempre ha sido impulsado por el amor y el respeto hacia su pueblo.

DOUGLAS HAIG

AL principio del año 1919, lord Haig desembarcaba en Dover después de la total derrota de Alemania y desaparecía en la vida privada. Hubo un intervalo de pomposas ceremonias, de conmemoraciones marciales, de liberación de ciudades, de banquetes y actos análogos; pero, en realidad, el generalísimo de los ejércitos ingleses en Francia pasaba, cuando dejó la pasarela del navío y puso pie en el muelle, de una posición de casi suprema responsabilidad y glorioso poder a la vida ordinaria de un gentilhombre campesino. Títulos, recompensas, honores de todas clases, los símbolos de la gratitud nacional llovieron sobre él: lo que no se le dió fué trabajo. No se unió a los consejos de la nación, no fué invitado a reorganizar su ejército, no fué consultado acerca de los tratados, ninguna esfera de la actividad pública estuvo abierta para él.

Sería exagerado pretender que no lo sintió. Tenía cincuenta y ocho años: una edad en la cual a Marlborough le quedaban cinco campañas que librar; estaba en el más pleno goce de sus dotes y facultades; hallábase acostumbrado durante toda la vida a trabajar desde por la mañana a la noche; encontrábase pletórico de energía y experiencia, y, precisamente en el momento en que su éxito era mayor, no se le encomendaba nada que hacer; ya no se le necesitaba. No le quedaba otra cosa que irse a su casa, sentarse a la lumbre y reñir de nuevo sus batallas. Llegó a ser el perpetuo desocupado.

Y como tal se puso a mirar en torno a su pequeña casita de Bemersyde, al otro lado de la frontera, y vió que muchos de sus soldados y compañeros de armas se encontraban en su misma condición en cuanto a trabajo se refiere, y que, además, muchos se resentían de sus heri-

das, y que a muchos más les costaba muchísimo trabajo sacar sus casas adelante. Entonces él se consagró a su causa y a su suerte. Le aceptaron por su caudillo en las contrariedades de la paz así como en las amargas pruebas de la guerra. Adquirió gran influencia sobre esa inmensa y poderosa masa de hombres. Sirviéndoles de ejemplo y guía, los apartó de todo rumbo perjudicial o peligroso para el Estado y se desvivió para mejorar sus condiciones materiales. Reunió dinero en beneficio suyo, prestó su auxilio personal en casos graves, asoció a los soldados distantes a través del Imperio en la camaradería de un ejército victorioso. Y de esta manera logró Haig tener una ocupación; y el universo siguió su marcha; y los políticos continuaron ocupándose de todos los tópicos que iban surgiendo; e iban arreglando los asuntos... o creían que los arreglaban; y todo el mundo parecía muy satisfecho.

Pero debemos saber que las grandes masas de trabajadores asalariados, cuando les quedaba tiempo en su atareada vida para pensar acerca de cosas, se admiraron de que el jefe cuyo nombre estaba enlazado con la ardua, pero ilimitada victoria, no tuviese puesto en la jerarquía del Estado. Sin embargo, no sabían qué hacer para ello, y él no decía nada: seguía con su obra en pro de los ex combatientes. Esto, aunque alegraba su corazón, de ninguna manera—una vez que la organización estuvo en planta—ocupaba su tiempo ni daba empleo a sus facultades. Y así pasaron los años.

La gente empezó a criticar sus campañas. Tan pronto como la censura de guerra, efectiva y moral, fué levantada, las plumas corrieron libremente. No carecían de material. Existía un profundo resentimiento contra las matanzas en gran escala que, en muchas y notables ocasiones, se disputaban innecesarias y estériles. Todo ello seguirá siendo discutido durante mucho tiempo. Haig, empero, no decía nada. Ni escribía ni hablaba en su propia defensa. Algunos oficiales de su Estado Mayor, sin conocimiento suyo, publicaron un alegato de réplica. El volumen fué extraordinariamente mal recibido por la Pren-

sa y el público. Pero ni la seria crítica ni la ineficaz defensa arrancaron de Haig la menor declaración pública.

La última noticia que se tuvo del mariscal fué la de que había caído muerto como un soldado en el campo de batalla y probablemente por causas de ese lugar dimanadas. Produjéronse entonces manifestaciones de pesar y respeto brotadas del mismo corazón del pueblo a través de todo el Imperio. Fué entonces cuando todo el mundo apreció lo admirable de su conducta desde la paz. Envolvíale una aureola de majestad que demostraba una excepcional grandeza de carácter. Revelaba un hombre capaz de resistir extraordinarios esfuerzos, exteriores e íntimos, aunque se prolongasen durante treinta años: descubría un hombre vaciado en un molde clásico..

Las cualidades puestas de manifiesto por su vida y conducta después de la guerra arrojan nueva luz sobre su contribución a la victoria. Se puede ver desde diferente ángulo y en distinto medio la fuerza de voluntad y de carácter que le capacitaron para resistir las varias e intensas presiones a que se vió sometido: con su frente desmoronándose bajo el mayor de los asaltos alemanes, o con su propio ejército desplomándose en colapso sobre el fango y la sangre de Passchendaele, con un aliado siempre exigente y a menudo irregular, con el Gobierno de su país buscando arriba y abajo alguien con quien reemplazarlo: él presentó en todo tiempo una serenidad majestuosa. Vivió cada día sin desviarse de sus convicciones, ni buscar sensacionales efectos, ni cortejar la popularidad, ni decaer en su ánimo. Estaba tan seguro de sus cualidades profesionales como de su deber constitucional; y obraba en todo momento con arreglo a esos definidos conceptos. Cuando llegaban a él las noticias de una horrorosa carnicería, a menudo estéril, o de la ruina de una operación en la que había confiado, y cuya atroz responsabilidad asumía, fortalecíase con el sentimiento de que había puesto en el empeño el máximo de su pericia militar adquirida en una preparación de toda la vida, de que estaba cumpliendo el deber que le habían asignado unas autoridades legalmente constituídas y de que estaba a toda hora

pronto para perseverar en su puesto o ser reemplazado en él.

Una ecuanimidad serena, inalterable y generosa regía su espíritu, no sólo en los momentos de aguda crisis, sino mes tras mes, año tras año. Inflexible, rigurosamente pedantesco en sus asertos de tipo profesional, trató, empero, en toda ocasión al poder civil con respeto y lealtad. Aun cuando sabía que su relevo era discutido en el Gabinete de Guerra, ni trató de ejercer presión, ni fué en ningún momento desleal para con los ministros bajo los cuales servía. Ni siquiera en las ocasiones de más vidriosa discrepancia amenazó con la dimisión cuando él era fuerte y ellos débiles. En medio de evidentes fracasos, jamás condescendió, en asuntos de su competencia técnica, a sus deseos, aunque estuviesen fuertemente apoyados por los razonamiento, por la opinión pública—cualquiera que fuese—o por la terrible y palmaria elocuencia de los hechos. Con razón o sin ella, victorioso o derrotado, él permanecía inmutable dentro de los límites que se había trazado a sí mismo, frío e impávido, preparado a toda eventualidad, dispuesto a aceptar la oscuridad o la muerte si cualquiera de ellas interceptaba su ruta.

Lo había conocido superficialmente, lo mismo en la vida pública que privada, siendo yo el más joven de los subalternos y él comandante recién ascendido. En Omdurman y en África del Sur servimos juntos, a caballo, en la misma campaña. Nos encontramos, en planos distintos, cuando yo era secretario del Interior y después primer lord del Almirantazgo y él mandando nuestro recién formado cuerpo de ejército de Aldershot. Tuve también ocasión de tratarle repetidamente en la Comisión de Defensa Imperial y en las maniobras militares, y siempre discutimos problemas de guerra. La observación que me hizo en unas maniobras militares que había ido a presenciar el año 1912 me pareció reveladora: «Este oficial», dijo, hablando de un brigadier, «no muestra un sincero deseo de enfrentarse con el enemigo.» Tratábase de una batalla simulada, pero la frase era una clave que descubría toda su visión militar. Años después, en plena guerra, hablándome de un

episodio naval, repetí intencionadamente la misma expresión. Su mirada, generalmente plácida, fulgió con vívido relámpago, y repitió la frase con enérgico asentimiento: «Un sincero deseo de enfrentarse con el enemigo.» Ese era Haig. Ese era su mensaje. Ese fué el impulso que transmitió a sus tropas desde que empezó su mando hasta el minuto anterior a las once del día 11 de noviembre de 1918.

Se me representa, en aquellos rojos días, bajo la imagen de un gran cirujano de los tiempos anteriores a la anestesia, versado en todos los detalles de la ciencia, tal cual era conocida por él: seguro de sí mismo, firme de pulso, bisturí en mano, dispuesto a la operación; enteramente ajeno, en su condición profesional, a la tortura del paciente, a la angustia de sus familiares, a las doctrinas de las escuelas rivales, a los remedios de los curanderos o a los primeros frutos de las nuevas enseñanzas. Operaría sin instigación de nadie o se marcharía sin que nadie tuviese que afrentarlo; y si el enfermo moría, nada tendría que reprocharse. Debe entenderse que sólo hablo de su actuación profesional. Una vez fuera de escena, su corazón era tan sensible como el de cualquier otro hombre.

«Un sincero deseo de enfrentarse con el enemigo.» ¡Ay del oficial—coronel, brigadier o alto general—que falle en esto! Hombres experimentados y resueltos, con valor probado en el fragor de la batalla, eran enviados a sus casas después de enterarse Haig de que se habían negado a mandar sus tropas—no a conducirlas, porque ello habría sido más fácil—a una destrucción cierta. Luchar y matar y morir, pero obedeciendo las órdenes, aunque fuese claro que el alto mando no había previsto las circunstancias; o irse en seguida, a la retaguardia, a casa, a Inglaterra, o al demonio. Tal fué la corriente de alta tensión que fluyó incesantemente desde el generalísimo, él mismo asaltado por varios lados, durante más de cuarenta meses de carnicería. Todo a lo largo de la cadena de responsabilidades que va de ejército a cuerpo, de cuerpo a división, de división a brigada, de brigada a batallón,

esta fuerza implacable y, a veces, inevitablemente ciega; era continuamente aplicada. Y, detrás de todo ello, una caballerosa figura, modesta de conducta, humilde de espíritu, olvidada de sí misma, muy por encima de la vulgar ambición; un hombre justo, generoso, clemente: ¡tales son los misterios de la humana naturaleza!

Por otra parte, las frenéticas presiones internas, que resultaban de tales discordancias, no podían encontrar salida en la acción personal. Napoleón y los grandes capitanes anteriores a él cabalgaban en el campo entre sus tropas, en el ardor de la batalla, y entre los peligros de la tormenta. ¡Cuán gozosamente habría Haig acogido la posibilidad de montar su caballo, como lo había hecho en el Ipres siendo divisionario, y cabalgar avanzando lentamente entre explosiones de obuses! Pero todo eso parece estar vedado a un generalísimo moderno. Se siente feliz, si por lo menos una bomba de aeroplano o algún proyectil de largo alcance, caídos cerca del cuartel general, remiten a raros intervalos, por su física repercusión, la interna tensión mental. No hay el aliciente del peligro, no hay el alivio de la violenta acción; nada sino inquietud, ansiedad, información contradictoria y confusa; pesar lo imponderable; asignar proporciones a lo que no es susceptible de medida; intrincados deberes de Estado Mayor, difíciles negociaciones personales, y el tronar, lejanísimo, del cañón.

Pero lo sufrió todo; y con tal impasibilidad y ordinaria rutina, que yo, que le vi en veinte ocasiones—algunas virtualmente fatales—, dudaba si sería insensible e impenetrable al tormento y al drama, entre cuyas sombras vivía. Pero cuando, una vez terminada la guerra, vi por primera vez el histórico documento titulado *De espalda a la pared*, escrito antes de la aurora de aquella mañana fatídica de abril de 1918, y me enteré de que no era la obra de algún competente oficial de su Estado Mayor, sino que estaba redactado por su propia mano, vertiendo en el papel, sin errores ni enmiendas, la pasión vehemente de su corazón, mi visión del hombre adquirió nueva escala y color. Las Furias, sin duda, contendían en su alma;

y esa arena era lo suficientemente extensa para abarcar su contienda.

* * *

Los albaceas de lord Haig tuvieron buen acuerdo al confiar a míster Duff Cooper la presentación al público del diario del mariscal (1). Ha cumplido su misión con sencillez y sinceridad, y de una manera que probablemente el mismo Haig habría aprobado. Es una historia viril, relatada intensamente. Nadie que haya leído el *Talleyrand* de míster Duff Cooper precisa otras garantías de sus aptitudes narrativas o de su calidad y competencia literarias. El lector puede pasar de largo sobre incidentes tales como el del general Robertson (que jamás había llevado tropas al combate, y cuyos deberes marciales no representaban para él más riesgo que el que pueden tener muchos oficinistas), hablando de «los poltrones» del Gabinete. También deberá tomar en su valor superficial el denigrante juicio de místed Lloyd George, cuya publicidad era innecesaria. Ni la opinión de Haig sobre Lloyd George, ni la de éste sobre aquél, han de ser aceptadas, probablemente, por la Historia. Ambos serán juzgados mucho más favorablemente de lo que ellos se juzgaron entre sí.

Ello no obstante, no está probado de manera alguna que sea discreta en un general o en un estadista, que tienen que intervenir en tan graves asuntos, el escribir y aun menos conservar, un diario. La reputación del difunto sir Henry Wilson fué seriamente afectada por la indiscreta publicación que hizo su amante viuda de los pensamientos nocturnos de su marido. Cuando los acontecimientos se suceden a velocidad vertiginosa y en extensión mundial, cuando hechos y valores cambian cada día, cuando todas las relaciones personales en los negocios públicos tienen forzosamente que resentirse, cuando la visión de diarista es subordinada o local, o ambas cosas a un tiempo, el que ejerce mando supremo se expone él mismo a no servir de testimonio cuando escribe «un término

(1) *Haig*. Duff Cooper, 1935.

medio diario de dos o tres cuartillas», las cuales, una vez encuadernadas, representan treinta y seis volúmenes de comentarios diurnos.

Douglas Haig encarnaba y mantenía la mejor tradición de la enseñanza oficial. Era, en efecto, al tiempo en que llegó a ser general en jefe del mayor ejército inglés que jamás se haya reunido, el número uno y el premio extraordinario entre los alumnos de la Academia Militar. Había hecho todas las cosas necesarias y adecuadas: combatió como jefe de escuadrón, sirvió en campaña como oficial de Estado Mayor, fué graduado distinguido en la Escuela de Estado Mayor, jugó en el equipo de caballería victorioso en el polo, ocupó un importante destino militar en la India, mandó la división Aldershot antes de la declaración de guerra, y mandó valientemente el primer cuerpo de ejército, y más tarde el primer ejército, por cerca de ocho meses, en Armageddon. No tuvo rivales en la profesión, en aquel tiempo, ni surgieron después, durante la contienda. Esta particularidad le sirvió de firme puntal en los múltiples disgustos, pesadumbres y desastres que tuvo que arrostrar y sufrir. Podría ser—lo fué, sin duda—inferior a la talla prodigiosa de los acontecimientos; pero nadie pudo disputarse como igual o superior a él. Y así, todo propendía a la realización de una tarea hosca, al cumplimiento simple de un rudo deber, en cuya realización se pueden cometer muchos errores o sufrir graves contratiempos, pero que tienen que hacerse y que un hombre, llamado a ello, tiene derecho a cometer. Por último, había una fuerte faceta religiosa en su carácter, y siempre alimentó la creencia de que estaba llamado a conducir al Ejército inglés a la victoria.

La mentalidad de Haig, como habría que esperarlo de las credenciales citadas, era por completo ortodoxa y vulgar. Parece no haber tenido ideas originales; nadie puede descubrir un chispazo de aquel genio misterioso, visionario y, a menudo, siniestro que permitió a los grandes capitanes de la Historia dominar los factores materiales, salvo la matanza, y presentarse ante sus enemigos con el triunfo de nuevas apariciones. Nos han dicho que era muy

partidario de los tanques, pero la idea de hacerlos nunca se le había ocurrido. Se manifestó en todo tiempo indiferente a cualquier otro teatro de guerra que no fuese el frente occidental. Allí estaban los alemanes en sus trincheras. Aquí estaba él a la cabeza de un cuerpo de ejército, después de un ejército, y, por último, de un grupo de poderosos ejércitos. Lanzarlos contra el enemigo o mantenerlos resistiéndose de la mejor manera posible, tal era su guerra. Era, indudablemente, un modo de hacer la guerra, y al final se consiguió, por cierto, una abrumadora victoria. Pero tales métodos simplistas jamás lograrán ser aceptados por la Historia como concluyentes.

Si el entendimiento de Haig era mediocre, también su carácter desplegaba las cualidades de un hombre razonable y vulgar, concentrado y magnificado. Esto no es más que una parte del equipo de un general, pero no es precisamente una parte desdeñable. Su actitud no se derrumbaba ante la violencia de los acontecimientos externos. Apenas era capaz de elevarse a gran altura, pero también era incapaz de caer por debajo de la talla de sus modelos. Así, el ejército, compendio de nuestra raza insular, reunido a través de todas las partes del mundo, miraba a su general con confianza, aun a lo largo de muchos costosos fracasos; y la jerarquía militar, muy complicada —casi una iglesia—, y, en tiempo de guerra, de suprema importancia, sentía que en el generalísimo tenía alguien en quien descansar. Y éstas son cosas muy importantes.

Hasta el verano de 1916, las fuerzas expedicionarias inglesas desempeñaron forzosamente sólo un papel secundario en la estupenda lucha francoalemana. Nosotros participamos con orgullo en Mons y Le Cateau, en la vuelta al Marne, en la gloriosa defensa del Iser y del Lis, en Neuve Chapelle y, con nuestros esfuerzos en Loos, contribuímos de manera importante a la batalla de la Champaña. Eran aquellos tiempos en que nuestro personal combatiente excedía en mucho a nuestras posibilidades en municiones. Pagábamos en sangre y en lágrimas nuestra carencia de cañones y explosivos. Sir John French, que es a veces indebidamente menospreciado por los admira-

dores de Haig, llevó la culpa de esto. Pero podemos decir ciertamente que si el Ejército inglés no hubiera estado en el frente, Francia habría sido vencida. Aun al final del año 1915 no éramos más que una sexta parte, numéricamente, y acaso sólo una cuarta, moralmente, del frente aliado. Hasta el Somme, en julio de 1916, no constituímos un factor de mayor importancia en el vasto conflicto en tierra. El esfuerzo bélico de Inglaterra se demostró en los dos años siguientes, en los que las bajas y la voluntad de victoria igualaron a las de Francia, y, últimamente, las sobrepujaron.

Este postrer período fué presidido por Haig. Nadie puede decir que no lo terminó victoriosamente.

* * *

Mi correspondencia y trato con él fueron más frecuentes en el último año de su vida que durante cualquier otra época. Y, en cierto modo—pues no puedo pretender intimidad con una persona tan reservada—, llegué a conocerlo mejor que antes. Es curioso, pero característico por su parte, que ello surgiese con motivo de un libro mío sobre la guerra, que, aunque narraba las grandes proezas de los ejércitos mandados por él, constituía, no obstante, una sostenida acusación contra la «Escuela Occidental» de estrategia, que Haig encarnaba. Le pregunté si quería leer y comentar los capítulos referentes a sus operaciones, añadiendo que, si lo hacía, yo habría de indicarle lo que era crítica y lo que era pura apreciación personal. Aceptó la invitación rápidamente, diciendo: «Nada importan las críticas. Expongamos exactamente los hechos, y luego las gentes podrán juzgar por sí mismas.» Siguió un intercambio muy activo de notas y comentarios, gracias al cual me fué dable corregir gran número de errores de hecho, comúnmente aceptados. En todo ello manifestó absoluta benevolencia, y trató la historia en conjunto desde un punto de vista impersonal y destacado, como si tratase de acontecimiento acaecido cien años ha. Yo comprendí que la causa de ello era la de sentirse complacido con la justicia que él entendía era hecha a

las hazañas de los ejércitos ingleses, especialmente en 1918, y que en nada alteraba la balanza las propias acciones suyas puestas en el otro platillo. «Nadie sabe tan bien como yo», me decía en una de sus últimas cartas, «cuán lejos del ideal está mi propia conducta, lo mismo cuando mandé el primer cuerpo y el primer ejército que cuando fué generalísimo de las fuerzas expedicionarias inglesas.»

La nobleza de esta manifestación le capacita a uno, en todas las circunstancias, para medir todavía desde otro ángulo el valor real de sus servicios a la causa de los aliados.

Pero la mayor de todas las pruebas se halla en la fase final de la guerra. Las cualidades intelectuales y morales que Douglas Haig personificaba llegaron a ser conocidas por ocultas vías a través de los vastos ejércitos de que era jefe. Desastres, pesadumbres, equivocaciones, con su costoso precio, eran impotentes para menoscabar la confianza de los soldados en su general. Cuado en el otoño de 1918 el Gobierno—con mucha menos razón que antes—dudaba de la posibilidad de un próximo éxito y trataba de disuadir a Haig de lo que se temía habría de ser una renovada tristeza y una prolongada carnicería; cuando de la más sinuosa manera echaban sobre él todo el peso de la responsabilidad, sir Douglas no vaciló, y las aguerridas y cansadas tropas, cinco veces diezmadas, respondieron al impulso y a la voluntad de su caudillo y avanzaron resueltamente hacia las atroces convulsiones de la victoria absoluta y definitiva. Las cualidades marciales de Foch, la amplitud de su visión, sus vastos y bien concertados planes no habrían terminado la carnicería en 1918 como no hubiesen estado en varias ocasiones decisivas, compensadas o reforzadas por el impulso, totalmente individual, de Douglas Haig. Los famosos gritos de guerra de Foch: «*Allez à la bataille!, Tout le monde à la bataille!*», no habrían tenido otro significado histórico que el de simples exclamaciones de ánimo, si no fuera por la serie de embestidas y de golpes con que los ejércitos ingleses, desde Amiens a Mons y desde el Somme al Selle, abatieron las fortificaciones y la brava resistencia de las

mejores tropas que quedaban del poderío militar alemán, y ahorraron al género humano las matanzas que le esperaban en la campaña, que no llegó a iniciarse, de 1919.

Si hay alguien que discuta el derecho de Haig a codearse con Wellington en los anales militares ingleses, no hay nadie que niegue que su carácter y su conducta como soldado y como súbdito servirán por mucho tiempo de ejemplo a todos.

ARTHUR JAMES BALFOUR

RAMSAY MacDonald, pagando su tributo como primer ministro, dijo de Arthur Balfour: «Una gran parte de la vida la vió de lejos.» Había verdad en ello, desde el punto de vista de los hechos; y mordacidad en el sentido que le daba el orador. MacDonald había visto la vida sin cuartel. Hubiera preferido verla desde lejos. Un inconsciente sentimiento de envidia, no exento de orgullo, le llevó a hacer esta justa y punzante observación. Debatiéndose durante toda su existencia en el vórtice laborista-socialista, arrojado a veces del Parlamento y casi del país, a causa de sus concomitancia con fuerzas antinacionales; siempre amenazado, siempre perseguido, gozando precarios fulgores de éxito entre renovadas tormentas de desagrado popular; hoy aquí, mañana ausente; campeón de causas por las que a veces era ingrato luchar; ahora en la movediza cresta de la ola, luego en la sima; míster MacDonald no podía menos de contemplar con admirativo desdén la larga, tranquila, olímpica carrera de su afortunado, aunque derrotado, predecesor.

«Una gran parte de la vida la vió de lejos.» Arthur Balfour no se mezcló en el tumulto. Resbaló sobre su superficie. Nació en la opulencia. Después de más de cincuenta años de servicios murió con una hacienda reducida, pero aún adecuada, procedente de antiguo título. Nunca estuvo seriamente preocupado por cuestiones de dinero; jamás tuvo que arrostrar el problema de ganarse la vida ni el del pago de cuentas de las necesidades corrientes de la existencia. Tenía una hermosa casa en Escocia y una confortable mansión en Carlton House Terrace, automáticamente sostenida por un sólido capital. Este fué su lote en la vida. Participó del gradual y constante empobrecimiento de la clase de hidalgos terratenien-

tes a que pertenecía. Aunque en sus últimos años perdió gran parte de su fortuna a causa de una especulación desgraciada, no se inquietó mucho por ello. Sus necesidades eran pequeñas; sus hábitos de vida, austeros; siempre tuvo lo bastante, y la seguridad de tener lo bastante.

Los biógrafos de personalidades eminentes propenden a ignorar o a silenciar estas vulgares cuestiones. Tienen, empero, su valor en la carrera de todo hombre público. A través de toda su vida, el difunto lord Balfour, afortunadamente para él, y aún más afortunadamente para su país, estuvo alejado de las necesidades vulgares. Nunca tuvo que poner en conflicto, como es cada vez más frecuente en las modernas circunstancias, su desinteresada apreciación de los negocios con el pan de cada día. Esto fué para él una gran ventaja y una fuente de energía.

Era soltero. Todo ese tremendo proceso de constituir un hogar y sostener una familia, que es la preocupación principal de la especie humana, estaba, a causa de una tragedia romántica, sumamente alejada de él. Desde entonces se redujo a sí mismo y fué totalmente independiente. Su pensamiento era nacional; su interés, mundial. Que Inglaterra fuese poderosa y próspera, que el Imperio se uniese más estrechamente en torno suyo, que su país fuese el campeón del Derecho y de la paz; que nuestros propias ambiciones y aspiraciones nacionales armonizasen con las conveniencias de una siempre creciente y cada vez más fuerte Cosmópolis y que él desempeñase un digno papel en todo eso: he ahí el anhelo de su vida.

Era realmente un santo-laico que buscaba una meta secular. Adquirió y conservó desde sus primeros años profundas y definidas concepciones; y por un don maravilloso de receptividad y de comprensión era capaz de ajustar los nuevos fenómenos y la siempre mudable corriente de los sucesos a sus sólidas convicciones. Su interés por la vida, el pensamiento y los negocios—como observaba míster MacDonald—era tan vivo a los ochenta años como lo había sido a los veinte; pero su propósito, su cimiento y su tema principal fueron obstinados, inflexibles y virtualmente inalterables a través de los memorables tiempos

en que vivió, desempeñó su parte e incluso gobernó. Fué un hombre al que, justamente, se le podría aplicar la palabra de «estadista». Su aversión por la fe católica romana era profunda e inveterada. Por otra parte, parecía tener las cualidades personales de un gran pontífice. Poseía era serena, distinta, elevada visión mental y moral, combinada con el arte de la dirección hábil y práctica, que precisan quienes guían el curso de sociedades permanentes. Para la defensa de sus principios y prejuicios echaba mano de todos los recursos personales, oratorios y dialécticos. Pero sabía cuándo debía cambiar, y no solamente cuándo, sino cómo debía cambiar, de acuerdo con la presión de los acontecimientos. Aferrado a sus arraigadas convicciones, orientándose siempre por la luz de los mismos luceros, desviándose solamente lo preciso cuando soplaban vientos contrarios, se movió con los tiempos y vivió a la cabeza de casi tres generaciones. Jamás fué anegado por la corriente; jamás quedó anticuado. Amaba la juventud, y no sólo aceptaba sus demandas, sino que las estimulaba. Siempre fué joven de espíritu, aunque le diese la sensación de que poseía la experiencia de la edad.

Un gusto refinadísimo, un juicio ponderado, un entendimiento agudo, una pasión fría, perseverante, lenta, inflexible: todo eso era él. Estaba exento de todo temor, si bien no tenía motivos para temer. La muerte era segura, más tarde o más temprano. Ella sólo implicaba un cambio de estado, o, en el peor de los casos, un sereno olvido. La idea de la pobreza jamás entró en su pensamiento. La desgracia era imposible a causa de su carácter y de su conducta. Cuando lo llevaron al frente a ver la guerra, admiraba con tranquilo interés, a través de sus lentes, la explosión de los obuses. Afortunadamente, ninguno cayó tan cerca que le hiciese saltar, como cualquier hombre saltaría en su caso. Una vez presencié una violenta escena en la Cámara de los Comunes, cuando un diputado irlandés, atravesando frenético la sala, agitó los puños un par de minutos a dos pulgadas de su rostro. Los jóvenes que estábamos detrás de él nos dispusimos a lanzarnos en su auxilio contra su enemigo; pero Ar-

thur Balfour, jefe de la Cámara, contemplaba la colérica figura con el mismo interés que podría poner un biólogo al examinar a través de un microscopio las contorsiones de un raro e irritado microbio. No había, ciertamente, manera de atacarlo. Una vez, durante la guerra, cuando el país estaba algo descontento por la política enérgica de sir Edward Grey, yo, defendiéndole, le dije a míster Lloyd George, que se hallaba muy acalorado: «Bien; pero, de todos modos, sabemos que si los alemanes llegasen aquí y le dijesen a Grey: "Si no firma usted este tratado, lo fusilaremos inmediatamente", sin duda ninguna respondería: "No es propio de un ministro inglés ceder a la amenaza. Eso no se hace".» Pero Lloyd George replicó: «Los alemanes no le dirían eso. Le dirían: "Si usted no firma este tratado, le desollaremos todas sus ardillas de Fallodon, y eso le derrumbaría".» Arthur Balfour no tenía ardillas grandes ni pequeñas, y ni por amenazas de muerte ni por presión sobre su temperamento o sus rarezas podría nadie quebrantar su voluntad ni aniquilar su sentimiento del deber.

Tal fué la impresión principal que me produjo, cuando lo conocí, este hombre notable, cuyo amistad gocé en creciente medida, a través de las vicisitudes de la política, durante treinta años. Vamos ahora a acercarnos más a él y a tratarlo en los sucesos corrientes de la vida.

Los *wykehamist* tienen el lema: «Las maneras hacen el hombre.» Si esto es así, Arthur Balfour era el más perfecto de los mortales. Era el hombre de mejores maneras que he conocido: sencillo, cortés, paciente, considerado con todo el mundo, lo mismo grandes que pequeños. Pero este aire urbano y amable, que era completamente natural y espontáneo en él, constituía la mínima parte de sus modales, que eran siempre los mismos en toda situación, seria o festiva. No solamente no se hallaba jamás embarazado ni cohibido en parte alguna, sino que parecía transmitir este don a la sociedad en que se encontraba. Su intervención sacaba del atolladero a los que en él estuviesen, y salía con ellos suavemente de las más desconcertantes y penosas situaciones. Él sabía cómo decir lo

que fuese preciso en un momento dado; y cuando otros, torpemente, emitían necias u ofensivas apreciaciones, sabía cómo defenderse o vengarse con gracejo, justicia o severidad. A su debido tiempo y lugar supo decir y dijo, con dignidad y suavidad, cuantas cosas duras fué menester. Tales ocasiones fueron raras. Fué siempre el más agradable, afable y entretenido de los invitados o de los compañeros; su presencia era un placer y su conversación un regalo.

Poseyó y practicó el arte de mostrar siempre interés en todos los temas que se suscitasen o por cualquier persona que estuviese hablando. Acaso careciese en la conversación de las vívidas, vibrantes cualidades de John Morley, o de la brillantez, a veces desconcertante, de Rosebery; pero superaba a ambos en el placer que producía.

Su intervención era menos preponderante. Dejaba que la conversación fluyese al arbitrio de su interlocutor, escuchando con la mayor benevolencia sus apreciaciones, fijándose en cada uno de sus puntos y siguiendo el diálogo paso a paso, aunque a lo mejor él hablase muy poco. Todos los que le hablaban salían de su lado creyendo que habían estado muy bien, y dado con una persona que, conforme o disconforme con ellos, comprendía su punto de vista. Generalmente, recordaban mejor las cosas que le habían dicho, y que parecían haber sido bien acigidas por él, o con las que había estado de acuerdo, que las que Balfour había contestado. Le gustaba la conversación general y conocía exactamente el modo de regirla, a fin de que nadie dejase de participar en ella y no degenerase en el «maldito monólogo».

Política, filosofía, ciencia en todas sus ramas, arte, historia, eran temas que abordaba tan gustoso como los de una conversación frívola. Parecía preferir aquello en que su interlocutor era más diestro. Lo poníais al lado de un contrario en política, de un partidario despechado, de una señorita no entrada en los veinte años, de un capitán de marina, de un explorador, de un inventor, de un profesor competente en cualquier materia, y a los pocos minutos

observabais una animada conversación que crecía en gusto y en interés por ambas partes.

Nadie escapaba a su atractivo; y todos ostentaban sus más valiosos tesoros mentales orgullosos y encantados de que hubiesen sido tan generosamente admirados por un hombre de semejante distinción. Sin embargo, estaba pronto a hacer notar, mediante alguna juiciosa y desconcertante pregunta, cualquier desviación de la verdad, del sentimiento o del gusto, tal cual él los concebía. Si el viejo Sócrates le hubiese gastado algunos de sus trucos dialécticos, es seguro que nuestro amigo terminaría muy pronto por invertir las tornas, poniendo al gran filósofo en su lugar. Cuando yo vaya al Cielo, procuraré enzarzarles sobre cualquier tema, con tal de que no sea demasiado abstruso para mí.

Se pasó la vida en tertulias de amigos que lo admiraban. Fué durante muchos años la rueda catalina de un círculo brillante de hombres y mujeres conocidos por el remoquete de *Las Animas*, que comían juntos, viajaban juntos y estaban constantemente los unos en las deliciosas moradas de los otros. Aceptaba, además, las invitaciones de toda clase de gentes, jamás faltaba a una cita por asistir a otra más tentadora, y dejaba tras él una estela de satisfacción y hasta de dicha.

Pero bajo todo esto había una fría inexorabilidad en lo concerniente a los asuntos públicos. Raramente permitía que el antagonismo político constituyese una barrera en la vida privada, ni jamás consintió—aun en mayor medida que Asquith—que la amistad personal, por íntima y sólida que fuese, embarazase sus soluciones de los problemas de Estado. Hubiese transcurrido su vida entre el laberinto de intrigas del Renacimiento italiano, y él no habría precisado estudiar las obras de Maquiavelo. Hubiese vivido en la Revolución francesa, y habría enviado a la guillotina, cuando ello fuese absolutamente necesario, a un peligroso enemigo de su Gobierno o de su partido o hasta a algún extraviado colega. Y lo hubiera hecho con complacencia, aunque, eso sí, de la manera más atenta e impersonal.

Muchos aficionados a las cuestiones políticas opinaron que este rasgo de su carácter se manifestó en el caso de George Wyndham. Wyndham era uno de sus mejores amigos. Durante muchos años estuvieron unidos por cuantos vínculos pueden establecer el trato social y la camaradería política entre dos hombres cuyas edades son bastante diferentes. Pero llegó el día en que Wyndham, como secretario para Irlanda, tuvo ciertos coqueteos con los autonomistas irlandeses, que comprometían las bases políticas del partido conservador. Le pareció al público que Balfour, como primer ministro, dejó traslucir que exigía su dimisión y lo abandonaba a su extinción política sin volver la cabeza ni levantar el dedo.

Pero esta impresión, ampliamente aceptada, está contradicha por el peso de testimonios de primera mano. Las personas más allegadas y caras a George Wyndham declaran que el primer ministro lo sostuvo con todas sus fuerzas, que se negó reiteradamente a admitirle la dimisión, y que solamente la admitió cuando, a la postre, la salud y los nervios de Wyndham se resintieron gravemente de las variadas tensiones a que estuvieron sometidos, y la esposa de George, apoyada resueltamente por los médicos, se lo rogó. Lo cierto es que Wyndham continuó siendo hasta el día de su muerte amigo entusiasta de Balfour, y que su madre, a quien tanto adoraba, Ms. Percy Wyndham, no abrigó jamás, ni por un momento, el menor sentimiento de reproche.

* * *

Otro episodio muy discutido ocurrió con motivo de la dimisión de míster Chamberlain, en el otoño de 1903. Chamberlain había suscitado de nuevo el dormido, pero siempre latente problema del proteccionismo, bajo el aspecto de preferencia imperial; y, con ello, creó en el partido conservador un violento cisma. Balfour lo consideró como «el imperdonable pecado» de escindir su partido. Estaba acostumbrado a censurar acciones análogas de sir Robert Peel en 1846, y de míster Gladstone, cuarenta años más tarde, aunque dejando aparte los méritos de aquellas

controversias. Trató, pues, como otros jefes políticos han hecho desde entonces, de mantener la unión del partido sobre aquella idea política central, o sobre alguna importante fórmula, que permitiese a los conservadores, proteccionistas y librecambistas permanecer agrupados en una organización. Lanzó su idea en un folleto titulado *Libre cambio insular*, en el que, en términos generales, aceptaba tarifas en casos de negociación o reciprocidad, pero no cerraba la puerta a la adopción de una política más definida y vigorosa si los sentimientos del partido llegasen gradualmente a reclamarla. Pero las pasiones habían ido demasiado lejos. El país estaba enardecido. Nadie quería hablar de otra cosa. Los viejos textos sobre librecambismo salían de sus estantes, y un huracán de disputas azotaba el país. Los liberales se encontraron completamente unidos en la oposición. Las elecciones no estaban lejanas, y amenazaban, en tales circunstancias, ser desastrosas.

Los ministros librecambistas: míster Ritchie, entonces ministro de Hacienda; lord George Hamilton y lord Balfour de Burleigh, se sentían paulatinamente arrastrados a posiciones contrarias a su manera de pensar. Se reunieron y examinaron con todo detalle las posibilidades de un cambio de administración y de otro primer ministro. El duque de Devonshire, que contaba él sólo más que todos los otros y era el único sucesor posible de Balfour, coincidía, en lo general, con ellos; pero se movía con su lentitud característica y, por razones de delicadeza, se abstuvo de toda discusión acerca de la formación de Gabinete. Balfour estaba al corriente de las respectivas actitudes de todos los disidentes. Estimó que, fuera de Devonshire, todos habían intrigado contra él.

El 9 de septiembre míster Chamberlain escribió reservadamente a Balfour pidiéndole que aceptase su dimisión, a fin de tener plena libertad para explicar y popularizar su política proteccionista. En los días siguientes celebró varias conversaciones con el primer ministro, en las que se convino que, con objeto de mantener la coherencia del partido, se aceptaría su dimisión. Sobre estas bases, sólo conocidas por Chamberlain y Balfour, se reunió el Gabi-

nete los días 14 y 15. Los militantes librecambistas, que consideraban que Balfour estaba resueltamente al lado de Chamberlain, presentaron sus dimisiones en la creencia lógica de que les serían admitidas. Devonshire permaneció silencioso, pero daban por supuesto que estaba con ellos.

Ha sido generalmente creído hasta ahora que Balfour ocultó deliberadamente a los tres ministros librecambistas el hecho, de máxima importancia, de que Chamberlain también había dimitido, y que esta dimisión había sido definitivamente aceptada; que se tomó un día entero de plazo a fin de impedir que llegara a ser efectiva la dimisión de sus tres colegas complicados en la cábala, y que sólo después de esto llamó a Devonshire a su despacho, y le dijo que Chamberlain se había ido y le instó a quedarse. Se supuso que por este método separaba al duque de sus colegas, siéndole fácil persuadirle a permanecer en el Gobierno y ayudarle a contrarrestar la política proteccionista de míster Chamberlain. Tal fué la anécdota.

Pero esta versión no debe tener cabida en la historia. Ante todo, Chamberlain dimitió entonces ante el Gabinete, es decir, expresó algo semejante a que «le sería mejor marcharse», o que «se debía ir». Su hijo Austen escribió a un amigo mío lo siguiente: «... Regresé de una corta vacación en el extranjero la noche anterior a la sesión crítica, y no vi a mi padre hasta que me encontré con él en el Consejo. No tuve, por tanto, conocimiento de su carta a Balfour, ni de su intención de dimitir. *Le oí anunciar esta decisión al Gabinete* (1), y al salir del Consejo nos fuimos en coche a los jardines del Príncipe, donde le reproché el haber tomado tal resolución sin decirme una palabra; pero él añadió que yo habría hecho lo mismo en su caso».

No cabe recusar tal testimonio. Sucede a menudo, sin embargo, en conversaciones entre caballeros, que no todos los presentes sacan de ellas la misma impresión. Y ello sucede especialmente cuando algunos sienten la pre-

(1) La cursiva es del autor.

ocupación natural de sus propias posiciones. Los ministros librecambistas abandonaron sin duda la cámara del Consejo sin tener la menor idea de que Chamberlain había dimitido y de que su dimisión había sido aceptada.

Balfour diputó como imperativo de la unidad del partido el que se derramase el mismo día sangre proteccionista y librecambista. Sabía perfectamente que ninguno de los ministros partidarios del libre cambio habría dimitido de haber sabido que el supercampeón del proteccionismo había tomado espontáneamente el camino del desierto. Al contrario, se habrían regocijado de quedarse y verlo partir. Pero no era éste el plan de Balfour. Supuso que habían oído la declaración de Chamberlain y que habían presentado su dimisión a la luz de este hecho esencial. No paró mientes en que las palabras de Chamberlain tenían diferente significado para él—único que estaba en antecedentes—que para sus colegas disidentes. No se creyó obligado a informar a quienes habían—él así lo juzgaba—intrigado contra él, contra su posición. Se reservó para sí propio el derecho a optar entre las diversas dimisiones que le amenazaban. Entendía que era incumbencia exclusiva suya el tratar de persuadir a alguien a permanecer en el puesto. Pero aún queda la cuestión del aplazamiento en decírselo al duque de Devonshire. Sobre este punto la explicación es completa.

El duque salió del Gabinete quizá bajo la impresión de que Chamberlain había ofrecido su dimisión sin gran empeño, pero que la oferta había sido rechazada. Lord Derby, entonces lord Stanley, de quien tengo esta referencia, era secretario de Hacienda para el Ministerio de la guerra. Era yerno del duque, y muy íntimo suyo. Tomaron juntos el coche para ir a comer con míster Leopold de Rothschild en los arrabales de Londres, en Gunnersbury. Mientras estaban a la mesa llegó el cofre rojo de la valija del Gabinete. El duque se volvió a su yerno y le dijo: «Me dejé la llave del gabinete en Londres, préstame la tuya.» Como Stanley no estaba aún facultado para poseer una llave de gabinete, así lo dijo. La caja quedó cerrada y aquella noche llegó tarde a Londres.

A la mañana siguiente lord Stanley fué al despacho de Whips, en el número 12 de Downing Street, donde se le dijo que Chamberlain había dimitido, y que el primer ministro había aceptado su dimisión. A la hora del almuerzo, lord Stanley encontró casualmente a un amigo que le dijo que el duque estaba muy solo e inquieto, con su mujer fuera y nadie con quién hablar, y que le gustaría recibir la visita de su yerno.

«Fuí—escribe lord Derby—a casa del duque, y lo encontré paseándose por su habitación. Me dijo: «Como es natural, he escrito dimitiendo». Le pregunté qué razones había dado para ello, y me contestó que no podía permanecer en el mismo Gabinete que Joe Chamberlain. Mi respuesta fué: «Pero como Joe ha dimitido, ése ya no es un pretexto posible». Dió un salto, como si lo hubiera pinchado, y exclamó: «No sé una palabra de eso». Me asaltó entonces la idea de que la valija de la noche anterior contenía la noticia dentro de la caja que mi suegro—por lo visto—no había llegado aún a abrir. Se lo dije, abrió el duque la caja y encontró, como yo suponía, una carta de Balfour diciéndole que Joe había dimitido y deseando que el duque permaneciese en su puesto.

»Quedóse entonces en gran perplejidad, porque ya había enviado, a mano, su carta de dimisión a Balfour. Me ofrecí a ir a verlo. Al principio no quería recibirme, y le enojaba verse interrumpido, pues, según me dijo, estaba escribiendo una carta al duque expresándole cuánto lamentaba su dimisión, etc. Le manifesté que ya no necesitaba escribir la carta, ya que lord Devonshire estaba dispuesto a retirar la dimisión, que había presentado sólo por equivocación. Balfour me pidió entonces que fuese a buscar al duque y le dijese que viniera a verlo. Y así lo hice. Mi suegro y yo cenamos juntos aquella noche y me dijo que todo había quedado satisfactoriamente arreglado.»

Estos hechos, que ahora se exponen, creo yo, por primera vez, muestran la transacción a su verdadera luz.

Cuando, el día 18, se publicaron la carta de Chamberlain del 9 y la contestación de Balfour del 16, los minis-

tros librecambistas, cuyas dimisiones habían sido tácitamente aceptadas, y que nada habían oído desde la sesión del Consejo, se consideraron incorrectamente tratados por el primer ministro y también por el duque. La opinión pública de entonces estimó, unánime, que debieron haber sido notificados francamente de la carta de dimisión de Chamberlain, que el primer ministro tenía en su poder, y de su aceptación. La misma referencia del *Anuario*, siempre neutral e incoloro, habla de la «extendida impresión de que los elementos librecambistas del Gabinete habían quedado reducidos a una condición apenas compatible con esa mutua confianza que se presume en las relaciones entre colegas ministeriales». No cabe duda que esto es verdad; pero no debe olvidarse, en favor de Balfour: primero, que él había oído a Chamberlain hablar de su dimisión en el seno del Gabinete, y segundo, que él consideraba a Devonshire como el jefe del grupo librecambista. Informó al duque escribiéndole, inmediatamente después del Consejo, del hecho decisivo; es decir, de la dimisión de Chamberlain y de su aceptación; y dejó al arbitrio de aquél la forma de comunicárselo a sus colegas. Devonshire, emepero, no pudo abrir la valija aquella noche, y se olvidó de hacerlo a la mañana siguiente, con lo cual pudo hacerse efectiva la dimisión de los otros tres ministros. Esto era, sin duda, lo que quería Balfour, aunque no contribuyó a ello, ni pudo haberlo previsto. También es cierto que no les hubiera dado facilidades para retirar la dimisión, aun en el caso de que hubiesen deseado hacerlo.

Por el momento ,el primer ministro había logrado, con destreza y por accidente, todos sus objetivos. De un golpe se había deshecho de los extremistas, de ambos bandos, de su Gabinete. Había mantenido su zona central de concentración para cuantos lealmente se confiasen a su cuidado, y había conservado al solemne y poderoso duque. Los ex ministros librecambistas, en sus cartas de dimisión, quejáronse discretamente de que no les informase de la de Chamberlain, no obstante haber sido aceptada días antes de la sesión del Gabinete. Es innecesario

decir que reprocharon al duque el haber hecho por sí y ante sí una paz separada sin comunicar sus términos a sus colegas con quien se hallaba unido. El duque, a quien no se le daba un ardite por el cargo, pero que estimaba por encima de todo la reputación de su personal buena fe, quedó consternado. Le turbaba y confundía el dichoso asunto de la apertura de la caja del correo, por el cual se consideraba digno de censura. Plegóse, con todo, a los deseos del primer ministro, continuando en su puesto y ayudando a Balfour en la reconstrucción del Gabinete, lo mismo en cuanto a hombres que a medidas de gobierno. Buscó asilo, como Godolphin solía hacer, en Newmarket. Aquí recibió una serie de cartas de los librecambistas. Estaban furiosos. Consideraban, y no sin razón, que se había portado mal con ellos. Lord Derby me escribe:

«Me enseñó una carta de... Jamás ha visto usted una carta semejante. Le acusaban de cuantos crímenes se pueden cometer en el mundo: deslealtad, incumplimiento de compromisos..., qué sé yo. El viejo duque se llevó el gran disgusto. Me decía: «Y pensar que tuve que llegar al final de la vida para ver lanzar sobre mi cabeza semejantes acusaciones...»

De este modo acosado, el duque no sabía qué partido tomar. Durante diez días sufrió aguda zozobra. Después, el primer ministro pronunció un discurso sobre la cuestión fiscal. Jamás un gran inquisidor examinó con más escrupuloso afán las manifestaciones de un presunto hereje como lo hizo aquel competente y sencillo anciano con el discurso de su jefe; y, con inmenso alivio, encontró una frase que iba más allá, por lo menos en una de sus interpretaciones, de la fórmula a la cual se había el duque comprometido. Se precipitó, literalmente, a la dimisión; y casi se arrojó de Newmarket Heath. Todo el castillo de naipes, tan bien elaborado por Arthur Balfour, se vino al suelo; y el partido conservador derivó irremisiblemente hacia los escollos del naufragio y la derrota.

* * *

Es imposible tratar aquí de la participación de Balfour en la compleja y azarosa convulsión del Gabinete, que terminó en la sustitución de Lloyd George por Asquith, en la crisis de diciembre de 1916. Pero nada es más instructivo que seguir la desapasionada, fría, correcta y al mismo tiempo inflexible manera con que Balfour atravesó, irreprochablemente, el laberinto. Pasó de un Gabinete a otro, desde ser el primer ministro que fué campeón de uno, hasta ser el primer ministro que fué el más severo crítico de otro; pasó—decimos—como un enorme y lustroso gato que atraviesa graciosa, delicadamente y sin mancharse una calle en la que hay bastante barro.

Debo presentar algunas florecillas de mi ramillete balfouriano. Un comentario a un discurso: «La diafanidad del estilo de Asquith es una desventaja cuando no tiene nada que decir». Una réplica en otra ocasión: «En ese discurso hubo cosas verdaderas y cosas vulgares; pero lo que era cierto era trivial, y lo que no era trivial no era cierto». Otra vez: «Hubo algo en él que quiso ser serio y resultó agresivo, mientras lo que quiso ser festivo resultó serio». He aquí una observación que con frecuencia he encontrado oportuna en las charlatanerías de los pesimistas: «Este mundo está malísimamente arreglado; pero no tanto...» Hablando de un correligionario de excesivo celo partidista: «Nos persigue con perversa lealtad». En un banquete, míster Frank Harris, deseando lucirse, soltó a tontas y a locas esta frase: «Todo el mal del mundo se debe al cristianismo y al periodismo». Arthur Balfour, después de considerar esta proposición un momento, replicó: «Al cristianismo, desde luego; pero, ¿por qué al periodismo?» Una vez, siendo yo muy joven, le pregunté si preparaba sus peroraciones: «No—me contestó—, digo lo que se me ocurre y me siento al fin de la primera oración gramatical».

Después de la caída de su Gobierno, en 1905, solía asistir de vez en cuando a pequeñas comidas de sus jóvenes amigos y anteriores colegas en la Cámara de los Comunes, algunos de los cuales lo habían abandonado y más de uno atacado con saña en esta broma pesada que es la

política inglesa. Había sido derribado del poder por enorme votación del país. Contaba escasamente con un centenar de diputados en la Cámara baja, y las tres cuartas partes eran proteccionistas rabiosos que le guardaban rencor. En aquellos ágapes se encontraba en sus glorias. Aunque, fuera, la más furiosa tormenta de las luchas partidistas azotaba, nadie hubiera supuesto, al oír nuestra charla, que no éramos todos miembros del mismo partido o hasta colegas en el mismo Gobierno. Una noche tratábamos el tema de si un hombre público debe leer los comentarios que acerca de él hacen los periódicos, y, más concretamente, si debe estar suscrito a una de esas agencias de recortes periodísticos. Yo expuse mi norma de conducta: no se debe leer lo que es lisonja—a la cual, por otra parte, yo no estaba excesivamente acostumbrado—, pero sí entresacar de vez en cuando, de un montón de recortes de Prensa, aquella que es útil para que el jefe de un departamento ministerial pueda abrir los ojos sobre escándalos o abusos, o advertirle de alguna deficiencia de que no tenga conocimiento. «Nunca—dijo A. J. B. (para usar las famosas iniciales con que tan frecuentemente se le designa)—me he dado la molestia de ponerme a revolver un inmenso montón de polvo por la problemática posibilidad de poder encontrar una punta de cigarro.» Por espacio de mucho tiempo se jactó de no leer periódicos, y por mucho tiempo se diputó como una de sus virtudes. Pero los periódicos triunfaron a la postre. Vivió lo bastante para alcanzar la edad en que casi la única institución robustamente asertiva de nuestra sociedad era la Prensa. Al cabo hubo de ser reprendido por no mantenerse en contacto con la opinión pública; al fin tuvo que leer los periódicos, si bien es cierto que los leía lo menos posible.

Tuvo muchos hábitos que conservó tenazmente. Jamás contestó a una invitación como no fuese mediante un telegrama. A la gente le gustaba tener una rápida respuesta, y consideraba un telegrama como una prueba de consideración. Hace treinta años, la llegada de un sobre amarillo alarmaba a nuestros padres; si no contenía ma-

las noticias, lo tomaban como un cumplido; y así, todo terminaba bien. Por otra parte, podíais dictar un telegrama en vez de tener que escribir, *de vuestro puño y letra*, una ceremoniosa carta.

Raramente se levantaba antes del almuerzo. Permanecía en cama, inabordable, despachando sus negocios, leyendo, escribiendo, meditando, y, en los finales de semana, aparecía, aunque hubiera crisis, acicalado y pimpante, poco después de la una de la tarde. Su trabajo del día había terminado. Daba la sensación de hallarse libre de cuidados, aunque estuviese a la cabeza de un Gobierno vacilante, aun en las lúgubres horas de la guerra. Solía sentarse y charlar alegremente durante media hora después de la comida; esperaba hasta estar en condiciones de jugar una partida de golf o, en años posteriores, de tenis. Las gentes que no le conocían bien se sorprendían y hasta se escandalizaban al verle así en la vida privada, mientras los periódicos, en artículos a dos columnas, murmuraban de la situación política. Pensaban que ni se consumía ni se preocupaba. Pero muchas veces le había cogido el alba ocupándose de los negocios públicos. No se excitaba nunca, y en la Cámara de los Comunes era en extremo difícil irritarle. Yo lo intenté reiteradamente, y sólo en muy pocas ocasiones, que prefiero olvidar, conseguí verlo seriamente enojado en público debate.

En realidad, la Cámara de los Comunes era su mundo. Allí radicaba el verdadero interés y la actividad de su vida. Durante más de un cuarto de siglo dirigió el Gobierno o la oposición. Jamás ministro alguno, encargado de un proyecto de ley, trabajó en él con más afán, ni estuvo más perfectamente enterado de la legislación a que se refería. Nunca le fallaba un detalle, pues había estudiado minuciosa y pacientemente todos los aspectos y las posibles fallas de todas las disposiciones de cuya adopción o defensa era responsable. Como jefe de partido, su costumbre era la de llevar personalmente el debate. Hablaba ordinariamente por espacio de una hora, y su guión consistía simplemente en cuatro o cinco puntos, señalados con sus correspondientes epígrafes, que comprendían

treinta o cuarenta palabras, anotadas en dos grandes sobres. Dentro de estos límites dejaba a sus palabras fluir. A veces hacía una pausa para encontrar el vocablo que mejor expresase su pensamiento. En tales ocasiones la asamblea le acompañaba simpáticamente en la búsqueda. Era como si hubiese dejado caer sus lentes en el momento en que estaba leyendo un despacho importante. Entonces, amigos y enemigos acudían solícitos a recogérselos. Y todos se alegraban al ver que él mismo los encontraba y los sacaba, con su mano derecha, del bolsillo del chaleco. Era el momento en que surgía la palabra precisa, entre grandes aplausos o fuertes alaridos y general satisfacción. Esta facultad de atraerse la totalidad del auditorio, lo mismo el lado adverso que el favorable, en el momento de pronunciar sus oraciones, era un don poderoso; y él, con sus intervenciones, dominó siempre la Cámara de los Comunes hasta el límite en que una asamblea puede ser influída por un discurso.

Es bastante curioso que, siendo el más fácil, seguro y fluente de los oradores, fué el escritor más tímido y laborioso. Solía encaminarse a un mitin de diez mil almas, en el que sus palabras y la manera de ser recibido podían tener importantes consecuencias, sin otra preparación que un simple coloquio, sobre importantes temas, sostenido en el vehículo que lo conducía al acto público. Cuando percibía con los ojos del espíritu una proposición razonable, estaba seguro de poder desarrollarla, clara y distintamente; pero cuando cogía la pluma «se echaba a temblar» y tachaba y enmendaba y volvía a escribir hasta lo indecible. Solía invertir horas en redactar un párrafo, y días en un artículo. Parecía una cosa al revés. La palabra hablada, proferida desde la cumbre del poder, lanzada irrevocablemente, no le daba miedo alguno; pero entraba, en cambio, en el tabernáculo de la literatura bajo la doble dosis de humildad y respeto que le es adecuada. Estaba seguro del curso de su pensamiento; estaba inseguro del movimiento de su pluma. La historia de todos los países abunda en brillantes y leídos escritores que se amilanan y tartamudean cuando tienen que hablar en pú-

blico o que salen completamente empequeñecidos de la prueba. Balfour era el reverso de la medalla, y ello nos proporciona una revelación importante de su carácter. Era un espíritu minucioso, ponderado, de los que miden el pro y el contra, y miden, sobre todo, sus propias limitaciones y defectos. La coerción y el apremio de un discurso público le obligaba a exponer sus pensamientos a cierta elevada velocidad. Su inteligencia estaba en acción y a cada segundo tenía que tomar decisiones mentales; pero en su dormitorio, con su cartapacio en el regazo y la estilográfica oscilando pausadamente sobre las cuartillas, una veintena de argumentos contra cada caso, contra cada frase, y casi contra cada palabra, se le ofrecían a todo instante y avanzaban y retrocedían ante su especulativa contemplación. Todo cuanto escribió fué de alto nivel; pero su excelencia fué comprada al precio de inconcebible trabajo.

Y así sucedía que, en política, decidía más fácilmente sobre grandes que sobre pequeñas cuestiones. Era más eficaz en una solución de general importancia que en esas definidas resoluciones administrativas que constantemente se requieren de los altos funcionarios del poder ejecutivo en épocas de perturbación. No servía para dar órdenes; y hay tiempos en que el dar muchas órdenes, claramente expresadas, armónicamente concertadas, es un don apetecible en un gobernante. No le gustaba precipitarse y dar pasos en falso; pero, en momentos de guerra, los jefes no tienen más remedio que precipitarse. Odiaba tomar una decisión sin pleno y perfecto conocimiento; pero, en épocas de violencia, la mayoría de las cosas más importantes tienen que hacerse con una información imperfecta e incierta, y el olfato basado sobre el previo estudio es a menudo el más seguro guía. Un día, en 1918, cuando el Consejo Supremo de los aliados celebraba sesión en Versalles bajo el tronar y casi al alcance de los obuses alemanes, Balfour habló durante diez minutos de una cuestión importante, y cuando terminó, el viejo Clemenceau volvió hacia él sus ojos chispeantes y le dijo ásperamente: *Pour ou contre?* Donde su entendimiento se

hallaba a gusto era en la elección de principios y en el discernimiento de proposiciones sobre los asuntos mundiales. Deseaba tener a su disposición personal competente y de un grado inferior, capaz de traducir sus casi invariablemente profundas concepciones en acción práctica.

* * *

No es éste el lugar adecuado para tratar de los múltiples y memorables actos políticos cuya responsabilidad le incumbe con amplitud. Me limitaré a escoger solamente unos pocos entre los principales. Toda su juventud fué gastada en oponerse a las aspiraciones autonomistas irlandesas. Como secretario para Irlanda, y después como jefe de la Cámara de los Comunes, trabajó por gobernar a la verde Erín justa, benéfica y firmemente. Después de su derrota en 1905 dejaba a aquella isla más tratable políticamente, y a su pueblo en mejores disposiciones que nunca. Desde el momento, sin embargo, en que el Ulster se constituyó en provincia autónoma, Balfour se interesó menos de los azares y del destino de la Irlanda meridional. Cabalmente creo que no se hubiese apurado mucho aunque el Estado libre de Irlanda quedase excluído por completo del imperio británico. Siempre consideró tal exclusión como el último recurso que quedaba a disposición de Inglaterra.

Cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España, después de los prolongados disturbios en Cuba, Balfour ocupaba accidentalmente la cartera de Negocios Extranjeros. La amistad entre Inglaterra y España era antigua y preciada. Ninguna querella separaba a los dos países desde que habíamos luchado juntos contra Napoleón. Quizá la más arraigada convicción de Balfour era la de que los pueblos de lengua inglesa deben mantenerse unidos.

De acuerdo con ella, y en una sola noche, acabó con la benévola simpatía de que gozaba España en el Foreign Office y transformó la estricta neutralidad en una actitud de marcada simpatía hacia los Estados Unidos.

Los españoles tienen buena memoria, y por eso no me causó sorpresa el que, durante la gran guerra, se mostrasen extremadamente fríos hacia una combinación que incluía a los descendientes de los invasores napoleónicos, a los Estados Unidos, que los habían despojado de los últimos restos de su imperio colonial, y a la Gran Bretaña, a la que no profesaban gran amistad, y que seguía detentando Gibraltar. Sin embargo, la decisión de Balfour ha resistido la prueba del tiempo.

En aquella funesta semana de la guerra de los bóers, en que el conflicto presentó graves caracteres, Balfour estuvo a la altura de las circunstancias. Era el único ministro que se hallaba en Londres cuando se recibió el telegrama de sir Redvers Buller proponiendo el abandono de la operación de socorro a Ladysmith y la capitulación de las importantes fuerzas que guarnecían esta ciudad, después de hacer explotar las municiones. Sin esperar a consultar con su tío, el primer ministro, ni con sus colegas, Balfour contestó tajantemente a Buller que perseverase en el socorro de Ladysmith o entregase el mando del ejército y regresase a Inglaterra. Ladysmith fué liberada.

Yo desempeñé algún papel en los acontecimientos que le llevaron a la cabeza del Almirantazgo durante la gran guerra. Después que hubo cesado de ser jefe del partido conservador, en 1911, y cuando la sombra de un peligro cercano se cernía sobre nosotros, induje al primer ministro, míster Asquith, a que le nombrase miembro permanente del Comité de Defensa Imperial. Experimentaba una intensa necesidad de oír su opinión en las cuestiones navales y militares de vida o muerte que se planteaban en aquellos años de zozobra. Quería poder tratar con él los diferentes aspectos del peligro alemán, en la forma libre y desembarazada que sólo puede y debe dar la conexión oficial y pública, cuando se trata de asuntos secretos.

Cuando estalló la guerra logré asociarlo lo más posible a la marcha de los asuntos del Almirantazgo, y,

como todo el mundo sabe, fué partidario decidido de la empresa contra los Dardanelos. Por eso me quedé satisfecho, cuando tuve que dejar el Almirantazgo, de que esta operación, entonces en dolores de alumbramiento, fuese proseguida por él. Él perseveró resueltamente.

No era, sin embargo, un puesto administrativo y directamente ejecutivo, como el Almirantazgo, el más adecuado para su temperamento y su formación intelectual. Fué al ser trasladado al departamento de Negocios Extranjeros cuando su memorable participación en el conflicto empezó. Su visita a Washington, al entrar los Estados Unidos en la guerra, reveló la plenitud de sus facultades.

Jamás tuvo Inglaterra un embajador y un plenipotenciario más persuasivo ni imperioso. Después de la guerra evitó que la conferencia de la paz naufragase en un mar de vacua palabrería, durante aquellas críticas semanas en que el presidente Wilson y míster Lloyd George tuvieron que regresar a sus respectivos países por exigencias de la política interior. Por lo demás, ahí está la declaración sionista y la nota de Balfour sobre los débitos de los interaliados. Estas decisiones, que siempre mantuvo, están demasiado próximas y ligadas con los problemas actuales para que pueda recaer sobre ellas un juicio imparcial.

En medio de universal simpatía y general afecto, celebró Balfour sus ochenta años. Pero desde entonces el tiempo, huraño, empezó a vengarse de quien, durante tanto tiempo, había desdeñado su amenaza. Quebrantóse su cuerpo, pero su espíritu conservó hasta el fin su visión clara y serena sobre el escenario de la vida humana y su complacencia inextinguible por las nobles manifestaciones del pensamiento.

Tuve el privilegio de visitarlo varias veces en los últimos meses de su vida. Vi con pesadumbre acercarse la eterna partida y—para todo efecto humano—la total extinción de un ser cuya elevación era tan grande sobre el nivel corriente. Al contemplarlo mirando con firme, tranquila y alegre mirada la muerte que venía a su encuentro, yo pensaba cuán necios eran los estoicos al hacer tanto

ruido en torno a un suceso tan natural y tan indispensable al género humano.

Pero también sentía la tragedia que robaba al mundo todo el tesoro de saber y experiencia acumulado a través de la vida de un gran hombre, y pasaba su lámpara a manos de algún mozalbete indisciplinado e impetuoso, o la dejaba caer, hecha pedazos, en el suelo.

HITLER Y SU OPCIÓN

No es posible formular un juicio justo sobre una figura pública que ha alcanzado las enormes dimensiones de la de Adolfo Hitler mientras no tengamos ante nosotros, íntegra, la obra de toda su vida. Aunque las malas acciones no pueden ser condonadas por posteriores actuaciones políticas, la Historia está repleta de ejemplos de hombres que han escalado el poder valiéndose de procedimientos feos y crueles, y hasta espantosos, pero que, sin embargo, al apreciar su vida en conjunto, se les consideró como grandes figuras cuyas vidas han enriquecido los anales del género humano. Tal puede suceder con Hitler.

Esa visión total nos está vedada hoy (1). Aún no podemos decir si Hitler será el hombre que desencadenará de nuevo sobre el mundo otra guerra en la que la civilización sucumbirá irremisiblemente, o si pasará a la Historia como el hombre que restauró el honor y la paz de espíritu de la gran nación germánica y la reintegró serena, esperanzada y fuerte a la cabeza del círculo familiar europeo. Es sobre este misterio del futuro sobre el que la Historia se pronunciará. Baste decir que ambas posibilidades están abiertas en el momento presente. Y pues la Historia está sin terminar, porque sus más azarosos capítulos no han sido escritos aún, nos vemos obligados a tratar de la parte sombría de la carrera y la obra hitlerianas, sin olvidar la posibilidad de una alternativa luminosa ni cesar de esperarla.

Adolfo Hitler fué el hijo del dolor y la rabia de una raza y un imperio poderosos que habían sufrido en la guerra abrumadora derrota. Fué él quien exorcizó el es-

(1) Escrito en 1935.

píritu de desesperación de la mente alemana sustituyéndolo por el no menos funesto, pero mucho menos mórbido espíritu de venganza. Cuando los terribles ejércitos alemanes, que habían tenido media Europa entre sus garras, retrocedían en todos los frentes, y solicitaban un armisticio de aquellos *mismos* pueblos cuyas tierras ocupaban aún como invasores; cuando el orgullo y la obstinación de la raza prusiana se quebraban en rendición y revolución detrás de las líneas de combate; cuando aquel Gobierno imperial, que durante más de cincuenta espantosos meses había sido el terror de casi todas las naciones, se desplomaba ignominiosamente en colapso, dejando a sus leales súbditos indefensos y desarmados ante la cólera de los gravemente heridos, pero victoriosos aliados, entonces fué cuando un cabo, un austríaco, antes pintor de puertas y ventanas, se lanzó a recobrarlo todo.

En los quince años que transcurrieron desde esta resolución, Hitler ha logrado no solamente restaurar a Alemania en su más poderosa posición en Europa, sino que ha conseguido, además, y en muy gran medida, invertir los resultados de la gran guerra. Sir John Simon dijo en Berlín que, como secretario de Negocios Extranjeros, no hacía distinción entre vencedores y vencidos. Tal distinción, cabalmente, existe aún; pero los vencedores están en camino de llegar a ser vencidos, y los vencidos, vencedores. Cuando Hitler comenzó, Alemania estaba postrada a los pies de los aliados. Puede llegar día en que vea, postrado a los pies de Alemania, lo que quede de Europa. Sea cualquiera la opinión que se tenga de tales hazañas, lo cierto es que se sitúan entre las más notables de la historia del mundo.

El éxito de Hitler, y, por de contado, su persistencia como fuerza política, no habrían sido posibles si no fuera por el letargo y la insensatez de los Gobiernos franceses e ingleses de después de la guerra, y, especialmente, de los tres últimos años (1). Ningún sincero intento se hizo para llegar a una inteligencia con los varios gobiernos

(1) 1932-1935.

moderados que tuvo Alemania bajo un sistema parlamentario. Durante mucho tiempo los franceses acariciaron la absurda ilusión de que podrían sacar de los alemanes cuantiosas indemnizaciones que les compensasen de las devastaciones de la guerra. Fijáronse cifras de reparaciones económicas, no sólo por los franceses, sino por los ingleses; pero no tenían la menor relación con ninguno de los procedimientos que existen o pueden existir para transferir la riqueza de un país a otro. Para imponer el sometimiento a estas insensatas demandas, los ejércitos franceses volvieron a ocupar el Ruhr en 1923. Para conseguir una décima parte tan sólo de lo que primeramente había sido pedido, un Comité interaliado, presidido por un norteamericano competente, intervino por espacio de varios años las internas operaciones financieras de Alemania, renovando así, y perpetuando el amargo recuerdo de la derrota en las mentes almanas. En realidad, nada se ganó a costa de estos razonamientos, pues aunque los aliados extrajeron casi mil millones de libras de fondos alemanes, los Estados Unidos y la Gran Bretaña, aunque ésta en menor cantidad, prestaron a Alemania al mismo tiempo más de dos mil millones. Y de este modo, mientras los aliados derramaban su riqueza sobre Alemania para levantarla y reconstruir su vida y su industria, los únicos resultados fueron un aumento de rencor y una pérdida de dinero. Aun mientras Alemania recibía grandes beneficios por los préstamos que se le facilitaban, el movimiento de Hitler ganaba vida y fuerza cada semana por la irritación que producía la intromisión extranjera.

Siempre sostuve la doctrina de que el alivio de los gravámenes de los vencidos debería preceder al desarme de los victoriosos. Poco se hizo para aminorar la pesadumbre de los tratados de Versalles y de Trianón. Hitler, en su campaña, pudo señalar continuamente un cierto número de anomalías de menor importancia y de injusticias raciales en los arreglos territoriales de Europa que le servían para alimentar el fuego de que vivía. Al mismo tiempo, los pacifistas ingleses, ayudados desde segura distancia por sus prototipos norteamericanos, forzaban el pro-

ceso del desarme hasta la máxima prominencia. Año tras año, sin prestar la menor atención a las realidades del mundo, la Comisión del Desarme examinaba numerosos proyectos de reducción de los armamentos de los aliados, ninguno de los cuales fué adoptado sinceramente por ningún país, con excepción de la Gran Bretaña. Los Estados Unidos continuaron desarrollando en gran medida sus fuerzas militares, navales y aéreas. Francia, privada de la garantía ofrecida por los Estados Unidos, y teniendo ante ella el gradual revivir de Alemania, con su ingente población militar, rehusó, naturalmente, rebajar sus defensas más allá del punto de peligro. Italia, por otras razones, aumentó su armamento. Sólo Inglaterra cortó sus defensas de tierra y de mar por debajo del nivel de seguridad, y pareció totalmente inconsciente del nuevo peligro que se estaba desarrollando en los dominios del aire.

Mientras tanto, los alemanes, principalmente bajo el Gobierno de Brüning, empezaron sus grandes planes para recobrar su poderío militar. Los llevaban adelante por todos los medios. El deporte aéreo y la aviación comercial no fueron más que una simple pantalla tras la cual se ocultaba una tremenda organización, para propósitos de guerra aérea, que se extendía por toda Alemania. El Estado Mayor general alemán, prohibido por el tratado, crecía de año en año en proporciones enormes bajo el disfraz de dirección estatal de las industrias. Todas las fábricas de Alemania se hallaban preparadas, hasta el más increíble detalle, para ser convertidas en fábricas productoras de material de guerra. Estos preparativos, aunque perfecta y asiduamente ocultados, eran, no obstante, conocidos por los servicios reservados de Francia y de Inglaterra. Pero ninguno de los Gobiernos de estos países tenía la energía suficiente para poner coto a la audacia alemana, para revisar los tratados ni—lo que aún sería mejor—para imponer ambas cosas. La primera de esas decisiones habría sido fácil de adoptar, sin riesgo alguno por lo menos hasta el fin de 1931, pero en aquellas épocas míster MacDonald y sus colegas se contentaban con

proferir sonoras y vulgares vaciedades sobre los beneficios de la paz y ganar los aplausos de la isla de sus bienintencionadas pero mal informadas mayorías. Aun tan tarde como en 1932, el Gobierno inglés ejercía sobre Francia las mayores presiones para obligarla a reducir su fuerza armada, cuando al mismo tiempo Francia sabía los inmensos preparativos que se llevaban a cabo en todas partes de Alemania. Yo expliqué y expuse ante la Cámara de los Comunes repetidamente y con todo detalle la locura de este proceso. En definitiva, todo lo que salió de las conferencias del desarme fué el rearme de Alemania.

Mientras todas estas formidables transformaciones ocurrían en Europa, el cabo Hitler estaba riñendo su larga, agotadora batalla por el corazón alemán. No puede leerse la historia de esa lucha sin sentir admiración por el valor, la perseverancia y la fuerza vital que le permitieron, amenazador, desafiar, conciliar o vencer a todas las autoridades o resistencias que obstruían su camino. Hitler y las legiones siempre crecientes que trabajan con él mostraron entonces, en su patriótico ardor y en su amor al país, que no había nada que no hiciesen o no osasen, ni sacrificio de vida, miembro o libertad que no estuviesen propicios a realizar o a infligir a sus contrarios. Los principales episodios de la Historia son bien conocidos: los mítines tumultuosos, los fusilamientos de Munich, el encarcelamiento de Hitler, sus varias detenciones y procesos. sus conflictos con Hindenburg, su campaña electoral, la inestabilidad de von Papen, la conquista de Hindenburg por Hitler, el abandono de Brüning por Hindenburg: he ahí las piedras miliares de esa marcha incontenible que llevó al cabo austríaco a la dictadura vitalicia sobre toda una nación de cerca de setenta millones de almas, que constituyen la raza más industriosa, manejable, fiera y marcial que existe en el mundo.

Hitler llegó al supremo poder de Alemania a la cabeza de un movimiento nacionalsocialista que borró todos los estados y antiguos reinos de Alemania y los fundió en uno solo. Al mismo tiempo, el nazismo suprimía y obliteraba por la fuerza, donde era necesario, cualesquie-

ra otras partes del Estado. Fué en este mismo momento cuando encontró que la organización secreta de la industria y la aviación alemanas que el Estado Mayor alemán, primero, y últimamente el Gobierno de Brüning, habían elaborado, se encontraba, en efecto, absolutamente preparada para ser puesta en actividad. Hasta entonces, nadie se había atrevido a dar este paso, por temor a que los aliados interviniesen y lo marchitasen todo en agraz. Pero Hitler había surgido por violencia y pasión; estaba rodeado de hombres tan crueles como él. Es probable que, cuando derrotó al Gobierno constitucional existente en Alemania, no supiese hasta qué punto le hubiesen preparado el terreno para su acción; es seguro que jamás les ha hecho la justicia de reconocer su contribución a su éxito.

Lo cierto es que todo lo que él y Goering tuvieron que hacer fué dar la señal para el más gigantesco proceso de rearme que jamás se ha conocido. Hitler había proclamado reiteradamente que, si llegaba al poder, haría dos cosas que nadie más que él podría hacer en Alemania. Primeramente, restaurar Alemania a su nivel de gran potencia de Europa, y en segundo lugar, resolver el terrible problema del paro que afligía al país. Sus métodos están ahora patentes: Alemania iba a recobrar su puesto en Europa mediante el rearme; y los alemanes se iban a redimir del paro poniéndose a trabajar en los armamentos y en otros preparativos militares. Y así, desde el año 1933 en adelante todas las energías aprovechables en Alemania fueron dirigidas a la preparación de la guerra, no sólo en las fábricas, en los cuarteles y en los campos de aviación, sino en las escuelas, en los colegios y casi en los planteles de párvulos, por medio de todos los recursos del Estado y de la moderna propaganda; y la preparación íntegra del pueblo para la empresa guerrera comenzó.

Hasta el año 1935 no se abatió todo el terror de esta revelación sobre el descuidado e imprudente mundo, y Hitler, arrojando todo su disfraz, avanzó, armado hasta los dientes, con sus fábricas de municiones traba-

jando estrepitosamente noche y día, sus escuadrillas de aviones formándose en sucesión incesante, las dotaciones de sus submarinos adiestrándose en el Báltico, y sus armadas huestes pateando en los campos de instrucción de sus cuarteles, desde un extremo del ancho Reich al otro. A esto es a lo que hemos llegado hoy, y la hazaña en virtud de la cual se han vuelto las tornas ante los complacientes, cándidos y miopes vencedores merece ser computada como un prodigio de la Historia del mundo, y un prodigio que es inseparable del esfuerzo personal y del ímpetu vital de un hombre solo.

No es, pues, extraño que todo el mundo desee conocer «la verdad acerca de Hitler». ¿Qué hará con todo el tremendo poder ya entre sus garras y perfeccionándose semana tras semana? Si, como he dicho, miramos sólo al pasado, que es por lo único que podemos juzgar, tenemos, ciertamente, motivos para sentirnos inquietos. Hasta ahora, la carrera triunfal de Hitler ha seguido su movimiento ascensional no sólo por un amor apasionado de Alemania, sino por corrientes de un odio tan intenso que ha llegado a secar las almas de quienes van en su curso. El odio a los franceses es la primera de estas corrientes, y basta leer el libro de Hitler *Mein Kampf* para ver que no es Francia la única nación extranjera contra la cual habrá de volverse la cólera de la rearmada Alemania.

Pero las violencias internas son aún más sorprendentes. Los judíos, sospechosos de haber contribuído con una desleal conducta y una pacifista influencia al colapso de Alemania al fin de la gran guerra, fueron también acusados de ser el principal sostén del comunismo y los autores de toda clase de doctrinas derrotistas. Por cuya razón, los judíos de Alemania, una comunidad que ascendía a muchos cientos de miles, fué despojada de todo poder, arrojada de toda posición en la vida pública y social, expulsada de las profesiones, silenciada en la Prensa y declarada raza odiosa e infame. El siglo XX ha contemplado con sorpresa no sólo la promulgación de estas feroces doctrinas, sino su corroboración práctica, violenta y brutal realizada por el Gobierno y el populacho. Ni los servi-

cios anteriores, ni el patriotismo probado, ni siquiera las heridas sufridas en la guerra pudieron proporcionar inmunidad a unas personas cuyo único crimen consistía en que sus padres los habían traído al mundo. Toda clase de persecuciones, graves o leves, infligidas a grandes o a chicos, desde los sabios, escritores y artistas de fama mundial hasta los pequeños y míseros niños judíos de las escuelas públicas, fué practicada, fué glorificada, y aún está siendo glorificada y practicada.

Proscripción análoga se abatió sobre socialistas y comunistas de todo color. Las uniones de trabajadores y las agrupaciones liberales sufren el mismo trato. La más ligera crítica es una ofensa contra el Estado. Los tribunales de justicia, aunque se les permite actuar en las causas de delitos comunes, son reemplazados, en los casos de delitos políticos, por los llamados tribunales populares, compuestos de ardientes nazis. Al lado de los campos de instrucción de los nuevos ejércitos y de los grandes aeródromos, los campos de concentración manchan, como pústulas el suelo alemán. En ellos miles de alemanes son reducidos a sumisión rebañega por el poder irresistible del Estado totalitario. El odio a los judíos lleva, por lógica transición, a un ataque a las bases históricas del cristianismo. De este modo, el conflicto se extendió rápidamente, y los sacerdotes católicos y los pastores protestantes cayeron bajo el anatema de lo que está llegando a ser la nueva religión de los pueblos alemanes, es decir, la adoración de Alemania bajo los símbolos de los antiguos dioses del paganismo nórdico. También es aquí donde hemos llegado hoy.

¿Qué clase de hombre corresponde a esta hosca figura que ha realizado esos soberbios trabajos y ha desencadenado tan espantosos males? ¿Sigue compartiendo las pasiones que ha suscitado? A la luz cenital de su mundial triunfo, a la cabeza de la gran nación que ha levantado del polvo, ¿continúa atormentado por los odios y los antagonismos de su desesperada lucha o se habrá despojado de ellos, como de la armadura y de las armas crueles del combate, bajo la suavizadora influencia del éxito? ¡He

aquí una pregunta evidentemente inquietante para los hombres de todas las naciones! Aquellos que se han encontrado frente a frente con Hitler en los asuntos públicos o en el trato social lo presentan como un muy competente y bien informado funcionario, frío, de agradables maneras y atractiva sonrisa; y pocos han dejado de sentirse influídos por un sutil, personal magnetismo. Y esta impresión no es meramente la impresión azorante del poder. La causaba igualmente a sus compañeros cualquiera que fuese su plano en la lucha y aun cuando su fortuna se hallase a mayor profundidad. Y por eso el mundo vive en la esperanza de que lo peor ha pasado, y de que nosotros podremos llegar a contemplar una más amable figura de Hitler en una época más feliz.

Mientras tanto, echa discursos a las naciones, que a veces están caracterizados por la ingenuidad y la moderación. Recientemente ha ofrecido unas palabras tranquilizadoras, ávidamente recogidas por quienes se han equivocado tan trágicamente sobre Alemania en el pasado. Sólo el tiempo puede descubrir la verdad, pero en el ínterin las grandes ruedas giran y producen los rifles, el cañón, los tanques, las balas, los obuses, las bombas de aviación, los cilindros de los gases asfixiantes, los aeroplanos, los submarinos, y ahora los comienzos de una flota fluyendo en raudal cada vez más copioso de los arsenales y factorías de Alemania, ya en plena y bélica movilización.

GEORGE NATHANIEL CURZON

Pocas carreras son más dignas de examen en la moderna política inglesa que la de George Nathaniel Curzon, y pocos recuerdos más sugestivos que los que ha dejado en pos de sí. He aquí un ser dotado muy por encima del nivel ordinario, equipado y armado con brillantes tesoros de talento y fortuna, impulsado hacia adelante por voluntad, valor e incansable diligencia, no especialmente perseguido por la mala suerte, no privado de oportunidad; y, sin embargo, no logró realizar el propósito fundamental de su vida. ¿Por qué fracasó y cómo fracasó? ¿Cuáles fueron las causas personales y externas que le robaron a este hombre, colocado en una posición tan fuerte, el premio que constituía la ambición de su vida? Seguramente, y dentro de esta limitada esfera, no habrá un análisis más rico en enseñanzas.

George Curzon nació con todas las ventajas de una moderada opulencia y de un noble linaje. Una mansión solariega, bellas cercanías, árboles añosos; toda clase de recursos y servicios materiales estuvieron a su disposición en su juventud. Pero, al mismo tiempo, una rígida miss Paraman y un adusto míster Campbell, su aya y su preceptor particular, respectivamente, aplicaban sus disciplinarios acicates y correctivos en gradual, severa sujeción. Una educación rigurosa y pía se prolongó en una atmósfera de añeja dignidad y sobre la base de un caudal adecuado. Como un proyectil de largo alcance, disparado por su doméstico fusil, así llegó el muchacho a Eton poco después de 1870. No menos que diez años fueron prodigados en su educación. Escribe acerca de los seis transcurridos en Eton como los más gozosos de su vida. Ciertamente, fueron años de constantes triunfos. Sobresalió en seguida entre sus contemporáneos como un ser dotado de

superabundantes facultades. En el colegio se destacó rápidamente, llegando a ser, virtualmente, el número uno de los alumnos. Batió la marca en cuanto al número de premios alcanzados. Se distinguió con precoz facilidad en los estudios de latín, francés, italiano, historia y, sobre todo, en la poesía y prosa inglesas. En Eton fué el mejor y más aplicado de los estudiantes de su tiempo. Pero a todas esas proezas unía un carácter fuerte, rebelde e insolente que le hacía a la vez admirado y temido de sus maestros. Armado de su terrible capacidad de trabajo, y de su rápida y fácil asimilación, rechazaba toda clase de favor y prefería vencer contra viento y marea. Llegó a dejar de asistir a las clases de los profesores de francés, italiano e historia y dedicarse a intensa preparación privada, para darse el gusto de arrebatar a los alumnos más estimados de aquéllos los primeros premios.

Pero, a pesar de todo esto, su encanto, su aspecto, su risa y su natural ascendiente le granjearon sin disputa la aceptación de los muchachos y quebrantaron el respeto a los entonados profesores. No fué precisamente el alumno modelo, pero fué, con mucho, el más aprovechado. Maduró a velocidad increíble. Antes de los diecisiete años, su vocabulario ya era abundante, sonoras sus frases, pulido su gusto en el empleo de las palabras. Sus inscripciones en el registro de acontecimientos llevado por el «Capitán de los Ciudadanos» son una leyenda estudiantil de ampulosidad y grandilocuencia. Sus ideas y su caudal de conocimientos corrían parejas con su facundia para exponerlos de palabra o por escrito. Animó e inspiró la sociedad etoniana de controversias, y llevó a míster Gladstone, en la cúspide de su carrera, como dócil cautivo, a dirigirle la palabra. Todo el mundo reconocía los méritos del joven Curzon y vaticinaba su fama futura.

Sus cuatro años de Oxford no fueron menos notables. Allí dedicó preferente atención a la política. Sus estudios académicos ocuparon un segundo plano en su interés y en los exámenes obtuvo solamente una «segunda clase». Pero llegó muy pronto a ser el jefe de la juvenil opinión *tory*. Fué miembro de los Clubs Chatham y Canning. Al-

canzó la presidencia de la Unión. Escribía copiosamente y hablaba sin cesar. Infundía energía a cuanto tocaba. Su reputación naciente trascendía de la Universidad y llegaba a los círculos aristocráticos que dominaban la escena política. A los veintidós años era notorio como «el hombre de mañana».

La palabra *notorio* está usada adrede, pues con todo aquel brillo juvenil de Curzon se mezclaba una inocente, pero no por eso menos seria, opacidad del hombre «de nota». Su facilidad le llevaba de un salto a la prolijidad; su ceremoniosa dicción tendía a lo pomposo; la amplitud de sus conocimientos se motejaba de superficialidad; su natural preeminencia iba acompañada de aires de superioridad. Pero todo esto no era sino un tributo de corrientes subalternas a un raudal que avanzaba impetuoso y lleno de esperanzas.

Era fácil entonces—afortunadamente, aún lo es hoy—para un hombre de tales prendas e influencia entrar en la Cámara de los Comunes como el representante, libremente elegido, de un gran distrito electoral. Pero aquí, por primera vez, tuvo que enfrentarse con una serie de pruebas que no se avenían bien con sus dotes. La Cámara de los Comunes, en la penúltima decena del siglo pasado, era muy diferente en su nivel social a las asambleas de nuestros días. Pero era entonces, como ahora, el más competente y comprensivo juez de un hombre. Encontró que le faltaba algo a míster Curzon. No era precisamente información ni aplicación; no era facilidad de palabra ni atractivo de maneras y de aspecto. Todo eso estaba en su equipo. Podríais abrir su mochila y hacer inventario minucioso: nada faltaba en la lista. Sin embargo, algo o todo estaba incompleto. Haciendo toda clase de concesiones a su juventud y a sus excepcionales facultades, la Cámara le consideró desde el primer día de su investidura como un «peso ligero». Suscitó admiración y envidia, pero no hizo nacer mucho amor ni mucho odio. Podía exponer un asunto con precisión y dar una réplica eficaz. Empuñaba la daga parlamentaria con perfección y estilo; y trabajaba, y viajaba y leía y es-

cribía (escribió solamente un libro sobre Persia, de mil trescientas páginas), y hacía todo lo que era preciso sin llegar a ser capaz de cambiar el rumbo de la opinión ni el curso de los acontecimientos. Gentes más sencillas, con ruda fuerza interior y convicciones talladas a pico por la experiencia prácticamente adquirida, tartamudeaban discursos que contaban mucho más que sus superfinas peroraciones. En la Cámara de los Comunes encontró su igual; y, comparado con las grandes figuras parlamentarias de aquel tiempo, nunca fué considerado, ni aún en su hora, como un combatiente igual o un rival futuro. En teoría, y ello pudiera zanjarse solamente con un examen, tenía mucho de común con Pitt, el joven. En la realidad, sin embargo, quedaría eclipsado por éste.

Llevaba el partido conservador cinco años seguidos en el poder antes de que Curzon fuese nombrado subsecretario. La derrota de lord Salisbury en 1892 ofreció a Curzon amplias oportunidades desde los bancos de la oposición. Puede decirse con seguridad que ningún parlamentario de primera fila, con toda la ventaja de haber sido ya miembro del Gobierno, y a menos de una descalificación definida, dejaría de reclamar un puesto de categoría en el Gabinete a la vuelta de su partido al poder. Sin embargo, en 1895 lord Salisbury no tuvo reparo en ofrecer, ni míster Curzon reparó en aceptar, el importante, aunque de todos modos subordinado puesto, de subsecretario de Estado para Negocios Extranjeros. Debemos concluir que, para sus perfilados discursos y acabadas intervenciones, su perfección de frase y prontitud de epigrama, sus relaciones sociales y su intachable reputación, Curzon resultó completamente derrotado en la Cámara de los Comunes. Fué una ruda prueba.

Es justo decir que él nunca se dió por vencido. Quiso luchar y acampar, y luchar de nuevo, en la Cámara de los Comunes. Veía con pesadumbre y alarma la aproximación de la dignidad de par que iba a corresponderle por herencia. Para esquivar tan triste suerte trató de legislar. Unido a otros vástagos de nobles casas, trató de hacer aprobar rápidamente por la Cámara una disposición

que otorgase a sus miembros la libertad de rehusar o diferir una investidura que no se deseaba. Cuando fué designado virrey de la India, tomó un título irlandés que le permitía mantener abiertas a su regreso las puertas de la Cámara Baja. Por tanto, nadie tiene derecho a decir con certeza que, en el fondo—como Disraeli—, deseaba que no triunfase su tesis. Por lo menos, siempre consideró su eventual exclusión de la Cámara como uno de los grandes infortunios de su vida.

La primera vez que tuve ocasión de echar sobre él una ojeada admirativa y enjuiciadora fué al tiempo de su segunda designación como subsecretario, y me encontré instintivamente atraído por el ingenio, la senciller y la fluencia de su conversación. Le saludé en la recepción dada por la Cámara de Devonshire con motivo del retorno de los conservadores al poder, en el verano de 1895. Un año más tarde fuí varias veces invitado suyo, siendo yo oficial subalterno y él virrey de la India. Tenía, o por lo menos practicaba, esa admirable costumbre, en la que los políticos son maestros, de tratar en pie de igualdad, en la conversación, a los hombres mucho más jóvenes. En su mesa de Calcuta gocé enormemente oyendo sus animadas bromas, no demasiado misericordiosas, gastadas con su íntimo amigo, mi último director en el Colegio de Harrow, el obispo Weldon, entonces obispo metropolitano de la India. «Presumo», me dijo, «que no tardaremos mucho en oírle perorar en la Cámara de los Comunes.» Aunque grandemente embarazado por mi inhabilidad por expresarme en público, yo era, ardientemente, de su misma opinión.

Las cualidades contradictorias que coexisten en el carácter de tantas personas, rara vez han formado más vivo contraste que el de George Curzon. El mundo lo juzgaba pomposo de maneras y de espíritu. Pero esta profunda y general impresión, surgida de la experiencia recogida de tan buenos jueces, se desvanecía en presencia del Curzon con el que uno hablaba en un pequeño círculo de amigos íntimos, o de iguales, o de aquellos que él trataba como iguales. Veíase entonces al compañero encantador y ale-

gre, adornando cuantos temas tocaba con su ágil ingenio, siempre dispuesto a reírse de sí mismo, siempre capaz de transmitir simpatía y concordia. Parecía increíble que este hombre cordial, este temperamento infantil y gozoso permeneciese, en realidad, tan oculto para la inmensa mayoría de los que trataban y trabajaban con él. Aunque de lo más difícil en toda clase de pequeños detalles de negocios, discutiendo con casuismo de rábula minucias de vida privada hasta el punto de querellarse con bien probados amigos, no por eso era menos feliz ni dejaba de ofrecerse en su más halagüeña manera cuando dispensaba espléndida hospitalidad de sus varias mansiones señoriales.

Dispensador generoso de ayuda y simpatía en todas las ocasiones de enfermedad o pesar surgidas entre sus extensas relaciones, impopular entre la mayoría de sus servidores, maestro en la reprensión hiriente de los subordinados, parecía ir sembrando a través de su camino, con manos igualmente pródigas, el resentimiento y la gratitud. Adornado de todas las cualidades que pueden deslumbrar y atraer, jamás tuvo un verdadero adicto. Pudo imponerse muchas veces, pero un dominio pleno y efectivo jamás lo ejerció.

Su virreinato de la India fué su mejor época. Por cerca de siete años reinó imperialmente sobre el vasto escenario del Occidente indio. Aportó a esa tarea facultades intelectuales aún no superadas por ninguno de sus sucesores. Todo le interesaba, y casi todo aquello en que ponía sus manos resultaba embellecido. Un amor sincero por todos los pueblos de la India, un resuelto patrocinio de sus dignidades y derechos fundamentales, un profundo y documentado conocimiento de sus monumentos y su arte, una laboriosidad prodigiosa, una pluma incansable y mordaz ejercitada sobre interminables legajos, un magnífico ceremonial: he aquí algunas contribuciones hechas, durante su dilatado período de mando, al Gobierno británico del Indostán. Una frontera esencialmente pacífica, inspirada en un definido designio antimilitarista; planes inmensos de obras públicas para aumentar las fuentes de riqueza del país; una tendencia liberal y humanitaria, manifiesta

en todas las ramas de la administración, se combinaron para hacer del virreinato de Curzon un memorable episodio de la historia india.

Finalizó, empero, con pesadumbre y cólera: un conflicto atroz, surgido entre el virrey y el general en jefe, lord Kitchener. Ya hay méritos suficientes, creo yo, después del tiempo pasado para afirmar resueltamente que Curzon tenía razón. Pero en maña, en baja intriga, en fuerza de personalidad, en maniobras dudosamente peligrosas, el soldado batió al político en todo tiempo. Lord Kitchener estableció sus personales y secretos contactos con el Gobierno de la metrópoli y con la Secretaría de Estado. Tuvo sus propios agentes y conductos de comunicación. Escogió las posiciones de combate con habilidad digna de Lloyd George. En el momento crítico, los mejores amigos de Curzon en el Gobierno y el secretario de Estado, míster Broodrick, casi su mejor amigo, se pronunciaron contra él, y se pronunciaron contra él erróneamente.

Dimitió con justa indignación. Volvió a Inglaterra con su espada levantada contra sus anteriores colegas, y principalmente contra sus dos amigos íntimos, míster Balfour y míster Broodrick. Pero el temible conflicto no llegó a producirse. Cuando Curzon llegó de la India, encontró el dilatado régimen conservador en trance de disolución. La campaña de míster Chamberlain sobre la reforma arancelaria absorbía la atención pública. El Gobierno conservador fué barrido de la existencia en las elecciones generales de 1906; y todas sus eminentes personalidades quedaron relegadas al limbo de una fragmentada oposición, del cual escaparon sólo después de nueve años y merced a la convulsión de la Gran Guerra. Sus querellas privadas carecieron, por tanto, de significación pública. Quedaron adormecidas, pero ardiendo como ascuas bajo la ceniza. Pasaron muchos años hasta que Curzon volvió a dirigir la palabra a Broodrick. Su amistad, que databa de la escuela, terminó para siempre. En cuanto míster Balfour, su calma era olímpica; su cortesía y su amabilidad, infalibles; y sus impresiones, imborrables. He aquí de nue-

vo otro punto de cardinal importancia en la carrera política de lord Curzon.

* * *

Ahora nos acercamos a Armageddon. En esta fase, Curzon se puso en contacto con una personalidad casi opuesta a la suya. Es difícil que podáis imaginar dos hombres más diversos que Curzon y Lloyd George. Temperamento, prejuicios, relaciones, educación, proceso mental: todo era completamente distinto y marcadamente antagónico. Tampoco había comparación posible en peso y fuerza entre los dos. El hijo de la aldea galesa, cuya juventud había transcurrido en plena rebeldía contra la aristocracia, que se indignaba al tener que salirse del camino para dejar paso al carruaje de cuatro caballos del magnate *tory* de la comarca y que se vengaba por la noche en los conejos del personaje, tenía un don inestimable. Era, precisamente, el don de que había carecido siempre el producto de Eton y Balliol, el bendito don que le negaron sus hadas madrinas, el único sin el cual todos los otros dones desmerecen atrozmente. Lloyd George tenía «golpe de vista». Estaba dotado de ese profundo, originario instinto que sabe ver a través de la superficie de las palabras y de las cosas, que penetra honda, pero seguramente, hasta el otro lado de la pared y que sigue a la caza dos campos antes de que la perciba la multitud. Contra esto, laboriosidad, erudición, elocuencia, influencia social, riqueza, reputación, equilibrado espíritu, plenitud de arrestos, no sirven para nada. Poned a los dos hombres juntos, en ciertas condiciones de igualdad, y uno se tragará al otro. Lloy George utilizó a Curzon para sus propósitos, le recompensó con largueza cuando le convino hacerlo. Le aduló frecuentemente; pero nunca le dió acceso a la cámara interior de sus decisiones.

* * *

George Curzon fué un admirable pendolista. El trabajo caligráfico era un placer para él. Podía manejar la pluma de ave o la de acero más de prisa y durante más tiempo

que nadie que yo haya conocido. Ha dirigido cartas cuya escritura debió llevarle muchas horas del día y todas las de la noche, hasta muy entrado el día siguiente. Erguido en el corselete de acero que sostenía su espinazo, escribía y escribía encantadoras, sólidas, magníficas cartas, a veces sobre casi nada. Era un alivio para él, y acaso, inconscientemente, un sedante de sus molestias y pesares.

Recuerdo que en 1903, durante el virreinato de Curzon en la India, fuí a ver a la primera lady Curzon, anteriormente miss Leiter («La Leiter de Asia», como los graciosos decían) (1), una de las más bellas y deliciosas mujeres de su tiempo. Hallábase a la sazón en Inglaterra reponiéndose del primer ataque de su enfermedad, que, posteriormente, resultó mortal. Mostróme una carta de su marido, desde la India. ¡Constaba de cien páginas! Me mostró los números de los pliegos. Toda estaba escrita de su letra graciosa, legible, ligera. ¡Pero cien páginas!

Cuando dejé el Gabinete, porque veía lo que se avecinaba, y me marché a Francia, al final del año 1915, Curzon y yo habíamos colaborado estrechamente para impedir la evacuación de los Dardanelos. Me escribió una carta de unas veinte páginas, describiéndome en vívido estilo la síntesis de las luchas internas del Gabinete sobre aquella resolución y deplorando mi ausencia—«usted, que siempre nos ha guiado»—del debate. Yo estaba en el frente cuando este documento, algo terrible, llegó a mí. Algún tiempo después mostró mucho empeño en rescatarlo. Pero a pesar de que apenas tengo recuerdo de haber perdido en mi vida una carta importante, lo cierto es que jamás fuí capaz de encontrarla ni de saber dónde había ido a parar. Sin embargo, si ahora apareciese, ya carecería de importancia.

Una de las debilidades características de Curzon era que pensaba demasiado en el planteamiento de las cuestiones y demasiado poco una vez que las cosas estaban hechas. Cuando terminaba de escribir su copiosa corres-

(1) Juego de palabras acaso nacido de la análoga pronunciación entre el apellido *Leiter* y la palabra *letter* (carta). (*N. del T.*)

pondencia, o de exponer ante el Gabinete, en forma impecable y con todas sus potencias y conocimientos, el asunto que le estaba encomendado, se inclinaba a creer que su misión estaba cumplida. Él la había desempeñado lo mejor posible. Los acontecimientos debían seguir su curso. Se preocupaba mucho de lo que pudiese decirse de las cosas, y demasiado poco de las cosas mismas.

* * *

Sólo tuve con él una discusión pública. Cuando míster Baldwin estaba planeando su ataque para derribar al Gobierno de coalición de míster Lloyd George, en 1922, y la crisis se acercaba en el otoño, hubo varias comidas en mi casa en las cuales Lloyd George y yo discutíamos las crecientes dificultades con Austen Chamberlain, Balfour, Curzon y Birkenhead, tratando de hallarles solución. Ésta giraba sobre el tema de si era correcto pedir el decreto de disolución sin convocar al Parlamento íntegro, o esperar a la próxima reunión de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras. Se descontaba que míster Lloyd George no continuaría como primer ministro después de las elecciones, a menos que la mayoría del partido conservador así lo desease. Los que éramos miembros liberales de la coalición nos encontrábamos en terreno firme porque teníamos varios meses por delante del término establecido para dimitir y apoyar una situación puramente conservadora. Recuerdo perfectamente que, en presencia de todos, Curzon se levantó de la silla para marcharse, diciendo: «Muy bien, yo soy de la partida.» Esto significaba que quería ir con nosotros en una apelación al país.

Cuando se celebró el trascendental mitin del Carlton Club, algunas semanas después, nos encontramos un tanto sorprendidos al ver que Curzon inclinaba su peso en contra nuestra, retenía la cartera de Negocios Extranjeros en el nuevo Gobierno y nos atacaba con toda su energía. No hay duda de que odiaba a Lloyd George. Pero subsistía su cordial promesa hecha a todos nosotros. Esta defección dió un tono agrio a nuestros discursos electorales.

Curzon inició el encuentro con la declaración de que el mensaje dirigidò a los dominios invitándoles a apoyarnos en Chamak, ante el peligro de una nueva invasión turca en Europa, había sido planeado y publicado sin que se le consultase a él como secretario de Negocios Extranjeros. Yo acababa de sufrir, poco días antes, una grave operación de apéndice, pero no pude dejar pasar eso. Y así, escribí largo y tendido para decir, en síntesis, refiriéndome al mensaje famoso, «que, a despecho de la crítica situación, lord Curzon había salido de Londres la noche del viernes para una de sus residencias del campo, y no regresó hasta el martes siguiente. El domingo, lord Curzon fué apremiantemente requerido por míster Lloyd George y míster Chamberlain (es decir, por el primer ministro y por el jefe de su propio partido) para que regresase a Londres. Contestó que permanecía en el campo porque su casa de Londres no estaba en condiciones adecuadas para recibirlo. Se le instó, en definitiva, para que retornase el lunes. Ignoro cómo se resolvió, al fin, el problema de la instalación de su señoría». No le pareció bien esto: era natural que no le pareciese bien. Replicó en *The Times* que mis manifestaciones se caracterizaban por copiosas inexactitudes y no pequeña malevolencia, y dió una dilatada explicación acerca de cuán enfermo había estado. Hasta entonces no habíamos tenido noticia de semejante enfermedad. Repliqué diciendo que había tenido que admitir los argumentos esgrimidos contra él.

Pasaron nueve meses sin vernos. Nos encontramos en una cena privada, en Londres. Él era uno de los principales ministros, nosotros habíamos quedado fuera de combate: no me mostré muy solícito con él. Pero cuando las damas abandonaron el comedor, él vino a mí, y, con un gesto vehemente y magnífico, que lo desvanecía todo, me tendió la mano. Este era el hombre verdadero.

* * *

En la primavera de 1923 la salud de míster Bonar Law se derrumbó. Un crucero por el Mediterráneo no logró

restaurar sus fuerzas, y decidió abandonar la presidencia del Consejo.

Varias cuestiones de práctica y recta interpretación constitucional surgieron. Cuando un partido está en la oposición y su jefatura queda vacante, puede elegir libremente entre las varias personalidades de talla. Pero si el partido está en el poder, la opción hecha por el soberano puede anticipar y, en cierto sentido, prevenir la decisión del partido. La prerrogativa es absoluta. A ningún partido le es dable ofrecer al monarca un primer ministro. Una vez que un ministro tiene el encargo de formar Gobierno, es libre de hacerlo, si puede. Sin embargo, acaso esté más en armonía con el espíritu de la Constitución que el rey permita al partido dominante elegir su propio jefe antes de ser él mismo quien haga recaer la designación en un individuo determinado. Es inherente al sistema político inglés que la Corona no tenga que exponer a dirimir con su decisión la controversia política, salvo en una caso de extrema urgencia o de grave oclusión que no permita otra salida. La Corona sufriría un choque innecesario si, por ejemplo, el primer ministro no fuese aceptado como jefe del partido que posee mayoría en la Cámara de los Comunes. Y aun en el caso de que, por deferencia a la regia decisión, pero en contra de su inclinación natural, un partido aceptase como jefe al primer ministro designado, muy bien podría suceder que la posición de éste fuese difícil y muy corta la vida del Gobierno. Nada pierde la Corona con esperar unos días y dar lugar a que el pleito político pendiente se arregle por sí mismo. La Corona actuaría entonces sobre un hecho cierto mejor que sobre uno que está en tela de juicio, no obstante su buena información para resolverlo.

Cabalmente, es costumbre que el primer ministro saliente, que es de presumir sea cabeza del partido más fuerte y de la mayoría en la Cámara de los Comunes, aconseje al rey la persona de su sucesor. De este modo, se reducen gradualmente los riesgos que corre la Corona de hacer una designación inaceptable, y, en todo caso, y ocurra lo que quiera, el soberano se encuentra prote-

gido por el hecho de haber obrado de acuerdo con un consejo responsable. Si surgen complicaciones, el primer ministro saliente tendrá la culpa. En la mayoría de los casos el consejo es obvio. Pero hay ocasiones en que la materia es dudosa. Este fué uno de ellos. Además, míster Bonar Law, tan sólo unas pocas semanas antes, había llegado a la conclusión de que Curzon no le sustituiría. El incidente que le determinó a ello merece ser mencionado.

Un hombre de negocios, deseando iniciar una empresa en Turquía antes de la conclusión de una paz definitiva con Mustafá Kemal, acudió a míster Bonar Law. El primer ministro, que se hallaba a punto de emprender su melancólico, casi desesperado viaje en busca de salud, remitió el asunto al Foreign Office en una breve carta. Lord Curzon halló en esto motivo para contestar con acritud. Criticaba en términos cáusticos la condición del negociante, e insistía—empleando para ello su más típica manera de sermonear—sobre los inconvenientes que resultan de dejar que algunas personas lleguen a suponer que pueden acudir al número 10 de Downing Street para resolver cuestiones de la privativa competencia del Foreign Office. Tal práctica—observaba—sólo serviría para resucitar una de las peores tradiciones del último régimen. El primer ministro, que no había hecho nada para merecer esta reprimenda, estaba demasiado enfermo para encolerizarse; pero, sin duda, se dió cuenta perfecta de las dificultades que surgirían en un gobierno y en un partido si éstos llegasen a caer en manos de quien era capaz de escribir tan insolente desahogo sobre tan fútil pretexto.

La enfermedad de míster Bonar Law empeoraba cada día; y no se creyó justificado para pronunciarse en determinado sentido. De lo único que estaba seguro era de que no recomendaría a Curzon. Le escribió, pues, el 20 de mayo, diciéndole: «Entiendo que no es costumbre, en circunstancias como las presentes, que el rey pida al primer ministro que le recomiende el sucesor, y presumo que no lo hará; pero, si como espero, acepta mi dimisión en

el acto, tendrá inmediatamente que dar los pasos oportunos para buscar quien me suceda.» Esto, evidentemente, reconocía la prioridad de la pretensión de Curzon, pero no era un compromiso de apoyarla.

Tan enfermo se encontraba entonces míster Bonar Law que ni siquiera pudo ir a despedirse personalmente del rey. Dos de sus más íntimos amigos partieron para Windsor con su dimisión. El rey Jorge, después de expresar su sentimiento por las noticias que recibía, preguntó a quién le aconsejaba que llamase. Los dos caballeros respondieron que se encontraba ya demasiado enfermo para tomar la responsabilidad de aconsejar. El rey, entonces, pidió que el primer ministro se limitase a indicarle el nombre de otro miembro del Gabinete a quien pudiese recurrir para tomar consejo. Cuando se enteró de esto míster Bonar Law, estuvo inclinado a ofrecer, como consejero, el nombre de míster Neville Chamberlain, de cuyo gran juicio y buen sentido había formado la mejor opinión. Pero como míster Chamberlain era sólo ministro de Comunicaciones y era nuevo en el Gabinete, desechó su nombre y envió la respuesta de que podría asumir el cometido de consejero lord Salisbury. Una vez que éste tuvo noticia de ello, marchó inmediatamente a Londres. Pero, mientras tanto, el rey, temiendo que pudiese ser llamado, en circunstancias de bonanza política, no solamente a elegir por sí mismo un primer ministro, sino, en realidad, a decidir la jefatura del partido conservador, dió otros pasos. Tomó consejo de ancianos estadistas de posición independiente a fin de que las altas funciones de la Corona no resultasen comprometidas, obrando así en armonía con los usos políticos y el público interés.

* * *

El lunes 21 de mayo de 1923, lord Curzon se hallaba en su casa de Montacute, en Somersetshire, donde pasaban las fiestas de Pascua de Resurrección. El correo de la mañana le trajo la carta de míster Bonar Law. Había, pues, llegado el momento ansiado toda la vida. Curzon contemplaba el panorama político y no podía distinguir

ningún serio rival. De las grandes figuras del conservadurismo, no había probablemente ninguna en condiciones de disputarle la jefatura. Lord Balfour tenía setenta y cinco años. A míster Austen Chamberlain y a lord Birkenhead no se les había perdonado aún su lealtad a míster Lloyd George. De los colegas de Curzon en el Gobierno de Bonar Law, sólo había un posible competidor, mas es dudoso que Curzon lo haya considerado alguna vez como tal. Y sería razonable que así fuese, porque en experiencia oficial, en calibre mental, en categoría y reputación parlamentarias, Curzon sobresalía mucho de su único concebible rival.

Míster Baldwin era en este tiempo una figura nueva y casi desconocida. Había sido, solamente por espacio de seis meses, canciller de la Real Hacienda, y escasamente había estado tres años en el Gabinete. Jamás había pronunciado en el Parlamento, ni en parte alguna, un notable discurso. Curzon, por otra parte, era jefe de la Cámara de los Comunes. Había ocupado, a la vista pública y por espacio de un cuarto de siglo, posiciones eminentes, y, en la actualidad, ocupaba el departamento de Asuntos Exteriores con su acostumbrada distinción. Durante todo el lunes esperó lord Curzon la convocatoria que estaba seguro de que no podía faltar. Al fin llegó. A la caída de la tarde le entregaron un telegrama de lord Stamfordham llamando al secretario de Estado a Londres. Al regreso a la capital, dedicó el martes a la elaboración de planes. No hubo por un solo momento la menor duda en el ánimo de Curzon—ni existía razón para que la hubiera—sobre el significado del llamamiento.

Iba a ser primer ministro.

Pero como las consultas del rey habían continuado, lo que al principio pudo parecer una elección descontada no lo pareció después a una nueva y dudosa luz. La gran influencia de lord Balfour se echó en el platillo de la balanza contrario a la del anterior virrey. Fué llamado con urgencia a su casa de Sheringham, en Norfolk, donde estaba enfermo de flebitis. Los médicos declararon que el viaje podía ser peligroso. Pero Balfour decidió hacerlo.

Comprendía que tenía un deber que cumplir. Llegó a Palacio, manifestó con convicción su criterio de que en estos tiempos un primer ministro debe pertenecer a la Cámara de los Comunes. Redujo su dictamen estrictamente a este punto, y se cuidó de no emplear ningún otro argumento. Era bastante. Cuando ya bien entrada la noche Balfour retornaba a su lecho de enfermo de Sheringham, después de su fatigosa jornada, alguno de los íntimos amigos que le acompañaban le preguntó: «¿Será elegido el querido George?» «No—replicó plácidamente—; el querido George no lo será.»

Mientras Curzon viajaba hacia Londres preguntándose lo que haría en el número 10 de Downing Street, el rey llamaba a míster Baldwin. Cuando aquella misma tarde le visitó en su casa de Londres su buen amigo lord Stamfordham, fué sólo para decirle que míster Baldwin estaba todavía en el palacio de Buckingham. El golpe era duro y, por el momento, abrumador.

El curso de la historia sufrió una violenta desviación con la elección hecha por la Corona. El partido conservador habría aceptado sin duda la jefatura de Curzon si éste hubiera recibido el encargo del rey. La prematura disolución de 1923 se habría evitado. El Parlamento recién elegido habría agotado la mayor parte de su vida normal: los socialistas no habrían llegado al poder en el otoño con una votación minoritaria; las elecciones generales de 1923 y de 1924, con su gran estrago en el personal parlamentario y sus agravios a la economía y a la administración públicas, no se habrían celebrado. El principio de que un primer ministro perteneciente a la Cámara de los Lores era un anacronismo—como lo era, en efecto—fué reconocido por la Corona. Actualmente, es una cuestión que sólo el Parlamento puede decidir en presencia de las personalidades y circunstancias del caso.

Ahora que esas cuestiones pueden ser contempladas a la luz del pasado, la opinión ha dictado su fallo en el sentido de que se hizo la designación acertada. Más dudoso es discernir si el método empleado lo fué igualmente. Pero si Curzon hubiera sido capaz de prever los aconte-

cimientos, su suerte personal aún habría podido ser rescatada. El nuevo primer ministro tenía verdadera ansiedad por retenerlo en su puesto. Tan pronto recibió el encargo de formar Gobierno, su primera visita fué a Curzon, a quien rogó permaneciese en el Foreign Office. Accedió a la demanda. No dejó que su disgusto le apartase de su actuación. No se dejó llevar por piques y susceptibilidades. Se enroló en el nuevo equipo y desempeñó lealmente su cometido. Su recta y exteriormente gallarda actitud, aunque comprensible, dado su carácter, le fué a la postre fatal para sus ambiciones. Si hubiese permanecido al margen del Gobierno, apenas hay duda de que después del desastre electoral sufrido por el partido conservador seis meses más tarde, habría quedado en una posición mucho más fuerte que antes. La actuación de Baldwin se juzgó desatentada. Si Curzon no se hubiese comprometido por su errónea visión, se hubiera convertido en el hombre indispensable, máxime cuando representaba la política librecambista y ésta tenía que ser ahora forzosamente aceptada por los conservadores. Cuando al cabo perdió la partida, lo fué precisamente por jugarla limpiamente y como un hombre. Este fué uno de esos casos en que la virtud no tiene en sí su propia recompensa.

La nueva vuelta de la rueda de la fortuna trajo a Curzon la última desilusión: y cuando se formó el Gobierno de 1924, abandonó a otras manos la cartera de Asuntos Extranjeros.

Estos graves reveses fueron soportados, después de los choques iniciales, con benevolencia y dignidad. Pero, indudablemente, abrumaron la ya fatigosa carrera con la definitiva pesadumbre. La mañana había sido de oro; la tarde, de bronce; la noche, de plomo. Y como esos sólidos y brillantes metales, cada una de esas etapas fué susceptible de pulimento y lo recibió hasta fulgir con el brillo peculiar a cada uno de aquéllos.

PHILIP SNOWDEN

CÓMO se representan la generalidad de los hombres y las mujeres a las figuras políticas de hoy? Esa representación, ¿está muy lejos de la verdad? ¿Hasta dónde resulta una caricatura? ¿Forma la mayoría del público su opinión en las caricaturas y comentarios de Prensa? ¿O tiene un profundo instinto que le capacita para descubrir el verdadero valor y el carácter real de los hombres públicos?

Indudablemente, cuando los políticos, o los estadistas, como les gustan ser llamados, han estado mucho tiempo en escena, sus conciudadanos llegan a formarse una bastante sagaz idea de sus cualidades y méritos. Pero respecto a la gente joven, rápidamente encumbrada a la nacional preeminencia por la Prensa o los conciliábulos o por ambas cosas a la vez, los hombres y las mujeres del nivel medio (tenemos que decir siempre «o mujer» porque ahora tienen voto), pueden equivocarse fácilmente, y, por esta causa, están, como es natural, recelosos. Por eso nuestro vasto electorado, como sus menos numerosos antecesores, gusta de ser gobernado por personalidades bien conocidas o hasta por bien conocidos nombres. Les gusta ser representados por hombres cuyas huellas se han dejado sentir a través de un cuarto de siglo. Estiman que con tal perspectiva les es más fácil decidirse por unos o por otros, y, justipreciando sus valores, alistarse en un movimiento de apoyo o de oposición.

Sería erróneo juzgar a míster Snowden como la vindicativa y rencorosa calavera de sus caricaturas, como el verdugo jurado que usaba gustoso el torcedor y la rueda y el potro de la tasa sobre sus víctimas. En realidad, era un hombres blando de corazón, incapaz de matar un mosquito, a menos que su partido y la Tesorería se lo

ordenasen, y aun así, habría de hacerlo compungidamente.

Philip Snowden fué una notable figura de nuestro tiempo. Fuimos de los principales fundadores del partido laborsocialista. Fué el primer, y hasta ahora el único, socialista canciller de la Real Hacienda. Desempeñó un papel decisivo en la convulsión política que arrojó a los socialistas del poder en 1931 e inauguró el Gobierno nacional, régimen dos veces aclamado por enormes mayorías.

Durante cerca de cuarenta años, Philip Snowden organizó, tenaz y consistentemente, el partido socialista. Arrostró todos sus infortunios, absorbió y repitió la mayor parte de sus locuras; y tuvo derecho indiscutible a participar de sus años de prosperidad. La primera cualidad que la nación británica aplaudía en Philip Snowden era la de que sabía el lugar que ocupaba.

Como doctrinario socialista, no lo fué en mayor medida que Ramsay MacDonald, pero emergía del plano socialista marcando un ángulo distinto de reflexión. MacDonald amaba la tradición y la atmósfera *tories*; el brillo de la vieja Inglaterra le atraía. Snowden miraba el credo socialista con el mismo cáustico, intelectual desprecio de un viejo radical gladstoniano. Para él, el *torysmo* era una molestia física, y el socialismo militante, una enfermedad surgida de malas condiciones de vida o de contagio, como el raquitismo o la sarna. Su corazón se henchía con la misma medida de disgusto o piedad, según contemplase la bandera azul de los conservadores o la verde de los socialistas.

Ya quedan pocos supervivientes. Los radicales gladstonianos son una pujante descendencia. Desde luego, están completamente seguros de que lo saben todo acerca de todas las cosas. Según ellos, en el mundo puede quedar mucho que hacer, pero ya no queda nada por saber después de los tiempos de la reina Victoria.

Adam Smith y John Stuart Mill lo dejaron escrito y aclarado todo. Cobden, Bright y, con algún resbalón, debido, según ellos, a sus malas compañías juveniles, Gladstone, lo expresaron todo con admirable elocuencia. El

nuevo y solitario maestro, al cual sólo con reservas admitirán a su mental comercio, es míster Henry George (¡que de ningún modo hay que confundir con míster Lloyd George!). Henry George, con su impuesto sobre la tierra, cayó como una bomba sobre los radicales victorianos. Parecía una infiltración, sin duda alguna. Era deplorable, pero había que arrostrarla; si no fuera por ella, jamás habría tenido su modo de pensar; no obstante, en medio siglo de choques y de cambios, ni una grieta, ni una resquebrajadura, ni una brecha.

La rigidez de la doctrina de Snowden era de otra manera impenetrable. Libre importación, sin cuidarnos de lo que el extranjero hiciese con nosotros; patrón otro, sin importarnos el poco oro que nos quedase; austero pago de deudas, sin preocuparnos de los empréstitos que para ello tendríamos que hacer; impuestos de tipo elevado, directo y progresivo, aunque llevasen al marasmo las energías productoras; exención de tasas en los artículos alimentición que integran el desayuno, a pesar de que su total producción fuese ajena a la jurisdicción inglesa. Y, coincidiendo con los radicales, su misma debilidad, su misma transigencia, su mismo deje: el impuesto excepcional del valor de la tierra, que, como se decía a menudo, «Dios dió al pueblo». En cuanto al resto, oposición a todas las guerras, aun a las inevitables, y dura, fría aversión a toda clase de colonias y capitales imperiales, aun a aquellos que daban el sustento a gran número de hogares humildes. Y por lo que afecta a quienes no pudiesen entender estas doctrinas o no creyesen en ellas, a ésos... les sería mejor colgarse una piedra al pescuezo y arrojarse a la Liga Margarita (1) o al partido socialista independiente.

Ya podemos imaginarnos el júbilo con que sería acogido míster Snowden por los funcionarios de la plantilla de la Tesorería. Todos los cancilleres de la Real Hacienda

(1) *Primrose League*, asociación política para el fomento de la opinión conservadora, fundada en 1883. Su símbolo era una margarita.

inglesa han tenido que ceder, unos espontánea, otros inconcientemente, algunos con repugnancia, a esta coactiva atmósfera intelectual. Pero he aquí al sumo sacerdote entrando en el santuario. El espíritu de la Tesorería y el de Snowden se abrazaron como dos lagartos parientes después de una larga usencia, y el reinado de la alegría comenzó. Desgraciadamente, empezaron a surgir una porción de cosas muy molestas. Ante todo, el canciller de la Real Hacienda tenía que seguir pretendiendo que era socialista, campeón mundial de la lucha de clases, etc. Esto resultaba enfadoso cuando había que pronunciar, ante banqueros, un discurso «a lo estadista» y que hacer una invitación al público para que comprase certificados de ahorros. Además, la hacienda había quedado en una situación tan rara, a causa de aquel perdido de Churchill, que el nuevo ministro, en pugna con sus dificultades, se veía obligado a adoptar precisamente las mismas tretas tan duramente censuradas en su predecesor. La economía, por lo demás, ya era totalmente inútil, toda vez que los *tories* habían mantenido los servicios militares, y todos los socialistas ponían su esperanza en el reparto como la última tabla de salvación del partido. Sobre tales incongruencias no es necesario insistir.

No tengo realmente simpatía hacia la causa que Snowden patrocinaba. La destrucción del liberalismo por el movimiento laborista y el alistamiento de los millones de descontentos y menesterosos de nuestro país bajo los extranjeros y falaces estandartes del socialismo han sido para el pueblo inglés un desastre cuyas consecuencias empiezan a revelarse ahora. Fué acompañado de un declinar del progreso de la democracia, con un marcado descrédito del sufragio universal y con la decadencia de las instituciones parlamentarias, merced a las cuales ganó Inglaterra sus libertades. Crudeza y cerrilismo matizaron la discusión de los asuntos, apenas comparable con la tensión de los debates victorianos y con su dominio de la Cámara de los Comunes sobre el poder ejecutivo.

La promulgación por las grandes organizaciones de partido de un programa de nacionalización de todos los me-

dios de producción, distribución y cambio, unido a los modos antipatrióticos y cosmopolitas, produjo en Europa violentas reacciones hacia el extremismo nacionalista y las tiranías dictatoriales. Si estos resultados no han sido aún muy perceptibles en nuestra isla, ello se debe únicamente a que los socialistas, cuando advienen a ministros, abandonan casi por completo en la práctica las doctrinas y principios cuya prédica los elevó al poder. Fué, sin duda alguna, un gran error y un agravio, no sólo para las clases trabajadoras, sino para toda la nación, el fundar un partido de clase aferrado a principios ilusorios que sólo pueden implantarse por una desesperada conmoción civil o por la ruina de la libertad y grandeza británicas.

Después de treinta años de leal e incansable labor para edificar este nuevo partido, Philip Snowden se vió compelido por el público deber a volver toda su vitriólica elocuencia y propaganda contra su propia creación, y prefirió terminar su vida política como vizconde en el seno de la asamblea hereditaria que tanto había trabajado para destruir. La contradicción aparente de gastar toda una vida en crear el partido socialista y asestarle al final, con inequívoca complacencia, el golpe de muerte, no debe, bien mirado, exponerle a la acusación de inestabilidad o inconstancia de propósito. Durante toda su vida odió sinceramente el *torysmo,* el patriotismo, los intereses creados y todo lo que se llamaba las «clases elevadas». Por otra parte, jamás tuvo la más ligera intención de tomar parte en ningún movimiento revolucionario, ni se habría hecho responsable de un estado de laxitud y desmoralización, política o financiera, capaz de poner en peligro los sólidos cimientos del régimen monárquico, parlamentario y capitalista. Por el contrario, al enfrentarse con un derrumbamiento del orden de cosas existente y con una posible bancarrota nacional, no sólo se opuso a sus amigos y correligionarios, sino que cayó sobre ellos con tal ardimiento y ferocidad que dejó asombrado al público e hizo las delicias de la mayoría de él.

Debe establecerse una diferencia entre su conducta y la de míster Ramsay MacDonald. En las horas de nacio-

nal apremio; Snowden abandonó y al mismo tiempo casi destruyó el partido por él fundado. Pero tan pronto como la crisis hubo pasado, buscó la ocasión de romper con sus nuevos aliados y erigirse otra vez en campeón ardiente de las ideas que había profesado durante toda su vida. No pensó en continuar en su puesto como un ministro cuasi-conservador. Si hubiese obrado de otra manera siendo jefe del Gobierno, es cosa que no puede saberse. Los placeres y vanidades de la vida ministerial, los esparcimientos de la sociedad elegante y opulenta, no le atrajeron. Nada de lo que pueda ser ofrecido por las fuerzas directoras de nuestro Imperio desvió su juicio ni su acción.

Vencida la crisis, se desprendió de sus nuevos amigos con la misma resuelta energía con que lo había hecho de sus amigos antiguos. La violencia de sus denuncias contra el socialismo en 1931 corrió parejas con sus vituperaciones al Gobierno nacional en 1935. Esta aparente catolicidad de animosidades le dió la apariencia de una especie de perro de presa que mordía a unos y a otros por el único afán de morder. Pero ello surgía de su extraordinaria integridad de personales convicciones, de las cuales sólo podía desviarle, justificada y temporalmente, una suprema urgencia nacional. Tal hombre, de haber sido español, habría ahorrado a España los horrores de la guerra civil metiendo en un puño de hierro al gobierno democrático y parlamentario. Un hombre semejante fué el socialista alemán Noske, que salvó a Alemania del comunismo en 1919. Snowden sabía exactamente adónde quería ir, y cuando se veía empujado más allá de ese límite, reaccionaba con una violencia a la vez saludable y asombrosa.

La narración que ha escrito de los primeros años de su vida nos hace a todos no sólo respetar su carácter, sino admirar la libre y tolerante Constitución de Inglaterra bajo la cual se elevó de una humilde aldea del Yorkshire hasta el puesto de canciller de la Real Hacienda del país más rico del mundo, y—si ello puede ser un ascenso—a vizconde entre su antigua aristocracia. Esa historia nos revela la dignidad y la capacidad de una humilde choza inglesa. Snowden despliega ante nosotros los tesoros que

encierra la pobreza cuando está asistida de estrictos principios, fe religiosa y penetrante interés en la evolución social. Oímos las discusiones entre su padre y su tío acerca de la predestinación, la gracia y el fuego del infierno y el decisivo résumen de su madre.

«Decías que Dios nos ama como nosotros amamos a nuestros propios hijos. ¿Creéis que yo arrojaría a uno de mis hijos al fuego del infierno? ¡No! Jamás; por malo que hubiera sido.»

Vemos a este puñado de campesinos, que se surtían del agua de un pozo enclavado en un campo próximo, alzándose en pública revuelta contra el intento del guarda de la heredad de hacerles pagar aquel consumo. ¿Quién puede extrañarse de que aquel espectáculo y aquella experiencia impriman a la mente de un niño determinada inclinación? Philip fué un muchacho inteligente y pronto llegó a ser el primero de la escuela de su aldea. Para aquellos a quienes era tan familiar su claudicante figura, les resulta extraño enterarse de que nadie pudo vencerle a correr ni a saltar. Llegó a ser un alumno auxiliar del maestro. Aprobó sus exámenes para subalterno de la administración civil, ascendió hasta inspector de aforos en los servicios de rentas públicas de la Tesorería, de la cual llegó después a ser dos veces jefe ministerial.

Pero es la tercera fase de su existencia la que más vivamente excita nuestra simpatía. Baldado irremisiblemente a causa de una afección a la columna vertebral, dimanada de un leve accidente, se vió obligado a abandonar su destino administrativo. Su padre había muerto. Se volvió con su madre a su aldea nativa de Ickornshaw, ahora mencionada en su pairía. Durante diez años recorrió la isla en todas direcciones, como conferenciante y agitador socialista. Decir que fueron ésos unos años de lucha contra la pobreza, sería desconocer su temple. Philip Snowden venció a la pobreza desde que nació por el simple procedimiento de reducir sus necesidades a tan corto límite que de los treinta chelines a la semana, que era todo lo que le proporcionaban sus conferencias, podía dedicarse a propagar sus soluciones en favor de un gran mundo

y llevar una vida de altiva independencia. Era un fraile predicador sin abad a quien obedecer, como no fuese a su propia inteligencia. En estos últimos tiempos, en que la riqueza cuesta tanto y el temor a la pobreza a tantos acosa, ese modesto relato contiene lecciones morales del mayor valor para todas las clases sociales.

Le conocí hace muchos años, siendo yo un joven ministro liberal y él uno de los hombres del pequeño grupo de laboristas independientes que, a pesar de su significación, se vieron forzados a conformarse con los puntos principales de la política del Gobierno de Asquith. Viajamos juntos durante cuatro horas en dirección a Lancashire. Entonces vi por primera vez, en el fondo de este espíritu aparentemente amargo y de esta mirada desdeñosa, algo de la atracción y ternura de su naturaleza. Su rostro, aunque surcado por el dolor, la enfermedad y la rebeldía, estaba iluminado por una sonrisa cautivante, comprensiva y apacible. Después, y durante siete años, me cupo en suerte contender con él sobre finanzas como ministro de Hacienda, o en la oposición siéndolo él; y nos combatimos con toda la dureza que nos fué dable dentro de las amplias reglas de la corrección. Pero jamás experimenté contra él ningún sentimiento que destruyese la impresión de que era un hombre generoso y de corazón. La aberración marxista jamás obsesionó su clara inteligencia. Uno que le conocía bien me dijo un día: «Nadie sabrá nunca cómo será un gobierno laborista hasta que vean uno sin Snowden en el Ministerio de Hacienda.» Llegado a este puesto, se enfrentó con sus correligionarios en tan tenaz oposición a sus burdas y cenagosas, aunque populares extravagancias, que los dejó aturdidos. No obstante verse sojuzgado en algunos puntos, continuó luchando por lo que consideraba como los principios esenciales de una hacienda saneada, y la fricción de este conflicto despertó en él el furor y hasta el odio con que en ocasiones combatió a sus amigos y colegas.

La democracia británica debería enorgullecerse de Philip Snowden. Fué un hombre capaz de mantener la estructura social mientras patrocinaba los intereses de las

masas. Su larga vida de esfuerzo, renuncia propia y físico quebranto fué coronada por un éxito honorable. Su intrepidez, su rectitud, su austeridad, su sobriedad de juicio, su profundo amor a Inglaterra, su celosamente escondido, pero intenso orgullo de su grandeza, le distinguieron como uno de los verdaderos valores de nuestra edad. Su vida de privaciones, de aflicciones, de autodisciplina, de odio a los tiempos de guerra, tuvo una gran culminación. La historia del Parlamento no olvidará la escena de la Cámara de los Comunes, entusiasmada, que se ponía en pie, mientras Snowden recitaba los famosos versos:

All our past proclaims the future: Shakespeare's voice and Nelson's band,
Milton's faith and Wordsworth's trust in this our chosen and chainless land,
Bear us witness...
Come the world against her, England yet shall stand!» (1)

(1) Todo nuestro pasado proclama el porvenir: la voz de Shakespeare y la mano de Nelson, la fe de Milton y la confianza de Wordsworth en nuestra predilecta y libre nación.

CLEMENCEAU

MUCHOS vanos lamentos han corrido impresos acerca de las querellas entre Clemenceau y Foch. El mundo que lee fué invitado reiteradamente a deplorar los mutuos reproches que se hicieron estos dos grandes y gemelos salvadores de Francia en momentos de máximo peligro. Entrambos disputantes eran ancianos gloriosos, próximos al sepulcro. Uno y otro pertenecen ya a la Historia, y una página inmortal de la Historia les pertenece. ¿Por qué habría de desgarrarse esa página? Aun admitiendo que Clemenceau hubiese tratado a Foch ásperamente y lo hubiese barrido de la arena política tan pronto como se logró la victoria, o que Foch se hubiese apresurado a enviar a Clemenceau su busto en yeso para propiciarse su favor, nos es forzoso reconocer como preferible—conforme algunos desean—el haber guardado silencio sobre tales historias. Debiera cuidarse—se añade—de presentarlo todo decorosamente a las generaciones venideras, y no permitirse cubrir de escoria el monumento sobre el cual sólo deben esculpirse las buenas y grandes cosas que los hombres han hecho.

Pero yo no puedo estar conforme con eso. La Musa de la Historia no debe ser melindrosa. Debe verlo todo, palparlo todo y, si es posible, olfatearlo todo. No debe asustarse de que esos detalles íntimos le hurten el romance y le aminoren el culto al héroe. Las fruslerías y las bagatelas pueden—y hasta deben—empequeñecer y anular a los pequeños; pero carecen de efecto permanente sobre quienes han sostenido con honor el puesto preeminente entre las mayores tempestades. Cuando pase una generación o dos—con toda seguridad, cuando pase un siglo—, las verdaderas proporciones de estos hombres aparecerán con todo vigor. El juicio de nuestros descen-

dientes ya no estará enturbiado por sus querellas finales. Pero más ricos son nuestros conocimientos por saber que Foch lanza su jabalina a Clemenceau desde más allá de la tumba, y que éste, al descender a su vez al sepulcro, le devuelve el arma con su último estertor.

Pero lo que realmente nos ilustra más es la posesión del notable libro de Clemenceau *Grandeurs et misères de la victoire*. Escritores a la violeta han propendido a tratar este libro como expresión de la triste incoherencia de una mente senil. Y se han apresurado a disculparlo. El buen sentido y la recta razón—se nos dice—nos vedan el atribuir importancia a la murmuración gruñona y exasperada de un octogenario moribundo. Pero yo, por el contrario, considero ese libro como una contribución magnífica a la historia de la época de la crisis. Contiene en cada página frases y sentencias que iluminan y hacen perfectamente comprensibles a los tiempos futuros no sólo el carácter de Clemenceau, sino la historia de la guerra y de sus causas. El rango de Foch entre los grandes generales de la historia podrá ser discutido; lo que ya no lo será es que Clemenceau fué uno de los más grandes hombres del mundo. Aquí tenemos su imagen, tallada a hachazos por él mismo..., una obra maestra inacabada y burda, forzada a veces, pero que será siempre una revelación.

Lo cierto es que Clemenceau encarnaba a Francia, era la expresión de su patria. Él era Francia en la medida máxima en que un simple y humano ser, milagrosamente magnificado, puede ser una nación. La fantasía ha hecho de ciertos animales símbolos de naciones... El león británico, el águila norteamericana, el águila bicéfala rusa, el gallo francés. Pero el viejo *Tigre*, con su peculiar estilizado gorro, sus blancos mostachos y ardientes pupilas, constituiría una mascota más verdaderamente francesa que ningún ave de corral. Era el fantasma de la Revolución francesa, en su momento sublime, antes de ser sorprendido por las inmundas matanzas de los terroristas. Representaba al pueblo francés erguido contra los tiranos—tiranos del entendimiento, del alma, del cuerpo; tiranos

extranjeros, tiranos domésticos; estafadores, charlatanes, simuladores, traidores, invasores, derrotistas—, pues todos ellos caían bajo la jurisdicción del *Tigre*; y contra todos reñía el *Tigre* inexorable guerra. Anticlerical, antimonárquico, anticomunista, antialemán..., en todo esto representaba el espíritu dominante de Francia.

Había otro modo y otra Francia. Era la Francia de Foch: antigua, aristocrática; la Francia cuya gracia y cultura, cuya etiqueta, cuyo ceremonial habían derramado sus dones por todo el mundo. Era la Francia caballeresca, la Francia versallesca y, sobre todo, la Francia de Juana de Arco. Era esta secundaria y sumergida personalidad nacional la que Foch evocaba. En la combinación de estos dos hombres durante el último año de la guerra, el pueblo francés encontró reunidas y a su servicio todas las glorias, todas las esencias vitales de la Galia. Estos dos hombres encarnaban, respectivamente, su antigua y su moderna historia. Entre los dos fluía el río sangriento de la Revolución. Entre uno y otro se alzaban las barreras que el cristianismo elevaba contra el agnosticismo. Pero cuando entrambos contemplaban la inscripción esculpida sobre la dorada estatua de Juana de Arco: «*La pitié qu' elle avait pour le royaume de France*», y veían erguida y brilladora la espada de la doncella, sus dos corazones latían al unísono. Francia conserva, en grado superior al poseído por ningún otro gran pueblo, una naturaleza dual. Duplicidad semejante no existe en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, ni siquiera en Alemania. Hay una lucha infinita e incesante, no sólo en cuantos parlamentos se suceden, sino en cada calle, en cada aldea de Francia, y hasta en el pecho mismo de casi todo francés. Solamente cuando Francia se halla en mortal peligro, sobreviene una tregua en la contienda. La camaradería de Foch y Clemenceau ilustra, como en un camafeo, la historia de Francia.

* * *

La biografía de Clemenceau nos es familiar a casi todos nosotros. Una vida tempestuosa desde el principio al

fin; lucha, lucha todo a lo largo del camino; sin pausa, sin tregua, sin descanso. La hoja de su espada se forjó y se templó en el fuego y el frío de media centuria. Fué alcalde de Montmartre entre los riesgos de la Comuna. Su asalto al imperio vacilante y su resistencia a los excesos de los revolucionarios; su inútil empeño por salvar las vidas—casi a costa de la suya propia—de los generales Clement Thomas y Lecomte, concentraron sobre él la inquietud de los extremistas, empecinados en sus atrocidades, y de los reaccionarios victoriosos, afanados en el castigo de cuantos habían excitado al populacho y ya no podían dirigirlo. Luchó dura y largamente para ganarse el pan de cada día como médico, como profesor, como periodista. Y toda esa ardua tarea no era más que el comienzo de su dilatada, azarosa existencia. Cuando entró en el Parlamento comenzó otra serie de conflictos. El inflexible radicalsocialista; el destructor de ministerios y ministros; el Tigre parlamentario al que todos los políticos temían; el iconoclasta; el duelista, el implacable perseguidor de los hombres que estaban construyendo el nuevo imperio colonial francés, concitó en contra suya enemigos por doquiera. Siguió a Gambetta y lo repudió. Le decepcionó Boulanger y se convirtió en su mayor adversario. La existencia de la república pendió de un hilo durante varios años. Pero en Clemenceau, por lo menos, tuvo un celoso, un vigilante guardián.

Mas ¡qué vorágine de animosidades arrastraba en su estela! Todos habían sentido el azote de su lengua o de su pluma, y no pocos habían arrostrado su pistola o su espada. Fuerzas profundas, vastos intereses creados, sagradas tradiciones, habían sido provocados, ¡qué digo provocados!, heridos, perturbados, perjudicados. Una docena de estadistas de los más eminentes recordaban que Clemenceau había causado la ruina de sus ambiciones o de sus planes. A veces sus planes eran buenos. Jules Ferry, denunciado y derribado del poder como «el Tonkinés», logró triplicar mediante su trabajo y sus sacrificios, la extensión de las posiciones coloniales francesas. Su caída se debió a Clemenceau más que a nadie. Abrióse

otro horizonte; antiguo e histórico para Francia; los ingleses invitaban a una colaboración francesa para restaurar el orden y la solvencia en Egipto. El temor a Clemenceau fué un factor apreciable en la trascendental decisión que hizo zarpar a la escuadra francesa, abandonando la empresa en el momento crítico en que se preparaba el bombardeo de Alejandría. Clemenceau no había podido impedir que Francia adquiriese Túnez, Tonkín e Indochina; pero derribó al hombre que consiguió tal propósito y mantuvo a Francia alejada de Egipto. El nuevo imperio colonial francés contribuyó con su bayoneta a sostener las líneas de combate en la guerra de 1914. Nadie se opuso más tenazmente que Clemenceau a la adquisición de aquel imperio. Seguramente años más tarde esta reflexión debió de haberle causado muchos tormentos y producido múltiples e íntimos reproches.

Dase en la política francesa una intensidad, una complicación, una violencia que no tienen par en la política británica. Esas cualidades alcanzaron su máximum en los últimos veinte años del siglo pasado. Todos los actos de aquel drama político que helaba la sangre en las venas tenían su entronque en hechos correlativos y simultáneos en la vida francesa. La existencia parlamentaria, febril, frenética, virulenta, fluía a través de una sucesión de escándalos, estafas, denuncias, perjurios, falsedades, crímenes, complots e intrigas, ambiciones personales y venganzas, ardides y zancadillas, que sólo podrían encontrar su paralelo en los bajos fondos de Chicago. Pero allí, la representación verificábase sobre el más deslumbrante escenario de la más famosa de las naciones, y ante el auditorio de todo el mundo. Los actores eran personas de la máxima capacidad, hombres de reputación y de poderío; hombres que proclamaban los más nobles sentimientos y vivían a la vista pública; hombres de saber y de elocuencia; hombres que mandaban ejércitos, dirigían la diplomacia y regían las finanzas. Era una sociedad terrible, atrozmente limada, cargada de materias explosivas, envuelta en una red de alambres cargados de electricidad vital. En su centro, revolviéndose para hacer frente ahora

aquí, ahora allá y machacando a sus adversarios con su maza, Clemenceau se movía a grandes zancadas implacable, agresivo, triunfante.

Séame permitido mencionar tan sólo los cuatro mayores escándalos que conmovieron a Francia en el último cuarto del siglo XIX. El asunto Grévy, en el cual el yerno del presidente quedó convicto del tráfico al por mayor de honores y condecoraciones, causando la pérdida del puesto y de la fama de que gozaba su suegro; la vana agitación de Boulanger, que vino con el propósito de destruir la república bajo el pretexto de rehabilitarla y depurarla. Estos fueron los dos primeros. Más importantes y peores fueron los dos siguientes: las derivaciones financieras de la rotura del istmo de Panamá, las torturas de Dreyfus y su proceso. Recuerde el lector que cada uno de estos estupendos episodios de dramas ajustados a la vida de entonces, acaecían en un país ya internamente dividido por los recuerdos de revoluciones y de las guerras civiles, fraccionado en las implacables facciones de realistas, bonapartistas, republicanos y socialistas; en un Estado donde nada estaba seguro ni libre de amenazas; en un Estado que acababa de ser derrotado en el campo de batalla y sobre cuya existencia se proyectaba la sombra del poderío alemán. Tales hechos se producían en un pueblo cuya historia de un siglo se resumía en guerras exteriores terminadas por desastres y luchas intestinas que culminaron en matanzas y proscripciones. Por tres veces consecutivas los ejércitos extranjeros habían entrado en París para imponer la paz. Cuatro o cinco *coups d État* o revoluciones habían erigido o derribado soberanos, Constituciones, Gobiernos y leyes. No más lejos que en 1871, la extirpación de la Commune había ido acompañada de miles de ejecuciones. De cada lado, en cada partido, sangre o huellas de sangre eran visibles, sin que lograsen ocultarlas las elegantes maneras, la cultura o la gloria intelectual. Nada análogo había sucedido en la moderna Europa de antes de la guerra. Jamás había existido una sociedad tan civilizada y culta que encubriese tan horribles heridas.

Clemenceau no daba cuartel; de nadie podía esperarlo.

Había derribado una serie de Gobiernos utilizando para ello toda clase de recursos, fuesen lícitos o no. Había sido implacable en el escándalo del caso Grévy. Colgó a su puerta los sangrientos despojos políticos de una docena de ministros, como un guerrero indio cazador de cabelleras. Hallóse dispuesto en todo tiempo para apelar a todas las medidas—incluso a la acción armada—para luchar contra el general Boulanger y las fuerzas patrióticas que ciegamente se congregaban en derredor de aquel hombre de paja. Hasta entonces había sido el atacante despiadado. Pero en el asunto del Panamá cambiáronse las tornas. El hedor pestilencial de la sospecha lo mancillaba con su hálito infecto. Los dos grandes bribones en las estafas panameñas, los dos principales corruptores de hombres públicos, fueron Cornelio Herz y el barón Reinach. Clemenceau era íntimo de entrambos. El primero de ellos había prestado apoyo financiero a su periódico *Justice,* y el segundo había sido acompañado por Clemenceau, con su intrepidez característica, a visitar al ministro del Interior en la noche misma de la mortal agonía de Reinach. La conducta de 140 diputados estaba en tela de juicio. Muchos eran conocidos como envueltos en las mallas de la corrupción. De un lado y otro, las reputaciones se perdían o se atacaban. Cada hombre que caía se esforzaba por arrastrar a otros con él. En el delirio de aquellos días bastaba el más ligero contacto con los culpables para comprometer a un hombre público. Los contactos de Clemenceau no habían sido ligeros, ni las explicaciones que se dignó dar fueron suficientemente exculpatorias. ¿Escaparía entonces aquel que siempre había sido despiadado con los demás? ¿No era éste el momento oportuno para que sus enemigos se uniesen y lo aplastasen de una vez para siempre?

En plena Cámara, el apasionado Déroulède declaró que la exaltación de Herz a la influencia y los honores en Francia solamente podía deberse al apoyo de algún hombre de excepcional poder e influencia. «Este servicial adicto e infatigable intermediario—tan activo, tan peligroso—es conocido de todos vosotros. Su nombre está en

todos vuestros labios, pero ninguno se atreverá a proferirlo; porque posee tres cosas que nos asustan: su espada, su pistola y su lengua. Yo desafío a las tres y le nombro. ¡Es M. Clemenceau!»

E insistiendo: «Cornelio Herz es un agente enemigo. Es justo que sus cómplices sufran. Por lo tanto, señalemos a la vindicta pública al más formidable, el más culpable de cuantos estuvieron a su servicio» (1).

Ningún país está libre de tales episodios. Se malversan los ahorros confiados por las modestas economías y se despilfarran o se aplican indebidamente los caudales públicos. Miembros de los Parlamentos, y hasta ministros, han recibido beneficios ilícitos o incurrieron en especulaciones fraudulentas, y puede presumirse o alegarse que sus votos o sus discursos estaban afectados de corrupción. Mézclanse siempre con los culpables algunas personas que, no siendo estrictamente delincuentes, se hallan comprometidas por su conducta imprudente o por concomitancias o asociaciones sospechosas. Unidas a su vez a éstas, hay otras personas, cuyas transacciones o cuya amistad con los inculpados son completamente inocentes, pero que las relaciones expresadas parecen matizar de cierta culpabilidad. Una vez que el clamor se ha elevado, una vez que los móviles se impugnan, una vez que listas de nombres son lanzadas por el rumor a la publicidad y la sospecha cunde por todas partes, toda acción o conexión, por legítima que sea, puede perjudicar enormemente a un hombre público. Pero siempre hay una defensa segura para la verdadera integridad: un género de vida austero y modesto, un presupuesto doméstico que puede ser comprobado por todo el mundo, una orgullosa premura en la exhibición de toda fuente de ingresos. Tal fué la defensa que le fué dable hacer a Clemenceau. «Mi vida es un libro abierto—dijo a sus electores—, y yo desafío a quienquiera a que encuentre otro lujo en mi vida que el sostenimiento de un caballo de silla que me cuesta

(1) *The Tiger, Georges Clemenceau,* 1841-1929, por George Adam.

cinco francos diarios, y la participación en una sala de tiro que asciende a quinientos francos.»

Pero quedaban otras acusaciones de repuesto. Rechazados en el caso de Panamá, los numerosos enemigos de Clemenceau volvieron al ataque esgrimiendo nuevas armas. Documentos que se decía procedentes del ministerio inglés de Negocios Extranjeros fueron presentados, con el asentimiento del ministerio francés, para demostrar que Clemenceau había estado a sueldo de Inglaterra. Tales documentos eran indudablemente una superchería y el ataque directo en la Cámara fracasó de manera ignominiosa; pero la mentira se difundió por todas partes. «Ahora ya sabemos—se dijo—por qué se oponía a nuestra expansión colonial; ahora ya sabemos por qué logró apartarnos de Egipto y estuvo a punto de conseguirlo en el caso de Túnez.» Gritos hostiles de *A-oh yes* y *Spik ingleesh* le saludaban a cada mitin. Fué derrotado en su distrito electoral de Var y tuvo que abandonarlo entre las burlas e insultos del populacho. Pocas veces un hombre público en tiempo de paz fué más cruelmente perseguido y acosado ¡Negros días, en efecto, en que se contemplan triunfantes los enemigos derrotados de ayer!

El desolador está desolado,
el triunfador quedó sin victoria,
el árbitro de la ajena suerte
es un suplicante de la propia.

No, suplicante, no; jamás. Desafiador, invencible, él miraba solo y cara a cara al enfurecido mundo francés. Excluído de la Cámara, parecía que su voz ya no podría oírse. ¡De ninguna manera! Tenía otra arma. Tenía una pluma. Dice su biógrafo que la producción periodística de Clemenceau no podría contenerse en un centenar de gruesos volúmenes. Escribió por el pan y la vida: ¡por la vida y el honor! Y cuanto produjo su pluma fué leído en todas partes. Por eso sobrevivió. Sobrevivió no sólo para rehabilitarse, sino para asaltar, para vencer. El peor de todos los escándalos no había surgido aún. Clemenceau se convirtió en el paladín de Dreyfus. Tuvo que

combatir entonces contra la cosa para él más sagrada en Francia: el ejército francés. Iglesia, sociedad, alta banca, Prensa, estaban, como antes, concitados contra él. Pero ahora, además, se le unía esta espléndida organización de cuyas bayonetas iban a depender, dentro de poco tiempo, las libertades de Europa. «¡Destruid la confianza en los jefes del ejército y habréis comprometido la seguridad del país», gritaban en coro los generales. «¿Es al matadero adonde queréis llevar a vuestros hijos?», exclamaba el general De Pellieu en una de las sesiones del proceso Dreyfus. Pero, después de todo, lo que en realidad se debatía era si Dreyfus era traidor o no. Y era inocente. La nación en pleno tomó su partido en favor o en contra. Rompíanse las amistades y dividíanse las familias. Pero el genio de Francia no se eclipsó. La verdad y la justicia avanzaron; y a lo largo del camino que para ellas libró de obstáculos, Clemenceau pudo recobrar su propia senda. Y hasta llegó a ser por algún tiempo presidente del Consejo de ministros.

* * *

Tal era el hombre que, armado de experiencia y cargado con los odios de media centuria, fué llamado al puesto de timonel de Francia en el peor período de la guerra. Muchos de los generales franceses estaban desacreditados y todos sus planes resultaron fallidos. Extensos movimientos sediciosos habían sido difícilmente reducidos en el frente. París era presa de profundas y tortuosas intrigas. Gran Bretaña había sufrido en Paschendaele una sangría a fondo. Rusia caía en colapso, Italia se hallaba en trance agónico... y los norteamericanos estaban muy lejos. El gigantesco enemigo erguíase broncíneo y, en cuanto nos era dable advertir, invulnerable. Fué en este momento cuando, después de ensayadas todas las combinaciones concebibles, fué el feroz anciano llamado a ejercer lo que de hecho era la dictadura de Francia. Volvió al poder como Mario había vuelto a Roma; con la desconfianza de muchos, con el temor de todos, pero fatal, inevitablemente.

Fué entonces cuando empecé a conocerlo. Lo había encontrado antes varias veces, pero siempre de manera casual. Mi cometido de ministro de Municiones me hacía ir con frecuencia a París y relacionarme constantemente con los ministros franceses. Mi estrecha colaboración con míster Lloyd George me procuró adicionales, íntimos contactos. Pasé media hora con Clemenceau la mañana misma en que formaba su ministerio. Escuché su discurso de presentación ante la Cámara. Mi amigo, colega y correlativo en orden ministerial, Albert Thomas, duró solamente un par de días en el Gabinete antes de perder su cargo en el cataclismo que sobrevino. Habíamos estado tan estrechamente unidos en los detalles de nuestros respectivos asuntos, que me atreví a solicitar del Tigre una tregua en la crisis de mi colega a fin de no perturbar un transporte que cautelosamente atravesaba el Canal de la Mancha. Creí que mi intervención había hecho efecto; pero mientras tanto Thomas, apoyado por los socialistas, declaraba públicamente que Clemenceau, como primer ministro, «era un peligro para la defensa de la nación». Esto, como es de suponer, fué, para mi compañero, mortal de necesidad.

Oí también la réplica de Clemenceau en la Cámara. Resulta muy difícil para un extranjero que no tiene más que un conocimiento superficial de la lengua y una percepción indirecta del ambiente, el juzgar con acierto esta clase de manifestaciones oratorias. Y eso que Clemenceau reproducía sin duda con más semejanza que ningún otro de cuantos parlamentarios franceses he oído los métodos que sigue en sus debates la Cámara de los Comunes. La esencia y los cimientos de esta Cámara son simplemente los de una conversación ceremoniosa. La oración preparada, la arenga electoral, el discurso dirigido a públicos numerosos, jamás han tenido gran éxito en nuestra pequeña y sabiamente construída Cámara. Para lograr algo eficaz necesitáis luchar a brazo partido con el tema y poneros a tono cordial con el auditorio. Y Clemenceau daba verdaderamente esta impresión: se movía de un lado a otro de la tribuna, sin consultar ni el menor cuaderno de

notas ni la menor cuartilla, profiriendo a gritos, ingeniosas, mordaces, agudas, entrecortadas frases, según iban brotando de su mente. Parecía una fiera moviéndose de un lado a otro tras los barrotes de su jaula, rugiendo y lanzando miradas coléricas, y parecía asimismo que la asamblea que estaba en torno suyo habría dado algo por no tenerlo delante, pero que una vez puesto allí, no tenía más remedio que obedecerle. No se trataba, en efecto, de una cuestión de palabras ni de apreciaciones subjetivas. Las pasiones primarias congeladas por el sufrimiento, los peligros mortales perfilándose y acercándose más cada día, un cansancio de agonía y unos pronósticos de muerte disciplinaban al auditorio. Iba a jugarse desesperadamente la última carta. Francia había resuelto abrir la jaula y dejar al tigre suelto para que se arrojase a sus enemigos, dondequiera que estuviesen, más allá de las trincheras o entre las trincheras. Lenguaje, elocuencia, argumentos eran innecesarios para despejar la situación. A gruñidos y zarpazos, la fiera añosa, indomable y feroz entró en acción.

Y entonces la última embestida en la lucha a muerte con Alemania comenzó. Iba a durar un año entero. Calumnias y difamaciones crueles se infligieron a franceses eminentes. La ejecución de traidores convictos no fué más que el símbolo de un terrorismo en potencia que no vacilaría en llevar ante el piquete de ejecución de Vincennes, si la necesidad o el humor lo requerían, a hombres culpables de extravagancia intelectual, a hombres que habían ocupado los más altos puestos del Estado. La simple oposición o la asociación con amigos considerados previamente como tibios o derrotistas, era suficiente para exponer a los más destacados estadistas al peligro, por lo menos, de ser detenidos. Clemenceau inspiraba terror por todas partes; pero nadie tuvo más razón que los alemanes para quejarse de ello.

Por mi cualidad de extranjero, Clemenceau me permitió a veces decir cosas que sin duda no habría tolerado más que a muy pocos franceses. «Quizá conviniese que usted los congregase a todos en torno suyo, y se olvida-

sen viejas querellas. Hay gentes distinguidas que sostienen antiguas posiciones porque les es imposible abandonarlas por sí mismas. En Inglaterra solemos ayudarles a descender de esas engañosas alturas. Alguna confusión se crea, pero al fin y al cabo siempre nos conservamos más o menos unidos.» Guiñó sus ojos, movió su cabeza; su comprensiva y chusca sonrisa iluminó su curtido rostro mogólico.

Un día me dijo: «No tengo un sistema político, he abandonado los principios políticos. Soy un hombre que afronta los acontecimientos tal cual se presentan a la luz de su experiencia», o quizá mejor, «según veo que las cosas van ocurriendo». Me acordé de la carta del conde de Camors a su hijo: «Todos los principios son igualmente verdaderos o igualmente falsos, según las circunstancias».

Clemenceau tenía plena razón. Lo único que importaba era derrotar a los alemanes.

Sobrevino entonces la crisis suprema. Los alemanes estaban otra vez en el Marne. Desde las alturas de Montmartre podía verse un horizonte vivaz al reflejo de los relámpagos de la artillería. Los norteamericanos estaban atorados en Château-Thierry. Yo tenía importantes fábricas de municiones y aeroplanos en los alrededores de París. Nos era preciso prepararnos a trasladarlas e improvisar refugios hacia el Sur; por esta razón era frecuente mi presencia en la capital de Francia. Antes de empezar la guerra se suele decir: «Soy fuerte, pero también lo es el enemigo». Cuando la guerra se desarrolla, uno dice: «Estoy agotado, pero el enemigo también lo está». Lo difícil es pronunciar estas frases en el momento oportuno. Hasta el momento mismo en que se derrumbaron en colapso, los alemanes parecían invencibles; pero igualmente lo era Clemenceau. En su despacho del Ministerio de la Guerra me dijo estas palabras, que después repitió en la tribuna: «Lucharé delante de París; lucharé en París; lucharé detrás de París.» Todos sabían que no era vana arrogancia. Podría haber sido París reducido a ruinas como Ypres, como Arras; ello no habría afectado la

resolución de Clemenceau. Quería expresar con ello que manejaría la válvula de seguridad hasta que él ganase o hasta que su mundo estallase en pedazos. Carecía de esperanza más allá del sepulcro; se reía de la muerte; había alcanzado setenta y siete años de vida. ¡Feliz el pueblo que cuando su suerte oscila en la balanza del destino puede encontrar semejante tirano, tal campeón!

* * *

Cuando se logró la victoria, Francia apareció como ingrata ante los ojos ajenos. Echó a un lado y arrumbó lo más pronto posible al viejo cubiletero del juego político. En principio no es dable censurar a los franceses; pero lo cierto es que pudieron comportarse más cortésmente. El Clemenceau de la paz fué un gran estadista. Tuvo que arrostrar dificultades enormes. Hizo por Francia el máximo de lo que los aliados—que eran el mundo entero—podían tolerar. Sin embargo, Francia quedó descontenta; Foch, disgustado y hasta ofendido por rozamientos de carácter personal. Clemenceau, réprobo hasta el fin, continuaba manifestándose contra la Iglesia. La presidencia de la República recayó en una amable nulidad que poco tiempo después se arrojaba a la vía desde un vagón de ferrocarril. El Tigre se fué a morir a su casa, como todo el mundo creía, pero vivió años y años con el mayor vigor posible, físico y mental. En todo momento estuvo pronto a empuñar el timón y dirigir la nave. O, por lo menos, él así desde luego lo creía. Soberbio como Lucifer, se encastilló en su inmortal gestión y se arropó en su formidable prestigio. «¿Qué va usted a hacer ahora?», le preguntaron cuando volvía de su viaje a la India. «Voy a vivir hasta que muera», respondió ásperamente.

Todas las veces que yo iba a París, fuese cualquiera el Gobierno que estuviese en el poder, nunca dejaba de hacer un hueco para ir a saludar a Clemenceau. «Jamás invité a nadie—me dijo un día—, pero usted será siempre bien venido aquí.» Incluso llegó a decir en una ocasión, «de manera inolvidable», a su hija mayor, por

quien tengo la referencia, que «míster Churchill está muy lejos de ser un enemigo de Francia». Mi última visión de él es de un año antes de su muerte. La casita de la *rue* François, una pequeña biblioteca. Es en invierno y el aposento parece estar frío. No hay chimenea, pero está lleno de libros. ¡Sin duda no hay calefacción este año! Siento no haber traído gabán. El anciano aparece, con su característico gorro, con guantes, bien arropado. No tiene la belleza de Napoleón, pero acaso tenga la majestad de Santa Elena. Y no hay que pensar en Napoleón, porque figuras romanas vienen a la memoria. La fiereza, la soberbia, la pobreza después de los más altos cargos, la grandeza tras el alejamiento del poder, el frente infranqueable opuesto a este mundo y al otro..., todo eso pertenece a la antigüedad.

«Míster Churchill, yo siempre admiré el amor que los ingleses sienten por los caballos y descubrí el porqué de esa pasión. Fíjese en los caballos de la caballería; y aún mejor en los de la artillería. Jamás se vieron cabalgaduras más cuidadas. Le diré a usted por qué los ingleses aman los caballos: los ingleses son marinos; viven en barcos, sobre el mar. Sólo regresan a tierra durante sus vacaciones y permisos, y allí aman los animales, especialmente los caballos, porque no los ven nunca cuando están en el mar.»

Y en otra ocasión:

«Cuando estuve en la India vi algunas cosas que vuestro pueblo no ve. Yo solía ir a los bazares y a las fuentes públicas. Tenía una buena intérprete, y mucha gente venía a hablar conmigo. Vuestros oficiales ingleses son ásperos con los indios; no se mezclan en absoluto con ellos; en cambio, transigen con sus opiniones políticas. Éste es precisamente el camino equivocado. Los franceses intimaríamos mucho más con ellos, pero no les toleraríamos que discutiesen nuestros principios de gobierno.»

«Míster Lloyd George es ahora un enemigo de Francia. Él mismo me dijo un día que los ingleses no serán nunca amigos de Francia, excepto si la ven débil o en peligro. Estoy disgustado con él, pero de todos modos

me complació verlo en el puesto que ocupaba mientras aquellas cosas sucedían.»

Yo mencioné el nombre de un estadista francés:

«No—dijo—, yo no puedo discutir con un extranjero a los políticos franceses. Perdóneme, pero hay algunos nombres que jamás pronuncio. Venga a esta casa cuando quiera.»

Y ya en el umbral: «Adiós».

* * *

Recibí de su hija la nota siguiente:

«Hay una leyenda en torno a la memoria de mi padre, que se enlaza con la de mi abuelo, Benjamín Clemenceau, según la cual habría querido ser enterrado en posición vertical. Si tal hubiese sido su deseo, fielmente se le habría cumplido con todo el respeto que se guarda por cuanto fué suyo, por todas cuantas cosas estuvieron en contacto con él, y principalmente me incumbiría a mí cumplirlo, que soy la mayor de sus hijas y he trabajado diariamente a su lado, en estrecha relación con él, llegando a conocer sus pensamientos íntimos. Precisamente fué él mismo quien dispuso con meticuloso cuidado cuantos detalles se relacionan con su lugar de descanso eterno. Si usted va algún día a visitar su tumba sin nombre, sin inscripción alguna, creo que se sentirá conmovido en aquel sencillo y solitario lugar donde sólo se oye el viento en los árboles y el murmurar de un arroyo en el barranco próximo. Pero él había querido volver sólo al lado de su padre, a la tierra de donde sus antepasados, *les Clemenceau du Colombier*, procedían después de haber salido del corazón de las tierras boscosas de la Vendée, hace siglos.»

EL REY JORGE V

El reinado de Jorge V será considerado como uno de los más importantes y memorables de toda la historia de Inglaterra y del imperio británico. En ningún período similar han acaecido en el mundo cambios tan tremendos; en ninguno han sido más decisivamente alterados sus regímenes, sus modalidades y sus perspectivas; en ninguno han adquirido tan rápida y vasta expansión los conocimientos, la ciencia, la riqueza y la fuerza del género humano. Es evidente que la velocidad a que marcha la evolución social sobrepuja toda comparación. Estos grandes choques y perturbaciones han sido fatales a la mayor parte de los imperios, monarquías y organizaciones políticas de Europa y Asia. Una gran parte del Globo, que en los tiempos victorianos se calentaba apaciblemente al tibio sol de la tranquilidad y de la ley, se ve azotada hoy por la tempestad de la anarquía. Poderosas naciones que conquistaron su libertad en el siglo XIX y, llenas de esperanza, erigieron parlamentos para preservarla, han caído o se entregan al dominio de los dictadores. Sobre inmensas regiones habitadas por las mejores dotadas e instruídas razas, al igual que en los países bárbaros, todo goce de libertad individual, toda afirmación de los derechos del individuo frente al Estado han desaparecido. La democracia, neciamente, ha dado de lado los tesoros conquistados a través de centurias de lucha y sacrificio. Con un grito salvaje, no sólo el viejo feudalismo, sino todos los ideales liberales, han sido barridos.

Aún queda un gran régimen en el que la ley es respetada y la libertad reina, donde cualquier ciudadano puede defender sus derechos contra el poder ejecutivo y criticar como le plazca a sus agentes y sus políticos. En el corazón del imperio británico hay una institución, entre las

más antiguas y venerables, que muy lejos de caer en desuso o en desfallecimiento, ha puesto el pecho al torrente de los acontecimientos y hasta ha salido vigorizada del esfuerzo. Inconmovible a los temblores de la tierra, incólume ante las corrientes demoledoras, mientras todo va a la deriva, la real e imperial monarquía británica permanece firme. Tan notable proeza, hecho tan prodigioso, tan contrario a la general tendencia de la época, no es posible separarlo de la personalidad de aquel bueno, sabio y verdaderamente noble rey, cuya obra ha terminado.

El padre del citado monarca falleció en un momento de grave inquietud política y de crisis constitucional. El Gran Consejo que en el palacio de Saint James reconoció y proclamó rey a Jorge V, contempló ante sí a un hombre humilde en presencia de las responsabilidades que la sucesión legal hereditaria, continuada durante un milenio, arrojaba sobre él. Hubo pocos que no sintiesen compasión y simpatía por el no probado heredero de tanta gloria. Hubo algunos—muchos quizá—que sintieron recelo por el futuro. Y eso que en aquel momento nadie podía prever las terribles y devastadoras catástrofes hacia las que Europa y el mundo entero corrían. Los mismos destinos de nuestro país hallábanse ensombrecidos por dificultades y querellas. Los partidos políticos combatíanse con saña. Todo el mundo inglés hallábase profundamente inquieto ante el veto de los lores, la autonomía de Irlanda y la ascensión del socialismo. Apenas pudieron soñar que Armageddon gravitaba sobre ellos.

Pero descendamos a detalles. Los lores habían rechazado el presupuesto que una gran mayoría liberal había aprobado en la Cámara de los Comunes. Se atrevieron a desafiar—así lo parecía al menos—la prescripción lentamente elaborada a través de generaciones sobre proyectos de ley referentes a numerario. Tras convocar a los votantes a unas elecciones generales, en busca de una solución directa, el propio Gobierno resultó vencido por una respetable mayoría. Se estimó necesaria la creación de cuatrocientos o quinientos pares para hacer efectiva la llamada voluntad popular, en el caso de que unas segundas

elecciones trajesen otra vez las mismas fuerzas al poder.

Tal fué el primer problema del nuevo reinado. Es fácil subestimar lo espinoso de su carácter, ahora, que estos asuntos se han arreglado por sí mismos y han pasado de la vida a la historia. Un día, muchos años después, me aventuré a preguntar a su majestad cuál habí asido la época peor para él, si esta crisis constitucional o la gran guerra. «Para mí—me dijo—, lo más difícil fué la crisis constitucional. En la guerra estábamos todos unidos, naufragábamos o nos salvábamos juntos. Pero entonces, durante mi primer año, la mitad de la nación iba por un lado, y el resto por otro.» Es preciso imaginarse que los amigos personales del rey, el elemento oficial y los círculos sociales en los que se había movido, se dolían amargamente de la monstruosa, aunque probablemente inevitable, creación de cientos de nuevos pares. Había un precedente en el reinado de Ana, pero sólo se refería de la designación de doce, y con el propósito de llevar a cabo determinada política. Ahora se trataba de una fabricación de nobleza hereditaria en una escala seguramente fatal para la misma institución de la pairía. Pero la Constitución estaba hecha para cumplirse y actuar, y ante el caso de no encontrar una Cámara de los Comunes que quisiese seguir sometida al veto ilimitado de los lores, este lamentable expediente debía ser arrostrado.

Hacia el fin de 1910, el primer ministro, míster Asquith, pidió al rey el decreto de disolución—la segunda dentro del año—y, además, una garantía para el caso de que la nueva Cámara de los Comunes—tercera de la serie—sostuviese la misma opinión que las anteriores con respecto a la limitación del veto; una garantía que le permitiese sofocar la actitud de la alta Cámara y echar abajo su enorme mayoría conservadora mediante una hueste de nuevos pares.

No hay duda de que el rey experimentó un profundo disgusto. Y agravó su pesadumbre la circunstancia de que el primer ministro no acudió solo a la cámara regia, sino que llevó consigo al jefe ministerial de la Cámara de los Lores, lord Crewe. Míster Asquith lo hizo sin duda

a causa de ser lord Crewe amigo personal del rey y entender que su presencia podría facilitar la penosa discusión. El rey concedió la eventual garantía. Si no lo hubiera hecho así, el Ministerio habría dimitido, y es casi seguro que en la votación siguiente vendría apoyado por la mayoría de los electores. El regio consentimiento permaneció secreto, como es natural, entre el rey y sus principales ministros.

Se celebraron las elecciones generales. La nueva Cámara de los Comunes aprobó el acto del Parlamento por una mayoría de 150 votos. La Cámara de los Lores, obstinadamente, se aprestó a oponerse, y el rey, en cierto momento, autorizó que se declarase en el debate que él consentiría la abrumadora creación de nuevos pares. Ante esta intimación los lores cedieron y la ley obtuvo entonces la regia sanción. Fué y significó ser el preludio del estatuto autonómico de Irlanda.

Al volver la vista atrás, debemos concluir que esta actuación del rey, la más decisiva entre las suyas, sobre una materia considerada como el límite extremo de la Constitución, fué justa y prudente. El acto del Parlamento (1) sigue siendo la ley del país. Sucesivas y copiosas mayorías conservadoras han rehusado hasta el presente tocar a la nueva relación establecida por él entre las dos Cámaras.

Irlanda, por senderos a veces más desastrosos que los que entonces parecían abiertos, conquistó la facultad de gobernar o desgobernar sus propios asuntos, y perdió la facultad de gobernar o desgobernar los del imperio.

He insistido precisamente con esta transacción histórica porque debe ser considerada como una de las aplicaciones más importantes, si no la más, del poder discrecional del soberano para interpretar la Constitución; porque le fué impuesta al iniciarse su reinado; y porque demuestra la sagacidad y fidelidad con que observó el espíritu de la Constitución británica en una época en que

(1) Se llama así la ley una vez aprobada por ambas Cámaras y sancionada por el rey (*Act of Parliament*). (*N. del T.*)

su letra no proporcionaba una guía completa. Después de ello entramos en un período de violenta lucha política. El Ulster amenazaba con la resistencia armada a todo plan, bien se le salvaguardase del Parlamento de Dublín, bien se asociase a él.

Los ulsterianos firmaron el pacto, se procuraron armas en el extranjero y pusieron en pie de guerra sus organizaciones militares del Norte.

Preparativos contrarios se hicieron en la Irlanda nacionalista. Las facciones naranja y verde, exasperadas por las antipatías de católicos y protestantes, se enfrentaban en amenazadora actitud; y la simpatía del poderoso partido conservador y la mayor parte de las gentes de gran posición social, riqueza y predominio en la nación inglesa pusiéronse ardientemente al lado del Ulster. Y es más, llegaron hasta prometerle su ayuda. El error acerca de los desplazamientos de las reales fuerzas regulares llevó, como ha sido relatado, a la renuncia de sus carreras a los oficiales de los regimientos afectados. Aunque esto no fué un motín en ningún bajo sentido, sino más bien un acto de deliberada resistencia pasiva, el episodio ha llegado a nosotros con el nombre de «el motín de Curragh». Es fácil imaginarse la pesadumbre del rey, cabeza del ejército.

Al lado de estos graves acontecimientos y de estas tendencias al desgarramiento de nuestra vida nacional, se producían otras manifestaciones de inquietud. El movimiento sufragista en favor del voto a la mujer adquirió caracteres de violencia. El combate fué su orden del día. Las calles y las reuniones públicas fueron escenario de frenéticas luchas, que las mujeres hacían más exasperadas. Las cárceles hubieron de recibirlas a centenares. Una infeliz criatura se arrojó a la muerte bajo los cascos de los caballos el día del Derby (1). La agitación laborista proseguía sin cesar, anunciando y acompañando la apa-

(1) Gran carrera de caballos que se celebra anualmente el miércoles anterior a la Pascua de Pentecostés en el hipódromo de Epsom, cerca de Londres. (*N. del T.*)

rición del partido socialista, y las huelgas y perturbaciones industriales de toda índole eran comunes y corrientes en toda la nación. Y dominándolo todo, resonaban ya las pavorosas advertencias y el susurro terrible que anunciaba a la paz la aproximación del peligro extranjero y de una guerra mundial.

Fué en estos años cuando la institución monárquica y la creciente consideración a la persona del rey preservaron, mediante medidas de defensa y de política exterior, la unidad de un país en aquellos tiempos desgarrado por la lucha política más feroz, y hasta a veces expuesto a verse lanzado al abismo de la guerra civil.

En medio de estas turbulencias intestinas y del creciente peligro exterior, experimentó el rey sus aflicciones e inquietudes más profundas. Aún no tenía entonces aquella poderosa influencia de que logró rodear a la corona y a sí mismo hacia el final de su largo reinado; pero se ciñó estrechamente a la Constitución. Luchó por mitigar el furor de los partidos y por conservar intacta la gran herencia común del pueblo británico. Lenta y pacientemente fué afirmando su fuerza y aumentando constantemente la estimación y confianza de todos sus súbditos. Con paso firme acrecentó el poder y la eficiencia de esa espléndida flota, entonces incuestionablemente la más fuerte del mundo, en la cual había pasado su juventud, cuyos barcos había mandado, cuyo aspecto duro y áspero le era familiar, y a cuyos oficiales y hombres conocía.

Y luego, súbitamente, en un cielo que para el común de las gentes parecía radiante, retumbaron los pavorosos truenos de la guerra mundial.

No es éste el momento de discutir si una declaración más precisa de Inglaterra hubiera aplazado el ataque alemán. Jorge V, por consejo de sir Edward Grey, tuvo que haber firmado con profundo pesar su respuesta evasiva a la patética demanda del presidente Poincaré. Sin duda entendía tan bien como cualquiera de sus ministros la necesidad vital de que el imperio británico interviniese, íntegro, en la lucha. También sin duda aquel amor a la paz—pero no de la paz a toda costa—de que todo su rei-

nado dió prueba elocuente, le condujo a evitar el formidable peligro de anticiparse a la opinión pública en tan terrible cuestión. La reserva británica y hasta su vacilación aparente no fueron sino una parte del precio que teníamos que pagar por el hecho de ser una libre democracia constitucional. Pero lo rescatamos decuplicado merced al impetuoso movimiento nacional e imperial, que, con resolución y determinación inflexibles, llevó a la nación, una vez convencida, a entrar en la contienda y le permitió abatir la obstinación de todos sus antagonistas al cabo de cincuenta y dos meses de inquebrantable, temeroso esfuerzo.

Vimos al rey en la víspera de Armageddon empleando toda su influencia en conseguir el arreglo de la cuestión de Irlanda y en hacer una nación británica unida en aquella hora tan cargada de histórico destino. Su conferencia de Buckingham Palace tuvo que limitarse a ser el principio de las negociaciones entre los partidos, y del que pudo haber surgido el acuerdo que los estadistas de ambos bandos perseguían. Pero la guerra barrió todas estas cosas al limbo del tiempo.

El rey y su fiel reina consagráronse a toda clase de obras de guerra, dando ejemplo a los demás. Incansablemente, el rey inspeccionaba y revistaba los ejércitos siempre crecientes, pero, ¡ay!, durante muchos meses sin armas. Día tras día, acompañó y estimuló a sus ministros en sus varios cometidos. Tan pronto como su hijo mayor alcanzó el mínimum de edad militar, le permitió ir al frente, donde aquel príncipe—después el rey Eduardo VIII—estuvo reiteradamente en las trincheras bajo el fuego de cañones y fusiles, como oficial de guardias. «Mi padre tiene cuatro hijos—decía—, ¿por qué, pues, he de estar encadenado?» Pero su hijo segundo, ahora el rey Jorge VI, también estaba en peligro. Servía en la Marina y se halló presente en la batalla de Jutlandia, el mayor de todos los encuentros navales. El mismo rey Jorge visitó con frecuencia la zona de guerra, y las múltiples fotografías en que se le ve con el casco de acero atestiguan las numerosas ocasiones en que también estuvo bajo el

fuego del enemigo. En una de estas visitas de inspección ocurrió un accidente desgraciado. Su caballo, asustado por las estrepitosas aclamaciones de las tropas, se alzó de manos y cayó hacia atrás, magullando y contusionando gravemente al rey. Cuando algunos meses más tarde me despedí de él con motivo de la dimisión de mi puesto en el Gabinete, me quedé sorprendido ante su quebrantado aspecto y evidente debilidad física, ocultados, como es natural, a todo el mundo.

La angustia de la guerra continuaba, y agotaba en su tensión a ministros y Gobiernos. El rey estaba siempre propicio a ayudar a la formación de nuevas combinaciones que encarnasen y expresasen más libremente la indomable resolución de guerra de su pueblo y de su imperio. Todo permaneció incólume, ni un solo eslabón de la cadena se quebró; pero el suelo firme al que se aferraron las anclas del poderío británico fué la monarquía hereditaria y la función del soberano que Jorge V comprendió tan cabalmente. La victoria llegó por fin. Victoria absoluta, definitiva, incuestionable; un triunfo militar rara vez superado en perfección y nunca en magnitud. Todos los reyes y emperadores contra los que el nuestro guerreó, huyeron o fueron destronados. De nuevo el palacio de Buckingham se vió rodeado de una enorme muchedumbre. Ya no era el leal, ardiente, pero inexperto entusiasmo de agosto de 1914. Con júbilo feroz, con indescriptible alivio y profunda gratitud, el pueblo y el imperio aclamaron a su soberano, cuyo trono, cimentado en la ley y la libertad, había resistido tan gloriosamente los más formidables asaltos y los más espantosos azares.

La sombra de la victoria es la desilusión. La reacción del extremo esfuerzo es postración. Las secuelas, aun de una guerra victoriosa, son amargas y dilatadas. Los años que siguieron a la gran guerra y a la paz que las enfurecidas democracias permitieron hacer a sus estadistas, fueron años de turbulencia y depresión. Voces estridentes, inaudibles entre el cañoneo y el tumulto del nacional esfuerzo, eran ahora las notas más altas. Procedimientos subversivos paralizados por el peligro, continuaron su cur-

so. Pueblos débiles, amparados por el escudo de Britania de los peligros de conquista o invasión, usaban ahora sus ahorradas, incrementadas fuerzas contra sus protectores y guardianes. Pero el rey mantenía intacto su sentido de la proporción. Cuando míster Lloyd George regresó de París con el tratado de la victoria, el monarca adoptó la determinación sin precedentes de ir a esperar a su eminente súbdito a la estación de la Victoria y lo condujo en su propio carruaje al palacio de Buckingham. La Historia no dejará de percibir la significación de este acto.

El rasgo principal de nuestra política interior a partir de la guerra fué la absorción del partido liberal por los socialistas y la presentación, como Gobierno de turno, de estas poderosas, pero extrañamente concertadas fuerzas, con sus teorías disolventes, con su sueño de una civilización fundamentalmente distinta de la única que hemos podido desarrollar por centurias de prueba y de error. Las relaciones de Jorge V con míster MacDonald y los socialistas constituyen un importante capítulo de su reinado. De nuevo la Constitución y las normas del Gobierno parlamentario le sirvieron a la vez de instrumento y de guía. Desde su ascensión al trono adoptó una absoluta imparcialidad, dentro de la Constitución, para con todos los partidos que pudiesen obtener mayoría en la Cámara de los Comunes, abstracción hecha de su credo o doctrina. Si el péndulo oscilaba a un lado y a otro, debía hacerlo hacia los recién venidos, a quienes la corona tenía que otorgar su apoyo y su favor.

El rey, elevado sobre la lucha de clases y las facciones partidistas, tiene un punto de vista único en nuestra sociedad. Ser soberano de todo su pueblo debe constituir su única ambición. Debe patrocinar toda tendencia que favorezca la unidad nacional. Todos los súbditos que vivan bajo la ley deben tener la posibilidad, por procedimientos constitucionales, de cumplir los más altos deberes bajo la corona. Todo jefe político que dirija la mayoría de la Cámara de los Comunes, o que pueda mantener una mayoría circunstancial en esa asamblea, merced a la división de los otros partidos, tiene títulos suficientes para gozar,

en la más plena y generosa medida, del apoyo y favor del rey. Bien pudo el rey hacerse eco del viejo dicho: «Confía en el pueblo.» Jamás temió, jamás tuvo necesidad de temer, a la democracia inglesa. Él reconcilió las nuevas fuerzas laboristas y socialistas con la Constitución y la monarquía. Este enorme proceso de asimliación y adhesión de los portavoces de millones de desamparados, será estudiado con atención por los historiadores del porvenir. Ante el asombro de las naciones extranjeras y de nuestros parientes de América, se dió el espectáculo de un rey y emperador trabajando con el mayor desembarazo y la más natural cordialidad con políticos cuyas teorías parecían amenazar, por lo menos, todas las instituciones existentes, y con caudillos populares que acababan de organizar una huelga general.

El resultado fué edificar sobre fundamentos constitucionales una unidad nacional que es la admiración del mundo. Tal evolución, que pudo muy bien haber llenado una tumultuosa centuria, y acaso arruinar en su tramitación la continuidad y tradiciones de nuestra vida nacional, fué llevada a cabo por Jorge V en el transcurso de su reinado. Al hacerlo así vivificó la idea de la monarquía constitucional a través del mundo. Atrajo sobre sí mismo y sobre su país la admiración envidiosa de muchas naciones. Vigorizó el espíritu nacional, popularizó la sucesión hereditaria de la corona, y se colocó él mismo en una eminencia desde la cual, como verdadero servidor del Estado, no sólo impuso la obediencia, sino que consiguió el afecto de sus súbditos, cualesquiera que fuesen su clase y condición.

Irlanda fué otra esfera en que puede observarse la mano del rey sin perjuicio de la responsabilidad directa de sus ministros. Con grave riesgo personal verificó la apertura del primer Parlamento de Irlanda septentrional. En esta ocasión solemne preguntó a sus ministros qué palabras podrían ponerse en su boca que atrajesen a todos sus súbditos de Irlanda, no sólo los del Norte, sino los del Sur. El efecto de esas palabras fué eléctrico. Para bien o para mal—yo sigo creyendo que, en definitiva,

para bien—el arreglo de la cuestión irlandesa continuó irremisiblemente hacia su término. A la mañana siguiente a la firma del tratado, el rey citó a los ministros que habían tenido intervención en él, se retrató en medio de sus consejeros en el palacio de Buckingham y se asoció personalmente a su actuación de la manera más pública y marcada. Toda esta política sigue siendo muy discutida, y muy amargas han sido las contrariedades de cuantos firmaron el tratado.

La más controvertida intervención política del rey fué la llevada a cabo durante la crisis económica y financiera de 1931. No hay duda de que utilizó su personal influencia, que entonces había llegado a ser tan grande, para conseguir una administración nacional, o que se llamó así, que salvase al país del innecesario colapso y de la injustificable bancarrota. Pero de ninguna manera traspasó su intervención los límites de la función real. La completa responsabilidad, moral y práctica, incumbió a míster Ramsay MacDonald, primer ministro, y a míster Baldwin. Esos ministros aconsejaron al rey y son, por tanto, responsables de su consejo. Que tal consejo estuviese de acuerdo con los propios sentimientos y deseos del monarca, no modifica de manera alguna la posición constitucional. La formación de un Gobierno nacional y el abrumador aval que recibió del electorado, que jamás votó en nuestro país en tan gran número, inauguró un período de restauración económica y de tranquilidad política que no tuvieron par en ningún otro Estado durante aquellos difíciles y azarosos años. Puede argüirse que aquellas ventajas han sido adquiridas a costa de la vitalidad y del vigor de nuestra vida política y hasta acaso de la eficiencia de nuestro Gobierno. Pero tan formidables beneficios fueron captados ávidamente por el pueblo; y cuatro años más tarde ratificó una vez más su decisiva aprobación a cuanto se había hecho. La última fase del reinado de Jorge V le permitió ver el fruto de lo que su corazón deseaba.

¡Qué contraste entre estos cuatro últimos años y aquellos cuatro primeros tormentosos de su reinado! Encontró a su país entre las convulsiones de la lucha de parti-

dos, y lo dejó tranquilo y, en lo esencial, unido. Sobrepujó la más grande de las guerras conocidas. Presidió los destinos del imperio británico en años de pavoroso, mortal peligro. Lo vió salir de él sin la merma de una sola pulgada de su vasto dominio. Contempló el poder de la corona y el del soberano fortalecidos hasta su grado sumo, mientras al mismo tiempo la lealtad de todo el imperio y los derechos y la libertad de sus súbditos se establecían sobre bases cada vez más amplias. Vió a la corona, que para mentes ignaras e irreflexivas, y hasta para muchos intelectuales del siglo anterior, no era más que un mero símbolo, convertida ahora en el indispensable y moderno eslabón que enlaza y mantiene unido el conjunto del imperio británico o comunidad de naciones. En efecto, por un movimiento contrario a las tendencias de nuestro pasado y de la época, la corona ha sido colocada en relación directa con todos los dominios autónomos, y sus ministros tratan gustosos los altos asuntos constitucionales personalmente con el soberano, y sólo con el soberano.

Muchos fueron los cambios que pudo ver en nuestros hábitos, modos y costumbres. Las mujeres han adquirido plena independencia política y ejercen un poder político enorme. El automóvil ha reemplazado al caballo, con todo lo que ello implica. La riqueza y el bienestar de todas las clases ha aumentado en gigantesca escala. El crimen, la violencia brutal, la embriaguez y el consumo de licores han disminuído. Somos un pueblo más decoroso y apacible. La próspera Prensa libre se ha convertido en un fiel guardián de la real familia. La radiodifusión ha permitido al soberano hablar a todos sus pueblos. En un mundo de ruina y de caos, el rey Jorge V logró un espléndido renacimiento del gran oficio que le cayó en suerte desempeñar.

Una perfección y una armonía singulares dignifican su reinado. Sus bodas de plata dieron ocasión a que se manifestase en todas las partes del mundo el acendrado y vehemente afecto de sus súbditos. La veneración por la corona se fortaleció con el amor y reverencia por el monarca. Le vimos recibiendo los parabienes de su Parla-

mento en Westminster Hall, rodeado de sus cuatro hijos. Le oímos dirigiendo su sencillo y cordial mensaje de optimismo a todos los hombres y mujeres de cuantas tierras abarcaba su autoridad. Cuando el ápice de su reinado había sido alcanzado, cuando transcurrió el lapso de vida que le tocó en suerte, rápida y silenciosamente se fué de entre nosotros. En los umbrales de la eternidad, con mano vacilante, intentó firmar el nombramiento preciso para un Consejo de Regencia, y murió rodeado de sus seres queridos, entre el respeto de la Humanidad y el sentimiento de todos sus súbditos. En su puesto hasta el final, dejó en pos de sí una inspiración y un ejemplo para cuantos intervienen en el gobierno de los hombres.

El deber, público y privado, cumplido lealmente, estrictamente, infatigablemente, sin ostentación y con fortuna; y una serena, altiva humildad en la cumbre de los augustos cometidos; tales fueron las características que para siempre iluminarán su fama.

LORD FISHER Y SU BIÓGRAFO

DIEZ años es mucho tiempo en estos días para esperar por la biografía póstuma de un hombre eminente. La tarea de escribir la vida de lord Fisher ha sido acometida por más de un consumado periodista. Los dos copiosos volúmenes que ven ahora la luz son obra de su viejo amigo y hombre de confianza, el almirante Bacon (1). Serán leídos con el interés inseparable a la extraña y dinámica personalidad de lord Fisher. Pero es una lástima que el almirante Bacon haya realizado su misión con espíritu y método que parecen calculados para revivir las animosidades y querellas que rodearon la gran figura del viejo marino. La mayor parte de sus contemporáneos estaban dispuestos a compensar lo dulce con lo amargo y dar lo pasado por pasado. Introducir una especie de odiosa y rencorosa controversia en la discusión de las considerables actuaciones que incumbieron a lord Fisher, no fué prestar un verdadero servicio a su memoria. Sólo les cabe a sus amigos la esperanza de que esos algo atropellados y desperdigados recuerdos no sean la apreciación definitiva que su propio tiempo haga de Jacky (2) Fisher.

Ya que estoy con este asunto, diré primero unas cuantas palabras acerca del almirante Bacon. Bacon fué un jefe enérgico, ambicioso y competentísimo, estrechamente asociado con lord Fisher en la gran empresa de hacer revivir la artillería naval británica, realizada a principios del siglo. Cuando lord Fisher era primer lord del Mar, en el Almirantazgo, el entonces capitán Bacon mandaba un buque de la flota del Mediterráneo. Desde su apostadero escribió a su amigo y protector el primer lord del

(1) *Vida de lord Fisher*, por el almirante sir Reginald Bacon.
(2) Diminutivo de Juan. (*N. del T.*)

Mar una serie de vigorosos y halagüeños informes acerca de la buena acogida que las nuevas reformas de Fisher encontraban en la escuadra. Como su almirante, lord Charles Beresford, era hostil a estos cambios, los relatos de Bacon, aunque acaso les sirviese de protección su carácter personal y privado, constituirían, en caso de hacerse públicos, una divergencia con su inmediato jefe y descubrirían una relación especial con el primer lord del Mar.

Complacieron tanto a Fisher esas cartas, y estimó que ilustraban tan poderosamente la política que con tanto acierto desarrollaba y estimulaba, que decidió imprimirlas utilizando los servicios tipográficos de la imprenta del Almirantazgo, y aunque no lo hizo con el propósito de darles publicidad, lo cierto es que al cabo de cierto tiempo circulaban libremente por los círculos profesionales y políticos. Un ejemplar llegó a manos del editor del *Globo*, periódico que ya no existe, e inmediatamente se encontró Bacon denunciado de deslealtad para con su superior y de conducta profesionalmente incorrecta. Los detalles de esta fenecida polémica no nos interesan ahora. Bacon fué exonerado por el Almirantazgo por el hecho de haber escrito algo improcedente. Ulteriormente se le ofreció un destino, pero en vista de la atmósfera creada decidió retirarse del servicio; y poco tiempo después el propio lord Fisher dimitía su cargo de primer lord del Mar. Bacon estaba entonces en su juventud y poseía inmensos y preciosos conocimientos técnicos. La expansión de la real armada, que precedió a la gran guerra, requería una enorme y creciente amplitud de facilidades para la construcción de cañones pesados y torretas para acorazados. Bacon llegó a ser director de las Fundiciones de Coventry, que acababan de ser dedicadas a fines navales. Allí trabajó silenciosa y enérgicamente desde 1907 hasta el comienzo de la gran guerra.

Aparece ahora en sus escritos, que se hallaba inspirado contra mí de un fuerte espíritu de personal agravio y antipatía. Pero ello es completamente inmerecido, y yo trataré de establecer brevemente cuál fué mi relación con él. Cuando estalló la guerra, tuve ocasión de verle con

motivo de las torres y cañones que construía. Declaró entonces que todas las fortalezas existentes en Europa podían ser demolidas por obuses pesados capaces de ser transportados al campo de batalla. Esto fué antes de la caída de Lieja y Namur, y al ver que sus juicios y sus impresiones habían sido corroborados por los acontecimientos, me dirigí a él para encargarle doce obuses de 15 pulgadas que él se comprometió a terminar en seis meses. Tratábase sin duda de las mayores armas de su clase que hasta entonces habían sido proyectadas. Para estimular sus esfuerzos, le prometí que si el contrato se cumplía en el plazo estipulado, él mismo mandaría las baterías en el frente. Este camino, que terminaba en la línea de fuego, era sin disputa la más preciada recompensa que podía ofrecerse a un oficial que había dejado el servicio en medio de ciertas discusiones.

Lord Fisher, a instancias mías, fué reintegrado al Almirantazgo en el invierno de 1914 como primer lord del Mar. En marzo de 1915 el capitán Bacon había cumplido su promesa. Dos de sus enormes cañones estaban entonces disparando en Francia bajo su dirección personal. Acaeció que el mando de la patrulla de Dover, uno de los más importantes puestos clave de nuestro frente naval de guerra, vino a estar vacante. Me enteré de que a lord Fisher le gustaría ver reintegrado a la Armada a su viejo subordinado y testaferro. Supe también que le causaba cierto recelo el proponerlo por sí mismo, y yo pensé que Bacon, con su extraordinaria competencia mecánica y personal arrojo, sería el hombre preciso para el cordón de Dover. Propuse, pues, su nombramiento a lord Fisher. El anciano se deshizo en expresiones de gratitud y el capitán de navío Bacon llegó a ser el almirante encargado del estrecho de Dover.

En su *Vida de lord Fisher*, Bacon se queja reiteradamente de que un hombre civil, un político, sea primer lord del Almirantazgo, teniendo facultad de quitar y poner oficiales de Marina en los más elevados mandos. Me reprocha principalmente la designación de lord Beatty, hecha algunos años antes, para el mando de una escua-

dra de cruceros de batalla. ¡Qué cosa más chocante, pensar que esas cuestiones sagradas hayan de ser decididas por un personaje exclusivamente político! Pero debe modestamente observar que fué a esta misma influencia civil a quien él únicamente debió, primero, su reingreso en el servicio activo y, después, la más grande oportunidad de su vida. Ningún consejo de almirantes, juzgando con un espíritu de estricto profesionalismo, habría tomado en consideración en aquellos tiempos, ni por un momento siquiera, la apelación un tanto patética de un oficial retirado que se consumía en tierra, y cuyo recuerdo estaba deslucido a sus ojos por deslealtad a su almirante.

Durante dos años, el almirante Bacon realizó su labor, en cuanto yo puedo apreciarla, extraordinariamente bien; pero en 1917, cuando la fuerza íntegra de la renovada campaña submarina alemana cayó sobre nosotros, se hizo patente que un excesivo número de sumergibles enemigos atravesaban el estrecho de Dover y hacían presa en nuestros transportes y convoyes que cruzaban el canal. Ante el mortal apremio de los acontecimientos, Bacon fué privado de su mando, y sir Roger Keyes nombrado en su lugar. A las pocas semanas del cambio, el dominio británico sobre el estrecho de Dover fué restablecido, y, al cabo de pocos meses, no menos de nueve submarinos alemanes que intentaron atravesarlo fueron destruídos. En esta sazón hacía mucho tiempo que yo había cesado en mis deberes del Almirantazgo. Después de haber servido en Francia o en funciones no oficiales por cerca de dos años, llegué a ser ministro de Municionamiento. Me encontraba, por tanto, en condiciones de conocer los hechos, y sabía que, por grande que pudiese haber sido la utilidad de Bacon en su primer año, a la sazón distaba mucho de serlo, pues, absorbido como se hallaba por sus investigaciones técnicas, había perdido contacto con el aspecto principal de sus deberes militares. Sin embargo, conociendo sus méritos de investigador e inventor, me alegré de poder hallarle ulterior empleo dentro de la rama técnica de mi departamento. Aquí cumplió su deber a mi satisfacción hasta el fin de la guerra. Por tres veces consecu-

tivas le ofrecí una preciada oportunidad de servir a su país activamente en el momento en que más lo requería.

Ahora que he consignado todas estas cuestiones, advierto que pueden acarrearme algunas censuras acerca de mi propia manera de escoger los hombres. Pero no las creo justas, porque en cada uno de sus empleos el almirante Bacon prestó los más valiosos servicios. El hecho de ser un técnico más bien que un táctico hizo indudablemente necesaria su remoción del mando de Dover. Lo cual no le excluía de ser útil en otras esferas y funciones Pero sean cualesquiera los juicios que puedan hacerse sobre la intervención civil en los nombramientos de la Marina, en paz o en guerra, el almirante Bacon es precisamente el menos llamado a ello. Dejémosle así, feliz sin reconocerlo, consumido por un agravio que no puede interesar al público, y, con su sombrío modo, no encontrando otra mano que morder que la única que lo ha alimentado.

Esta digresión sobre el almirante Bacon es necesaria para hacer comprender al lector la clase de atmósfera en la que lord Fisher se movía y el extraordinariamente capaz, pero discutible cortejo que le seguía. La faceta de Bacon refleja un haz luminoso que se proyecta desde el anciano mismo. En Fisher hubo siempre algo ajeno a la Marina. Nunca se le consideró como uno de los de aquel «conjunto fraterno» que la tradición de Nelson prescribía. Duro, vindicativo, caprichoso, roído por odios nacidos del despecho, trabajando secreta o violentamente, según la ocasión lo requería, con arreglo a métodos que lo mismo el típico *gentleman* inglés que los chicos de la escuela están enseñados a aborrecer y evitar, Fisher fué siempre considerado como el «ángel negro» de la Marina de guerra. El viejo marino no hubiera rechazado esta descripción ni se hubiera sentido ofendido por ella; al contrario, se gloriaba de ser así. «Implacable, inexorable, inflexible»: he ahí los epítetos que le agradaba ver asociados a su nombre. «Si algún subordinado se me opusiese—solía decir—, haría de su mujer una viuda, de sus hijos unos huérfanos y de su casa un muladar.» Y obraba de acuer-

do con esas feroces declaraciones. «El favoritismo—escribió descaradamente en el diario de navegación del *Vernon*—es el secreto de la eficiencia.» Ser un «fisherita», o, como se decía en la Armada, «estar en la pecera» (1) fué, durante su primera etapa en el poder, un requisito indispensable para el ascenso. En general, sus venganzas y maniobras estaban inspiradas por su celo en el servicio, y encaminadas, como yo sostuve, al beneficio público.

Pero detrás de él y de su profesional progenie, los sabuesos le seguían husmeando y merodeando, y, de cuando en cuando, dando un mordisco.

Mi decisión de volver a traer a Fisher al Almirantazgo en 1914 fué uno de los pasos más aventurados que hube de dar en mi vida oficial. Y en cuanto a lo que a mí personalmente concierne, fué, sin duda alguna, el más desastroso. Pero, volviendo la vista hacia aquellos trágicos años, no puedo asegurar que tomase una decisión distinta, si tuviese que repetirla con mis conocimientos de entonces. Fisher trajo al Almirantazgo una inmensa ola de entusiasmo por la construcción de buques de guerra. Su genio era principalmente constructor, organizador, animador. Le importaba poco el Ejército y la suerte que pudiese correr. Eso era incumbencia del ministerio de la Guerra. Le entusiasmaba abalanzarse sobre la tesorería cuando quiera que se tratase de gastar dinero. Construir barcos de toda clase, tantos y tan rápidamente como fuese posible, fué el mensaje—a mi juicio el único factible—que llevó al Almirantazgo entre las lobregueces de aquel horrible y crítico invierno de 1914. Estando yo consagrado a la guerra en general, y particularmente a la necesidad de hacer que la supremacía naval británica desempeñase ampliamente su papel en la lucha, me complacía en extremo encontrar en mi principal colaborador naval una fuerza impetuosa e intensa, aunque circunscrita a la esfera material. Le otorgué, por tanto, la máxima libertad de

(1) Ocasiónanse aquí juegos de palabras nacidas de que Fisher quiere decir, en inglés, «pescador», de *fish*, pez, pescado. (*N. del traductor.*)

iniciativa y le ayudé cuanto pude. Cuando en 1917, dos años después de haber abandonado él y yo el Almirantazgo, los alemanes reanudaron con más vigor su guerra submarina y los propios cimientos de nuestro poderío naval estuvieron en litigio, tuvimos considerables razones para estar satisfechos de que todos aquellos barcos y aquellas masas de pequeñas embarcaciones surcasen en tropel las aguas. Esa fué la hazaña y la contribución de Fisher. Fué tan grande y decisiva que, en cuanto a mí se me alcanza, lo compensa todo.

Esfuérzase su biógrafo en presentarlo como audaz estratega naval y conductor de guerra. Se nos recuerda que tuvo un admirable plan para forzar la entrada del Báltico con la escuadra inglesa, a fin de asegurarnos el dominio de este mar, privar a Alemania de sus aprovisionamientos escandinavos y liberar los ejércitos rusos mediante un desembarco anfibio para caer sobre Berlín. Es exactísimo que lord Fisher habló y escribió frecuentemente acerca de tal proyecto, y que ambos autorizamos la construcción de un número de barcazas de fondo plano y protección de acero para desembarcar las tropas bajo el fuego; lo que no creo, sin embargo, es que él hubiese en ningún momento elaborado un plan coherente y definitivo de acción. Y aún creo menos que, una vez realizados los relativamente fáciles preparativos, poseyese la resolución inevitablemente requerida para llevarlos a la práctica. Era muy viejo. En cuantos asuntos se relacionan con el combate naval mostraba una cautela que excedía de lo usual. No podía hacerse a la idea de arriesgar barcos en la batalla. Estaba aferrado a una doctrina inculcada entre nuestros oficiales antiguos de Marina según la cual la misión de la Armada no es otra que mantener expeditas nuestras comunicaciones, bloquear las del enemigo y esperar que los ejércitos realicen su propio cometido. Una y otra vez, oralmente y por escrito, le puse de manifiesto las dudas que me suscitaba su plan, diciéndole: «Antes que pueda usted entrar en el Báltico necesita bloquear el Elba. ¿Cómo va usted a hacerlo? ¿Está usted dispuesto a tomar las islas y arrostrar la acción naval que se requiere

para bloquear el Elba? ¿Puede usted dirigir la flota y entrar en el Báltico por una parte, mientras los alemanes pueden salir libremente por un extremo u otro del canal de Kiel?» Jamás quiso afrontar esta obvia cuestión, aunque nuestra colaboración era profunda y a veces apremiantemente estrecha, aunque era audaz de pensamiento y brutalmente franco en la discusión. Debo recordar ahora mi convicción de que nunca intentó seriamente exponerse a los largos y terribles azares de la operación del Báltico, sino que se limitaba a hablar vaga y solemnemente de este proyecto, en todo caso remoto, con el designio de desviar las demandas que no ignoraba habría yo de hacerle (como todos los Gobiernos aliados, y muy especialmente Wilson y los Estados Unidos, hacían a sus Almirantazgos) sobre el empleo más directo de las fuerzas navales en el choque principal de la guerra.

Tengo narrado por extenso en mis memorias los hechos que llevaron el breve régimen de Fisher a su dimisión en mayo de 1915. Desde que escribí mi libro *La crisis mundial,* varios e importantes hechos nuevos han sido expuestos. Yo no sabía, por ejemplo, que lord Fisher, mientras trabajaba conmigo en términos de la más estrecha camaradería, estaba en secreto contacto con los jefes de la oposición parlamentaria. No había leído nunca, hasta que míster Asquith me lo envió, el asombroso ultimátum que presentó después de su éxodo desde el Almirantazgo hasta el Gobierno de su majestad. Siempre me había limitado a considerar su conducta en este período crítico como resultado general de un quebranto nervioso. Sigo creyendo que semejante colapso moral y mental es su más favorable excusa y la mejor explicación de su caso.

Pero el almirante Bacon nos fuerza a acordarnos de lo que entonces hizo. Colaboraba en términos de honrosa confianza y calurosa amistad con un jefe político a quien debía, según él mismo ha reiteradamente declarado, importantes favores personales. Convino con este jefe, con el pleno asentimiento del Consejo de guerra, llevar adelante las operaciones contra los Dardanelos. Durante tres meses o más firmó y remitió todas las órdenes a la flota

que atacaba aquel estrecho. A esa escuadra añadió importantes unidades de combate, por especial iniciativa suya. Cuando después de la caída de los fuertes exteriores el éxito parecía posible y hasta probable, se brindó a partir y mandar personalmente las operaciones decisivas para forzar el paso. Cuando las cosas empezaron a empeorar, se dedicó a restringir la campaña y a poner obstáculos en el camino de la acción. Se opuso al envío de los más necesarios suministros y aparatos y refuerzos. Por este tiempo había desembarcado un ejército, del que veinte mil hombres resultaron muertos o heridos. Las tropas se aferraban a las posiciones, ganadas al precio de tantas vidas, con garras y dientes. Fisher había abogado por el envío de aquel ejército; pero se desentendió de cuantas responsabilidades podían alcanzarle de su suerte. Su jefe político se veía ahora expuesto a censuras cada día más crecientes, y la operación de los Dardanelos fué severamente condenada.

En este momento, sin cuidarse de las consecuencias que pudiesen derivarse para el Ejército y la Armada, esquivando su propia responsabilidad por el curso a que los acontecimientos habían sido lanzados, dimitió su puesto ejecutivo urgentemente y con un frívolo pretexto. Según nos asegura su biógrafo, ello fué debido a que se incluyó un par de submarinos más de los que él había estado regateando, en el refuerzo proyectado para la flota de los Dardanelos. Dimitió, y se negó a cumplir los más necesarios deberes, incluso aquellos que quedaban pendientes antes del nombramiento de su sucesor. Se retiró a su casa, cerró las persianas y se dejó decir que había sido echado. Comunicóse secretamente con los jefes de la oposición. Habiéndole ordenado el primer ministro, en nombre del rey, que se reintegrase a su puesto, continuó obstinado. No expuso razones, declinó toda discusión. Mientras tanto, estábamos en guerra. Estábamos, de hecho, en uno de sus momentos críticos. En Francia, nuestros ejércitos eran rechazados. En los Dardanelos, hallábanse en peligro inminente. Los submarinos alemanes amenazaban la escuadra del Mediterráneo; y el conjunto de la flota ale-

mana de alta mar zarpaba de sus puertos con dirección al mar del Norte. Todos los preparativos para una posiblemente suprema batalla naval fueron hechos por mí sin el concurso de ningún primer lord del Mar. Ambas escuadras movíanse al encuentro una de otra; pero el jefe naval responsable negaba tenaz su ayuda. Y unos pocos días más tarde, cuando una gran crisis política se tramitaba, escribió un ultimátum al primer ministro prescribiendo, en insolente detalle, los términos en que debería ser hecho dictador naval, añadiendo que tales términos habrían de ser, por de contado, comunicados a la flota.

Estos hechos son, por desgracia, incontestables. El almirante Bacon los ostenta, descaradamente, a la luz del día, y no trata en modo alguno de justificarlos, pues él mismo reconoce que no es posible, pero sí de excusarlos a expensas mías. El simple relato hecho en sus páginas es ruinoso para el nombre y la fama de Fisher.

Por mi parte, como ya he dicho, siempre he adoptado la hipótesis de un trastorno nervioso. La tensión de la guerra en este momento era superior a lo que sus cansados nervios podían soportar. El histerismo, más bien que la conspiración, es la verdadera explicación de sus actos. Aunque realizó cuanto estaba en su mano para hacer fracasar una operación que hubiese muy bien podido reducir a la mitad la duración de la guerra, y aunque momentáneamente destruyó mi poder para intervenir decisivamente en su curso, siempre traté de adoptar un punto de vista caritativo y tratar el caso lo mejor posible. Conocí su debilidad tan bien como su fuerza. Me di cuenta de sus extravagancias tanto como admiré su genio. En puro intelecto sobresalía cabeza y hombros por encima de sus compañeros. Estoy seguro de que su figura no era tan sombría como su torpe biógrafo la pinta. En los negocios humanos, como ya se ha dicho acertadamente, hay siempre más error que intención. Me compadecí de él en los amargos años de exclusión que siguieron a la deserción de su puesto. Y hasta abogué por su readmisión al servicio. Siento que el almirante Bacon me haya obligado a anticipar, siquiera sea casualmente, la cruel indagatoria histórica.

CHARLES STEWART PARNELL

Es difícil, si no imposible en algunos aspectos, que la presente generación se dé cabal cuenta del solemne y formidable papel que representó míster Parnell en las últimas décadas del reinado de la reina Victoria. La juventud actual ve la Irlanda autónoma como un sombrío grupo de empobrecidos condados agrícolas, llevando una vida independiente, desprendida del marco de la Gran Bretaña y del imperio británico, incapaz de toda actuación separada, como no sea el discordante papel que juega en el escenario del mundo. Pero en los tiempos a que me refiero, Irlanda y la cuestión irlandesa dominaba el centro de los asuntos ingleses, mientras Britania misma era universalmente envidiada y aceptada como nación rectora de una avanzada y prometedora civilización. Dos generaciones después de que la emancipación católica hubiese extendido su sedante influencia sobre la política del Reino Unido, el partido parlamentario irlandés permanecía tranquilo en el regazo de Westminster y apenas rara vez trataba de intervenir en los acontecimientos. Eran aquéllos los días en que míster Isaac Butt, con sus dulces sueños académicos de una autonomía constitucional rodeada de benevolencia, capitaneaba los diputados de Irlanda con un muy admirado, pero poco recompensado decoro. «Caballeros, primero; irlandeses, después», se dijo que era entonces el lema de los irlandeses representativos.

Allá por el setenta y tantos, empero, una nueva figura apareció en los escaños irlandeses, cuyo carácter, maneras y métodos parecían contradecir todos los rasgos ordinarios de los hijos de Irlanda. Era un hombre austero, grave, reservado, nada orador, nada ideólogo, nada tejedor de frases y palabras; pero un ser que parecía ejercer in-

conscientemente una especie de poder en reposo, de mando que espera su hora. Cuando la Cámara de los Comunes se dió cuenta de la influencia creciente de Parnell sobre la minoría irlandesa, casi la totalidad de cuyos miembros eran católicos, se advirtió con sorpresa que el nuevo o futuro caudillo de Irlanda era un protestante y un delegado del sínodo de la iglesia irlandesa. De él se dijo: «Es el irlandés más inglés que se ha visto jamás». Y, en efecto, desde 1870 a 1880 fueron principalmente asuntos de política inglesa los que Parnell trató en Westminster. Llegó a ser el aliado y, en cierta medida, la punta de la lanza que se afilaba, aguzaba y surgía prominente entonces, del radicalismo inglés. A Parnell quizá más que a nadie debe el ejército inglés la abolición de la cruel y estúpida pena de azotes, considerada entonces inseparable de la verdadera disciplina militar. En todos los movimientos de reformas progresivas, ahora ya realizadas y superadas, Parnell aportaba los votos del partido parlamentario irlandés en ayuda de las más avanzadas y amenazadoras fuerzas de la vida pública inglesa. Y, sin embargo, era un hombre de instintos conservadores, especialmente en cuanto a la propiedad concernía. Por eso eran tan sorprendentes las paradojas de su seria y sincera vida: un protestante acaudillando a católicos; un terrateniente inspirando una campaña contraria a la renta; un hombre de ley y de orden excitando a la revuelta; un humanitarista y un antiterrorista encauzando y hasta despertando las esperanzas de los invencibles y terroristas.

En la Irlanda nacional, los caudillos se han presentado a menudo a sí mismos como hombres predestinados, como instrumentos del Destino. El desdichado país ponía su alma entera, casi supersticiosamente, en la carrera de cualquier jefecillo mientras iba ascendiendo. Hombres como O'Connell y Parnell se presentaban, no a la manera de los caudillos políticos ingleses, sino más bien como los profetas que guiaron al pueblo de Israel. Desde sus días de Cambridge, una atmósfera de misterio y leyenda rodeaba a Parnell. Era el reverso de un demagogo y de un agitador. Estudiaba matemáticas y metalurgia. Era here-

dero de una extensa hacienda. Era un cherif y un diestro jugador de *cricket*. Su ambición permanente consistía en descubrir los veneros auríferos de las montañas de Wicklow, y en medio de sus angustias y triunfos políticos, siempre le era dable ir a encontrar paz y distracción a su laboratorio, entre sus balanzas, retortas y tubos de ensayo. Su nacionalismo irlandés, que persistió y creció sobre este desusado fondo, había sido trazado por su madre y por la admiración que ésta sentía hacia los idealistas fenianos (1). Aborrecía el asesinato. Era demasiado práctico para albergar sueños fenianos de insurrección contra el poderío británico. Mientras su autoridad fué en aumento, los fenianos y los invencibles tuvieron quietas sus ensangrentadas manos ante el temor de que Parnell abandonase su puesto.

¡Cuán grande fué su autoridad! Jamás se ha visto nada semejante en Irlanda. Hace muchos años, cuando yo era muchacho y convalecía en Brigthon de un grave accidente, vi allí a la viuda del famoso *Tay Pay*, después padre de la Cámara de los Comunes. De ella escuché muchas historias y adquirí vívidas semblanzas de Parnell con el relato de su ascensión y su caída. Los diputados irlandeses que le seguían incondicionalmente apenas se atrevían a dirigirse a él. Una fría inclinación de cabeza en los pasillos, y unas cuantas lacónicas instrucciones dadas a media voz de un escaño a otro—rígida, clara guía en los secretos cónclaves—, esos eran los únicos contactos del jefe irlandés con su partido político. «¿No podría usted ir a verlo y enterarse de lo que piensa acerca de ello?», inquiría un político inglés del año 80 de un diputado por Irlanda. «¿Cómo voy a atreverme a importunar a míster Parnell?», fué la respuesta. Como se verá, ambas partes tenían razón para estas cautelas.

Cuando el Gobierno de míster Gladstone de 1880 sentó sus reales triunfalmente en el banco ministerial y miró

(1) Miembros de una asociación de irlandeses, fundada en Nueva York en 1857 para derribar al Gobierno inglés en Irlanda. (*N. del T.*)

en torno suyo, pudo ver en el horizonte de Occidente las oscuras y tormentosas nubes de la tempestad irlandesa; una campaña agraria respaldada por el ultraje; un movimiento nacionalista reforzado por la dinamita; un partido parlamentario irlandés empleando el arma de la obstrucción. Todos estos procedimientos desarrollándose simultáneamente; ¡y, a su cabeza, Parnell! En aquellos días la cuestión irlandesa, que ahora parece increíblemente pequeña, absorbió pronto las nueve décimas partes del campo político, y estuvo destinada a ser, por espacio de cuarenta años, el tema principal de la política británica e imperial. Dividió a Gran Bretaña, excitó a los Estados Unidos, las naciones de Europa siguieron la polémica con absorta atención. Política exterior, política social, política de defensa y procedimiento parlamentario, todo se veía continuamente embrollado; y era que, por encima de todo, estaba el máximo proceso merced al cual los partidos ganaban o perdían las mayorías indispensables a su poder.

Sin Parnell, míster Gladstone jamás hubiera acometido el problema de la autonomía irlandesa. La convicción surgió en el gran anciano porque se le metió en la cabeza que Parnell era el hombre que podía gobernar a Irlanda, y que nadie más que él podría hacerlo; que podría inaugurar el nuevo sistema de una manera que no le resultase al viejo insoportable. Parnell, con su tenacidad brutal y con su fascinación sobre sus partidarios, llegó a ser la clave del arco autonómico que Gladstone trató de construir, y, bajo cuyas ruinas, él y sus adeptos, cayeron. Parnell fué el último de los caudillos que pudieron tener en su mano a toda Irlanda. Como protestante, era probablemente el único que acaso podría haberse ganado el Ulster. Lord Cowper dijo una vez que Parnell no tenía ni los vicios ni las virtudes de un irlandés. Era un gran moderado que mantenía en su mano, como un arma arrojadiza, los poderes de la revolución. Si admitió la práctica del «boycot» fué por hallarse equidistante entre el incendiarismo y el constitucionalismo. Uno de sus secuaces, Frank O'Donnell, solía decir que Parnell hablaba de pu-

ñales, pero que no los usaba. En la primera fase de 1881, míster Gladstone hizo detener a Parnell y lo encerró en la cárcel de Kilmainham. Pero las fuerzas que actuaban dentro del partido liberal eran tales que obligaron al primer ministro de la Gran Bretaña a parlamentar con su prisionero político. Después de muchas dificultades se llegó a un arreglo. Parnell salió de la cárcel con redoblado prestigio.

Pero la acritud de la lucha aumentaba. Hizo naufragar las viejas libertades de la Cámara de los Comunes. La obstrucción se practicó como un arte parlamentario, y la antigua libertad de debate fué destruída por la posibilidad de terminarlos fulminantemente por la clausura de la Cámara—*clôture*, como le llamaba siempre lord Randolph Churchill para hacer más patente su origen extranjero—, y por la rigidez cada vez mayor de los reglamentos. Parnell dijo que basaba su táctica en la del general Grant, es decir, eludiendo el servir de buen blanco a los tiros por lo subitáneo del ataque frontal. Hizo frente al odio inglés empleando medios de coacción y obstrucción parlamentarias de tal acrimonia que destruyeron las viejas amenidades de los debates de la Cámara. En Irlanda, ni la Iglesia ni los revolucionarios le querían, pero una y otros tuvieron que someterse a su política. Era un Garibaldi que compeliera al Papa y a los *carbonari* a coligarse en la causa nacional. Cuando se le reprochaba el instigar a la injuria y hasta al homicidio, entendía que le bastaba con replicar: «Yo tengo que responder ante la opinión irlandesa, y nada más que ante la opinión irlandesa.»

No es éste el lugar adecuado de repetir la historia de aquellos tiempos. El más escueto sumario será suficiente. El Gobierno liberal incorporó todo lo que quedaba del en un tiempo gran partido *whig*, ahora llevado a su extinción en el fuerte oleaje de la democracia. Los *whigs* hallábanse tan gravemente ofendidos por la guerra agraria y por la violación de las tradiciones parlamentarias, como sus adversarios *tories*. Míster Gladstone, el campeón de la libertad y de los movimientos nacionalistas en

el extranjero, el amigo de Cavour y de Mazzini, el abogado de la independencia de Grecia y de Bulgaria, se encontraba entonces fórzado por la necesidad a emplear contra Irlanda los mismos procedimientos de represión que había denunciado tan implacablemente (nosotros añadiremos tan ligeramente) en los casos del rey Bomba y del sultán de Turquía. Su propio jefe de la secretaría de Irlanda fué asesinado en el parque Fénix. Las explosiones conmovieron la Cámara de los Comunes, el hábeas corpus fué suspendido en gran parte de Irlanda. Resistencia a la práctica de embargos, tumultos y tiroteos circunstanciales ensombrecían las columnas de los periódicos liberales que hasta entonces habían estado tan propicios a censurar las tiranías extranjeras. Todo ello era horriblemente contrario a míster Gladstone y detestable para el nuevo cuerpo electoral al que acababa de dar vida. En el fondo de su espíritu alimentaba siempre la esperanza de alguna gran conciliación, de algún acto de perdón y de fe que situase las relaciones de las islas hermanas sobre cimientos fáciles, sólidos y felices. Cuando denunciaba a míster Parnell y a los nacionalistas irlandeses «por ir a la desintegración del imperio por medio de la rapiña», en su corazón surgía el solemne pensamiento que más tarde, en 1886, incrustó en uno de sus más memorables discursos: «Irlanda está en la barra y espera. Pide un acto bendito de olvido, y en ese acto de olvido nuestro interés es aún más grande que el suyo.»

Dentro de esta modalidad, el Gobierno liberal se abrió paso hacia las elecciones de 1885, y hasta salió victorioso, si bien ahora bajo la dependencia de los votos irlandeses. Chamberlain, Morley, Dilke y otros radicales, hombres de los nuevos tiempos, propendían a buscar un arreglo. El gran anciano, aunque sorprendido por muchas de sus doctrinas, compartía en esto sus esperanzas e incluso les proporcionó la onda mucho más poderosa de su propia inspiración. Debe añadirse también que su fuerza para presidir un Gobierno después de las elecciones de 1885 dependía de un acuerdo con Parnell. Pero los *tories*, o algunos de entre ellos, eran también postores en el mer-

cado. Lord Carnavon, virrey de Irlanda en el Gobierno de Salisbury, se reunió con Parnell en una solitaria casa de Londres. Lord Randolph Churchill, jefe de la democracia *tory*, que había triunfado rotundamente en 1885 en las grandes ciudades y se enfrentaba con los *whigs* y los radicales, presentando ante ellos el entonces ni soñado espectáculo de enormes muchedumbres de obreros *tories*, también estaba en profunda y estrecha relación con los paladines de Irlanda. Joseph Chamberlain, agresivo exponente del nuevo radicalismo, estaba lleno de planes para un concierto con los irlandeses. Entre éstos, Parnell probablemente prefería a los pretendientes *tories*. Sus propios instintos conservadores, su sentido de la realidad, el rencor excitado contra las violencias liberales, le inclinaron por espacio de mucho tiempo hacia los *tories*. Después de todo, ellos eran los que podían entregar los bienes. Y quizá ellos solos pudieran hacerlo, pues la Cámara de los Lores era entonces una barrera que nadie, no siendo *tory*, podía franquear. Durante el breve Gobierno minoritario de lord Salisbury, en 1885, cuando la generalidad del partido irlandés apoyó a los conservadores, míster Gladstone y míster Chamberlain dirigiéronse juntos a míster Parnell utilizando un conducto reservado.

El amor de Charles Stewart Parnell y Kitty (1) O'Shea mantiene su puesto entre las novelas de historia política. Desde 1880 Parnell amaba a Kitty, o, como él la llamaba, «Queenie» (2). Esta dama era una atractiva aventurera, enemistada con su marido—¡no es extraño!—y rabiando por beber un sorbo del secreto licor de la política. Hermana de un mariscal de campo inglés, no se sentía muy inclinada a la causa de Irlanda. Oyó hablar de Parnell, como de un portento naciente, cuando aún habitaba en solitarios alojamientos de Londres. Lo invitó a comer, por una apuesta. Le hizo pasar su tarjeta en la Cámara de los Comunes. Cuando Parnell apareció, ella dejó caer

(1) Diminutivo de Catalina. (*N. del T.*)
(2) De *queen* = reina. (*N. del T.*)

una rosa roja. Parnell la recogió; sus arrugados pétalos fueron enterrados con él dentro de su ataúd.

Si alguna vez hubo un monógamo, ese fué Parnell. En su mocedad fué engañado por una coqueta. La política la tomó siempre tan sólo como un calmante. Kitty llegó a ser para él imprescindible y absorbente. Fué a un mismo tiempo amante y enfermera, compañera y reina, y el hombre solitario que luchaba contra el poderío británico, afligido por su mala salud, enderezó su vida al conjuro de la sonrisa y la presencia de la amada. Por una rara telepatía se daba cuenta siempre del momento de su entrada en la tribuna de las señoras de la Cámara. En su extraño libro, ella describe su vida en común, primero en Eltham y después en Brigthon. Fué una mezcla de secreto y despreocupación. Ya desde los primeros tiempos la complacencia del marido fué indispensable. La colisión con el capitán O'Shea se convirtió rápidamente en colusión. O'Shea aceptó la postura. Y hasta se aprovechó de ella, aunque no en la forma baja que se dijo a veces. También él sufrió el hechizo del grande hombre. Con el apoyo de Parnell, O'Shea fué elegido por Galway como diputado nacionalista irlandés, aunque los otros conspicuos del Home Rule lo diputaban menguado campeón de la causa de Irlanda. Cuando se esparcieron rumores en las elecciones ante el ascendiente de este tibio, incongruente candidato, Parnell los acalló con gesto imperioso: «Tengo—dijo—un Parlamento para Irlanda en mi mano. Prohibo que se discuta mi voluntad.»

Así vemos a Parnell y a Kitty viviendo año tras año como marido y mujer y con un amor no menos verdadero, aunque fuese ilícito; mientras el capitán, como secuaz del caudillo irlandés, gozaba la oportunidad de ser un correveidile entre Chamberlain, Dilke y otros hombres eminentes en el gran mundo londinense. Pero en su corazón acechaba incesante el espíritu de venganza. Unas veces colérico y maldiciente, otras encalmado y sometido, resistió, en tanto el supremo interés político se mantuvo tenso. Se conoce el incidente del hogar triangular de O'Shea, cuando Parnell encontró a éste en el dormitorio

de su mujer, coyuntura prohibida por su ley común no escrita. En lugar de expulsar a puntapiés a O'Shea, Parnell se limitó a echarse a Kitty al hombro y llevársela a otra habitación. Se dijo de Parnell que era un volcán bajo una capa de hielo. No hay duda que vivió en el borde de un geyser que pudo en cualquier momento hacer entrar en erupción su agua abrasadora. El público no sabía nada en absoluto de este drama secreto, pero a raíz del tratado de Kilmainham llegó a conocimiento del Gabinete. Parnell corrió al encuentro de su amada desde la cárcel y recibió en sus brazos al hijo muerto. Sir William Harcourt, como secretario del Interior, informó al Gabinete que el tratado de Kilmainham había sido maquinado por el marido de la querida de Parnell. Kitty desempeñó un papel importante en la actuación de éste. Le disuadió de que abandonase la política después de los asesinatos del parque Fénix. Ella sirvió siempre de intermediario entre su amante y Gladstone. Pocas personas habrán sido más duramente censuradas por sus contemporáneos que O'Shea en la historia irlandesa. Le producía, sin duda, profunda emoción al ver a su mujer encargada de tramitar enormes decisiones de estado entre Parnell y el primer ministro. Sus mismas relaciones con Chamberlain, del cual era contertulio asiduo, excitaban el sentimiento de su propia importancia y hasta de su orgullo. La historia no ha sido nunca tan sencilla ni tan despreciable como se la ha escrito.

Fué tan rápida y honda la caída de Parnell en las redes de los O'Shea, que durante toda la década de 1880-90 no tuvo tiempo de desprenderse de sus mallas. Antes que Gladstone lo encerrase en la prisión de Kilmainham, ya estaba sumergido en sus embelesos y seducciones. La señora O'Shea pretende en su libro que continuaba engañando a su marido, pero no hay duda de que a partir de 1881 él estaba plenamente en el secreto. La apertura de cartas realizada por amigos íntimos del partido les dió a conocer la intriga y lo mismo Healy que Biggar advirtieron reiteradamente a Parnell de que los O'Shea serían su ruina. Dábasele de ello un ardite a Par-

nell. Era el suyo un amor más fuerte que la muerte, despreciador de toda conveniencia social, despectivamente superior no sólo a las ambiciones mundanas, sino hasta a la causa misma confiada a sus manos.

Mientras tanto, la historia nacional seguía. Míster Gladstone abrazaba al Home Rule y rompía con los *whigs*. Por lo que siempre consideró como un extraño, inexplicable torbellino, se encontró enfrentado con el «radical Joe». Lord Randolph Churchill llevaba los *tories* de Birmingham en apoyo de los candidatos a los que había combatido pocos meses antes. Lord Salisbury volvía al poder. Chamberlain se convertía en un pilar de la administración unionista. Gladstone reunía en torno suyo todas las fuerzas sentimentales que hicieron del liberalismo del siglo XIX un factor tan fuerte, pero tan transitorio, en la historia de Europa. Por razones que no tienen cabida en este capítulo, lord Randolph Churchill dimitió su puesto en el Gobierno de lord Salisbury. La democracia *tory* quedó muda y descorazonada. El Gobierno unionista aplicóse oscura y tenazmente a su tarea con poco acierto, pero con firme propósito. Gradualmente, la fuerza de míster Gladstone revivió. El proceso fué estimulado por una ocurrencia sorprendente.

En 1887, el periódico *The Times* empezó a publicar una serie de artículos bajo el título de «Parnellismo y Crimea». Durante tal campaña, y para probar los cargos que se hacían por el corresponsal, se reprodujo, en lo que Morley llama «toda la fascinación del facsímil», una carta de puño y letra de Parnell que ponía en relación directa al caudillo irlandés con la campaña de asesinatos. La historia de esta carta carece de par en la historia de la Prensa. En 1885 vivía en Dublín, en indecorosa pobreza, un periodista fracasado llamado Ricardo Pigott. Por espacio de varios años había vivido a costa de un público crédulo: abría suscripciones para la defensa de los fenianos acusados en juicio por delito político, y para el amparo de sus mujeres e hijos, y malversaba los fondos que recibía. Una vez agotada esta fuente de ingresos, Pigott volvió a dedicarse a escribir cartas pidiendo dinero. Pero

los pozos de la caridad cristiana eran escasos para su bomba. Según público rumor, por este tiempo, dedicábase a completar aquel pequeño ingreso con la venta de fotografías y libros pornográficos. Y ni siquiera eso le procuraba lo suficiente para sus modestas necesidades. En esta crisis de su suerte dirigióse a él un caballero convencido de que Parnell y sus colegas eran cómplices en los crímenes de los extremistas. Pero necesitaba pruebas y le ofreció a Pigott una guinea diaria, amén del pago de gastos de viaje y hotel, y aparte un precio determinado por los documentos, si podía proporcionarle las necesarias pruebas, y, naturalmente, Pigott fué capaz de proporcionárselas. Y de esta manera surgieron la famosa carta de Parnell y multitud de otros documentos comprometedores que, por último, fueron a parar a las oficinas de *The Times*.

El director de este periódico, desgraciadamente, no investigó el origen de esas cartas. Pagó, en total, algo más de 2.500 libras por ellas. Pero no hizo preguntas. Creyó que las cartas eran auténticas porque necesitaba que lo fuesen. Y el Gobierno adoptó la misma actitud precisamente por la misma razón. Consideraron que tenían en su mano un arma de la mayor importancia, no sólo contra Parnell, sino contra Gladstone. Contrariamente al prudente consejo de lord Randolph Churchill, incluído en un memorándum reservado, crearon una comisión especial de tres jueces para investigar la relación de Parnell y sus colegas, así como del movimiento que acaudillaban, con los asesinatos de carácter político cometidos por los agrarios.

Fué aquél un proceso y un juicio político de estado, pero sin intervención del jurado. Durante más de un año los jueces trabajaron y se afanaron. Muchos secretos del terrorismo y del contraespionaje pusiéronse de manifiesto. Extrañas figuras, como la de Le Canon, ocultas en las profundidades de los servicios públicos del Gobierno británico, contaron sus historias de conspiración en Inglaterra, Irlanda y América. Todo el mundo político siguió el caso con febril interés. Nada semejante se había visto desde la acusación de Sacheverell.

El brillante abogado irlandés que fué más tarde lord Russell de Killoven y lord jefe de Justicia de Inglaterra, fué el defensor principal de sus compatriotas. Estaba auxiliado por un joven abogado radical, cuyo nombre era Herbert Henry Asquith. El momento culminante del proceso no llegó hasta febrero de 1889, cuando Pigott compareció ante los jueces y quedó abrumado por un interrogatorio minucioso y fatal. La descripción que Russell hizo de aquel hombre fué completa e implacable. Se le mandó que escribiese las palabras *likelihood* y *hesitancy*, que aparecían mal escritas en la carta falsificada. Pigott incurrió en los mismos errores ortográficos. Escribió *hesitency* igual que aparecía en el documento acusador. Leyéronse algunas de las cartas que había escrito pidiendo dinero, y su lectura fué acogida con risas de chacota en todos los lados de la sala. Aún hubo otro día de exposición escandalosa de las maquinaciones del periodista. El hecho de su falsedad quedó probado. Después, al tercer día, cuando se llamó en estrados a Pigott, éste no contestó. Había huído de la justicia. Los policías siguieron sus huellas hasta un hotel de Madrid, donde se saltó la tapa de los sesos para escapar al castigo de su crimen.

El efecto de estos procesos en el electorado británico fué profundo. Una convocatoria a elecciones generales no podía ser demorada por mucho tiempo, y la perspectiva de una arrolladora victoria liberal parecía segura. Parnell fué considerado por toda Inglaterra como un hombre profundamente agraviado al que por fin se le hacía justicia. Se había patentizado su inocencia de una horrible imputación urdida contra él por la maldad política. Lo que ya no se veía tan claro era una victoria del Home Rule. Habida cuenta de las diferencias entre los dos países, la acusación de Parnell había sido investida de todo el significado que se atribuyó en Francia al caso Dreyfus. La pasión espoleaba con vehemente acicate a todas las fuerzas políticas. Después vino el contragolpe. Alguien hizo estallar a O'Shea. El marido, que durante diez años había estado inerte, exaltóse de súbito para asestar un golpe mortal. Incoó demanda de divorcio contra su mujer de-

signando a Parnell como co-reo en el adulterio. Un examen histórico revelará algún día lo que hasta ahora es discutible, es decir, si Chamberlain incitó a O'Shea a ejercitar aquella acción. No debe olvidarse que muchas gentes creían con toda sinceridad que la vida del imperio británico dependía de la derrota del Home Rule.

Lo mismo Parnell que la señora O'Shea se mantuvieron al principio tranquilos ante el procedimiento judicial. Parnell estaba seguro de poder seguir manteniendo su dominio en Irlanda y hasta en el conservadurismo irlandés. En cuanto a Kitty, el divorcio le prometía el fin de una situación odiosa y falsa y de prolongada inquietud, y veía además en él un medio seguro y rápido de llegar a ser mistres Parnell. Si Parnell se hubiese defendido en el pleito, sin duda lo hubiese ganado, según la opinión de su famoso abogado sir George Lewis, probando el prolongado y tácito consentimiento del marido. Pero entonces Kitty y él no se podrían jamás unir en matrimonio ante el mundo. Debe admitirse que Parnell propendía a la decisión de defenderse; mas el consejero de mistres O'Shea, Franck Lockwood, hombre de excepcional brillantez le aconsejó dejar seguir el pleito sin oposición. Años después, dijo Lockwood: «Parnell fué cruelmente agraviado. Hoy hay una gran reacción a su favor. Yo mismo no dejo de sentir algún remordimiento.»

El feroz mundo político de la última década del siglo pasado se enteró con deleite o consternación de que Parnell había sido condenado como adúltero. Los detalles del caso, publicados sin omitir palabra, por todos los periódicos, alimentaron la gazmoña curiosidad del público. Según una de las referencias, Parnell había sido encontrado en una ocasión descendiendo de la habitación de la señora O'Shea por la escalerilla de escape contra incendios; y este cuento excitaba impiadosa hilaridad. Pero la reacción que siguió fué diferente de la que míster Parnell había previsto. Míster Gladstone no apareció al primer golpe tan escandalizado como podría suponerse de tan santa figura. Fué sólo al comprobar la violenta protesta de los noconformistas ingleses contra un «adúltero con-

victo» cuando vió cuán considerable era el estrago en sus intereses políticos y cuán inevitable había llegado a ser su separación de Parnell. Le repudió, pues, e Irlanda se vió obligada a escoger, de entre los más eminentes parlamentarios ingleses al estadista que se hubiese sacrificado más por la causa irlandesa, aquel que fuese capaz de lograr la victoria sobre la mayor de las islas, el altivo cabecilla, en fin, bajo cuyo mando pudiese el pueblo de Irlanda marchar hacia una verdadera y libre asociación con el imperio británico. La elección era difícil, pero el apremio, inexorable. El partido irlandés reunióse en virtud de una convocatoria firmada por treinta y uno de sus representantes. Parnell, reelegido jefe precisamente el día anterior, estaba en la presidencia mirando—dice uno de los que estuvieron presentes—«como si fuéramos nosotros los descarriados y él quien estuviese encargado de juzgarnos». Requiriósele para que se retirara temporalmente, dejando la dirección del partido en manos de una comisión por él nombrada; luego, una vez que la excitación hubiese pasado, podría volver a ocupar la jefatura. Parnell no dijo nada. Pero requerimientos igualmente apremiantes le fueron hechos por otros miembros, instándole a que no se retirase. Al final, la decisión difirióse para ulteriores sesiones.

Parnell trataba ahora de ganar tiempo. Creía que Irlanda estaba con él, y que si podía simplemente demorar la solución, él debía ganar. Pero cuando el partido se reunió de nuevo, sus adversarios ocuparon una línea más fuerte. Míster T. T. Healy capitaneaba a los disidentes. «Yo le digo a Parnell que su poder ya no existe», declaró. «Ese poder se derivaba del pueblo, y nosotros somos los representantes del pueblo.» Punzado en lo vivo, Parnell replicó: «Míster Healy ha sido adiestrado para tomar parte en esta guerra. ¿De quién recibió esa preparación? ¿Quién le facilitó la ocasión y le dió la primera oportunidad? Si no fuera por mí, míster Healy no estaría hoy aquí tratando de destruirme». El debate siguió día tras día, luchando Parnell cada vez más desesperadamente para evitar una votación decisiva, aferrándose aún a la

creencia de que el pueblo de Irlanda le apoyaría contra los diputados irlandeses insurgentes. Pero Parnell sabía que la corriente iba cambiando en perjuicio suyo. Sus ojos febriles brillaban cada vez más fieros en su pálido rostro; sólo por un intenso esfuerzo de voluntad podía mantenerse todavía en la brecha. En ambos bandos la tensión era tal que se acercaba el punto de ruptura. Al quinto día, Healy citó un párrafo de un discurso pronunciado por Parnell seis meses antes en el que se refería a una alianza con los liberales, «una alianza que me aventuro a creer que será duradera». «¿Quién la rompió?», preguntó Healy. «La carta de Gladstone», respondió Parnell. «No—replicó Healy—. Pereció en el hedor del tribunal del divorcio.»

El fin llegó el 6 de diciembre de 1890, sexto día de la asamblea. Hubo escenas tumultuosas. John Redmond, que solía, entre bromas y veras, zaherir a Parnell, empleó la frase de «el amo del partido». «¿Quién va a ser el ama (1) del partido?», exclamó la peor lengua de Irlanda. Parnell se irguió, con mirada terrible. Por un momento pareció que iba a golpear a Healy, y hasta muchos de los asistentes esperaban que lo hiciese. Pero uno de ellos dijo: «Llamo la atención a mi amigo el presidente...» «Mejor sería llamársela a vuestros propios amigos—dijo Parnell—; mejor sería llamársela a aquel canalla cobarde que en una asamblea de irlandeses se atreve a insultar a una mujer.» Hubo nuevas discusiones estériles; hubo nuevas recriminaciones. Por último, Justin M'Carthy se levantó. «No veo la utilidad—dijo—de prolongar una discusión que ya no puede dar de sí otra cosa que inútiles reproches, mal humor, agria polémica e indignidad. Por tanto, invito a todos los que opinan como yo en esta grave crisis a que me sigan, retirándose conmigo de la sala.» Cuarenta y cinco diputados la abandonaron en silencio, veintisiete quedaron dentro. E Irlanda, como Parnell pudo convencerse pronto, estaba con la mayoría.

(1) La palabra *mistress* aquí usada se pronuncia de igual manera cuando significa ama, maestra o concubina, prestándose, pues, bien en este caso al juego mordaz. (*N. del T.*)

La Iglesia católica se puso resueltamente en contra suya. En vano trató él de reafirmar su desvanecida autoridad. En vano luchó con frenética energía en las salvajes elecciones de Irlanda. Otro año de horribles luchas contra una superioridad numérica que no dejaba lugar a la esperanza, minó su constitución siempre frágil. Entonces, según las emocionadas palabras de Morley, «la velada sombra hizo su tácita aparición sobre la escena», y Charles Stewart Parnell cruzó por última vez las bravas olas del canal de Irlanda para morir en Brigthon, el 6 de octubre de 1891, en los brazos de la mujer que amó tanto.

Han pasado cuarenta y cinco años desde la escena final. Pero a esa distancia y a través de las nieblas de la Historia no se columbra esa figura más empequeñecida que como la contemplaron sus contemporáneos. Éstos vieron al político, y lo vieron, necesariamente, a través de los lentes de la facción y de los prejuicios de partido. Nosotros vemos al hombre, una de las más extrañas, desconcertantes personalidades que hayan pisado jamás el escenario del mundo. No olvidó nada. No perdonó nunca. Jamás vaciló. Tuvo una meta única: la meta de Irlanda como nación, y la persiguió inflexiblemente hasta que una rosa arrojada a su paso le abrió un nuevo mundo, el mundo del amor. Y de la misma manera que antes lo había sacrificado todo por Irlanda, así, cuando llegó el momento, lo sacrificó todo, hasta Irlanda misma, por el amor. Un hombre de menos altura se habría prodigado menos, se habría reservado más. La mayor parte de los políticos irlandeses que desertaron de su lado lo hicieron de mala gana. De haber aceptado una retirada temporal, podría haber recobrado su poder, una vez que transcurriese un año poco más o menos. Era aún joven al morir, a los cuarenta y seis años, agotado por una lucha que pudo tan fácilmente evitar. Pero aunque capaz de ejercer el mando, no lo fué para la conciliación. Y así, en lugar de los aplausos que pudieron haberle correspondido como primer presidente de Irlanda, nos dejó la fama más pálida, pero quizá más extensa, de la leyenda inmortal. En lugar del político triunfante, tenemos el hombre de fuego y

hielo, de ardientes pasiones enfrenadas, pero estallando al fin con fuerza abrumadora para destruirlo e inmortalizarlo. «Será un escándalo de nueve días», dijo un colega al hablarle de su propósito de oponerse a la acción del divorcio. «De nueve siglos, señor», fué la respuesta.

Tal es la historia que comprendió todos los elementos de la tragedia griega. Sófocles o Eurípides podrían haber hallado en ella un tema adecuado a su gusto sombrío. La opinión moderna británica se rebela ante su desenlace. La opinión extranjera contemporánea no pudo francamente entender el aniquilamiento político de Parnell. Se le achacó a la hipocresía inglesa. Pero el resultado fué clara y fatalmente desastroso. Los amores de Parnell y Kitty O'Shea condenaron a Irlanda a un melancólico destino, y al imperio británico a una dolorosa reducción de su armonía y su fuerza.

B. - P.

Los tres más famosos generales que conocí en mi vida no ganaron ninguna batalla al enemigo extranjero. Sus nombres, empero, todos los cuales empiezan con «B», se han convertido para nosotros en términos familiares. Son los generales Booth, Botha y Baden Powell. Al general Booth le debemos el ejército de salvación; al general Botha, la Unión Sudafricana, y al general Baden Powell, el movimiento de los *boy scouts*.

Dada la incertidumbre de este mundo, de nada podemos estar seguros; pero parece probable que de aquí a cien o doscientos años, o acaso más, estos tres monumentos que hemos visto erigirse en nuestros días seguirán proclamando la fama de sus fundadores, no en su testimonio silencioso de bronce o de piedra, sino como instituciones que guían y forman las vidas y los pensamientos de los hombres.

Recuerdo perfectamente la primera vez que vi al héroe de este artículo, ahora lord Baden Powell. Yo había ido con mi equipo regimental a jugar la copa de caballería en Meerut. Dábanse cita allí los círculos sociales y deportivos del ejército inglés en la India. Por la noche celebróse ante numerosa concurrencia una función de *vaudeville* por aficionados. El rasgo principal de la fiesta lo constituía el animado número de canto y baile encomendado a un oficial de la guarnición, vistiendo el brillante uniforme de los húsares austríacos, y a una bella dama. Ocupando, entre otros jóvenes oficiales, una butaca de orquesta, me causó sorpresa lo excelente de la representación, que podría competir con ventaja con la de cualquiera de nuestros teatros de variedades. Me dijeron:

«Ese es B.-P. ¡Un hombre extraordinario! Ganó la copa Kadir; tiene muchos años de servicio activo. Ha-

blan y no acaban de sus méritos como militar; ¡pero no deja de ser chocante ver a un oficial antiguo moviendo las piernas de esa manera ante tantos subalternos!»

Tuve la suerte de trabar conocimiento con esta celebridad de varias facetas antes que terminase el torneo de polo.

Pasaron tres años antes que lo volviera a ver. El escenario y la ocasión eran totalmente distintos. El ejército de lord Roberts había entrado en Pretoria, y el general Baden Powell, que acababa de ser liberado en Mafeking después de un asedio de doscientos diecisiete días, recorría a caballo doscientas o trescientas millas desde el oeste del Transvaal para presentarse al general en jefe y darle cuenta de su gestión. Estimé interesante el tener una entrevista con él a fin de poder proporcionar al *Morning Post* un relato auténtico de su famosa defensa.

* * *

Cabalgamos juntos durante una hora por lo menos, y cuando por fin se decidió a hablar, fué magnífico. Me conmovía su relato, y él gozaba al hacerlo. No puedo recordar los detalles, pero mi telegrama debió de haber llenado casi una columna. Antes de expedirlo se lo enseñé. Él lo leyó con reconcentrada atención y con ciertas muestras de embarazo; pero, al terminar y devolvérmelo, me dijo sonriente: «Hablar con usted es lo mismo que hablarle a un fonógrafo.» Y no puedo por menos de reconocer que yo también me sentí complacido.

En aquellos días la fama de B.-P. como soldado eclipsaba casi todas las reputaciones populares. El otro B. P. —*British public* (el público británico)—lo contemplaba como el héroe culminante de la guerra, y, riéndose de los triunfos de los grandes y bien organizados ejércitos ingleses contra los campesinos bóers, no podían dejar de aplaudir la larga, obstinada, animosa defensa de Mafeking, encomendada escasamente a ochocientos hombres, contra las fuerzas sitiadoras, constituídas por un número diez o doce veces superior.

* * *

Nadie hubiese creído nunca que Mafeking resistiría la mitad del tiempo. Por unas doce veces consecutivas, la nación, vigilante, mientras el sitio se prolongaba, había surgido de la incertidumbre y el desaliento a la esperanza otras tantas veces renovada, para volver de nuevo a caer en el temor. Millones de personas que no podían seguir con precisión y detalle los principales acontecimientos de la guerra, perseguían diariamente en la Prensa los azares de los sitiados de Mafeking, y cuando por fin los periódicos lanzaron a todo el mundo la noticia de su liberación, las muchedumbres hicieron imposible el paso por las calles de Londres, y las oleadas del más puro patriotismo pazguato se precipitaron en tal inundación de delirante, infantil y desenfrenado júbilo como jamás pudo verse hasta la noche del armisticio, en noviembre de 1918. La noche famosa de Mafeking mantiene insuperada la marca.

Entonces las multitudes no se conmovían por los estragos de la guerra. Experimentaban el mismo frenesí regocijado y frívolo de los espectadores de un gran acontecimiento deportivo. En 1918 los sentimientos de alivio y de congratulación se sobreponían al júbilo. Todos llevaban en sus corazones las huellas de los sufrimientos pasados. Había demasiados fantasmas por las calles después de Armageddon.

Causó extrañeza el ver cómo B.-P. iba desapareciendo de la jerarquía militar una vez que la guerra sudafricana terminó. Ocupó algunos cargos distinguidos, aunque de importancia secundaria; pero todos los puestos culminantes y pingües fueron repartidos entre hombres cuyas hazañas no trascendían de los círculos militares y cuyos nombres jamás habían recibido la recompensa del aplauso popular.

Sin duda, Whitehall se dolía de las aclamaciones desproporcionadas que las masas habían acumulado sobre una sola figura. ¿No había algo de «teatral», de «no profesional», en una persona que suscita el entusiasmo ignaro del hombre de la calle? La versatilidad engendra siempre cierta desconfianza en las esferas militares. Las voces de

la murmuración y de la envidia profesionales hablaban de él como el protomedicato hablaría de las curaciones indudables realizadas por un curandero. De todos modos, la brillante fruición de la fortuna y del éxito fué pronto oscurecida por una niebla helada, a través de la cual el sol lucía, pero con pálido y mortecino rayo.

Los caprichos de la fortuna son incalculables; incontables sus métodos. A veces, cuanto más huraña y desdeñosa se presenta es cuando está preparando sus más sorprendentes dones. ¡Qué suerte fué para B.-P. el no verse situado, en los primeros años del siglo, en el centro de la corriente de los asuntos militares, y absorbido por aquellos arduos y secretos preparativos que finalizaron llevando al ejército expedicionario inglés a desplegarse en batalla en Mons! ¡Qué suerte para él, y qué suerte para todos nosotros! A ellos debe su fama perennemente renovada, su oportunidad de prestar servicios personales del más duradero carácter; y a ello debemos nosotros una institución y una inspiración típicamente británicas, esencias puras de su genio, encaminadas a unir en un lazo de camaradería no sólo a toda la juventud del mundo de lengua inglesa, sino de casi todas las tierras y pueblos bajo el sol.

Fué en 1907 cuando B.-P. plantó su primer campo para enseñar a los chicos el arte de explorar los bosques y la disciplina de la vida de descubierta. Veintiún niños de todas clases, desde el este extremo de Londres hasta Eton Harrow, alzaron sus pequeñas tiendas en la isla de Brownsea, en el Dorsetshire. De este modesto comienzo surgió el movimiento mundial de los *boy scouts* y *girl guides,* constantemente renovado en el transcurso de los años, hasta alcanzar hoy una fuerza que excede muy bien de dos millones de afiliados.

* * *

En 1908 el explorador jefe, como él se llamaba, publicó su libro *Scouting for Boys.* Suscita en todos el sentido de aventura y el amor a la vida al aire libre que es tan fuerte en la infancia. Pero, sobre todo, excita esos senti-

mientos de caballerosidad, y esa corrección y empeño en el juego, sea serio o frívolo, que constituyen la parte más interesante del sistema de educación británica.

El éxito fué inmediato y trascendental. El sencillo uniforme, calzón caqui y camisa—al alcance de los más pobres—fué tomado del antiguo cuerpo de ejército del general Baden Powell. El sombrero fué el famoso sombrero, con las alas planas y la copa apuntada en pellizco, que había usado en Mafeking. El lema «Estad prontos» (*be prepared*) estaba formado con sus iniciales. Casi inmediatamente vimos en los días de fiesta, por los caminos de Britania, pequeñas tropas y patrullas de exploradores, grandes y chicos, cayado en mano, avanzando animosos, empujando su pequeño carrito de mano, con su cantimplora y su equipo de campaña, hacia los bosques y terrenos acotados que su ejemplar conducta rápidamente las franqueó. Inmediatamente brillaban los fuegos del vivac de un vasto ejército, cuyas filas nunca estarán desiertas y cuya marcha no acabará jamás mientras fluya sangre roja por las venas de la mocedad.

Es difícil encarecer la salud mental y moral que reportó a nuestra patria esta sencilla y profunda concepción. En aquellos pasados días el lema «Estad prontos» tuvo un especial significado para nuestro país. Los que avizoraban la proximidad de una gran guerra acogieron con simpatía el despertar de la adolescencia inglesa. Y nadie, ni siquiera los más resueltos pacifistas, pudo sentirse alarmado; porque el movimiento no era de carácter militarista, y hasta los más ásperos y malhumorados críticos vieron en él un medio de disipar los humos juveniles.

* * *

El éxito de este movimiento en Inglaterra llevó a su imitación en otros muchos países, especialmente en Alemania. También allí las pequeñas tropas empezaron a marchar por los caminos, medio atrancados por las legiones.

La gran guerra azotó al mundo. Los exploradores desempeñaron su papel. Su aguda mirada se unió a la de los

centinelas de la costa; y en las incursiones aéreas pudimos presenciar el espectáculo de niños de doce y catorce años desempeñando con perfecta frialdad y compostura las útiles funciones que se les asignaban en las calles y en las oficinas públicas.

Muchas instituciones venerables y muchos famosos regímenes, honrados por los hombres, perecieron en la tormenta; pero el movimiento de los *boy scouts* sobrevivió. Sobrevivió no sólo a la gran guerra, sino a las torpezas de la posguerra. Mientras tantos elementos de la vida y del espíritu de las naciones parecían sumidos en el estupor, aquél florecía y crecía incesantemente. Su lema adquiere nueva significación nacional a medida que los años pasan sobre nuestra isla. Lleva a todos los corazones su mensaje de honor y deber: «Estad prontos» a erguiros en defensa del derecho y de la verdad, sean como quieran los vientos que azoten.

FIN DE
«GRANDES CONTEMPORÁNEOS»

LA FORJA DE LA VICTORIA

I

ADELANTE HACIA LA VICTORIA

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR EL
PRIMER MINISTRO BRITÁNICO DURANTE EL AÑO 1943

RECOPILADOS POR CHARLES EADE

Traducción de
JUAN G. DE LUACES

INTRODUCCIÓN

A primeros de enero de 1943, la iniciativa de la guerra había pasado a las Naciones Unidas. Las fuerzas enemigas se extendían sobre vastos territorios. Millones de seres doloridos y amargados sufrían bajo la dura opresión de los invasores del Eje. El mapa mostraba amplias ventajas para los atacantes. Pero la marea había empezado a refluir. El año nuevo se abría con una perspectiva brillante y esperanzadora para las naciones democráticas.

En el desierto norteafricano, el VIII ejército inglés, a las órdenes de los generales Alexander y Montgomery, perseguía al batido y malparado Afrika Corps de Rommel y al ejército italiano, y, cruzando Libia hacia el Oeste, estaba a 250 millas de Trípoli. En el Sur, una pequeña fuerza francesa, mandada por el general Leclerc, se movía firmemente desde el Tchad hacia Tripolitania y acababa de atacar un aeródromo a unas 400 millas del propio Trípoli.

En el África septentrional francesa, el general Giraud, pocos días antes, había asumido la dirección del imperio colonial francés a raíz del asesinato del almirante Darlan, si bien la situación política seguía siendo confusa a causa de que los elementos de Giraud y los de De Gaulle no conseguían alcanzar unidad y acuerdo. Entre tanto, las operaciones de las Naciones Unidas en Túnez continuaban lentamente. Los sorprendentes desembarcos de las tropas angloamericanas, ocho semanas antes, habían puesto todo Marruecos y Argelia, y parte de Túnez, bajo el dominio

aliado, pero los alemanes, lanzando soldados por el estrecho de Sicilia, reforzaban diariamente su posesión de Túnez, Bizerta y la costa hasta Tripolitania.

También en el Extremo Oriente los japoneses habían sido contenidos y se hallaban a la defensiva en las avanzadas isleñas de sus conquistas del Pacífico. En Nueva Guinea, los aliados asestaban duros golpes, y los éxitos navales norteamericanos habían devuelto a las Naciones Unidas una situación de predominio en las Salomón.

Las tropas británicas del general Wavell, saliendo de la India, avanzaban en Birmania, y sus progresos se anunciaban como preparatorios de mayores actividades en favor de las agobiadas fuerzas del general Chang-Kai-Chek, en China. Todos estos movimientos evidenciaban que el poderío aliado crecía tanto en Oriente como en Occidente.

Pero el escenario más brillante de todo el año nuevo de 1943 estaba en Rusia. Las fuerzas soviéticas, habiendo copado a unos 300.000 alemanes en Stalingrado, avanzaban a lo largo de la ruta de las caravanas de las estepas calmucas, rebasaban Kotchnikov y llegaban al mar de Azov y a Rostov. Inglaterra y Norteamérica habían ayudado a los soviets a lograr esta gigantesca recuperación.

En aquella fecha habían sido enviados a Rusia 6.200 tanques, 5.600 aviones y 85.000 camiones.

En el Oeste, Alemania había de afrontar una presión aérea en continuo aumento. Incursiones devastadoras destruían las ciudades fabriles de Renania y las bases submarinas. Cada semana acrecía el poder ofensivo aéreo de ingleses y norteamericanos. La Luftwaffe no podía devolver los golpes. Los ataques a Inglaterra se habían reducido a proporciones insignificantes, y el pueblo inglés, armado, organizado, equipado para la guerra como nunca lo estuviera hasta entonces, veía pletórico de esperan-

zas las perspectivas del año nuevo. La salud general era buena.

La cifra de nacimientos superaba a la de los doce años últimos. Sólo la sombra de la siempre presente y siempre creciente amenaza submarina oscurecía el panorama contemplado desde las Islas Británicas.

Tal, en breves palabras, era la situación de la guerra al principiar el año 1943.

CHARLES EADE.

DISCURSO EN EL NORTE DE ÁFRICA

1 febrero. *Se anuncia que Churchill ha visitado Turquía y conferenciado con el presidente Inonu.*
2 febrero. *Primeras noticias de una serie de importantes acciones navales y aéreas entre Japón y los Estados Unidos en la zona de las Salomón.*
3 febrero. *Churchill visita a las tropas inglesas en Trípoli.*
5 febrero. *Mussolini destituye a su yerno, el conde Ciano, del cargo de ministro de Asuntos Extranjeros, y al conde Grandi del puesto de ministro de Justicia. Ciano es nombrado ministro de Italia en el Vaticano.*
7 febrero. *Los rusos toman Azov en la desembocadura del Don y cortan las carretera principal de Kursk a Orel y el ferrocarril de Kursk a Bielgorod.*
Churchill vuelve a Londres de su visita al norte de África y Oriente Medio.

EN EL EJÉRCITO DEL DESIERTO

UN DISCURSO AL VIII EJÉRCITO EN TRÍPOLI

[*3 febrero 1943.*

General Montgomery y miembros del cuartel general de enlace del VIII ejército:

La última vez que vi a este ejército fué en los últimos días de agosto, en las arenosas y roquizas soledades próximas al Alamein y a la escarpadura de Ruweisat, cuando todas las señales indicaban que Rommel iba a descargar su golpe final sobre Alejandría y El Cairo. Todo entonces iba a ser ganado o perdido. Ahora vengo a veros en un largo viaje desde El Alamein y encuentro a este ejército y a su famoso jefe con un registro de victorias a sus espaldas que ha desempeñado indudablemente una parte decisiva en alterar todo el carácter de la guerra.

La fiera y bien peleada batalla de El Alamein, la devastación en el flanco izquierdo del enemigo, el huracán del ataque blindado, quebrantaron irremediablemente el ejército con que Rommel se jactaba de conquistar Egipto y sobre el que los pueblos alemán e italiano habían erigido sus esperanzas. Desde entonces, y sin cesar, en esos implacables tres meses, habéis perseguido a ese ejército hostil, rechazándolo de jalón en jalón sobre una distancia de más de 1.400 millas, o sea tanto como de Londres a Moscú. Habéis alterado la faz de la guerra de un modo notabilísimo.

Lo que ello ha significado de destreza y organización de movimientos y maniobras, lo que ha significado de infatigable resistencia y abnegación de las tropas y de valeroso mando desplegado en la acción, sólo puede ser apreciado por los que están aquí. Pero debo deciros que la fama del VIII ejército se ha esparcido por todo el mundo.

Después de la rendición de Tobruk hubo un sombrío período en que muchas gentes, no conociéndonos, no conociendo a los ingleses ni a las naciones del imperio británico, estaban prontas a mirar las cosas con desventajas para nosotros. Pero ahora todos hablan de vuestra labor con admiración y respeto. Cuando estuve en Casablanca con el jefe del Estado Mayor Imperial y con el presidente de los Estados Unidos, la llegada del ejército del desierto a Trípoli, fué un factor que influyó en el curso de nuestras discusiones y abrió esperanzadoras perspectivas para el futuro. Tenéis derecho a conocer estas cosas y a meditarlas con la satisfacción que los hombres, aun con la mayor modestia, sienten cuando finalizan un gran trabajo. Habéis prestado un alto servicio a vuestro país y a la causa común.

Tiene que haber sido una tremenda empresa adelantar día tras día por este desierto, que esta mañana me ha exigido más de seis horas para recorrerlo a 200 millas por hora. Perseguíais a un enemigo quebrantado, tendiendo a vuestras espaldas una cada vez más larga línea de comunicaciones, llevando a la perfección todo el arte de la guerra en el desierto. Con las palabras del antiguo himno:

«Por las noches plantabais vuestras móviles tiendas, un día de marcha más cerca del final». No sólo en la marcha del ejército, sino en la de la guerra, estabais más cerca del final. Yo me hallo aquí para daros las gracias en nombre del Gobierno de su majestad y de nuestros amigos de todo el mundo.

Duros esfuerzos nos esperan. Rommel, el fugitivo de Egipto, Cirenaica y Tripolitania en una incesante carrera de 1.400 millas, procura ahora presentarse como el liberador de Túnez. A lo largo de la costa oriental de Túnez hay gran número de tropas alemanas e italianas, todavía no equipadas según su nivel anterior, pero más fuertes cada día. Por el otro lado, una gran operación planeada en conjunción con vuestro avance, ha llevado al I ejército británico, a nuestros camaradas americanos y a las tropas francesas, a 30 ó 40 millas de Bizerta y Túnez. Por tanto, se ofrece una situación militar que todos pueden fácilmente comprender.

Los días de nuestras victorias no han terminado en modo alguno, y con fuerzas en marcha desde distintos puntos, podemos esperar la final destrucción o expulsión de las costas de África de todos los alemanes o italianos armados. Habéis debido sentir alivio cuando, tras muchos cientos de millas de desierto, habéis llegado de nuevo a una tierra verde, con árboles y hierbas, y creo que no querréis perder vuestra ventaja. Cuando avancéis con ulteriores misiones que os correspondan, tropezaréis indudablemente con serias dificultades tácticas, pero ninguna tendrá ese adusto carácter de guerra del desierto que ahora sabéis cómo soportar y cómo vencer.

Permitidme aseguraros, soldados y aviadores, que vuestros compatriotas miran vuestro trabajo conjunto con admiración y gratitud, y que después de la guerra, cuando a alguno de vosotros se le pregunte qué hizo, le será suficiente decir: «Marché y luché con el ejército del desierto». Y cuando se escriba la historia y todos los hechos sean conocidos, vuestras hazañas resplandecerán y serán origen de cuentos y cantos mucho después de que los aquí reunidos hayamos dejado de existir.

LA SITUACIÓN DE LA GUERRA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

8 febrero. *Los rusos toman Kursk, posición clave alemana.*
9 febrero. *Oficialmente se anuncia el fin de toda resistencia japonesa en Guadalcanal.*
Los rusos, persistiendo en su gran ofensiva, ocupan Bielgorod.
10 febrero. *El general Alexander, comandante en jefe del Oriente Medio, asegura que las derrotas alemanas en Rusia y África del Norte les impiden volver a organizar otra ofensiva.*
11 febrero. *Churchill, examinando la guerra en la Cámara de los Comunes, anuncia que el general Eisenhower ha sido nombrado comandante en jefe en África del Norte.*

[*11 febrero 1943.*

El objetivo primordial que nos señalamos en la conferencia de Casablanca fué entablar lucha con el enemigo en tierra, mar y aire en la mayor escala posible y en el momento más próximo posible. La importancia de establecer contactos cada vez más estrechos con el enemigo y de intensificar el esfuerzo superaba a otras consideraciones que de ordinario debían haber sido decisivas por sí solas. Teníamos que desgastar y desangrar al enemigo todo lo que fuera física y razonablemente posible, del mismo modo que se le desgastaba y desangraba a lo largo del vasto frente que se extiende del mar Blanco al mar Negro. Pero esto no es tan sencillo como suena. La Gran Bretaña y los Estados Unidos eran anteriormente naciones pacíficas, mal armadas y no preparadas. Ahora son naciones guerreras, que caminan temerosas del Señor, muy pesadamente armadas y con una perspectiva de su salvación más clara cada vez. Actualmente poseemos muy podero-

sas y crecientes fuerzas, con grandes masas de municiones. El problema es poner en acción esas fuerzas. Los Estados Unidos tienen que cruzar vastos océanos para tomar contacto con sus enemigos. Nosotros también tenemos que cruzar mares u océanos por lo pronto, y luego viene para ambos la atrevida y complicada empresa de desembarcar en costas defendidas, así como la organización de todos los abastos y comunicaciones que se precisan para una campaña vigorosa una vez efectuado el desembarco.

Por eso la guerra submarina ocupa el primer lugar en nuestros pensamientos. No es menester exagerar el peligro de los submarinos, ni inquietar a nuestros marinos mercantes insistiendo en ello indebidamente, porque los gobiernos inglés y americano saben desde hace tiempo la existencia de los submarinos y han dado a la tarea de dominarlos prioridad en todos sus planes. Esto fué confirmado más explícitamente en Casablanca por los estados mayores combinados. Las pérdidas que sufrimos en el mar son muy graves y nos perjudican y dilatan nuestras operaciones. Nos impiden entrar en acción con pleno vigor, y así prolongan la guerra, con sus estragos ciertos y sus azares desconocidos.

Se hacen progresos en la guerra antisubmarina. Sostenemos lo que teníamos, y más. Antes que los Estados Unidos entraran en la guerra, habíamos hecho nuestros cálculos fundándonos en las construcciones británicas y en la ley de Préstamos y Arriendos, lo que nos aseguraba, para fines de 1943, una constante y moderada mejora en nuestra situación, aun contando con una escala muy alta de pérdidas. No hubo un solo momento en que no viéramos claro el camino, siempre que se cumpliesen las promesas de los Estados Unidos.

Guerra submarina.

Desde entonces han ocurrido varias cosas. Los Estados Unidos han entrado en la guerra y sus construcciones navales han alcanzado su presente prodigioso nivel, que en 1943 tocará los trece millones de toneladas, o, como ellos lo expresan en su nomenclatura americana, dieciocho o diecinueve millones de toneladas de peso muerto.

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra aportaron una marina mercante, suya o en su poder, de acaso diez millones de toneladas, mientras la mercante británico, era entonces poco más o menos—no lo preciso adrede—como unas dos veces más. Por otra parte, las dos potencias tenían más rutas que proteger, más tareas que cumplir, y en consecuencia presentaban más objetivos a los submarinos. Los submarinos hicieron muy serias depredaciones en la costa oriental de América hasta que el sistema de convoyes fué puesto en debido orden merced a las disposiciones del almirante King. También se sufrieron graves pérdidas en el Extremo Oriente, al empezar la guerra contra el Japón, cuando los japoneses destruyeron allí gran cantidad de tonelaje británico y estadounidense. La gran operación de desembarco en África del Norte y el abastecimiento de los ejércitos desembarcados expuso, naturalmente, las flotas angloamericanas a ulteriores pérdidas, aunque hubo compensación de esto en lo que referiré más adelante, y los convoyes por el Ártico a Rusia también impusieron un pesado tributo, habiendo recaído sobre los ingleses la parte principal de esas pérdidas operativas.

En todas esas circunstancias, era inevitable que las pérdidas conjuntas americanas e inglesas en los quince pasados meses excedieran los límites que los ingleses, en los días en que estábamos solos, habíamos calculado. Pero cuando la vasta expansión de las construcciones navales en los Estados Unidos se pone en el haber, la situación resulta muy definidamente mejorada. En mi opinión, conviene dejar al enemigo que adivine nuestras cifras reales, para que sea víctima de sus propios embustes, privándole de todo medio de reprimir las exageraciones de los capitanes de sus submarinos, o de asociar particulares pérdidas con particulares formas y ocasiones de ataque. Por tanto, no me propongo dar cifras exactas. No obstante, puedo decir que en los últimos seis meses, los cuales incluyen alguna de las trascendentales operaciones que he mencionado, las nuevas construcciones angloamericanas y las importantes del Canadá, exceden de todas las pérdi-

das de las Naciones Unidas en 1.250.000 toneladas. O sea, que nuestra flota reunida es hoy 1.250.000 toneladas mayor que lo era hace seis meses. Esto no es mucho, pero es algo, y algo muy importante.

Esta afirmación no hace, ni con mucho, justicia al trabajo de las dos naciones, porque la gran producción americana de buques avanza a saltos de mes en mes y las pérdidas en los dos últimos meses son las más bajas sufridas en un año. El número de submarinos aumenta, pero también sus pérdidas, así como los medios de atacarlos y de proteger los convoyes. Cierto que es una cosa horrible planear de antemano, a sangre fría, a base de perder cientos de miles de toneladas al mes, aunque se pueda mostrar un balance favorable a fin de año. La pérdida de preciosos cargamentos, la destrucción de muchos magníficos buques, la muerte de heroicas tripulaciones, todo se une para constituir un sombrío y repulsivo panorama. No es posible contentarnos con pérdidas en esta escala, aun cuando las compensemos con nuevas construcciones y aunque, por esta razón, no sea de carácter mortal. Nada se ha probado más claramente que el hecho de que convoyes bien escoltados, sobre todo si van protegidos por aviones de largo radio de acción, pueden desafiar a los submarinos. No digo que ofrezcan una protección completa, pero sí una enorme mitigación de pérdidas. Apenas hemos tenido bajas en el mar en nuestros convoyes de tropas, fuertemente escoltados. De unos tres millones de soldados que han sido trasladados por el mundo bajo la protección de la Armada inglesa, cruzando mares y océanos, unos 1.348 han sido muertos o ahogados, incluyendo los desaparecidos. O sea, que hay 2.200 probabilidades contra una de no morir ahogado si se viaja en un convoy inglés de tropas en la presente guerra.

Aunque los submarinos aumenten en número, no hay duda de que el remedio será una superior proporción en las escoltas aéreas y navales. Un barco no hundido vale más que construir un barco nuevo. Por tanto, a fin de reducir las pérdidas en los convoyes de buques mercantes, hemos decidido, por etapas sucesivas durante los últi-

mos seis meses, insistir más en la producción de barcos de escolta, pese a que ello implique algún tropiezo en las nuevas construcciones. Gran número de buques de escolta están siendo construídos en la Gran Bretaña y los Estados Unidos, y se les equipa con todos los nuevos adelantos de guerra antisubmarina en sus últimos refinamientos. Compartimos nuestros recursos con los de los Estados Unidos, y se los equipa con todos los nuevos siendo debidamente ejecutada, una buena parte de los barcos de escolta producidos allá.

Hay otro extremo. Cualquiera comprende cuánto mejor sería hacer barcos rápidos que lentos. Esto es cierto también en los caballos de carreras, como la *Noble Dama* (la vizcondesa Astor) sabía bien en sus tiempos, idos para no volver. Pero la velocidad es un lujo costoso. Se han hecho cuidadosos cálculos y se revisan repetidamente respecto a si conviene tener menos barcos y más rápidos, o más barcos y más lentos. Pero la opción no es del todo libre. Cuando uno entra en la esfera de los barcos rápidos, la cuestión de la maquinaria entra en una nueva fase. Empieza con los barcos de escolta, y también en los materiales para máquinas de más velocidad hay otros complicados factores. Aconsejo mucho a la Cámara que confíe en las personas, capacitadísimas, que, con pleno conocimiento de los hechos, trabajan día tras día en todos esos aspectos y se complacerán en adaptar una cantidad adicional de buques rápidos, aun a costa de algún tonelaje suplementario, siempre que se aseguren de que las máquinas no estorbarán otras necesidades aún más urgentes. En estos asuntos quisiera que la Cámara comprendiese que no debemos tender a un máximo, sino a un óptimo, que no es del todo lo mismo.

En el sentido ofensivo, la tarea de destruir submarinos ha mejorado mucho. De octubre a enero de 1942, inclusive, esto es, un período de diez meses, la cifra de hundimientos, seguros y probables, fué la mejor que hemos visto en esta guerra; pero desde noviembre al presente día, o sea un período de tres meses, esa cifra ha mejorado hasta ser la mitad de otro tanto.

A la vez, el poder destructor de los submarinos ha experimentado una fuerte disminución desde el principio de la guerra. En el primer año, cada submarino operante puesto a la tarea contaba un promedio de diecinueve barcos; en el segundo año, un promedio de doce, y en el tercero, un promedio de siete y medio. Creo que esas cifras son por sí solas un tributo al Almirantazgo y a todos los demás elementos afectados.

Es muy cierto que a la sazón, como dije contestando a una pregunta el otro día, estamos haciendo incursiones en las reservas de vituallas y materias primas que prudentemente almacenamos en los primeros años de la guerra. Hacemos esto a causa de las operaciones militares en Asia, África y lejano Pacífico. Hacemos esto a causa de los convoyes de Rusia y para dar ayuda y provisiones a la India, y a Persia, y a otros países del Oriente Medio. Y hacemos esto confiando en la fe del presidente Roosevelt de que nos enviará amplias cantidades de buques, según el torrente de nuevas construcciones americanas se bote al mar. Es menester correr riesgos, pero puedo asegurar a la Cámara que las necesidades públicas no se dejan a mercer de la casualidad ni de súbitos y tardíos estallidos de pánico. Siempre que los presentes e intensos esfuerzos de guerra prosigan aquí y en los Estados Unidos y que la guerra antisubmarina continúe teniendo el primer lugar en nuestros pensamientos y energías, asumo la responsabilidad de asegurar a la Cámara—y nunca la he engañado de tal modo—que nosotros estaremos definidamente mejor, en lo concerniente a la marina, a finales de 1943 que ahora, y si bien es imprudente tratar de otear tan lejos, todo tiende a mostrar que, a menos de que algo completamente inesperado y nuevo suceda en este bien explorado campo, aún estaremos mejor a finales de 1944, suponiendo que la guerra continúe entonces. Puede ser decepcionante para *herr* Hitler saber que estamos en pleno aflujo de tonelaje y no en un reflujo o mengua, pero éste es el hecho determinante de la situación. Por tanto, que cada uno o una dedicado a esta esfera de operaciones se incline sobre su tarea y procure aminorar las pér-

didas y convertirlas en ganancias, y tendamos a que todos lo hagan, no bajo el aguijonazo del temor, o la exaltación patriótica, sino con la segura y animosa conciencia de una tarea gigantesca que se forja incesantemente hasta llegar a un afortunado éxito. Cuanto más se reduzcan los hundimientos, más vehemente puede ser nuestro esfuerzo de guerra angloamericano. Ese margen, mejorando y ensanchándose, significa la capacidad de asestar más fuertes golpes al enemigo. Cuanto mayor peso podamos quitar a Rusia, más pronto podrá llegar a un fin la guerra. Todo depende del margen de nuevas construcciones que superen las perdidas, las cuales, aunque decreciendo, aún son, como dije, un lamentable y doloroso hecho digno de hacer meditar. Entre tanto, dejad que el enemigo, si quiere, nutra vanas esperanzas de evitar su sentencia mediante la guerra submarina. No la puede evitar, pero puede aplazarla, y a nosotros nos toca acortar ese aplazamiento mediante los esfuerzos concebibles que podamos hacer.

Rendición incondicional.

Sólo tras plena, fría, sobria y madura consideración de todos estos hechos, de los que nuestras vidas y libertades dependen con certeza, el presidente, con mi pleno asenso como representante del Gabinete de Guerra, decidió que la característica de la conferencia de Casablanca debía ser la rendición incondicional de todos nuestros enemigos. Nuestra inflexible insistencia sobre la rendición incondicional no significa que vayamos a macular nuestras armas victoriosas con un trato cruel de todas las poblaciones. Pero es preciso hacer justicia con los malvados y culpables, y, dentro de sus propios límites, la justicia ha de ser implacable y severa. Ningún vestigio del poder nazi o fascista, ningún vestigio de la máquina japonesa urdidora de guerra será dejado por nosotros una vez cumplida la tarea, como ciertamente se cumplirá.

Planificación de guerra.

Esto determina, creo, dos importantes características de la conferencia de Casablanca: el reconocimiento de que la derrota de los submarinos y la mejora del margen a favor de construciones navales son el preludio de toda operación

agresiva eficaz; y en segundo término, la aserción que el presidente deseaba que se hiciese sobre la rendición incondicional. Pero la conferencia de Casablanca ha sido, según mi no escasa experiencia en tales cuestiones, sin parangón en varios sentidos. Nunca se había visto, en ninguna conferencia interaliada conocida por mí, nada como el prolongado examen profesional de todo el escenario de la guerra mundial en sus aspectos militar, de producción de armamentos y económico. Este examen duró todo el día y hasta muy entrada la noche, estando a cargo de los peritos militares, navales y aéreos, sin influencia política alguna sobre ellos, aunque el presidente y yo diéramos una orientación general. Pero ellos se expresaban aisladamente, como peritos y profesionales. Recuerdo que algunas de estas conferencias, en la pasada guerra, duraban un día o dos, pero ésta duró once. Al hablar de las decisiones tomadas, aseguro a la Cámara que se fundaron en la opinión y consejo profesionales en su integridad. Nunca había existido una cosa así.

Cuando se tienen media docena de frentes de guerra en varias partes del globo, ha de haber diferencias de miras según se estudie el problema desde diversos puntos. Había muchas divergencias antes que nos reuniésemos, y por ello yo venía apremiando hacía muchos meses para una entrevista de tantos aliados como fuera posible.

Esas divergencias son más de obstinación y de prioridad que de principio. Sólo pueden ser eliminadas mediante la prolongada asociación de mentes instruídas y tolerantes. El juicio humano es falible. Nosotros podíamos haber tomado decisiones que resultaran menos buenas de lo esperado, pero de todos modos, algo es mejor que no tener plan alguno. Uno debe poder contestar a todas las preguntas en estas cuestiones de la guerra y tener una respuesta buena y clara a la interrogación: «¿Cuál es su plan? ¿Cuál es su sistema?» Pero no siempre se sigue lo que siempre se responde. Sería necio.

Nosotros tenemos ahora un plan de acción completo,

y que comprende la proporción de fuerzas, así como su dirección y el alcance de los particulares movimientos que han sido decididos. Vamos a desarrollar este plan según nuestra capacidad durante los próximos nueve meses, antes del fin de los cuales haremos esfuerzos, sin duda, para reunirnos de nuevo. Me siento justificado al pedir a la Cámara que crea que las cosas se conducen con arreglo a un designio definido, y aunque seguramente habrá decepciones y fracasos, no habrá mudanzas, ni indecisiones, ni incapacidades para formar un plan ni esperas de que se arregle algo. Para bien o para mal, sabemos exactamente lo que queremos hacer. Tras ello tenemos el concorde y unánime consejo de los peritos, y nada hay ahora que hacer sino desarrollar esos planes en detalle, ejecutándolos uno tras otro.

Creo que fué Bismarck quien dijo, en los últimos años de su vida, que un hecho dominante en el mundo moderno era que el pueblo inglés y el de los Estados Unidos hablan la misma lengua. Si es así, la observación fué mucho más inteligente que las que oímos de los que ahora ocupan altos puestos en Alemania. Ciertamente, los peritos ingleses y americanos y sus jefes políticos tienen una enorme ventaja en el hecho de que pueden intercambiar sus pensamientos fácil, franca y libremente a través de un medio común de habla.

Ausencia de Stalin.

Esto, sin embargo, no disminuye nuestro sentimiento de que Stalin y algunos de sus distinguidos generales no hayan estado con nosotros. El presidente, a pesar de su incapacidad física, que tan heroicamente ha superado, estaba dispuesto a ir hasta Khartum en la esperanza de poder celebrar una entrevista los tres. Pero Stalin es el director supremo de la vasta ofensiva rusa que ya estaba entonces en pleno desarrollo y que aún prosigue implacable y triunfalmente hacia adelante. No podía abandonar su puesto, nos dijo, ni por un solo día. Pero puedo asegurar a la Cámara que, aun cuando él estuviera ausente, nuestro deber de ayudar al extremo de nuestro poder el magnífico y tremendo esfuerzo de Rusia, procurando atraer al enemigo y la fuerza

aérea enemiga fuera del frente ruso, fué aceptado como el primero de nuestros objetivos, una vez que las necesidades de la guerra antisubmarina nos capacitaran para actuar agresivamente.

Primero, Hitler; después, Japón.

No hacemos un secreto del hecho de que los estrategas y directores ingleses y americanos están unánimes en adherirse a su decisión de hace un año, esto es, que la derrota de Hitler y el quebrantamiento del poder alemán deben tener prioridad sobre la fase decisiva de la guerra contra el Japón. Ya hace unos dos meses indiqué que la derrota del enemigo en Europa puede conseguirse antes de la victoria sobre el Japón, y aclaré que, en este caso, todas las fuerzas de tierra, mar y aire del Imperio británico serían trasladadas al Extremo Oriente con la mayor celeridad posible y que la Gran Bretaña continuará allí la guerra al lado de los Estados Unidos con el mayor vigor hasta que la rendición incondicional sea impuesta al Japón. Autorizado por el Gabinete de Guerra, renové esta declaración en Casablanca. Ofrecí hacerlo en cualquier forma que se desease, incluso dándole forma de un tratado especial, si se juzgaba preferible. El presidente Roosevelt, sin embargo, aseveró que la palabra de la Gran Bretaña era bastante para él. Nosotros, desde luego, con el resto de las Naciones Unidas, estábamos comprometidos a ir juntos hasta el fin, por tiempo que ello pueda tomar o doloroso que pueda ser. Por tanto, sólo he creído necesario mencionarlo a la Cámara a fin de darle la oportunidad de hacer constar su asenso a esta obvia y muy necesaria declaración.

Podemos ahora felicitar a nuestros aliados americanos por su decisiva victoria en Guadalcanal, en cuya toma los japoneses habían empleado una seria parte de su limitada fuerza y de equipos en gran parte insustituíbles. También debemos expresar nuestra admiración por los éxitos conseguidos en dura lucha por las fuerzas australianas y americanas, que, a las órdenes de su brillante jefe general McArthur, han tomado Buna, en Nueva Guinea, y dado muerte hasta al último de sus defensores. El

ingenioso uso de aviones para solucionar intrincados problemas tácticos, como transporte de refuerzos, vituallas y municiones, e incluso cañones de campaña, es un rasgo sobresaliente de las cualidades de mando de McArthur, y debe ser estudiado cuidadosamente por cuantos se interesan en la dirección técnica de la guerra. Entre tanto, mientras Hitler está siendo destruído en Europa, se harán todos los esfuerzos para mantener al Japón ocupado, obligándole a gastar y consumir su fuerza material contra su lejano y superior enemigo y aliado nuestro, es decir, contra los recursos americanos. Esta guerra en el océano Pacífico, aunque sostenida por ambas partes con fuerzas relativamente pequeñas a enormes distancias, ha comprometido ya gran parte de los recursos americanos en ultramar, así como de Australia y Nueva Zelanda. El esfuerzo para sostener la bola de plomo con el brazo extendido es tan agotador y costoso para ambas partes, que sería un gran error juzgar el esfuerzo por el número de tropas que entran en contacto en algunos puntos. Es un tremendo esfuerzo luchar a cuatro, cinco y seis mil millas, al otro lado del océano, en esas condiciones. Es una clase de esfuerzo mucho más nociva para el Japón, cuyos recursos en material son incomparablemente más débiles que aquellos de que disponemos nosotros.

Por ahora, en la guerra contra el Japón, el esfuerzo británico se confina al frente indio. Nuestro esfuerzo de guerra asiático se limita a las operaciones para limpiar Birmania, abrir la carretera de Birmania y dar a los chinos la ayuda que se pueda. Esta es la tarea que tenemos ante nosotros. Estamos en estrecha correspondencia con el generalísimo Chang-Kai-Chek, a quien, desde luego, nos hubiera complacido ver en nuestra conferencia si le hubiese sido posible acudir. El general Arnold, jefe de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, y el mariscal de campo Dill, están ahora en Chunking concertando lo que nos proponemos con el generalísimo chino.

Recientemente, éste nos ha expresado su satisfacción por la fuerte ayuda adicional que será enviada a China en esta etapa de su largo e indomable esfuerzo. El gene-

ralísimo también contribuye a los planes para la futura acción en el Extremo Oriente, que le hemos sometido como resultado de nuestras deliberaciones. Un comunicado a propósito de esa conferencia, recibido sólo hace pocos minutos, declara el completo acuerdo entre las tres potencias en sus planes para la coordinación de sus fuerzas y en su determinación para asegurar continuos esfuerzos y asistencia mutua en todas sus operaciones contra el Japón. A su debido tiempo se seguirán discusiones entre el general McArthur y el mariscal de campo Wavell.

China.

Esto en cuanto a las decisiones de Casablanca y sus repercusiones en tanto como pueden ser hechas públicas. Preciso, empero, añadir una cosa. Cuando miro cuánto hace Rusia y las vastas empresas de los ejércitos soviéticos, me sentiría por debajo del nivel de los sucesos si no estuviera seguro en mi corazón y conciencia de que todo cuanto se halla en el poder humano se está haciendo y se hará para que las fuerzas inglesas y americanas entren en acción contra el enemigo con la mayor celeridad y energía y en la mayor escala. El presidente y yo hemos urgente y específicamente advertido esto a nuestros peritos y consejeros militares. Al aprobar sus planes y distribución de tropas, hemos pedido más vigor en los ataques y más prontitud en las fechas. Para este propósito se hacen ahora intensos esfuerzos en ambos lados del Atlántico.

Ejércitos soviéticos.

Desde la conferencia de Casablanca, con pleno asentimiento del presidente, volé a El Cairo, y de allí a Turquía. Descendí en un aeródromo turco en Adana, bien provisto de *Hurricane* ingleses manejados por aviadores turcos, y de los Montes Tauro, cubierto de nieve, surgió, como una oruga esmaltada, el tren presidencial, llevando al jefe de la República turca, al primer ministro, al secretario de Asuntos Extranjeros, al mariscal Chakmak y al jefe del partido. De hecho, el poder ejecutivo de Turquía. Ya he aconsejado precaución respecto a leer en el parte publicado sobre la conferencia otra cosa que lo que el parte dice. No forma

Turquía.

parte de nuestra política producir complicaciones a Turquía. Por el contrario, un desastre para Turquía sería un desastre para la Gran Bretaña y para todas las Naciones Unidas. Además, Turquía ha mantenido una sólida barrera contra la agresión de cualquier lado, y haciéndolo así, aun en los más negros días, ha prestado un inapreciable servicio, impidiendo que la guerra se expandiese, a través de Turquía, a Persia y el Irak, y evitando la amenaza a los campos de petróleo de Abadán, que son de importancia vital para toda la guerra en Oriente.

Es importante interés de todas las Naciones Unidas, y especialmente de la Gran Bretaña, que Turquía se halle bien armada de todos los elementos de guerra moderna, y que su brava infantería no carezca de las armas esenciales que desempeñan parte decisiva en las batallas de hoy. Nosotros y los Estados Unidos estamos ahora por primera vez en situación de proveer esas armas hasta la plena capacidad de los ferrocarriles y otras comunicaciones turcas. Podemos darle tanto como puedan tomar, y podemos darles esas armas tan de prisa, y más, como las tropas turcas puedan ser adiestradas en su uso. En nuestra conferencia no pedí nada a Turquía, salvo que su rearme se organizase bien, y ahora una misión de enlace turcobritánica se halla en Ankara a fin de desarrollar lo más posible la fuerza defensiva general de Turquía, la mejora de las comunicaciones y, con la recepción de las nuevas armas, la instrucción del ejército turco hasta el más alto grado de eficiencia. Estoy seguro de que no convendría escrutar más de cerca esa parte de nuestros asuntos. Turquía es nuestra aliada. Turquía es nuestra amiga. Deseamos su bien y deseamos ver su territorio, derechos e intereses eficazmente preservados. Deseamos, en particular, ver establecidas relaciones de cálida amistad entre Turquía y su gran aliada rusa del Noroeste, a la que nos unen los veinte años de tratado anglorruso. Mientras hace poco parecía a los observadores superficiales que Turquía podía quedar aislada por un avance alemán a través del Cáucaso, de un lado, y por un ataque italoalemán a Egipto, del otro, ahora ha sucedido

una transformación escénica. Turquía tiene hoy a ambos lados potencias victoriosas y amigas. Será interesante ver cómo la historia se desarrolla capítulo a capítulo, y sería necio quererla leer saltándola demasiado de prisa.

Arreglados nuestros asuntos en Turquía, volví a la patria, deteniéndome, naturalmente, en los lugares interesantes del camino donde había gente que ver y cosas que hacer. Creo que el relato que debo dar sigue muy espontáneamente, etapa a etapa, mi regreso al país. Ya he mencionado a la Cámara el otro día, en ruegos y preguntas, mi muy agradable estancia en Chipre durante mi viaje de regreso. Chipre ha desempeñado un papel y goza un período de prosperidad debida a la guerra.

Campaña de Egipto.

¡Cuán diferente era la situación en El Cairo de la que encontré en los primeros días del año último! Entonces el ejército del desierto estaba confundido y desmoralizado, sintiéndose sus hombres mejores que el enemigo y preguntándose cómo habían tenido que retirarse con graves pérdidas durante tantos cientos de millas mientras Rommel los perseguía con sus propios transportes capturados y con su petróleo, vituallas y municiones. Entonces el enemigo estaba a 60 millas de Alejandría y yo hube de dar órdenes para que se preparase todo a fin de defender la línea del Nilo exactamente como si estuviésemos luchando en Kent. Hice también cierto número de cambios tajantes en el alto mando. Esos cambios han sido justificados por los resultados. En una semana se produjo un efecto electrizante en el ejército del desierto merced al general Montgomery y a las órdenes que expidió, y en toda la situación gracias al nombramiento del general Alexander como comandante en jefe del Oriente Medio. A la vez, grandes esfuerzos, despachados muchas semanas y aun muchos meses antes, contorneando el Cabo de Buena Esperanza, llegaban por el mar Rojo y afluían al valle del Nilo. Los tanques americanos *Sherman*, que el presidente me otorgó en Washington aquella sombría mañana en que supimos la caída de Tobruk y la rendición de 25.000 defensores llegaron a manos de tropas sedientas de buenas armas para usar-

las contra el enemigo. Como consecuencia de esos sucesos y otros muchos que podrían citarse, el enemigo ha sido decisivamente derrotado, primero en la segunda batalla de El Alamein, donde fué rechazado el empuje final de Rommel, y después en la gran batalla próxima a El Alamein, que quedará en la historia como la batalla de Egipto, porque por ella fué Egipto liberado.

Al llegar a El Cairo, hallé que el enemigo, que se había jactado de entrar en El Cairo y Alejandría y cruzar y cortar el Canal de Suez (y hasta había acuñado una medalla de la que tengo un ejemplar, para conmemorar el acontecimiento), había sido arrojado a 1.500 millas, y probablemente está a 1.600 millas ahora. ¡Qué sorprendente hazaña ha sido ésta! La batalla es una cosa; la persecución, otra. Un avance tan rápido a cargo de fuerzas tan poderosas, competentes y pesadamente equipadas sobre distancias tan enormes no tiene, a cuanto sé, paralelo en la guerra moderna, y los antiguos no poseían los medios de locomoción que nosotros, así que quedan fuera del parangón.

Todos en Egipto entienden que Inglaterra ha cumplido su palabra, que ha sido un aliado fiel e inquebrantable, que hemos preservado el Valle del Nilo y sus ciudades, pueblos y fértiles tierras de los horrores de la invasión. Se ha dicho siempre que Egipto no podría ser nunca invadido con éxito desde el Desierto occidental y ciertamente este hecho histórico ha sido establecido ahora sobre cimientos modernos y más sólidos.

Compás de espera.

Desde El Cairo continué, en mi alfombra mágica, a Trípoli, que diez días antes se hallaba en poder del enemigo. Allí encontré al general Montgomery. Confieso francamente que yo no había adivinado en qué magnífica ciudad y puerto había sido convertido Trípoli. Era la primera ciudad italiana liberada por las armas inglesas de las garras enemigas. Naturalmente, había encendido entusiasmo entre la población italiana y me es difícil hacer justicia a las efusivas demostraciones de que fuí afortunado objeto. Tuve el honor, como servidor vuestro, de revisar dos de

nuestras divisiones de vanguardia. La 51.ª división escocesa es la sucesora de la brava división que fué acorralada en las costas de Francia durante las tragedias de 1940. Y ya ha más que equilibrado la cuenta que Escocia abrió en ese aspecto. Por la tarde vi una masa de diez mil neozelandeses, que, con una relativamente pequeña parte de su vasto equipo de cañones, tanques y vehículos técnicos, tardaron hora y media en desfilar. En ese día revisté al menos cuarenta mil hombres y, como representante del gobierno de su majestad, tuve el honor de recibir sus felicitaciones y saludos.

Desde entonces, por supuesto, el frente ha adelantado otras cien millas hacia el Oeste, y el enemigo, derrotado, está siendo perseguido hasta sus nuevas posiciones de Túnez, donde se dice que se propone resistir. No deseo inclinar a la Cámara a que espere nuevos resultados muy rápidos. Pueden venir y pueden no venir. El enemigo ha practicado muy fuertes demoliciones y obstrucciones en el puerto de Trípoli. Por tanto, el abastecimiento por mar está muy dificultado y no puedo decir qué tiempo se necesitará para despejar el puerto y principiar la erección de una nueva base de abastecimientos. Es absolutamente inútil impacientarse sobre ello. En el intervalo, el ejército del general Montgomery se avitualla de su base de El Cairo, a 1.500 millas, pasando por Tobruk, a mil millas, y por Bengasi, a 750, mediante una prodigiosa masa de transportes mecánicos, todos organizados de una manera verdaderamente maravillosa.

Ahora podemos estar en condiciones de adelantar de nuevo, pero el enemigo puede haber tenido tiempo para consolidar sus posiciones y llevar más refuerzos y equipos. Ya veremos cómo van las cosas. Pero quiero decir esto: nunca en mi vida, que desde mi juventud ha estado relacionada con asuntos militares, he visto tropas que marchen con el estilo y talante de las del ejército del desierto. ¿Quién habló de orden y limpieza? Las divisiones escocesa y neozelandesa desfilaron a raíz de su inmensa prueba en el desierto como si llegaran de los cuarteles de Wellington. En el rostro de cada soldado raso había

una expresión de ese orgullo justo y sobrio que nace de la victoria comprada a alto precio y trabajo. La misma clase de ágil energía, el mismo puntillo en el saludo y la disciplina, vi en la guardia rusa de honor que me recibió en Moscú hace seis meses. Los combatientes de la democracia se sienten incorporados dentro de lo que ellos mismos son.

Permitidme rendir tributo a ese vehemente y formidable general Montgomery, figura cronwelliana, austera, severa, cumplida, infatigable, vida consagrada al estudio de la guerra, y que ha sabido atraer hacia su persona, en extraordinaria medida, la confianza y devoción de su ejército. Permitidme también rendir, en nombre de la Cámara, tributo al general Alexander, sobre quien descansa la responsabilidad rectora. El 11 de noviembre leí a la Cámara las directrices que en aquellos críticos días di al general Alexander. Acaso se me consienta refrescar la memoria de los honorables miembros leyéndolas de nuevo:

Dos grandes jefes.

«1. Su primero y principal deber será atacar y destruir a la primera oportunidad el ejército italoalemán, mandado por el mariscal de campo Rommel, así como todos sus abastos e instalaciones en Egipto y Libia.

»2. Ejecutará, u ordenará que se ejecuten, todos los demás deberes pertenecientes a su mando, sin perjuicio de la tarea descrita en el párrafo primero, que se consideren esenciales a los intereses de su majestad.»

Ahora recibí, al presentarse la oportunidad de volver a visitar el ejército, la siguiente comunicación oficial del general Alexander, en la que el general Montgomery halló gran satisfacción, y a la que era necesario enviar respuesta:

«Señor: Las órdenes que me dió usted el 15 de agosto de 1942 han sido cumplidas. Los enemigos de su majestad, así como su impedimenta, han sido completamente eliminados de Egipto, Cirenaica, Libia y Tripolitania. Espero ulteriores instrucciones.»

Era obvio que debíamos pensar en algo más, y éste fué uno de los temas discutidos en la conferencia de Casa-

blanca. No publiqué las instrucciones originales al general Alexander hasta algunos meses después, cuando la batalla de Egipto había sido ganada, y la Cámara, naturalmente, me concederá una similar dilación antes de que yo haga pública la respuesta que ahora se requeriría.

No obstante, debo informar a la Cámara y al país de los varios cambios en el alto mando que la notoria mejora en nuestros asuntos y los movimientos de los ejércitos han hecho oportunos y necesarios.

Esto me lleva a la situación general en África francesa del Norte, sobre la que debo hacer algunas, muy escasas, observaciones. El desembarco en el norte de África por las fuerzas británicas y americanas será, espero, juzgado con las palabras que Stalin empleó conmigo cuando se lo comuniqué en agosto pasado. Dijo que ello era militarmente correcto. Ciertamente, ha alterado la estrategia militar del Eje. Por esta maniobra en tan amplia escala, que muchos peritos juzgaban ser expuestísima antes de emprenderla, recobramos la iniciativa en el Oeste, y la recobramos a un coste de vidas relativamente pequeño y con menos pérdida en tonelaje que lo que ganamos con lo que cayó en nuestras manos. Cerca de medio millón de hombres han sido desembarcados con éxito y seguridad en el noroeste de África, y esas bellas regiones están ahora bajo el dominio de los Estados Unidos. Convinimos con el presidente hace muchos meses que ésta debía ser una empresa de los Estados Unidos, y yo acepté satisfecho, con la aprobación del Gabinete de Guerra, la situación de lugarteniente en ese aspecto.

África francesa del Norte.

Los americanos dan la mayor importancia a la unidad de mando entre los aliados y a que los tres servicios estén en manos de un solo jefe supremo. Nosotros aceptamos libre y voluntariamente esta posición y actuaremos fiel y lealmente con arreglo a ella en todas las ocasiones y en todos los respectos. Algunas gentes se han apresurado a interesarse por las actividades pasadas de ciertos funcionarios franceses a quienes los americanos han juzgado conveniente emplear. Por mi parte, confieso que es-

toy más interesado en la seguridad de los ejércitos y en el éxito de las operaciones, que pronto avanzarán de nuevo hacia un punto importante y álgido. Por tanto, no ocuparé el tiempo de la Cámara con los relatos que han circulado sobre cómo esos varios franceses obraron en la anterior y ominosa situación en que se hallaron cuando su país se derrumbó. Lo que importa al general Eisenhower y a nuestras tropas, que en gran número sirven a sus órdenes, y lo que importa en toda esa vasta zona, cuya población es de unos dieciséis millones de habitantes, el noventa por ciento de los cuales son muslimes, es, primero y ante todo, un país tranquilo, y en segundo lugar, comunicaciones seguras y no estorbadas, con el frente de batalla, que ahora se desarrolla crecientemente sobre lo que yo he llamado el extremo de Túnez.

Lamento decir que no he visto ese frente de batalla porque dista 400 millas por carretera desde Argel, donde pasé el viernes y sábado últimos con el general Eisenhower y el almirante Cunningham, y también con nuestro ministro-residente, el muy honorable representante de Stocktonon-Tees (Harold MacMillan), quien está desarrollando un trabajo admirable y convirtiéndose en un verdadero solventador de problemas, siempre amistoso con todos y quitando, en cooperación con el señor Murphy, una pesada carga de los hombros del comandante en jefe respecto a materias que no deben gravitar sobre un jefe militar.

Aunque no haya tenido oportunidad de ver ese frente —porque uno necesita establecer comunicación con la Patria de cuando en cuando—, puedo decir a la Cámara que sus condiciones son diferentes en absoluto de las que el ejército del desierto ha superado triunfalmente. El ejército del desierto es el producto de tres años de pruebas y errores y del continuo perfeccionamiento de transportes, comunicaciones, abastecimientos, señales, rápido movimiento de aeródromos hacia adelante y cosas análogas. Los ejércitos que ahora luchan en Túnez están todavía en una etapa muy temprana de la erección de sus comunicaciones. El enemigo que se les opone, aunque sea en

gran parte un ejército improvisado, tiene en cierto modo la ventaja que tuvimos nosotros sobre Rommel frente a El Cairo: la ventaja de estar a 30 ó 40 millas de sus bases, mientras nosotros hemos de recorrer accesos muy largos, estrechos, forzados y retorcidos para llegar a ellas. El general Anderson, a las órdenes del general Eisenhower, estuvo a punto de limpiar toda la provincia en una carrera. Todo iba bien, y faltó poco para lograrse, pero falló. Los alemanes entraron y sostuvieron sus cabezas de puente. Hubimos de retroceder a fin de reforzarnos y concentrarnos para la batalla a fondo. No fingiré que no me haya decepcionado no lograr todo el objetivo al primer empuje. Pero nuestro principal objetivo es batir a los alemanes y uno no puede cerrar los ojos al hecho de que los hemos llevado a luchar en una situación extremadamente costosa para ellos y de ningún modo desventajosa para nosotros. Aunque las líneas enemigas de suministro por tierra sean cortas, se hallan bajo constantes ataques sus suministros por mar. Antes que alcancen el campo de batalla, han perdido un cuarto, y hasta un tercio, de cuanto transportan por mar. Nuestra potencia de refuerzos es mucho mayor y más segura que la suya.

La portentosa aparición del ejército del desierto empujando a Rommel ante sí es un nuevo, potentísimo y posiblemente incluso decisivo factor. La guerra aérea se desarrolla sobre una escala siempre creciente, y esto, desde luego, muy en nuestra ventaja, ya que podemos permitirnos perder dos aparatos contra uno a fin de arruinar la aviación alemana y extraerla del frente ruso. Sin embargo, en vez de perder dos aparatos por uno, los resultados actuales se acercan mucho a lo contrario. De modo que me parece que la Cámara no debe sentirse indebidamente deprimida porque la lucha en África del Norte alcance mucha más magnitud y dure mucho más tiempo del que originariamente anticipábamos y esperábamos. Es, en efecto, muy de notar que los alemanes se muestren prontos a correr el riesgo y pagar el precio requerido por su esfuerzo en mantener el extremo tunecino. Siempre he va-

cilado en decir algo que pudiese parecer después un exceso de confianza, pero no puedo resistir el deseo de hacer el comentario de que en eso se ve el toque de una mano maestra, la misma mano maestra que planeó el ataque a Stalingrado produciendo a los ejércitos alemanes el mayor desastre que han sufrido en toda su historia militar. Sin embargo, no hago pedicciones ni promesas. Incluyendo el ejército de Rommel, hay cosa de un cuarto de millón de enemigos en el extremo tunecino, y no debemos despreciar las posibilidades que hemos de afrontar ni las cargas que hemos de echarnos encima. Siempre es locura prever los resultados de las grandes pruebas de fuerza en la guerra antes que ocurran. No diré más que esto: todas las desventajas no están de un lado, y ciertamente no están del nuestro. Juzgo esto conforme al nivel de la opinión descontenta de este país.

La del África francesa del noroeste es, como he dicho, una operación de los Estados Unidos, bajo mando americano. Hemos convenido que el límite entre nuestras respectivas zonas sería la frontera existente entre Tripolitania y Túnez, pero el ejército del desierto está ahora cruzando esta frontera en pos de su objetivo, que es Rommel. Sus movimientos, por tanto, han de combinarse con los del I ejército y con los de las varias poderosas fuerzas procedentes del Oeste. Durante varias semanas, los jefes han estado en estrecho contacto mutuo, contacto que ahora es preciso formalizar.

Puesto que el ejército del desierto pasa a la esfera americana, es natural que quede a las órdenes del general Eisenhower. Tengo gran confianza en el general Eisenhower. Le miro como uno de los hombres más notables que he conocido. Se convino en Casablanca que, cuando ese traslado del ejército del desierto se produjera, el general Alexander pasase a ser subcomandante en jefe a las órdenes del general Eisenhower. A la vez, el mariscal del Aire, Tedder, se convierte en comandante en jefe del Aire en el Mediterráneo, respondiendo ante el general Eisenhower de todas las operaciones aéreas en esa zona. También inspeccionará todas

Eisenhower.

las fuerzas aéreas del Oriente Medio. Esto es absolutamente necesario, porque nuestras fuerzas aéreas de Egipto, Cirenaica y Libia, y también las poderosas fuerzas aéreas que operan desde Malta, están actualmente atacando los mismos objetivos, tanto con bombarderos como con cazas, que las fuerzas británicas y estadounidenses de Argelia y Túnez están atacando. Es preciso dirigir todo esto, y la dirección ha de ser ejercida bajo el mando supremo de un solo hombre, y, ¿quién mejor, me pregunto yo, que el experto y digno de confianza mariscal del Aire, Tedder, que el general Eisenhower tan ahincadamente solicitó? Bajo sus órdenes, el vicemariscal del Aire, Cunningham, que ha trabajado hasta aquí con el VIII ejército y cuyos servicios han sido tan admirados, concertará las operaciones aéreas de los ejércitos I y VIII y otras tropas del campo de batalla de Túnez. A la vez, el almirante de la flota, sir Andrew Cunningham, que ya manda todas las fuerzas navales inglesas y americanas en ese teatro de la guerra, extenderá su mando hacia el Este para que comprenda todas las operaciones afines en el Mediterráneo, y el actual comandante en jefe del Mediterráneo pasará a ser comandante en jefe de Levante, con cuartel general en Egipto y teniendo a su cargo también el mar Rojo y los accesos a esa zona. No necesito anunciar con exactitud la línea de demarcación entre esos mandos, pero todo ha sido convenido con precisión.

La vacante en el mando del Oriente Medio, surgida por el nombramiento del general Alexander como subcomandante en jefe a las órdenes del general Eisenhower, será cubierta por el general sir Henry Maitland Wilson, ahora comandante de Persia y el Irak, donde se halla acantonado el X ejército, que a la sazón se ha convertido en una fuerza muy poderosa. Nos proponemos conservar Persia y el Irak como mando separado, cual hasta ahora, y en breve se designará el nuevo jefe.

Entre tanto, el general Eisenhower ha obtenido ya el asenso del general Giraud, que manda el ejército francés que lucha en la frontera tunecina (ejército convertido por el armamento americano en una fuerza muy poderosa y

que desempeñará más tarde un papel en la liberación de la madre patria), para que este ejército sea puesto bajo el mando del general Anderson, juntamente con las fuertes tropas de los Estados Unidos que han avanzado en Túnez. Así, tenemos una jerarquía establecida por arreglos internacionales completamente de acuerdo con las ideas modernas de unidad de mando entre varios aliados y del más estrecho concierto entre los tres servicios.

Apelo a la Cámara, a la Prensa y al país, que se cuidarán, así confío, de no criticar estos acuerdos. Si los critican, confío que no lo hagan en sentido personal o para enemistar a un general con otro, en detrimento de las buenas y armónicas relaciones que van a prevalecer entre ese grupo de hermanos que han puesto dientes y uñas a la labor. En el general Eisenhower, como en el general Alexander, tenemos dos hombres notables por su abnegación y su desdén de las ventajas puramente personales. Dejémosles obrar; démosles una probabilidad, y es muy posible que uno de estos días las campanas vuelvan a sonar de nuevo. Si no, examinaremos el problema con toda lealtad y camaradería, a la luz de las circunstancias

UN PLAN DE CUATRO AÑOS

CONFERENCIA RADIADA AL MUNDO

12 febrero. *El presidente Roosevelt declara que las tropas aliadas se están concentrando en Túnez para una de las mayores batallas de la guerra.*
Los rusos toman Krasnodar, capital de Kubán, y obtienen más ganancias territoriales en Ucrania.

14 febrero. *Rostov y Vorochilovgrado caen ante el avance ruso. Continuando su diaria ofensiva en el Continente, la R. A. F. efectúa incursiones excepcionalmente violentas contra Colonia, Spezia y Milán.*

15 febrero. *Las tropas de Rommel atacan por sorpresa a los americanos en Túnez y toman Gafsa.*

16 febrero. *Los rusos ocupan Jarkov.*
Se anuncia oficialmente en Washington que en las recientes operaciones de Guadalcanal se han perdido un crucero americano, un destructor y veintidós aviones. Las pérdidas japonesas son quince barcos hundidos o averiados y sesenta y un aviones.

17 febrero. *Los americanos evacuan en Túnez tres aeródromos ante los renovados ataques alemanes.*

18 febrero. *El avance alemán en Túnez es detenido en una línea montañosa sostenida por los americanos. El VIII Ejército británico avanza hacia la línea Mareth.*

20 febrero. *El general Alexander, nombrado subcomandante jefe bajo Eisenhower, toma el mando de las tropas de Túnez.*
Se revela que Inglaterra y los Estados Unidos han enviado a Rusia 6.200 tanques y 5.600 aviones en quince meses.

23 febrero. *La batalla de Túnez toma un sesgo favorable para los aliados, y las fuerzas del Eje, que habían avanzado, se ven forzadas a replegarse. Las tropas inglesas y americanas inician un avance continuo.*

28 febrero. *La R. A. F. termina su mes de más violentos bombardeos lanzando mil toneladas de bombas sobre Saint-Nazaire en media hora.*

1 marzo. *Berlín padece la más dura incursión aérea de la guerra al dejar caer una gran fuerza de bombarderos de*

la R. A. F. muchas bombas de ocho y cuatro mil libras.

3 marzo. *Los rusos toman Rzev.*
Un convoy japonés de diez barcos de guerra y doce transportes es completamente destrozado a lo largo de Nueva Guinea, muriendo más de quince mil nipones.
Fallece el capitán Fitzroy, speaker *de la Cámara de los Comunes.*

6 marzo. *Rommel desencadena en Túnez una ofensiva contra el VIII Ejército, pero a los dos días se retira tras sufrir una decisiva derrota.*
El total de barcos nipones hundidos por las fuerzas navales de los Estados Unidos en una semana asciende a veinticuatro.

9 marzo. *Los rusos rebasan el Donetz ante la concentración de veinticinco divisiones alemanas.*

12 marzo. *Los rusos ocupan Viazma, pero los alemanes recuperan Jarkov.*
Se anuncia que Anthony Eden, ministro de Asuntos extranjeros, ha llegado a Washington.

13 marzo. *Eden y el presidente Roosevelt conferencian en Washington.*

15 marzo. *El general Giraud declara por radio estar dispuesto a entrevistarse con De Gaulle.*

18 marzo. *Los americanos recuperan Gafsa, en el sur de Túnez, y continúan su avance hacia El Guettar, que toman al día siguiente.*

20 marzo. *Se anuncia que setecientos ochenta y siete marineros y oficiales ingleses de marina han sido canjeados por un número similar de italianos.*

21 marzo. *Churchill pronuncia un discurso por radio sobre la política de la posguerra.*

[*21 marzo 1943.*

Cuando la paz llegue.

Quiero ante todo dar las gracias a las muchas personas que se han interesado amablemente por mí durante mi reciente enfermedad. Aunque por una semana he tenido una alta fiebre, que de no ser por la ciencia moderna hubiese podido implicar malas consecuencias, deseo aclarar que ni por un momento he abandonado la dirección responsable de las cosas. He seguido atentamente sin cesar cuanto su-

cedía en el Parlamento y las animadas discusiones sobre nuestros asuntos locales para cuando la paz llegue.

Es muy claro para mí que numerosas personas, muy impresionadas por el favorable sesgo que la suerte muestra en los últimos seis meses para nosotros, han saltado a la conclusión de que la guerra terminará pronto y pronto podremos todos volver a la política y las luchas de partido de los tiempos de paz.

No puedo compartir esas entusiásticas esperanzas, y mi ahincado consejo es que os concentréis en el esfuerzo de guerra, sin quitar los ojos de la pelota un momento, de ser posible. Si hoy, contrariamente a este consejo, voy a apartarme del curso de la guerra y a tratar de la postguerra y de asuntos domésticos, es sólo porque espero así simplificar y suavizar divergencias políticas y capacitar a todas nuestras fuerzas políticas para marchar adelante hacia el principal objetivo con unidad y, a ser posible, al mismo paso.

Ante todo, debemos precavernos contra los intentos para persuadir y aun coaccionar al Gobierno de su majestad al efecto de vincularlo o vincular a sus desconocidos sucesores, en condiciones que nadie puede prever y con años de antelación, a imponer nuevos y grandes gastos al Estado sin relación alguna con las circunstancias que puedan predominar en esa época, haciéndoles someterse a planes particulares sin relación con otros aspectos extremamente importantes de las necesidades de nuestra postguerra.

Sistemas e ideas parlamentarias.

La cuestión de proponer gastos depende en última instancia del Gobierno responsable del día, y es deber suyo, y sólo suyo, proponer al Parlamento cualquier nuevo gravamen sobre el público, y también incluir en los presupuestos anuales los medios de recabar los fondos necesarios.

El mundo admira cada vez más el sistema y las ideas parlamentarias inglesas. Es contrario a esas ideas que los ministros o representantes hayan de ser delegados sometidos a promesa. Son un grupo de hombres que acometen ciertos deberes honrosos y quedarían deshonrados si con-

sintiesen en que su derecho y su deber de servir al público lo mejor posible en cualquier ocasión fuesen perjudicados por el forzado y prematuro contraimiento de obligaciones.

Promesas y aclamaciones.

Nada sería más fácil para mí que hacer un número de promesas y obtener como inmediata respuesta aclamaciones baratas y resplandecientes artículos de fondo. Pero no necesito para nada hacer promesas a fin de ganar ayudas políticas o continuar en el cargo.

Emprendí mi presente tarea sobre una desolada y adusta base, y sobre esa base he recibido lealtad y apoyo tales como ningún primer ministro ha tenido nunca. No puedo expresar mi sentimiento de gratitud a la nación por su bondad conmigo y por la confianza que ha puesto en mí durante largos, oscuros y decepcionantes períodos. Estoy absolutamente resuelto a no falsear o burlar esa confianza haciendo promesas sin mirar si serán cumplidas o no. Para el curso de mi vida, no tengo ambiciones, ni tiempo de conseguirlas. Y creo que puedo sinceramente decir que sólo deseo cumplir mi deber con toda la masa de la nación y del imperio británico durante tanto tiempo como crea poder ser útil para ello.

Por tanto, digo a los que me escucháis en torno al fuego hoy, que estoy decidido a no dar o hacer ningún género de promesas, ni decir ningún género de cuentos de hadas a vosotros los que habéis confiado en mí e ido conmigo tan lejos, y marchado a través del valle de las sombras, hasta alcanzar las regiones superiores en que ahora permanecemos con pies firmemente asentados.

No obstante, es nuestro deber mirar a través de las brumas del futuro hacia el fin de la guerra y procurar lo más posible estar preparados, mediante incesante esfuerzo y previsión, para la clase de situaciones que verosímilmente deban ocurrir. Hablando con todas las reservas, y sin intento alguno de profetizar, imagino que en algún momento del año próximo—aunque también puede ser al año siguiente—, podremos batir a Hitler, con lo que significo reducirle a él y sus poderes malévolos a muerte, polvo y cenizas.

Entonces, inmediatamente, tendremos que proceder a transportar todas las fuerzas y elementos adicionales al otro lado del mundo para castigar al ávido y cruel imperio del Japón, redimir a China de su largo tormento, libertar nuestro territorio y el de nuestros aliados los holandeses, y alejar para siempre la amenaza japonesa de Australia, Nueva Zelanda y las costas de la India.

Ésta será nuestra primera y suprema tarea y nada podrá apartarnos de ella. Sin embargo, en mi opinión, el momento en que Hitler quede batido y Alemania e Italia yazgan postradas, señalará la máxima culminación de la guerra y ése será el instante de hacer una nueva declaración sobre la tarea que nos aguarda. Nosotros y nuestros aliados habremos cumplido una gran labor. La tiranía nazi y el militarismo prusiano, que amenazaban devorar a todo el mundo, esas maldiciones contra las que estuvimos solos durante un terrible año, habrán sido barridas de la faz de la tierra.

Al día siguiente de la victoria.

Si vivo para ver ese día, y se me necesita entonces al timón, entonces, con el asentimiento del Gabinete, propondré una nueva tarea para la nación británica. La guerra contra el Japón exigirá una distribución de nuestras fuerzas muy distinta de la que existe al presente.

Habrá ciertamente gran número de soldados británicos, y también estadounidenses, que no será físicamente posible emplear a causa de las vastas distancias y las pobres comunicaciones de la guerra japonesa. Habrá, ciertamente, gran número de hombres, no sólo fuera de Inglaterra, sino en la patria, que volverán a sus familias y a sus empleos o a otros empleos igualmente buenos. Para todos ellos, una vez que se haya provisto plenamente al guarnicionamiento de los países culpables, el regreso a una cosa como la patria y la libertad ha de ser el deseo de sus corazones. Por muy vigorosamente que la guerra contra el Japón se prosiga, habrá con certeza una desmovilización subsiguiente a la derrota de Hitler, y esto producirá dificilísimos e intrincados problemas. En nuestras disposicio-

nes nos cuidamos de evitar los errores que tan ampliamente se cometieron la última vez.

Estas ideas, desde luego, pueden ser completamente desmentidas por los sucesos. Puede ser que el Japón se derrumbe antes que Hitler, en cuyo caso será necesario otro arreglo. No obstante, como mucha gente desea con ardor discutir el futuro, yo adopto para el propósito de esta noche lo que me parece la suposición más verosímil.

Organización mundial futura.

En este supuesto, debe ser nuestra esperanza que las Naciones Unidas, encabezadas por las tres grandes potencias victoriosas—la Comunidad de Naciones Británicas, los Estados Unidos y la Rusia soviética—, principien inmediatamente a tratar sobre la futura organización mundial que sea nuestra salvaguardia contra ulteriores guerras, desarmando efectivamente y manteniendo desarmados a los Estados culpables, sometiendo a justicia a los grandes criminales y a sus cómplices y asegurando la vuelta a los países devastados y sojuzgados de los recursos mecánicos y tesoros artísticos que les han sido quitados con rapiña.

El hambre.

También tendremos una pesada tarea en la de procurar impedir amplias hambres en algunas al menos de las regiones arruinadas. Debemos esperar y anhelar que la unidad de las tres principales potencias victoriosas esté a la altura de sus supremas responsabilidades y que no piensen sólo en su bienestar, sino en el bienestar y porvenir de todos.

Consejo de Europa.

Cabe imaginar que bajo una institución mundial que incorpore o represente a las Naciones Unidas, y algún día a todas las naciones, debería nacer un Consejo de Europa y un Consejo de Asia. Como, según las previsiones que estoy esbozando, la guerra contra el Japón duraría aún, la primera labor práctica debería centrarse sobre la creación del Consejo de Europa y la organización europea. Pero éste es un formidable asunto. En Europa radican las más de las causas que han conducido a estas dos guerras mundiales. En Europa habitan las razas históricamente madres de quienes nuestra civilización occidental se ha deri-

vado en parte tan grande. Yo mismo creo ser lo que se ha llamado un buen europeo y considero una magna tarea la de participar en hacer revivir el fértil genio y en restaurar la verdadera grandeza de Europa.

Creo que no dejaremos frívolamente de lado todo el inmenso trabajo que se cumplió con la creación de la Sociedad de Naciones. De cierto hemos de tomar como fundamento los sublimes conceptos de libertad, ley y moralidad que fueron el espíritu de la Liga. Hemos de procurar—hablo, desde luego, sólo por nosotros—, hacer el Consejo de Europa, o como quiera que se llame, una sociedad realmente efectiva, con todas las poderosas fuerzas interesadas ajustadas a su contextura, con un alto tribunal para dirimir las querellas y con fuerzas, fuerzas armadas, nacionales o internacionales, o de ambas clases, dispuestas a imponer aquellas decisiones e impedir renovadas agresiones y la preparación de futuras guerras.

Todos pueden ver que este Consejo, una vez creado, debe eventualmente abarcar toda Europa, y que todas las principales ramas de la familia europea deben algún día ser miembros de él. ¿Qué ha de ocurrir al gran número de pequeñas naciones cuyos derechos e intereses han de ser salvaguardados? Aquí me permitiréis contestar que no debe pensarse en un ejército que consistiese sólo en batallones y brigadas y que careciese de cualquier organización mayor y superior como cuerpo armado. Pronto sería barrido. Paréceme, por tanto, que, en todo caso, merece paciente estudio el que, al lado de las grandes potencias, haya un número de grupos de Estados o confederaciones, que se expresen a través de sus representantes electivos, componiendo el total un consejo de grandes Estados y grupos de Estados.

Estados grandes y pequeños.

Es mi vehemente esperanza, aunque a duras penas puedo contar verla cumplida en mi vida, que alcancemos la más amplia medida común de la vida integrada de Europa que sea posible, sin destruir las características y tradiciones individuales de sus muchas antiguas e históricas razas. Creo que todo esto se encontrará en armonía con

los altos intereses constantes de Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia. Ciertamente no puede cumplirse sin el asenso cordial y concertado de las tres potencias. Así, y sólo así, la gloria de Europa se elevará de nuevo.

Únicamente os menciono estas materias para mostraros la magnitud de la tarea que nos espera sólo en Europa. Nada sería más necio en esta etapa que hundirnos en detalles y tratar de describir las agrupaciones exactas de Estados o establecer mecanismos precisos para su cooperación, y aún más discutir a propósito de fronteras ahora que la guerra en el Oeste no ha alcanzado aún su apogeo, cuando la lucha antisubmarina está en curso y cuando la guerra en el Extremo Oriente se halla sólo en su primera fase. No significa esto que no estén celebrándose muchas discusiones en grado de tentativa entre las grandes naciones interesadas, o que todo el vasto problema del destino de Europa—porque de esto es de lo que ahora hablo—no sea tema de incesantes sondeos íntimos.

Hemos de recordar, sin embargo, que Inglaterra y la Comunidad de Naciones Británicas, aunque casi seamos un mundo nosotros solos, tendremos que llegar a acuerdos con grandes y amistosos iguales nuestros, y también que hemos de respetar y tener en cuenta los derechos de estados más pequeños y más débiles, y que no será dado a ninguna nación el conseguir la plena satisfacción de sus deseos individuales. Estoy seguro de haber dicho lo bastante para haberos mostrado, al menos en bosquejo, el enigma, el peligro y, añadiré, el esplendor de esta vasta esfera de acción práctica en que nos lanzaremos una vez que el odioso sortilegio de la tiranía nazi haya sido quebrantado.

Plan de cuatro años.

Acercándonos más a lo local, debemos considerar a la vez cómo los habitantes de esta isla van a vivir su existencia en esta etapa de la historia del mundo y cómo van a mantener y progresivamente a mejorar su anterior nivel de vida y trabajo. Me atrae mucho la idea de que debiéramos hacer y proclamar lo que podría llamarse un plan de cuatro años. Cuatro años me parecen ser el tiempo adecuado

para el período de transición y reconstrucción que seguirá a la caída de Hitler. Nuestros Parlamentos duran cinco años, y un plan de cuatro años nos daría tiempo a preparar un segundo plan. Ese plan de cuatro años implicaría cinco o seis medidas de carácter práctico, todas las cuales tienen que haber sido objeto de prolongada, cuidadosa y enérgica preparación de antemano y que deben acoplarse en un solo proyecto.

Cuando este plan reciba forma, debe presentarse al país, o por un Gobierno nacional formalmente representativo, como éste lo es, de los tres partidos del Estado, o por un Gobierno nacional que comprenda los mejores hombres que, procedentes de todos los partidos, estén dispuestos a servir. No puedo decir cómo se arreglarán esos asuntos. Pero en 1944 nuestro Parlamento presente tendrá nueve años de vida y en 1945 diez, y tan pronto como la derrota de Alemania haya alejado el peligro de nuestras gargantas, y el censo pueda ser establecido y hechos otros arreglos necesarios, debe una nueva Cámara de los Comunes ser libremente designada por todo el electorado, incluyendo, naturalmente, las fuerzas armadas, doquiera que se encuentren. Así, cualquiera que reciba el encargo de dirigir los asuntos públicos, tendrá una política clara y podrá, al menos, hablar y obrar en nombre de una mayoría efectiva y resuelta.

Por lo que ya he dicho, comprenderéis cuán difícil y anheloso ese período será, y cuánto dependerá, no sólo de nuestra propia acción, sino de la de otros muy poderosos países. Esto no sólo lo aplico a la conclusión de la guerra contra el Japón, sino también al desarme de los culpables y a la organización de Europa; no sólo a las decisiones para impedir posteriores guerras, sino también a todo el proceso económico y relaciones de las naciones, a fin de que la ruina de nuestra riqueza pueda ser rápidamente reparada, a fin de que el trabajo y la producción puedan alcanzar un alto nivel y de que mercancías y servicios puedan ser intercambiados entre hombre y hombre y entre una nación y otra bajo las mejores condiciones y en la mayor escala.

Las dificultades que afrontaremos exigirán para vencerlas nuestras más altas cualidades. Permitidme, empero, decir que mi fe en el vigor, ingenio y elasticidad de la raza británica, es invencible. Dificultades vencidas son oportunidades ganadas. El día del hundimiento de Hitler será brillante para nuestro país y para todo el género humano.

Las campanas cantarán sus clamores de victoria y esperanza y nosotros marcharemos juntos hacia adelante, animados, envigorecidos, y todavía, confío, unidos en general para nuestro viaje posterior.

Seguro nacional obligatorio.

Personalmente comprendo muy bien que un proyecto para el amalgamamiento y extensión de nuestro presente e incomparable sistema de seguros debe tener un lugar resaltante en nuestro plan de cuatro años. He estado muy notoriamente relacionado con todos esos proyectos de ahorro nacional, organizado y obligatorio desde la época en que introduje a mi amigo sir William Beveridge en el servicio público, hace treinta y cinco años, cuando yo estaba creando las bolsas de trabajo en que él tiene tanta autoridad y cuando, con sir Hubert Llewellyn Smith, tracé el primer plan de seguros contra el desempleo. El primer progenitor de todos los planes nacionales de seguros es Lloyd George. Yo fuí su lugarteniente en aquellos lejanos días y después me correspondió a mí, siendo ministro de Hacienda, hace dieciocho años, rebajar la edad para el disfrute de las pensiones de vejez a los sesenta y cinco años, y extenderlas a las viudas y huérfanos.

Ahora los tiempos están maduros para otro gran avance, y todos pueden ver lo que serán en la administración los grandes ahorros cuando todo el procedimiento asegurativo haya sido unificado, y sea obligatorio y nacional. Aquí hay una oportunidad real para lo que yo llamé una vez «traer la magia de los términos medios en ayuda de los millones». Por tanto, consideradme a mí y a mis colegas como recios partidarios del seguro nacional obligatorio para todas las clases y todos los efectos, de la cuna a la tumba. Todos los preparativos, incluyendo, si es ne-

necesario, los proyectos legislativos oportunos, serán hechos con la mayor energía, y las negociaciones necesarias a entablar con los intereses existentes y respetables, están siendo activamente seguidas, de modo que cuando llegue el momento todo se hallará dispuesto.

Aquí permitidme la observación de que el mejor seguro contra la falta de trabajo es no tener falta de trabajo. Y hay otro extremo. Los inempleables, ricos o pobres, habrán de ser puestos a recaudo. No podemos tener gente ociosa. Los ociosos arriba hacen ociosos abajo. Nadie en la fuerza de su juventud puede permanecer al margen llevando una vida de egoísta diversión. Hay holgazanes en todas las clases. Por fortuna, en todas las clases son una reducida minoría. Pero en cualquier caso no podemos tener una bandada de zánganos entre nosotros, así procedan de la antigua aristocracia, de la moderna plutocracia o del tipo tabernario corriente.

Los ociosos.

Hay otros grandes asuntos que también habremos de tratar en nuestro plan de cuatro años y sobre los cuales avanzan rápidamente pensamientos, estudios y discusiones. Ante todo, toquemos la cuestión de la agricultura británica. Desde luego, tenemos que adquirir gran proporción de nuestros alimentos y materias primas en Ultramar. Nuestras inversiones extranjeras han sido gastadas en la causa común. La nación británica, que ahora ha salvado una vez más la libertad del mundo, se ha engrandecido a base de alimento abundante y barato. De no haber sido por la política de comercio libre de los días victoriosos, nuestra población no se habría elevado al nivel de gran potencia y podíamos habernos consumido, con muchos otros Estados de menor fuste, para desastre de todo el mundo.

Agricultura, libre cambio, precios.

El alimento abundante ha puesto en el mundo cuarenta y siete millones de ingleses. Aquí están y es preciso que encuentren medios de vida. Es cierto en absoluto que tendremos que buscar mayor proporción de nuestro sustento en el país. Durante la guerra, se ha hecho inmensos avances en la industria agrícola. La situación de los labradores

ha mejorado, y la de los jornaleros progresado también inmensamente. El propietario agrícola eficaz ha de desempeñar un importante papel. Espero ver un vigoroso resurgir de la saludable vida campesina sobre la base de más altos jornales y de mejores moradas, así como que, con los modernos métodos de locomoción y las diversiones modernas del cinema y la radio, a la que pronto se añadirá la televisión, la vida en el campo, sobre la tierra, compita en atractivos con la vida en las grandes ciudades.

Pero todo esto costará dinero. Cuando los diversos perjuicios de las condiciones de la guerra concluyan, espero que será posible un mejor gobierno doméstico nacional y que, como resultado de los progresos técnicos en la agricultura británica, disminuirá la tensión que pesa sobre el Estado. A la vez, persiste el hecho de que, si la expansión y mejora de la agricultura inglesa ha de ser mantenida, como ha de serlo, y un razonable nivel de precios ha de ser sostenido, como lo ha de ser, ello verosímilmente implicará esenciales cargas que el Estado debe prepararse a soportar. Ello ha de tenerse presente.

Salud pública.

A esto sigue el espacioso dominio de la salud pública. He sido educado en la máxima de lord Beaconsfield, que mi padre estaba siempre repitiendo: «Salud y leyes sanitarias». Precisamos establecer sobre fundamentos amplios y sólidos un servicio sanitario nacional. Permitidme decir que no hay mejor inversión para ninguna comunidad que suministrar leche a los niños. Ciudadanos sanos son los mayores bienes que puede tener un país.

Natalidad.

Una de las más sombrías inquietudes que vemos harto claramente ante nosotros, los que miramos de aquí a treinta, cuarenta o cincuenta años, es la disminuyente cifra de nacimientos. En treinta años, a menos que se altere la presente tendencia, una población trabajadora y combatiente más pequeña, tendrá que sostener y proteger cosa de dos veces más viejos, y en cincuenta años la situación será peor todavía. Si este país ha de conservar su alto rango en la dirección del mundo y sobrevivir como gran potencia, capaz de soste-

ner su propiedad contra presiones externas, nuestras compatriotas han de ser estimulados por todos los medios a tener familias más numerosas.

Por esta razón, son de primordial importancia bien pensados planes para ayudar a los padres a contribuir a la comunidad con esta fuente de vida. El cuidado de los niños y el establecimiento de buenas condiciones higiénicas de maternidad tienen, sobre todo el porvenir de la raza, un influjo absolutamente vital. Al lado de esto está la guerra contra la enfermedad que, permitidme recordároslo, cuanto más éxito tenga, más directamente ayudará al plan nacional de seguros. Sobre todo ello se trazan proyectos con vigor.

A la salud y el bienestar sigue la cuestión educativa. El porvenir del mundo pertenece a las razas altamente educadas, únicas que pueden manejar los aparatos científicos necesarios para la preeminencia en la paz y la supervivencia en la guerra. Espero que nuestra educación será más amplia y más liberal. Toda la sabiduría no es sabiduría nueva, y el pasado ha de estudiarse si el futuro ha de encontrarse con éxito. Para citar a Disraeli una vez más en una de sus más fecundas expresiones: «Las naciones son gobernadas por la fuerza o por la tradición». Al movernos constante y obstinadamente de un fundamento de clase a uno nacional en la política y economía de nuestra sociedad y civilización, es preciso que no olvidemos las glorias del pasado, ni las muchas batallas que hemos librado por los derechos del individuo y por la libertad humana.

Educación.

Tenemos que precavernos contra la tendencia a erigir una sociedad donde nadie signifique nada, excepto un político o un funcionario; una sociedad donde la iniciativa no obtenga ninguna recompensa ni derribe ningún privilegio. Digo «tender a erigir» porque, de todas las razas del mundo, nuestro pueblo sería el último en consentir ser gobernado por una burocracia. La libertad es su vida y su sangre. Estas dos grandes guerras, purgando y tamizando el alma de los hombres, han hecho a la nación inglesa dueña de su propia casa. El pueblo tiene la conciencia de que

entra en posesión de su legado. Los tesoros del pasado, el trabajo de los siglos, los conceptos, erigidos en largo tiempo, del Gobierno decoroso y el juego limpio, la tolerancia nacida del libre trabajo del Parlamento y las instituciones electorales, y las grandes posesiones coloniales de que somos depositarios en todas las regiones del globo, son todas ellas partes constituyentes de nuestra herencia, y la nación ha de adaptarse a sus responsabilidades y su alto deber.

Los seres humanos están dotados de cualidades y disposiciones infinitamente variables, y cada uno es diferente de los otros. No podemos hacer a todos iguales. Si los hiciéramos, el mundo sería muy monótono. Pero está en nuestro poder, sin embargo, el asegurar a todos iguales oportunidades. Las facilidades para una educación avanzada precisan ser igualadas y multiplicadas. A nadie que pueda beneficiarse de una educación superior debe serle negada la probabilidad. No se puede conducir una comunidad moderna sino con un adecuado número de personas en cuya educación, ya sea humanística, técnica o científica, se hayan gastado mucho tiempo y dinero.

Hay otro elemento que no debe ser desterrado de nuestro sistema educativo. Aquí tenemos libertad de pensamiento, así como de conciencia. Aquí hemos sido los iniciadores de la tolerancia religiosa. Pero al lado de todo esto se halla el hecho de que la religión ha sido en la vida del pueblo inglés la piedra sobre la que ha construído sus esperanzas y centrado sus atenciones. Este elemento fundamental no debe ser aparatado de nuestras escuelas, y me satisface saber el enorme progreso que se ha hecho entre todas las corporaciones religiosas al libertarse de celos y querellas sectarias, sin dejar de sostener fervorosamente los principios de su propia fe.

La instrucción secular de la principal masa de nuestros estudiantes ha de ser progresivamente prolongada, y para esto debemos mejorar nuestras esuelas y adiestrar oportunamente a nuestros profesores. Terminado el período escolar, no debemos lanzar a los jóvenes descuidadamente y sin dirección superior al mercado del trabajo, con sus ocu-

paciones que llamaré de «callejón sin salida», que empiezan tan bien y a menudo acaban tan mal. Debemos hacer planes para ocupar el tiempo que su trabajo deje libre, a nuestros jóvenes, de modo que tengan la probabilidad de proseguir su educación general y también obtener una especializada que los haga más aptos para su trabajo.

Bajo nuestra antigua monarquía, baluarte de las libertades inglesas, barrera contra las dictaduras de todo género, nos proponemos movernos hacia adelante, formando una gran familia, conservando la camaradería de la guerra, libres para siempre de los perjuicios de clase y otras formas de cursilería de las que en los tiempos modernos hemos sufrido menos que la mayoría de las demás naciones y de las que ahora estamos librándonos del todo. Inglaterra es una madre fecunda y el genio natural brota en ella de todo el pueblo.

Hemos hecho grandes progresos, pero precisamos hacerlos más grandes aún. Hemos de asegurarnos de que el camino a las más altas funciones en nuestra sociedad y el imperio está realmente abierto a los hijos de todas las familias. Que puedan o no seguir ese camino dependerá de sus facultades, probadas en buena competencia. Todos no pueden alcanzar el mismo nivel, pero todos deben tener la probabilidad. Preveo una Inglaterra tan grande, que necesitará sacar sus dirigentes de toda clase de escuelas. La tradición puede desempeñar su papel, pero más amplios sistemas deben regir ahora.

Reconstrucción.

Tenemos una grande e inmedita tarea en el replanteamiento y reconstrucción de nuestras grandes ciudades y pueblos. Esto exigirá una gran apelación a todos nuestros recursos en materiales y mano de obra, pero da también una inmensa oportunidad, no sólo para la mejora de nuestras moradas, sino para el empleo de nuestros paisanos en los años subsiguientes a la guerra.

En el plan de vasto alcance para reorganizar la industria de la construcción, preparado por los ministros de Trabajo y de Obras, se encontrarán otros medios de proteger nuestro fondo de seguros de la sangría de ayuda a

los parados. El señor Bevin es atacado de cuando en cuando, unas veces por un lado y otras por otro. Cuando pienso en los tremendos cambios efectuados bajo la tensión de la guerra en las vidas de todos los ingleses, de uno u otro sexo y de todas las classe, con tan pocos razonamientos, y cuando considero la ausencia práctica de huelgas en esta guerra en comparación a lo sucedido en la última, pienso que Bevin podrá soportarlo todo.

Veréis, por cuanto he dicho, que no hay falta material para un plan de cuatro años que abarque el período de transición de la guerra a la paz, ni para otro plan después de ése. Por ahora, y durante la guerra, nuestra regla debe ser: ninguna promesa y todos los preparativos, incluyendo los que requieran preparativos legislativos preliminares.

Antes de concluir debo dar dos notas, una de serena advertencia y otra de confianza. Primero la de advertencia. Todas nuestras mejoras y expansión han de relacionarse con una hacienda modernizada y sólida.

Hacienda modernizada y sólida.

Un amigo mío dijo el otro día en la Cámara de los Comunes que «libras, chelines y peniques eran sólo insignificantes símbolos». Esto me hizo abrir mucho los ojos. ¿Qué diremos entonces sobre los ahorros del pueblo? Acabábamos de empezar una campaña de ahorros de guerra para las «alas de la victoria», a la que todas las clases se suscriben. Vasto número de gentes habían sido estimuladas a comprar certificados de ahorros de guerra. Se cobra el impuesto sobre la renta a los que ganan sueldos de cierto nivel y se los deposita en una hucha hasta el fin de la guerra, pudiendo el Gobierno usar el dinero entre tanto. Una hucha de carácter semejante se dará a las fuerzas armadas. Aquellos cuyas casas han sido destruídas por ataques aéreos, y que en muchos casos han cobrado seguros, tienen derecho a compensaciones. Todas estas obligaciones han sido contraídas en libras, chelines y peniques.

Al final de esta guerra habrá siete u ocho millones de personas en el país con doscientas o trescientas libras por cabeza, cosa desconocida en nuestra historia. Los ahorros

de la nación, obtenidos merced a la economía, capacidad o devoción de los individuos, son sagrados. El Estado se funda en ellos y es deber del Estado compensar esa fe en igual grado de valor. No soy de los atenidos a una indebida rigidez en el manejo del sistema monetario, pero digo esto: Que durante un período de diez o quince años debe existir una buena y sostenida continuidad de valores si ha de haber alguna fe de hombre a hombre o entre el individuo y el Estado. Hemos conseguido, con éxito, estabilizar los precios durante la guerra. Nos proponemos continuar esta política después de la guerra al máximo de nuestra capacidad.

Estas cosas me llevan a la carga y gravámenes de los impuestos. Los impuestos directos sobre todas las clases alcanzan niveles sin precedentes y son agotadores. Además existe el impuesto indirecto elevado a notable altura.

En tiempo de guerra nuestro pueblo paga de buen grado, y hasta con orgullo, todos esos impuestos. Pero tales condiciones no continuarán en la paz. Debemos esperar que las contribuciones después de la guerra sean más pesadas que fueron antes de la guerra, pero no debemos proponernos formar nuestros planes o recabar tributos de modo que, eliminando el incentivo personal, destruyan' la iniciativa y el espíritu de empresa.

Si tomamos un solo año de paz y lo cortamos por en medio, a través de la diligencia y actividad de la nación, veremos cuán importantes son su espíritu de empresa e ingeniosidad y encontraremos trabajo hecho en el momento, trabajo planeado para el año próximo y proyectos para el tercero, cuarto y aun quinto, todos en plena maduración. La guerra segó todo este planear de antemano y todo se subordinó a la lucha por la existencia nacional. Así, cuando la paz llega repentinamente, como la última vez, no hay planes cuidadosamente preparados para el porvenir. Ésa fué una de las principales razones por las que, al fin de la pasada guerra, tras una recuperación momentánea, caímos en un terrible marasmo de desempleo. No debemos ser atrapados otra vez de esa forma.

Es, por tanto, necesario asegurarnos de que tenemos

proyectos para el futuro empleo de la gente y prever cuidosamente el movimiento hacia adelante de nuestras industrias, y en segundo lugar procurar que las empresas privadas y las del Estado sean capaces de desempeñar sus papeles al máximo.

El Estado y la economía.

Cierto número de medidas están siendo y serán preparadas a fin de capacitar al Gobierno para ejercer una influencia equilibradora sobre el desarrollo que pueda darse o reprimirse según requieran las circunstancias. Hay un ancho campo para la propiedad y empresas del Estado, especialmente en relación a los monopolios de todas clases. El Estado moderno se interesará crecientemente por el bienestar económico de la nación, pero lo más esencial de todo es hacer revivir cuanto antes una amplia, saludable y vigorosa actividad de empresas privadas, sin las que nunca seremos capaces de proporcionar en los años en que sea necesario, el trabajo a que nuestros soldados, marinos y aviadores tienen derecho después de haber cumplido su deber.

En este breve examen he procurado poner ante vosotros esperanzas y temores: os he dado a la vez advertencias y estímulos. Pero si he de hacer un balance, como debo hacerlo antes de terminar, permitidme proclamarme fiel secuaz de la más amplia esperanza. Procederé a respaldar esta esperanza con algunos hechos firmes. Cualquiera puede ver las dificultades de colocar provechosamente nuestras exportaciones en un mundo tan lleno de países arruinados. El comercio extranjero, para ser valioso, precisa ser fecundo. Es inútil hacer negocios para perder. No obstante, entiendo que, dado el general estado del mundo después de la derrota de Hitler, habrá considerable oportunidad de restablecer nuestras exportaciones. Inmediatamente después de la guerra habrá una intensa demanda, tanto local como de exportación, para los géneros de consumo, como ropas, productos textiles y otros efectos.

He hablado del inmenso programa de construcciones, y todos sabemos el estímulo que esto dará a gran número

de oficios, incluyendo las industrias eléctricas y metalúrgicas. Hemos aprendido mucho sobre producción en las congojas de la guerra. Nuestros métodos han mejorado grandemente. La organización de nuestras fábricas ofrece a la vista un cuadro enteramente nuevo. Se nos ha forzado a la producción en masa. La electrificación de la industria ha aumentado en un cincuenta por ciento. Algunas trascendentes y nuevas industrias ofrecen campo al vigor y la inventiva que han hecho grande a este país. Cuando las trabas del tiempo de guerra sean eliminadas y tengamos las manos libres para las tareas industriales de la paz, quedaremos sorprendidos ante el progreso en la eficacia que súbitamente encontraremos desarrollado. Sólo puedo mencionar unos pocos ejemplos de campos de actividad.

Las incesantes mejoras en la radio y las maravillas de la localización por este medio, aplicadas a las artes de la paz, ampliarán la industria radiotécnica. Se han abierto sorprendentes avances para el gas y la electricidad como auxiliares de la industria, la agricultura y la casa campesina. Tenemos la aviación civil. El transporte en todas sus formas. Fuimos los primeros del mundo en montar ferrocarriles y debemos ponerlos a la última altura en todos los sentidos. Aquí, en esos pocos ejemplos, hay gigantescas oportunidades que, utilizadas, incrementarán nuestra capacidad de servir a los demás países las mercancías que necesitan.

Nuestro propio esfuerzo debe ser apoyado por acuerdos internacionales y convenios que sean más de buena vecindad y más sensatos que antes. Debemos tender a garantizar nuestra participación en un comercio mundial aumentado. Nuestro destino resultará grandemente influído por la política de los Estados Unidos y la de los Dominios Británicos, y hacemos todo lo posible para guardar el más íntimo contacto con ellos. Últimamente les hemos sometido, así como a nuestros otros amigos y aliados, algunas sugestiones para la futura dirección de los cambios y la moneda internacionales, las cuales se publicarán pronto. Pero esto es sólo un primer tanteo.

Comercio internacional.

He oído, por ambas partes, mucho sobre estas cuestiones en los cuarenta años que he servido en la Cámara de los Comunes y los veinte o más que he servido en los Gobiernos. He procurado aprender de los acontecimientos, y también de mis propios errores, y os declaro que mi solemne creencia es que, si obramos con camaradería y lealtad para con nuestro país y mutuamente, y si podemos hacer que las actividades del Estado y las libres actividades privadas sirvan a la vez los intereses nacionales y empujen el carro nacional por ambos lados, no habrá necesidad para nosotros de recaer en esta horrible y devastadora situación, o en esa lamentable época de disputas y confusiones que defraudó y malbarató la duramente ganada victoria de hace un cuarto de siglo.

Termino dónde empecé. Volvamos a nuestro trabajo. Debo poner en guardia a cuantos me oyen contra aquella que llamaré impropiedad y también contra el peligro de que aparezcamos ante el mundo como si aquí, en Inglaterra, estuviéramos dirigiendo nuestra atención a la paz, que aún está remota, y a los frutos de la victoria, que aún han de ser ganados, mientras nuestros aliados rusos se hallan luchando por la valiosa vida y por el todavía más valioso honor, en el cruel, mortal y diario esfuerzo contra toda la potencia de la máquina militar alemana, y mientras nuestros pensamientos deben estar con nuestros ejércitos y con nuestras camaradas americanos y franceses, ahora comprometidos en la batalla decisiva de Túnez. Acabo de recibir un mensaje del general Montgomery diciéndome que el VII Ejército se halla en movimiento y que está satisfecho de sus progresos.

Deseémosles el favor de Dios en su lucha y dediquemos todos nuestros esfuerzos a la guerra y a la cada vez más vigorosa prosecución de nuestra suprema tarea.

DISCURSO AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS

PRONUNCIADO EN EL CAPITOLIO DE WASHINGTON Y RADIADO AL MUNDO

---

13 mayo. *Se anuncia oficialmente que en la ofensiva final en Túnez han sido capturados diecisiete generales del Eje. El botín comprende mil cañones y doscientos cincuenta tanques.*
La R. A. F. supera su máximo de veinticuatro horas antes con ataques más duros aún sobre el Ruhr, Checoslovaquia y Berlín.

14 mayo. *El rey envía un mensaje a Churchill por la «gloriosa conclusión» de la campaña africana.*

16 mayo. *La R. A. F. asesta en Alemania el golpe más devastade la guerra destruyendo los diques de Möhne y el Eder y produciendo grandes inundaciones en el valle del Ruhr.*
El general Giraud depone al bey de Túnez.

17 mayo. *Tropas americanas desembarcan en la isla Attu (Aleutianas) y atacan a los japoneses acantonados allí.*

19 mayo. *Churchill se dirige a las dos Cámaras del Congreso, en Washington, siendo su discurso radiado al mundo.*
«Mosquitos» de la R. A. F. atacan por la noche Berlín, sin pérdidas.

[*19 mayo 1943.*

Señor presidente, señor *speaker*, miembros del Senado y de la Cámara de representantes: Diecisiete meses han pasado desde que tuve el honor de dirigirme al Congreso de los Estados Unidos. Durante más de quinientos días, uno tras otro, hemos trabajado y sufrido, y luchado, hombro con hombro, contra el cruel y potente enemigo. Hemos obrado en estricta combinación o concierto en mu-

Juntos en el peligro.

chas partes del mundo, por tierra, mar y aire. El hecho de que me hayáis invitado a venir al Congreso por segunda vez, ahora que estamos puestos a la tarea, y el que me recibáis de manera tan generosa, marca un señalado lugar en mi vida y prueba que nuestra asociación no ha marchado mal.

Me siento orgulloso de que ustedes nos hayan encontrado buenos aliados, adelantándonos con camaradería en el cumplimiento de nuestra labor, sin quejas y sin escatimar vidas ni tesoros, o cualquier cosa que tengamos que dar. La vez pasada llegué cuando los Estados Unidos ardían en ansias de venganza por el traidor ataque del Japón a Pearl Harbour, y las subsiguientes declaraciones de guerra hechas a los Estados Unidos por Alemania e Italia. Por mi parte, digo francamente que en aquellos días, después de nuestro largo—y, durante un año, aislado—esfuerzo, no pude contener en mi corazón un sentimiento de alivio y consuelo al vernos juntos en el peligro común, con solemne fe y altos propósitos de ver esta terrible contienda llegar, a toda costa, a un fin.

Aquélla era hora de apasionada emoción, una hora muy memorable en los recuerdos humanos, una hora, creo, llena de esperanza y gloria para el porvenir. Las experiencias de una larga vida y las inclinaciones de mi sangre, me han llevado a la convicción de que no hay nada más importante para el futuro del mundo que la fraternal asociación de nuestros dos pueblos en justas tareas, tanto en guerra como en paz.

Contra el Japón.

Así, en enero de 1942, tuve aquel sentimiento de consuelo, y, por tanto, me preparé con recio y confiado ánimo a soportar los terribles golpes que iban evidentemente a caer sobre Inglaterra en el Extremo Oriente, golpes que había de asestarnos la fuerza militar del Japón durante un período en que las flotas inglesa y americana habían perdido de momento el dominio naval de los océanos Pacífico e Índico

Una tras otra, en rápida sucesión, cayeron muy pesadas contrariedades sobre nosotros y sobre nuestros aliados los holandeses, en el escenario del Pacífico. Los ja-

poneses se adueñaron de las tierras e islas que tan ávidamente codiciaban. Las Filipinas están esclavizadas; sojuzgadas las ricas y lujuriantes regiones de las Indias Orientales holandesas. En la península malaya y en Singapur, sufrimos el mayor desastre militar, o el mayor desastre militar hasta cierto punto, de la historia inglesa.

Señor presidente, señor *speaker:* todo eso tiene que ser recobrado y todo eso tiene que ser pagado. Permítanme pedirles que no consientan a nadie que sugiera que Inglaterra no tiene al menos tanto interés como los Estados Unidos en la inquebrantable e infatigable prosecución de la guerra contra el Japón. Estoy aquí para decirles que nosotros sostendremos esa guerra, al lado de ustedes, de acuerdo con el mejor empleo estratégico de nuestras fuerzas, mientras nuestros cuerpos alienten y la sangre circule por nuestras venas.

Una notable parte en la guerra contra el Japón deben, desde luego, desempeñarla los grandes ejércitos y las fuerzas aéreas y navales que ahora tiene en pie la Gran Bretaña en las fronteras orientales de la India. En esa zona tenemos uno de los medios de ayudar a la duramente presionada y largamente torturada China. Considero el prestar una ayuda inmediata a China como una de las más urgentes de nuestras tareas comunes.

No puede haber escapado a la atención de ustedes el que he traído conmigo a ese país y a esta conferencia al mariscal de campo Wavell y a los otros dos comandantes en jefe de la India. Y no han hecho todo este camino meramente para interesarse por mejorar la salud y satisfacción del Mikado del Japón. He pensado que convendría que todos los afectados por esa área de operaciones se reuniesen y trataran juntos, con amistosa sinceridad, de corazón a corazón, todos los puntos que puedan surgir, y de los que hay muchos.

Tengan la seguridad de que si todo lo necesario fuera dar una orden a los grandes ejércitos que están en la India para marchar hacia el Sol Naciente y abrir la carretera de Birmania, esa orden sería dada esta tarde. Pero el asunto es más complicado, y todo movimiento o infil-

tración de tropas en las montañas y selvas al nordeste de la India, está muy estrictamente gobernado por lo que los militares americanos llaman la ciencia de la logística.

Mas yo, señor presidente, repudio, y estoy seguro de que usted simpatiza conmigo, la más ligera sospecha de que nosotros retenemos el menor elemento que cupiera poder emplear, y también que yo y el Gobierno que represento no estemos resueltos a emplear todos los hombres, cañones y aeroplanos que puedan usarse para este asunto, como siempre nos hemos mostrado dispuestos a hacer en otros escenarios de la guerra.

En nuestras conferencias de enero de 1942 entre el presidente y yo, con nuestros más altos peritos consejeros, se evidenció que, mientras la derrota del Japón no significaría la derrota de Alemania, la derrota de Alemania significaría infaliblemente la ruina del Japón. Esta sencilla verdad no implica que ambas partes no sean trabajadas a la vez, y, en efecto, la mayor parte de las fuerzas de los Estados Unidos están ahora desplegadas en los frentes del Pacífico. En la amplia división que hicimos de nuestras tareas, en enero de 1942, los Estados Unidos asumieron la responsabilidad principal de proseguir la guerra contra el Japón y de ayudar a Australia y Nueva Zelanda a defenderse contra una invasión japonesa, la cual parecía amenazar mucho más que ahora.

Guerra del Atlántico.

Por otra parte, nosotros nos encargamos de la misión principal en el Atlántico. Esto era muy natural. A menos que la vital línea oceánica que une nuestros pueblos no se mantuviese íntegra, las Islas Británicas y todas las considerables fuerzas que irradian de ellas, quedarían paralizadas y condenadas. Con buena voluntad cumplimos nuestra plena participación en las peligrosas aguas del Mediterráneo y en los convoyes por el Ártico a Rusia, y hemos sufrido, desde que nuestra alianza empezó, más de doble pérdida en tonelaje mercante que la recaída sobre los Estados Unidos.

Por otra parte, también el prodigioso torrente de nuevas construcciones navales de los astilleros de los Estados Unidos ha compensado durante seis meses, y ahora reba-

sa, las pérdidas de ambos aliados, y si ningún esfuerzo se relaja, nos asisten todas las razones para contar con la incesante y progresiva expansión del tonelaje aliado disponible para proseguir la guerra.

Nuestras construcciones de submarinos, como el secretario de la Armada confirmará sin duda, han excedido este año en mucho a todas nuestras experiencias previas, y los últimos tres meses, y en particular las tres últimas semanas, han ofrecido resultados superiores a todos los de antes. Esto, desde luego, se debe en alguna extensión al aumento de submarinos operantes, pero también a la acusada mejora en la dureza y potencia de nuestras medidas contra ellos y a los nuevos sistemas continuamente empleados.

Aunque considero el peligro submarino como el mayor que todavía tenemos que afrontar, experimento buena y serena confianza de que no sólo lo contendremos, sino que llegaremos a dominarlo. El aumento de tonelaje a flote sobre el de hundimientos provee, después de que el movimiento de suministros vitales de víveres y provisiones se sirva, ese margen que da la principal medida de nuestro esfuerzo conjunto de guerra.

Ofensiva aérea.

Estamos también dirigiendo desde las Islas Británicas la principal ofensiva aérea contra Alemania, y en esto nos ayudan poderosamente las fuerzas aéreas de los Estados Unidos situadas en el Reino Unido, la acción de las cuales se desenvuelve principalmente por el día, así como la nuestra por la noche. En esta guerra, el número tiene cada vez más importancia, tanto en ataques diurnos como nocturnos. La saturación del país enemigo mediante la multiplicación de los aviones atacantes y la división y diversión de sus cazas de protección, gracias al desencadenamiento de varios ataques simultáneos, son recompensas que inmediatamente serán pagadas con el sustancial aumento en número de elementos ingleses y americanos que ahora está produciéndose.

No hay duda de que los aliados superan ya ampliamente las fuerzas aéreas hostiles de Alemania, Italia y el Ja-

pón, y aún más supera la construcción de nuevos aviones a la del enemigo. En esta guerra aérea, en que Alemania y el Japón imaginaban asestar golpes finales y decisivos y aterrorizar a las naciones grandes y pequeñas, sometiéndolas a su voluntad, en esta guerra aérea, digo, es donde las naciones agresoras han principiado ya a mostrar su primera debilidad realmente mortal. Cuanto más continua y dura se torna la guerra aérea, mejor es para nosotros, porque podemos ya sustituir bajas y aparatos más fácilmente que el enemigo, y sustituirlos a una escala que aumenta de mes en mes.

El progreso en esta esfera es rápido y seguro, pero ha de recordarse que la preparación y desarrollo de aeródromos, y el movimiento de grandes masas de personal de tierra de las que depende la eficacia de las modernas escuadrillas, requieren forzosamente tiempo, por muy de prisa que se estimulen.

La opinión, señor presidente, está dividida respecto a si el empleo de la potencia aérea podría por sí solo producir un hundimiento alemán o italiano. El experimento merece probarse siempre que no se excluyan otras medidas. No hay mal alguno en averiguarlo. Pero, sea esto como fuere, todos convenimos en que el daño hecho al potencial de guerra del enemigo es enorme.

Industria de guerra enemiga.

La condición a que los grandes centros de la industria alemana, y sobre todos los del Ruhr, están siendo reducidos, es la de una devastación sin paralelo. Deben ustedes de haber leído la destrucción de los grandes diques que alimentan los canales y proveen de energía a los talleres de municiones del enemigo. Ha sido una excelente operación, que costó ocho de los diecinueve bombarderos Lancaster empleados, y contribuirá a reducir la producción alemana de municiones.

Es política convenida de nuestros dos Estados Mayores y de las autoridades que entienden en la guerra, imposibilitar para Alemania el desarrollar cualquier forma de industria de guerra en escala grande o concentrada, ni en Alemania, ni en Italia, ni en los países ocupados por el

enemigo. Donde esos centros existan o se desarrollen, serán destruídos y las poblaciones municionadoras dispersadas. Si no les agrada lo que les espera, que se dispersen de antemano. Este procedimiento seguirá con peso e intensidad crecientes hasta que los pueblos alemán e italiano abandonen o destruyan las monstruosas tiranías que han incubado y albergado en su seno.

Entre tanto, nuestra ofensiva aérea viene forzando a Alemania a retirar una cada vez mayor proporción de sus capacidades bélicas de los frentes de lucha, a fin de protegerse contra ataques aéreos. Cientos de cazas y miles de cañones antiaéreos, así como muchos cientos de miles de hombres, con vasta parte de la producción de las fábricas de guerra, han sido asignados ya a esta función puramente defensiva. Todo esto sucede a expensas de la capacidad enemiga de nuevas agresiones, y de su potencialidad para recobrar la iniciativa.

Examinando el aspecto conjunto de la guerra aérea, no cabe dudar de que es un factor máximo en la marcha hacia la victoria. Esto lo creo un hecho positivo. Se ha convenido entre nosotros que, a la primera oportunidad, uniremos semejantemente nuestra potencia aérea para bombardear los objetivos militares del territorio del Japón. La ejecución a sangre fría de los aviadores americanos por el Gobierno del Japón, es una prueba, no sólo de barbarie, sino del temor con que allí se mira esa posibilidad.

Es deber de los encargados de la dirección de la guerra, superar lo antes posible las dificultades militares, geográficas y políticas e iniciar el proceso, tan necesario y deseable, de convertir las ciudades y otros centros de municionamiento del Japón en cenizas, porque en cenizas se hallará seguramente antes que la paz vuelva al mundo.

Que este objetivo ocupará gran parte en la presente conferencia, es obvio para todo hombre reflexivo, pero no sería útil una discusión pública acerca del método o sucesión de los acontecimientos que deben ser ejecutados en orden a cumplir dicho fin. No obstante, déjeseme aseverar que los ingleses participarán en ese ataque aéreo con-

tra el Japón en armonioso acuerdo con la estrategia superior de la guerra. Este es nuestro deseo. Y las crueldades de los enemigos japoneses harán a todos nuestros hombres más anhelosos de compartir los peligros y sufrimientos de sus camaradas americanos.

Aviones y municiones.

Ahora, hablando más generalmente, el primer problema que se ofrece ante los Estados Unidos, y en menor extensión ante la Gran Bretaña, no es tanto la creación de ejércitos como la vasta producción de aviones y municiones. Los ejércitos están ya en pleno progreso y se han conseguido inmensos y prodigiosos resultados. El problema es más bien el de poner en contacto esas fuerzas con el enemigo a pesar de la resistencia de los submarinos en los vastos espacios oceánicos o en los estrechos del mar, a pesar de pantanos, montañas y selvas en distintas regiones del Globo.

Este es nuestro problema. Todos nuestros planes de guerra, por tanto, han de ser inspirados, influídos y hasta dominados por el objeto supremo de venir a las manos con el enemigo en condiciones favorables, o al menos en condiciones tolerables—pues no podemos escoger tanto—, en la mayor escala y en el primer momento posible, haciendo entablar lucha al enemigo doquiera que ello sea provechoso, y hasta puedo decir que doquiera sea posible. De este modo, haremos a nuestros enemigos, en Europa y Asia, quemar y consumir su fuerza en mar, tierra y aire con la máxima rapidez.

Dirección combinada de la guerra.

Ustedes comprenderán fácilmente que la compleja tarea de encontrar las máximas oportunidades para el empleo de nuestras vastas fuerzas, la selección de puntos por donde atacar con mayor ventaja para esas fuerzas, y la importancia y prioridad que han de ser asignadas a todas las varias empresas deseables, es tarea que requiere constante vigilancia superior y ajuste por parte de nuestros Estados Mayores combinados y jefes de Gobierno.

Se trata de un procedimiento amplio y complicado, sobre todo cuando dos naciones están juntas en consejo;

cuando han de considerarse los intereses de tantas naciones, y cuando la mayor buena voluntad y deseo para pensar por la causa común, la causa de todas las Naciones Unidas, son cosas que se requieren de todos los participantes en nuestras discusiones. Esos intrincados ajustes y arreglos sólo pueden ser hechos mediante discusión entre hombres que conozcan todos los hechos y que sean responsables del éxito o el fracaso. Mucha gente podría hacer buenos planes para ganar la guerra si no tuviese que ejecutarlos. Me aventuro a decir que, de no hallarme en una situación responsable, yo habría hecho muchos excelentes planes, y muy probablemente los habría puesto, de un modo u otro, en conocimiento de las autoridades ejecutivas.

Pero sobre estas cosas no cabe tener discusiones claras y completas. Es un trabajo más para los que tienen el poder el que tales cuestiones no hayan de ser discutidas y debatidas en público, sino con enormes reticencias, y esto con el mayor peligro de que el enemigo, atento y vigilante, obtenga algún provecho de lo que oye. En estas circunstancias, según opino, la Prensa y el público americano e inglés han tratado a sus autoridades ejecutivas con prudente e indulgente consideración, y los sucesos recientes han justificado esta actitud moderada. Por eso, señor presidente, podemos reunirnos hoy aquí con la mayor lealtad, amistad y sinceridad.

La geografía impone obstáculos insuperables a una sesión continua de los Estados Mayores combinados y jefes ejecutivos; pero como la escena cambia sin cesar, y desde algún tiempo pienso que cambiará siempre para mejor, serán indispensables repetidas conferencias, si los sacrificios de los combatientes han de ser fructuosos y si la maldición de la guerra que tan duramente gravita sobre todo el mundo ha de ser eliminada en el tiempo más corto posible.

Por tanto, he juzgado mi deber, con plena autorización del Gobierno de su majestad, venir aquí de nuevo con nuestros altos oficiales, a fin de que los Estados Mayores combinados puedan trabajar en el más estrecho contacto,

con el máximo poder ejecutivo que el presidente deriva de su cargo y aquel del cual yo soy representante acreditado de mi Gabinete y Parlamento.

Autoridad militar y política.

La sabiduría de los fundadores de la Constitución americana les llevó a unir el cargo de comandante en jefe con el de presidente de los Estados Unidos. En esto seguían precedentes de éxito en los días de Jorge Washington. Es notable que, después de más de ciento cincuenta años, esa combinación de autoridad militar y política se haya considerado necesaria, no sólo en los Estados Unidos, sino en el caso del mariscal Stalin, en Rusia, y del generalísimo Chang-Kai-Chek, en China. Yo mismo, como jefe de la mayoría en la Cámara de los Comunes—o sea, una rama de nuestra legislatura—, he sido llevado de vez en vez, acaso no totalmente contra mi voluntad, a tener alguna participación en asuntos militares.

La guerra moderna es total, y se necesita para dirigirla que las autoridades profesionales y técnicas sean apoyadas, y en caso preciso dirigidas, por los jefes de los Gobiernos que tienen los conocimientos que les capacitan para comprender, no sólo las fuerzas militares, sino las políticas y económicas puestas a la tarea, disponiendo además del poder de enfocarlas todas hacia el objetivo.

Éstas fueron las razones que impelieron al presidente a hacer su largo viaje a Casablanca, y éstas son las que me traen aquí. Anhelamos con vehemencia que en fecha no distante podamos cumplir nuestro ya lejano deseo: una reunión con el mariscal Stalin, y, si es posible, con el generalísimo Chang-Kai-Chek. Pero cómo, cuándo y dónde se cumpla esto, no es cosa sobre la que yo pueda proyectar ahora ningún claro rayo de luz, y, si pudiera, estoy seguro de que no lo haría.

Contacto con los países aliados.

Entre tanto, hacemos lo más posible para mantener la más estrecha asociación en todos sentidos entre todas las autoridades de todos los países aliados empeñados en la dirección activa de la guerra. Es mi especial deber promover y conservar esta intimidad y concierto entre todas las partes

de la comunidad británica y el imperio, y especialmente con los grandes dominios autónomos, como el Canadá, cuyo primer ministro está con nosotros en estos momentos, y cuya contribución ha sido tan sólida y valiosa. No hay mejor ni más alentador ejemplo de los frutos de nuestras consultas, que la campaña en el norte de África, que acaba de concluir tan bien.

Una mañana, en junio pasado, hallándome yo aquí, el presidente me alargó un trozo de papel que contenía las completamente inesperadas nuevas de la caída de Tobruk y la entrega, en circunstancias inexplicadas, de su guarnición de veinticinco mil hombres. Aquélla fué una oscura y amarga hora para mí, y nunca olvidaré la bondad y camaradería que nuestros amigos americanos me mostraron en tal adversidad. Sólo pensaron en hallar los medios de restablecer la situación, y ni por un momento discutieron el arrojo y capacidad combativa de nuestras tropas. Cientos de tanques Sherman fueron quitados de manos de las divisiones americanas y enviados, a la mayor velocidad posible, rodeando el cabo de Buena Esperanza, a Egipto. Cuando un barco que conducía cincuenta tanques fué hundido por un torpedo, los Estados Unidos lo sustituyeron, así como su preciosa carga, antes incluso de pensar en pedírselo. El Sherman fué el mejor tanque del desierto en 1942, y la presencia de esas armas desempeñó un papel apreciable en la ruina del ejército de Rommel, en la batalla de El Alamein y en la larga persecución que lo arrojó a Túnez.

Entonces, en junio del pasado año, cuando yo estaba aquí anteriormente, se prepararon aquellos planes de pensamiento y estudio que produjeron el memorable desembarco americano e inglés en el África noroeste francesa, y cuyos resultados son causa de general regocijo. En eso tenemos ciertamente el más alentador ejemplo de lo que pueden hacer americanos e ingleses trabajando juntos con manos y corazón. De hecho, uno presiente que, continuando así, no habrá casi nada que no podamos hacer, ya en el campo

Las democracias y la guerra.

de la guerra, ya en los no menos enmarañados problemas de la paz.

La historia reconocerá esa gran empresa como un ejemplo clásico del modo de hacer la guerra. Usamos el arma del poder naval, el arma en que somos más fuertes, para atacar al enemigo en el momento y punto elegidos por nosotros mismos. A pesar de la inmensa elaboración del plan, y de los muchos cientos y aun miles de hombres que habían de conocer sus líneas principales, lo mantuvimos secreto y logramos la sorpresa.

Pusimos al enemigo en una situación en la que, o había de perder valiosísimos territorios estratégicos o luchar en las condiciones más duras y extenuantes para él. Recobramos la iniciativa, que aún retenemos. Agrupamos a nuestro lado fuerzas francesas que son ya un bravo y pronto serán un poderoso ejército, al mando del valeroso general Giraud. Conseguimos bases desde las que pueden efectuarse, y se efectuarán por nuestra fuerza aérea, violentos ataques sobre toda Italia, con resultados que nadie puede calcular, pero que ciertamente han de ser muy beneficiosos para nuestros asuntos.

Hemos hecho en nuestra situación de tonelaje una economía equivalente a varios cientos de grandes buques, y la ventaja de un paso mucho más rápido por el Mediterráneo hacia el Este, el Oriente Medio y el Extremo Oriente. Hemos asestado al enemigo un golpe que iguala al de Stalingrado y que es muy estimulante para nuestros heroicos aliados rusos, empeñados en tan dura lucha. Todo esto desmiente la falsedad fascista y nazi de que las democracias parlamentarias son incapaces de sostener una guerra eficaz. Ahora les proporcionaremos ulteriores ejemplos.

De todos modos, admito que en África del Norte hemos conseguido más de lo que contábamos. Lo inesperado vino en ayuda de nuestros designios y multiplicó los resultados. Debemos dar las gracias por esto a la intuición militar del cabo Hitler. Podemos advertir, como predije hace tres meses en la Cámara de los Comunes, el toque de una

Con la ayuda del cabo Hitler.

mano maestra. La misma insensata obstinación que condenó al mariscal de campo Von Paulus y su ejército a la destrucción en Stalingrado, ha producido esta nueva catástrofe a nuestros enemigos en Túnez.

Hemos destruído o capturado, considerablemente más de un cuarto de millón de las mejores tropas enemigas, así como grandes masas de material, todo lo cual había sido desembarcado en África después de pagar un fuerte tributo a los submarinos ingleses y a los aviones ingleses y americanos. Uno no puede contar con semejantes locuras. En lenguaje financiero, el enemigo nos pagó un bonito dividendo suplementario después de pagar el dividendo corriente.

Cuando planeábamos esta gran operación africana de conjunto, esperábamos ser dueños de Túnez antes de fines del pasado año, pero el perjuicio inflígido al enemigo, física y psicológicamente, y el adiestramiento obtenido por nuestros soldados en la dura escuela de la guerra, así como el acoplamiento del mecanismo del Estado Mayor angloamericano, son ventajas que exceden a cuanto pudiéramos planear. La fábrica alemana de embustes puede ahora explicar verbosamente el mucho valor del tiempo que han comprado con la pérdida de sus grandes ejércitos. No los saquemos de sus ilusiones. Pero otras operaciones que se desarrollarán a su debido tiempo y dependen de la especial instrucción de gran número de tropas y de la provisión de mucho número de aparatos mecánicos, esas operaciones, digo, no han sido aplazadas en modo alguno por la obstinada lucha en el norte de Túnez.

La guerra africana, señor presidente, ha concluído. El imperio africano de Mussolini y la estrategia del cabo Hitler han estallado a la vez. Es interesante computar lo que han costado esas empresas a esos dos hombres o a quienes han sido sus instrumentos o sus engañados. El emperador de Abisinia se sienta en el trono de donde fué expulsado por el gas tóxico de Mussolini. Todos los vastos territorios de Madagascar a Marruecos, del Cairo a Casablanca, de Aden a Dakar, están bajo dominio inglés,

francés o americano. Un continente al menos ha sido limpiado para siempre de la tiranía fascista o nazi.

Las expediciones africanas de los dos dictadores han costado a sus países 950.000 soldados entre muertos y prisioneros. Además, unos 2.400.000 toneladas de buques han sido hundidas y unos 8.000 aviones derribados, prescindiéndose en ambas cifras de gran número de barcos y aviones con averías. Allí ha perdido el enemigo 6.200 cañones, 2.550 tanques y 70.000 autocamiones.

Tales son las pérdidas de los enemigos en tres años de guerra, y, en trueque, ¿qué pueden presentar? El orgulloso ejército alemán, con su repentino derrumbamiento, aplastamiento y disolución, inesperada para todos nosotros; el orgulloso ejército alemán, digo, ha probado una vez más lo cierto del axioma: «El huno está siempre, o a vuestra garganta, o a vuestros pies». Éste es un punto que puede tener importancia en el porvenir. Nosotros, llegados a este jalón de la campaña, podemos decir: «Un continente redimido».

Ejemplo de cooperación guerrera.

La campaña del África del noroeste, y sobre todo su culminación tunecina, es el mejor ejemplo que se haya visto hasta ahora de la cooperación de tropas de tres diferentes países y de la combinación bajo un comandante supremo de las fuerzas terrestres, navales y aéreas. Ya he dicho que merced, particularmente, al trabajo del Estado Mayor inglés y americano, se ha conseguido la camaradería de los soldados de nuestros dos países, avanzando juntos bajo el fuego enemigo.

Una maravilla de organización eficaz fué la que permitió al II cuerpo americano—o, mejor dicho, ejército, porque de tal tiene el volumen—, trasladarse trescientas millas desde el sector sur, ya anacrónico a causa de la retirada del enemigo, a la costa del norte, por la cual, batiendo toda oposición, avanzaron estos soldados y tomaron la fortaleza y puerto de Bizerta. Para ejecutar esa marcha de trescientas millas, que se cubrió en doce días, precisó ese muy considerable ejército, con su inmenso equipo moderno, atravesar en ángulos rectos todas las

comunicaciones del I ejército inglés, que ya estaba comprometido o a punto de comprometerse en dura batalla, y esto se consiguió sin perturbar en modo alguno el suministro ininterrumpido de que aquel ejército dependía de hora en hora. Me han dicho que los oficiales ingleses y americanos trabajaron juntos sin que se tratase en lo mínimo del país a que pertenecieran, cada uno ejecutando su parte en esa organización militar que de aquí en adelante ha de considerarse como el más poderoso y eficiente instrumento de la guerra.

Hay, señor presidente, honor para todos, y en su tiempo y lugar rendiré mi tributo a los jefes ingleses y americanos de mar y tierra que condujeron la batalla o participaron en ella. Ahora sólo diré esto: no creo que hubieran ustedes podido escoger hombre tan capaz como el general Eisenhower de mantener compacta su muy numerosa y heterogénea fuerza, tanto a través de buenos como de malos tiempos y de crear las condiciones de armonía y energía que fueron indispensables elementos de victoria.

Me he detenido con algún detalle, pero espero que no con indebida extensión, en esos famosos sucesos, y ahora volveré por unos cuantos minutos a la guerra general en que los tales tienen su acomodo y proporción. Mezquino corazón es el que no se regocija nunca, mas nuestra acción de gracias, aunque fervorosa, ha de ser breve.

La guerra terrestre.

Pesada labor nos aguarda ahora, no sólo en el escenario europeo, sino, como ya indiqué, en el Pacífico e Índico, y el presidente, yo y los Estados Mayores combinados nos hemos reunido aquí para que ese trabajo, en cuanto depende de nosotros, pueda ser bien concebido e impulsado hacia adelante sin perder un día.

No debemos olvidar ni un solo momento que la carga principal de la guerra terrestre está siendo llevada todavía por los ejércitos rusos. Ahora están entendiéndose con no menos de 190 divisiones alemanas y 28 divisiones satélites en sus frentes. Es siempre prudente, cuando se hace justicia a los propios méritos, conservar un oportuno sentido de la proporción, y por tanto menciono las cifras

de las fuerzas germanas opuestas a Rusia para compararlas con el equivalente de unas 15 divisiones que hemos destruído en Túnez tras una campaña que nos ha costado cosa de 50.000 bajas. Esto dará alguna idea del esfuerzo de Rusia y de la deuda que tenemos con ella.

Puede también haber alguna ulterior e inminente prueba de fuerza entre los ejércitos alemanes y los rusos. Rusia ha causado ya al organismo militar alemán daños que, según creo, se acreditarán a la larga de mortales; pero hay pocas de que Hitler reserva su supremo esfuerzo de jugador para un tercer intento de quebrantar el corazón y ánimos y destruir las fuerzas armadas de la poderosa nación que ya ha asaltado en vano dos veces.

No lo conseguirá. Pero debemos hacer cuanto esté en nuestra mano, mientras sea sensato y realizable, para descargar más peso a Rusia en 1943. No quiero ser responsable de sugestión alguna de que la guerra está ganada o lo estará pronto. De que será ganada por nosotros, estoy seguro. Pero cómo y cuándo no puede preverse y menos predecirse.

Indebida prolongación de la guerra.

El otro día estuve no lejos del campo de Gettysburg, que conozco bien, como los más de los campos de batalla de ustedes. Ésa fué la batalla decisiva de la guerra civil de Norteamérica. A raíz de Gettysburg, nadie dudó de hacia dónde la terrible balanza de la guerra debía inclinarse y, sin embargo, después de la victoria de la Unión en Gettysburg corrió más sangre que cuanta corriera hasta entonces. Por tanto, eso nos lleva a examinar nuestros corazones, concentrar nuestras fibras y aconsejarnos vivamente los unos con los otros, a fin de que la favorable situación ya alcanzada contra el Japón y contra Hitler y Mussolini en Europa no se nos escape de las manos.

Si deseamos abreviar la matanza y la ruina que esta guerra extiende sobre tantas tierras, y a la que tenemos que contribuir con tan dolorosa medida de sufrimiento y sacrificio, no podemos relajar una sola fibra de nuestro ser ni tolerar la más leve disminución de nuestros esfuerzos. El enemigo se siente aún altanero y poderoso. Será duro

abatirlo. Posee todavía enormes ejércitos, vastos recursos y territorios estratégicamente valiosísimos. La guerra está llena de misterios y sorpresas. Un paso en falso, una dirección equivocada, un error de estrategia, desacuerdo o negligencia entre los aliados, podrían dar capacidad al enemigo para hacernos afrontar pronto nuevos y ominosos hechos. Hemos superado muchos serios peligros, pero hay uno que nos acompañará hasta el fin, y es la indebida prolongación de la guerra. Nadie sabe qué nuevas complicaciones y riesgos podrían sobrevenir en cuatro o cinco años más de guerra. Y en alargar la guerra a enorme coste, hasta que las democracias se cansen, fatiguen o resquebrajen, residirán ahora las principales esperanzas de Alemania y el Japón. Hemos de destruir esa esperanza, como hemos destruído tantas otras, y para ello debemos precavernos contra todos los tópicos, aunque atractivos, y todas las tendencias, aunque naturales, que aparten nuestros ánimos y energías de ese supremo objetivo de la victoria general de las Naciones Unidas. Con unidad de propósitos, reciedumbre de conducta, tenacidad y aguante tales como los que hemos desarrollado, de ese modo, y sólo con ése, podremos cumplir nuestro deber respecto al porvenir del mundo y al destino del hombre.

«MÁS BRILLANTES Y SÓLIDAS PERSPECTIVAS»

DISCURSO DEL PRIMER MINISTRO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES A SU REGRESO DE SUS VISITAS A LOS ESTADOS UNIDOS Y ÁFRICA

28 mavo. *El presidente Roosevelt anuncia la creación de la Oficina de Movilización de Guerra.*
Se informa que Hitler ha ordenado una depuración de elementos «tibios e indignos de confianza» del partido nazi.

30 mayo. *Cesa la resistencia japonesa en la isla de Attu, que dominan completamnete los americanos.*

2 junio. *Se declara oficialmente haber sido mayo el mes de más duros y felices bombardeos de la guerra. En una semana, siete mil quinientas toneladas de bombas han sido lanzadas sobre Alemania. Se anuncia oficialmente, asimismo, que mayo ha sido también el mejor mes de destrucción de submarinos.*
Un avión civil inglés es derribado por aeroplanos alemanes entre Inglaterra y Lisboa. Leslie Howard, el actor cinematográfico, figura entre los pasajeros que pierden la vida.

3 junio. *Se forma en Argel un Comité francés de Liberación Nacional presidido por los generales Giraud y De Gaulle.*

4 junio. *Churchill se reúne en Argel con Giraud y De Gaulle. Estalla la revolución en la Argentina y el presidente Castillo huye del país.*

5 junio. *Llega Churchill a Inglaterra, habiendo visitado el norte de África en su viaje de regreso desde Washington. Le acompaña Anthony Eden, que se le ha reunido en Argel.*

6 junio. *Pantelaria es bombardeada día y noche por mar y aire. El general Rawson resigna la presidencia del Gobierno argentino y le sucede el general Ramírez.*

8 junio. *Roosevelt advierte que cualquier uso de gas por el enemigo implicará rápida y plena represalia.*
Churchill hace una declaración en la Cámara de los Comunes sobre la situación de la guerra.

[*8 junio 1943.*

A medida que el esfuerzo de guerra aliado pasa a la fase ofensiva, y su escala y velocidad crecen continuamente, se hacen necesarias más frecuentes consultas entre los Estados Mayores y aquellos que tienen la alta dirección. En enero de 1942, en nuestras conferencias de Washington, se alcanzaron amplios acuerdos de principio y sobre nuestras tareas conjuntas o respectivas. En la reunión de junio tomaron forma más definida, y allí, entre otras cosas, principiaron a fraguarse las operaciones de África del Norte. En octubre y noviembre se produjo la acción. En enero de este año, en Casablanca, el presidente y yo, con los Estados Mayores combinados americanos e ingleses, pudimos examinar nuevas escenas y más anchas perspectivas. Se aprobaron planes y programas que aún no han sido cumplidos en modo alguno. Pero el progreso de los hechos ha sido más rápido y el avance de los ejércitos más acelerado de lo que habíamos previsto. Se hacía, pues, necesario explorar nuevos campos. Tener la iniciativa es una ventaja inmensa y, a la vez, una pesada y exigente responsabilidad. Abandonada a sí sola, la oportunidad puede fácilmente conducir a la divergencia. Por tanto, tras consultar al presidente, juzgué necesario a primeros de mayo ir a Washington por tercera vez, con nuestros jefes de Estado Mayor y gran número de oficiales y secretarios—alrededor de ciento—, para que el éxito, entonces inminente, en Túnez pudiese ser examinado y comprendido desde un punto de vista común y aprovechado luego del mejor modo posible.

Afrontar la buena fortuna.

En Washington la expansión de la guerra mundial, sobre la que ahora empieza a brillar la grata luz de la victoria, estaba abierta a los dirigentes ingleses y americanos. Habíamos demostrado que éramos capaces de trabajar juntos y de afrontar juntos el desastre. Nos quedaba por probar que podíamos mantenernos a la altura de su-

cesos felices y ser dignos de la buena fortuna. Acaso ésta sea la más dura tarea de todas.

No debo, desde luego, dar ni aun en esbozo una relación de las decisiones a que hemos llegado. Todo lo que puedo decir es que hemos hecho cuanto hemos podido. Entre los dos gobiernos se ha conseguido un acuerdo completo en los pasos a dar. No ha habido ni vestigio de diferencias, tal como sucedía inevitablemente en la guerra anterior, a propósito de las fuerzas a emplear, entre los políticos y los militares. No haré ninguna predicción sobre lo que pueda suceder en el futuro, y menos aún en el próximo futuro. Cuanto puedo decir es que la política angloamericana, su estrategia y economía han sido puestas sobre el tapete y examinadas a plena luz en esos quince días de conversaciones en Washington. La elaboración de las guerras modernas torna necesarias esas prolongadas discusiones. Una conferencia de un día o dos, que bastaba en guerras anteriores, no alcanza a examinarlo todo y contrapesar las diferentes proposiciones. Como he dicho, un gran número de oficiales, peritos en sus particulares especialidades, han sido requeridos para estrictas consultas. Esto da las mejores probabilidades a los soldados, marinos y aviadores, doquiera que estén, de Gibraltar a Nueva Guinea, y de las Islas Aleutianas a la carretera de Birmania. En tan vasto y diverso escenario de guerra se presentan muchas cuestiones de prioridad e importancia, aun cuando los principios estén convenidos, y entre ellos están problemas de transporte, de industria de municiones, de avituallamiento de las naciones, de distribución y aplicación de recursos, la mayoría de todos los cuales son arreglados mejor por la suprema dirección de la guerra, y muchos sólo por esa suprema dirección, la cual procura presentarlos en forma muy sencilla y a la vez inspiradora de respeto.

Después que hubimos completado nuestra tarea en Washington, me pareció oportuno ir al norte de África, y celebré mucho que el presidente decidiera enviar conmigo al general Marshall, jefe de la fuerza aérea del ejército de los Estados Unidos y hombre de singular emi-

nencia de mente y carácter. Cruzamos juntos el Atlántico hasta Gibraltar y Argel, a fin de tratar más precisa y particularmente sobre el terreno los problemas del teatro mediterráneo de operaciones. Allí, durante otra semana, tuvimos la ventaja de poder discutir plenamente con los generales Eisenhower, comandante supremo; Alexander, almirante Cunnhingham, mariscal del Aire Tedder, mariscal del Aire Coningham, generales Montgomery, Spaatz y Bedell Smith y otros altos jefes británicos y de los Estados Unidos directamente relacionados con la ejecución de los planes que cabe describir como encaminados a aplicar sobre el enemigo la fuerza en sus más intensas y violentas formas. Puedo asegurar a la Cámara que la completa concordia y confianza prevalecieron en el cuartel general de Eisenhower y que las fuerzas de las dos grandes naciones del mundo de habla inglesa trabajan juntas literalmente como si fueran un solo ejército. Me han dicho oficiales de ambos ejércitos que en los movimientos de tropas o en la distribución de elementos no se produce ninguna cuestión de origen nacional entre los oficiales de Estado Mayor que figuran en todas las esferas de la vista organización. Sólo se trata de qué es lo que más conviene, y eso solo. Los comandantes son hombres en pleno apogeo de experimentos afortunados. Están orgullosos de las tropas que dirigen y son decididos en la ejecución de los planes que han hecho. Viajando entre aquellos ejércitos y viendo quizá 20.000 soldados y aviadores en un día, experimenté una expresión de extraordinario ardor y celo por su parte y de ansia por empeñar lucha de nuevo con el enemigo en el primer momento oportuno. Muy buenos ejércitos han nacido a la vida en esta guerra africana, y el percibir su espíritu es una ennoblecedora experiencia para un visitante. Animados por notables victorias después de muchas decepciones, los ejércitos británicos y americanos, y ahora el ejército francés, se han convertido en un arma poderosísima y de fino temple. Tienen plena confianza en sí mismos y también en el Alto Mando y en la dirección general de la guerra. Esto es cierto también

Con Eisenhower.

con referencia a las numerosísimas y potentes fuerzas canadienses y americanas que se han formado y están formándose en el Reino Unido.

Es evidente que se acercan operaciones anfibias de singular complejidad y riesgo. No doy más garantía que en el pasado sobre lo que ocurrirá. Lamento haber, hace pocos días, bajo la premura de viajes u ocupaciones, dejado escapar la frase: «Brillantes perspectivas nos esperan.» Hubiera preferido sustituirla por las palabras: «Más brillantes y sólidas perspectivas nos esperan.» Esto me parece más apropiado y oportuno en tan inquietos días. No obstante, tengo la esperanza de que ni el Parlamento ni el Congreso de los Estados Unidos se encontrarán mal servidos por sus fuerzas, ni en las Islas Británicas ni en la costa de África. En todo caso, puedo asegurar a la Cámara que en ningún sentido Inglaterra o los Estados Unidos dejarán intervenir motivos egoístas o mezquinos en la tarea. Lo demás debo dejarlo a la acción y marcha de los acontecimientos.

Perspectivas brillantes.

Cuando visité Trípoli en enero tuve el placer de hallar a las tropas del VIII Ejército, a quienes había visto en la ya lejana posición de El Alamein antes de su victoria, y su maravilloso avance a través del desierto. En esa última ocasión tuve particular contento al ver a los hombres del I Ejército, los cuales, tras duros períodos en el lluvioso invierno, dominaron la situación y tuvieron la honra de asestar el golpe final con sus camaradas del II Cuerpo de los Estados Unidos.

Las pérdidas inglesas en Túnez han sido graves. El VIII Ejército, desde que cruzó la frontera de Tripolitania, ha sufrido unas 11.500 bajas, y el I Ejército unas 23.500, o sea, sobre los 35.000 muertos, heridos y desaparecidos durante la campaña de los dos ejércitos ingleses.

El número total de prisioneros capturados que han pasado por los registros de todos los aliados suman 248.000, con aumento de 24.000 sobre el total anteriormente publicado, y el enemigo ha tenido con certeza 50.000 muertos, lo que hace una pérdida total enemiga de unos 300.000

hombres sólo en Túnez. Más de la mitad de ellos son alemanes. De los 37.000 prisioneros capturados por el II Cuerpo Americano—que tiene más las dimensiones de un ejército que de un cuerpo solo—33.000 son alemanes. El XIX Cuerpo Francés también ha conducido a la retaguardia decenas de millares de cautivos alemanes e italianos, y sin duda deben esos franceses de haber experimentado la impresión de que, después de cuanto ha atravesado su país, ellos revivían los grandes días de Foch y Clemenceau. Todo esto no tiene en cuenta el pesado tributo cobrado a las fuerzas italianas y alemanas cuando cruzaban el mar o el aire. Ese tributo fué percibido por las fuerzas aéreas aliadas y los submarinos, cruceros, destructores y lanchas torpederas ingleses. A la vez, esas mismas fuerzas británicas establecían una barrera infranqueable entre el enemigo, en Túnez, y todas sus perspectivas de escape. Durante las últimas fases se mantuvo un patrullaje fuerte y continuo que ha impedido toda huída, salvo individual. Creo que, de hecho, sólo 638 personas han escapado, en su mayoría por aire, del teatro de la rendición.

Stalingrado y Túnez.

No podemos dudar de que Stalingrado y Túnez han sido los mayores desastres militares que nunca haya sufrido Alemania en todas las guerras que ha hecho, y que son muchas. No hay duda, por la declaración de los generales alemanes capturados, que Hitler esperaba que su ejército sostuviese Túnez al menos hasta agosto, siendo ésta la mira e intención del Alto Mando germano. La rapidez del derrumbamiento de ese gran número de hombres bravos y diestros en la lucha, con toda clase de excelentes equipos, debe ser mirado como significativo y en cierto sentido característico de la psicología alemana, que se mostró a raíz de Jena y también al final de la pasada guerra. Aunque este hecho deba ser ponderado, no deben fundarse en él indebidas esperanzas. Estamos preparados a ganar esta guerra luchando duramente y, si es necesario, luchando duramente solos.

En años de paz, las gentes de la Comunidad Británica y las de los Estados Unidos son personas sencillas, aman-

tes de llevar una vida libre, de política activa, con plenas oportunidades de diversión inocente y de automejora nacional. No codician nada ajeno, acaso porque tienen bastante propio, y a menudo han dejado de dirigir una ojeada exterior oportuna con miras a su propia seguridad. Poseen muchas cualidades militares, pero no les gusta adiestrarlas. Sin embargo, cuando son atacados, asaltados y forzados, en defensa de vida y libertad, a hacer la guerra y a someter sus condiciones y hábitos de vida a las condiciones de guerra y a la disciplina de guerra, no son incapaces, si se les concede tiempo—y el tiempo lo tienen concedido—, de hacer la necesaria transformación. Muchos están puestos a ello con creciente celo. A tales naciones no las agota la guerra. Por el contrario, son más fuertes cuanto más avanza. Es un error por parte de ciertos neutrales suponer que las antes impregnadas y mal armadas democracias anglosajonas saldrán de esta guerra debilitadas y postradas, aunque victoriosas. Muy al contrario, seremos más fuertes y vigorosos que antes en fuerza, y yo confío que también en fe. Puede ser un bien que esas razas agresoras que trompeteaban al principio las glorias de la guerra alaben las virtudes de la paz antes del fin. Pero será justo que quienes fijaron, según sus propios términos, el momento de empezar las guerras, no sean los mismos que fijen, según sus propios términos, el momento de acabarlas. Estas observaciones son de carácter general, mas no sin particular aplicación.

Error de ciertos neutrales.

No debo dejar de aclarar que las operaciones ahora inminentes en Europa han sido adaptadas y puestas en su lugar adecuado respecto a la guerra en general. Siento mucho que no hayamos podido aún celebrar consejo con el mariscal Stalin u otros representantes de nuestra gran aliada Rusia, que está llevando el peso más abrumador y pagando el más alto coste en sangre y vidas. Pero puedo asegurar a la Cámara que el descargar de algún peso a Rusia, el dar dar más rápida y eficaz ayuda a China y el proveer una más fuerte medida de seguridad a nuestras queridas Aus-

Visión de conjunto.

tralia y Nueva Zelanda son objetos no ausentes un solo instante de nuestros pensamientos y propósitos.

Esta guerra es tan universal, se extiende de tal modo por el mundo, que invertiría varias horas hacer una exposición de lo que sucede en los diferentes teatros de lucha. Cada uno de los aliados, naturalmente, mira esos teatros desde distinto punto de vista y en una relación algo diversa. Los británicos debemos seguir mirando la guerra antisubmarina como lo primero, porque sólo venciendo a los submarinos podemos vivir y obrar. El poder de América se despliega en el remoto Pacífico, procurando llegar a las manos más reciamente con las defensas exteriores del Japón y ofreciendo a cada momento a la flota japonesa un reto supremo por la supremacía naval. Los ejércitos rusos, como mencioné el otro día en el Congreso, mantienen pugna a muerte con lo que estimamos ser 190 divisiones alemanas y 28 divisiones satélites a lo largo de un frente de 2.000 millas. Aquí parecen amenazar las mayores batallas.

Sigue la guerra en el aire. La destrucción de las fuerzas aéreas alemanas y japonesas prosigue implacablemente.

En el aire.

El enemigo, que esperaba que la aviación fuese su arma de victoria, la encuentra, por el contrario, causa principal de su ruina ahora. Es necesario que yo declare que, en cuanto atañe al Gobierno inglés y a los de los Dominios, y también a los de los Estados Unidos y la República rusa, nada nos apartará de nuestro empeño e intención de cumplir la total destrucción de nuestros enemigos mediante bombas desde el aire en adición a todos los otros métodos. Grandes y doloridos clamores eleva hoy el enemigo contra esta forma de guerra, ya que lo que esperaban que les diese el dominio del mundo se ha vuelto acusadamente en desventaja suya. Este clamor será sólo mirado por nosotros como una satisfactoria prueba de la eficacia de nuestros ataques. Por comparación con el mismo período del año último, los ingleses solos hemos arrojado ahora doble peso de bombas que entonces en un radio de 1.500 millas de ida y regreso.

En el verano del año pasado, yo, como ministro de De-

fensa, emprendí la política de incrementar nuestro esfuerzo de bombardeo, que, desde luego, implicaba ciertos sacrificios en otros sentidos. Todo esto se está produciendo ahora. A la vez, adoptábamos medidas para destinar los aviones de largo alcance, de verdadero alcance, a la pugna contra los submarinos. Todo ello está siendo puesto en marcha al presente. El mes de mayo, desde todos los puntos de vista, es el mejor que hemos tenido en la guerra antisubmarina desde que los Estados Unidos fueron atacados por el Japón, Alemania e Italia. En este tiempo hemos ganado muchos mayores recursos combinados, pero hemos ofrecido también muchos más blancos. Habíamos hecho por entonces un presupuesto de hundimientos y construcciones a base del cual podíamos sobrevivir indefinidamente. Los hundimientos han sido muchos menos de los que contábamos y las construcciones han más que cumplido el prodigioso programa puesto en marcha por la nación americana. Este mes de mayo ha sido uno de los mejores por el montante de lo traído a esta isla, contando desde fines de 1941. Nuevas construcciones conjuntas han excedido a las pérdidas en más de tres a uno. Es posible que no se deba tomar como norma esta primera semana de junio, pero de hecho es la mejor que hemos tenido desde hace muchos meses.

En el mar.

Durante los meses recientes el enemigo ha ejecutado muy duros ataques a nuestros convoyes. Esto nos ha dado la oportunidad de golpearle de firme en batalla abierta. Hay tantos submarinos en acción que es imposible no tropezar con una u otra de esas cortinas que están esparcidas por todas partes y, por tanto, ha de lucharse con ellos. Pero no tenemos razón para lamentarlo. Por el contrario, es en torno a los convoyes como los submarinos pueden ser destruídos mejor. Nuevas armas y nuevos métodos y la estrecha coordinación de esfuerzos entre la escolta aérea y de superficie nos han permitido causar bajas que superan todos los daños anteriores. Mi muy honorable amigo el primer lord del Almirantazgo hizo una declaración de muy tranquili-

Convoyes.

zador carácter sobre este tema el otro día, y yo sólo puedo repetir que en mayo, por primera vez, nuestra destrucción de submarinos superó sustancialmente a la producción de los mismos. Esto puede ser un sobresaliente jalón. Los alemanes parecen fundar sus esperanzas en la guerra submarina, como nos cabe juzgar por las apelaciones hechas a sus compatriotas, exhortándolos a soportar los males—*terror* lo llaman ellos con palabra acaso no mal elegida—del bombardeo aéreo, en la esperanza de que los submarinos les están vengando en el mar. Si se demuestra que esa esperanza ha fracasado, pueden sentirse decepcionados seriamente, y los alemanes son gente que cuando se decepcionan no siempre hallan recursos para afrontar el inminente desastre, una vez que su razón les dice que es inevitable. Vuelvo a decir que hago esta observación de pasada; no construyamos nada, pues, sobre tales deducciones. Sería necio presumir que los buenos resultados de un solo mes son una garantía de continuidad. Podemos tener retrocesos, aunque siempre me he inclinado a mirar este verano como un período que debía sernos favorable. Además el enemigo puede rehuir batalla o esperar más tentadoras oportunidades. En este caso tendremos menos hundimientos, pero más elementos recibidos y serán posibles más libres movimientos de tropas y municiones en todos los teatros bélicos. Confío en que la guerra submarina no se interpondrá entre las Naciones Unidas y su victoria final, mientras la guerra en el aire crecerá en vigor y dureza. Podría hablar con más energía sobre este punto, pero es preferible refrenarse.

Ocurrió que mientras me hallaba en Argel llegaron el general De Gaulle y sus amigos, y juzgué conveniente que mi muy honorable amigo el secretario de Asuntos Extranjeros, estuviese allí, por si se mostraba en nuestro poder el ser útiles. De hecho no intervinimos en esas agudas discusiones entre los franceses. Pero, como el general Eisenhower, las seguimos de cerca y vigilantemente, a la luz de los intereses británicos y americanos y del bienestar de nuestros ejércitos en el norte de África. Todos

celebramos que se haya llegado a un acuerdo y que el Comité Francés de Liberación Nacional se haya constituído como la sola y única autoridad sobre todos los franceses que procuran liberar Francia del yugo alemán. Cuantos vimos a los siete hombres que forman el nuevo Gabinete francés, nos impresionó no sólo la multiplicidad de diferentes aspectos de la energía y capacidad francesa de resistencia que ellos representan, sino también sus altas cualidades personales. Las más graves responsabilidades descansan sobre esos hombres y ante ellos esplenden brillantes aportunidades. Sólo tienen que actuar con buena fe y lealtad mutuas, dejar a un lado sus intereses personales y partidistas y reservar todos sus odios para el enemigo. Sí, sólo tienen que hacer esto para ayudar a Francia a recuperar su legado y al hacerlo así serán a su vez legatarios de la gratitud de futuras generaciones de franceses. La formación de ese Comité, con su responsabilidad colectiva, resuelve la situación creada por la correspondencia de De Gaulle y mi persona en 1940. Nuestros tratos, financieros y de otra clase, serán de aquí en adelante con el Comité en conjunto. Hay una cuestión ulterior y mayor, es decir, el reconocimiento de ese Comité como representante de Francia. Ese asunto requiere el examen de Inglaterra y los Estados Unidos, pero si las cosas van bien, espero que se alcance pronto una solución satisfactoria para todas las partes.

Comité Francés de Liberación.

Ahora resumamos las dos impresiones predominantes que en ese viaje he recogido. La primera es el espíritu, calidad y organización de los ejércitos aliados en África del Norte. La segunda es la intimidad y fuerza que ahora unen a los Gobiernos inglés y de los Estados Unidos y a los pueblos británico y americano. Toda suerte de divergencias, toda suerte de diferencias de perspectiva y toda suerte de pequeñas fricciones ocurrirán mientras avancemos juntos por el áspero y quebrado camino de la guerra. Pero nada de eso afecta en lo más mínimo a nuestro siempre creciente concierto y unidad, y no hay nada que no pueda ser resuelto median-

Resumen.

te charlás de corazón a corazón y argumentos pacientes. Mis propias relaciones con el ilustre presidente de los Estados Unidos han sido en estos años de guerra las de personal amistad y respeto y nada podrá separarnos de nuestra camaradería y asociación de acciones y pensamientos mientras seamos responsables de la dirección de las cosas.

La razón por la que no pronuncio un discurso más largo es que ya he hecho ante el Congreso de los Estados Unidos la declaración sobre la victoria de Túnez que aquí hubiese hecho de estar en este país. Juzgo esta explicación como válida. Cuando me hallé en aquella augusta asamblea, congreso libre de la más poderosa comunidad del mundo, e hice, exactamente como hubiese hecho en esta Cámara, un examen serio de la guerra y de nuestros intereses comunes, incluso tocando materias de controversia o de controversia doméstica, y cuando ahora pienso en toda nuestra historia común y en las esperanzas que se abren ante nosotros, siento que ésta es una edad de memorable importancia para el género humano. Porque no hay duda de que cualquiera que fuere la organización mundial que se cree después de la guerra, esa organización será más rica y más fuerte si se funda en la amistad y relaciones fraternas y en la profunda comprensión ahora prevalecientes entre la comunidad de naciones británicas y los Estados Unidos de Norteamérica.

La Cámara de los Comunes.

Una cosa más debo decir antes de sentarme. Debo dar gracias con reconocimiento a la extraordinaria amabilidad con que he sido tratado en la Cámara y fuera de ella. Ello es gran ayuda en estos días de continua crisis y tormenta. En cambio, recordemos el hecho de que esta Cámara, institución democrática, fundada en el sufragio universal, que ha conservado sus funciones y autoridad intactas e indisminuídas durante la guerra, mostrando que puede cambiar, corregir y sostener gobiernos con igual constancia de propósitos, se ha acreditado como cimiento e instrumento para la prosecución de una guerra afortunada y para la seguridad del Estado en la medida nunca superada en tiempos modernos o antiguos.

«ANTES DE LA CAÍDA DE LA HOJA»

DISCURSO PRONUNCIADO AL RECIBIR EL TÍTULO DE CIUDADANÍA DEL AYUNTAMIENTO

---

9 junio. *Lord Selborne, ministro de Guerra Económica, dice que la producción industrial en el Ruhr ha disminuído en un treinta y cinco por ciento durante el año pasado, siendo el bombardeo aéreo causa de la mitad de esa reducción.*

10 junio. *El mayor general Eaker, comandante de las fuerzas aéreas americanas en Inglaterra, revela que los elementos aéreos americanos acantonados en la Gran Bretaña duplican su poderío de cuatro en cuatro meses.*

11 junio. *La fortaleza isleña de Pantelaria (Italia) se rinde tras días de incesante bombardeo aéreo y naval. Los italianos declaran que en el ataque final se han usado mil aviones.*
Roosevelt aconseja a los italianos que abandonen la guerra.

12 junio. *El rey llega a Argel para visitar a las tropas angloamericanas de mar y tierra del Mediterráneo.*
La isla de Lampedusa se rinde tras un día de bombardeo aeronaval.

15 junio. *Los alemanes dicen haber retirado tropas de Rusia para reforzar el frente occidental.*

17 junio. *Sir Archibald Sinclair, ministro del Aire, anuncia que los submarinos enemigos hundidos o seriamente averiados el mes último igualan a los producidos.*

18 junio. *El mariscal de campo sir Archibald Wavell es nombrado virrey de la India para suceder a lord Linlithgow.*
El general Auchinleck es nombrado comandante en jefe de las tropas de la India.

19 junio. *Se advierte a la población civil italiana que, en virtud de los ataques aéreos, evacue Nápoles y las principales ciudades de Sicilia.*

20 junio. *El rey visita Malta.*

22 junio. *Segundo aniversario del ataque alemán a Rusia.*

23 junio. *Aviones Lancaster, de la R. A. F., tras bombardear una fábrica de elementos de radio en Friedrichshaven, el 20 de junio, atacan Spezia, base naval italiana, en el vuelo de retorno.*

25 junio. *El rey regresa a Inglaterra por aire después de su visita al África del Norte y Malta. Anuncia que será concedida la Estrella de África a los vencedores de la campaña del Norte africano, y la Estrella de 1939-43 a los que han combatido en otros puntos.*

26 junio. *Se anuncia en Washington que el tonelaje de bombas lanzado sobre Alemania será aumentado inmediatamente en un cuarenta y cinco por ciento.*

26 junio. *Las fuerzas terrestres, navales y aéreas de los Estados Unidos inician un nuevo ataque en las Salomón, desembarcando en Rendova (archipiélago de Nueva Georgia). Se anuncia oficialmente la destrucción de sesenta y cinco de los ciento diez aviones japoneses que intentaron impedir el desembarco.*

30 junio. *Churchill, al recibir el título de ciudadanía del Ayuntamiento de Londres, advierte al Eje que habrá recia lucha en el Mediterráneo y en otros sitios «antes de la caída de la hoja».*

[30 junio 1943.

Agradezco profundamente la amabilidad con que he sido tratado no sólo aquí hoy, con esta, para mí, sobresaliente ocasión, sino en todo el cumplimiento de mis responsabilidades.

El esfuerzo de una dilatada guerra es duro y severo para los hombres que están en la cúspide del ejecutivo de las grandes naciones, por livianos que puedan parecer los cuidados que pesan sobre ellos. Necesitan, pues, toda la ayuda y apoyo de sus compatriotas. Me siento estimulado por vuestra buena voluntad hoy y aquí y de hecho me ha alentado en todos estos años la consideración que me han dedicado todos los ingleses, aun cuando se hayan cometido serios errores. Siempre me han dado una generosa medida de amistad y confianza y nunca me he sentido estorbado, o dañado u obstruído en ninguna de las decisiones que he debido tomar juntamente con mis colegas, o respecto a materias que he debido someter al Parlamento.

Unión de clases y partidos.

No hay duda de que esta consideración mostrada a su conductor por el pueblo inglés, y que está muy por encima de sus merecimientos, es una ayuda muy práctica y

real en la dirección de la guerra. Ella me da confianza para obrar y aventurarme, ella es una inyección de vida entre tantos trabajos y cargas. De cuantas guerras hemos sostenido en la larga continuidad de nuestra historia, ninguna ha existido que más sinceramente una a toda la nación y raza británicas que este presente y terrible esfuerzo en pro de la libertad y progreso del género humano.

Entramos en él por nuestra propia y libre voluntad, sin ser directamente asaltados. Entramos por una convicción de propósitos claramente comprendida por todas las clases y partidos y por toda la masa del pueblo, y hemos perseverado juntos a través de buena y mala fortuna sin el menor debilitamiento de nuestra fuerza de voluntad, ni división alguna de nuestra energía. Entramos en la lucha mal preparados y casi inermes. Entramos sin calcular el costo y por espontáneo impulso a la llamada del honor.

Largo tiempo nos esforzamos y sufrimos por la paz, pero desde el momento en que dimos la garantía de que no dejaríamos pasivamente que Polonia fuese pisoteada por la violencia nazi, no miramos atrás, no vacilamos, no dudamos. Sabíamos con seguridad nuestro deber, y lo cumplimos y lo cumpliremos, sin titubeos ni faltas, hasta el fin.

No buscamos provechos, no codiciamos territorios ni engrandecimientos. No esperamos recompensas ni aceptaremos compromisos. Así deseamos ser juzgados, primero ante nuestras propias conciencias y después por la posteridad.

Aún es más notable que la unidad que ha existido y perdura en esta pequeña y densamente poblada isla se haya extendido con igual alegría y reciedumbre a todas las partes de nuestra mundial Comunidad e Imperio. Algunos gustan de la palabra Comunidad; otros, y yo entre ellos, no se avergüenzan de la palabra Imperio. Pero ¿por qué no emplear ambos?

Comunidad e Imperio.

Pienso que la expresión Comunidad e Imperio puede ser la más apropiada para describir esta asociación única de razas y religiones, erigida parcialmente por la conquis-

ta, parcialmente por el consenso, pero principalmente de manera inconsciente y sin designio, dentro del dorado círculo de la Corona, que todo lo abarca.

Las guerras llegan de modo muy repentino y muchas de sus profundas y lentas causas quedan a menudo ocultas o sólo vagamente comprendidas por la masa del pueblo, aun en la región afectada de modo más directo. El tiempo, la distancia, el decoro de la diplomacia y el legítimo deseo de conservar la paz, todo ello impone restricciones a la discusión pública y a los arreglos apriorísticos.

En la historia, sólo el pueblo inglés, instruído por las lecciones del pasado, ha dado en el medio de mantener adictos a la madre patria vastos dominios autónomos sobre quienes no pesa obligación alguna fuera de las del sentimiento y la tradición, de entrar en la guerra junto a dicha madre patria.

Ninguno de esos dominios, salvo la Irlanda del Sur, que en su situación presente no ha aceptado en plenitud el estatuto de dominio, ha dejado de responder con todo el vigor de las instituciones democráticas a la llamada de trompeta de una suprema crisis, sometiéndose a todopoderosos impulsos e influencias que hacen al Canadá, que hacen a Australia—hemos tenido aquí al doctor Evatt, un distinguido australiano—, que hacen a Nueva Zelanda y a África del Sur enviar a sus hombres a través del océano para luchar y morir.

En cada uno de esos países, con su larga y variada historia tras ellos, ese extraordinario espectáculo es un resaltante ejemplo del triunfo del ánimo sobre la materia, del corazón humano sobre el temor y sobre el interés egoísta y de miras limitadas.

En el vasto subcontinente de la India, que nosotros confiamos que encontrará satisfacción ahora dentro de la comunidad de naciones británicas, las razas marciales y otras muchas han acudido bajo los estandartes imperiales. Más de dos millones de hombres se han unido a las fuerzas armadas y distinguídose en muchos casos durante los más fieros choques con alemanes, italianos y japoneses.

Todos los grandes países comprometidos en esta lucha

cuentan sus ejércitos por millones, pero el ejército indio tiene una característica peculiar, ausente del ejército británico, o americano, o ruso, o francés, o de los enemigos, y es que está enteramente compuesto de voluntarios. Nadie ha sido alistado u obligado. Lo mismo es verdad, en amplia medida, en nuestro vasto imperio colonial.

Muchas decenas de miles de hombres han sido sacados de los inmensos espacios tropicales o de solitarias islas arrulladas por las olas de todos los mares. Muchos voluntarios ha habido para quienes no pudimos encontrar armas. Muchos para quienes aun ahora no podemos encontrar oportunidades. Pero declaro que el universal ardor de nuestro Imperio colonial al tender a unirse en este terrible conflicto y continuar en su alta moral a través de todos los altibajos, es la primera contestación que puedo dar a las voces ignorantes y envidiosas que discutían la magnitud del trabajo que nosotros estamos haciendo en todo el mundo y que continuaremos.

Vino el tiempo en que esta varia asociación dispersa por todo el mundo, donde tanto había sido dejado sin escribir ni definir, se afrontó con la prueba más conclusiva de todas. La madre patria, la cuna del reino, esta famosa isla, parecía entrar en la boca de la destrucción y la muerte.

Hace tres años, por todo el mundo, amigos y enemigos a la vez—todos cuantos no tenían la luz de la fe—, podían haber dado por rápida y próxima nuestra ruina. Contra el triunfante poder de Hitler, con los ávidos italianos a su cola, nos hallábamos solos, con tan menguados recursos que produce escalofríos el evocarlo.

Aquél fué con certeza, el momento de que el Imperio se disolviese, de que cada una de sus ampliamente dispersas comunidades buscasen seguridad en la parte ganadora, de que aquellos que se juzgaban oprimidos sacudiesen el yugo y establecieran mejores términos con el poder nazi y fascista, que todo lo arrollaba. Aquél era el momento. Pero ¿qué ocurrió?

Se probó que los vínculos que nos unían, aunque suaves y elásticos, eran más fuertes que el más tenso acero.

Se probó que eran vínculos del espíritu y no de la carne, lo cual los hacía superiores a los más tentadores atractivos de entrega y a las más duras amenazas de castigo. En aquella oscura, terrorífica, pero también gloriosa hora, recibimos de todos los dominios de su majestad, de los mayores y de los más pequeños, de los más fuertes y de los más débiles, de los más modernos y los más sencillos, la seguridad de que nos hundiríamos o venceríamos juntos. Perdonadme si en esta ocasión, para mí tan memorable, en el corazón del poderoso Londres, me congratulo de la solidez de nuestras instituciones y proclamo mi fe en nuestro destino.

Pero ahora debo hablar de la gran República de los Estados Unidos, cuyo poder no despierta ningún temor y cuya preeminencia no excita celo alguno en los pechos británicos. De la fraternal asociación e íntima conexión política de los Estados Unidos y la Comunidad Británica e Imperio depende, más que de cualquier otro factor, el porvenir inmediato del mundo. Si esos países van, o si tienen que ir, juntos y en armonía, de acuerdo con los conceptos políticos y morales a que los pueblos de habla inglesa han dado el ser, y a los que hay frecuentes referencia en la carta del Atlántico, todo marchará bien. Si se separan y extravían de la luz que guía su destino, no habrá fin ni medida para las miserias y confusión que aguardan a la civilización moderna.

Estados Unidos y Comunidad Británica.

Esto no es una extravagancia retórica, una ocurrencia notable con una ocasión festiva: es la fría, dura e implacable verdad. Aun así, hay en ambos países muchos espíritus ligeros y apartados que se muestran, por sus actos y palabras, desconocedores de este hecho fundamental, hecho en modo alguno inamistoso hacia las otras grandes naciones que ahora luchan a nuestro lado, o hacia cualquier nación, grande o pequeña, que se abra camino entre los peligros de la edad presente.

No tendemos a ninguna combinación mezquina o egoísta. No atropellaremos los legítimos intereses y características de cualquier Estado aliado o amigo. Sentimos la más

cálida amistad hacia el valiente pueblo ruso, con quien hemos hecho un tratado de veinte años de amistad y ayuda mutua. Prevemos un futuro de engrandecimiento para la República de China, tan largo tiempo paciente. Deseamos una resurrección de la unidad y verdadera grandeza de Francia. Ofrecemos leal y fiel camaradería a todos. Empero, salta a la vista el tremendo hecho, inspirador de respeto, de que las democracias inglesa y americana, actuando juntas, pueden ayudar a todas las naciones a llegar salvas a puerto, mientras si nos dividimos, todas cabecearán y se extraviarán largo tiempo en mares oscuros y tempestuosos.

Me habéis dado el cofrecito que contiene el nombramiento de ciudadano de la ciudad de Londres. No siempre me he engañado sobre el futuro de los sucesos, y, si me lo permitís, inscribiré dentro de él algunas de esas palabras como mi testamento, porque me gustaría que se me tuviesen en cuenta en años que yo no he de ver.

Es singularmente adecuado hablar sobre este tema de la asociación fraternal de Inglaterra y los Estados Unidos, aquí, entre los nobles monumentos y las más nobles ruinas de la ciudad de Londres, porque nada podrá producir nunca más fervoroso sentimiento entre los pueblos británico y americano que la inquebrantable resistencia de Londres al formidable y prolongado ataque del enemigo. La frase «Londres podrá con ello», y la prueba que de esto se dió, estimularon todos los corazones generosos de los Estados Unidos, y su ilustre jefe, examinando toda la escena del mundo con ojos de experiencia y convicción, y sostenido por el Congreso de los Estados Unidos, vino en nuestra ayuda, con la famosa ley de Préstamos y Arriendos, del modo más útil a la gran causa que se hallaba en disputa.

No hay duda de que la simpatía de los Estados Unidos por la causa de la libertad y su aborrecimiento del credo nazi y de toda la amenaza que implica para las instituciones americanas, impelió a los Estados Unidos a bordear el conflicto hasta tal punto que los japoneses vieron la posibilidad de imponer su dominio asiático con el

golpe traidor de Pearl Harbour. Desde entonces, los americanos y nosotros hemos sostenido la guerra en común, compartiéndola igualmente, estando a las duras y las maduras, sin ahorrar sangre ni tesoros, no diré como si fuésemos un pueblo, pero sí como si fuésemos un ejército, una armada y una fuerza aérea tan sólo. Y así continuaremos como hermanos, hasta que la incondicional rendición de nuestros enemigos haya sido conseguida, y yo confío en que después también, hasta que se tomen todas las debidas medidas para garantizar nuestra seguridad durante un largo período de años contra un futuro mal uso.

Si la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini se hundiesen bajo el mayal de la Rusia soviética, y de los no desdeñables hechos de armas de los ejércitos ingleses y americanos en el Mediterráneo y en otras partes; si las industrias bélicas de Alemania dejasen de existir por la potencia aérea inglesa y americana, y esta primera y capital victoria se obtuviese antes de aplastar al Japón, entonces declaro, como en vuestro nombre declaré al Congreso de los Estados Unidos, que todos los hombres, todos los barcos y todos los aviones al servicio del rey que puedan ser enviados al Pacífico serán trasladados allí y mantenidos en acción por los pueblos de la Comunidad e Imperio británicos, en prioridad a cualquier otro interés, por muchos devastadores años que necesitemos para hacer a los japoneses, a su vez, someterse o morder el polvo.

En esta ocasión, volveré por un momento de los asuntos mundiales a los nuestros internos. Y he de decir en justicia que nuestras instituciones británicas, lentamente elaboradas, se han mostrado mejor adaptadas a esta crisis que a cualquiera que hayamos conocido en el pasado. Su majestad dispone de un Gobierno nacional compuesto de los hombres dirigentes de todos los partidos, oficialmente autorizados por esos partidos para servir al Estado, y sólo al Estado, en la coyuntura presente.

Gobierno, Prensa, Monarquía.

En el frente interior, declaro con sencillez bajo la que late viva confianza, que en las cuatro esferas más importantes: finanzas, trabajo, agricultura y alimentos—a las

que podría añadir varias otras—, se ha conseguido una administración eficaz, vigorosa y afortunada, que puede sostener la comparación, no sólo con lo hecho en la pasada guerra—que ganamos también y cuyas lecciones nos han enseñado tanto—, sino con lo que ocurra en cualquier otro país o bajo cualquier sistema de Gobierno, democrático o totalitario.

Además, declaro que nuestra vastamente influyente Prensa ha sabido combinar la actividad y la independencia con la discreción y el patriotismo. Celebro que ambas Cámaras hayan conservado y aseverado, aun en los períodos de mayor amargura y peligro, su plena libertad y autoridad. Y como antiguo diputado de los Comunes, declaro que si hoy, como primer ministro, recibo aquí los honores que me dedicáis, es sólo por el resuelto, infatigable y arrollador apoyo que he recibido de la más vieja, más famosa y más vital de todas las asambleas parlamentarias.

Finalmente, de todas nuestras instituciones no hay ninguna que mejor nos haya servido en la hora de la necesidad que nuestra antigua monarquía. Cuanto tenemos está centrado, y al presente encarnado, por el rey y la reina, tan queridos y honrados en todo su país. Todos hemos acogido y aclamado a nuestro gracioso y noble rey a su regreso de su visita a su victorioso ejército de África, y puedo decir que ninguno se congratula de tal regreso con más fervor que sus ministros, que tomaron la responsabilidad de aconsejarle que no refrenase su real voluntad sobre un viaje de tan peculiar carácter.

Panorama de la guerra.

El progreso general de la guerra es satisfactorio. En mayo, han sido ganadas dos grandes batallas por los aliados. Todos han sabido la gran victoria de Túnez, donde 350.000 alemanes e italianos han sido muertos o hechos prisioneros e inmensas cantidades de material de guerra y tonelaje, capturados o destruídos. Nos hemos felicitado, sobria, pero profundamente, de este señalado episodio militar, que se alinea junto a la magnífica victoria rusa en Stalingrado y ocupa lugar ante los ojos ingleses y en los ingleses ana-

les entre nuestras más famosas victorias de los últimos tiempos.

Pero hay otra victoria. Una no menos notable batalla se libró en mayo, en el Atlántico, contra los submarinos. Por obvias razones, de ésta se ha dicho mucho menos. En mayo, el Almirantazgo alemán hizo extremos esfuerzos para impedir la arribada a la Gran Bretaña de los enormes convoyes de vituallas y pertrechos de guerra que continuamente recibimos de los Estados Unidos y que necesitamos traer puntual y seguramente si nuestra capacidad de hacer la guerra ha de ser mantenida. Largas líneas de submarinos fueron enviadas a interceptar esos convoyes, y grupos de quince o veinte submarinos fueron concentrados para el intento. A fin de afrontar esto, las fuerzas británicas y americanas de mar y aire forzaron su acción contra las submarinos. La lucha se realizó, principalmente, en torno a los convoyes, aunque también en vastas extensiones del océano. Y terminó en la total derrota del ataque submarino.

Más de treinta submarinos fueron destruídos con certeza en el mes de mayo, y muchos de ellos se hundieron con sus tripulaciones en las profundidades del mar. Maltratados por tan graves pérdidas, los submarinos se han retirado para lamerse las heridas y llorar a sus muertos. Nuestros convoyes del Atlántico llegan con seguridad, y ahora, como resultado de la victoria de mayo y la destrucción de submarinos, hemos tenido en junio el mejor mes, desde todos los puntos de vista, que hemos conocido en los cuarenta y seis meses de guerra. Las prodigiosas construcciones navales de los Estados Unidos y la considerable contribución de Inglaterra, y también del Canadá, han producido un torrente de nuevos barcos que fluctúa entre siete y diez veces más que nuestras pérdidas durante junio. Desde mediados de mayo, apenas un solo buque mercante ha sido hundido en todo el Atlántico septentrional, y también en junio. Aunque los convoyes no son seriamente atacados por ahora, las pérdidas de los submarinos, que no debemos exagerar, han sido alentadoras y muy considerables. Doy adrede estos hechos en forma

que implique verdad sin exponer información detallada o precisa a círculos más amplios que aquellos con los que nosotros estamos en vasta relación.

De esto han de sacarse dos conclusiones. La primera, que no debemos suponer que esta mejora ha de ser mantenida o que no nos aguardan malos remiendos. La segunda, que, animados por el éxito creciente de nuestros métodos, debemos redoblar nuestros esfuerzos e ingeniosidad. Los desastres que han dominado la campaña submarina en mayo y también en junio han repercutido en otra fase de la guerra ofensiva. Esos dos meses han presenciado la más pesada descarga de bombas sobre centros industriales bélicos y de municiones de Alemania. Nada como los aplastantes efectos de esto sobre las ciudades del Ruhr y otros lugares ha sido nunca llevado tan lejos.

Hace tres años, Hitler alardeaba de que *borraría*—tal era el término—las ciudades de la Gran Bretaña; y ciertamente, en los nueve meses transcurridos antes que abandonara su ataque, sufrimos graves daños en nuestros edificios y dolorosos perjuicios en nuestras vidas y trabajos. Más de 40.000 compatriotas nuestros fueron muertos y más de 120.000 heridos. Pero ahora quienes sembraron vientos recogen tempestades. En la primera mitad de este año, que termina hoy, sólo la R. A. F. ha lanzado sobre Alemania treinta y cinco veces más tonelaje de bombas que el descargado en los mismos seis meses del año sobre esta isla. No sólo han crecido el peso de nuestro bombardeo ofensivo y su minuciosa multiplicidad, sino que nuestras medidas de defensa, tácticas y científicas, han mejorado más allá de toda comparación. En una sola noche, es decir, en una sola hora, hemos arrojado, por ejemplo, sobre Düsseldorf, dos mil toneladas de terribles explosivos y bombas incendiarias, con una pérdida de 38 aviones, mientras en la primera mitad de este mismo año el enemigo no ha descargado sobre nosotros arriba de 1.500 toneladas, con la pérdida comprobada de 245 aparatos.

Alemania.

Además, la flota aérea de los Estados Unidos en este país, ya muy numerosa y que crece con extraordinaria

rapidez, ha herido, con sus precisos bombardeos diurnos, los más sensibles centros nerviosos y esenciales de la producción de guerra del enemigo, y las tripulaciones y pilotos americanos ejecutan continuamente hechos de armas de la más alta pericia con inquebrantable audacia y abnegación. Todos estos hechos y tendencias, los cuales hemos de admitir que, aun mirados a la luz más prosaica, no son en modo alguno totalmente desfavorables en su carácter general, deben estimular nuestras empresas conjuntas al más alto grado y en escala siempre creciente.

Nunca me he permitido un trivial o fugaz optimismo, pero he juzgado oportuno hacer estas declaraciones porque estoy seguro de que no motivarán la menor complacencia o relajación en esa terrible y soberbia fuerza que está siendo puesta en acción. Esas fuerzas serán implacablemente aplicadas a la nación culpable y a sus dirigentes, que imaginaban que su superioridad aérea les permitiría aterrorizar y sojuzgar primero a Europa y después al mundo. Se aplicarán, y nunca se habrá dado caso tal del mordedor concluyendo mordido.

Durante el verano, nuestro ataque se concentrará sobre el Ruhr, resorte esencial de la industria de guerra alemana, pero a medida que las noches sean más largas y las fuerzas aéreas de los Estados Unidos más numerosas, nuestro fuerte brazo se alargará tanto de día como de noche, y no habrá en Alemania objetivo industrial o militar que no reciba, según estimemos necesario, la máxima aplicación de una fuerza exterminadora. La industria de guerra de Alemania ya ha sido, en alguna extensión, dispersada en poblaciones menores. Después de acabar con las ciudades, seguiremos con esos puntos. Luego, el peso del ataque aéreo ruso, ahora principalmente absorbido por su largo y activo frente de batalla, contribuirá con una participación adicional al total ataque.

Convengo en que ésta es una sombría perspectiva para el pueblo alemán, y ciertamente el doctor Goebbels está justificado al pintarla con los más tenebrosos colores. Pero cuando recordamos las terribles tiranías y crueldades que los ejércitos alemanes, sus *gauleiters* y sus torturadores

subalternos están infligiendo a casi toda Europa; cuando leemos todas las semanas las ejecuciones en masa de polacos, noruegos, holandeses, checoslovacos, franceses, griegos y yugoslavos; cuando vemos esos antiguos y honorables países, de cuyas proezas y tradiciones es heredera Europa, crisparse bajo el implacable yugo ajeno, y cuando vemos a sus patriotas pelear de semana en semana con más fiera y furiosa desesperación, podemos sentirnos seguros de empuñar la espada de la justicia y resolver usar esa espada en su plenitud y hasta el fin.

En este punto, las graves derrotas recientemente sufridas por los submarinos desempeñan su parte en el ataque general a la moral alemana. Aparte de sus misteriosas promesas de venganza, la única esperanza que el doctor Goebbels ofrece al pueblo alemán es que, aun cuando éste sufra la extrema tribulación del bombardeo aéreo, los submarinos causen en el océano iguales o mayores daños a la capacidad angloamericana de sostener la guerra. Cuando esta esperanza muera, como bien puede morir, parecerá a los más desapasionados observadores que se abre una descarnada y lúgubre perspectiva ante los cómplices de Hitler y sus engañados. Debemos dejar que ese procedimiento de rectificación de miras siga su curso.

Entre tanto, no tenemos tiempo para entregarnos a predicciones optimistas. Sólo digo que nuestros asuntos están en considerable mejor situación que lo estaban hace algún tiempo y que nos proponemos mantenernos recios e infatigables en el cumplimiento de nuestro deber y en obrar lo mejor posible en todo caso.

Italia.

Aún debo hablar de la guerra en el Mediterráneo, sobre la que tanto se comenta ahora. Los fascistas italianos de Mussolini, que son, al fin y al cabo, una pequeña porción privilegiada de la verdadera nación italiana, parecen ya padecer de esa guerra de nervios de que ellos y sus señores alemanes han hecho tanto uso en otras ocasiones anteriores. Aunque sólo han sido sometidos a preliminares y diversos bombardeos, ya discuten febrilmente dónde descargará el golpe, contra cuántas de las cosas o islas del golfo de León a Levante,

de la Riviera al Dodecaneso, puede ser dirigido, y cuál será su fuerza en cada punto. No nos corresponde a nosotros aliviar sus ansiedades e incertidumbres.

Que recuerden cómo ellos mismo atacaron a los turcos en Trípoli en años anteriores, a Abisinia en tiempos recientes, y aún más tarde a Albania, y cómo cayeron sobre Grecia y partieron para conquistar Egipto. Y que miren con añoranza los días en que solían perturbar un mundo pacífico y en que dependía de su César de oropel decidir qué comunidad más débil debía ser asaltada primero.

Nada puedo hacer para ayudarle a resolver sus temores, que, comunicados a sus aliados, pueden acaso haber conducido a la notablemente larga dilación en el principio de la anunciada ofensiva alemana contra Rusia. Pero tengo que dirigir a nuestro propio pueblo algunas palabras de aviso. Primero, que todas las grandes operaciones militares están sometidas a riesgos y cambios de fortuna. En la guerra, no conozco ninguna certidumbre. Y esto es particularmente verdadero en la guerra anfibia. Por tanto, cualquier exceso de confianza debe ser severamente reprimido.

Hay otro punto que debe comprenderse. Todas las grandes operaciones anfibias, en especial si requieren la cooperación de dos o más países, exigen largos meses de organización, con refinamientos y complejidades hasta ahora desconocidos en la guerra. Impulsos atrevidos, deseos impacientes y súbitos ramalazos de intuición militar no pueden apresurar el curso de los sucesos. No puedo ir más lejos de decir que habrá muy dura lucha, en el Mediterráneo y en otras partes, antes de la caída de la hoja.

La caída de la hoja.

Por lo demás, debemos dejar a los infelices italianos y a sus tentadores y maestros alemanes en esas ansiedades, que se agravarán de semana a semana y de mes a mes.

Añadiré, sin embargo, algo más antes de terminar. Las Naciones Unidas pedimos de las tiranías nazi, fascista y japonesa la rendición incondicional. Significamos con esto que su fuerza de resistencia ha de quedar completamente

quebrantada y que han de entregarse por completo a nuestra justicia y merced. También significa que debemos tomar todas las medidas de largo alcance que impidan al mundo ser de nuevo trastornado, deshecho y entenebrecido por esas calculadas intrigas y feroces agresiones. No significa, ni nunca puede significar, que empañemos nuestras armas victoriosas con inhumanidades o con meras ansias de venganza, o que no planeemos un mundo en que todas las ramas de la familia humana puedan tender a lo que la Constitución americana llama, conclusivamente: «Vida, libertad y la busca de la felicidad.»

EL IDEAL LIBERAL

DISCURSO EN EL CÍRCULO LIBERAL NACIONAL DE LONDRES AL SER DESCUBIERTO UN RETRATO DEL PRIMER MINISTRO QUE HABÍA SIDO DAÑADO POR UNA BOMBA

---

17 julio. *Las tropas americanas toman Agrigento, principal ciudad del sur de Sicilia. Más de quinientos bombarderos atacan a Nápoles.*

18 julio. *El general Alexander es nombrado gobernador militar de Sicilia y jefe de un organismo llamado AMBOT, o Gobierno Militar Aliado del Territorio Ocupado.*

19 julio. *Una considerable fuerza de bombarderos americanos efectúa el primer ataque aéreo a Roma, con gran cuidado de evitar daños a los monumentos históricos.*
Hitler y Mussolini se reúnen en el norte de Italia.

22 julio. *Las fuerzas aliadas dominan toda la Sicilia occidental.*
Los rusos ocupan Bolkov, al norte de Orel, y anuncian que en diez días de lucha en ese sector han hecho al enemigo más de cincuenta mil muertos y seis mil prisioneros.

[*22 julio 1943.*

Vuestro presidente ha dicho que ésta es, en cierto modo, una ocasión única. Pero confieso que a mí me recuerda mucho los viejos tiempos. Me siento muy honrado al ser invitado hoy aquí y hallarme de nuevo con mi antiguo colega en varias administraciones, lord Crewe, cuya amplia y sólida visión ha sido tan útil para muchos en los turbados años que hemos atravesado, así como al recibir del Círculo Liberal Nacional, con plena autorización de todos sus miembros, según entiendo, el muy grande cumplido de ver descubrir un retrato que ha sobrevivido igualmente a las vicisitudes de la política y a la violencia del enemigo.

Naturalmente, mi memoria vuelve a los días de mi

vida anterior, cuando tuve mis primeros contactos políticos efectivos con el partido liberal. En aquellos días, éste ganaba, tras un lapso de mucho años, el poder político, y por entonces—habla de 1906—parecía que muchas de las causas que habían hecho nacer al liberalismo como fuerza política estaban ya conseguidas. Habían sido quitadas sus cadenas a los esclavos, las carreras estaban abiertas al talento, las barreras de clase y privilegio se derrumbaban con gran rapidez, o ya habían sido eliminadas. Los derechos de las naciones pequeñas y los principios y tradiciones que animan a las nacionalidades en todo el mundo, recibían una cada vez mayor medida de respeto.

En muchos sentidos, cuando el Gobierno liberal de 1905-1906 llegó al poder, pudo examinar una escena en que muchas de las grandes tareas a que Gladstone estuviera asociado habían sido cumplidas, y entonces aquel Gobierno, bajo la activa inspiración y energía de Lloyd George, impulsó la larga sucesión de leyes sociales, seguros de todos géneros, pensiones de vejez e invalidez, bolsas de trabajo y todo ese gran campo de la legislación social en que el liberalismo encontró un fertilísimo y práctico trabajo que ejecutar, trabajo que ya ha progresado a través de la vida entera del pueblo de este país, y continuará.

Pero no ha terminado todavía y tiene un objetivo aún mayor y mejor a que tender. Existe el hecho, muy notable, de que cuando los principios de libertad parecían bien establecidos en este país, las fuerzas liberales se volvieron a las más animadas y prácticas esferas de la reforma social y dieron indudablemente a toda la legislación de nuestra tierra un carácter enteramente nuevo y benéfico.

Ha pasado el tiempo y terribles guerras han asolado al mundo, guerras completamente aborrecibles para los conceptos de los días victorianos, guerras no concebibles en su horror, su brutalidad, su aspereza, su implacabilidad inevitable, por los estadistas del siglo XIX. Pero esas guerras, en su curso, han llevado al partido liberal a los principios de su inspiración—el deber y la libertad humanos—, al deber ineludible de los hombres libres de defender el suelo en que viven y el derecho de gobernarse de

acuerdo con sus deseos, conceptos y tradiciones. Y así, la llama de la libertad ha ardido, y así, el partido liberal ha entrado plenamente en ese esfuerzo con esa ardiente llama, con esa antorcha al frente, esa antorcha de libertad que nunca permitiremos que se extinga.

No sólo hemos desenvainado la espada por una causa generosa que requiere los esfuerzos de todos; no sólo es la liberación de todos los países esclavizados y sojuzgados una causa que inflama todo pecho en que hayan sido infundidos principios liberales; no sólo esta causa progresa, sino que hemos de ver, en días venideros y aun en el tiempo presente, que se necesitarán definiciones mucho más exactas de los derechos del individuo y de las relaciones del individuo con la gran estructura del Estado, que, a mi entender, debe tener como su más alto propósito la salvaguardia de esos derechos individuales y el conciliar la libertad de cada uno con los amplios intereses generales de la comunidad.

Por tanto, paréceme que, a través de las vicisitudes y borrascas que hemos atravesado y a las que hemos sobrevivido, una gran parte de ese edificio ha resistido a todos los choques y violencias; paréceme que una gran masa de liberalismo se ha infundido en los demás partidos, y que esto ha dado a los que lo han seguido profesando toda su vida una sensación de continua fructuosidad y esfuerzo. Y me parece que después de esta guerra habrá otras tareas que hacer. Habrá grandes labores de reconstrucción. Habrá grandes tareas de asegurar el avance de las ideas y de no permitirlas retroceder por impulsos de cansancio, agotamiento o reacción. Un continuo avance de ideas cultivadas, reglamentadas y llevadas hacia adelante, debe ser mantenido, y entre ellas una definición exacta de las relaciones del individuo con el Estado desempeñará una parte en que las concepciones liberales han de ejercer grandísimo influjo.

En esta reconstrucción del país nadie, a mi juicio, tiene derecho, salvo fundándose en escrúpulos intelectuales o morales, de apartarse; nadie debe contentarse con una actitud puramente crítica, adoptando el sistema de arro-

jar ladrillos a los atareados trabajadores; y así, yo contemplo en el futuro no sólo la doctrina liberal, sino las actividades liberales desempeñando una gran parte en la reconstrucción de nuestro país y en la consolidación de lo ganado a través de esta dura y larga prueba.

Os aseguro que me siento muy emocionado por vuestra bondad conmigo, y muy honrado de que mi retrato penda en estos muros con hombres a quienes he conocido y con quienes he trabajado en los años formativos de la vida política británica. Vuestra buena acogida y la generosa amabilidad con que nos habéis tratado a mi mujer y a mí serán siempre gratamente recordadas en mi memoria.

CAÍDA DE MUSSOLINI

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES

23 julio. *Tropas americanas ocupan Palermo, la mayor ciudad de Sicilia.*

24 julio. *La R. A. F. lanza dos mil toneladas de bombas sobre Hamburgo.*
Stalin declara que los alemanes, en los dieciocho días de su ofensiva de verano en Rusia, han perdido setenta mil muertos, dos mil novecientos tanques, mil treinta y nueve cañones y mil trescientos noventa y dos aeroplanos.

25 julio. *Dimite Mussolini y termina el régimen fascista en Italia después de veintiún años. El rey de Italia toma el mando supremo de las fuerzas armadas y nombra primer ministro al mariscal Badoglio, quien declara que la guerra continuará.*

26 julio. *Se proclama en Italia la ley marcial. Se forma nuevo Gobierno, con el doctor Guariglia como ministro de Asuntos Extranjeros.*

27 julio. *Churchill declara a la Cámara de los Comunes que Italia ha de elegir entre rendirse o ser sometida a un alud de fuego.*
La R. A. F., continuando su asalto de día y noche contra Hamburgo, lanza dos mil trescientas toneladas de bombas en cuarenta y cinco minutos.

[*27 julio 1943.*

La Cámara habrá oído con satisfacción la caída de uno de los principales culpables de esta desoladora guerra. El fin del largo y severo reinado de Mussolini sobre el pueblo italiano señala indudablemente el fin de una época en la vida de Italia. La clave de la bóveda del arco fascista se ha derrumbado, y, sin intento de profetizar, no parece inverosímil que todo el edificio fascista caiga a tierra en ruinas, si no ha caído ya. El sistema totalitario de un solo partido, armado con una Policía secreta, atribuyén-

dose a sí mismo en la práctica todos los cargos, hasta los más humildes, dependientes del Gobierno, con magistrados y tribunales bajo el dominio del ejecutivo, con toda su red de espías domésticos y vecinos informadores, es un sistema que, aplicado durante un largo período de tiempo, deja a las grandes masas sin influjo alguno sobre el destino de su país y sin ninguna figura independiente aparte de las clases oficiales. Todo esto, creo, es un eximente para el pueblo de Italia, un eximente, aunque no haya ninguno realmente válido para pueblo o país alguno que permita que su libertad y derechos inherentes sean arrebatados de sus manos.

La conmoción eterna de la guerra ha roto el hechizo que sostenía en Italia, durante más de veinte años, en sujeción física y hasta moral, a las masas. Podemos, por tanto, esperar razonablemente que ocurran grandes cambios en Italia. Qué forma adoptarán, o cómo influirán sobre las fuerzas alemanas de ocupación y vigilancia, es demasiado pronto para predecirlo. La culpa y locura de Mussolini han costado caras al pueblo italiano. Parecía seguro y fácil, en mayo de 1940, atacar a Francia por la espalda y avanzar para apropiarse de las posesiones e intereses mediterráneos de una Inglaterra que Mussolini, sin duda, creía sinceramente en decadencia y ruinosa. También parecía fácil y seguro atacar al más pequeño Estado griego. Pero hubo decepciones. Los sucesos tomaron un curso diferente. A través de muchos cambios de fortuna y de largas etapas del destino, los ejércitos ingleses y de los Estados Unidos, tras ocupar el Imperio africano de Italia, el norte de África y casi toda Sicilia, se hallan ahora a las puertas de la tierra firme italiana, armados con todos los elementos marítimos y aéreos y con una fuerza de tierra y anfibia muy numerosa, equipada con todas las armas y mecanismos modernos.

¿Qué llevarán a Italia esas superiores fuerzas? Llevarán, si así lo decide el pueblo italiano, liberación de la guerra, libertad de la servidumbre, y, tras un intervalo, un lugar respetable en la nueva y rescatada Europa. Cuando supe las escenas registradas en la bella ciudad de Pa-

lermo a la entrada de las tropas estadounidenses y examiné un cúmulo de detallada información que se me había proporcionado, no dudé de que el principal deseo del pueblo italiano es verse completamente libre de sus señores alemanes, evitarse una ulterior y perfectamente inútil prueba de destrucción y resucitar sus anteriores instituciones democráticas y parlamentarias. Todo eso pueden tenerlo. La opción está en sus manos. Como alternativa, los alemanes, naturalmente, desean que Italia se convierta en campo de batalla, un campo de batalla preliminar, y que, mediante los sufrimientos italianos, los estragos de la guerra sean mantenidos lo más alejados posible, y por tanto tiempo como se pueda, de la tierra alemana. Si el Gobierno y el pueblo italianos deciden dar camino a los alemanes, no nos queda elección. Continuaremos peleando en Italia por todas partes: por Norte y Sur, por mar y aire, y con desembarcos anfibios nos esforzaremos en llevar sobre Italia crecientemente el máximo rigor de la guerra. A este efecto ya se han dado órdenes a todos los jefes aliados.

La opción en manos de Italia.

Una decisión del Gobierno y pueblo italianos de continuar bajo el yugo alemán no afectará seriamente el curso general de la guerra. Y aún alterará menos su resultado último. La única consecuencia será que en los próximos meses Italia será abrasada, lacerada y entenebrecida de extremo a extremo. Sé poco o nada del nuevo Gobierno. No expreso opinión alguna, pero es obvio que, en cuanto a su propio pueblo concierne, ese Gobierno tiene que tomar una muy importante decisión. Entre tanto, deseo que los varios procedimientos por lo que esa decisión sea alcanzada no sigan su curso bajo otra presión que la de una guerra implacable. Esta operación puede exigir algún tiempo. Puede haber varias etapas de transición. La experiencia pasada muestra que cuando grandes cambios de ánimo y carácter suceden en el Gobierno de una nación, a menudo una etapa es rápidamente sucedida por otra. Pero no puedo decirlo. No hemos recibido insinuaciones del Gobierno italiano, y, por tanto, ninguna decisión se requiere de nosotros, excepto las relacionadas con des-

encadenar el máximo alud de fuego y acero sobre todos los objetivos de importancia militar a todo lo largo y ancho de Italia. Sin embargo, debo pronunciar una palabra de advertencia. No sabemos lo que va a ocurrir en Italia, y ahora que Mussolini se ha ido y el poder fascista está cierta e irrevocablemente destrozado, seríamos necios si nos privásemos de todos los medios de llegar a conclusiones generales con la nación italiana. Sería un error grave, cuando los asuntos italianos están en esta flexible, flúida y formativa condición, que los poderes redentores, Inglaterra y los Estados Unidos, obraran proponiéndose destruir toda la estructura y expresión del Estado italiano. No tendemos ciertamente a reducir la vida italiana a una condición de caos y anarquía y a encontrarnos sin autoridades con quienes tratar. Haciéndolo así, deberíamos confiar a nuestros ejércitos y a la guerra el cargo de ocupar, milla a milla, el país entero y obligar a la rendición individual a toda fuerza armada o coherente en cada distrito en que nuestras tropas pudieran entrar. Una inmensa tarea de guarnicionamiento, policía y administración caería sobre nosotros, envolviendo una lamentable pérdida de fuerzas y aun más de tiempo.

Debemos tener cuidado de no ponernos en la clase de situación en que los alemanes torpemente se han colocado en muchos países: el de haber de mantener con una administración en detalle, por un sistema de *gauleiters*, la vida entera de una población muy grande, siendo así responsables, en este duro período, de su vida y bienestar. Tal sistema podría, en la práctica, cambiar el sentido de liberación, que puede estar pronto en nuestros medios dar al pueblo italiano, en un sombrío descontento contra nosotros y nuestra labor. Los liberadores podrían pronto, en efecto, ser mirados como tiranos y tan odiados, o casi tanto, por el pueblo italiano como sus aliados alemanes. Ciertamente no deseo, en el caso de Italia, trillar un sendero que conduzca a los piquetes de fusilamiento y los campos de concentración, y sobre todo a sostener sobre nuestro hombros a un montón de gentes que pueden sostenerse a sí mismas.

Así, mi consejo a la Cámara de los Comunes, y a la nación británica, y a la Comunidad e Imperio británicos, y a nuestros aliados, puede en esta coyuntura ser muy simplemente explanado. Dejemos a los italianos, para emplear una frase familiar, cocerse por algún tiempo en su propio jugo, y avivemos el fuego para acelerar el procedimiento, hasta que obtengamos de su Gobierno, o de cualquiera que posea la necesaria autoridad, todo lo que indispensablemente requerimos para continuar la guerra contra nuestro enemigo principal, que no es Italia, sino Alemania. Entra en el interés de Italia, y también en el de los aliados, que la rendición incondicional de Italia se haga en conjunto y no parcialmente. No puedo decir si cabe cumplir esto o no, pero la gente de este país y de otras partes que carezca del preciso conocimiento de todas las fuerzas en juego, o no pueda asignar verdaderas valoraciones a los diversos hechos y factores, debe en este caso, creo, moderar sus palabras y escritos, a menos que deseen aumentar los trabajos, tareas y pérdidas de nuestros ejércitos y prolongar y ennegrecer las miserias que han caído sobre el mundo.

En todos estos asuntos, desde luego, actuamos en estrecho concierto con los Estados Unidos, nuestros asociados e iguales, y nuestros buenos y bravos camaradas en esta nueva y tremenda empresa mediterránea. A nuestros amigos rusos se les informa también regularmente. Los comandantes aliados de la zona mediterránea están en estrecho acuerdo sobre los muy difíciles problemas surgidos en tales circunstancias por el inevitable interdesarrollo de los elementos militares y políticos, y los ejércitos ingleses y de los Estados Unidos, puestos bajo el mando de esos comandantes, obran como si fuesen el ejército de una nación sola, y un ejército, lo recuerdo a la Cámara, que se ha mostrado poco menos que capaz de prodigios de intrincada organización. Los dos Gobiernos están en continua y consulta a través del Departamento Extranjero, y yo correspondo personalmente todos los días, autorizado por el Gabinete de Guerra, con el presidente de los Estados Unidos. Creo que el Gobierno de su majestad tiene

derecho a pedir la recia y sostenida confianza del Parlamento. Tras años de extrema dificultad y peligro, estamos llevando una guerra y política cada vez más afortunada, y nos sentimos seguros de que la Cámara no desea privarnos de la plena libertad de actuar en nombre e interés de la nación como creamos adecuado en esta coyuntura particular, tan rápida y movida. Es extremadamente importante que siga concediéndose plena amplitud al Gobierno por la Cámara, que no se intente ninguna disminución de la responsabilidad del ejecutivo, y que no se pidan inoportunas o prematuras explicaciones sobre asuntos de tal consecuencia y complicaciones.

Se han dirigido peticiones sobre un debate. Puede ser dable para mí hacer alguna ulterior declaración, no sólo sobre la situación mediterránea, sino sobre la guerra en conjunto, antes de que la Cámara se cierre. Celebraría mucho que fuera posible, pero no puedo prometerlo ahora, porque desconozco si la semana que viene se alcanzará algún punto desde el que se pueda hacer un examen general con utilidad. En los periódicos aparecen muy completos, vividos y excelentes relatos de todas las operaciones. Un inmenso ejército de corresponsales se mueve con las tropas y lleva sus tomavistas al fragor de la lucha, y un inmenso volumen de material de profundísimo interés y alta calidad llena de hora en hora las columnas de la Prensa. Por ahora, muy poco puedo añadir a eso, excepto, desde luego, asentar las cosas en proporción tal como mis colegas y yo las miramos y dar la adecuada importancia, o lo que nosotros, en nuestro juicio falible, juzgamos ser la adecuada importancia, a los varios hechos y factores.

Me aventuro a ofrecer otra frase de advertencia, y no creo inoportuno hacerlo en un momento en que, como es natural, nuestros ánimos están muy levantados. ¿Qué es Italia como unidad de guerra? Italia es, o más bien era, acaso una décima parte de la potencia alemana. La tiranía alemana está siendo violentamente atacada y asediada por todas partes. Grandes batallas en el frente ruso, que exceden en

La fuerza de Alemania.

mucho a cualquier operación en que nosotros y los Estados Unidos hayamos hasta ahora estado empeñados en tierra, han infligido en el mes de julio profundos daños al ejército alemán. La destrucción sistemática de las ciudades alemanas continúa implacablemente con fuerza siempre en aumento. El espíritu de revuelta crece en todas las tierras sojuzgadas. El dominio alemán del cabo Norte, en Noruega, a la isla de Creta se mantiene sólo por una ominosa e inexorable crueldad, mediante represalias y matanzas. Las esperanzas alemanas de que la lucha submarina cambiase el curso de la guerra se han hundido tanto como los propios submarinos. Toda la perspectiva del partido y régimen nazis, su perspectiva ideológica, según se dice, se perturbará y oscurecerá por los acontecimientos que han ocurrido y van a ocurrir en Italia, y el hundimiento en vergüenza y ruina del primero de los dictadores, agresores y señores de la guerra hace sonar un repique fúnebre de inminente sentencia en los oídos de los que permanecen.

Pero que esta favorable inclinación de nuestra fortuna no nos ciegue a la inmensidad de las tareas que nos aguardan, ni a los esfuerzos que han de hacerse, ni a las privaciones y tribulaciones que aún han de ser soportadas y vencidas. La fuerza nacional alemana es maciza todavía. Los ejércitos alemanes, aunque seriamente batidos por las tres campañas rusas, permanecen intactos e inquebrantados. Hitler tiene a sus órdenes trescientas divisiones alemanas, excluyendo las satélites. Tres cuartas partes de ellas son móviles y las más continúan estando bien equipadas. En este momento peleamos con algunas de esas divisiones en Sicilia y vemos que oponen una obstinada resistencia en posiciones bien adaptadas a la defensa. La autoridad del Gobierno central en Alemania sujeta e invade todas las formas de la vida alemana. Los recursos de una docena de países están en sus manos, para la explotación. Las perspectivas de la cosecha se dice que serán buenas. La máquina nazi de guerra es una odiosa pesadilla que se cierne sobre Europa y que estamos completamente resueltos a destruir, y los asuntos de Italia han de ser manejados con este supremo objeto constantemente

a la vista. Me aventuro a decir que nuestra estrategia y nuestra política han sido justificadas por los acontecimientos, y espero ofrecer al Parlamento, según los meses se desarrollen, ulteriores y convincentes pruebas de este aserto; pero no podemos permitirnos ningún gran error, que mediante cuidadosa previsión quepa evitar, ni podemos permitirnos prolongar por alguna evitable torpeza el sombrío viaje en que perseveraremos hasta el fin.

EXHORTACIÓN A UNA CONFERENCIA DE LAS TRES POTENCIAS

DISCURSO RADIADO AL MUNDO

---

25 agosto. *Lord Luis Mountbatten es nombrado supremo jefe aliado en el sudeste de Asia para operaciones con base en la India y Ceilán.*
26 agosto. *Inglaterra, los Estados Unidos y el Gobierno canadiense reconocen la autoridad del Comité Francés de Liberación Nacional de Giraud-De Gaulle.*
28 agosto. *Se anuncia la muerte del rey Boris de Bulgaria, pero no se dan detalles y circulan muchos rumores.*
29 agosto. *Estalla un movimiento en Dinamarca y se proclama la ley marcial. Ocho barcos de guerra daneses llegan a Suecia.*
30 agosto. *Los alemanes intervienen plenamente en Dinamarca. Los rusos ocupan Taganrog.*
31 agosto. *Los rusos desencadenan un ataque iniciando la ofensiva contra Smolensko.*

[*31 agosto 1943.*

A principios de julio principié a sentir la necesidad de una nueva reunión con el presidente de los Estados Unidos y también de otra conferencia conjunta de nuestros Estados Mayores. Todos nos sentimos complacidos cuando, con feliz inspiración, el presidente Roosevelt sugirió Quebec como lugar y cuando el gobernador general y el Gobierno del Canadá nos ofrecieron su hospitalidad fastuosa. Ciertamente, no podía haberse elegido asiento más adecuado y espléndido para los que dirigen la política de guerra de las dos grandes democracias occidentales en este cardinal momento de la segunda guerra mundial, que el que tenemos en las planicies de Abraham, en Château Frontenac, tras

El Canadá y la guerra.

los baluartes de la ciudadela de Quebec, entre los cuales os hablo en este momento.

Aquí, en las puertas del Canadá, en ricas tierras que no han conocido nunca las tiranías totalitarias de Hitler y Mussolini, el espíritu liberal ha encontrado segura y estable morada. Aquí, este espíritu no es un fantasma errante. Se guarda en el relicario de las instituciones parlamentarias fundadas en el sufragio universal y desarrolladas a través de los siglos por los pueblos de habla inglesa. Está inspirado por la Carta Magna y la Declaración de Independencia. Está guardado por resueltos y vigilantes millones de hombres, nunca tan fuertes o bien armados como hoy.

Quebec era el lugar justo para que las dos grandes potencias del mar y del aire resolviesen y formasen planes a efectos de llevar sus crecientes ejércitos a más estrecho contacto y más fiera pugna con el enemigo común. Sobre todo, aquí, capital y corazón del Canadá francés, cabía pensar en la tortura del pueblo francés, implantar nuevas medidas para su liberación y enviarle a través del océano un mensaje diciéndole que no le hemos olvidado, ni todos los servicios que Francia ha rendido a la cultura y la civilización, a la marcha del humano intelecto y a los derechos del hombre. Durante cuarenta años o más he creído en la grandeza y virtud de Francia; en oscuros y abrumadores días no he vacilado, y desde el acuerdo anglofrancés de 1904, siempre he trabajado y servido activamente con los franceses en la defensa de causas justas.

Por tanto, es para mí honda satisfacción poder dirigir palabras de esperanza, consuelo y agradecimiento, no sólo a los franceses que, libres de las garras de Hitler, marchan en armas con nosotros, sino también a las vastas masas de la nación francesa que esperan el día en que puedan ser libres y limpiar su tierra del tormento y vergüenza del yugo germano. Podemos estar seguros de que eso llegará. Podemos estar seguros de que Francia se levantará de nuevo, libre, unida e independiente, para guardar con los otros la generosa tolerancia y las brillantes

oportunidades de la sociedad humana que nos proponemos rescatar y reconstruir.

He tenido también aquí la ventaja de conferenciar con el primer ministro del Canadá, señor Mackenzie King, el experto estadista que condujo al dominio instantánea y unidamente a la guerra, y de poder tratar repetidas veces con su Gabinete. Los Estados Mayores británico y canadiense han estudiado, juntos, todos los aspectos de la guerra. La contribución del Canadá al esfuerzo combinado de la Comunidad e Imperio británicos en aquellos tremendos tiempos ha afectado profundamente el corazón de la madre patria y de todos los demás miembros de nuestra amplia familia de estados y razas.

Desde los más negros días, el ejército canadiense, fortaleciéndose de año en año, ha desempeñado un papel indispensable en la tarea de proteger el suelo británico contra la invasión. Ahora se distingue luchando en más vastos campos, cada vez en incremento. La Organización de Instrucción Aérea Imperial, que tuvo un éxito maravilloso, encontró su sede en el Canadá, y ha acogido a la flor de la juventud de la Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda en sus espaciosos aeródromos en camaradería con sus propios y valientes hijos.

En el curso de la guerra, el Canadá se ha convertido en una importante nación marítima, construyendo muchos barcos de guerra y mercantes, algunos de ellos a miles de millas del agua salada, y enviándolos, tripulados por canadienses, a escoltar los convoyes del Atlántico y guardar nuestras líneas vitales a través del océano. Las industrias de municiones del Canadá han desempeñado un papel importantísimo en nuestra economía de guerra. El Canadá ha librado a la Gran Bretaña de lo que, si no hubiera sido por esas municiones, habría sumado una deuda no menor de dos mil millones de dólares.

Todo esto, desde luego, no lo dictaba ninguna ley. No provenía de ningún tratado de obligación formal. Brotó en perfecta libertad del sentimiento y la tradición y de la resolución generosa de servir al futuro del género humano. Celebro rendir este tributo, en nombre del pueblo de la

Gran Bretaña, a este gran dominio y rendirlo en suelo canadiense. Sólo desearía que mis otros y tan exigentes deberes me permitieran viajar aún más lejos y decir a los australianos, neozelandeses y sudafricanos, en su presencia, lo que sentimos por cuanto han hecho y están resueltos a hacer.

Mencioné hace poco el acuerdo entre Inglaterra y Francia de hace cuarenta años, y cómo lo hemos sostenido, y lo sostendremos, con inquebrantable fidelidad. Pero hay otra gran nación con la que hemos hecho un solemne tratado. Hemos firmado un tratado de veinte años, de buena voluntad y ayuda mutua, con la Rusia soviética. Podéis estar seguros de que Inglaterra está resuelta a poner de su parte todo lo posible para cumplirlo con toda nuestra fuerza y perseverancia nacionales.

Invitación a Rusia.

No hubiese sido adecuado que Rusia estuviese representada en esta conferencia angloamericana, que, aparte de tratar sobre las operaciones de nuestras fuerzas combinadas en el Mediterráneo y en otras partes, tiende amplia, si no principalmente, a estimular y alentar la guerra contra el Japón, con el cual el Gobierno soviético tiene un tratado de no agresión por cinco años.

Por tanto, invitar a Rusia hubiera sido embarazoso para nosotros. Pero nada se acerca más a los deseos del presidente Roosevelt y a los míos que tener una reunión de tres miembros con el mariscal Stalin. Si esto no ha sucedido aún, no es, ciertamente, porque no hayamos hecho todo lo posible, o no estuviésemos resueltos a apartar todo impedimento y emprender al efecto inmensos viajes. Pero el mariscal Stalin, que ejerce el mando directo de los victoriosos ejércitos rusos, no puede ahora abandonar los frentes de batalla, donde dirige operaciones de vital trascendencia no sólo para Rusia, que es objeto del feroz ataque alemán, sino también para la causa de las Naciones Unidas.

A juzgar por las últimas noticias de los frentes de Rusia, el mariscal Stalin no está ciertamente perdiendo el tiempo. Todo el Imperio británico le envía nuestros salu-

dos por esa brillante campaña de verano y por las victorias de Orel, Jarkov y Taganrog, con las que tanto suelo ruso ha sido redimido y tantos cientos de miles de sus invasores eliminados.

El presidente y yo perseveraremos en nuestros esfuerzos para entrevistarnos con el mariscal Stalin, y entre tanto parece muy necesaria y urgente una conferencia de los ministros de Asuntos Extranjeros de Inglaterra, Estados Unidos y Rusia, o sus representantes autorizados, que se ha de celebrar en algún punto conveniente, y no sólo para explorar los diversos acuerdos atañentes a la futura seguridad del mundo, sino para llevar sus discusiones a un punto en que puedan intervenir los jefes de Estados o Gobiernos.

Celebraremos mucho también asociar a representantes rusos en las decisiones políticas nacidas de las victorias que las fuerzas angloamericanas han ganado en el Mediterráneo. De hecho, no hay paso que podamos dar, o al que nos fuerce el imprevisible curso de la guerra, sobre el que no deseemos consultar a nuestros amigos y aliados rusos con la más plena sinceridad y confianza. Sería gran ventaja para nosotros y para todo el mundo libre el poder alcanzar unidad de pensamiento y decisión entre los tres grandes adversarios de la tiranía hitlerista respecto a las medidas prácticas sobre un lejano futuro, así como sobre los problemas estratégicos.

Durante los dos últimos años hemos oído hablar mucho sobre lo que se llama un segundo frente en el norte de Francia, contra Alemania. Todos pueden ver cuán deseable sería esta inmensa operación bélica. Es muy natural que los rusos, que soportan el peso principal de los ejércitos alemanes en su frente, nos exhorten incesantemente a emprender esa tarea y no oculten sus quejas y hasta sus reproches de que no lo hayamos hecho todavía.

No los censuro en nada por lo que dicen. Luchan tan bien y han causado tan enorme daño a la fuerza militar de Alemania, que nada que puedan decir criticando sinceramente nuestra estrategia o la parte que en la guerra hemos podido desempeñar, debe ser tomado entre nos-

otros a mala parte, o debilitar nuestra admiración por sus proezas y consecuencias marciales.

El tercer frente.

Ya una vez tuvimos un frente en Francia, pero fué destruído por el poder concentrado de Hitler, y es más fácil ver derrumbado un frente que erigirlo de nuevo ahora. Preveo el día en que los ejércitos liberadores ingleses y americanos cruzarán el Canal en plena fuerza y tomarán estrecho contacto con los alemanes invasores de Francia. No desearéis ciertamente que os diga cuándo ello ocurrirá, o si ha de ser pronto o tarde; pero cuando el gran golpe se aseste, podéis estar seguros de que lo haremos porque haya una buena probabilidad de éxitos continuados y las vidas de nuestros soldados puedan ser empleadas de acuerdo con firmes planes militares y no prodigadas por consideraciones políticas de ningún género.

Someto al juicio de las Naciones Unidas y de la Historia si esta estrategia inglesa y americana, en cuanto dirigida por los jefes de nuestros Estados Mayores combinados y en cuanto aprobada y en alguna extensión dirigida por el presidente y por mí, ha sido o no la mejor que se nos ofrecía en el sentido práctico. Ha sido atrevida y osada y ha puesto en acción contra el enemigo el máximo de fuerzas eficaces que podían haber sido desplegadas hasta el presente por la Gran Bretaña y los Estados Unidos, teniendo en cuenta las limitaciones del transporte oceánico, las condiciones peculiares de la guerra anfibia y el carácter e instrucción de los ejércitos que poseemos y que en gran parte han empezado a existir después del principio de la guerra.

Personalmente, siempre he pensado en el tercer frente tanto como en el segundo. Siempre he creído que las democracias occidentales debían ser como un boxeador, que lucha con ambas manos y no con una. Creo que el gran movimiento de flanco en África del Norte, hecho bajo la autoridad del presidente Roosevelt y del Gobierno de su majestad, cuyo agente principal soy yo, será mirado posteriormente como una cosa oportuna en todas las circunstancias.

Y de cierto ha producido ricos y esenciales resultados. África está limpia. Todos los ejércitos alemanes e italianos de África han sido aniquilados y tenemos en nuestras manos al menos medio millón de prisioneros. En una brillante campaña de treinta y ocho días, Sicilia, defendida por 400.000 soldados del Eje, ha sido conquistada.

Mussolini ha sido derribado. El impulso de guerra de Italia ha sido destruído y ese desgraciado país está pagando una terrible pena por haber permitido que le condujeran mal guías falsos y criminales. ¡Cuánto más fácil es unirse a malos compañeros que desprenderse de ellos! Gran número de tropas alemanas han sido sacadas de Francia últimamente para someter al pueblo italiano, para convertir a Italia en campo de batalla y para mantener la guerra lo más distante que quepa del suelo alemán durante el mayor tiempo posible. La mayor parte de la fuerza aérea alemana ha sido retirada del frente de Rusia y está siendo atacada y desgastada con siempre creciente intensidad, día y noche, por los aviadores ingleses, americanos y canadienses.

Y lo que es más que todo eso: hemos establecido una iniciativa estratégica y una potencialidad—en el Atlántico y en el Mediterráneo—de la que el enemigo no puede medir la magnitud ni prever la hora de la aplicación. En el Mediterráneo y en nuestros ataques aéreos sobre Alemania, la guerra ha prosperado. Una inmensa disminución de la capacidad de Hitler para hacer la guerra ha sido conseguida por el bombardeo aéreo, y este bombardeo, desde luego, aumentará constantemente en volumen y en precisión a cada mes que pase.

Admito sin dificultad que mucho de esto hubiera sido imposible, en esta forma y tiempo, sin las valientes y magníficas hazañas y triunfos del ejército ruso, que ha defendido su suelo nativo, contra un ataque vil y no provocado, con incomparable vigor, destreza y devoción, y a un terrible coste en sangre rusa.

Ningún Gobierno humano ha sido hasta ahora capaz de sobrevivir a golpes tan graves y crueles como los infligidos a Rusia por Hitler. Pero bajo el mando del mariscal Sta-

lin, y gracias también al apoyo de los pueblos británicos cuando estaban solos, y a las abundantes municiones y suministros de todo género, ingleses y americanos, Rusia no sólo ha revivido y se ha recobrado de esos terribles daños, sino que ha causado, como ninguna otra fuerza en el mundo hubiese podido causar, mortales daños a la máquina militar alemana.

Los Balcanes.

Importantísimos y significativos acontecimientos están sucediendo en los Balcanes como resultado de las victorias rusas, y también, creo, de la campaña angloamericana contra Italia. Tres veces en los últimos treinta años el pueblo búlgaro, que debe su liberación y existencia a Rusia, ha sido traicionado en sus intereses, y en gran extensión contra sus deseos, siendo impelido al desastre por malos directores. La suerte de Boris puede recordar a otros descarriados que el castigo del pecado es la muerte.

Esta es ocasión también de recordar la gloriosa resistencia que a los invasores de sus tierras nativas ofrecen los pueblos de Yugoslavia y de Grecia y de aquellos a quienes Gladstone llamó antaño «los heroicos serranos de Montenegro». Todos los Balcanes arden, y el inminente hundimiento de Italia es un factor bélico que no sólo eliminará de la escena a los más numerosos de sus atacantes, sino que también acercará más la ayuda a esas invencibles razas. Preveo con confianza el día en que Grecia y Yugoslavia sean otra vez libres para vivir sus propias vidas y decidir sus propios destinos. Aprovecho esta oportunidad para enviar un mensaje de aliento a esos pueblos y a sus Gobiernos, y a los reyes de Grecia y Yugoslavia, que no han titubeado en su deber ni por un momento, y a quienes esperamos ver restaurados en sus tronos por libre elección de sus pueblos redimidos.

Vayamos todos juntos hacia adelante, haciendo nosotros mismos cuanto podamos y haciendo que lo hagan los demás, resueltos a aplicar las máximas fuerzas a nuestras órdenes sin atender a ningún otro pensamiento que al ataque y destrucción de esas monstruosas y malévolas dominaciones que tan caras han costado a todas y cada una

de nuestras vidas nacionales y al futuro del género humano.

Desde luego, como os dije, gran parte de las discusiones de Quebec se dedicó a la vehemente prosecución de la guerra contra el Japón. Las principales fuerzas de los Estados Unidos y la juventud de Australia y Nueva Zelanda están empeñadas en fructuoso forcejeo con los japoneses en el Pacífico. La primordial incumbencia de Inglaterra contra el Japón radica al presente en el frente indio y en el océano Índico. La creación de un mando angloamericano combinado sobre todas las fuerzas de tierra, mar y aire de ambos países en ese escenario bélico, mando similar al que se ha mostrado tan feliz en el noroeste de África, ha sido llevada a efecto ahora.

Guerra en Asia.

Se ha elegido, pues, un comandante supremo del Asia Sudeste, y su nombre ha sido aclamado por la opinión británica, americana y china. Obrará en asociación constante con el generalísimo Chang-Kai-Chek. Cierto que lord Luis Mountbatten tiene sólo cuarenta y tres años. No es frecuente en las circunstancias modernas y en las profesiones militares que un hombre tenga tal responsabilidad tan pronto. Pero si un oficial que ha dedicado toda su vida al arte militar no entiende de guerra a los cuarenta y tres años, no es verosímil que aprenda mucho más después. Como jefe de operaciones combinadas, lord Luis ha acreditado raras facultades de organización e ingenio. Es—pedantería aparte—lo que llamaré un «completo trifibio», es decir, un ser que se halla igualmente con naturalidad en los tres elementos—tierra, agua y aire—, y también está muy acostumbrado al fuego. Todos deseamos al nuevo mando y a su comandante pleno éxito en su nueva, variada y en verdad dificilísima tarea.

Me han preguntado varias veces desde que crucé el Atlántico si los alemanes resistirían este año, o si resistirán otro, lo que ciertamente será peor para ellos. Hay quienes miran las cosas con excesivo optimismo. Verdad es que vemos a toda Europa levantarse contra la tiranía de Hitler. Lo que ha sucedido en Dinamarca es sólo un ejemplo

más. Verdad es que vemos a los alemanes execrados como ninguna raza lo ha sido en la historia humana nunca ni con tan buena razón. Los vemos esparcidos sobre una docena de países libres y felices, produciendo con sus tacones infectadas heridas, cuyas cicatrices no se borrarán nunca. La tiranía nazi y el militarismo prusiano, esas dos aborrecibles dominaciones, pueden bien prever y temer su cercana sentencia.

No podemos medir la plena fuerza de los golpes que los ejércitos rusos están asentando y van a asestar. No podemos medir, aunque lo sabemos enorme, el estrago hecho en Alemania por nuestros bombardeos, ni sus efectos sobre una población que ha vivido tanto tiempo haciendo la guerra en país ajeno y ahora, por primera vez desde hace más de un siglo, tiene una arrasadora y desolante guerra llevada a su corazón y hogares. No podemos aún medir los ulteriores resultados de la campaña anglo-americana en el Mediterráneo, ni qué depresión pueden engendrar en los ánimos alemanes el presente fracaso de la guerra submarina, sobre la que se asentaban las esperanzas alemanas, o las consecuencias de los devastadores golpes que están siendo descargados ahora.

Pasamos con esto a la esfera de la psicología de las masas, nunca más potente que en esta edad moderna. Y aun así, considero peligroso que nuestras mentes se extiendan indebidamente sobre las circunstancias favorables que nos rodean y que tan vívida y eficazmente traen a diario a nuestra noticia la Prensa y la radio.

Por mi parte, considero tales especulaciones sobre cuándo puede terminar la guerra como vanas e improvechosas en este momento. No emprendimos esta tarea calculando cuidadosamente su coste o midiendo cuidadosamente su duración. La emprendimos porque el deber y el honor nos lo exigían y nos satisface perseverar en ella hasta terminarla. Si el omnipotente Dios, en su clemencia, quiere aliviar o acortar nuestros trabajos y el tormento de la Humanidad, todos sus servidores le quedaremos agradecidos. Pero las Naciones Unidas se sienten conscientes, como Estados y

Especulaciones vanas.

como cientos de millones de individuos, de haber sido llamadas a un alto deber, que ejecutarán infatigablemente y sin desmayo con cuanta fuerza les sea concedida, por mucho que la prueba pueda durar.

Ved cómo los que se apartaron del verdadero camino son burlados y castigados. Mirad al malvado Mussolini y a su yerno y cómplice Ciano, sobre quienes ha caído verdaderamente la maldición de Garibaldi. He oído que Ciano, explicando un día por qué Mussolini había hundido su puñal por la espalda a la Francia caída, dijo que tal probabilidad no se repetiría en cinco mil años. Ciertamente, en junio de 1940 las posibilidades y presagios parecían favorables a la codicia y ambición fascistas.

No es dado a los más inteligentes y calculadores de los mortales conocer con certeza cuál es su interés. Pero es dado a muchas gentes sencillas conocer a diario cuál es su deber. Y ése es el sendero por el que marcharán la Comunidad británica e Imperio, la gran República de los Estados Unidos, la vasta Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, los innumerables e indomables pueblos de China y todas las Naciones Unidas. Ese es el sendero, digo, por el que marcharemos hasta que nuestro trabajo se cumpla y podamos descansar de nuestras labores, y todo el mundo pueda volverse con esperanza, con ciencia, con buen sentido y con una experiencia caramente comprada, desde la guerra a una duradera paz.

El interés y el deber.

UNIDAD ANGLOAMERICANA

DISCURSO EN LA RECEPCIÓN DE UN CARGO HONORÍFICO EN LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

[*6 septiembre 1943.*

La última vez que asistí a una ceremonia de este carácter fué en la primavera de 1941, cuando, como canciller de la Universidad de Bristol, conferí un grado al embajador de los Estados Unidos, señor Winant, así como *in absentia* al presidente Conant, nuestro presidente, que hoy aquí preside nuestra ceremonia. La guerra aérea era dura entonces, y la noche antes el ataque a Bristol había sido pesado. Los muertos y heridos sumaban varios centenares. Muchas casas estaban destruídas. Ardían aún edificios próximos a la universidad y muchas de las autoridades universitarias presentes en la ceremonia se habían puesto sus togas sobre uniformes húmedos y sucios. Pero todo fué presentado con impecable ritual y adecuado decoro y sostenido por una muy fuerte y vigorizadora impresión de la superioridad del hombre sobre las fuerzas capaces de destruirle.

Ritual y decoro.

Aquí, hoy, me hallo de nuevo en los académicos vergeles—vergeles creo que es la palabra apropiada—, donde el conocimiento se acopla, el saber se estimula, donde las virtudes se inculcan y el pensamiento se alienta. Aquí, en los anchos Estados Unidos, con un respetable océano a cada uno de nuestros lados, podemos mirar el mundo en toda su maravilla y en toda su miseria. Pero ¿qué es lo que discierno cuando paso por vuestras calles y miro a mi alrededor esta numerosa compañía?

Veo uniformes por todos lados. Comprendo que casi todas las energías de la universidad han sido consagradas

a la preparación de la juventud americana para el campo de batalla. Para ese propósito, todas las clases y cursos han sido transformados y hasta las más sagradas vacaciones han sido eliminadas en un esfuerzo de todo el año y casi de todas las horas para hacer guerreros y técnicos con destino a los frentes.

Dos veces en mi vida el largo brazo del destino ha cruzado el océano y envuelto toda la vida y juventud de los Estados Unidos en una lucha a muerte. Era inútil decir: «No lo deseamos; no lo haremos; que Europa evite sus querellas; hemos fundado un mundo nuevo y no queremos contacto con el viejo.» Esto era inútil. El largo brazo alcanza, implacablemente, la existencia de todos, lo que la rodea, sus perspectivas, sufre un rápido e irresistible cambio. ¿Cuál es, señor presidente, la explicación de estos extraños hechos y a qué profundas leyes responden? Voy a ofrecer a usted una explicación. Hay otras; pero una bastará. El precio de la grandeza es la responsabilidad. Si el pueblo de los Estados Unidos hubiese continuado en una situación mediocre, luchando con el desierto, absorbido por sus propios asuntos, siendo un factor sin consecuencias en el movimiento del mundo, hubiera podido permanecer olvidado y no molestado tras sus protectores océanos; pero uno no puede levantarse hasta ser en muchas maneras la comunidad dirigente en el mundo civilizado sin ser envuelto en sus problemas, sin sentir la convulsión de sus torturas y la inspiración de sus causas.

El precio de la grandeza.

Si esto ha sido demostrado en el pasado, como lo fué, será indiscutible en el futuro. El pueblo estadounidense no puede escapar a la responsabilidad mundial. Aunque vivimos un período tan tumultuoso que se pueden predecir muy pocas cosas, podemos estar seguros de que ese proceso se intensificará con cada paso adelante que den los Estados Unidos en riqueza y poder. No sólo crecen las responsabilidades de esta gran República, sino que el mundo sobre el que se ejercen va contrayéndose en relación a nuestros poderes de locomoción de una forma positivamente alarmante.

Hemos aprendido a volar. ¡Qué prodigiosos cambios implica esta nueva consecución! El hombre se ha separado de su fiel amigo el caballo y navega en el azul con las águilas, representadas por el infierno (*Risas.*)..., quiero decir, por el interno motor de combustión. ¿Dónde están aquellos anchos océanos, aquellos vastos desiertos? Se disipan bajo nuestros ojos. Hasta viejos parlamentarios como yo se ven forzados a adquirir un alto grado de movilidad.

Pero a los jóvenes de América, como a los de Inglaterra, les digo: «No os detengáis.» En este punto no hay lugar de descanso. Hemos alcanzado en el viaje una etapa donde no puede haber pausa. Precisamos seguir. Ha de haber anarquía mundial u orden mundial. A través de las pruebas y luchas características de nuestra edad encontraréis en la Comunidad e Imperio británicos buenos camaradas a quienes estáis unidos por el Estado y la necesidad pública. En gran extensión son lazos de sangre y de historia. Naturalmente, yo, hijo de ambos mundos, soy consciente de ello.

Yo, hijo de ambos mundos.

Leyes, lengua, literatura son considerables factores. Conceptos comunes de lo que es justo y decente, un acusado respeto por el juego limpio, especialmente con los débiles y pobres, un fuerte sentimiento de justicia imparcial, y, sobre todo, el amor de la libertad personal o, como dice Kipling, de la «licencia para vivir bajo la ley sin licencia de ningún hombre», son conceptos comunes a ambos lados del océano entre los pueblos de habla inglesa. Nosotros sostenemos esos conceptos tan reciamente como vosotros.

En principio, no hacemos la guerra con las razas como tales. Nuestro enemigo es la tiranía, por disfraces que lleve, sea la que fuese la lengua que hable, ora interna o externa. Hemos de estar en guardia contra ella, siempre movilizados, siempre vigilantes, siempre dispuestos a lanzarnos a su garganta. En todo esto vamos juntos. No sólo marchamos y peleamos hombro a hombro en este

Nuestro enemigo es la tiranía.

momento, bajo el fuego enemigo, en los campos de guerra o en el aire, sino también en los reinos del pensamiento consagrados a los derechos y la dignidad del hombre.

Un maravilloso sistema.

Ahora tenemos en continua y vigorosa acción a los jefes combinados de la comisión del Estado Mayor inglesa y de los Estados Unidos, la cual trabaja inmediatamente bajo el presidente y bajo mi persona como representante del Gabinete de guerra británico. Esa comisión, con su minuciosa organización de oficiales de Estado Mayor de todos los grados, dispone de todos nuestros recursos y, en la práctica, usa los soldados, municiones, barcos y aviones ingleses y americanos como si fuesen los recursos de un solo estado o nación.

No diré que no haya nunca divergencias de opinión entre esas altas autoridades profesionales. Sería antinatural que no las hubiera. Por eso es necesario celebrar reuniones plenarias de los principales cada dos o tres meses. Todos esos hombres ahora se conocen mutuamente y mutuamente confían uno en otro. Simpatizan unos con otros y la mayoría han estado trabajando juntos durante mucho tiempo. Cuando se reúnen, exponen las cosas con gran sinceridad y en francas y sencillas palabras, con lo que a los pocos días el presidente y yo nos encontramos provistos de consejos unidos y sinceros.

Es un sistema maravilloso. No hubo nada parecido en la pasada guerra. Nunca ha habido nada como esto entre dos aliados. Y ello se reproduce, aumentado, en el cuartel general de Eisenhower en el Mediterráneo, donde todo está entremezclado y los soldados se ordenan para la batalla bajo su jefe supremo o bajo su lugarteniente, el general Alexander, sin tener en cuenta para nada que sean ingleses, americanos o canadienses, sino simplemente de acuerdo con las necesidades de la lucha.

En mi opinión, sería un acto muy necio e imprevisor por parte de los dos Gobiernos o de cualquiera de ellos el romper este mecanismo que tan fácilmente trabaja y tan inmensa potencia tiene, en el momento en que la guerra termine. Para nuestra propia seguridad, así como

para la del resto del mundo, estamos obligados a mantenerlo en orden de actividad y trabajo después de la guerra, probablemente por muchos años, no sólo hasta que hayamos establecido algún arreglo mundial para conservar la paz, sino hasta que conozcamos que ese arreglo nos da realmente la protección necesaria contra la agresión y el peligro, potección que ya hemos tenido que buscar a través de dos vastas guerras mundiales.

No estoy calificado, desde luego, para juzgar si esto debe o no convertirse en cuestión de partido en los Estados Unidos, y no me propongo discutir ese extremo. Empero, estoy seguro de que no será cuestión de partido en la Gran Bretaña. No prescindiremos de las seguridades que juzguemos necesarias para preservar nuestras vidas y libertades hasta estar completamente seguros de poder sustituirlas con algo que nos dé garantías igualmente sólidas.

El gran Bismarck—porque antaño ha habido grandes hombres en Alemania—se dice que comentaba, hacia el fin de su vida, que el más potente factor en la sociedad humana a fines del siglo XIX era el hecho de que los pueblos inglés y americano hablaran el mismo idioma. Fué un dicho agudo. En verdad, ello nos ha capacitado para conducir la guerra con una intimidad y armonía nunca conocidos hasta ahora entre aliados.

El idioma común.

Este don de una lengua común es una herencia inapreciable y puede algún día convertirse en el fundamento de una ciudadanía común. Me agrada pensar en los ingleses y americanos moviéndose todos libremente en los vastos países de los otros sin apenas sentirse extranjeros. Pero no veo por qué no procurar extender nuestro lenguaje común aún más ampliamente por el globo y, sin buscar ninguna ventaja egoísta, ser posesores de este valiosísimo derecho de primogenitura.

Hace algunos meses persuadí al Gobierno inglés para que nombrase una Comisión de ministros para estudiar e informar sobre el inglés básico. Vosotros tenéis un plan. Hay otros, pero el vuestro es un plan muy cuidadosa-

mente concebido para lograr un lenguaje internacional que permita un muy amplio intercambio de ideas y trato de asuntos prácticos. En todo queda comprendido en unos 650 sustantivos y sobre 200 verbos u otras partes de la oración, es decir, no más de lo que cabe escribir en una carilla de una sola hoja de papel.

¡Cuál no fué mi deleite cuando la otra noche, de modo completamente inesperado, oí al presidente de los Estados Unidos hablar de pronto de las ventajas del inglés básico! ¿Y no es una coincidencia que, con todo esto en la mente, deba yo llegar a Harvard, cumpliendo invitaciones de larga fecha, para recibir este grado con que me honra el presidente Conant? Porque Harvard ha hecho más que cualquier otra Universidad americana para promover la difusión del inglés básico. El primer trabajo sobre inglés básico fué escrito por dos ingleses, Ivor Richards, ahora de Harvard, y C. K. Ogden, de la Universidad de Cambridge, trabajando en colaboración.

La Comisión de Harvard encargada de los estudios de lengua inglesa se distingue por sus investigaciones y su trabajo práctico, particularmente al introducir el uso del inglés básico en la América latina, y esa Comisión, vuestra Comisión, me han dicho que está ahora trabajando en las escuelas secundarias de Boston acerca del uso del inglés básico y enseñando la lengua principal a los niños americanos y extranjeros que se preparan a adquirir la ciudadanía.

Os felicito, señores. No quiero exagerar, pero vosotros sois la fuente de lo que puede algún día convertirse en río poderosamente fertilizante y enriquecedor. Sería de cierto de gran conveniencia para todos nosotros poder movernos libremente por el mundo—como podemos hacer más libremente que antes, cuando la ciencia mundial se desarrolle—, poder movernos libremente, digo, por el mundo y encontrar por doquiera un medio, siquiera primitivo, de comprensión y entendimiento. ¿No sería ello también una ventaja para muchas razas y una ayuda a la erección de una nueva estructura para conservar la paz. Todas éstas son grandes posibilidades, y yo digo: «Ha-

gámoslo juntos.» Hagámoslo juntos, como otros asuntos y otras medidas similares en objetivo y efecto; hagámoslo sin malignidad contra nadie y buena voluntad hacia todos. Tales planes ofrecen mejores premios que el apoderarse de provincias o tierras de otros o esquilmarlas mediante la explotación. Los imperios del porvenir son los imperios de la mente.

Desde luego, señor, presidente, sería lamentable que los encargados de dirigir grandes naciones a través de esta dolorosa y obstinada guerra permitiesen que sus ánimos y nergías se distrajeran de elabora los planes tendentes a cumplir nuestros justos propósitos sin innecesaria prolongación de matanzas y destrucciones.

No obstante, estamos obligados también, hasta donde la vida y el esfuerzo lo permitan, y sin perjuicio de nuestras predominantes tareas militares, a mirar los días que seguramente vendrán cuando tengamos finalmente a Satán bajo nuestros pies y nos encontremos, con nuestros grandes aliados, a la vez dueños y servidores del porvenir. Han de ser, pues, estudiados y probados varios planes para conseguir la seguridad mundial conservando a la vez los derechos, tradiciones y costumbres nacionales.

Sistema de seguridad mundial.

Tenemos todo el buen trabajo hecho durante un cuarto de siglo por aquellos que anhelaban y procuraban hacer efectiva la Sociedad de Naciones después de la última guerra. Se dice que la Sociedad de Naciones fracasó. Si es así, se debe en gran parte a que fué abandonada y más tarde traicionada; que aquellos que eran sus mejores amigos estuvieron hasta un período muy tardío infectados por un estéril pacifismo; a que los Estados Unidos, impulso originador, se apartaron; a que mientras Francia se hallaba exhausta e Inglaterra negligente y desconcertada, un monstruoso retoño de agresión brotaba en tres países: Alemania, el Japón e Italia.

Hemos aprendido por dura experiencia que han de crearse instituciones mundiales más fuertes, eficaces y rigurosas para conservar la paz e impedir las causas de futuras guerras. En esta tarea han de unirse las más fuer-

tes naciones victoriosas y también aquellas que han sufrido la carga y reciedumbre del momento y padecido bajo el flagelo de la adversidad. Y en esta tarea, en esta tarea creadora, hay algunos que dicen: «Tengamos un Consejo mundial y bajo él consejos regionales o continentales», y otros que prefieren una organización diferente.

Todos esos asuntos gravitan ahora sobre nosotros a pesar de la guerra, que ninguno puede decir que haya alcanzado su apogeo y que acaso esté entrando para nosotros, ingleses y americanos, en su fase más severa y costosa. Pero yo digo que, sea cual fuere la forma que puede adoptar nuestro sistema de seguridad mundial, como quiera que las naciones se agrupen y alineen, háganse las derogaciones que se hagan de la soberanía nacional con miras a una síntesis más amplia, nada marchará firmemente ni por largo tiempo sin los esfuerzos unidos de los pueblos inglés y americano.

Si marchamos juntos, nada es imposible. Si estamos divididos, todo fracasará. Por tanto, prediquemos continuamente la doctrina de la asociación fraternal de los dos pueblos, no con propósito alguno de dar codiciosas ventajas materiales para ninguno de ellos, no por engrandecimientos territoriales o por la vana pompa de la dominación terrena, sino en servicio de la humanidad y por el honor que obtienen los que fielmente sirven las grandes causas.

He de decir cuán orgullosos debemos estar, tanto viejos como jóvenes, de vivir en esta tremenda, estremecedora, formativa época de la historia humana y cuán afortunado ha sido para el mundo que cuando grandes pruebas han descendido sobre él hubiese una generación a la que el terror no podía vencer ni la brutal violencia esclavizar.

En el escenario de la Historia.

Como las palabras del himno que hemos cantado sugieren, recordemos cuantos estamos aquí que vivimos en el escenario de la Historia y que cualquiera que nuestro estado pueda ser y cualquier parte que hayamos de desempeñar, grande o pequeño, nuestro comportamiento será

escrutado, no sólo por el historiador, sino por nuestros propios descendientes.

Alcémonos al pleno nivel de nuestro deber y de nuestra oportunidad y demos gracias a Dios por la espiritual recompensa que concede a todas las formas del servicio fiel y valeroso.

PASADO Y PORVENIR DE LA GUERRA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

2 septiembre. *Los aviones de la R. A. F. destruyen las esclusas del canal Hansweert.*

3 septiembre. *Tropas inglesas y canadienses del VIII Ejército invaden el extremo sur de Italia en el cuarto aniversario de la guerra. Aviones aliados obstruyen el paso del Brenner.*

4 septiembre. *La R. A. F. lanza mil toneladas de bombas sobre Berlín en veinte minutos.*

5 septiembre. *Cuarenta millas de la costa de Calabria, en manos de las tropas aliadas.*

7 septiembre. *Toda la zona industrial de la cuenca del Donetz queda libre de alemanes, y los rusos alcanzan Stalino.*

8 septiembre. *Eisenhower anuncia la rendición incondicional de Italia siguiendo el armisticio secretamente firmado el 3 de septiembre. El almirante Cunningham aconseja a los marinos italianos que se dirijan a puertos aliados.*

9 septiembre. *Tropas aliadas y americanas desembarcan en varios puntos de la bahía de Nápoles.*

10 septiembre. *Los alemanes ocupan Roma y los puntos esenciales del norte de Italia, mientras fuerzas británicas dominan la importante base naval de Tarento, en el Sur.*

12 septiembre. *Se revela que los paracaidistas alemanes han libertado a Mussolini.*

14 septiembre. *Continuando su retirada en el frente ruso, los alemanes evacuan Briansk.*

16 septiembre. *Los rusos ocupan Novorosisk, en el mar Negro.*

17 septiembre. *El VIII y V Ejércitos, continuando sus avances en Italia, enlazan cerca de Salerno.*
Roosevelt advierte que a las Naciones Unidas les queda aún largo camino hasta la victoria.

18 septiembre. *Mussolini relata mediante la radio su liberación por los alemanes y anuncia la formación de un partido republicano fascista.*

18 septiembre. *Churchill regresa a Londres después de su visita a los Estados Unidos y Canadá.*

19 septiembre. *Los alemanes evacuan Cerdeña, mientras las fuerzas alemanas de Córcega son atacadas por patriotas franceses ayudados por comandos de la misma nacionalidad.*

21 septiembre. *Sir Kingsley Wood, ministro de Hacienda desde 1940, fallece repentinamente en Londres.*
Los alemanes empiezan a destruir Nápoles mientras los aliados avanzan hacia la ciudad.
Churchill examina toda la situación de la guerra en un discurso a la Cámara de los Comunes.

[*21 septiembre 1943.*

He de retroceder algo para poder poner toda la vasta escena ante la Cámara. En mi conferencia con el presidente en Washington, en junio de 1942, se tomó la decisión de enviar un ejército americano y un fuerte contingente británico a fin de ocupar el África francesa del Noroeste. Yo estaba muy en favor de esto por una diversidad de razones, las más de las cuales son ahora bien conocidas. Nunca miré esa operación de África como sustitutiva de un ataque directo a través del canal sobre los alemanes que hay en Francia o los Países Bajos. Por el contrario, la apertura de ese nuevo frente en el Mediterráneo fué siempre considerado por sus autores como preliminar esencial del ataque principal contra Alemania y su círculo de estados sojuzgados y satélites.

Entonces, hace quince meses, ninguna decisión se tomó más allá de la ocupación de África del Norte. Se siguió casi inmediatamente, de hecho mientras yo estaba en Washington en junio de 1942, el desastre de Tobruk y la retirada, con pérdida de 80.000 hombres, de nuestro ejército del desierto, sobre más de 400 millas, hasta los accesos de El Cairo y Alejandría. Esto producía graves situaciones, ya que el delta, el valle del Nilo y el canal de Suez quedaban en peligro. A la vez, el ataque alemán por el Cáucaso se desarrollaba de modo que parecía amenazar la cuenca caspiana y los vitales campos petrolíferos de Bakú, el Irak y Persia. En Moscú, Stalin me habló con confianza de su capacidad para resistir el ataque ale-

mán y me contó de antemano los controgolpes con que se proponía socorrer Stalingrado y, de ser posible, destruir ante esta ciudad las tropas alemanas. En El Cairo fueron puestos en el mando los generales Alexander y Montgomery, y llegaron muy esenciales refuerzos, enviados desde Inglaterra varios meses antes, para incrementar el ejército del desierto. Se hicieron planes al efecto de resistir el inminente ataque de Rommel y recuperar después la iniciativa por una batalla grande. Esos planes resultaron felizmente. Hace casi un año justo, el 23 de septiembre, principió la fuerte acción que concluyó siendo definitivamente rechazado Rommel. Un mes más tarde, el ejército del desierto ganó la dura y prolongada batalla de El Alamein y emprendió su marcha inmortal, una marcha no concluída aún. Desde entonces, y casi por un año, nosotros y nuestros aliados hemos tenido casi ininterrumpidos éxitos por tierra, mar y aire. No puedo recordar tan completa y prolongada serie de victorias como las de nuestras armas aliadas en casi todos los teatros de guerra. A la vez que el ejército de tierra ejecutaba su gran marcha y se producían las conquistas del África del Noroeste y de Sicilia, los ejércitos rusos avanzaban en un frente de 1.000 millas desde el Volga hasta casi el Dniéper, progresando en algunos puntos más de 500 millas y empujando ante sí, con prodigiosa matanza, a las tropas alemanas que habían invadido su país e infligido tan indescriptibles torturas a sus habitantes.

Cuando volví a reunirme con el presidente, en enero de 1943, y los Estados Mayores combinados angloamericanos reanudaron en Casablanca su aplazada conferencia, todo el aspecto de la guerra se había ya transformado. No estaba tomada una decisión alguna de ir más allá de África. Pero a la sazón, el avance del ejército del desierto, que ya estaba ante las puertas de Trípoli, ponía en juego otro cuarto de millón de hombres y nos capacitaba para ejecutar la política mencionada por mí en mi charla radiofónica de noviembre pasado: usar el norte de África, no como asiento, sino como trampolín. Resolvimos,

Cambia el panorama de la guerra.

pues, completar la conquista de Túnez y entre tanto hacer todos los preparativos para invadir Sicilia. Las victorias finales de Túnez se obtuvieron en mayo y todas las fuerzas enemigas del norte de África, poco inferiores a medio millón, fueron destruídas o capturadas.

Cuando de nuevo visité al presidente en Washington, en mayo de 1943, en el curso y después de la victoria en Túnez, los ejércitos ingleses y americanos tenían grandes resultados que mostrar. Por tanto, extendimos nuestro examen y establecimos como principal objetivo lanzar a Italia completamente fuera de la guerra en este año. Nadie que intentara hacer un calendario para tal tarea pudiera haber esperado concluirla tan pronto. El 10 de julio ejércitos británicos y americanos, acaso en suma de medio millón de hombres, y cuya primera oleada fué transportada, como sabe la Cámara, en más de 2.700 buques y lanchas de desembarco, principió su ataque a Sicilia, y en una campaña de treinta y ocho días toda la isla fué conquistada, con una pérdida para el enemigo de 165.000 muertos, heridos y prisioneros, o sean más de cuatro veces las bajas aliadas en la operación.

Para tener una perspectiva correcta y una proporción de los sucesos es necesario vigilar toda la cadena de causas, cuyos macizos eslabones han sido forjados por la diligencia y templados por la abnegación y destreza de nuestras fuerzas combinadas y sus comandantes, hasta brillar como brillan hoy y brillarán durante largo tiempo en la historia de la guerra.

Una cadena de causas.

Este mismo año de la victoria en tierra ha sido acompañado por un siempre creciente dominio del aire, ejercido por los ingleses, americanos y rusos sobre el enemigo en Europa. Hablando particularmente de nuestra propia potencia aérea diré que el peso de las bombas lanzadas en los últimos tres meses es la mitad mayor que el de los tres meses anteriores. También ha habido gran mejora en la precisión, merced a los adelantos técnicos. El porcentaje de pérdidas durante los primeros ocho meses de 1943 es menor que el del mismo período del año

pasado, y la moral y ardor de nuestras tripulaciones bombarderas es muy elevado. La casi total destrucción sistemática de muchos de los centros del esfuerzo de guerra germano continúa en mayor escala y a pasos acelerados. El estrago producido es indescriptible y los efectos sobre la producción bélica alemana en todas sus formas y sobre la construcción de submarinos son igualados por los causados sobre la vida y economía de toda la organización culpable. Ha habido una enorme diversión de la energía alemana desde los frentes de guerra a la defensa interna contra el ataque aéreo, y la potencia ofensiva del enemigo ha sido notablemnte aminorada. La fuerza alemana de aviación ha sido empujada crecientemente hacia la defensiva. Los ataques que sufre nuestra isla, aunque señalados por ocasionales y dolorosos incidentes, son hoy desdeñables comparados con la vasta escala de la guerra. El enemigo se ve compelido cada vez más a construir aviones de caza y cazas nocturnos para la defensa propia, a expensas de la producción de bombarderos. También se ve forzado a ahorrar sus esfuerzos lo más posible en todos los frentes de lucha y, por tanto, constreñido a una más baja actividad que la mantenida por nosotros y nuestros aliados. Ello recarga cada vez más a sus plenamente ocupadas fuerzas terrestres. La R. A. F., ahora, mantiene en acción en todos los escenarios bélicos sobre un cincuenta por ciento de primera línea más que Alemania. Esto sólo en lo que hace referencia a las fuerzas aéreas británicas, aparte de la aportación de las rusas.

Sobre esta ya pesada preponderancia, viene el rápidamente creciente peso de las fuerzas aéreas que los Estados Unidos construyen sin descanso en su país y ya están en acción en gran escala aquí y en el Mediterráneo. El sistema americano de bombardeo diurno permite gran precisión sobre objetivos especiales y va acompañado de enconada lucha, produciendo fuertes pérdidas entre los aviones enemigos de caza y disminuyendo notablemente el incremento que de ellos procuran hacer. Muchas soberbias acciones de valor y osadía han sido ejecutadas por las grandes fuerzas aéreas americanas que actúan aquí y

en el Mediterráneo y entre ellos y sus camaradas ingleses existe un alto espíritu de compañerismo y generosa emulación. Las fuerzas aéreas británicas y americanas están nutridas por un siempre creciente suministro de nuevos aparatos que, en conjunto, exceden a la producción alemana en proporción de más de cuatro a uno. El continuo progreso de la preponderancia aérea angloamericana, que puede esperarse con certidumbre de mes en mes, abre posibilidades de saturar las defensas alemanas tanto en tierra como en el aire, a pesar de los desesperados esfuerzos que el enemigo hace y ciertamente continuará haciendo para reforzar esas defensas en proporción al aumentado peso de nuestro ataque. La palabra «saturación» tiene particular significado en el campo de la guerra aérea. Si se puede alcanzar cierto grado de saturación, y podemos estar seguros de que esto sólo se conseguirá tras dura lucha y enconado forcejeo con la defensa antiaérea del enemigo, se producirán reacciones de muy lejano alcance. De hecho habremos creado condiciones en que, con muy pequeñas pérdidas propias, será posible la minuciosa y metódica destrucción, día y noche, de toda construcción de importancia militar en el más amplio sentido de la expresión. El completo dominio estratégico del aire alemán por las fuerzas de aviación angloamericanas no está necesariamente más allá de nuestro alcance, incluso en 1944, con consecuencias, si lo conseguimos, que no pueden medirse, pero que ciertamente serán profundas.

Todo esto ha de ser considerado en relación a la gigantesca pugna que continúa incesantemente a lo largo de las dos mil millas de frente ruso, del mar Blanco al mar Negro, y donde la aviación rusa es ya en muchos puntos superior en fuerza a lo que los alemanes han podido dejar allí ante la dura presión del Oeste y del Sur.

En ninguna circunstancia debemos permitir que estas favorables tendencias debiliten nuestros esfuerzos o nos conduzcan a suponer que nuestros peligros han pasado o que la guerra está llegando a un fin. Por lo contrario, debemos esperar que el terrible enemigo a quien golpeamos

tan de firme haga frenéticos esfuerzos para vengarse. Los discursos de los dirigentes alemanes, de Hitler para abajo, contienen misteriosas alusiones a nuevos métodos y nuevas armas que van a ser usados contra nosotros. Es natural que el enemigo esparza tales rumores para alentar a su pueblo, pero en ello probablemente hay algo más. Por ejemplo, tenemos experiencia de un nuevo tipo de bomba aérea que el enemigo ha empezado a usar en ataques a nuestra navegación cerca de la costa. Esta bomba, que puede describirse como una especie de cohete dirigido, se suelta desde considerable altura, y luego parece ser guiada hacia su objetivo por el avión que la lanza. Puede que los alemanes estén desarrollando otras armas sobre directrices nuevas con las que esperen causarnos daños y compensar en alguna extensión los que diariamente reciben de nosotros. Sólo puedo asegurar a la Cámara que se dedican a esas posibilidades incesante vigilancia y el más intenso estudio de que somos capaces. Hasta ahora siempre hemos hallado respuesta a todos los problemas que se nos han planteado. A la vez, no excluyo, ni nadie debe excluir de su mente, que sean empleadas nuevas formas de ataque, y si lo son, podré mostrar a la Cámara, en detalle, los prolongados y cuidadosos exámenes previos que hemos hecho de esas posibilidades y confío en que podremos presentar las medidas que emplearemos ampliamente contra ellas.

¿Nuevas armas?

Eso respecto al aire. He hablado ya de la tierra. No menos notable que el aire y la tierra, y ciertamente no menos importante, es la revolución efectuada en nuestra situación en el mar. Repetidamente he dicho en esta Cámara que nuestro peligro mayor en esta guerra desde que la invasión se ha tornado mucho más remota, es el ataque submarino a nuestras comunicaciones marítimas y a la navegación aliada en todo el mundo. Esto puede medirse por tres pruebas: primera, hundimientos de buques propios; segunda, hundimientos de submarinos enemigos; tercera, volumen de nuevas construcciones. La gran victoria ganada por nues-

En el mar.

tros convoyes del Atlántico septentrional y sus escoltas en mayo último, fué seguida por una magnífica disminución en los hundimientos. Las declaraciones mensuales emitidas bajo la autoridad del presidente y la mía, y respecto a las cuales es también consultado el Gobierno canadiense, que contribuye a la batalla del Atlántico con hombres valerosos, con aviones y con barcos de escolta, merecen mucha atención. Hoy tengo poco que añadir a ellas. Pero es un hecho que en los cuatro meses que terminaron el 18 de septiembre, ningún barco mercante fué hundido por acción enemiga en el Atlántico del norte. El mes de agosto ha sido el más bajo en cifras que hemos tenido desde que los Estados Unidos entraron en la guerra, ascendiendo a menos de la mitad del promedio de hundimientos de barcos británicos y aliados en los quince meses anteriores a la entrada de los americanos en la guerra. Durante la primera quincena de este mes de septiembre, ningún barco aliado ha sido hundido por acción submarina en parte alguna del mundo. Esto, además, no tiene precedentes en toda la historia de la lucha submarina en esta guerra ni en la otra. Naturalmente, no sugiero que esta inmunidad o cosa análoga deba continuar. En la última semana, poco más o menos, un nuevo enjambre de submarinos ha salido al Atlántico desde sus bases de Francia y Alemania y sin duda se les habrá provisto de aparatos que se hayan pensado mejores y más modernos. Por nuestra parte, no estamos ociosos y esperamos esta renovación del conflicto, que de hecho ha empezado ya, con tranquila confianza. En este momento está siendo atacado un convoy. Si vienen y atacan a los convoyes, nosotros podremos atacar a los submarinos.

Por ende, a pesar del reducido número de submarinos que actúan desde la hecatombe de mayo, raramente pasa un día sin que los nuestros den caza a uno de esos infortunados bajeles. Además, los ataques aéreos estadounidenses e ingleses contra las bases y astilleros alemanes y las fábricas donde se producen las partes componentes de los submarinos, han reducido definidamente la cifra de producción de submarinos en Alemania. El alto porcen-

taje de hundimientos ha afectado en verdad la moral de las dotaciones de submarinos y muchos de los más expertos capitanes de esos buques se han ahogado o están prisioneros en manos inglesas o americanas.

En tercer lugar—porque ya dije que había de mirarse esto desde tres puntos de vista—, el torrente de nuevas construcciones de los Estados Unidos ha llenado todo lo que se esperaba de ello, y más. Nosotros construímos nuestro cupo regular en esta isla, y la producción del Canadá, un aspecto canadiense completamente nuevo, es también notable. El saldo a favor de nuevas construcciones sobre pérdidas de todo género, incluyendo riesgos marítimos, desde el principio de la guerra, es decir, las ganancias líquidas, exceden los seis millones de toneladas, y de sostenerse las presentes condiciones favorables, pronto habremos reemplazado todas las pérdidas sufridas por las Naciones Unidas desde el principio de la guerra. Como se dice en la carta que me ha dirigido el presidente, y que depositaré en la mesa de la Cámara antes de que levantemos la sesión, las macizas consecuciones de los Estados Unidos han sido generosamente compartidas con nosotros sobre los principios de la división de las tareas de guerra de acuerdo con la más alta economía del esfuerzo que ha sido nuestro guía en esta guerra desde el comienzo de nuestra asociación con los Estados Unidos, y que ahora se va trocando crecientemente en nuestra regla.

La favorable situación de que ya gozamos ha permitido construir y proyectar mayor número de barcos rápidos, con todas las ventajas inherentes a la velocidad.

La Cámara notará también que hemos aprovechado la tregua en el ataque submarino para traer los mayores convoyes que ha sido posible, y que hemos repuesto las reservas de la isla de todas las cosas esenciales, especialmente combustibles líquidos, los cuales han alcanzado su nivel más alto desde que empezó la guerra. Poseemos amplios márgenes entre nosotros y el llamado «nivel de peligro», en el que nunca nos hemos hallado, ni siquiera en los peores tiempos.

Todo esto no ha sucedido casualmente. Es el resultado de los más sorprendentes y loables esfuerzos de la industria y organización de ambos lados del Atlántico. Es también resultado de duros, fieles e infatigables servicios prestados por la multitud de barcos de escolta de todas clases, y, más que de todo, es resultado, en especial por lo que concierne al año último, de la sobresaliente intervención de los aviones de largo radio de acción ingleses y americanos, y particularmente de los de nuestro mando costero.

Además, el gran número de portaaviones axuiliares que ahora están entrando en servicio, nos dan una medida más de protección aérea a los convoyes y permiten conducir una guerra agresiva contra los submarinos en aquellos espacios oceánicos que están más allá del alcance de los aviones de largo radio de acción.

Repito, como siempre he hecho y como me veo obligado a hacer, que no puede darse garantía alguna de una continuidad de estas favorables condiciones. Pero esta vez iré hasta decir que sólo podremos ser derrotados por los submarinos si cometemos grandes negligencias en los astilleros y en el mar, o si caemos en un inexcusable fallo de esa capacidad técnica y científica a ambos lados del Atlántico que hasta ahora nos ha sostenido en forma tan buena.

No puedo abandonar este tema sin rendir tributo una vez más a los oficiales y marineros de la Marina mercante, cuyas pérdidas han sido mayores en proporción que las de la misma Armada real. Nunca hemos apelado a ellos en vano, y confío en que seguirán desempeñando su papel de transportar a nuestros hombres y sus equipos y municiones a cualquier lugar que se requiera y bajo cualesquiera condiciones existentes. He de añadir también que cuando los nuevos recursos de construcción naval se hallen disponibles, cuanto pueda sobrar del mar será inmediatamente requerido por los servicios combatientes en su esfuerzo para intensificar y aumentar nuestras acciones ofensivas al otro lado de las olas. El apetito de esos servicios parece rebasar todos los suministros, aunque éstos

excedan nuestras esperanzas. Cuantos más barcos tenemos más parecemos necesitar.

He tratado de la tierra, el aire y la flota, y ahora debo volverme a otra parte del mundo. En la Conferencia de Quebec se concedió mucha atención al sostenimiento de la guerra contra el Japón. La ofensiva está en marcha ya en considerable escala en varias partes del Pacífico y el principal esfuerzo de los Estados Unidos se despliega en ese océano. El peso principal de las operaciones ofensivas se desarrolla al presente en las Salomón y en Nueva Guinea, donde el general MacArthur, militar de sobresaliente personalidad, a quienes nuestros hermanos australianos deben mucho, está dirigiendo una vasta ofensiva. Los primeros pasos se dieron con la expulsión de los japoneses de Guadalcanal y Papúa. Se han explotado los desembarcos hechos el 30 de junio en Nueva Georgia y el 4 de septiembre en la bahía Huon, al nordeste de Lae. Nueva Georgia está limpia de enemigos y las bases gemelas de Salamúa y Lae han sido reducidas en una forma que muestra un notable desarrollo en el uso de la potencia aérea y anfibia y que proporcionó nueva oportunidad a la novena división australiana para exhibir ante los japoneses las cualidades que los alemanes probaron en El Alamein. Esas operaciones prometen mucho para el porvenir y se desenvolverán, etapa por etapa, según pasen los meses.

Guerra contra el Japón.

Mientras estábamos en Quebec recibimos también noticias de la expulsión de los japoneses de las islas Aleutianas, que son territorio americano, con la ocupación de Kiska, en que participaron fuerzas canadienses. Esto ha sido la secuela del aniquilamiento de la guarnición japonesa de la isla de Attu, y ciertamente es notable por el hecho de que los japoneses, que ocupaban Kiska con una guarnición de diez mil o más hombres, no se dispusieron a esperar el asalto, sino que huyeron de antemano, protegidos por la oscuridad, en sus buques. Este es un rasgo nuevo en la resistencia del Japón. Hasta ahora han muerto hasta el último hombre, como en Attu, y en ese aspecto estamos preparados a servirles tan bien como lo me-

recen. Pero en Kiska, y en alguna extensión también en Salamúa y Lae, una tendencia algo diferente parece haber poseído al enemigo. La evacuación y retirada para salvar la vida parecen haber entrado ahora en sus métodos de lucha. Veremos a su debido tiempo si esas dos tendencias se pronuncian más. Si es así, no alterarán el resultado, pero ahorrarán coste y dificultades.

Sin embargo, el hecho fundamental en la guerra contra el Japón es la continua disminución de la navegación japonesa en el cumplimiento de las tareas que su política bélica les ha impuesto. El proceso de desgaste es acusadísimo. Sus ampliamente dispersas conquistas dependen de un cierto mínimo de suministro marítimo, sin el que no les cabe sostener posiblemente las vastas áreas que han ocupado. Sus pérdidas exceden en verdad a cualesquiera medios que tengan, o puedan obtener, de sustituirlas. Esto es cierto también respecto a su fuerza aérea, que apenas puede sostener su vigor inicial, y que hace mucho ha sido superada y ahora es crecientemente desbordada de mes en mes por la enorme expansión de los Estados Unidos. Así que en ambos vitales aspectos de los que depende el mantenimiento de las conquistas japonesas, se halla en juego un continuo método de desgaste, al que está sometida la fuerza del enemigo.

Me he detenido sobre estos aspectos favorables de la guerra contra el Japón sólo porque sé que se sabe en todos los Estados Unidos que la más leve disminución de esfuerzo destruiría todas esas tendencias favorables, que sólo dependen de un pequeño margen. Si se pierde ese margen por alguna dejadez y esas tendencias dejan de operar, nos hallaremos en una situación estática y estancada. Podemos encontrarnos condenados a un largo proceso de estériles inversiones de vidas y tesoros que serían como querer aprisionar el tiempo y abrir surcos en el agua.

No debemos arriesgarnos a esto. Ese paso es funesto, y ello ha de tenerse presente cuando se trate de llevar la guerra a un fin.

Me volveré a otro, pero afín, aspecto de la guerra, que

se ha discutido en Quebec. Se han hecho considerables progresos en la organización del mando del Asia del sureste, que se ha establecido en la India, para intensificar la guerra contra el Japón. El supremo comandante aliado, almirante Mountbatten, llegará en breve a la India, acompañado por una plana mayor de oficiales que formará el cuartel general combinado aliado, erigido según el modelo del que funciona tan ventajosamente bajo el general Eisenhower. Esta forma de cuartel general aliado combinado en el sudeste de Asia era absolutamente necesaria, a causa de los numerosos establecimientos de los Estados Unidos que crecen separadamente a muchos efectos en esa zona, y particularmente respecto a la gran ruta aérea a China, que está siendo extendida en una escala creciente. Aunque hay excelentes relaciones y buena voluntad, es preciso tener unidad de mando en ese escenario bélico.

Unidad de mando en Asia.

Otra medida prevista cuando examinamos estos asuntos hace ya dieciséis o diecisiete años en el Comité de Defensa Imperial, es la separación del mando normal ordinario de la India, el mando reglamentario, de cualesquiera campañas extensas reñidas sobre o allende las fronteras indias. Esto ha sido conseguido. El cuartel general del nuevo mando se establece en Delhi primero, a fin de estar en contacto estrecho, durante el período organizador, con el Gobierno de la India y con el general Auchinleck, comandante en jefe de la India. El nuevo mando y el nombramiento de lord Mountbatten han sido cálidamente acogidos por el generalísimo Chang-Kai-Chek, y están de pleno acuerdo con el criterio de nuestros aliados americanos. En todas estas cuestiones se han arreglado las cosas de modo que los designados para los mandos tengan la plena confianza de las partes interesadas.

Es parte esencial, en cualquier declaración ponderada, un examen general de esta asombrosa y terrible guerra mundial. Sin él, los sucesos de cada escenario bélico no pueden ser mirados en su adecuada magnitud y proporción. Para comprender plenamente cualquier parte de esta guerra, es preciso tener al menos una idea general del con-

junto. Después de exponer estas consideraciones generales ante la Cámara, volveré a los recientes sucesos en el frente mediterráneo, tan frescos y vívidos en nuestras mentes.

El 25 de julio fué un día memorable. Antes de que hubiésemos completado la conquista de Sicilia o puesto pie en la Italia continental, el dictador Mussolini fué derribado y el régimen fascista, que duraba veintiún años, derruído y vehementemente repudiado por toda la masa del pueblo italiano. El Gobierno Badoglio inició su existencia con el propósito de hacer la paz de acuerdo con la voluntad de la nación. Pero fué, en todos los puntos, estorbado y vigilado por los alemanes, y tuvo la mayor dificultad en mantenerse contra su presión. Nada conocíamos sobre ese nuevo régimen. Una vez completamente derrumbado el fascismo, era natural que estuviésemos deseosos de encontrar alguna autoridad con la que poder tratar, obteniendo la rendición incondicional de Italia en el tiempo más breve posible y al menor costo en la sangre de nuestros soldados. Era necesario, como aconsejé a la Cámara, esperar a que la situación se tornase más definida. Por tanto, continuamos nuestros preparativos para la invasión de la Italia continental y de Europa, según habíamos resuelto en la conferencia de mayo en Washington.

El gobierno Badoglio.

Entonces el nuevo Gobierno italiano hizo tanteos por varios conductos, pidiendo condiciones y explicando las abrumadoras dificultades en que se encontraba. Esas dificultades nacían de la amenazadora presencia de los ejércitos alemanes, policía y espías que los rodeaban. Nosotros comprendimos esas dificultades.

(*Gallacher, diputado comunista, interrumpe aquí: «¡Si que obraron con rapidez!»*)

Esperen y vean. Ésa es una crítica barata por parte de gentes que debían mirarse más antes de levantar críticas. Voy a contestar muy precisa y completamente, incluso antes que nos separemos para la colación. Comprendimos esas dificultades. Pero a todos los tanteos respondimos que la rendición había de ser incondicional. El 15 de agosto, un enviado italiano, un general, visitó al em-

bajador de su majestad en Madrid, el muy honorable diputado por Chelsea (sir S. Hoare) con credenciales demostrativas de que tenía plena autorización del mariscal Badoglio para decir que cuando los aliados desembarcasen en Italia el Gobierno italiano estaba dispuesto a unirse a ellos contra los alemanes. Quería saber también cuándo sucedería eso. Yo estaba, no por casualidad, en Quebec, para la conferencia allí celebrada, y en estrecho contacto con el presidente. Mi muy honorable compañero, el secretario de Asuntos Extranjeros, estaba conmigo y también me acompañaba una amplia plana de peritos en claves y secretarios, a través de la cual podía comunicar de hora en hora con mis colegas del Gabinete de guerra. El presidente y yo podíamos, pues, obrar unidos y dar pronta orientación sobre cualquier novedad.

Con la aprobación del Gabinete de guerra, se decidió que el general Eisenhower enviase a un oficial inglés y otro americano, de Estado Mayor, a tratar con el enviado italiano en Lisboa. Informamos a Stalin de lo que estaba sucediendo. El 19 de agosto se celebró la reunión en Lisboa. Se manifestó al enviado que sólo aceptábamos la rendición incondicional. Los términos militares en que se redactara el acta de rendición—y que no serían tanto condiciones como instrucciones subsecuentes al acto de la rendición—habían sido preparados algunas semanas antes, tras prolongada discusión entre Londres y Washington y el cuartel general de Eisenhower, y a la sazón se presentaron al enviado. Éste no se opuso a tales términos, aunque eran muy tajantes, sino que replicó que el objeto de su visita era discutir cómo Italia podía agregarse a las Naciones Unidas en la guerra contra Alemania. También preguntó cómo podrían ejecutarse las condiciones contra la oposición alemana. Los oficiales ingleses y americanos respondieron que sólo estaban autorizados para discutir la rendición incondicional. No obstante, se les facultó—decisión que tomamos en Quebec—para añadir que si en cualquier circunstancia, momento y lugar se hallaban tropas o pueblo italiano luchando contra los alemanes, nosotros les daríamos inmediatamente toda la ayuda posible.

El 23 de agosto, el general italiano partió llevando los términos militares expresivos del hecho de la rendición incondicional, y con plena advertencia de que los términos civiles y administrativos serían presentados más tarde. Volvió a Roma con gran secreto y peligro, prometiendo presentar los términos a su Gobierno y transmitir la respuesta al cuartel general de Eisenhower el 31 de agosto.

En el intervalo, llegó otro general italiano, trayendo con él como sus credenciales, nada menos que a Carton de Wiart, una de nuestras más famosas figuras militares, a quien los italianos capturaron hace dos años en ocasión de un aterrizaje forzoso en el Mediterráneo. Sin embargo, esta segunda misión no afectó al curso general de los sucesos, y cuando Carton de Wiart lo advirtió, ofreció inmediatamente regresar al cautiverio. Empero, esto fué rechazado por el general italiano, y el general Carton de Wiart está ahora salvo y libre en nuestro país.

El 31 de agosto volvió el emisario italiano. Habló con los representantes del general Eisenhower en Siracusa. El Gobierno italiano estaba dispuesto a aceptar los términos incondicionalmente, pero no veía cómo cumplirlos bajo las garras de las fuerzas alemanas congregadas cerca de Roma y en otros muchos puntos del país y que pronunciaban feroces amenazas y estaban preparadas a recurrir a inmediatas violencias. No dudamos de la sinceridad del emisario ni de su Gobierno, pero no podíamos revelar nuestros planes militares para la invasión de Italia, o, como ahora ha sido, la liberación de Italia. La dificultad real estaba en que los italianos eran impotentes hasta que desembarcásemos en masa, y nosotros no podíamos darles la fecha de esto. Aplazamos, por tanto, el anuncio hasta el momento que nos pareciera ofrecernos la mejor probabilidad militar y darles a ellos el mejor modo de librarse de la garra alemana. Esto significaba que el armisticio sólo debía acordarse en el momento justo de nuestro desembarco o muy poco antes. Hubiéramos hecho más, de ser posible, para ayudar a ese infeliz Gobierno, asediado por todas partes por problemas insolubles y que había obrado, respecto a nosotros, con su mejor capacidad, valor y bue-

na fe. Ofrecimos y preparamos una división americana transportada por aire, para desembarcar en Roma a la vez que se declarase el armisticio, a fin de pelear con las dos divisiones blindadas alemanas reunidas allí cerca, ayudando así a los italianos. Pero como los alemanes ocuparon los aeródromos romanos un día o dos antes del anuncio del armisticio, de lo cual nos advirtió el Gobierno italiano, no era posible ejecutar esa parte del plan. Creo que era muy osado lanzar esa poderosa fuerza sobre Roma en condiciones que nadie podía ponderar y que cabía que condujeran a su completa destrucción, pero estábamos completamente dispuestos a procurarlo. Mas en el último momento nos llegó la advertencia: «No tenemos bajo nuestro dominio los aeródromos».

La rendición incondicional comprendía, desde luego, todo, y no sólo incluía una especial disposición para la entrega de los criminales de guerra en los más vastos términos, sino una estipulación especial para la entrega del señor Mussolini. Empero, no fué posible que nos lo entregasen especial y separadamente antes que el armisticio y nuestro desembarco principal se produjeran, porque ello habría sin duda revelado al enemigo las intenciones del Gobierno italiano, el cual estaba tan mezclado con el enemigo y tan ampliamente en su poder. La situación de Italia consistía en que, aun cuando había sucedido una revolución interior en Italia, ésta seguía siendo aliada de Alemania y hacía causa común con ella. Era una situación difícil de mantener día tras día, con la pistola de la Gestapo apuntando a tantas nucas. Teníamos todas las razones para creer que Mussolini estaba custodiado bajo fuerte guardia en algún lugar secreto, y de cierto entraba mucho en los intereses del Gobierno Badoglio impedir su fuga. Se dice que el mismo Mussolini ha referido que creía ir a ser entregado a los aliados. Ésta era en verdad la intención, y así hubiese sucedido de no mediar circunstancias del todo ajenas a nuestro alcance. Las medidas que tomó el Gobierno Badoglio estaban cuidadosamente concebidas, y eran las mejores para asegurar a Mussolini, pero no podían prever tan fuerte desembarco de paracai-

distas como el que hicieron los alemanes en el punto particular donde Mussolini estaba confinado. Nótese que Hitler le envió algunos libros de Nietzsche para consolar o entretener su confinamiento. Los italianos no podían apenas rechazar esta cortesía, y sin duda los alemanes averiguaron así muy bien dónde él estaba y en qué condiciones se le vigilaba. Pero el golpe fué de gran audacia y ejecutado con poderosa fuerza. Ciertamente muestra cuántas de estas posibilidades se abren en la guerra moderna. No creo que haya habido negligencia o mala fe por parte del Gobierno Badoglio, ni que éste se guardase un naipe dentro de la manga. Los carabinieri de guardia tenían orden de disparar sobre Mussolini si había algún intento para rescatarle, pero no ejecutaron su deber, dada la considerable fuerza alemana que descendió del aire y que indudablemente les hubiese exigido responsabilidades por la seguridad e integridad del detenido. Y basta de esto.

Armisticio con Italia.

Se firmaron los términos del acuerdo en Siracusa la noche del 3 de septiembre, y desde ese momento algunos aviones aliados circularon entre Roma y el cuartel general aliado. Esto era cosa difícil. Había que hacer enmudecer gran número de cañones, baterías particulares tenían que ser advertidas de que callaran en un momento dado para permitir a un avión pasar libremente. Esto producía de nuevo el riesgo de dejar traslucir el secreto, tan bien guardado en conjunto. El Gobierno soviético ruso, habiendo estudiado las condiciones del armisticio, autorizó al general Eisenhower a firmarlo en su nombre. Así lo hizo él, en consecuencia, no sólo en nombre de los Estados Unidos y Gran Bretaña, sino del Gobierno soviético y las Naciones Unidas.

Críticas mal fundadas.

He visto comentado que se perdieron cuarenta días de precioso tiempo en esas negociaciones y que, por tanto, la sangre americana y británica fue innecesariamente vertida en torno a Salerno. Esta crítica es tan mal fundada como hiriente para aquellos a quienes afecta. El momento de nuestro ataque principal a Italia se fijó sin la menor referencia a

la actitud del Gobierno italiano, y la fecha provisional de la operación se hallaba establecida mucho antes que empezasen las negociaciones, e incluso antes de la caída de Mussolini. Esa fecha dependía del tiempo necesario para poder retirar nuestros medios de desembarco de las costas de Sicilia del Sur, ya que era mediante ellos cómo la mayor parte de los ejércitos empeñados allí habían de ser abastecidos durante la primera semana de agosto, día a día.

Esas lanchas de desembarco tenían que ser llevadas a África. Las averiadas, y eran muchas, necesitaban reparaciones, siendo cargadas de nuevo con pertrechos, etcétera, del modo más exacto y complejo antes que se tratase de ejecutar cualquier otra operación anfibia.

Presumo que se comprende que todas esas cosas han de ser organizadas con el más extraordinario detalle. Todo buque de desembarco o de guerra recibe exactas órdenes sobre cómo las tropas que de él desembarquen han de recibir los suministros precisos, hasta tanto como cabe preverlo, y es alineado en consecuencia. Cada barcaza va cargada precisamente con los efectos que cada unidad requerirá cuando llegue esa barcaza. Algunas de ellas han de ir y volver a los buques. Se las alinea en series exactas, con las cosas que tienen prioridad puestas encima, y así sucesivamente. Sólo de este modo pueden ejecutarse esas operaciones frente a la vasta potencia de fuego moderno que unos pocos hombres bastan para sostener. Sólo de esto modo son posibles. Las condiciones y preparación de las barcazas de ataque fueron los únicos, pero decisivos factores limitantes. Ello no tiene nada que ver con «el tiempo perdido en negociaciones», nada con que el departamento extranjero discutiese con los generales sobre tal o cual cláusula, etc. No hubo un momento de pausa en la preparación de las operaciones militares, y todo hubo de adaptarse a esa directriz principal.

Cuando oigo a la gente hablar con naturalidad de lanzar ejércitos modernos sobre cualquier costa como si fuesen fardos de mercancías propios para ser dejados en la ribera y olvidados, me maravilla realmente la falta de co-

nocimiento que aún prevalece sobre las condiciones de la guerra moderna. Los más agotadores esfuerzos fueron hechos por todos los interesados para apresurar nuestro desembarco. Yo, por ejemplo, envié un telegrama al general Alexander el 18 de agosto diciendo así:

«No dudo de que está usted informado de las tentativas italianas respecto a nosotros y de la contestación que hemos dado. Nuestro mayor peligro es que los alemanes entren en Roma y nombren un Gobierno fascista a lo Quisling, presidido, por ejemplo, por Farinacci. Poco menos desagradable que esto sería que toda Italia cayese en la anarquía. Dudo de que el Gobierno Badoglio pueda mantener su posición hasta el día señalado para nuestro ataque a fondo, así que cuanto quepa hacer para abreviar ese período sin riesgo para el éxito militar, nos favorecerá mucho.»

Esto era el 18 de agosto, harto antes que se firmase el armisticio. El general Alexander contestó el 20 de agosto:

«Muchas gracias por su despacho. Se está haciendo todo lo posible para ejecutar la operación en la fecha más cercana posible. Todos aquí comprenden muy claramente que cada hora suplementaria da al enemigo más tiempo de organizarse y prepararse contra nuestras fuerzas.»

Los más de quienes conocen el carácter de los generales Eisenhower, Alexander y Montgomery, pensarían que ello era bastante. La fecha, que originalmente había sido señalada para el 15, fué de hecho adelantada al 9, a la noche del 8 al 9. Así, el conjunto de la operación—y ésta es mi respuesta a la acusación de dilaciones, a la palabra «lentitud» que he visto empleada en un lugar—, el conjunto de la operación fué planteado antes de la caída de Mussolini y debía haber ocurrido, pasase lo que pasase en Italia, en el primer momento posible. La rendición italiana fué una ventaja inesperada, pero no tuvo nada que ver con la fecha marcada para segar el huerto. La verdad es que el anuncio del armisticio fué aplazado para adap-

tarlo al ataque, y no el ataque aplazado para adaptarlo al anuncio.

He de decir, si se me permite una digresión momentánea, que la clase de crítica que he leído en los periódicos cuando llegué en la mañana del domingo, me recuerda un cuento ingenuo, que seguramente otros diputados conocen, a propósito del marinero que se tiró desde un muelle, creo que en Plymouth, para salvar a un niño que se estaba ahogando. Como una semana más tarde, aquel marinero fué interpelado por una mujer que le dijo: «¿Es usted el hombre que salvó a mi hijo en el muelle la otra noche?» El marinero replicó modestamente: «Sí, señora». «¡Ah!—exclamó la mujer—. Le buscaba. ¿Dónde está la gorra del niño?»

El general Montgomery, a la cabeza del VIII ejército, en el que van canadienses—excelentes camaradas—, empezó a cruzar el 3 de septiembre el estrecho de Mesina y desembarcó en varios puntos del extremo de Italia. Uno no podía decir qué sucedería, o lo que podría pasar en Roma en el intervalo de nuestro ataque a fondo, ni hasta qué punto podría el Gobierno italiano cumplir sus propósitos. En esta incertidumbre, acepté la invitación del presidente para permanecer con él en la Casa Blanca.

Detengámonos un momento para examinar y apreciar el acto del Gobierno italiano, que fué subrayado y aclamado por toda la nación. Herr Hitler no nos dejaba en ninguna duda de que consideraba la conducta de Italia traidora y vil en extremo, y es buen juez de esos asuntos. Otros podrán sostener que el acto de traición e ingratitud se produjo cuando la confederación fascista encabezada por Mussolini—porque no era él solo, aunque se hubiese convertido en dictador absoluto de los destinos de su país, con toda la nación incorporada a su sistema después de casi una generación de Gobierno totalitario—, cuando el fascismo, digo, empleó su poder arbitrario para buscar ganancias materiales a costa de la caída de Francia, convirtiéndose así en enemigo del imperio británico, que durante tantos años favoreció la causa de la libertad italiana, y después en enemigo de los Estados Unidos,

donde seis o siete millones de italianos han encontrado un hogar feliz. Ese fué el crimen. Aunque no se puede remediar, y aunque las naciones que permiten que sus derechos y libertades sean subvertidos por tiranos han de sufrir pesadas penas por los crímenes de esos tiranos, no puedo mirar el acto italiano en esa coyuntura sino como humano y natural. ¡Así sea el primero de una serie de actos de autorredención! Es posible, en efecto, que mi muy honorable amigo el secretario de Asuntos Extranjeros, o yo, tengamos que hacer una ulterior declaración sobre el Gobierno Badoglio antes que nos separemos al finalizar esta serie de sesiones.

El pueblo italiano había sufrido ya terriblemente. Su juventud había sido aniquilada en África y Rusia, sus soldados habían sido abandonados en el campo—eso lo hemos visto nosotros mismos—, su riqueza había sido arruinada y su imperio perdido, irremediablemente perdido. A la sazón, su bella tierra natal se convertía en campo de batalla de la retaguardia alemana. Y le esperaban otros sufrimientos. Habían de ser aterrorizados y saqueados bajo la furia y venganza de Hitler. Pero, según los ejércitos de Inglaterra y los Estados Unidos avancen en Italia, como avanzarán, el pueblo italiano será rescatado de su servidumbre y degradación y se le capacitará en el debido tiempo para recuperar su legítimo lugar entre las democracias libres del mundo moderno.

Sufrimiento del pueblo italiano.

No puedo tocar este asunto de Italia sin exponerme a la pregunta que más valdrá que me haga yo mismo: «¿Aplicaréis esos argumentos al pueblo alemán?» Yo digo: «El caso es diferente». Dos veces durante nuestra vida, y tres incluyendo las de nuestros padres, los alemanes han lanzado al mundo en sus guerras de expansión y agresión. Reúnen de la más terrible manera las cualidades del guerrero y del esclavo. No dan valor a la libertad en sí y el verla en otros es espectáculo aborrecible para ellos. En cuanto se tornan fuertes, buscan una presa, y siguen con férrea disciplina a quien los conduzca hacia ella. El núcleo de Alemania es Prusia. Ése es el manantial

de renovada pestilencia. Pero no hacemos la guerra a las razas como tales. Peleamos contra la tiranía y para salvarnos de la destrucción. Estoy convencido de que los pueblos inglés, americano y ruso, que han sufrido desmedidos daños, peligros y efusión de sangre dos veces en un cuarto de siglo, a causa del ansia teutónica de dominio, tomarán esta vez medidas para poner fuera del alcance de Prusia o de toda Alemania el atacarlos de nuevo con ansias de venganza y planes largamente elaborados. La tiranía nazi y el militarismo prusiano son los dos principales elementos de la vida alemana que han de ser absolutamente destruídos. Hay que desarraigarlos en absoluto si Europa y el mundo han de evitar un tercero y todavía más terrible conflicto. Las controversias sobre si Burke tenía razón o no cuando dijo: «No conozco el medio de redactar una acusación contra todo un pueblo», son controversias que al presente me parecen académicas e inútiles. Tenemos dos blancos prácticos y obvios sobre los cuales disparar: la tiranía nazi y el militarismo prusiano. Apuntemos a ellos todas nuestras armas y pongamos en movimiento contra ellos todos nuestros hombres en marcha. No necesitamos recargar superfluamente nuestra tarea ni el peso que nuestros soldados soportan. Los Estados satélites, sobornados o amedrentados, acaso puedan, si nos ayudan a acortar la guerra, obtener permiso de paso. Pero las raíces gemelas de todos nuestros males, la tiranía nazi y el militarismo prusiano, han de ser extirpadas. Hasta conseguirlo, no habrá sacrificios que no hagamos ni extremos de violencia a que no lleguemos. Y añado esto: Habiendo, hacia el fin de mi vida, adquirido algún influjo en los asuntos públicos, deseo esclarecer que no debo prolongar innecesariamente esta guerra ni un solo día, y espero que cuando los pueblos británicos sean llamados por la victoria a compartir las augustas responsabilidades de formar el futuro, muestren la misma ponderación y calma que en las horas de nuestro mortal peligro.

Tiranía nazi.

He hecho una considerable, pero creo que en ningún modo superflua, digresión sobre las relaciones y miras que

podemos tener respecto a los varios países enemigos o satélites con quienes nos quepa acaso tratar. Después de esta digresión, y tras lo que confío que haya sido un intermedio bien aprovechado, vuelvo a la esfera puramente militar. La invasión de Italia por la zona de Nápoles era la más audaz operación anfibia que hubiésemos lanzado jamás, o que, a mi parecer, haya sido lanzada nunca en tal escala en una guerra. En el África del Norte no esperábamos sino poca resistencia y mucha ayuda de los franceses. En Sicilia esperábamos que la oposición de los italianos fuese tibia y nos constaba que superábamos mucho en número a los alemanes. Al desembarcar en el África noroeste no era verosímil encontrar una fuerza aérea seria en contra. Nuestro desembarco en Sicilia estaba protegido por una aplastante potencia aérea y apoyado en las costas y campos de batalla por nuestras bases de Malta y Pantelaria; pero en el golfo de Salerno estábamos en el límite de acción de los cazas que salieran de Palermo y los aeródromos sicilianos conquistados. Hasta que consiguiésemos en tierra bases de repuesto, nuestras escuadrillas de cazas monomotores no tenían sino un cuarto de hora de actividad sobre el área de batalla. Habían de recorrer todo ese camino sólo para un cuarto de hora, y es terrible problema para un piloto entrar en acción con solo unos minutos libres antes de regresar a su base sobre el mar. A efectos de dar continua protección al desembarco en esas condiciones, era preciso exigir de nuestra fuerza aérea servicios que incluso su mucho número difícilmente podía procurar. Nuestros aviones allá pueden contarse con cuatro cifras, sí, pero de todos modos, mantener el dominio del aire continuamente en esas condiciones, con rápidos relevos y hasta con dos vuelos al día, era un esfuerzo inmenso, y la suma de protección no era arrolladora como la que tendremos cuando crucemos el canal algún día. Por tanto, no podíamos ir más al norte que Nápoles. Hay quien dice: «Hubiera sido mejor ir más al norte que Nápoles». Cierto que sí. Hay quien habla de Spezia, y con razón. Son propuestas muy atractivas todas ésas. Pero no

Invasión de Italia.

podíamos ir más al norte que Nápoles a menos de que prescindiésemos de cualquier ayuda de aviones con base en tierra. Incluso desembarcando donde lo hicimos, dependíamos en importante extensión de aparatos despegados de portaaviones, en los que por fortuna estamos muy fuertes, y en el porvenir estaremos mucho más fuertes todavía. Ir más al norte, habría privado a nuestros portaaviones del apoyo de aeroplanos con base terrestre, sin los cuales hubieran sido único objetivo del ataque aéreo enemigo, absorbiendo así nuestra propia potencia aérea en su defensa, en vez de usarla para ayudar a las tropas en las costas. Estas son las graves limitaciones que hoy se imponen si el éxito ha de estar asegurado.

Todas estas consideraciones tenían que ser conocidas por los alemanes, únicos con quienes habíamos de entendernos. Aunque las fuerzas alemanas no fuesen bastante numerosas para guarnecer todo el sector amenazado de la costa, contraatacarían al cabo de pocas horas con fuerzas que en cada etapa de la primera semana o cosa así serían, según nuestro cálculo, iguales al menos a las nuestras. Es decir, que una vez desembarcados en la costa y desplegados, había que esperar el ataque de una fuerza igual, plenamente organizada y con toda su artillería montada y situada en tierra. Sabíamos que los alemanes tenían la posibilidad de marchar hacia nosotros, en su contraataque, con fuerzas iguales o superiores, antes de que pudiésemos conseguir puntos de reabastecimiento para nuestros aviones, o facilidades de puerto, y en consecuencia durante unos cuantos días habríamos de desembarcar y abastecer a nuestras tropas en playas abiertas.

En esta etapa de la guerra, ser rechazados desastrosamente y forzados a reembarcar, hubiera sido particularmente deplorable, y de ocurrir, severas críticas se hubieran levantado contra la dirección británica y americana de la guerra por algunos de aquellos que claman por la mucho más difícil, mayor y más seria operación de cruzar el canal. La empresa, pues, parecía llena de azares, especialmente cuando tan gran distancia—unas 150 millas—separaba al VIII ejército de nuestro nuevo y principal ataque.

Este ataque fué confiado al jefe del V ejército de los Estados Unidos, general Clark, militar de notable capacidad y energía, que tenía bajo su mando igual número de divisiones inglesas y americanas y estaba sostenido por amplias fuerzas navales americanas e inglesas y por todas nuestras fuerzas aéreas combinadas. De haber querido correr mayores riesgos, hubiésemos, por supuesto, podido atacar antes con fuerzas menores o atacado más al norte confiando enteramente en aviones transportados por mar; pero la fuerza enemiga no habría sido menor en la zona afectada, porque ningún apreciable refuerzo del norte alcanzó o podía haber alcanzado el área de Nápoles durante el período en cuestión, a causa de la falta de comunicaciones y a que nosotros las dificultábamos. Creo, pues, que el supuesto de dilación superflua está claro y concreto. Cuando examino retrospectivamente las últimas semanas de intensa lucha, con las fluctuaciones de la batalla, me veo obligado a admitir que calculamos muy justo. Porque, ¿qué ocurrió?

En la noche del 8 al 9, el acercamiento y el desembarco se efectuaron con éxito; pero la batalla que se desarrolló a contar del segundo día fué dura y crítica. Las divisiones inglesas y americanas lucharon lado a lado, de espaldas al mar, con una profundidad de sólo pocas millas tras ellas, con sus equipos llegando penosamente a las playas y sus barcazas y escuadrillas de protección bajo renovados ataques aéreos enemigos. Los alemanes llegaron en bien organizados asaltos, peleando con su habilidosa práctica en defensiva y ofensiva. Del tercero al séptimo día, el desenlace estuvo indeciso, y la posibilidad de un gran desastre no se halló excluída. Pero uno ha de correr riesgos. En la guerra no hay certidumbres. A cada lado de uno se abre un precipicio: el de la precaución y el del exceso de osadía.

Batalla azarosa.

El general Alexander, a cuyo grupo de ejércitos correspondió toda esta operación, y más tarde el comandante supremo, general Eisenhower, acudieron en persona al lugar, visitaron los puestos de mando divisionarios y de

brigada de aquel fluctuante frente de batalla, y conferenciaron con el general Clark en su puesto de la costa. Cada pulgada de terreno se disputó ferozmente. El puerto de Salerno fué habilitado gradualmente y ahora se descargan suministros en él en considerable escala. Refuerzos de que nunca hubo escasez, se vertieron al límite extremo de nuestros medios de desembarco y de suministro. Pero la gran batalla osciló mucho, y las esperanzas alemanas de arrojarnos al mar tras una sangrienta batalla en la costa debieron a veces ser muy altas. Nosotros pensábamos que podríamos con ellos, y así ha sido, pero es claro para todos que esas esperanzas pudieron rayar a mucha altura. La escuadra inglesa de batalla, con algunos de los mejores barcos de combate, se unió a la escuadrilla costera en un pesado bombardeo, corriendo gran riesgo al entrar en aguas angostas y al alcance de la aviación enemiga, los submarinos, de haberlos, y las bombas-cohete, que causaron averías a algunos de los buques. Pero se mantuvieron cerca y a corto alcance, hasta igualar y restaurar la batalla artillera. Esos barcos tienen cañones que podían combatir con las baterías enemigas emplazadas en posiciones muy dominantes. Fué acertado arriesgar los barcos de primera línea de ese modo, dada la mejora naval a que me referiré antes de sentarme.

Las fuerzas aéreas británicas y americanas superaron también todos sus esfuerzos previos. Casi se hicieron 2.500 salidas de cazas y bombarderos durante veinticuatro horas en la culminación de la batalla y se arrojaron 1.400 toneladas de bombas sobre el campo alemán y sus cercanas comunicaciones en el mismo período de veinticuatro horas. Entre tanto, el VIII ejército, cuyas operaciones se habían considerado desde el primer momento como complementarias del golpe que íbamos a descargar con el V ejército; el VIII ejército, que se había hecho dueño en muchos puntos de la punta y el tacón de la bota italiana, avanzaba a zancadas de gigante y al décimo día de pugna empezó a intervenir, como debía ser, en la retaguardia y flanco meridional del enemigo.

Los informes llegados ayer del campo de batalla no de-

jan dudas de que el enemigo ha sido rechazado, de que nuestras fuerzas están en tierra firme y de que el octavo ejército ha entrado en acción en un lugar adecuado, como tampoco de que hemos recobrado la iniciativa y que ahora podemos avanzar hacia el Norte en un amplio frente. Esa operación está desarrollándose ahora. Creo que debemos considerar el episodio del desembarco en las costas de Salerno como una importante y fecunda victoria, merecedora de lugar definido en los anales de los ejércitos británicos y americanos que han luchado juntos y vertido su sangre por una causa generosa.

Mientras se desarrollaba este forcejeo, se hacía público el armisticio con Italia y el Gobierno Badoglio ordenaba a las tropas italianas cumplir sus condiciones. También las exhortaba a resistir a los alemanes cuando los atacasen. Las divisiones blindadas alemanas próximas a Roma irrumpieron en la capital, expulsando al rey y al Gobierno, que ahora se han establecido tras nuestras líneas de avance.

No añadiré más a los excelentes y vívidos relatos ya publicados en los periódicos y que no sólo son mucho más completos e interesantes que los relatos oficiales, sino que a la vez, en mi opinión, dan al público una descripción muy fiel de lo que ha sucedido. No necesito agregar más a eso. En efecto, me encuentro en desventaja, ya que durante cinco o seis días he dependido enteramente de los informes oficiales, sin conocer lo que decían los periódicos. La Cámara está plenamente enterada de pasajes muy descriptivos sobre esa batalla. No obstante subrayaré algunos puntos principales. El primero es que las fuerzas y población italianas han exteriorizado en todas partes una actitud inamistosa o activamente hostil hacia los alemanes, deseando obedecer en cuanto pueden las órdenes del nuevo Gobierno del rey de Italia. El segundo es que el Gobierno y sus fuerzas han hecho todo lo posible para cumplir las condiciones del armisticio. En muchos lugares se ha luchado entre los italianos y los intrusos alemanes, y no hay duda alguna de a qué lado se inclinan las simpatías, esperanzas y esfuerzos de la nación italiana.

En Cerdeña, por ejemplo, que hasta hace poco se consideraba presa importantísima, cuatro divisiones italianas han expulsado a la guarnición alemana. Fuerzas americanas han desembarcado ahora para socorrerlas. Los franceses han desembarcado en Córcega. Teníamos planes para la invasión de Córcega y Cerdeña, planes grandes y minuciosos; pero ahora hemos recogido esas islas meramente como resultado de fuertes golpes al poder central, al punto vital del enemigo. Como he dicho, los franceses han desembarcado en Córcega, y, ayudados por la guarnición italiana y todos los verdaderos franceses y corsos, están atacando activamente a los alemanes. Ésta es la primera vez que los franceses entran en acción para liberar su territorio metropolitano. En el puerto de Bastia, todas las baterías están en manos de italianos y franceses. Estos son los mismos patriotas contra quienes habían sido enviados los italianos. La lucha en el puerto fué sostenida por destructores italianos y un submarino inglés, todos unidos a cañonear a los alemanes y arrojarlos. Sentimos la fuerza del brazo abarcador de un gran movimiento mundial en lo que está ocurriendo, y ciertamente no haré nada para dificultarlo. Por primera vez, los franceses, como digo, han entrado en acción a fin de liberar su territorio metropolitano. Se está formando un poderoso ejército francés que desempeñará una parte creciente en la guerra.

Córcega y Cerdeña.

La huída de Mussolini a Alemania, su rescate por paracaidistas, y sus intentos de formar un gobierno a lo Quisling que, con las bayonetas alemanas, procure reimponer el yugo fascista a las cervices italianas, producirá desde luego en Italia la guerra civil. Es necesario, en interés general, así como de Italia, que todas las fuerzas supervivientes de la vida nacional italiana se unan en torno a su Gobierno legal y que el rey y el mariscal Badoglio tengan el apoyo de cuantos elementos liberales y de izquierda sean capaces de luchar contra la combinación fascista-quislingiana, creando así condiciones que ayuden a expeler del suelo italiano esa villana combinación, o, mejor aún, a aniquilarla sobre el lu-

Mussolini.

gar. Vamos al rescate y liberación de Italia... (*Un diputado interrumpe:* «*No haga usted que el pueblo italiano se agrupe tras la bandera de los que cambian de casaca*».)

Creo que el honorable diputado que habla no ha pensado lo bastante en la importancia de disminuir la carga que nuestros soldados han de soportar. En cualquier caso, mi opinión es que, en una situación de este género, todas las fuerzas que hagan frente al azote de su nación—un gobierno fascista quislingiano de Mussolini apoyado por los invasores alemanes—deben unirse para resistirlo y afrontarlo lo mejor que puedan. Ello, desde luego, sin el menor perjuicio del indiscutido derecho de la nación italiana a hacer cualquier arreglo que elija para el futuro gobierno de su país sobre bases democráticas, cuando la paz y la tranquilidad se restauren. Si hay alguna querella sobre este punto—y ciertamente es uno que sobresaldrá mucho—hemos de eliminarlo, y llegar a una decisión, porque el Gobierno se propone sostener la política de comprometer cuantas fuerzas puedan oponerse a los alemanes y expulsarlos de Italia. Nos proponemos hacerlo y no lo dejaremos de hacer por temor de que acaso no haya completa unanimidad sobre el asunto. El Parlamento no se funda en la unanimidad; las asambleas democráticas no obran por unanimidad. Obran por mayorías. Así es como obran, y no tengo el menor titubeo o duda respecto a cuál será la opinión de la Cámara y del país respecto a la política que anuncio y que estoy determinado a ejecutar con el mayor vigor.

Deseo esclarecer perfectamente que nos esforzamos en unir los más poderosos elementos de Italia para afrontar a los alemanes y a la combinación Mussolini-fascismo quislingiana. Eso nos proponemos hacer, eso hacemos y haremos todo lo posible para explicar y justificar ante el Parlamento cualquier camino que sigamos. Pero no esperamos convencer a todos. Hay gentes que sostienen sus ideas hasta el extremo, sin el menor miramiento respecto a añadir dificultades y peligros a los que nuestras tropas tienen que afrontar, y también, puedo decirlo, sin dar la menor consideración a las actuales condiciones de confu-

sión y anarquía que prevalecen en Italia y que en esta terrible coyuntura requieren las más desesperadas medidas, si puede decirse así, a fin de hacer coherente e integral cualquier forma de nacionalidad italiana. (Aquí Churchill fué interrumpido por un diputado que preguntó si el desterrado conde Sforza sería autorizado a volver a Italia para que contribuyese a levantar al pueblo.)

No puedo hablar por el conde Sforza; pero celebraría ver fuerzas de esa clase unidas al Gobierno que ha de formarse para expulsar a los alemanes. Si se les da una oportunidad y no la aprovechan, contraerán, a mi juicio, una gran responsabilidad, porque hay momentos en la vida de un país en que la gente no puede ser ni acertada ni prudente. Ha de aceptar su destino en unión de las fuerzas de las que depende la existencia e identidad de su nación. ¿Está todo claro? Nada de la acordado aquí prejuzga o preenjuicia en modo alguno la libre decisión del pueblo italiano respecto a la forma de gobierno que quiera tener. Vamos al rescate y liberación de Italia. Estamos preparados a situar grandes ejércitos en Italia, a desplegarlos en un amplio y activo frente de lucha contra el enemigo y a mantener una ofensiva contra él con incrementado peso y vigor, si es necesario durante el otoño e invierno y, por supuesto, después. Es de la mayor importancia para los Estados Unidos y la Gran Bretaña batir al enemigo con las mayores fuerzas posibles, obligándole a luchar al máximo. Estamos terriblemente dificultados por el mar, que ha sido nuestro escudo y protección, pero que ahora es una barrera que impide el empleo de nuestras grandes fuerzas. Está en nuestro interés forzar la lucha al extremo y encontrar medios, aunque algunos de ellos no sean los mejores, para entrar en contacto con el enemigo. Esto es especialmente cierto respecto al aire, donde nuestra superioridad en número y calidad necesita hallar pleno objetivo. Redunda en nuestra ventaja perder lo mismo y aun más que el enemigo, a fin de producir esa disminución que nosotros podemos resistir y él no. Pero, felizmente, las pérdidas ahora muestran ventaja para nosotros. El enemigo sufre pérdidas más graves que nos-

otros en casi todas las luchas aéreas, y ¡tiene un capital tan pequeño con qué afrontar ese continuo desgaste!

Yo llamo al frente que hemos abierto primero en África, después en Sicilia y ahora en Italia, el tercer frente.

Segundo frente.

El segundo frente, que ya existe en potencia y que va rápidamente ganando vigor, no ha entrado en acción todavía, pero está aquí, acumulando fuerzas. Nadie puede decir—y no seré yo quien lo insinúe—cuándo va a entrar en acción. Pero el segundo frente existe y es ya preocupación primordial del enemigo. No se ha abierto aún, no se ha puesto en juego todavía, pero le llegará su vez. Cuando nosotros y nuestros aliados americanos juzguemos ser ocasión oportuna, el segundo frente se abrirá y empezará la invasión en masa por el oeste en combinación con la invasión por el sur.

Es imposible del todo para quienes no conozcan los hechos y cifras de las aglomeraciones americanas en Inglaterra, o de los poderosos ejércitos propios que estamos preparando aquí; para quienes no conocen tampoco los dispositivos del enemigo en los varios frentes; para quienes no pueden medir sus reservas y recursos y su capacidad de trasladar grandes fuerzas de un frente a otro sobre el vasto sistema ferroviario de Europa; para quienes no conocen el estado y magnitud de nuestra flota y buques de desembarco de todos géneros—y ello ha det ser proporcionado a la tarea que deben desempeñar—; es imposible para quienes no conocen cómo transcurre en la práctica un desembarco, o cuáles son las medidas necesarias para hacerlo, o lo que ha de pensarse de antemano en relación con lo que el enemigo puede hacer en días o semanas; es imposible para quienes no conocen estos hechos, estudiados por cientos de expertos oficiales día tras día y mes tras mes, pronunciar una opinión útil sobre esa operación. (GALLACHER *interviene:* «*¿Se refiere eso al mariscal Stalin?*»)

En un asunto de este género no tomaremos consejo de los comunistas británicos, porque sabemos que se hicieron a un lado y no se preocuparon para nada de nuestra

suerte en horas de peligro mortal. Cualquier consejo que tomemos será de amigos y aliados, todos unidos en la causa común de ganar la victoria. La Cámara puede estar absolutamente cierta de que el presente Gobierno de su majestad nunca se dejará desviar o fluctuará en virtud de ninguna agitación ignara, aunque natural, ni de apremio alguno, aunque bien intencionado, en materias de este género. No seremos forzados, ni nos dejaremos convencer para emprender vastas operaciones bélicas hechas contra nuestro buen juicio al efecto de ganar unanimidad política o elogios de ningún lado. La parte más sangrienta—no nos engañemos—de esta guerra, para la Gran Bretaña y los Estados Unidos nos espera ahora. Ni la Cámara ni el Gobierno se apocarán ante esa prueba. No regatearemos sacrificio alguno por la causa común. Yo considero como cosa de honor personal obrar sólo con la convicción del éxito, fundada en los más elevados consejos profesionales de que disponemos, en operaciones de primera magnitud. Me niego, por tanto, y en absoluto, a discutir las interpelaciones sobre dónde, cuándo, cómo y en qué escala se desencadenará el ataque principal en el Oeste, y confío en que la Cámara apoye esta actitud del Gobierno.

Asociación estrecha y cordial.

Celebro decir que en Quebec, consultando con el Gabinete de guerra inglés, se hicieron varios importantes ajustes para la más estrecha acción y correlación entre la Unión Soviética e Inglaterra y los Estados Unidos. Las dificultades geográficas han probado ser hasta ahora un impedimento insuperable, aunque se han hecho varios intentos, no sólo por los Estados Unidos, sino por el Gobierno inglés, para cerrar la brecha física existente mediante sucesivas visitas a Moscú de lord Beaverbrook, el secretario de Asuntos Extranjeros y yo mismo, y mediante las visitas del señor Molotov a este país y a los Estados Unidos. En agosto, contestando al telegrama del presidente Roosevelt e informando yo a los rusos de los sondeos italianos de paz, el mariscal Stalin expresó el deseo de establecer en el Mediterráneo una comisión interaliada para tratar ese y se-

mejantes problemas: el del Mediterráneo, la elaboración del armisticio italiano, etc., según se fuesen produciendo. Nos alegró mucho hallar tan amistoso interés por nuestras operaciones mediterráneas en nuestros aliados rusos. La comisión, desde luego, no puede superar la autoridad o disminuir la responsabilidad de los Gobiernos, pero sus miembros han de estar plenamente informados de cuanto pase y tener la representación individual y colectiva de sus Gobiernos. Nuestro representante será mi honorable amigo el diputado por Stockton (Harold Macmillan), cuya labor en el cuartel general de Eisenhower está estrechamente relacionada con ese aspecto, y que ha cumplido sus difíciles deberes con creciente éxito y distinción. Se han formulado acuerdos—debo esclarecer por completo que ello no descarga al Gobierno de sus responsabilidades, porque esto sería contrario a los principios parlamentarios en que nos fundamos, y también desde luego porque las necesidades militares lo dominan todo—, se han formulado acuerdos también, como ya se ha manifestado, para una conferencia entre los ministros de Asuntos Extranjeros de los tres países, o sus representantes. Nosotros seremos representados por mi muy honorable colega el secretario de Asuntos Extranjeros, en quien la Cámara y sus compañeros tienen la más plena confianza. La conferencia se celebrará en fecha próxima y ninguna cuestión será exceptuada de sus discusiones. Todo será examinado y se llevarán las cosas a un acuerdo siempre que sea posible. Las diferencias que haya se dejarán para lo que voy a decir ahora. Tenemos también el confiado deseo de una subsiguiente reunión, antes de fines de año, entre el presidente de los Estados Unidos, el mariscal Stalin y yo. Sobra decir que la fecha y lugar de la reunión no se harán públicos sino después de que haya concluído, y debo añadir que el especular sobre tales detalles en los periódicos será del todo inútil. La labor que se haga entre los departamentos extranjeros de los tres países será un inapreciable, y puede decirse un indispensable preliminar a cualquier reunión de los jefes de Gobierno. Por ahora no diré más sobre el tema, excepto, como estoy seguro

que opinará la Cámara, que ninguna reunión durante esta guerra tendrá tanta trascendencia para el porvenir del mundo como una entrevista de los jefes de los tres Gobiernos, porque sin la estrecha, cordial y duradera asociación entre la Rusia Soviética y las otras dos grandes aliadas, podemos hallarnos al fin de la guerra con que hemos entrado sólo en un período de más honda confusión.

También se convino en Quebec la cuestión del reconocimiento del Comité Francés de Liberación Nacional. Cualquier diferencia en el grado de ese reconocimiento que puedan notarse en los documentos de las diversas potencias, procede sólo de la importancia que se concede a conservar la plena libertad de la nación francesa en conjunto para decidir sus futuros destinos en condiciones de libertad y tranquilidad. Ni la Gran Bretaña ni los Estados Unidos están dispuestos a mirar al Comité Nacional Francés de otro modo que como un instrumento provisional, y esta opinión es aceptada por los propios miembros del Comité. Me satisface decir que ha existido un continuo mejoramiento de las relaciones personales y fusión de objetivos durante los últimos meses en el seno del Comité. Los personalismos han cedido y la fuerza colectiva de esa corporación—a la que llamo los «depositarios de Francia» durante la etapa de incapacidad de ésta—crece constantemente. Con la única excepción de la Indochina, que está en manos enemigas, el Comité administra con éxito todo el imperio francés. Dispone de una flota considerable, en que el moderno barco de batalla de primera línea *Richelieu* ocupará pronto su lugar. El Comité organiza incansablemente un ejército francés de tres o cuatrocientos mil hombres, a las órdenes del general Giraud, en estrecho contacto con su colega el general De Gaulle. Este ejército está siendo dotado del equipo más moderno, proveído por el Gobierno de los Estados Unidos, y no pasará mucho antes de que volvamos a tener la alentadora sensación de contar con fuerzas francesas a nuestro lado en el campo de batalla. Celebro declarar que tanto Rusia como los Estados Unidos aceptan que el Comité Nacio-

Comité Francés de Liberación.

nal Francés esté representado en la nueva comisión que se va a crear en el Mediterráneo, y en ese sentido será la primera vez que los franceses ocupen lugar como iguales asociados entre las tres grandes potencias que guerrean contra Alemania en Europa.

Aunque no he titubeado en expresar mis diferencias con los varios sectores del Comité Nacional Francés de vez en cuando—pues no pretendo que todo transcurra suave y felizmente—, deseo esclarecer por completo que miro la restauración de Francia como una de las grandes potencias de Europa, cual un sagrado deber respecto al cual la Gran Bretaña no rectificará nunca. Ello no sólo nace de los sentimientos que albergamos hacia Francia, tan largo tiempo compañera nuestra en la victoria y en el infortuno, sino también de que uno de los más constantes intereses de Inglaterra en Europa es que haya una Francia fuerte y un fuerte ejército francés. Tal condición, empero, sólo puede alcanzarse sobre la base de la libre autoexpresión del pueblo francés en conjunto. Ellos mismos han de ser jueces de la conducta de sus compatriotas en las terribles condiciones que siguieron al derrumbamiento militar del verano de 1940. Estoy convencido de que se otorgarán los más altos honores a los que no vacilaron ni desmayaron en la hora del desastre, y que una perdurable condenación, y creo que un saludable castigo, serán aplicados a todas las personas eminentes que no se plegaron meramente a la fuerza de las circunstancias, sino que, por ambición personal o provecho, procuraron la victoria del enemigo común. (UN DIPUTADO: «*El rey Víctor Manuel y Badoglio.*») Algunas personas están limitadas, por nuestros largos e ininterrumpidos éxitos, a poco más que risas y mofas.

De la rendición incondicional de Italia, y del armisticio que hemos concedido, se derivan tres puntos que requieren especial mención. El primero, el de nuestros prisioneros de guerra. Había prisioneros en manos italianas unos 70.000 británicos y más de 25.000 yugoslavos y griegos. Desde el primer momento de la caída de Mussolini hicimos ver

Liberación de prisioneros.

con brutal claridad al Gobierno italiano y al rey que considerábamos la liberación de esos prisioneros y su entrega en nuestras manos como la primera e indispensable condición de cualquier trato entre nosotros y el Gobierno italiano, y esto, desde luego, está plenamente previsto en los términos de la rendición. Sin embargo, muchos de esos prisioneros, que estaban en el norte de Italia y otros puntos de la zona central y meridional, pueden haber caído en manos de los alemanes. No puedo ofrecer hoy informes precisos a la Cámara, dada la confusión imperante en Italia y que sólo nuestros ejércitos pueden aclarar. No obstante, el Gobierno italiano ha dado órdenes para la liberación de todos los prisioneros que se hallan bajo su dominio, y no dudo de que serán socorridos por las gentes italianas entre quienes estén dispersos, a pesar de las amenazas alemanas de castigo a todos los italianos que muestren este género de normal humanidad. En todos estos asuntos obramos con la mayor vigilancia y ahinco y se hará todo lo que esté en el poder humano. Pero todo depende de los movimientos de los ejércitos en las próximas semanas.

Los Balcanes.

La segunda característica nacida del armisticio con Italia es la situación en los Balcanes. Allí, con maravillosa e indomable tenacidad, las bandas de patriotas griegos y yugoslavos han mantenido una formidable resistencia a los torturadores de sus países. Mantienen grandes regiones bajo su dominio, libran fieras batallas en las montañas, destruyen comunicaciones y ocupan importantes poblaciones y puntos con tal vigor y en tal escala, que han sido precisas no menos de 47 divisiones alemanas, italianas y búlgaras—porque tal es el vil trabajo en que Bulgaria se ocupa—para ser mantenidas constantemente en esos vastos y desolados espacios. De ésas, más de 25 son divisiones italianas que, aun no siendo capaces de volverse contra el enemigo común, dejarán ciertamente de ser un posterior peligro para los patriotas y pueden proporcionarles una valiosa fuente de equipos. Esa brecha habrá de ser suplida con elementos sacados de un lugar u otro por los alemanes en un mo-

mento en que son fuertemente hostigados en Rusia y en otros frentes. Hasta ahora no teníamos medios de ayudar a esos invencibles campeones de la libertad yugoslava y griega, excepto mediante suministros aéreos y ofrecimientos de metálico. El dominio del sur de Italia, en el que confiamos para un próximo futuro, y el establecimiento de nuestra potencia aérea en Italia, harán posible nuestra entrada y acaso nuestro dominio en el Adriático.

Todo esto abre lejanas perspectivas de acción que han de ser examinadas también respecto a las condiciones y calma de los Estados satélites de Hungría, Rumania y Bulgaria, cada uno de los cuales es un caso en sí mismo, y todos los cuales serán crecientemente afectados por el avance de los ejércitos rusos y el desenvolvimiento del bombardeo angloamericano. Al tratar este tema no digo más de lo que es obvio para el enemigo. De aquí en adelante, veremos a los alemanes reteniendo o procurando retener a toda la Europa de Hitler por un terror sistemático. Siempre que las legiones de Hitler aparten momentáneamente los ojos de los hostiles frentes de batalla que ahora los ciñen, pueden elegir entre mirar las ciudades arruinadas de su suelo natal alemán, o el no menos terrible espectáculo de los pueblos enfurecidos que esperan devorarles. El primer punto, pues, era el de nuestros prisioneros, y el segundo ese gran desenvolvimiento de los Balcanes, que no puedo pretender medir con exactitud, y que en algunos casos no es adecuado para la discusión pública.

Una tercera y más tangible ventaja hemos ganado barriendo a Italia. Me refiero a la rendición de la flota italiana. Esto se ejecutó en obediencia a las órdenes del rey italiano y del Gobierno Badoglio. Prácticamente, toda la armada italiana, muchos barcos mercantes y muchos submarinos, en condiciones de gran riesgo, han ejecutado estrictamente las condiciones del armisticio, dirigiéndose a Malta u otros puertos bajo dominio británico. Este suceso ha alterado decisivamente el equilibrio naval del mundo. No sólo hemos ganado los aliados la flota italiana para usar-

Marina italiana.

la de cualquier modo que juzguemos útil, sino que también hemos dejado libre la más fuerte flota británica que se había de medir contra aquélla. Logramos, pues, dos éxitos navales en el mismo día. De manera que tenemos muchas fuerzas navales suplementarias a nuestra disposición. Las fuerzas de los Estados Unidos son ya predominantes en el Pacífico. Todos los siniestros han sido reparados mediante nuevas construcciones. Muy grandes fuerzas navales suplementarias han venido ahora a nuestras manos, y puesto que no permanecerán superfluamente ociosas ni un solo día, me aventuro a pensar que los señores de la guerra, en el Japón, pronto se hallarán enfrentados con algunas serias consideraciones que probablemente no se les ocurrieron cuando ordenaron atacar Pearl Harbour.

He terminado mi examen y sólo tengo que decir unas palabras más. El ambiente político de los Estados Unidos no es el mismo que aquí. La Constitución decreta elecciones a intervalos fijos y los partidos se ven forzados a asegurar y defender sus intereses especiales en las elecciones de un modo que nosotros, bajo nuestro más flexible sistema, hemos podido dejar de lado por ahora. Sin embargo, conozco la resolución y deseo de todos los partidos americanos de llevar adelante la guerra en todos los frentes y contra todos los enemigos con la máxima determinación. También he advertido un sentimiento de amistad hacia la Gran Bretaña y la comunidad e imperio británicos tal como nunca había conocido antes, así como de respeto para el esfuerzo de guerra de los 46 millones de habitantes de esta pequeña isla y para el comportamiento de nuestros soldados, camaradas de los americanos en los campos de dura lucha de esta guerra. Todo esto fué muy valioso y estimulante para mi alma. También encontré en todos la impresión de que la guerra está siendo bien dirigida, de que la dirección central elabora buenos planes y de que hay oficiales altamente capacitados y resueltos ejecutándola en todas partes del Globo. Es mi esperanza que esta convicción sea compartida ge-

Ambiente político en los Estados Unidos.

neralmente en nuestra patria y que la Cámara de los Comunes no considere necesario reprocharse la inquebrantable confianza que ha dado a los servidores de su majestad en el cumplimiento de las excepcionales cargas que pesan sobre ellos. (*Un diputado pidió al primer ministro que asegurase a la Cámara que los planes hechos por él con el presidente Roosevelt eran lo bastante flexibles para permitir aprovechar plenas oportunidades de cualquier nueva situación.*)

Puedo dar esa seguridad. Desde luego, son necesarias frecuentes conferencias entre los altos Estados Mayores, pero el general primero en el mando en cada lugar, puede en cualquier momento proponer un cambio en los planes para aprovechar la situación, o podemos nosotros sugerir un cambio en ellos. Se han hecho muchas cosas bajo el acicate del momento, como lo de Córcega y Cerdeña, que no se consideraba factible la pasada semana. Puedo dar la certeza de que existe esa flexibilidad; pero, desde luego, cuando uno trata con cierto número de aliados y tiene que consultar con cierto número de Gobiernos, e informar muy a menudo a los dominios, y así sucesivamente, no se puede tener exactamente la misma libertad que cuando se trata sólo con las tropas propias. Ese es uno de los hechos que han de recordarse. Comprendo bien que si todas las fuerzas actuasen ahora bajo una sola dirección, algunas cosas se harían más rápidamente de lo que nos cabe hacerlas; pero si uno mira las desventajas inherentes a las alianzas, no se puede olvidar cuán superiores son las ventajas.

Ventajas y desventajas de las alianzas.

El mejor método de adquirir flexibilidad es tener tres o cuatro planes para todas las contingencias probables, todos elaborados con el mayor detalle. Entonces es mucho más fácil pasar del uno al otro allí donde salte la liebre.

SIR KINGSLEY WOOD

TRIBUTO RENDIDO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES AL MINISTRO DE HACIENDA, QUE FALLECIÓ EL 21 DE SEPTIEMBRE DE 1943

[*22 septiembre 1943.*

Nuestro ministro de Hacienda, sir Kingsley Wood, era un muy antiguo miembro de la Cámara. Aquí estuvo durante un cuarto de siglo. Durante los últimos diez años sirvió continuamente en medio de las vicisitudes, cambios y conmociones de ese período. Todos saben lo excelente que fué su labor en el Departamento Postal y en el ministerio de Sanidad. Dejó huellas en el Departamento Postal y contribuyó mucho a erigir el prestigio del ministerio de Sanidad hasta el alto punto que ha conseguido entre los grandes departamentos del Estado. Después, y antes de la guerra, fué designado para un cargo de que no tenía experiencia previa. Se juzgó necesario que su actividad y eficacia administrativas se aplicasen a nuestra producción aeronáutica y a nuestra fuerza de aviación y se le nombró ministro del Aire en esos críticos años. Aun evitando comparaciones odiosas, he de decir que las perspectivas de la R. A. F. en esta guerra estaban más sujetas a las circunstancias y condiciones en que surgían en penosa experiencia, que las de cualquiera de los otros dos servicios militares. La gran contribución que hará recordar siempre a sir Kingsley Wood en el ministerio del Aire, fué la creación y desarrollo del plan de instrucción aérea imperial, en el Canadá, adonde afluyeron en gran número pilotos de Australia y Nueva Zelanda, adonde acudieron también en gran número candidatos a pilotos del Reino Unido, y que nos produjo un incesante torrente, que se cuenta por decenas de millares, de esos hombres

competentes y extraordinariamente audaces a quienes debemos tanta parte de la satisfacción que hemos obtenido. El referido plan de instrucción aérea fué una tarea de gran imaginación y todos los relacionados con él merecen los mayores plácemes. Fué un plan no sólo tendente a ganar la guerra, sino a cimentar el imperio. Imagino que la amistad y camaradería formados por esos jóvenes en los vastos campos de instrucción del Canadá ejercerán su benéfica influencia mucho después de que los miembros antiguos de esta Cámara hayan desaparecido. Éste fué un muy grande y sobresaliente acto de la administración del difunto.

Después, cuando se me confió la creación de este Gobierno en la culminación de la gran batalla que se reñía y concluyó tan desastrosamente, sir Kingsley Wood pasó a ser ministro de Hacienda. Su ministerio ha de ser mirado como histórico. Presenta el mayor esfuerzo financiero de nuestra historia. Nada semejante se había visto hasta entonces, ni nada que se le aproximara, y , desde luego, nuestras cifras son mayores ahora que en cualquier otra ocasión. Sir Kingsley Wood efectuó la más plena contribución que pueda efectuar la finanza, unida a otros medios, para evitar la marea de la inflación que siempre amenaza nuestras defensas y diques y que, si los rompiese, iniciaría la desmoralización e indecibles males. Presentó tres presupuestos a la Cámara. El primer presupuesto de un ministro de Hacienda es a menudo bien recibido, pero el tercero es el más crítico de todos, porque hereda las decisiones previas y es entonces cuando realmente cabe ver si el ministro es dueño en realidad de ese grande y dominante departamento del Estado.

El último presupuesto fué el más aceptable de todos. Realmente constituyó un triunfo, un gran triunfo personal, no un triunfo debido a pirotecnias oratorias, sino a las firmes directrices sobre las que estaba trazado y que por entonces maduraban, permitiendo al ministro hacer ante la Cámara unas declaraciones que aquí y en los Estados Unidos fueron consideradas admirables. Se trataba de un presupuesto equilibrado a pesar de sus cifras colo-

sales, y de sus 5.700.000 libras, la mitad estaban obtenidas por contribuciones, contribuciones las más pesadas que jamás haya impuesto un Gobierno o lealmente hayan aceptado los contribuyentes. Cuando pienso en cómo el difunto Bonar Law se enorgullecía de la proporción de dinero que lograba por contribuciones en oposición a los empréstitos de la última guerra, hallo el modo de calcular el mérito del difunto ministro, que casi logró duplicar la proporción obtenida por contribuciones directas. Todos los grandes economistas, con John Stuart Mill a la cabeza, han hablado siempre de los males de los empréstitos para efectos de guerra, señalando que, en lo posible, la posteridad debe ser aliviada y el coste de lo consumido en la guerra recabado durante ella. Este es un consejo de perfección, pero nadie se ha aproximado a ello más que el difunto ministro de Hacienda. El coste de la vida ha sido contenido en un aumento del 30 por 100 sobre los precios de preguerra, mediante un minuciosísimo sistema introducido por él. Los Estados Unidos no lo han adoptado, mas allí muchos lo consideran con muy notable admiración. En todo caso, el conservar un bajo coste de la vida es una de las columnas sobre las que descansa la defensa contra la inflación.

Los intereses de nuestros empréstitos son increíblemente bajos, mucho más bajos que en la última guerra. Recuerdo bien que al finalizar la guerra pasada se nos exhortó a facilitar fondos al Tesoro con el lema «Seguridad y 6 por 100». Nosotros hemos logrado en el quinto año de esta guerra préstamos de vastas sumas a un interés que, deducidos los impuestos, no sube a más del 1,5 por 100. No compara con toda justicia, porque el 6 por 100 era bruto y el 1,5 es neto. Pero tenemos hoy cargas mucho más pesadas y queda el hecho de que las vastas deudas emitidas no gravarán a la posteridad más que en un 1,5 por 100, teniendo en cuenta los impuestos, y en un 3 por 100, si no se toman en cuenta. En todos estos aspectos, en esas grandes y resaltantes características, no cabe comparación entre las finanzas dirigidas por el últi-

mo ministro de Hacienda y cualesquiera finanzas que recordemos en períodos de gran gasto y confusión.

Al principio de los ataques aéreos hablé al difunto ministro de la vital necesidad de hacer algo por las pobres gentes cuyas casas fueran destruídas, y él imaginó el completo plan de seguros que ha entrado en la mayor madurez posible. Pareció por el momento que el Estado echaba sobre sí una carga muy pesada, pero los árboles no llegan hasta el cielo y, de hecho, no sólo los individuos han sido remediados y los daños infligidos por el enemigo repartidos sobre los hombros de toda la comunidad, sino que últimamente el plan ha resultado en gran beneficio de la Hacienda.

La extensión del impuesto sobre la renta a los ingresos de trabajo fué un paso muy notable. Que consiguiera el asenso de la Cámara, elegida por sufragio universal, es también un hecho notable, pues muestra cuán extremamente asociadas se sienten las masas asalariadas y sus representantes con los vitales asuntos que ahora se dirimen en el campo de batalla. Sin duda el hacer pagos de atrasos al ajustarse las cuentas del Tesoro, produce casos de gran agobio y tiende a causar descontento general respecto a un gran principio contributivo de tan buena voluntad aceptado. El ministro había dedicado las últimas semanas de su vida a un cuidadoso estudio sobre el principio del pago a comodidad individual, y el mismo día que murió preparaba una declaración a la Cámara sobre el respecto. Esa declaración ha sido hecho ahora por el secretario de Finanzas, y el Libro Blanco estará pronto en posesión de la Cámara. Ello habrá sido la última contribución del difunto ministro a nuestros asuntos. Además, la forma general y presentación del presupuesto y cuentas de la nación que ha recibido la aprobación de la Cámara, y merece la aprobación de los mejor calificados para juzgarlo en todos los sectores de la Cámara, ocupará parte permanente en nuestros asuntos. Todo ello son jalones en nuestra larga historia financiera y quedarán asociados a la administración financiera de sir Kirgsley Wood.

Una de las más importantes realizaciones que en estos

últimos años consiguió el ministro de Hacienda fueron las relaciones que estableció y mantuvo con los Estados Unidos. Nuestras finanzas están estrechamente entrelazadas y surgen constantemente toda clase de cuestiones de la mayor dificultad y delicadeza. Hemos dedicado a ellas los más capaces funcionarios de la Tesorería y el ministro tuvo siempre que tratar una serie de cosas de máxima complejidad con su colega el señor Morgenthau, secretario de Tesorería de los Estados Unidos. Esta mañana he recibido del señor Morgenthau el siguiente mensaje, que voy a leer a la Cámara:

«Permítame expresar, mediante usted, al Gobierno de su majestad y al pueblo mi profundo sentimiento de pérdida personal por el fallecimiento de sir Kingsley Wood, ministro de Hacienda, cuya sincera amistosidad y espíritu de cooperación hicieron tanto en favor de la causa común de nuestros dos países. En los Estados Unidos, donde conocíamos sus grandes capacidades, así como su mucha integridad y personal simpatía, nos asociamos a ustedes en deplorar su fallecimiento.»

Es difícil e ingrata tarea la del ministro de Hacienda, sobre todo en tiempo de guerra. Todos gustan de una actitud generosa en cuestiones que afecten a las fuerzas armadas. Todos perciben el extremamente severo, casi confiscatorio, carácter de las contribuciones impuestas. En todos los puntos afectan a la vida íntima del pueblo. Las pocas comodidades o lujos que se le dejan se recargan con inmensos impuestos. El ministro tiene en todos los aspectos una labor desagradable. No es de extrañar que el ministro de Hacienda atravesase períodos de hostilidad y crítica, pero todo esto fué superado por el sólido éxito de sus planes financieros, y todo ello superado a su vez por sus propias cualidades personales.

En esta Cámara, y más todavía en el Gabinete, todos apreciábamos a Kingsley Wood como hombre amable, experto, competente, eficaz, accesible. Era todo lo que debe ser un ministro que es a la vez un buen diputado. Era también un buen hombre de partido. No hay razón alguna para avergonzarse de esto, porque en muchos períodos

de la historia la democracia se expresa mejor a través del flujo y reflujo de los partidos. En este sentido era un buen hombre de partido, que sabía poner a su partido antes que su persona y sabía las ocasiones en que la nación ha de ser puesta antes que el partido. En esto se hallaba plenamente calificado. No llenaremos fácilmente su vacío y la balanza de nuestros asuntos queda, de momento, dolorosamnete desequilibrada. Un nuevo problema y carga pesan sobre mí y lo siento mucho. Siento mucho más aún la pérdida de un amigo bueno, sincero y fiel, que trabajó con mis colegas y conmigo, hombro con hombro, durante un período sin precedentes en nuestra larga historia. Y sé que al expresar estos sentimientos tengo la auténtica y desinteresada aquiescencia e incluso la aprobación activa de los miembros de todos los partidos que ocupan todos los sectores de la Cámara.

LAS MUJERES DE INGLATERRA

DISCURSO A UNA REUNIÓN DE SEIS MIL MUJERES
EN EL ROYAL ALBERT, DE LONDRES

---

23 septiembre. *Los rusos ocupan Poltava, punto fortificado alemán en Ucrania, y hacen un importante y nuevo avance hacia el Dnieper.*

24 septiembre. *Sir John Anderson sucede a Kingsley Wood como ministro de Hacienda.*

25 septiembre. *Los rusos toman Smolensko. Dura lucha en el Dnieper.*
Se revela oficialmente que el nuevo explosivo «RDX», descubierto por los sabios ingleses antes de la guerra, está siendo usado por las Naciones Unidas

27 septiembre. *El VIII Ejército ocupa Foggia, importante base aérea italiana, hazaña que el presidente Roosevelt describe como uno de los mayores éxitos estratégicos de los aliados.*

[*29 septiembre 1943.*

Esta impresionante y representativa reunión señala un definido reconocimiento de la parte que las mujeres están desempeñando en nuestra lucha por la razón y la libertad. Recuerdo que en 1939, en Manchester, hice un llamamiento para que un millón de mujeres acudiesen a participar en el esfuerzo de guerra en todas sus formas. Ello se juzgó entonces una proposición extravagante; pero la cifra no fué ni un tercio de lo que luego se ha requerido y se ha encontrado.

Estamos comprometidos en una guerra total. Estamos comprometidos en una lucha por la vida. Aunque no se pueda decir que el peligro sea tan inminente como en 1940, aquel año en que estábamos solos, si esta guerra se

llevase de modo que la unidad del esfuerzo nacional disminuyese, que su peso y vigor se aflojasen, que nos dividiéramos, que la apatía nos dominara, y ello fuese característico en todas las naciones unidas, otra colección de peligros, acaso no tan catastróficos en su aspecto, pero no menos nocivos en su carácter, caerían sobre nosotros. La guerra languidecería, nuestros soldados se hallarían escasos de municiones y servicios precisamente cuando más los necesitan, precisamente cuando su acción crece en una escala siempre mayor.

Una guerra total.

Y ¿cuál es la esperanza del enemigo? Su esperanza es que nos fatiguemos, que las democracias vacilen y titubeen en el largo camino, y que ahora, en el quinto año de guerra, haya dudas, decepciones y debilidades. Y esperan que, con eso, ellos, consolidados en su céntrica fortaleza de Europa o en sus remotas islas del Japón, extraerán de nuestra fatiga y de las divisiones que puedan surgir entre nosotros los medios de obtener tratos que les permitan reparar sus pérdidas, reagrupar sus fuerzas y desencadenar sobre el mundo, acaso de aquí a una década, otra guerra aún más terrible que la que estamos atravesando. Por tanto, las ideas de guerra total o lucha por la vida deben estar continuamente en nuestro ánimo.

Este esfuerzo de guerra de los 46 millones de habitantes de la Gran Bretaña y la Irlanda del Norte es justamente admirado por nuestros aliados. En conjunto, no hay comunidad empeñada en esta guerra que esté más perfecta, eficaz y exhaustivamente organizada para la guerra; no hay comunidad alguna que presente tantos aspectos y variedades de esfuerzo bélico.

Tenemos que guardar el mar; tenemos que traer nuestras vituallas y materiales; tenemos que guardar nuestro territorio contra la siempre presente amenaza de ataques a través del mar; tenemos que estar dispuestos a repeler intensas y nuevas formas de ataque aéreo en cualquier momento; tenemos que producir mayor cantidad de aliproducción de municiones: tenemos que construir barcos mentos que antes; tenemos que sostener nuestra vasta

de guerra y mercantes en gran número; tenemos que mantener la vida de nuestra población civil y atender a los ancianos, los enfermos y los heridos. Todo ello ha de ser hecho por esta comunidad, y declaro que nuestro país ofrece al presente un maravilloso espectáculo de organización.

Este esfuerzo de guerra no hubiera podido cumplirse de no haber acudido mujeres a millones y emprendido toda clase de tareas y trabajos que cualquier generación que no fuese la nuestra—salvo si retrocedemos a la Edad de Piedra—, debía haber considerado inadecuados. Trabajos en los campos, pesado trabajo en fundiciones y talleres, trabajo refinado en radio, en instrumentos de precisión, trabajos en los hospitales, trabajo eclesiástico responsable de todo estilo, trabajo en las fábricas de municiones, trabajo en las baterías mixtas, notables agrupaciones que merecen especial interés, donde hay más mujeres que hombres y donde las armas son manejadas con máxima destreza y eficacia. Esas baterías mixtas han ahorrado decenas de miles de hombres fuertes, librándolos de un trabajo estático y permitiéndonos dedicarlos a los ejércitos de operaciones y las baterías móviles. Nada se ha regateado, y los límites de la actividad de las mujeres se han ensanchado definida, vasta y establemente.

Contribución de las mujeres.

Puede parecer extraño que tan gran avance en la situación de las mujeres en la industria y en toda clase de aspectos se haya hecho en tiempo de guerra y no en tiempos de paz. Parece más bien que en tiempo de paz debía el progreso de las mujeres haber obtenido una participación cada vez mayor en la vida, trabajo y guía de la comunidad, debiendo retroceder bajo las violencias de la guerra. Pero lo cierto ha sido lo inverso. La guerra es un maestro, un maestro duro, severo, eficaz. La guerra nos ha enseñado a dar largos pasos hacia adelante, tendiendo a una más completa igualdad de los papeles que hombres y mujeres han de desempeñar en la sociedad.

La guerra, maestro duro.

Declaro que las condiciones en nuestra isla presentan

un incomparable ejemplo, entre las Naciones Unidas, de esfuerzo de guerra sólido y concentrado. No cabe, después de cuatro años de lucha, que haya muchas cosas de sobra; pero mi amigo el señor Bevin, ministro de Trabajo, encuentra las mayores dificultades posibles en proveer incluso las peticiones ya aprobadas que le dirigen todos los departamentos del Estado. Estamos en plena tensión de esfuerzo, y cuanto debemos hacer es sostener y mantener este esfuerzo durante el quinto año de guerra, y el sexto, si es necesario, porque nunca nos detendremos hasta conseguir nuestros propóstios.

En pleno esfuerzo.

En el año venidero veréis mayores ejércitos en lucha; veréis más poderosas fuerzas aéreas golpeando el corazón del país enemigo; pero las actuales exigencias impuestas a la población británica no pueden aumentar grandemente. El aumento de municiones se deberá a más eficaces procedimientos que ya están en marcha, antes que a cualquier multiplicación de los seres humanos dedicados a su producción. Estamos, como he dicho, en pleno rendimiento, y el sostenerlo y mantenerlo es una tremenda tarea que requerirá la mayor firmeza de carácter en todos los súbditos de su majestad, así como extremo cuidado, diligencia y vigilancia en cuantos desempeñan cualquier forma de cargos públicos. Todo se necesitará para conservar el tremendo paso a que nos movemos, pues todo hace falta para asegurar la completa y absoluta victoria de la buena causa.

Porque es una buena causa. Nadie lo duda. En todo el mundo, hombres y mujeres, bajo todos los cielos y climas, de todas las razas, credos y colores, perciben que el hundimiento de ese monstruoso mecanismo nazi de tiranía, crueldad, avidez y agresión, perciben, digo, que el hundimiento y despedazamiento de ese mecanismo representará el conseguir para toda la raza humana algo que afectará de manera decisiva su destino futuro, y que incluso en nuestra propia época señalará muy sensibles mejoras en las condiciones de vida de las grandes masas del pueblo.

Una causa buena.

La libertad se erigirá sobre cimientos inconmovibles, y a su lado estarán la razón y la justicia. Me hallo seguro de que cuando ganemos la victoria mostraremos una ponderación y calma tan admirables como las que desplegamos en los días de nuestro peligro mortal, no dejándonos descarriar por falsos guías hacia la apatía, la flaqueza o la brutalidad, sino que el nombre de nuestra querida patria, de nuestra tierra isleña, será, por nuestra conducta, por nuestra clarividencia, por nuestro refrenamiento propios, por nuestra inflexible tenacidad de propósitos, largamente sostenido con honor ante todas las naciones del mundo.

En todo esto, las mujeres de Inglaterra han desempeñado, desempeñan y seguirán desempeñando un papel que excita la admiración de nuestros aliados y que resultará haber alterado en definitiva las diferencias sociales y de sexo que años de convencionalismo habían establecido.

No temo al futuro. Penetremos en sus misterios, rasguemos los velos que lo ocultan a nuestros ojos y movámonos hacia adelante con confianza y valor. Todos los problemas de la posguerra mundial, algunos tan abrumadores ahora, serán de más fácil solución una vez ganada la victoria decisiva y una vez esclarecido que la victoria ganada con las armas no se dilapidará con locuras o violencias cuando llegue el momento de establecer los amplios cimientos del futuro orden mundial y sea ocasión de decir grandes palabras de paz y verdad a todos.

LA SITUACIÓN MINERA

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES

---

1 octubre. *El V Ejército entra en Nápoles y persigue a los alemanes en retirada.*
Munich y Wiener Neustadt, cerca de Viena, son bombardeados por primera vez por aviones procedentes del norte de África.

2 octubre. *Hay signos de que los alemanes se preparan a librar una gran batalla por Roma.*
Finschafen (Nueva Guinea) cae en poder de los australianos tras once días de lucha.

3 octubre. *Ataque naval y aéreo alemán a la isla de Cos, en el Dodecaneso.*

4 octubre. *Tropas del VIII Ejército desembarcan en Térmoli, en la retaguardia alemana, ocupándolo tras recia lucha.*
El almirante sir Dudley Pound dimite su cargo de primer lord del Mar, sustituyéndole el almirante sir Andrew Cunningham.

5 octubre. *La U. R. S. S. anuncia la destrucción de doscientos veintitrés tanques y noventa y cinco aviones alemanes en dos días.*

6 octubre. *El V Ejército, avanzando desde Nápoles hacia el Norte, llega al río Volturno, donde se traba enconada lucha. Los alemanes anuncian la toma de Cos.*
Fuerzas navales de los Estados Unidos atacan con energía la base japonesa de la isla de Wake.

8 octubre. *Hitler y los jefes de su partido exhortan a mantener la moral en el interior.*

9 octubre. *Bombarderos estadounidenses salidos de Inglaterra atacan objetivos en la frontera oriental alemana, sólo a doscientas cincuenta millas del frente ruso.*

10 octubre. *Los rusos desalojan totalmente del Cáucaso a los alemanes, ocupando la península de Tamán.*

11 octubre. *Se anuncia que submarinos británicos, penetrando en un angosto fiordo noruego, han causado averías al «Tirpitz», el mayor barco alemán de batalla.*

12 octubre. *Churchill anuncia que Portugal consiente en dar a la Gran Bretaña, en las Azores, ciertas facilidades que asegurarán mejor protección a la navegación atlántica.*

13 octubre. *Italia declara la guerra a Alemania «en vista de los repetidos e intensificados actos de guerra cometidos contra los italianos».*
Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia aceptan la colaboración activa de Italia como «cobeligerante».
Los rusos penetran en las defensas alemanas de Melitopol y Zaporogie.

[*13 octubre 1943.*

Doy excusas a la Cámara por intervenir en este debate, ya que no tuve la ventaja de estar presente ayer y escucharlo. Pero he leído las noticias de la Prensa muy extensamente y desde ayer he pasado mucho tiempo discutiendo el asunto con varios amigos y colegas. Advierto que ha habido una petición de que haga declaraciones algún ministro del Gabinete de guerra y, deferente con esa petición, creo que acaso me convenga decir algunas palabras para esclarecer en todo lo posible la situación.

Desde luego, no me propongo entrar indebidamente en los aspectos técnicos del problema, que no me competen en la ocasión presente. Ya han sido tratados por el ministro de Combustibles y Energía (mayor G. Lloyd George) y por su secretario parlamentario. Y volverán a ser tratados por el ministro cuando conteste hoy a los puntos esenciales que se han planteado. No me propongo internarme en ellos y la Cámara debe comprender que voy a exponer meramente las respuestas que se me han dado, en cuanto no se ha desvanecido de mi mente. Creo, sin embargo, que sería útil recordar a la Cámara al principio de estas discusiones, los fundamentos generales en que nos apoyamos al presente. Tenemos un Gobierno nacional de coalición, que se formó para procurar sacar a la nación del abandonado y sombrío brete en que la habían puesto la acción, o inacción, de todos los partidos políticos que por un largo período de años la habían gobernado. (VARIOS DIPUTADOS: *El partido* tory.) Todo depende de a cuándo remontemos la fecha. Yo me hallo

Gobierno de coalición; finalidad.

muy bien situado en este aspecto, ya que he estado al margen once años. Acaso de no haber sido así me hubiera visto envuelto en todos esos compromisos que son inseparables de una accion colectiva leal entre colegas. En cualquier caso, esta coalición nacional llegó en un momento de peligro muy grande para este propósito, y creo que no hemos sido desafortunados en nuestra tarea.

¿Qué nos mantiene unidos? Lo que nos mantiene unidos es la dirección de la guerra, la prosecución de la guerra. A ningún socialista, liberal o laborista se le ha pedido que abandone sus convicciones. Hubiera sido indecoroso e impropio. Nos mantenemos unidos por una cosa exterior que requiere toda nuestra atención. El principio que nos inspira es: «Todo para la guerra, sea materia de controversia o no, y ninguna controversia que no sea *bona fide* es necesaria para la guerra.» Ésa es nuestra posición.

También hemos de ser cuidadosos con que no se tomen por pretexto las necesidades de guerra para introducir cambios sociales o políticos de largo alcance y unilaterales. Veamos la cuestión de nacionalizar las minas de carbón. Esas palabras no me asustan: Yo preconicé la nacionalización de los ferrocarriles después de la guerra pasada, pero me veo obligado a decir que estoy un poco afectado por el experimento de la administración nacional de los ferrocarriles después de la guerra, que dió al público muy mal servicio, a los accionistas ingresos muy insatisfactorios y que produjo una de las huelgas más perniciosas y graves que yo haya visto nunca. No obstante, según dije, el principio de nacionalización es aceptado por todos, siempre que se paguen apropiadas compensaciones. Esto no debe argumentarse sobre principios morales, sino viendo si de hecho será mejor para todos, más fecundo para la nación en conjunto, la nacionalización o el permitir la competencia y las empresas privadas. Ello produciría multitud de argumentos, multitud de diferencias de opinión, y en resumen, sería un enorme asunto éste de nacionalizar las minas de carbón. Así, a menos

Gobierno de coalición; limitaciones.

que se probase ser convicción de la Cámara y del país, a satisfacción de los ministros responsables, que ése sería el único modo de ganar la guerra, no debemos lanzarnos a ello sin unas elecciones generales. Sería muy difícil celebrar elecciones generales ahora. No digo que fuese imposible. No sería ciertamente tan difícil como durante los ataques aéreos, aunque acaso éstos pudieran reanudarse, lo que añadiría animación a las elecciones. Pero sería muy pernicioso para el esfuerzo de guerra. Además, tal sistema iría probablemente precedido de una ruptura en la administración presente y una separación de partidos en líneas regulares de batalla política. No quiero ser responsable, según aconsejo, de emprender ningún ulterior gran cambio, y menos un gran cambio definitivo, en la industria minera durante la guerra, porque creo que ello exigiría ser ratificado o precedido por un mandato nacional. Así que hemos de resistir a tales proposiciones, y pedimos el apoyo de la Cámara para hacerlo.

La democracia parlamentaria.

He de hacer notar que la democracia parlamentaria no procede sólo por debates. Procede por debates y por votación. Sólo de este modo puede la mayoría expresar sus opiniones. La mayoría puede destituir a un Gobierno en cualquier momento, a menos, desde luego, que el Gobierno obtenga de la Corona una disolución parlamentaria y se halle sostenido por el pueblo. Así opera la Constitución—que es muy admirada en muchos países—y es conveniente recordar siempre esa situación. Tan pronto como la guerra termine dejarán de luchar los soldados y empezarán a hacerlo los políticos. Acaso esto sea lamentable, pero en todo caso no es tan malo como lo que sucede en algunos países que no nombraré, donde los soldados están luchando fuera del país y los políticos dentro con igual vigor y ferocidad.

Veamos lo que ocurrirá al fin de la guerra. Es muy difícil rasgar los velos del porvenir. No sabemos lo lejos que el fin de la guerra puede hallarse, o en qué condición y modo estaremos en ese momento, o cuál será nuestra situación en relación a las otras grandes potencias. No po-

demos decirlo. Pero en medio de toda esta bruma, la siguiente me parece muy clara: o habrá convenio entre los partidos, o habrá elecciones generales sobre líneas de partido. A la sazón, lo último me parece lo más probable. En las elecciones generales, el pueblo decidirá qué grupo de personas, qué partido político constituirá la mayoría en la Cámara de los Comunes, y la Corona encargará a alguien de formar un Gobierno en consonancia. Ahora bien: en tiempo de guerra o gran calamidad y peligro públicos, una coalición nacional, con todos los partidos oficialmente representados en ella como partidos y no como individuos, da gran fuerza y unidad al país, según está ocurriendo. Cualquiera o cualesquiera que lograsen romperla en tiempo de guerra incurirrían, estoy seguro, en la censura de la vasta mayoría del pueblo. Pero en tiempo de paz las condiciones son diferentes. El gobierno de partido no es nocivo para la democracia. La democracia parlamentaria ha florecido bajo el gobierno de los partidos. Es decir, ha florecido mientras ha habido plena libertad de palabra, elecciones libres e instituciones libres. Hemos, pues, de precavernos contra una tiranía sobre la opinión, una tiranía que procure que sólo un aspecto de las cuestiones sea conocido de ella. Todos estamos en favor de la libertad de palabra. Apenas pasa un día sin que se la ensalce; pero la idea que algunos forman de la libertad de palabra es que ellos tienen libertad de decir lo que gusten, mientras si alguien dice algo en contra es una injuria.

Anhelo con ahinco que sea posible conservar la unidad nacional después de la guerra, pero declaro con franqueza que no me sentiré alarmado si volvemos al gobierno de partidos. Puede que tengamos que hacerlo así. Mas diré—y estoy seguro de que la Cámara me perdonará por decirlo—que cualquier acritud, diferencia o lucha de partidos que puedan ocurrir entre nosotros, al representar cada uno a nuestros electores y nuestras convicciones, no podrán hacer que las cosas sean nunca del todo como fueron antes. Se han establecido comprensiones que, sin perjuicio del deber público de cada hombre, ejercerán indudablemente un efec-

Gobierno de partidos.

to suavizador sobre gran parte de nuestras relaciones en el futuro. Por mi parte, declaro que me siento en gran deuda con el partido laborista, que fué para mí un sólido apoyo cuando asumí las cargas que aun sigo llevando.

Acerca de lo que ocurra después de la guerra debemos ver cómo irán las cosas y cómo nos sentiremos. Pero si, por desgracia, el acuerdo fallase y volviese un gobierno de partido después de unas elecciones libres, ésa será la ocasión de que ese Gobierno haga sus propuestas y las ejecute, y los que estén en la oposición, quien quiera que sean—pues, ¿quién puede predecir la opinión de los electores?—ejercerán sus facultades de crítica, espero que con serenidad y con plena libertad de debate. Así están las cosas y así deben arreglarse nuestros asuntos. Y en Inglaterra no debemos alarmarnos mucho sobre esas cosas gracias al buen sentido de nuestro pueblo y a nuestras bien probadas instituciones, que han sido capaces de afrontar todas las dificultades que los años pasados nos han traído. Digo, pues, que no se debe esperar que el actual Gobierno haga cambios de gran alcance y de carácter discutible a menos de que se apruebe que son necesarios para la guerra. Otro Gobierno podría opinar de diferente modo, pero éste, no. Estamos haciendo toda clase de preparativos y estudios, incluyendo preliminares legislativos para que aquellos que estén en el poder después de la guerra puedan tratar los muchos problemas de ese momento en las mejores condiciones.

La presente Cámara de los Comunes, que ha excedido en tan largo tiempo su vida constitucional y pronto solicitará una renovación de término—lo que no está por entero sólo en nuestras manos—, no tiene ningún derecho, excepto poseyendo cierta medida de asenso general, a apartarse de la única función que justifica su continuada existencia: la prosecución de la guerra. Sólo la continuación de la guerra y las extraordinarias condiciones que nos impone y a que nos fuerza, justifican que permanezcamos reunidos como Parlamento. Yo, ciertamente, no asumiré la responsabilidad de hacer cambios de vasto alcance y controvertibles, a menos de estar convencido de que son

necesarios para el esfuerzo de guerra, sin un Parlamento revivificado por el contacto con el cuerpo electoral.

Dentro de estas generales observaciones, que yo confío haber concebido con ánimo desinteresado y sin deseo alguno de causar decepción o alarma, y menos aún de agriar los caracteres, pasemos a la situación carbonífera presente. ¿Qué situación hay? Hace quince meses, la Cámara, sin votación, convino un plan de reorganización que tendía a la plena inspección del funcionamiento de las minas y la organización de la industria sobre la base de un servicio nacional. Esta organización debía continuar, y continúa, «pendiente de una decisión final del Parlamento sobre el porvenir de la industria». Apenas hace un año que esta organización entró en vigencia. Debo someterla al juicio de la Cámara como cosa que, en conjunto, ha funcionado bien. El año último, por esta época, estábamos seguros de que habría una baja en los suministros de carbón durante el invierno. Era mi deber formar una opinión sobre tales materias, como sobre si habría bastantes proyectiles y cartuchos, o bastante tonelaje, o bastante petróleo. Tenía que hacer todo lo posible para formarme una opinión, y empleé varios medios de reunir datos y cifras, así como procedimientos especiales—una estadística departamental propia—para comprobar las varias aseveraciones de los distintos departamentos. El pagador general hace un incesante examen de todas las cifras que giran ante nosotros y tiene entera libertad de presentarlas. De acuerdo con el informe que se me hizo yo adopté una opinión opuesta a la que prevalecía y dije. Pensé que atravesaríamos el invierno sin dificultad, y lo atravesamos. Los profetizadores de males—y perdóneme la Cámara que diga los aprovechadores de males—quedaron confundidos por el hecho, como lo han sido en otras muchas esferas de la actividad durante los últimos doces meses. Sobrevivimos al invierno pasado. Ni una sola fábrica ha tenido que parar por falta de combustible, y estoy informado de que nuestros depósitos de combustibles son mayores—no grandes, pero mayores—que lo eran en este período del

Situación carbonífera.

año pasado. Debemos esto en gran parte a la patriótica cooperación de los consumidores domésticos, que tan bien respondieron a la exhortación del ministerio en pro de la economía. Esperemos que el año venidero no les induzca a flaquear en su comportamiento y en sus autorrestricciones, ni a creer que su participación en ésta, como en otras materias, no es recenocida por el Parlamento y el público.

Se nos ha hablado de una gran inquietud en la industria minera. Creo que eso es ser injusto con los mineros.

Situación de los mineros.

Durante los últimos doce meses sólo se han perdido 750.000 toneladas entre más de 200 millones de toneladas de carbón que se han producido. La pérdida por huelgas y paros ha sido sólo de dos terceras partes de la mitad de un 1 por 100. Siempre corro gran riesgo al hablar de estas materias: quiero decir dos tercios de un 0,5 por 100. Ni mi padre ni yo hemos sido nunca grandes aritméticos. Esta pérdida por paros puede compararse muy favorablemente con la pasada guerra, y puede sostener comparaciones fuera del país. Hemos de recordar que estamos en el quinto año de guerra. Existe una mentalidad de quinto año de guerra. Acaso, viviendo rápidamente bajo la presión de los sucesos, actuando todos por encima de lo normal, no notemos los cambios que están ocurriendo y las tensiones a que todos estamos sometidos. Hemos entrado en el quinto año de esta guerra y nuestros compatriotas deben procurar adaptarse a las maneras prevalencientes en este año, obrando en armonía con todas las circunstancias que nos rodean.

Me han dicho que hay mucho absentismo y que se han hecho algunos discursos amonestatorios sobre el particular. Pues bien: no hay ningún departamento que dé tantos informes públicos de su trabajo como el Ministerio de Combustible y Energía, y es natural, y no pernicioso, que mucha parte de la atención pública se centre en sus dificultades. Oímos hablar mucho del gran absentismo entre los mineros. La cifra de absentismo dañino, o absentismo voluntario como eufemísticamente se llama, es, según he dicho, ligeramente menor al 0,5 por 100. Hay también cier-

to número de absentismo reductorio. No sólo en la minería, sino en las industrias del país, hay pequeñas dolencias que no creo enteramente disociadas de los cambios de dieta a que nos sometemos y al régimen bajo el cual vivimos. Se me dice que una desproporcionada parte de ese total se halla entre los jóvenes. A sus camaradas de la industria y el ejército corresponde, con su ejemplo, así como por precepto, instigar en esos jóvenes su deber de hacer todo lo posible para ser dignos de todo el maravilloso esfuerzo y combinación de energías que se ejecutan en todo el país. Pero aunque se tome el absentismo de enfermedades y accidentes y se añada el que he mencionado, se me informa que no hay más pérdidas de producción este año que el anterior. Se ha añadido un año de esfuerzo excesivo y concurren otras muchas circunstancias a dificultar la extracción de carbón, pero la pérdida de toneladas, aunque aumentada por una proporción de enfermedades mayor, no es más grande que el año pasado.

También me dicen que se ha producido una disminución de la disciplina. No dudo de que el ministro, cuando hablaba ayer, tenía razón al decir que las condiciones son diferentes cuando se necesitan todos los hombres para sacar carbón y hay gran escasez de mineros, que en los períodos que hemos atravesado, esos desdichados períodos en que una cruel falta de trabajo hería a la industria minera. Pero creo que ésta es una mala base para fundarse en ella. Confío en que después de la guerra, o durante ella, una cuidadosa consideración del problema por parte de la Federación de Mineros y de la Asociación Minera, trabajando juntas, puedan conseguir condiciones que hagan el nivel de la disciplina independiente de cualquier fluctuación que pueda ocurrir en el mercado de trabajo y permitan a todos cumplir su deber honrada y limpiamente.

Nos hemos informado de todas esas dificultades en la industria minera. Creo que este debate de dos días ha sido muy valioso, ya que todo él ha versado sobre el carbón, que es vital para nuestra capacidad de hacer la guerra. Todas nuestras refinadas manufacturas de la civilización

en tiempo de paz se apoyan en la intensa labor subterránea de una relativamente pequeña parte de nuestro pueblo: los mineros. No debemos subestimar el esfuerzo que sobre los mineros pesa. El promedio de su edad ha aumentado. Sus alimentos son menos estimulantes y su dieta menos variada. No disfrutan de las vacaciones y descansos a que su oficio, excepcionalmente duro, les daba derecho en el pasado durante el verano, cuando el consumo de carbón era pequeño. Ahora han de trabajar con la misma dureza, o más, en verano, a fin de acumular para el invierno y llenar las necesidades de la guerra. Estos factores son muy considerables y no debemos omitirlos o hacer de ellos la base de un cargo contra la población minera.

Prescindiendo del hecho de que no hay tanto exceso horario o dominical en las minas, creo poder decir que el rendimiento de los mineros no es menor que el del promedio en las fábricas de municiones. Sus salarios han aumentado en un 50 por 100 contra un aumento del 30 por 100 en el coste de la vida. Debe recordarse que los salarios, cualesquiera que puedan ser, quedan apreciablemente contrarrestados por lo poco que hay que comprar. La tensión que pesa sobre los mineros ha sido severa y yo no estoy hoy aquí para formular quejas contra ellos. Podemos confiar en que los mineros harán cuanto puedan en pro de la causa que con tanta energía y ardor sostienen.

Respecto al próximo año, los mineros tendrán la ayuda del carbón producido por los trabajadores de superficie, que bien puede ascender a 10 ó 15 millones de toneladas. Por tanto, no creo, siempre que todos cumplan su deber al máximo, que estemos en peligro de un colapso de la producción carbonífera el año próximo. Constituirá cierta satisfacción para mi honorable y distinguido amigo el diputado por Buckrose (mayor Braisthwaite), quien fué de los primeros paladines del trabajo en la superficie y me escribió al respecto varias cartas hace más de un año, ver cuán esencial es la contribución que en tiempo de necesidad puede salir de ese recurso.

Se hacen grandes esfuerzos para incrementar la mano de obra en las minas y reponer la pérdida de personal, que es de unos 20.000 hombres por año. Me han pedido que licenciase gran número de hombres del ejército de ultramar. Desde hace dos años ningún hombre más ha sido sacado de las minas para el ejército. Once mil de ellos han regresado. Pero ante la inminencia de las más sangrientas luchas de la guerra en cuanto a nuestro pueblo concierne, no estoy dispuesto a debilitar las fuerzas en campaña o las reservas de potencial humano ya instruído más allá del limitado número de hombres maduros aprobado por el Gabinete de guerra y que ayer anunció mi muy honorable y distinguido amigo. A menos que nos favorezca algún inesperado derrumbamiento por parte del enemigo—con lo cual sería gran locura contar—, la más dura lucha de la guerra, en lo que atañe al pueblo británico, nos espera ahora. Nuestro potencial humano está en pleno funcionamiento y creo que será aplicado con la mejor ventaja. Cuando hace tres meses tuvimos una serie de discusiones en el Gabinete de guerra y entre los departamentos sobre potencial humano, empezó un penoso y difícil proceso. Los departamentos, en sus planes para la guerra y para el máximo esfuerzo, requerían 500.000 hombres más de los existentes, y no había tiempo de reparar tal deficiencia a tiempo de que fuesen útiles en la venidera campaña. Tras una pugna, todos los departamentos hubieron de reducir sus acariciados y bien concebidos planes para aumentar nuestro esfuerzo de guerra. El potencial humano—y al hablar de él incluyo a las mujeres—ha llegado en este país, al presente, a un rendimiento intensivo, tal como no se ha alcanzado antes, ni siquiera en la última guerra, y tampoco en ésta, desde luego. La comunidad de esta isla se mueve en un elevado nivel, a un buen ritmo, y si solamente conservamos esta tensión—porque no podemos incrementar el paso—, ese solo hecho nos permitirá superar a nuestros enemigos y posiblemente incluso a nuestros amigos.

Siempre he asegurado a la Cámara que pasaríamos a través de las dificultades marítimas, aunque he de reco-

nocer que hubo momentos extremadamente ingratos. No veo nada en la situación minera que me haga pensar que ella será el único triste fallo en nuestro esfuerzo nacional. Pero, desde luego, en este campo dependen muchas cosas de la buena voluntad y celo por la causa común. Mantengo la opinión de que no hay nada en la presente situación minera que justifique una transformación violenta del sistema presente. Aunque la transformación estuviese bien concebida, lo que es improbable teniendo en cuentas las apresuradas condiciones en que había de nacer, causaría más dificultades de las que merece la pena, y las reacciones engendradas pudieran ser profundamente dañinas a nuestro esfuerzo de guerra, y aun prolongar ésta. Por tanto, someto al juicio de la Cámara la aprobación del criterio de que el caso para una legislación de tipo violentamente polemístico o la reconstrucción de la industria minera como esencial para ganar la guerra no se ha presentado en modo alguno y no es apoyado por los hechos actuales de la situación tal como existe.

La nacionalización de las minas.

No obstante, se prometió al aprobarse los planes correspondientes por el Parlamento, que su desarrollo sería continuamente revisado. Así está siendo hecho por el ministro y Gabinete de guerra, al que el ministro tiene constante acceso en todos los asuntos que afectan a su departamento. No tenemos prohibido el hacer modificaciones o mejoras que creamos implican resultados beneficiosos. Mi muy honorable y distinguido amigo anunció ayer que ya había hecho varios cambios y mejoras, y este proceso es incesante y será conducido, como ha sido conducido siempre, mediante consultas a ambas partes de la industria. Rindo homenaje a mi muy honorable y distinguido amigo el ministro de Combustibles y Energía. Su tarea es muy difícil. Hay en la Cámara varios miembros capaces de ejecutarla, pero estoy seguro de que se sentirían muy abrumados por ella. Es ingrata en gran parte, pero no la rehusa. Creo que ha celebrado un centenar de juntas en las minas el año pasado. Invierte toda su vida y esfuerzo en esa ta-

El ministro de Combustibles.

rea y me veo obligado a decir que creo que todos estamos en deuda con él.

Me he preguntado a mí mismo si mi muy honorable y distinguido amigo no necesitará mayores poderes. Si los necesita, o si los necesitare, sólo tiene que pedirlos, y si se juzgan indispensables para el esfuerzo de guerra, por trascendentes que sean, se le concederán. Si requiriesen medidas legislativas, yo acudiría por ellas a la Cámara. Se nos ha dicho, por ejemplo, que hay muchos propietarios que obstruye el trabajo en algunos de los mejores filones a fin de prolongar la vida de sus minas después de la guerra. Pues puedo decir que ni en un solo caso de los muchos investigados se ha demostrado eso. Pero si se demostrara, o se acreditase que había ineficacia de un estilo serio, no hay la menor razón para que el ministro no use sus poderes. Tiene plenas facultades para incautarse de pozos, o grupos de pozos, del mismo modo que varias casas productoras han sido incautadas por el ministro de Producción Aeronáutica. El ministro tiene perfecta libertad de aplicar escarmientos en cualquier caso donde se prueba obstrucción o incompetencia de dirección o de intervención. Pero ello ha de ser probado y ciertamente no se ha probado todavía.

Se me ha dicho que la introducción de la nueva maquinaria americana, en unos cuantos casos, se ha aplazado por dificultad de fijar salarios. Ésta es una cuestión complicada, porque las máquinas son populares entre quienes las usan, y porque no sólo afecta a los que las utilizan, sino a aquellos que trabajan en otros sectores de la industria. Creo que los poderes del ministro no se extienden a la cuestión general de fijar los salarios, que desde hace tiempo es práctica y costumbre convenir por acuerdo entre la Federación de Mineros y la Asociación Minera. Pero si se muestra que el no conseguir acuerdo respecto a la introducción de esas máquinas se interpone en el camino de la plena adopción de los métodos más modernos, ya existe en manos del ministro la facultad de nombrar árbitros y puede ser empleada plenamente. Doy gran importancia al punto de vista de aumentar la ma-

quinaria en los pozos. No hay duda de que la continua conversión de una proporción cada vez mayor de mineros, de máquinas humanas que son, en maquinistas, dará a esta industria mucha mayor solidez en el porvenir de nuestra vida económica. Puede que las duras enseñanzas de la guerra sean uno de los instrumentos mediante los cuales nos sean impuestos esos cambios.

Aunque no puedo hablar como perito, he seguido la suerte de los mineros toda mi vida, durante muchos años. Yo introduje la disposición reglamentando las minas de carbón en 1910, como secretario del Interior, y promoví las concernientes a las ocho horas en las minas, y bien recuerdo las largas batallas reñidas lado a lado con Bob Smillie, a quien se recordará en esta Cámara, a fin de establecer los esenciales baños de bocamina. Todos saben lo que he hecho y dónde he estado en las grandes controversias surgidas en nuestro país. Acuérdense de 1926. Fuí muy censurado, como ministro de Hacienda, por haber destinado en 1925 16 millones de libras en la esperanza de que aquel lamentable paro pudiese ser evitado mediante negociaciones.

Hago estas referencias a los mineros porque se me ha hablado, y las comprendo, de las inquietudes que sienten sobre lo que será de ellos y de su industria después de la guerra. Tuvieron una experiencia muy deplorable tras la guerra pasada, que gravitó sobre ellos durante un largo período y afectó a todos los conceptos que habían formado de las minas como medio de ganarse la vida. Sé que existe esa inquietud. Todos podemos perder el sueño pensando en las pesadillas que hemos de sufrir cuando la guerra termine y todos tenemos nuestras perplejidades e inquietudes respecto a ese momento. Pero yo, que soy un optimista, no creo que la paz sea tan mala como la guerra y espero que procuremos no hacerla tan mala. Después de la guerra pasada, que atravesé en puestos de responsabilidad, casi todos obraron lo peor que pudieron y el país, en ocasiones, fué casi ingobernable. Hemos tenido muchos provechos en esta guerra con la experiencia de la pasada. Hemos hecho la guerra mucho mejor de lo que

la hicimos, merced a la experiencia. Vamos también a procurar aprovecharnos de la dura experiencia de lo que sucedió en la pasada paz. No hago ninguna censura al Gobierno que haya entonces si digo que, provistos de una experiencia comprada a un precio tan caro, haremos la transición de la guerra a la paz de un modo más ordendo y disciplinado que la otra vez.

Temores para el porvenir.

Pero los mineros se inquietan por su porvenir. ¿Y quién no? El Gobierno de su majestad les da una seguridad. Sé que mi muy honorable y distinguido amigo la dió ayer, pero no sé que haya hecho la impresión que debía. Esa seguridad es que el presente sistema de intervención, más cualquier mejora que pueda hacerse, continuará después de la guerra hasta que el Parlamento decida la futura estructura de esa industria. Ello significa, o que habrá un arreglo por acuerdo entre los grandes partidos, o que habrá elecciones generales en las que el pueblo elija libremente entre doctrinas políticas y jefes políticos. Pero en cualquier caso, hasta que todo pase no habrá ningún cambio decisivo en la estructura presente de la industria carbonífera, ni cualquier remoción de las muchas garantías de continuidad de trabajo y salarios y limitación de beneficios que se contienen en dicha estructura. Deseo que todos estemos de acuerdo en esto. Veamos cómo ello se desarrollará en el curso del tiempo. De cierto se necesitarán tres o cuatro meses después de la guerra para celebrar elecciones generales y tener un nuevo Parlamento. Ese Parlamento necesitará un tiempo considerable para tratar sus muchos problemas. En mi opinión, puede calcularse al menos un año de estabilidad, y probablemente bastante más, bajo las presentes condiciones de tiempo de guerra para la población minera. Si ello les diese más sensación de seguridad y lo acogiesen bien, estoy completamente dispuesto a preparar discusiones dirigidas por el ministro de Combustibles y Energía, a fin de que la incertidumbre y los inquietantes temores sean aliviados en lo posible, y los mineros sepan que tendrán plena consideración ante el Parlamento y que habrá un período de-

finido para transición o reconstrucción después de la guerra, sin que hayan de imaginar que tan violentos cambios como los que siguieron al fin de la última lucha serán impuestos sobre ellos antes de que tengan pleno tiempo de organizar su acción política y asegurarse de que su caso ha de ser ampliamente examinado por el Parlamento imperial. Entraremos satisfechos en ese asunto, si ello les da alguna satisfacción.

Estos son los únicos puntos de detalle que yo deseaba tocar ahora y la Cámara notará que no me he adentrado tanto en el tema como lo he hecho otras veces en mi vida política; pero me ha parecido adecuado situar las cosas en su propio marco. Sólo en su propio marco podemos tomar cualquier decisión para los tiempos que nos esperan. La labor es larga, el trabajo pesado. El quinto año de esta guerra en que todos han dado su máximo rendimiento, gravita pesada y duramente sobre nuestros ánimos y nuestros hombres. No aumentemos nuestras dificultades con cualquier falta de claridad de pensamiento o cualquier incertidumbre en la resolución. En conjunto, con todas nuestras faltas y defectos, de los que somos plenamente conscientes, esta isla es un modelo para el mundo en su unidad y perseverancia hacia el objetivo. Por intensa que pueda ser la fatiga del quinto año sobre nosotros, será peor sobre nuestros enemigos, y debemos continuar mostrándoles lo que ahora a regañadientes empiezan a advertir: que nuestro flexible sistema de libre gobierno democrático es capaz, a la vez, de ejecutar los más complejos planes de la guerra moderna y de soportar invenciblemente las diversas tensiones que pesan sobre nuestros soldados en el campo de batalla y sobre todos aquellos de nosotros cuyos deberes están detrás de los frentes de lucha.

Libre gobierno democrático.

RECONSTITUCIÓN DE LA CÁMARA DE LOS COMUNES

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES

14 octubre. *Tanques aliados cruzan el Volturno, en Italia. En el Pacífico los aliados dominan completamente el archipiélago de Nueva Georgia.*
18 octubre. *Anthony Eden y Cordell Hull llegan a Moscú para celebrar con Molotov la conferencia de las tres potencias.*
21 octubre. *Los rusos presionan con fuerza en el recodo del Dniéper y arrojan al enemigo del centro del Melitopol.*
23 octubre. *Queda en peligro todo el frente alemán del sur de Rusia al tomar los Soviets Melitopol y abrir una nueva brecha en Kremenchug.*
25 octubre. *Los rusos ocupan Dniepropetrovsk.*
29 octubre. *Roosevelt describe los informes de la Conferencia de Moscú como «buenos en un cien por cien».*

[*28 octubre 1943.*

Solicito: «Que se designe una comisión especial para examinar e informar sobre los planes de reconstrucción de la Cámara de los Comunes, y sobre las alteraciones que se consideren convenientes siempre que respeten las características esenciales de dicha Cámara.»

En la noche del 10 de mayo de 1941, una de las últimas bombas del último ataque aéreo serio, hizo que la Cámara de los Comunes fuese destruída por la violencia del enemigo, y ahora debemos considerar si hemos de reconstruirla, y cómo y cuándo. Nosotros formamos nuestros edificios y luego nuestros edificios nos forman a nosotros. Habiendo trabajado y servido más de cuarenta años en la destruída Cámara, y habiendo derivado de ello

grandes satisfacciones y ventajas, me gustaría naturalmente verla restaurada a sus viejas formas, conveniencias y dignidad. Creo que ésta será la opinión de la mayoría de los diputados. Es desde luego la opinión del Gobierno de su majestad y nos proponemos apoyar esta resolución con toda nuestra capacidad.

Hay dos características principales de la Cámara de los Comunes que exigirá la aprobación y apoyo de los reflexivos y expertos diputados. Y sin duda sonarán curiosas a oídos extranjeros. La primera es que la forma debe ser oblonga y no semicircular. Este es un factor muy poderoso en nuestra vida política. La asamblea semicircular, que atrae a los teóricos de la política, permite a los individuos de cada grupo moverse en torno al centro adoptando diversos matices según cambian los tiempos. Soy un defensor convencido del sistema de partidos por oposición al sistema de grupos. He visto muchos entusiastas y ardientes parlamentos destruídos por el sistema de grupos. La forma oblonga de la Cámara favorece mucho el sistema de partidos. Es fácil para un individuo moverse, mediante insensibles gradaciones, de izquierda a derecha, pero el acto de cruzar el pavimento requiere seria consideración. Estoy bien informado sobre la materia, porque he ejecutado ese difícil proceso, no sólo una, sino dos veces. La lógica es una orientación muy pobre comparada con la práctica. La lógica, que ha creado en tantos países asambleas semicirculares, dando a cada miembro no sólo un asiento, sino a menudo un pupitre para escribir en él y una tapa que cabe golpear, ha probado ser fatal para el gobierno parlamentario tal como lo conocemos en su patria, en la tierra de su nacimiento.

Oblonga y no semicircular.

La segunda característica de una Cámara formada según las directrices de la Cámara de los Comunes, es que no debe ser lo bastante grande para contener a la vez a todos sus miembros sin hacinarse, y que no debe tener cada miembro un asiento aparte reservado para él. La razón de esto ha sido por largo tiempo un enigma a los extraños no informados, y frecuentemente ha excitado la

curiosidad y hasta las críticas de los diputados nuevos. Pero no es difícil de comprender si se mira desde un punto de vista práctico. Si la Cámara es bastante grande para contener a todos sus miembros, las nueve décimas partes de los debates tendrían lugar en el depresivo ambiente de una Cámara casi vacía o medio vacía. La esencia de un buen modo de hablar en la Cámara de los Comunes es el estilo conversativo, la facilidad de rápidos e insólitos comentarios e interrupciones. Las arengas de un tribuno serían un mal sustitutivo del estilo conversatorio en que se hacen tantos de nuestros asuntos. Pero el estilo conversativo requiere un espacio bastante pequeño y sólo en grandes ocasiones debe notarse hacinamiento y apremio. Esto da sensación de la importancia de mucho de lo que se dice, y la impresión de que la Cámara debe resolver grandes cuestiones de vez en cuando.

El estilo conversativo.

Nosotros concedemos inmensa importancia a que sobreviva la democracia parlamentaria. Este es uno de los objetivos de guerra en este país. Deseamos que nuestro Parlamento sea un fuerte, fácil y flexible instrumento de libre debate. Para este propósito son indispensables una Cámara pequeña y una sensación de intimidad. Es notable que los parlamentos de la Comunidad británica hayan reproducido en muy grande extensión nuestras instituciones parlamentarias en su forma así como en su espíritu, incluyendo el sitial en que se acomodan los *speakers* de las diferentes asambleas. No tratamos de imponer nuestras ideas a otros ni hacemos celosas críticas de otras naciones. Pero no por ello nos aferramos menos a nuestras ideas propias. La vitalidad y la autoridad de la Cámara de los Comunes y su influjo sobre un electorado fundado en el sufragio universal, dependen en no pequeña extensión de sus episodios y grandes momentos, e incluso de sus escenas y pendencias que, como todos concordarán, se dirigen mejor en lugares íntimos. Destruid ese influjo que el Parlamento tiene sobre el ánimo público y ha mantenido a través de todos estos cambiantes y turbulentos tiempos, y el organismo viviente de la Cámara de los Co-

munes quedará grandemente lesionado. Podremos tener un mecanismo, pero la Cámara de los Comunes es mucho más que un mecanismo, ya que ha conseguido, granjeándose y reteniendo durante largas generaciones, la imaginación y respeto de la nación británica. No está libre de pequeñeces, que caracterizan a todas las instituciones humanas; empero yo someto al que probablemente no es un auditorio hostil a ese tema, el hecho de que nuestra Cámara ha probado ser capaz de adaptarse a todos los cambios que el rápido paso de la vida moderna nos ha acarreado. Tiene una personalidad colectiva que disfruta del respeto del público, que se impone a la conducta, no sólo de los miembros individuales, sino de los partidos. Tiene un código propio que todos conocen, y dispone de medios propios de imponer las maneras y hábitos que se han desarrollado y llegado a ser parte esencial de nuestra vida parlamentaria.

La Cámara de los Comunes ha elevado nuestros asuntos de una esfera mecánica a una esfera humana. Prospera con las críticas, es perfectamente impenetrable a los ataques periodísticos y a las mofas de cualquier sector; y es capaz de digerirlo casi todo y casi todos los grupos de hombres, cualesquiera que sean las intenciones con que lleguen. No hay situación que no pueda afrontar con ingenio y vigor. Es la ciudadela de la libertad británica; es el fundamento de nuestras leyes; sus tradiciones y privilegios están hoy tan vivos como cuando quebrantó el poder arbitrario de la corona y lo sustituyó por la Monarquía constitucional bajo la que hemos gozado tantas bendiciones. En esta guerra, la Cámara de los Comunes ha probado ser una roca sobre la que la administración pública, sin perder la confianza de la Cámara, ha podido afrontar las más terribles situaciones. La Cámara se ha mostrado capaz de afrontar la posibilidad de la destrucción nacional con clásica compostura. Puede cambiar Gobiernos, y los ha cambiado, en el calor de la pasión. Puede sostener Gobiernos en largos, adversos y decepcionantes esfuerzos a través de muchos oscuros y grises meses y aun años,

Ciudadela de la libertad británica.

hasta que el sol brilla de nuevo. No sé cómo este país podría ser gobernado sino por la Cámara de los Comunes desempeñando su papel en toda su amplia libertad en la vida pública británica. Hemos aprendido—con hechos tan recientemente confirmados alrededor de nosotros y ante nosotros—, a no alterar imprevisoramente la estructura física que ha permitido a tan notable organismo ejecutar su tarea de eliminar dictaduras de esta isla y abatir y arruinar a todos los dictadores que nos han molestado desde fuera.

El Gobierno de su majestad está deseoso y resuelto a pedir a la Cámara que se adhiera firmemente en principio a la estructura y características de la Cámara de los Comunes que hemos conocido y no dudo de que ése será el deseo de la gran mayoría de los miembros de este segundo Parlamento largo de nuestra historia. Si hay oposición, debemos resolver el asunto por el acostumbrado método parlamentario de debate seguido de votación. La cuestión de la votación nos lleva de nuevo a la estructura de la Cámara de los Comunes. Debemos prever períodos en que las votaciones sean mucho más frecuentes que ahora lo son. Muchos de nosotros hemos visto veinte o treinta en una sola sesión parlamentaria, y en los pasillos de la Cámara que Hitler destruyó poseíamos facilidades y comodidades que nos faltan en esta mansión señorial. Por tanto, propongo en nombre del Gobierno de su majestad que reconstruyamos la Cámara de los Comunes sobre sus antiguos cimientos, que están intactos, y en principio con sus antiguas dimensiones, utilizando en lo posible sus maltratados muros. Este es el método más barato y expedito que podemos encontrar de proveernos de morada.

Y ahora paso a alguna de las consecuencias prácticas que ello implica. Se ha dicho que debíamos esperar hasta el final de la guerra, y pienso que acaso ése fuera el punto que mi honorable amigo deseara asentar. No debemos, en verdad, hacer nada que nos distraiga apreciablemente del esfuerzo de guerra; pero lo que hemos de hacer ante todo es decidir y tener un plan y ejecutar eficazmente los exáme-

El esfuerzo de guerra.

nes y trabajos preliminares, para que al fin de la guerra, si no antes, podamos, sin demora, construir una Cámara. Todo esto será cosa de la comisión que deberá tener quince o más miembros de la Cámara, representantes de los diferentes partidos y diversos puntos de vista. Pero no estoy enteramente convencido de que no se halle posible hacer definidos progresos en esta labor durante el curso de la guerra. El primer comisario de Obras ha presentado un proyecto que permitirá reconstruir la antigua Cámara de los Comunes, con ciertas aconsejables mejoras y modernizaciones: lugar para la Prensa, tribuna para las señoras y otras características notables. Ese plan sólo requeriría dieciocho meses; pero será prudente—y así lo considerarán los entendidos en construcción—, contar un período doble, porque todo ha de adaptarse a las necesidades de la guerra, y también porque es costumbre de arquitectos y constructores ser más optimistas cuando redactan sus planes que lo que luego resulta justificado por los hechos. La última Cámara de los Comunes, erigida después del incendio de 1834, fué prometida en seis años y costó veintisiete. Cuando hablo de reconstruir en dieciocho meses la Cámara de los Comunes prescindo de enzocalados y esculturas, lo que puede añadirse con el paso de los años. Es simplemente una Cámara para reunirse y dirigir nuestros asuntos como necesitamos. El maderamen ha de ser apartado ahora, a fin de que se seque convenientemente. La cantera de Clipsham, de la que se sacó la piedra para conservación y reposición de las Cámaras parlamentarias, está cerrada temporalmente. Ha de reabrirse. Hemos de examinar muy cuidadosamente la mano de obra que se requiere. El primer comisario me informa de que en los primeros seis meses desde el principio del plan, sólo se necesitarán 46 canteros y operarios para la demolición. La mitad pueden tener más de cuarenta años y la otra mitad más de cincuenta. En los segundos seis meses se necesitarán 185 hombres de más de cuarenta años y otros tantos de más de cincuenta. Pero de los de más de cincuenta años, sesenta han de ser albañiles, oficio que tan poca ocupación tiene ahora. En los

terceros seis meses se necesitarán 170 hombres—no adicionales a los dichos—de más de cuarenta años, y otros tantos de más de cincuenta. Los 170 de más de cincuenta años deben proceder del ramo de la construcción; los 170 de cuarenta a cincuenta han de proceder del ramo de mecánica. Esta última es una consideración mucho más seria. Pero no necesitamos, aun aprobando el proyecto y empezando el trabajo, someternos al ritmo de la construcción. Podemos dejarla estancada. Y podría ser que en un año, cuando requiriésemos hombres del ramo mecánico, nuestros asuntos estuvieran en tal situación que necesitásemos buscar más empleos que hombres.

Pero la Cámara no está obligada a aceptar ninguna decisión de este género. Por lo contrario, la comisión ha de tomar primero acuerdos de principio y luego será cuestión de gobierno aplicar la ejecución de esas decisiones cómo y cuándo lo requiera el interés público, y estrictamente dentro de los límites del esfuerzo de guerra. En todo caso, he de decirle, señor *speaker*, que habría un verdadero peligro en que al fin de la guerra nos encontrásemos separados por un largo período de la posibilidad de obtener una restaurada y adecuada Cámara de los Comunes. Estamos construyendo barcos de guerra que no se terminarán en muchos años y se están efectuando varios trabajos de construcción para propósitos de guerra. Y me siento obligado a decir que considero la Cámara de los Comunes—la asamblea más poderosa de todo el mundo—tan importante al menos como una fortificación o un barco de batalla, incluso en tiempo de guerra. La política puede ser muy fiera y violenta después de la guerra. Podemos hallarnos con todos los cambios de personal siguientes a unas elecciones generales. Tendremos de cierto una inmensa presión de asuntos y, muy verosímilmente, de tempestuosas polémicas. Necesitamos disponer de un lugar bueno, probado y conveniente donde trabajar. La Cámara se debe a sí misma y debe a la nación el asegurarse de que no habrá ninguna brecha, ningún malhadado y pernicioso intervalo en nuestra vida parlamen-

La política después de la guerra.

taria. Hoy sólo estoy expresando las opiniones del Gobierno; pero si la Cámara nombra una comisión y ésta en unos cuantos meses nos da su informe, podremos, juntos, tomar decisiones sobre la materia y no hallarnos en desventaja en el que inevitablemente habrá de ser un tiempo de particular agobio y crisis al acabar la guerra, desde el punto de vista parlamentario. Por tanto, pido que se nombre la comisión, en la seguridad de que podrá hacer un buen plan de acción, dejando la necesaria amplitud al Gobierno respecto al momento en que esa acción sea emprendida y a la rapidez con que pueda efectuarse, teniendo en consideración las exigencias primordiales de la guerra. Hemos contraído una gran deuda con la Cámara de los Lores por haber puesto a nuestra disposición este espacioso y espléndido local. Ya les hemos expresado nuestras gracias en una resolución en forma. No debemos extender a más de lo preciso su acogedora hospitalidad. Nos hemos sentido muy a nuestro gusto en estos rojos bancos y bajo este techo dorado, ornamentado, engalanado de estatuas. Expreso mi gratitud y mi aprecio por lo que hemos recibido y disfrutado, pero

> Por placeres y palacios de que podamos gozar,
> no hay, por humilde que sea, un sitio como mi hogar.

DISCURSO A LOS MUCHACHOS DE HARROW SCHOOL

30 octubre. *El ejército rojo toma Jenichesk. Los alemanes inundan las marismas pontinas en el intento de frenar el ataque hacia Roma.*

1 noviembre. *Se anuncian las decisiones de la Conferencia de Moscú. Se ha alcanzado pleno acuerdo en las medidas para apresurar la derrota de Alemania.*

2 noviembre. *Las vanguardias rusas irrumpen en el itsmo de Perekov.*

3 noviembre. *Más de cuatrocientos bombarderos pesados de los Estados Unidos ejecutan un ataque diurno sobre objetivos de Wilhelmshaven. Por la noche, la R. A. F. ataca Colonia y Düsseldorf.*

4 noviembre. *Isernia, en la primera línea defensiva alemana en Italia, es asaltada y tomada por el VIII Ejército.*
El mariscal Stalin revela que han muerto novecientos mil alemanes en los cuatro meses de la gran ofensiva.

6 noviembre. *Tras la ocupación de Kiev, los rusos invaden Crimea desde el Cáucaso.*
Stalin declara al mundo: «Alemania está al borde de una catástrofe.»

[*5 noviembre 1943.*

Toda una generación ha pasado por esta escuela desde que estuve aquí en el invierno de 1940. Estoy seguro de que en aquellas sombrías y duras horas, sólo había, del más joven alumno al más anciano profesor, un sentimiento en vuestros pechos. Y era que nos mantendríamos juntos y venceríamos y que, venciéramos o no, nos mantendríamos juntos. Inglaterra, sola entonces contra poderosas fuerzas, ocupa ahora lugar, y uno de los lugares de dirección, entre treinta y dos naciones unidas, que comprenden la vasta mayoría de la población del Globo, que poseen

fábricas y arsenales y academias de instrucción de guerra y todas las formas del esfuerzo y los atributos militares. En medio de esa numerosa compañía, vamos hacia adelante en la guerra.

No podemos dudar, no necesitamos dudar. Si cumplimos nuestro deber, la victoria será nuestra recompensa. Una vez más habremos hecho salir, salva, a la gran Comunidad británica y cuanto representa, de una de las mayores convulsiones que han conmovido a la Humanidad, sin la menor pérdida en nuestras posesiones o la menor disminución de nuestro carácter y nuestra honra.

El sendero de esta guerra es duro y largo; y nadie será tan necio como para fijar el momento en que termine. Pero aunque duro, aunque largo, lo recorreremos.

Nadie puede decir cuándo la resistencia del enemigo ha de quebrantarse. Eso no es cosa nuestra. Lo es de ellos. Ellos lo dirán. Luego se seguirá una gran responsabilidad, que recaerá sobre nuestro país y sobre otros, pero principalmente sobre el nuestro, porque nosotros tendremos que llevar la carga de estructurar el porvenir en la medida que esté en nuestro poder o en nuestro deber hacerlo.

Algunos de vosotros, jóvenes, podéis llegar a hallaros en la batalla, ya en tierra, ya en los aires. Otros seréis herederos de la victoria que vuestros padres o los mayores que vosotros hayan ganado, y a vosotros corresponderá el asegurar que lo conseguido no se eche a perder por violencia, pasión, o pura estupidez. Hagamos que la previsión, el valor y la humanidad guíen nuestros pasos, para que pueda decirse de nosotros que no sólo nuestro país cumplió su deber en la guerra, sino que luego, en los años de paz, mostró sabiduría, ponderación y sinceridad y contribuyó en no pequeño grado a cicatrizar las heridas causadas por la lucha.

Espero, si llega otro año y seguimos viviendo, que me honraréis con otra invitación. Espero que todos alimentaréis en vuestras mentes altos pensamientos y altas ambiciones.

Me veo, como si fuese ayer, sentado, siendo niño pequeño, en estas reuniones, siempre sintiendo la emoción

de vuestros cantos, siempre sintiendo que me rodeaban la gloria de Inglaterra y su historia, y siempre anhelando que llegase el día en que me fuera dable hacer algo para impulsar la gran organización con que están enlazadas nuestras vidas.

(Refiriéndose a los cantos escolares, «que creo conocer todavía tan bien como los más de vosotros y que me han alentado en mi viaje», Churchill añadió:)

«Esas canciones de Harrow son una gran propiedad que la escuela tiene y que, estoy seguro, Malvern (que comparte las propiedades de Harrow) gozará, y de las cuales unos y otros guardarán memoria. Es una maravillosa colección, y el hecho de que sean cantadas y conocidas por todas las generaciones de alumnos de Harrow es para el colegio un placer siempre renovado.»

Comentó que, a su juicio, la contribución de Bowen daba a éste sólido derecho a ser incluído en las filas de los escritores ingleses.

(El Bowen a quien Churchill se refirió es Eduardo Bowen, profesor auxiliar del colegio en la segunda mitad del siglo pasado y quien más contribuyó a la famosa colección de canciones de Harrow. Su obra más famosa es A lo largo de cuarenta años.)

«NO ES OCASIÓN DE FLAQUEAR»

DISCURSO EN EL ALMUERZO DEL LORD ALCALDE
EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1943

---

8 noviembre. *Las fuerzas rusas avanzan rápidamente hacia el Oeste.*
El VIII Ejército ocupa Casalbordino.
10 noviembre. *El V Ejército toma Castiglione.*
11 noviembre. *Los rusos ensanchan sus cabezas de puente en la península de Kerch.*
12 noviembre. *Tropas alemanas atacan la isla de Leros, poniendo pie en algunos puntos.*
13 noviembre. *Fuerzas cosacas irrumpen en Jitomir.*
14 noviembre. *Patrullas del VIII Ejército cruzan el Sangro.*
16 noviembre. *Cesa la resistencia organizada en Leros.*
Bombarderos de los Estados Unidos atacan las minas de Knaben y la central eléctrica de Rinkan (Noruega).
18 noviembre. *Berlín y Ludwigshafen son objeto de simultáneos ataques nocturnos en que el mando de bombarderos supera sus máximas acciones anteriores.*

[*9 noviembre 1943.*

Agradezco de todo corazón su amabilidad, su calurosa acogida, y todos los términos elogiosos en que usted, milord alcalde, ha recomendado el Gobierno de su majestad a la buena voluntad de la ciudad de Londres. Esta es la cuarta de sus fiestas anuales a que yo he asistido desde que empezó la guerra, y confieso que todas me parecen haber sido piedras miliares de nuestro viaje.

Cuatro piedras miliares.

En noviembre de 1940, cuando estábamos completamente solos en medio del tremendo ataque aéreo alemán, tuve ocasión de repetir a todas las naciones señoreadas

por los alemanes el compromiso y la garantía de la Gran Bretaña de no abandonar la lucha hasta que todas ellas fueran liberadas del yugo nazi. No veo razón alguna para modificar esa declaración hoy. Cuando vine aquí en 1941 advertí solemnemente al Gobierno japonés que si entraba en guerra con los Estados Unidos, nosotros declararíamos inmediatamente la guerra a los japoneses. Y en esto no ha habido ningún error. El año pasado, 1942, me pareció oportuno decir que yo no consideraba parte de mi deber liquidar el imperio británico. Y no les oculto que hoy mantengo la misma opinión.

Desde que nos reunimos aquí la última vez, nosotros y nuestros aliados hemos tenido un año de casi ininterrumpidas victorias en todos los frentes y teatros de operaciones. Los ejércitos británicos, de los Dominios y de los Estados Unidos han limpiado África de enemigos. Las fuerzas británicas y estadounidenses, juntas, han conquistado Sicilia, Cerdeña, Córcega y un tercio de Italia. Hemos destrozado la guerra submarina, que antes fué nuestro mayor peligro. Hemos causado, y estamos causando, destructores daños a las ciudades alemanas que son centros de producción de municiones y esto ha producido un perjuicio al esfuerzo bélico alemán y a la moral alemana que, unido a otros golpes, puede ser precursor de sucesos decisivos en la pugna europea.

En todas estas operaciones por mar, tierra y aire, la Gran Bretaña ha tenido el honor de soportar la mayor parte y pagar el más elevado precio. En el Pacífico, donde se despliegan las principales fuerzas de los Estados Unidos, y donde americanos, australianos y neozelandeses luchan juntos bajo el inspirado mando del general MacArthur, se han registrado muchas brillantes acciones y la fuerza del Japón ha sido continua e implacablemente desgastada. Pero reconozco con satisfacción, y lo proclamo, que el acontecimiento más notorio de este famoso año ha sido el victorioso avance de los ejércitos rusos desde el Volga hasta el oeste del Dniéper, liberando así, como nos ha dicho el mariscal Stalin, dos terceras partes del suelo ruso ocupa-

Nuestros aliados rusos.

do por el invasor. En este avance, los ejércitos soviéticos rusos han infligido profundos y graves daños a toda la vida y estructura del poder militar alemán. El monstruoso mecanismo alemán de poder y tiranía ha sido batido y roto, vencido y desbordado por el valor, el mando y la ciencia de Rusia, y batido en una extensión que puede mostrar ser mortal.

Nosotros y nuestros aliados americanos hemos hecho y hacemos lo más posible para que nuestras tropas crucen océanos y mares a fin de lanzarse a la acción contra el enemigo, y yo estimo los ataques aéreos angloamericanos a Alemania como una de las causas primordiales de la inminente ruina del régimen de Hitler. Pero no ha de olvidarse nunca que no hay en todo el mundo, ni podría haber sido creado en varios años, organismo militar alguno que hubiese asestado los golpes asestados por Rusia, o sobrevivido a las pérdidas que ha padecido Rusia. Desde esta ciudad de Londres, en esta honrosa reunión periódica, saludamos a los ejércitos soviéticos y al mariscal Stalin.

A todos nos han animado los resultados de la conferencia de Moscú, y esperamos acoger con plácemes, en la semana entrante, poco más o menos, a nuestro secretario de Asuntos Extranjeros, de vuelta de su afortunada misión. No hay duda de que las completas y francas discusiones entre los tres ministros de Asuntos Extranjeros, señores Molotov, Eden, y esa brava águila veterana de Hull, que tan lejos ha volado con sus fuertes alas, han tenido el efecto de hacer que nuestros aliados rusos sientan como no habían sentido hasta ahora que es sincero deseo de las naciones británica y americana proseguir la guerra con ellos en leal alianza, y después laborar con ellos, sobre la base del mutuo respeto y fiel camaradería, en el reajuste y reconstrucción de este angustiado y atormentado mundo. No abandono la esperanza de que, una vez u otra, sea posible una reunión conjunta de los jefes de los tres Gobiernos, porque toda mi experiencia de esta guerra acredita que los contactos personales amistosos y sinceros entre los dirigentes responsables, son el mejor

fundamento de todos los planes, ya de guerra o de paz.

En nuestra gran alianza de los 33 Estados o Gobiernos que constituyen las Naciones Unidas, procuraremos en cuanto podamos, mediante correspondencia y consulta, conservar la armonía y la intimidad y tender a una acción concertada. Como bien pueden ustedes imaginar, no cabe consultar con todos los miembros de la alianza acerca de todos los planes o movimientos militares, que han de confinarse a los menores círculos de personas que quepa

Nuestros altos objetivos.

Los altos objetivos a que tendemos fueron esbozados primero en la Carta del Atlántico, y ahora se ha hecho público en Moscú el importantísimo convenio de las Cuatro Potencias, que mira a los futuros cimientos de la paz mundial cuando estas borrascas hayan pasado. Nuestros pensamientos hoy se vuelven a muchas naciones. Esperamos que Francia se eleve de nuevo a su verdadera grandeza y desempeñe la parte que merece en formar el progreso de Europa y del mundo. Celebro cada aumento de unidad y consolidación que advierto en el Comité Nacional Francés de Argel, y también celebro el creciente poder de los ejércitos franceses que se están reclutando y rearmando en África del Norte y que pronto participarán en la liberación del suelo francés de la más aborrecible forma de servidumbre humana. El Comité Nacional Francés no es el propietario, sino el depositario de los títulos y acciones de Francia, los cuales han de ser restaurados a la nación francesa cuando la libertad se consiga, porque sólo en la voluntad del pueblo, libremente expresada en condiciones de razonable tranquilidad, puede levantarse en Francia y en los demás países esclavizados una estructura estable.

Mucha gente habla como si el fin de la guerra en Europa estuviese próximo. Deseo que ello se demuestre cierto, porque, en verdad, cada mes que dura esta pugna devastadora, sume a la sociedad humana en más profundos abismos y aumenta el trabajo, duración y carga del resurgimiento. Empero seríamos necios y dignos de censura si fundásemos nuestros planes y acciones en la pers-

pectiva de un próximo derrumbamiento de Alemania. Hay peligro en todo lo que distraiga los pensamientos y esfuerzos de las naciones aliadas de la suprema tarea que se extiende ante ellas, es decir, la de hacer desplomarse en polvo y ruina a los terribles enemigos y tiranos que han estado a punto de someter todo el mundo a su dominación. Yo obro en la presunción de que la campaña de 1944 en Europa será la más dura y, para los aliados occidentales, la más costosa en vidas de cuantas hemos sostenido. Y así, todos debemos fortificarnos para la tarea y tensar todos los nervios al efecto de cumplirla con felicidad. Esta no es ocasión de flaquear o entregarnos a blandos pensamientos sobre las alegrías de la paz y la victoria. Hitler tiene aún 400 divisiones bajo su mando o dominio. Tiene una policía de partido que le hace mantener sujeto al torturado y militarizado pueblo de Alemania, y ello es incomparablemente más fuerte que cuanto tuvo a su disposición el último kaiser. Bajo ese odioso sistema nazi, incluso los niños delatan ante sus profesores y de este modo a la policía, cualquier comentario poco precavido que sus padres o madres hayan hecho en su presencia. Hitler y sus culpables confederados saben que sus vidas están en juego y que en cualquier caso no corren ningún riesgo de más haciendo al prójimo luchar hasta el fin. Las tropas alemanas, doquiera que las hemos encontrado, siguen peleando con veterana destreza. Aún nos esperan los albures de grandes batallas.

No es ocasión de flaquear.

Tampoco podemos excluir la posibilidad de nuevas formas de ataque a esta isla. Durante muchos meses hemos estado vigilando con atención todo signo de preparación de esos ataques. Cualquiera que se produzca no será de carácter capaz de afectar el curso final de la guerra. Pero, de producirse, requeriría la máxima eficacia de nuestra guardia contra incendios y nuestra Guardia Metropolitana, y también una demostración de la firmeza y fortaleza por las que la nación británica ha ganado renombre. No es ocasión de aflojar ninguna de nuestras precauciones ni

desanimar a nuestros espléndidos servicios auxiliares. No es ocasión de dividir a la nación promoviendo enconadas diferencias políticas y de partido. No es ocasión de que las personas que tienen un trabajo práctico en la guerra tengan fáciles sueños de hermosos y nuevos mundos. Debemos conservar nuestro sentido de la proporción.

No debemos perder por un momento el sentido y la conciencia de apremio y crisis, los cuales deben continuar estimulándonos, aun cuando nos hallemos en el quinto año de guerra. Debemos persistir en constantes e infatigables esfuerzos a través de cada minuto de vida que nos sea concedido. Soy el jefe de una coalición nacional de tres partidos británicos, cuyos dirigentes están representados hoy aquí. Este Gobierno se formó con la sola política de hacer la guerra hasta ganar la victoria. No podemos hoy excluir de nuestras mentes, ni debemos hacerlo, la convicción de que la victoria será ciertamente ganada y que no sólo Alemania, sino el Japón, con quien la Comunidad e Imperio Británicos tienen una diferencia insolventable, serán forzados a la rendición incondicional.

No debemos excluir esto de nuestras mentes. Pero ello no significa que nuestra labor de guerra esté ejecutada. Otro enorme y práctico deber implica lo que se llama ganar la guerra. Así como en tiempo de paz deben tenerse preparados planes de guerra y defensa en cualquier necesidad repentina, así en tiempo de guerra debemos asegurarnos de que la confusión y el caos no seguirán a las victorias de los ejércitos o dañarán neciamente una insólita rendición del enemigo antes de lo esperado. Considero parte definida del deber y responsabilidad de este Gobierno nacional perfeccionar planes dentro de un proyecto vasto y práctico que asegure el que en los años inmediatamente sucesivos a la guerra haya alimento, trabajo y albergue para todos. Ninguna etérea fantasía, ninguna doctrina de partido, ningún prejuicio partidista, ninguna apetencia política, ningún interés creado deben interponerse en el camino del sencillo deber de proveer de antemano alimentos, trabajo y

Alimentos, trabajo, albergue.

albergue. Esos planes han de ser preparados durante la guerra. Han de entrar en práctica tan pronto como se consiga la victoria.

En esa tarea de vasto alcance, el Gobierno de su majestad está ahora concentrando todas las energías que puede ahorrar en la pugna actual con el enemigo. La política de sostener la guerra hasta la victoria, será incompleta y se dilapidaría si no la acompañásemos de una política de alimentos, trabajo y albergue, en el período siguiente a la victoria, para los hombres y mujeres que la han ganado.

Miro esta hora como una de las más esperanzadoras y agitadas de cuantas hemos atravesado. Es una presunción razonable la de que, a menos de que cometamos algún grave error estratégico, el año 1944 marcará el apogeo de la guerra en Europa. A menos de que se produzca algún acontecimiento feliz con el que no debemos contar, y de que la mano de la Providencia nos alargue alguna inmensa merced, 1944 presenciará el mayor sacrificio de vidas en los ejércitos inglés y americano, y se librarán batallas mucho mayores y más costosas que Waterloo o Gettysburg. La aflicción entrará en muchos hogares del Reino Unido y de la gran República. La juventud británica y americana—verdaderos hermanos de armas—atacarán y entrarán en contacto con el mortal enemigo. Ese año de 1944 es también año de elección en los Estados Unidos —coincidencia curiosa—y estoy seguro de hablar en nombre de cuantos a ambos lados del Atlántico piensan lo mismo—y se cuentan por decenas de millones—cuando digo que el supremo deber de todos nosotros, ingleses y americanos por igual, es conservar la buena voluntad que ahora existe en el mundo de habla inglesa, ayudando así a nuestros ejércitos en su áspera y pesada misión. Aunque en ambos países se digan cosas que son inciertas, que son provocativas, que son burdas, que son indiscretas y hasta maliciosas, no debemos replicarlas con acritud. Si han de asentarse hechos, asentémoslos sin acaloramiento ni rencor. Hemos de dar las mejores probabilidades a nuestros hombres en

Inciertas, provocativas, burdas.

el campo de batalla. Este pensamiento debe dominar toda palabra y acto. No sólo la suerte de esta terrible guerra, sino también la dicha de las generaciones futuras, dependen de la fraternal asociación de la Gran Bretaña y los Estados Unidos, sin perjuicio de una más amplia estructura mundial que se erija para asegurar la paz y libertad del género humano.

FIN DE
«ADELANTE HACIA LA VICTORIA»

II

ALBA DE LIBERACIÓN

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR EL
PRIMER MINISTRO BRITÁNICO DURANTE EL AÑO 1944

RECOPILADOS POR CHARLES EADE

Traducción de
JUAN G. DE LUACES

INTRODUCCIÓN

EL primero de enero de 1944, el señor Winston Churchill estaba en Marruecos, recobrándose del segundo ataque de pulmonía sufrido en un año. Mirando el panorama mundial desde su lecho de enfermo, tenía muchos motivos que le animasen y ayudaran a su curación. En un mensaje de Año Nuevo habló de 1944 como de «un año decisivo", y, a la vez que insistía en las formidables tareas que planteaba la guerra y en los problemas que traería la paz, expresaba también una radiante confianza, compartida por millones de seres en los países aliados.

Muchas cosas justificaban esa confianza. El año que acababa de concluir había deparado éxitos casi ininterrumpidos a las Naciones Unidas y existían grandes esperanzas de que la guerra—o, al menos, la guerra en Europa—fuese llevada a una triunfante conclusión en 1944. Las fuerzas aliadas sostenían la ofensiva por doquier. En primer lugar figuraban los rusos. A primeros de año el ejército rojo conservaba la iniciativa en todo el frente oriental. En los últimos meses los alemanes habían retrocedido hasta 500 millas en algunos sectores, siendo superados en capacidad combativa y en mando. Los rusos, en 1944, afrontaban, pues, al aún formidable enemigo con superioridad numérica y de armamentos. Una desesperada contraofensiva alemana en el saliente de Kiev había sido rechazada y los comienzos del nuevo año veían al ejército ruso presionando en el saliente amenazado, cerrándolo en Berdichev y haciendo peligrar toda la zona derecha del centro enemigo. Más al sur, en Ucrania, los rusos asaltaban Novigrad Volinsk y el importante ferrocarril Kiev-Varsovia, hallándose sólo a 15 millas de la frontera po-

laca. Jitomir, más 150 localidades menores de aquel sector, habían caído. En toda la línea los rusos estaban en movimiento o se disponían a descargar nuevos golpes. Al pueblo alemán se le preparaba a seguir recibiendo malas noticias sobre retiradas en vasta escala en el territorio ruso. Así, las perspectivas del frente oriental eran muy halagüeñas para las Naciones Unidas.

En Italia el avance era lento, pero persistente. Tras los rápidos progresos que siguieron al desembarco aliado en la península italiana el 3 de septiembre, un invierno insólitamente prematuro, con lluvias torrenciales a mediados de noviembre, había obstaculizado la marcha de los ejércitos V y VIII, mandados por el general Alexander. Durante cerca de un mes el V ejército trató de abrirse paso en el valle del Liri, camino de Roma, pero el enemigo disputaba el terreno milla a milla y empleaba plenamente las posibilidades defensivas de un país montañoso. Además, el mal tiempo impedía a los aliados explotar su potencialidad aérea. Su supremacía en el espacio era indiscutible, mas las condiciones climatológicas vedaban el uso de esa ventaja en cooperación con las fuerzas terrestres. El frente de Italia corría en dirección nordeste, desde el Garellano, unas 40 millas al septentrión de la bahía de Nápoles, hasta Ortona, a cosa de medio camino entre Venecia y Brindisi. Incluso en este frente, a pesar de haber sido frenadas nuestras tropas, había gran esperanza de que el tiempo, al mejorar, nos permitiría dar otro gran empuje hacia adelante.

La dureza del invierno no pudo evitar los grandes ataques aéreos angloamericanos contra Alemania y la Europa ocupada. Incursiones de fuerzas siempre creciente llevaban la devastación a las ciudades, fábricas y comunicaciones del enemigo. Medio Berlín se hallaba en ruinas y los bombarderos proseguían con intensidad incansable la tarea de destruir la capacidad alemana de sostener la guerra.

También en el mar había buenas noticias. La amenaza submarina estaba vencida y el hundimiento del «Scharnhorts" constituía adecuado final a un año de magníficos éxitos navales.

Mientras la guerra contra Alemania se acercaba a su apogeo, en el Lejano Oriente los japoneses experimentaban, a su vez, el peso del incrementado poder del Imperio Británico y los Estados Unidos.

En el Pacífico meridional, las fuerzas del general Mac Arthur presionaban firmemente en Nueva Guinea, Nueva Bretaña y las islas Salomón. El avance no era espectacular, pero sí efectivo, y los japoneses perecían en gran número. En el Norte el enemigo había sido expulsado de las islas Aleutianas, y en el Pacífico central potentes fuerzas navales norteamericanas, que ya en meses anteriores habían atacado las islas Marshall y las Gilbert, eran una amenaza constante al cinturón externo de las defensas niponas. En Birmania, tropas americanas e inglesas, bajo las órdenes del almirante Mountbatten, recientemente nombrado jefe supremo, rechazaban al enemigo lejos de las fronteras de la India. Las fuerzas chinas del general Stilwell, instruídas por los americanos, empujaban hacia el Sur, facilitando la inutilización de la carretera de Ledo, planeada para enlazar los ferrocarriles de la India con el antiguo camino de Birmania, en el interior de China. En este país, las muy hostigadas fuerzas del general Chiang Kai-shek seguían peleando. Mal equipadas, no pudiendo recibir sino muy escasos suministros, conservaban voluntad y valor bastantes para continuar luchando desesperadamente en espera de que sus aliados pudieran abrir otras rutas a la lacerada y atribulada tierra china.

Pero más trascendental que todos esos grandes acontecimientos era, en los ánimos de los pueblos de las naciones aliadas, la invasión de Europa desde el Oeste, operación conocida todavía, a pesar de las muchas campañas sostenidas en varias partes del mundo, como Segundo

Frente. Enormes masas de tropas americanas e inglesas, que comprendían soldados, marinos y aviadores adiestrados y equipados como jamás se viera hasta entonces, se concentraban en el sur de Inglaterra, en espera del «Día D», mientras sus jefes, los generales Eisenhower, Montgomery y mariscal del Aire Tedder, daban los últimos toques a los planes finales. Al otro lado del Canal los alemanes se preparaban a resistir el asalto, con sus fortificaciones de acero y cemento bien guarnecidas y artilladas.

Tales eran las perspectivas de la guerra al comenzar el año 1944. Con razón podía el primer ministro considerarlo como un «año decisivo» y de liberación.

CHARLES EADE.

«PREPARACIÓN, RESOLUCIÓN, ESFUERZO»

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES SOBRE LA MARCHA DE LA GUERRA, 22 FEBRERO 1944

---

1 enero. *Las tropas rusas adelantan en la frontera polaca.*
La R. A. F. lanza 1.000 toneladas de bombas sobre Berlín en el novena gran ataque realizado en seis semanas.

3 enero. *El general Montgomery llega a Inglaterra para tomar el mando de los ejércitos, a las órdenes de Eisenhower.*
La R. A. F. lanza otras 1.000 toneladas de bombas sobre Berlín.

6 enero. *Los rusos toman Kokitno, 15 millas más allá de la frontera polaca.*
Se revela que Inglaterra usa un nuevo caza inventado por el capitán del grupo Whittle.

7 enero. *Los rusos desencadenan una nueva ofensiva, cercando Kirovograd y batiendo a cinco divisiones alemanas.*

9 enero. *Los rusos establecen un frente de 40 millas en Polonia y avanzan hacia Kovno.*
En una gran incursión diurna sobre Alemania, los americanos destruyen 152 cazas enemigos, con pérdida de 60 bombarderos y cinco cazas propios.

12 enero. *Los rusos toman Sarny, primera gran ciudad polaca que cae en sus manos.*

14 enero. *Los rusos ocupan Mozyr y Kalinkovichi.*

16 enero. *Se anuncia que Churchill se ha entrevistado en Marruecos con De Gaulle.*

17 enero. *Los alemanes aumentan su resistencia a la ofensiva rusa a lo largo del ferrocarril Novo-Sokolniki a Leningrado.*
Las tropas del V Ejército, avanzando hacia Roma, cruzan el río Rapido.

18 enero. *Los rusos emprenden una nueva ofensiva en el frente de Leningrado.*
Churchill, plenamente recobrado de su dolencia, llega a Londres.

19 enero. *En su ofensiva de Leningrado, los rusos capturan mu-*

chos cañones de 16 pulgadas que habían bombardeo la ciudad durante largos meses.

20 enero. *La R. A. F. realiza el mayor ataque aéreo efectuado durante la guerra contra una ciudad, soltando 2.300 toneladas de bombas sobre Berlín.*

21 enero. *Los alemanes toman represalias del bombardeo de Berlín atacando Londres y el sudeste inglés con grandes fuerzas.*

22 enero. *Tropas aliadas, con ayuda naval y aérea, desembarcan en Anzio, al sur de Roma.*

23 enero. *La ofensiva rusa en Leningrado se convierte en un ataque general sobre 50 millas de frente.*
El V Ejército avanza varias millas al sur de Roma.

24 enero. *El V Ejército avanza otras cuatro millas hacia el interior y ocupa Nettuno.*

25 enero. *Fuerzas avanzadas alcanzan la Vía Apia, al sur de Roma.*

27 enero. *Los rusos toman Tosno, sobre el ferrocarril Leningrado-Moscú.*
Tropas de la división blindada «Herman Goering» son rechazadas por el V Ejército cerca de Littoria.

29 enero. *Los rusos ocupan Novo-Sokolniki, Chudovo y Smyela.*
Los bombarderos de los Estados Unidos lanzan más de 1.800 toneladas de bombas en un ataque diurno a Francfort.

31 enero. *El V Ejército desencadena una ofensiva en la cabeza de puente Nettuno-Anzio.*

1 febrero. *Se anuncia un desembarco americano en las islas Marshall, lo que constituye la mayor operación ejecutada hasta entonces en el Pacífico.*
Los rusos cruzan la frontera de Estonia.

2 febrero. *El V Ejército rompe la línea Gustav.*

3 febrero. *Los rusos anuncian su máxima victoria desde la de Stalingrado al cercar a 100.000 alemanes al oeste del Dniéper medio.*

5 febrero. *Los ingleses resisten en Anzio una fuerte contraofensiva.*

6 febrero. *Los rusos rompen las líneas alemanas en el bajo Dniéper y baten a siete divisiones enemigas.*

7 febrero. *La artillería dispersa fuerzas alemanas concentradas en Anzio para una acción de vasta envergadura.*

8 febrero. *Los rusos ocupan Nikopol.*

9 febrero. *Los alemanes anuncian un ataque general contra el sector de Anzio. El V Ejército halla dura resistencia en Cassino.*

11 febrero. *Los bombarderos pesados intervienen para contrarrestar el ataque enemigo en Anzio.*

12 febrero. *Se anuncia que los partes de los generales Wilson y*

Alexander expresan confianza en el resultado de la batalla de Roma.

15 febrero. *En su mayor ataque contra Berlín, la R. A. F. lanza en veinte minutos 2.500 toneladas de bombas.*

16 febrero. *El V Ejército rechaza un ataque con tanques en Anzio.*
El bombardeo de la Abadía de Monte Cassino destruye el más poderoso bastión alemán en el camino de Roma.

17 febrero. *Poderosas fuerzas navales americanas atacan la base japonesa de Truk (Carolinas).*
Los aliados desencadenan un fuerte ataque aéreo con los alemanes que presionan la cabeza de puente de Anzio.
Los rusos anuncian el copo y destrucción de 52.000 alemanes en la bolsa de Kaniev.

18 febrero. *La aviación alemana intenta un serio ataque de represalias contra Londres.*

19 febrero. *Los aliados contienen el ataque alemán en Anzio, infligiendo fuertes bajas al enemigo.*
Infantería de marina estadounidense ocupa la base aérea japonesa de Engebi.
Se anuncia que en el ataque a Truk han sido hundidos 19 barcos japoneses y destrozados 201 aviones.

21 febrero. *La R. A. F. suelta 2.000 toneladas de bombas sobre Stuttgart, y una gran fuerza de bombarderos americanos ataca también Alemania.*

22 febrero. *Churchill examina la marcha de la guerra en un discurso a la Cámara de los Comunes.*
Stalin anuncia la toma de Krivoi-Rog.

[*22 febrero 1944.*

Preparación, resolución, esfuerzo.

ESTA no es hora de amargura ni de regocijo. Es hora de preparación, resolución y esfuerzo. La guerra continúa todavía. Nunca he opinado que el fin de la guerra en Europa estuviese próximo, ni que Hitler se hallara al borde del derrumbamiento, y ciertamente no he dado garantías ni abrigado esperanzas de que este año 1944 asista al fin de la guerra europea. Tampoco he garantizado lo contrario. En conjunto, mis informes—y los tengo abundantes—señalan que Hitler y su policía mantienen aún pleno dominio y que el partido nazi y los generales han decidido resistir de

consuno. La fuerza del ejército alemán es de unas 300 divisiones, aunque muchas de ellas están sustancialmente reducidas en número. La calidad combativa de las tropas es alta. El mecanismo del Estado Mayor alemán, que no logramos liquidar en la última guerra, representa una orden que comprende muchos miles de oficiales altamente adiestrados y una escuela de doctrina de larga e ininterrumpida continuidad. Su destreza es grande, tanto en el manejo de tropas en la acción como en sus rápidos movimientos de un sitio a otro. La reciente lucha en Italia no debe dejar dudas sobre estos puntos.

Cierto que los resultados de nuestros bombardeos han tenido notable efecto sobre la producción alemana de municiones. En el pueblo han producido una apatía que afecta también a la producción de municiones y a los demás servicios de producción militar de retaguardia. Las espléndidas victorias de nuestros aliados soviéticos han causado inmensas pérdidas al enemigo en el frente oriental. El hecho de que muchas divisiones enemigas hayan sido llevadas a Italia y Yugoslavia, mientras otros grandes cuerpos de tropas están retenidos en Francia y los Países Bajos por temor a la invasión, ha sido una ayuda para aquellas victorias. Además el bombardeo angloamericano de Alemania, absorbiendo, como lo hace, más de tres millones de alemanes, ha restado, junto con otras actividades inglesas y americanas, cuatro quintas partes de la fuerza de cazas alemanes, llevándola a los frentes americanos e ingleses, y creo que gran proporción de los bombarderos enemigos se emplean contra nosotros y nuestros aliados americanos.

Esto ha sido también una ayuda para la Unión Soviética. Entiendo que deben asentarse estos hechos, como justicia a los aliados occidentales. En modo alguno niega eso la gloria de los ejércitos rusos. Conviene tener presente además, al examinar los fundamentos generales de la escena que vemos hoy, el hecho de que, según las tropas alemanas se retiren hacia el Oeste, encontrarán muchas oportunidades al reducir su frente, y si optan por eliminar sus pérdidas en los Balcanes o en la península italiana en

cualquier momento, podrán disponer de un considerable número de divisiones para reforzar su reserva central. Lejos está de mi deseo hacer declaraciones jactanciosas sobre la parte que esta isla ha desempeñado en la guerra. Pero creo que los intereses aliados en conjunto se perjudicarán si sus otros miembros ignoran la participación inglesa en los grandes acontecimientos que están desenvolviéndose. Los Dominios tienen también derecho a saber que la madre patria desempeña su parte.

Participación inglesa...

Por tanto, juzgo mi deber asentar unos cuantos hechos no advertidos generalmente. Por ejemplo, desde el 1 de enero de 1943 hasta ahora, mediados de febrero, los barcos de la Armada Real y los aviones de la R. A. F., es decir, sólo las fuerzas de la madre patria, han hundido más de la mitad de los submarinos de que tenemos prueba cierta en forma de prisioneros vivos, y han destruído además el cuarenta por ciento del muy elevado número de otros submarinos cuyos restos o fragmentos dan evidencia definitiva de destrucción. También en el lado naval hemos hundido por acción británica, aparte de submarinos, diecinueve barcos de guerra enemigos y muchas lanchas torpederas, naves de escolta, minadores y otros auxiliares. A la acción inglesa se debe predominantemente el hundimiento en este período de 316 barcos mercantes, que suman 835.000 toneladas. En el mismo período, 7.677 oficiales y marineros de la Armada Real y unos 4.200 oficiales y marineros de la marina mercante han perdido su vida en barcos británicos. Esto último, sin embargo, no representa el sacrificio bélico total de nuestros marinos mercantes, ya que la situación ha mejorado mucho últimamente. Desde el principio de la guerra, la proporción de marinos mercantes—refiriéndonos sólo a los de estas islas—que han muerto en el mar en cumplimiento de su esencial deber, se ha elevado a cosa de una quinta parte del número medio de los ocupados en este servicio. El total de personal, oficiales y marineros perdidos por la Armada Real desde que estalló la guerra, asciende a un treinta por ciento de su fuerza de antes de

... en el mar.

la guerra. Las cifras son 41.000 muertos entre 133.000 hombres que componían su fuerza total al abrirse las hostilidades. Desde el 1 de enero de 1943, los barcos de la Armada Real han bombardeado las costas enemigas en 716 ocasiones. En el mismo período hemos perdido en acción o nos han sido averiados por más de un año—con averías graves—95 barcos de guerra.

... en el aire.

Respecto al aire, el honor de bombardear Berlín ha recaído casi exclusivamente sobre nosotros. Hasta el presente nosotros hemos realizado los más de los ataques contra Alemania. Excluyendo las escuadrillas aliadas o de los Dominios que actúan con la R. A. F., los ingleses de las islas han perdido 38.300 pilotos o tripulantes muertos y 10.400 desaparecidos. Nos han sido destruídos unos diez mil aviones desde el principio de la guerra y hemos efectuado unas 900.000 salidas en el escenario bélico norte-europeo. El ejército británico era poco más que una fuerza de policía en 1939 y, sin embargo, ha luchado en todas las partes del mundo: Noruega, Francia, Holanda, Bélgica, Egipto, Eritrea, Abisinia, Somalia, Madagascar, Siria, África del Norte, Persia, Sicilia, Italia, Grecia, Creta, Birmania, Malasia, Hong-Kong... No puedo en este discurso intentar describir esas muchas campañas, tan infinitamente varias en sus características, pero la Historia recordará que la contribución de nuestros soldados ha rebasado toda proporción con el potencial humano de estas islas. El ataque aéreo anglo-americano contra Alemania debe considerarse como nuestro principal esfuerzo ofensivo de hoy. Hasta mediados de 1943 nuestras fuerzas fueron, con mucho, las más numerosas puestas en acción. Como resultado de los enormes transportes hechos por el Atlántico durante 1943, la fuerza de bombarderos de los Estados Unidos estacionados en esta isla comienza ahora a superar la nuestra propia y celebro poder decir que pronto será considerablemente mayor.

Los esfuerzos de ambas aviaciones se desarrollan bien unidos y, según las medidas del pasado, cada esfuerzo en sí mismo es prodigioso. Permitidme tomar el ejemplo más

reciente. Durante las cuarenta y ocho horas, a partir de las tres de la madrugada del 20 de febrero se desarrollaron cuatro grandes incursiones sobre Alemania. La primera la practicaron contra Leipzig, en la noche del 19 al 20, unos mil aviones de la R. A. F., 79 de los cuales se perdieron. En la mañana del domingo hubo un tremendo ataque americano, con unos mil bombarderos, escoltados por un número de cazas todavía mayor. Estos aviones americanos e ingleses, pero americanos en su mayor parte, volaron en pleno día sobre ciudades alemanas, entre ellas Leipzig. Las pérdidas de esta incursión fueron grandemente reducidas, por el hecho de que los cazas enemigos habían sido derrotados en las operaciones inglesas de la noche anterior. Los cazas aterrizan en bases distintas a las propias y no son fáciles, por tanto, de manejar en una segunda ocasión de ataque que se siga rápidamente y, en consecuencia, pudo apreciarse entonces en su pleno efecto el bombardeo americano de precisión.

Continuando con ahinco la tarea, en la noche del 20 al 21 se produjo otra incursión inglesa, esta vez contra Stuttgart, con muchas fuerzas: unos 600 ó 700 aparatos. El efecto de las precedentes veinticuatro horas de bombardeo favoreció en muy grande extensión este ataque. Finalmente, la fuerza americana despegó el lunes, otra vez en completa escala, y probó de la manera más efectiva nuestra superioridad aérea conjunta sobre el enemigo. En globo, esas cuatro incursiones—durante las que se soltaron 9.000 toneladas de bombas por las dos aviaciones aliadas y complementarias—constituyen los más violentos ataques hechos hasta ahora sobre Alemania y prueban además el valor de la saturación en todos los aspectos de la guerra aérea. Este aspecto se acrecerá constantemente según nuestras fuerzas se desarrollen y las americanas lleguen a su pleno plan y escala.

La primavera y el verano verán un vasto aumento en la fuerza de los ataques dirigidos contra los objetivos militares de Alemania y países ocupados por los alemanes. Desde Italia, los bombarderos de largo radio de acción penetrarán eficazmente en el sur de Alemania. Tendemos

a lograr muy grandes restricciones y dislocaciones en todo el suministro alemán de municionamiento, sea cual fuere la lejanía de los lugares adonde se trasladen las fábricas. Por ende, la precisión de los ataques diurnos americanos produce excepcionales resultados en particulares aspectos, no sólo con día despejado, sino ahora, merced al desenvolvimiento de los auxilios navegatorios, a través de las nubes. El conjunto de esta ofensiva aérea constituye el fundamento sobre el que descansan nuestros planes de invasión ultramarina. Se alcanzarán grados de ataque que rebasarán las dimensiones de cuanto se ha empleado y, de hecho, imaginado hasta ahora. La idea de que debemos trabar o ulteriormente restringir este primordial instrumento de acortar la guerra, no la aceptan los Gobiernos de los aliados. El método adecuado para los alemanes civiles y no combatientes es abandonar los centros de producción de municiones y refugiarse en el campo. Nos proponemos hacer imposible la producción de guerra, en su más amplio sentido, en todas las ciudades, villas y centros fabriles alemanes.

Las represalias enemigas han sido modestas hasta ahora, pero debemos esperar que aumenten. Hitler tiene gran necesidad de exagerar sus contraataques a fin de aplacar a su anteriormente engañado pueblo; pero, además de estos ataques aéreos, no hay duda de que los alemanes están preparando en la costa francesa nuevos medios de ataque a este país, bien con aviones sin piloto o con cohetes, o con ambas cosas, en considerable escala. Hace largo tiempo que atendemos a esto con la mayor vigilancia. Atacamos todas las evidencias de esos preparativos en las ocasiones en que el tiempo es adecuado para la tal acción, y ello con la máxima extensión posible, sin perjuicio de la ofensiva estratégica contra Alemania. Un minucioso plan de bombardeos primordiales, en el que trabaja constantemente gran número de oficiales americanos e ingleses muy capaces, ha gobernado nuestra actuación desde hace algún tiempo y continuamente se pone ese plan al día en relación con nuestras necesidades y objetivos estratégicos. No creo que pueda idearse mejor mecanismo, que es lo bastante fle-

xible para permitirnos el pensar a veces en algún objetivo particularmente tentador, como, por ejemplo, Sofía, la capital de la aborrecida Bulgaria. El tiempo, desde luego, sigue siendo el factor final respecto a decidir dónde deben emplearse las actividades de cada día y cada noche. Esto deja grandísimas responsabilidades en manos de los oficiales que actualmente manejan esas enormes masas de aviones. El uso de nuestro poder aéreo afecta también a la situación general de la guerra por la contribución que impone a la caza enemiga día y noche; pero sobre todo de día y a cargo de los americanos, quienes han reñido acciones muy grandes con sus formaciones de fortalezas volantes contra los aparatos enemigos de caza.

Ya hemos visto cómo el programa aéreo alemán se ha concentrado principalmente en los cazas, indicando así hasta qué punto se hallan reducidos nuestros enemigos a la defensiva en el aire. Ahora este nuevo esfuerzo alemán de producción de cazas está siendo implacablemente batido, tanto en el aire como en las fábricas, que son objeto de continuos ataques. Toda oportunidad es y será buscada por nosotros para forzar al enemigo a gastar y agotar su fuerza de cazas. Nuestra producción de cazas y bombarderos, a juzgar por las pruebas posibles, ya excede con mucho a la de los alemanes. La producción rusa es poco más o menos igual a la nuestra. Sólo la producción americana duplica o triplica la alemana. Cuando hablo de producción no significo sólo aviones, no sólo aparatos, sino toda la vasta organización de escuelas de adiestramiento y servicios auxiliares que contribuyen al poder aéreo y sin cuya eficacia dicho poder aéreo no se manifestaría. Falta ver lo que experimentará Alemania cuando su defensa de cazas haya sido eliminada por completo y nuestros aviones puedan recorrer el país día y noche sin haber de temer más que la defensa antiaérea.

Lo mismo rige respecto a la fuerza aérea del Japón, la cual ha sido también superada y desgastada y cuya producción es incomparablemente pequeña en relación con las de las grandes potencias a quienes el Japón atacó. Así como en anteriores ocasiones, cuando me he dirigido a la

Cámara procurando dar un cuadro general de la estructura y proporciones de la guerra, he puesto siempre en primer lugar la guerra contra la amenaza submarina, en esta ocasión, deliberadamente, doy primacía al gran desarrollo del poder aéreo que se ha conseguido y ha de conseguirse aún. Ese poder era el arma que las dos naciones de rapiña habían elegido como instrumento principal de conquista. Ésa era la esfera en que debían triunfar. Ése era el método por el que las naciones iban a ser subyugadas a su dominio. No moralizaré más allá de decir que hay una singular y rígida justicia en el prolongado fluctuar de los acontecimientos.

Nuestra otra gran ofensiva conjunta angloamericana transcurre en Italia. Muchas gentes se han decepcionado con los progresos conseguidos desde la toma de Nápoles, en octubre. Esto se ha debido al tiempo, extremadamente malo, que señala el invierno en esas tierras, supuestamente soleadas, y que este año ha sido peor que de costumbre. En segundo y esencial término, los alemanes, poco a poco, se han empleado a fondo en Italia y han decidido hacer los mayores esfuerzos para conservar la ciudad de Roma. En octubre comenzaron a mover varias divisiones hacia el sur del valle del Po y a construir una línea de invierno al sur de Roma, a fin de afrontar y retardar el avance del V y VIII Ejércitos, que manda el general Alexander. Por tanto, nos vimos constreñidos a un avance frontal en un país extremamente montañoso que da todas las ventajas a la defensa. Todos los ríos corren en ángulo recto a nuestra marcha, y las lluvias, este año superiores a lo normal, han tornado a menudo esos ríos en furiosos torrentes que arrastran todos los puentes militares tendidos sobre ellos, dejando a veces a la fuerza asaltante, ya entregada al ataque, aislada al otro lado del río y más allá del alcance de refuerzos o ayuda inmediatos.

Ofensiva conjunta de Italia.

A más de las dificultades mencionadas, ha sido necesario constituir un gran repuesto de pertrechos y vehículos de toda especie en Italia. Por ende, la fuerza aérea estratégica que está desarrollándose para el ataque a la Alemania

del Sur, ha tenido muy grande prioridad en nuestros transportes y especialmente en aquellos que más pedidos son. No obstante, se ha hecho mucho trabajo, cuyos resultados se patentizarán más adelante. Somos nosotros, entre los aliados, quienes tenemos, con mucho, más tropas en Italia. Por otra patre, la aviación americana es, en el Mediterráneo, mayor que la inglesa, y las dos juntas poseen una enorme superioridad cuantitativa, y creemos que también cualitativa, sobre el enemigo. Tenemos, por supuesto, el completo dominio del mar, donde una escuadra americana trabaja activamente con la flota inglesa. Siendo tal la situación, muchos se preguntan por qué no era posible hacer un gran movimiento anfibio de flanqueo, en el lado oriental u occidental de Italia, para facilitar el avance del ejército.

La necesidad de esto era, desde luego, obvia para todos los jefes ingleses y americanos, pero la posibilidad de ponerlo en práctica dependía de que este esfuerzo se ajustase adecuadamente al programa general aliado para este año. Este programa comprende mayores fines y fuerzas que aquellos que nos interesan en Italia. Las dificultades que antes han obstruído la acción han sido, me satisface decirlo, eliminados en las conferencias que sostuvimos en Cartago en Navidad y en Marruecos en enero. Las conclusiones fueron aprobadas, una tras otra, por el presidente de los Estados Unidos y los jefes del Estado Mayor combinado. Todo cuanto la suprema dirección de la guerra debía hacer fué hecho en la primera semana de enero. Se habían iniciado ya los preparativos en anticipación de una superación final de las dificultades, y el 22 de enero fué fijado como el Día Cero por el general Alexander, sobre quien descansa la responsabilidad de la batalla. No fué en verdad cosa de poco el azar de este considerable ejército—40 ó 50.000 hombres en principio—con toda la incertidumbre del tiempo de invierno y toda la desconocida fuerza de las fortificaciones enemigas y lanzarlo por mar.

La operación constituyó un modelo de labor combinada. El desembarco no halló virtualmente oposición. Sin embargo, los sucesos posteriores no tomaron el curso espe-

rado o planeado. En el primer impulso pusimos en tierra un gran ejército, dotado de masas de artillería, tanques y muchos miles de vehículos, y nuestras tropas, avanzando tierra adentro, tomaron contacto con el enemigo. La reacción alemana ante este desembarco ha sido notable. Hitler, al parecer, ha resuelto defender Roma con la misma obstinación mostrada en Stalingrado, Túnez y, recientemente, en el recodo del Don. No menos de siete divisiones alemanas fueron rápidamente llevadas de Francia, Italia del Norte y Yugoslavia, haciéndose un resuelto esfuerzo para destruir la cabeza de puente y arrojarnos al mar. Se han librado batallas de intensa fiereza y furia. A la vez, los americanos y el V Ejército inglés presionan desde el Sur con todas sus fuerzas. Allí se está riñiendo otra batalla.

En ambos frentes ha habido durante la última semana un cruentísimo y continuo forcejeo, del que se han dado a diario informes completos en la prensa y los partes oficiales. Hasta el momento presente, el enemigo ha sufrido pérdidas muy graves, sin quebrantar la resistencia de las tropas de la cabeza de puente. Las fuerzas están muy equiparadas, aunque nosotros somos definitivamente más fuertes en artillería y elementos blindados. Desde luego, cuando el tiempo es favorable, nuestra aviación desempeña un inmenso papel. El general Alexander, quien probablemente ha asistido a más luchas contra los alemanes que cualquier otro jefe inglés—no siendo el general Freyberg, que también está en el empeño—, dice que la necesidad y fiereza de la lucha que ahora se libra en la cabeza de puente y en Cassino sobrepasa toda su experiencia previa. Incluso usa, en un mensaje que me ha dirigido, la palabra *terrorífico*. En el frente del Sur—el frente de Cassino—, tropas inglesas, americanas, de los dominios, indias, francesas y polacas luchan hombro a hombro con notable camaradería. Sus jefes confían en el éxito final. No puedo decir más de lo dicho, ni intento aventurarme en una más optimista predicción; pero los jefes confían y las tropas se hallan en el máximo grado de vigor ofensivo.

En los anchos campos de la estrategia, la decisión de

Hitler de enviar a Italia hasta 18 divisiones, que significan, con sus tropas auxiliares, probablemente cosa de medio millón de alemanes, y crear un gran frente secundario en Italia, no es desagradable para los aliados. Hemos de luchar con los alemanes en todas partes, salvo que permanezcamos quietos, mirando a los rusos. Esta batalla de desgaste en Italia ocupa fuerzas que no serán empleadas en mayores operaciones y constituye un preludio efectivo de ellas. Tenemos a nuestra disposición en África fuerzas suficientes para nutrir la lucha tan pronto como puedan ser transportadas a través del Mediterráneo. El tiempo verosímilmente mejorará y, cuando el cielo se despeje, la potencia aérea aliada adquirirá plena manifestación.

Hace un año justo—el 22 de febrero—, hallándome, lo recuerdo, enfermo en cama, me inquietaba profundamente la situación de Túnez, donde nos habíamos visto obligados a detenernos en el paso de Kasserine. Pero puse mi confianza en el general Alexander y en las tropas inglesas, americanas y francesas que estaban en acción. Lo mismo hago ahora.

En las discusiones de El Cairo, y durante mi estancia forzosa entre las ruinas de Cartago, pude, por correspondencia, convenir con el presidente y con nuestro Gabinete de guerra el reajuste de los mandos para nuestras operaciones conjuntas en el Mediterráneo y en todas partes. El principio que obviamente ha de seguirse entre dos aliados que operan tan estrechamente como los Estados Unidos y nosotros, debe ser que la nacionalidad del jefe corresponda generalmente a la mayoría de las tropas en cualquier frente. En los general Maitland Wilson y Alexander tenemos el comandante supremo del Mediterráneo y el jefe de las fuerzas que luchan en Italia. Nuestros aliados americanos y nosotros sentimos la mayor confianza en esos oficiales, a cuyas órdenes los generales estadounidenses Devers y Clark, el más osado y valiente jefe del V Ejército, son los correspondientes comandantes americanos. Por otra parte, en las Gran Bretaña, donde se concentran fuerzas para

Mando conjunto.

futuras operaciones de la mayor magnitud, el general Eisenhower, con quien hemos actuado, por tanto tiempo, tan afortunada y felizmente, ha sido colocado en la cúspide de la dirección de la guerra, con el mariscal del Aire, Tedder, como su segundo, y con el general Badell Smith, tan digno de confianza, como jefe americano de Estado Mayor.

Éstas son las figuras centrales de un mando bajo el cual sirven muchos distinguidos jefes ingleses y americanos, entre ellos el general Montgomery, y estos oficiales, cuando llegue el momento y de acuerdo con los arreglos estipulados, conducirán nuestros ejércitos a la liberación de Europa.

Como en América se han hecho ciertas declaraciones —no oficiales—sobre la fuerza relativa de los ejércitos que van a emplearse desde aquí, juzgo necesario asentar que los ejércitos ingleses y americanos, al empezar la lucha, serán aproximadamente iguales; pero si la duración de la pugna se prolonga, el continuo aflujo de los americanos, en enormes proporciones, les dará naturalmente esa superioridad de número que cabe esperar de los grandes recursos de potencial humano de que disponen, y que desean, por encima de todo, hacer entrar lo más rápidamente posible en contacto con el enemigo. Por eso es justo que el mando supremo recaiga en los Estados Unidos. Me debo desviar de mi tema un momento para subrayar cuán perfecta es la cooperación entre los comandantes de los ejércitos americanos e ingleses. Nada semejante se ha visto nunca entre aliados. Sin duda el lenguaje común sirve de gran ayuda, pero hay otras cosas en ello. En todas las alianzas anteriores, los Estados Mayores han trabajado con distinto personal en cada departamento y con oficiales de enlace; mas en África el general Eisenhower ha formado un Estado Mayor uniforme, todos cuyos puestos se cubren con los hombres que se piensa más adecuados; y todos se dan órdenes mutuamente según su grado, sin la menor consideración al país a que pertenecen. Las mismas unidad y fraternidad van siendo instituídas aquí entre las fuerzas que están concentrándose en este

país, y no dudo de que ello será juzgado utilísimo, y único además, en la historia de las alianzas.

Ahora he de trasladarme, desde las operaciones militares actuales, a la escena europea, que influye tan vehemente en todos los asuntos militares. En esta presente guerra de tantas naciones contra la tiranía nazi, hay, al menos, un común principo que se agita en toda Europa, y entre los pueblos conquistados existe una unanimidad de odio y un deseo de sublevarse contra los alemanes tal como no ha conocido nunca una raza antes de ahora. Las penas de la derrota son terribles. Después del cegador relámpago de la catástrofe, del golpe abrumador, de las heridas abiertas, viene la embestida de las dolencias de la derrota. El principio central de la vida de una nación queda roto y todo control saludable y normal se desvanece. Hay pocas sociedades que puedan resistir las condiciones del sojuzgamiento. Los patriotas indomables toman diferentes caminos; abundan los Quisling y las colaboraciones de toda especie, y los jefes de guerrillas, cada uno con sus secuaces personales, se querellan y luchan entre sí. Ya hay en Grecia y Yugoslavia facciones empeñadas en mutua guerra civil y animadas por odios aún más fieros que los que debían reservarse para el enemigo común. Entre todas esas varias fuerzas, el opresor germano desarrolla sus intrigas con cínica inexorabilidad y crueldad implacable.

Las penas de la derrota.

Es bastante difícil conocer la política del país propio y casi imposible comprender las de los países extranjeros. El medio más sano y mejor que debemos seguir es juzgar a todos los partidos y facciones por la prueba de su diligencia y capacidad para luchar con los alemanes, aligerando así la carga de las tropas aliadas. No es tiempo éste de preferencis ideológicas hacia un lado u otro, y en verdad nosotros, el Gobierno de su majestad, no hemos incidido en ese camino. Así, en Italia trabajamos al presente a través del Gobierno del rey y Badoglio; en Yugoslavia damos nuestra ayuda al mariscal Tito, y en Grecia, a pesar del hecho de que un oficial británico ha sido asesinado por la organización guerrillera llamada E.L.A.S.,

hacemos todo lo posible por conseguir una reconciliación, o al menos un acuerdo operante, entre las fuerzas opuestas. Diré unas palabras, si la Cámara me lo permite, sobre cada uno de esos infortunados países y sobre el principio que debe gobernarnos y que ciertamente seguimos.

Firmamos el armisticio italiano, sobre la base de rendición incondicional, con el rey y el mariscal Badoglio, que eran y hasta el presente son el Gobierno legítimo de Italia. Por su autoridad, la Armada italiana, no sin riesgos y pérdidas, se entregó a nosotros, y virtualmente todas las tropas y aviadores italianos no dominados por los alemanes obedecieron también las órdenes recibidas de la Corona. Desdes entonces esas fuerzas italianas han colaborado con nosotros lo mejor que han podido y unos 100 barcos italianos de guerra están prestando valiosos servicios en el Mediterráneo y el Atlántico. Tropas italianas han entrado en acción en la línea del frente de Italia y, aunque en una ocasión sufrieron graves pérdidas, continúan luchando al lado de nuestros hombres. Un número mucho mayor está trabajando en servicios indispensables a las tropas aliadas en retaguardia. Aviadores italianos luchan también de nuestra parte.

Situación en Italia.

La batalla de Italia, por razones que ya he explicado, será larga y dura. No estoy convencido aún de que al presente pueda formarse en Italia otro gobierno que obtuviese la misma obediencia de las fuerzas armadas italianas. Supuesto que tengamos éxito en la presente batalla y entremos en Roma, como yo creo y confío que hemos de hacer, estaremos libres para discutir toda la situación política italiana y lo efectuaremos así con muchas ventajas que no poseemos hoy. En Roma puede formarse mejor un gobierno italiano de más amplia base. Si un gobierno formado de tal suerte será, o no, más útil a los aliados que el presente, no puedo decirlo. Podría, desde luego, ser un gobierno que tratase de colocarse en buena posición ante el pueblo italiano resistiendo, hasta tanto como se atreviera, a las peticiones que se hicieran en interés de los ejércitos aliados. Me disgustaría, empero, ver un cambio

inseguro hecho en un momento en que la batalla está en su apogeo, con alternativas opuestas. Cuando se ha de manejar una cafetera caliente, vale más no quitarle el mango hasta poseer la certeza de encontrar otro igualmente adecuado y útil o al menos hasta tener un paño para cogerla.

Los representantes de los varios partidos italianos reunidos en Bari hace una quincena tienen, por supuesto, empeño de convertirse en el Gobierno de Italia. Pero ciertamente no tendrán autoridad electiva, ni ciertamente autoridad constitucional, mientras el presente rey no abdique o él o su sucesor inviten a esos representantes a ocupar cargos. En ningún modo es seguro que esos representantes que digo tuvieran autoridad efectiva sobre las fuerzas italianas que ahora lucha de nuestra parte. Italia yace postrada bajo sus miserias y desastres. Los alimentos escasean y los barcos que han de traerlos están vorazmente absorbidos por nuestras siempre crecientes operaciones militares. Creo que los aliados hemos ganado este año 12 millones de tonelaje, pero aun así la insuficiencia continúa, porque nuestras grandes operaciones absorben cada barco en cuanto llega y el transporte de vituallas es difícil.

Sería una error suponer que existe en Italia el género de condiciones o fuerzas políticas que tan saludablemente actúa en tierras no derrotadas o en países que no han sido conmovidos por la guerra o sofocados por un largo período de mando fascista. Veremos mucho más claramente cómo proceder y tendremos recursos mucho más variados a nuestra disposición cuando estemos en posesión de la capital, si llegamos a estarlo. Por tanto, la política que el Gobierno de su majestad ha acordado provisionalmente con el Gobierno de los Estados Unidos es ganar la batalla de Roma y examinar las cosas de nuevo cuando estemos allí. Al otro lado del Adriático, en las vastas regiones montañosas de Yugoslavia, Albania y Grecia, área que mide unas 800 miqas de Norte a Sur y 300 ó 400 de Este a Oeste, está en pleno y violento progreso una magnífica resistencia a los invasores alemanes.

A la rendición de Italia—con la que creo tiene alguna relación Inglaterra, que ha peleado contra los italianos desde el verano de 1940—62 divisiones italianas cesaron de ser un factor combatiente hostil. Cuarenta y tres fueron dispersas y esclavizadas—al parecer sin ninguna de las garantías inherentes a los prisioneros de guerra—por los alemanes. Diez fueron dispersadas por las guerrillas de los Balcanes, y nueve, estacionadas en el sur de Italia, Córcega o Cerdeña, se unieron a los aliados. Ante esta situación, Hitler decidió reforzar poderosamente la península balcánica, y a la sazón no menos de 20 divisiones alemanas están empeñadas en los Balcanes. Es decir, que hay 25 divisiones alemanas en Italia (18 de las cuales están en la presente batalla al sur de Roma) y otras 20 esparcidas en la vasta zona de los Balcanes. Estas fuerzas podían haber sido peor empleadas.

Yugoslavia. Tito.

En Yugoslavia, a pesar de las ferocísimas y criminales crueldades y represalias perpetradas por los alemanes, no sólo contra los rehenes, sino contra las poblaciones lugareñas, incluso mujeres y niños, las fuerzas guerrilleras llevan ventaja. Los alemanes retienen las ciudades principales y procuran mantener el funcionamiento de los ferrocarriles. Pueden mover sus columnas de tropas aquí y allá del país y dominan el terreno que pisan, pero nada más. Todo el resto pertenece a los valientes guerrilleros. Las pérdidas alemanas han sido muy graves, mas la matanza de rehenes y personas civiles a sangre fría aumenta la cuenta alemana... y la nuestra contra los alemanes. En Yugoslavia hay en el campo dos fuerzas principales. La primera, las bandas de guerrilleros a las órdenes del general Mihailovitch. Éstas fueron las primeras en lanzarse al campo y representan, en cierta extensión, las fuerzas de la antigua Servia. Durante algún tiempo después de la derrota del ejército yugoslavo, esas fuerzas mantuvieron guerrillas. No pudimos enviarles ayuda o suministros, salvo unos pocos lanzados desde aviones. Los alemanes, en represalia de las actividades guerrilleras, fusilaron en Belgrado grupos de 400 y 500 personas a la vez. El general Mihailo-

vitch, lamento mucho decirlo, pasó gradualmente a una posición en la que algunos de sus comandantes hicieron acuerdos con las tropas alemanas e italianas, como resultado de lo cual los guerrilleros fueron dejados tranquilos en ciertas comarcas montañosas, no haciendo, en cambio, nada o muy poco contra el enemigo. Sin embargo, entonces apareció en escena un nuevo y más formidable campeón. En el otoño de 1941, los guerrilleros del mariscal Tito empezaron contra los alemanes una feroz y furiosa guerra por la independencia. Arrancaron armas de manos de los alemanes, crecieron rápidamente en número y ninguna represalia, por sangrienta que fuese, ya sobre rehenes o sobre poblados, los intimidó. Para ellos se trataba de muerte o libertad. Pronto comenzaron a infligir pesados daños a los alemanes y se hicieron dueños de amplias regiones. Conducidos con gran pericia, organizados sobre el principio guerrillero, eran, a la vez, huidizos y temibles. Estaban aquí, estaban allí, estaban en todas partes. Los alemanes han dirigido contra ellos ofensivas en gran escala, pero en todos los casos los guerrilleros, incluso si eran rodeados, escapaban después de causar a los alemanes grandes desgastes y pérdidas. El movimiento de estos *partidarios* no tardó en superar en número a las fuerzas del general Mihailovitch. No sólo croatas y eslovenos, sino gran número de servios, se han unido al mariscal Tito, quien tiene en este momento más de un cuarto de millón de hombres con él y grandes cantidades de armas tomadas al enemigo o a los italianos, y esos hombres están organizados, sin perder su calidad de guerrillas, en considerable número de divisiones y cuerpos.

Todo el movimiento ha tomado forma sin perder, como digo, la calidad de guerrilla, a falta de la cual no le hubiera sido posible tener éxito. Esas fuerzas están en este momento teniendo en jaque a no menos de 14 de las 20 divisiones alemanas de la península balcánica. Dentro de tales heroicas fuerzas y en torno a ellas se ha desarrollado un movimiento nacional y unificador. El elemento comunista tuvo el honor de ser el iniciador, pero, al aumentar el movimiento en fuerza y número, se ha producido un

proceso modificativo y unificatorio y han sobrevenido concepciones nacionales. En el mariscal Tito los *partidarios* han encontrado un jefe sobresaliente, glorioso en la lucha por la libertad. Por desgracia, y acaso inevitablemente, esas nuevas fuerzas entraron en choque con las del general Mihailovitch. Sus actividades trastornaron los arreglos que los jefes que dije habían hecho con el enemigo. El general se esforzó en reprimirlas y han surgido muchas trágicas luchas y disensiones entre hombres de la misma raza y país, cuyos infortunios sólo se deben al enemigo común. En el momento presente, los partidarios del mariscal Ttito superan muchas veces en número a los del general Mihailovitch, quien actúa en nombre del real Gobierno yugoslavo. Desde luego, los guerrilleros del mariscal Tito son las únicas gentes que desarrollan ahora una lucha efectiva contra los alemanes.

Durante mucho tiempo he tomado particular interés en el movimiento del mariscal Tito y he procurado y procuro, por todos los medios disponibles, darle ayuda. Un joven amigo mío, licenciado de Oxford, el capitán Deakin, ahora teniente coronel Deakin, aterrizó en Yugoslavia en paracaídas hace un año aproximadamente y durante ocho meses estuvo en el cuartel general del mariscal Tito. En una ocasión ambos fueron heridos por la misma bomba y se hicieron amigos. Ciertamente una herida constituye un lazo de unión entre los hombres, si bien espero que nosotros no necesitaremos instituirlo en nuestras propias relaciones personales. De los informes del teniente coronel Deakin hemos obtenido una vívida pintura de toda la lucha guerrillera y sus personalidades. El otoño pasado enviamos una misión más amplia dirigida por el honorable y distinguido diputado por Lancáster (brigadier Fitzroy Maclean). Después de entrevistarse en El Cairo con el secretario de Asuntos Exteriores y conmigo, ha vuelto ahora a Yugoslavia, aterrizando en paracaídas. Puedo asegurar a la Cámara que se harán cuantos esfuerzos estén en nuestra mano para ayudar y sostener al mariscal Tito y a su valerosa hueste. El mariscal me envió un mensaje durante mi enfermedad y desde entonces he estado en

constante y grata correspondencia con él. Nos proponemos respaldarle con toda la fuerza que podamos, teniendo en cuenta otras principales obligaciones.

¿Cuál es, pues, la situación del rey Pedro y del real Gobierno yugoslavo en El Cairo? El rey Pedro, muchacho de diecisiete años, escapó de las garras del regente y, con el nuevo Gobierno real yugoslavo, encontró refugio en este país.

De ningún modo podemos disociarnos de él. Indudablemente ha padecido a los ojos de los guerrilleros por la asociación de su Gobierno con el general Mihailovitch y los comandantes subordinados a éste. En estas islas somos afectos al principio monárquico y hemos experimentado los muchos beneficios de la monarquía constitucional, pero no tenemos intención de introducir nuestras ideas entre las gentes de ningún país. Grecia, Italia, Yugoslavia serán todas, perfectamente libres, hasta tanto como ello nos afecta, para establecer la forma que sus Gobiernos deben tomar, una vez que la voluntad del pueblo pueda asegurarse en condiciones de relativa tranquilidad.

Entre tanto, la situación es un poco complicada y espero tener la confianza de la Cámara para, en unión de mi distinguido amigo el secretario de Asuntos Exteriores, procurar desenmarañar esa situación en cuanto sea posible, de concierto con nuestros aliados Rusia y los Estados Unidos, los cuales, me satisface decirlo, envían ahora misiones al mariscal Tito. Me agradaría que la Cámara viese que aquí, como en todos los casos, seguimos el principio de guardar buena fe con aquellos que han guardado buena fe con nosotros, y de esforzarnos, sin prejuicios ni miramientos con las afecciones políticas, a los que luchan por la libertad contra el dominio nazi y así inflingen los mayores daños al enemigo.

He dado a la Cámara el informe más pleno que he podido sobre esta difícil y en algunos sentidos delicada situación de Yugoslavia y no deseo en modo alguno añadir nada a ello en el momento presente. He de escoger mis palabras con cuidado, porque la situación es complicada.

Entre lo que puedo llamar las dolencias de la derrota, el caso más entristecedor es el de Grecia. Todos recordarán los sentimientos de admiración que la heroica defensa de Grecia, primero contra los italianos y luego contra los invasores alemanes, produjeron en el mundo civilizado. Es, pues, penoso ver la confusión y la lucha interna que ha estallado en Grecia, con tantos incidentes de violencia y felonía, todo ello en ventaja de los invasores alemanes, que miran con despectiva complacencia cómo los griegos matan a los griegos con las municiones que se les mandaron para matar alemanes. Existe también la idea de que ciertos elementos, poderosos entre las guerrillas, piensan mucho menos en expulsar al enemigo extranjero que en adquirir títulos a la gobernación de su país y establecerse como partido dominante —menospreciando las opiniones de las masas de la nación—una vez terminada la guerra. Aquí la situación, como en Yugoslavia, es muy oscura y mudable, pero puede decirse más allá de toda duda que la gran masa del pueblo griego espera con fortaleza, anhelando la hora de la liberación de la cruel servidumbre y sujeción en que los griegos han sido arrojados. Y a cuanto nos afecta, no esperarán en balde.

Grecia.

En diciembre se dió a la Cámara un informe muy completo a cargo de mi distinguido amigo el secretario de Asuntos Extranjeros, sobre la reunión de los jefes de los Gobiernos en El Cairo y Teherán, y también de las reuniones de los secretarios de Asuntos Exteriores a las que él había asistido previamente en Moscú. Las cosas discurren ahora tan de prisa que todo esto parece ya la Historia antigua, pero tengo poco que añadir a lo que él dijo o a lo que desde entonces se ha publicado. Fué gran conveniencia y placer para mí tratar por primera vez al generalísimo Chang-Kai-Shek y a su esposa. El generalísimo es una figura mundial y la principal esperanza y paladín de China. La rrean ahora tan de prisa que todo esto parece ya la Hisseñora Chang-Kai-Shek es también una personalidad significadísima y fascinadora. Su perfecto dominio del inglés

Chang - Kai - Shek.

y su completa comprensión de la lucha mundial como un conjunto, la capacita para ser el mejor de todos los intérpretes en asuntos en que ella misma tiene parte notable.

Lo más de nuestro tiempo en El Cairo, antes que visitásemos Teherán, fué invertido en discutir la estrategia y política que debían seguirse contra el Japón, los mejores medios de llevar adelante la guerra en los escenarios Índico y Pacífico con la mayor energía y, desde luego, el ajuste de esos planes en las exigencias de los teatros bélicos del Atlántico y el Mediterráneo. En Teherán se realizó al fin la entrevista, ha tanto deseada, entre el presidente Roosevelt, el mariscal Stalin y yo. Los contactos personales que establecimos fueron, y estoy convencido de que podrán ser, útiles a la causa común. Habría muy pocas diferencias entre las tres grandes potencias si sus principales representantes se reuniesen una vez al mes. En tales reuniones, ya formularias o no, todas las dificultades serían expresadas libre y francamente y las más delicadas materias se abordarían sin el riesgo de roces o incomprensiones como las que harto a menudo se levantan cuando el único conducto son las comunicaciones escritas. Pero la geografía impone sus desbaratadores obstáculos, y aunque confío en que sea posible mantener ulteriores entrevistas a medida que la guerra continúe, no tengo sugestiones definidas que formular de momento a la Cámara.

Contactos personales.

Se pregunta, según he oído: «Las buenas relaciones establecidas en Moscú y Teherán, ¿se han manifestado duraderas o han fracasado en las semanas transcurridas?» «La declaración de la *Pravda*, suele preguntarse, o los artículos que están apareciendo en varios órganos del Gobierno soviético, ¿implican un enfriamiento en la amistad anglo-rusa o ruso-americana y un *renacer* de sospechas de los aliados occidentales por parte de Rusia?» (UN DIPUTADO: *O por parte británica.*) Por ambas partes. Me siento plenamente facultado para tranquilizar a la Cámara sobre este importantísimo punto. Nada del terreno ganado en Moscú y Teherán se ha perdido. Las tres grandes potencias aliadas están absolutamente unidas en su acción

contra el enemigo común. Están igualmente resueltas a proseguir la guerra, a cualquier coste, hasta la conclusión victoriosa, y creen que se extiende ante ellas un vasto campo de cooperación amistosa después de la destrucción de la Alemania hitlerista. De esta prolongada, íntima y honrosa asociación depende el futuro del mundo.

Aproveché la ocasión para formular personalmente ante el mariscal Stalin la cuestión del porvenir de Polonia. Señalé que la Gran Bretaña había declarado la guerra a la Alemania nazi en cumplimiento de nuestra garantía a Polonia; que nunca flaqueamos en nuestra resolución ni aun en el período en que estuvimos solos, y que el destino de la nación polaca ocupa primer plano en el pensamiento y política del Gobierno de su majestad y del Parlamento británico. Con gran placer oí al mariscal Stalin que también él estaba resuelto acerca de la creación y mantenimiento de una Polonia fuerte e integralmente independiente como una de las potencias señaladas de Europa. Varias veces repitió estas declaraciones en público y estoy convencido de que representan la política establecida de la Unión Soviética.

Polonia.

Puedo recordar a la Cámara que nosotros no hemos garantizado nunca en el pasado ninguna particular línea fronteriza de Polonia. No aprobamos la ocupación de Vilna por los polacos en 1920. El criterio británico de 1919 se expresó en la llamada línea Curzon, que intentaba resolver, parcialmente en cierto modo, el problema. He mantenido siempre la opinión de que todas las cuestiones de reajuste territorial debieran dejarse hasta el fin de la guerra y que las potencias victoriosas deberán llegar entonces a fórmulas y finales acuerdos que gobiernen la articulación de Europa en conjunto. Éste es aún el deseo del Gobierno de su majestad. No obstante, el avance de los ejércitos rusos en regiones polacas donde actúa el ejército clandestino polaco hace indispensable algún género de convenio amistoso que rija las condiciones de tiempo de guerra y capacite a todas las fuerzas antihitleristas para laborar juntas con mayor ventaja contra el enemigo común.

Durante las últimas semanas el ministro de Asuntos

Extranjeros y yo hemos actuado, unidos, cerca del Gobierno polaco de Londres, con objeto de establecer un acuerdo sobre el cual puedan actuar las fuerzas combatientes y sobre el cual confío en que quepa erigir una creciente armazón de camaradería y buena voluntad entre rusos y polacos. Siento intensa simpatía por los polacos, raza heroica cuyo espíritu nacional no han podido extinguir siglos de desventura; pero también simpatizo con el punto de vista ruso. Dos veces en nuestra vida, Rusia ha sido violentamente asaltada por Alemania. Muchos millones de rusos han muerto y vastas extensiones de suelo ruso han sido devastadas como resultado de la repetida agresión alemana. Rusia tiene el derecho de reasegurarse contra futuros ataques desde el Oeste y nosotros la acompañaremos para proveer que lo consiga, no sólo con el poder de sus armas, sino con la aprobación y asenso de las Naciones Unidas. La liberación de Polonia puede ser ahora conseguida por los ejércitos rusos después de que éstos han tenido millones de bajas al quebrantar la máquina militar alemana. No puedo opinar que la demanda rusa de una seguridad en sus fronteras occidentales habrá de rebasar los límites de lo razonable o justo. El mariscal Stalin y yo también hablamos y convinimos en la necesidad de que Polonia obtenga compensaciones a expensas de Alemania tanto en el Norte como en el Oeste.

Cábeme ahora señalar que el término «rendición incondicional» no significa que el pueblo alemán vaya a ser esclavizado o destruído. Significa, sin embargo, que los aliados no se obligarán a los alemanes, en el momento de la entrega, por ningún pacto u obligación. No habrá, por ejemplo, cuestión alguna de aplicar a Alemania la Carta del Atlántico como materia de derecho y exceptuadora de transferencias territoriales o ajustes en los países enemigos. No admitiremos argumentos tales como los usados por Alemania después de la última guerra, diciendo que ellos se rindieron a consecuencia de los 14 puntos del presidente Wilson. La rendición incondicional significa que los vencedores tendrán las manos libres. No significa que estén autorizados a conducirse de una manera bárbara, ni

que deseen borrar a Alemania de entre las naciones de Europa. Si hemos de estar ligados, lo estaremos por nuestra propia conciencia de civilización. No estaremos ligados a los alemanes como resultado de un convenio. Ese es el significado de la «rendición incondicional».

Puede ser que más adelante haya de hacer al Parlamento alguna ulterior declaración respecto a Polonia. De momento, lo que he dicho, aunque incompleto, es todo lo que el Gobierno de su majestad puede decir sobre el tema, y espero que no se nos apremie más en el debate, porque las materias están aún bajo discusión.

Agradezco mucho a la Cámara la atención y consideración que me ha dado. Hay numerosos peligros y dificultades en pronunciar discursos en estos momentos; primero, porque la hora es de hechos y no de palabras; segundo, porque he de encontrar la angosta línea que media entre ser reprochado de complacencia, en el interior, y alentar a los enemigos en el extranjero. Han de afrontarse los graves tiempos que aún atravesamos sin deprimir a los soldados que habrán de reñir y ganar las batallas de 1944. Además, recuérdese esto: hubo una ocasión en que nosotros estuvimos solos en esta guerra y podíamos hablar para nosotros mismos; pero ahora que estamos en la más estrecha relación mutua con nuestros grandes aliados, cada palabra que se hable ha de considerarse con relación a ellos. Hemos vivido períodos de mortal peligro, y aunque no puedo decir que los peligros sean mortales ahora, son, no obstante, muy serios y necesitamos todo el apoyo y buena voluntad que nos asistieron cuando todos sentimos que nuestra existencia nacional estaba sobre el tapete.

Peligro de los discursos.

Hay, lo presumo, en ciertos sectores la impresión de que el modo de ganar la guerra es hostigar al propósito al Gobierno, tenerlo cogido por el cuello y apremiarle por todos lados; y yo hallo duro soportar esto con cristiana paciencia. Mirando más lejos, éste es también año de elección en los Estados Unidos y ésa será ocasión, naturalmente, de que se digan muchas cosas ásperas sobre la Gran Bretaña y en que se gane popularidad en esa vasta

comunidad demostrando americanismo en sus más altas formas. Nosotros estamos bien acostumbrados a los métodos de las elecciones y pienso que no debemos dejarnos afectar indebidamente por nada que en América pueda decirse o escribirse en el curso del gran proceso constitucional que está sucediendo. Todo esto, empero, no concuerda muy bien—esta atmósfera y maneras en nuestro país—con las responsabilidades y cargas que pesan sobre los ministros de su majestad y que son, puedo asegurarlo a la Cámara, muy reales y graves. Estamos en vísperas de las mayores operaciones conjuntas entre aliados que haya registrado jamás la Historia. Muchos sectores de este país tienen el deseo de promover las antiguas controversias entre los diferentes partidos. Hay también en la alianza angloamericana algo que despierta viejos prejuicios y los deja correr libremente. Sin embargo, liberales, laboristas y *tories* están en este momento luchado y muriendo juntos en el frente y trabajando juntos de mil maneras en el interior, e ingleses y americanos están ligados en la nobilísima camaradería de la guerra bajo el fuego y presión del enemigo. Mi esperanza es que los generosos instintos de unidad no se separarán de nosotros en estos tiempos de tremendas ejecuciones y dolorosos sacrificios, y que no nos dividiremos, ni en la patria ni fuera, para convertirnos en presa de gentecilla ruin que existe en todos los países y que brinca en torno al carro de la guerra para ver qué diversiones o notoriedad puede sacar de ello.

En Teherán convinimos en una cosa por encima de todas, y a ella estamos ligados por pacto solemne; y es caer sobre el huno y golpearle por mar, aire y tierra—con todo el esfuerzo que haya en nosotros—durante la próxima primavera y verano. A esta tarea necesitamos consagrarnos de nuevo cada día. A esta prueba debemos dirigir nuestros ánimos con toda la fortaleza moral que poseemos. La tarea es pesada, el trabajo largo y las pruebas serán severas. Procuremos todos cumplir nuestro deber lo mejor posible. La victoria no puede estar muy lejos y ciertamente no nos será negada al fin.

«SE ACERCA LA HORA DE NUESTRO MAYOR ESFUERZO»

DISCURSO RETRANSMITIDO POR RADIO A TODO EL MUNDO

18 marzo. *El VI Ejército alemán es derrotado en la batalla del recodo del Dniéper y los rusos ocupan, entre otras ciudades, Jmerinka y Pomoshnaya.*

19 marzo. *Los rusos cruzan el Dniéster en un frente de 30 millas y ocupan 40 lugares en la orilla derecha. En Italia, tropas neozelandesas toman la estación del ferrocarril en Cassino.*

21 marzo. *Las tropas rusas profundizan su cabeza de puente al otro lado del Dniéper y realizan buenos progresos en su avance hacia Lvov.*

22 marzo. *Las tropas alemanas se apoderan del mando en Hungría y nombran como jefe del Gobierno a Sztojay, simpatizante de los nazis.*
Los bombarderos de la R. A. F. y americanos prosiguen sus ininterrumpidos ataques nocturnos sobre Alemania, y la R. A. F. lanza 3.000 toneladas sobre Fracfort en media hora.
Llegan a Londres y al sudeste de Inglaterra algunos aviones enemigos, de los cuales son derribados por lo menos 10.

24 marzo. *El mariscal Zhukov asesta un golpe abrumador a los alemanes que defienden los accesos a los Cárpatos septentrionales. El enemigo pierde 20.000 muertos y 3.500 prisioneros.*

26 marzo. *Avanzando por Besarabia, los rusos llegan al Pruth, en la frontera de Rumania.*
Hablando al mundo ante el micrófono por primera vez después de su enfermedad, Churchill anuncia que se aproxima la hora del mayor esfuerzo.

[*26 abril 1944.*

Espero que no habréis pensado que voy a tratar de haceros esta noche revelaciones sensacionales, o deciros

la forma exacta en que han de ser resueltos los problemas de la humanidad en la guerra y en la paz. Tan sólo he creído que os agradaría oírme relataros en breves palabras el curso de los acontecimientos, así como daros mis gracias por todas las bondades que habéis tenido para conmigo no obstante mis muchos defectos.

Hace casi exactamente un año que os hablé por la radio desde aquí. De entonces acá hemos tenido contratiempos, así como éxitos. Pero no cabe duda de que las buenas noticias han superado a las malas, ni de que el progreso de las Naciones Unidas hacia su meta final ha sido firme, continuo y cada vez más acelerado.

El largo y terrible camino que recorren las naciones libertadoras va siendo dejado atrás poco a poco, y podemos asegurar desde ahora, no sólo con fe, sino con fundamento, que llegaremos en buen orden al final de nuestra marcha, y que la tragedia que amenazaba al mundo entero (y podría haberlo sumido en las tinieblas, sometiendo a nuestros descendientes a negra esclavitud, tal vez durante siglos) no tendrá lugar.

Muy atrevido habrá de ser el que trate de predecir cuándo, cómo y en qué condiciones llegará la victoria, pero no hay duda de que, efectivamente, ésta llegará. Eso, al menos, es seguro. También es cierto que la unidad de nuestros esfuerzos, de nuestra acción, y el fin común que nos une a los británicos y a los aliados de otros países, nos traerá esa victoria aún más pronto.

La victoria, segura.

He tratado de llevaros, como si dijéramos, en un avión *Mosquito* en servicio de reconocimiento, explorando desde las alturas la enorme extensión de esta guerra cruel y feroz, y espero que habréis recogido no sólo visiones de ciertas escenas, sino también una idea de la relativa importancia y urgencia de los diversos acontecimientos que están desarrollándose. Como veis, ocurren actualmente un buen número de cosas.

Recuerdo que cuando os hablé el 21 de marzo del pasado año dediqué la mayor parte de mi discurso a comentar lo que nos proponíamos hacer a efectos de convertir

nuestra isla en un lugar mejor para todos sus habitantes, una vez que hubiese acabado la guerra, fuese como fuere.

Os dije que deberían celebrarse elecciones generales y que tendríamos una nueva Cámara de los Comunes y que si todavía se me consideraba lo bastante capaz para ser útil al país, implantaría en éste un plan de cuatro años a fin de abarcar el período de transición entre la guerra y la paz, y de traer los soldados, los marinos y los aviadores a un país donde hubiese comida, trabajo y hogares para todos ellos. Insistí en que sería muy inoportuno el hacer promesas que luego no pudieran cumplirse, como también lo sería el que los partidos políticos tratasen de sobresalir, cada uno de ellos, con planes excesivos y sueños irrealizables. Mencioné, en cambio, cinco o seis puntos sobre los cuales habría que tomar medidas prácticas.

Plan de cuatro años.

Permitidme recordaros estos puntos. Eran una reforma y mejora en gran escala en la educación del pueblo, y la elevación a un alto nivel de la salud pública general. Hablé de la manera de estimular la agricultura y la producción de materias alimenticias, y de un vigoroso renacimiento de la sana vida del campo. Insistí sobre la importancia de un seguro nacional de carácter obligatorio para todas las clases sociales, a todo fin, desde la cuna hasta la tumba; y de un cuidadoso plan de licenciamiento de nuestras tropas que no causase demoras en la reconstrucción de la industria y no resultara injusto para nuestros soldados.

Hablé también sobre la conservación de los trabajadores en sus puestos, y sobre la reconstrucción de nuestras ciudades y de hogares para el pueblo; ofrecí igualmente unas sugestiones como ensayo sobre política económica y financiera, y me extendí sobre la importancia de lo que puede llamarse combinar las cosas. Todo esto había de ocurrir cuando la guerra hubiese terminado. No deberían hacerse promesas de antemano; pero sí era posible efectuar los preparativos necesarios, incluso la debida preparación legislativa, sin que ello obstaculizase nuestro esfuerzo de guerra.

Ahora, amigos míos, ya que así me anima a llamaros vuestra inagotable complacencia, tenéis en mí, ante vosotros, un hombre que no posee otra ambición que satisfacer que la de vencer al enemigo y ayudaros en toda forma que estime justa, y por lo tanto espero que no supondréis que al hablaros tal como voy a hacerlo ando en busca de votos o trato de glorificar a nadie.

Creo poder llamar vuestra atención hacia el hecho de que varias de esas medidas que hace un año os anuncié para después del final de la guerra han sido ya trazadas y redactadas, habiendo sido presentadas al Parlamento y al público.

Tenéis, por ejemplo, el mayor plan de reforma de enseñanza elaborado jamás por un Gobierno responsable. Pronto lo veréis como ley aprobada y reconocida. Para el Estado representa un gran desembolso; pero creo que no podríamos mantener nuestra posición en el mundo de la postguerra si no fuésemos un pueblo excepcionalmente bien educado, y si no pudiésemos tratar con facilidad e inteligencia los problemas e inventos de la nueva era científica.

Tenemos luego el programa de vasto alcance del Servicio Nacional de Sanidad, que ya se ha bosquejado ante el Parlamento, donde ha sido favorablemente acogido en principio. Antes de terminar esta sesión expondré ante vosotros nuestras proposiciones para la ampliación del seguro nacional, que han requerido mucho trabajo y mucha paciencia para su preparación.

Así, pues, aquí tenéis, o tendréis dentro de poco, tres de los importantes proyectos que yo creí quedarían aplazados hasta después de la guerra, formados y hechos públicos en un momento en que nadie puede decir cuándo ha de acabar la guerra. Todo ello se ha realizado sin el menor relajamiento del esfuerzo bélico y sin dar lugar a disensiones partidistas que pudiesen empañar la unidad nacional.

Pero hay otros varios problemas importantes de los que han venido ocupándose activamente los ministros y sus auxiliares, y que se hallan muy adelantados. Ciertamente,

si continuamos así nuestros trabajos y la guerra dura aún algún tiempo, la mayor parte de mi plan de cuatro años quedará perfeccionada y puesta en práctica casi toda ella antes que lleguemos a unas elecciones generales para dar al pueblo la oportunidad de expresar lo que opina de ella.

Debo ahora decir que habría sido natural esperar que el Gobierno de su majestad recibiese muchas felicitaciones por el importante progreso realizado, no sólo en lo que concierne a la guerra, sino en cuanto a sus preparativos para un mejor bienestar social y general cuando llegue el armisticio o la paz. En octubre último creí que era el momento de rogar al rey que nombrase ministro de Reconstrucción a lord Woolton, con un puesto en el Gabinete de Guerra, por los relevantes servicios que a todos deben inspirar el mayor respeto.

Sin embargo, existe un gran número de personas respetables y hasta eminentes, las cuales no tienen a su cargo responsabilidad alguna, disponen de muchos ocios y están convencidas de que lo mejor que pueden hacer en estos tiempos difíciles y penosos es lanzar sus críticas sobre el Gobierno, acusándolo de inútil porque no está presto, en momentos de lucha mortal, a presentar ante la opinión un montón de soluciones hechas al gusto de todos, en lo que respecta al futuro del mundo y las relaciones entre naciones, entre vencedores y vencidos, entre todos los hombres, entre el capital y el trabajo, entre el Estado y el individuo, etcétera.

Críticas irresponsables.

Las críticas citadas son muy duras, y en ellas se presenta a este Gobierno, que ha librado a la nación, al imperio, y, opino yo, también a gran parte del mundo, de un peligro mortal, conduciendo a todos por los oscuros valles por los que se habían aventurado insensatamente, hasta las altas mesetas donde brillan las estrellas de la paz y de la libertad; se le presenta, repito, como un grupo de obtusos haraganes incapaces de dar vida a un programa político, de tomar una decisión o de formar un plan y ponerlo en práctica.

Espero que vosotros, cómodamente instalados ante

vuestras chimeneas, no olvidaréis que este Gabinete, formado en horas críticas por los dirigentes de los partidos conservador, laborista y liberal, reunidos en un espíritu de cordialidad y buena fe, ha sacado a las Islas Británicas, al imperio y a la Comunidad Británicos, de las garras de la muerte, de la propia boca del infierno, mientras el mundo lo contemplaba maravillado. Sé que no olvidaréis eso.

Hay dos asuntos de política interior que mencioné el año pasado, sobre los cuales no hemos delineado aún un plan de acción. El primero es la construcción de viviendas. Nos hemos impuesto, como responsabilidad de primer orden, el proporcionar hogares a todos los que los necesiten, dando prioridad en ello a nuestros soldados, cuando y a medida que vuelvan de los frentes.

Construcción de viviendas.

Pero en primer lugar he de dejar bien sentado lo siguiente: no puede ni debe hacerse nada referente a reconstrucción de viviendas que pueda contribuir a un entorpecimiento o atascamiento del esfuerzo bélico y, por tanto, a prolongar la guerra. No podemos ocupar en ello a trabajadores y materiales de manera tal que entorpezca las importantes operaciones actualmente en curso o próximas a comenzar.

Tenido en cuenta este punto, existen tres modos de encauzar el plan de reconstrucción de viviendas.

No es que yo opine que antes de la guerra casi todos vivíamos en casuchas. Entre la guerra pasada y la presente se construyeron en esta pequeña isla cerca de cinco millones de edificios y hogares debidamente autorizados, y puede decirse que, en conjunto, el pueblo británico disfrutaba de mejores viviendas que cualquier otro del continente europeo y hasta de muchos lugares de los Estados Unidos.

Pero en el momento actual tenemos un millón de casas que han sido destruídas o seriamente dañadas por el fuego enemigo. Esto ofrece una magnífica ocasión para reconstruir y proyectar, y al poner manos a la obra deberemos efectuar cambios radicales en todas esas zonas que constituyen un baldón para los pueblos civilizados.

He dado mi palabra de que, en cuanto sea posible, tanto a los soldados a su regreso del frente, como a todos aquellos que perdieron sus hogares por efectos de bombardeos y tuvieron que alojarse con otras familias, les serán proporcionadas viviendas propias lo antes posible.

Lo primero a que hay que acudir son las casas que fueron dañadas, pero que pueden quedar debidamente reparadas y convertidas en viviendas habitables. Esto debe continuar haciéndose durante la guerra, y esperamos dejar la tarea muy adelantada en el año actual. Se trata de una medida de carácter militar, ya que tenemos entre nosotros a un gran número de nuestros aliados, y debemos hacer por ellos todo lo que podamos.

La segunda parte de este programa la constituye lo que se llaman casas prefabricadas o de urgencia.

Sobre este punto, lord Portal, ministro de Obras Públicas, está realizando verdaderos milagros. Espero que nos será posible construir medio millón de esas casas, y con este objeto se llevan a cabo, incluso durante la guerra, no sólo planes, sino preparativos que abarcan toda la nación.

Han sido ya elegidas las fábricas, está montándose la necesaria organización, se aportan los materiales precisos en la medida de lo posible, y se escogerán los lugares más apropiados al efecto. Todo ello ha de ser tratado como una medida militar adoptada por el Gobierno con la cooperación de la industria privada; y tengo tanto la esperanza como la firme resolución de que varios centenares de miles de hombres jóvenes puedan casarse con otros varios centenares de miles de mujeres, y llevar a cabo su propio plan de cuatro años.

¿Y qué diremos de esas casas de urgencia? Yo mismo he visto el modelo de tamaño natural, y se está haciendo lo necesario para recoger las impresiones de buen número de amas de casas respecto a esta innovación. Tales viviendas requerirán gran parte del esfuerzo de la industria del acero, y absorberán considerablemente su excedente de los fines de guerra.

En mi opinión, son muy superiores a la casa de campo

corriente en estos tiempos; no sólo tienen excelentes baños, cocinillas eléctricas o de gas, y neveras, sino que a sus muros se han adaptado muebles tales como armarios, alacenas y mesas, cuyo coste se elevaría hoy a unas 80 libras.

Además, para el resto del mobiliario y efectos de casa se fabricarán y facilitarán artículos manufacturados en serie, de tal forma que no exijan grandes desembolsos por parte de los matrimonios jóvenes o de cualesquiera otros que sean los inquilinos. Debido a los métodos de producción en serie que serán utilizados, tengo la seguridad de que estas casas, incluyendo las 80 libras del mobiliario adaptado, podrán ser alquiladas a precio módico. Todas estas casas serán de propiedad pública y nadie tendrá derecho a conservarlas una vez que hayan servido su objeto de aliviar el problema de la llegada de las tropas licenciadas, y después que hayan sido construídas viviendas más estables. Se ha dedicado a este plan un estudio tan cuidadoso como el que se realizó para la invasión de África, aunque debo reconocer que no admite comparación con la clase de asuntos en que nos ocupamos actualmente. La rápida construcción de esta clase de casas de carácter temporal es la única manera de hacer frente a las necesidades de nuestro pueblo durante los cuatro o cinco años inmediatos al fin de la guerra.

Además de esto y del reacondicionamiento de edificios dañados, tenemos el programa de construcciones permanentes, recientemente trazado por el ministro de Sanidad y según el cual dispondremos de 200.000 ó 300.000 edificios propiamente dichos construídos o en curso de construcción al final de los dos primeros años sucesivos a la derrota de Alemania. Para este fin cuentan ya las autoridades locales con 200.000 solares.

Junto con esto surge la cuestión del empleo de la mano de obra de construcción. No deseamos un precipitado aumento de construcciones, al cual siga luego un agudo decaimiento en el ramo. Siento gran simpatía hacia éste y hacia el gremio de albañiles. Suelen ser de los primeros en ser llamados a filas en caso de guerra, y en tiempos de

paz saben muy bien, mientras tienen un trabajo, que tan pronto como éste termine habrán de buscarse otro. Si deseamos obtener los mejores resultados, será preciso que nuestro plan de doce años para la construcción, plan en el cual han trabajado con tanto ahinco el señor Bevin y lord Portal, garantice trabajo seguro durante largos períodos, así como mayor retribución a los esfuerzos mayores o a la posesión de superiores conocimientos prácticos, todo lo cual se llevará a cabo debidamente. Después de esto nos preguntan los que presumen de sabios: ¿Cómo vais a construir sin los terrenos apropiados? ¿Cuándo nos vais a exponer vuestros planes?

Plan de doce años.

Ya declaramos en 1941 que todos los terrenos que se necesiten para obras públicas serán expropiados a precios basados en los valores medios de fecha 31 de marzo de 1939. Fué una formidable decisión del Estado el reservarse la adquisición de terrenos en condiciones restrictivas especiales. Mientras los fondos públicos y las acciones, y muchas otras clases de bienes han subido de valor durante la guerra, y cuando con motivo de las nuevas ofertas y perspectivas que se brindan a los agricultores los terrenos laborables también han experimentado un alza, el Estado tiene el privilegio, que no abandonará en modo alguno, de reclamar para sí todo el terreno que necesite *bona fide* para la industria militar o para fines públicos, a precios fijados antes que se produjesen las circunstancias propias de tiempos de guerra.

Hay ciertos casos difíciles que será mejor arreglar mediante debates parlamentarios, pero, en general, podéis tener la seguridad de que se dispondrá de terreno suficiente cuándo y dónde se necesite para todas las casas, tanto fijas como provisionales, que se requieran para alojar a nuestro pueblo mucho mejor de lo que ha sido alojado hasta la fecha actual.

Nadie tiene por qué desistir de hacer planes para el futuro por el temor de no obtener el terreno necesario. Se ha prometido redactar, y será presentada a la Cámara en esta sesión, una legislación que permita a las autoridades

locales conseguir los terrenos necesarios para la reconstrucción de nuestras ciudades.

Hay algunas gentes que viven cómodamente y desean aplazarlo todo hasta que ellos hayan planeado y acordado un libro blanco o modelo para la regeneración del mundo, antes, por supuesto, de consultar la opinión de los electores. Semejantes gentes preferirían aplazar la construcción de viviendas para nuestras tropas, cuando éstas vengan licenciadas, hasta que ellos hayan examinado concienzudamente cada hectárea de terreno del país a fin de asegurarse de que con ello no se estropea el paisaje. En tiempos de guerra hemos de hacer frente a las necesidades inmediatas y perentorias, así como a la dura realidad, e indudablemente es mejor hacer eso que no hacer nada en espera de hacerlo todo.

Mi dificultad.

Mi dificultad radica en que no puedo tomar medidas que estorben la guerra. Nadie, excepto los muy inteligentes, puede decir cuándo terminará ésta, o si su final será repentino o prolongado. Debe haber, por tanto, un plan de necesidades urgentes, que es precisamente de lo que han venido ocupándose los ministros durante algún tiempo. Pero, a pesar de esto y de todo lo que he dicho, no puedo garantizar que todo resulte perfecto o que si surgiese súbitamente el final de la guerra, como bien puede ocurrir, no haya un período en que las cosas no marchen bien. No será, sin embargo, un período largo, y desde luego, resultará un juego de niños en comparación con lo que hemos padecido.

Tampoco debe amedrentarnos la magnitud de esta tarea. La cuestión de los alojamientos me parece pequeña comparada con varias de las que afrontamos o hemos afrontado antes. El valor de los terrenos requeridos oscila entre una vigésima y una trigésima parte del coste de las casas que han de construirse sobre ellos, y, por desgracia, la población de estas islas se dispone a comenzar un período de descenso demográfico que puede ser evitado únicamente mediante una muy enérgica adopción de soluciones al problema de la vivienda.

Hay otra cuestión sobre la cual deseo hablar esta no-

che, aunque por cierto motivo a que luego aludiré me propongo únicamente tranquilizaros en pocas palabras. Me refiero al licenciamiento de nuestras fuerzas. De esto entiendo como el que más, puesto que era ministro de Guerra y Aire en la época de la desmovilización subsiguiente a la última guerra, cuando en unos seis meses trajimos a casa desde el extranjero cerca de 3.000.000 de hombres, licenciándolos del servicio militar y devolviéndolos a sus familias.

Métodos de licenciamiento.

Los encargados de elaborar los planes en estos casos habían proyectado antes del armisticio el traer primero a sus casas a los hombres dotados de conocimientos o puestos especiales, y así los soldados que habían soportado el peso y la dureza de la lucha veían pasar ante ellos a cualquier otro que recibiese un telegrama reclamándolo para un puesto especializado. A los soldados no les parecía esto justo, y por la época en que yo fuí al Ministerio de la Guerra nuestro espléndido ejército se hallaba sacudido por convulsiones de indisciplina, a pesar de haber soportado antes de aquello los peligros, la matanza y las privaciones sin queja alguna. Pude convencer al Gabinete de que cambiara aquel plan absurdo e injusto y pusiera en práctica la simple teoría de «licenciar primero a los llamados a filas en primer lugar», con lo que las operaciones de licenciamiento continuaron de modo eficiente y ordenado.

Mi amigo el señor Bevin, ministro del Trabajo, por cuya aguda perspicacia y conocimiento de las masas trabajadoras siento la más profunda admiración, ha ideado un plan mucho menos tosco, pero igualmente justo y conveniente, en el cual tengo plena confianza. ¿Queréis saber por qué no he de hablaros de ello esta noche, o por qué no os lo expondrá el señor Bevin en un futuro próximo?

He aquí la respuesta: porque todavía no es tiempo de hablar de licenciamientos. Se acerca la hora de nuestro mayor esfuerzo. Marchamos en unión de valientes aliados que confían en nosotros, como a nuestra vez confiamos en ellos. Las penetrantes miradas de nuestros soldados,

marinos y aviadores deben concentrarse cuidadosamente sobre el enemigo que tienen delante. El único camino hacia el hogar pasa, para todos nosotros, bajo el arco de la victoria. Los magníficos ejércitos de los Estados Unidos están ya aquí y siguen llegando. Nuestras propias tropas, las mejor adiestradas y mejor equipadas que hemos tenido jamás, se agrupan a su lado en igual número y en sincera camaradería. Se han nombrado para los mandos a personas en quienes todos tenemos confianza. Será preciso pedir a nuestro pueblo, al Parlamento, a la Prensa, y a todos en general, la misma sangre fría y firmeza de nervios, el mismo duro temple que nos permitió continuar adelante aquellos días en que nos hallábamos solos bajo el «blitz».

Y he de advertiros aquí que, con objeto de engañar y despistar al enemigo, así como para ejercitar a nuestras fuerzas, habrá muchas falsas alarmas, muchas fintas y muchos ensayos. Podemos también ser blanco de nuevos ataques del enemigo. Pero Inglaterra sabe hacerles frente. Jamás se abatió ni desfalleció. Y cuando se dé la señal, todo el círculo de naciones vengadoras se lanzará sobre el adversario para dejar sin vida, con sus duros golpes, a la tiranía más cruel que ha intentado jamás detener el progreso de la Humanidad.

ESPÍRITU DEL IMPERIO

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES DURANTE UN DEBATE SOBRE UNIDAD DEL IMPERIO

---

28 marzo. *Los rusos ocupan Nikolaiev, puerto del mar Negro, en la desembocadura del Bug.*

29 marzo. *Poderosas fuerzas navales estadounidenses atacan las islas Palau, 1.350 millas al sur del Japón.*

30 marzo. *Los rusos toman Cernauti y obligan a los alemanes a retirarse en el Bug inferior.*
La R. A. F. pierde 94 bombarderos en un gran ataque a Nuremberg.

31 marzo. *Se revela que el mayor general O. C. Wingate ha muerto en accidente de aviación en Birmania.*

1 abril. *Los rusos avanzan rápidamente sobre Odesa.*

4 abril. *Se anuncia oficialmente que las bajas del Imperio Británico en los cuatro primeros años de guerra son 667.159, incluyendo 158.471 muertos.*
Las tropas rusas del mariscal Koniev penetran profundamente en Rumania, mientras bombaderos aliados atacan intensamente Bucarest.

5 abril. *Tropas rusas ocupan Raselnaya, cortando así la principal línea de retirada hacia Rumania de las tropas alemanas de Odesa.*
Bombarderos aliados atacan las refinerías petrolíferas de Ploesti (Rumania).

8 abril. *Los rusos alcanzan la frontera checoslovaca en una extensión de 125 millas.*
Operaciones aéreas estadounidenses sobre Alemania cuestan 92 cazas a la Luftwaffe.

9 abril. *Los rusos ocupan 200 localidades rumanas.*

10 abril. *Los rusos ocupan Odesa, el mayor puerto del mar Negro, e inician una ofensiva para la reconquista de Crimea.*

11 abril. *Grandes avances rusos en Crimea y Rumania.*

12 abril. *Quinientos bombarderos con base en Italia atacan intensamente los talleres de aviación alemanes en Austria.*

13 abril. *Los rusos ocupan Simferopol, Feodosia y Eupatoria, en Crimea.*

14 abril. *Dos ejércitos rusos enlazan en Crimea, donde el enemigo sufre pérdidas enormes. Son hundidos muchos bu-*

ques en que los alemanes intentan evacuar sus fuerzas. Se anuncia la muerte del general ruso Vatutin.

15 abril. *Bombardeos aliados atacan fuertemente la zona costera del norte de Roma.*

17 abril. *Los rusos presionan en la línea Galatz, que defiende los yacimientos petrolíferos de Ploesti.*
Para preservar los planes de invasión, el Gobierno británico adopta la medida, sin precedentes, de restringir los privilegios de embajadores y enviados diplomáticos.

18 abril. *Los rusos se apoderan de Balaclava y avanzan hacia Sebastopol.*
La R. A. F. arroja más de 4.000 toneladas de bombas sobre centros ferroviarios de Francia.

19 abril. *La flota rusa del mar Negro participa en las operaciones contra Sebastopol.*

20 abril. *Venecia es bombardeada por primera vez.*

[*21 abril 1944.*

Cuando planeamos este debate, de común acuerdo y a través de los cauces usuales, quedó bien entendido que su objeto principal era capacitar a la Cámara para expresar su opinión y que el Gobierno no haría ninguna declaración política de vasto alcance. Ha sido, en efecto, reconocido por doquier que el que nos ajustásemos a unas directrices políticas rígidas y estrechas, ni aun el que propugnásemos particulares sugestiones o proposiciones, sería inapropiado en vísperas de la primera reunión que desde que empezó la guerra hemos podido organizar —después de muchos intentos—de los primeros ministros de todos los Dominios. Mirándolo así, pienso que se admitirá casi universalmente que el debate ha sido un gran éxito y ha tenido una utilidad de vasto alcance; que existe un acuerdo de todos los partidos en lo fundamental, y que el nivel de la discusión ha sido digno de lo elevado del tema, habiéndose distinguido por discursos propios de auténticos estadistas. No puedo utilizar otras palabras para discursos como el que oí ayer a mi honorable amigo el diputado por Seaham (señor Shinwell) y hoy a mi muy honorable amigo el diputado por Devonport (señor Hore-Belisha) y al noble lord y diputado por

Horsham y Worthing (conde Winterton), aunque después del muy amable cumplido que el noble lord acaba de dedicarme no estoy muy seguro de si no debería dejarle a él al margen. Lamento no haber podido oír todos los discursos pronunciados, pero permanecí despierto hasta las dos y media de esta madrugada leyendo el texto entero de todos los discursos, y pido la indulgencia de la Cámara por no haber estado constantemente en el banco del Gobierno durante este debate a causa de algunas otras cosas que, como sabrán mis honorables amigos, es mi deber atender.

Lo que más me ha impresionado en los discursos que he oído, o leído o de los que he sido bien informado, es el gran número de enormes tópicos, algunos de los cuales han sido anteriormente motivo de acalorada controversia y pueden volver a serlo, que los diputados han creído necesario, y de hecho encontrado inevitable, sacar a colación. Gran número de esas cuestiones conciernen a nuestro futuro y han sido planteadas directa o indirectamente. ¿Qué cambios han de hacerse en la estructura política, económica y defensiva de la Comunidad Británica de naciones e imperio? ¿De qué modo un imperio y Comunidad Británica de naciones se ligarán más estrechamente, a la vez que se asocien más apretadamente también con los Estados Unidos? ¿Cómo este vasto bloque de Estados y naciones que caminan juntos y hablan, en gran extensión, el mismo idioma, descansando en el mismo cuerpo de leyes comunes, se fundirá en el Consejo Supremo para el mantenimiento de la paz mundial? ¿Debemos—ésta es otra pregunta—acercarnos más a Europa y tender a crear, bajo el Supremo Consejo mundial, una unión viviente, una entidad europea, unos Estados Unidos de Europa? ¿O bien debemos concentrarnos en nuestra propia organización imperial y de comunidad de naciones, o en nuestra asociación fraternal con los Estados Unidos y poner nuestra confianza en el canal de la Mancha, el poder aéreo y el poder marítimo?

Otros tópicos más familiares que ésos—porque fácil es ver, por la presencia de tales tópicos en tantos discursos,

el sentido en que se mueven los ánimos modernos de la Cámara—se han planteado, como librecambismo contra protección, preferencia imperial contra mayor desarrollo del comercio internacional y moneda internacional en relación a la política de los Estados Unidos y la existencia de una amplia zona de divisa esterlina. Uno ve incluso el patrón oro a la vuelta de la esquina, y por supuesto la agricultura inglesa anda muy a mano. Mi honorable amigo el diputado por Eye dijo ayer que la sola, o principal lección de la guerra, consiste en que el mundo es uno e indivisible. Yo, por mí, hubiera pensado que el hecho principal más obvio ante nuestros ojos es que el mundo está muy seriamente dividido y conduce sus controversias de manera altamente acre. De cierto está lo bastante dividido para que los que quieren la paz hallen tarea ardua el reunirse, impelidos de un mutuo amor conjunto, a la mesa de la paz. No pretendo haber preparado respuestas a todas esas cuestiones. respuestas que hubiesen dado satisfacción a todos los partidos de nuestro país y no causado complicación alguna en nuestras relaciones con los Estados extranjeros; pero pido a la Cámara que se consuele pensando en el hecho de que, atendidas nuestras grandes responsabilidades, ninguna persona razonable puede esperar que solucionemos todos los problemas del mundo mientras estamos luchando por la vida. Hemos, al contrario, de ser generosos, comportarnos bien con el porvenir, dejar algo que hagan nuestros descendientes, si los tenemos.

Algo para nuestros descendientes.

Mi honorable amigo el diputado por West Renfrew (señor Wedderburn), cuyo laudable deseo de sondear en el distante pasado no va siempre acompañado de la precisión histórica, citaba—y no me quejo de ello—, un discurso que yo pronuncié hace cuarenta años contra la política de José Chamberlain en materia de protección y preferencia imperial, discurso que, piénsese lo que se piense, no me revela como muy ardiente propugnador de esa política y hace curioso que yo tenga, a la sazón, el honor de guiar al partido conservador. No tengo intención alguna de pa-

Preferencia imperial.

sar el resto de mis años explicando o retirando cuanto dije en el pasado, y menos aún excusándome por ello; pero lo que me interesa es mostrar a la Cámara, y también a los miembros de mi propio partido, cuán estrictamente he, durante el tiempo de mi administración, salvaguardado la estructura de la preferencia imperial, la cual se ha sostenido entre las controversias y realizaciones de los cuarenta últimos años lo bastante para no correr riesgo alguno de ser eliminada entre el tumulto de esta guerra. En mi primera reunión con el presidente de los Estados Unidos, en Argenta (Terranova), en tiempos de la llamada Carta del Atlántico y cuando los Estados Unidos no habían entrado aún en la guerra—reunión que tuvo muy afanosa y crítica importancia—, pedí la inserción de las siguientes palabras que cabe leer en ese documento: «Con el debido respeto para sus existentes obligaciones.»

Esas palabras limitadoras fueron insertas con el expreso propósito de retener en la Cámara de los Comunes y en los Parlamentos de los Dominios la mayor plenitud posible de derechos y libertades sobre la cuestión de la preferencia imperial. Después, en febrero de 1942, siendo ya los Estados Unidos estrechos aliados nuestros, no convine en el artículo 7 del acuerdo de ayuda mutua antes de haber obtenido previamente del presidente una definida seguridad de que no quedábamos más obligados a la abolición de la preferencia imperial que el Gobierno norteamericano a la abolición de sus altas tarifas protectoras. La discusión sobre cómo cabe crear, mediante acuerdos, un mayor volumen y un más armonioso torrente de comercio a raíz de la postguerra, nos deja, en todos los respectos, en cuanto concierne a la acción, libres en absoluto. ¿Y cómo podría ser de otro modo cuando el Parlamento debe, no sólo debatir las materias, sino legislar sobre ellas al serle presentadas? Estoy convencido de que debe haber una cuidadosa y minuciosa discusión de largo alcance sobre la economía del mundo de la postguerra, así como un sincero intento de reconciliar en lo que sea posible los intereses en pugna. Debe

hacerse un esfuerzo de todo corazón, principiado a buen tiempo, para promover el mayor intercambio de géneros y servicios entre las distintas comunidades del mundo, e impulsar ese proceso de mejoramiento de los niveles de vida en todos los países, sin cuya mejora, como el honorable diputado por Seaham señaló, es imposible expandir los mercados y sin la que la prosperidad mundial es un sueño que fácilmente puede trocarse en pesadilla.

Mi muy honorable amigo el diputado por Devonport hizo una observación que me complugo particularmente: la de que el imperio no es un cuerpo enfermo. Convengo en ello cordialmente. Pero aún recuerdo los tiempos en que se le consideraba moribundo. En mi infancia, algunos estadistas cuyos nombres son hoy muy honrados, hablaban de las colonias como cargas y de los Dominios como frutos que debían caer cuando el árbol estuviere maduro. Yo no actuaba aún en los días que se pronunciaban esos discursos, pero recuerdo bien ocasiones de gran inquietud sobre el imperio a fines del siglo pasado. Recuerdo la guerra sudafricana y lo que extrañó al ministerio de la Guerra el que Australia y Nueva Zelanda quisiesen enviar contingentes a la lucha y cómo se venció la resistencia a aceptarlos adoptando el inmortal compromiso: «Se preferirán hombres desmontados». Mi muy honorable amigo, no presente aquí, ha mejorado mucho desde entonces. Yo no he pensado nunca que el imperio necesitase ligarse entre sí con cuerdas. Convengo con mi muy honorable amigo, el diputado por Devonport, en que el desarrollo natural, las fuerzas naturales, las misteriosas fuerzas naturales, lo empujarán todo ante ellas, especialmente cuando esas fuerzas son impelidas por las alas de la victoria en una causa justa.

El imperio, sano.

Vino luego otra fase. Mirando al imperio británico, digamos, por ejemplo, hace treinta años, en vísperas de la gran guerra de 1914, toda la opinión extranjera, y especialmente la alemana, estaba convencida de que esta vasta estructura del imperio, creado y llegado a su plenitud de vida en tiempos victorianos, había alcanzado una condi-

ción de madurez y flojedad en que un solo choque violento debía bastar a derribarlo para siempre. Vino entonces sobre el mundo una tremendísima guerra, incomparablemente mayor que cuantas habíamos conocido antes, con matanzas enormes, que, gracias a Dios, no hemos sufrido en esta lucha. Recuerdo haber salido de la reunión del Gabinete en una tarde de agosto de 1914, cuando la guerra era cierta y la flota estaba ya movilizada, con esta aprensión: «¿Cómo va a explicarse esto al Canadá, Australia, África del Sur y Nueva Zelanda, y, lo que es más, cómo vamos a explicar todo esto a nuestro propio pueblo en el corto tiempo que nos queda?» Pero cuando salimos desde las enconadas disputas de Gabinete al aire libre, todos los pueblos del imperio británico, de todas las razas y todos los climas, habían saltado ya a la armas. Nuestros antiguos enemigos, o, mejor, enemigos recientes, los generales Botha y Smuts, estaban ya ensillando sus caballos y ordenando sus huestes para atacar a Alemania, e irlandeses como Juan Redmond y hermano, y otros del antiguo grupo parlamentario irlandés, que habían luchado con nosotros durante cuarenta años en esta Cámara, abogando por la causa de Irlanda con gran elocuencia y renombre parlamentario estaban—nunca olvidaré sus nombres—diciendo tales discursos de absoluto apoyo y unidad, que llevaron a todos a exclamar por doquier: «El lugar más espléndido del mundo es Irlanda». Acaso perdiésemos entonces una gran oportunidad. Es preciso que abramos bien los ojos. Por mi parte, siempre los tuve abiertos sobre el problema irlandés.

Hemos vivido un tiempo harto triste entre las dos guerras. Y nos competen grandes responsabilidades por nuestro papel en ese intervalo; todos las tenemos, incluso los americanos, por no hacer de la Sociedad de Naciones una realidad, respaldando sus principios con fuerzas armadas efectivas, mientras se permitía a un temible y vengativo enemigo armarse a su voluntad. Pero, interiormente, todo el imperio y los habitantes de estas islas nos tornábamos más fuertes y nuestros recursos se multiplicaban. Poco se hablaba de nuestro desarrollo. Poco se veía de nuestra

estrecha unión, mas las fuerzas que habían enviado el cuerpo Anzac a los Dardanelos y después a la línea Hindenburg, y a los canadienses a Vimy, crecían, invisibles, no notadas, inmensurables, bajo la superficie de la vida pública y los conflictos políticos. Ése era el proceso natural a que mi muy honorable amigo adecuadamente se refería. La madre patria... He de pedir licencia para que se me permitía usar este nombre, ya que creo peligroso aventurarnos en nuevas nomenclaturas, y no estoy seguro de que algo como «el país hermano mayor», tuviese un gran éxito. Recuerdo una vieja canción de mi juventud: «El mejor amigo de un niño es su madre», canción que me parece, en ocasiones, digna de volver a tararearse de nuevo. La madre patria, digo, hallóse geográficamente envuelta, una vez más, en las luchas de Europa y encontró necesario y justo declarar la guerra a Alemania, que había atropellado a Polonia, a la que nosotros habíamos garantizado defender. Instantáneamente, de todas las partes del imperio británico, con una sola y lamentable excepción, a propósito de la cual todos debemos escudriñar nuestros corazones, vino la misma respuesta. Ninguna de las desilusiones subsiguientes a la «guerra para terminar las guerras», «los hogares para héroes», y otros lemas muy buenos en sus días, ninguna de las desilusiones, digo, que habíamos atravesado, con los altibajos del paro y de muchas grandes privaciones, había afectado en modo alguno la vibrante, creciente, cada vez más intensa vida interior de la Comunidad de naciones británicas e imperio. Al llegar la señal, desde la más pobre colonia al más poderoso Dominio, sostuvieron la gran máxima: «Cuando el rey declara la guerra, el imperio está en guerra». Vino el más oscuro momento. ¿Vaciló alguien? ¿Hubo algún clamor de terror, congoja o duda? No; la oscuridad fué trocada en luz y en una luz que no volverá a disiparse de nuevo.

El rey y el Imperio.

¿Qué milagro es éste? Creo que la expresión fué usada ayer por algún honorable diputado. ¿Qué milagro es éste —porque no menos que milagro es—que llama a los hombres desde los más remotos rincones de la Tierra, algunos

tras veinte días de cabalgar para alcanzar sus centros de reclutamiento, algunos necesitando, con sus ejércitos, navegar 14.000 millas de mar antes de llegar al campo de batalla? ¿Qué fuerza, qué milagro es éste, que hace a gobiernos tan altivos y soberanos como cualesquiera que hayan existido nunca, apartar todos sus temores e inmediatamente ponerse en ayuda de una buena causa, para batir al común enemigo? Ha de mirarse muy hondo en el corazón humano, y aun así no se hallará respuesta si no se mira con los ojos del espíritu. Y lo que entonces se aprende es que los hombres no son dominados por cosas materiales, sino por ideas a las que consienten gustosos en dar sus vidas o la labor de sus vidas. Entre las varias fuerzas que mantienen unido al imperio británico figura —y no criticaré, ciertamente, la expresión empleada por mi honorable amigo el diputado por Seaham—un «egoísmo ilustrado». Esto tiene un papel importante y valioso que desempeñar, pero estoy seguro de que mi amigo no cometería el error de situarse enfrente de aquellas más profundas y misteriosas influencias que llevan a los seres humanos a hacer las más incalculables, imprevistas y, desde un punto de vista, inútiles cosas. Nuestra unión libre y el amor de nuestro modo de vida es el gran hecho, reforzado por la tradición y el sentimiento, y ello no depende de nada que pueda escribirse en relato alguno por amplio que fuera el volumen.

Los hombres y las ideas.

Tenemos el estatuto de Westminster, que algunos pudieran pensar que implica quebrantar los lazos de unión. Mucho hubo que decir sobre esto en pro y en contra. En todo caso no impidió en el menor grado la marcha hacia adelante de la Comunidad e imperio, ni vedó a las fuerzas centrípetas de nuestra vasta organización ejercer su plena fuerza. Aquí, después de nuestras fallas—y no ha habido nación que no las tuviese entre las dos guerras—: aquí, después del estatuto de Westminster; aquí, después de entrar en esta guerra, arrastrando al imperio, a pesar de nuestra impreparación; aquí, después del naufragio de imperios, estados, naciones e instituciones de todo géne-

ro, encontramos a la Comunidad e imperio británicos más fuertemente unidos que nunca. En un mundo de ruinas y confusión aún ondea la vieja bandera. No hemos llegado a considerar cómo debemos ligarnos más estrechamente. El hacerlo rebasaría el talento de un hombre. Es extraordinario que ese pobre asunto haya llegado a trocarse en motivo de mofa en el imperio británico. Los que lo han procurado en los Estados Unidos han quedado desacreditados. Los que lo han intentado en los Dominios no hallaron soporte público. Aunque haya libertad de habla para todas las opiniones, quienes atacan nuestra Comunidad de naciones y hacen irrisión de la madre patria, tienen muy poco apoyo.

La cuestión que se plantea es: ¿Cómo hacer las cosas mejor? ¿Cómo obtener mejores resultados de nuestros ya estrechos vínculos? No creo que debamos acometer la tarea con el sentimiento de que, si no hacemos algo, todo se derrumbará. No comprendo esto. No siento así. Las fuerzas internas de nuestra unión son superiores a cualquier falta de clarividencia de que cualquiera de nosotros pueda ser responsable. Hemos de considerar medidas prácticas, y considerarlas serena y prudentemente. El mundo está en crisis. La Comunidad e imperio británicos no han estado nunca más unidos en sí mismos que ahora. Rudyard Kipling, esa fresca fuente de ideas imperiales británicas, escribió sobre los Dominios:

> Hija soy en la casa de mi madre,
> pero dueña en la propia.

Ahora hemos de dar un paso más allá. Existe un consejo de familia. Debemos concebir métodos, sin prisa y sin descanso, para traer a las naciones del imperio británico a íntimo y secreto consejo, no sólo durante esta guerra, puesto que ello se hace ya con gran trabajo y eficacia, sino después de la guerra, para que podamos conocer enteramente nuestra situación y la de los Dominios respecto a la marcha de los acontecimientos y a la acción que de ellos pueda provenir. Mi muy honorable amigo, el diputado por De-

Cómo mejorar la Comunidad.

vonport, habló aguda y sugestivamente de la «unidad funcional» dentro del imperio. Se ha suscitado esta cuestión: «¿Debemos tener un mecanismo permanente, como el Comité de Defensa imperial, sólo que en mayor escala, a modo de palpitante extensión del principio encarnado en el nombre del jefe del Estado Mayor general imperial, creado por lord Haldane con una decisión muy amplia de miras? ¿Debemos tener una suerte de continuación, en forma imperial, del mecanismo que yo, al presente, dirijo como ministro de Defensa Nacional? ¿Debemos hacer que una cosa así sea un constante y perpetuo Comité del imperio británico?» Ello no sería sino una expansión, en mucho mayor escala y mucho más preciso detalle, de la labor realizada hasta ahora por el Comité de Defensa imperial que mencionó mi muy honorable amigo. Pero, ¿habría de extenderse a la esfera de los asuntos marítimos, económicos y financieros, y hasta dónde?

Estas son materias que obviamente debemos explorar juntos cuando nos reunamos no oficialmente con nuestros colegas de los principales Dominios. Hay quienes gustarían de vestir el mecanismo de unión con autoridad ministerial y otros que desearían extenderlo a los asuntos económicos y militares. Hablando por mí, diré que veo muy poca dificultad sobre el primer punto, esto es, sobre que las corporaciones internacionales se desarrollen con más vigor. Tenemos, desde luego, representantes de los Dominios en las corporaciones que ahora funcionan bajo el ministerio de Defensa. Veo, sí, muy poca dificultad en lo primero y veo muy grande ventaja en lo segundo, esto es, en el contacto ministerial. Debe haber frecuentes reuniones de los primeros ministros, más quienes éstos designen para acompañarles, a efectos de discutir todos los aspectos de la política y seguridad imperiales. Aquí también, en muchos aspectos, se avanza, con el tiempo, en un sentido amistoso. El vasto desarrollo del transporte aéreo crea un nuevo vínculo de enlace y da nuevas facilidades para las reuniones, lo que prestará a los consejos de la Comunidad británica de naciones mucha mayor unidad que cuanta fuera posible antes, cuando la guerra

termine y el genio del aire se vuelva de las más horribles formas de destrucción a las glorias de la paz.

Será facilísimo celebrar conferencias imperiales, o reuniones de primeros ministros, según se quiera llamarlas, cada año o más a menudo, en toda ocasión seria, cuando lleguemos a los tiempos de paz, y debemos estimularlas lo posible en tiempos de guerra. No es necesario que esas reuniones se celebren siempre en Londres. Aunque soy hombre lo bastante a la antigua para seguir considerando al Londres *cockney* como el corazón del imperio, estoy completamente de acuerdo con que hayamos de remontar el vuelo en lo futuro. Ya en esta guerra hemos tenido, aparte de las reuniones con el presidente de los Estados Unidos, una conferencia en Quebec, donde pasé varios días con el Gobierno del Dominio, y todos fuimos huéspedes del Canadá, lo que aseguro que es cosa muy agradable. Es muy verosímil que, cuando las sombrías etapas de la guerra se sucedan unas a otras, cuando Hitler y el hitlerismo hayan acabado siendo barridos de la faz de la tierra, tengamos conferencias del imperio británico y los Estados Unidos en Australia, y es posible que encontremos allí algunas causas de queja contra los japoneses... Al retornar la paz, por lo que debemos rogar a Dios, las conferencias de los primeros ministros de los Dominios —confiamos en que la India esté presente, así como las colonias asociadas—, espero que sean hechos frecuentes y regulares cual las festividades de nuestra vida anual.

Una última palabra antes de sentarme. Algunos presumen que ha de haber un inherente antagonismo entre un orden mundial para guardar la paz y la vasta organización nacional federal que eventualmente entre en existencia. No creo que eso sea cierto. El orden mundial y esta gran organización pueden estructurarse como las dos partes de un enorme todo. Nunca he concebido que una asociación fraternal con los Estados Unidos militase en modo alguno contra la unidad de la Comunidad e imperio británicos o rumiara malas voluntades contra nuestra gran aliada Rusia, a quien nos liga un tratado de veinte años. No creo

La Comunidad y el orden mundial.

que necesitemos optar entre una cosa u otra. Con prudencia, paciencia, vigor y valor, podemos tener lo mejor de ambas. Hemos dicho con frecuencia de nuestro imperio británico: «En la casa de mi padre hay muchas residencias». Así, en esa mucho mayor estructura mundial, que seguramente alzaremos de entre las ruinas de una desoladora guerra, habrá espacio para todas las libres y generosas asociaciones de carácter especial, siempre que no sean infieles a la causa mundial ni tiendan a detener el progreso del género humano.

UNA OJEADA MUNDIAL

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

---

11 mayo. *Bombarderos aliados continúan sus grandes ataques, día y noche, sobre el continente europeo, creciendo sin cesar la intensidad de su acción.*

12 mayo. *El V y el VIII Ejércitos, reagrupados, emprenden una gran ofensiva en Italia y cruzan los ríos Rápido y Garellano. El general Alexander declara que éste es el primero de los golpes que habrán de destruir finalmente a los nazis.*
Cuatro fábricas de petróleo sintético en Alemania, y una en Checoslovaquia, son atacadas por grandes fuerzas de bombarderos americanos.

13 mayo. *Los bombarderos cortan el ferrocarril del Brennero, principal ruta de abastecimientos de los alemanes en Italia.*
En la lucha por la línea Gustav, caen San Angelo y Castelforte.

14 mayo. *En incursiones sobre Inglaterra son derribados 14 bombarderos enemigos.*

15 mayo. *La línea Gustav es deshecha en todas partes, salvo en Cassino, por el V y VIII Ejércitos.*
En Birmania son ocupadas tres fuertes posiciones japonesas próximas a Kohima.

17 mayo. *En su conferencia de Londres, los primeros ministros de los Dominios anuncian un pleno acuerdo en materia de estrategia y política exterior.*

18 mayo. *Cassino y su monasterio son ocupados al ser rebasada la línea Gustav y tomados los baluartes exteriores de la línea Hitler.*
Tropas americanas y chinas ocupan, en Birmania, tres aeródromos al sur de Miitkiina.

19 mayo. *Se anuncia oficialmente que 49 oficiales aviadores de la R.A.F. y aliados han sido muertos a tiros en Alemania al intentar huir.*
En Italia, los alemanes se retiran en desorden bajo los fuertes golpes del V Ejército.

20 mayo. *Barcos y aviones aliados atacan Surabaya, base naval de Java.*

21 mayo. *Los aliados hacen grandes roturas en la línea Hitler.*

Unos 5.000 cazas y cazabombarderos atacan las comunicaciones enemigas en Francia y Países Bajos.

22 mayo. *Continúa el ataque aéreo a los transportes enemigos. Kiel es también bombardeado.*

23 mayo. *El V Ejército avanza en Anzio, mientras el VIII ensancha la brecha en la línea Hitler.*

24 mayo. *Los alemanes de Italia inician una retirada general tras una total derrota en el frente principal y en Anzio. Los tanques aliados cruzan la línea Hitler. Se ocupa Terracina.*

[*24 mayo 1944.*

La reunión de los primeros ministros de los Dominios, que ha ocupado casi tres semanas, ha concluído ahora, y se han hecho al Parlamento y al público muy completas declaraciones, individualmente por los propios ministros y colectivamente por la declaración que todos hemos suscrito.

No pretendo que hayamos llegado a precisas decisiones y rígidas conclusiones sobre todos los problemas que atormentan a este afligido Globo, pero sí puede con razón decirse que, habiendo discutido gran parte de ellos, se ha revelado un coro de unanimidad que permitirá al imperio y Comunidad de naciones británicas entablar discusión con otros grandes organismos del mundo acerca de un arreglo estrechamente establecido. Hemos avanzado desde vagas generalidades a más precisos puntos de acuerdo y estamos en situación de mantener discusiones con otros países dentro de los límites que nosotros mismos nos hemos impuesto.

Imperio y Comunidad.

Pero éste es un debate sobre asuntos extranjeros, y diré, pues, que nada fué más notable que el cordial acuerdo expresado por cada uno de los primeros ministros de los Dominios sobre la dirección general de nuestros asuntos extranjeros, y sobre los principios que gobiernan esa dirección, así como, añadiría yo, sobre la constancia y habilidad con que han sido manejados por mi muy honorable amigo el ministro de Negocios Exteriores. Se expresó la

mayor confianza en él y en su conducción de todos estos difíciles asuntos, a pesar de las complicaciones que nos rodean, y a pesar de que la necesidad de una acción pronta, necesidad que surge tan a menudo, obliga a la madre patria a obrar antes de tener plena consulta. A despecho de todas esas dificultades, se ha expresado la mayor confianza y contento en la labor de mi muy honorable amigo.

Por tanto, emprenderemos el presente debate respaldados por la buena voluntad de todos los representantes de la Comunidad del imperio. La palabra «imperio» tiene licencia para ser usada, por mucho que espante a ciertos matices de la opinión intelectual.

Emprendemos, dije, el presente debate con ese respaldo de buena voluntad y con el sentimiento de que esa reunión de primeros ministros de todo el imperio y de representantes de la India, en medio de una segunda y terrible guerra, es la cumbre más alta que nuestra asociación mundial ha alcanzado. Esta vez, en política y en guerra, nuestro objetivo es el mismo, es decir, batir al enemigo lo antes posible; y no conozco ninguna acción o estudiada inacción de que sea responsable el Gobierno de su majestad, que no haya tendido a ese solo y dominante propósito.

El deber de todo responsable de los asuntos extranjeros en una guerra mundial tan mortífera, así como el de todos los que, en diferentes modos, ejercen influencia, es ayudar a los combatientes a ejecutar las pesadas tareas que se les han confiado, asegurándoles todas las facilidades posibles en la ejecución y todas las ventajas en la victoria. Todo el que se halle en condiciones de guiar la opinión, como miembros de esta Cámara o de otro lugar, directores de periódicos, locutores de radio, columnistas o calumnistas (1)—pues hay cierta inclinación a confundir las palabras—, y otros, deben tener siempre presente

(1) Trasladado literalmente al castellano el vocablo *columnista* (en este caso, *articulista*) para respetar el juego de palabras. *N. del T.*

este clarísimo deber. Todos deben pensar en el soldado en la batalla y preguntarse si lo que dicen o escriben facilitará o dificultará las tareas del soldado. Anhelamos el día en que esta matanza termine y esa adicional restricción que se impone en tiempo de guerra a todo hombre consciente, pueda aflojarse o desvanecerse por entero.

Sentido de la responsabilidad.

Ante todo he de agradecer el máximo grado en que esos preceptos han sido seguidos entre quienes aceptan la tarea de guiar la opinión pública, especialmente en la Cámara de los Comunes, siempre tan cuidadosa del interés público y que de otros modos ha mostrado poseer esas recias e inflexibles cualidades ante el peligro y la fatiga que la han reputado siempre, pero nunca más que ahora. Yo procuraré practicar lo que propugno en las observaciones que he hecho, y seguro estoy de que la comisión recordará a cuantos y muy diversos auditorios he de dirigirme a la vez, no sólo aquí, sino fuera, no sólo en esta isla, sino en todo el imperio, no sólo entre nuestros aliados, grandes o pequeños, occidentales u orientales, sino también entre nuestros enemigos, además de sus satélites de diversos matices. He de buscar mi camino, por tanto, entre espinosos parajes, y en esta prueba la única guía es la unidad y sencillez de propósitos y una conciencia limpia o, en todo caso, bien avezada.

Desde la última vez que hablé aquí acerca de asuntos extranjeros, hace unos tres meses, casi todos los temas de que traté han prosperado, separada y colectivamente. Ante todo, examinemos el Mediterráneo y las zonas balcánicas. La gran decepción que experimenté el pasado octubre, cuando no pude procurar las fuerzas necesarias para ganar el dominio del Egeo después del derrumbamiento de Italia y la posesión de las islas italianas, fué, desde luego, acompañada de una exagerada actitud de cautela por parte de Turquía. Las esperanzas que acariciábamos de que los turcos entraran arrojadamente en la guerra en febrero o marzo, o nos concedieren al menos bases aéreas, fueron esperanzas que se desvanecieron. Después de enviar armas británicas y ame-

Turquía.

ricanas a Turquía por un valor de 20.000.000 de libras sólo en 1943, hemos suspendido el sistema y exhortado a Turquía a que se una con las victoriosas potencias aliadas, con las que repetidamente ha declarado simpatizar y con las que no dudo sigue simpatizando. Los turcos, a fines del año pasado y principios de éste, agrandaron sus peligros. Sus militares consideraban muy sombríamente las perspectivas rusas en la Rusia meridional y en Crimea.

No soñaron siquiera en que a principios del verano el ejército rojo pudiera estar en las laderas de los Cárpatos y remontar los ríos Pruth y Seret, ni que Odesa y Sebastopol hubieran sido recobradas. Por consecuencia, los turcos no midieron con suficiente precisión lo que debía ocurrir en Rumania y Bulgaria y, puedo añadir, en Hungría, como resultado de los golpes asestados por el tremendo martillo ruso, incluso en meses particularmente inadecuados para operar en aquellas regiones y que normalmente debían dedicarse a preparar el frente para acciones futuras. Habiendo exagerado sus peligros, nuestros amigos turcos acrecieron sus peticiones de suministros a un punto tal que, aun mirando sólo a los medios de comunicación y transporte, la guerra debería terminar probablemente antes de que esos suministros llegaran.

Por tanto, lamentándolo mucho, interrumpimos el proceso de armar a Turquía, ya que parece probable que, a pesar de nuestro contratiempo en el Egeo, los aliados serán capaces de ganar la guerra en los Balcanes y, en general, en todo el sureste europeo sin que Turquía entre en lucha al fin y al cabo, aunque, naturalmente, la ayuda de Turquía sería gran socorro y aceleración de las cosas. Ello es decisión que a Turquía corresponde tomar. No la hemos apremiado en modo alguno, fuera de con argumentos y no dándole los suministros que necesitamos para nosotros y para otras naciones en lucha. Pero el sistema que ha sido seguido y sigue siéndolo paréceme que no procurará a los turcos, en la paz, la fuerte posición que hubiera tenido de unirse a los aliados.

No obstante, he de notar el buen servicio y significativa actitud adoptados por el Gobierno turco recientemente

y debidos, según se dice, a iniciativa personal del honorable presidente turco, general Inonu. Me refiero a la interrupción completa de los envíos de cromo a Alemania. No es excesivo esperar que la ayuda prestada respecto al cromo será, en breve, extendida a otras necesidades cuya importación, aun siendo menos trascendente que el cromo, constituye una asistencia material al enemigo. Si es así, nos esforzaremos en compensar al pueblo turco de los sacrificios que su acción cooperativa pueda implicar, mediante otros métodos de importación.

Turquía e Inglaterra tienen una larga historia. Los turcos entablaron relaciones con nosotros antes de la guerra, cuando las cosas parecían muy oscuras. Se portaron lo mejor que pudieron a través de tiempos difíciles. Me ha parecido preferible presentar las cosas crudamente hoy, pero no puedo concluir, pese a cuanto haya dicho en sentido crítico, sin decir que esperamos con creciente confianza el alborear de un día mejor en las relaciones de Turquía con Inglaterra y con todas las grandes aliadas. Siempre, en recientes décadas, ha existido cierta tensión entre Turquía e Italia a causa de las ambiciones italianas sobre las islas griegas y también, posiblemente, sobre la provincia turca de Adana. Nunca los turcos estuvieron seguros de cuándo el dictador italiano desenvainaría su espada, supuestamente conquistadora. En este sentido, la inquietud de Turquía ha sido ampliamente eliminada.

Italia.

El destino de Italia es terrible y personalmente hallo muy difícil nutrir animosidad alguna contra el pueblo italiano. Una aplastante masa de la nación se congratula ante la idea de haberse librado de la sutil tiranía de los fascistas, y deseó, al ser derribado Mussolini, ocupar puesto lo más rápidamente posible al lado de los ejércitos ingleses y americanos que, según se esperaba, expulsarían inmediatamente del país a los alemanes. Esto, empero, no sucedió. Todas las fuerzas italianas que podrían haber defendido a Italia habían sido dilapidadas por Mussolini en el desierto africano o por Hitler entre las nieves de Rusia, o bien estaban ampliamente dispersas combatiendo, a regañadientes, a los pa-

trictas de Yugoslavia. Hitler decidió hacer grandes esfuerzos para retener Italia, lo mismo que ha decidido hacerlos para ganar la violenta batalla que ahora alcanza su apogeo al sur de Roma. Acaso después de la caída de Mussolini nuestra acción pudiera haber sido más rápida y audaz. Como he dicho antes, en lo que someto a la Cámara no pretendo negar que haya habido errores de parte nuestra o en la acción común de nuestros aliados; pero, en todo caso, ahí tenemos ese bello país sufriendo los peores horrores de la guerra, con su mayor parte en manos aún de la cruel y vengativa garra de los nazis y con una ominosa perspectiva de que el ardiente rastrillo de la batalla barra, de mar a mar, toda la longitud de la península.

Es claro que los alemanes serán expulsados de Italia por los aliados, pero lo que ocurrirá en los movibles frentes de batalla y lo que los alemanes harán en su camino de retirada, en materia de destrucción, contra un pueblo que odian y desprecian y al que acusan de haberles traicionado, no cabe imaginarlo o preverlo. Todo lo que puedo decir es que haremos nuestro máximo esfuerzo para que esa prueba sea lo más corta y menos destructiva posible. Tenemos grandes esperanzas de que la ciudad de Roma sea eliminada de nuestra zona de lucha. La Cámara recordará que la última vez que hablé sobre asuntos extranjeros dije que era mejor que el rey Víctor Manuel y sobre todo el mariscal Badoglio, permaneciesen a la cabeza del ejecutivo de la nación italiana y fuerzas armadas, mientras no alcanzásemos Roma, momento en que cabrá hacer un examen general de la situación, según convienen todos.

Tal política, naturalmente, implicaba diferencias de opinión que no sólo se reflejaron entre los Gobiernos aliados, sino dentro de todo país aliado. Celebro, sin embargo, decir que, tras varios hechos inesperados y muchos rodeos y revueltas, la situación es ahora exactamente la que yo me aventuré a sugerir y describir a la Cámara tres meses ha. En adición, y rebasando mis esperanzas, se ha formado un Gobierno italiano, de ancha base, en torno al

rey y Badoglio, y el rey mismo ha decidido que, a la toma de Roma, se retirará para siempre a la vida privada, transfiriendo sus funciones constitucionales a su hijo mayor, el príncipe del Piamonte, dándole el título de lugarteniente del reino.

Tengo buena confianza en este nuevo Gobierno italiano formado ya. Requerirá, eso sí, ulterior refuerzo y ampliación, especialmente cuando entremos en más íntimo contacto con las populosas regiones industriales del norte—lo que es esencial—, pero de todos modos ese Gobierno está afrontando sus responsabilidades varonilmente y haciendo cuanto puede para ayudar en su avance a los aliados. Aquí cábeme decir que estamos efectuando todo lo que podemos para equipar a las fuerzas italianas que no se hallan en poder de los alemanes y desean luchar junto a nosotros. Ya han desempeñado un papel en el frente en más de una ocasión. La flota italiana está realizando un utilísimo e importante servicio, no sólo en el Mediterráneo, sino también en el Atlántico, y la aviación italiana leal ha peleado tan bien que estoy haciendo especiales esfuerzos para dotarla de aviones mejorados, de fabricación inglesa. Asimismo hacemos lo posible para ayudar al Gobierno italiano en la tarea de dominar las dificultades financieras y condiciones económicas que ha heredado del fascismo y la guerra y que, aun cuando mejoran, son duras todavía tras la línea de los ejércitos. Esto es comprendido en toda Italia, y es firme intención de las Naciones Unidas que Italia, como todos los otros países ahora asociados con nosotros, tenga buena y libre oportunidad, tan pronto como sean arrojados los alemanes y la tranquilidad restaurada, de decidir qué forma de gobierno democrático, sea monárquico o republicano, desea. Los italianos pueden elegir libremente por sí mismos. No obstante, subrayo la palabra «democrático», porque es claro que no permitiríamos forma alguna de fascismo, sea restaurado o creado, en ningún país con el que hayamos tenido guerra.

De Italia uno vuélvese naturalmente a España, antaño el más famoso imperio del mundo, y que de entonces a

este día sigue siendo una comunidad fuerte sobre una tierra extensa, con una personalidad señalada y una cultura sobresaliente entre las naciones de Europa. Algunas gentes piensan que el mejor modo de expresar nuestra política extranjera respecto a España consiste en dibujar caricaturas cómicas y aun groseras del general Franco; pero yo entiendo que nuestra política debe consistir en harto más que eso. Cuando nuestro actual embajador en España, el muy honorable diputado por Chelsea (sir S. Hoare) fué a Madrid hace casi exactamente cuatro años, nosotros convinimos dejar su avión esperándole en el aeródromo, porque parecía casi cierto que España—cuyo partido dominante estaba bajo la influencia de Alemania, porque dicho país lo había ayudado con tanto vigor en la guerra civil recientemente concluída—seguiría el ejemplo de Italia, uniéndose a la Alemania victoriosa en la guerra contra la Gran Bretaña. En efecto, en aquella ocasión los alemanes proponían al Gobierno español que autorizase desfiles triunfales de tropas alemanas en las principales ciudades españolas, y no dudo de que sugerían que, a cambio, los alemanes emprenderían la ocupación de Gibraltar, que sería devuelto a una España germanizada. Aunque esto último fuese más fácil de decir que de hacer, no hay duda de que si España hubiese cedido a la presión alemana en esa coyuntura, nuestra carga habría sido muchísimo más pesada. El estrecho de Gibraltar hubiese sido cerrado, así como todo acceso a Malta desde el Oeste. Toda la costa española se hubiese convertido en nido de submarinos. En aquel tiempo yo no hubiera deseado ciertamente que ocurriese ninguna de esas cosas, y ninguna ocurrió. Nuestro embajador ganó justo crédito por la simpatía que ganó y supo acrecer rápidamente en España. Asistióle en ello un hombre muy dotado, el señor Yencken, cuya súbita muerte en accidente de aviación es una pérdida que, estoy seguro, ha sido notada por la Cámara. Pero el mérito principal de la cuestión corresponde indudablemente a la resolución de España de mantenerse fuera de la guerra. Los españoles habían tenido harta guerra ya y deseaban

España.

mantenerse apartados de ella. (*Un diputado: Eso es discutible.*) Sí, así lo pienso, y por eso mi fundamental principio de batir al enemigo lo antes posible debe seguirse decididamente. Pero, en todo caso, los españoles habían tenido ya bastante guerra, y creo también que su sentimiento puede, en algo, haberse debido a que, mirando al pasado, el pueblo español—que gusta, en efecto, de mirar así—recordaría que la Gran Bretaña ayudó a España a libertarse de la tiranía napoleónica hace ciento treinta años. De cualquier modo, el momento crítico pasó; la batalla de Inglaterra fué ganada, y el poder isleño, que se esperaba ver arruinado y sojuzgado en pocos meses, se vió aquel mismo invierno no sólo intacto y mucho más fuerte en la metrópoli, sino también avanzando, a pasos de gigante, bajo la conducción de Wawell, a lo largo de la costa africana y aprisionando de camino cosa de un cuarto de millón de italianos.

Pero otra muy seria crisis aconteció en nuestras relaciones con España antes que la operación de desembarco de las fuerzas americanas y británicas en el noroeste de África comenzase. En ese momento la capacidad y fuerza de España para perjudicarnos estaba en su grado máximo. Durante largo tiempo estuvimos constantemente extendiendo nuestro aeródromo de Gibraltar y erigiéndolo sobre el mismo mar, y por un mes antes de la hora cero, esto es, el 7 de noviembre de 1942, tuvimos a veces 600 aviones apiñados en aquel aeródromo, a plena vista y bajo pleno alcance de las baterías españolas. Muy difícil era para los españoles creer que aquellos aparatos estaban destinados a reforzar a Malta, y puedo asegurar a la Cámara que el transcurso de aquellos días críticos fué muy inquieto en verdad. Empero, los españoles continuaron amistosos y tranquilos, sin hacer preguntas ni causarnos turbaciones.

Si en algunos aspectos han tenido cierta indulgencia con los submarinos alemanes en mala situación, o continuado sus activas exportaciones a Alemania, en esta ocasión lo enmendaron, a mi juicio, en cuanto a nuestra ventaja concernía, ignorando deliberadamente por completo

la situación en Gibraltar, donde, aparte de los aviones, enorme número de buques anclaban en las aguas neutrales de la bahía de Algeciras, siempre bajo el alcance de las baterías españolas. Nos habríamos visto ante el mayor de los inconvenientes si España nos hubiera ordenado retirar de allí aquellos buques. No sé, en verdad, cómo en ese caso nuestros grandes convoyes hubieran sido ordenados y congregados. Es menester decir que siempre consideraré que en esa ocasión España prestó un gran servicio, no sólo al Reino Unido y a la Comunidad e imperio británicos, sino a la causa de las Naciones Unidas. No tengo, pues, simpatía ninguna por aquellos que piensan ingenioso e incluso divertido insultar y atacar al Gobierno de España siempre que se presenta la ocasión.

He tenido la responsabilidad de dirigir el Gobierno mientras atravesábamos mortales peligros, y, por tanto, creo poseer algunos medios de formar un juicio correcto sobre el valor de los acontecimientos en los momentos críticos en que suceden. Celebro mucho que, tras prolongadas negociaciones, se haya conseguido ahora un acuerdo aún mejor con España, acuerdo que se refiere del modo más satisfactorio a los barcos italianos refugiados en puertos españoles y que ha conducido a hacer arriar la bandera alemana en Tánger y a quitar el escudo del consulado alemán, a lo cual, dentro de pocos días, seguirá la marcha total de los representantes alemanes en Tánger, aunque al parecer continúen en Dublín. Finalmente, ese acuerdo ha conducido al convenio sobre el volframio español, convenio logrado sin la menor afrenta a la dignidad española y que reduce la exportación de volframio de España a Alemania durante el inminente y crítico período próximo, a unas cuantas cargas de camión al mes.

Verdad es que han ayudado a ese acuerdo las continuas victorias aliadas en muchas partes del mundo, y especialmente en África del Norte e Italia, y también la inmensa amenaza que ven los alemanes cernirse sobre ellos con todo este hablar de invasión allende el canal. Ello ha tenido bastante valor para disuadir a Hitler de intentar represalias contra España. Todas sus tropas han sido re-

tiradas ahora de la frontera y *Herr* Hitler no siente inclinación alguna a afrontar una cruenta guerra de guerrillas en España, cuando ya tiene al efecto bastante con qué satisfacerse en otros países que retiene por la fuerza bruta.

Puesto que hoy pronuncio palabras amistosas sobre España, permitidme añadir que espero que España ejercerá una fuerte influencia en la paz del Mediterráneo después de la guerra. Los problemas políticos internos de España son asuntos de los propios españoles. No corresponde a nosotros—al Gobierno—mezclarnos en los asuntos de España. (*Un diputado interrumpió para preguntar por qué, si el Gobierno no permitiría un Gobierno fascista en Italia, podía permitir uno quizá semejante en España. Churchill replicó:*) La razón es que Italia nos ha atacado. Nosotros tuvimos guerra con Italia y la hemos vencido. Ha de marcarse una muy clara línea de distinción entre las naciones con quienes reñimos guerra y las que nos dejaron en paz.

Presumo que no incluiremos en nuestros programas de renovación mundial ningún propósito de acción violenta contra todos y cada uno de los gobiernos cuya forma interna de administración no coincida con nuestras ideas. Cualquier observación que yo haya hecho al respecto, se refiere sólo a las potencias enemigas y a sus satélites, que han sido abatidos por fuerzas de armas. Ellas son las que han salido al campo y ellas son aquellas a las que no permitiremos otra vez la expresión de las doctrinas asociadas con fascismo y nazismo, doctrinas que sin duda han traído la terrible lucha en que estamos empeñados. De cierto todos verán la diferencia entre unas potencias y otras. Es toda la diferencia que existe entre un hombre que le da a uno de golpes y otro que le deja tranquilo. Uno, presumiblemente, toma interés activo en lo que ocurra con el primero en caso de repetirse su inclinación; pero a diario nos cruzamos, en el ordinario curso de la vida, con muchas gentes cuyos asuntos interiores y disputas privadas no nos hacen sentirnos llamados a continuas averiguaciones.

Las mismas palabras decimos a los españoles en la hora de nuestra fuerza que les dijimos en la hora de nuestra debilidad. Preveo crecientes buenas relaciones con España y un extremadamente fecundo comercio entre España y este país, comercio que confío aumentará incluso durante la guerra y se expandirá después de la paz. El hierro de Bilbao y del norte de España es de gran valor para nuestro país, tanto en guerra como en paz. Nuestro embajador lleva ahora a España ulteriores e importantes misiones, y no dudo de que lo hará con los buenos deseos de la amplia mayoría de la Cámara y de todas las personas sensatas y sin prejuicios. Estoy seguro de que nadie desea más que mi honorable amigo y antagonista (Schinwell) el que nuestro embajador tenga éxito en todo trabajo por la causa común. Mi honorable amigo ha sido a menudo severo y vigilante crítico del Gobierno de su majestad; pero como figura real de la oposición ha fracasado, ya que nunca puede ocultar su satisfacción cuando gana, y en cambio nosotros, a veces, lo hacemos así.

Celebro anunciar un feliz cambio en los asuntos griegos. Al hablar de esto la última vez dije que era uno de los casos más tristes entre todos. Desde entonces hemos atravesado una crisis de serio carácter. Una brigada griega y gran proporción de la Armada griega se amotinaron, declarándose, en una u otra forma, al lado del E. A. M., movimiento libertador griego, y por supuesto contra el rey y su Gobierno. El rey de Grecia, que estaba en Londres, fué aconsejado por todos los ministros de su Gobierno en El Cairo, que no volviera, advirtiéndosele que su vida corría peligro. Pero volvió al próximo día. La situación se hizo entonces más seria. La brigada griega fué cercada por tropas británicas a unas 30 millas de Alejandría y los barcos griegos amotinados en el puerto alejandrino quedaron dominados por los cañones de las baterías de costa y de nuestras superiores fuerzas navales, rápidamente concentradas. La tensión duró cosa de tres semanas. A su debido tiempo, los motines de la flota fueron reprimidos. Los barcos sublevados fueron abordados por griegos a las órdenes del

Grecia.

Gobierno griego, y a costa de unos cincuenta muertos y heridos, los amotinados fueron apresados y enviados a tierra. La brigada sublevada en el desierto fué atacada por fuerzas inglesas superiores, que ocuparon las alturas que dominaban el campamento. Los 4.000 rebeldes se rindieron. Los griegos no tuvieron bajas, pero un oficial inglés fué muerto en el asalto a las alturas. Este asunto no puede ser descuidado. Las autoridades militares y navales británicas afectadas mostraron la mayor paciencia y tacto, y desde hace algunas semanas el orden ha sido firmemente restablecido y las fuerzas griegas conducidas a malos pasos por movimientos subversivos se hallan, al presente, internadas.

El entonces primer ministro, señor Tsouderos, había procurado ya, antes de que ocurriesen esas cosas, reunir una asamblea de representantes de toda la opinión griega, a fin de incluirlos en su administración, estructurando ésta al efecto. Procedió dignamente, secundado por Venizelos, el hijo del gran Venizelos, tan altamente estimado en la primera guerra mundial. En este instante surgió en escena el señor Papandreu, hombre muy respetado, que ha vivido durante la guerra en Atenas y es conocido como persona de noble carácter e incapaz de dejarse arrastrar por intereses partidistas, ya que su propio partido es muy pequeño. Papandreu se convirtió en jefe del Gobierno del rey, pero antes de formar Gobierno convocó una conferencia, celebrada la semana última en el Líbano. Todos los partidos que actúan en la vida griega estuvieron representados, incluso el E. A. M., los comunistas y otros, en conjunto una docena o más. Se mantuvo un completo debate y todos hablaron libremente.

Ello reveló una asombrosa situación existente en Grecia. El E. L. A. S., cuerpo armado que opera a las órdenes del E. A. M., habíase malquistado con la población en muchos lugares de Grecia, a tal punto que los alemanes pudieron formar batallones de seguridad, compuestos de griegos, para combatir al E. A. M. Esos batallones estaban formados por hombres que, en gran parte, hubieran preferido estar en las montañas, manteniendo una

lucha de guerrillas. Pero los otros se habían enajenado su voluntad. A la vez, el estado de hostilidad y desconfianza que en el otoño último condujo a una verdadera guerra civil entre el E. A. M. y las demás organizaciones de resistencia, especialmente el E. D. E. S., que manda el coronel Zervas, jefe que tiene el unánime apoyo de la población civil de su zona y ha cumplido siempre estrictamente las órdenes del cuartel general del Oriente Medio, bajo el cual se han colocado las fuerzas del E. D. E. S. Así, parecía existir un caso de luchar todos contra todos y nadie lo celebraba más que los alemanes.

Tras prolongada discusión, se alcanzó completa unidad en la conferencia del Líbano. Todos los partidos estarán representados en el nuevo Gobierno, que se dedicará al único propósito nacional digno de consideración, es decir, la formación de un ejército nacional al que se incorporen todas las guerrillas, y la expulsión del país, mediante este ejército, del enemigo o la destrucción de éste—lo que sería aún mejor—allí donde está.

El lunes se publicó en los periódicos la muy agradable carta que he recibido de los jefes comunistas. Esto es más de lo que nunca haya recibido del honorable diputado por West Fife (Gallacher). Acaso debiera escribirme una, diciéndome que confirmaba aquélla: él y la extrema ala izquierda del partido. Se ha publicado hoy en los periódicos la carta que he recibido del señor Papandreu—y otra a mi muy honorable amigo—expresando las esperanzas que tiene sobre el porvenir de su Gobierno y agradeciendo la ayuda que hemos prestado para dominar las mencionadas turbulencias, turbulencias que yo llamaría las convulsiones de la derrota y que Grecia tiene ahora la posibilidad de sacudirse. Creo que la situación presente —espero y hago votos por que así sea—indica que surge en Grecia un nuevo y enérgico impulso para arrojar del suelo nativo al invasor extranjero. En consecuencia, puedo informar a la Cámara de que ha ocurrido en la situación de Grecia un muy señalado y beneficioso cambio, lo cual no me cupo decir la última vez que hablé sobre el particular. Ha habido inconvenientes a propósito del des-

tructor que hemos cedido a los griegos, pues mientras las cosas estuvieron tan inciertas, no hallamos modo de entregar el barco; pero estoy en correspondencia con el Almirantazgo y confío en que, como resultado de este Gobierno reorganizado y del nuevo empuje que se inicia, ese buque será pronto enviado a reforzar la flota griega cuando ésta retorne a su disciplina y deber.

Yugoslavia. Tito. Mihailovitch.

La vez pasada di cuenta, con alguna extensión, de la situación de Yugoslavia y de nuestras relaciones con las diferentes autoridades del país. La dificultad y magnitud de este asunto son muy vastas y ha de recordarse que no van envueltas en él sólo tres razas reciamente diferenciadas—los servios, croatas y eslovenos—, sino que, más al Sur, los albaneses pelean también audazmente para librarse del yugo alemán. Pero también ellos están ahora escindidos en varios grupos competidores y antagonistas. Nada es más fácil que abogar por cualquiera de las diferentes causas de esos países, con sus reclamaciones y contrarreclamaciones, y puede haber quien halle completa satisfacción en exponer las cosas desde su particular punto de vista. La mejor y más fácil manera de pronunciar un discurso es tomar un caso particular y desarrollarlo sobre una línea única, sin consideración para ninguna otra cosa; pero nosotros hemos de hacer política además de oratoria, examinar el problema en conjunto y también referir nuestra acción al principal propósito que proclamé al principio de mis palabras, es decir, batir al enemigo lo antes posible y reunir todas nuestras fuerzas para este propósito con prioridad a cualquier otro.

Sólo puedo decir hoy las ulteriores posiciones que hemos logrado en Yugoslavia como resultado de las tareas incansables de nuestra política extranjera. En mi opinión son mucho más satisfactorias que lo eran. He recibido un mensaje del rey Pedro diciendo que ha aceptado la dimisión del señor Pric y su gabinete y está en vías de formar un nuevo y más reducido gobierno, con el propósito de favorecer la resistencia activa en Yugoslavia y unir en tanto como sea posible a todos los elementos combatien-

tes del país. Entiendo que esta formación de nuevo gobierno envuelve la separación del general Mihailovitch como ministro de la Guerra. Entiendo también que el «Ban» de Croacia es un importante factor en los nuevos ajustes políticos, y que en torno o al lado de él, ciertos otros elementos podrán agruparse para batir al enemigo y unir a Yugoslavia. El Gobierno real yugoslavo apoya lo que digo. No sabemos lo que ocurrirá en la parte servia de Yugoslavia.

La razón por lo que hemos dejado de suministrar a Mihailovitch armas y apoyos es sencilla. No pelea con el enemigo alemán y, además, algunos de sus subordinados han hecho con el enemigo acuerdos de los que resultan choques armados con las fuerzas del mariscal Tito, choques acompañados de muchas acusaciones y contraacusaciones y de pérdida de vidas de patriotas, en provecho alemán. En verdad, Mihailovitch sostiene una poderosa situación local como comandante en jefe, y el dejar de ser ministro de la Guerra no le sustraerá influencia local. No podemos predecir lo que haga o lo que vaya a ocurrir. Nos hemos proclamado vigorosos sustentadores del mariscal Tito por su pugna heroica y maciza contra los alemanes. Le estamos enviando, y nos proponemos enviarle, los mayores suministros posibles de armas, así como mantener estrecho contacto con él. El lunes tuve una larga conversación con el mariscal Velebit, que ha venido con una misión del mariscal Tito, y se ha convenido, entre otras cosas, que el mariscal enviará aquí un representante militar a fin de mantener estrecho contacto con cuanto se está haciendo y sus efectos sobre Yugoslavia. Esto suplementa los contactos ya establecidos con el mariscal Tito en el Estado Mayor del general Wilson en Argen y todo será, desde luego, coordinado.

Recuérdese, no obstante, que esta cuestión no se refiere sólo a Mihailovitch, sino que hay gran número de propietarios rurales servios—acaso 200.000—que son antialemanes, pero reciamente servios y sostienen, naturalmente, las opiniones de una comunidad de campesinos respecto a la propiedad, siendo menos entusiastas respecto al

comunismo que algunos de los croatas y eslovenos. El mariscal Tito, en gran parte, ha anegado su aspecto comunista en su carácter de conductor de los patriotas yugoslavos. Repetidamente ha proclamado que no tiene intención de transformar los sistemas sociales y de propiedad prevalecientes en Servia; pero estos hechos no son aceptados aun por la otra parte. Los servios son una raza con un pasado histórico; de Servia vino la chispa que produjo la explosión de la primera guerra mundial, y bien recordamos la histórica retirada de los servios a las montañas. Nuestro objeto es que todas las fuerzas de Yugoslavia y toda la fuerza unida de Servia puedan actuar juntas bajo la dirección militar del mariscal Tito en pro de una Yugoslavia independiente y unida que expulse del suelo nativo a los asesinos e invasores hitleristas, destruyéndolos hasta que no quede uno solo. Las crueldades y atrocidades de los alemanes en Yugoslavia y Grecia exceden cuanto hemos oído—y hemos oído cosas terribles—; pero la resistencia de estos heroicos montañeses ha sido una de las características más espléndidas de la guerra. Largamente será honrada en la Historia y estoy seguro de que los niños leerán la epopeya de esa lucha y grabarán en sus mentes ese amor de la libertad, esa prontitud en prescindir de vida y comodidades para ganar el derecho de vivir sin ser molestados en su país nativo, que sus padres están mostrando ahora.

Cuanto puedo decir es que precisamos que se nos dé cierta razonable amplitud para laborar juntos por esa unión. Sería fácil, como dije ha poco, inclinarse resueltamente a uno u otro lado. He hecho ver claramente dónde pongo mis simpatías, pero nada daría mayor contento a los alemanes que ver a esos animosos montañeses trabados entre sí en luchas intestinas. No podemos autorizar tal crisis desdeñando cosa alguna que pueda obstruir una unidad real entre esas amplias regiones, donde al presente hay en conjunto 20 divisiones alemanas: 12 en Yugoslavia y ocho entre los Balcanes y las islas egeas. Todas las miradas han de volverse al enemigo común. Acaso hayamos logrado algún éxito en ese sentido en Grecia. En

cualquier caso, ello resume nuestra política hacia Yugoslavia. La Cámara notará que todas las cuestiones sobre monarquía o república, izquierdismo o derechismo, están estrictamente supeditadas al propósito principal que tenemos en el ánimo. En un sitio apoyamos a un rey y en otro a un comunista, no haciendo esfuerzo alguno para forzar las ideologías particulares. Sólo deseamos vencer al enemigo y entonces, en una paz serena y feliz, dejar que sea dada la mejor expresión de la voluntad del pueblo en todos los sentidos.

Durante largo tiempo hemos trabajado, el ministro de Negocios Extranjeros y yo, con todas nuestras fuerzas, para producir una reanudación de relaciones entre el Gobierno soviético y el polaco al que hemos reconocido desde los días del general Sikorski. Conocemos la dificultad de nuestra tarea y algunos podrían decir que hubiéramos sido más prudentes no intentándola. Pero no podemos aceptar esa idea. Somos aliados de ambos países. Fuimos a la guerra porque Alemania atacó, sin ser provocada, a nuestra aliada Polonia. Hemos firmado con nuestra aliada, la Rusia soviética, un pacto de veinte años que es la base de nuestra política. Las fuerzas polacas luchan al lado de nuestros ejércitos y recientemente se han portado de manera distinguida. También, bajo dirección rusa, luchan fuerzas polacas en el ejército rojo contra el enemigo común.

Polonia.

Nuestro esfuerzo para reanudar las relaciones entre Rusia y el Gobierno polaco de Londres, no ha tenido éxito. Lamentamos ese hecho profundamente y hemos de cuidar de no decir nada que pueda promover dificultades futuras. Debo repetir que la parte esencial de cualquier acuerdo es la regulación de la frontera oriental polaca y que, a cambio de cualquier cesión hecha por Polonia en esa zona, recibirá otros territorios a expensas de Alemania, lo que dará a Polonia un amplio litoral y un bueno, adecuado y razonable territorio en que la nación polaca pueda vivir en seguridad. Nada puede sobrepasar la bravura que nuestros aliados polacos muestran a diario en Italia y en todas partes por el aire y mar, así como en la heroica re-

sistencia del movimiento clandestino contra los alemanes. He visto aquí hombres que hace pocos días salieron de Polonia y que me han hablado de esa resistencia, estando en relación y a las órdenes del Gobierno polaco de Londres. Se preocupan vivamente de que ese movimiento clandestino no choque con el ejército ruso que avanza, y antes bien lo ayudarán, habiendo el Gobierno polaco de Londres dado órdenes para que el movimiento clandestino apoye a los ejércitos rusos de todas las maneras posibles. Hay muchas en que las guerrillas pueden lograr éxito, y nosotros esperamos que la diplomacia encontrará todavía algún modo de arreglo.

Tengo la impresión—sólo la impresión—de que las cosas entre Rusia y Polonia no están tan mal como superficialmente parece. No necesito decir que nosotros—y creo poder añadir que los Estados Unidos—veríamos con agrado todo arreglo entre Rusia y Polonia, en cualquier forma que fuese: ya directamente entre los Gobiernos interesados, ya con ayuda del Gobierno de su majestad o de cualquier otro. Por nuestra parte no es cuestión de orgullo, sino sólo de buena voluntad hacia ambas partes y de una aspiración ansiosa y ahincada de que se solventen problemas pletóricos de graves consecuencias para Europa y para la armonía de la gran alianza. Entre tanto, nuestras relaciones con los Gobiernos polaco y soviético están reguladas por los declaraciones públicas hechas y repetidas una vez y otra desde este banco durante la presente guerra. Dejo aquí esta cuestión y confío que, si se trata en el debate, aquellos que la traten considerarán siempre lo que deseamos: la acción conjunta de todos los polacos y todos los rusos contra todos los alemanes.

Debemos celebrar la brillante y hábil combatividad de las divisiones francesas marroquíes y argelinas, así como la distinguida dirección que han tenido en sus jefes en el curso de la estremecedora batalla a que me he referido y que alcanza ahora su punto álgido. El Comité Francés de Liberación Nacional, de Argel, tiene el mérito de haber preparado esas tropas, armadas y equipadas por los Estados Unidos,

Comité Francés de Liberación.

en virtud de una decisión personal del presidente Roosevelt. El Comité Francés puso también a disposición de los aliados una poderosa flota, entre ella el *Richelieu,* uno de los mejores navíos de batalla del mundo. El mismo Comité guía y gobierna un vasto imperio, todos cuyos puntos estratégicos están puestos libremente al servicio de las Naciones Unidas. Mantiene también un fuerte y numeroso ejército clandestino en Francia, a veces llamado «el Maquis» y otras ejército francés del interior, y el cual puede estar llamado a desempeñar un importante papel antes de que la guerra termine.

No hay duda de que esa entidad política—el Comité Francés de Liberación—preside y dirige fuerzas que, en la presente lucha contra Hitler en Europa, le dan el cuarto lugar en la gran alianza. La razón por la que los Estados Unidos e Inglaterra no lo han reconocido aún como Gobierno de Francia es que no estamos seguros de que represente a la nación francesa en la misma manera que los Gobiernos de Inglaterra, Estados Unidos y Unión Soviética representan al conjunto de sus pueblos. El Comité, desde luego, ejercerá dirección en el establecimiento de la ley y orden en la Francia liberada, bajo la inspección, mientras las exigencias militares lo impongan, del supremo mando aliado, pero no deseamos en esta etapa imponer el gobierno del Comité Francés sobre toda la Francia que pueda caer bajo nuestro control, mientras no tengamos más conocimiento del que poseemos ahora sobre la situación interior del país. A la par, quiero esclarecer que no tendremos trato alguno con el Gobierno de Vichy ni con cualquier otro maculado por esa asociación, puesto que ellos han decidido seguir la senda de la colaboración con nuestros enemigos. Muchos de ellos han deseado definidamente una victoria alemana y trabajado por ella.

En Noruega y los Países Bajos es diferente. Allí encontraremos, si vamos allí, una continuidad legal mantenida por Gobiernos a los que reconocemos y con los que mantenemos íntimas relaciones. Los Gobiernos del rey Haakon y la reina Guillermina son los Gobiernos legalmente

establecidos de esos estados, con perfecta e ininterrumpida continuidad, y cuando nuestros ejércitos liberadores entren en esos países, entendemos que debemos tratar con aquellos gabinetes y también, en tanto como sea posible, con los gobiernos belga y danés, cuyos soberanos están prisioneros, pero con cuyos países mantenemos estrechos vínculos. Por otra parte, no podemos tomar ahora una decisión sobre tratar al Comité Francés de Liberación Nacional o Gobierno provisional francés, según ha sido llamado, como plena, final y legal encarnación de la república francesa. Es posible que el mismo Comité pueda ayudarnos en la solución de estos enigmas y menester me es decir que su decreto relativo a su futura acción constituye un paso recio y útil en el sentido a que me refiero. Con plena aprobación del presidente de los Estados Unidos, he invitado al general De Gaulle a hacernos una visita en un futuro cercano, y mi muy honorable amigo el ministro de Negocios Extranjeros acaba de mostrarme un telegrama del señor Duff Cooper, desde Argel, diciendo que el general tendrá mucho placer en venir. No hay nada como hablar de las cosas y ver a lo que se puede llegar. Espero que De Gaulle traiga consigo algunos miembros de su Gobierno, para que todo el asunto pueda ser examinado.

A medida que esta guerra ha progresado, ha ido haciéndose menos ideológica en su carácter, a lo que opino. El poder fascista en Italia ha sido derrumbado y será, en un razonable período de tiempo, completamente borrado, principalmente por la propia democracia italiana. Si algo de fascismo queda en el mundo, ya atenderemos a ello.

Rusia. En la Rusia soviética han ocurrido cambios profundos. La forma trotskista del comunismo ha sido eliminada del todo. Las victorias de los ejércitos rusos han sido favorecidas por un gran desarrollo de la fuerza del Estado ruso y un notable ensanchamiento de sus miras. El aspecto religioso de la vida rusa ha tenido un maravilloso renacer. La disciplina y protocolos militares de los ejércitos rusos son insuperables. Hay un nuevo himno nacional, cuya música me ha enviado el

mariscal Stalin y que he pedido a la B. B. C. que ejecute en las muchas ocasiones que surgen grandes victorias rusas que celebrar. Las condiciones ofrecidas por Rusia a Rumania no hacen sugestión alguna de alterar las normas sociales de ese país y son en muchos aspectos, si no en todos, notablemente generosas. Rusia ha sido muy paciente con Finlandia. El Komintern está abolido, lo que a veces suele olvidarse. Muy recientemente algunos representantes de nuestro Ministerio de Información fueron autorizados a efectuar una considerable excursión por Rusia y hallaron oportunidades de ver personalmente cuanto desearon. Encontraron un ambiente de sincera amistad y un vivo deseo de ver películas británicas, así como de tener noticias de nuestro país y de lo que hacemos en la guerra. Los niños de las escuelas son informados de la marcha de la guerra en el mar, de sus dificultades y peligros y de cómo los convoyes del Norte se encaminan a Rusia. Parece haber entre el pueblo gran deseo de que Inglaterra y Rusia sean amigas. Existen muy marcados apartamientos de los conceptos sostenidos hace algunos años, por razones que todos podemos comprender.

No necesitamos mirar al pasado e iniciar el cuento de las recriminaciones. Muchas cosas terribles han sucedido. Principiamos hace treinta años a marchar, con Rusia, contra la tiranía alemana del kaiser y ahora marchamos con Rusia también y confío en que lo haremos hasta que todas las fuerzas de tiranía alemana hayan sido extirpadas. En cuanto a la otra ideología, el nazismo, nos proponemos borrarla completamente, por enérgicos que hayan de ser los medios empleados. Todos, en esta Cámara, concordamos en ello, sean cuales fueren nuestras opiniones políticas y doctrinas. En todos los Dominios británicos, Estados Unidos y Naciones Unidas hay una sola opinión acerca de esto y, además, dígase lo que se pueda decir sobre anteriores diferencias, nada de lo que ha ocurrido debe hacernos lamentar el tratado de veinte años que hemos firmado con los rusos y que será el factor dominante en las relaciones que tendremos con ellos.

Veo que en algunos sectores se esperaba que yo expli-

cara hoy, de modo por completo claro y decisivo, el plan futuro de organización mundial, y también que asentase los principios de la Carta del Atlántico en su exacta y verdadera relación a las subsecuentes declaraciones y acontecimientos. Es más fácil hacer tales peticiones que concederlas. Tratamos con treinta y tres Naciones Unidas, y en particular con dos grandes aliadas que, en algunas formas de poderío, rebasan con mucho al imperio británico. Tomándolo todo en cuenta, incluso hombres y dinero, esfuerzo bélico y extensión territorial, podemos reclamar ser iguales a esas dos potencias, pero no, a mi juicio, superiores. Sería gran error en mí, jefe del Gobierno británico, y puedo añadir que en esta Cámara, tomar de nuestra cuenta el imponer la ley a todos esos diferentes países incluso las dos grandes potencias con las que tenemos que trabajar si el mundo ha de ser devuelto a una buena condición.

Futura organización mundial.

Esta pequeña isla y esa maravillosa estructura de estados y dependencias congregados en torno a ella, ocupará, si todos nos mantenemos unidos, un digno lugar en la vanguardia de las naciones. Es ocioso suponer que somos el único pueblo que ha de prescribir lo que todos los otros países, por su propio bien, deben hacer. Muchas otras ideas y fuerzas hay en juego y nada sería más imprudente que el que la reunión de los primeros ministros, por ejemplo, prescribiese a todos los países el modo que deben seguir. Siempre se mantienen consultas entre las tres grandes potencias y otras y se hacen todos los esfuerzos para explorar el porvenir, resolver dificultades y obtener la mayor medida de acuerdo común en forma que no comprometa al Gobierno.

En la conferencia ha poco concluída se han evidenciado clara y salientemente unas cuantas cosas. La primera es que todos lucharemos juntos hasta que Alemania sea obligada a capitular y hasta que el nazismo sea extirpado y el partido nazi desprovisto de toda sucesiva capacidad de hacer mal. La inmediata es que la Carta del Atlántico sigue siendo una señal orientadora que expresa el sentir de una vasta masa de opinión entre todas las potencias

que ahora luchan contra la tiranía. El tercer punto es que la Carta del Atlántico no nos liga en modo alguno a propósito del porvenir de Alemania, ni es un ajuste o contrato con el enemigo. No posee la cualidad de oferta a un enemigo. No era una invitación a que los alemanes se rindiesen. Si lo fué, tal invitación quedó rechazada. Al principio de rendición incondicional que ha sido proclamado también, nos adheriremos en cuanto a Alemania y Japón concierne, y ese principio desvanece todo peligro de que algo como los catorce puntos de Wilson sea alegado por los alemanes después de su derrota, asegurando que en virtud de ello se rindieron.

Repetidamente he dicho que la rendición incondicional no da al enemigo ningún derecho, pero no nos descarga a nosotros de nuestros deberes. Habrá de hacerse justicia y recaerá sanción sobre los malvados y crueles. Los infames que quisieron sojuzgar primero a Europa y después al mundo, han de ser castigados, y también sus agentes, que en tantos países han perpetrado crímenes horribles y que han de afrontar el juicio de la población, muy probablemente en el mismo escenario de sus atrocidades. Alemania no gozará ninguna garantía de no sufrir cambios territoriales, si se cree que tales cambios harán más segura y duradera la paz de Europa.

Armados con sangrante experiencia, nos proponemos esta vez tomar mejores medidas que nunca hayan sido concebidas previamente a fin de impedir una renovación, en vida de nuestros hijos y nietos al menos, de la horrible destrucción de valores humanos que ha señalado la última y la presente guerras mundiales. Nos proponemos erigir un orden y organización mundiales dotados de todos los necesarios atributos del poder, a efectos de impedir futuras guerras o su planeamiento con gran anticipación por naciones inquietas y ambiciosas. Para este objeto habrá un consejo mundial, un consejo inspector, comprendiendo los grandes estados que salgan victoriosos de esta guerra y que estarán obligados a mantener en existencia cierto nivel mínimo de armamentos con miras a conservar la paz. Ha de haber

La Asamblea Mundial.

también una Asamblea Mundial de todas las potencias, asamblea cuya relación con el ejecutivo mundial o poder controlador no estoy aún en situación de definir. No puedo decir lo que será. Si lo hiciera, rebasaría los límites que nos pertenecen.

La estructura de esas instituciones y sus relaciones mutuas, sólo pueden convenirse después de que los formidables enemigos a los que afrontamos ahora hayan sido batidos y puestos en completa sumisión. Sería presuntuoso que alguna potencia prescribiera con detalles exactos la solución que se debe encontrar. Todos pueden ver las muchas alternativas diferentes que existen. Un mero intento por nuestra parte para hacer lo que dije o adelantar sobre tal o cual punto lo que corresponde a la opinión de la mayoría, podría perjudicarnos en la consideración de que gocen nuestros argumentos cuando llegue la hora.

Ni siquiera intentaré enumerar las muchas cuestiones difíciles que se plantearán y están presentes en todos nuestros ánimos. Cualquiera puede escribir en un trozo de papel una docena, lo menos, de grandes cuestiones de ésas: si debe haber fuerzas unidas de naciones, o una policía mundial, etc. Hay otras materias de interesantísimo carácter que han de discutirse también. Pero sería salirnos de nuestro lugar en la marcha común hacia adelante exceder la gradual formulación de opiniones e ideas que constantemente se producen dentro de la comunidad británica, así como en nuestro contacto con nuestros aliados. No ha de suponerse, sin embargo, que esas cuestiones no pueden ser resueltas ni las dificultades vencidas, o que una completa victoria no será poderosa ayuda a la solución de todos los problemas, o que la buena voluntad y sentido común práctico que existen en la mayoría de los hombres y de las naciones no encontrarán su plena expresión en la nueva estructura que ha de regular los asuntos de todos los pueblos en todo aquello en que pueden chocar con otros pueblos. El futuro hacia el que caminamos, cruzando campos sangrientos y terribles manifestaciones destructivas, ciertamente necesita fundarse en virtudes amplias y sencillas y en la magnanimidad del gé-

nero humano. Ha de basarse en un imperio de la ley que mantenga los principios de justicia y juego limpio, protegiendo al débil contra el fuerte si el débil tiene la justicia de su parte. Ha de poner fin a la explotación depredatoria y a las ambiciones nacionalistas.

Esto no significa que las naciones no puedan exaltar sus tradiciones y hazañas; pero no se les permitirá satisfacer, por fuerza de armas, apetitos de engrandecimiento a expensas de otros países meramente porque éstos sean más débiles o pequeños o peor preparados; y se tomarán medidas para tener amplios ejércitos, escuadras y aviaciones capaces de atajar cualquiera de las cosas que digo. Indudablemente debemos incorporar a nuestra estructura mundial mucho de lo ganado por el mundo merced a la estructura y formación de la Sociedad de Naciones. Pero hemos de armar nuestra organización mundial y asegurarnos de que, dentro de los límites que se le asignen, tendrá un poder militar insuperable. Recordemos que nos será duro ganarnos la vida, reparar la devastación causada y recobrar la más amplia y cómoda vida que tan profundamente se desea. Debemos esforzarnos en preservar los razonables derechos y libertades del individuo. Hemos de respetar los derechos y opiniones ajenos, pero asirnos fuertemente a nuestra propia fe y convicciones.

En la nueva y grande estructura del mundo debe haber sitio para la felicidad y prosperidad de todos, y al fin esa estructura ha de ser capaz de llevar felicidad y prosperidad incluso a las naciones culpables y vencidas. Debe haber sitio dentro de la gran organización mundial para organismos como el imperio y comunidad británicos, como nosotros nos llamamos ahora, y confío en que haya sitio también para la fraternal asociación de la comunidad británica y los Estados Unidos. Estamos ligados asimismo por nuestro pacto de veinte años con Rusia, y, aparte de esto—pues yo, por mi parte, ansío merecer ser llamado un buen europeo—, tenemos el deber de procurar realzar el glorioso continente de Europa, padre de tantos poderosos estados, sacándolo de su presente mísera condición de volcán de

Felicidad y prosperidad.

luchas y tumultos y devolviéndolo a su vieja gloria como una familia de naciones y una expresión vital de la cristiandad. Seguro estoy de que esas grandes entidades que he mencionado—el imperio británico, la concepción de una Europa verdaderamente unida, la fraterna asociación con los Estados Unidos—no perturbarán en modo alguno los propósitos generales de la organización mundial. De hecho, pueden ayudar poderosamente a hacerla marchar. Espero y pido que todo esto sea establecido y que tengamos el esfuerzo y la voluntad de asegurar esas espléndidas y permanentes realizaciones, únicas que pueden compensar al género humano de todas las miserias y fatigas que han sido su sentencia, y de todo el sacrificio y heroísmo que han sido su gloria.

LA INVASIÓN DE FRANCIA

DECLARACIÓN A LA CÁMARA DE LOS COMUNES SOBRE LA LIBERACIÓN DE ROMA Y LA INVASIÓN DE FRANCIA

25 mayo. *Tras avanzar 60 millas en catorce días, el V Ejército enlaza, en Italia, con las fuerzas de Anzio.*

26 mayo. *Otro gran día de éxitos para los Ejércitos V y VIII. Alemania confiesa que Kesselring se ha visto obligado a retroceder en todos los principales puntos de ataque.*

27 mayo. *Día y noche miles de bombarderos y cazas con base en Inglaterra e Italia atacan Alemania y la Europa ocupada.*

29 mayo. *Los alemanes organizan la resistencia al sur de Roma, pero son rechazados sus contraataques.*
Más de 2.000 aviones de los Estados Unidos atacan fábricas de Polonia y Bélgica.

30 mayo. *Empieza la batalla de Roma y los aliados hacen considerables progresos.*

1 junio. *El VIII Ejército ocupa Frosinone, los neozelandeses toman Sora y los americanos del V Ejército se acercan a Velletri, punto clave de la Vía Apia.*

2 junio. *Se anuncia que durante mayo las fuerzas aéreas de los Estados Unidos en Europa han arrojado 63.000 toneladas de bombas, y la R. A. F. 37.000.*

3 junio. *Fuerzas aéreas inglesas y americanas intensifican su terrorífico machaqueo de objetivos militares en el norte de Francia.*

4 junio. *El V Ejército entra en Roma.*
Continúa la ofensiva aérea aliada contra el norte de Francia.

5 junio. *El rey de Italia firma un decreto transfiriendo sus poderes a su hijo, el príncipe del Piamonte.*

6 JUNIO, DÍA D. *Las fuerzas aéreas y navales aliadas, operando en imponentes masas, desembarcan en las costas francesas las primeras olas del ejército de invasión.*
Se practican a retaguardia de la línea enemiga gran número de aterrizajes de tropas aerotransportadas.
Las fuerzas aliadas avanzan varias millas tierra adentro. Se lucha duramente en Caen.
Churchill anuncia que las operaciones transcurren bien

y que el cruce del mar se verificó con menos pérdidas de las esperadas.

7 junio. *Se ocupa Bayeux, 15 millas al noroeste de Caen. Se limpian de enemigos las playas ocupadas y algunas de las fuerzas de desembarco enlazan entre sí. Es rechazado un ataque de tanques enemigos cerca de Caen.*

8 *junio. Lucha feroz en todo el frente normando. Son grandemente reforzadas las unidades de desembarco y se practican nuevos aterrizajes de tropas aerotransportadas.*

[*6 junio 1944.*

Liberación de Roma.

Creo que debe la Cámara recibir conocimiento oficial de la liberación de Roma por los ejércitos aliados al mando del general Alexander, con los generales Clark, de las fuerzas de los Estados Unidos, y el general Oliver Leese al frente, respectivamente, de los ejércitos V y VIII. Éste es un suceso memorable y glorioso, que recompensa los últimos cinco meses de intensa lucha en Italia. El primer desembarco del 22 de enero, en Anzio, ha dado, al fin, buenos frutos. Las pérdidas de ambos lados fueron entonces graves: los aliados perdieron unos 20.000 hombres y los alemanes cosa de 25.000. Desde entonces el enemigo consideró inexpugnable la cabeza de puente de Anzio.

Entre tanto había de verificarse un gran reagrupamiento del ejército principal antes de que los ataques pudieran ser renovados. Tales ataques, al principio, resultaron infructuosos y Cassino cerraba aún el paso al avance. El 11 de mayo el general Alexander comenzó su operación presente, y, tras incesante e intensa lucha de todos los ejércitos, rompió la línea enemiga, entrando en el valle del Liri. Es de notar que, contando de derecha a izquierda, el conjunto de las tropas polacas, del imperio británico, francesas y de los Estados Unidos, rompieron las líneas alemanas mediante un ataque frontal. Esto tiene importantes consecuencias sobre otros asuntos que explicaré antes de sentarme.

En el momento que se juzgó oportuno, las fuerzas de la cabeza de puente, que por entonces sumaban unos

150.000 hombres, cayeron sobre el flanco del enemigo en retirada, amenazando su repliegue. La unión de los ejércitos principales con las tropas de la cabeza de puente arrojó al enemigo de sus principales líneas de retirada hacia el Norte, obligando a considerable parte de su ejército a retroceder con graves pérdidas, especialmente de material, a través de un país montañoso. Las fuerzas aliadas se agruparon con gran rapidez, sobre todo en el flanco izquierdo, que pronto se desplegó contra Roma después de cortar la carretera más importante. Los americanos y otras fuerzas del V ejército rompieron la última línea enemiga y entraron en Roma, donde las tropas aliadas han sido recibidas con júbilo por los habitantes. Esta entrada y liberación de Roma significa que tendremos los medios de defenderla contra ataques aéreos hostiles y de evitarle el hambre que amenazaba. No obstante, el objetivo primordial del general Alexander no ha sido nunca la liberación de Roma, por grandes que sean las ventajas morales, políticas y psicológicas de este episodio. Las fuerzas aliadas, con los americanos en vanguardia, avanzan hacia el Norte, en incansable persecución del enemigo. La destrucción del ejército enemigo ha sido siempre el objetivo único y el enemigo está ahora peleando a todo lo largo de la línea mientras intenta escapar hacia el Norte. Es de esperar que los 20.000 prisioneros hechos ya sean seguidos de ulteriores capturas en el porvenir y que la general condición del ejército enemigo apiñado en Italia del sur quede definitivamente afectada.

Sería absurdo calcular nuestras ganancias finales en el presente momento. No obstante, es nuestro deber pagar el más cálido tributo de gratitud y admiración al general Alexander por la destreza con que ha manejado un ejército de tan diferentes Estados y naciones, y por la tenacidad y fortaleza con que ha sostenido los largos períodos en que nos fué negado el éxito. En el general Clark, el ejército de los Estados Unidos ha encontrado un jefe militar de primer orden, y las cualidades de todas las tropas aliadas han brillado en noble y no envidiosa rivalidad. La gran potencia de las fuerzas aéreas de que disponemos ha

contribuído sin duda, de notable y obvia manera, al triunfo conseguido. Hemos de esperar ulteriores sucesos en el frente italiano para que nos sea posible estimar la calidad y magnitud de nuestras ganancias, aunque ciertamente son grandes y oportunas.

Tengo también que anunciar a la Cámara que, durante la noche y primeras horas de esta madrugada, se ha producido la primera de la serie de desembarcos en masa en la Europa continental. Una inmensa armada de más de 4.000 buques, con varios millares de embarcaciones menores, cruzó el canal. Detrás de las líneas enemigas se han verificado con éxito aterrizajes en masa de tropas aerotransportadas y en las playas están desarrollándose en estos momentos desembarcos en varios puntos. El fuego de las baterías costeras ha sido acallado en gran parte. Los obstáculos construídos en el mar no resultaron tan difíciles de vencer como se esperaba. Los aliados angloamericanos están sostenidos por unos 11.000 aviones de primera línea, que pueden ser movilizados según lo exijan las necesidades de la batalla. No puedo, desde luego, entrar en particulares detalles. Los informes llegan en rápida sucesión. Hasta ahora los jefes que intervienen anuncian que todo transcurre con arreglo al plan. ¡Y qué plan! Esta vasta operación es sin duda la más complicada y difícil que se haya producido nunca. En ella influyen mareas, vientos, visibilidad, tanto desde el punto de vista aéreo como naval, y un empleo combinado de fuerzas de tierra, aire y mar en un máximo grado de intimidad y en contacto con unas circunstancias que no pudieron ser plenamente previstas, ni era posible que lo fueren.

Desembarco en Normandía.

Hay ya esperanzas de que la sorpresa táctica ha sido conseguida y confiamos poder ofrecer al enemigo una serie de sorpresas durante el curso de la lucha. La batalla empezada ahora crecerá constantemente en escala e intensidad durante muchas semanas venideras y no intentaré especular sobre su decurso. Puedo decir, empero, que predomina una unidad completa en los ejércitos aliados. Hay fraternidad de armas entre nosotros y nuestros ami-

gos de los Estados Unidos. Hay completa confianza en el jefe supremo, general Eisenhower, y sus lugartenientes y también en el comandante del cuerpo expedicionario, general Montgomery. El ardor y espíritu de las tropas, según yo mismo he visto, mientras embarcaban durante estos últimos días, era espléndido. Nada que el equipo, la ciencia o la previsión pudieran hacer ha sido desdeñado, y todo el proceso de apertura de este nuevo y gran frente será continuado con la máxima resolución tanto por los jefes como por los gobiernos de los Estados Unidos e Inglaterra a los que aquéllos sirven.

Más entrado el día, el primer ministro hizo la siguiente declaración adicional:

He estado en los centros donde se reciben los últimos informes y puedo aseverar a la Cámara que la operación prosigue de manera completamente satisfactoria. Muchos peligros y dificultades que a esta misma hora aparecían, ayer, extremamente formidables, se hallan tras de nosotros. El cruce del mar se ha hecho con menos pérdidas de las esperadas. La resistencia de las baterías ha sido grandemente debilitada por el bombardeo de la aviación y el superior bombardeo de nuestros barcos redujo ese fuego a proporciones que no afectan al problema. Las tropas desembarcadas en un amplio frente son inglesas y americanas, tropas aliadas, en fin, aunque no daré listas de las diferentes nacionalidades que representan. Los desembarcos en todo el frente han sido hechos con eficacia y nuestras tropas, en algunos casos, han penetrado varias millas tierra adentro. Existen ya atrincheramientos en un vasto frente.

La característica sobresaliente ha sido el aterrizaje de tropas aerotransportadas, lo que se ha hecho en escala mucho mayor que cuanto hasta ahora se ha visto en el mundo. Existía particular inquietud respecto a ellas, porque las condiciones de luz predominantes en el muy limitado período del despuntar de la aurora—precisamente antes de alborear—, es decir, las condiciones de visibilidad constituían, según fuesen, gran diferencia. Podía, en

efecto, haber sucedido algo a última hora que impidiese intervenir a las tropas aerotransportadas. Con respecto al tiempo hemos afrontado un grado muy alto de riesgo.

Pero el valor del general Eisenhower está a la altura de todas las decisiones que quepa tomar en esas extremamente difíciles e ingobernables cuestiones. Las tropas aerotransportadas están bien establecidas y los desembarcos se efectúan con menos pérdidas—muchas menos—de las esperadas. La lucha se mantiene en varios puntos. Hemos tomado varios puentes de importancia antes de que los alemanes los volasen. Incluso se lucha en la ciudad de Caen, en el interior. Pero todo esto, aunque sea un muy valioso primer paso—un primer paso vital y esencial—no indica en modo alguno cuál pueda ser el curso de la batalla en los próximos días y semanas, porque el enemigo probablemente se esforzará en concentrarse en esa zona, en cuyo caso pronto empezarán enconadas luchas y continuarán interminablemente según nosotros podamos desembarcar tropas y el enemigo llevar otras de refuerzo. Entramos, por tanto, en un tiempo muy serio. Gracias a Dios, entramos en él con nuestros grandes aliados, todos con animoso corazón y todos en buena amistad.

El 8 de junio el primer ministro hizo la siguiente breve referencia a la lucha en Francia:

No me propongo hoy hacer ninguna declaración sobre la batalla, y no la haré a menos que suceda algo excepcional. De hecho, pienso que cuantos extremos pudieran ocurrírseme están plenamente expresados en los excelentes informes que suministra nuestra inteligente y honrada Prensa. Pero debo decir que, si ésta es la última vez que hablo a la Cámara antes del fin de semana, deseo ahincadamente que los diputados, cuando vayan a sus distritos, no sólo mantengan la moral, en tanto como esto es necesario, sino que hagan también enérgicas advertencias contra el exceso de optimismo, contra la idea de que las cosas van a ser arregladas a la carrera. Y espero también que recuerden que, si bien hemos dejado atrás grandes peligros, enormes empresas nos esperan aún.

LA BOMBA VOLANTE

DECLARACIÓN A LA CÁMARA DE LOS COMUNES

28 junio. *En Normandía, las fuerzas blindadas alemanas entablan la mayor batalla de tanques de la invasión.*
Los rusos fuerzan el paso del Dniéper en un frente de 60 millas.

29 junio. *Los alemanes se hallan ante un inminente desastre en la Rusia Blanca. Los rusos ocupan Bobruisk, y el enemigo se retira de Minsk, en desorden.*

30 junio. *Muchas bombas volantes lanzadas contra el sur de Inglaterra son derribadas por aviones de caza y otros medios defensivos.*
Los ingleses establecen una cuña y cabeza de puente al otro lado del río Odón y rechazan fuertes ataques enemigos.

1 julio. *Se inicia un nuevo asalto a Caen con una gran batalla de tanques.*

2 julio. *Los rusos cortan el ferrocarril de Minsk a Vilna y avanzan sobre la frontera polaca de 1939.*

3 julio. *Los rusos ocupan Minsk, capital de la Rusia Blanca.*
Las tropas americanas emprenden una nueva ofensiva al sur de la península de Cherburgo.
En Italia, los franceses toman Siena.

4 julio. *Los rusos ocupan Polotzk, empalme ferroviario esencial para las defensas bálticas alemanas.*

5 julio. *Los canadienses deshacen los violentos ataques alemanes contra las recién conquistadas posiciones de la aldea de Carpiquet. Los americanos se abren camino en La Haye.*

6 julio. *El mariscal de campo von Runsdtedt, supremo jefe alemán en el occidente de Europa, es substituído por el mariscal von Kluge.*
Churchill revela que han sido arrojadas sobre Inglaterra 2.754 bombas volantes, habiendo causado la muerte de 2.752 personas.

[*6 julio 1944.*

Considero que el Gobierno de su majestad acertó no dando muchos informes sobre las bombas volantes hasta que conociéramos más acerca de ellas y pudiéramos medir sus efectos. En esto los periódicos han ayudado al Gobierno admirablemente y yo les doy las gracias. No obstante, ha llegado el momento de que se requiera una más plena cuenta y se abra un más ancho campo de discusión, y es opinión mía que discusión tal no perjudica ya al interés público. No obstante, aconsejo a los diputados y al público que midan cuanto dijeren, porque hay cosas que pueden parecer inofensivas y, sin embargo, dar al enemigo informes útiles para él, en detrimento nuestro. Sin embargo, de aquí en adelante se abrirá un campo más ancho de discusión.

Las bombas volantes.

Diré ante todo que sería un error disminuir el serio carácter particular de esta particular forma de ataque. Nunca ha sido subestimada en los círculos secretos del Gobierno. Por el contrario, hasta ahora las opiniones que formábamos sobre la fuerza y extensión del peligro excedían considerablemente a lo que de hecho ha sucedido. La posibilidad de tal ataque ha estado, entre otras cosas, bajo continuo e intenso estudio y examen durante largo tiempo. En los primeros meses de 1943 recibimos, a través de nuestras muchas y variadas fuentes informativas, vagas referencias de que los alemanes estaban desarrollando un arma nueva de largo alcance, con la que se proponían bombardear Londres. Al principio, nuestra información nos indujo a creer que iba a usarse un arma cohete. Hace precisamente cosa de un año, los jefes de Estado Mayor me propusieron que el secretario parlamentario adjunto al ministro de Suministros, se encargase de estudiar todos los informes que llegaran al respecto y dijera qué verdad, si alguna había, encerraban aquellas referencias, aconsejando a los jefes del Estado y del gabinete de Guerra la adopción de contramedidas. Mucho antes de entonces, mi muy honorable amigo, el ministro del Interior, cuya vigilancia ha sido incesante, había comenzado

a reforzar de modo general los refugios callejeros. Ahora ha intensificado su labor a efectos de que esos refugios no estén en modo alguno mal adaptados para contrarrestar los destructores efectos de las bombas que al presente están siendo usadas.

La Cámara comprenderá que el enemigo tomó las precauciones imaginables para ocultarnos sus designios. Sin embargo, como resultado de pesquisas a cargo de agentes y como consecuencia de reconocimientos, en julio de 1943 logramos localizar en Peenemunde, junto al Báltico, la principal base experimental para lanzamientos de bombas volantes y cohetes de largo alcance. En agosto último, la fuerza en pleno de la comandancia de bombardeos fué enviada a atacar esas instalaciones. Las incursiones fueron costosas, a causa de las grandes distancias que había que volar sobre Alemania, pero se causó gran daño al enemigo y a sus actividades, y cierto número de sabios alemanes, incluso su jefe, fueron muertos donde habitaban, en el establecimiento de la llamada Fuerza por la Alegría. Ese ataque aplazó muchos meses el desarrollo y puesta en acción de aquellas dos armas.

Por entonces también localizamos en Watten (Paso de Calais), la primera de las grandes instalaciones relacionadas con el lanzamiento de un cohete de largo alcance. Ese punto fué duramente atacado en septiembre y ha estado sometido a continuo machaqueo con las armas más pesadas de que disponen las aviaciones inglesa y americana. Ejecutamos igualmente minuciosos reconocimientos de toda Bélgica y Francia del Nordeste. Ésta fué inmensa tarea, y no sin coste, pero como resultado descubrimos en octubre último que, además de las grandes instalaciones del tipo de las de Watten, otras muchas, en mayor número, estaban siendo montadas a lo largo de la costa francesa, de El Havre a Calais. Medité entonces si convendría hacer o no una declaración a la Cámara de los Comunes en sesión secreta, pero, estando las cosas en tan hipotética condición, pensé que podían causar innecesaria alarma y que debíamos proceder paso a paso hasta tener mayores seguridades en lo que podíamos decir.

Los reconocimientos que practicamos fueron inmensa tarea, pero procuraron importante información. Así, hallamos que unas cien instalaciones algo menores estaban siendo erigidas en toda la costa francesa desde El Havre a Calais, y concluímos que debían ser los puntos de disparo de un proyectil de autopropulsión mucho más pequeño que el cohete al que al principio se dirigieran nuestros pensamientos. Ese centenar de puntos de disparo estuvieron siendo bombardeados desde diciembre último y todos fueron destruídos por la R. A. F. con la cordial asistencia de la creciente aviación de los Estados Unidos. De no ser por nuestras operaciones bombardeadoras de Francia y Alemania, de no ser, digo, por esos contrapreparativos a que nos entregamos, el bombardeo contra Londres hubiera empezado hace seis meses y en mucho mayor escala. Apremiado por nuestras contramedidas, el enemigo, que sentía, entre otros impulsos, la necesidad de tener algo de que alardear para mantener una guerra de nervios a efectos de impresionar a los neutrales y satélites y calmar a su propio pueblo, desenvolvió una nueva serie de instalaciones fabricadas de antemano y que debían reunirse rápidamente y ocultarse bien, especialmente en ocasión de estar el cielo encapotado. Desde esas instalaciones, relativamente ligeras y muy rápidamente montadas, se está desarrollando el ataque presente.

Escala del ataque.

¿Cuál es la escala de este ataque? Los cien emplazamientos destruídos, suponiendo que la producción enemiga de proyectiles fuese adecuada, habrían descargado a diario sobre Londres una cantidad de altos explosivos mucho mayor que la actual. Creo justo atribuir a las aviaciones inglesa y americana, merced a su infatigable y tenaz esfuerzo, esta disminución en la escala del ataque a que estamos expuestos ahora. Como la primera, la nueva serie de puntos de lanzamiento ha sido recia y continuamente bombardeada en los meses pasados. Según nuevas instalaciones son montadas o reparadas, se repiten nuestros bombardeos. Se emplean toda clase de esfuerzos para destruir esas estructuras y también para dispersar las brigadas de traba-

jadores y aplicar otros medios relacionados con el desgaste de tal sistema de ataque. El peso total de bombas lanzadas sobre objetivos de bombas volantes y cohetes en Francia y Alemania, incluyendo Peenemunde, alcanza ahora a 50.000 toneladas, y el número de vuelos de reconocimiento se eleva a muchos millares. El examen e interpretación de las decenas de miles de fotografías tomadas al efecto han sido por sí solos una asombrosa tarea, ejecutada por la Unidad de Interpretación Fotográfica de Reconocimientos Aéreos, de la R. A. F.

Esos esfuerzos han sido duros para ambas partes, amigos y enemigos. Una considerable proporción de nuestro poder aéreo ha sido durante meses sustraída a otras formas de actividad ofensiva. Por su parte los alemanes han sacrificado gran parte de su impulso de fabricación, que, si no, hubiese incrementado sus fuerzas de bombarderos y aviones de combate, permitiéndolas actuar en conjunción con sus ejércitos, tan presionados en todos los frentes. Falta saber quién ha sufrido y sufrirá más en este proceso. De hecho se ha mantenido durante un año una batalla invisible en que ambas partes han invertido grandes recursos. Esa batalla invisible ha pasado ahora a campo abierto y nosotros podremos (y nos veremos obligados) a vigilar sus progresos muy de cerca.

A las amenazas, capaces de congelar la sangre a cualquiera, con que la propaganda alemana ha tratado de mantener el espíritu de su pueblo y de sus satélites, se han añadido las más absurdas aseveraciones sobre los resultados del primer uso del arma secreta. Aseguro a la Cámara que no aminoro nada; pero creo justo corregir esas absurdidades mostrando algunos hechos y cifras verdaderos, cuyo conocimiento, si no son sabidos ya del enemigo, harán a éste muy poco bien, en mi opinión y en la de mis consejeros. Durante la última quincena aproximadamente, han sido disparadas desde las plataformas de lanzamiento de Francia cosa de 100 a 150 bombas volantes diarias, de alrededor de una tonelada cada una. Considerando el modesto peso y pequeño poder penetrativo de estas bombas, el daño que han hecho con su explosión ha sido extenso.

De todos modos, no puede ser comparado con la terrorífica destrucción mediante fuego y explosivos concentrados que nosotros hemos hecho al atacar Berlín, Hamburgo, Colonia y muchas otras ciudades alemanas y puntos de producción bélica de Alemania.

Esta forma de ataque es, sin duda, atribulatoria y congojosa, puesto que se prolonga durante las veinticuatro horas del día; pero la gente ha de acostumbrarse a ella. Todos deben acudir a su deber y asuntos, fuesen los que fueran—digo todos, hombres y mujeres—, y luego, una vez concluso el largo día, deben acogerse al más seguro abrigo que les quepa encontrar y olvidar sus cuidados con un sueño bien merecido. No hemos de subestimar ni de exagerar. En conjunto, hasta las seis de la madrugada de hoy, unas 2.750 bombas volantes han sido lanzadas desde la costa francesa. Gran proporción de ellas no han podido cruzar el Canal o sido derribadas y destruídas por varios métodos, incluyendo un gran despliegue de baterías, aviones y globos rápidamente dispuestos. Las baterías se trasladan a cualquier lugar donde se las requiera, y adoptan posiciones rápidamente. Una vez en su puesto, pueden hacerse grandes mejoras mediante conexiones eléctricas, etcétera, y en cuanto a la Aviación, enfrentada con este problema un tanto nuevo de dar caza a proyectiles, ha encontrado a diario nuevos métodos de hacerlo.

Digo, pues, que una muy grande proporción de las bombas lanzadas desde el otro lado han sido derribadas y destruídas por varios métodos. A veces, el abatirlas a tiros significa que exploten en el suelo. Por tanto, los lugares donde deben ser derribadas son preferiblemente elegidos en zonas donde nuestros golpes certeros no signifiquen necesariamente explosiones en puntos edificados. Procuro cuidadosamente no detallar estas zonas. Durante el mes de junio el tiempo ha sido muy desfavorable a nosotros a todos los efectos. En Normandía nos ha sustraído gran parte del uso de una inmensa superioridad aérea. Las batallas de Normandía están librándose sin la extraordinaria, abrumadora y excepcional ayuda de la vasta aviación que hemos reunido al propósito. Cuando mejore el tiempo

entrará en juego un nuevo y grande esfuerzo. En Inglaterra el mal tiempo ha hecho también más difícil la actuación y combinación de las baterías y aviones. La misma causa ha reducido los golpes que en toda oportunidad favorable descargamos en las plataformas de lanzamiento o puntos sospechosos al otro lado del Canal.

Creo, con todo, que la Cámara quedará favorablemente sorprendida cuando sepa que el número total de bombas volantes lanzadas por el enemigo ha matado casi exactamente a razón de una persona por bomba. Este notable hecho ha mantenido poco más o menos su ritmo semana tras semana.

Las últimas cifras son 2.754 bombas volantes lanzadas y 2.752 bajas irreparables. Estas cifras alcanzan hasta las seis de la mañana de hoy. He de decir que quedé asombrado cuando, ha poco, conocí esta pasmosa cifra. El número de muertos aumentará algo con el de personas que fallezcan de sus heridas en el hospital. Ha habido, además, un considerable número de heridos y muchas lesiones menores causadas por fragmentos de cristales. Los Ministerios del Interior y Sanidad han emitido instrucciones especiales a ese respecto y los periódicos han prestado un servicio utilísimo al dar amplia publicidad a tales recomendaciones.

Como esta batalla—pues lo es—puede ser algo prolija, no me propongo ocultar el número de víctimas. Daré su número porque creo que los exagerados rumores y aseveraciones que se hacen pueden ser más nocivos que la revelación de los hechos. El Ministerio de Seguridad Interior dará las cifras de mes en mes, como es usual. El número total de heridos hospitalizados es hasta ahora de 8.000. Ello no incluye lesiones menores tratadas en ambulancias de urgencia, o de pacientes asistidos en los hospitales, pero no retenidos en ellos ni un solo día. De los hospitalizados, una gran proporción ha sido dada de alta en muy pocos días. Los servicios de urgencia del gran Londres han actuado excelentemente. Su mecanismo, bien probado en el pasado, ha sido revisado continuamente, manteniéndolo siempre a la altura de las últimas exigen-

cias y mejorándolo a la luz de la experiencia. No ha sido puesto a prueba al límite de su capacidad y, además, naturalmente, reforzamos el mecanismo central con elementos de otras partes del país, no afectadas.

En cuanto al hospitalizamiento, nos habíamos preparado para tener en la batalla de Normandía muchas más bajas de las que hemos padecido, y, por tanto, tenemos, al presente, una considerable e inmediata reserva de urgencia en la cual cabe dispersar los pacientes. Los heridos son rápidamente trasladados a hospitales de distritos más seguros, y pláceme decir que la penicilina, hasta ahora restringida a usos militares, será utilizada en el tratamiento de todas las víctimas de bombas volantes. Aquí he de decir una palabra a propósito de nuestros amigos y aliados americanos que hay en Londres, y los cuales, desde el más alto oficial al soldado raso, han hecho, en todos los sentidos, causa común con nosotros, que los hemos acogido con gusto como auxiliares de todo género. No cabe visitar un lugar bombardeado donde se haya producido recientemente una explosión sin encontrar americanos llegados a toda prisa y en gran número para, afrontando cualquier riesgo, tender una mano de ayuda a todo el que se halle en agobio. Digo lo mismo del cuartel supremo del general Eisenhower, desde donde se dirige la actual batalla y donde, aparte de esto, se da a nuestras fuerzas y servicios auxiliares toda la ayuda concebible. Creo que será un vínculo más entre nuestros pueblos que los americanos vean lo que pasamos en Londres y tomen una parte generosa en compartir nuestra carga. Muy elevada proporción de las víctimas que mencioné—cosa de 10.000—, no siempre graves o mortales, ha correspondido a Londres, que presenta al enemigo—y ahora que menciono esto, la frase «Inglaterra del Sur» queda fuera de la circulación—, un objetivo de 18 millas de anchura por unas 20, según creo, de profundidad y es, por consecuencia, el mejor objetivo del mundo para el uso de un arma de tan grande imprecisión.

La bomba volante es un arma naturalmente indiscriminativa en su naturaleza, propósitos y efecto. El que los

alemanes hayan introducido arma tal promueve obviamente graves problemas sobre los que no pienso extenderme hoy.

Los edificios reciben reparaciones ligeras tan pronto como es posible. Como medida temporal se emplean usualmente toscos reparos protectores en tejados y ventanas. Gran número de obreros de la construcción está dedicado a esta tarea. El ministro de Trabajo ha traído y está trayendo copiosos refuerzos desde las provincias, refuerzos que llegan a diario. Ya han sido hechas reparaciones en muchas casas, pero hay zonas donde los daños de las explosiones llevan alguna ventaja a nuestras crecientes brigadas de reparación. Esto se remediará con el tiempo.

Respecto a evacuación, ya dije que todos deben permanecer en su puesto y cumplir su deber diario. Sería una afrenta a esta Cámara la sugestión de que debe instalarse en sitio diverso a Londres. Aquí empezamos la guerra y aquí la veremos terminar. Sin embargo, no desalentaremos a las personas que, no teniendo trabajo esencial que hacer en Londres, quieran abandonar la ciudad a expensas suyas si se sienten inclinados a hacerlo así. De hecho, nos ayudarán si, por su cuenta, realizan semejante acto. En Londres no se requieren más gentes que las necesarias para las ocupaciones de paz y guerra. Para las personas de cortos medios que no ejecuten trabajos de guerra y deseen evacuar, ya se han abierto registros, y se han tomado disposiciones a fin de trasladar a esas personas, lo más rápidamente posible, a lugares más seguros. Los niños, cuando sus padres lo desean, están siendo enviados fuera de la zona de peligro, que no se limita, en modo alguno, a la capital. Existe, por supuesto, el camino recorrido por las bombas antes de alcanzar este punto de la Inglaterra meridional que me he aventurado a particularizar hoy. Repito que los niños son evacuados si sus padres lo desean, y en todo caso las madres con niños pequeños, y las embarazadas, recibirán del Estado plenas facilidades. No queremos separar a las madres de sus hijos, salvo por deseo de aqué-

Evacuación.

llas, ya que la última vez ocurrió una cosa terrible. Hubo madres separadas de hijos de dos o tres años de edad, y cuando ellas reunieron dinero y tuvieron tiempo para ir a visitarlos, los niños apenas las conocían. Espero que ahora, dada nuestra creciente fuerza, reservas y facilidades de traslación, podremos decir a una madre con tres o cuatro hijos: «Si quieres evacuar, es perfectamente posible. Se han tomado disposiciones para llevarte al campo con tus hijos. Si deseas que vayan solos, y tú quedarte aquí con tu marido o atendiendo a tu trabajo, también se tomarán disposiciones a ese fin». No creemos que la escala del ataque que sufrimos justifique en caso alguno que el Gobierno imponga la evacuación. Para apresurar las disposiciones que dije, lord Leathers, ministro de Transportes de guerra, ha decidido que los ferrocarriles aumenten el servicio de trenes desde las estaciones de Londres.

Todas estas cosas y otras muchas son reexaminadas a diario, o casi a diario—y siempre diariamente cuando es menester—por la Comisión de Defensa civil que el ministro de Seguridad Interior ha presidido durante tanto tiempo. Porque la presidió desde los oscuros días en que se hizo cargo de los asuntos de Londres, que conoce tan bien, en el antiguo *blitz* original. En esa Comisión figuran los jefes o representantes de todos los departamentos afectados y el Gabinete de Guerra está siempre presto a confirmar cualquier decisión que pudiere atañer a la alta política. No hay, pues, dilación alguna. Las cuestiones se resuelven con mucha celeridad y se ha dado gran autoridad a esa Comisión. Las interpelaciones relativas a lo que puede llamarse «lado social» de la bomba volante, las reacciones sociales, deben dirigirse, o al ministro de Seguridad Interior, quien las contestará personalmente, o al ministro de Sanidad, cuya esfera de responsabilidad es más grande.

Muchas cosas oportunas pueden preguntarse, pero estoy seguro de que la Cámara querrá sofrenarlas de antemano, ya que una pregunta perfectamente inocente y natural podría tener relación con dar al enemigo más noti-

cias de las que deseamos decirle. Los alemanes mantienen grandes servicios de espionaje, siempre procurando reunir cuantas noticias les es posible, y en verdad debemos dejarles alguna cosa que hacer. Veo abundancia de cuestiones que debieran ser discutidas aquí, y si hay algún particular género de cuestión de la que deseemos tratar entre nosotros, tal procedimiento está siempre al alcance de la Cámara. No voy a enumerar a la Cámara las muchas difíciles cosas que han sido realizadas. He mencionado muchas de ellas. Daré, empero, una lista completa, y si algo queda fuera será cosa que convenga reservar para un día futuro. Podemos, con confianza, dejar a nuestra organización civil ejecutar su trabajo bajo la vigilante inspección de la Cámara de los Comunes. Han existido muchos períodos de la guerra en que el Gobierno ha confiado en la Cámara de los Comunes para mantener estrecho contacto con el pueblo y lugares afectados, y hemos acogido bien muchas útiles sugestiones. Creo que podemos tener gran confianza en nuestra organización civil, que tiene inmensa experiencia y ha manejado mecanismos que exigían mayores esfuerzos que éste.

Una pregunta inocente.

En el aspecto operativo, se ha formado una Comisión especial para revisar, concertar y aconsejar acerca de todas las contramedidas, tanto ofensivas como defensivas, que han de aplicarse al caso de las bombas volantes. Esa Comisión consiste en el secretario parlamentario adjunto al Ministerio de Suministros, como presidente; el mariscal del Aire, Hill, encargado de la defensa aérea de la Gran Bretaña; el general Pile, nuestro competentísimo jefe superior de la Comandancia Antiaérea desde el principio de la guerra; el subjefe superior del Estado Mayor del Aire y un representante del segundo comandante en jefe aliado, mariscal del Aire Tedder. Esta Comisión dispone de gran número de capacitados sabios e ingenieros, que estudian desde el punto de vista técnico la adopción de contramedidas. La Comisión me informa personalmente, así como a los jefes de Estado Mayor, y, en fin, al Gabinete de Guerra. Existe un organismo a efectos de

recabar decisiones rápidas de todas las autoridades interesadas.

¿Y el porvenir?, preguntará la Cámara. ¿Se agravará este ataque, o será vencido como la mina magnética, vencido como la amenaza de destrucción de Inglaterra mediante aviones, vencido como lo fué la campaña submarina? ¿Vendrán, por otra parte, sobre nosotros nuevos ingenios de más formidable contextura? ¿Vendrá la bomba cohete? ¿Explosivos mejores? ¿Mayores alcances, velocidades mayores, y mayores golpes bélicos caerán sobre nosotros? No puedo dar garantía alguna de que alguno de esos males sea enteramente impedido antes que llegue el momento, como llegará, de que el país desde donde tales ataques se desencadenen sea finalmente liberado de la garra enemiga. Entre tanto, sólo diré que, visitando diversos lugares donde habían estallado bombas, el sábado, sólo un hombre entre los centenares que vi me hizo una pregunta. Esa pregunta era: «¿Qué van ustedes a hacer sobre esto?» Yo respondí: «Todo lo que esté en poder humano, y nunca hemos fracasado aún». El hombre pareció satisfecho con la contestación. Es la sola promesa que puedo dar.

La batalla de Normandía.

No obstante, quiero hacer claramente notorio—y no deseo que haya equívoco alguno sobre este extremo—que no permitiremos que se resientan de esto la batalla de Normandía o los ataques que dirigimos a objetivos especiales en Alemania. Eso es ante todo y nosotros debemos ajustar nuestros asuntos locales al plan general de las operaciones de guerra. No puede hablarse de consentir el menor debilitamiento de la batalla a fin de disminuir en escala unos daños que, aun cuando puedan producir lamentable sufrimiento a algunas personas y cambiar en alguna extensión la vida normal y regular de Londres, así como su industria, nunca se interpondrán entre la Gran Bretaña y su deber de figurar en vanguardia de un mundo victorioso y justiciero. Para algunos será un consuelo comprender que están compartiendo, en no pequeño grado, los peligros de nuestros soldados en Ultramar, y que los golpes

que caen sobre nosotros aminorarán los que en otras formas debieran haber recaído en nuestros combatientes y nuestros aliados. De una cosa estoy seguro, y es de que Londres nunca será vencido ni desmayará, y que su fama, triunfando de todas las pruebas, brillará largamente sobre los hombres.

Un diputado preguntó qué medidas iban a someterse a la atención de los ministros respecto a las vidas, bienestar y seguridad del pueblo, y el jefe del Gobierno contestó:

Haré una sugestión bajo el acicate del momento. Y es que el Ministerio de Seguridad Interior designe a alguien a quien los diputados puedan referirse para que, si no obtienen satisfacción de ese modo, tomen las medidas que sean practicables. Comprendo que habrá preguntas a veces pequeñas, pero en algunos casos muy penosas, y deseo que la Cámara mantenga estrecho contacto con el Gobierno en este asunto, y que actuemos juntos en él, como en tantos otros. Paréceme, sí, que sería buena cosa que mi muy honorable y mencionado amigo designase a algún comisionado para tratar con los diputados que se sintiesen inquietos por estas materias. Algo semejante realicé hace veinticinco años, cuando la desmovilización de la pasada guerra, y ello produjo gran satisfacción. Por entonces las preguntas ascendían a diario a varios centenares. Si hay algún modo mejor de obrar, hablaré de ello con mi muy honorable amigo, y él hará alguna declaración a la Cámara.

Un diputado suscitó la cuestión de abrir refugios profundos, y Churchill repuso:

Creo haber olvidado eso en mi discurso. Siempre hemos considerado los refugios profundos como una reserva y ahora hemos decidido utilizarlos. Debe felicitarse al ministro del Interior por haber conservado ese triunfo en sus cartas, y debemos hacer uso de tales refugios del modo más efectivo para nuestros planes ulteriores, no sólo como lugares donde la gente pueda acampar indefinidamente, sino como parte de la vida y movimiento generales de Londres.

Interrogado sobre evuación, dijo:

El caso de los ancianos y enfermos debe ser considerado y lo será. Ésa es una de las primeras cuestiones a que prestará atención mi muy honorable amigo, pero creo que los niños han de considerarse ante todo.

Otro diputado apremió sobre un debate público, y Churchill repuso:

Eso podría fácilmente conducir a cosas que el honorable caballero que habla sería el último en desear, porque cabría decir en el debate alguna cosa que favoreciese al enemigo. Todas las palabras son leídas y escudriñadas para procurar sacar consecuencias de ellas. Un debate público consiste muy a menudo en críticas, cosa natural, porque los que están satisfechos callan. No estoy seguro de que necesitemos subrayar indebidamente las dificultades que hemos de afrontar—y contamos vencer—, mediante un debate público en el que a cada momento el ministro hubiese de aconsejar sesión secreta.

Debate público.

Más vale hacer lo que se ha prometido, esto es, mantener una discusión sin que el enemigo nos oiga. Conozco mucho a propósito de esto. Puedo asegurar a los honorables diputados que tengo muy buenos consejeros que refrenan lo que yo digo para evitar que manifieste incidentalmente alguna cosa perjudicial; pero los honorables diputados no tienen la misma oportunidad que yo. Un discurso muy bien intencionado podría arrancar a las tropas este comentario: «¡Mirad eso que han dicho en la Cámara de los Comunes!» Hemos de ser precavidos, y, por tanto, no recomiendo un debate público.

Un diputado dijo que recibía muchas cartas exhortando a tomar represalias. Churchill contestó:

Deliberadamente he declarado que éste es un asunto que promueve graves consideraciones y en el que no me propongo aventurarme. Estoy seguro de que éste es el modo mejor de hacer las cosas. ¿Puedo pedir a la Cámara que no se prosigan indebidamente estos interrogatorios hoy? He ponderado muy cuidadosamente mis pala-

bras y quisiera que ellas representasen lo que podemos decir a la Cámara y al pueblo.

Edgar Granville, diputado por Eye, preguntó acerca de los efectos de la explosión sobre los cristales, de lo que procedía hacer y de si el primer ministro daría instrucciones de que se abriesen las puertas de los refugios. Churchill alegó:

Realmente, ésas no son preguntas a las que yo deba contestar.

Granville: «Pero salvan las vidas de las gentes. Al parecer esto no importa a algunos honorables miembros de la Cámara.» Churchill replicó:

El honorable señor que habla no tiene derecho a sugerir que otros honorables miembros no se preocupan de salvar las vidas de las gentes, o que él posee algún monopolio de la caridad humana, o alguna marcada preeminencia en el genio humano.

LA SITUACIÓN DE LA GUERRA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

---

7 julio. *Los rusos avanzan en un frente de 400 millas desde la Rusia Blanca al sur de Kovel.*
Los bombarderos de la R. A. F. descargan 2.000 toneladas de bombas sobre los alemanes concentrados al norte de Caen.

8 julio. *Tropas británicas irrumpen en Caen después de un gran empuje de fuerzas blindadas.*

9 julio. *Canadienses e ingleses completan la ocupación de Caen. Los americanos toman La Haya.*

11 julio. *Dura lucha en Francia entre el Orne y el Odon. Los estadounidenses avanzan hacia St. Lo.*
Roosevelt anuncia que los Estados Unidos han reconocido al Comité Francés de Liberación Nacional.

12 julio. *Son rechazados fuertes contraataques alemanes en Francia.*

13 julio. *El ejército ruso toma Vilna.*
En Normandía el enemigo es rechazado entre La Haye y St. Lo.

14 julio. *El ejército rojo toma Volkovisk y Pinsk y profundiza 15 millas en la Prusia Oriental.*

15 julio. *Los rusos lanzan una nueva ofensiva en el sur de Polonia.*

16 julio. *Es ocupada por los rusos la fortaleza de Grodno, que cubre los accesos a la Prusia Oriental.*
El VIII Ejército ocupa Arezzo, eje de la línea alemana en el sector central italiano.

17 julio. *Tropas británicas ensanchan el saliente del Odon y poderosas fuerzas aéreas atacan los suministros enemigos en una amplia zona de Francia.*

18 julio. *Tras un período de calma relativa, empieza la gran batalla de Francia. Fuerzas y tanques ingleses y canadienses cruzan el Orne y rompen el frente germano.*
Los americanos toman St. Lo.
Tojo, jefe del Gobierno japonés, dimite su cargo de jefe del Estado Mayor General.

19 julio. *Los ingleses ocupan Cagny, cinco millas al sudeste de Caen.*
Los aliados conquistan, en Italia, Leghorn y Ancona.

20 julio. *Se anuncia oficialmente en Berlín que se ha atentado a la vida de Hitler con una bomba. Hitler anuncia por radio que la responsabilidad recae en un grupo de oficiales y declara que Himmler ha recibido la misión de «exterminar implacablemente a los usurpadores». Fuerzas americanas desembarcan en Guam (Pacífico).*

21 julio. *A raíz del atentado contra Hitler, la Gestapo practica 1.000 detenciones en Berlín.*

22 julio. *Agitación en Alemania. Hitler exhorta al ejército a mantenerse leal.*

23 julio. *El ejército ruso captura Pskov y corta la vía férrea al norte de Dvinsk.*
El rey llega a Italia para revistar las tropas.
Churchill regresa de una expedición de tres días por el norte de Francia.

24 julio. *Lublín, fortaleza que protege los accesos de Varsovia, es tomada por los rusos.*
Berlín anuncia la muerte de dos generales alemanes, heridos en ocasión del atentado contra Hitler.
Se impone como obligatorio el saludo nazi en todas las fuerzas armadas alemanas.

25 julio. *Hitler decreta la movilización total de toda la Europa bajo dominio nazi.*
Con apoyo de 3.000 aviones, los americanos que atacan al oeste de St. Lo rompen la línea enemiga en un ancho frente.

26 julio. *Los rusos alcanzan el Vístula al oeste de Lublín.*
Infantería británica y canadiense rechaza duros contraataques en la carretera Caen-Falaise, mientras columnas blindadas norteamericanas penetran en las posiciones enemigas al oeste de St. Lo.

27 julio. *El ejército rojo ocupa Bialystok, Stanislavov, Dvinsk, Rezekne, Lvov y Shavli.*
La flota aliada de Oriente bombardea con energía Sabang, base naval japonesa en las Indias Orientales.

28 julio. *Los aliados consiguen su mayor victoria en Francia. El ejército alemán del oeste de Normandía es batido y pierde 4.000 prisioneros en tres días de ataque.*
Caen en manos rusas cuatro grandes bases: Kovno, Brest-Litowsk, Przemysl y Jaroslav.

29 julio. *Avanzadas americanas progresan hacia Brehal.*

30 julio. *Sigue el avance americano en el oeste de Normandía. Los británicos lanzan un nuevo ataque en Caumont.*

31 julio. *En un rápido empuje, los americanos entran en Avranches, mientras los ingleses progresan en la zona de Caumont.*

1 agosto. *Los ingleses ganan 10 millas al sur de Caumont, y en Bretaña los americanos cruzan el río Selune.*

Ryti, presidente de Finlandia, dimite, siendo sustituído por el mariscal Mannerheim.

2 agosto. *Churchill, hablando de la guerra, dice en la Cámara de los Comunes: «Ya no me siento obligado a negar que la victoria puede venir pronto.»*

[*2 agosto 1944.*

Tengo, en conjunto, buenos informes que dar a la Cámara. En todos los frentes de batalla del mundo, las armas alemanas y japonesas retroceden. Retroceden ante las fuerzas militares de muchas naciones que, en variadas agrupaciones, forman la gran alianza. En aire, mar y bajo las olas, nuestra bien afirmada supremacía aumenta a grandes pasos. Desde primeros de 1944 las pérdidas por acción submarina son, comparadas con otros años, casi desdeñables. Las vastas flotas aliadas han surcado los mares y océanos de enero a junio con menos de la mitad de las pérdidas que hemos infligido a los pequeños, vacilantes y en gran parte inmóviles recursos navales del enemigo, tanto en Oriente como en Occidente. Siempre cabe que pueda haber una reanudación de la guerra submarina. Se habla de que los alemanes se esfuerzan en dar mayor velocidad a sus submarinos en sumersión. Existen al propósito varios relatos y nunca conviene olvidar esas cosas. Siempre es posible que los alemanes logren obtener alguna relativa y temporal ventaja en sus aviones. Por estos motivos hemos de tener cuidado de no rebajar indebidamente ni nuestras precauciones ni nuestros esfuerzos, con miras a dirigir éstos por otros cauces. Naturalmente, queremos dirigir incesantemente nuestro esfuerzo a esos otros cauces, ya que cuando se elimina un peligro se presenta una nueva oportunidad; pero hemos de ser muy cautelosos, dada la posibilidad de inesperadas—y usualmente desagradables—cosas que puedan sobrevenir en el futuro. Mas, en este momento, no hay un frente en el mundo donde la superioridad aliada no sea muy pronunciada.

Japón.

En enero de 1942, en Washington, se decidió que Ale-

mania era el primer enemigo y que sólo el mínimo de fuerzas necesarias para la salvaguardia de nuestros intereses vitales se distraerían a fin de sostener la guerra con el Japón. No obstante, los recursos unidos de americanos e ingleses crecieron con tal celeridad, que se hizo posible desarrollar simultáneamente ambas guerras con mucho vigor ofensivo. En el Pacífico, las inmensas fuerzas de los Estados Unidos, equipadas con aviones y con todos los tipos concebibles de embarcación propia para la guerra anfibia—todo ello en la mayor escala, dirigidos con pericia y mandadas con habilidad, así en mar como en tierra, tanto por el almirante Nimitz como por el general McArthur, quien no sólo manda las fuerzas americanas, sino también las poderosas tropas australianas y neozelandesas—esas fuerzas digo, han ganado importantes y crecientes éxitos. Nueva Guinea ha sido dominada; tomadas Saipán y las Marshall; las flotas y otras fuerzas de los Estados Unidos han cruzado las defensas exteriores del Japón y en algunas partes las interiores, y así nos abren la perspectiva de una culminación mucho más rápida en el Extremo Oriente. Muchas decenas de miles de japoneses han sido rebasados y perecen de hambre en islas y selvas, sin otra ayuda del Japón que la que pueden suministrar algunos submarinos apartados al efecto de su uso bélico normal.

Los reflejos de estos sucesos en el Japón, la sensación de una debilidad creciente en mar y aire y la también sensación de la vana dispersión de sus fuerzas y de las tribulaciones económicas en el interior, han producido la caída del almirante Tojo, el máximo dirigente japonés de guerra, cuyo cómplice e íntimo colega, almirante Yamamato, declaró otrora que él dictaría sus condiciones de paz a los Estados Unidos en Washington. No es fácil para nosotros medir la naturaleza de las fuerzas sísmicas que han producido esa notable convulsión política y militar en el Japón, pero difícilmente habrá surgido de la convicción entre los japoneses de que el programa del almirante Yamamato se ha cumplido tal como él y el almirante Tojo esperaban. He de repetir que me siento crecientemente

inclinado a creer que el intervalo entre la derrota de Hitler y la del Japón será más corto—acaso mucho más corto—que lo que en otro tiempo he supuesto.

India. Birmania.

En el frente indio—para acercarnos un paso más a la patria en esta guerra a grandes distancias—, la campaña birmana ha sido difícil de seguir en detalle a causa de la incesante lucha y lo intrincado del país. Hablando a grandes rasgos puede decirse que en Quebec, el año pasado, se planearon ciertos avances en Birmania del Norte con objeto de dar mayor seguridad a la inmensa ruta aérea americana a China. Debo mencionar que esa ruta aérea transporta más tonelaje que nunca fué transportado, o verosímilmente pudo transportarse, por la carretera de Birmania. Cruzando la vasta cordillera del Himalaya, transporta esa ruta aérea un inmenso tonelaje cada mes. Esto es de máxima ayuda al general Chiang Kai-Shek y a los chinos en su larga y dura pugna. La Cámara puede imaginar el vasto esfuerzo que implica esta realización de los Estados Unidos, indispensable para la vida de China.

En Quebec pusimos nuestras esperanzas en el nuevo jefe supremo, almirante Mountbatten y en su brillante segundo, el teniente mayor general Wingate, quien ya ha pagado—¡ay—el tributo del soldado. Era un hombre de genio, que pudiera haber sido el hombre del destino. Lo hemos perdido, pero su espíritu vive en los grupos de penetración a larga distancia y en todas esas intrincadas y audaces operaciones militares que se fundan en el transporte aéreo y el suministro por aviones.

Los movimientos decididos en Quebec entrañaban la acción de más de 250.000 soldados británicos e imperiales, así como en muchos más situados sobre las largas y precarias comunicaciones que se internan en la India. Este movimiento produjo en la primera fase una operación japonesa en dirección opuesta, con el fin de invadir la india y cortar la ruta aérea americana. Así, esas dos fuerzas en oposición entraron en choque en muchos puntos a lo largo de un frente de 1.200 millas, en la primera parte de febrero, habiéndose desde entonces producido

combates de intensa fiereza, con el resultado de que los japoneses han sido obligados a retroceder en todos los sectores. A la vez, importantes centros del norte de Birmania han sido ocupados merced a brillantes operaciones dirigidas por el general Stilwell, con participación de tropas chinas y con la valiosísima cooperación de tropas inglesas de infiltración a larga distancia, las cuales han operado a retaguardia del enemigo. El país debe reconocimiento al XIV ejército británico, que ha desempeñado algunos de los más duros servicios de esta guerra, servicios que no deben olvidarse como consecuencia de la violencia y encarnizamiento de sucesos mayores y más cercanos a la patria.

Pero otros muchos hay, además del XIV ejército, a los que no podemos olvidar. Al pensar en las fuerzas combatientes, pensamos sobre todo en las que combaten en los principales frentes de guerra, pero haríamos mal no recordando a todos los que sirven lealmente nuestra causa en tierras remotas y distantes guarniciones del mundo y cuyo sólido y poco espectacular esfuerzo no aparece a menudo en la Prensa. Esos hombres, en muchos casos, no tienen el estímulo de entrar en batalla y a veces no han visto sus familias y hogares en cuatro años, cinco o más. Por lejos que puedan hallarse, su tarea es parte esencial de la modelación de la victoria y como tal vivirá siempre en nuestros corazones.

Volviendo a Birmania, el almirante Mountbatten y sus comandantes han sostenido una afortunada y vigorosa campaña en esas desoladas selvas y pantanos donde les retiene su deber. Los japoneses, rechazados en todas partes, han sufrido pérdidas que exceden a las nuestras en mucho. La India ha sido defendida con éxito durante otro año, la línea aérea a China se ha reforzado y mantenido y el peligro se ha alejado de sus bases esenciales. Además, el almirante Somerville, ahora al frente de una poderosa flota inglesa oriental, que incluye buenas unidades francesas y holandesas, ha emprendido ataques a Sebang, Surabaya y otros puntos japoneses de las Indias Orientales Holandesas. A fines de año nuestra flota en

aguas orientales estará muy reforzada. Es probable, sin embargo, que la Armada japonesa haya visto, para entonces, arregladas sus cuentas con la flota de los Estados Unidos, que dobla ya las proporciones de la escuadra de esa presuntuosa, ambiciosa y traidora potencia oriental. Creo justo hablar del frente birmano ante la Cámara, porque a nuestros soldados los anima la idea de que la Cámara de los Comunes sigue con ojos atentos las peripecias y hazañas de las tropas.

Paso ahora a un asunto de mayor importancia. Se necesitaría un tomo para relatar la historia de la travesía del canal y desembarco de los ejércitos de liberación en suelo francés. Pero sólo dispongo de pocos minutos y, por tanto, he de ejercer todo lo posible el arte de la selección. En abril de 1943, el general Morgan, del ejército inglés, fué nombrado jefe del Estado Mayor angloamericano encargado del planeamiento de operaciones, organismo que inspeccionó todo el proyecto por decisión de los jefes del Estado Mayor combinado. Ese plan escogió las playas que debían atacarse y presentó el bosquejo de las operaciones así como una masa de detalles para apoyarlo. En principio obtuvo completo acuerdo. Es notable que un secreto así, que desde el comienzo hubo de confiarse a decenas de hombres, muy pronto a centenares y últimamente a miles, nunca trascendió fuera, ni en nuestras islas ni en la vasta extensión de los Estados Unidos.

Travesía y desembarco.

En Teherán prometimos al mariscal Stalin aplicar ese plan, o algo semejante, a fines de mayo o principios de junio, y él, a su vez, prometió arrojar, como ha arrojado, en efecto, a todo el ejército ruso en la batalla del Este. En enero de este año se designaron los jefes. El Mediterráneo tuvo un comandante británico—el general Wilson—, y el general Eisenhower asumió el mando de la fuerza expedicionaria concentrada en Inglaterra. Nadie ha trabajado más experta ni intensamente por la unificación y buena voluntad de las grandes fuerzas a sus órdenes, que el general Eisenhower. Posee el genio de unir a los aliados y se enorgullece de considerarse un jefe aliado

tanto como estadounidense. Son familiares a la Cámara y al país los nombres de los demás distinguidos comandantes.

El general Eisenhower designó al comandante en jefe del ejército expedicionario británico, general Montgomery, para el mando de todas las tropas invasoras, ya americanas ya inglesas. Durante más de un año, hombres, equipos y pertrechos americanos se han trasladado continuamente a estas islas y nosotros por nuestra parte hemos elegido entre los ejércitos ingleses una fuerza expedicionaria que era prácticamente tan grande como la americana en la fase inicial. Grandes refuerzos acudidos de América han alterado ya, y continuarán alterando, este equilibrio, pero en la gran aventura fuimos prácticamente iguales. El adiestramiento de esas tropas se emprendió de modo intenso. El plan preveía también sucesivos desembarcos que debían seguir al golpe principal. El episodio culminante parecía a todos ser el del cruce del canal, con sus aguas tormentosas, sus rápidas corrientes, su diferencia de dieciocho pies entre marea alta y baja y, sobre todo, sus cambios de tiempo, que en una operación tan grande como ésta pueden fácilmente aislar una parte del ejército en una playa durante varios días, sin que le sea posible a esa hueste recibir refuerzos ni siquiera retirarse, quedando así a merced de un enemigo superior. Tal factor de un posible cambio de tiempo flotaba en el cielo, fatídico como un buitre, sobre los pensamientos de los más optimistas.

En todos esos aspectos, la labor del Cuartel General de operaciones combinadas, fundado en 1940 a las órdenes del almirante Keyes para efectos de guerra anfibia, y desarrollado a partir de 1942 por el almirante Mountbatten, probó su mucho valor. Como es bien sabido, me opuse a practicar esta gran invasión, cruzando el canal, en 1942, y ella fué claramente imposible en 1943, por haber nosotros escogido como campo de lucha el Mediterráneo y concentrado allí nuestros recursos anfibios. Pero esta vez todos concordamos y los jefes, tomando la vasta masa de conocimientos ya acumulada, y poniendo en ella su

personal impronta, mejoraron el plan de muchas maneras y animaron y adiestraron a nuestras tropas para adaptarlas a él en sus diferentes características y fases.

Por qué no se ejecutó antes.

No creo que esa gran empresa debiera haberse ejecutado antes. No teníamos experiencia. Nos faltaban pertrechos. Pero antes de desencadenar el ataque en 1944, hicimos cinco afortunados desembarcos en el Mediterráneo y fué ideada una masa de maravillosas embarcaciones de toda especie, lo que estuvo a cargo de nuestros servicios y los de nuestros compañeros de los Estados Unidos, al otro lado del océano. El grueso de esas naves fué construído en los Estados Unidos, aunque nuestros astilleros han trabajado al máximo. Hay más de sesenta variedades de esos buques de desembarco y naves de escolta, que atienden, no sólo a desembarcar un ejército, sino a cuanto un ejército puede necesitar.

Vi yo mismo, por ejemplo, pocos días después de completado el desembarco, seis de esas grandes naves de desembarco—debí decir naves medias, aunque son de considerable tamaño—avanzar juntas en línea hasta que las detuvo la inclinación de la playa, abatir sus pasarelas, lanzar por ellas sus vehículos y en cinco minutos tener toda una batería pesada formada en columna de marcha y lista para inmediata o casi inmediata acción. Yo creía en verdad que ello debía ser cosa de horas, pero en menos de quince minutos aquellos voluminosos barcos se habían alejado ya de la costa y volvían a Inglaterra por otra carga. Esto crea un nuevo ambiente y da nueva luz sobre la posibilidad de una invasión a través del Canal, que yo espero no sea aplicada a nuestro propio pueblo en los días en que entreguemos nuestros deberes a otros. Existe una maravillosa invención americana consistente en un camión pesado que sostiene una marcha de 40 a 50 millas por hora en carretera y puede entrar en el agua y sostenerse varias millas en el mar con tiempo muy malo, volviendo con un cargamento de varias toneladas y acudiendo a donde se necesite especialmente.

Un inmenso sistema de puertos, escolleras y desembar-

caderos artificiales se preparó también a fin de que, una vez puestò pie en tierra, se colocaran en sitios apropiados a fin de tener vastos espacios de aguas abrigadas. En menos de un mes se crearon puertos comparado con los cuales parece pequeño el de Dover. En esos puertos y en las costas que protegen, ha desembarcado un gran ejército, con todo el complicado equipo de las armas modernas, que exigen un vehículo por cada cuatro o cinco hombres; y así, a fines de junio, a pesar de la peor galerna conocida en los últimos cuarenta años, se había creado una base sólida que nos daba la certidumbre de poder sostener una campaña ofensiva en máxima escala contra cualesquiera fuerzas que, con arreglo a nuestros cálculos, pudiera verosímilmente alinear el enemigo.

Esas operaciones fueron protegidas y apoyadas por una considerable flota inglesa, auxiliada por un fuerte destacamento de la escuadra norteamericana, todo ello a las órdenes del almirante Ramsay. A pesar de galernas, minas y de más de 100 submarinos alemanes que esperaban en los puertos de la bahía de Vizcaya; a despecho de un enjambre de lanchas torpederas y otros merodeadores, se mantuvo un tráfico incesante sobre una faja de 100 millas millas de Canal, y el general Eisenhower, con su lugarteniente el general Montgomery, se hallan ahora al frente de un muy grande y poderoso ejército equipado como ningún ejército lo ha estado hasta hoy.

Protección marina y aviadora.

Un abrumador poder aéreo era, por supuesto, tan indispensable como el poder naval para ejcutar tal operación. El bombardeo estratégico a cargo de las fuerzas combinadas de bombarderos ingleses y americanos y el uso de los bombarderos medios y fuerzas de caza, era el preludio esencial de nuestro desembarco en Normandía. Los preparativos para la batalla empezaron definidamente en abril, y no sólo en el punto de ataque—pues esto hubiese revelado muchas cosas—, sino, por necesidad, de modo imparcial a lo largo de toda la costa y también muy a retaguardia. Así, cuando nuestros buques cruzaron el Canal sin ser vistos ni molestados, la mitad de los cañones

que debieran haberlos hundido estaban desmantelados y mudos y al empezar el contraataque por tierra y bajo el mar, la aviación táctica y costera lo contuvo mientras nuestras bases en tierra y nuestras rutas marinas se establecían firmemente.

Esas proezas de la aviación no se ejecutaron sin pérdidas, las cuales, en muertos y en proporción al personal en vuelo, han excedido con mucho a las de cualquier arma. Desde el 1 de abril, fecha de apertura de la campaña aérea, hasta el 30 de junio, unos 7.000 hombres del mando metropolitano de la R. A. F. han resultado muertos o desaperecidos. Las pérdidas estadounidenses son también muy graves. La abnegación de los pilotos y tripulantes de ambos países ha sido sublime.

Desde esos días hemos estado en constante batalla. El general Omar Bradley ha limpiado la península de Cherburgo y el general Dempsey ocupado la zona que circunda a Caen. Hemos causado al enemigo bajas que duplican las nuestras. Ello es notable considerando que nosotros fuimos los atacantes y recordando lo visto en la última guerra. Nos ha estorbado sin cesar un tiempo muy malo, que con sus brumas mañaneras y nubes bajas ha impedido las operaciones día tras día, imposibilitando el alud de fuego y acero que nuestra aviación preparaba para el ataque. Por fin hemos logrado ganar el espacio necesario para desplegar lo que requieren ejércitos de las proporciones de los nuestros.

Confieso que las últimas noticias parecen extremamente buenas. El I Ejército americano, avanzando por la costa atlántica, ha alcanzado la línea del río Selune y acaso esté aproximándose ya al importante centro ferroviario de Rennes, a mitad de camino de la base de la península de Brest. Más al Este, los americanos han rebasado Villedieu-le-Poeles y tomado Brecey. El ataque británico ha hecho también grandes progresos, avanzando en el centro unas 12 millas. En el frente canadiense del sur de Caen, atacamos ayer y a la sazón se libra dura lucha. Somos muy superiores al enemigo en hombres, fuerzas blindadas y

Fuerza aliada.

aviación, y tengo pocas dudas de que lo seremos en movilidad una vez el frente haya sido ensanchado.

Es deseo del general Eisenhower que la batalla de Normandía sea como un conjunto y solo un grupo de operaraciones conducidas por una fuerza aliada unida fraternalmente y entremezclada de cuantos modos parezcan convenientes. Pero esto no impedirá a la Cámara de los Comunes expresar su encendida admiración por las espléndidas y espectaculares victorias ganadas por las tropas estadounidenses del general Bradley, tanto en Cherburgo como en su marcha hacia el Sur, marcha que ahora casi se ha convertido en galopada por la península. Los alemanes han tenido notables oportunidades de rectificar la burlona e insultante estima que hacían del valor militar del ejército americano cuando declararon la guerra a la gran república.

Los británicos y canadienses hemos participado plenamente en esos fieros y prolongados choques, desempeñando el importante papel que nos asignó el jefe supremo y, a sus órdenes, el general Montgomery. Si el general Eisenhower, como jefe supremo, o el general Montgomery, como su segundo en el campo, hubiesen considerado, ni aun en el menor grado, si debían emplear tropas americanas, británicas y canadienses de tal o cual modo, aquí o allí, con otros fundamentos que no fuesen los estrictamente militares, esos jefes hubieran tenido dificultades graves. Pero ya que nuestros enemigos sugieren por sus radios que la carga de la pelea ha recaído indebidamente en ciertas fuerzas, sépase que las pérdidas de las fuerzas inglesas y canadienses reunidas son caso iguales a las del ejército, más numeroso, de los Estados Unidos, en proporción a su relativo número. Todo ha sido compartido por igual, en buena y en mala fortuna, a lo largo de todo el frente.

Hasta ahora, ésta ha sido una gloriosa epopeya, no sólo liberando los campos de Francia de una atroz esclavitud, sino también uniendo con lazos de sincera camaradería a las grandes democracias occidentales y a los pueblos de idioma inglés. Esto es cuanto me propongo decir hoy res-

pecto a las actuales operaciones al otro lado del Canal. Harán bien los diputados si las siguen con la más estrecha atención. En la prensa se han dado relatos muy completos y excelentes, que a menudo se adelantan a las noticias oficiales, ya que en éstas ha de tenerse más cuidado con lo que se dice. La prensa da una vívida y fiel pintura de los sucesos que se producen en esta lucha tan próxima a la metrópoli.

Prometí hace unas semanas referirme a la cuestión de los tanques ingleses antes de finalizar las sesiones, y, con permiso de la Cámara, efectuaré una breve digresión de mi tema, ya que ésta es la última oportunidad que por ahora tenemos.

Tanques ingleses.

Ya he dicho a la Cámara que, hacia la época de la caída de Tobruk, el presidente nos dió los primeros 350 tanques Sherman que ya habían sido consignados al ejército americano, y sabemos que desempeñaron un papel clave en la batalla del Alamein. Cuando fuí a América un año después encontré amplias existencias de esos taques, anteriormente tan valiosos y raros, ya que la producción americana avanzaba a grandes pasos, pudiendo ofrecernos 3 ó 4.000 de esas preciosísimas armas. Eso fué ventajosísimo para nosotros, permitiéndonos reducir nuestra producción de tanques y dedicar mano de obra y materiales a otros instrumentos de guerra que se requerían con urgencia. Pudimos también desarrollar los tipos Cronwell Churchill y otros, de una manera ordenada y libres del temor de que escaseasen los taques poseídos por las tropas. El tanque Sherman ha mantenido en las batallas de Italia y Normandía la reputación ganada en África. Es, desde luego, en esencia, un tanque-crucero, como el Cromwell, que es el tipo mayor de tanque-crucero inglés. Ambos tanques están considerados excelentes y dignos de confianza respecto a los propósitos para los cuales se crearon. Como la Cámara sabe, hemos logrado montar un cañón del 17 en el Sherman—cosa notable—, y muchos de ellos están luchando en Normandía o afluyendo allí en continuo torrente.

El general Montgomery, a propósito de la reciente batalla, ha escrito lo que sigue:

«Hasta la fecha hemos derrotado a los alemanes en batalla, y no hemos tenido dificultad alguna en batir al ejército alemán una vez dominados los diversos problemas. En ese sentido los elementos blindados ingleses han desempeñado una parte notable. El Tigre y el Pantera son poco manejables mecánicamente, y el Pantera es muy vulnerable por el flanco. Nuestros cañones del 17 los perforan con facilidad. Siempre que nuestra táctica sea buena, podremos derrotarlos sin trabajo.»

Suele decirse que el parroquiano tiene siempre razón...

El Cromwell, desde luego, posee una velocidad superior, lo que será especialmente efectivo cuando se combata en terreno más abierto. En cuanto al Sherman, yo mismo he visto con mis propios ojos la semana pasada cómo actúa su cañón del 17. Fué en las cercanías de Caen. Había una extensión de amplios campos de onduloso trigo junto a los cuales se alzaba una aldea de piedra parda. Los generales Montgomery y Dempsey me llevaron a ese lugar, invitándome a contar los tanques Pantera que yacían allí destrozados. Conté nueve en el espacio de unas mil yardas cuadradas. El general me dijo que aquellos nueve carros habían sido destruídos por el cañón del 17 de un solo tanque Sherman desde los muros de la aldea. Uno no puede dejar de sentirse impresionado por cosas así cuando las ve personalmente. Desde luego, un tanque de 30 toneladas no puede tener el mismo blindaje que otro de 60. Pero la movilidad, velocidad y manejabilidad tiene gran importancia también, y cuando se añade una pieza del 17 a todas estas cualidades, nadie posee el derecho de decir que esos tanques ligeros no son adecuados a sus tareas y no constituyen un prudente y previsor empleo de nuestra potencialidad bélica.

Temo que todo esto cause disgusto y desagrado al honorable diputado por Ispwich. (STOKES: «*No se ha dicho toda la historia.*») Más vale que el honorable diputado se reporte, porque falta por decir lo peor. El célebre tanque Churchill, el arma de más recio blindaje de Europa, tam-

bién ha ganado alabanzas. Ese tanque, originalmente, fué concebido en 1940 a fin de pelear en las callejas campestres y el terreno cerrado de esta isla, y a pesar de las dificultades dimanadas de la prisa en su diseño y construcción, una vez más vuelve ahora por sus fueros, como ya lo hizo en el norte de Túnez en 1942. Y vuelve por sus fueros porque las condiciones de lucha en Francia y en las regiones de Italia donde peleamos son muy adecuadas a sus cualidades maniobreras y su pesado blindaje. Ningún tipo particular puede ser perfecto. El Tigre y el Pantera son esencialmente armas defensivas, mientras el Sherman y el Cromwell lo son ofensivas. El Churchill puede ser ofensivo o defensivo, según lo requieran las circunstancias. Prescindo de los detalles técnicos. El general Oliver Leese informa lo siguiente acerca de la lucha en Italia:

«Puede que interese a ustedes conocer los excelentes servicios de los tanques Churchill, que apoyaron al Cuerpo canadiense en el ataque y ruptura de la línea Hitler el pasado mes. Los tanques sostuvieron un gran fuego de cañones antitanques de grueso calibre, y varios carros resultaron alcanzados de lleno sin daño para sus tripulaciones. Además, cruzaron un terreno asombrosamente escabroso. Sus cañones del 6 hacen buenas penetraciones y son rápidos de cargar y apuntar.»

También en la reciente lucha de Francia una distinción similar ha sido ganada por esas armas en el asalto de algunas colinas boscosas y en ese terreno cerrado y lleno de espesuras donde nuestro centro se mueve.

Pero de la lucha en Normandía ha emergido una característica más general sobre la que quiero llamar la atención de la Cámara. Ninguna nueva arma tanquista o nuevo tipo de munición ha sido empleado por el enemigo. Nada nuevo han puesto en juego, mientras nosotros hemos puesto en servicio por primera vez en esas operaciones el tanque Sherman con cañón del 17, el más reciente tanque Churchill y el nuevo tanque Cromwell, así como cierto número de interesantes variantes de muy grande ingeniosidad, de las cuales no puedo hablar a la Cámara hoy por-

que ignoramos si el enemigo ha tenido oportunidad de probarlas. Los secretos sólo pueden revelarse cuando yo sé que ellos lo saben. Hay que ser cuidadosos, porque la gente objeta mucho a la revelación de cualquier cosa que parezca disipar alguna ventaja que puedan nuestras tropas disfrutar en ese país, con nuestros aliados.

Dejando este tema del equipo, voy a hacer una cosa nunca hecha antes, y confío en que la Cámara no quedará desagradada por este quebrantamiento de precedentes.

Ministerio de la Guerra.

Voy a dedicar unas frases de alabanza al Ministerio de la Guerra. En los cuarenta años que he servido en esta Cámara he visto a ese departamento constantemente censurado durante nuestras varias guerras y después de ellas. Si mi memoria me sirve fielmente, creo que con frecuencia he tenido mi parte en las bien merecidas críticas que a ese departamento han correspondido. Pero cuando últimamente vi al general Montgomery en el frente, dijo estas palabras, que me autorizó a repetir si me parecía bien: «Dudo de que el Ministerio inglés de la Guerra haya nunca enviado a ultramar un ejército tan bien equipado como el que lucha ahora en Normandía.» Eso dijo, y yo creo que es una afirmación justificada.

El puntual movimiento y abastecimiento de nuestros grandes ejércitos en tan diversos frentes, el alto nivel de instrucción dado a las tropas, la facilidad con que se adaptan mutuamente a las disposiciones de todo género, el minucioso cuidado puesto en el equipo en todas sus formas, la eficiencia de los hospitales, la gran participación que han tenido los oficiales del ejército en la preparación de todos los elementos de la guerra anfibia, la forma en que los asuntos concernientes a los millones de hombres bajo banderas en la metrópoli y el exterior han sido manejados, proyectan un alto crédito sobre el departamento de Guerra, con todas sus innumerables ramas y su enorme personal militar y civil. Todos los miembros de éste merecen elogios, y nadie más que el jefe del Estado Mayor imperial, ese gran oficial que es el mariscal de campo sir Alan Brooke, y también mi muy honorable amigo el mi-

nistro de la Guerra. Puedo decir que no sólo en el Ministerio de la Guerra, sino en todos los departamentos de los distintos servicios, el método y ejecución de la política de guerra se mantiene, según creo, en este momento, a un nivel más alto que nunca se haya alcanzado antes, nivel que puede compararse sin perjuicio con las organizaciones similares de cualquier otro país, sea amigo o enemigo. La guerra es una escuela dura; pero los ingleses, cuando se ven obligados a frecuentarla, son alumnos muy atentos. Decir esto no es en modo alguno incongruente con hacer cualquier crítica que pueda, de cuando en cuando, ser necesaria.

Quiero ahora dirigirme a la campaña del general Alexander en Italia. ¡Cuán diferente era la escena cuando hablé de esto mismo en febrero! El ejército parecía haber fracasado y hallarse contenido en los desfiladeros y cuevas de Cassino; la fuerza de desembarco que situáramos en Anzio con miras a liquidar el punto muerto de la campaña se hallaba muy duramente presionada y obligada a luchar por su propia existencia, dependiendo ésta de un mero albur: teníamos pérdidas muy graves; otras operaciones parecían haberse aplazado; la toma de Roma estaba siendo dilatada continuamente; el enemigo enviaba refuerzos, y se producían todos los efectos propios de la pausa. Como siempre que no hay éxitos, hubo críticas de los responsables. Pero ahora la escena ha cambiado. Con una serie de muy rápidas y brillantes maniobras fundadas en una victoria obtenida con dura lucha, toda la escena cambió. el ejército estableció contacto con la cabeza de puente de Anzio, y rodeó Roma con sus zarpas, alejando de la ciudad todo peligro. Ahora Roma está libre en absoluto de todo riesgo. El ejército del general Alexander avanzó rápidamente, empujando al enemigo ante él, tomando 50.000 ó 60.000 prisioneros, progresando por la larga pierna de Italia y hallándose ahora ante Florencia. Han conquistado también los valiosos puertos de Leghorn y Ancona.

Situación militar en Italia.

Hemos, por supuesto, tenido que subir por la península italiana con unas líneas de abastecimiento muy poco satis-

factorias, pero, merced al dominio del mar, los puertos y los ferrocarriles, la situación de ese ejército se fortalece mucho. Cabe esperar que el general Alexander y su ejército realicen operaciones del máximo vigor en verano y otoño. Y ¡qué extraordinario ejército es ése! Nunca ha existido nada igual y nada podía producir otra cosa así sino esta guerra de las Naciones Unidas. Hay tropas inglesas, estadounidenses y neozelandesas; están acudiendo griegos y algunos se hallan ya allí; una fuerza brasileña comienza a ocupar su puesto en el frente; los franceses están allá; están allá los sudafricanos; los polacos se han distinguido mucho, y nuestras bravas tropas indias han desempeñado un papel muy importante. También hay poderosas fuerzas canadienses. No estoy leyendo una lista, pero realmente ése es un extraordinario conjunto de todas las naciones avanzando para liberar el suelo italiano. También hay italianos: respetables fuerzas italianas han peleado bien y estamos incrementando su número.

Las cosas marchan muy favorablemente en Italia. Menester es decir que, al hablar de todas las varias campañas que se desarrollan al vez en el mundo, he dejado aparte hasta este momento el hecho obvio y esencial, es decir, los ejércitos rusos, que son los que han hecho el trabajo principal destripando, por así decirlo, a los ejércitos alemanes. En el aire y los océanos nosotros hemos mantenido nuestro lugar; pero en el mundo no hubiera podido crearse, no siendo tras varios años, fuerza alguna que pudiera haber batido y quebrantado al ejército alemán, a menos de que esa fuerza hubiera sido sometida a la terrible matanza que a través de su esfuerzo ha recaído sobre los ejércitos de la Rusia soviética. Saludo al mariscal Stalin, el gran paladín, y creo firmemente que nuestro tratado de veinte años con Rusia será uno de los factores más duraderos y permanentes para la conservación de la paz, buen orden y progreso de Europa. Puede ser que los éxitos rusos hayan sido ayudados en algo por la estrategia de herr Hitler, es decir, del cabo Hitler. Hasta los militarmente más ignorantes encuentran difícil no ver algunas faltas en

Saludo a Stalin.

algunos de los actos hitlerianos. A la sazón Hitler se encuentra con unas 10 divisiones en el norte de Finlandia y 20 ó 30 copadas en los estados bálticos, divisiones que debían haber sido, hace tres o cuatro meses, transportadas con sus armas y materiales para interponerse entre Alemania y el avance ruso. Al presente es demasiado tarde para hacerlo. En conjunto, pienso que es mucho mejor dejar que sean los oficiales profesionales quienes lleguen al mando militar debidamente.

He procurado dar a la Cámara lo que no puede ser más que una ojeada general de esta guerra mundial según se acerca al fin de su quinto año y también, acaso, a su fase última. Termino, naturalmente, mi examen militar por este grande y famoso Londres que, con las zonas circundantes—y particularmente las que pueden ser llamadas el *camino real de las bombas*—lleva ahora bajo continuo bombardeo siete semanas. En conjunto, según nuestros cálculos—el último de los cuales someto a la Cámara—, nos han sido disparadas 5.735 de esas bombas, matando a 4.735 personas e hiriendo más o menos gravemente a otras 14.000. Hay también muchos heridos leves. El resultado ha sido una triste historia de humano sufrimiento y disgusto y una maciza destrucción de casas con todas las difíciles circunstancias inherentes para aquellos que han perdido los menudos efectos en que se centran sus afectos y memorias. Nos consta que nuestras defensas están ganando potencia. Aplicamos al máximo nuestras medidas contraofensivas. La paciencia y valor de nuestro pueblo en un momento en que le cabía pensar que esas pruebas habían pasado ya para Londres, han sido maravillosos. Estamos seguros de que su esfuerzo se mantendrá hasta el fin.

Bombas volantes.

Mucho temo sugerir falsas esperanzas, pero ya no me siento obligado a negar que acaso la victoria pueda venir pronto. Si no es así, hemos de perseverar hasta que venga. Cuánto se prolongará, no lo sé; pero en ello habrá inmarcesible honor para los bravos corazones que no desmayaron. La labor de los servicios civiles de defensa, tanto masculinos como femeninos, ha sido ejemplar. Unas

17.000 casas han quedado totalmente destruídas y cosa de 800.000 han sufrido daños. Se puede juzgar la eficacia y vigor de las medidas tomadas por los Ministerios afectados—Trabajo, Sanidad y Obras—y el poder de nuestros recursos de construcción y reparación en todo el país—del que han acudido por doquier numerosos voluntarios—por el hecho de que tres cuartas partes de esos edificios, o sean, más de 600.000, han sido tornados, cuando menos, habitables otra vez. En las últimas dos semanas, la proporción en que las reparaciones han ido remediando los nuevos daños, ha aumentado muy sensiblemente.

Cerca de un millón de personas que no tienen trabajo de guerra que hacer aquí—entre ellas 225.000 madres con sus hijos—han sido animadas y ayudadas a salir de Londres y, gracias a la hospitalidad y amabilidad de los residentes en zonas no afectadas, han sido bien acogidas y atendidas. Han existido unas pocas excepciones, que no merecen mención al lado del buen espíritu que ha prevalecido en general. Digo que no merecen mención salvo para reprobarlas. Se han establecido muchos trenes suplementarios para atender a ese considerable movimiento hacia el exterior. Es notable, pues muestra cómo reacciona la gente de ese país, el que muchos de esos trenes—incluso los suplementarios de socorro—han regresado tan llenos como salieron. Aunque merezca elogio un espíritu tan audaz y aventurero, esa clase de innecesario riesgo y movimiento no debe ser alentada. Sólo menciono eso porque desmiente los fantásticos relatos alemanes de que Londres es presa de pánico y se halla bajo un perpetuo dosel de humo y llamas. Si los alemanes imaginan que la persistencia de este ataque—que les ha costado muy caro en varios sentidos en otras ramas de la producción—ha de tener ni el menor efecto sobre el curso de la guerra o sobre la resolución de la nación, o sobre la moral de los hombres, mujeres y niños que se hallan bajo ese fuego, no hacen los alemanes sino cometer otra de esas torpezas psicológicas por las que desde hace tanto tiempo son afamados.

Evacuación de no combatientes.

El solo resultado del uso de ese arma indiscriminativa,

en cuanto a ellos afecta, es que acrecerá de modo considerable la severidad del castigo que recibirán después que sus armas les hayan sido arrancadas de las manos por nuestros combatientes. No hay cuestión siquiera de apartar nuestro esfuerzo de la prosecución de la guerra a ultranza, ni de permitir que esta particular calamidad debilite en modo alguno nuestro enérgico apoyo a nuestros aliados. Todo esfuerzo al alcance del poder humano está realizándose para impedir y mitigar los efectos de tal bombardeo. Centenares de los mejores talentos que poseemos estudian sin cesar el problema. No acertaba el honorable diputado que, en una discusión anterior, sugirió que todo era improvisación entre nosotros. Se prepararon, por ejemplo, muy minuciosos planes para la artillería—el gran cinturón de cañones—, pero no siempre es posible prever con exactitud qué forma de ataque se producirá o cómo marcharán las cosas.

No improvisamos.

A la vez que se hacían esos preparativos, se practicó una muy diferente disposición de los cañones para custodiar los puertos de invasión de que parten nuestros convoyes a Francia, y esperábamos que, verosímilmente, las bombas volantes empezarían a la vez que desembarcábamos, para estimular al pueblo alemán. Pero hubo un breve intervalo y en ese intervalo pudimos hacer una rápida redistribución de las baterías. Fué cosa muy complicada, y me satisface que los miembros de la Cámara hayan asistido a las varias reuniones organizadas por el ministro del Interior y el secretario parlamentario adjunto al ministerio de Suministros, así como que dichos diputados hayan podido plantear preguntas. (He de decir aquí que no comprendo por qué hay quien piensa que existe un conflicto constitucional en el hecho de que algún diputado o grupo de diputados ocupe el despacho de una comisión y hable sobre cualquier tema imaginable. Es verosímil que se produciría, por lo contrario, un grave conflicto constitucional si los diputados fueran estorbados y obstruídos cuando se aconsejan entre sí. Pienso que sería lamentable que se abriese una especie de abismo entre los

ministros y otros miembros de la Cámara, como si los primeros fuesen la selección de la Cámara y no tuvieran libertad para mezclarse con los demás diputados. Creo que podríamos usar muchos y buenos argumentos para desembarazarnos del cargo de haber infringido la constitución.) Como decía, cientos de nuestros mejores talentos están estudiando el problema, pero no puedo dar garantía alguna de que el problema se solvente hasta que hayamos ocupado la región desde donde se lanzan tales bombas, como sin duda la ocuparemos antes de recibir la rendición incondicional del enemigo. El mero hecho de ocuparla será harto bueno de por sí solo.

El 22 de febrero advertí a la Cámara que Hitler estaba preparando nuevos métodos de ataque a este país, y es muy posible, pues, que se hagan intentos con un cohete de largo alcance que contenga una carga explosiva más pesada que la bomba volante y tienda a producir daños mayores. Cabe esperar que Londres sea el primer objetivo, a causa de la probable imprecisión del arma-cohete. Aconsejamos, por tanto, a las personas a las que el Gobierno ha dado facilidades de evacuación, y a otros que no tienen misión alguna de guerra que cumplir aquí y que pueden hacer particularmente sus propios arreglos. que aprovechen la oportunidad de salir de la capital de manera ordenada, gradual y oportuna. No es cierto en modo alguno que el enemigo haya solucionado los difíciles problemas técnicos relacionados con el hecho de apuntar los cohetes, mas no por ello debemos aminorar la importancia de las pruebas a que podemos vernos sometidos, aunque sí diré que estoy seguro de que no hay ninguna que no podamos soportar.

He terminado con esto; y por vía de comentario a cuanto he dicho, añadiré una cosa más. El honorable diputado por Eye (señor Granville) presentó una pregunta al ministro del Aire, y habiendo yo entendido que esa pregunta podía formularse aquí, dicho diputado consintió amablemente en aplazarla. El peso de las bombas volantes lanzadas contra este país desde la noche del 15 de junio a la del 31 de

Balance comparativo.

julio, se estima en unas 4.500 toneladas. Durante el mismo período, las aviaciones aliadas lanzaron sobre Alemania, aproximadamente, unas 48.000 toneladas de altos explosivos. Desde luego nosotros procuramos, esencialmente, atacar objetivos militares importantes y por consecuencia es posible que haya en Alemania menor pérdida de vidas en sitios determinados que cuando se usa un arma que no tiene más objeto que la matanza indiscriminada de la población civil.

He abusado mucho de la paciencia de la Cámara, pero creo que debo tomarme algún rato más, sobre todo teniendo en cuenta la decisión, apropiadamente adoptada por la Cámara, de establecer un intervalo en nuestras tareas.

Abordo, pues, no sin la natural inquietud, el delicado tema de los asuntos extranjeros. Me atengo a la opinión expresada la última vez de que, según la guerra alcanza su fase final, está convirtiéndose y se convertirá, cada vez más, en menos ideológica. Se ha causado confusión en algunas mentes confundiendo la ideología con el idealismo, cuando de hecho hay considerable diferencia entre ambas cosas.

Mientras miro el idealismo como una luz alentadora que brilla sobre los pensamientos y esperanzas de los hombres, inspirando nobles proezas, la ideología se presenta a menudo como una indebida disciplinización de ideas y muy fácilmente puede hacerse incompatible con la libertad. Celebro ver la ideología fascista derribada—y preveo su completa extirpación—en Italia.

Guerra menos ideológica.

Celebro asimismo la perspectiva, ahora segura y cierta, de que la ideología nazi, ominosamente impuesta a una gran población, será batida y arruinada. Esos hechos y manifestaciones, que veo producirse continuamente según la guerra mundial se acerca a su fin, hacen crecer mi confianza de que, cuando ganemos, cuando los odiosos y agresivos sistemas nazi y fascista hayan sido postrados y cuando se hayan tomado todas las precauciones contra su posible resurgimiento, podrá haber una nueva frater-

nidad entre los hombres, no fundada en crudos antagonismos de ideología, sino en amplios, sencillos y hacederos ideales de paz, libertad y justicia. Por lo tanto, me satisface que la guerra vaya siendo cada vez menos una guerra ideológica entre sistemas rivales y cada vez más un medio de que amplias masas de gente consigan altos ideales y sólidos beneficios en muchos países y finalmente en todos.

Desde la última vez que hablé a la Cámara sobre la situación general, han ocurrido en varios sectores mejoras señaladas. Los movimientos de la guerra influyen poderosamente en los asuntos extranjeros. Los éxitos que he enumerado a la Cámara han puesto todos nuestros asuntos en una situación más favorable. Entre los primeros síntomas figura la gran mejora de las relaciones entre el Comité Nacional Francés encabezado por el general De Gaulle y los Estados Unidos. Esto dimana en parte de la cuidadosa preparación del terreno hecha por el ministro de Negocios Extranjeros y del gran éxito que tuvo la visita del general De Gaulle al presidente de los Estados Unidos. En estos últimos cuatro años he tenido muchas diferencias con el general De Gaulle, pero nunca he olvidado, ni olvidaré, que él fué el primer francés eminente que afrontó al enemigo común en la que parecía ser hora de ruina de su país y posiblemente del nuestro, y no es sino natural y justo que él resalte entre todos en los días en que Francia sea levantada y se levante de nuevo a sí misma al lugar que merece sobre las grandes potencias de Europa y del mundo. Durante cuarenta años he sido constante amigo de Francia y de su valeroso ejército; toda mi vida he reconocido la contribución de Francia a la cultura y gloria de Europa, y, sobre todo, al sentido de libertad personal y de derechos del hombre que ha emanado del alma de Francia. Pero éstos no son asuntos de sentimientos o inclinación personal. Uno de los principales intereses de Inglaterra es que una Francia amiga recobre y mantenga su puesto entre las mayores potencias de Europa y del mundo. Exponedme un momento en que yo

Reuniones de jefes de estados.

me aparte de este concepto y me expondréis un momento en que yo no tendré razón.

Confieso que nunca simpaticé con Trotsky, pero una cosa que dijo con ocasión del brutal tratado alemán de Brest-Litowsk ha arraigado en mi mente. Trotsky dijo a los fanfarrones alemanes:

«El destino de una gran nación no ha sido nunca decidido por las circunstancias temporales de su mecanismo técnico.»

Así sucederá con Francia, batida en unas pocas semanas de tortura, y privada desde entonces de la capacidad de autoexpresión y casi del derecho a la existencia. Pero el alma de Francia no muere. Arde aquí y allí con excepcional brillantez. Arde sobre amplias zonas con llama oscurecida pero inextinguible.

Nuestro desembarco en Normandía, el curso de la guerra, todo el aflujo de los acontecimientos, señalan con claridad que una vez más tendremos que tratar el problema de Francia y Alemania a lo largo del Rin y de tal discusión Francia no puede, en modo alguno, ser excluída. Es evidente, por lo que he dicho, que tiendo a la más estrecha asociación de los representantes del imperio británico, Estados Unidos, Rusia y Francia en el ajuste de esos importantes problemas europeos. Somos una alianza de naciones unidas y amantes de la paz que nos hemos visto forzadas a empuñar las armas para defender nuestros derechos fundamentales y no podemos, en la hora de la victoria, dejar de tomar las medidas necesarias para perpetuar la paz que a tan caro precio habremos comprado. Debo rendir homenaje a la Cámara por la prudente previsión con que hace siete semanas desanimó el debate sobre las relaciones anglofrancoamericanas. Aquel momento era mucho más crítico que éste y el hecho de que la Cámara, todopoderosa en esos asuntos, se abstuviese deliberadamente de discutir una cuestión en que por todos lados se mezclaban tan altos intereses, fué extremamente útil a la dirección de las cosas a cargo del ministro de Negocios Extranjeros, y creo que acreció el buen desarrollo de nuestra política.

Todos deben tener en cuenta las insólitas complejidades que afectan a la política extranjera de nuestra isla dentro de la coalición mundial de que somos miembros. En primer término hemos de considerar y consultar a los Dominios, y luego existen las otras tres grandes potencias. Tenemos dos valerosos y sinceros aliados, mayores y en algunos aspectos más poderosos que nosotros. Todos tendemos a lo mismo en lo fundamental y esencial, pero el alcanzar acuerdos precisos, día tras día, en materia de táctica y detalles diplomáticos, exige un trabajo muy complicado.

Aquí entramos en un campo de diplomacia «triangular», donde tenemos que telegrafiarnos mutuamente, y cuando dos coincidimos, el tercero tiene con frecuencia enmiendas que proponer, tras lo cual, cuando todos estamos de acuerdo, el asunto muy a menudo ha dejado de ser de interés. ¿Cómo podría ocurrir de otro modo, dados todos los diferentes puntos de vista y características históricas y nacionales de aquellos que deben abordar estas materias? Ya he dicho antes que, si los jefes de los tres gobiernos pudieran reunirse una vez al mes, no habría entre nosotros problemas que no pudieran ser resueltos rápida y creo que sensatamente. Las dificultades geográficas interponen sus manos obstructivas entre nosotros y tales constantes reuniones, y la correspondencia, aunque lealmente concebida, no sustituye a las reuniones en torno a una mesa. Los tres principales aliados tienen que tratar a diario candentes problemas nacidos de los ocho o diez estados ocupados, vencidos o neutrales, dos o tres de los cuales tienen ya enconadas guerras civiles en desarrollo o en perspectiva. Cuando examino todas las complejidades que hay en llegar juntos a acuerdos coincidentes, he de decir que creo que los gobiernos de Inglaterra, Estados Unidos y Rusia están procediendo con mucho tino.

Pero se necesitan, en las tres naciones, gran paciencia y un incesante deseo de comprender los ajenos puntos de vista. La Cámara de los Comunes puede favorecerlo todo si mira las cosas con amplitud y tolerancia.

En mi opinión, el momento presente es esperanzador para Polonia, por cuyos derechos e independencia entramos en guerra con Alemania. Por lo tanto mi muy honorable amigo, yo y otros hemos hecho todo lo posible para procurar una visita del señor Mikolajcyk—y otros miembros de su Gobierno—a Moscú, donde el mariscal Stalin los recibirá con gusto. El presidente de los Estados Unidos es también favorable a esto.

Polonia.

¿Y cómo no, considerando su profundo interés en la cuestión polaca? Los ejércitos rusos están ahora ante las puertas de Varsovia, llevando la liberación de Polonia en sus manos. Rusia pide una Polonia amiga. Esto me parece muy razonable, recordando los daños causados a Rusia por la marcha alemana a través de Polonia para atacar a los rusos. Los aliados acogerán con placer cualquier general unión o convenio entre las fuerzas polacas incluyendo las que actúan con las potencias occidentales y las que actúan con el Soviet. Varias valientes divisiones polacas luchan ahora en nuestro ejército contra los alemanes y hay otras que han luchado en Rusia. Procuremos reunirlas.

Deseamos esta unión y sería admirable cosa que pudiera ser proclamada, o al menos asentados sus cimientos, en el momento en que la famosa capital de Polonia, tan valerosamente defendida contra los alemanes, sea libertada por la bravura de los ejércitos rusos.

Las circunstancias de Yugoslavia han mejorado perceptiblemente desde la última vez que traté este tema en la Cámara. El rey legal de Yugoslavia, que pidió nuestro consejo en su congoja, ha formado en torno suyo, bajo el ban de Croacia, un Gobierno en amistoso contacto con el mariscal Tito. Representantes de la administración combatiente de los guerrilleros ocupan lugar en el nuevo Gobierno, y el general Velebit, notable y cumplido soldado y pensador, sirve de enlace entre el Gobierno del rey y las fuerzas del mariscal Tito. Trabajamos por la unidad aquí y en todas partes con un solo propósito: unificar todo el esfuerzo de

Yugoslavia.

Yugoslavia—servios, croatas y eslovenos—y barrer de su suelo al avieso invasor alemán. Esta unión y esa realización tienen, lo aseguro a la Cámara, buenas posibilidades de ejecutarse antes de mucho.

Grecia.

La semana pasada, el ministro de Negocios Extranjeros hizo una declaración en torno a Grecia, declaración que tiene el pleno asentimiento del Gabinete de Guerra y señala la directriz que seguimos en Grecia. Sobre esa directriz nos proponemos luchar, tanto como sea necesario, en la Cámara. Por lucha significo, en este caso, discutir y, si es necesario, votar. Tenemos un claro concepto de la política que nos proponemos seguir y haremos todo lo posible para desarrollarla, aun si no consiguiéremos la satisfacción de un acuerdo unánime. En el Mediterráneo oriental nos ha caído en suerte manejar los más de los asuntos generales. Hemos perdido en Grecia 30.000 hombres. Tenemos inquebrantables vínculos con esa histórica tierra. Mantenemos a nuestros aliados informados constantemente de cuanto hacemos y nos esforzamos, en lo esencial, con buena fortuna, en que coincidan con nosotros. Creo que nuestro reciente manejo de los acontecimientos ha tenido cierta medida de éxito. La Armada griega se ha hecho otra vez a la mar. Una brigada griega pelea en el frente de Italia. También las escuadrillas aéreas griegas desarrollan una tarea útil. El Gobierno Papandreu es ampliamente representativo de todas las principales fuerzas de Grecia y esa nueva figura que ha aparecido en el escenario parece evocar en muchos sentidos el vigor y valor que tan amplias loas valieron al gran Venizelos, cuyo hijo está asociado también con el Gobierno griego.

Rumania y Bulgaria.

Paréceme que Rumania necesita, ante todo, pactar con Rusia, a la que tan ultrajantemente atacó y a cuya merced pronto se hallará. Rusia ha ofrecido a Rumania condiciones generosas y estoy cierto de que habrían sido aceptadas con gratitud por el pueblo rumano, si los dirigentes de Rumania no tuviesen una pistola automática prusiana aplicada al pecho o a la nuca. Lo mismo digo de Bulgaria, tres ve-

ces arrojada a la guerra con el bando perdedor por una miserable colección de criminales políticos, que parecen querer la ruina de su país generación tras generación. Tres veces en mi vida la infeliz Bulgaria ha sometido a su población labriega a todos los rigores de la guerra y los castigos de la derrota. También para ella el momento del arrepentimiento, aunque no ha pasado, está pasando ya rápidamente. Toda Europa se encamina, irresistiblemente, hacia nuevos y seguros cimientos. ¿Cuál será la situación de Bulgaria en el banco de los acusados cuando se revele la parte mezquina y cobarde que ha tenido en esta guerra, y cuando las naciones griega y yugoslava, a través de sus representantes, exhiban ante los aliados, en la mesa del armisticio, el lamentable relato de las injurias que el ejército búlgaro ha causado a aquellos países, obrando como lacayo cruel del caído poder nazi?

Brasil y Argentina.

En el frente mediterráneo, según ya mencioné, hemos tenido la satisfacción de recibir como camaradas de armas a una fuerza expedicionaria brasileña bien equipada y aún vendrán más legiones de ese gran país que durante largo tiempo ha prestado a los aliados valiosos servicios en el mar y el aire. Como inglés que soy, puede perdonárseme que en este momento piense en otro país sudamericano con el que hemos tenido íntimos lazos de amistad e interés mutuo desde su nacimiento a la libertad e independencia. Me refiero a la Argentina. Todos sentimos profundamente y seguimos con ansiedad el hecho de que, en este tiempo de prueba para las naciones, Argentina no haya ocupado lugar, sin reserva ni calificación, al lado de la libertad, uniéndose, en vez de ello, al mal y, lo que es peor, al mal que está perdiendo la guerra. Confío en que mi observación sea notada. Ésta es una guerra muy seria, no como esas pequeñas guerras del pasado, donde todo podía olvidarse y perdonarse. Las naciones han de ser juzgadas por el papel que desempeñaron. No sólo los beligerantes, sino los neutrales, encontrarán que su situación en el mundo no puede quedar enteramente ajena al papel que optaron por desempeñar en la crisis de la guerra.

Acaso recordará la Cámara los comentarios que formulé sobre Turquía la última vez que hice uso de la palabra.

Turquía.

Tengo grandes miramientos con los turcos y hay en el ejército británico una viva tradición de simpatía y alianza con ellos. En la última guerra se volvieron contra nosotros bajo el influjo de un puñado de hombres y la arribada de un solo barco militar. No debemos olvidar que Turquía se declaró aliada nuestra antes de la guerra presente, cuando nuestras armas eran débiles y nuestra política pacífica. Visité Turquía en febrero del año último y tuve una larga conferencia con el presidente, Inonu, y el primer ministro, Saradjoglu. Después de Teherán hemos tenido ulteriores conferencias, cuando nos reunimos al pie de las pirámides. Bien conocemos las dificultades de Turquía. Cuando empezó la guerra, Turquía se consideraba a sí misma una fuerte potencia militar. Mirando las filas de su bravo ejército, de su sin par infantería y caballería, sentíase, digo, una potencia militar fuerte y mostraba resuelta buena voluntad respecto a Inglaterra y Francia.

Entonces apareció una nueva colección de armamentos —aviones, tanques, autoartillería y mecanización en todas sus formas—que alteraron la fuerza relativa de los ejércitos y parecieron ser los únicos medios de procurar la victoria. El ejército turco no era, en modo alguno, moderno. En gran parte seguía siendo tal como salió de la última guerra o serie de guerras. Comprendo claramente la prudencia militar que hizo menos vigorosa la acción de los turcos cuando aquellos hechos parecieron evidentes, y se lo parecieron de pronto, con la apertura de grandes batallas. Esas dificultades que dije han sido, en considerable extensión, eliminadas. El poder alemán ha caído bajo el poderoso martilleo aliado, y con la contribución hecha por nosotros y los Estados Unidos en Italia y Francia, y con el avance ruso en la región del mar Negro, entiendo que los turcos están en una posición más segura que lo han estado desde que empezó la guerra. Creo, pues, que si se pusieran al lado de sus amigos no arrostrarían ya peligros contra los que carecieran de protección.

Estoy autorizado por el Gobierno turco para declarar en la Cámara de los Comunes que Turquía, fundándose en su alianza con Inglaterra, ha roto toda relación con Alemania. Este acto infunde a la alianza nueva vida. No puede decirse si Alemania o Bulgaria atacarán a Turquía. Si es así, haremos causa común con ella y nos entenderemos con la amenaza alemana en tanto como esté a nuestro alcance. Las ciudades turcas pueden recibir el género de bombardeo que a nosotros no nos ha amedrentado nunca. Herr von Papen puede ser enviado a Alemania y afrontar, a manos de Hitler, el *baño de sangre* de que por tan poco escapó en 1934. No aceptaré responsabilidad alguna por ello. Fué política de Mustafá Kemal procurar una estrecha unidad de acción entre turcos y rusos. Los elementos de ella existían ya y él se esforzó en poner fin a un antagonismo de siglos. Espero que este nuevo paso contribuya a la amistad entre Turquía y Rusia.

La prueba y paciencia de la Cámara tocan a su fin y vacilo en abusar más de ella; pero tantas cosas importantes hay que decir, que si uno comienza una enumeración de lo que está ocurriendo en esta guerra y deja fuera algo importante, surgen grandes quejas.

Al presente, ningún discurso de un político sobresaliente de cualquiera de los países victoriosos parece completo sin una entera exposición de la organización futura del mundo. Se me censuró muy severamente la última vez el no haber tratado metódicamente este considerable tema. Una de mis dificultades radica en que no depende de mí imponer la ley a nuestros aliados. Si ello fuese general deseo, podría hacer un par de sugestiones; pero por curioso que pueda ser, hay países como los Estados Unidos y Rusia que gustarían de decir sus palabras en esta cuestión, y quizá no la mirasen exactamente desde el mismo ángulo o la expresaran exactamente en los mismos términos que debieran ganar vivos aplausos en esta Cámara. Lo siento mucho, porque nada me causa mayor placer que dedicar un par de horas a exponer mis ideas personales sobre un general arreglo; mas sería muy conturbador para todos nosotros que yo hiciese algún fuerte

pronunciamiento sobre el asunto y me hallara rebatido y aun impugnado por nuestros aliados más poderosos. De cuando en cuando suelen hacerse grandes y muy elocuentes afirmaciones, a cargo de personas eminentísimas, sobre la futura organización del mundo. A pesar de todas las peticiones de que seamos nosotros quienes demos la ley, yo preferiría oír las opiniones de otras naciones poderosas antes de hacer entrar a nuestro país en demasiados detalles.

Grandes afirmaciones.

¿No cabe contentarse con la amplia declaración, en la que todos hemos convenido, de que habrá un consejo mundial para conservar la paz, consejo que, en principio, estará formado y guiado por las mayores potencias que hayan ganado la guerra, y que además a otras potencias, y eventualmente a todas, se les ofrecerá una parte en esta organización mundial? ¿No podemos contentarnos con esto y concentrar nuestros esfuerzos en ganar la victoria, procurando resaltar en el conflicto de tal modo que nuestras palabras reciban honorable consideración cuando lleguemos a la organización de la paz?

Entre tanto, como sabrá la Cámara, empezarán en breve en Washington importantes discusiones de tipo oficial y cuando se completen tendremos una idea mucho mejor de dónde nos hallamos. Como he dicho, es vano y ocioso que cualquier país intente dictar la ley a ese respecto, o trazar fronteras, o describir los intrincados instrumentos que mantendrán esas fronteras sin ulterior efusión de sangre. Es vano e imprudente, además. El hombre que vendió la piel de la hiena cuando ésta estaba aún viva, murió cazándola..., si se me permite hacer esa ligera enmienda en las palabras del poeta.

No sólo los otrora soberbios ejércitos alemanes están siendo batidos en todos los frentes y por cada una de las muchas naciones que luchan contra ellos, sino que en su misma tierra alemana han sucedido terribles acontecimientos que deben de haber conmovido hasta los cimientos la confianza del pueblo y la lealtad de las tropas. Las más altas personalidades del Reich alemán están matándose mutuamente, o procurando hacerlo, mientras los venga-

dores ejércitos aliados estrechan el círculo fatal del siempre en reducción poder germano. Nunca nos hemos apoyado en la debilidad de nuestros enemigos, sino en la justicia de nuestra causa, y, por tanto, por fuertes que puedan ser esas manifestaciones de malestar interno, por decisivas que puedan ser algún día, no debemos poner en ellas nuestra confianza, sino en nuestras propias fuertes armas y en la justicia de nuestra causa.

Batallemos, pues, en todos los frentes. Lancemos hacia adelante a todos los hombres que podamos encontrar. Armemos y equipemos a las fuerzas con liberales suministros. No escuchemos parlamento alguno del enemigo. Esforcémonos con nuestros valientes aliados en intensificar la pugna. Soportemos con inquebrantable fortaleza cualesquiera golpes o males que podamos recibir. Avancemos a través del temporal, ahora que éste alcanza su furia, con la misma unidad de propósitos e inflexibilidad de resolución que mostramos al mundo cuando estábamos solos por completo.

EXAMEN DE LA GUERRA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

21 agosto. *Columnas americanas cruzan el Sena al sudeste de París y establecen una cabeza de puente en Nantes. El general Koenig es nombrado gobernador militar de París.*

22 agosto. *Completa retirada alemana en el norte y sur de Francia.*
Los aliados llegan a tres millas de Marsella.
Los rusos inician una nueva ofensiva en Rumania, copando Jassy y avanzando hasta 70 millas del Danubio.

23 agosto. *Se anuncia que París ha sido liberado por las fuerzas clandestinas, tras un «armisticio» con los alemanes que se hallan aún en la ciudad.*
Rumania acepta un armistio ofrecido por la Gran Bretaña, Rusia y los Estados Unidos y suspende las hostilidades.
Columnas de los Estados Unidos avanzan hasta 55 millas al este de París.
Marsella es ocupada en parte por tropas francesas.

24 agosto. *Se anuncia la completa liberación de París, pero prosigue una intensa lucha entre los patriotas franceses y los alemanes que siguen en la ciudad. Fuerzas aliadas procuran enlazar con los franceses de París.*
El rey felicita a los generales Eisenhower y De Gaulle.
En Tolón los alemanes siguen ofreciendo desesperada resistencia a los fuertes ataques aliados.
Unos 2.000 aviones americanos atacan objetivos petrolíferos en Alemania y Checoslovaquia.
Los rusos toman Kichinev, capital de Moldavia.

25 agosto. *Los alemanes llevan más tropas a París, donde continúa la lucha.*
Tropas inglesas aerotransportadas aterrizan en el estuario del Sena, cerca de El Havre.
Los rusos avanzan hacia el paso de Galatz. Rusia informa a Rumania de que no suspenderá sus acciones militares mientras los rumanos no liquiden a las fuerzas alemanas de ocupación.

26 agosto. *El general De Gaulle preside en París un Desfile de la Victoria, sufriendo un atentado del que sale ileso.*

27 *agosto.* *Eisenhower entra en París. Los aliados cruzan el Sena. Continúa el avance aliado en el valle del Ródano, ocupándose Aviñón.*

28 agosto. *Fuerzas aliadas cruzan el Marne por Meaux y tropas de los Estados Unidos penetran en Château-Thierry. Bombarderos de la R. A. F. atacan plataformas de lanzamiento de bombas volantes, en el Paso de Calais.*

29 agosto. *El ejército del general Patton ocupa Soissons. Se calculan en 92.000 los prisioneros capturados por los aliados del 10 al 25 de agosto, y en 30.000 los alemanes muertos en igual período.*
Llega de Italia el primer ministro.
Los rusos toman Constanza, base naval del mar Negro.

30 agosto. *Camino de Amiéns, los ingleses ocupan Beauvais.*
Caen en poder de los rusos los campos petrolíferos de Ploesti.

31 agosto. *Los americanos cruzan el Mosa y alcanzan los aledaños de Sedán. El II Ejército inglés entra en Amiéns y los canadienses en Ruán. La retirada enemiga se convierte en desastre.*
Montgomery es nombrado mariscal.

1 septbre. *Los americanos toman Verdún.*
En Italia, el VII Ejército perfora las defensas exteriores de la Línea Gótica.
El ejército ruso llega a las fronteras de Bulgaria.

2 septbre. *Los aliados entran en Bélgica. Grandes fuerzas alemanas son empujadas hacia la línea Sigfrido.*
En Italia es rota la Línea Gótica y tomada Pisa.

3 septbre. *Quinto aniversario del comienzo de la guerra.*
Patrullas americanas cruzan el Mosela. Franceses y americanos entran en Lyón.

4 septbre. *Finlandia se retira de la guerra.*
Los aliados ocupan Amberes.

5 septbre. *Todos los puertos del Canal son aislados y las fuerzas inglesas y americanas enlazan en Bélgica.*
Rusia declara la guerra a Bulgaria.

6 septbre. *Se anuncia una disminución del oscurecimiento en Inglaterra.*

7 septbre. *Bulgaria pide la paz a Rusia y declara la guerra a Alemania.*

8 septbre. *Toma de Ostende y Lieja. Los ingleses cruzan el canal Alberto.*
Los rusos entran en Bulgaria sin oposición.

9 septbre. *Cesan las hostilidades entre Rusia y Bulgaria.*
El I Ejército americano llega a 15 millas de la línea Sigfrido.

10 septbre. *Churchill llega al Canadá para conferenciar con Roosevelt.*

Ingleses y americanos convergen en Aquisgrán.

11 septbre. *Fuerzas americanas cruzan la frontera de Alemania al norte del Trier. El II Ejército inglés invade Holanla. Se ocupa Luxemburgo.*
En un fuerte ataque aéreo de los americanos contra Alemania, el enemigo pierde 175 cazas.

12 septbre. *Segundo cruce de la frontera alemana en Eupen. El Havre se rinde a los canadienses.*

13 septbre. *Los americanos asaltan el primer fuerte de la línea Sigfrido.*
Toma de Roetgen, 10 millas al sudeste de Aquisgrán.
Se anuncia la llegada a Francia del IX Ejército americano.
Unos 3.000 bombarderos aliados atacan Alemania.

14 septbre. *Se ocupan blocaos exteriores de la línea Sigfrido.*
Los rusos toman Praga, arrabal de Varsovia.
Se anuncia oficialmente la destrucción de 501 aviones y 173 barcos japoneses en una semana.

15 septbre. *La línea Sigfrido es rota al este de Aquisgrán.*
Fuerzas de los Estados Unidos desembarcan en las islas Palaos, 550 millas al este de Filipinas.

16 septbre. *Dura lucha en el Mosela.*

17 septbre. *El I Ejército aliado aerotransportado aterriza en masa sobre Holanda.*
Veinte mil alemanes se rinden a las tropas de los Estados Unidos cerca de Orleáns.

18 septbre. *Nuevos refuerzos aerotransportados aterrizan en Holanda, enlazando con el II Ejército inglés.*
Eisenhower anuncia el establecimiento de un Gobierno militar aliado en territorio alemán.

19 septbre. *El II Ejército inglés, avanzando 50 millas en Holanla, se aproxima a Nimega.*
Los americanos penetran en Alemania por la región de Sittard.
Rusia e Inglaterra firman un armisticio con Finlandia.

20 septbre. *Los aliados establecen en Holanda un corredor de fuerzas blindadas. El II Ejército alcanza la ribera meridional del Waal.*
El ministro del Interior anuncia grandes reducciones en los servicios de Defensa Civil.

21 septbre. *Tanques ingleses cruzan el Waal por Nimega y se esfuerzan en enlazar con los paracaidistas de Arnheim.*
El Gobierno publica un Libro Blanco con detalles del plan de desmovilización parcial.

22 septbre. *Se rinden el jefe y Estado Mayor de la guarnición alemana de Boulogne.*
El VIII Ejército ocupa Rimini (Italia).
Los rusos toman Tallinn, capital de Estonia.

23 septbre. *Los alemanes son derrotados en un ataque para cor-*

tar el pasillo de suministros de los aliados en Holanda.
Los rusos invaden Hungría.
24 septbre. *Al sudeste de Nimega, los ingleses se internan una milla en Alemania y ocupan Beek.*
25 septbre. *Llegan refuerzos a los paracaidistas de Arnheim, cuya situación, no obstante, se considera crítica.*
Churchill regresa de Quebec.
26 septbre. *Dos mil supervivientes de la División aerotransportada son retirados de Arnheim. Se ensancha el corredor ocupado en Holanda por el II Ejército.*
Rusia anuncia la conquista de Estonia.
26 septbre. *Ensanchando su pasillo en Holanda, el II Ejército progresa hacia el Maas.*
El VIII Ejército cruza el Rubicón por varios lugares.
28 septbre. *Los canadienses toman la ciudadela de Calais.*
En un discurso a la Cámara de los Comunes, Churchill examina la situación de la guerra.

[*28 septiembre 1944.*

Cambia la faz de la guerra.

Poco más de siete semanas han transcurrido desde que iniciamos nuestras vacaciones estivales, pero este breve período ha cambiado por completo la faz de la guerra en Europa. Cuando nos separamos, los ejércitos angloamericanos estaban presionados aún en la estrecha cabeza de puente y faja costera que iba desde la península de Cherburgo a los accesos de Caen, zona arrancada al enemigo pocas semanas antes. La península de Brest no se había ocupado, el ejército alemán del Oeste esperaba todavía impedirnos irrumpir en los campos de Francia y la batalla de Normandía, que duraba, cruenta, desde la fecha del desembarco, no había alcanzado una conclusión decisiva. ¡Qué transformación se abre ante nosotros ahora! No sólo París, sino virtualmente toda Francia, han sido liberados como por encanto. Bélgica ha sido rescatada, parte de Holanda es libre ya y el odioso enemigo, que durante cuatro años infligió crueldades y opresión a esos países, ha huído, perdiendo quizá 400.000 hombres entre muertos y heridos y dejando en nuestras manos cosa de medio millón de prisioneros. Además, hay unos 200.000 alemanes ais-

lados en las fortalezas costeras de Holanda y su destrucción o captura pueden considerarse muy probables. Los ejércitos aliados han alcanzado, y en algunos puntos cruzado, la línea Sigfrido.

Todas estas operaciones se han desarrollado bajo el mando supremo del general Eisenhower y sido fruto de la mundialmente famosa batalla de Normandía, la mayor y más decisiva de toda la guerra. Nunca una victoria ha sido explotada con mayor perfección. El caos y destrucción producidos por las aviaciones aliadas a retaguardia de la batalla han sido indescriptibles y constituído potentísimo factor en la lucha, sobrepasando y reduciendo a minúsculas dimensiones cuanto nuestro ejército tuvo que sufrir por acción aérea alemana en 1940. No obstante, cuando se reflexiona en el tremendo potencial de fuego de las armas modernas y en la oportunidad que dan a la acción ofensiva y retardataria, siéntese uno atónito ante la extraordinaria celeridad con que los ejércitos aliados han avanzado. El vasto y brillante movimiento envolvente de los ejércitos americanos quedará como modelo en el arte militar y como ejemplo de la oportunidad de correr riesgo, no sólo en la lucha, lo que la mayoría de los ejércitos están dispuestos a hacer, sino, como dicen los americanos, en el aspecto logístico. Gran placer ha sido para todos ver a los ejércitos británicos y canadienses, que por tanto tiempo lucharon contra el enemigo a guisa de eje del movimiento aliado, mostrarse capaces de fulminantes avances no sobrepasados en sitio alguno.

Finalmente, y mediante la mayor operación de aerodesembarco que se haya concebido o ejecutado jamás, hemos dado en el Norte un importantísimo salto hacia adelante. Rindo aquí un homenaje, que la Cámara considerará merecido, al soberbio hecho de armas efectuado por nuestra primera división de paracaidistas. Ya se han dado al país plenos y profundamente conmovedores relatos de esa gloriosa y fructífera operación, que ocupará lugar imperecedero en nuestros anales militares e inspirará a los jóvenes de generaciones venideras los más altos ideales de deber y osadía. Pesado ha sido el coste, grandes las bajas de

una sola división; pero para quienes vistan luto en consecuencia de ello, siempre será un consuelo pensar que el sacrificio no fué solicitado superfluamente ni llevado a cabo sin resultados. La dilación ocasionada al avance enemigo sobre Nimega, permitió a los británicos y americanos de otras divisiones aerotransportadas, así como al II Ejército británico, asegurar la integridad de pasos vitalmente importantes, formando una fuerte cabeza de puentes sobre el brazo principal del Rin, en Nimega. El lema «No en vano» será orgullo de los sobrevivientes y epitafio de los caídos.

Volviendo al tema principal, Brest, El Havre, Dieppe, Boulogne y Amberes están ya en nuestras manos. Todos los puertos atlánticos y del canal, desde la frontera española a Holanda, están ahora en nuestra posesión, proporcionándonos buenos fondeaderos y grandes masas de prisioneros de guerra. Todo esto se ha conseguido mediante los esfuerzos conjuntos de los ejércitos americanos e ingleses, asistidos por los fervientes y ampliamente difundidos levantamientos y esfuerzos combativos del *maquis* francés.

Desembarco en la Riviera

Mientras se desarrollaba esta gran operación, una fuerza francoamericana desembarcaba en la Riviera y, con la activa ayuda de una brigada inglesa aerotransportada, de unidades inglesas de aviación y de la Armada real, procedía con rapidez increíble a la toma de Tolón y Marsella, a la liberación de la gran franja de costa de la Riviera y al victorioso avance del ejército del general Patch, valle del Ródano arriba. Este ejército, tras capturar 80.000 prisioneros, enlazó con el general Eisenhower, quedando a las órdenes de éste. Cuando el 15 de agosto, tuve la oportunidad de ver—desde muy lejos, por desgracia—el desembarco en Sant-Tropez, parecía osado esperar resultados tan importantes y rápidos. Pero éstos se han producido, al conjuro de las victorias en el Norte, en menos de la mitad del tiempo prescrito y esperado para conseguirlos. Esto respecto a la lucha en Francia.

Simultáneamente a ella, se ha luchado dura y ventajo-

samente en el frente de Italia. El general Alexander, que manda los ejércitos de Italia con entera discrecionalidad operativa, dispone de los ejércitos V y VIII. El V, mitad americano y mitad inglés, y con el que sirve la excelente división brasileña, algunas de cuyas tropas—magnífica hueste—he tenido ocasión de revistar, va mandado por el general estadounidense Clark, oficial de las más altas cualidades y conducta, con un soberbio historial de hazañas propias y de sus tropas. El VIII Ejército, mandado por el general Oliver Leese, cuyas cualidades son también de primer orden, comprende el cuerpo polaco, que ha luchado con valentía a las órdenes del general Anders, y una brigada griega que se ha distinguido en primera línea de batalla. También pelea en ese frente una considerable fuerza italiana, ansiosa de libertar a su país de la garra y mancilla alemanas. Muy pronto esa fuerza aumentará en número a más del doble. El lugarteniente del reino se halla a menudo entre esas tropas.

Frente de Italia.

La mayor masa de fuerzas en el frente italiano procede, desde luego, del Reino Unido. Cerca de la mitad de las divisiones de todo el frente son de estas islas. Con ellas hay divisiones neozelandesas, canadienses, sudafricanas e indias, o, mejor indobritánicas, ya que, aunque ello suela olvidarse a menudo, la tercera parte de sus efectivos es inglesa. El ejército inglés de Italia incluye también unidades palestinianas, y aquí debo anunciar que el Gobierno ha decidido acceder a la petición de formar una brigada judía para participar en las operaciones activas. Sé que hay gran número de judíos sirviendo en nuestras fuerzas y en las americanas, en todos nuestros ejércitos, pero me ha parecido apropiado que una unidad judía especial, una unidad especial de esa raza que ha sufrido indecibles tormentos bajo los nazis, esté representada como formación específica entre las fuerzas concentradas para el derrumbamiento final del nazismo, y no albergo duda alguna de que dicha unidad no sólo participará en la lucha, sino en la ocupación subsiguiente.

Muy dura tarea espera al ejército en Italia. Ya ha sido

perforada en varios puntos la fuerte Línea Gótica con que Kesselring quería defender el paso de los Apeninos. Pude examinar y seguir el avance del VIII Ejército, cruzando el río Metauro, operación empezada el 26 de agosto. Era obvia la extraordinaria capacidad defensiva del terreno mantenido por el enemigo. Las cordilleras se levantan una tras otra, en una sucesión al parecer interminable, como olas del mar, y cada una había de ser conquistada o flanqueada mediante fuerzas y armas superiores. El proceso, largo y costoso, está a punto de completarse: virtualmente está completado ya.

A la vez, el V Ejército, a las órdenes del general Clark, avanzando desde la región de Florencia, ha penetrado profundamente en las hileras de montañas, y, rompiendo el centro enemigo, se halla en las laderas septentrionales de los Apeninos, a no mucha distancia de Bolonia, lugar de importancia estratégica muy concreta. El general Alexander ha irrumpido definitivamente en la cuenca del Po, pero aquí sucede a las montañas un terreno perpetuamente cortado por canales y corrientes. No obstante, las condiciones serán en adelante más favorables para la derrota o destrucción del ejército de Kesselring, objetivo al que se consagrarán incansablemente todas las fuerzas inglesas y aliadas. En el momento presente no es aconsejable mirar más allá de eso.

Voy ahora a dar unos cuantos hechos y cifras sobre las operaciones en Europa. Unos y otras han sido escogidos cuidadosamente para ofrecer toda la información posible a la Cámara y al público, sin decir al enemigo nada que no conozca ya, o diciéndoselo lo bastante tarde para que ya no le sea de utilidad alguna. La celeridad con que fueron formados en Francia los poderosos ejércitos ingleses y americanos es casi increíble. En las primeras veinticuatro horas desembarcamos un cuarto de millón de hombres, ante violenta y fortificada oposición. El día 20 había un millón de hombres en tierra. Ahora hay en Francia de dos a tres millones. Los progresos en la capacidad de mover y desembarcar tropas ha aumentado ampliamente desde los

Hechos y cifras.

primeros días en que nos aventuramos en la guerra sin experiencia previa alguna. Pero el número de soldados era sólo parte del problema de transportes. Esos ejércitos están equipados con las más perfectas armas modernas y con todas las necesidades imaginables de la moderna guerra, y una inmensa artillería apoya todas sus operaciones. Enormes masas blindadas de la más alta calidad dan a las tropas extraordinaria movilidad y potencia ofensiva. Muchos cientos de millares de vehículos sostienen sus movimientos y muchos millones de toneladas de pertrechos han sido desembarcadas ya, en su gran mayoría en costas abiertas o en los puertos artificiales que describí al hablar la vez anterior a la Cámara.

Todo esto constituye una hazaña de organización y eficacia que debe producir la maravilla y merecer la admiración de todos los estudiosos del arte bélico, así como el aplauso de las naciones americana e inglesa y sus aliadas. He de rendir tributo al ejército de los Estados Unidos, no sólo por sus valerosas e inflexibles cualidades combativas, sino también por la pericia de sus jefes y la excelencia de sus servicios de suministros. Si se recuerda que hace cuatro o cinco años los Estados Unidos eran una potencia amante de la paz, sin ningún gran cuerpo de tropas o municiones, con sólo un muy pequeño ejército regular donde obtener los mandos, el esfuerzo americano resulta en verdad asombroso. Tras la intensa instrucción a que han sido sometidas durante unos tres años—y en algunos casos durante más de tres años—las divisiones americanas se componen ahora de soldados regulares y profesionales cuya calidad militar está fuera de toda comparación con las levas, apresuradamente reunidas, de los tiempos de guerra. Esos soldados, como los nuestros propios, que han estado más tiempo sobre las armas, se han probado superiores a las llamadas tropas veteranas alemanas, que, si bien luchan desesperadamente, se han mostrado decididamente peores. Cuando pienso en la desmedida producción de barcos, municiones y pertrechos de todas clases con que los Estados Unidos se han abastecido a sí mismos y apoyado en generosa extensión a todos los aliados com-

batientes; cuando pienso en la tremenda guerra que los Estados Unidos, con tropas de nuestros dominios neozelandeses y australianos, están sosteniendo en los espacios del Océano Pacífico, juzgo que bien puede esta Cámara saludar a la nación hermana como país que se halla en el apogeo de su reputación y poder.

Me satisface decir que nosotros hemos hecho una digna contribución. Hace tiempo un senador publicó una declaración afirmando que el público americano se sorprendería al saber que los Estados Unidos debían aportar el 80 por 100 de fuerzas para la invasión del continente. Dije por entonces que en el comienzo de la invasión de Francia, las fuerzas inglesas y americanas serían prácticamente iguales, pero que después América tendría la primacía. Me congratula decir que, tras ciento veinte días de lucha, aún mantenemos, en las tropas de allende el canal, una proporción de dos a tres en personal y de cuatro a cinco y medio en las divisiones combatientes. Las bajas han seguido muy de cerca la proporción del número. Hemos—siento decirlo—tenido más de 90.000 entre muertos, heridos y desaparecidos, y los Estados Unidos, incluyendo el ejército del general Patch, 145.000. Tal es el precio pagado en sangre por las democracias de idioma inglés a cambio de la liberación del suelo de Francia.

Extendiendo esta ojeada a todo el escenario europeo, incluso las campañas de Francia e Italia, será una satisfacción para la Cámara saber que, después de cinco años de guerra, aún mantenemos en plena acción contra el enemigo, casi exactamente, el mismo número de divisiones, sumando ambos frentes, que cuantas los Estados Unidos, mediante todos los recursos marítimos que han podido emplearse, han enviado a Europa. Si consideramos que la población de raza británica del imperio sólo asciende a 70.000.000, y que hemos sufrido muchas pérdidas en los primeros años de la guerra, ciertamente el esfuerzo ha de considerarse notable y así fué plena y cordialmente reconocido por nuestros colegas americanos, los jefes de Estado Mayor y otros, en la reciente conferencia de Quebec.

Al hacer justicia a la actuación inglesa y americana, no

debemos olvidar nunca, como lo recordé a la Cámara antes de separarnos, el inconmensurable servicio que Rusia ha prestado a la causa común agotando, en largos años de sufrimientos, la vida del monstruo militar alemán. Los términos en que recientemente el mariscal Stalin se ha referido, en una conversación, a nuestros esfuerzos en el Oeste, son tan generosos y admirativos, que me considero obligado a señalar a la Cámara que Rusia está sosteniendo y batiendo a fuerzas hostiles mucho mayores que las que afrontan a los aliados en el Oeste, así como que la misma Rusia, durante largos años, ha resistido, a costa de enormes pérdidas, el peso de la lucha en tierra. Hay, pues, honor para todos, y es de celebrar que nosotros, por nuestra parte y a nuestra vez, hayamos asestado resonantes golpes, dignos de ser registrados entre los demás hechos de armas lealmente cumplidos por nuestra gran alianza.

Birmania.

He de referirme de nuevo a la campaña de Birmania, tema que ya rocé en mi último discurso a la Cámara. Me afectó un tanto el observar, leyendo la Prensa americana, como lo hice durante mi estancia en Ultramar, que existe una difundida y errónea suposición entre el público—al menos en cuanto lo reflejan los periódicos—respecto a la escala de nuestro esfuerzo en Birmania y a los resultados hasta hoy de la campaña del almirante Mountbatten. Muchos importantes órganos de los Estados Unidos parecen dar la impresión de que la campaña inglesa de 1944, en Birmania, ha sido un fracaso, o al menos una partida en tablas: que nada práctico se ha hecho y que la campaña se salvó gracias a la brillante toma de Miitkiina—que, aun cuando se escribe así, se pronuncia «Miquinau»—por el general Stilwell al frente de un regimiento americano de tropas batidoras de muy alta clase, con ayuda de los chinos. Así se pintan las cosas; pero yo debo presentar estos asuntos a su verdadera luz. Sabido es que los Estados Unidos se han esforzado crecientemente en establecer una ruta aérea a China, ruta capaz de transportar suministros inmensos, habiendo logrado, con refuerzos asombrosos y a mucha costa, enviar

sobre el terrible Himalaya—la «Joroba», como se llama esa cordillera en el ejército—una cantidad mayor en un número de veces que no diré, a cuanto la carretera de Birmania ha transportado en sus más atareados días o podrá transportar en varios años venideros. Ello es una increíble proeza de transporte sobre montañas de veinte o veintidós mil pies de altura, es decir, sobre un terreno donde un fallo del motor significa la muerte para el piloto. Y esto ha sido ejecutado por un gran esfuerzo de los Estados Unidos en su deseo de ayudar a resistir a los chinos. Jamás, en verdad, se ha visto ni soñado más prodigioso ejemplo de esfuerzo, ciencia y organización.

En la frontera oriental de la India opera el XIV Ejército imperial inglés, que comprende el principal elemento militar de la India, incluyendo algunas de las más famosas divisiones indias del Oriente Medio y una considerable proporción de tropas y divisiones del Reino Unido, con algunas excelentes divisiones indígenas de África, sobre todo del África occidental. Este ejército, mandado por el almirante Mountbatten, suma de 250.000 a 300.000 hombres—aparte de los servicios de retaguardia, que, en esa región de comunicaciones precarias y larguísimas, son muy numerosos—y ese ejército es el que, con sus operaciones agresivas, ha defendido las bases de la línea aérea americana a China y protegido la India contra los horrores de la invasión japonesa. Una vez más la India y su vasta población han descansado serenamente, entre los tumultos y tormentos del mundo, tras el escudo imperial. No sobra a veces advertir que, bajo el Gobierno inglés, en los últimos ochenta años, han perecido, por hierro o armas de fuego, incomparablemente menos personas en la India que en cualquier zona o comunidad similares del Globo.

Como la población ha aumentado en 50 millones en los últimos diez años, es indudable que el hambre causada el año pasado por las circunstancias militares en relación al transporte, no representa en modo alguno las condiciones de una administración bajo la que la amplia península y triángulo de la India han alcanzado un incremento de po-

blación que excede en celeridad al de cualquier otro país del mundo. Considero un hecho notable que la India haya recibido ese amparo y sido ese vasto puerto de paz merced a la protección de las armas y política de la Gran Bretaña y merced también a la atención y cuidados de esta Cámara. En este esfuerzo, las bravas razas combativas de la India han sostenido en todo momento una honrosa y memorable parte.

Siento decir que la lucha en el frente de Birmania ha sido, en el curso del año, severísima y continua, habiendo ocasiones en que el desenlace, en particulares localidades, parecía dudoso. Sin embargo, las diez divisiones japonesas que fueron lanzadas contra nosotros para invadir la India y cortar la línea aérea, han sido rechazadas y en gran parte destruídas, como resultado de una sangrienta y costosísima campaña que aún persiste a pesar de las condiciones del monzón. Lo costosa que esta campaña ha sido en cuestión de enfermedad puede juzgarse por el hecho de que, sólo en los primeros seis meses de este año, el XIV Ejército imperial inglés ha tenido no menos de 237.000 casos de enfermedad, que han debido ser evacuados a retaguardia por largos y difíciles caminos y atendidos en los hospitales. Más del 90 por 100 de esos enfermos volvieron al ejército dentro de dichos seis meses, pero el incesante desgaste y el número, mucho mayor, requerido para mantener, a pesar de ese desgaste, una fuerza combativa aproximada a un cuarto de millón de hombres, pueden imaginarse con facilidad. Añadiendo un desgaste y pérdida como los mencionados, se ve que se necesitan cifras mucho mayores para mantener nuestra limitada fuerza combatiente. Además ha habido unas 40.000 bajas por razón de combate en los primeros seis meses, es decir, hasta fin de junio, y el número, de cierto, ha crecido ahora.

Creo que estos hechos deben ser conocidos, opino que debe dárseles amplia publicidad, y espero que así se haga ahora que yo lo he declarado, porque la campaña del almirante Mountbatten en la frontera de Birmania constituye —y éste es un hecho sobresaliente—la mayor y más im-

portante lucha terrestre que se haya mantenido contra los ejércitos del Japón. Lejos de ser una insignificante y decepcionadora partida en tablas, es el choque mayor que se ha tenido en tierra con el Japón, habiendo producido la muerte de 50.000 ó 60.000 japoneses y la captura de varios centenares de prisioneros. El ejército japonés ha retrocedido ante nuestras tropas, quedando muy deprimido y malparado. Hemos encontrado, a menudo, círculos de cadáveres nipones en la selva, habiéndose suicidado todos sucesivamente, mientras sus oficiales seguían el curso de toda la operación y se saltaban al final la tapa de los sesos. No hemos sido nosotros quienes les pedimos que fueran allí y sólo por elección propia se hallan en esa difícil situación.

No obstante, cabe esperar una renovación de la ofensiva japonesa tan pronto como pasen los monzones, y estamos haciendo preparativos para rechazarla con el máximo vigor. Nelson decía: «En la duda, cumplirá con su deber todo capitán que aborde a un barco enemigo». El pelear con los japoneses en la mayor escala posible en tierra—y desde luego no menos en el aire—es parte del procedimiento de desgaste que señala la presente etapa de la guerra contra el Japón, y nuestro XIV Ejército ha desempeñado ese cometido con la mayor fidelidad y éxito, a pesar del desordenado y enorme coste en enfermedades. Hemos descubierto muchos modos de defensa contra las dolencias tropicales y, sobre todo, contra los insectos de todas clases, desde el piojo al mosquito, y viceversa. Los excelentes polvos D.D.T., empleados con resultados sorprendentes, serán de aquí en adelante empleados en gran escala por las fuerzas inglesas de Birmania y por las americanas y australianas en el Pacífico, así como en otros frentes, juntamente con otros remedios que constantemente se mejoran y harán patentes sus efectos de manera continua. Puedo mencionar que los japoneses padecen también paludismo y enfermedades de la selva, lo que contrarresta las muy graves pérdidas de nuestras tropas indias, blancas y africanas. Los remedios que dije serán una ayuda para nuestros aliados, y de hecho ya lo han

sido. Se puede afirmar que la extirpación de los piojos en Nápoles mediante estrictas medidas higiénicas evitó una gravísima epidemia tífica en esa ciudad y contornos cuando la ocupamos. Me cabe asegurar a la Cámara que la guerra contra los japoneses y otras plagas selváticas se llevará adelante con la mayor energía.

China.

He de indicar con profundo sentimiento que, a pesar de la profusa ayuda prodigada por los americanos a China, este gran país, desgastado por más de siete años de guerra, ha sufrido graves reveses militares que entrañan la pérdida de valiosos aeródromos con que contaban las escuadrillas americanas del general Chennault. Esto es lamentable y desconsolador. Pero mirando en conjunto las guerras europeas y asiáticas, estoy seguro de que la Cámara aclamará cordialmente la pericia e iniciativa de los generales y el infatigable valor y cualidades combativas de las tropas, y se sentirá inclinada a examinar sin ninguna especial muestra de desaprobación el manejo, combinaciones y designios que la guerra revela por parte de los estados mayores aliados e incluso por parte de los gobiernos interesados.

No debemos olvidar la gran deuda que tenemos con las torpezas—las extraordinarias torpezas—de los alemanes. Aborrezco el comparar a Napoleón con Hitler, porque me parece un insulto al gran emperador y guerrero relacionarlo en modo alguno con un miserable carnicero y jefe de chusma. Pero hay un sentido en que debo establecer un paralelo. Ambos han sido incapaces, por temperamento, de prescindir del más minúsculo retazo de terreno adonde sus consuntivos destinos los hayan llevado. Así, en 1813, después de Leipzig, Napoleón dejó todas sus guarniciones sobre el Rin y 40.000 hombres en Hamburgo. Rehusó retirar otros muchos esencialmente importantes elementos de sus ejércitos y hubo de empezar la campaña de 1814 con levas bisoñas y unas pocas fuerzas veteranas apresuradamente llevadas de España. De modo similar, Hitler ha dispersado, con el mayor éxito para nosotros, los ejércitos alemanes por toda Europa, y por su obstinación en todas partes, desde Stalingrado y Túnez

hasta el momento presente, se ha privado de la capacidad de concentrar su principal fuerza para la lucha última.

Ha perdido, o perderá cuando el copo se complete, cerca de un millón de hombres en Francia y los Países Bajos. Otros grandes ejércitos pueden ser aislados en los Estados Bálticos, Finlandia y Noruega. Hace menos de un año, cuando la relativa debilidad alemana empezaba a hacerse ostensible, Hitler ordenó nuevas acciones ofensivas en el Egeo y quiso reocupar las islas que los italianos nos habían entregado o deseaban entregarnos. Dispersó en la Península Balcánica un ejército muy grande, cuyo escape será difícil. Veintisiete divisiones, bastantes de ellas diezmadas, pelean contra el general Alexander en la Italia septentrional. Muchas de esas divisiones no podrán cruzar los Alpes para defender el suelo patrio de Alemania. Tan vasto desmenuzamiento y dispersión de fuerzas no se ha visto jamás y es, desde luego, una causa primerísima de la inminente ruina de Alemania.

Cuando *herr* Hitler se salvó de la bomba del 20 de julio, describió su supervivencia como providencial. Opino que desde un punto de vista puramente militar debemos concordar con él, porque en verdad hubiese sido infortunado que los aliados hubiesen carecido, en las fases últimas de la pugna, de esa forma de genio guerrero con que el cabo Schickelgruber ha contribuído tan notablemente a nuestra victoria. Hay mucha limpieza que hacer en los Países Bajos y en algunos de los puertos atlánticos de Francia, y los fondeadores deben ser dragados y puestos en servicio, en la mayor escala posible, antes de los temporales de invierno. Los problemas de suministro han de resolverse al ritmo de los prodigiosos avances ingleses y americanos, y yo deploro que haya mucha gente entregada a prematuras esperanzas de una inmediata cesación de la lucha. Es muy difícil no hacerlo así cuando los periódicos, a diario, están llenos—justamente llenos—de noticias de tomas de puntos importantes y de avances de los ejércitos, pero aún falta mucho por hacer en el sentido militar.

Esperanzas prematuras.

Como dije, durante los primeros cuatro críticos meses

en Europa, nos hemos arreglado para ser iguales o casi iguales en número a los Estados Unidos; mas ahora, por supuesto, el continuo aflujo de las adiestradas divisiones estadounidenses que cruzan el Atlántico les hará, paso a paso, ocupar decisivamente una situación de primacía, y, a menos de que la resistencia organizada de los alemanes se derrumbe en un porvenir muy próximo, enormes fuerzas adicionales serán enviadas por los Estados Unidos a la pugna final. Ciertamente, no aventuraré una adivinación—pues no podría ser otra cosa—respecto a cuando pueda venir el fin. Muchas personas de alta capacitación técnica, conocimiento y responsabilidad, albergan buenas esperanzas de que todo estará terminado a fines de 1944. Pero, por otra parte, nadie, y menos yo, puede garantizar que no se necesiten algunos meses de 1945.

También existe la posibilidad de que, una vez rota por completo la consistencia organizada del ejército y Estado alemán, se mantenga una fiera guerra en los montes y selvas alemanas, guerra hecha por hombres desesperados, conscientes de sus culpas y su inminente sentencia. Y esos hombres merecerán, en cierta etapa, el trato que los alemanes han aplicado tan inexorablemente a los movimientos guerrilleros de otros países. Puede ocurrir que sea necesario para los aliados el declarar, en un determinado momento, que la guerra efectiva contra el Estado alemán ha concluído y que comienza un período de limpieza de bandidos y criminales de guerra. Nadie puede prever con exactitud la forma que asumirá la agonía mortal del nazismo. Para nosotros, la decisión importante será elegir el momento en que puedan retirarse de Europa fuerzas considerables a efectos de intensificar la guerra contra el Japón. Ciertamente, no juzgamos que la declaración del fin de la guerra contra Alemania haya de posponerse hasta que el último bandido haya sido aplastado en su última guardia.

No hay duda de que las grandes victorias ganadas en común forman un grato fundamento para conferencias aliadas como la que acaba de terminar. Realmente, es mucho mejor y mucho más placentero compartir victorias

que compartir desastres. Hemos compartido ambas cosas y puedo asegurar a la Cámara que lo primero es mucho más regocijante. Aproveché la ocasión para asociar a nuestras tareas a los representantes canadienses, neozelandeses y australianos. Asimismo asistí, en unión de nuestros jefes de Estado Mayor, a una reunión del Gobierno canadiense, recibiendo de los señores Mackenzie King y Curtin las más cordiales expresiones de satisfacción por la manera en que nuestros asuntos están siendo conducido y por el acuerdo existente en las decisiones adoptadas. He estado también, como a menudo lo estoy, en plena correspondencia con el mariscal Smuts y el señor Fraser. Cuando el presidente y yo, con nuestro respectivo personal, nos reunimos en Quebec, teníamos tras de nosotros un historial de guerra afortunada que justificaba sentimientos de solemne satisfacción y acrecía el resplandor de nuestra fraternidad de armas.

Conferencia de primeros ministros.

Hace ahora dos años casi justos que la ofensiva final de Rommel contra El Cairo fué rechazada por los entonces recién nombrados generales Alexander y Montgomery, un mes antes de la decisiva victoria de El Alamein. Desde entonces nuestros asuntos en todo el mundo, así como los de nuestra poderosa aliada Rusia, han marchado sin un solo revés de género alguno, excepto la pérdida de Leros y Cos, en el Egeo, y aun esto, a la postre, se ha tornado en pérdida para Hitler más que para los aliados.

Tan larga y siempre ascendente marea de victoria no tiene ejemplo en la historia. Los principales gobiernos de los aliados poseen derecho a reclamar la confianza en las Naciones Unidas en los nuevos esfuerzos que se requerirán de todos nosotros y en los ulteriores proyectos que han sido concebidos y formados y se llevarán seguidamente a la acción. En Quebec los jefes del Estado Mayor combinado alcanzaron pleno acuerdo en todos los puntos. El presidente y yo hemos seguido el sistema de no hacer más cambios que los obligados por defunción, como en el caso del llorado almirante Pound, en los jefes de Estado Mayor encargados de la dirección de la guerra.

En este país no han existido, entre los elementos profesionales y los políticos, diferencias al modo de las surgidas en la guerra anterior, Hemos trabajado juntos en perfecta armonía. Nuestra confianza en los jefes de Estado Mayor—confianza del pueblo y confianza del Gabinete de Guerra—ha crecido sin cesar. A causa de no haber habido cambios, los hombres que se reunieron en Quebec se conocían bien unos a otros, estaban unidos por lazos de comprensión y amistad y toda la imagen y escalonamiento de la guerra impregnaba sus mentes y todo su ser. Cuando se han atravesado juntos todas esas cosas, no tienen que resolverse añejos archivos para recordar lo sucedido en determinadas ocasiones. Las mentes humanas se forman día a día por lo que viven y, en ese plano, la discusión entre esos altos jefes es muy ligera y rápida.

Como es natural, nuestras deliberaciones versaron sobre el feliz desarrollo de la guerra en Europa, con miras a la rendición incondicional de Alemania lo antes posible, y también sobre la nueva fase de la guerra contra el Japón, la cual dominará todos los ánimos y exigirá todos los recursos desde el momento en que termine la guerra alemana. Hace aproximadamente dos años aseguré al presidente, en nombre del Gobierno de su majestad, que Inglaterra proseguiría la guerra contra el Japón con toda su fuerza y recursos hasta el fin. Como expliqué al Congreso la última vez que me dirigí a él, tenemos a cargo de los japoneses pérdidas que reparar e injurias que lavar, tan grandes al menos como las sufridas por los Estados Unidos, si no mayores. Debemos ayudar a Nueva Zelanda y Australia a alejar para siempre de sus territorios patrios la amenaza japonesa, y así como ellas nos han ayudado en todos los frentes contra Alemania, nosotros no eludiremos el deber en materia de darles efectiva ayuda.

Guerra contra el Japón.

Nuestra perseverancia en esta lucha es indudable. Ofrecí hace tiempo encarnarlo así en un tratado, pero el presidente dió la cortés respuesta de que bastaba la palabra británica. Ciertamente haremos buena esa palabra. En consecuencia, ofrecimos a los Estados Unidos una eficaz y

moderna escuadra británica para emplearla en las grandes operaciones contra el Japón. Esa oferta fué aceptada cordialmente y en el acto. Gran porción de tal escuadra está congregada ya en el océano Índico. Durante un año, nuestros modernos barcos de batalla han estado sometidos a una mayor modernización y «tropicalización» para afrontar los rápidos cambios que la guerra impone en el orden técnico. Hace nueve meses emprendimos la creación de un inmenso equipo de flota, comprendiendo muchas naves, grandes y medianas, adaptadas especialmente como buques de reparación, de recreo para el personal, de provisiones y de municiones, con muchas variantes modernas, a fin de que la escuadra tenga un grado de movilidad que la haga, durante varios meses, vastamente independiente de las bases costeras. Considerable parte de los barcos que usaremos a esos propósitos han sido construídos en el Canadá, y se ha juzgado mejor y más económico adaptar nuevos barcos mercantes en proceso de construcción al fin exacto que han de cumplir que convertir a esos efectos barcos ya existentes, aunque también este método haya sido llevado muy lejos. Así, esperamos situar en el Pacífico una flota capaz de librar por sí sola una acción general con la escuadra japonesa, y que, unida a la mucho mayor potencia naval de los Estados Unidos, nos dará en esos vastos espacios de océanos y mares un dominio de completísimo y decisivo carácter.

Porque ciertamente ha de suponerse que en la guerra contra el Japón habrá una fase de severo, intenso, prolongado y siempre creciente bombardeo aéreo sobre las instalaciones terrestres y centros japoneses de municiones. También en esto desarrollaremos nuestra parte hasta el más extremo límite que las bases nos permitan. En cuanto a las operaciones terrestres o anfibias que haya de ejecutar el Imperio británico, han de estar veladas de misterio. Baste decir que la escala de nuestro esfuerzo sólo quedará limitada por las naves disponibles. En eso, sin embargo, recibiremos un magnífico suplemento. El fin de la guerra submarina, cuando se produzca, nos permitirá prescindir de los convoyes en el hemisferio occidental,

añadiendo así no menos de un 25 por ciento a la capacidad práctica de transporte de nuestra marina mercante y un porcentaje mayor a la capacidad de transporte de los petroleros.

Con todo, he de agregar unas palabras de advertencia contra el hecho de albergar miras optimistas acerca de la rapidez con que puede hacerse ese gran traslado de fuerzas de un lado del mundo al otro. No sólo la cantidad de barcos aliados, numerosos como son y mucho más numerosos que lo eran al empezar la guerra, será un factor limitativo, sino que el desarrollo de bases, la acumulación de pertrechos y la construcción y protección de aeródromos, impondrán restricciones a los vivaces e imaginativos estrategas que transportan flotas y ejércitos a través del globo tan fácilmente como pudieran servirse un plato de sopa. Las grandes distancias, las condiciones tropicales y otros hechos físicos, unidos a la desesperada resistencia del enemigo, harán de la guerra contra el Japón una empresa de primera magnitud, y nos será necesario usar plenamente los recursos de la mecánica y la ciencia para que nuestros ejércitos puedan desarrollar su labor en las condiciones más favorables y con el menor sacrificio de vidas aliadas. Una vez considerados todos esos factores, esté segura la Cámara de que todo el ingenio y potencia técnica de la Gran Bretaña y los Estados Unidos serán incesantemente empleados, y, teniendo en cuenta los resultados ya obtenidos en tantas direcciones, cabe tener buena confianza de que lo dicho no se empleará en vano.

He llegado al fin del aspecto militar de lo que tenía que decir y pudiera ser conveniente para la Cámara, como desde luego sería satisfactorio para el que no llamaré locutor, sino orador, establecer un intervalo para el almuerzo, por lo que respetuosamente preguntaré al que no llamaré dirigente de la oposición, sino muy honorable amigo y antagonista, si se halla acorde con tal propuesta.

* * *

Cuando nos reunimos aquí la última vez, hice acerca de la situación militar una reseña que, si no en modo alguno completa y definitiva, dió, según creo, un esbozo general de nuestra situación en el momento presente desde el punto de vista de un hombre que tiene especiales oportunidades de ver las cosas en su más amplia perspectiva. La situación extranjera ha respondido a los hechos militares. Nunca la alianza de las tres potencias contra Alemania ha sido más íntima y efectiva. Hay necesariamente divergencias de miras e intereses, pero en ningún momento han afectado a la majestuosa marcha de los acontecimientos, de acuerdo con las decisiones y convenios de Teherán. Uno tras otro, en rápida sucesión, los estados satélites han forcejeado para librarse de la tiranía nazi, y, según es usual en tales casos, no han pasado de la alianza con Alemania a la neutralidad, sino de la alianza con Alemania a la guerra contra la misma. Esto ha sucedido en Rumania y Bulgaria. Ya hay lucha entre finlandeses y alemanes. Éstos, acordes con sus prácticas y carácter acostumbrados, dejan tras de sí una estela de aldeas incendiadas y ennegrecidas, incluso en la tierra de sus engañadas víctimas finlandesas.

Los satélites de Alemania.

Hungría está aún bajo la zarpa nazi, pero cuando, como sucederá, esa zarpa se quebrante bajo los acerados martillazos de la guerra, o cuando la presión se relaje en razón de las lesiones y daños internos del tirano, el pueblo húngaro, con la fuerza que le quede, volverá sus armas contra quienes, a través de tantos sufrimientos, lo han conducido a su presente ruina y derrota. Los términos del armisticio convenido con Rumania y Finlandia llevan, naturalmente, el cuño de la voluntad soviética, más he de llamar la atención sobre lo moderadamente que el Soviet ha tratado a esos dos países, que marcharon alegremente en pos de Hitler en el intento de éste de destruir a Rusia y añadieron su parte alícuota de daños al inmenso volumen de sufrimientos que el pueblo ruso ha soportado, a los que ha sobrevivido y que ha superado triunfalmente.

Las condiciones del armisticio con Bulgaria no se han

firmado aún. La intervención soviética en esa zona fué a la par impresionante y eficiente. La repentina declaración de guerra de Rusia a Bulgaria bastó para inducir a ésta a volver sus míseros ejércitos contra los intrusos alemanes. Inglaterra y los Estados Unidos llevaban mucho tiempo en guerra con Bulgaria y ahora se han unido a los soviets en la preparación de adecuadas condiciones de armisticio. El pueblo búlgaro ha sido lanzado por sus dirigentes, tres veces en los últimos treinta y cinco años, a tres guerras injustas, aisladas y desastrosas, y en esta última no podemos olvidar los muchos actos de crueldad y maldad de que los búlgaros son responsables en Grecia y Yugoslavia. Ellos, por su parte, no han sufrido nada. Ningún pie ha hollado su suelo. Nada han sufrido, fuera de algunos bombardeos aéreos. Varios de los peores criminales de guerra son búlgaros. El comportamiento de sus tropas al hostigar y procurar domeñar a sus dos pequeñas y sangrantes víctimas, Grecia y Yugoslavia, es una página vergonzosa por la que ha de exigirse plena expiación. Puede que los búlgaros quieran ser tratados como cobeligerantes. Por lo que a Inglaterra concierne, han de esforzarse, por largo tiempo y de manera inequívoca, en merecerlo antes que podamos acordarles un trato especial, dadas las injurias que nuestras aliadas Yugoslavia y Grecia han padecido a manos de Bulgaria. Entre tanto, dejémoslos atacar y destruir a cuantos alemanes encuentren en tierras enemigas. No deseamos verlos en las de nuestros aliados. Ese camino es el único que les convendrá a ellos y a sus intereses. Cuanto más vigor pongan en caer sobre los alemanes, más verosímilmente apartarán la atención que las victoriosas naciones en armas dediquen a los anteriores desafueros búlgaros.

Bulgaria.

Sería afectación pretender que la actitud de Inglaterra —y creo que de los Estados Unidos—hacia Polonia es idéntica a la de la Unión Soviética. Han de considerarse todas las diferentes circunstancias geográficas e históricas que determinan las relaciones de las democracias occidentales, por una parte, y del Gobierno soviético, por otra, con la na-

Polonia. Unión Soviética.

ción polaca. El mariscal Stalin se ha declarado repetidamente en favor de una Polonia fuerte y amiga, soberana e independiente. En esto nuestra gran aliada del Este se halla de pleno acuerdo con el Gobierno de su majestad y también, a juzgar por las declaraciones públicas, con los Estados Unidos. Los que en esta isla y en nuestro imperio desenvainamos la espada contra la poderosa Alemania, nosotros que somos la única gran nación no vencida que declaró la guerra a Alemania como consecuencia de la agresión a Polonia, tenemos con ésta sentimientos y deberes que calan muy hondo en la raza británica. Todo cuanto está en nuestro poder se ha hecho y se hará para conseguir, en letra y en espíritu, los propósitos que sobre Polonia han declarado las tres grandes aliadas.

Habrán de hacerse cambios territoriales en las fronteras de Polonia. Rusia tiene derecho a nuestro apoyo en esa materia, porque sólo los ejércitos rusos pueden librar a Polonia de las plantas alemanas, y tras todo lo que el pueblo ruso ha sufrido a manos de Alemania, le asiste derecho a disponer de fronteras seguras y de una vecindad amistosa en su zona occidental. Confío mucho en que el Gobierno soviético hará posible para nosotros el actuar de consuno con él en la solución del problema polaco, y que no presenciaremos el triste espectáculo de unos gobiernos rivales en Polonia, uno reconocido por la Unión Soviética y otro firmemente respaldado por las potencias occidentales. Tengo ferviertes esperanzas de que el señor Mikolajczyk, digno sucesor del general Sikorski y hombre firmemente deseoso de una inteligencia y acuerdo amistoso con Rusia, pueda en breve, con sus colegas, reanudar en Moscú las importantes conversaciones interrumpidas hace algunos meses.

Es mi deber insistir ante la Cámara en el embarazo que causaría a nuestros asuntos y el daño que posiblemente haría a los intereses polacos el uso de un lenguaje destemplado en torno a las relaciones polacorrusas en el curso de este debate. Es mi firme esperanza, y también mi creencia, que quepa conseguir un buen acuerdo y crear un Gobierno polaco unido que goce de la confianza de

las tres grandes potencias afectadas y asegure a Polonia las condiciones de fuerza, independencia y soberanía que las tres han proclamado como su objetivo y resolución. Nada es más fácil que producir, con palabras violentas, una perspectiva mucho menos esperanzadora que la que se abre ahora ante nosotros. Los honorables diputados tomarán sobre ellos una grave responsabilidad si se enmarañan precipitadamente en esas controversias, perjudicando así las esperanzas que abrigamos sobre una honrosa solución y arreglo del asunto. Reconocemos nuestras especiales responsabilidades respecto a Polonia y confío en que la Cámara no adopte un lenguaje que pudiera hacer nuestra tarea más dura.

No debemos nunca perder de vista nuestro primero y predominante deber, es decir, la destrucción más rápida posible del poder nazi. Debemos esto a los soldados que en el momento presente están prodigando su sangre y dando sus vidas por la causa. Ellos están vertiendo su sangre en el esfuerzo de llevar a término esta terrible lucha en Europa, y ese término ha de constituir nuestra tarea máxima. Todos los problemas—y son muchos, son legión y se acumulan en vasto despliegue—, todos los problemas, digo, que ahora afrontan las naciones se presentarán en forma mucho más sencilla y adaptable cuando los cañones dejen de tronar en Europa y los aliados victoriosos se congreguen en torno a la mesa del armisticio o la paz. Me asisten las mayores esperanzas de que se hagan acuerdos prudentes y armónicos, con amistad y confianza, entre las grandes potencias, proporcionando así los cimientos sobre los que quepa erigir una estructura duradera de paz europea y mundial. He dicho estas palabras a propósito de la cuestión polaca y estoy seguro de que nuestros amigos de ambos lados comprenderán cuán largo y anheloso ha sido el estudio que el Gabinete ha dedicado a este tema, cuán constantemente nos entrevistamos con representantes de los polacos y cuán frecuente e íntima es nuestra correspondencia al respecto con Rusia.

No concibo que no sea posible hallar una solución favorable que dé a Rusia la seguridad a que tiene derecho

(y que yo he decidido que le procuraremos con todas nuestras fuerzas) en su frontera oriental, a la vez que devuelva a la nación polaca la soberanía e independencia nacionales por las que, a través de siglos de opresión y pugna, no ha cesado nunca de luchar.

Volviéndonos a otro difícil e intrincado problema, presumo que la Cámara habrá leído ya la declaración conjunta que el Presidente y yo hemos redactado y que entraña una muy clara y definida mejora y alivio en nuestras relaciones con el Gobierno italiano. Durante mi visita a Italia he tenido la oportunidad de hablar con dirigentes de todos los partidos, desde la extrema derecha a los comunistas extremos. Los seis partidos representados en el Gobierno italiano acudieron a la Embajada británica y tuve el placer de conocer a todos los distintos ministros que trabajan juntos lo mejor que pueden, en condiciones necesariamente difíciles y depresivas. He mantenido conversaciones con el jefe del Gobierno, señor Bonomi, y también con él y a la vez con el mariscal Badoglio. Ambos son amigos. El mariscal ha observado muy fielmente las condiciones impuestas por el armisticio hace un año, realizando todo lo posible para enviar todas las fuerzas italianas, y particularmente las navales, a la lucha contra Alemania. Asimismo, ha trabajdo incansablemente por la mejora de relaciones entre Inglaterra e Italia y entre Italia y los aliados. Su conducta al dejar el cargo, dando cordial ayuda a su sucesor, le honra mucho también. Finalmente, he tenido el honor de una entrevista con el lugarteniente del reino, cuya sinceridad y fervor en pro de la causa aliada es tan ostensible como su aventajada talla ante los ojos italianos. He dado mi opinión y debo decir que vale tanto como cualquier reprimida risa de mofa.

Italia.

Lo que me impresionó y conmovió más en este viaje por Italia fué la extraordinaria buena voluntad que por doquier testimonia el pueblo italiano a las tropas americanas e inglesas. Según lo recorría pequeñas poblaciones y aldeas, a retaguardia del frente, día tras día, la amistosidad e incluso entusiasmo de los campesinos, obreros y

comerciantes, y de hecho de todas las clases, era espontánea y convincente. Confieso que no puedo abrigar sentimiento alguno de hostilidad hacia la masa del mal conducido o tiranizado pueblo italiano. Es obvio que ningún acuerdo final puede hacerse con él ni con su Gobierno hasta que el norte de Italia y sus grandes ciudades hayan sido liberadas, reforzándose y ensanchándose la base del Gobierno presente. Hay buenas esperanzas de que esto se consiga, y puedo decir que pronto, aunque será más seguro decir a su debido tiempo. Sería, en efecto, un calamitoso desastre que el pueblo italiano, tras los malos tratos de sus anteriores aliados y de los restos del fascismo aún congregados en torno a Mussolini, no saliese de la lucha europea sino para hundirse en violentas luchas interiores. Por esta razón, al marchar de Roma expuse a la nación italiana algunas de esas amplias y sencillas garantías y concepciones liberales que son como el alentar de nuestros pulmones en este país—al punto de que apenas las notamos—y que sostienen los derechos y libertades del individuo contra toda forma de tiranía, sean cuales fueren las libreas que vista o los lemas que proclame.

A todos nos ha repelido el horrible atentado que sucedió en las calles de Roma hace una semana o cosa así. Han de tomarse toda clase de medidas de precaución y autoridad para impedir estallidos de las venganzas de las turbas, por grande que la provocación pueda ser, y la responsabilidad de esto descansa, no sólo en el Gobierno italiano, sino, en último término, en el poder militar aliado. El castigo de los criminales que han cometido crueles y bárbaros actos a las órdenes de los alemanes, de los hombres que se han hecho agentes de la perfidia del fusilamiento en masa de 300 ó 400 rehenes en las catacumbas de Roma, tal castigo ha de imponerse ciertamente, pero ha de ser castigo aplicado por los tribunales de justicia, con estricta sumisión a las formas y principios de la justicia. Ese vergonzoso incidente ha sido un factor perjudicial en la escena italiana. Sin embargo, no ha impedido la publicación de la declaración conjunta a que me referí antes y que, en lo concerniente a la Gran Bretaña,

fué, desde luego, aprobada por el Gabinete de Guerra antes de que yo concordara en hacerla.

Dejando el escenario italiano, diré que nada ha causado a la nación británica y a los dominios reales de todo el mundo más sincera alegría que el maravilloso rescate de Francia por las armas americanas e inglesas tras la horrible opresión del huno bajo la que el país francés ha gemido o languidecido durante cuatro ominosos años. Hace ahora unos cuarenta desde que me convencí por primera vez de que los destinos de Inglaterra y Francia debían entrelazarse, combinando sus recursos militares del modo más eficaz, mediante alianzas, convenios y planes, y creo poder alegar que he perseguido ese objetivo a través de los mudables espectáculos que hemos presenciado, no sólo antes y durante la última guerra, sino en el intervalo entre las dos guerras; no sólo en años de éxitos, sino en períodos de negro desastre, y también en los períodos en que, por otras causas, hubo fricciones entre los dos países.

Francia.

Considerando algunos errores habidos en nuestra política entre ambas guerras; considerando también el fracaso de la Sociedad de Naciones a consecuencia, en gran parte, del apartamiento de América y de otras flaquezas de que otras potencias fueron responsables, en materia de dar seguridad al mundo; considerando la retirada de los Estados Unidos de la garantía angloamericana contra la agresión alemana, garantía que prometió el presidente Wilson y en virtud de la cual Francia cedió en sus reclamaciones sobre la frontera del Rin; considerando, sobre todo, la pérdida de cerca de dos millones de hombres sufrida por Francia, con su pequeña y declinante población, al soportar, como soportó, el peso de la última guerra, y el terrible efecto de esta sangría sin ejemplo sobre el pulso y vida de Francia; considerando, digo, todo esto y mucho más, he sentido siempre la más viva simpatía por Francia en los años en que mirábamos, indolentemente, el terrible y amedrantador crecimiento del poder alemán.

Se recordará que dijimos al Gobierno francés que no le reprocharíamos el hacer una paz separada en las tremen-

das circunstancias de junio de 1940, siempre que enviase su flota fuera del alcance y poder de los alemanes. No se habrán olvidado los términos de la oferta del Gabinete inglés a Francia en aquella trágica hora. Por tanto, es claro que nunca he sentido sino compasión por el pueblo francés, que en conjunto se halló privado de toda capacidad de resistencia y no pudo compartir la buena fortuna de quienes, desde nuestras costas o en en el Imperio francés, tuvieron el honor y la oportunidad de continuar la lucha armada. ¿Qué le cabía hacer a un hombre humilde y corriente? Esperar, vigilante, la oportunidad. Los *maquis* han demostrado que, al fin y después de muchos sufrimientos, una vez vencidas las dificultades de procurarse armas, los hombres libres pueden asestar algunos golpes en pro del honor y vida de su país; pero esto sólo es dado a pocos, a los jóvenes y activos y a los que pueden obtener armas.

Por mi parte he entendido siempre que el corazón de la nación francesa es recio y sincero, que de nuevo se realzaría en grandeza y poder y que nosotros debemos sentirnos orgullosos de ayudar a los franceses a recobrar su puesto en la vanguardia de las naciones y en la cúspide de la vida cultural del mundo. Durante mucho tiempo hemos previsto el día en que las tropas inglesas y americanas entraran de nuevo en los campos de Francia y, sin pensar en pérdidas ni sacrificios, expulsaran al enemigo de ciudades y poblaciones célebres en la historia y a menudo sagradas para nosotros merced a los recuerdos de la última guerra y de los seres queridos cuyas memorias viven entre nosotros mientras sus restos descansan en suelo francés. A menudo hemos anhelado y soñado recibir las bendiciones y gratitud del pueblo francés a medida que nuestros ejércitos liberadores avanzasen. Ello nos ha sido otorgado en pródiga extensión, siendo una gloriosa experiencia que presenciar, una gloriosa experiencia que disfrutar para los ejércitos, una maravillosa transformación de la escena, y un sentimiento, para nosotros, de que habíamos cumplido nuestros deberes de fieles aliados hasta el extremo límite de nuestro esfuerzo.

He declarado repetidamente que es objetivo, política e interés del Gobierno de su majestad, del país inglés y de la Comunidad e imperio, ver erigida, de nuevo y cuanto antes, una Francia fuerte, independiente y amiga. Me asisten las máximas esperanzas de que esto se conseguirá pronto. El pueblo francés, actuando unido como debe, por su vida y su futuro, con unidad de propósitos, con sinceridad y valor, tiene una gran posibilidad de levantar una Francia nueva e indivisible que ocupará su justo lugar entre las primeras naciones del mundo.

En mi última declaración a la Cámara hablé de la importancia de incluir representantes franceses en todas las discusiones concernientes a la frontera del Rin y a un acuerdo general sobre el oeste de Alemania. Entonces, por fuerza de las circunstancias, el Comité francés de Argel no podía ser considerado como un organismo representativo de Francia en conjunto. Ahora, sin embargo, se han hecho progresos. Naturalmente, ese organismo cuenta con nuevos elementos, en particular los que formaron el movimiento «maquis» y de resistencia y los que promovieron la gloriosa insurrección de París, que nos recordó los famosos días de la revolución, cuando Francia y París descargaron un golpe que abrió ancho sendero a todas las naciones del mundo. Nosotros, y creo que también los Estados Unidos y Rusia, estamos muy anhelosos de ver surgir una entidad de la que pueda sinceramente decirse que habla en nombre del pueblo de Francia, de todo el pueblo de Francia. Debe ahora parecer posible la puesta en vigor del decreto del Comité de Argel, decreto por el cual, como etapa interina, la Asamblea legislativa se transforma en cuerpo electivo, reforzado con nuevos elementos extraídos del interior de Francia. El Comité Francés de Liberación Nacional será responsable ante ese organismo. Una vez dado ese paso, que parece tener la aprobación del pueblo francés, se reforzará grandemente la situación de Francia, haciendo posible el reconocimiento del Gobierno provisional de Francia y todas aquellas inherentes consecuencias que deseamos aplicar en el primer momento posible. No cierro puerta alguna a una situación que

está en constante aflujo y desarrollo. No obstante el asunto es urgente para quienes—y yo uno de ellos—desean ver a Francia participar cuanto antes en los altos consejos aliados. Estamos discutiendo ahora esos temas con el Gobierno francés y otros aliados y espero que en un porvenir próximo se alcanzará un acuerdo ventajoso a satisfacción de todos los interesados.

Bélgica.

Deseo aprovechar la ocasión para expresar nuestro contento y orgullo por la parte que las tropas inglesas han tenido en la liberación de Bélgica. La Cámara habrá leído la clamorosa bienvenida que el pueblo belga otorga en todas partes a nuestras tropas. Yo considero esto como un feliz augurio del mantenimiento y refuerzo de los vínculos de amistad entre nuestros dos países. Muchos cientos de miles de nuestros muertos duermen en suelo belga y la independencia de ese país ha sido siempre cosa sagrada para nosotros, así como una exigencia de nuestra política. Celebro agradecer en esta Cámara las muchas cosas lisonjeras para nuestro país, que se dijeron en el Parlamento belga al volver éste a reunirse la semana pasada. Confío en que no esté distante el día en que nuestras fuerzas completen también la tarea de liberar el territorio de nuestros constantes y atribulados amigos y aliados los holandeses, que fueron aliados, en efecto, con nosotros en la guerra española de sucesión y en todas las luchas en pro de la instauración de la libertad en Europa. Muy cercanos están a nosotros en pensamientos y simpatía y sus intereses domésticos y extranjeros requieren el apoyo inglés y están en gran medida entrelazados con nuestros destinos.

He hablado de esos países uno a uno. Paso ahora a un más amplio aspecto hasta tan lejos como puedo tratarlo hoy, o sea, sólo de manera muy particular y tanteadora. Desde el 21 de agosto se han mantenido conversaciones entre representantes de este país, de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, conversaciones celebradas en Dumbarton Oaks (Estados Unidos) y que han tendido a estudiar la futura organización del mundo para impedir la guerra. Se espera

Dumbarton Oaks.

que sigan conversaciones similares entre los delegados americanos, del Reino Unido y de China. Tales pláticas se han mantenido de un modo solamente oficial, sin obligar en forma alguna a los Gobiernos representados. No obstante, se ha reunido un grupo de principios y un bosquejo de la clase de estructura que en una forma u otra es primordial objetivo de los aliados levantar después de que la rendición incondicional y total desarme de Alemania se haya cumplido. El Gobierno de su majestad no podía haber tenido un representante oficial más capacitado que sir Alexander Cadogan, y no hay duda de que se ha ejecutado una labor valiosísima. Todo ha sido explorado y muchas dificultades han sido, además de descubiertas, zanjadas. Hay, no obstante, algunas resaltantes cuestiones y no debemos apresurarnos a tomar resoluciones para las que la opinión unida de los diversos gobiernos responsables no está, hasta el presente, madura. No sería prudente precipitarnos en decisiones que afectan a todo el porvenir del mundo. La Cámara ha de comprender—y estoy seguro, como puedo ver por la actitud de toda ella, hoy, que lo comprende plenamente—que una cosa es que nosotros formemos y expresemos nuestras opiniones propias sobre las materias pendientes, y otra que sean aceptadas por otras potencias tan grandes como nosotros lo somos.

Otra advertencia me aventuraré a hacer a la Cámara: es que no se sobresalte ni deje arrastrar por sensacionales relatos o historias que puedan nacer al otro lado del Atlántico. Hay allí una elección y se están dando muy vívidos informes sobre toda clase de cosas, y ello a cargo de personas que no pueden en modo alguno saber lo que ha sucedido en unas conferencias secretas. Los Estados Unidos son una tierra donde hay libertad de palabra. En sitio alguno hay más libertad de palabra, ni siquiera aquí, donde la hemos cultivado asiduamente en sus formas más repulsivas. Pero cuando veo algunas de las referencias dadas de lo que se supone haber sido hablado por mí con el presidente de los Estados Unidos, me limito a recordar una frase balfouriana que me hizo reír mucho hace largos

años, y es aquella en que dice que los relatos que fueron dados sobre cierto asunto no tenían más relación con los hechos reales que las más fantásticas fábulas de *Las Mil y Una Noches* con los incidentes ordinarios de la vida doméstica en Oriente. Puedo decir que todas las cosas dependen del acuerdo entre las potencias directoras europeas y mundiales. No creo que se alcance ningún satisfactorio acuerdo—y, de no haber acuerdo, nada puede ser satisfactorio—hasta que se haya producido una ulterior entrevista de los jefes de los tres Gobiernos, asistidos, en lo que necesiten, por sus ministros de Negocios Extranjeros. Creo conveniente suspender juicios y no formar ni expresar opiniones fundadas en lo que sólo pueden ser relatos incompletos y parciales. Vivamente deseo y espero que dicha entrevista pueda celebrarse antes de fines de año. Hay grandes dificultades, mas confío en que sean vencidas. El hecho de que el presidente y yo hayamos tenido tan íntimo contacto en la conferencia de Quebec, y podido discutir tantas cosas sobre el curso de la guerra y las medidas procedentes después de la rendición alemana, y también relativas al amplio futuro, hacen necesario que nuestro tercer compañero, el mariscal Stalin—a quien, desde luego, se le ha tenido informado—, se nos reúna en una conferencia tripartita tan pronto como la situación militar lo haga posible. El porvenir de todo el mundo, y sobre todo el porvenir de Europa, acaso durante varias generaciones, depende de la cordial, sincera y comprensiva asociación del imperio británico, los Estados Unidos y la Rusia soviética, y no deben ahorrarse los sudores ni regatearse la paciencia que se necesita para hacer fructificar esa esperanza.

De todos modos debo decir que no creo posible para las tres potencias, en primera instancia, hacer otra cosa que actuar como representantes de los demás Estados, grandes o pequeños, durante el período de transición. Cuanto se decida en un porvenir inmediato sólo ha de mirarse como un preliminar al establecimiento positivo, en su forma definitiva, de la futura organización mundial. Quienes traten, en cualquier país, de forzar el paso inde-

bidamente, correrán el riesgo de omitir muchos aspectos de la más extrema importancia, y también de incurrir, por imprudencia, en un serio punto muerto. Nunca he sido de los que creen que todos los problemas del porvenir inmediato pueden ser solucionados mientras nos hallamos empeñados en una lucha a muerte con Alemania y el poder nazi, y mientras el desarrollo de las operaciones militares y la guerra contra el Japón deben, crecientemente, reclamar el primer lugar en los ánimos de quienes en Inglaterra y los Estados Unidos ejercen la responsabilidad principal.

Acortar la guerra en un año, si ello fuera posible, tendría harta mayor importancia que muchos actos de legislación. Acortar esta guerra, ponerle fin, devolver los soldados a su patria, situarlos al abrigo de un techo, restablecer la libre vida de nuestro país, permitir a las ruedas del comercio girar, sacar a las naciones de este terrible frenesí de odio, construir algo semejante a un mundo humano y un mundo apacible son las cosas que hacen indispensable que nos esforcemos en abreviar, así sea en un solo día, el curso de esta tremenda guerra.

Justo es examinar los cosas y hacer preparativos de antemano, y muchos se han hecho y hacen; pero las grandes decisiones no pueden ser tomadas conclusivamente, ni siquiera para el período de transición, sin más estrechas, serenas y profundas discusiones que las que cabe mantener en medio del fragor de las armas. Además, no podemos cerrar los ojos al hecho de que hay muchos factores al presente desconocidos, que se manifestarán al día siguiente de la destrucción del régimen nazi. Estoy seguro de que ésta no es ocasión de adoptar enérgicas y trascendentales decisiones a fecha incompleta y a una velocidad de vértigo. Una labor apresurada y unas decisiones prematuras pueden conducir a daños desproporcionados en absoluto a las consecuencias inmediatas. Tal es el consejo que doy a la Cámara y que espero que ésta considere. Supongo que la Cámara habrá reparado en que, al hacer esta mi declaración de hoy, he hablado con excepcional cautela de los

Peligro de decisiones prematuras.

asuntos extranjeros, creo que sin ningún indebido deseo de aplauso popular. Me he esforzado en evitar la apariencia de que cualquier país aislado quiera imponer la ley a sus poderosas aliadas o a los muchos otros Estados interesados. Con todo, creo haber dado a la Cámara alguna impresión de la pesada y crítica tarea que se está desarrollando y nos aguarda, incluso antes de la caída de nuestro principal enemigo. Confío en que cuanto he dicho sea ponderado con cuidado y buena voluntad, no sólo en esta Cámara y en este país, sino en los otros círculos más vastos, a los que afecta.

LA ÚLTIMA FASE

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES SOBRE LA SITUACIÓN DE LA GUERRA

---

6 octubre. *Los canadienses inician un gran ataque hacia la orilla meridional del Escalda.*
Los rusos avanzan 20 millas en Hungría.

7 octubre. *Tres mil bombarderos pesados americanos e ingleses atacan Alemania.*
En Grecia, los aliados alcanzan los aledaños de Corinto.

8 octubre. *Churchill y Eden llegan a Moscú para conferenciar con Stalin.*

9 octubre. *Los canadienses realizan un ataque anfibio a retaguardia de la bolsa alemana en la orilla meridional del Escalda.*

10 octubre. *Se envía un ultimátum pidiendo la rendición de la guarnición alemana de Aquisgrán.*
Los aliados ocupan Corinto.

11 octubre. *Los rusos toman Szeged, segunda de las grandes ciudades de Hungría.*

13 octubre. *Los alemanes acumulan tanques para intentar socorrer a la guarnición de Aquisgrán.*
Los rusos ocupan Riga.

15 octubre. *Los alemanes declaran que el almirante Horthy, regente de Hungría, ha sido depuesto por intentar un armisticio.*
Alemania anuncia la muerte del mariscal Rommel, víctima de sus heridas.

16 octubre. *Los alemanes manifiestan haber establecido un nuevo Gobierno en Hungría y anulado la petición de paz de este país.*

18 octubre. *Los rusos ocupan nueve pasos en los Cárpatos y avanzan 30 millas en la frontera checoslovaca.*
Hitler ordena la incorporación de todos los varones de dieciséis a sesenta años al ejército popular mandado por Himmler.

19 octubre. *Grandes fuerzas americanas mandadas por McArthur desembarcan en la isla de Leyte (Filipinas).*

20 octubre. *Los rusos ocupan Belgrado, capital de Yugoslavia.*
Las tropas americanas toman Aquisgrán.

22 octubre. *Llega Churchill a Moscú.*
Los rusos ocupan las minas de níquel de Petsamo, en la frontera noruegofinlandesa.
23 octubre. *Inglaterra, Estados Unidos y Rusia reconocen al Gobierno provisional de De Gaulle.*
24 octubre. *Los rusos efectúan un gran avance en la Prusia Oriental.*
25 octubre. *En una batalla naval ante Filipinas son hundidos 58 barcos japoneses, entre ellos dos portaaviones y cuatro cruceros. Los americanos pierden seis buques de guerra.*
26 octubre. *Fallecen la princesa Beatriz, tía del rey, y el arzobispo de Canterbury.*

[*27 octubre 1944.*

La presente etapa de la guerra es dura y ardua y cabe esperar que la lucha en todos los frentes aumente en escala e intensidad. Creemos que nos hallamos en la última fase, pero ésta es una carrera en que el no ejercer el máximo esfuerzo puede posponer el fin durante períodos casi insoportables para aquellos que, tras tan dura lucha, tienen la carrera ganada. Dos esperanzas sostienen al enemigo: una es alargar la lucha para debilitar nuestra resolución; la segunda y más importante esperanza es que nazca la división entre las tres grandes potencias que le atacan y cuya continua unión sella su sentencia. Su esperanza, pues, es que en esta alianza haya alguna fisura; que los rusos puedan seguir un camino y los ingleses y americanos otro; que sobrevengan querellas en torno al Báltico o los Balcanes, a Polonia o a Hungría, lo cual espera el enemigo que perjudique a la unión de nuestras consultas y, consecuentemente, a la simetría y oportunidad de nuestro avance convergente. Esa es la gran esperanza del enemigo. Nuestros esfuerzos deben tender incesantemente a privar de todo fundamento y realidad a tal esperanza.

Dos esperanzas del enemigo.

No debe aguardarse que tres grandes potencias en tan diferentes circunstancias como Inglaterra, los Estados Unidos y la Rusia soviética dejen de tener muchas opiniones diferentes sobre el trato que ha de aplicarse a los va-

rios y numerosos países en que sus armas victoriosas han penetrado. Lo maravilloso es que todo, hasta ahora, se haya mantenido tan sólido y seguro entre nosotros. Pero ese proceso no se desarrolla por sí mismo, sino que requiere constante atención y cuidado. Además existen problemas de distancia, ocasión y otros que tan a menudo he mencionado a la Cámara y que hacen extremamente difícil reunir a la vez en un mismo lugar a los jefes de los tres principales Gobiernos aliados. Por lo tanto yo no he vacilado en errar de corte en corte como un juglar vagabundo, y siempre con la misma canción o repertorio de canciones.

Reunión de Moscú.

La reunión de Moscú ha sido secuela de la de Quebec. En Quebec, el presidente y yo deploramos mucho la ausencia de Rusia. En Moscú, el mariscal Stalin y yo hemos notado profundamente la ausencia del presidente, aunque en este caso el observador americano, señor Averill Harriman, talentoso embajador de los Estados Unidos, nos haya hecho sentir constantemente la presencia de la gran república. Hubo una gran razón para nuestra conferencia dual de Quebec. Las tropas inglesas y americanas están entremezcladas en las líneas de batalla como nunca combatientes de dos países lo han estado antes. No; nunca ha habido combatientes entremezclados de manera tan íntima y natural. Necesitábamos, pues, entrevistarnos y discutir.

En cuanto a Rusia, la Gran Bretaña tiene en la Europa oriental muchos problemas que ha de solucionar en común con Rusia, y de día en día surgen consecuencias de esos problemas. Hemos de disipar equívocos y preverlos antes de que ocurran. Necesitamos tener sistemas prácticos para tratar las cosas que surgen cada día y, desde luego, ha de acompañarnos en cada fase el Gobierno de los Estados Unidos. Me alegra que los resultados obtenidos en esta ocasión en Moscú hayan sido altamente satisfactorios. Pero estoy seguro de que ningún resultado final puede alcanzarse hasta que se hayan reunido los jefes de los tres Gobiernos, como ahincadamente deseo que puedan hacerlo antes de que este año termine. Al cabo, el

porvenir del mundo depende de la acción conjunta de nuestros tres países durante los años inmediatamente próximos. Pueden asociársenos otros países, pero el porvenir depende de la unión de los tres más poderosos aliados. Si esto falla, todo fallará; si resulta bien puede abrirse un amplio futuro para todas las naciones. Celebro mucho poder afirmar a la Cámara que nuestras relaciones con la Rusia soviética no han sido nunca más estrechas, íntimas y cordiales que en el momento presente. Nunca hasta ahora hemos podido alcanzar tan alto grado de franca y amistosa discusión de los más delicados y a menudo potencialmente molestos temas, como en la reunión de la que he regresado y de la que juzgo obligado dar a la Cámara una breve impresión.

Donde no concordamos, comprendemos los fundamentos del desacuerdo del otro y de su diferente punto de vista; pero en una esfera muy vasta, sorprendentemente vasta si consideramos los distintos puntos desde los que contemplamos las cosas, nos hallamos de pleno acuerdo. No hace falta, por supuesto, decir que estamos unidos en la prosecución de la guerra contra la Alemania hitlerista hasta la absoluta victoria, usando a ese propósito todos y hasta el último de nuestros recursos combinados de fuerzas y energía. Puede morir en los pechos alemanes toda esperanza de que ha de haber la menor división o flaqueza entre las fuerzas que se alinean contra ellos y acabarán con su resistencia.

Los enmarañados Balcanes.

En la enmarañada cuestión de los Balcanes, donde han de considerarse los intereses del mar Negro y los del Mediterráneo, hemos podido conseguir completo entendimiento. No creo que haya ningún peligro inmediato de debilitamiento de nuestra política combinada de guerra en virtud de divergencias políticas o doctrinarias en Grecia, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y, allende los Balcanes, Hungría. Hemos obtenido un muy buen acuerdo a propósito de esos países, tanto aisladamente como en conjunción, con el objeto de concentrar todos sus esfuerzos, ajustándolos a los nuestros contra el enemigo común, así como a efectos de pro-

curar, en lo posible, un arreglo pacífico cuando concluya la guerra. De hecho, Rusia e Inglaterra actúan juntas en sus relaciones con el Gobierno real yugoslavo presidido por el doctor Subasic, y con el mariscal Tito, y han invitado a entrambos a unirse en pro de la causa común, según ya se convino hacer en la reunión que tuve con los dos en Nápoles. ¡Cuánto mejor es que exista una política conjunta anglorrusa en esa vasta y perturbada zona que no que un lado respaldara un conjunto de ideas y el otro lado un conjunto opuesto! Ese es un perniciosísimo estado de cosas para desarrollado en cualquier país, porque puede fácilmente difundir correspondientes diferencias entre las mismas grandes naciones.

Nuestro ahincado deseo y forzoso deber es llevar nuestra política de manera que esas corrientes menudas no se deslicen fuera del gran esfuerzo de guerra para derivar en disensiones intestinas de extrema acritud. Hemos, pues, como digo, invitado a las dos partes referidas a unirse y formar un Gobierno común para el propósito de dirigir la guerra hasta que el país pueda pronunciarse. Todo esto, desde luego, no pasa de ser una orientación para el manejo de los asuntos cotidianos, pero es mucho más fácil llegar a acuerdos mediante conversación que mediante telegramas y correspondencia diplomática, por cuidadosamente que se redacte y largamente que se exprese, o por pacientemente que las discusiones puedan ser conducidas. Hablando cara a cara dificultades que aparecen casi insuperables a distancia son muy a menudo apartadas de nuestro sendero. Pero estos arreglos prácticos deben ser mirados sólo como un medio temporal de atender las cosas urgentes que sobrevienen, y todo arreglo permanente requiere la presencia de los Estados Unidos, los cuales han sido mantenidos constantemente al tanto de lo que se trataba. Todo, eventualmente, habrá de ser revisado en una futura conferencia, si no ante la mesa del armisticio o de la paz.

Muchas serias cuestiones militares fueron discutidas. Llevé conmigo al jefe del Estado Mayor imperial general Ismay, y otros jefes habituados a la dirección de todos

nuestros asuntos militares y estratégicos, y también contamos con la asistencia no sólo del embajador americano, sino del general Deane, capacitado representante técnico de los Estados Unidos. Todas esas discusiones fueron parte del proceso de aplicar y ejecutar las grandes decisiones tomadas hace cosa de un año en Teherán y de las cuales creo poder decir, sin exageración, que alteraron toda la faz de la guerra mundial. Naturalmente, nada debo hablar sobre esas discusiones o decisiones, salvo que las juzgo muy buenas y las mejores que cabe trazar para apartar de Europa el cruel flagelo de la guerra en el más temprano momento posible.

Cuestiones militares.

La cuestión más candente y apremiante era, desde luego, la de Polonia, y aquí puedo volver a pronunciar palabras de esperanza, de esperanza reforzada por la confianza. En este asunto, abandonar la esperanza significaría entregarse a la desesperación. En esa esfera de cosas hay dos puntos cruciales. El primero, la cuestión de la frontera oriental de Polonia con Rusia, y de la línea Curzon, según se la llama, así como de los nuevos territorios que han de ser añadidos a Polonia en el Norte y el Oeste. Ese es el primer punto litigioso. Es el segundo la relación del Gobierno polaco con el Comité Nacional de Liberación, de Lublín. Sobre esos dos puntos, aparte de sobre otros muchos subsidiarios y complementarios, hemos mantenido una serie de conferencias con ambas partes. Los hemos examinado juntos y por separado, estando, por supuesto, en constante relación con los jefes del Gobierno soviético. He tenido varias largas pláticas con el mariscal Stalin y el ministro de Negocios Extranjeros trabajó con el señor Molotov en esos y otros asuntos afines todos los días.

Polonia.

Quisiera poder decir a la Cámara que habíamos alcanzado una solución de esos problemas. Ciertamente no ha sido por falta de intentarlo. No obstante, estoy seguro de que nos hemos acercado mucho a la solución de ambos. Espero que el señor Mikolajczky volverá pronto a Moscú, y constituiría gran decepción para todos los sinceros ami-

gos de Polonia el que no cupiera hacer un adecuado arreglo que permita formar un Gobierno polaco en suelo polaco, un Gobierno reconocido por todas las grandes potencias interesadas y por todos los Gobiernos de las Naciones Unidas que ahora sólo reconocen al Gobierno polaco de Londres. Aunque no subestimo las dificultades que persisten, siempre es consolador pensar que Inglaterra y la Rusia soviética, y no dudo de que también los Estados Unidos, están acordes en la reerección de una Polonia fuerte, libre, independiente y soberana, leal a los aliados y amiga de Rusia, su gran vecina y liberadora. Hablando ahora más particularmente en nombre del Gobierno de su majestad, digo que es nuestro perseverante y constante objetivo hacer que el pueblo polaco, tras sus sufrimientos y vicisitudes, encuentre al fin en Europa una morada segura que, aun cuando no corresponda o coincida enteramente con las fronteras polacas de preguerra, sea, sin embargo, adecuada a las necesidades de la nación polaca y no inferior en carácter ni calidad, examinando el cuadro en conjunto, a lo que previamente los polacos poseían.

Estos días son críticos y gran lástima sería que se perdiere tiempo en indecisiones o en negociaciones aplazadas. Si el Gobierno polaco hubiese seguido el consejo que le dimos a comienzos de este año, no habría surgido la nueva complicación representada por la formación del Comité Nacional de Liberación, de Lublín. Cuanto signifique una prolongada dilación en el arreglo, sólo tendrá el efecto de incrementar la división entre los polacos de Polonia, y también el de estorbar la acción común que polacos, rusos y el resto de los aliados desarrollan contra Alemania. Por tanto espero que no se pierda tiempo en la continuación de esas discusiones, sino que se apremien hacia una conclusión efectiva.

Francia.

Dije a la Cámara el 28 de septiembre que esperaba que la reorganización de la Asamblea Consultiva Francesa sobre una base más representativa hiciera posible para el Gobierno de su majestad, en fecha pronta, reconocer a la administración francesa como

el Gobierno provisional de Francia. La Asamblea ahora ha sido, de hecho, ampliada y fortalecida por la adición de nuevos representantes, tanto de las organizaciones francesas de resistencia como de los antiguos grupos parlamentarios. Constituye, pues, un cuerpo tan representativo como es posible en las difíciles circunstancias existentes en Francia hoy, y de aquí a pocos días celebrará su primera reunión en París. Esto fué seguido de cerca por un paso más hacia la restauración de las condiciones normales de gobierno en Francia. El convenio sobre asuntos civiles concluído por Francia con Inglaterra y los Estados Unidos en agosto pasado, tras largas y pacientes actividades del ministro de Negocios Extranjeros, preveía la división del país en una zona de vanguardia, en que el supremo comandante aliado ejercía ciertos superiores poderes de mando considerados necesarios para la dirección de las operaciones militares, y una zona interior, donde la dirección y responsabilidad de la administración sería enteramente asunto de las autoridades francesas. Por razones obvias, al principio, durante las afanosas semanas en que nos mantuvimos, de espaldas al mar, a cortas millas de la costa, toda Francia había de estar en la zona de vanguardia, pero, según el oleaje de la batalla progresaba más hacia la frontera oriental francesa, el general Eisenhower, obrando en la más íntima y amistosa cooperación con las autoridades civiles y militares francesas, halló que podía entregar a éstas sin peligro sus propios poderes, salvo en regiones inmediatas a la zona de batalla y entendió que dichas autoridades se mostraban enteramente capaces de asumir las graves responsabilidades inherentes al Gobierno de cualquier país donde ha de tener sus bases un numeroso ejército moderno en servicio activo.

En consecuencia, la administración francesa pudo anunciar, el 20 de octubre, que, con anuencia del alto mando aliado, se había establecido una zona interior que comprendía la mayor parte de Francia, incluso París. Esto señalaba la etapa final de la transformación del Comité de Liberación Nacional en un Gobierno que provisionalmente ejerce todos los poderes del Gobierno de Francia,

estando aceptado como tal por el pueblo francés en su integridad. Así se despejó el camino para el reconocimiento formal del Comité como Gobierno provisional, y el embajador de su majestad en París recibió en consecuencia, el 23 de octubre, instrucciones de que informase al ministro francés de Negocios Extranjeros la decisión relativa a dicho reconocimiento adoptada por el Gobierno de su majestad en el Reino Unido, Unión Sudafricana y Nueva Zelanda. Una comunicación semejante fué formulada por el Gobierno canadiense a través de su embajador en París, y por el Gobierno de Australia, a través del representante francés en Camberra. Los gobiernos soviético y de los Estados Unidos, con quienes hemos actuado de estricto concierto y acuerdo en este asunto, tomaron resoluciones semejantes y simultáneas.

Algunos críticos han preguntado: «¿Por qué no se adoptó antes esa medida?» La razón es muy sencilla. Los ejércitos americano e inglés han tenido alguna parte en la liberación de Francia, y, por tanto, los gobierno británico y estadounidense asumían en ese momento particular la responsabilidad de cerciorarse de que el Gobierno francés, nacido en parte de la acción militar de aquéllos, era aceptado por Francia en conjunto y no parecería impuesto desde fuera. No nos corresponde a nosotros elegir el Gobierno o dirigentes de Francia, pero, por esa razón misma, en aquella particular coyuntura teníamos una muy especial responsabilidad. Yo mismo me he convencido en las últimas semanas de que el presente Gobierno francés, encabezado por el general De Gaulle, no sólo cuenta con el pleno asenso de la vasta mayoría del pueblo francés, sino que es el único Gobierno que puede desempeñar las pesadísimas cargas que recaen sobre él y también el único capaz de habilitar a Francia para concentrar sus energías en el intervalo que ha de transcurrir hasta que los métodos constitucionales y parlamentarios puedan reanudar sus funciones normales, que ese Gobierno, según ha declarado, se propone restaurar. Ya expuse igualmente, en mi discurso del 2 de agosto, que Francia no puede, en manera alguna, quedar excluída de las discusiones de los aliados

principales cuando se traten los problemas del Rin y de Alemania. Puede, peus, ese acto de reconocimiento ser mirado como un símbolo del resurgir de Francia tras cuatro sombríos años de terribles pruebas y como el augurio de un período en que Francia recobrará su merecido papel histórico en la escena del mundo.

Grecia.

Estas observaciones deben considerarse como suplemento de la declaración que formulé algún tiempo ha. No tengo sino otro tema que mencionar, y es tema que causará universal regocijo. Me refiero a la liberación de Atenas y de gran parte de Grecia. Cuando visité Italia, hace seis semanas o siete, convine con el general Wilson, después de minuciosa discusión, las necesarias medidas que debían aplicarse para que el real Gobierno griego del señor Papandreu pudiera volver a Atenas en el momento más inmediato que cupiese. Como preliminar de esto aconsejé a dicho Gobierno que se trasladara desde El Cairo a Caserta, donde estaría en más estrecho contacto con el comandante en jefe. Creo que las cosas quedaron muy bien dispuestas por el general Wilson, a quien confiamos que examinara el momento más oportuno para intervenir. Halló ese momento con muy afortunada discreción, de manera que apenas hubo pérdidas de vidas, como tampoco ha sido causado daño alguno a la inmortal capital, tan cara a los corazones de muchos países del mundo.

En la Prensa han aparecido vibrantes y animados relatos de los sucesos decisivos que han acontecido recientemente y de la férvida acogida dedicada a nuestras tropas en Grecia y sobre todo en Atenas. Cuando fuimos arrojados de Grecia en 1941, entre tanto desastre y efusión de sangre, con pérdida de más de 30.000 hombres, prometimos volver, y el pueblo griego, que nunca perdió la fe en nuestra promesa, no abandonó su creencia en la victoria final. Hemos vuelto y cumplido nuestra palabra. El Gobierno legal griego se halla en Atenas. Muy pronto la brigada griega que se ha distinguido en Rímini, en el frente italiano, ayudando a expulsar de Italia a los alemanes, volverá con honor a su país natal. La marea de la guerra

refluye hacia el Norte, en Grecia. Detrás de las tropas británicas, las organización de la UNRRA, en la que tan gran papel desempeñan los Estados Unidos, actúa ya en la escena. Durante muchas semanas han estado cargándose buques y en breve estarán en vías de distribución los alimentos que tanto necesita el tan duramente probado pueblo griego, si es que esa distribución no ha comenzado ya. Estamos haciendo cuanto nos es dable para ayudar a estabilizar la moneda griega, que ha recibido especiales saboteos de parte de los alemanes, y muy competentes funcionarios de Tesorería van ya camino de Atenas, donde se encuentra ahora el ministro de Negocios Extranjeros y donde permanecerá, según mís últimos informes, hasta que pueda conferenciar sobre el particular que digo, tanto con esos funcionarios como con el Gobierno griego.

Hacemos todo lo posible y en todos los sentidos para devolver la normalidad a Grecia. Aunque, por supuesto, ayudamos activamente a los griegos en todos los campos, para permitirles recobrarse de los tremendos daños que los alemanes les han causado—con lo que así añadimos otro capítulo a la historia de la amistad entre nuestros países—, no tendemos a ser los árbitros de sus asuntos. Nuestro deseo y política es que, cuando hayan sido restauradas en el país condiciones normales de tranquilidad, el pueblo griego, con libertad perfecta, decida acerca de la forma de gobierno bajo el cual desea vivir. Hasta tal decisión, mantendremos, naturalmente, nuestras relaciones con la casa real griega y el Gobierno constitucional, a los que consideramos la autoridad con que nos liga la alianza hecho al ser atacada Grecia en 1941. Entre tanto, exhorto a los griegos de todos los partidos y grupos—y no faltan allí ni grupos ni partidos—a que pongan la unidad nacional sobre toda otra cosa, limpiando su país de las fuerzas alemanas que aún quedan, destruyendo o capturando hasta al último de los infames que los han tratado con indescriptible crueldad y, finalmente, uniendo sus brazos en la obra de reconstruir la fuerza y reducir los sufrimientos de ese famoso y apreciado país.

PROLONGACIÓN DEL PARLAMENTO

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

28 octubre. *El general Stilwell, segundo jefe supremo en el sudeste de Asia y comandante en jefe de las fuerzas americanas en la India, Birmania y China, es relevado de su cargo.*
Se firma en Moscú un armisticio entre Bulgaria y los aliados.
30 octubre. *Los aliados avanzan rápidamente en el suroeste de Holanda.*
Aviones de la Armada Real hunden seis barcos enemigos ante la costa de Noruega, y causan averías a 20 más, incluso un submarino.
31 octubre. *Los ingleses ocupan Capelle y alcanzan el río Maas.*

[*31 octubre 1944.*

Prolongación del Parlamento.

Al pedir la prolongación de la vida del Parlamento por otro año, dudo mucho de que el Parlamento dure tanto tiempo. Hay potentes factores de incertidumbre que tienden a direcciones opuestas y desde diferentes sentidos. Las redirecciones opuestas y desde diferentes sentidos. Las reuniones de los diversos elementos contrarios a la coalición van a producirse poco antes o después de Navidad, y como no podemos prever lo que ha de ocurrir, no podemos, ciertamente, excluir la posibilidad de que se exprese un fuerte deseo de volver al sistema de partidos. Por otra parte, no nos cabe decir si la guerra contra la Alemania nazi terminará definitivamente o desembocará en una fase de guerrillas. Confío en que todos los partidos organizados proveerán a que este asunto llegue a su completo fin. Creo casi seguramente que ésa será la opinión

del gran movimiento sindical, cuya determinación de concluir con el hitlerismo es fuerte e invencible.

Yo soy francamente de opinión de que no debe quebrantarse la coalición de los partidos mientras el nazismo no sea en definitiva quebrantado. Para ese propósito nos unimos en el presente Gobierno, y ese supremo propósito afecta aún a la seguridad de la nación y el Imperio. Como dije el otro día, cualquier intento de calcular cuándo la guerra contra Alemania puede oficialmente darse por concluída no puede ser más que una adivinación. Una convulsión política en Alemania podría producir un fin rápido en cualquier momento, pero contra esto se levanta la férrea vigilancia instaurada sobre la vida alemana en todas sus formas, incluso el ejército, vigilancia que ejercen las tropas de asalto de Hitler y la policía secreta. Tal vigilancia excede a cualquier cosa previamente conocida entre los hombres. Por tanto, no podemos contar con ninguna de las reacciones normales de la opinión pública. Parece que en todos los sentidos la población civil ha caído en una obtusa apatía, y, de seguro, cualquiera que se levante contra la policía habría de ser fusilado o decapitado inmediatamente. Por tanto, no puedo poner confianza alguna en posibles levantamientos políticos en Alemania.

Perspectivas de guerra.

Militarmente, parece difícil creer que la guerra pueda haber terminado antes de Navidad, ni aun antes de Pascua, aunque, como ya he dicho, muchas altas autoridades militares que disponen de todos los medios de formar un juicio adecuado se han expresado muy esperanzadoramente, y aunque, además, se están haciendo y se harán todos los esfuerzos contra el enemigo. Las tropas alemanas luchan con la mayor tenacidad, a pesar de que en muchos lugares están copadas y defendiendo posiciones aisladas. Han contraatacado con vigor, si bien sin éxito, en Holanda y en el Mosela. Se ha trabajado mucho en mejorar los puertos, acumular provisiones e impulsar hacia adelante el sin cesar creciente ejército aliado. En Italia la lucha es también obstinadísima y el tiempo se ha vuelto malo. El frente oriental ha mostrado actividad sobre todo en los flancos

Norte y Sur. Inmensos éxitos han recompensado los vigorosos esfuerzos militares rusos y la diestra diplomacia rusa y aliada. Las distancia, empero, son muy grandes y han de asaltarse o envolverse muchas posiciones defensivas del enemigo. Dadas todas estas circunstancias, no puedo ciertamente predecir, y menos aún garantizar, la conclusión de la guerra alemana antes de fines de primavera, ni incluso antes de que alcancemos el verano próximo. Puede, sin embargo, producirse antes, y nadie lo celebraría más que yo. De todos modos no vacilo en declarar que sería un acto equivocado, indigno de la reputación de nuestro país, disolver el presente instrumento de Gobierno antes de saber en qué situación estamos ante la Alemania de Hitler. Los que impusieran tal desastre, incluso sin quererlo, cargarían con una desmesurada responsabilidad y a la larga la nación se resentiría fuertemente de ello. Me complace decir que no veo signos de tal deseo en ningún círculo responsable.

Supongamos, no obstante, que la guerra alemana concluye en marzo, abril o mayo y que algunos o todos los partidos de coalición piden a sus ministros que dejen el Gobiero o desean poner fin a éste a partir de tales fines. Ello sería lamentable, tanto en el sentido público como en el personal, pero no debería suscitar reproches ni acritudes entre nosotros, ni en el Gobierno ni en la Cámara, si eso se produce una vez derrotados los alemanes.

Elección de copo.

Se nos ha dicho que no debemos contar con lo que suele llamarse una elección de copo. Presumo que por esto se significa un acuerdo entre los partidos oficiales para no combatirse unos a otros en los más de los puestos, formando, en cambio, un sólido frente contra quienes nos critican o se oponen a nosotros. En otros términos, ello equivaldría a que la coalición actual se presentara al país pidiéndole una renovación de confianza. Ello, sin duda, podría hacerse; pero habría algunos que dirán que era cosa demasiado fácil. Mucha gente, hemos de admitirlo, opinaría que eso difícilmente podría pasar por un modo limpio de pulsar la opinión del país, y de hecho sería imposible por

completo obtener un acuerdo de partidos sobre procedimiento tal. Mucha gente juzgaría que ello habría de impedir al electorado expresar su opinión libremente. No sería tampoco correcto ni practible que los ministros recorriesen el país expresando cada uno su disgusto por las tendencias de los otros, y luego se reunieran en el Gabinete para afrontar, juntos, los graves problemas del mundo. Asimismo no sería decoroso que los ministros, en algunos casos jefes de partido también, y cuya sabiduría se necesita a efectos de conducir al país, permaneciesen silenciosos y en apariencia indiferentes a la suerte de sus candidatos. No hallo fácil escapar al peso y la fuerza de estos argumentos.

El anuncio de la disolución debe necesariamente entrañar el fin de la presente administración. El partido conservador tiene una mayoría de más de cien puestos sobre todos los partidos y diputados independientes de esta Cámara, y, por tanto, sería inevitable que a nosotros nos correspondiera hacer los ajustes oportunos para las elecciones generales. No concibo que nadie desee ver esas elecciones desarrolladas con violenta prisa o mientras todos estamos regocijándonos aún y agradeciendo a Dios nuestra liberación. Ha de haber un intervalo. Además, y sobre todo, hemos de preocuparnos mucho de que todo el que tenga derecho a votar disponga de una limpia oportunidad de hacerlo. Esto se aplica en especial a soldados, muchos de los cuales sirven a grandes distancias de este país. Nada sería más vergonzoso o más deshonroso que negar a la gran masa de soldados, marinos y aviadores una plena oportunidad de remitir sus votos. En mi opinión, ellos tienen más derecho a votar que nadie en el país y todos debiéramos sentirnos afrentados si hiciéramos algo que impidiese a esos hombres, a quienes les debemos casi todas las cosas, participar plenamente en decidir el futuro de su patria. Con esto no digo que cada hombre aislado en la más remota guarnición pueda votar, sino que todo cuanto está en humanas manos será hecho para dar las más plenas oportunidades posibles al ejercicio del voto en los servicios combatientes.

No es, empero, legalmente posible, una vez que las nuemas medidas electorales entren en vigor, como lo harán el primero de diciembre de este año, que la votación se realice en un término menor de ocho semanas a contar del decreto. Sólo entre la publicación de éste y el nombramiento de candidatos se necesitan no menos de seis semanas. Todo esto ha sido acordado, con una cierta medida de asenso, por la Cámara con la sola mira de obtener la más plena y leal expresión de la opinión nacional. Además de esto, ha de llevarse a cabo la redistribución parcial autorizada por el acta reciente sobre la materia. Se puede empezar inmediatamente, sin esperar al fin de la guerra alemana, pero el proceso requerirá, de seguro, varios meses.

Plazo de votación.

También por cierto puede darse que, una vez el rey dé su consenso a la disolución, se necesitará un período de dos o tres meses. Esto será conveniente para los partidos políticos y candidatos, que tienen que realizar sus acuerdos entre sí de la manera usual. Además, en el intervalo existirá, sin duda, la necesidad de hacer ciertos acuerdos financieros y tratar otros asuntos. De todo esto se desprende que, hablando a grandes rasgos, no será verosímil poder celebrar elecciones generales hasta dentro de siete o nueve meses a partir de ahora. Finalmente, contraría los precedentes el hecho de que los gobiernos permanezcan en el cargo hasta el último instante de su vida legal—o legalmente ampliada—, y sería muy impropio que se introdujera cualquier práctica de ese género. Por tales motivos hemos decidido no aceptar proposición ni sugestión alguna como las que he visto comentadas respecto a reducir el período previsto en el correspondiente proyecto de ley desde doce meses a seis. Pido, pues, al presentar dicho proyecto hoy, una prolongación de doce meses en la vida del actual Parlamento.

Creemos haber dado buenas razones a la Cámara para mostrar que el período de doce meses será una decisión apropiada y sensata en este momento. Por otra parte, hemos de suponer que la guerra contra el Japón se sostendrá durante un período indefinido después de la destrucción

del poder nazi. Cabe la posibilidad de un trastorno político en el Japón, trastorno que induzca a una rendición repentina, pero sería locura contar con eso en tal raza de hombres de ese desesperado y bárbaro carácter y toda cuya constitución está dominada por las jerarquías militares y navales que los lanzaron a su demente agresión. Examinando en conjunto todo el problema japonés, y sólo sobre fundamentos militares, no sería prudente presumir que harán falta menos de dieciocho meses después de la destrucción de Hitler para la destrucción definitiva de la voluntad o capacidad japonesa de lucha. Ese período ha de ser revisado cada pocos meses por los jefes del Estado Mayor combinado.

La prolongación de la vida del Parlamento existente durante otros dos o tres años constituiría un muy serio lapso constitucional. Ya ahora, nadie menor de treinta años ha votado nunca en unas elecciones generales, ni siquiera parciales, ya que las listas de electores quedaron paralizadas al empezar la guerra. Paréceme, por tanto, que, a menos que todos los partidos políticos resuelvan mantener la presente coalición hasta la derrota de los japoneses, debemos fijar la terminación de la guerra contra el nazismo como momento para determinar la fecha de las elecciones generales. Lamentaré el fin del presente y altamente eficaz Gobierno, que ha dirigido la guerra con éxito insuperado y formado o aplicado en los dos años últimos un programa de reformas y progresos sociales que bien podían haber ocupado a todo un Parlamento, en condiciones ordinarias de paz, durante cinco o seis años. De hecho, puedo decir —y seré completamente sincero en este punto—que, habiendo servido cuarenta y dos años en esta Cámara, nunca he visto un Gobierno al que yo haya podido dar más leal, confiado y perseverante apoyo. Pero, aunque deplore la desligazón de esas fuerzas, unidas por la buena voluntad personal, la camaradería de pelear en una gran causa y la sensación de creciente éxito dimanada de esa camaradería no seré, sin embargo, de los que censuren a quienes pidan una apelación al pueblo una vez eliminado el peligro alemán. Por mi parte tengo la clara opinión de

que sería erróneo prolongar la existencia de este Parlamento más allá del período de la guerra alemana.

Fundamento de toda democracia.

El fundamento de toda democracia es que el pueblo tenga el derecho de votar. Privarle de este derecho es mofarse de todas las frases altisonantes que se suelen pronunciar con tanta frecuencia. En el fondo de todos los homenajes sentidos a la democracia está el hombrecillo que entra en la cabinilla, provisto de un lapicerillo y hace una crucecilla sobre el pedacillo de papel. Ninguna cantidad de retórica ni ninguna discusión prolongada puede en modo alguno disminuir la abrumadora importancia de este punto. El pueblo tiene derecho a elegir representantes de acuerdo con sus deseos y sentimientos, y no puedo pensar en nada más odioso que un primer ministro intentando continuar adelante con un Parlamento de tanta edad y esforzándose en acometer los tremendos y desconcertantes problemas de la guerra y la paz y de la transición de la guerra a la paz sin fortalecerse mediante un contacto con el pueblo.

Puedo asegurar a la Cámara que, de no haber vivísimas peticiones en contrario, dimanadas de los partidos liberal y laborista, no podré dejar de someter a la Corona la propuesta de disolución después de que la guerra alemana haya terminado efectiva y oficialmente. Estoy seguro de que éste es un recto, limpio y constitucional método de abordar lo que es en muchos modos una situación sin precedentes, aunque no debe en forma alguna perturbar nuestro flexible sistema británico. Entre tanto he de confesar que la situación no tenderá a facilitarse más. El olor de la disolución flota en el aire y los partidos se inclinan a mirarse en la Cámara con una impresión incrementada de división inminente.

Pero en tales circunstancias hemos de tener especial cuidado de que nada obstaculise la vigorosa prosecución de la guerra y estoy seguro de que ésta es resolución de todos los partidos, y también de la mayoría de los individuos que están especialmente interesados en poner fin a la coalición.

Me ha parecido deber tocar estos temas porque, al cabo,

son de considerable importancia para nuestros métodos constitucionales; pero más allá de esto hallo imposible formar una opinión. El señor Jorrocks dijo que la caza del zorro era la imagen de la guerra sin los males de ésta y sólo con el 25 por 100 de su peligro. Algo semejante cabe decir de unas elecciones generales. Se trata de una prueba de fuerza entre los partidos, y de ella es árbitro la nación. He pensado a menudo que es imprudente el que ciertos generales piensen con meticulosa exactitud lo que ocurrirá después de librada una batalla. Una batalla pende sobre el futuro como un telón. Una vez corrido o alzado este telón, vemos cómo todo el escenario está dispuesto, qué actores quedan en escena y qué relación parecen tener entre sí. En este caso será, de cierto, mucho mejor esperar hasta que la nueva situación se aclare plenamente.

Entre tanto, y como probablemente tendremos muchos meses de íntima camaradería y durísimo trabajo ante nosotros, y habrá amplia oportunidad más tarde para la oratoria de partidos que necesariamente se producirá entre la disolución y la votación, debo censurar con la mayor viveza cualquier exceso de acentuación que ahora se haga de las diferencias entre partidos, y recomiendo que todos nos apliquemos, con perseverante energía e inquebrantable unión, a la tarea nacional.

LOS FRUTOS DE 1944

DISCURSO EN EL ALMUERZO DEL LORD MAYOR EN LONDRES

7 novbre. *Es tomada Diddeburgo, capital de Walcheren.*
8 novbre. *En las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, Roosevelt gana una decisiva victoria sobre Tomás Dewey.*
El alto mando alemán anuncia el empleo de un nuevo proyectil—el cohete V 2—contra Londres.
9 novbre. *Las tropas norteamericanas cruzan por varios puntos el Mosela, al norte de Metz.*
En el almuerzo del lord mayor, Churchill habla de la necesidad de una pronta reunión de los supremos dirigentes de Rusia, Inglaterra y los Estados Unidos.

[*9 noviembre 1944.*

El tiempo, medida inadecuada.

Cuando miro restrospectivamente los años de guerra, no puedo evitar la impresión de que el tiempo es una inadecuada e incluso caprichosa medida de la duración de la lucha. En ciertos momentos esos años parecen muy largos y en otros muy cortos. Algunos acontecimientos galopan a jadeante velocidad, mientras otras veces hay duras, largas y ansiosas pausas que soportar. Aniversarios como éste se producen con extrema rapidez cuando se recuerdan los anteriores. Parecen haberse sucedido en un brevísimo instante y, sin embargo, los meses intermedios han estado tan pletóricos de incidentes y tan cargados de fatigas que, cuando uno rehace mentalmente los pasos dados, parecen haber transcurrido en su curso años enteros. Es difícil recordar cuánto hace que empezó esta guerra y nunca cabe estar seguros de si ha durado lo que un relámpago o una era toda.

Tuve la sagaz sospecha, milord mayor, cuando recibí su

atenta invitación, de que probablemente propondría usted beber a la salud de los ministros de su majestad, y pensé que debía prepararse a hacer alguna respuesta. Medité si me convendría tomar alguna sugestión en lo que le dije el año pasado cuando se celebró también este gran acontecimiento y festín. Vi que entonces le felicité por el año de victoria de 1943. Felicité a la ciudad de Londres por aquel memorable año de satisfactorias y casi ininterrumpidos éxitos y enumeré una larga sucesión de lugares y países que habían sido limpiados de enemigos: toda África, Sicilia, Cerdeña, Córcega y un tercio de Italia estaban en manos de los ejércitos ingleses y estadounidenses. La recia guerra que los Estados Unidos sostenían en el Pacífico había progresado más allá de toda esperanza y en Rusia los ejércitos del mariscal Stalin avanzaban triunfalmente para despejar de invasores alemanes su tierra nativa.

Pero los sucesos de 1943 han sido, con mucho, sobrepasados por los de 1944. Roma, Atenas, París, Bruselas y Belgrado han sido rescatados—y por sus esfuerzos se han rescatado en gran parte a sí mismos—de la opresión alemana. Todos los satélites de Hitler se han vuelto contra él. No sólo han sido batidos, sino que han vuelto las armas contra su lamentable opresión. Esclavizados, impulsados hasta tan lejos contra sus intereses, su honor y, en muchos casos, su inclinación, han tenido una oportunidad de volverse contra su esclavizador y pueden ahora procurarse la venganza que se les debe tanto a ellos como a cualquiera de las naciones libres que lucharon desde el principio. Tanto en el Este como en el Oeste, las vanguardias aliadas pisan suelo alemán.

La amenaza submarina, por ahora—hago siempre esta salvedad porque en estos años la vida está llena de cambios y azares—; la amenaza submarina, digo, ha sido por ahora virtualmente borrada. Ha habido un mes reciente en el que, hasta su último día, los alemanes no consiguieron hundir un solo barco, y, por tanto, la cosa no merece mención especial. En fin, ese gran peligro que durante tanto tiempo gravitó sobre nosotros, y a veces concentró toda la atención de la organización defensiva de este país

y de los Estados Unidos, ha sido eliminado, y desde el aire llueve sobre la culpable tierra de Alemania una tormenta de fuego y explosivos de siempre creciente violencia. Hemos tenido la experiencia de ello y sabemos cuán dura esa prueba puede ser; pero aseguro que no hemos sufrido y no sufriremos ni la décima parte de lo que está aplicándose a quienes primera empezaron y desarrollaron esa cruel e impacable forma de ataque. Tales son algunos de los frutos—pues si tratase de enumerarlos todos, cansaría la paciencia de ustedes—de 1944, y nadie debe ser censurado si supone que—siempre que no cejemos ni por un momento en nuestros esfuerzos—puede la victoria venir a los aliados y la paz a Europa en 1945.

Conferencias de jefes de gobiernos.

Cuando estuve aquí el año pasado no me cupo decirles que estaba a punto de partir para la conferencia de los tres grandes aliados—los jefes de los tres gobiernos—en Teherán. Allí se hicieron planes y se tomaron acuerdos y decisiones que se ejecutaron con la precisión y grado de combinación a que el mariscal Stalin se refirió en su discreto y serio discurso de hace pocos días. Ahora no me importa decir que es ya ocasión de que tengamos otra triple conferencia y que tal reunión puede fácilmente abreviar los sufrimientos del género humano y poner término al terrible proceso de destrucción que devasta la tierra.

Elecciones americanas.

Las perspectivas de tal reunión han mejorado ampliamente como resultado de la elección presidencial en los Estados Unidos, que tan anhelosamente aguardábamos el martes último. Haciendo examen retrospectivo de mis recuerdos, veo que aquí, el año pasado, exhorté al público inglés y americano a tener mucha precaución, para que las elecciones no obstaculizaran en modo alguno la buena amistad existente en el mundo de lengua inglesa y que de tanta ayuda es a nuestros ejércitos.

Es en verdad notable que todo ese tremendo torbellino de las elecciones estadounidenses se haya desarrollado sin las controversias carcomidas y gastadas que se encuentran en los libros de historia como sucedidas entre Inglaterra

y sus parientes americanos, ahora hermanos de armas. Hemos tenido mucho cuidado de eludir hasta la menor apariencia de intentar mezclarnos en los asuntos políticos americanos. Ofrezco, pues, mis cumplidos al Parlamento, a la Prensa, a los hombres públicos de todos los partidos y a los de ningún partido—acaso especialmente a éstos—por la cautela y refrenamiento propio, merced a los cuales toda posible indiscrección expiró en sus labios.

Ahora que pasó ese suceso y se han declarado sus resultados, me gustará decir unas cuantas cosas sobre la elección presidencial americana. Ante todo, expresemos nuestra gratitud a los dos grandes partidos de América por la forma en que los intereses de los aliados y la prosecución de la guerra han sido puestos por encima de la polvareda del conflicto de partidos. Los Estados Unidos han dado al mundo un ejemplo de cómo las instituciones democráticas pueden actuar con el mayor vigor y libertad sin daño de los intereses constantes del Estado. Sabemos que Inglaterra tiene en el partido republicano de los Estados Unidos gran número de bienintencionados amigos y que el realzamiento de las relaciones angloamericanas es deseado por decenas de millones de hombres en los dos grandes partidos de aquel país.

Estoy seguro de que todos se habrán sentido conmovidos por la nobleza y caballerosidad del gobernador Dewey al ofrecer, en el momento de su derrota, sus parabienes a su antagonista, ofreciéndose a la par, él y su partido, a trabajar de todo corazón por la causa mundial. ¡Qué modelo debe ofrecer esto a ciertos estados donde las diferencias políticas son a menudo insolubles mediante palabras o votos, donde la cuestión de quién ha de ejercer el poder y quién no, se convierte en caso de vida o muerte y se resuelve mediante violencia o intriga, y donde cabe que haya un corto paso de ser gobernador a ser víctima.

En este país, antecesor de todos los conceptos parlamentarios de los tiempos modernos; en este país, donde somos veteranos de la enérgica lucha de los partidos, hemos aprendido a comportarnos y debatirnos en las más fieras controversias políticas sin interrumpir la vida nacional c

incluso, en la mayoría de los casos, sin interrumpir amistades personales y privadas. Aunque podamos deplorarlo, parece casi cierto que en esta vieja isla tendremos también elecciones generales en 1945 y confío en que sean dirigidas por todos los interesados con un animado y robusto vigor que satisfaga las emociones políticas y los instintos combativos de nuestros compatriotas sin destruir la maravillosa unidad íntima y el sentido de fraternidad que durante largo tiempo han subsistido en nuestro país y alcanzado su grado más alto entre los peligros de que nos hemos librado y en la composición de un Gobierno de hombres de todos los partidos, hombres que (seguro estoy) conservarán hasta su día postrero los sentimientos de cálida camaradería mantenidos en este gran episodio y en este tremendo tiempo de turbulencias y que ninguna diferencia política será capaz de aminorar jamás.

Hemos evitado estrictamente toda expresión de opiniones en torno a la lucha partidista de los Estados Unidos; pero ahora me siento libre para expresar, en el terreno personal, la muy grande alegría que me ha producido el saber que mi íntima cooperación en la guerra con el presidente Roosevelt continuará en los meses inmediatos. Meses son ésos profundamente entrelazados con el porvenir de nuestros dos países, y confiamos en que también, a través de la futura asociación de nuestros dos países, con la paz y progreso de todo el mundo.

He hablado de las famosas capitales libertadas por la costosa lucha de este tremendo y gloriosísimo año. En el general Koenig, gobernador de París, y en el burgomaestre de Bruselas tenemos vívidos ejemplos que nos evocan los espléndidos sucesos tan recientemente ocurridos.

La atención de los aliados occidentales y, de hecho, del mundo entero ha sido, naturalmente, dominado por la decisiva batalla de Normandía, en la que los ejércitos anglo-americanos han destruído o pulverizado la estructura de la resistencia alemana en Francia. La brillante explotación de esa victoria permitió a los americanos barrer de Francia al enemigo, con la ayuda del audaz y valeroso *Maquis*, y permi-

Explotar la victoria.

tió a los ingleses limpiar la costa del Canal y expulsar al enemigo de Bélgica y de gran parte de Holanda.

¡Cuántas veces, después de ganarse una gran batalla, han sido hecho baldíos sus resultados por demoras o falta de vigor en la persecución! Pero aquí hemos visto, bajo la dirección suprema del general Eisenhower, los mayores resultados segura y firmemente conseguidos y mantenidos en cada fase de la acción llevada a cabo.

Casi siempre es acertado perseguir con toda energía a un enemigo batido, incluso corriendo serios riesgos al hacerlo así; pero hay, desde luego, un momento en que los perscguidores llegan al extremo límite de sus provisiones y pertrechos, mientras el enemigo, retrocediendo hasta sus propios depósitos, puede formar de nuevo un frente. Esto se ha demostrado muy obviamente en la seria y continua lucha que surgió en el Mosela y su zona cuando el avance americano, llevado con tanto ímpetu y *brío*, tropezó con un duro núcleo de reconcentrada resistencia enemiga. Fué inevitable una pausa en el avance aliado, y así, durante los dos pasado meses, la principal preocupación del supremo mando aliado ha sido la acumulación de suministros y refuerzos y la mejora de puertos, aparte de la recia lucha—de que ya he hablado—en el Mosela. Durante las últimas ocho a diez semanas se han reñido dos considerables pugnas por fuerzas con mando inglés, en las que se hallaban representadas tropas polacas y canadienses, con una gran proporción de soldados de los Estados Unidos, quienes lucharon con su distinción acostumbrada.

Dos grandes operaciones.

La primera de esas dos grandes operaciones se ha librado en Italia, a las órdenes del general Alexander. Nuestras tropas han superado la terrible barrera de los Apeninos y la Línea Gótica, lo que nos ha conducido al valle del Po. No obstante, el progreso de la estación nos ha enfrentado con un tiempo malísimo—un tiempo excepcionalmente malo para esta época del año—y el avance allí es penoso. El forzar esa línea montañosa, poderosamente fortificada y mantenida por un ejército alemán hostil prácticamente tan grande como el nuestro, constituye de por sí un gran he-

cho de armas y nos ha costado a nosotros y a nuestros aliados muy cerca de 50.000 bajas.

La segunda batalla de este intervalo se ha reñido en Holanda y ha sido dirigida por el mariscal Montgomery. Esa operación ha abierto el Escalda y pronto pondrá el puerto de Amberes a disposición del flanco septentrional de los ejércitos aliados, que entonces penetrarán en Alemania para la lucha final. En estas dos operaciones—la de Italia y la de Holanda y Bélgica—se han sufrido pérdidas muy graves, en su mayor proporción correspondientes a las fuerzas canadienses y británicas. En ambas hemos sido apoyados por nuestros valerosos aliados. En ambas se han ofrecido oportunidades para el despliegue de un soberbio heroísmo y se realizaron hazañas que, cuando se conozcan y estudien con la atención que merecen, figurarán largo tiempo en cantos e historias y por largo tiempo también iluminarán los anales militares de nuestra raza y nación.

Creo justo destacar de manera precisa y definida esas dos prolongadas e importantes batallas reñidas, una en los Apeninos y otra junto al Escalda. Ambas son sólo preludio de mayores operaciones que se desarrollarán en los meses venideros. Acaso no haya sido comprendido cuán grandes fueron los esfuerzos que tan ampliamente hemos tenido el honor de hacer y por eso era apropiado situarlos en su debido lugar en la extensa cadena de esta dura y obstinada guerra.

Estamos ahora en los umbrales de Alemania, y exigirá los mayores esfuerzos de las tres grandes potencias y el poner en juego hasta la última brizna de energía y sacrificio de que sean capaces, el aplastar la desesperada resistencia que debemos esperar de ese antagonista, tan terriblemente militar, al que al cabo hemos batido tan ampliamente, haciéndole retroceder hasta su propia madriguera. No puedo hoy más que en las otras cuatro ocasiones en que he sido invitado a corresponder a este brindis, ofrecer un porvenir fácil ni siquiera en el continente de Europa. Han de hacerse esfuerzos supremos. Es siempre en la última fase donde se ganan o pierden las carreras. Ese esfuer-

¿Un porvenir fácil?

zo ha de ser intenso. No estamos en momento de flaquear.

Por duro que ello pueda parecer después de cinco largos años de guerra, todos los hombres y mujeres de nuestro país han de probar aquello que son capaces de hacer, y estoy seguro de que nuestros soldados, en el frente, no se mostrarán incapaces de este esfuerzo suplementario preciso para coronar lo que se ha conseguido y sobre todo para poner fin en el tiempo más breve que sea posible, a esta horrenda matanza y devastación de Europa. Puedo asegurar, señores, que ése es, en todo caso, el pensamiento dominante del Gobierno de su majestad.

Aunque es nuestro deber trabajar de firme—y ya hemos trabajado así—en la creación de amplios planes de mejora y avance social; aunque es nuestro deber hacer preparativos para el cambio de la guerra y a la paz y de la guerra en Europa a la guerra en el Japón, en la remotísima Asia; aunque estamos obligados a trabajar tan de firme como podaamos, ha de añadirse, además, que no podemos permitir que nada se interponga en el camino de la prosecución de la guerra hasta su conclusión definitiva. Si fracasáramos en esto no seríamos, ni dignos de la confianza de ustedes ni de la gentileza que ha llevado a ustedes a beber a nuestra salud en esta tarde.

LAS TAREAS QUE NOS ESPERAN

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES

10 novbre. *Churchill hace una declaración sobre los ataques de la V 2 a Inglaterra.*
En Italia, el VIII Ejército ocupa Forli.

11 novbre. *Churchill presencia en París las ceremonias del Día del Armisticio y conferencia con De Gaulle.*
Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia invitan a Francia a incorporarse a la Comisión Consultiva Europea.

12 novbre. *Bombarderos de la R. A. F. hunden el «Tirpitz», gran crucero alemán de batalla.*
Himmler lee una proclama en nombre de Hitler, cuyo silencio produce sensacionales rumores.

14 novbre. *Los ingleses desencadenan un nuevo ataque contra el enemigo del oeste del Maas.*

16 novbre. *Los aliados avanzan, lenta, pero continuamente, en un frente de 600 millas en la Europa occidental.*

17 novbre. *Se informa que el mariscal del Aire sir Trafford Leigh-Mallory, nuevo comandante en jefe de la Aviación del Asia del Sudeste, ha desaparecido mientras volaba para ir a tomar posesión de su cargo.*

18 novbre. *Los alemanes se retiran en el frente del III Ejército estadounidense. Los franceses liberan Delle.*

19 novbre. *Ingleses y americanos toman Geilenkirchen. Los franceses entran en Alsacia.*
Eisenhower pide a América más proyectiles.

20 novbre. *Tropas francesas alcanzan el Rin entre Mulhouse y la frontera suiza. Es ocupado Belfort y concluye la resistencia alemana en Metz.*

21 novbre. *Los ingleses avanzan en el recodo del Maas, al oeste de Venloo.*

22 novbre. *Rápidos avances aliados en Alsacia. Ocupación de Mulhouse por los franceses.*

24 novbre. *El VII Ejército americano anuncia el cruce del Rin cerca de Estrasburgo.*
Superfortalezas de los Estados Unidos bombardean Tokio.

25 novbre. *El I Ejército americano ocupa Weisweller, en el camino de Colonia.*

26 novbre. *Sir Harold Alexander es nombrado jefe supremo en el Mediterráneo.*
En un ataque aéreo estadounidense a objetivos petrolíferos y ferroviarios, los alemanes pierden 122 cazas.
27 novbre. *Cordell Hull, secretario americano de Estado, dimite por motivos de salud.*
La R. A. F. vuelve a cortar el canal Dortmund-Ems.
28 novbre. *El III Ejército americano ocupa 13 pequeñas localidades en el sector del Sarre. El IX Ejército de los Estados Unidos, a las orillas del Roer.*
Manifestaciones en el Canadá contra el alistamiento para servicio ultramarino.
29 novbre. *El rey y la reina abren la serie de sesiones parlamentarias de guerra.*
Los rusos emprenden una nueva ofensiva en el sur de Hungría.
30 novbre. *Se abre el puerto de Amberes a la navegación aliada.*
El IX Ejército americano ataca al noroeste de Julich.

[*29 noviembre 1944.*

Tradición y ceremonial.

Todos concordarán en que éste ha sido un Parlamento largo. No necesitamos iniciar controversias históricas sobre el derecho de vida perpetua reclamado por un Parlamento que fué mucho más largo que éste, pero celebro mucho que la serie final de este Parlamento de diez años muestre a todos nuestro respeto por las ocasiones tradicionales y ceremoniales, que ciertas gentes ignorantes y poco reflexivas—que no han meditado sobre estos temas ni estudiado el verdadero movimiento de los sucesos y fuerzas que alientan en el pecho humano—, pueden fácilmente mirar como un intrascendente prurito. Pero en el discurso del Trono y en los debates correspondientes cabe ver todas —o las principales—actividades de la Constitución inglesa. El soberano, aconsejado por sus ministros, pronuncia su regio discurso. La Cámara procede a expresarle las gracias, pero tiene perfecto derecho a proponer enmiendas, diciendo que lamenta que tal o cual cosa haya sido introducida o dejada al margen del discurso real, y si enmiendas tales se llevan adelante, el Gobierno existente es derrotado en una materia de máxima confianza, no siendo

fácil concebir una situación en que siguiera ejerciendo el poder. En otra ocasión he recordado a la Cámara que el debate subsiguiente al discurso del Trono es el principio de lo que se llama *el gran examen de la nación*. Empieza una nueva serie de sesiones y en este momento y etapa de los debates nada hay que no pueda ser sometido a discusión. Se pueden promover enmiendas sobre cualquier asunto, y el señor locutor deja libres al efecto considerables períodos, ya desde el principio o durante el curso del debate, cuando éste es general y abierto. No hay cosa similar al período del debate sobre el discurso del Trono, ocasión en que puedan efectuarse verdaderas pruebas de fuerza, en días de conflicto de partidos entre el Gobierno y la oposición.

He opinado siempre que los deseos de la Cámara respecto a dicho debate deben ser atendidos por la administración. Si la Cámara desea unos cuantos días más para discutir las enmiendas especiales, etc., el Gobierno no debe poner obstáculo alguno, dentro de lo razonable. Desde luego, nos rigen, respecto a cierta legislación, los términos de fin de año y del 31 de marzo. Acaso yo rebase mi deber al hablar así, mas siempre he celebrado que el debate sobre los aspectos generales del discurso del Trono constituya una notable característica de nuestro sistema, ya que es entonces la ocasión de que un diputado carente de amigos y de grupo que le apoye pueda, si logra hacerse atender del señor locutor, hablar sobre cualquier cosa que juzgue que beneficia a sus semejantes. Este hecho, habitual en un sentido parlamentario, es un elemento democrático de nuestros trabajos anuales.

He de admitir, por supuesto, como veterano miembro de la Cámara, y habiendo servido cuarenta y dos años aquí—si bien, por desgracia para mí, tuve un lapso de dos años, con dos Parlamentos que duraron un año cada uno—, que, después de tan larga experiencia y servicio en la Cámara, encuentro muy desagradable mantener el debate sobre prolongación parlamentaria un día y el debate sobre la nueva serie de sesiones al próximo. En los lejanos tiempos en que por primera vez entré en esta casa, había

usualmente un intervalo de cinco meses o seis entre el 12 de agosto en que se clausuraba el Parlamento y la última parte de enero o principios de febrero, en que la Cámara se reunía. Creo que aquellos tiempos no carecían de prudencia. Nunca he supuesto—y esto afecta a ciertas observaciones hechas recientemente—, que se pueda fortalecer al Parlamento fatigándolo y manteniéndolo en sesión casi continua. Si se quiere disminuir la eficacia del Parlamento, hágasele congregarse todos los días del año, con asistencia de una quinta parte de sus miembros, y se le verá convertido en la irrisión del país, en vez de ser, como continúa siendo, a pesar de todas las presiones de la vida moderna, la ciudadela y la cuna de las instituciones parlamentarias de todo el mundo, y casi el solo ejemplo afortunado de un cuerpo legislativo con poderes plenos, elegido por sufragio universal y capaz de cumplir, con dominio de sí mismo y con resolución, todas las funciones de la paz y la guerra.

Acaso esta digresión sobre aspectos generales sea excusada por otra digresión que creo mi deber realizar y que es más grave y más sombría. Todos nuestros asuntos, hasta en su detalle menor, siguen dominados por la guerra. Los asuntos parlamentarios no son excepción. Debo prevenir a la Cámara y a todo el país contra la impresión de que la guerra ha de terminar pronto. Puede ocurrir así, pero no conviene alentar esa impresión y pensar que ahora debemos volver toda nuestra atención a la nueva fase de la historia mundial que se abrirá al cerrarse la guerra. La verdad es que nadie sabe cuándo terminará la guerra alemana y aun menos cuánto durará el intervalo entre la derrota de los alemanes y la de los japoneses. Tuve ocasión, algunos meses ha, de atajar ciertas prematuras esperanzas hablando de que la guerra continuaría en enero y febrero. Noté, mirando a mi alrededor en la Cámara, decepción en ciertos sectores, y a continuación indiqué finales de primavera o principios de verano como períodos que debíamos juzgar, al respecto, como posibles.

La guerra sobre todo.

Mi presente inclinación no me lleva en modo alguno a mitigar esas predicciones o adivinanzas. Esta última es la palabra justa, porque muy poco más se puede hacer. Si, en efecto, yo debiese introducir algún cambio en las conjeturas sobre la duración de los acontecimientos, consistiría en quitar la expresión «principios de» antes de «verano».

La amplia batalla que se desarrolla en el Oeste nos ha dado ganancias importantes. El enemigo retrocede en todas partes. Las tomas de Metz y Estrasburgo son proezas grandes y gloriosas. El brillante ataque y maniobra del ejército francés cerca de la frontera suiza, su perforación en Belfort y su avance, en un ancho frente, hasta el Rin, no sólo es un episodio militar de alta importancia, sino que prueba lo que muchos de nosotros no dudamos jamás: que el ejército francés se levantará de nuevo y será un gran factor en la vida de Francia y de Europa, y que el soldado francés, adecuadamente equipado y bien dirigido, es insuperable.

Habiendo tenido la oportunidad de visitar ese ejército, yo esperaba que ello coincidiese con el momento de lanzar su ataque en Belfort, pero por la noche cayeron 12 pulgadas de nieve y todo hubo de aplazarse durante tres días. Sin embargo, tuve ocasión de ver gran número de tropas que iban a reñir, si no la primera, la segunda etapa de la batalla. Durante una hora o más desfilaron bajo torbellinos de nieve y, según la luz se desvanecía, pude verles de cerca las caras. Eran todos jóvenes de dieciocho a veintidós años, con una edad promedia de veinte. ¡Bella cosa es ser un francés de veinte años, bien armado y equipado, y con una tierra nativa que vengar y salvar! La luz de los ojos de aquellos hombres y su talante despierto infundían la mayor confianza de que nuestra cercana vecina y amiga en la guerra y en las grandes pugnas de nuestra vida se levantará, fuerte y poderosa, de las ruinas, miserias y desgracias del pasado y nos ofrecerá una vez más una Francia que se alinee entre las grandes potencias del mundo.

He hablado de la lucha en Belfort y he mencionado

Estrasburgo así como, más al Norte, las grandes batallas que los americanos han ganado en torno a Metz. Ante Colonia y al norte de ésta, la lucha ha sido más dura, y allí, por ser donde las ganancias de terreno tienen más importancia, será donde más se disputen. El tiempo que habitual y excusable, e incluso legítimamente, siempre perturba esta época del año, ha hecho extremadamente difíciles las actividades de los americanos en esas regiones y de los ingleses en su flanco derecho. El llamado cuarto elemento de la guerra—el lodo—ha desempeñado un formidable papel. Todavía no hemos logrado rechazar al enemigo allende el Rin, y menos aún conseguido establecer una sólida cabeza de puente al otro lado de dicho río. La batalla prosigue aún con el mayor rigor. El proceso de desgaste, aunque muy pesado para las fuerzas americanas y británicas, lo ha sido mucho más aún para el enemigo y, por ende, cualquier grande y efectiva rotura del frente enemigo en esas comarcas—Colonia y el Norte—tendrá las mayores consecuencias estratégicas.

Puedo mencionar que, en el intervalo entre la liberación de Francia y la de casi toda Bélgica, el grupo de ejércitos del mariscal Montgomery, con importante ayuda estadounidense, rechazó al enemigo más allá de la línea del Maas o Mosa inferior, estableciendo una segura barrera de flanco en Holanda y protegiendo así toda la línea de los ejércitos principales que operan al Este. También abrió el gran puerto de Amberes, que fué ocupado intacto, a la arribada de grandes convoyes transoceánicos, creándose de esta suerte una incomparable base marítima para el sostenimiento del grupo de ejércitos británicos del Norte y los varios grupos de ejércitos americanos también desplegados allí. En esas operaciones, incluyendo asaltos a islas donde hubo episodios de maravillosa bravura y grandes hechos de armas, las fuerzas británicas y canadienses sufrieron unas 40.000 bajas. Esto sólo en el intervalo entre las dos grandes batallas. En la nueva batalla que se riñe desde el ejército del general Montgomery—hablando a grandes rasgos, frente a Venloo—hasta las montañas de los Vosgos, donde los franceses mantienen la línea, todo

el frente está a cargo de los americanos, que llevan la carga con sus acostumbrados valor y decisión.

No estoy dando una reseña de la situación militar. No tengo intención alguna de hacerlo así. Quizá más tarde, cuando nos reunamos después de Navidad, será oportuno realizarlo y acaso resulte mucho más fácil que ahora. Puede haber hechos duros y hechos animadores que exponer a la Cámara. La Cámara sabe que nunca he vacilado en exponerle los hechos duros. Conozco al pueblo inglés y conozco a la Cámara, y sé que hay una cosa que no soportan, y es que no se les digan las cosas malas cuando suceden. Si es humanamente posible hacerlo sin exponerse a peligros, siempre es conveniente contar al pueblo las cosas malas. Recuerdo ocasiones en que he reanimado mucho la energía y ardor de la Cámara dándole cuenta de las difíciles situaciones en que nos hallábamos en ciertos aspectos y de lo verosímil que era que aun empeorasen en mayor grado antes de mejorar.

Mi móvil al hacerlo así era reforzar la posición del Gobierno. Ya he dicho que no doy hoy una reseña de la situación militar, pero menciono los hechos sobresalientes y dominantes a fin de evitar las impresiones, frívolamente fundadas, de que podemos apartar los ojos de la guerra y tornarlos a las tareas de transición y reconstrucción, o, lo que es más, a las controversias políticas y otras diversiones de la paz, tan caras a nuestros corazones y a todas las democracias activas, ya que sin controversia las democracias no pueden desarrollar sus saludables procedimientos. Pero no creo que nos quepa mirar cualquiera de esos asuntos con una sensación de apartamiento de los aspectos de la guerra que gravita sobre nosotros, que pesa intensa y preponderantemente sobre nosotros y sobre todas las formas de nuestra vida nacional. Todo ha de subordinarse a esa suprema tarea. Hemos de fijar los ojos en el enemigo y el quebrantar sus resistencia exige y recibirá los mayores esfuerzos de la Gran Bretaña, de los Estados Unidos y de todas las naciones unidas y satélites del Eje convertidos a nuestra causa. De todas las fuerzas, en fin, que puedan ser puestas en acción.

Éste es el momento justo de no flaquear. Todas las carreras comprendidas en el calendario—o casi todas—se ganan en la última fase, y precisamente cuando la pugna es más dura; cuando uno está más fatigado; cuando la sensación del cansancio parece pesar sobre uno; cuando incluso los más esplendorosos, animadores y estremecedores acontecimientos quedan contrarrestados por la saciedad; cuando los titulares de la prensa, aunque perfectamente ciertos, se suceden con creciente tamaño y, sin embargo, el fin parece eludirnos, al modo que, trepando una montaña, se halla más allá una nueva cumbre; es en ese preciso momento, digo, cuando nosotros, los de esta isla, debemos dar la sensación de esfuerzo extraordinario, de ilimitada, inagotable y dinámica energía que hemos probado, según los informes ahora hechos públicos señalan con detalle. Ahora debemos mostrar infatigabilidad. He de observar que una cosa es sentir los tremendos impulsos de energía del comienzo de la guerra, cuando el país verosímilmente parece a punto de ser invadido y uno no sabe si habrá, o no, de morir honrosamente, pero pronto; una cosa es exhibir esas cualidades, que ciertamente la Cámara no ha regateado nunca, en tal momento, y otra muy diferente atestiguarlas en el sexto año de guerra. Por otra parte hemos de recordar que el enemigo cuyo país es invadido tiene también esos supremos estímulos a los que nosotros respondimos en los oscurísimos días de 1940 y 1941.

He dicho bastante para subrayar la preponderancia de la guerra que gravita sobre todos nosotros: la guerra alemana, y después—no debemos olvidarlo—la guerra contra el Japón. Sobre este pie y de este modo hemos de responder al discurso de su majestad, formulando la leal exposición que es nuestro deber presentarle ahora. Se han dedicado elogios al promotor y al sostenedor de dicha exposición. Se ha convertido casi en una frase estereotipada el decir que sus actividades han sido insuperables. En los cuarenta y dos—poco más o menos—discursos del trono que he oído, pienso que esa expresión se ha usado veinte veces lo menos, y de cierto puede ser usada en esta

ocasión. Pero ¿qué no ta sobresale más en lo señalado por esos dos juveniles miembros de la Cámara de los Comunes? Es ésta: juventud, juventud, juventud. Juventud eficiente marchando hacia adelante en su servicio en el campo de batalla o en la producción de carbón; juventud adelantándose a desempeñar su papel en el Parlamento. Soy, pues, de opinión que aquellos que han pasado fatigas y sudores, atacado y vencido, deben recibir, cualquiera que sea el partido a que pertenezcan, plena representación en cualquier Cámara de los Comunes que pueda nacer. He de decir qué los discursos pronunciados han sido realmente buenos y no dudo de que esos dos jóvenes diputados serán sumandos positivos añadidos durante mucho tiempo—según confío y anhelo—a los miembros de esta Cámara.

Juventud, juventud, juventud.

No olvidemos nunca que tenemos una generación de menos: la flor del pasado, perdida en las grandes batallas de la última guerra. Debiera existir otra generación entre esos jóvenes y nosotros, antiguas figuras que pronto, quizá, abandonaremos la escena. Debiera haber otra generación de hombres, con sus brillantes luminarias y sus figuras representativas. Hemos de hacer cuanto podamos para llenar esa brecha, pues, como yo suelo decir, no hay cosa más segura que arriesgarse al lado de la juventud. Muy difícil es vivir en este mundo y no mirar hacia atrás y hacia las antiguas cosas, contemplando con cierto placer los días de nuestra juventud. Esto es completamente justo; la tradición es completamente justa. El amor de la tradición no ha debilitado a una nación jamás; antes ha reforzado a las naciones en sus horas de peligro. Pero las nuevas tendencias han de venir y el mundo precisa moverse hacia adelante.

> Que el gran huso del mundo rechine eternamente
> por sobre las sonoras muescas de lo cambiante,

según dijo Tennyson hace muchos años. No temamos al porvenir. Todos nosotros, toda la nación, somos personas decentes. No temamos nada doquiera que vayamos. A mí me educaron enseñándome a no temer la democracia, a

confiar en el pueblo. No temamos nunca en estos aspectos. Los discursos de esos dos jóvenes diputados infunden el sentimiento de que hay en el ejército y en las industrias y talleres, ricas reservas de hombres de calidad y capacidad segura, los cuales, cualesquiera que sean sus diferentes miras sobre las cosas políticas, están, no obstante, unidos en el mantenimiento de la grandeza histórica de la Gran Bretaña y de la Comunidad británica de naciones en todo el mundo.

Precedencia de proyectos.

Debo informar a la Cámara que es intención del Gobierno proponer mañana una moción dando precedencia a las cosas del Gobierno, atendiendo sólo a la presentación de los proyectos de ley del Gobierno y vedando las votaciones sobre los de los diputados, todo ello con arreglo a los precedentes de los últimos cinco años y de la guerra anterior. Lamento verme en el caso de pedir una vez más a los diputados que prescindan de sus derechos y privilegios. Ya se sintieron inclinados a hacer este sacrificio, si no con alegría, con diligencia, en el pasado, cuando todas nuestras energías habían de concentrarse en la guerra. No ha llegado aún para nosotros el momento de establecer condiciones normales y sospecho que tendré que pedir que la Cámara se ponga constantemente a disposición del Gobierno, en vista de la pesada tarea que nos espera durante unos meses y en la que cierto número de honorables amigos míos de este lado están prontos a empeñarse.

En una ocasión anterior he dado las razones que me asisten para creer que entramos en la última serie de sesiones del presente Parlamento. El discurso de su majestad contiene referencias a una cierta cantidad de importantes medidas que en estas sesiones nos proponemos presentar a fin de extender el programa de reforma y avance social que el Gobierno de coalición acometió hace dos años. Si los acontecimientos toman el curso que he indicado previamente, si intentamos completar nuestro programa legislativo, si hemos de hacer en él algún acusado progreso, requeriremos todo el tiempo que tenga disponible la Cámara. En sesiones recientes los diputados

han tenido muchas oportunidades de suscitar asuntos de general interés y esperamos sinceramente que ocasiones semejantes vuelvan a poder surgir de vez en cuando. Presumo que el debate sobre nuestra exposición después del discurso real despejará de nuestro camino muchas cosas; pero en nuestros usos parlamentarios nunca hemos sido adversos a conceder a cualquier número considerable de diputados que soliciten un debate sobre un punto particular, la oportunidad que desean y merecen. Desde luego, todo el que desea familiarizarse con las costumbres parlamentarias verá que en el curso de una serie de sesiones hay muy pocos temas que no tenga ocasión de tratar, pero recomendamos, a quienes deseen encontrar esas oportunidades, un cuidadoso estudio de las reglas de precedencia.

Todo esto puede ser considerado como un preliminar a las pocas palabras que debo decir. Nadie puede lamentarse de que el regio discurso no haya estado bien provisto de legislación, pues rara vez ha existido un discurso del rey más elaborado y abundante en materia legislativa. Tengo aquí un papel que enumera todos los proyectos de ley—son doce y fácilmente podrían haber sido trece—que figuran en el programa: el gran grupo de seguros sanitarios y nacionales, que son el proyecto de ley de servicio sanitario nacional, el de seguro nacional, el de seguro de accidentes industriales. El de subsidio familiar ocupa lugar sobresaliente, y siguen el proyecto de aguas, el de ríos, el de reforma de los votos parlamentarios, el de elecciones locales, el de empréstitos de las autoridades públicas, el de reajuste de las zonas de administración local —que se presta a extensas discusiones—, el de créditos a la exportación, el de tierras requisadas y trabajos de guerra, el de dietas del Consejo, el de enseñanza escocesa —al que ha dado especial énfasis el sostenedor de la exposición—, y el de desarrollo y bienestar colonial. Todos estos proyectos de ley se mencionan en el discurso regio por este mismo orden, que no es necesariamente el orden en que han de ser discutidos por el Parlamento. Me gustaría decir unas palabras sobre el informe de la comisión

acerca del propósito de reconstruir la Cámara de los Comunes. Creo que una resolución de la Cámara a propósito del particular liberaría, en no grande escala, ciertas energías que pueden apartarse de la guerra, como el de algunos canteros de considerable edad que pueden ser puestos al trabajo. Realmente aseguro a la Cámara que necesitaremos un edificio en que instalarnos, una vez concluída la guerra, cuando tantas y tan grandes materias hayan de discutirse y sobre las cuales no será tan perfecto y unánime el acuerdo como ha resultado serlo sobre la estructura general de la nueva Cámara.

Llevaremos adelante el programa expuesto en el discurso del rey. Lo llevaremos adelante cuando se presente la oportunidad—pues no cabe hacer más que esto—y también de acuerdo con el tiempo que le quede al Parlamento. Todo depende ahora del fin oficial de la guerra alemana. Gran inconveniente es no poder prever esa fecha. Sólo puedo decir que llevaremos adelante perseverantemente el gran programa de legislación formado por esta coalición tan notable, progresando en él hasta que llegue la hora de nuestra separación. Legislar apresuradamente no suele ser útil; prolongadas sesiones no significan necesariamente rápidos progresos. Es indudable que la disolución gravita sobre nosotros y no procede aplazar la disolución para desarrollar un programa que no es posible, ni aun con la mejor voluntad del mundo, aprobar en esta serie de sesiones. Si, por desgracia, el fin de la guerra en Europa se prolongase inesperadamente, haremos mayores progresos en el campo social; pero si ese fin se produce en las fechas que es razonable esperar—el verano, los comienzos del verano, e incluso antes si la fortuna sonríe a nuestras armas—no nos cabrá cumplir sino una pequeña parte de lo expuesto en el discurso del trono. Muchas cosas dependerán del resultado de un llamamiento a la nación, hecho en circunstancias extraordinarias a pesar de nuestra reverencia por la democracia, con numerosas dificultades no existentes en tiempo de paz, con un electorado que desde hace diez años no vota, y con casi ningún elector menor de treinta

Legislar apresuradamente.

años que haya podido votar antes de ahora. No pretendo perforar los velos de lo desconocido. Ya veo algunos profetas que conocen exactamente cómo esas complejas fuerzas y circunstancias habrán de expresarse... (*Un diputado exclamó: «Uno de ellos es un íntimo amigo de usted.» El primer ministro dijo:)* Me gustaría conocer más y mejores detalles. *(El diputado dijo que se refería al señor Assheton, nuevo presidente del partido conservador. Churchill continuó:)* No he tenido el placer de leer en detalle sus manifestaciones, pero no sabía que dicho señor predijese resultado alguno (aunque, desde luego, la gente tienda a predecir cosas con el fin de alentar a sus partidarios), ni la ocasión en que los resultados pudieran producirse. No es sino natural que el responsable de la alineación de los ejércitos establezca la hora y cite la fecha con alguna antelación a la verdadera «hora cero».

No obstante, sean cuales fueren las dudas respecto a cuándo se celebrarán las elecciones, y a cómo terminarán, y adónde nos encontraremos todos al final de ellas, y a cuáles nuestras relaciones con los demás podrán ser—todo cosas inciertas—, hay una cosa cierta: que todos los hombres sobresalientes de los partidos principales—y del partido liberal también—están obligados y comprometidos a la aprobación de esta gran masa de legislación social, y no puedo concebir que, cualquiera que sea la constitución de la nueva Cámara, dejen esos hombres de hacer buenas sus promesas y compromisos con el pueblo. Podrá, pues, haber una interrupción en nuestro trabajo, pero sólo una interrupción, que bajo ninguna circunstancia debemos consentir que nos aparte de los propósitos a que tendemos. Esa es una cosa de la que todos tenemos derecho a hablar por nosotros mismos, con independencia de las que puedan ser las consecuencias de las elecciones generales. Nadie puede obligar a un futuro Parlamento, pero presumo que algunos de nosotros volveremos a él y no me cabe creer que ninguno de los que han tenido entre manos este gran programa social—seguros, sanidad, compensación y demás temas que comprende—no puedo, digo, creer que ninguno de nosotros, ya esté en el Gobierno o en la opo-

sición, deje, después de haber apadrinado ese programa, de impulsarlo adelante sobre las amplias líneas que se han trazado.

Ya dije que en esta fase no creo procedente establecer el orden exacto de prioridad de las varias medidas legislativas propuestas. El debate sobre nuestra exposición subsiguiente al discurso del rey, y la necesaria legislación que ha de aprobarse antes de fin de año invertirán nuestro tiempo antes de que regresemos aquí. Han de tratarse muchos necesarios asuntos financieros, algunos arduos, y también la cuestión de los votos de las fuerzas militares, navales y aéreas y los votos del servicio civil. Todo esto llevará tiempo. Ha de resolverse el proyecto relativo a los fondos consolidados, y aquí hay otra oportunidad de que se promuevan muchos grandes temas que hagan pedir a los diputados la concesión de días especiales para la discusión. Deben estudiarse los precedentes del pasado y ver todas las cosas que entraña ese proyecto de ley. En el año que viene, la Pascua cae pronto: el 1 de abril. Hemos de tener un presupuesto más o menos discutible que nos lleve hasta el período electoral y, además, aprobaremos cuanta legislación sea posible adaptar a esas características obligatorias de nuestras tareas parlamentarias. Definir algo más que esto, sería prematuro.

El problema de la vivienda.

Hay un asunto al que se ha referido mi muy honorable amigo el representante de Bethnal Green del Sudoeste (sir P. Harris). El problema del alojamiento es nuestra mayor amenaza en el frente interior. Llevo algún tiempo inquieto por la situación. Durante los últimos cuatro o cinco meses continuamente me he referido a ella mediante minuciosa y personal discusión. El objeto es claro: proveer en el menor tiempo posible el mayor número de moradas a prueba del mal tiempo que permitan a nuestros compatriotas pasar este invierno con relativa comodidad. El tema se divide, como la antigua Galia, en tres partes: reparaciones, casas prefabricadas y casas permanentes o, usando los nombres abreviados que se han hecho tan comunes en asuntos militares: «rep.», «pref.» y «perm.». En la cús-

pide de este problema hállase lord Woolton y los que me aventuro a llamar, un tanto irrespetuosamente, «la brigada constructora», que no sólo incluye miembros del Gabinete de Guerra—no es usual dar detalles de las comisiones ministeriales—, sino también algunos que no pertenecen al Gobierno. Ese grupo recoge, coordina, decide en muchos casos y en última instancia somete al Gabinete de Guerra, lo que procede hacer. Me he reservado el derecho de ocupar la presidencia siempre y cuando ello me parezca necesario o conveniente.

Ésta es la función, la relación de lord Woolton con ese plan general. Puedo decir que lord Woolton ha acreditado gran energía y tenacidad en su misión de afrontar las dificultades del pasado, continuamente aumentadas por el fuego del enemigo. Ha adoptado cierto número de medidas, pero no considero que la situación, que en cuanto me concierne se ha exteriorizado en preguntas y en las respuestas que he dado en esta Cámara, fuese tal que no nos exigiera afinar y precisar más las disposiciones relativas a la solución de este problema. Naturalmente, mientras la guerra continúa, el ánimo se siente inclinado a centrar las fuerzas ejecutivas de urgencia sobre las partes realmente serias del problema. En un plano inferior, pero de igual importancia práctica—una importancia que supera la del plano superior—, se abre el vasto campo de la acción ejecutiva de urgencia.

Puedo decir unas palabras—muy pocas—sobre el tema de las relaciones entre el ministro de Obras y el de Sanidad en este dominio de las reparaciones de Londres. El Ministerio de Sanidad es como el gran «departamento embajador» que trata con las autoridades locales, y no conviene hacer nada que obstaculice esta ya dilatada costumbre. Por tanto, el Ministerio de Sanidad es el plenipotenciario del de Obras al respecto de ocuparse de zonas, calles, etc., donde realmente se requieren más elementos que los que una autoridad local pueda suministrar. Para lo demás, el poder ejecutivo reside y residirá crecientemente en el Ministerio de Obras, el cual ejecutará las tareas que no han sido eficazmente emprendidas, o no pue-

den serlo, por las autoridades locales, y también habrá de producir las casas prefabricadas de que hablé a principios de año y las cuales, aunque no podrán ser manufacturadas en el número que entonces mencioné, pueden serlo, no obstante, en gran cantidad y varios tipos. No quiero adentrarme más ahora en este tema, porque es muy verosímil que tengamos un debate especial sobre la materia, bien en forma de enmienda a la exposición o de debate general sobre la exposición, si así se desea y el señor locutor lo permite. A veces a la gente no le agradan enmiendas a la exposición, porque pueden asumir la forma de un voto de censura; pero nosotros estamos en manos de la Cámara y a las órdenes de la presidencia.

No creo útil en modo alguno entrar ahora en asuntos de política extranjera. Tengo una lista de veinticinco países sobre cuya enmarañada política y sus relaciones con nosotros me hallo pronto a dar información; pero puede la Cámara estar segura de que no me siento dispuesto a hacer tal cosa, ya que el Gobierno de su majestad no ha sido provocado lo suficiente para que sea aconsejable emprender tan dilatada excursión. Al fin y al cabo, puede plantearse un debate sobre asuntos extranjeros como parte del debate sobre la respuesta al discurso del trono. Por ahora he procurado dar una reseña general de las tareas que nos esperan; de las limitaciones que cabe asignar a nuestra capacidad de desarrollar tales tareas; de nuestro deber de perseverar en cuanto nos hemos comprometido a hacer, y de la suprema obligación que tenemos de sostener la guerra a través de sus postreras etapas con toda energía y unidad, no sólo en nuestro país y entre nosotros, sino entre las grandes potencias unidas en la gran alianza, las cuales—celebro decirlo—nunca han estado más estrecha, íntima y comprensivamente unidas que lo están en este momento.

Resumen.

LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE INGLATERRA

DISCURSO A LOS ESCOLARES DEL COLEGIO DE HARROW

[1 diciembre 1944.

El historial de los que cayeron en la guerra última levántase recio y claro y sobre él se grabarán los nombres de los que continuaron la tarea de sus padres. Atendiendo a las mudables circunstancias de nuestra vida económica y social, creo que lo mejor es concentrar, hasta tanto como sea posible, los fondos de que se disponga aplicándolos a la vida, fuerza y recursos de la escuela, y dando a Harrow, en cuanto quepa, la posibilidad de mantenerse siendo esa extraordinariamente coherente y realzadora entidad de la que tanta inspiración ha nacido. Teniendo a los mariscales de campo Gort y Alexander en el dominio militar, poseéis motivos de justo orgullo.

Juzgo que no cabe hallar mejor idea que la de crear un fondo que facilite el enviar sus hijos aquí a aquellos ex estudiantes de Harrow que no tendrían, si no, bastante dinero para hacerlo. Ello sería fácil y no indebidamente costoso para quienes podrían verse dificultados, como muchos lo serán en el cambiable curso de los asuntos venideros, en el propósito de extender a una sucesiva generación los deseos, esperanzas, memorias y realizaciones de sus padres. No, nada puede ser mejor que eso que señalo.

Se lee mucho en los periódicos a propósito del porvenir de las escuelas públicas. Puedo aseguraros que durante esta guerra se han producido grandes cambios en los ánimos de los hombres, y en nuestro país no hay cambio más acusado que la continua y rápida abolición de las diferencias de clase. No me agradaría ver a las escuelas públicas caer en desuso. No podemos correr el riesgo de abatir las grandes y beneficiosas instituciones que nos ayudaron a

hacer lo que hicimos en la última guerra y hacer lo que hacemos en esta otra. Pero, ensanchando la admisión y haciendo que las escuelas se funden cada vez más en jóvenes con aspiraciones procedentes de todas las clases de la nación y de todos los lugares del reino, preservaremos todas las tradiciones e inspiración albergadas en las grandes escuelas públicas y las convertiremos en posesión de todos nuestros compatriotas y de los hijos de todos.

Se ha dicho que las prerrogativas de la corona se han trocado en los privilegios del pueblo. Las escuelas públicas tienen también su dádiva que ofrecer, y espero y confío en que, terminada esta guerra, habrá no sólo un fondo de Harrow para ayudar a los hijos de antiguos alumnos a venir a la escuela, sino becas y cosas análogas que permitan traer jóvenes de todo el país para gozar de nuestras canciones, nuestros recreos, nuestros recuerdos y todo cuanto tantos años han centrado aquí.

Acaso algunos vayan a un lugar donde creo que hay no sé qué río (*Risas*). Pero, doquiera que sea, nosotros constituímos una nación unida como nunca se ha visto antes y como ninguna hay en parte del mundo. Conservemos ese verdadero sentido de unidad. Mantengamos esa fraternidad que no conoce barreras.

Muy grande y muy gloriosa es esta isla. A través de la vasta superficie del Globo hay pocos miembros de comunidades libres que no nos miren con respeto, admiración e incluso pasmo. Durante todo un año nos mantuvimos solos contra una fuerza abrumadoramente poderosa, una fuerza armada hasta los dientes y largamente preparada y adiestrada para la guerra. Ahora que avanzamos hacia un período de gran tensión y dificultad, ahora que vosotros marcharéis hacia adelante en un mundo donde los problemas serán agrandados por las victorias que han sido y serán ganadas, donde los deberes serán más imperiosos a causa de la necesidad de sobrevivir a lo sucedido en el pasado, vosotros, con vuestras voces y vuestro aspecto, me hacéis comprender que nunca faltará en Inglaterra una juventud capaz de afrontar, soportar y vencer cualquier

mal, en nombre de la libertad y por el amor de esta tan amada tierra nativa.

No somos ya una pequeña isla y su imperio oponiéndose al gran ejército del aguerrido enemigo, sino que marchamos en vanguardia de las más grandes naciones del mundo, con más de treinta aliados declarados y con la vasta mayoría de la raza humana poniendo sus esperanzas en nuestro avance y en nuestra final y—como con certeza podemos decir—segura victoria.

LA CRISIS DE GRECIA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES AL DEBATIRSE UNA ENMIENDA DEPLORANDO LA INTERVENCIÓN BRITÁNICA EN GRECIA Y EN OTRAS PARTES DE LA EUROPA LIBERADA. LA ENMIENDA FUÉ RECHAZADA POR 279 VOTOS CONTRA 30

---

1 dicbre. *Los americanos alcanzan el Sarre por tres puntos.*
La princesa Isabel preside la botadura del mayor de los acorazados ingleses.
2 dicbre. *Tropas del África Oriental penetran en Kalewa (Birmania).*
3 dicbre. *Solemne parada de la Guardia Metropolitana. El rey la revista en Hyde Park.*
La policía de Atenas dispara sobre los manifestantes griegos.
4 dicbre. *El II Ejército inglés ocupa Blerick, suburbio de Venloo.*
El III Ejército de los Estados Unidos llega a seis millas de Sarrebrück.
5 dicbre. *Tropas británicas se ven forzadas a intervenir en la lucha en Atenas.*
El VIII Ejército ocupa Rávena, en Italia.
7 dicbre. *Tropas inglesas y fuerzas del ejército regular griego inician la limpieza de elementos hostiles en Atenas.*
8 dicbre. *La Cámara de los Comunes, por 279 contra 30, apoya la acción del Gobierno inglés en Grecia.*
Los rusos llegan a 25 millas de Budapest.

[*8 diciembre 1944.*

El valor del discurso que acaba de terminar consiste, a mi juicio, en que ha mostrado la extrema complejidad de la política griega. El honorable orador (sir R. Acland, del partido del Commonwealth) ha hecho muchas aserciones, algunas de las cuales son justas y algunas de las cuales son, según mis informes, lo contrario. De todos modos, se requerirían, día tras día, muchas horas de debate si la Cámara intentase emular la perfección de deta-

lles que sobre la situación en Grecia ha logrado adquirir el honorable diputado, a pesar de sus otras serias preocupaciones.

Trataré de la enmienda en conjunto, señalando que no sólo se refiere a Grecia, sino a otras partes de Europa. Por tanto, estoy seguro de que la Cámara me permitirá tratar todo el asunto de nuestra intervención en el continente, y el tono, carácter, proporción y objeto de nuestra intervención, allá donde hemos tenido que intervenir en otros países, aparte de éste que ha sido motivo principal de los dos discursos que hemos escuchado. Antes de descender a los países en particular, consiéntaseme presentar a la Cámara la acusación que se nos hace, y es que estamos usando las fuerzas de su majestad para desarmar a los amigos de la democracia en Grecia y otras partes de Europa, y para reprimir los movimientos populares que han contribuído valerosamente a la derrota del enemigo. Éste es un ataque harto directo y sobre él habrá de pronunciarse la Cámara antes de que nos separemos esta noche. Porque, ciertamente, el Gobierno de su majestad sería indigno de confianza si las fuerzas de su majestad se emplearan para desarmar a los amigos de la democracia.

Los movimientos populares.

Empero, se plantea la cuestión, y bien cabe detenerse en ella un momento, de quién son los amigos de la democracia y cómo la palabra *democracia* debe ser interpretada. Mi idea de ello es que el hombre sencillo, humilde, común, el hombre corriente que mantiene a su mujer y a su familia, que pelea por su país cuanto éste lo necesita y vota a su tiempo, señalando con una cruz el candidato que desea ver elegido, es el fundamento de la democracia. Y es también esencial a ese fundamento que tal hombre o mujer practique esto sin temor y sin forma alguna de intimidación o de peligro personal. Él señala su papeleta electoral con estricto secreto, y luego los representantes elegidos se reúnen para decidir qué Gobierno—e incluso, en tiempos graves, qué forma de Gobierno—desean tener en su país. Si esto es la democracia, yo la saludo, la adopto y deseo

Palabra «democracia».

trabajar por ella. *(Un miembro de la Cámara interpeló: «¿En España?».)* No me asusta entrar en esta discusión, pero tengo por cubrir un buen espacio de terreno. Una de las interpretaciones erróneas a que se entrega cierta clase de gente es la de que yo he pronunciado palabras de alabanza sobre Franco. Todo cuanto dije es que la política española no consistía únicamente en trazar toscos diseños de él. Realmente es inútil que mi muy honorable amigo arrugue la cara como si estuviera tomando una poco gustosa dosis de medicina. Espero que habrá de pasar otros tragos amargos en el curso de lo que, con el mayor respeto, me esforzaré en exponer a la Cámara. He de decir que no deseo ser arrastrado hoy a una discusión sobre España. En las observaciones que he hecho sobre la democracia; en la actitud que he adoptado en el tiempo que llevo cargando con las altas responsabilidades del poder, y, en general, creo que durante toda mi vida; en las observaciones—vuelvo a decir—que he hecho y en mis declaraciones representativas de la política del presente Gobierno de su majestad, me he apoyado siempre en la base de elecciones libres con sufragio universal, y esto es lo que nosotros consideramos fundamento de la democracia.

Democracia y radicalismo.

Pero no opino lo mismo de lo que es una estafa a la democracia, de una democracia que se llama de ese modo a sí misma sólo por ser una fuerza de izquierda. Para hacer una democracia se necesita a todos, no sólo a los izquierdistas o a los comunistas. No consiento que un partido o corporación se llamen a sí mismos demócratas por tender a adelantar cada vez más en las más extremas formas de la revolución. No acepto que un partido represente necesariamente la democracia por el hecho de trocarse más violento a medida que se vuelve menos numeroso. Ha de respetarse la democracia y no usar la palabra demasiado a la ligera. La cosa que menos se parece a la democracia es la ley de la chusma, con partidas de bandidos que provistos de armas mortíferas entran a viva fuerza en las grandes ciudades, apoderándose de los puestos de Policía y de los puntos esenciales del Gobierno, esforzándose en introducir un ré-

gimen totalitario con mano férrea y clamando, como ahora, que, si llegan al poder... *(Al surgir una interrupción, el primer ministro continuó:)* Lamento causar tanto enojo. Dispongo de tiempo abundante, y si cualesquiera exclamaciones surgen de los honorables diputados de la oposición, siempre puedo dilatarme un poco más en lo que tengo que decir, aunque lo deplore. Digo que lo que menos representa a la democracia es la ley de la chusma y el intento de introducir un régimen totalitario y de clamar por el fusilamiento de todos los que políticamente estorben, haciéndoles figurar entre los presuntos eliminados en virtud de la acusación, muy a menudo infundada, de haber colaborado con los alemanes durante la ocupación. No hagamos caer la democracia tan bajo, no consideremos la democracia como si consistiese meramente en adueñarse del poder y fusilar a quienes no concuerdan con nosotros. Esto es la antítesis de la democracia.

No se excite tanto ese honorable diputado (Gallacher), porque va a llevar la peor parte en las discusiones y la peor parte en la votación. Yo fuí durante once años una figura solitaria en la Cámara, y proseguí pacientemente mi camino. Así espero que lo haga el honorable diputado.

La democracia, dije, no se funda en la violencia o el terrorismo, sino en la razón, en el juego limpio, en la libertad, en el respeto de los derechos de las demás personas. La democracia no es una ramera recogida en la calle por un hombre con una pistola ametralladora. Yo confío en el pueblo, en la masa del pueblo de casi todos los países; pero me gusta asegurarme de que trato con el pueblo y no con una partida de bandidos de las montañas o del campo que piensan que pueden, por la violencia, derribar la autoridad constituída, y, en algunos casos, antiguos parlamentos, gobiernos y estados. Esta es mi descripción general de los fundamentos sobre los cuales debemos abordar los diversos ejemplos especiales de que voy a tratar ahora. Durante la guerra, desde luego, tuvimos que armar a todo el que estuviese dispuesto a disparar sobre un huno. Aparte de su carácter, convicciones políticas, historial pa-

Armar contra el huno.

sado, etc., si gente así era capaz de disparar sobre un huno, la aceptábamos como amiga y procurábamos capacitarla para ejercer sus saludables instintos.

Pagamos eso teniendo que celebrar hoy este debate, que personalmente encuentro bastante satisfactorio. Pagamos eso también con nuestro Tesoro y nuestra sangre. En cambio, no lo pagamos con nuestro deshonor o con la derrota.

Pero, una vez liberados los países, no se desprende de ello que los que recibieron nuestras armas las .deban usar a fin de beneficiarse por la violencia y el asesinato, ahogando en sangre aquellos poderes, tradiciones y continuidad que muchos países han desarrollado lentamente y a los que una gran proporción de sus respectivos pueblos—yo creo que la gran mayoría—son firmemente adictos. Si lo que es llamada en esa enmienda «la acción de los amigos de la democracia» ha de interpretarse como *coups d'état* cuidadosamente planeados por bandas de asesinos y como el yugo férreo de rufianes que se esfuerzan en trepar a los sitiales del poder sin que un voto haya sido emitido jamás en su favor; si eso quiere enmascararse de democracia, creo que la Cámara se unirá para condenarlo como una burla. No admito—ateniéndome a las palabras de la enmienda—que los elementos populares que tan «valerosamente» ayudaron—sólo en algunos casos, diría yo—a la derrota del enemigo tengan el derecho de adelantarse y decir: «Somos los salvadores de la nación; por tanto, de aquí en adelante debemos ser sus gobernantes y señores. Ésa es nuestra recompensa, y reclamamos el derecho a constituirnos en jueces de todos», es decir, de las vastas masas de personas de todos los países ocupados que hubieron de vivir lo mejor que pudieron bajo el férreo yugo y opresión de los alemanes. Esos «valerosos elementos» quieren ahora regir con un poder dictatorial ganado por un *coup d'état* y por sangrientas luchas y matanzas callejeras, y ser jueces de los altos, los medianos y los pobres.

Hasta ahora he generalizado sobre los principios de lo que la democracia debe ser, y también sobre los princi-

pios que no debe seguir. Los criminales de guerra, los traidores a sus compatriotas, los hombres que deseaban sinceramente el triunfo alemán, pueden ser objeto de disgusto y aislamiento popular, y en algunos casos extremos ser sometidos a los tribunales y castigados con la muerte; pero esos tribunales han de ser tribunales de justicia, donde pueda haber juicios limpios, y no meras expresiones del furor de las turbas o la rivalidad política. Mas a los que tratan de establecer el punto de que los hombres que se retiraron a las montañas y recibieron del Gobierno británico fusiles y ametralladoras tienen por derecho propio y adquirido la atribución de gobernar vastas y complejas comunidades como Bélgica u Holanda—que pudiera mañana suceder en Holanda lo mismo—, o Grecia, les digo que rechazo ese derecho. Tales hombres han prestado buenos servicios, pero al Estado, y no a ellos, corresponde juzgar las recompensas que deben recibir. No tienen derecho a reclamar la propiedad del Estado.

Esto es lo que se está discutiendo ahora. Por mucho que me esfuerce, no espero poder convertir a mejor camino a los aliados caballeros de la oposición; pero dirijo mis observaciones no sólo a ellos, sino a otros miembros de la Cámara, de los que hay por cierto un gran número. Aseguro que estamos siguiendo un oneroso y penoso sendero.

¡Pobre vieja Inglaterra! (Acaso debiera decir: «¡Pobre vieja Bretaña!») Hemos de asumir la carga de las más ingratas tareas, y al emprenderlas, ser escarnecidos, criticados y combatidos desde todas partes. Pero, al menos, sabemos lo que estamos haciendo, conocemos el fin del camino, conocemos el objetivo que buscamos. Y éste es que aquellos países, una vez queden libres del poder armado alemán y en condiciones de tranquilidad normal, decidan por voto libre y universal el Gobierno de su país —salvo si ha de ser un régimen fascista—y resuelvan si ese Gobierno debe ser de derecha o de izquierda.

Cuando tal es nuestro objeto, se nos acusa de desarmar a los amigos de la democracia. Nos dicen, cuando no permitimos que bandas de guerrilleros poderosamente arma-

dos desciendan de las montañas y se instalen, con todo el sangriento terror y vigor de que son capaces, en las grandes ciudades, que somos traidores a la democracia. Rechazo también esta afirmación. Apelo a la Cámara, como cuestión de confianza en el Gobierno de su majestad y en el espíritu con que hemos marchado de un peligro a otro hasta avistar la victoria, para que rechace tales aseveraciones con el desprecio que merecen.

Sostén de fuerzas reaccionarias.

La enmienda presentada se refiere particularmente a Grecia, pero es un ataque general al Gobierno de su majestad, al que se le representa como sustentador de las fuerzas reaccionarias de todas partes y como procurando establecer por la fuerza gobiernos dictatoriales contra la voluntad de los pueblos. Por tanto, no me ocuparé sólo de Grecia. Antes bien me afirmo, en este momento y en primera instancia, sobre otros puntos de Europa, porque este tema ha sido también planteado, en cierta extensión, en recientes frases de una Prensa americana muy libre con las que nos hemos hallado en los días últimos. A los ojos de algunos, a los ojos de los que apoyan la enmienda, no sólo es en Grecia donde estamos desarmando a los amigos de la democracia y a los movimientos populares que han contribuído a la derrota del enemigo. También señalan Italia y Bélgica.

Bélgica.

Pasemos a Bélgica. Bélgica es otro caso de los que la enmienda llama un caso de amigos de la democracia desarmados en favor de la administración constitucional organizada. El caso es grave y merece examen. A finales de noviembre hubo en Bélgica lo que los alemanes llamarían un *putsch*, a fin de abatir al Gobierno Pierlot, Gobierno que es el único vínculo constitucional con el pasado y el único que hemos reconocido, durante la guerra, después que el Gobierno belga anterior fué derribado hace cuatro años por los alemanes en su brutal invasión. Este Gobierno ha recibido una moción de confianza por 132 votos contra sólo 12, y seis abstenciones, del Parlamento belga en tanto como ha sido posible reconstituir el último, ya que después del

caos se necesita algún tiempo para erigir una autoridad.

No obstante, los amigos de la democracia, los valerosos contributores a la derrota del enemigo, tomaron las cosas de diferente modo, y organizaron un ataque al Estado belga. Una manifestación, en gran parte compuesta de mujeres y niños, se dirigió al edificio del Parlamento belga, mientras camiones cargados de amigos de la democracia, armados hasta los dientes, acudían a toda prisa desde Mons y otras ciudades. Aquí intervino la paciente Inglaterra, contra la que se ha pedido una censura hoy. ¿Qué hizo este país reaccionario y antidemocrático? He de confesar que se enviaron órdenes para detener a esos camiones en el camino y desarmar a sus ocupantes. Además, los ingleses situamos tanques ligeros y carros armados en las calles laterales que desembocan ante el Parlamento, que estaba defendido por la gendarmería belga en nombre del Gobierno belga. Hubo, desde luego, una intromisión, y en forma muy acusada. Hubo, por supuesto, un intento de oponerse a los amigos de la democracia y al valeroso y anárquico derrumbamiento del Estado belga. He de reconocer ante ustedes que los británicos nos interpusimos en el camino de esas cosas.

¿A las órdenes de quién y bajo qué autoridad emprendimos esa acción? El general inglés Erskine lanzó varias proclamas, como el general Scobie, sobre las exigencias de la situación. Esas proclamas tuvieron un efecto altamente saludable y los interesados en los movimientos de las fuerzas aliadas actuaron concordemente. ¿Quién es el general Erskine? El jefe inglés de la misión angloamericana que ha actuado de enlace entre el comandante supremo de la fuerza expedicionaria aliada y el Gobierno y pueblo belga. Representa al general Eisenhower, es directamente responsable ante él y deriva su autoridad de ese distinguido jefe supremo americano cuya inteligencia y fraternidad con nosotros admiramos y cuyas órdenes hemos prometido obedecer. Ahora daré ejemplos de la intervención del general Eisenhower en los asuntos de Bélgica.

El 28 de octubre el general Erskine entregó una carta al señor Pierlot en la cual, autorizado por el general Eisen-

hower, ordenaba el desarme de toda la población civil de Bélgica y pedía la cooperación del Gobierno belga —es decir, el antiguo Gobierno belga, ya instalado en Bruselas—en ese asunto. La carta concluía con la demanda de que el comandante supremo obtuviera la inmediata seguridad de que esa ayuda sería concedida, y manifestaba que el jefe del grupo de ejércitos—en este caso el mariscal Montgomery — recibiría después instrucciones para que ofreciese, a su vez, toda su ayuda. El 11 de noviembre, el representante de su majestad en Bruselas informó al comandante supremo de que él mismo había estado en Bruselas el día anterior, tratando con el Gobierno belga y jefe de dicho Gobierno y reafirmado su decisión de prestar a estas autoridades toda la asistencia que necesitaran para desarmar a las fuerzas de resistencia. El 29 de noviembre el Gobierno belga recibió noticias de que habían partido de Mons, en camiones, manifestantes armados que se proponían atacar las dependencias gubernamentales. El Gobierno belga solicitó oficialmente el apoyo aliado —hablo ahora de Bélgica y no de Grecia, aunque las situaciones parezcan tan semejantes—y, en consecuencia, se adoptaron por parte del mando supremo aliado las oportunas precauciones, aplicando las tropas inglesas y gendarmería belga las medidas que he descrito.

Como la Cámara supondrá, personalmente entiendo que las decisiones del general Eisenhower fueron justas en absoluto y que impidieron desórdenes y tumulto a lo largo de las vías de comunicación. Al cabo, esas líneas de comunicación, de Amberes en adelante, son las que sostendrán a varios millones de hombres en su marcha a través de Alemania en esta guerra que me disgustaría ver prolongarse más de lo necesario. No sólo hemos obedecido las órdenes de Eisenhower, sino que las juzgamos sensatas. Al fin y a la postre, los ingleses, a quienes ahora se nos acusa de ser malos amigos de la democracia, perdimos 35.000 ó 40.000 hombres para abrir el puerto de Amberes, y nuestra flota despejó el río Escalda. El sacrificio de estos hombres merece tanta consideración como los amigos de la democracia avanzando desde Mons en ca-

miones para provocar una sangrienta revolución en Bruselas. (*Aneurin Bevan intervino diciendo: «¿No es un hecho que las autoridades militares en Bélgica están convencidas de que el jefe del Gobierno pidió desconsideradamente la intervención de las tropas británicas? ¿No muestras todas las pruebas aducidas que no hubo la amenaza que el honorable orador pretende?»* Churchill contestó:) Me parece casi imposible asentar con más precisión lo contrario de la verdad. Vuelvo a los que procuraban establecer la democracia y la civilización. El honorable diputado debe acostumbrarse a la verdad de que donde las dan las toman. No hay nadie que se complazca tanto como él en interrupciones, mofas y apóstrofes. Le he visto—mejor dicho, le he oído—casi arremeter a algunas de las venerables figuras que se sientan en el banco inmediato al suyo. No se enoje, pues, al ver que ahora la Cámara se burla de él, y dése por satisfecho con que la Cámara no haga otra cosa que burlarse. Como dije, vuelvo a los que procuraban establecer la democracia y la civilización sobre una base de ley y también de sufragio universal y popular, inobstaculizado, libre y sin intimidaciones. Muy lamentable sería para Europa verse, tras cuatro o cinco años de tiranía alemana, liquidada, degradada y sumergida en una serie de brutales guerras sociales. Si los amigos de la democracia y sus diversos defensores creen expresar los deseos de la mayoría, ¿por qué no esperan a las elecciones generales, por qué no esperan el libro voto del pueblo, como es nuestra política en todos los países donde avanzan los ejércitos ingleses y americanos? Tal es la historia de Bélgica, que someto con el mayor respeto al pueblo americano y a la Cámara de los Comunes y que entraña muchas lecciones aplicables a otras partes del mundo.

Sforza, Badoglio.

Paso a lo de Italia, que, por curioso que parezca, se halla encarnado en el caso del conde Sforza. La enmienda no menciona específicamente ese nombre, pero otras comunicaciones lanzadas al mundo exponen que también en ese respecto hemos ofendido a la democracia. Como dijo el ministro de Negocios Extranjeros, es un gran error, una

completa inexactitud, decir que nosotros hemos puesto el veto al nombramiento del conde Sforza para jefe del Gobierno o ministro de Negocios Extranjeros de Italia. Sólo los aliados en conjunto podrían hacer una cosa así. Los italianos, aunque se han rendido incondicionalmente, tienen perfecto derecho a designar a quien quieran para cualquier cargo del Estado. Es decir, que ése es uno de los derechos fundamentales y pertenece, naturalmente, a cualquier país que se haya rendido incondicionalmente después de inferir los más graves daños a sus vencedores. No hemos intentado poner el veto al nombramiento del conde Sforza. Si mañana los italianos le hiciesen jefe del Gobierno o ministro de Asuntos Exteriores, no podríamos impedirlo, excepto con el asenso de los aliados. Cuanto podemos decir es que no fiamos en ese hombre, que no le juzgamos sincero y digno de confianza y que no pondremos la menor fe en ningún Gobierno de que sea figura dominante. Creo que atribuiríamos gran responsabilidad a quienes le llamasen al poder. *(Un diputado interrumpió para decir que Churchill había dicho lo mismo sobre De Gaulle. El primer ministro continuó:)* ¡Cuán poco ayuda al progreso del debate el desviarse hacia otras grandes cuestiones! Hoy no hablo de Francia. Pero ciertamente nunca he abrigado hacia De Gaulle los sentimientos que la experiencia me ha hecho abrigar hacia el conde Sforza. De Gaulle es un hombre de honor y no ha quebrantado nunca su palabra. A eso voy, puesto que han de explicarse las cosas. Digo que atribuiríamos gran responsabilidad a quienes llamasen a Sforza al poder. No deseamos mezclarnos a fondo en la política de los países vencidos o liberados. Cuanto pedimos a Italia es un Gobierno que nos garantice la necesaria protección y facilidad de comunicaciones desde Nápoles a Rávena, ocupada últimamente, y al Norte. Nuestro interés en Italia radica en el frente donde tenemos en línea ejércitos mandados por los generales Alexander y Mark Clark, diestro y valiente general americano a cuyas órdenes hemos puesto con confianza un ejército que es, en sus tres cuartas partes, inglés o dirigido por ingleses.

Ahora, si se me permite, voy a lubricarme un poco. Creo que siempre es muy placentero para la noble dama diputado por Sutton (Plymouth) (la vizcondesa Astor) verme beber agua.

Tenemos un acuerdo conjunto con los americanos acerca de Italia, y nos sería muy doloroso que se nos probase habernos apartado de ese acuerdo, cosa que no hemos hecho en modo alguno. En el curso de los mudables forcejeos y contorsiones de la política italiana, con seis partidos en juego, cada uno con sus choques mutuos de intereses políticos y ninguno de los cuales se siente obstaculizado por el hecho de que nadie le ha dado sus votos; en esa confusa escena, digo, se nos advirtió súbitamente que el conde Sforza iba a convertirse en jefe del Gobierno o ministro de Asuntos Exteriores. El ministro británico señor Hopkinson, que depende del embajador, dijo al italiano que le interrogaba que nosotros no juzgábamos tal medida una elección particularmente buena, o palabras semejantes. Tenemos un perfecto derccho a decirlo así. No podemos impedir esa designación, pero tenemos derecho a hacernos oír. Nos asiste derecho a decir que no creemos que favorezca la dirección de los asuntos italianos al elegir para ese cargo a un hombre con quien Inglaterra—si es que Inglaterra cuenta algo—no tendería a establecer relaciones cordiales.

¿Qué razón hay para este prejuicio nuestro? No me agradaría aducir cargos contra hombres públicos sin dar las razones—o algunas de las razones—esenciales. ¿Por qué nosotros—y particularmente yo—no confiamos en ese hombre ni nos gustaría que él fuese aquel con quien debiéramos sentarnos a tratar en torno a una mesa? He de volver al momento del derrumbamiento y rendición de Italia, en 1943.

El conde Sforza, que había vivido veinte años en América, estaba muy deseoso de volver a Italia. Ello nos pareció cosa oportuna en el extremo desorden y tumultuosa situación en que quedó Italia al día siguiente de su levantamiento contra Alemania. El 23 de septiembre, el conde Sforza envió al mariscal Badoglio el mensaje si-

guiente, que repitió en carta al señor Berle, carta que estoy autorizado por el presidente para citar:

«He leído con extremo interés la declaración del mariscal Badoglio (fecha 16 de septiembre de 1943), donde inequívocamente se establece que considera la derrota de los alemanes y su expulsión de Italia como primordial deber, exhortando a todos los italianos a unirse a este esfuerzo.

»En mi opinión, es ahora deber supremo de todos los italianos, aparte de las diferencias políticas, ayudar al esfuerzo para aplastar a las armas alemanas y expulsar del suelo italiano a todos los soldados alemanes.

»Mientras el mariscal Badoglio esté consagrado a esa tarea y sea grato a los aliados que Italia dedique sus recursos militares a esa pugna, considero criminal hacer cualquier cosa que debilite la posición o estorbe las tareas del mariscal en la lucha por la liberación de Italia y del pueblo italiano. Estoy dispuesto a ofrecer mi pleno concurso mientras Badoglio esté empeñado en ello, tanto más cuanto que ése es el único modo de destruir los últimos y criminales restos del fascismo.

»Las cuestiones de política interna pueden, y deben, aplazarse durante el período de lucha, y las actividades militares y políticas de todos los italianos que persiguen la libertad y el porvenir de su patria deben dedicarse a apoyar a las fuerzas organizadas que se esfuerzan en abatir al enemigo común. Doy mi palabra de honor de hacerlo así por mi parte y apremiar a lo mismo a mis muchos amigos y asociados.»

Cuando el conde Sforza pasó por Londres, quise asegurarme de si aquélla era, o no, sincera resolución suya, porque en otro documento había aparecido cierta cosa de diferente tenor. Tuvimos, pues, una entrevista a la que asistieron el ministro de Estado y sir Alexander Cadogan, del departamento de Negocios Extranjeros. Me ocupé de esa carta con el conde Sforza, casi línea por línea, y él me aseguró que representaba sus más profundas convicciones. Sin embargo, apenas vuelto a Italia, comenzó la larga serie de intrigas que terminaron en que el mariscal

Badoglio fuese expulsado de su cargo. Muchos se habrán alegrado de ello, pero no es ése el extremo de que trato ahora. El extremo es que Sforza, completísimamente y sin explicación, se apartó, en día muy temprano, del solemne compromiso contraído y sin el cual creo que hubiésemos podido convencer a nuestros amigos americanos, con quienes obramos en común, de que no convenía que Sforza volviese a Italia. *(En este momento tres diputados interrumpen a Churchill recordándole las declaraciones hechas por éste, en 1928, sobre el fascismo italiano. El primer ministro continuó:)* No temo ni en un ápice nada de lo que haya dicho en mi larga vida política. Yo pensaba ciertamente, en aquel momento particular, que la clase de régimen establecida en Italia entonces era mejor que un general desplome de Italia en la furiosa guerra civil bolchevique que se desarrollaba a la sazón en muchas otras partes de Europa. Nunca he visto que haya nada de bueno en volverse atrás de lo que uno dijo antes.

No tengo ninguna particular necesidad de defender al mariscal Badoglio. No es cosa que haya de plantearse en mis alegatos, salvo para decir que él nos entregó casi intacta la flota italiana, sólo con pérdida de un buque y 1.700 hombres, y que no hubo un momento, mientras estuvo en el poder, en que no extremara su esfuerzo y ayuda para expulsar de Italia a los alemanes y guardar el orden en la retaguardia. En otras palabras, ayudó a Italia a abrirse el camino de vuelta, lo que aún no se ha cumplido en modo alguno.

Gobierno Bonomi.

Al fin cayó víctima de las intrigas del conde Sforza y se formó un Gobierno de seis partidos, presidido por el *signor* Bonomi. Seis partidos había en el Gobierno, pero ninguno tenía el menor fundamento electoral. Eran meros partidos, como el nuestro del Commonwealth y exactamente con el mismo derecho a representar la democracia. Hicimos todo lo posible para ayudar a ese nuevo Gobierno. Fuí a Italia y me entrevisté con el *signor* Bonomi y otras personas, tomándome las mayores molestias para obtener una serie de mitigaciones en el trato impuesto a Italia por los aliados

victoriosos. Así, propuse al presidente por telégrafo, y cuando nos reunimos en Quebec, y cuando estuve con él en su morada de Hyde Park, que redactáramos una declaración conjunta destinada a dar a los italianos una buena probabilidad de desempeñar su papel de cobeligerantes, y también asegurando, hasta tan lejos como podíamos, que las necesidades vitales de las masas del pueblo serían cubiertas.

Ahora los seis partidos han sufrido una nueva convulsión. El señor Bonomi ha caído, y entiendo que ha formado otro Gobierno compuesto por cuatro de los seis partidos anteriores. Le deseamos éxito. No tenemos objeción alguna que hacer a que forme un Gobierno de cuatro partidos. *(Shinwel intervino diciendo: «¿De los mejores de todos los partidos?» Churchill replicó:)* No recuso al honorable diputado cuando la verdad se desliza de él, por accidente, de tiempo en tiempo.

Grecia.

La Cámara celebrará que yo pase ahora a Grecia, motivo principal de censura ante el que nos hallamos hoy. He asumido grandes responsabilidades en nuestra política extranjera atañente a Grecia y también respecto a lo sucedido en Atenas, y mi muy honorable amigo el ministro de Asuntos Extranjeros y yo hemos trabajado juntos y de estricto acuerdo. Hacia el 16 de agosto se evidenció que el magnífico avance de los ejércitos rusos... *(Varios diputados: «Bolcheviques».)* ¡Oh, no! Esa es una observación errónea. Hay algunos honorables diputados que tratan de atraparme cuando mantenemos estos difíciles debates sobre asuntos exteriores, llevándome a decir algo que parezca redundar en menoscabo de los espléndidos ejércitos de patriotas que han limpiado de enemigos el suelo de Rusia.

Dije que habíamos asumido grandes responsabilidades. Cuando en agosto último se evidenció que el avance ruso por la costa del mar Negro y su inminente choque con Rumania y Bulgaria, unido al avance de los ejércitos angloamericanos en la península italiana y también al creciente poderío del mariscal Tito y sus guerrilleros—a los que siempre apoyamos—, harían insostenible la situación

de los alemanes en Grecia, propuse al presidente reunir fuerzas para entrar en Grecia cuando la situación alemana se hubiera debilitado suficientemente, procurando, sobre todo, salvar a Atenas de la anarquía y hambre que la amenazaban. Señalé que, si había un largo intervalo entre la marcha de las autoridades alemanas de la ciudad y el establecimiento de un Gobierno organizado, era muy verosímil que el EAM y los comunistas extremos intentaran apoderarse de la ciudad y aplastar toda forma de expresión griega que no fuese la suya propia.

Tenemos derecho a expresar este criterio sobre la cuestión griega, porque, en el intento de cumplir la palabra dada, sufrimos 30.000 bajas en lo que acaso pueda ser llamada una caballerosa decisión de compartir las miserias de Grecia cuando ésta fué invadida por Alemania e Italia en 1941. En aquella ocasión nosotros estábamos solos en el mundo.

Mi respetado amigo el presidente opinó que debíamos elaborar planes conjuntos, y, en consecuencia, en la conferencia de Quebec los jefes del Estado Mayor combinado propusieron que Inglaterra formase una fuerza para ocupar la zona de Atenas y abrir el camino al comienzo del socorro y al establecimiento de la ley y el orden, instaurando la autoridad del Gobierno griego que nosotros y la gran masa de las Naciones Unidas habíamos reconocido. Los americanos y nosotros empezamos a acumular grandes masas de vituallas y barcos y establecimos la UNRRA, que comenzó a desarrollarse en Alejandría, mientras trabajaban activamente otras organizaciones para distribución de víveres. La congregación de muchas naves se obtuvo a coste de alimentos destinados a nuestro país. Gran parte de los víveres y suministros médicos fueron facilitados por América, y el resto de la carga recayó sobre nosotros, que nos resentimos fuertemente, desde luego, de la disminución consiguiente del transporte marítimo.

La propuesta de los jefes del Estado Mayor combinado fué aceptada por el presidente y por mí, y el 14 de septiembre los jefes reunidos de Estado Mayor enviaron instrucciones al general Wilson, supremo comandante del Me-

diterráneo y a quien yo había consultado sobre los aspectos militares del asunto. Se le encargó entonces que emprendiese la acción necesaria cuando lo juzgase adecuado. Durante todo 1944 habíamos tenido las dificultades usuales con el Gobierno y tropas griegas en Egipto. Hubo motines y desórdenes, repetidas dimisiones de ministros y repetidas vueltas al cargo. Pero entre todo esto surgió un hombre, Papandreu, que había vivido todo aquel tiempo en Grecia sin servir en lo más mínimo al enemigo ni perder su reputación en modo alguno en tal sentido. Ese hombre restauró el orden en el Gobierno griego, que es el Gobierno constitucional, y sólo puede ser eliminado por libre votación del pueblo.

En mayo de 1944 se mantuvo en un hotel del Líbano una larga entrevista entre el Gobierno Papandreu y los jefes de los partidos de toda Grecia—incluyendo el E. A. M.—, a quienes transportamos por aire. Se llegó a un acuerdo para establecer un Gobierno conjunto en Atenas cuando esta capital, con o sin ayuda aliada, se liberara de los alemanes. En el intervalo preparábamos nuestra expedición con el más profundo secreto. No creímos necesario hablar de ella a nadie, ni siquiera al Gobierno griego, y así fué debidamente autorizada por los jefes de Estado Mayor americanos e ingleses. El secreto era importantísimo, y en este caso se mantuvo. Papandreu nos pidió repetidamente, en nombre de su Gobierno de todos los partidos, incluyendo comunistas y E. A. M., que acudiésemos a rescatar a Grecia con fuerzas armadas, y quedó muy decepcionado cuando no pude darle respuesta definida. Nuestra primera decisión fué trasladar al Gobierno griego desde El Cairo, donde radicaba, a Caserta, donde estaba el cuartel general de Italia, a fin de que los ministros pudiesen ponerse en movimiento tan pronto como tuviéramos listas las tropas, de lo cual, sin embargo, nada dijimos. Cuando todo estuvo preparado y el momento adecuado llegó, el general Wilson operó por aire y mar, y esta empresa, como muchas otras que no debe olvidar hoy la Cámara al decidir la suerte del Gobierno nacional, se señaló por su

excelente oportunidad y extrema eficacia y fué coronada por un éxito completo.

Las tropas británicas fueron acogidas entusiásticamente cuando entraron en Atenas, y también la brigada griega, amotinada el año antes, pero libre ya del elemento levantisco. Yo me tomé grandes trabajos para que esa brigada tuviera posibilidad de rehabilitar su reputación. No sólo la rehabilitó, sino que ganó renombre para el ejército griego penetrando en Rímini a la cabeza de las fuerzas aliadas y arrebatando la población a los alemanes. Esa brigada volvía a Atenas tras corresponder a la actitud de los jefes italianos cuando invitaron a los alemanes a arruinar Grecia, ayudando a los italianos a expulsar de la propia Italia a los alemanes, y fué recibida con grandes parabienes en las calles de Atenas. Por entonces, el señor Papandreu había introducido en su Gobierno no menos de seis representantes del E. A. M., y también al jefe del partido liberal, señor Sofulis, venerable y veterano consejero de unos ochenta y cuatro u ochenta y cinco años. El señor Sofulis se había lamentado ya de que hubiese tantos representantes del E. A. M. y comunistas instalados en los puestos de mando. No obstante, el señor Papandreu es un hombre de izquierdas, un demócrata, un socialista, no un liberal o cosa así, sino, de hecho, casi todas las cosas que hoy se juzgan correctas, y por eso puso su confianza en dichos seis caballeros.

Entre tanto, las fuerzas del E. L. A. S., que es el instrumento militar del E. A. M., planeaban ya una entrada en Atenas a guisa de operación militar y política para adueñarse del poder por fuerza de armas. El E. L. A. S. es una organización mixta y sería injusto estigmatizar a todos sus miembros, acusándolos de egoístas en sus objetivos y actos. Sin embargo, debo decir que, durante los años de la cautividad griega, el E. L. A. S. dedicó sus principales actividades a combatir y destrozar a los representantes del E. D. E. S., fuerza mandada por el coronel Zervas, que es hombre de izquierda según nuestras opiniones, y, aunque menos extremista que el E. A. M., un hombre políticamente correcto, según el modo habitual de

hablar ahora. Como digo, los peores elementos del E.L.A.S se dedicaron más a atacar a Zervas y sus partidarios en la región occidental de Grecia que a acometer a los alemanes. Durante los últimos dos años el E. L. A. S. se consagró principalmente a hacer preparativos para adueñarse del poder. Acaso algunos de nosotros hayamos estimado en poco los extremos a que fueron llevados esos preparativos, así como las muchas crueldades y privaciones infligidas a las poblaciones rurales en las zonas donde el E. L. A. S. prevalecía. Me he tomado muchos trabajos para reunir informes, y cuanto puedo decir es que esos asuntos han sido minuciosamente examinados con antelación por funcionarios que están muy al tanto de los detalles. *(En este momento surgieron más interrupciones. Churchill continuó:)* Realmente, se me ha de permitir mi alegato. En esta Cámara somos conservadores, laboristas, liberales, etc., no E. L. A. S. ni E. D. E. S., como algunos señores parecen imaginar. El E. L. A. S., en ocasiones, no vaciló en ayudar a los alemanes a apresar y dar muerte a los miembros del E. D. E. S. El dominio alemán en Grecia era débil y asumió principalmente la forma de ominosas represalias sobre las desgraciadas campiñas. Así nacieron, por acuerdo tácito, los batallones de seguridad, algunos de los cuales eran una especie de guardia metropolitana local de las aldeas y actuaban contra las depredatorias bandas del E. L. A. S. Se formaron otras bandas que obraban en sentido contrario a los intereses del país, y hubo, como podemos ver ahora, un muy bien organizado plan o conjura para que el E. L. A. S. marchase sobre Atenas, la tomase por fuerza de armas y estableciera el reinado del terror so pretexto de que querían depurar a los colaboracionistas. (No sé lo que los alemanes sabrían de esto antes de evacuar, pero algunos de ellos han quedado en Grecia y luchan en las filas del E. L. A. S.) Al enfrentarse con tal perspectiva, el Gobierno griego, que incluía seis ministros del E. A. M., procuró realizar un desarme general, al que seguiría la creación de un ejército o guardia nacional de unos 40.000 hombres. A esto se respondió prontamente en los distritos donde el

E. L. A. S. no dominaba; pero la formación de ese ejército nacional no había progresado lo bastante para ofrecer una resistencia efectiva a los movimientos organizados de fuerzas subversivas dispuestas a tomar el poder por la violencia. La policía de Atenas, que había atravesado las vicisitudes de la tiranía alemana, no era una garantía segura de estabilidad. Mientras todo esto se fraguaba, el orden y la paz reinaban en la ciudad coronada de violetas. Sir David Waley y los peritos de Tesorería se esforzaban en salvar el dracma y establecer una moneda estable, y la Armada y barcos mercantes ingleses desembarcaban en El Pireo géneros, especialmente americanos, que llegaban, se me ha dicho, a 45.000 toneladas en una semana tan sólo. Fuimos, pues, a Grecia con asenso norteamericano y ruso, y a petición del Gobierno de todos los partidos, llevando con nosotros dones como la libertad, el orden, víveres y la seguridad de un absoluto derecho a que el país determinase su propio futuro tan pronto como se recobrasen condiciones de normal tranquilidad.

Dije a la Cámara que sería franco. He expuesto con todo detalle nuestra acción. Admito que no todos concordaban con los métodos que hemos aplicado y con cuya plena responsabilidad cargo yo. No faltaron quienes dijeran: «¿Por qué preocuparse de Grecia?» Si a los griegos los amenaza el hambre, hay otros países en igual brete. ¿No tenemos harto que hacer ya sin ese nuevo trabajo de la UNRRA, propio de la Cruz Roja Internacional, y sin la tarea de mantener el orden mientras transcurre el proceso de la liberación y la distribución de víveres en Grecia? ¿Por qué no dejamos que Atenas se arregle sola? ¿Qué nos importa que caiga bajo otra tiranía cuando los alemanes se vayan, ni que perezca de hambre. Ya tenemos bastantes ocupaciones para todos los hombres que podemos poner en servicio contra el enemigo alemán.» Esos argumentos parecen poderosos, sobre todo si se presentan en forma más atractiva que yo lo he hecho, pero el Gobierno de su majestad entendió que, dados los sacrificios realizados en la época de la invasión de Grecia por los alemanes,

Por qué preocuparse.

así como el afecto crecido entre el pueblo griego y el inglés desde la liberación de aquél en el siglo pasado, y dados también los acuerdos y decisiones de nuestros aliados principales, debíamos ver qué nos cabía realizar para dar a esas infortunadas gentes una buena oportunidad de librarse de su miseria y emprender de nuevo un camino despejado. Tales fueron los únicos deseos y ambición que tuvimos y tuvieron cuantos figuraban en el Gobierno inglés respecto a nuestra entrada en Grecia y a la acción que se nos impuso allí. Ese, repito, es nuestro solo deseo, del que yo personalmente no me avergüenzo.

Pero los acontecimientos principiaron a desarrollarse. Las fuerzas del E. L. A. S., cuidadosamente preparadas, empezaron a infiltrarse en Atenas y El Pireo. Los demás elementos comenzaron a descender desde las montañas del Norte hacia la ciudad. En ese oportuno momento los seis miembros del E. A. M. dimitieron sus cargos en el Gobierno. Creo que uno de aquellos señores mostró cierta premiosidad; pero cuando se le advirtió por teléfono que sería muerto si no dimitía, se apresuró a seguir el general ejemplo. La intención de los «amigos de la democracia», que a la sazón penetraban en la ciudad, era derribar por la violencia el Gobierno constitucional de Grecia y establecerse ellos mismos, sin nada del tipo de una elección, como violenta expresión de la voluntad del pueblo. Y a este punto han llegado las turbulencias. Repudio, como he dicho, la idea de que la democracia consista en la toma violenta del poder por hombres no representativos, o de que pueda ser mantenida mediante el terrorismo y la matanza de los adversarios políticos. Sin duda hay otros que profesan miras diferentes. Pero el coronel Wilson—que está, al presente, a cargo del Mediterráneo—nos asegura que tenemos fuerzas suficientes en Grecia o camino de ella. Además, no creemos compatible con nuestro honor ni con las obligaciones adquiridas con muchos griegos en el curso de nuestra presencia allí, lavarnos las manos en todo este asunto, embarcar, como fácilmente podemos, y abandonar Atenas a la anarquía y la miseria, seguidas por una tiranía establecida sobre el asesinato. Podremos no

hallarnos al mismo nivel que las potencias más fuertes del mundo moderno, pero hasta ahora hemos estado siempre dispuestos a arriesgar nuestra sangre y nuestro tesoro, como lo hemos hecho, para defender nuestro honor.

Intervención armada en Grecia.

En la madrugada del martes, con plena aprobación de mi muy honorable amigo el ministro de Negocios Extranjeros, informé al general Wilson de que le encargábamos de reunir tropas suficientes. Muy considerable número de tropas altamente instruídas que él había enviado ya fueron reforzadas. A la vez ordené al general Scobie, quien había acreditado ya grandes cualidades de moderación, equilibrio y a la vez vigor militar, que asumiese el mando completo de Atenas y distrito circundante, usando cualquier fuerza que fuese necesaria para expulsar y extirpar las bandas del E. L. A. S. que infestaban la capital. También ordené a nuestro embajador que hiciese todo lo posible para convencer al señor Papandreu, que parecía dispuesto a dimitir, de que permaneciera en el Gobierno. Lo hice así porque nada podría ser más necio, fútil o peligroso que mantener violentas luchas callejeras en torno a la residencia del primer ministro mientras éste se esforzaba en transmitir sus poderes a otro dirigente (acaso el señor Sofulis, de ochenta y cuatro años de edad) y convenir con los cinco o seis partidos principales los detalles de un nuevo Gobierno. Creo mucho mejor restablecer la paz, la calma y el orden en Atenas antes de aventurarse en cualquier cuestión de cambios políticos en el Gobierno. Es muy lamentable tener que ponerlo todo en el crisol de una vez, y éste es uno de los bien conocidos métodos subversivos que tan a menudo han causado la ruina de Estados grandes o pequeños.

Si se me censura por esta acción, aceptaré satisfecho mi destitución a manos de la Cámara; pero si no soy destituído—no haya error alguno sobre esto—persistiremos en el sistema de limpiar Atenas y la región de Atenas de todos los rebeldes contra la autoridad del Gobierno constitucional de Grecia, de todos los amotinados contra las órdenes del supremo comandante del Mediterráneo,

bajo el cual todas las guerrillas se han comprometido a servir. Creo haber expuesto con claridad la situación en cuanto afecta al mundo y la guerra y en cuanto afecta al Gobierno. No temo que las más ahincadas investigaciones sobre la política que seguimos en Europa—en Bélgica, en Holanda, en Italia y en Grecia—, ni el más ahincado examen autoricen a nadie en cuyo pecho alienten la probidad y la rectitud, a acusarnos de ejercer una política reaccionaria, de estorbar la libre expresión de las voluntades nacionales, de no esforzarnos en capacitar a los países que han sufrido la maldición de la ocupación alemana, para reanudar de nuevo la vida normal, democrática y libre que deseen y que, hasta tanto como pueda depender de esta Cámara, trabajaremos en asegurarles.

PORVENIR DE POLONIA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES

9 dicbre. *Continúa la dura lucha en Atenas.*
Los americanos obtienen notables progresos en el frente del Sarre.
10 dicbre. *Se anuncia la formación de una poderosa flota americana para operar en el Pacífico.*
11 dicbre. *Más de 2.000 bombarderos pesados americanos, con 1.200 cazas, atacan Alemania y Austria.*
12 dicbre. *Llegan a Atenas el mariscal Alexander y el señor Harold Macmillan, y el general Scobie, jefe británico, presenta un ultimátum a los rebeldes griegos.*
13 dicbre. *Los rusos avanzan al nordeste de Budapest.*
14 dicbre. *Se anuncia que los jefes rebeldes griegos han pedido condiciones para un armisticio.*
15 dicbre. *Churchill anuncia que Inglaterra apoya los planes rusos de limitar la frontera oriental polaca a la línea Curzon, entregando en compensación a los polacos la Prusia Oriental.*

[*15 diciembre 1944.*

Al abrirse este debate me encuentro en condiciones de volver a leer a la Cámara algunos extractos de las cuidadosamente consideradas declaraciones que hice en febrero, a mi regreso de Teherán, y también en octubre del presente año. A estas declaraciones me atengo, y tanto que cuando las leí anoche preparándome para este debate, encontré muy difícil mejorarlas o alterarlas en modo alguno. Ello podrá acusarme de infecundidad mental, pero también me da alguna confianza de no haber conducido mal a la Cámara ni haberme sentido abrumado ante el duro e imprevisible movimiento de los hechos. No es frecuente que uno desee repetir lo que dijo hace dos meses, y menos aún diez meses, pero me propongo hacerlo así, porque de

ninguna otra manera ni con ningunas otras palabras creo que puedo presentar a la Cámara los ásperos y descarnados aspectos del problema polaco.

Polonia. Insistiendo.

El 22 de febrero dije: «En Teherán aproveché la ocasión para formular personalmente ante el mariscal Stalin la cuestión del porvenir de Polonia. Señalé que la Gran Bretaña había declarado la guerra a la Alemania nazi en cumplimiento de nuestra garantía a Polonia; que nunca flaqueamos en nuestra resolución ni aun en el período en que estuvimos solos, y que el destino de la nación polaca ocupa primer plano en el pensamiento y política del Gobierno de su majestad y del Parlamento británico. Con gran placer oí al mariscal Stalin que también él estaba resuelto acerca de la creación y mantenimiento de una Polonia fuerte e integralmente independiente como una de las potencias señaladas de Europa. Varias veces repitió estas declaraciones en público y estoy convencido de que representan la política establecida de la Unión Soviética. Puedo recordar a la Cámara que nosotros no hemos garantizado nunca en el pasado ninguna particular línea fronteriza de Polonia. No aprobamos la ocupación de Vilna por los polacos en 1920. El criterio británico de 1919 se expresó en la llamada línea Curzon, que intentaba resolver, parcialmente en cierto modo, el problema. He mantenido siempre la opinión de que todas las cuestiones de reajuste territorial debieran dejarse hasta el fin de la guerra y que las potencias victoriosas deberán llegar entonces a formales y finales acuerdos que gobiernen la articulación de Europa en conjunto. Este es aún el deseo del Gobierno de su majestad. No obstante, el avance de los ejércitos rusos en regiones polacas donde actúa el ejército clandestino polaco hace indispensable algún género de convenio amistoso que rija las condiciones de tiempo de guerra y capacite a todas las fuerzas antihitlerianas para laborar juntas con mayor ventaja contra el enemigo común.

«Durante las últimas semanas—me permito recordar a la Cámara que éstas fueron mis palabras el 22 de febrero—el ministro de Asuntos Extranjeros y yo hemos ac-

tuado, unidos, cerca del Gobierno polaco de Londres con objeto de establecer un acuerdo sobre el cual puedan actuar las fuerzas combatientes y sobre el cual confío en que quepa erigir una creciente armazón de camaradería y buena voluntad entre rusos y polacos. Siento intensa simpatía por los polacos, raza heroica cuyo espíritu nacional no han podido extinguir siglos de desventuras; pero también simpatizo con el punto de vista ruso. Dos veces en nuestra vida, Rusia ha sido violentamente asaltada por Alemania. Muchos millones de rusos han muerto y vastas extensiones de suelo ruso han sido devastadas como resultado de la repetida agresión alemana. Rusia tiene el derecho de reasegurarse contra futuros ataque desde el Oeste y nosotros la acompañaremos para proveer que lo consiga, no sólo con el poder de sus armas, sino con la aprobación y asenso de las Naciones Unidas. La liberación de Polonia puede ser ahora conseguida por los ejércitos rusos después que éstos han tenido millones de bajas al quebrantar la máquina militar alemana. No puedo opinar que la demanda rusa de una seguridad en sus fronteras occidentales habrá de rebasar los límites de lo razonable o justo. El mariscal Stalin y yo también hablamos y convinimos en la necesidad de que Polonia obtenga compensaciones a expensas de Alemania tanto en el Norte como en el Oeste.»

Dije esto hace cerca de un año. Nada tengo que alterar en ello desde el punto de vista del Gobierno de su majestad. Mas recientemente, el 27 de octubre, informando de mi visita a Moscú, declaré:

«La cuestión más candente y apremiante era, desde luego, la de Polonia, y aquí puedo volver a pronunciar palabras de esperanza, de esperanza reforzada por la confianza.»

Temo que esto no rija en igual grado en el momento presente.

«En este asunto, abandonar la esperanza significa entregarse a la desesperación. En esa esfera de cosas hay dos puntos cruciales. El primero, la cuestión de la frontera oriental de Polonia con Rusia, y de la Línea Curzon, se-

gún se la llama, así como de los nuevos territorios que han de ser añadidos a Polonia en el Norte y el Oeste. Ése es el primer punto litigioso. Es el segundo la relación del Gobierno polaco con el Comité de Liberación de Lublín. Sobre esos dos puntos, aparte de sobre otros muchos subsidiarios y complementarios, hemos mantenido una serie de conferencias con ambas partes... Quisiera poder decir a la Cámara que habíamos alcanzado una solución de esos problemas. Ciertamente no ha sido por falta de intentarlo. No obstante, estoy seguro de que nos hemos acercado mucho a la solución de ambos.»

Esta parte ha de ser sometida a alguna revisión de los hechos.

«Espero que el señor Mikolajczyk volverá a Moscú y constituirá una gran decepción para todos los sinceros amigos de Polonia el que no cupiera hacer un adecuado arreglo que permita formar un Gobierno polaco en suelo polaco, un Gobierno reconocido por todas las grandes potencias interesadas y por todos los gobiernos de las Naciones Unidas, que ahora sólo reconocen al Gobierno polaco de Londres. Aunque no subestimo las dificultades que persisten, siempre es consolador pensar que Inglaterra y la Rusia soviética, y no dudo de que también los Estados Unidos, están acordes en la reerección de una Polonia fuerte, libre, independiente y soberana, leal a los aliados y amiga de Rusia, su gran vecina y liberadora. Hablando ahora más particularmente en nombre del Gobierno de su majestad, digo que es nuestro perseverante y constante objetivo hacer que el pueblo polaco, tras sus sufrimientos y vicisitudes, encuentre al fin en Europa una morada segura que, aun cuando no corresponda o coincida enteramente con las fronteras polacas de preguerra, sea, sin embargo, adecuada a las necesidades de la nación polaca y no inferior en carácter ni calidad, examinando el cuadro en conjunto, a lo que previamente los polacos poseían.

»Estos días son críticos, y gran lástima sería que se perdiese tiempo en indecisiones o en negociaciones aplazadas. Si el Gobierno polaco hubiese seguida el consejo que le

dimos a comienzos de este año, no habría sufrido la nueva complicación representada por la formación del Comité Nacional de Liberación de Lublín. Cuanto signifique una prolongada dilación en el arreglo, sólo tendrá el efecto de incrementar la división entre los polacos de Polonia y también el de estorbar la acción común que polacos, rusos y el resto de los aliados desarrollan contra Alemania. Por tanto, espero que no se pierda tiempo en la continuación de esas discusiones, apremiándolas hacia una conclusión efectiva.»

Mikolajczyk.

Las esperanzas que juzgué adecuado y necesario expresar en octubre se han disipado. Cuando el señor Mikolajczyk salió de Moscú yo esperaba que volviese dentro de una semana poco más o menos, con la autorización del Gobierno polaco de Londres, para convenir lo oportuno sobre las fronteras polacas a base de la Línea Curzon y su prolongación hacia el Sur, denominada «Línea Curzon A» y que comprende, por el lado ruso, la ciudad de Lvov. Varias veces llamé la atención del señor Mikolajczyk sobre los peligros de una dilación. Si él hubiese podido volver después de las muy amistosas conversaciones mantenidas con el mariscal Stalin, y de las conversaciones celebradas con el Comité Nacional de Liberación de Lublín; si hubiese, digo, podido volver con el asenso de sus colegas, creo que las dificultades inherentes a la formación de un Gobierno polaco en armonía con el Comité de Lublín pudieran haberse vencido. En ese caso, él se hallaría ahora en suelo polaco, al frente de un Gobierno polaco reconocido por todas las Naciones Unidas y esperando que el avance de los ejércitos rusos que operan en Polonia liberasen de alemanes el país. También se habría asegurado en sus tarea la amistad y ayuda del mariscal Stalin. Así, podrían haberse establecido en diversas etapas buenas relaciones entre el movimiento clandestino polaco y los rusos en movimiento, y se habría instalado una administración polaca en las regiones nuevamente libertadas.

Tengo el mayor respeto por el señor Mikolajczyk y por sus talentosos colegas señores Romer y Grabski, que se

reunieron con nosotros en Moscú. Estoy seguro de que están más calificados que cualquier otro de los jefes polacos para ocupar el lugar del general Sikorski. Pero, tras interminables discusiones—a varias de las cuales fuimos arrastrados nosotros—, al regresar de Moscú el señor Mikolajczyk, los polacos fracasaron por completo en el propósito de lograr un acuerdo. En consecuencia, el 24 de noviembre los señores Mikolajczyk, Romer y otros ministros polacos dimitieron sus cargos en el Gobierno polaco, que ha sido casi enteramente reconstruído en una forma que yo, en ciertos aspectos, no puedo aplaudir. A juicio del Gobierno de su majestad, el señor Mikolajczyk y sus amigos son la única luz que sigue brillando para Polonia en el porvenir inmediato.

Así como dije que si el Gobierno polaco hubiese convenido, a principio de este año, en el asunto de la frontera, no hubiese existido Comité alguno de Lublín apoyado por la Rusia soviética, así digo ahora que si el señor Mikolajczyk hubiese vuelto a Moscú a primeros de noviembre, como él deseaba y esperaba, con poderes para concluir un acuerdo sobre la línea fronteriza, Polonia podía haber recobrado ahora su completo lugar entre las naciones que combaten contra Alemania y tenido el pleno apoyo y amistad del mariscal Stalin y el Gobierno soviético. También esta oportunidad ha quedado, de momento, en suspenso. Esa perspectiva se ha desvanecido, como la anterior. Se recuerda la historia de los libros sibilinos, el precio de los cuales era el mismo en toda ocasión mientras el número de tomos decrecía, hasta que hubo de comprarse el último en las condiciones más desfavorables. La prueba del señor Mikolajczyk ha sido severísima y penosa. Torturado entre el amor de su país y el intenso deseo de alcanzar un acuerdo con su poderosa vecina, lo cual era aborrecible para muchos de sus compatriotas; puesto ante la obstinada e inflexible resistencia de sus colegas de Londres, cuyo veto fué como el anterior *Liberum Veto,* que tanta parte tuvo en la ruina de Polonia; rodeado, en fin, por tales circunstancias, hubo de dimitir. Casi un mes ha pasado desde entonces, y ahora imagino

que las perspectivas de una reconciliación entre el Gobierno polaco y el Comité de Lublín, respaldado por el Gobierno soviético, han retrocedido definitivamente, aunque acaso pudiesen avanzar de nuevo si el señor Mikolajczyk lograse hablar con autoridad sobre los destinos de la nación polaca.

Las consecuencias de este retroceso en la esperanza de un acuerdo operante entre Rusia y los polacos han quedado enmascaradas a los ojos británicos por el hecho de que los ejércitos rusos alineados a lo largo del Vístula han permanecido inmóviles; pero cuando avancen, como con seguridad avanzarán, y los alemanes sean expulsados de nuevas y vastas partes de Polonia, la zona ahora administrada por el Comité de Lublín crecerá y los contactos del Comité con el Gobierno soviético serán más íntimos y fuertes. No sé qué desgracias seguirán a tal despliegue de sucesos. La ausencia de un acuerdo puede ser nociva para Polonia, y las relaciones y malas inteligencias entre los rusos que avanzan y el movimiento clandestino polaco pueden asumir formas dolorosísimas para quienes guardan en su corazón el deseo del bienestar de Polonia y sus buenas relaciones con Rusia. El hecho de que dimita un jefe de Gobierno y se forme un nuevo Gabinete no altera, desde luego, las relaciones diplomáticas formularias entre estados. Aún reconocemos al Gobierno polaco de Londres como Gobierno de Polonia, según hemos hecho desde que alcanzó nuestras costas en la primera fase de la guerra. Esto ha sido seguido hasta el presente por todas las Naciones Unidas, excepto Rusia, que es la potencia más interesada y aquella cuyos ejércitos entrarán primero en el corazón de Polonia. Es un manantial de disgusto para mí el que todas esas fuerzas no se hayan unido más rápidamente contra el enemigo común.

No puedo aceptar el criterio de que los acuerdos propuestos sobre las fronteras de la nueva Polonia no son sólidos y satisfactorios, ni dan a Polonia el necesario espacio de que hablé a la Cámara en febrero. Si Polonia concede Lvov y las regiones circundantes, al Sur, sobre la línea conocida como «Línea Curzon A», de la cual mi

muy honorable amigo el ministro de Nogocios Extranjeros hablará más tarde en este debate; si Polonia, repito, hace esa concesión y tales tierras son incorporadas a Ucrania, Polonia, en cambio, ganará en el Norte toda la Prusia Oriental al este y sur de la fortaleza de Koenigsberg, incluyendo la gran ciudad y puerto de Dantzig, una de las más magníficas ciudades y ensenadas de todo el mundo, famosa durante siglos como una gran centro de reunión del comercio del Báltico y, de hecho, del Globo. Esto será polaco en vez del amenazado y artificial *Pasillo* tan laboriosamente forjado a raíz de la última guerra, y Polonia se extenderá ampliamente a lo largo del Báltico en una anchura de 200 millas. Por lo que a Rusia y a la Gran Bretaña concierne, los polacos quedan en libertad de extender su territorio hacia el Oeste, a expensas de Alemania. No me propongo entrar en detalles exactos, pero las extensiones que propugnan Inglaterra y Rusia—naciones unidas por una alianza de veinte años—son de la mayor importancia. Los polacos ganarán al Norte y al Oeste territorios más importantes y desarrollados que los que pierdan en el Este. Se dice que se concede un tercio de Polonia, pero ese tercio incluye la vasta comarca de los pantanos del Pripet, desoladísima región que, si acrece la superficie, no aumenta la riqueza de quienes la posean.

Compensaciones a Polonia.

He bosquejado ante la Cámara la oferta que los rusos —sobre quienes recaerá la principal carga de la liberación de Polonia—ofrecen al pueblo polaco. No puedo creer que Polonia rechace tal oferta, la cual, desde luego, iría acompañada de un traslado de poblaciones en el Norte y el Este. Se trasladarían varios millones desde el Este al Oeste y al Norte y se expulsaría a los alemanes—porque también se propone la expulsión total de los alemanes—de la zona adquirida por Polonia al Oeste y al Norte. La expulsión es el método que, según hemos podido ver, resulta más duradero y satisfactorio. No habrá mezcla de poblaciones que cause turbulencias interminables, como en el caso de Alsa-

Traslado de poblaciones.

cia y Lorena. Ha de hacerse un buen barrido. No me alarma la perspectiva del traslado de poblaciones, ni aun de ser muy grandes, porque ello, en las condiciones modernas, es más posible que lo haya sido nunca hasta ahora.

El transporte de habitantes producido entre Grecia y Turquía, después de la última guerra, fué un éxito en muchos sentidos y desde entonces motivó relaciones amistosas entre ambos países. Aquella transferencia de moradores. que al principio parecía imposible de conseguir y a propósito de la cual se dijo que privaría a la vida turca de Anatolia de muchos y necesarios servicios, mientras a la par la población suplementaria no podría ser mantenida o asimilada por Grecia, dada la extensión y población de esta última; esa transferencia de moradores, repito, solucionó problemas que hasta entonces fueron causa de inmensos roces, de guerras y de rumores de guerra. No veo por qué no ha de haber sitio en Alemania para las poblaciones alemanas de la Prusia oriental y demás territorios que he mencionado. Al fin y al cabo ya han muerto seis o siete millones de alemanes en esta terrible guerra, en la que, dos veces en una generación, no vacilaron en hundir a toda Europa. Se nos ha dicho que hoy tienen diez o doce millones de prisioneros o extranjeros usados como esclavos en Alemania y nosotros esperamos que esos hombres serán devueltos a sus tierras y hogares una vez ganada la victoria. Por ende, aguardamos que muchos alemanes sean muertos en la lucha que ocupará la primavera y verano, y que contamos que entrañe las mayores y más fieras batallas reñidas en esta guerra hasta ahora.

Cuando esas ideas, surgidas en la conferencia de Teherán, fueron indicadas por mí a la Cámara, los ejércitos ingleses y americanos no habían desembarcado aún en el continente. Francia no estaba liberada y era impotente, al contrario que ahora, en que se levanta con gran rapidez hacia una buena y fuerte situación entre las naciones del mundo. Cuando se discutían tales temas los ejércitos del general Eisenhower no se desplegaban a lo largo del Rin. Aún se concentraban en esta isla y no junto al Rin, donde ahora crecen en fuerza a medida que las olas de varones

americanos atraviesan el Atlántico y ocupan su puesto en la cruzada y en la línea de batalla. Tampoco habían los ejércitos rusos alcanzado el Vístula, y vastas distancias los separaban de la frontera de Polonia. No había un gran ejército alemán copado en Curlandia, la península que tiene por bases a Libau y Memel. No existía la fuerte posición que los ejércitos rusos han logrado a su derecha, en el extremo Norte; ni a su izquierda, rebasando Budapest, al Sur, amenazaba avanzar hasta el mismo corazón de Austria. Tampoco había sido Roma ocupada ni cruzados los Apeninos.

Lo que vamos a ceder.

En aquellos días los polacos hubieran estado asistidos de algún asomo de razón para preguntar si los grandes aliados tenían el poder, suponiendo que tuviesen la voluntad de entregar nuevos territorios a Polonia a fin de compensarla de los que cediera en el Este. Pero la situación ha cambiado ampliamente en favor de los aliados y me parece extremamente inverosímil que, una vez libradas las campañas de primavera y verano—si tan lejos hemos de ir en el asunto, ya que estamos dispuestos a recorrer cualquier distancia para alcanzar nuestro fin—, me parece, digo, extremamente inverosímil en tal caso que las fuerzas del mal y el odio, las fuerzas alemanas que fraguaron, planearon y empezaron esta guerra, tengan capacidad para resistir las decisiones de una conferencia de armisticio o paz en que se reúnan las naciones victoriosas. En el tiempo transcurrido desde que esos asuntos se discutieron en Teherán, las perspectivas de victoria final se han hecho, para los aliados, vastas y firmes. Como indiqué, siempre han dicho los polacos cuando he discutido el tema con ellos: «Sabemos lo que vamos a ceder; ¿qué certeza tenemos de recibir compensación en otras partes?» Ahora tienen de ello mucha mayor certeza que hace un año. De hecho no puedo ver duda alguna de que las grandes potencias, si se ponen de acuerdo, ejecutarán un traslado de poblaciones.

Hallo gran dificultad en discutir estas materias a causa de que el Gobierno de los Estados Unidos no se ha pronunciado con la precisión que el Gobierno de su majestad

hubiese creído conveniente usar. La amistad de los Estados Unidos hacia Polonia—no menor que la nuestra—, las grandes masas de polacos que habitan en los Estados Unidos y son, o serán, ciudadanos americanos, las dificultades constitucionales de los Estados Unidos para hacer tratados y pactos extranjeros de cualquier género, son cosas que, juntas, no han permitido al Gobierno de esa gran nación hablar en los términos que yo hubiera juzgado deber mío emplear, con asenso de mis colegas, en esta Cámara. Sabemos, sin embargo, que el Gobierno y pueblo de los Estados Unidos han hecho su ánimo a la idea de una organización mundial que impida el estallido de guerras futuras, y sabemos también que esa organización mundial sería fatalmente rota por una disputa entre cualquiera de los tres más poderosos imperios que componen la gran alianza de las Naciones Unidas. El presidente conoce cuanto ha pasado y cuanto piensan los ingleses y los rusos. Tiene en Moscú, en la persona del embajador de los Estados Unidos, señor Averill Harriman, un muy cumplido representante, quien, como observador, estuvo presente en todas o casi todas nuestras pláticas polacas con ocasión de nuestra última visita. De manera que el presidente ha estado plenamente informado, no sólo por el Gobierno de su majestad, sino también por su muy competente y distinguido representante, y por las muchas fuentes y cauces abiertos a la incesante vigilancia de un departamento de Estado.

Tengo particular cuidado de no pretender hablar en nombre de cualesquiera otra potencia, a menos que se me pida de antemano que lo haga así, y espero que la Cámara disculpe la precaución que pongo al elegir mis palabras sobre este punto. Cuanto puedo decir es que no he recibido ninguna expresión de desacuerdo formal en los largos meses en que el porvenir de Polonia parecía estar, o estaba, formándose. Sin duda llegará el momento de que los Estados Unidos se pronuncien sobre estos asuntos, considerando, como lo harán, sus aspectos prácticos, y también comprendiendo que el fracaso de las tres potencias en el propósito de colaborar dañaría todas nuestras esperanzas de lograr la venidera estructura

de un Gobierno mundial que, aparte de cualquier otra cosa que pueda dejar de hacer, ha de estar provisto de todos los elementos necesarios para impedir el estallido de una nueva guerra.

Se suele preguntar por qué esas cuestiones de cambios territoriales no pueden dejarse hasta el fin de la guerra. Paréceme muy pertinente la pregunta, y ésa es, en efecto, la respuesta que el ministro de Negocios Extranjeros y yo damos en casi todos los casos que se nos presentan. Porque me hago cargo del argumento. Los ejércitos, dícese, se pueden mover aquí y allá, su frente avanzar o retroceder, tal o cual país ser ocupado por éste y el otro lugar; mas sólo en la mesa de la paz puede decidirse el destino definitivo de cualquier pueblo o tierra. ¿Por qué no se hace lo mismo en este caso? Puede decirse en todos los casos o casi todos, excepto en el de Polonia. ¿Por qué ha de exceptuarse Polonia de la regla general? Pero yo digo que es sólo en ventaja polaca y para evitar grandes males que pueden ocurrir. Los ejércitos rusos—desconozco sus intenciones, mas esto es obvio para cualquiera que estudie el mapa de la guerra—, probablemente atravesarán durante el próximo año grandes zonas de Polonia, empujando ante ellos a los alemanes. Si, durante esas marchas, sobrevienen fieras querellas y estallan luchas entre las tropas rusas y grandes sectores de la población polaca, ocurrirán infaliblemente inmensos sufrimientos—que cabe evitar aún—y se infligirán nuevas y emponzoñadas heridas a quienes necesitan morar unos al lado de otros y en paz, confianza y buena vecindad si ha de asegurarse la tranquilidad de Europa, y si el buen funcionamiento de la organización pro paz mundial ha de ser creado y mantenido.

En ventaja polaca.

Todas estas cosas figuran entre las más serias que posiblemente habrán de ser examinadas hasta donde lo permiten nuestras presentes luces. Ya se ha enunciado nuestro principio inglés de que todos los problemas territoriales deben esperar a la conferencia en torno a la mesa de la paz una vez ganada la victoria; pero a este principio hay

una excepción: el de los cambios mutuamente convenidos. No se olvide que en la Carta del Atlántico figura, que yo sepa, la cláusula de que no puede haber cambios antes de la paz, salvo los mutuamente convenidos. Estoy absolutamente convencido de que irá en profundo interés futuro de la nación polaca el conseguir un acuerdo con el Gobierno soviético acerca de las fronteras disputadas en el Este, y ello antes que se produzca la marcha de los ejércitos rusos a través de la mayor parte de Polonia. El gran don que los polacos deben hacer ahora a Rusia es un acuerdo que dé el firme título de convenio mutuo a lo que podría, si no, discutirse en la mesa de la paz. No obstante, he de decir, en mi afán de que la Cámara comprenda la situación en conjunto, que, hablando en nombre del Gobierno de su majestad en forma que probablemente será mantenida por nuestros sucesores, nos adheriremos en dicha conferencia de paz a las directrices que ahora desarrollo ante la Cámara, y no vacilaremos en proclamar que los rusos deben ser justa e inequívocamente atendidos en la concesión de lo que solicitan en la frontera oriental a lo largo de la línea Curzon, según se ha descrito.

El ministro de Negocios Extranjeros y yo hemos trabajado durante muchos meses, sin ahorrar viajes, ni riesgos de político desaire y subsiguiente censura, en nuestro esfuerzo de procurar una buena comprensión entre los polacos a los que aún reconocemos y la poderosa aliada que tan fuertemente ha quebrantado el poder militar alemán. Nunca hemos flaqueado en nuestra decisión de que Polonia sea restaurada, mantenida como nación independiente, soberana, libre de modelar sus instituciones sociales, u otras, de cualquier modo que su pueblo quiera, siempre, eso sí, que no lo sean sobre líneas fascistas y siempre que Polonia sea lealmente barrera y amiga de Rusia contra la agresión germana desde el Oeste. En esta tarea, desde luego, Polonia será auxiliada por una garantía rusobritánica de ayuda y no dudo de que también será ayudada (aunque no puedo afirmarlo) por los Estados Unidos, al menos actuando a través de la organización mundial que

estamos determinados a erigir—ellos y todos—para evitar a la Humanidad los horrores de una guerra repetida.

Otra gran guerra, y sobre todo una guerra ideológica, sostenida, como lo sería, no sólo en las fronteras, sino en el corazón de cada país, y con armas mucho más destructoras que ninguna que los hombres hayan empuñado jamás, sellaría la sentencia, acaso por muchos siglos, de una civilización tal como la que hemos podido crear desde que la Historia comenzó a escribirse. Ese peligro es el que estamos procurando sincera y lealmente alejar, con arreglo al mejor criterio de este Gobierno nacional de todos los partidos, que tan reciamente ha renovado su fe manteniéndose unido en la guerra contra Alemania. Otros poderosos Estados —acaso más poderosos aún que el imperio y Comunidad de naciones británicas—se hallan a nuestro lado. Sólo nos cabe hacer lo más que podamos, y si no podemos solucionar el problema, al menos debemos afrontarlo en toda su sombría magnitud mientras sea tiempo.

Peligros de guerra ideológica.

He hablado de esperanzas desvanecidas y de fracaso en el intento de lograr un acuerdo rusopolaco; pero aún tenemos otra decepción. No ha sido posible convenir una reunión de las tres grandes potencias. Asistíannos buenos fundamentos para creer que nos reuniríamos antes de Navidad. Yo esperaba confiadamente que así lo haríamos; mas hasta ahora, aunque la perspectiva haya sido examinada con ahinco, no se ha convenido nada. Por tanto, las decisiones enérgicas y autorizadas, aunque provisionales, que se requieren, no sólo sobre el problema rusopolaco, sino sobre una legión de asuntos vitales, en lo político, internacional, militar y económico, han de permanecer en espera, fuera de los progresos que sobre ellas quepa hacer mediante correspondencia y visitas individuales. No obstante, debe haber una reunión de las tres grandes potencias en el momento más próximo que sea posible. En cuanto nos atañe al ministro de Negocios Extranjeros y a mí, sólo podemos repetir lo que hemos dicho con tanta frecuencia: que acudiremos a cualquier lugar, en cualquier tiempo y bajo cualesquiera condiciones, donde po-

damos reunirnos con los primeros jefes de nuestros dos principales aliados. Y acogeríamos bien, sobre todo, una entrevista en esta isla, una entrevista en la Gran Bretaña, que ha sostenido la guerra desde el principio, arriesgando, sin vacilaciones, la aniquilación nacional en pro de la causa de la libertad.

FIN DE
«ALBA DE LIBERACIÓN»

III

VICTORIA

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR EL
PRIMER MINISTRO BRITÁNICO DURANTE EL AÑO 1945

RECOPILADOS POR CHARLES EADE

Traducción de
JUAN G. DE LUACES

INTRODUCCIÓN

El Año Nuevo de 1945 vió desplegado en su máxima fuerza el poder militar de las Naciones Unidas. El año que acababa de terminar había asistido, en tierra, mar y aire, a una serie de victorias aliadas de importancia sin precedentes en la historia. Se había desencadenado con éxito una gran ofensiva contra los alemanes que ocupaban Francia. Fuerzas inglesas y americanas, avanzando en el Continente, estaban a las mismas puertas de Alemania, mientras en el Este las tropas soviéticas destruían a los ejércitos alemanes de Rusia y Polonia. Incursiones aéreas de intensidad cada vez mayor sembraban la devastación en el país enemigo. La amenaza submarina había sido sofocada. En Asia y el Pacífico, los japoneses, de manera lenta y continua, perdían los territorios que conquistaran tres años antes.

A pesar de estos gloriosos y sólidos éxitos, los pueblos aliados, al comienzo de 1945, miraban la guerra con cierta complejidad de sentimientos. Aunque se hubiera realizado mucho, el triunfo definitivo había aparecido tan cercano algunos meses antes, que existía cierta natural decepción ante el hecho de que no sólo no se conseguía la victoria final, sino que los alemanes atacaban con inesperada fuerza en el Oeste, quebrantando la convicción de los optimistas, que estimaban próximo y cierto el desenlace.

En el frente occidental, la peligrosa contraofensiva dirigida por el mariscal von Rundstedt, comandante en jefe de las tropas nazis, había sido reprimida por los aliados, pero no sin un supremo esfuerzo. Rochefort, base alemana de resistencia en el extremo oeste de las Ardenas, acababa de ser recobrado, y el III Ejército americano, mandado por

Patton, lanzaba una nueva ofensiva contra el flanco meridional saliente germano, entre St. Hubert y Bastogne.

La contraofensiva alemana había causado gran impresión a los pueblos de las Naciones Unidas, por haber sobrevenido en momentos de gran optimismo, cuando nadie creía posible tal recuperación nazi. En Inglaterra y América había críticos ansiosos de conocer las razones de que los alemanes hubiesen sorprendido de tal modo al alto mando aliado.

Sin embargo, al empezar el año la situación militar iba estabilizándose, y el empujón que por un momento pareció amenazar puntos vitales como Lieja, Namur e incluso Amberes, estaba definitivamente contenido.

La aviación aliada efectuaba miles de salidas diarias, bombardeando las comunicaciones enemigas, sus instalaciones petrolíferas y sus fábricas de material de guerra. La R. A. F. celebró el principio del nuevo año con el más pesado ataque de aparatos Mosquito que Berlín sufriera nunca. El poder aéreo aliado hacía volverse las tornas en el espacio.

En los otros sectores del frente occidental los ejércitos de ambos bandos permanecían prácticamente inactivos. Algunas tropas inglesas volvían a sus hogares con licencia por primera vez desde el comienzo de la invasión. Fuerzas alemanas aisladas resistían aún en los puertos franceses del Canal y el Atlántico. Estos elementos no influían en la campaña para nada, pero su recia resistencia impedía a los aliados el uso de puertos valiosos.

En el frente del Este los rusos concentraban sus fuerzas para el sucesivo asalto, y por el momento el interés se centraba principalmente en el asedio de Budapest por las tropas rojas y en el avance de otras unidades rusas hacia Viena. Los alemanes habían matado a dos oficiales soviéticos que entraron en Budapest con bandera blanca, llevando un ultimatum a la guarnición. En otras partes del frente

oriental había poco movimiento, pero grandes fuerzas rusas esperaban el instante de atacar en primavera.

En Italia los aliados contribuían a la lucha, aunque de un modo menos espectacular. Las divisiones avanzaban lentamente a través de las montañas. La línea Gótica, en los Apeninos septentrionales, había sido rota meses antes, pero lo escabroso del país y la enérgica resistencia del general Kesselring hacían imposible todo avance rápido y decisivo. Rávena y Faenza habían sido ocupadas y los aliados progresaban en medio de un duro tiempo invernal. El interés esencial se había trasladado a otros frentes.

Las últimas semanas de 1944 estuvieron ensombrecidas por la guerra civil en Grecia. Una visita personal del primer ministro no logró producir paz inmediata. Churchill aconsejó al rey griego que accediese a establecer una regencia, para la que se designó al arzobispo Damaskinos. A despecho de esto proseguía la lucha, y el país, a primeros de año, presentaba un sombrío panorama. Las críticas americanas de la actitud inglesa en Grecia no ayudaban a resolver una situación tan tensa y difícil. Se hacían muchas propuestas y contrapropuestas; pero no había signos de una solución pacífica, y en Grecia continuaban las hostilidades.

En Polonia se complicaba la situación política con la decisión del Consejo Nacional de Lublin, que acababa de constituirse en Gobierno provisional, por oposición al Gobierno refugiado en Londres, al que apoyaban Inglaterra y Norteamérica. Las cuestiones polaca y la griega eran de las más arduas que se presentaban a los gobernantes de las Naciones Unidas.

En Oriente las tropas del almirante Mountbatten realizaban espléndidos progresos en las selvas birmanas, y algunas unidades llegaban a 80 millas de Mandalay. Los japoneses habían tenido que repasar el Chindwin, y había indicios de que estaban retirándose de todo el norte de Birmania.

En las Filipinas, los americanos, mandados por el general MacArthur, acababan de limpiar de enemigos la isla de Leite, y en el Pacífico septentrional las fuerzas navales del almirante Nimitz atacaban con aviones el mismo corazón del Japón. Bombarderos pesados con bases en islas del Pacífico habían hecho gran daño en las industrias militares de Tokio. La guerra se acercaba a la metrópoli japonesa.

Las perspectivas en China eran más oscuras. Las fuerzas de Chiang-Kai-Shek, debilitadas por nueve años de guerra, daban muestras de agotamiento. Parecía, a principios de año, que sería menester un gran esfuerzo militar para expulsar a las poderosas unidades niponas del continente asiático.

En Inglaterra las bombas volantes V 1 caían en menos número, pero en más amplia extensión, y el norte inglés comenzaba a experimentar lo que Londres y el Sur sufrieran durante los últimos siete meses. Los cohetes V 2 aumentaban en cantidad y a diario muchas casas de Londres y de los condados del Sur y el Este eran destrozadas, con dolorosas pérdidas de vidas. Parecía que el pueblo inglés iba a padecer más que nunca en las mismas postrimerías de la guerra. Tales ataques indiscriminados, aunque sólo podían ejercer poco efecto en la marcha general del conflicto, ayudaban a los alemanes a mantener la moral de su pueblo con la esperanza de devastadoras armas secretas que destruirían, al decir de Hitler, a los enemigos.

En América, la inesperada ofensiva de Rundstedt había reforzado la resolución general y el esfuerzo productor. Se aumentaba el potencial humano disponible, y Byrnes, director de Movilización, declaraba que cuatro millones de jóvenes americanos declarados no aptos para las armas ingresarían en otros servicios de guerra, mientras los suficientemente capacitados podrían alistarse en trabajos militares idóneos.

En el mar, la amenaza submarina no era ya un factor poderoso y parecía definitivamente yugulada.

El día de Año Nuevo, Hitler habló por radio al pueblo alemán, diciendo que no se capitularía y que él y la nación se encontraban decididos a llegar al extremo límite. Pero en los países aliados se opinaba que Hitler estaba relegado a segundo término y que la dirección activa de la guerra dependía de Himmler, como jefe del frente interior, y de Rundstedt y el alto mando en la esfera militar.

Todos los pueblos de las Naciones Unidas sabían, al empezar el año, que la victoria completa y abrumadora sobre Alemania y el Japón era indudable. Pero a la mayoría les constaba, más que nunca, que faltaban muchas duras pugnas todavía.

CHARLES EADE.

REVISTA DE LA GUERRA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES
EL 18 DE ENERO DE 1945

---

1 enero. *En la frontera del Palatinado los alemanes continúan contraatacando fuertemente al VII Ejército norteamericano. En incursiones sobre aeródromos aliados del frente occidental, los alemanes pierden 364 aviones.*
Las tropas hindúes hacen nuevos avances en Arakán (Birmania). Fracasa la ofensiva alemana contra el V Ejército, en Italia.

2 enero. *El III Ejército americano ataca y penetra en el flanco del saliente enemigo de las Ardenas.*
Muere en accidente de aviación el almirante sir Bertram Ramsay, primer jefe naval de la R. A. F.

3 enero. *El I Ejército americano ataca el norte de la cuña enemiga de las Ardenas.*
Los rusos avanzan hacia el interior de Budapest.
En Birmania el XIV Ejército ocupa Yeo, a 70 millas de Mandalay.
El general Plastiras forma Gobierno en Grecia.

4 enero. *Nuevos avances del I Ejército americano en el flanco septentrional de la cuña de las Ardenas.*
Se produce un punto muerto en la situación política griega. Continúa la lucha en la capital.

5 enero. *El Alto Mando alemán anuncia haber practicado una brecha de 25 millas en el frente americano entre el Rin y el Sarre.*
Churchill retorna de visitar a Eisenhower y Montgomery en Francia.
Las tropas inglesas ocupan Akiab, principal base japonesa en Arakán y tercer puerto de Birmania.
Cesa la lucha en Atenas y los rebeldes del E. L. A. S. se retiran a las montañas.
Rusia reconoce al Comité de Lublin como Gobierno provisional de Polonia.

6 enero. *Los alemanes acrecientan su presión al norte y sur de Estrasburgo.*

7 enero. *El mariscal Montgomery anuncia que los aliados han recobrado la iniciativa en las Ardenas.*
Tropas americanas desembarcan en Luzón (Filipinas).

9 enero. *En las Ardenas el enemigo ejecuta importantes repliegues.*
10 enero. *Los alemanes continúan presionando hacia Estrasburgo. Mil cien bombarderos americanos atacan la retaguardia enemiga de las Ardenas, donde los alemanes siguen retirándose.*
11 enero. *Se desploman las líneas alemanas en las Ardenas. Ocupación de Laroche.*
En Birmania los ingleses entran en Schwebo.
12 enero. *Fuerzas inglesas y americanas enlazan en Houffalize, centro de la cuña de las Ardenas. Prosigue el repliegue alemán.*
En Atenas el general Scobie firma una tregua con el E. L. A. S.
En el sur de Polonia los rusos atacan en dirección a Cracovia y Breslau.
13 enero. *Gran ofensiva soviética en la Prusia Oriental.*
14 enero. *Persiste el avance aliado en las Ardenas. Muchos aviones enemigos son destruídos en tierra y en el aire.*
15 enero. *Los rusos ocupan Kielce, nudo de comunicaciones, y llegan 50 millas más allá del Vístula.*
16 enero. *Los aliados conquistan Houffalize (Ardenas) y el II Ejército británico presiona hacia el Roer.*
En su nueva ofensiva al sur de Varsovia, los rusos avanzan 37 millas en tres días.
17 enero. *Los rusos, insistiendo en su avance en el frente de Varsovia, entran en Czestochowa.*
18 enero. *Los rusos cruzan la frontera de Silesia.*

[18 enero 1945.

Entiendo que es deseo de la Cámara que haya una discusión más sobre la guerra y la situación política en el extranjero, antes de que se celebren nuevas conferencias internacionales de importancia. Procuraré examinar el conjunto de este vasto escenario—o más bien amplias porciones escogidas de él—lo mejor que pueda.

Ha recaído en Inglaterra la dura suerte de desempeñar un papel dirigente en el Mediterráneo, y sobre todo en el Mediterráneo oriental. Tenemos allí grandes responsabilidades y grandes cosas que hacer. En Italia las divisiones inglesas, o de mando inglés, del mariscal Alexander, triplican a las de los Estados Unidos, y ello aumenta si con-

tamos toda la zona mediterránea. Se batalla en todo el frente italiano, y, a retaguardia, la maltrecha península sufre muchas dificultades políticas y económicas. La antigua estructura, con sus odiosos rigores, ha sido destrozada, y en su lugar hemos tenido que establecer un Gobierno improvisado. El Gobierno Bonomi ha hecho lo posible entre extraordinarios obstáculos, pero ninguna autoridad electoral lo respalda. Acaso en pocos meses, acaso mucho antes—pues no sabemos lo que piensan los jefes alemanes—, el enemigo será expulsado de Italia, o quizá se retire de ella; e inmediatamente caerán sobre la frágil armazón del Gobierno de Roma los grandes y populosos distritos del Norte, las ciudades de Milán, Turín y otros centros de industria y actividad, con una vasta población de múltiples opiniones ideológicas, entre la que hay gran número de políticos vehementes y violentos, en contacto con los valientes que mantienen una lucha de guerrillas en los Alpes.

El hecho sucederá, probablemente, cuando el Norte haya sido despojado de vituallas por los alemanes, y las consecuencias de todo esto no pueden preverse bien, y mucho menos medirse.

¡Cuán necesario es para Inglaterra y los Estados Unidos, que soportan las principales responsabilidades, estar en el más íntimo y estrecho contacto para la solución de todos estos nuevos problemas! Permítaseme decir de una vez para siempre, que no tenemos combinaciones políticas, ni en Europa, ni en parte alguna, a causa de que precisemos la compañía de Italia. No buscamos la ayuda de Italia, como no buscamos la de España, porque no tenemos designios que requieran el apoyo de esas potencias.

Hemos de cuidarnos de que no recaiga sobre nosotros la culpa de cosas que puedan marchar mal. Sin duda podemos proveer a eso, y en cierta extensión estoy procurando proveer ahora.

Practicamos un principio a propósito de los países liberados o los satélites arrepentidos, y a él nos atenemos has-

ta tanto como nos lo permiten nuestra capacidad y recursos. Enunciaré ese principio en los más amplios y familiares términos: gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, sobre la base de una elección por sufragio libre y universal, sin intimidaciones, y con elección secreta. Esta es, y siempre ha sido, la política de nuestro Gobierno en todos los países. A ese objeto tratamos de dirigirnos a través de todas las dificultades, obstáculos y peligros del largo camino. Confiar en el pueblo y asegurarnos de que tenga una probabilidad clara de decidir su destino, sin que le aterrorice o se le imponga ningún bando, es la política que seguimos en Italia, Yugoslavia y Grecia. ¿Qué otros intereses tenemos? En ese sentido—y sólo en ése—trabajamos.

De, por y para el pueblo.

El principio general que he enunciado preside nuestras relaciones con Yugoslavia. Imagino que pocos ingleses harán depender su contento o abatimiento de cuál sea la futura constitución yugoslava. Sin embargo, dado que el rey y el Gobierno yugoslavos se refugiaron aquí cuando la invasión alemana, hemos adquirido cierto deber hacia el Gobierno y el pueblo del otro lado del Adriático, deber de que sólo podemos descargarnos de manera correcta y formal, como la que facilitaría, por ejemplo, un plebiscito. Yo he sido el primer valedor del mariscal Tito en el extranjero. Hace más de un año proclamé ante el mundo, en esta Cámara, sus virtudes de guerrillero. Algunos de mis mejores amigos y el honorable diputado por Preston (el comandante Churchill, hijo del primer ministro) están ahora con Tito o con sus fuerzas. Sinceramente deseo que Tito pruebe ser el salvador y unificador de su país, como es ahora indudablemente su indisputado dueño.

Yugoslavia.

Recientemente Rumania y Bulgaria han quedado bajo el control de las autoridades militares soviéticas, y ejércitos dirigidos por rusos están en contacto directo con Yugoslavia. Temerosos de que pudiese haber equívocos y políticas contrarias entre nosotros y el Gobierno soviético al propósito de Yugoslavia—por ser cosas que pueden pa-

sar cuando entran ejércitos en un país en gran desorden—, el ministro de Asuntos Extranjeros y yo alcanzamos en Moscú, tras constantes discusiones con el mariscal Stalin, un acuerdo por el que nuestros dos países desarrollarán una política conjunta en esas regiones. Tal acuerdo no implica división territorial o esferas de intereses después de la guerra. Sólo tiende a evitar, en estos días críticos, fricciones entre los grandes aliados. En la práctica yo, en nombre del Gobierno de su majestad, cambio telegramas personales con Stalin a propósito de las dificultades que surgen y a propósito de resolver lo que más conviene. Mantenemos continuamente informado al presidente Roosevelt.

En consonancia con nuestra política conjunta hemos estimulado un convenio entre el Gobierno de Tito, instalado en Belgrado con ayuda rusa, y el real gobierno yugoslavo establecido en Londres y reconocido por nosotros y creo que por todas las Naciones Unidas. El mariscal Stalin y el Gobierno de su majestad estiman que en conjunto dicho convenio es cosa prudente. El pacto Tito-Subasic nos parece lo mejor que puede hacerse para el futuro inmediato de Yugoslavia, ya que mantiene la forma monárquica hasta que se llegue a un plebiscito libre y limpio tan pronto como las condiciones lo permitan. El rey Pedro II acepta, en principio, esos acuerdos, aunque hace ciertas reservas. La naturaleza y efecto de las tales están al presente bajo discusión, según tengo entendido. No me atrevería a profetizar o decir cuál será el resultado de esto, pero, en todo caso, y considerando la caótica situación dimanada de la guerra, no veo qué podían haber hecho el Gobierno de su majestad y la U.R.S.S. fuera del pacto Tito-Subasic, para contribuir a establecer acuerdo entre los yugoslavos en la medida más amplia posible, sin que ello produjese fricción entre los aliados. Es cosa de días el que se alcance una decisión sobre el asunto, y si tenemos el infortunio de no lograr el asenso del rey Pedro, habrá de proseguirse adelante, dándolo por presunto. Según me parece, el rey teme convertirse en responsable, mientras carece de todo poder, de cualesquiera severidades

o confiscaciones que pudieran producirse en su país antes de que el plebiscito decida si Yugoslavia va a ser monarquía o república. Esos escrúpulos merecen respeto, pero en tiempos tales no han de impedir necesariamente la marcha de los acontecimientos.

Grecia.

De las perturbaciones de Italia y Yugoslavia pasamos, naturalmente, a las de Grecia. También aquí nos guía una política simple: victoria contra los alemanes; establecimiento y ayuda al más coherente y sólido mecanismo gubernamental que pueda encontrarse; entrega de tantos víveres como nosotros y nuestros aliados podamos aportar y nuestro tonelaje combinado transportar; mantenimiento de condiciones tolerables de orden y ley; celebración de plebiscito o elecciones generales honradas y completas; y luego marcha de Grecia en el primer momento que nos sea practicable. Nos movemos a través de un intrincado laberinto, pero doy la seguridad de que no es sin plan. La historia de los sucesos de Grecia se ha relatado tan plenamente en los periódicos, que no intentaré presentar un informe cronológico o descriptivo. Pero no conozco caso, y menos en tiempo de guerra, de que un Gobierno inglés haya sido tan difamado y sus móviles tan desvirtuados en nuestro propio país por importantes órganos de Prensa y entre el pueblo. Me ha llenado de sorpresa y disgusto el que ello suceda en medio de los peligros de la guerra, ahora en su punto álgido. Esto es mal presagio para el momento futuro, en que la vitalidad y fuerzas de la Gran Bretaña habrán de ponerse en parangón con las de otras potencias, no sólo en la guerra, sino con posterioridad. ¿Cómo maravillarnos —y menos aún quejarnos—de lo que dicen los diarios hostiles o indiferentes de los Estados Unidos, cuando en este país hemos asistido a la triste exhibición hecha por algunos de nuestros más prestigiosos y responsables periódicos, y por otros que difícilmente merecen tal apelativo? Sólo la sólida y resuelta fuerza del Gobierno de coalición nacional nos ha permitido proseguir, sin cejar ni ceder, en el curso de la política y los principios a que estábamos y estamos decididos.

Nuestra ardua tarea se torna mucho más difícil a causa de un espíritu frívolo, inquieto y desenfrenado partidismo en torno a la cuestión griega, espíritu que ha venido a pesar sobre quienes soportan la carga del gobierno en tiempos como éstos. Nunca he tenido relación con ninguna vasta empresa política en la que me hallase más seguro, en conciencia, de la rectitud de nuestros motivos, de la claridad de nuestros principios y de la precisión, vigor y éxito de nuestra acción, que en el caso de lo realizado por nosotros en Grecia.

Fuimos a Grecia por segunda vez en la guerra. Fuimos con plena aprobación de nuestras dos grandes aliadas. Fuimos a invitación de un Gobierno griego en que todos los partidos, incluso los comunistas, estaban representados como consecuencia de una reunión militar en la que participaron igualmente los generales del E. L. A. S. y del E. D. E. S. Fuimos con buenos dones en las manos, como lo eran la estabilidad y el apoyo al Gobierno griego de todos los partidos que se formó y hubo de afrontar la confusión producida por la fuga de los alemanes. Llevamos víveres, ropas y suministros. Enviamos fuerzas reducidas. No ocupamos posiciones con miras militares, sino que diseminamos nuestras tropas en cierto número de lugares costeros y tierra adentro, desde los que esperábamos distribuir lo antes posible amplias cantidades de provisiones a un pueblo muy hambriento. Se nos recibió con flores, vítores y otras manifestaciones de entusiasmo, y los ingleses, los perversos ingleses (tan atacados por ciertos corresponsales americanos, cuyos nombres habrá advertido la Cámara, y tan hostigados por algunos de nosotros mismos), nos ocupamos en la distribución de víveres en aquellas partes del país con las que teníamos comunicación.

Hicimos accesible a Grecia para la U. N. R. R. A. antes que estallase el rompimiento. Entre tanto—durante un período de unas seis semanas—el Gobierno griego, representativo de todos los partidos, fué conturbado por divisiones internas y manifestaciones callejeras. Las fuerzas de dirección comunista descendían sin cesar desde el Norte, infiltrándose en Atenas, donde poseían también una

fuerte facción local. Durante varios años habíamos provisto a esos hombres de considerables cantidades de armas, esperando que combatiesen a los alemanes. Aceptaron las armas y se las reservaron, a más de otras que se procuraron de los alemanes e italianos en retirada—ya comprándolas, capturándolas o por otros medios—; y lo hicieron con el plan de adueñarse del poder del Estado griego, en Atenas, una vez que la evacuasen los alemanes. Comprendo que no puedo garantizar que me asista una opinión unánime en todas las fases de la discusión de lo que es admitidamente motivo de la mayor controversia del momento en la política británica. Pero he de hablar un poco a propósito de esos comunistas griegos, entre quienes se han encontrado también algunos elementos búlgaros y macedonios, posiblemente con ideas territoriales propias. Tales comunistas son gentes formidables. Tienen un sistema y una política que han seguido con implacables métodos, mientras todas las demás personas de aquellas regiones se han limitado a procurar que no les arrancasen el alma del cuerpo. Se me ha dicho que cometí un error subestimando el poder del E. L. A. S., dirigido por los comunistas. He de confesar que los juzgué por sus actividades contra los alemanes. No deseo juzgarles mal como militares; pero desde luego no fué contra los alemanes contra quienes se propusieron luchar en gran extensión. Se limitaron a tomar nuestras armas, agazaparse y esperar el momento de adueñarse de la capital por intrigas o por fuerza, haciendo de Grecia un Estado comunista, donde se liquidara totalitariamente cualquier oposición. Me equivoqué por la pequeña utilidad que los del E. L. A. S. rindieron contra los alemanes (sobre todo desde que la victoria aliada pareció probable), a pesar de las armas que les dimos. Es verdad que les desestimé como fuerza combatiente. Si se me acusa de este error, sólo diré lo que Clemenceau en cierta célebre ocasión: «Acaso yo haya cometido otros errores de que no tenéis noticia.»

Mientras los ingleses se ocupaban distribuyendo alimentos y esforzándose en mantener las cosas en debida forma, el E. A. M. y los ministros comunistas, que habían

aumentado hasta siete en el Gobierno Papandreu, jugaban una muy diferente partida: la de las bandas del E. L. A. S. y sus dirigentes comunistas; esto es, la lucha por el poder. A la par que permanecían en el Gobierno trabajaban en estrecha combinación con las fuerzas congregadas para destruirlo, así como para deshacer cuanto representaban Papandreu y sus colegas en la vida ordinaria de Grecia. El E. A. M. y los ministros comunistas obstaculizaron en todo la labor del Gobierno. Hicieron cuanto podían para estorbar el desembarco y distribución de víveres provocando huelgas en varias ocasiones. Además, discutían el nombramiento de todos los oficiales del ejército que el Estado tenía que levantar, ya que no puede existir un Estado, aunque sea pobre, sin alguna clase de ejército nacional. Yo soy enteramente opuesto a los ejércitos privados, y no los toleraremos. En esa época de crisis, cada designación de oficial costó una discusión hasta el último minuto.

No he ahorrado trabajos para informarme de lo que creo que son los hechos. Me considero mucho mejor enterado de lo que estaba hace seis semanas o un mes, pero lo que he averiguado con gran esfuerzo y paciencia me ha conducido a reforzar mis primeras conclusiones, entre las que figura, sin duda, la conclusión de que las bandas del E. L. A. S., al menos durante los últimos dos años, realizaron muy poca labor contra los alemanes. No seré yo quien les rinda el tributo que rindo a los heroicos maquis franceses o belgas, o a los italianos que luchan desesperadamente en las montañas. Entiendo que los del E. L. A. S. tomaron nuestras armas con los ojos puestos en más importantes asuntos locales para cuando acabase la guerra.

Como dije, hubo disputa sobre todos los nombramientos militares, y cuando los fieros montañeses hubieron penetrado en la ciudad y unídose a sus amigos de ella, los siete ministros comunistas dimitieron con cronométrica exactitud, excepto uno que, como otra vez he explicado a la Cámara, se retrasó algo, incurriendo por ello en amenazas de muerte hasta que cumplió lo acordado.

Hasta entonces los aliados se mostraban muy contentos de lo que ocurría en Grecia. Sólo pensábamos en que el país había sido liberado de los alemanes. Esperábamos alguna ebullición local hasta que las cosas se serenasen y empezaran a llegar alimentos. Al fin y al cabo, otras cosas ocurrían entretanto. Descansábamos en la satisfacción que nos produjera el recibimiento que Atenas y otras ciudades e islas griegas nos habían hecho a todos, particularmente a aquellos que se preocupaban especialmente de Grecia y de su porvenir.

Llegamos ahora a una nueva fase en que no fué posible consultar a nuestros aliados, sino emprender una inmediata acción. En la noche del 4 de diciembre recibí una serie de telegramas anunciándome que las fuerzas del E. L. A. S. en Atenas, es decir, los comunistas y cuantos éstos podían arrastrar, se hallaban a unos mil metros del centro del Gobierno griego, en el hotel Grande Bretagne, y también a la misma distancia, o menos aún, de la embajada inglesa, en que habían sido concentradas todas las mujeres de nuestro servicio de cifras, y otras. Parecía que estaba a punto de producirse el asalto de estos lugares, o al menos de la sede del Gobierno, por la feroz, bien armada y bien dirigida multitud, o ejército, si se quiere, o ejército de bandidos, si el honorable diputado (Gallacher) lo desea. Casi todos los puestos de política de Atenas y El Pireo habían sido ocupados o asaltados por el E. L. A. S., en algunos casos con muerte de hasta el último funcionario. Había tiroteo en toda la ciudad, y ese tiroteo crecía y se iba aproximando. El general Scobie apuntaba:

Ataque y huelga general.

«Se ha declarado la huelga general en Atenas. Han cesado de funcionar los servicios públicos y centrales eléctricas. A menos que el orden pueda restaurarse plenamente, la situación del Gobierno será crítica. Todas las tropas inglesas, incluso la brigada de paracaidistas, están siendo concentradas aquí.»

Cuando esto sucedió estábamos a punto de retirar de Grecia algunas tropas. La brigada paracaidista se hacía

necesaria en Italia. Era muy tarde, o más bien muy temprano: las dos de la madrugada. Se enviaron órdenes a Scobie para que tomase el mando militar de Atenas y restableciese y mantuviese el orden con las medidas que fueran necesarias. Si hice mal, tomo la plena responsabilidad de ello, pero mis colegas están deseosos de compartirla conmigo. Durante tres o cuatro días, o más, se luchó para impedir una odiosa matanza en el centro de Atenas, donde toda otra forma de Gobierno hubiera sido barrida y un triunfante y descarado trotskismo instalado. Opino que *trotskistas* es la mejor definición de esas gentes y de ciertas otras sectas, y tiene la ventaja de ser igualmente odiada en Rusia. En fin, por el espesor de un cabello y gracias a la resolución de un puñado de soldados ingleses, los asaltantes fueron rechazados, y Atenas, y creo firmemente que la libertad griega, salvadas.

Intervención.

El día de Navidad me pareció necesario ir a Atenas con mi distinguido amigo el ministro de Asuntos Extranjeros. Muchos sectores solicitaban una regencia, con el arzobispo en ella. Yo deseaba probar esto sobre el terreno, y, en mi afán de ver lo que podía hacerse en una conferencia de todos los partidos, incluyendo el E.A.M. y los comunistas, invité al arzobispo a reunirse conmigo en Atenas. En dicha conferencia, aquellos a quienes separaba un odio mortal—y muy vivo—se sentaron en torno a una mesa y se hallaron unidos a propósito de una regencia. En opinión de todos, a la sazón, sólo un hombre podía desempeñarla. Así, el ministro de Asuntos Extranjeros y yo, al regresar, actuamos en el sentido de procurar el asenso del rey griego. Tuvimos éxito, y el 31 de diciembre el arzobispo Damaskinos fué investido, mientras durase su regencia, de poderes reales, y creo que incluso más que reales.

Viaje y gestiones.

No procuramos que nos consultase acerca de sus medidas, ni nos mezclamos en su elección de primer ministro, ni en el carácter y composición de su Gobierno. Cuando partí no sabía con seguridad quién iba a ser su primer mi-

nistro ni qué hombres pensaba elegir para su Gabinete. Entendí, sin embargo, que existía el deseo general de evitar el limitarse a reunir los jefes de los partidos, tendiendo más bien a escoger representantes reales y fuertes de dichos partidos, cuyos dirigentes son muy numerosos y no siempre libres del peligro de descrédito. El arzobispo,, con su alta mitra, me hizo la impresión de ser un hombre muy notable, que sobresale, tanto moral como físicamente, sobre aquella caótica escena. Estoy seguro de que no hubiera asumido estas responsabilidades a no haber estado en libertad de ejercitar su juicio.

Encargó del Gobierno al general Plastiras, quien, bajo su estrecha dirección, formó un Gobierno liberal, socialista, izquierdista, democrático y republicano, y de hecho, según se nos ha asegurado, provisto de todas las virtudes modernas, pero, sin duda, violentamente anticomunista. Aquí la gente habla de formar un Gobierno de todos los partidos, en el que los ministros se abracen unos a otros o al menos actúen juntos de un modo sensato, y reconozco que yo mismo tenía algunas de esas ideas cuando volé hacia Atenas el día de Navidad. Pero no debe suponer la Cámara que en estos países las cosas se arreglan como en Inglaterra. Incluso aquí es bastante difícil mantener una coalición de hombres que, aunque divididos partidísticamente, tienen un supremo objeto y muchas cosas en común. Imagínese, pues, cuáles serán las dificultades en países asolados por la guerra civil pasada o inminente, y donde numerosos y minúsculos partidos tienen cada uno sus apetitos, aspiraciones y venganzas. Si yo hubiese llevado a la esposa del vicejefe de mi Gobierno a morir abandonada en la nieve; si el ministro del Trabajo hubiera tenido desterrado durante años al ministro de Asuntos Extranjeros; si el ministro de Hacienda hubiere herido de un balazo al de la Guerra o a cualquier otro de los que dirigen departamentos de gran gasto; si nosotros, los que nos sentamos aquí, nos hubiésemos enzarzado y engañado unos a otros mientras afirmábamos trabajar juntos, y si todos hubiésemos puesto nuestro grupo o partido primero que el país, estableciendo ideologías, consignas o

etiquetas contra la comprensión, la camaradería y el deber, de cierto, aun en el mejor caso, habríamos desembocado en unas elecciones generales mucho antes de lo que ahora es verosímil.

Cuando los hombres han deseado matarse entre sí, y han tenido gran miedo de ser muertos, no es posible que al día siguiente laboren juntos amistosamente con compañeros contra quienes han albergado tales intenciones o de quienes han tenido tales temores. Hemos de reconocer la diferencia entre nuestras cosas y las que prevalecían en Atenas, especialmente mientras en torno a nosotros había un intenso tiroteo. Esto no era hacedero olvidarlo. Hubiésemos celebrado mucho ver nombrado un Gobierno de unión. Dejamos a los griegos entregados a ello, exhortándoles con ahinco a que se pusiesen de acuerdo y salvasen a su país, sin excepción de comunistas ni de nadie en aquel momento. Todo el día siguiente transcurrió en forcejeos. Varias veces el partido liberal abandonó la sala, y costó trabajo hacerle volver a ella. Era absolutamente cierto que ningún acuerdo de frente unido se podía alcanzar, y a la vez ocurrían peores cosas que cuantas sucedieron.

Pasaban los días. Llegaban rápida y continuamente nuestros refuerzos. Los encontramos sin alterar las operaciones en el frente italiano, pero lamento decir que ello impuso un esfuerzo suplementario a divisiones que, si no, hubiesen ido a campamentos de reposo. Las tropas aceptaron estos deberes con cordial y patriótico espíritu, y frecuentemente expresaron la opinión de que en Grecia luchaban con una gente más vil que los alemanes. Calle por calle, Atenas fué despejada. Se progresaba muy despacio, por los cuidados que se tomaban en discernir los niños, mujeres y hombres inocentes que había mezclados con los sujetos, vestidos con ropas civiles, que peleaban.

Calle por calle.

Los atacantes han huído, el Ática está libre, y se ha firmado una tregua por la que se señala una vasta zona en torno a Atenas y El Pireo, que son el corazón de Grecia y que siempre han sido el centro dominante de la vida griega. Más de una cuarta parte de la población vive

en la comarca liberada. No tengo la menor duda de que las opiniones que allí se expresan representan las cuatro quintas partes de lo que expresaría toda la nación griega si pudiera hacerlo en condiciones de paz y tranquilidad. Ha cesado la lucha, salvo con algunas partidas del E.L.A.S. que probablemente no han recibido noticias de la tregua, dado lo primitivo de ese país. Ahora los griegos pueden hablar como gusten bajo la guía del arzobispo Damaskinos, que está dispuesto a aceptar, y ha invitado a los miembros del E.A.M., o de lo que de él queda, a entrar en la estructura política, así como al E.L.A.S.

¿Qué buscamos en Grecia? ¿Queremos algo de Grecia? ¿Qué papel desempeña esa nación en lo que se llama nuestra «política de fuerza»? ¿Cuánto nos importa, desde un punto de vista nacional, la forma que el Gobierno griego tome? Repito que nada deseamos de Grecia, excepto su amistad, y para ganarla y merecerla hemos de cumplir nuestro deber. No podemos desentendernos de Grecia inmediatamente después de lo que ha ocurrido. No, no podemos hacerlo así hasta que haya votación libre, o garantía de votación libre, bajo imparcial vigilancia, de manera que el pueblo griego determine su futuro. En lo que nos afecta, cosa suya es que elijan la izquierda o la derecha, la república o la monarquía. Cuando veo las furias que sobre este asunto se expanden, cuando se nos acusa, sin sombra de verdad, de que buscamos en Grecia islas o bases, como si necesitásemos la ayuda griega para vivir, me siento inquieto por el futuro, que con todos sus sombríos e infinitamente complicados problemas va envolviéndonos rápidamente.

En fin, se ha dado la orden de cese el fuego, y el pueblo de Atenas ha vuelto a regocijarse y aclamar a los liberadores ingleses, esta vez con intenso y torturado fervor. En todo caso, existe ahora una región donde millón y medio de habitantes puede ganarse su vida diariamente sin temor de pillaje o de ser muertos en luchas callejeras. Como resultado de tales acontecimientos y de la completa limpieza de la ciudad, que ha durado varias semanas de dura lucha noche y día, varios grupos alfabéticos, como el S.K.E. y

el E.L.D., han resuelto, a juzgar de lo dicho por sus mejores jefes—porque todo está en confusión—, substraerse a la obediencia del E.A.M., dejando sólo a los K.K.E., o sean los comunistas, en incómodo aislamiento y aferrándose a sus rehenes.

Permítaseme leer un extracto de un despacho de nuestro embajador, señor Leeper, a quien he visto de cerca en peligrosas y difíciles circunstancias, en medio de las cuales ha parecido crecerse, y que ahora trabaja por una paz sobre la base más amplia posible.

Informes oficiales.

He aquí lo que dice:

«Desde que los alemanes se retiraron, los pocos, pero bien armados elementos del partido comunista (escribía esto hace un día o dos) impusieron el reinado del terror en todo el país. Es incalculable el número de muertos o apresados antes que la revuelta en Atenas empezase de hecho. Cuando se sepa la verdad, se divulgarán terribles relatos. Al principiar la lucha en Atenas, las brutalidades aumentaron con rápido ritmo. Hombres, mujeres y niños fueron asesinados en gran número y miles de rehenes fueron conducidos por los caminos y muchos abandonados para que expirasen. Informes de Salónica señalan que lo mismo está sucediendo allí. *(Aquí un diputado interrumpió para preguntar si el documento podía ser puesto a la vista de la Cámara. Churchill respondió que sí, excepto en algo que cupiera excluir por motivos de seguridad pública. Luego continuó:)* Hay en esto mucho más de lo que he leído. Ciertas noticias no serán muy gratas para el honorable diputado. No acepto como regla absoluta que en tiempo de guerra puedan citarse documentos sin muy cuidadoso examen del Gobierno. En los tiempos en que se distribuían libros azules a la Cámara, incluso en la paz, los ministros responsables de la seguridad del país practicaban frecuentes supresiones.

Hay otro relato, hecho por el teniente coronel H. G. Morrison, del Real Cuerpo de Fusileros. Este oficial ha obtenido sus informes interrogando estrechamente y en

persona a gran número de rehenes, en una ambulancia de campaña. Dice el coronel:

"El día de Navidad, una columna de rehenes, compuesta de hombres y mujeres sacados de sus casas por los insurgentes, partió desde Atenas hacia el Norte. Fueron reunidos en un suburbio, se despojó a la mayoría de sus calzados y gabanes, y así se les llevó, en pleno invierno, por caminos de montaña cubiertos de nieve. A diario morían algunos de cansancio, mientras eran ejecutados otros. Los míseros y descalzos rehenes quedaban abandonados a sus recursos en materia de alimentos. Los habitantes de las aldeas a quienes solicitaban vituallas estaban harto atemorizados para hacer otra cosa que mirarles con imponente simpatía. Cuando el hambre se convirtió en aguda, el E.L.A.S. les propuso facilitarles comida si la pagaban. Se reunió hasta un equivalente de cien libras esterlinas, pero a cambio de esto sólo se dió a cada rehén medio pan. Una ocurrencia favorita de los individuos del E.L.A.S. consistía en congregar a los abrumados prisioneros y anunciarles que después de ciertas horas de marcha se les daría alojamiento, lecho y comida caliente. Tras varios días de esto, los cautivos descubrieron que podían considerarse satisfechos cuando encontraban sitio en el suelo de un establo, sin comida alguna.

»Dos detalles característicos. Una mujer a la que se descubrió dinero oculto fué privada de él y fusilada. Otros rehenes protestaron y los capturadores se justificaron diciendo que la mujer había trabajado para los ingleses. Un hombre se arrancó un diente de oro y lo cambió por algunos víveres. Unos pocos afortunados rezagados de la columna fueron recogidos en avanzado estado de extenuación, y con los pies lacerados. Hasta entonces quienes los custodiaban habían ejecutado a los que no podían seguir caminando, pero ahora andaban de prisa, por tener aviso de que las patrullas británicas les seguían la pista.» (*«¡Cuentos viejos!»*, *exclamó en este punto el diputado comunista* GALLACHER, *agregando: «Ya habíamos oído todas esas mentiras.» Churchill continuó:)* El honorable diputado continúa haciendo suposiciones.

Yo leo los hechos y a él los hechos no le agradan. Yo digo la verdad y él la teme. Estos hechos redundan en mal de aquellos a quienes él, atolondradamente, ha defendido. He de hacerle una advertencia: hay mucho más que decir, y la Cámara tiene derecho a oírlo. Cuando cito los informes recogidos por el coronel del Real Cuerpo de Fusileros en una ambulancia, el honorable diputado sugiere que se trata de una propaganda falsa. No ha usado estas palabras, pero todo el sentido de su interrupción tiende a proyectar dudas sobre un oficial que no tiene el menor interés, político o de otra clase, en lo que no sea reunir y transmitir la verdad. El señor Leeper añade:

«Ésta es la historia de una columna de 800 rehenes, 200 de los cuales murieron en diez días. El número total de apresados asciende a millares, entre ellos muchas y reputadas personas de ambos sexos, muy conocidas al público griego. Numerosos sobrevivientes han vuelto a Atenas, haciendo relatos semejantes.»

Lo siguiente es el informe de un oficial inglés, testigo ocular. No puedo dar su nombre. He telegrafiado preguntándolo y pronto podré indicarlo a la Cámara. Este oficial dice:

«Mientras interrogaba en Peristeri (arrabal de Atenas) a varios prisioneros del E.L.A.S., gente civil y guardias nacionales me informaron de que muchos rehenes habían sido ejecutados por el E.L.A.S. y enterrados en zanjas en los alrededores. Fuí al lugar donde había comenzado la exhumación de cadáveres e interrogué al conserje del cementerio, quien me dijo que habían sido llevados grupos de quince a veinte rehenes al ángulo Nordeste del cementerio, y ejecutados allí. Las ejecuciones eran diarias. Se enterraba a las víctimas en fosas desusadas del cementerio. Dicho sistema de fosas, que se extiende en unos doscientos metros, estaba lleno de tierra, pero las excavaciones de sondeo han descubierto cadáveres en casi toda esa longitud. Al Norte y al Noroeste existen más fosas y zanjas, donde, según el conserje, hay otros cadáveres de rehenes ejecutados allí. Calcula que fueron muertas de 1.200 a 1.500 personas, en su mayoría a hachazos y cu-

chilladas. Este último testimonio se confirmó por los cadáveres exhumados que he visto, y que tienen profundas heridas en la nuca o el cuello, al parecer infligidas por cuchillos recios. Créese que se trata de rehenes tomados en Atenas en los primeros días de la lucha y que fueron sistemáticamente exterminados hasta la retirada del E.L.A.S.»

Siento abusar de la paciencia de la Cámara. Pero aquí hay un informe llegado esta mañana. Procede del cónsul general Rapp, que está en Salónica:

«Entre la una y las dos de la tarde de ayer, 16 de enero, 31 enfermos civiles, de ellos de 17 a 20 agonizantes, fueron sacados por el E.L.A.S. del Hospital Municipal de Salónica, cargados en carretas de bueyes y llevados a Cerroia. Esos enfermos únicamente vestían pijamas, y algunos sólo el pantalón del pijama. Tales hechos han sido comprobados por la señora Riadis y el señor Zannas, de la Cruz Roja griega, los cuales, pocas horas después, siguieron al convoy en un coche y distribuyeron mantas. Es probable que varios de los enfermos hayan muerto ya, víctimas de la intemperie. Las autoridades militares inglesas están dando todos los pasos conducentes al inmediato retorno de los apresados.»

Hace tres días, los caminos que parten de Salónica se hallaban llenos de vehículos tirados por caballos o bueyes. Sus propietarios los habían traído del campo, cargándolos con cuanto botín encontraron en las casas, ricas o pobres. Sé perfectamente bien que el honorable diputado por Ebbw Vale (Bevan) no apoyaría cosas de este género. Antes preferiría perder muchas ventajas en una discusión que defender ni por un momento inhumanidades. No trato de sugerir que los honorables señores de la oposición, ni aun los más exaltados, se asocien de modo alguno a semejante clase de cosas, y, por tanto, me esfuerzo en mostrar lo que ha ocurrido y ocurre, a fin de que ellos puedan vigilar cuidadosamente sus palabras y pasos, librándose de todo matiz de aprobación de esos hechos.

Advierto a los que puedo llamar *elasistas*, tanto en este país como en todas partes, que los cautivos están regre-

sando a sus casas y la verdad se está sabiendo. Dos horribles asombros esperan a los elasistas. Primero, la revelación y prueba de las atrocidades cometidas por aquellos a quienes juzgan su deber defender, y luego el voto que el pueblo griego dará cuando se consigan unas elecciones libres. Aviso a la Cámara que si en esta isla vamos a escindirnos en torno a las querellas y pasiones de los países balcánicos que nuestras armas y las de nuestros aliados han liberado, seremos incapaces de hacer sentir nuestra influencia en el gran arreglo general que seguirá al fin de la guerra. Creo que es intención del regente y el general Plastiras ensanchar continuamente su Gobierno; pero hemos de dejar esto en sus manos sin intervenir en ello todos los días.

Juzgo mi deber decir a la Cámara que no pienso que ninguna de las autoridades existentes en Atenas quiera actuar en colaboración con los dirigentes comunistas que asaltaron la ciudad y llevaron tantas miserias a Grecia. En el área liberada cunde la violenta convicción de que no debe haber una amnistía. Cuando nosotros estuvimos allí hace tres semanas sólo reteníamos una pequeña parte de la ciudad y las más de las vías eran peligrosas; sin embargo, circulaban grupos de hombres pobremente vestidos llevando letreros con la inscripción: «Amnistía, no.» Las pasiones estaban muy excitadas, y se me ha dicho que se han excitado más a causa de las preguntas y respuestas de esta Cámara. Debemos apartarnos de esas pasiones tanto como podamos. El Gobierno griego me ha prometido aplicar el principio de «no proscripción». Esto significa que nadie, dirigente o no, será castigado por su participación en la rebeldía reciente, a menos que sea declarado culpable por un tribunal adecuado, que le halle incurso en infracciones personales de las leyes de la guerra, o en crímenes comunes. Tal principio ha sido aceptado por el Gobierno griego, y todo intento en contrario ha sido superado por el muy definido acuerdo a que he llegado allí y que me asisten todas las razones para creer que será cumplido. Es muy posible que Plastiras, bajo la tremenda presión de gentes enfurecidas y sedientas de ven-

ganza, haya aplicado algunas sentencias que no correspondan o no parezcan corresponder a la interpretación que yo doy a lo que digo. Pero la opinión del Gobierno de su majestad ha sido definitivamente adoptada, y estoy seguro de que nuestra opinión será tratada con consideración y respeto por el Gobierno griego, cuya existencia depende en gran parte de nuestras fuerzas armadas.

Opino que hay gran diferencia entre castigar con la muerte a la gente por el crimen de rebelión, o someterla a penas legales. Yo estoy tratando toda la cuestión de la amnistía, y entiendo que una amnistía no significa que las personas en quienes no confía el Gobierno hayan de ser inmediatamente nombradas ministros, ni que los funcionarios que abandonaron sus puestos durante la sublevación o lucharon al lado de ella vayan a ser restablecidos en sus cargos. Nadie puede esperar eso, y deseo muy particularmente no conducir al honorable representante de Ebbw Vale a cualquier idea de que prometo nada que vaya más allá de las palabras justas que he pronunciado.

¿Amnistía?

Como dije, el principio aconsejado por mí ha sido aceptado por el Gobierno griego, y no dudo de que se observará mientras nuestras fuerzas permanezcan en el país. Pero, tras esto, Grecia quedará completamente soberana y libre, y yo no puedo decir a qué terribles querellas puedan llevarla sus discordias. Aún quiero formular otra reserva. La promesa de no proscripción o amnistía—elijan el término que quieran—depende, a nuestro entender, de la liberación de los rehenes y trato que se les dé, y no se declarará amnistía alguna mientras siga habiendo rehenes en manos del E.L.A.S. Nos ha parecido conveniente suspender la lucha, ya que siempre hay buenas razones para cesar el fuego, en pugnas como éstas, cuando se desea llegar a capitulaciones. Creímos que cualquier parlamento sobre los rehenes se celebraría mejor una vez suspendido el fuego. Pero, y que no haya equívocos, el nombre y honor de Inglaterra están complicados en este asunto de los rehenes. No podemos permitir que se diga que hicimos acuerdos para salvar a los nuestros, mientras dejamos

de cinco a diez mil hombres, mujeres y niños griegos ser llevados al monte por el E.L.A.S. y sus asociados, para usarlos como arma coactiva, no sólo a efectos de obtener impunidad del crimen de rebelión—cosa que pueden conseguir si siguen los medios idóneos—, sino para procurarse ventajas políticas.

Declaro francamente a la Cámara que el Gobierno de su majestad ejecutará sus obligaciones, por penosas que sean, en su absoluta integridad, sin preocuparnos de buscar hacernos populares o no, y que no vacilaremos en rescatar a esos rehenes y castigar su muerte o mal trato, si hemos de continuar siendo ministros de la Corona.

(Levantóse la sesión para comer, y al reanudarse, Churchill prosiguió:)

Antes de almorzar terminé de tratar la cuestión griega, y cité la declaración de un oficial sobre cadáveres desenterrados. No sabía su nombre, pero me ha llegado ya. Es el capitán R. F. G. Blackler, de la Real Artillería, y testigo ocular de los hechos.

Paso ahora a un muy diferente tema y relato. Abandono el rosado y ocre panorama de Atenas y El Pireo, destellante de vida deleitosa y ornado con las glorias clásicas y los interminables triunfos y miserias de su historia. Ceda esto lugar al campo de batalla principal de la guerra. Mi esencial contribución en tal sentido será citar un número de hechos y cifras que pueden ser gratos o no a los que me oyen. He visto sugerir que la terrorífica batalla que viene librándose desde el 16 de diciembre en el frente americano es una batalla anglo-americana. Pero, en rigor, las tropas de los Estados Unidos han librado casi toda la lucha y sufrido casi todas las pérdidas, que son casi iguales a las de ambos bandos en la batalla de Gettysburg. Sólo un cuerpo de ejército británico participa en la acción. Todo el resto de las treinta o más divisiones que han luchado continuamente durante el último mes son tropas americanas. Los Estados Unidos han puesto en línea 30 o 40 hombres por cada uno de los nuestros, y perdido de 60 a 80 por cada una de nuestras bajas. Deseo establecer este punto.

Esfuerzo norteamericano.

No hemos de reclamar orgullosamente para el ejército inglés una participación indebida en la que es, sin duda, la mayor batalla americana de la guerra y será, según creo, una perennemente famosa victoria americana.

Nunca he vacilado, como me parece que la Cámara podrá atestiguar, en ser paladín de nuestros soldados cuando sus hechos han sido mirados con indiferencia, o ensombrecidos, como a veces pasa. Pero no olvidemos que a hogares americanos es adonde han ido telegramas informando de personales pérdidas durante el pasado mes, y que nuestra brava y animosa aliada ha atravesado en esas semanas muy arduas pruebas. Esto no va en detrimento de nuestro mérito. Recuérdese que uno o dos meses antes perdimos 40.000 hombres en la apertura del Escalda. Cuando von Rundstedt atacó ahora, el grueso de nuestro ejército distaba veintenas de millas del campo de ataque. No podíamos haberlo llevado a la batalla sin cruzar líneas de comunicaciones y crear una confusión completa.

El ejército inglés estaba y está en una posición estratégica entre el enemigo y Amberes, evitando toda posibilidad de desastre. Numerosos ejércitos obedecen al general Eisenhower y van con disciplina adonde se les manda ir.

Según las opiniones profesionales de que dispongo, lo hecho para contener el empuje de Rundstedt fué resuelto, prudente y militarmente correcto. Se abrió una brecha en nuestras líneas; pero, como siempre puede ocurrir en una línea de cientas de millas de extensión, Eisenhower dió el mando del Norte de la brecha al mariscal Montgomery y el del Sur de la misma al general Omar Bradley. Se hicieron muchos movimientos de importancia y ambos diestrísimos jefes utilizaron las fuerzas de su mando de modo que, sin exageración, creo que servirá de modelo a los estudiantes militares del porvenir.

Montgomery, con extraordinaria prontitud, concentró poderosas reservas inglesas en el punto estratégico decisivo. Puesto por Eisenhower al frente de fuerzas americanas muy superiores a las inglesas y canadienses que le obedecían, y mayores a las de su 21 grupo de ejércitos, cayó

incesantemente sobre el enemigo por el Norte. El I Ejército americano, que pertenece al grupo de ejércitos de Bradley, quedó cortado por el ataque enemigo. Desde la zona de Metz, el ejército del general Patton reforzó a esas fuerzas, con gran eficacia militar, chocando con los intrusos al sur de Bastogne. Pero los movimientos de los jefes hubieran sido estériles sin el valor de las tropas. Bradley mandaba soldados americanos, y Montgomery también.

Todos lucharon magníficamente, y el general Eisenhower, distribuyendo la situación entre sus dos lugartenientes, dióles excelente ocasión de apreciar la fuerza y calidad de sus unidades. Que nadie se deje llevar por las hablillas de los insidiosos mientras la espada está resolviendo con fortuna empeños de la mayor consecuencia.

Para que no se entienda que el Imperio y Comunidad de naciones británicas no actúan en la batalla del Continente, o en la guerra en general, daré unos cuantos hechos y cifras. Mantenemos a la sazón, en campaña o en guarniciones, un equivalente de más de 100 divisiones, aparte de nuestra vasta escuadra y aviación y de los obreros de las fábricas de municiones. Muchas de estas divisiones no son móviles, pero 67 están en el frente y en constante o frecuente contacto con el enemigo. Peleamos sin cesar en tres frente separados: el noroeste de Europa, Italia y Birmania. Las tropas desembarcadas en Francia, americanas e inglesas, han tenido pérdidas muy proporcionales al número de hombres puestos en acción por ambas partes. Desde luego, en el frente occidental hay doble número de fuerzas americanas que de la Comunidad británica de naciones. Y hemos tenido la mitad de pérdidas que nuestros aliados americanos.

En proporción, los ingleses y canadienses han sufrido más muertos que los Estados Unidos, a pesar de las gravés pérdidas americanas. Hemos tomado medidas, que anuncié ha semanas, para mantener nuestras tropas en plenitud de efectivos, sean sus pérdidas las que fueren, y también para reforzar nuestras divisiones—que yo quisiera más numerosas—con brigadas y otras unidades su-

plementarias que aumenten el número de infantería, la cual sufre los dos tercios de las bajas totales de la guerra.

Necesitamos añadir a la batalla 250.000 hombres más, que en los próximos meses se sacarán de todas las fuentes posibles, y también serán menester mujeres. Pero a la esfera combatiente de las baterías antiaéreas no se destinará a mujer alguna, no siendo voluntaria. Prácticamente todas lo son.

También se han adoptado medidas extremas en los Estados Unidos. Los alemanes deben abandonar la idea de que cualesquiera pérdidas o retrocesos, como el reciente, nos apartarán de nuestro propósito. Iremos hasta el fin, por mucho que arrecie la borrasca, y yo no vacilo en dar la opinión, que no disiente de la de los técnicos con quienes estoy en constante contacto, de que la ofensiva alemana en el Este, verosímilmente, más acortará que alargará la guerra.

Hemos de mirar el esfuerzo de von Rundstedt como un intento para dislocar y, a ser posible, romper el tremendo ímpetu con que los angloamericanos se preparaban a cruzar el Rin y la línea Sigfrido. Sin duda, los alemanes deseaban eludir, antes que los rusos le acometan por el Este, ese esencial golpe desde el Oeste. Es positivo que han sufrido grandes bajas en sus forcejeos, que han perdido gran proporción de la flor de sus últimos ejércitos y que han alcanzado una ligera e inefectiva penetración en el largo frente. Lo que ellos se preguntarán ahora es si a tan pesado precio han aplazado apreciablemente el avance general de los aliados desde el Oeste más allá de lo que se había calculado. Sin duda, es ésa la pregunta que el alto mando alemán se formula ansiosamente en estos momentos.

Siempre titubeo en decir nada sobre el porvenir militar, pero creo y espero que este violento ataque, en que los alemanes acaso han tenido dobles pérdidas que nosotros, no ha aplazado, y menos aún evitado, la sentencia que en el Oeste se cierne sobre ellos. Por terrible que sea

decir esto cuando hay en juego tan valiosas vidas, es interés nuestro y americano que todo el frente occidental y el aéreo, siempre que haya posibilidad de operar, estén en continua acción contra el enemigo, desgastándole y desangrándole en toda oportunidad y ocasión, si hemos de poner fin a estos horrores. No me parece necesariamente mala cosa, antes buena, que el enemigo haya provocado batallas regulares en campo abierto y en los bosques, ondulaciones y montañas de las Ardenas. Ello ha sido preferible a que nuestras tropas, en tal estación del año, hubieran de avanzar cruzando grandes ríos y mares de lodo para atacar fortificaciones de cemento. Es mejor para los aliados una gran lucha campal, mientras sea posible, que un continuo oleaje del frente contra las casamatas.

Guerra de desgaste.

En resumen, opino que los alemanes han efectuado una violenta y costosa salida, que ha sido rechazada con gran matanza, y que esto les ha hecho agotar fuerzas que no pueden subsistir contra un enemigo que ha sustituído ya con creces sus pérdidas. Esas fuerzas alemanas no sólo se requieren ahora para sostener el frente en el Oeste, sino aún más para taponar las terribles hendiduras que, como nos van diciendo los telegramas, sobrevienen a causa del magnífico empujón del grueso de los ejércitos rusos, desde el Báltico a Budapest. El mariscal Stalin ha sido muy puntual. En las combinaciones de los aliados antes prefiere llegar pronto que tarde. No puedo intentar poner límites a los soberbios y titánicos acontecimientos a que ahora asistimos en el Este, ni a sus repercusiones en otros frentes. Sólo me cabe decir que el conjunto de los frentes oriental y occidental, y el de Italia, donde 27 divisiones alemanas se encuentran retenidas por fuerzas no superiores a ellas, se hallarán desde ahora en continua acción hasta que se alcance el punto álgido y final. El avance de las enormes fuerzas soviéticas por Polonia y territorio alemán producirá consecuencias de un carácter y grado tales que los más sabios estrategas y los más previsores profetas han de reservar su opinión hasta que los resultados sean conocidos.

Filipinas.

A la vez que la Ardenas, los Estados Unidos reñían otra casi tan grande en las Filipinas, al otro extremo del mundo. Estos dos vastos episodios militares se han desarrollado simultáneamente. Cuando pensamos en las distancias del Pacífico y en el vasto consumo de barcos y material de guerra necesarios, en las grandes flotas puestas en movimiento y en los numerosos ejércitos transportados y abastecidos con todo detalle, hemos de maravillarnos ante la triunfante fuerza militar de los Estados Unidos que, saliendo de su vida libre, pacífica y fácil, se han convertido, contra su deseo, en la mayor potencia militar del mundo. También hemos de maravillarnos de la locura de los traidores intrigantes del Japón, que tan locamente llamaron sobre ellos esta increíble manifestación de poder armado. La recuperación de las Filipinas, que el general MacArthur lleva en pleno progreso muchos meses antes de lo esperado, es una terrible advertencia al Japón y presagia su derrota y ruina. Felicitamos al general MacArthur y al almirante Nimitz por el creciente éxito y celeridad de sus grandes operaciones combinadas.

No puedo abandonar mi discurso sin mencionar la pérdida que todos hemos sufrido—y yo personalmente—con la muerte en acción de mi representante ante el general MacArthur, teniente general Lumsden, uno de nuestros más distinguidos y cumplidos militares y que en los comienzos de la guerra hizo ganar nueva popularidad a los carros armados. Pereció en la banda de babor de un barco que se acercaba a Luzón y le causó la muerte una bomba de la que el almirante Fraser, comandante en jefe de nuestra escuadra local y que se hallaba allí como espectador, sólo se libró por cortos segundos. Ha habido muchas bajas entre los altos jefes en estas campañas. Con el mariscal del Aire, Tedder, y el almirante sir Bertram Ramsay, hemos perdido dos de los tres jefes de la expedición al Continente, sobreviviendo sólo el mariscal Montgomery.

Hay otra campaña en que la India y nosotros hemos invertido enormes esfuerzos, coronados por la fortuna: el avance del XIV Ejército, al que no olvidamos y con el

que de continuo están nuestros pensamientos. El progreso del XIV Ejército, en armonía con los chinos en su flanco septentrional, le ha llevado a más de 200 millas de Kohima, Imphal y Miitkina. Ahora rinde sus frutos la fiera lucha del pasado año. Los japoneses han sido batidos en esos terribles conflictos en que hemos tenido graves bajas —no menos de 40.000 ingleses, indios y otros—y en que las pérdidas por enfermedad son mucho mayores. Siempre he temido la nueva campaña birmana de este año, a causa del pesado porcentaje de bajas por enfermedad que sufren, no sólos los ingleses, sino también los hindúes y tropas del oeste y este africano que allí pelean con gran eficacia. Temía la campaña por eso y por las dificultades de transporte de los suministros desde la India, a través de cientos de millas de gargantas, donde todos los puentes son arrastrados por las torrenciales lluvias, donde los ríos aumentan veinte o treinta pies su nivel en pocas horas y donde los medios de comunicación son primitivos y escasos.

Birmania.

Mas esa campaña que tanto he temido era necesaria para que, desalojados de Birmania los invasores, las fuerzas que tenemos allí puedan adquirir movilidad y actuar en las fases finales de la guerra. Además, la obstinada prolongación de la guerra europea aplaza el envío a Oriente de refuerzos de todas clases. La expedición de soldados, aviones y embarcaciones de muy distintos géneros usados en las operaciones anfibias ha sido dilatada, aunque se había hecho entrar con ella al almirante Mountbatten. Lo primero es lo primero. Pero, no obstante esto, el almirante y sus ejércitos han hecho mayores avances de los esperados hasta el presente según los cálculos del alto mando. Y ahora siguen «camino de Mandalay»..., aunque en diferente dirección. Esta referencia al XIV Ejército no puede omitir la toma de Akiab, que, con su aeródromo, ha pasado a manos de nuestras tropas, a pesar de que en algún momento pareció necesaria una expedición con ese fin exclusivo.

He abarcado, hasta tanto como me lo proponía, los diferentes escenarios bélicos en que están empeñadas las

fuerzas de su majestad, con elementos sacados de todas las regiones del Imperio, que pelean incansablemente y sin desmayo. Ello continuará así, y el corazón de esta pequeña isla seguirá latiendo con vastos esfuerzos transmitidos a toda la extensión del Imperio y Comunidad, sin extinguirse a despecho de las largas fatigas, monotonías y pruebas abrumadoras que la guerra impone no sólo a los combatientes, sino a cuantos, desde retaguardia, sirven a los soldados del frente todo lo que necesitan.

Hemos llegado al 65 mes de la guerra, y el peso de ella gravita mucho sobre nosotros. Nadie sabe qué efectos produce en estos tiempos la larga prolongación de una tensión superior por completo a la de la ordinaria vida normal de la sociedad humana. Empero, animémonos. En el Este y el Oeste, abrumadoras fuerzas se alinean a nuestro lado. La victoria militar podrá estar distante y ciertamente será costosa, pero no puede ya ser puesta en duda. La fuerza física y científica que en los primeros años nuestros enemigos lanzaban sobre nosotros ha cambiado de partido, y la Comunidad Británica, los Estados Unidos y la Unión Soviética poseen indiscutiblemente medios de convertir en polvo y cenizas el prodigioso poder de las naciones belicosas y las intrigas que nos asaltaron. Mas, a medida que la sensación de peligro moral ha pasado de nuestro lado al de nuestros crueles enemigos, éstos han adquirido el estímulo de la desesperación y nosotros tendemos a aflojar el lazo del instinto de conservación, o estamos en peligro de aflojarlo.

Moral de guerra.

Por tanto, se requiere de nosotros un impulso moral e intelectual hacia la unidad y un claro concepto y definición de nuestros propósitos conjuntos para superar el esfuerzo que nuestros enemigos sacarán de su desolada condición. ¿Podemos conseguir esta completa unidad y este nuevo impulso a tiempo de obtener una decisiva victoria militar con la menor prolongación posible de la miseria del mundo, o caeremos en choques, palabrerías y discordias antes que la victoria sea conseguida? Paréceme que ésta es la cuestión suprema de nuestro tiempo y hora. No es un proble-

ma nuevo en la historia humana. Muy a menudo han estado grandes combinaciones a punto de obtener el triunfo, disolviéndose en el último momento. Muy a menudo los éxitos y sacrificios de los ejércitos se han anulado en las conferencias de paz. Muy a menudo las águilas han sido burladas por los papagayos. Muy a menudo, en particular, el pueblo de esta isla, indomable en la adversidad, ha saboreado la duramente ganada copa del éxito sólo para perderla en seguida.

Considero, pues, que es muy grave este momento en que me dirijo a la Cámara, y paréceme que afecta a los miembros de todos los partidos, puesto que todos participan en nuestro esfuerzo de guerra, sin que en el futuro pueda lo que no ha sido monopolio de nadie ser esgrimido en luchas partidistas. Todos estamos en esto para bien o para mal, y todos hemos atravesado juntos las dificultades. Ya dije que muy a menudo sobrevienen perturbaciones en un momento de éxito, en un período en que nadie puede dudar de cuál será el resultado final. Así, es deber de todos los partidos elevarse a un supremo sentido de sus obligaciones y de los servicios que ya ha rendido esta Cámara a la causa de la libertad.

En un tiempo como el presente hay que concentrarse con dominio, claridad y perseverancia mentales en los aspectos principales con que nos afrontamos y sobre los que deseamos y creemos estar de acuerdo con nuestros principales aliados. ¿Cuál, por ejemplo, debe ser nuestra actitud ante los terribles enemigos con quienes peleamos? ¿Ha de ser la de una rendición incondicional, o debemos plegarnos a algún acomodo a través de una paz negociada, dejándoles en libertad de renovar la lucha después de unos cuantos años de zozobra? El principio de la rendición incondicional fué proclamado por el presidente de los Estados Unidos en Casablanca y yo lo rubriqué, en nombre de este país. Estoy seguro de que era acertado cuando se formuló, a pesar de que entonces pendían en la balanza muchas cosas que luego se han inclinado en pro de nosotros. ¿Debemos modificar una declaración hecha en días de debilidad y falta de

Rendición incondicional.

éxito relativo, ahora que hemos alcanzado un período de dominio y poder?

Estoy seguro de que nada debe inducirnos a abandonar ahora el principio de la rendición incondicional o a entrar en negociación alguna con Alemania y el Japón, sea cual fuere la forma en que tales sugestiones puedan presentarse, hasta que se haya ejecutado formalmente el acto de la rendición incondicional. Pero el presidente y yo hemos declarado repetidamente que el imponer la rendición incondicional al enemigo no descarga en modo alguno a las potencias victoriosas de sus obligaciones de humanidad, ni de sus deberes de naciones cristianas y civilizadas. Recuerdo haber leído que una vez los antiguos atenienses subyugaron a una tribu del Peloponeso que les había hecho gran daño con medios viles y traidores, y cuando tuvieron al ejército enemigo congregado en una playa y presto a la inmolación, le perdonaron y libertaron, diciendo: «No se hizo esto porque fueran hombres, sino por la naturaleza del hombre.»

Análogamente podemos decir nosotros a nuestros enemigos: «Exigimos la rendición incondicional, pero bien sabéis cuán estrictos son los límites a que se ajustan nuestros actos morales. No somos extirpadores de naciones ni carniceros de pueblos. No hacemos pacto con vosotros, ni nada os concedemos como derecho. Abandonad incondicionalmente vuestra resistencia, y nosotros permaneceremos ligados por nuestras costumbres y naturaleza.»

Hay otra razón que haría de la derogación del principio de rendición incondicional una cosa muy imprevisora en estos momentos, y esa razón no es incongruente ni contradictoria con las que acabo de dar. Tendríamos que discutir con el enemigo, mientras éste empuñara las armas aún, todos los penosos detalles del reajuste que sus indescriptibles crímenes han hecho necesarios para la futura seguridad de Europa y del mundo, y tales detalles, mencionados al pormenor, podrían convertirse en mayor obstáculo para el cese de la lucha que la amplia generalización que implica la rendición incondicional.

Los alemanes conocen muy bien el general estado de cosas.

Varios países se han rendido ya incondicionalmente a los victoriosos aliados Rusia, Inglaterra y Estados Unidos. Esos pueblos gozan de una vida tolerable. Veamos Italia y Finlandia, pueblos que no han sufrido una matanza ni esclavización total. Por lo contrario, en lo que a Italia se refiere, hay momentos en que casi cabe preguntarse si ellos son los que incondicionalmente se rindieron a nosotros, o si nos rendimos nosotros a ellos. Puedo, en nombre de las Naciones Unidas, decir esto, cuando menos, a Alemania: «Si os rendís, nada de lo que soportéis después de la guerra será comparable a lo que, en otro caso, vais a sufrir en 1945.»

La paz, aunque fundada en la rendición incondicional, traerá para Alemania y el Japón una inmensa e inmediata mejora de los sufrimientos y males que les esperan. Los aliados no somos monstruos, sino hombres leales que se esfuerzan en llevar adelante la luz del mundo y en crear sobre la sangre y la confusión en que la Humanidad está sumida una estructura de paz, de libertad, de justicia y de ley, sistema que ofrecerá un duradero refugio para todos. Así me aventuro a presentar ante la Cámara el grave tema de la rendición incondicional.

Paso ahora a la segunda de las principales cuestiones que tenemos planteadas, y de la que ya he tratado con particular aplicación a Grecia, Yugoslavia e Italia. Me refiero a qué principios deben guiarnos respecto a los países liberados por nuestros aliados y nosotros, y respecto a los países satélites de Alemania que, de un modo u otro, realizan su ardua vuelta al redil. En esto, desde luego, sólo hablo por Inglaterra y por su especial responsabilidad. En algunas partes se ha usado en contra nuestra la expresión «política de fuerza». Yo pregunto: «¿qué es una política de fuerza?

Política de fuerza.

Conozco tan bien a nuestros amigos de ultramar, que sé que puedo hablar francamente sin ofenderles. ¿Es política de fuerza el tener una escuadra dos veces mayor que cualquier otra del mundo? ¿Es política de fuerza poseer la mayor aviación del mundo, con bases en todas las naciones del mundo? Si así es, lamento decir

que no somos nosotros culpables de esos delitos. Son lujos que se han alejado ya de nosotros.

Por lo tanto, agradezco mucho a mi amigo el ilustre presidente de los Estados Unidos, cuatro veces designado por voto popular para la jefatura de la más poderosa comunidad del mundo, su definición de la «política de fuerza». Con su maravilloso don de abatir perturbadores problemas, reduciéndolos al sereno nivel de la vida ordinaria, el presidente, en su reciente mensaje al Congreso, declaró que la política de fuerza consistía en el mal uso de la fuerza. Estoy seguro de poder decir, en nombre de todos los partidos de la Cámara, que estamos de pleno acuerdo con el presidente. Iremos más allá y definiremos con más precisión aún nuestra actuación. Lo hemos sacrificado todo en esta guerra. Emergeremos de ella, por el momento, más dañados y empobrecidos que cualquier otra nación del mundo. El Reino Unido y la Comunidad británica son las únicas fuerzas indomeñadas que declararon la guerra a Alemania por su propia voluntad. No declaramos la guerra por ambiciones ni ventajas materiales, sino por nuestra obligación de hacer lo más posible en pro de Polonia y contra la agresión alemana, agresión en que, justo es decirlo, iba implicada nuestra propia conservación.

Después de la derrota de Francia, en junio de 1940, estuvimos solos durante más de un año, y no ahorramos sangre, tesoros ni esfuerzos en favor de la que es ahora causa común de más de treinta naciones. No buscábamos territorio, no codiciábamos campos petrolíferos, no pedíamos bases para nuestras fuerzas de mar o aire. Somos una antigua Comunidad que vive, y quiere vivir, en paz dentro de sus moradas. No pretendemos rivalizar en grandeza y poder con ninguna otra comunidad del mundo. Sólo defendemos nuestros propios derechos.

Estamos dispuestos a defenderlos, pero no a intervenir en ventaja nuestra en los asuntos de cualquier país amigo grande o pequeño. Hemos dado, y continuamos dando, todo lo que tenemos. En cambio, no pedimos más que la consideración y respeto que se nos deben. Aun si esto se

nos negara, nuestra conciencia estaría limpia. Por lo tanto, que nadie en nuestro país y Comunidad, ni en el extranjero, nos califique mal ni desvirtúe nuestros móviles. Estamos sujetos a humano error, sin duda; pero nuestros motivos, en lo grande y en lo pequeño, son desinteresados, elevados y sinceros. Rechazo, vengan de donde vinieren, las calumnias de que Inglaterra y su imperio son un poder egoísta, ávido de fuerza y tierras, una nación intrigante, obsesionada por sombrías conspiraciones de maniobras europeas o expansión colonial. Rechazo esto tanto si viene de nuestros mejores amigos como de nuestros peores enemigos. Marchemos adelante contra el adversario, y en lo demás, que todos los hombres, aquí y en los demás países, examinen sinceramente su corazón, como nosotros ciertamente continuaremos haciendo.

He procurado lo mejor que he podido, en un tiempo larguísimo para un discurso, pero brevísimo para el tema, abarcar las más salientes características de la guerra mundial. Añadiré que debemos fijar los ojos en el caza de retropropulsión, en los cohetes V y sobre todo en la renovada amenaza submarina. Sin duda hay otros peligros, pero, tomando la situación en conjunto, jamás he tenido ocasión en que pudiera hacer a la Cámara una más confiada declaración sobre el creciente poder y predominio de las Naciones Unidas y sobre la solidaridad militar de las tres grandes aliadas. Indudablemente habrá equívocos políticos y dificultades de orden esencialmente menor. Por eso he celebrado que el presidente declarara en público el martes que está dispuesto a reunirse conmigo y con el mariscal Stalin casi inmediatamente o muy pronto. El ministro de Asuntos Extranjeros y yo, con nuestros consejeros técnicos y militares, no faltaremos a la cita y «cuando el *rol* sea llamado, nos hallaremos allí».

Conferencia de los Tres.

Tengo grandes esperanzas en esa conferencia, porque llega en un momento en que muchos moldes pueden prepararse a recibir grandes cantidades de metal fundido, y también en un momento en que pueden hacerse avances directos hacia los vastos problemas con que se encontra-

rán los vencedores, y sobre todo hacia la organización mundial, de la que, como todos sabemos, depende la salvación de nuestra abrumada generación y el porvenir inmediato del mundo. Entraremos en esas discusiones contando con vuestra simpatía y apoyo. Pase lo que pasare, la nación y Comunidad británicas pueden descansar tranquilas en la confianza de que la bandera inglesa de la libertad ondeará siempre sobre los blancos acantilados de Dover.

RESULTADOS
DE LA CONFERENCIA DE CRIMEA

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES
EL 27 DE FEBRERO DE 1945

---

15 febrero. *Tropas anglocanadienses se alinean en la orilla occidental del Rin, en un frente de 10 millas, y desbordan el segundo recinto de las defensas de la línea Sigfrido. Aviones de los Estados Unidos bombardean Tokio.*

16 febrero. *Los contraataques alemanes en el Este son rechazados con sangrientas pérdidas. Los aviones aliados siguen bombardeando las instalaciones petrolíferas enemigas. Los americanos recuperan Bataan (Filipinas).*

17 febrero. *Una operación de flanco del I Ejército canadiense amenaza las localidades de Calcar y Goch.*
En Birmania, los ingleses desembarcan a 65 millas al sudeste de Akiab, y el XIV Ejército ensancha su cabeza de puente allende el Irawady.

18 febrero. *La infantería rusa avanza hacia la línea defensiva alemana del Neisse, que cubre Sajonia y el sur de Brandeburgo.*

19 febrero. *Los americanos rompen la línea Sigfrido al nordeste de Echternach.*
La infantería de marina estadounidense desembarca en Iwo Jima, a 750 millas del Japón.

20 febrero. *Progresos del III Ejército americano en el sector Sarre-Mosela.*
Los rusos avanzan hacia Dantzig.

21 febrero. *Amplios ataques aéreos aliados sobre Alemania, particularmente contra Berchtesgaden, Nuremberg y Berlín.*
Los rusos acupan Czersk, a 45 millas de Dantzig.

22 febrero. *Los bombarderos aliados realizan una terrorífica acción con el propósito de inutilizar los ferrocarriles alemanes. Se emplean más de 3.000 aviones. El III Ejército de los Estados Unidos cruza el Sarre.*
Los rusos ocupan tres arrabales de Breslau.

23 febrero. *Los americanos cruzan el Sarre por otros puntos. En el Este los rusos toman la plaza fuerte de Posen después de un mes de asedio.*
Turquía declara la guerra al Eje.

24 febrero. *Avanzando hacia el Este, los americanos conquistan 10 localidades.*

25 febrero. *Los aliados llegan a Steinstrass, a 18 millas de Colonia. Los bombarderos aliados prosiguen su gran ataque a los ferrocarriles e instaciones petroleras alemanas.*
Superfortalezas despegadas de portaaviones bombardean Tokio y Yokohama.

26 febrero. *Berlín sufre el mayor ataque aéreo diurno de la guerra.*

27 febrero. *Fuerzas inglesas, canadienses y norteamericanas avanzan en muchos sectores y penetran más en la línea Sigfrido.*
Churchill pronuncia un discurso ante la Cámara sobre los resultados de la reunión de Crimea.

[27 febrero 1945.

La reciente conferencia de las tres potencias en Crimea se enfrentó con realidades y dificultades de manera tan excepcional, que el resultado constituye un acto de Estado sobre el que debe de opinar la Cámara. El Gobierno de su majestad cree tener derecho a conocer su posición ante la Cámara de los Comunes. Si la Cámara nos manifiesta su recio apoyo, se reforzará nuestra situación ante los aliados. Además se evidenciarán los íntimos vínculos que hay entre el poder ejecutivo y la Cámara, demostrando la vitalidad de nuestras instituciones democráticas y la subordinación de los ministros a la autoridad parlamentaria. La Cámara no retrocederá ante su deber de pronunciarse. Vivimos en tiempos en que se requiere igualdad de decisiones en cuantos participen en nuestros asuntos públicos. Y se hará patente el firme y tenaz carácter del presente Parlamento, así como de nuestras instituciones parlamentarias en general, que salen fortalecidas de los temporales de le guerra. Por tanto, nos ha parecido justo y necesario presentar una moción positiva, en apoyo de la cual me agradará someter algunos hechos y argumentos a la Cámara al abrirse estos tres días de debate.

Vitalidad democrática.

Harto obvias son las dificultades de celebrar una con-

ferencia de los tres jefes de gobierno. El hecho de que, a pesar de los modernos medios de comunicación, hayan pasado catorce meses entre Teherán y Yalta, da una medida de esas dificultades. Bien sabido es que el Gobierno de su majestad deseaba una reunión tripartita en el otoño. Nos alegramos cuando, al fin, se designó Yalta como punto de cita. De camino, las delegaciones de Inglaterra y los Estados Unidos celebraron en Malta discusiones acerca del vasto radio de nuestros negocios conjuntos de orden político y militar. Los jefes del Estado Mayor Combinado conferenciaron durante tres días sobre las grandes operaciones en curso en el frente del Oeste, y sobre los planes de guerra contra el Japón. El ministro de Asuntos Extranjeros, acompañado por altos funcionarios y ayudantes —algunos de los cuales, infortunadamente, perecieron en el camino—, se reunió también allí con el señor Stettinius. En la mañana del 2 de febrero el crucero en que viajaba el presidente penetró, majestuoso, en el malparado puerto. Por la tarde hubo una conferencia plenaria de los jefes de Estado Mayor, y el presidente y yo aprobamos las proposiciones cuidadosamente elaboradas en los días precedentes a efectos de llevar nuestro esfuerzo militar a su cúspide y de acordar el tiempo y forma de las operaciones. Entretanto el ministro de Transportes de Guerra y las autoridades americanas correspondientes trabajaban en los problemas de tonelaje, que al presente gobiernan nuestros asuntos y que afectan al movimiento y reservas de petróleo, vituallas, municiones y tropas. Se alcanzó completo acuerdo sobre estas materias, que son muy complicadas y difíciles, tanto, en verdad, como hacer una guía ferroviaria en que las horas de todos los expresos puedan ser variadas si sobrevienen media docena de circunstancias imprevistas. No se establecieron acuerdos inflexibles sobre materias políticas. Éstas, naturalmente, eran el tema de la conferencia de Yalta y hubo que dejarlas abiertas para la reunión de los tres.

Conferencias preparatorias.

La razón de que sean apremiantes los problemas de tonelaje consiste en que la culminación de la guerra en Eu-

ropa se ha dilatado bastantes meses más de lo que parecía el pasado otoño, y entretanto las victorias militares de los Estados Unidos en el Pacífico han llevado a su punto álgido la guerra contra el Japón. Así, en vez de un período álgido siguiendo a otro, hay dos a la vez en dos guerras sostenidas en extremos opuestos del globo. Aunque hace un par de años que nuestras pérdidas conjuntas por acción submarina han dejado de ser un factor apreciable en nuestros asuntos de importancia, aunque la producción naval de los Estados Unidos es gigantesca, y aunque los aliados tienen ahora más barcos que tuvieran jamás durante la guerra, estamos de hecho más apremiados que nunca por la escasez de tonelaje. La misma doble culminación de la guerra multiplica las dificultades para el retorno a la paz, incluyendo los problemas de alojamiento y de suministros a la población civil, que los necesita tanto. Todo esto exige la más extremada economía en el campo militar, donde la prodigalidad, el error o la extravagancia de cualquier género inferiría un grave daño a la causa común. Esas circunstancias obstaculizan también lamentablemente nuestra misión de proveer de ayuda a las duras necesidades de los países liberados. No estoy dispuesto a que nuestra isla amengüe sus reservas mínimas de víveres y combustible, salvo en casos donde haya seguridad de rápida sustitución. Dentro de esto, hemos de hacer todo lo posible para auxiliar a los países liberados. Fácil es, pues, ver el riguroso carácter de las discusiones que en nombre nuestro ha sostenido lord Leathers, hombre muy competente en semejantes materias, reconocido como magnífica autoridad en tales aspectos, y capaz de guardar siempre en su cerebro cuanto afecta a esas cuestiones. Debemos estar satisfechos del acuerdo justo y amistoso, para el reparto de cargas y dificultades, que se ha logrado entre nosotros y los Estados Unidos con respecto al total del tonelaje aliado.

La conferencia diplomática se mantenía en un crucero, la discusión militar en otro, y los debates sobre navegación en un tercer buque. Al fin llegó el presidente y los resultados fueron sometidos a él y a mí. Yo había estado

en contacto con lo que pasaba, y los dos lo aprobamos todo, emprendiéndose inmediatamente las correspondientes acciones.

Después volamos desde Malta al aeródromo de Crimea; pasamos sobre las montañas—de cuyos peligros se habían dado alarmantes relatos que se acreditaron de exagerados—, y llegamos a la costa meridional de Crimea. Esta costa, protegida por montes, forma una hermosa «Riviera» del mar Negro, y en ella los nazis habían dejado intactos algunos palacios y villas del desvanecido régimen aristocrático e imperial. Con extremos esfuerzos, cálculos e ingenio, nuestros huéspedes rusos habían reordenado aquellas moradas, proporcionándonos acomodo según el estilo de la sincera hospitalidad rusa. Al fondo se veían precipicios y montañas, y más allá de ellos, los asolados campos de batalla de Crimea y sus arruinadas moradas, por donde dos veces pasaron ejércitos riñendo mortal combate. En esa costa trabajamos durante nueve días, y nuestra amistad creció mientras debatíamos muchos problemas guerreros y políticos.

Yalta.

He visto críticas en Inglaterra de que no se invitase a Francia a la conferencia de Yalta. El primer principio de la política británica en el oeste de Europa es una Francia fuerte, con un fuerte ejército. No obstante, entendían las tres potencias representadas en Crimea que, mientras ellas sean responsables, en grado abrumador, de la carga principal y dirección de la guerra, y de la política íntimamente relacionada con las operaciones, no debían permitir restricción alguna a su derecho de reunirse siempre que lo estimasen necesario, para poder cumplir con eficacia sus deberes hacia la causa común. Esto no excluye invitaciones a otras potencias cuando haya reuniones más amplias.

Ausencia de Francia.

Francia hallará muchos motivos de satisfacción con las resoluciones de la conferencia de Crimea. En efecto, será invitada a encargarse de una zona de ocupación en Alemania, zona que delimitaremos con los franceses, y a participar en la comisión aliada de control de Alemania, que regulará todos los asuntos del país vencido una vez obte-

nida la rendición incondicional. Se invita también a Francia a unirse a los Estados Unidos, el Reino Unido, la U.R.S.S. y China, para expedir convocatorias a la conferencia de San Francisco, acordada para el 25 de abril de este año. Asimismo se le propone que se una a los Estados Unidos, Reino Unido y U.R.S.S. en la declaración sobre la Europa liberada. Pertenecerá a la Comisión Consultiva Europea, a la que se han encomendado tareas muy importantes, entre ellas el aconsejar a los Gobiernos sobre el trato que proceda dar a Alemania. Esta comisión, con asistencia francesa, ha completado ya en gran detalle todos los términos en los que la rendición incondicional será recibida y aceptada. En este campo todo está previsto. Si mañana nos hallamos ante un desplome del poder alemán, nada habrá que no haya sido previsto por esa Comisión Consultiva, que consiste en el señor Winant, el embajador Gusev y sir William Strang, del departamento de Asuntos Extranjeros. La comisión entiende en los ajustes para la ocupación, hasta tanto como cabe preverlos, y nos aconsejará sobre los diversos asuntos relacionados con Alemania, aparte del hecho de su fiscalización por las autoridades militares. Todo esto muestra claramente la importancia del papel que Francia va a desempeñar en el futuro orden de Europa, y lo plenamente que se reconoce que ha de estar íntimamente asociada con las grandes potencias en esta tarea. Para darle ulteriores explicaciones sobre la conferencia, invitamos al señor Bidault, ministro de Asuntos Extranjeros de Francia, a que viniese a Londres a la primera oportunidad. Tuvo la gentileza de acudir y en los últimos días hemos tenido el placer de celebrar con él una serie de conversaciones aclaratorias, informándole por completo de toda la situación y enterándonos de cuáles son al respecto los deseos y miras de Francia.

Sobre la organización mundial, poco más puedo decir de lo contenido en el informe de la conferencia y de los primeros informes emanados de Dumbarton Oaks. En Crimea las tres grandes potencias llegaron a un acuerdo —no logrado en Dumbarton Oaks—sobre el difícil tema

del procedimiento de votos. Ese esencial acuerdo nos ha permitido dar el próximo paso adelante en la nueva organización mundial, y hay acuerdos para enviar invitaciones a la asamblea de las Naciones Unidas que, como dije, se reunirá dentro de un par de meses en San Francisco. Quisiera poder dar a la Cámara plenos detalles de los acuerdos sobre votaciones a que han llegado ahora plenamente los representantes de las tres potencias, antes en discrepancia. Pero pensamos que debe obtenerse el acuerdo de Francia y de China antes de publicar la fórmula. Por el momento, pues, sólo puedo tratar el asunto en términos generales.

Asamblea en San Francisco.

La dificultad que se presenta es que la carga principal de mantener la seguridad y la paz recaerá en las tres grandes potencias. La nueva organización mundial ha de tener en cuenta esta especial responsabilidad de las tres potencias, y ha de estructurarse de modo que no comprometa la unidad de las mismas, ni su capacidad de actuar si ello se requiere con urgencia. A la vez, la organización mundial no puede fundarse en una dictadura de las grandes potencias. El deber de éstas es servir al mundo, no avasallarlo. Creemos que el procedimiento votativo acordado en Yalta provee a esos dos puntos esenciales y permite un sistema justo y aceptable si se consideran las evidentes dificultades que hallará todo el que piense en el tema.

La asamblea de San Francisco congregará, a invitación de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Comunidad de naciones británicas, U.R.S.S., Gobierno provisional de la República Francesa y República China, a todos los miembros de las Naciones Unidas que declararon la guerra a Alemania o al Japón hasta el 1 de marzo de 1945 y que suscribieron la declaración de la conferencia de las Naciones Unidas. Más naciones han declarado la guerra después de Yalta, lo que debe ser estimado y mirado con satisfacción por quienes llevaron la carga en otros momentos. Nuestro futuro se consolidará y enriquecerá con la participación de esos países que, unidos a los miembros fundadores, iniciaron los pasos formativos de la organi-

zación mundial a que se espera que en su debido tiempo pertenezcan todos los Estados. En tal corporación, fuertemente armada, debemos confiar para evitar guerras agresivas o preparación para tales guerras, permitiendo que las diferencias entre los Estados, grandes o pequeños, se resuelvan por medios pacíficos y legales, por persuasión, por presión de la opinión pública, por métodos lícitos, y eventualmente por otra categoría de medios que constituyen el principio de esta nueva organización.

La anterior Sociedad de Naciones, tan reprochada y que se halló inadecuada para las tareas que intentó, será sustituída por una organización más fuerte, en que los Estados Unidos desempeñarán un papel vitalmente importante. Incorporará, empero, muchas de las estructuras y características de su predecesora. Todo el trabajo hecho en el pasado, toda la experiencia acumulada en la Sociedad de Naciones, no se habrán perdido; mas la nueva institución diferirá de la otra en el extremo esencial de que no vacilará en imponer su voluntad a los malhechores o conjurados para el mal, en tiempo oportuno y por fuerza de armas. Esta organización, capaz de continuo progreso y desarrollo, es en todo caso apropiada a la fase en que el mundo entrará después de que hayan sido batidos nuestros enemigos; y tenemos buenas esperanzas—y más que esperanzas resuelta determinación—de que la organización internacional proteja al mundo contra la recaída en una tercera renovación de sus torturas. En el intervalo entre las dos guerras mundiales, todos hemos advertido bien la debilidad de las corporaciones internacionales, cuyas tareas se complican seriamente con el mismo infortunio que ocurrió en la Torre de Babel. Aleccionados por la amarga experiencia, esperamos ahora hacer al mundo consciente de la fuerza del nuevo instrumento y de la protección que podrá dar a cuantos deseen vivir en paz dentro de sus límites.

La nueva estructura mundial, desde el principio y en todas las esferas de su trabajo, será favorecida en extremo por los cauces comunes del ordinario y amistoso intercambio diplomático, al que no sustituye en modo algu-

no. Por nuestra parte estamos decididos a hacer cuanto podamos en pro del éxito de la Asamblea. Con tal ocasión es claramente apropiado que los dos partidos principales del Gobierno de su majestad y de la nación británica estén representados y todos los partidos unidos en el futuro respecto a los acuerdos que se tomen. Celebro informar a la Cámara de que los representantes principales de su majestad en esa conferencia serán mi muy distinguido amigo el ministro de Asuntos Extranjeros (Eden) y el lord presidente del Consejo y jefe del partido laborista (Attlee). Deseo mucho que tal principio se establezca, incluso en las que pueden ser las postrimerías de esta memorable coalición. Todos los partidos deben unirse en ese nuevo instrumento, de manera que tan supremos asuntos queden, con expresión de Gladstone, «en una altura seca y ajena al flujo y reflujo de los partidos políticos». Confieso que no he compulsado esta cita, y pido indulgencia si se halla que he cometido un error.

La conferencia de Crimea ha unido a los aliados más que nunca, tanto en la esfera militar como en la política.

Alemania.

Alemania debe reconocer la esterilidad de esperar la división entre los aliados, y ha de prepararse a la completa derrota. La ulterior resistencia sólo producirá innecesarios sufrimientos. Los aliados están resueltos a que Alemania sea totalmente desarmada, a que el nazismo y el militarismo alemán sean destruídos, a que los criminales de guerra sean castigados justa y rápidamente, a que toda la industria alemana capaz de producir material de guerra sea eliminada o fiscalizada, y a que Alemania pague compensaciones en especie, en tanta escala como pueda, a cambio del daño inferido a las naciones aliadas. Por otra parte, no es propósito de los aliados destruir al pueblo alemán, ni dejarle sin los necesarios medios de subsistencia. Nuestra política no tiende a la venganza, sino a tomar las medidas necesarias para asegurar la paz y seguridad futuras del mundo. Algún día habrá lugar para Alemania en la comunidad de las naciones, pero sólo cuando todas las huellas de nazis-

mo y militarismo hayan sido extirpadas eficaz y finalmente.

Sobre el plan general hay acuerdo completo. En cuanto a las medidas para aplicarlo, falta mucho por hacer. Los planes de la Comisión Aliada de Control entrarán en vigor tan pronto como Alemania sea derrotada, ya que están, como dije, tan avanzados que pueden ser instantáneamente puestos en efecto. Respecto a las medidas a largo término hay muchos puntos de gran importancia acerca de los cuales tendrán los aliados que elaborar planes de detalle. Sería gran error suponer que pueden hallarse soluciones para los muchos complejos y espinosos problemas planteados, mientras los ejércitos aliados están combatiendo aún. Apresurar cosas de este género podría producir disparidad entre las naciones aliadas. Muchas de esas cosas han de esperar a cuando los jefes aliados, libres de la carga de la dirección de la guerra, puedan encaminar toda o su principal atención a la tarea de crear una paz prudente y de amplios alcances, que, según confío, será un fundamento que facilitará en gran manera la labor de la organización mundial.

Llego a lo más difícil de la declaración que estoy haciendo a la Cámara: la cuestión de Polonia. Desde hace más de un año, y desde que la marea de la guerra se ha vuelto tan acusadamente contra Alemania, el problema polaco se ha dividido en dos principales facetas: las fronteras de Polonia y la libertad de Polonia.

La Cámara sabe bien, por los discursos que le he dirigido, que el Gobierno de su majestad ha creído siempre que la libertad, independencia, integridad y soberanía de Polonia son cosas más importantes que sus fronteras de hecho. A mi entender, el establecer una nación polaca libre y con lugar adecuado donde vivir, ha superado siempre al trazado de la demarcación fronteriza y a si esos límites deben o no trasladarse en ambos sentidos más al Oeste. Rusia ha mantenido de continuo lo que pidió por primera vez en 1943, en Teherán: la línea Curzon al Este, con amplia compensación para Polonia a expensas de Alemania, al Oeste y al Norte. Todas estas cuestiones son

tolerablemente bien conocidas. El ministro de Asuntos Exteriores explicó en diciembre pasado, con mucho detalle, la historia de la línea Curzon. Nunca he ocultado a la Cámara que, personalmente, tengo por justa la reclamación rusa. Si preconizo esa frontera para Rusia, no lo hago porque me doblegue a la fuerza. Lo hago porque creo que es la mejor división de territorios que, en todas las circunstancias, cabe hacer entre dos países cuya historia ha estado tan entremezclada.

La línea Curzon fué trazada en 1919 por una comisión de peritos, a la que pertenecía uno de los más distinguidos representantes de nuestro departamento de Asuntos Extranjeros de entonces: sir Eyre Crowe. Se formó esa línea en tiempos en que Rusia tenía pocos amigos entre los aliados. Cabe incluso decir que era extremadamente impopular. No puede entenderse que ni las circunstancias ni las personalidades que en aquello intervinieron fueran muy favorables a la Rusia Soviética. Sólo se propusieron precisar cuál era la frontera justa. El Gobierno inglés aprobó tal línea, incluso con la exclusión de Lwov de Polonia. Aparte de todo lo ocurrido después, no puedo dejar de pensar que aquella propuesta era justa y bien documentada.

Dos cosas cabe recordar, haciendo justicia a nuestra gran aliada. En agosto de 1914, cuando Alemania declaró la guerra a la Rusia zarista, las fronteras occidentales rusas eran mucho más espaciosas que las que ahora pide Rusia tras tantos sufrimientos y victorias. Las fronteras zaristas incluían toda Finlandia y todo el vasto saliente de Varsovia hasta 60 millas de Breslau. Rusia acepta hoy una frontera que, en inmensas distancias, está a 200 o 300 millas más al Este de lo que fué territorio ruso, durante muchas generaciones, bajo el régimen zarista. Stalin me dijo un día que Lenin objetaba a la línea Curzon, porque se quitaba a Rusia Bialystok y su comarca. Stalin y el moderno Gobierno soviético no presentan tal objeción y concuerdan con la opinión de la comisión aliada de 1919 respecto a que la región de Bialystok debe pasar a Polonia a causa de que prepondera allí la población polaca.

Hablemos de la línea Curzon. Una línea no es una frontera. Una frontera ha de trazarse sobre el terreno y no en un mapa con lápiz y regla. Cuando el señor Eden y yo fuimos a Moscú en octubre, el mariscal Stalin me señaló ese extremo y dijo que podía haber desviaciones de ocho a diez kilómetros para seguir cursos de agua y colinas, o emplazamientos de poblados. Parecióme que éste era un modo muy sensato de plantear el problema. Pero en Yalta la propuesta rusa había cambiado, en el sentido de sostener que todas estas alteraciones secundarias se hicieran a expensas de Rusia, de modo que los polacos se tranquilizaran de una vez y para siempre y no pudieran sobrevenir ulteriores discusiones del problema. Nosotros acogimos con agrado la proposición soviética. Es menester mirar estos treinta años o más de lucha, turbulencia y sufrimiento en Europa como parte de una sola historia. Historia que yo he vivido en todas sus partes, desde que en 1911 me enviaron al Almirantazgo para preparar la flota con miras a la inminente guerra con Alemania. En sus directrices esenciales, paréceme que esta historia es la de una guerra de treinta años o más, en la que ingleses, rusos, americanos y franceses han luchado cuanto han podido para resistir la agresión alemana, con gravísimo coste para todos, pero para ninguno tanto como para Rusia, dos veces asolada en vastas regiones y que se ha desangrado perdiendo decenas de millones de vidas en una causa común que ahora llega a su cumplimiento final.

Una segunda razón me impresiona, aparte de ese sentido personal de continuidad. De no ser por los prodigiosos esfuerzos y sacrificios de Rusia, Polonia estaba condenada a destrucción completa a manos de los alemanes. No sólo Polonia como nación y estado, sino los polacos como raza estaban sentenciados por Hitler a la destrucción o a ser reducidos a una condición de servidumbre. Se dice que se ha dado muerte a tres millones y medio de judíos polacos. En todo caso, un número enorme ha perecido a causa de los más horribles actos de crueldad, probablemente la crueldad mayor que ha ensombrecido el paso del hombre por la Tierra. Cuando los alemanes confesaban claramen-

te su intención de trocar a los polacos en una raza sumisa e inferior, bajo el *Herrenvolk*, los ejércitos rusos, con soberbia hazaña de fuerza y destreza militar, en poco más de tres semanas—de hecho, desde que hablamos de esas cosas aquí—han avanzado del Vístula al Oder, empujando a los alemanes ante ellos con gran ruina, y libertando toda Polonia de la terrible crueldad y opresión bajo las que gemían los polacos.

Al apoyar la reclamación rusa a la línea Curzon, repudio y rechazo toda sugestión de que cedemos y hacemos un discutible compromiso por la fuerza o por temor, y afirmo con la mayor convicción la vasta justicia de la política sobre la que por primera vez concuerdan los tres grandes aliados. Además, las tres potencias han convenido que Polonia recibirá extensos aumentos de territorio en el Norte y el Oeste. En el Norte conseguirá, en vez de un precario corredor, la mayor parte de la Prusia Oriental al oeste y al sur de Koenigsberg, y una larga y ancha zona costera en el Báltico. En el Oeste obtendrá la importante provincia industrial de la Alta Silesia, y, además, los territorios al este del Oder que se decidan en el tratado de paz separar de Alemania, sin olvidar las miras que al respecto tenga un Gobierno polaco de amplia base.

Fronteras de Polonia.

Paréceme, pues, que es erróneo hablar de que arrebatamos a Polonia la mitad de su extensión. La parte que se extiende al este de la línea Curzon no puede computarse según sus dimensiones. Incluye la enorme y desolada región de los pantanos del Pripet, que Polonia ocupó entre ambas guerras, y que se cambia por la mucho más fructífera y desarrollada tierra del Oeste, de la que ya ha partido una gran proporción de pobladores alemanes. No hemos de temer que el mantener esas nuevas fronteras sea difícil para Polonia, ni que surja otra venganza alemana, ni que esto, usando una frase convencional, siembre la semilla de futuras guerras. Nos proponemos aplicar medidas más tajantes y efectivas que las que siguieron a la última guerra (porque conocemos mucho más de estos asuntos), a fin de que toda acción ofensiva por parte de

Alemania sea imposible en absoluto durante las generaciones venideras.

Finalmente, la organización mundial de naciones grandes y pequeñas asegurará a vencedores y vencidos contra la agresión mediante una ley indiscutible y una abrumadora fuerza internacional. El convenio de Crimea no es un plan impuesto por las grandes potencias al pueblo de Polonia. Antes bien, establece las opiniones concordes de los tres principales aliados sobre los medios para organizar, por deseo común, una Polonia fuerte, libre e independiente, establecida de acuerdo con los polacos y donde exista un Gobierno polaco que todas las Naciones Unidas puedan reconocer. Esto se ha convertido por primera vez en posibilidad desde que los ejércitos soviéticos han liberado Polonia. El cumplimiento del plan dependerá de la voluntad con que todas las fracciones democráticas de la opinión polaca dentro y fuera de Polonia resuelvan trabajar juntas para ponerlo en efecto. El plan debe ser estudiado en conjunto con el principal objetivo común siempre a la vista. Las tres potencias están concordes en que la aceptación por los polacos de lo concerniente a la frontera oriental y, en lo que cabe decidir, de la frontera occidental es condición esencial para el establecimiento del futuro bienestar de una Polonia fuerte, independiente y homogénea.

Las proposiciones sobre fronteras están de entero acuerdo, como la Cámara recordará, con las opiniones expresadas por mí en el Parlamento, en nombre del Gobierno de su majestad, muchas veces durante el año último. Me aventuré a hacer declaraciones sobre este tema cuando no habían expresado una gran medida de aprobación al respecto los otros partidos importantes. La frontera oriental debe quedar resuelta ahora, si la nueva administración polaca ha de actuar en su propio territorio, haciéndolo en amistad con Rusia y tras los frentes de batalla. Las fronteras occidentales, que implican una considerable cesión de territorios alemanes a Polonia, no pueden fijarse, excepto como parte del total ajuste que ha de hacerse sobre Alemania luego de que los aliados hayan ocupado terri-

torio alemán y conocido los deseos de un Gobierno polaco plenamente representativo. Sería gran error instar a Polonia a que se encargase de una porción de esas tierras mayor de la que ella y sus amigas y aliadas creen que se encuentra dentro de sus capacidades absorber, desenvolver y, con ayuda de los aliados y la organización mundial, mantener.

No trataré ahora de las fronteras de Polonia. Mas he de decir que es un caso que puedo bosquejar con confianza a la Cámara. Aquí tenemos una línea imparcial, trazada ha mucho por una comisión británica y en que Inglaterra ejerció papel preponderante; tenemos la moderación con que los rusos se confinan estrictamente a esa línea; los enormes sacrificios que han hecho y hacen aún: las contribuciones aportadas a nuestra presente victoria, y el grande y vital interés de Polonia en mantener completo acuerdo con su poderoso vecino del Este. Si consideramos todo eso, la forma en que se han presentado las cuestiones y la templanza y paciencia con que se han discutido, yo digo que rara vez he visto presentado a esta Cámara un caso que con más confianza pueda someterse al buen juicio de los diputados de todos los bandos.

Libertad de Polonia.

Pero incluso más importante que las fronteras de Polonia, dentro de los límites ahora explicados, es la libertad de Polonia. La morada de los polacos está acordada. ¿Serán los interesados señores de ellas? ¿Serán libres como los habitantes de Inglaterra, de los Estados Unidos o de Francia? ¿Será su soberanía e independencia ejercida sin trabas, o van a convertirse en una mera proyección del Estado soviético y a verse forzados, contra su voluntad, por una minoría armada, a adoptar un sistema comunista o totalitario? Estoy presentando la cosa en toda su crudeza. Esta es una piedra de toque mucho más sensitiva y vital que el trazado de una línea fronteriza. ¿Cuál es la situación de Polonia y cuál la de todos nosotros?

El mariscal Stalin y la U.R.S.S. han hecho las más solemnes declaraciones de que la soberana independencia de Polonia será mantenida, decisión a la que se unen los

Estados Unidos y la Gran Bretaña. Aquí también asumirá la organización mundial una medida de responsabilidad. Los polacos tendrán su porvenir en sus manos, con la sola limitación de que han de seguir sinceramente, en armonía con sus aliados, una política amistosa hacia Rusia. Esto es, a buen seguro, razonable.

El procedimiento por el que las tres potencias han tendido, de común acuerdo, a conseguir un objetivo tan vital, se establece en términos inequívocos en la declaración de Crimea. El acuerdo dispone consultas con miras a establecer en Polonia un nuevo Gobierno provisional polaco de unidad nacional, con el que las tres grandes potencias puedan entrar en relaciones diplomáticas, en vez de reconocer unas a un Gobierno polaco y otras a otro, situación que, de sobrevivir a la conferencia de Yalta, habría causado confusión y desunión en el mundo. Teníamos que resolver esto y lo resolvimos allí. Ninguna restricción se ha impuesto al método y finalidad de las dichas consultas. El Gobierno de su majestad se propone efectuar todo cuanto esté en su poder para conseguir que sean lo más amplias posibles y que los representantes de todos los partidos democráticos polacos tengan plena libertad de exponer sus miras. Para esto ha hecho ajustes en Moscú la comisión tripartita compuesta de los señores Molotov y Harriman y de sir Archibald Clar Kerr, representante de Inglaterra, como Harriman lo es de los Estados Unidos. A los polacos mismos, con la ayuda que los aliados puedan darles, competerá acordar la constitución de ese Gobierno provisional de unidad nacional. Después, el Gobierno de su majestad, a través de su representante en Polonia, ejercerá toda su influencia para obtener que las elecciones libres a que el nuevo Gabinete polaco se compromete, sean desarrolladas limpiamente, con todas las garantías democráticas.

Nuestros principales rectores, al tratar los problemas del Continente y países liberados, son claros: mientras siga la guerra, ayudaremos a todo el que contribuya a matar hunos; cuando la guerra acabe, tenderemos a la solución de unas elecciones libres, democráticas y sin trabas. Esos

son los dos principios que el Gobierno de coalición ha aplicado lo mejor que ha podido a todas las circunstancias y situaciones de esta intrincada e infinitamente variada maraña.

Gobierno polaco en Londres.

El acuerdo no afecta al reconocimiento, por parte del Gobierno de su majestad, del Gobierno polaco en Londres. Este reconocimiento persistirá hasta que el Gobierno de su majestad entienda que se ha formado en Polonia un nuevo Gobierno provisional en consonancia con lo estipulado, lo cual no implica un reconocimiento previo o inmediato, por el Gobierno de su majestad, del Gobierno provisional que al presente funciona en Polonia. Recuerdo a la Cámara y a los que han asumido el que considero honroso deber de procurar que nuestros asuntos con Polonia sean regulados ciñéndose a la dignidad y honor de nuestro país, que no habría en Polonia ningún Comité de Lublín o Gobierno provisional de Lublín si el Gobierno polaco de Londres hubiese aceptado nuestro leal consejo de hace un año. De aceptarlo, los ministros polacos de Londres hubiesen entrado en Polonia como Gobierno activo, a la par que los ejércitos rusos liberadores. Incluso en octubre, cuando el señor Eden y yo trabajábamos noche y día en Moscú, el señor Mikolaiczky podía haber ido de Moscú a Lublín con todas las garantías de la amistad del mariscal Stalin y convertirse en jefe de un Gobierno de más amplia estructura que ahora estaría en Varsovia, o, dada la ruina de esta ciudad, en cualquier lugar donde el Gobierno se instalase.

Pero esas oportunidades fueron desperdiciadas. Entretanto se ha producido la expulsión de los alemanes de Polonia, y el nuevo Gobierno, el de Lublín, avanza con las tropas rusas, que son recibidas con alegría en muy vastas zonas de Polonia. Muchas grandes ciudades han cambiado de manos sin que se disparase un tiro y sin esos terribles asuntos de ejércitos clandestinos sobre los que disparan los dos bandos. Temíamos mucho tales cosas, ya que han sucedido otras veces durante el avance. Los rusos están ahora ejecutando y preparando una operación

en gran escala contra el corazón de Alemania, y por ello tienen el derecho de que sus comunicaciones se hallen salvaguardadas por un país en orden, bajo un Gobierno que actúe de acuerdo con sus necesidades. Por tanto, no ha sido posible procurar, con miras a nuevo reconocimiento, la disolución del Gobierno de Lublín y el de Londres simultáneamente, haciendo tabla rasa de ambos y volviendo a empezar. Esto hubiese puesto en peligro el éxito de la ofensiva rusa y alargado la guerra, con acrecidas pérdidas de sangre rusa, inglesa y americana.

Los miembros de la Cámara que alberguen dudas deben leer repetida y minuciosamente las palabras y términos de la declaración de Crimea, cada una de cuyas expresiones ha sido objeto de profunda atención por los jefes de los tres gobiernos y por los ministros de Asuntos Extranjeros y sus peritos. ¿Cómo se aplicará esa declaración? ¿Cómo se interpretarán frases tales como «elecciones libres y sin trabas a base de sufragio universal y votación secreta»? ¿Se constituirá «adecuadamente» el «nuevo» Gobierno con una limpia representación del pueblo polaco hasta tanto como quepa por el momento y tan pronto como sea posible? ¿Serán las elecciones, en efecto, libres y sin trabas? ¿Podrán los candidatos de todos los partidos democráticos presentarse a los electores y desarrollar sus campañas? ¿Y qué son partidos democráticos? Porque la gente siempre profesa diferentes criterios. Incluso en nuestro país algún partido se esfuerza de cuando en cuando en probar que él es el único democrático, mientras los demás son bolcheviques o terratenientes conservadores. ¿Qué son, pues, partidos democráticos? Obviamente, esto puede esclarecerse. ¿Será la elección lo que nosotros llamamos libre y honrada en nuestro país, aunque con cierto margen de indulgencia a la gran confusión y desorden en Polonia prevalecientes? Los partidos polacos son muchos. Hemos convenido que todos los democráticos—no los nazis o fascistas, o los colaboracionistas con el enemigo—podrán participar en las elecciones.

Elecciones libres.

Acerca de esas cuestiones tenemos juicios muy claros,

de acuerdo con los principios de la declaración sobre la Europa liberada, declaración suscrita por los tres gobiernos. Sobre esa base se propone actuar la Comisión tripartita de Moscú, y sobre esa base ha iniciado ya sus tareas.

La impresión que traigo de Crimea y de todos mis demás contactos es que el mariscal Stalin y los dirigentes soviéticos desean vivir en honrosa igualdad y amistad con las potencias occidentales. Creo también que se ceñirán a su palabra. No conozco Gobierno que cumpla más enteramente que el Gobierno ruso, incluso en su perjuicio.

La buena fe soviética.

Me niego a entrar en discusiones sobre la buena fe soviética. Es palmario que esas cuestiones afectan al porvenir del mundo. Sombrío sería el destino de la Humanidad si surgiese un terrible cisma entre Rusia y las democracias de Occidente, si la futura organización mundial se resquebrajara y si cataclismos nuevos y de violencia incalculable destruyesen lo que ha quedado de los tesoros y libertades de los hombres.

Ejército de polacos.

Finalmente, el Gobierno de su majestad reconoce que las grandes fuerzas de soldados, marinos y aviadores polacos que luchan valerosamente bajo mando inglés, como han luchado durante toda la guerra, deben obediencia al Gobierno polaco de Londres. Confiamos en que cuando se establezca en Polonia un nuevo Gobierno más representativo que el actual de Londres o la administración de Lublín, y cuando ese Gobierno sea reconocido por las tres potencias, se hallarán medios de vencer esas dificultades formulísticas, en interés de Polonia. Sobre todo, el Gobierno de su majestad está resuelto a que pueda volver a Polonia, por su propia voluntad y con todas las garantías, el mayor número posible de soldados polacos para participar en la vida futura del país.

En cualquier caso, el Gobierno de su majestad nunca olvidará la deuda contraída con los valientes polacos, y vivamente confío en que pueda ofrecerse la ciudadanía y libertad del Imperio británico a aquellos que, habiendo

luchado a nuestras órdenes, la deseen. No puedo hacer una declaración sobre esto hoy, porque todo asunto relativo a ciudadanías ha de ser discutido entre este país y los Dominios, lo que lleva tiempo. Pero, en cuanto nos concierne, consideraríamos un honor que tan leales y valerosos guerreros morasen entre nosotros como si fueran de nuestra propia sangre.

Abandonamos las costas de Crimea y partimos hacia más meridionales y cálidos climas, donde también hay muchas cosas importantes para los países británicos. Roosevelt invitó al emperador de Etiopía, al rey Faruk de Egipto y al rey de la Arabia Saudita a reunirse con él en Ismailia antes de su regreso, y al efecto arregló varias conferencias en su crucero. Yo me despedí del presidente el 15 de este mes en la rada de Alejandría, después de largas y muy agradables pláticas acerca del estado de nuestros asuntos a la luz de la reunión de Crimea. También hablamos sobre nuestros especiales negocios en el Extremo Oriente, donde, como los japoneses saben, ingleses y americanos tenemos algún interés.

Asimismo, tratamos de nuestra política y ocupación conjunta en Italia. A la Cámara le consta que sobre esto hubo muchas muestras de incomprensión en grandes sectores de la Prensa americana semanas ha. Durante nuestras frecuentes conversaciones repetidamente pregunté al presidente y al señor Stettinius si el Gobierno de los Estados Unidos tiene alguna queja contra nosotros por cosas que hayamos hecho o dejado de hacer en Italia, y he recibido seguridades categóricas de que no existe nada de eso. Además, debo recordar que cuando visité Italia en agosto pasado, hice una serie de propuestas al Gobierno de su majestad (de las que informé al presidente) para mitigar la severidad de la ocupación aliada de la península, y, en general, para aliviar la dura suerte del pueblo italiano. Estos asuntos se discutieron en nuestra segunda conferencia de Quebec; y en Hyde Park, la casa de campo particular del presidente, redactamos él y yo la declaración del 28 de septiembre pasado, que tendía y tiende a obtener una defini-

Italia.

da suavización de la actitud de las potencias victoriosas con el pueblo italiano, y a ayudarle, a su debido tiempo, a recobrar su papel entre las potencias principales de Europa. El sábado último, el muy honorable diputado por Stockton-on-Tees (Harold MacMillan), presidente de la Comisión Aliada, y el almirante americano Stone fueron recibidos por el primer ministro y ministro de Asuntos Extranjeros de Italia, a quienes anunciaron las nuevas medidas decididas en favor del Gobierno italiano en cumplimiento de la declaración de septiembre. Yo he tomado la iniciativa de hacer aprobar esas propuestas y asegurar su ejecución. No estoy dispuesto a aceptar sugestión alguna de que Inglaterra—a pesar de las injurias y daños que le causara Italia en tiempos de Mussolini—haya quedado a la zaga de otras potencias victoriosas en materia de tratar con generosidad a Italia, y asimismo rechazo que alimentemos cualquier designio de «política de fuerza» que implique en ella a Italia. La frase que empleé fué que no buscábamos a Italia para ningún designio nuestro. De hecho, se trataba de una mera réplica que me veía obligado a hacer a ciertas sugestiones de la Prensa de los Estados Unidos sobre que estábamos iniciando una política de fuerza en el Mediterráneo. Celebro decir que lo que estoy exponiendo ahora ha sido implícitamente aceptado por los Estados Unidos, o a lo menos por sus elementos responsables y respaldado en absoluto por el presidente y el señor Stettinius. He recibido plenas seguridades de que no se ha proferido contra nosotros queja alguna de ningún género contra la que yo haya de hacer las réplicas que preparaba.

Por tanto, nuestras dos naciones pueden continuar sus tareas en Italia—tareas que en el futuro se preñarán de nuevas complicaciones y dificultades—en la más estrecha confianza y unidad. Prevemos que Italia, bajo un régimen verdaderamente democrático, volverá a la comunidad de las naciones trabajadoras y amantes de la paz. En sus esfuerzos Italia puede contar con la buena voluntad inglesa y aliada. Puede contar también con la ayuda material de que dispongamos y continuamente recibirá justa participa-

ción en ella. Dije hace algún tiempo que Italia tendría que ganarse su retorno al redil. Algún camino le falta para ello; pero sería injusto no rendir tributo a los valiosos servicios—no bien conocidos aún—de los italianos de ambos sexos en las fuerzas armadas, en el mar, en el campo y tras las líneas enemigas del Norte, lugares que continua y crecientemente se unen a la causa común. Nuevas dificultades pueden sobrevenir cuando liberemos el Norte, con sus vastos distritos, y cuando el problema de alimentar sus grandes masas recaiga sobre nosotros y sobre el Gobierno provisional italiano, Gobierno que puede requerir cambios como consecuencia de la mayor representación que debe tener al liberarse las comarcas del Norte.

El ministro de Asuntos Extranjeros y yo juzgamos conveniente, adecuado y grato hablar con los dos jefes de Estado que habían acudido desde lejos a la invitación del presidente, a fin de repasar amistosamente con ellos ciertas materias de interés común. Era también nuestro deber presentar nuestros respetos al rey Faruk, y pensamos que procedía una plática con Shukri, presidente de Siria, a fin de calmar los ánimos en Levante lo más posible. No se suponga, sin embargo, que hubo nada semejante a una conferencia sobre los asuntos del Oriente Medio. El mero hecho de que el regente del Irak y el emir Abdullah de Transjordania no estuvieran presentes aclaró esto de modo bastante. Cualquier conferencia habría de incluir tal clase de autoridades. No se habló de esbozar nuevas políticas para el Oriente Medio, sino de realizar contactos personales y amistosos, que a menudo contribuyen a la comprensión entre los estados. Expreso con esta ocasión nuestro dolor y horror ante el asesinato de Ahmed Maher Pachá, jefe del Gobierno egipcio, con quien el señor Eden y yo mantuvimos una larga y cordial entrevista pocos días y aun horas antes de que cayera víctima de un odioso atentado. Su muerte es una seria pérdida para su rey y para su país. La simpatía de la Gran Bretaña por la viuda y familia del muerto no sólo se ha expresado mediante telegramas de nuestro departamento de Asuntos Extranjeros,

Oriente Medio.

sino mediante visitas personales de nuestro embajador, lord Killearn. Estoy cierto de que la Cámara se asociará a esas expresiones. Poca duda hay de que las medidas de seguridad requieren, en Egipto, considerable refuerzo. Sobre todo, el cumplimiento de la justicia sobre los culpables probados de ese asesinato político, ha de ser ejemplar y rápido.

Opinamos que el Gobierno egipcio ha obrado bien y discretamente resolviendo declarar la guerra a Alemania y al Japón y firmar la declaración de las Naciones Unidas. Nunca hemos hecho presión sobre el Gobierno egipcio para que entrase en la guerra, e incluso nuestro consejo a veces ha sido contrario. Había evidentes ventajas en evitar bombardeos macizos contra la populosa y famosa ciudad de El Cairo, y nos ha satisfecho la actitud de Egipto como cobeligerante. Las tropas egipcias desempeñaron durante la guerra una importante misión. Mantuvieron el orden en el Delta, guardaron muchas fortalezas y almacenes, y en toda clase de sentidos fueron útiles a nuestro esfuerzo de guerra, que una vez más logró defender las fértiles tierras del Delta contra el invasor extranjero. Merced a nuestro tratado de alianza, Egipto nos dió toda clase de facilidades, y sucesivos gobiernos egipcios nos ayudaron en la forma que juzgábamos más efectiva. Egipto es una potencia asociada a nosotros, y debe ocupar su merecido puesto en la futura organización mundial, como miembro fundador, asistiendo a San Francisco a fines de abril.

Turquía. Etiopía. Arabia. Siria.

También nos alegra mucho acoger a Turquía en las filas de las Naciones Unidas. Turquía se declaró firmemente a nuestro lado por el tratado de alianza de 1939, época en que se acumulaban peligros asaz palmarios. Como expliqué a la Cámara en una ocasión anterior, después de empezar la guerra, Turquía reparó en la inesperada debilidad militar que padecía a causa de la decisiva influencia de nuevas armas de que estaba desprovista en absoluto y que nosotros no podíamos suministrarle. Ejerciendo esas armas efectos definitivos en la batalla moderna, los turcos

entendieron que no podían confiar su seguridad a su renombrada infantería y a la artillería de la guerra pasada. Así, en mucho tiempo no les instamos a que declarasen la guerra. Sólo después de Teherán creímos que llegaba el momento de que Turquía pudiese entrar en la lucha sin grave imprudencia. El Gobierno turco no se sintió en condiciones de hacerlo entonces así, pero nos ayudó de diversos modos que sería inútil recapitular. Jamás hemos tenido la menor duda de a qué lado se inclinaban sus simpatías. También los turcos serán bien acogidos por la Gran Bretaña en las filas de las Naciones Unidas. No creo que los lazos establecidos entre ambas naciones después de los desastres de la guerra anterior se hayan perjudicado en modo alguno.

Yo tenía gran interés en avistarme con el rey Ibn Saud, el famoso gobernante de la Arabia Saudita. Me honré almorzando con este notable hombre en el oasis de Fayum, y le expresé el agradecimiento de la Gran Bretaña por su indomable lealtad a nuestro país y a la causa común, lealtad que nunca esplendió con más brillo que en las horas de peligro mortal y los días oscuros. Necesitaremos su ayuda al finalizar la guerra para resolver el problema del mundo árabe y del pueblo judío en Palestina. Espero que, acabada la guerra, se harán buenos acuerdos para asegurar la paz y progreso del mundo árabe y, en general, del Oriente Medio, y confío en que la Gran Bretaña y los Estados Unidos, que toman un creciente interés en aquellas regiones, podrán desempeñar un papel valioso aplicando la bien conocida máxima de los antiguos librecambistas: «Todos los intereses legítimos se armonizan.»

Mis discusiones con el emperador de Etiopía no produjeron ninguna dificultad seria, ya que se había alcanzado un acuerdo de dos años como resultado de la misión que lord De La Warr acababa de concluir en Etiopía con mucha paciencia y destreza. Fué satisfactorio para mí ver personalmente por primera vez a Haile Selassie, histórica figura que abogó por la causa de su país ante la Sociedad de Naciones y primera víctima de la codicia y avidez de Mussolini, como fué también el primero en ser restaurado

a su antiguo trono merced a los trabajosos esfuerzos de nuestros ejércitos ingleses e hindúes en los remotos días de 1940 y 1941.

Finalmente, tuvimos el placer de una larga discusión con el presidente sirio Shukri. Hicimos todo lo posible para estimular una actitud amistosa hacia Francia y promover negociaciones que lleven a un pacto adecuado con los franceses, no sólo respecto a Siria, sino al Líbano. Quiero esclarecer, de una vez para todas, la posición del Gobierno de su majestad, respecto al Líbano y Siria, en relación con nuestros aliados franceses. Tal posición se rige por las declaraciones de 1941, en que la independencia de estos estados levantinos fué indefinidamente proclamada por Inglaterra y Francia. Desde entonces el Gobierno de su majestad ha manifestado que no se propone suplantar la influencia francesa por la británica en los estados de Levante. Estamos resueltos a conservar su independencia y a hacer lo posible para que Francia goce de una posición especial, atendiendo a las relaciones culturales e históricas que Francia desde ha mucho mantiene con Siria. Esperamos que Francia pueda conservar esa situación especial. Confiamos en que esos estados sean firmemente establecidos por la autoridad de la organización mundial y que el privilegio francés se reconozca.

Pero he de especificar que no sólo hemos de defender por la fuerza la independencia siria y libanesa, o el privilegio francés. Tendemos a ambas cosas y no las juzgamos incompatibles; mas hemos de no cargar con demasiado peso los hombros de la Gran Bretaña. Debe advertirse que Rusia y los Estados Unidos han reconocido y favorecido la independencia de Siria y el Líbano y no favorecen, en cambio, la posición especial de ningún otro país extranjero. Estas y muchas otras cuestiones concernientes al Oriente Medio son apropiadas para la Conferencia de la Paz, a la que hemos de referir los ajustes finales de la paz duradera entre todos los estados y razas del Oriente Medio y de la cuenca oriental del Mediterráneo.

Después de despedirnos del presidente en Alejandría,

el ministro de Asuntos Extranjeros y yo hicimos escala en Atenas. Desde mi punto de vista, ése fué el punto culminante de nuestro viaje. No puedo dejar de recordar las sombrías condiciones de nuestra visita de hacía siete semanas, cuando el cañón disparaba cerca, las balas se estrellaban en los muros y continuamente había heridos y muertos en las calles próximas. El contraste entre esas violentas escenas y la realmente entusiasta bienvenida que ahora nos hicieron amplias multitudes de jubilosos ciudadanos fué una de las más vivas, impresionantes y gratas experiencias de mi existencia. Reinaba la paz en la bella e inmortal ciudad. Sus habitantes irradiaban alegría. El arzobispo, en la regencia, mantiene con firmeza las riendas del poder. Atravesamos juntos las hacinadas calles, cuya carrera cubrían las primeras fuerzas del ejército nacional griego, y al fin fuí invitado a hablar ante la que era, sin duda, la más grande y entusiasmada multitud que he visto en mi larga experiencias de tales manifestaciones. No recuerdo aspecto en que la política del Gobierno de su majestad haya recibido más vindicación que en este de Grecia, como no ha habido ninguno en que hayan sobrevenido mayores prejuicios y desvirtuaciones en los Estados Unidos, y aun en algunos elementos de estas tierras. Semejante actitud se ha mantenido, según ya dije, con frívolo y completo olvido de los malos efectos producidos en el lugar afectado, y del estímulo que se prestaba a los terroristas de Grecia. Estoy seguro de que hemos librado a Atenas de un horrible destino. Creo que el pueblo griego aprobará durante largo tiempo nuestra acción militar y política. Se ha logrado la paz sin venganza. La mayoría de los prisioneros y rehenes han sido devueltos. El gran trabajo de suministro de víveres ha recuperado su anterior actividad. El orden y la seguridad se han restablecido de tal modo que la U.N.R.R.A. se dispone a reanudar sus funciones. La popularidad de las tropas inglesas y de quienes han orientado el curso de la política, como Leeper y Scobie, es ilimitada en aquellas regiones y su conducta prosigue siendo aprobada por este Gobierno de coalición.

Grecia.

No debe por eso suponer la Cámara que nuestras dificultades han terminado. Aún falta formar el ejército nacional griego y hacerlo lo bastante efectivo para mantener el orden. Hay que equilibrar de algún modo el presupuesto. La dracma ha de mantenerse dentro de límites razonables. Hay que proveer materias primas para que actúen diversas industrias y den trabajo en la zona de Atenas, donde hay bastante más de un millón de personas. El sentido de unidad y responsabilidad ha de fortalecerse en el pueblo griego. Observaré que el futuro de Grecia está en manos de los griegos, quienes no deben esperar que toda su recuperación haya de ser cumplida por medio de las tareas inglesas y la asistencia americana. El ministro de Asuntos Extranjeros permaneció en Atenas un día más que yo, y costóle mucho esfuerzo hacer comprender a las autoridades griegas que ahora que se ha conseguido la estabilidad política, deben pasar a primer término los problemas financieros y económicos, cuya carga y responsabilidad compete a la nación griega y no deben ser dejados en manos de extranjeros.

Confío en que estas observaciones no aminorarán la gran amabilidad y entusiasmo con que fuí recibido allí; pero si mis palabras disgustan, no me enojará del todo. La intensa actividad política de la mente griega ha de continuar dejando paso a los problemas prácticos. Lo antes posible ha de llegarse en Grecia a las elecciones libres honradas y sin trabas, con sufragio universal y votación secreta, a que todos tienden y merced a las cuales podrá regularse todo lo que haya de hacerse. Yo las espero con gran confianza. Apruebo en particular el deseo del Gobierno griego de que haya observadores ingleses, rusos y americanos para asegurarse de que la voluntad del pueblo encuentra franca y completa expresión. Y esto es lo que tenía que decir sobre un episodio sobre el que hemos mantenido debates vivos (y aun, en ciertos momentos, acalorados) en recientes tiempos.

Agradezco mucho a la Cámara su atención y cortesía. Dedicaré unos minutos, antes de sentarme, a la conferencia de Crimea en conjunto y en relación con las graves

materias que mencioné antes de terminar el espacio que la Cámara me ha concedido. Fué uso en la conferencia celebrar las reuniones de los tres jefes de Gobierno y ministros de Asuntos Extranjeros a última hora de la tarde, dedicando a las discusiones varias horas diarias. Se examinaban las principales cuestiones y se revelaban con claridad las medidas, tanto de acuerdo como de diferencia. Recuerdo, en particular, un momento en que cayó sobre nuestro pequeño grupo un silencio de dos minutos o tres. Inmediatamente se encontró oportuno remitir las medidas sobre acuerdo o diferencia a las reuniones matutinas de los ministros de Asuntos Extranjeros. Estas reuniones eran presididas, por turno, por uno de los tres ministros. Tan excelente fué la labor combinada de esos ministros que nuestros problemas retornaban a nosotros, casi todos los días, a la hora de la reunión plenaria, en una forma sobre la que cabía adoptar acuerdos finales y decisiones duraderas.

Reuniones de ministros.

Se propuso instituir, durante el presente y afanoso período, una serie de reuniones regulares de los tres ministros de Asuntos Extranjeros, lo que es una mejora en el trabajo colectivo, que ha sido a menudo reclamada para suplir los inevitables intervalos entre las reuniones de los jefes de Gobierno, para impedir toda divergencia evitable y para concertar la acción de las tres grandes potencias. Pero esa decisión no fué menester discutirla en Yalta, porque las tareas de los ministros de Asuntos Exteriores se mostraron tan valiosas, eficaces e indispensables, que todos aprobaron la continuidad de su actividad colectiva.

Éste es, desde luego, un mero arreglo temporal, apropiado a los presentes tiempos, en que tan pesada carga militar gravita sobre las tres grandes potencias. Podemos esperar que eventualmente ese sistema se inmerja en la mayor y más permanente organización que será establecida en San Francisco, cuando esta organización esté en plena labor y la Conferencia de la Paz haya concluído la suya. Entre tanto, las reuniones de los tres ministros de Asuntos Ex-

tranjeros—a los que pueden unirse, en ocasiones, los de otros países—acreditará tener indudables ventajas.

Este momento es el adecuado para que la Cámara rinda tributo al trabajo de mi distinguido amigo nuestro ministro de Asuntos Extranjeros. No acierto a describir a la Cámara la ayuda y utilidad que en todo momento he tenido en él. Su dura vida cuando, muy joven, sirvió en infantería en la última guerra; su constante autopreparación para las tareas que se le han encomendado; su inigualada experiencia como ministro de Asuntos Extranjeros; su conocimiento de estos asuntos y de su pasada historia; su práctica de conferencias de todas clases; su amplitud de miras; su facultades expositivas y su valor moral le han valido una posición que no cede a ninguna entre los ministros de Asuntos Exteriores de la gran alianza. No sólo es deber mío, sino más aún de la Cámara, reconocer esto.

Míster Eden.

Creo que en los últimos tres meses invernales la raza humanas ha sufrido en todo el mundo más miseria y torturas físicas que en cualquier otro período atravesado por este planeta. En la Edad de Piedra la gente era poca y, por lo primitiva y cercana a su origen animal, no conocía cosa mejor. Nosotros sufrimos más y sentimos más.

Confieso que en toda la guerra no he tenido tal sensación de responsabilidad como en Yalta. En 1940 y 1941, cuando estábamos solos en esta isla y era inminente el peligro de invasión, los pasos que debíamos tomar y nuestra actitud hacia ellos eran claros y simples. Si un hombre cruza el mar para matarle a uno, uno procurará matarle antes que llegue. Ello podrá ser penoso y difícil, pero es sencillo. Ahora, en cambio, entramos en un mundo de imponderables y en cada fase se levantan cuestiones que nos plantean problemas internos. Es un error mirar demasiado lejos. Sólo un eslabón de la cadena del destino puede manejarse de cada vez.

Confío en que la Cámara entenderá que la esperanza se ha reforzado mucho con la reunión de Crimea. El vínculo que une a las tres grandes potencias, así como su mutua comprensión, han aumentado. Los Estados Unidos en-

tran profunda y constructivamente en la vida y salvación de Europa. Los tres hemos puesto mano a compromisos prácticos, solemnes y de largo alcance. Unidos tenemos un incontrastable poder para conducir al mundo a la prosperidad, la libertad y el bienestar. Las grandes potencias deben servir y no imponerse. Unidas a otros estados grandes y pequeños, podemos fundar una organización mundial que, provista de amplia fuerza, preservará los derechos de todos los estados contra la agresión o la acumulación de medios agresivos. Estoy seguro de que se abre al género humano una opción más justa que la conocida en anteriores edades. La luz es más brillante y más extensa que otrora. Vayamos juntos hacia adelante.

Servir y no imponerse.

LA POLÍTICA CONSERVADORA

DISCURSO EN LA ASAMBLEA DEL PARTIDO CONSERVADOR EN CENTRAL HALL (WESTMINSTER)

28 febrero. *El I Ejército americano cruza el río Erft, hacia Colonia. El IX Ejército de los Estados Unidos llega a seis millas de dicha ciudad.*
El mariscal Rokossovsky ocupa Neu Stettin en su empuje hacia el Báltico.

1 marzo. *El IX Ejército americano toma München-Gladbach, y tanques del III alcanzan las afueras de Trier.*

2 marzo. *El IX Ejército americano llega al Rin por Neuss, y se realizan avances en muchos puntos del frente occidental.*

3 marzo. *El IX Ejército americano y tropas inglesas del I Ejército canadiense enlazan entre el Maas y el Rin.*

4 marzo. *Los alemanes están en plena retirada allende el Rin.*
Las fuerzas blindadas del I Ejército de los Estados Unidos alcanzan una línea entre Düsseldorf y Colonia.
Tropas rusas a las órdenes de Zhukov y Rokossovsky llegan al Báltico por dos puntos.

5 marzo. *Tanques e infantería americanos entran en los arrabales de Colonia.*

6 marzo. *Las tropas de los Estados Unidos conquistan Colonia.*
Churchill retorna a Londres después de una visita al frente occidental.
Fuerzas inglesas cruzan el Irawady, 30 millas al oeste de Mandalay.

7 marzo. *Las fuerzas del I Ejército americano, del general Hodges, cruzan el Rin por Remagen. El general Patton, con el III Ejército, llega al Rin al noroeste de Coblenza.*

8 marzo. *El I Ejército americano establece una sólida cabeza de puente en la orilla oriental del Rin, en Remagen.*
Grandes polvorines enemigos son conquistados en el rápido avance hacia el Rin.
Las fuerzas rusas llegan a las afueras de Stettin.
Toda la carretera de Birmania desde Lashio a Kumming queda en manos aliadas.

[15 marzo 1945.

Ésta es la primera vez, desde que me convertí en jefe del partido hace cuatro años y medio, en que tengo el honor de dirigirme a los delegados de la Unión Nacional en una asamblea plenaria.

Ello no significa que ni ustedes ni yo hayamos estado ociosos en el intervalo. Hemos trabajado con energía en la causa nacional y hemos estado harto ocupados para dedicarnos a ninguna forma de política de partido. Nos hemos abstenido de decir o hacer cosa alguna que verosímilmente pudiera perjudicar la unidad del pueblo británico o el fácil trabajo de esa coalición gubernamental de todos los partidos que nos ha librado de mortal peligro y ganado para sí misma un memorable lugar en la larga historia de nuestra isla.

Hemos prescindido de todas las actividades partidistas y dejado a las organizaciones locales y naciones que se dedicaran por entero a contribuir a la prosecución de la guerra. Al hacerlo así hemos soportado con paciencia y casi en silencio muchas provocaciones de esa clase—limitada, por suerte—de políticos izquierdistas para quienes la lucha de partidos les es necesaria como el aire que respiran, ya que la consideran el único medio de obtener influencia y notoriedad. Numerosos insultos y maledicencias hemos permitido pasar, no diré inadvertidos, pero sí incontestados, para concentrarnos en el esfuerzo de guerra. Ni siquiera la casi incesante serie de ataques que nos han dirigido los periódicos socialistas y liberales y sus acres colaboradores han despertado en nosotros réplica o protesta.

Soportando con paciencia.

Estoy seguro de que ustedes coinciden conmigo si declaro que hemos de mantener ese patriótico refinamiento mientras la coalición nacional, en que se han distinguido ministros de todos los partidos, continúa actuando junta en leal camaradería.

He de agradecer al partido conservador el resuelto y unánime apoyo que él y sus representantes dieron a la

política del Gobierno de su majestad cuando hubo que salvar la ciudad de Atenas de una odiosa matanza e impedir que una minoría comunista armada se abriese camino a tiros hasta el poder. Entre todos nuestros problemas no ha habido ninguno que condujese a tantos equívocos y desvirtuaciones, en el país y en el extranjero, como estas turbulencias griegas. Pero la política del Gobierno de coalición fué sostenida por el partido conservador con todas sus fuerzas dándonos cinco sextas partes o más de la mayoría. Seguramente ningún episodio de estos violentos días ha rematado en una más señalada vindicación.

El casi continuo y cada vez más rápido progreso de la guerra contra Alemania y la tiranía nazi nos conduce a la esperanza de que el gigantesco enemigo contra el que durante más de un año estuvimos solos, sin doblegarnos ni desmayar, será forzado a la rendición incondicional o abatido y sumido en caos y ruina. Siempre será gloria de la raza de nuestra isla el que, ante probabilidades que parecían abrumadoras a los extraños, nunca nos apartásemos del sendero del deber, ni perdiéramos la fe en nuestra misión de luchar a muerte contra la tiranía.

Nosotros mantuvimos en alto la flameante antorcha de la libertad cuando todo eran tinieblas en torno nuestro. Y así ganamos el tiempo suficiente para que Hitler, tirano continental y señor de maldades, cometiese un funesto error.

Así ganamos el espacio bastante para que los Estados Unidos comenzasen a poner en orden sus todavía no bien ponderadas capacidades de poderío, valor y ciencia.

Pero aún podemos regocijarnos en otra gloria. En aquellos terribles días, todo nuestro Imperio y Comunidad de Naciones—con una sola, lamentable y cercana excepción—se unieron a nosotros, por su libre voluntad, desde el mayor dominio a la menor colonia, en espontánea resolución de morir o vencer con nosotros en una causa justa.

Esta sorprendente unión de comunidades y razas dispersas en todo el Globo, unión no dimanada de obligaciones físicas o legales, sino de una misteriosa e insondable inclinación del alma del hombre, levanta nuestra mun-

dial asociación a alturas jamás alcanzadas ni soñadas por imperio alguno del pasado.

Dado este hecho sin paralelo, no necesitamos consejos, ni aun de nuestros más apreciados aliados, respecto a cómo debemos conducirnos en nuestros negocios. La máxima de lord Beaconsfiel, «*Imperius et Libertas*», es aún nuestra guía. Esa verdad se ha acreditado abundantemente desde que tales palabras se pronunciaron. Sin libertad no hay fundamento de nuestro imperio; sin imperio no hay salvaguardia de nuestra libertad.

«Imperius et libertas».

Con esto nos referimos a libertad para todos los estados y naciones dentro del círculo de la Corona, y con esto significamos también libertad para los individuos dentro de la amplia y siempre progresiva concepción de la Constitución británica y la manera británica de vivir. Aquí no nos interesan sistemas totalitarios de Gobierno en ninguna de sus formas. El derecho de libre expresión y libertad política se han conservado en horas de peligro nacional hasta una extensión increíble en el mundo ajeno al de habla inglesa.

«Confiad en el pueblo», dijo lord Randolph Churchill en la última fuerte resurrección de la democracia conservadora. ¿No ha sido bien compensada esa confianza? ¿No nos ha sostenido en la hora de la necesidad?

Ha sido notado a menudo por desconcertados observadores extranjeros que cada extensión de la libertad en Inglaterra ha reforzado más el partido conservador. La razón de esto, o una de las principales razones que ellos no advierten en ese indudable hecho, es la incesante mejora de la educación del pueblo y de sus condiciones de vida, y su creciente conciencia de capacidad de gobernar el país con eficacia. Éste es el camino real por el que avanzamos con segura y creciente confianza. Éste es el timón que nos orienta en las mareas de muchos afortunados experimentos.

Cuando me convertí en primer ministro hace unos cinco años, nada prometí, fuera de sangre, trabajo, sudor y lágrimas, y con esa base recibí de la Cámara de los Co-

munes un voto de confianza de 397 votos contra ninguno. De la nación he obtenido tanta ayuda y confianza como ningún político había gozado jamás en nuestra historia. El otro día, tras este largo período de terribles sucesos, altibajos, albures y perplejidades, la cifra del favor parlamentario se elevó a 413 votos contra cero. Pero el Parlamento dura diez años ya. Ha tenido casi doble existencia de la usual, y el Gobierno ejecutivo debe refrescarse por contacto directo con los electores.

Si la guerra en Europa termina antes del verano, o quizá más pronto, como bien puede ser, habremos alcanzado un considerable jalón de nuestra jornada y las condiciones de la guerra dejarán de impedir unas elecciones generales. Y aquí lamento decir que las declaraciones públicas de nuestros colegas laboristas y de algunos liberales, así como de los partidos que ellos representan, no dejan lugar a dudas. Es obvio que se sienten obligados a recabar su plena libertad de acción, dando fin a nuestra célebre coalición.

Elecciones generales.

Hemos de prepararnos a la pérdidas de muchos leales y capaces compañeros de trabajo en la administración, y al completo choque de principios e intereses de partidos inseparable de una apelación al pueblo.

Nos corresponderá a nosotros, como partido de mayoría en la Cámara de los Comunes, disponer unas elecciones generales dirigidas con británica escrupulosidad, y confío que con un mínimo de rencor partidista y personal. Sobre todo, han de causar el menor daño posible a la unidad con que la nación sirve la causa nacional.

No podemos, empero, cerrar los ojos al hecho de que la fuerza del Gobierno de su majestad, que nos ha llevado tan lejos, quedará seriamente debilitada. Si tuviésemos fortuna en las elecciones, una carga muy pesada caería sobre nuestros hombros. La brecha habría de llenarse, el trabajo de hacerse, y yo digo que hemos de unir todas nuestras energías a fin de que, si la nación, como creo, pone su fe en nosotros, no nos hallemos inferiores a las gigantescas tareas que nos aguardan.

Debemos, a ese fin, dejar de lado todo impedimento,

limpiar nuestros corazones de todo sentimiento indigno y procurar sólo el fiel desempeño de nuestros deberes con miras al bienestar, a largo término, del Estado. Si me correspondiese, como puede ocurrir, formar Gobierno antes de las elecciones, no sólo buscaré la ayuda de los conservadores, sino de otros hombre de buena voluntad, de cualquier partido o de ninguno, que estén prontos a servir, dando a nuestra administración un carácter nacional.

Y si el veredicto de la nación nos hiciese responsables del poder, el Gobierno, después de las elecciones, habrá de ser reformado, con el solo deseo de reunir las más considerables fuerzas disponibles a efectos de conducir nuestra causa a la final victoria y la paz. No debemos subestimar las enormes tareas que nos incumbirían si nuestros compatriotas nos dan su confianza.

No debemos temer tales tareas, ni achicarnos, ni dudar de nuestra capacidad para superar todas las dificultades y abrirnos camino entre ellas como lo hemos hecho hasta ahora. Hay, ciertamente, una cosa que no haremos: buscar popularidad o votos prometiendo lo que no podemos ejecutar. No competiremos con otros en agitar reclamos y señuelos electorales.

Prometer lo que no se puede cumplir.

Sería muy fácil para todos prometer y aun dar con entusiasmo regalos, bonificaciones y recompensas; pero si una mañana despertáramos hallando que la libra esterlina sólo vale para comprar cuatro o cinco chelines de servicios o géneros, habríamos cometido un gran crimen. El crimen de haber estafado a los soldados y trabajadores de este país, amenguando el valor de sus ahorros, que muy a menudo rayan en 200 y 300 libras, adquiridas en el leal desempeño de su deber o por su decisión y abnegación en la guerra.

Por grandes que sean los males de los impuestos elevados, que paralizan las ruedas de la iniciativa y el comercio—hecho que debemos tener siempre presente—, no son comparables a los consecutivos a un colapso financiero y a la destrucción de todos los niveles del intercambio humano.

Nuestros amigos socialistas, aunque muy a disgusto de algunos de sus dirigentes, se han comprometido a un programa de nacionalización de todos los medios de producción, distribución y cambio. Todos éstos son asuntos que el público inglés puede considerar a su albedrío. Cabrá hacerlo cuando los tiempos se serenen y nuestros soldados, de regreso al hogar, se ajusten a la vida y empleos civiles. Sí, entonces será ocasión de examinar vastas proposiciones que no sólo implican la destrucción de todo nuestro existente sistema social de vida y de trabajo, sino la creación y aplicación forzosa de otro u otros sistemas tomados del extranjero y de mentalidades ajenas.

Pero éste no es tiempo de hacer tal cosa. Nuestras tareas están severa y precisamente definidas.

Tenemos que acabar la guerra contra el Japón y desempeñar nuestro papel, no sólo como leales aliados de los Estados Unidos y otras naciones en este conflicto, sino para recuperar, como estamos recuperando, los territorios que nos arrebató el Japón.

Guerra contra el Japón.

Hemos de devolver a los japoneses las injurias que han infligido y las infernales crueldades que han perpetrado contra los súbditos de su majestad, tanto ingleses como australianos, hindúes, birmanos y malayos.

Ello requerirá un intenso esfuerzo, y ningún cansancio de la guerra ha de impedirnos cumplir nuestro deber hasta la última pulgada y el último instante. Empero, la guerra contra el Japón está limitada, no por el potencial humano, que puede ser aportado, sino por la cantidad de barcos y otros medios de transporte sobre los vastos espacios oceánicos y las bochornosas junglas.

Aunque hemos de esforzarnos incesantemente en aplicar nuestro mayor esfuerzo a la guerra japonesa, y aunque hemos de atender a guarnecer la zona de Alemania que nos ha sido asignada de acuerdo con nuestros principales aliados, tenemos que ocuparnos también de la repatriación de numerosos soldados que ahora sirven en el exterior y algunos de los cuales llevan separados de sus familiares años enteros. ¿Qué cuestiones se plantean

a esos soldados y cuáles a las personas que los aman y a quienes ellos aman y que habitan en las casas de Inglaterra?

Cuando vuelva el combatiente y la familia se reúna, ¿se habrán reparado los hogares maltrechos? ¿Habrá trabajo continuo durante varios años para cuantos han servido al país en los frentes de guerra y para aquellos que por buenas razones fueron privados de tal privilegio y recibieron orden del Estado de trabajar con igual lealtad en los campos y fábricas de la nación?

Cuando los combatientes regresen.

Tales son las preguntas que se levantan en todos los ánimos. ¿Y cómo hemos de responderlas? De manera digna de nosotros y digna de nuestra fuerza vital como raza y Estado.

Los miembros de la *intelligentsia* izquierdista, que se hallan, por cierto, en el país, no hacen más que hablar de que los soldados nos reprocharán si no les tenemos preparado un nuevo mundo cuando desembarquen. Sí, el buen mundo nuevo debe estar esperando a los soldados cuando éstos desembarquen en Liverpool, en el Clyde, en Southampton o en los muelles de Tilbury.

Pero no es eso lo que los combatientes esperan. No cuentan con un nuevo mundo construído a espaldas de ellos por los políticos que buscan sus votos. La mayoría de los soldados han vivido en desagradable proximidad a otro muy distinto mundo para ocuparse de pensar en ése, teórico.

El deseo de sus corazones es, cumplido su deber y acabada su tarea, regresar a la patria. No se consideran una población de siervos, criados en tugurios y empujados a la guerra por una patria mísera y menesterosa. Aman su país y los escenarios de su niñez y su virilidad, y se han mostrado prontos a morir, no sólo en defensa de sus materiales satisfacciones, sino del honor de su patria.

Desean ver a su vieja Inglaterra, o Escocia, o Gales, o Irlanda septentrional, desempeñando su papel en la vanguardia de las naciones en la lucha contra la tiranía. Cuando hayan retornado al hogar y ordenado sus vidas, cuando

nuestro país ocupe de nuevo su lugar y se mantenga por derecho propio en el mundo de la posguerra, será tiempo de que los hombres decidan qué forma debe asumir nuestra sociedad. Pero nuestras tareas de ahora son precisas y concretamente delineadas.

Por encima de todo, son tareas prácticas. Tenemos que acabar la guerra. Tenemos que repatriar a los soldados. Tenemos que devolver a nuestro amado país su pleno impulso de vida y salud naturales. Cuando esas labores ásperas y fundamentales se hayan ejecutado sobrará lugar para los políticos. Y entonces no nos probaremos incapaces de expresar nuestro criterio en las libres discusiones de nuestra democracia. Pero aún hay otras tareas que añadir a la dura lista. No queremos vivir de la generosidad o caridad de nación alguna. Lo hemos dado todo a la causa común y tenemos derecho a que contribuyan a reajustar nuestra economía aquellos a quienes hemos ayudado a vencer. Mas nunca estaremos de acuerdo en fundar nuestra vida económica sobre la indulgencia o favor de nadie, ni siquiera de nuestros más estimados aliados.

¡Sangre, sudor, trabajo y lágrimas! Ahora habrá menos sangre y menos lágrimas, y por ello hemos de dar gracias a Dios. Pero el trabajo mental y el sudor físico y la consciente y unida resolución de todos los ingleses de ambos sexos en punto a rendir cuanto les sea posible, serán cosas que necesitaremos aún mucho después de que hayan retumbado la última bomba o el último cañonazo.

No nos engañemos: no nos espera una fácil y barata utopía de frases vacuas. No es esta ocasión momento propicio para elocuentes vulgaridades y resplandecientes promesas. El partido conservador hará mucho mejor en decir la verdad y obrar en consonancia con las realidades de nuestra situación, antes que lograr una etapa de mal adquirido gobierno a fuerza de fáciles y engañosas frivolidades y verbosidades.

Intervenciones estatales.

Mi larga experiencia del pueblo inglés me convence de que nunca ha deseado más que ahora afrontar las realidades. ¡Ay de los hombres públicos que intenten desli-

zarse en el poder por la resbaladiza pendiente de vanas y extravagantes fantasías!

No autoriza la ocasión parlanchinerías ni jactancias, sino escuetos hechos y cifras, y acción para afrontar las necesidades inmediatas. Pero aún he de tocar otra tecla, recordando las propuestas que formulasteis en la sesión de ayer.

Utopía fácil y barata.

Si hemos de recobrarnos de los desmedidos esfuerzos de la guerra, sólo lo conseguiremos mediante una vasta prescindencia de las necesarias restricciones e intervenciones que la guerra nos impuso. No cabe tolerar ninguna restricción sobre las bien establecidas libertades británicas, excepto lo que la prosecución de la guerra y la transición de la guerra a la paz nos exija.

La intervención por amor de la intervención es insensata. Toda intervención que, so pretexto de guerra o de consecuencias de la guerra, tienda a favorecer sistemas semitotalitarios, por sinceramente que se planee, asuma la forma que asuma, revístase como se revista y proclame los lemas que proclame, constituye un fraude que debe exponerse de modo inflexible al pueblo británico.

Como los Estados Unidos, hacemos tremolar en lo alto de nuestro palo mayor el pabellón de la libre iniciativa. Estamos determinados a que el genio nato, el espíritu de aventura, el gusto del riesgo en la guerra como en la paz, impulsará hacia adelante nuestro destino, facilitando trabajo y ocupación honrosos a nuestro pueblo. Y también estamos determinados a que un hacendado buen manejo, tanto público como privado, inspire nuestra economía.

No significa esto que vayamos a suprimir las intervenciones necesarias. Mientras los alimentos escaseen, han de ser justamente repartidos. Mientras haya entre nosotros miles de prisioneros enemigos, necesitamos *carnets* de identidad. Mientras prevalezcan condiciones extraordinarias, ha de haber especiales poderes, garantías y regulaciones. Pero muchas de estas cosas son males que se desvanecerán cuando estos años de sombría crisis se iluminen y conviertan en claro día.

Aún hay otras tareas aparte de las mencionadas. Hace dos años declaré que necesitábamos un plan cuatrienal para el Parlamento subsiguiente a la guerra, y, a pesar de nuestros esfuerzos en el exterior, se han dedicado inmensos trabajos y preparativos a la formulación de ese plan.

Plan cuatrienal.

Hacemos rápidos y alentadores progresos en el programa que bosquejé. Hemos aprobado la mayor ley de instrucción pública que se haya conocido en estas islas, y tal ley entrará en vigor dentro de quince días. Ahora estamos discutiendo en el Parlamento la importante ley de subsidios familiares. Hemos dispuesto un extenso plan de seguros nacionales desde la cuna a la tumba. Nos proponemos un nuevo plan para alterar las bases actuales de indemnización por accidentes de trabajo. Hemos adoptado proyectos que revolucionarán nuestro sistema sanitario. No presentaré la lista de nuestros propósitos, muchos de los cuales hasta ahora no pasan de ser proyectos. Algunos están pendientes de entrar en vigencia, y la mayoría han de ser convertidos todavía en ley.

La masa de este inmenso esfuerzo constructivo ha de recaer en el nuevo Parlamento. Pero, ello aparte, está siempre ante nosotros el imperioso problema de habilitar moradas suficientes después de cinco años de imposibilidad de construir, después de cinco años de destrucción a cargo del enemigo.

Garantizo que estamos luchando con la escasez de viviendas al máximo posible, hasta que los edificadores, que también necesitan hogares a su vez, vuelvan del Rin, de los Apeninos o de Mandalay. Se hace y hará cuanto esté al humano alcance. Hemos de concentrar, y así lo hacemos, toda la mano de obra disponible en aquellas partes de nuestras ciudades que más han sufrido, pero no nos contentaremos, incluso durante la marcha de las hostilidades, con reparar las devastaciones en los puntos que el enemigo ha encontrado más fácil atacar.

La misma fuerza e impulso—y puedo decir que el mismo genio organizativo—que nos capacitó para triunfar de los submarinos y de las bombas volantes, y para desem-

barcar un poderoso ejército, en junio pasado, en el continente, será aplicado, según vayamos recobrando las fuerzas que ahora nos absorbe la guerra, a la construcción y reconstrucción de casas, tanto en el campo como en las ciudades.

El plan cuatrienal requerirá nuestro mayor esfuerzo. Cualquier Gobierno que esté en el poder, no sólo tendrá que convertir los proyectos en leyes, sino hacer de éstas una parte viva, activa y armoniosa de nuestro sistema social. En todo esto hemos de ocuparnos mientras aún persista la guerra con el Japón y mientras todavía no se haya completado la tarea de repatriar nuestras tropas y rehabilitar nuestro comercio. Nunca ha habido tiempo en que tanto se planease y proyectase y en que tantas cosas hubiesen de pasar de la teoría a la práctica.

La guerra ha traído para nuestra vida nacional un gran cambio del que no debemos prescindir jamás. Somos la única gran nación del mundo que no puede vivir sin una inmensa importación de vituallas extranjeras. La guerra nos ha enseñado lo mucho que hemos descuidado el tesoro del suelo inglés. A pesar de ese descuido, dos veces en una generación hemos apelado a la comunidad campesina para que alejase de nosotros el espectro del hambre. Y los campesinos nos han cumplido. El progreso de la industria agrícola, en punto a incrementar la producción de víveres y ayudarnos a ahorrar un tonelaje vital, constituye una gran contribución a nuestra supervivencia.

Si miramos al futuro, nada veremos más claro que el hecho de que, cuando la guerra termine, el mundo padecerá durante varios años una aguda escasez de alimentos. Nosotros, incluso bajo los apremios de la guerra, sólo producimos dos terceras partes de lo que necesitamos—y aun esto es una expansión maravillosa—, de manera que habremos de sentir inquietud ante la perspectiva de vivir varios años en un mundo hambriento.

Sería, pues, locura prescindir del aumento de producción de vituallas conseguido en la guerra. Pero, dadas las muchas mejoras introducidas en la agricultura inglesa bajo el flagelo de la necesidad, nos asisten todas las razones

para esperar (y estamos obligados a planear) un considerable aumento, superior al ya conseguido, en la producción local de artículos alimenticios.

Hay otra razón para que nos hagamos más independientes en materia de víveres. Hemos sacrificado ampliamente nuestras inversiones en el extranjero, que producían una gran renta a este país y nos ayudaban a equilibrar nuestra balanza mercantil. Hicimos ese sacrificio, sin vacilar un momento, mientras éramos los únicos que empuñábamos la bandera de la libertad. Después de la guerra, la resurrección y expansión de nuestro comercio de exportaciones ha de ser primordial e indispensable factor de nuestra prosperidad. Cada tonelada de alimentos producida aquí, no sólo llena parte de la brecha causada en nuestras inversiones del extranjero, sino que nos permite adquirir más materias, sin las que no son posibles la producción ni el comercio.

Así, la agricultura asume un puesto de primera línea en nuestra actividad de la posguerra. Una agricultura sana y bien equilibrada es uno de los principales resortes de nuestra vida nacional. Advierto con interés y simpatía la resolución aprobada al respecto por esta asamblea en su sesión de ayer, resolución que establece una política a largo término que, mediante la estabilidad de precios, asegurará a los productores eficientes un buen provecho para su capital y para los trabajadores un nivel de vida comparable con el de otras industrias.

Una agricultura próspera producirá beneficios iguales a la ciudad y al campo, y traerá salud, tanto moral como física, a la nación en conjunto. Hemos, pues, de estimularla como la primera de las industrias británicas y nutrir con ella las demás.

Victoria liberadora.

Nos espera una victoria cierta y acaso próxima. Pero varios años de cruel tormento y destrucción han asolado la tierra, y la victoria, con todos sus atrayentes esplendores, se nos aparece más como una liberación que como un triunfo.

Nuestros corazones rebosan gratitud por haberse salvado de la aniquilación y de presenciar la ruina de nuestro

país, y por haber superado, otra vez en nuestra larga y famosa historia, una convulsión que ha devastado el Globo y de la que nosotros salimos con vida y honor.

El mejor modo de mostrar dicha gratitud será consagrarnos con celo y fidelidad a nuestro deber y acreditar que somos dignos, por nuestra fortaleza y espíritu, del lugar que ocupamos en los corazones de los hombres y en la vanguardia del mundo moderno.

LA MUERTE DEL CONDE LLOYD GEORGE

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES EL 28 DE MARZO DE 1945

23 marzo. *Se efectúan violentos bombardeos sobre el Ruhr y posiciones enemigas del este del Rin.*

24 marzo. *Trescientos mil soldados aliados, incluídos los del XXI grupo de Montgomery, cruzan el Rin e instalan cabezas de puente. Seis mil aviones participan en operaciones en cuyo curso 40.000 hombres son transportados por el aire al este del Rin.*

25 marzo. *Nuevos cruces del Rin. El III Ejército de Patton avanza 30 millas al este del Rin y atraviesa el Main, al sudeste de Francfort. Darmstadt es ocupado. La cabeza de puente de Montgomery alcanza siete millas de profundidad por 30 de anchura.*
Churchill visita las fuerzas aliadas a orillas del Rin.

26 marzo. *Rápidos avances en todas las cabezas de puente. El III Ejército americano llega a Francfort.*
Los rusos progresan en Checoslovaquia y se acercan a la frontera austriaca.

27 marzo. *Eisenhower anuncia que los alemanes han sido derrotados en el Oeste, y que el cruce del Rin ha roto las principales líneas alemanas de defensa.*
Ingleses y americanos avanzan en todo el frente.
Los rusos entran en Gdynia.
Argentina declara la guerra al Eje.

28 marzo. *Todas las fuerzas alemanas del Oeste están en retirada. Se capturan muchas importantes poblaciones. Las tropas de Patton llegan a 90 millas al este del Rin.*

[*28 marzo 1945.*

A poco de entrar Lloyd George en su primer cargo gubernamental como presidente de un departamento, los liberales, eclipsados durante veinte años, obtuvieron en enero de 1906 una abrumadora mayoría. Eran independientes de los irlandeses; el partido laborista estaba en su infancia, y los conservadores habían quedado reducidos

a poco más de cien. Pero este momento de triunfo político se produjo cuando las aspiraciones del liberalismo del siglo XIX habían sido conseguidas en gran parte. Los más de los grandes principios del liberalismo se habían convertido en propios de todos los hombres cultos del mundo civilizado. Se habían quitado sus cadenas a los esclavos; se abrían libres carreras al talento; la extensión del voto se movía irresistiblemente hacia adelante, y el progreso de la enseñanza era rápido y continuo, no sólo en esta isla, sino en muchos países. Así, cuando el partido liberal alcanzó la supremacía, los magnos y benéficos impulsos que propugnara obtuvieron el éxito ampliamente. Habían de encontrarse nuevos y potentes conceptos por aquellos que fuesen llamados al poder.

Lloyd George fué quien lanzó a las fuerzas radicales y liberales de este país a las amplias corrientes de mejora social y seguridad social a que ahora tienden todos los partidos. No había hombre tan bien dotado, tan elocuente, tan enérgico y que conociese tan perfectamente la vida del pueblo. Su cálido corazón se estimulaba viendo los muchos peligros que asediaban los hogares humildes. La salud del trabajador, la suerte de su viuda, la educación y nutrición de sus hijos, la parva y azarosa provisión de cuidados médicos y de sanatorios, la falta de un servicio sanitario accesible y digno de la época, eran cosas que gravitaban sobre los trabajadores y los pobres, y ellas excitaban a la vez el enojo, la compasión y la piedad de Lloyd George. Harto sabía éste los terrores con que la vejez, tras una vida de duros esfuerzos, amenazaban al trabajador, quien no podía ser otra cosa que una carga en el hogar de un hijo trabajador a su vez.

Cuando yo me hice por vez primera amigo y asociado de Lloyd George, hace sólo cuarenta años, él imprimió en mi mente, de modo indeleble, su hondo amor al pueblo, el profundo conocimiento de su vida y la conciencia de las indebidas e innecesarias tribulaciones en que los humildes subsistían.

Su valor indomable, su infatigable energía, su oratoria persuasiva y provocadora, ya grave, ya jovial; su ágil,

penetrante y amplia mentalidad, se juntaban para llegar a la raíz—o lo que él creía la raíz—de todas las cosas. Sus ojos, saltando por encima de lo obvio, escudriñaban más allá. A menudo le he oído decir a quienes iban a él con un plan: «Bien, pero ¿qué haremos después de ejecutado esto?»

En sus buenos tiempos, nadie tuvo tanta fuerza, influencia e iniciativa como él. Fué el campeón de los débiles y los pobres. Grandes días eran aquéllos. Casi dos generaciones han transcurrido desde entonces. Las más de las gentes ignoran cuánto han contribuído a modificar sus vidas las leyes de Lloyd George. El seguro de enfermedad y las pensiones a la vejez constituyeron los primeros esfuerzos estatales conscientes y en amplia escala para poner una baranda protectora en el atrafagado camino de las vidas de las gentes, y, sin echar abajo la estructura social, ello cubrió un abismo en que muchos caían, generación tras generación, sin que nadie se cuidara ni lo advirtiese. Ahora avanzamos con confianza hacia aplicaciones más vastas y de más alcance de esas ideas. Yo fuí el lugarteniente de Lloyd George en esos desvanecidos días y participé secundariamente en sus trabajos. He vivido lo bastante para ver grandes pasos dados y a punto de darse en ese sendero del seguro, merced al cual los cuervos de la completa ruina han sido alejados de los hogares de la nación. Los caminos que recorremos, los sistemas de impuestos progresivos, los principales remedios usados contra el paro, son cosas en gran parte debidas a la propaganda o a las realizaciones de Lloyd George. Estoy seguro de que con el tiempo su nombre no sólo perdurará, sino que brillará a causa de las grandes, laboriosas y constructivas tareas que cumplió en pro de la vida doméstica y social de nuestro país.

Cuando la tranquilidad serena, complaciente y egoísta, de la era victoriana estalló en las convulsiones mundiales y las guerras del terrible siglo XX, Lloyd George desempeñó otro papel con igual o aún mayor firmeza. Aunque no familiarizado con las artes militares; aunque públicamente reputado de tenaz pacifista, en cuanto la vida de

nuestro país estuvo en peligro, se unió al esfuerzo de guerra y apartóse de todo otro pensamiento y objetivo. Fué el primero en advertir las tremendas escaseces de municiones, artillería y demás pertrechos bélicos que tan pronto habían de afectar—y en el caso de la Rusia imperial con mortífero efecto—a las naciones en guerra. Vió esto antes que nadie. Aquí he de decir que mi honorable y distinguido amigo el diputado por Wycombe (sir A. Knox) fué un sincero y vigilante profeta y guía en todos los informes que recibimos. Él era nuestro representante militar en Rusia. Pero a Lloyd George le correspondió fijar tales informes por escrito, ponerlos ante los ojos del Gabinete e inducir a la acción que procedía ejercer con el mayor vigor.

Cuando se formó el Gobierno de coalición, Lloyd George pasó del Ministerio de Hacienda al de Municiones. Entregóse a la movilización de la industria inglesa, y en 1915 empezó a construir grandes fábricas de material de guerra que sólo habían de entrar en servicio a los dos años. Hablóse lo usual acerca de que la guerra terminaría en pocos meses, pero él no vaciló en establecer un vasto plan de dos años. Tuve la fortuna de heredar en 1917 la extensa y desbordante producción que aquellas fábricas suministraban. Por entonces Lloyd George se apoderó de la principal autoridad del Estado y de la jefatura del Gobierno. (ALGUNOS DIPUTADOS: «*¿Se apoderó?*») Se apoderó. Creo que fué Carlyle quien dijo de Cromwell: «El cargo codiciaba, quizá porque era suyo».

Inmediatamente Lloyd George dió a las cosas nuevo impulso y fuerza mucho mayores que cuanto se conociera hasta entonces, y se ocupó de todas las esferas del nuevo Gobierno de guerra, todas cuyas partes tenían igual interés para él.

Ya he escrito sobre sus características de aquel tiempo, en que le veía tan de cerca y gozaba de su confianza y le admiraba tanto. Dos características suyas he anotado que me parecieron preciosas en aquellos días: primera, su capacidad de vivir en el presente, sin por eso adolecer de angostura de miras; segunda, su capacidad de sacar del

mismo infortunio los medios del futuro éxito. Todo esto lo ratificó el feliz resultado de la guerra, en la cual impuso al Almirantazgo el sistema de convoyes, merced al cual fueron derrotados los submarinos; en la que propugnó la unificación del mando del frente occidental, lo que capacitó a Foch para conducirnos a la victoria, y en la que realizó otras muchas cosas que pertenecen a la historia de aquellos sombríos y tremendos años, cuya memoria no me abandonará jamás y a cuyos recuerdos he acudido a menudo durante este segundo gran forcejeo con Alemania, ahora a punto de desembocar en la victoria.

De este modo el estadista y orientador cuya muerte tranquila nos cubre de luto, supo servir a nuestra patria, nuestra isla y nuestra época tan bien y fielmente en la guerra como en la paz. Su larga vida se consumió, casi desde el principio al fin, en luchas y controversias políticas. Levantó intensos y a veces superfluos antagonismos y en varias ocasiones mantuvo fieras y acres querellas con todos los partidos. Afrontó sin desmayar los vendavales de la hostilidad y la crítica. A pesar de todos sus obstáculos, incluso de los que se creó él mismo, alcanzó sus objetivos principales. En el cenit de su carrera no tuvo rival como hombre de acción, recursos y energía creadora. Su nombre es familiar en nuestra Comunidad de naciones. Fué el mayor galés que esa invencible raza ha producido desde el tiempo de los Tudor. Muchos frutos de su labor existen, otros crecerán notablemente en el porvenir, y quienes vengan detrás de nosotros hallarán las columnas de la obra de su vida fuertes, macizas e indestructibles. Nosotros, los congregados hoy aquí, hemos de sentirnos reconocidos a que él viajara con nosotros a través de los tumultos y tormentas en que tanta ayuda y guía nos prestó.

MUERTE DE ROOSEVELT

DISCURSO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES EL 17 DE ABRIL DE 1945

29 marzo. *Continúa el gran avance aliado en el Oeste.*

30 marzo. *Tanques británicos entran en Münster, en el camino principal de Hannover y Berlín. Los tanques del III Ejército americano llegan a Lauterbach, a 200 millas de Berlín.*

31 marzo. *Tres mil tanques forman un dispositivo de avance en la Alemania central.*

1 abril. *Se informa que 100.000 soldados alemanes están copados en el Ruhr por los ejércitos americanos I y IX.*

2 abril. *Tropas inglesas aerotransportadas cruzan el canal Dortmund-Ems y llegan a 12 millas de Osnabrück; Patton, con sus fuerzas, alcanza Cassel.*
Las unidades americanas dividen en dos zonas la isla de Okinawa (Pacífico).

3 abril. *Todas las líneas alemanas de comunicación con Holanda quedan amenazadas por el avance del I Ejército canadiense.*
La batalla de la Birmania central concluye en una gran victoria inglesa.

4 abril. *Tropas blindadas inglesas rebasan Osnabrück. Los americanos llegan al Weser y despejan de enemigos Gotha, Cassel y Suhl. Los franceses ocupan Karlsruhe.*
Los tanques soviéticos se sitúan a 12 millas de Viena.

5 abril. *El IX Ejército americano cruza el Weser. El enemigo es expulsado de Minden, Osnabrück y Mulhouse.*
Rusia denuncia el pacto de neutralidad rusojaponés.

6 abril. *Los tanques aliados marchan sobre Hannover. La Prensa alemana reconoce la inevitabilidad de la derrota.*
Fuerzas yugoslavas ocupan Sarajevo.

7 abril. *Paracaidistas aliados aterrizan al este del Zuiderzee. El I Ejército canadiense ataca hacia el Norte. Cae Hamm, y Hannover y Bremen quedan amenazados por el avance inglés.*
Los americanos conquistan Gottinga.
En combate cerca de Okinawa son hundidos el mayor de los acorazados nipones y otros cinco barcos de guerra.
Fuertes núcleos japoneses quedan copados entre Mandalay y Meiktila.

8 abril. *Los americanos capturan las reservas de oro de Alemania, escondidas en una mina de sal.*
Los rusos ocupan los arrabales de Viena y el Gobierno soviético reafirma la independencia de Austria.

9 abril. *El I Ejército americano llega a 140 millas de Berlín. Fuerzas blindadas inglesas presionan sobre Bremen. Hundimiento en Kiel del acorazado alemán de bolsillo "Almirante Scheer".*

10 abril. *El IX Ejército de los Estados Unidos ocupa Hannover y corta la autopista de Brunswick. Tanques americanos llegan a 120 millas de Berlín.*
El VIII Ejército desencadena un poderoso ataque en el sector adriático de Italia.

11 abril. *Los americanos llegan al Elba por Magdeburgo, a 60 millas de Berlín. Brunswick, Coburgo y Gelsenkirchen figuran entre las ciudades alemanas ocupadas este día. Los rusos asedian Viena y limpian de enemigos la mayor parte de la ciudad.*
El VIII Ejército llega al río Santerno (Italia).

12 abril. *Fallece el presidente Roosevelt. El señor Harry S. Truman pasa a ser presidente de los Estados Unidos.*
Neustadt, Weimar, Heilbronn, Celle y otras poblaciones alemanas son conquistadas por los aliados en un arrollador avance. El I Ejército americano presiona Leipzig. El VIII Ejército cruza el Santerno. Ocupación de Carrara.

13 abril. *Los ingleses entran en Arnheim. El IX Ejército americano se sitúa a 48 millas de Berlín. Se arroja al enemigo de Duisburg.*
Los rusos completan la ocupación de Viena.

14 abril. *Es hecho prisionero von Papen, célebre diplomático alemán.*
Los americanos entran en Bayreuth.
Violento ataque a Tokio a cargo de superfortalezas volantes.

15 abril. *Los canadienses llegan al Mar del Norte, cerca del estuario del Ems.*
Ocupación de Leuna.
Los rusos avanzan 40 millas al oeste de Viena.

16 abril. *Entran en Nuremberg las tropas americanas del VII Ejército. La infantería inglesa alcanza las afueras de Bremen.*
A lo largo del Oder los rusos lanzan una gran ofensiva hacia Berlín.

17 abril. *Se anuncia que en los dieciséis primeros días del mes han sido capturados 755.573 alemanes en el frente occidental. El número total de los prisioneros hechos por los aliados desde el "Día D" asciende a 2.055.575.*

[17 abril 1945.

Propongo:

Que se presente a su majestad una humilde exposición manifestándole el profundo disgusto con que esta Cámara se ha informado del fallecimiento del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, y rogando a su majestad que, al expresar su propio pésame al Gobierno de los Estados Unidos, tenga la generosa amabilidad de manifestar en nombre de la Cámara su dolor por la pérdida que el imperio y Comunidad británica de naciones y la causa de las naciones aliadas han sufrido; así como su sentido pésame a la señora Roosevelt y demás familia del extinto presidente, y al Gobierno y pueblo de los Estados Unidos.

Mi amistad con el gran hombre a cuya labor y fama rendimos nuestro tributo hoy, principió y maduró en esta guerra.

Le vi, pero sólo por unos minutos, al acabar la guerra anterior. Tan pronto como fuí destinado al Almirantazgo en septiembre de 1939, Roosevelt me telegrafió invitándome a corresponder con él directamente sobre materias navales u otras, siempre que a ello me sintiera inclinado. Previo el permiso del primer ministro, así lo hice.

Conociendo el intenso interés del presidente Roosevelt por la guerra marítima, le proporcioné abundante información sobre nuestros asuntos navales y acerca de las diversas acciones, especialmente la del Río de la Plata, que iluminó el primer sombrío invierno de guerra.

Cuando me convertí en primer ministro y la guerra descargó todas sus ominosas furias, es decir, cuando nuestra propia vida y supervivencia estaban suspendidas en la balanza, ya me hallaba en situación de telegrafiar al presidente en términos de un trato que se había convertido en muy íntimo y para mí en muy agradable. Esto continuó a través de todos los altibajos de la pugna mundial hasta el jueves último, en que recibí los postreros men-

sajes del presidente. En ellos no se percibía ninguna disminución en la usual clarividencia y vigor con que trataba complejos e intrincados problemas. Mencionaré que nuestra correspondencia se incrementó mucho desde la entrada de los Estados Unidos en la guerra, habiéndose cambiado entre nosotros unos 1.700 mensajes. Muchos eran largos y la mayoría referíanse a muy difíciles puntos que venían a ser discutidos por los jefes de los Gobiernos sólo cuando no se habían alcanzado soluciones oficiales en esferas inferiores. A esta correspondencia han de unirse nuestras nueve entrevistas, a saber: una en Argentina, tres en Washington, una en Casablanca, otra en Teherán, dos en Quebec y la última en Yalta. En total fueron ciento veinte días de estrecho y personal contacto, y durante gran parte de ellos estuve con el presidente en la Casa Blanca, en su residencia de Hyde Park, o en su retiro de las Montañas Azules, que él llamaba Shangri-la.

Le admiré como estadista, hombre de negocios y dirigente de guerra. Sentí la mayor confidencia en su elevado e inspirado carácter y en sus perspectivas, así como un interés personal—y aun puedo decir afecto—que me siento incapaz de expresar. Su patriotismo, su respeto a la Constitución de su país, su facultad de sortear las corrientes y mareas de su mudable opinión pública, eran evidentes; pero a ellos se unían las pulsaciones de un generoso corazón de continuo inclinado a la ira y a la acción contra los espectáculos de opresión y agresividad que nos daban los fuertes a expensas de los débiles. Amarga pérdida es para la Humanidad que ese corazón haya suspendido su latir para siempre.

La dolencia física del presidente gravitaba cruelmente sobre él. Era maravilloso que la resistiese a través de tantos años borrascosos y turbulentos. Entre diez millones de hombres no hay uno que, lisiado como él, se lanzase a una vida de esfuerzos mentales y físicos y de duras e incesantes controversias políticas. Y entre diez millones, ni uno hubiera logrado, no sólo entrar en esa esfera de actividad, y obrar vehementemente en ella, sino convertirse en indiscutido dueño de la escena. En este extraor-

dinario triunfo del espíritu sobre la carne, de la voluntad sobre la enfermedad física, le inspiró y sostuvo su noble y abnegada esposa, cuyos elevados ideales corrían parejas con los de su marido y a la que dedica hoy la Cámara de los Comunes una profunda, plena y respetuosa simpatía.

Sin duda el presidente previó los grandes peligros que se cernían sobre el mundo de preguerra, y ello con más presciencia que las gentes más informadas de ambos lados del Atlántico. Por eso estimuló con todo su poder tantas precauciones militares como podía aceptar, en tiempo de paz, la opinión de los Estados Unidos. Desde que empezó la contienda, nunca existieron dudas sobre las simpatías del presidente. La caída de Francia y la que a los más de sus compatriotas les parecía inminente destrucción de Inglaterra, le colmaron de congoja; pero nunca perdió la esperanza en nosotros. Y le colmaron de congoja, no sólo a causa de Europa, sino de los serios peligros que correrían los mismos Estados Unidos si nosotros cedíamos o los supervivientes se inclinaban bajo el yugo alemán. La resistencia de la nación británica en aquellos tiempos calamitosos llenóle, como a muchos de sus compatriotas, de un fervoroso sentimiento hacia nuestro pueblo. Cuando en el duro invierno de 1940-41 Hitler se propuso pulverizar nuestras ciudades, aquella ruina conmovió tanto a Roosevelt y a esos americanos como a nosotros, y acaso más, porque la imaginación es a veces más torturadora que las realidades. Sin duda la resistencia de Inglaterra, y sobre todo de los londinenses, encendió en los pechos americanos llamas mucho más difíciles de extinguir que los incendios que padecíamos nosotros. Por entonces, a pesar de las victorias del general Wawell—y aún más por eso, dado que tales victorias se conseguían merced a los esfuerzos que desde aquí enviábamos—, existía vasta inquietud en los Estados Unidos, donde se temía que, tras minuciosos preparativos, Alemania nos invadiese en la primavera de 1941. En febrero el presidente envió a Inglaterra al difunto Wendell Willkie, quien, aunque rival político y candidato opuesto, coincidía con

él en muchos puntos. Willkie traía una carta de puño y letra de Roosevelt, en la que el presidente había citado los famosos versos de Longfellow:

> ¡Navega, oh barco del Estado;
> navega, oh grande y fuerte Unión!
> Está el mundo y cuanto ha soñado,
> cuanto ha temido y esperado,
> ante tu sino en suspensión.

Hacia entonces fraguó la extraordinaria medida de ayuda, llamada Préstamo y Arrendamiento, que es el acto financiero menos sórdido y más abnegado que registra la historia de todos los países. Sus efectos consistieron en incrementar grandemente la capacidad combativa inglesa y, a los efectos del esfuerzo de guerra, nos convirtió en una comunidad mucho más numerosa. Ese otoño me avisté con el presidente, por vez primera, durante la guerra, en Argentia (Terranova) y juntos redactamos la declaración que ha venido a ser llamada Carta del Atlántico y que confío en que quede como guía, durante largo tiempo, de nuestro pueblo y los demás países del mundo.

En aquel tiempo, los japoneses preparaban, en las densas sombras de mortal secreto, su acción traidora y codiciosa. Cuando nuevamente me entrevisté con el presidente en Washington, el Japón, Alemania e Italia habían declarado la guerra a los Estados Unidos, y nuestros dos países peleaban hombro con hombro. Desde entonces avanzamos por mar y tierra a través de muchas dificultades y decepciones, pero con éxito siempre en aumento. No me extenderé en la serie de grandes operaciones desarrolladas en el hemisferio occidental, ni en la gran guerra que transcurre al otro extremo del mundo. Tampoco hablaré de los planes que con Rusia, nuestra gran aliada, formamos en Teherán, porque todo el mundo puede ver cómo se han ejecutado.

Pero en Yalta noté que el presidente estaba enfermo. Su cautivadora sonrisa, sus modales alegres y encantadores no le habían abandonado, mas su rostro tenía cierta transparencia, una expresión como purificada, y a

menudo sus ojos parecían perdidos en lejanas contemplaciones. Al despedirme de él en el puerto de Alejandría confieso que sentí una indefinible sensación de temor de que su salud y fuerzas hubieran llegado al límite. Nada, sin embargo, alteró su inflexible concepto del deber. Hasta el fin ejerció sus tareas sin desmayo. Una de las obligaciones del presidente consiste en firmar cada día cien o doscientos despachos y otros documentos de Estado, y a ello continuó ateniéndose estrictamente. Cuando la muerte le sorprendió, ya había «despachado el correo». Había acabado esa parte de su jornada... Según suele decirse, murió al pie del cañón, como sus soldados, marinos y aviadores, que, al lado de los nuestros, están ejecutando su tarea hasta el fin en el mundo. ¡Envidiable muerte la de Roosevelt! Había sacado a su patria de lo más duro de sus esfuerzos y lo más grave de sus peligros. Ya la victoria resplandecía alrededor de él con segura y firme aureola.

En los días de la paz había ampliado y estabilizado los fundamentos de la vida y unión americanas. En la guerra realzó la fuerza, poder y gloria de la gran república hasta alturas no alcanzadas por nación alguna en la Historia. Con la mano izquierda conduce el avance de los vencedores ejércitos aliados en el corazón de Alemania, y con la derecha, irresistible y rápidamente, destroza el poder del Japón. Y entre tanto, con barcos, municiones, suministros y víveres de todas clases ayuda en gigantesca escala a sus aliados, grandes y pequeños, en el curso de la larga contienda.

Pero todo esto no pasaría de mero poderío y grandeza humana si no fuese porque las causas de la libertad y de la justicia social, a las que tanta parte de su vida dedicó el difunto, añadieron a ese poderío, pompa y fuerza guerrera un fulgor que durante mucho tiempo persistirá siendo visible entre los hombres. Roosevelt ha dejado tras de sí un grupo de hombres resueltos y capaces que manejan las numerosas e intrincadas partes del mecanismo americano de guerra. Ha dejado también un sucesor que con paso firme y convicción segura se adelanta para terminar

la obra empezada. A nosotros réstanos sólo decir que en Franklin Roosevelt hemos perdido el mayor amigo americano que hayamos conocido nunca, y el mayor paladín de la libertad que jamás haya llevado al viejo mundo el consuelo y auxilio del nuevo.

UN DIPUTADO SIN PRESENTACIÓN

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES EL 17 DE ABRIL DE 1945

El 17 de abril de 1945, el señor R. D. McIntyre, diputado recién electo por Motherwell, intentó ocupar asiento en la Cámara sin ser presentado por otros dos miembros de ella. La Cámara debatió una moción (rechazada por 273 votos contra 74) para que se le permitiese apartarse de la costumbre usual. En el curso del debate Churchill dijo:

[*17 abril 1945.*

No aconsejo en esta ocasión a la Cámara que se aparte de las antiguas costumbres y tradiciones. Por el contrario, pienso que en estos días el Parlamento y la Cámara inglesa de los Comunes están demasiado expuestos a las miradas de todo el mundo—miradas que en gran parte del Globo son admirativas—para que incurramos en la menor infracción de las antiguas usanzas que han contribuído a nuestra dignidad y poder.

El caballero que trata de presentarse a sí mismo en este momento, habla, hasta cuanto puedo juzgar, en favor de tradiciones viejas, las más viejas de cuantas hemos conocido en muchos años. Pero, dada la dificultad que ha surgido en el momento de su presentación, tenemos ciertamente, según pienso, derecho a solicitar que vote con nosotros en el escrutinio que va a tener lugar.

En cualquier caso, y en lo que nos concierne, espero que quienes apoyan al Gobierno de su majestad rechazarán la propuesta de derribar de repente costumbres y tradiciones de nuestra isla que duran desde 1668. Soy resueltamente de opinión de que quienes lo sientan así lo atestigüen en la sala de votaciones.

RENDICIÓN INCONDICIONAL

DISCURSO RADIADO AL MUNDO EL 8 DE MAYO DE 1945

3 mayo. *Hamburgo se rinde al II Ejército inglés. Kiel y Flensburg son declaradas ciudades abiertas. Se derrumba toda la resistencia alemana en el frente británico y se capturan 500.000 prisioneros.*
El IX Ejército americano enlaza con los rusos en tres puntos más. Fuerzas americanas penetran en Austria.
Los neozelandeses ocupan Trieste y los yugoslavos Fiume.
Fuerzas inglesas entran en Rangún.

4 mayo. *Se rinden al mariscal Montgomery todas las tropas enemigas de Holanda, Alemania del Noroeste y Dinamarca, en número de un millón de hombres.*
El VII Ejército de los Estados Unidos enlaza a través del Brenner con el V Ejército de Italia.
El almirante Mountbatten anuncia que la batalla de Birmania ha terminado con la muerte de 97.000 japoneses.

5 mayo. *En la zona de Munich se rinden a los americanos dos ejércitos alemanes. El XXV Ejército alemán se rinde a los canadienses. Cesan las hostilidades en todo el frente británico.*
Los patriotas daneses se adueñan de Copenhague, y el rey de Dinamarca declara por radio la liberación de su país.

6 mayo. *El almirante Doenitz ordena a la flota alemana que se abstenga de toda acción de guerra.*

7 mayo. *En el Cuartel General de Eisenhower, en Reims, el general Jodl, jefe del Estado Mayor alemán, firma la rendición incondicional de todas las fuerzas armadas alemanas.*
Se da la orden de alto el fuego en los frentes aliados de Europa.
Capitulan los alemanes de Noruega, y unidades aliadas llegan a Oslo. Los alemanes sólo continúan luchando en Praga.
Se encuentran en Berlín los cuerpos envenenados de Goebbels y su familia.

8 mayo. *Se celebra en el mundo el Día de la Victoria. El rey dirige un discurso por radio al Imperio, y Churchill, por*

radio también, anuncia la rendición incondicional de los alemanes.
El mariscal Keitel y otros altos jefes del ejército, marina y aviación alemanes, firman en Berlín la rendición incondicional en presencia del mariscal Zhukov y mariscal del Aire Tedder. Las hostilidades concluyen oficialmente a medianoche.

[18 mayo 1945.

Ayer mañana, a las 2,41 en el Cuartel General, el general Jodl, representante del alto mando alemán, y el gran almirante Doenitz, nombrado jefe del Estado alemán, firmaron el documento de rendición incondicional de todas las fuerzas alemanas de tierra, mar y aire a la fuerza expedicionaria aliada, y simultáneamente al alto mando soviético.

El general Bedell Smith, jefe del Estado Mayor de la fuerza expedicionaria aliada, y el general François Sevez, firmaron el documento en nombre del supremo comandante de la fuerza expedicionaria aliada, y el general Susloparov firmó en nombre del alto mando ruso.

Hoy ese acuerdo ha sido ratificado y confirmado en Berlín, donde el mariscal Tedder, jefe de la aviación y segundo comandante supremo de la fuerza expedicionaria aliada, y el general De Lattre de Tassigny, firmaron en nombre del general Eisenhower. El mariscal Zhukov firmó por el alto mando soviético. Los representantes alemanes fueron el mariscal Keitel, jefe del alto mando, y los comandantes en jefe de las fuerzas del ejército, armada y aviación alemanas.

Las hostilidades terminarán oficialmente a las doce y un minuto de esta noche (martes, 8 de mayo); pero, para ahorrar vidas, la orden de alto el fuego ha empezado ya a darse en todo el frente. Nuestras amadas islas del canal han sido liberadas hoy.

Los alemanes, en algunos sitios, resisten aún a las tropas rusas; pero si continuaran haciéndolo después de la medianoche de hoy, se privarán a sí mismas de la protec-

ción que les conceden las leyes de la guerra y serán atacadas desde todas partes por los aliados. No es sorprendente que en frentes tan largos, y dado el desorden que existe entre el enemigo, las órdenes del alto mando no sean obedecidas en el acto. Esto, a nuestro juicio y al de los mejores consejeros militares que tenemos a nuestra disposición, no constituye motivo para no comunicar a la nación los hechos relativos a la rendición incondicional que el general Eisenhower anuncia haberse firmado en Reims, ni nos impedirá celebrar hoy y mañana (miércoles) la victoria en Europa.

Hoy acaso debamos pensar principalmente en nosotros mismos.

Mañana rendiremos tributo a nuestros camaradas rusos, cuyas proezas han sido una de las grandes contribuciones a la victoria general.

La guerra con Alemania ha terminado. Tras años de intensa preparación, Alemania atacó a Polonia a principios de septiembre de 1939, y, en cumplimiento de nuestra garantía a Polonia y de acuerdo con la República Francesa, la Gran Bretaña y el imperio y Comunidad británica de naciones, declararon la guerra al ominoso agresor. Después de que la brava Francia hubo sido derrotada, nosotros, desde esta isla y desde nuestro imperio unido, mantuvimos solos la lucha durante un año, hasta que se nos agregó la fuerza militar de la Rusia soviética y más tarde el abrumador poder y recursos de los Estados Unidos de América.

Finalmente casi todo el mundo se unió contra los malhechores que ahora yacen postrados ante nosotros. De todos los corazones de esta isla y del imperio británico brota la gratitud hacia nuestros espléndidos aliados.

Concedámonos un breve período de regocijo, pero no olvidemos ni por un momento los trabajos y esfuerzos que nos esperan. El ávido y cruel Japón no se ha sometido aún. Las injurias que ha inferido a la Gran Bretaña, a los Estados Unidos y otros países, y sus detestables crueldades, exigen justicia y castigo. Dediquemos todo nuestro esfuerzo y recursos al cumplimiento de nuestra

misión en el país y en el extranjero. ¡Adelante, Inglaterra! ¡Viva la causa de la libertad! ¡Dios guarde al rey!

GRATITUD AL PARLAMENTO

Pocos minutos después de su anuncio por radio al respecto de la rendición incondicional de los alemanes, Churchill leyó la misma declaración en la Cámara de los Comunes, añadiendo:

He recibido órdenes de dirigir este mensaje a la nación y Comunidad británica. Sólo quiero agregar pocas palabras para expresar mi honda gratitud a esta Cámara de los Comunes, que ha mostrado ser el más sólido fundamento que, a efectos de mantener una guerra, hemos tenido en nuestra larga historia. Todos hemos cometido errores, pero la fuerza de la institución parlamentaria ha acreditado su capacidad para conservar los derechos de la democracia y a la vez para hacer una guerra en su forma más dilatada y dura. Deseo agradecer cordialmente a los hombres de todos los partidos que en la Cámara se sientan, la forma en que han sabido sostener vívidamente las instituciones parlamentarias bajo el fuego enemigo, perseverando—como hubiésemos perseverado mucho más, de ser menester—hasta que nuestros objetivos de obtener una ilimitada e incondicional rendición del enemigo se han logrado. Recuerdo que al acabar la última guerra, hace más de un cuarto de siglo, la Cámara, cuando oyó la larga lista de las condiciones de rendición y armisticio impuestas a los alemanes, no se sintió inclinada a debates ni asuntos, sino que quiso ir a dar gracias a Dios todopoderoso, esto es, al gran poder que parece formar y designar la suerte de las naciones y el destino del hombre. Por tanto, señor presidente, con su permiso propongo que esta Cámara acuda a la iglesia de Santa Margarita, Westminster, para ofrecer humildes y reverentes gracias a Dios omnipotente por habernos librado de la amenaza de la dominación alemana.

Esta moción es idéntica a la propuesta la otra vez que dije.

«ESTA VICTORIA ES VUESTRA»

Durante las celebraciones que siguieron al anuncio de la rendición incondicional, Churchill pronunció dos breves discursos desde el balcón del Ministerio de Sanidad, hablando a la multitud que se hacinaba en Whitehall.

[*8 mayo 1945.*

Dios os bendiga a todos. ¡Esta victoria es vuestra! Es la victoria de la causa de la libertad en todos los países. En toda nuestra larga historia no hemos visto jamás un día mayor que éste. Todos, hombres y mujeres, han hecho lo más que han podido. Todos han colaborado. Ni los largos años, ni los peligros, ni los fieros ataques del enemigo, debilitaron en modo alguno la resolución de independencia de la nación británica. Dios os bendiga a todos.

[*9 mayo 1945.*

Espero, mis queridos amigos, que hayáis tenido dos días felices. Por felices días hemos laborado, pero no es fácil obtener tales días. Con disciplina, moral, industria y buenas y justas instituciones hemos ganado días felices para millones y millones de personas.

Habéis sido atacados por un enemigo monstruoso, pero nunca os doblegasteis ni titubeasteis.

Vuestros soldados estuvieron en el frente y vuestros aviadores en el cielo. No olvidemos a los marinos de nuestra gran armada. Ellos acometieron y ejecutaron las audaces y aventureras hazañas que siempre han permitido a los bravos obtener la victoria en medio de circunstancias obstinadas y bestiales. Los que permanecieron en la patria resistieron cuanto tuvieron que resistir, que fué, al fin y al cabo, bastante. Nunca abandonasteis a los hombres del frente. Nadie pidió la paz porque Londres sufriera.

Londres, como un gran rinoceronte, como un gran hipopótamo, dijo: «Que hagan lo peor que puedan. Londres resistirá». Londres es capaz de resistir cualquier cosa.

Mi corazón vuela hacia los *cockneys*. Sean quienes fueren los visitantes que hoy tenemos, y son muchos, porque aquí están representadas todas las naciones que lucharon a nuestro lado, corearán lo que yo digo al decir: ¡Oh viejo y buen Londres!

En todas las capitales del mundo victorioso hay fiestas esta noche, pero en ninguna habrá falta de respeto para el papel que Londres ha desempeñado.

Mis cordiales gracias a todos vosotros, que nunca desfallecisteis en los largos y monótonos días, ni en las noches, negras como el infierno.

Dios os bendiga a todos. ¡Así viváis mucho tiempo como ciudadanos de una grande y espléndida ciudad! ¡Así permanezcáis largo tiempo siendo el corazón del imperio británico!

«ADELANTE HASTA EJECUTAR TODA LA TAREA»

DISCURSO RADIADO AL MUNDO EL 13 DE MAYO DE 1945

9 mayo. *Praga queda liberada y 90.000 enemigos se rinden a los americanos. Son desarmadas las tropas alemanas de Holanda. Se rinden a los franceses las guarniciones alemanas de Dunquerque, La Rochela y La Palisse.*
Los americanos prenden a los mariscales Goering y Kesselring.
Se rinden los alemanes de las islas del Canal, que son ocupadas por los ingleses.
Vidkung Quisling se entrega a la policía de Oslo.

10 mayo. *Sumergibles alemanes se rinden en muchos puertos aliados.*
En las montañas de Arakán (Birmania) el XIV Ejército enlaza con las fuerzas aliadas del oeste del Irawady. Se anuncia que todos los que participen en la campaña birmana recibirán la estrella de Birmania.

11 mayo. *Los aliados anuncian la instalación de un severo Gobierno militar en Alemania. En algunos puntos de Bohemia los alemanes continúan resistiendo a los rusos.*
En el Egeo se rinden guarniciones alemanas fuertes de de 20.000 hombres.
Henlein, dirigente de los sudetes alemanes, se suicida.

12 mayo. *En la bolsa de las costas bálticas de Curlandia se rinden a los rusos 135.000 alemanes, y 35.000 más en las riberas polacas.*
Siguen resistiendo algunos restos del ejército aleman en Checoslovaquia. Los americanos capturan al jefe nazi Sepp Dietrich.
Se rinden incondicionalmente los alemans en Creta.

13 mayo. *El rey, la reina y las princesas asisten a una ceremonia religiosa de acción de gracias en San Pablo.*
Inglaterra y los Estados Unidos se oponen a que Tito establezca una administración yugoslava en Trieste.
Las fuerzas americanas del Pacífico llegan a las afueras de Naha, capital de Okinawa.

[*13 mayo 1945.*

El último jueves se cumplieron cinco años desde que su majestad me encomendó la formación de un Gobierno de todos los partidos. Cinco años constituyen un largo período de la vida humana, sobre todo cuando la buena conducta no redime la pena. Pero ese Gobierno nacional fué sostenido por el Parlamento y toda la nación británica en el interior, y por nuestros combatientes en el exterior, así como por la inquebrantable cooperación de los Dominios y del imperio en todas las regiones del Globo. Tras variadas peripecias, hízose claro la semana pasada que las cosas marchaban muy bien y que el imperio y Comunidad británica estaban más unidos y eran más poderosos que en cualquier tiempo de su larga y romancesca historia. Creo que cualquier persona justa ha de admitir que estamos en mejores condiciones para afrontar los problemas y peligros del futuro que hace cinco años.

Variadas peripecias.

Durante algún tiempo, Alemania, nuestro poderoso enemigo, dominó casi toda Europa. Francia, que tan terrible esfuerzo soportó en la anterior guerra, fué completamente derrotada y necesitó espacio para recobrarse. Los Países Bajos, luchando tanto como pudieron, acabaron siendo subyugados. Noruega resultó dominada. La Italia de Mussolini nos apuñaló por la espalda cuando parecíamos estar en los últimos estertores agónicos. La Comunidad y el imperio británico quedaron absolutamente solos.

En julio, agosto y septiembre de 1940, 40 ó 50 escuadrillas de cazas ingleses batieron a la aviación alemana luchando en proporción de uno contra siete u ocho. Puedo repetir las palabras que usé en aquella crítica hora: «Nunca, en el campo de los humanos conflictos, debieron tanto muchos a tan pocos». El nombre del mariscal jefe del Aire, lord Dowding, irá siempre unido a ese espléndido acontecimiento. Pero junto a la aviación estaba la armada real, pronta a destrozar las embarcaciones concentradas en los canales de Holanda y Bélgica, únicos medios de transporte de un ejército de invasión. Nunca

creí que invadir Inglaterra, con los medios que el enemigo tenía entonces, fuese una tarea de ejecución fácil. Y con las tormentas otoñales se disipó el inminente peligro de invasión, en 1940.

Entonces principió el *blitz* con que Hitler afirmó que «pulverizaría nuestras ciudades». Así lo dijo. Se soportó el *blitz* sin una palabra de queja ni el menor signo de debilitamiento, mientras muchísima gente—¡honor a toda ella!—probaba que Londres sabía resistir, al igual que nuestros otros centros devastados. Pero el alborear de 1941 aún nos halló en peligro. Los aviones hostiles podían volar sobre nuestra isla, donde 46 millones de seres tenían que importar la mitad de su pan de cada día, y todos los materiales que necesitaban para la paz y la guerra. A esos aviones hostiles les cabía volar desde Brest a Noruega y regresar, en un solo vuelo. Podían observar todos los movimientos de nuestra navegación según entraba o salía del Mersey y el Clyde, y podían encaminar hacia nuestros convoyes el grande y creciente número de submarinos con que el enemigo salpicaba el Atlántico. Los sucesores o supervivientes de tales submarinos se concentran ahora en los puertos ingleses.

Una sensación de envolvimiento, que en cualquier instante podía convertirse en estrangulación, gravitaba con fuerza sobre nosotros. Para traer nuestros medios de vida y enviar fuera nuestros elementos de guerra, sólo disponíamos del paso marítimo del Noroeste entre Escocia y el Ulster. Gracias a la acción del señor De Valera, tan en disparidad con el temperamento e instintos de miles de irlandeses del Sur, que acudieron a la batalla para probar su antiguo valor, los accesos que desde puertos y aeródromos irlandeses hubieran podido defenderse con facilidad, estaban cerrados por los sumergibles y aeroplanos enemigos. Trágico momento fué aquél, en nuestra vida, y de no ser por la lealtad y amistad de la Irlanda del Norte, habríamos tenido que vernos las caras con el señor De Valera, o desaparecer de la tierra. Sin embargo, con una prudencia y ponderación de que hay pocos paralelos en la Historia, el Gobierno de

De Valera.

su majestad no puso mano violenta sobre los irlandeses, aunque en ocasiones hubiera sido muy fácil y natural, y dejamos al Gobierno de De Valera refocilarse con los representantes alemanes, y más tarde con los japoneses, tanto como le plugo.

Al pensar en aquellos días pienso también en distintos episodios y personalidades. Pienso en el teniente coronel Esmonde, en el cabo de lanceros Kenneally, en el capitán Fegen—todos ellos ganadores de la Cruz de la Victoria—y en otros héroes irlandeses que fácilmente podría mencionar, y he de confesar que mi inglesa amargura contra la raza irlandesa se extingue en mi corazón. Sólo deseo que en años que ya no veré se olvide la vergüenza y persista la gloria, y que los pueblos de las Islas Británicas y de la Comunidad británica de naciones marchen juntos con mutua comprensión e indulgencia.

Cuando evocamos, amigos, el caso de los accesos del Noroeste, no podemos olvidar la abnegación de nuestros marinos mercantes, ni la de los tripulantes de nuestros dragaminas, en acción todas las noches y tan raramente mencionados, sin embargo, en las grandes titulares de Prensa. Ni cabe dar al olvido la vasta, inventiva, adaptativa, abarcadora de todo (y al fin dominadora de todo) capacidad de nuestra armada real con su cada vez más potente aliada la aviación. Armada y aviación mantuvieron expedita aquella línea vital. Pudimos respirar, pudimos vivir, pudimos atacar.

Pudimos respirar.

Duras empresas tuvimos que hacer. Hubimos de destruir o capturar la flota francesa, que, de pasar intacta a manos alemanas, hubiera, uniéndose a la flota italiana, quizá permitido a la alemana afrontar a la nuestra en alta mar. En nuestras horas más sombrías fué menester enviar al general Wavell (y ello por la larga ruta del Cabo) virtualmente todos los tanques que había en la isla, lo que, ya en noviembre de 1940, permitió defender a Egipto contra la invasión y hacer retroceder, con pérdida de un cuarto de millón de prisioneros y gran matanza, a los ejércitos italianos tras los cuales Mussolini planeaba entrar a caballo en El Cairo y Alejandría.

Roosevelt, y todos los hombres previsores de los Estados Unidos, estaban muy inquietos por lo que pudiera ocurrirnos a principios de 1941. El presidente comprendía hasta las entrañas de su ánimo que la destrucción de Inglaterra, sobre ser cosa terrible en sí misma, expondría a mortal peligro el futuro destino y la aún inerme potencia de los Estados Unidos. Roosevelt temía mucho que fuéramos invadidos en la primavera de 1941, y no se eche en saco roto la circunstancia de que tenía consejeros militares tan buenos como los mejores del mundo. Envió, pues, a su reciente antagonista electoral, Wendell Willkie, con una carta para mí, en la que había escrito de su puño y letra los famosos versos de Longfellow que ha días cité en la Cámara de los Comunes.

En mejores condiciones.

No obstante, en los primeros meses de 1941 estábamos en mucho mejor condición y nos sentíamos mucho más seguros que en los meses inmediatamente posteriores al derrumbamiento de Francia. Nuestro ejército de Dunquerque y nuestras tropas de campaña—cerca de un millón de hombres—se hallaban casi plenamente equipadas o reequipadas. Habíamos traído por vía trasatlántica, desde los Estados Unidos, un millón de fusiles y un millar de cañones, y esto ya en el anterior junio. Todas esas armas estaban provistas de sus correspondientes municiones. En nuestras fábricas de municionamiento, que iban convirtiéndose en muy poderosas, hombres y mujeres trabajaban ante sus máquinas hasta caer rendidos de fatiga. Cosa de un millón de hombres—que llegaron a elevarse a dos millones—pertenecían, sin dejar de trabajar todo el día, a la guardia metropolitana. Se encontraban armados, al menos, con fusiles, y también con la consigna «morir o vencer».

Más entrado 1941, estando solos aún, sacrificamos—a nuestro pesar, y en alguna extensión sin esperarlo—nuestras conquistas del invierno en Cirenaica y Libia, a fin de sostener a Grecia. Nunca olvidará Grecia cuánto le dimos de lo poco que teníamos. Hicimos esto por el honor. Reprimimos la revuelta instigada por los alemanes en el Irak. Defendimos Palestina. Con ayuda de los indomables fran-

ceses del general De Gaulle, expulsamos de Siria y el Líbano a los partidarios de Vichy, así como a los aviadores e intrigantes alemanes. Y entonces, en junio de 1941, ocurrió otro tremendo acontecimiento mundial.

Habréis sin duda notado al leer la historia inglesa —como espero que la leeréis, porque sólo por el pasado cabe juzgar el futuro, y únicamente leyendo la historia inglesa o la del imperio inglés puede sentirse un bien fundado orgullo de habitar en estas islas—, habréis notado, digo, al leer la historia inglesa, que de cuando en cuando hemos tenido que defendernos solos, o ser fautores de coaliciones contra algún dictador o tirano continental, y ello por largo tiempo. Tal nos sucedió contra la armada española; tal contra el poderoso Luis XIV, época en que durante veinticinco años conducimos a Europa bajo el mando de Guillermo III y de Marlborough y tal se repitió hace ciento cincuenta años cuando Nelson, Pitt y Wellington destrozaron a Napoleón, no sin ayuda de los heroicos rusos de 1812. En todas esas guerras mundiales, o nuestra isla condujo a Europa, o se mantuvo sola.

Si se resiste solos bastante tiempo, siempre llega la ocasión en que el tirano comete algún enorme error que altera el equilibrio de la contienda. El 22 de junio de 1941, Hitler (creyéndose señor de toda Europa y contando serlo en breve de todo el mundo), alevosamente, sin advertencia y sin que mediara la menor provocación, atacó a Rusia y se enfrentó con el mariscal Stalin y los innumerables millones de rusos. Luego, a fines de año, el Japón asestó un golpe traidor a los Estados Unidos en Pearl Harbour, a la vez que nos atacaba en Malaya y Singapur. En seguida Hitler y Mussolini declararon la guerra a los Estados Unidos.

El gran error de Hitler.

Años han pasado desde entonces. Cada uno me parece una década. Pero en cuanto los Estados Unidos entraron en guerra, jamás tuve la menor duda de que nos salvaríamos y de que nos bastaba, para triunfar, cumplir nuestro deber. Hemos desempeñado nuestro papel en estas pugnas en que los mal-

Años que parecen décadas.

hechores han sido abatidos. Sin querer hablar con vanidad ni jactancia, diré que desde El Alamein, en octubre de 1942, pasando por la invasión angloamericana de África del Norte, y por Sicilia, Italia y toma de Roma, recorrimos muchas millas sin conocer nunca la derrota. Y el año pasado, después de dos de preparación paciente y de obtención de maravillosos medios de guerra anfibia—nótese que a nuestros sabios no los supera ninguno del mundo, sobre todo cuando aplican su pensamiento a cosas navales—, el año pasado, repito, y concretamente el 6 de junio, elegimos cuidadosamente un pequeño sector de la Francia ocupada, y lanzamos desde esta isla y desde el otro lado del Atlántico millones de hombres que avanzaron hasta el Sena, el Somme y el Rin. Francia fué liberada y formó un ejército de valientes para ayudar a su liberación. Entonces se nos abrieron las puertas de Alemania.

Al otro extremo, las potentes realizaciones militares del pueblo ruso, que siempre ha retenido en su frente más tropas alemanas que en el nuestro, culminaron en un avance que había de enlazar con el nuestro en el corazón y centro de Alemania. A la vez, en Italia, el ejército cosmopolita del mariscal Alexander—ejército británico o imperial en su mayoría—asestaba su golpe final, obligando a rendirse a más de un millón de enemigos. Ese 15° Grupo de Ejércitos—que así lo llamamos—, en el que hay un número casi igual de americanos y de ingleses, ha penetrado profundamente en Austria, enlazando por la derecha con los rusos y por la izquierda con las fuerzas americanas del general Eisenhower. Como recordaréis, si vuestras memorias no flaquean, en tres días llegaron noticias de las no lamentadas muertes de Mussolini y Hitler, y en tres días también se rindieron a los mariscales Alexander y Montgomery más de dos millones y medio de soldados de ese terrible y belicoso ejército alemán.

Deseo esclarecer en este momento que nunca hemos dejado de reconocer la inmensa superioridad de las fuerzas empleadas por los Estados Unidos en la liberación de Francia y derrota de Alemania. Los ingleses y canadienses hemos situado allí una tercera parte de hombres por

cotejo a los americanos, pero hemos participado plenamente en la lucha, como nuestras bajas lo demuestran. Nuestra Armada ha tenido sobre sí una carga incomparablemente más pesada que ninguna en el Atlántico, en los estrechos y en los convoyes a Rusia por el Ártico, mientras la flota de los Estados Unidos ha concentrado su inmensa fuerza principalmente contra el Japón. Hemos hecho una justa división del trabajo, y cada uno podemos decir que nuestras tareas se han cumplido o están a punto de cumplirse. Es equitativo y natural que ensalcemos las glorias de nuestros dos caudillos, Alexander y Montgomery, esos jefes nunca derrotados que comenzaron a actuar juntos en El Alamein. Los dos han dirigido en África, Italia, Normandía y Alemania batallas de primera magnitud y decisivas consecuencias.

Alexander, Montgomery, Eisenhower.

A la vez no ignoramos cuán grande es nuestra deuda de gratitud hacia el mando unificado y combinativo y la alta dirección estratégica del general Einsenhower.

Y este es el momento en que debo rendir personal tributo a los jefes ingleses de Estado Mayor, con quienes he trabajado en intimidad estrecha durante duros y borrascosos años. Muy pocos cambios ha habido en ese pequeño e inteligente grupo de hombres que, prescindiendo de todas las diferencias de Arma y considerando los problemas de la guerra en conjunto, han trabajado en perfecta armonía. El mariscal Brooke, el almirante Pound (sucedido después de su muerte por el almirante Andrew Cunningham) y el mariscal Portal, de aviación, han formado un equipo merecedor de las más altas honras en la dirección de toda la estrategia militar británica y la de sus relaciones con las de los otros aliados.

Bien puede decirse que nuestra estrategia se organizó de modo que las mejores combinaciones y el más estricto concierto fueran aplicados a todas las operaciones, lo que ejecutaron los estados mayores combinados de Inglaterra y los Estados Unidos, más los dirigentes militares rusos a partir de Teherán. También puede decirse que nunca las fuerzas de dos naciones han combatido lado a lado,

entremezclándose en la batalla, con tanta camaradería, unidad y fraternidad como los grandes ejércitos anglo-americanos. Cabría que alguien dijese: «¿Qué otra cosa se podía aguardar, si ambas naciones hablan el mismo idioma, tienen las mismas leyes, han vivido en común una etapa de su historia y comparten en mucha extensión sus perspectivas sobre la existencia, con todas sus esperanzas y glorias?» Y otros podrían agregar: «Mal día será para todo el mundo y para esos dos aliados, aquel día en que dejen de actuar juntos, navegar juntos y volar juntos, mientras falte algo por hacer en pro de la libertad y la equidad en todo el mundo.» Verdad son esas cosas, y de ellas dependen las grandes esperanzas del porvenir.

Mal día para todo el mundo.

Había un peligro final del que nos ha salvado el derrumbamiento de Alemania. Como acaso sepáis, en Londres y los condados del Sureste hemos sufrido durante un año diversas formas de bombas volantes y cohetes contra los que nuestros aviones y baterías antiaéreas han hecho maravillas. La R. A. F., en particular, acudiendo a tiempo a los que parecían muy ligeros y dudosos indicios, estorbó y aplazó mucho todos los preparativos alemanes. Pero sólo hemos conocido la gravedad del peligro que habíamos corrido, cuando nuestros ejércitos ocuparon la costa opuesta y los puntos de lanzamiento de bombas volantes; cuando los americanos, ha pocos días, capturaron vastos depósitos de toda clase de cohetes cerca de Leipzig; y cuando los preparativos hechos en las costas de Holanda y Francia pudieron ser examinados con todo detalle científico. A la amenaza de las bombas volantes y cohetes se agregaba el de múltiples cañones de largo alcance que estaban siendo preparados contra Londres. Los ejércitos aliados exterminaron a la víbora en su nido, con el tiempo justo. De otro modo, el otoño de 1944, por no hablar ya del de 1945, hubiera podido ver a Londres tan arruinado como Berlín.

Un peligro final.

Hacia el mismo período, los alemanes habían preparado una nueva flota submarina, y nuevas tácticas. Aunque hubiésemos vencido esta amenaza, entretanto la guerra sub-

marina podría haber llegado a una culminación semejante a la de 1942. Por tanto, hemos de celebrar y agradecer, no sólo nuestra salvación cuando estábamos solos, sino el habernos librado a tiempo de nuevos sufrimientos y peligros difíciles de calcular.

Quisiera poder deciros esta noche que todos nuestros trabajos y dificultades han acabado. En tal caso yo podría terminar felizmente mis cinco años de servicio, y si vosotros, hartos de mí, desearais licenciarme, lo aceptaría de muy buena gana. Pero, al contrario, debo advertiros —como hice al comerzar esta tarea de cinco años, que nadie sabía entonces que iba a ser tan larga—que aún hay mucho que hacer y que hemos de prepararnos a ulteriores esfuerzos físicos y mentales si no queremos caer en la inercia, la confusión de objetivos y el sórdido temor de ser grandes. No habéis de cejar en modo alguno en vuestra despierta y vigilante actitud mental. Aunque la fiesta y descanso sean necesarios para el humano espíritu, han de aumentar también la fuerza y elasticidad con que todos deben volver a sus tareas, y la previsión y atención con que deben mirar los asuntos públicos.

Queda mucho por hacer.

En el continente europeo tenemos que asegurarnos de que los sencillos y honrosos fines con que entramos en la guerra no van a ser puestos de lado o barridos en los meses subsiguientes a nuestro éxito, y de que las palabras «libertad», «democracia» y «liberación» no van a ser desvirtuadas del verdadero significado en que las entendemos. De poco valdría castigar los crímenes de los hitleristas si no rigieran la justicia y la ley, y si el lugar de los invasores alemanes fuese a ser ocupado por gobiernos totalitarios o policíacos. Nada buscamos para nosotros mismos. Pero queremos cerciorarnos de que los principios por los que luchamos serán reconocidos en la conferencia de la paz como hechos y no sólo como palabras. Sobre todo, hemos de trabajar para que la organización mundial que están creando en San Francisco las Naciones Unidas no se convierta en un vano nombre, ni se trueque en un escudo para los fuertes y una befa para los débiles. En sus horas

de esplendor, los vencedores han de escrutar sus corazones y ser dignos, por su magnanimidad, de las enormes fuerzas que gobiernan.

No olvidemos que aún acecha Japón, hostigado y desfalleciente, sí, pero, al fin, un pueblo de cien millones de almas y cuyos guerreros miran la muerte con poco terror. No puedo decir hoy cuánto tiempo ni qué esfuerzos serán necesarios para obligar a los japoneses a arrepentirse de su odiosa felonía y crueldad. Nosotros—como la tan largamente sufriente China—hemos recibido de los nipones horribles injurias, y los vínculos del honor y la fraterna lealtad nos obligan a pelear junto a los Estados Unidos en esa gran guerra al otro extremo del mundo. Y debemos hacerlo sin vacilaciones ni desmayos. Recordemos que Australia, Nueva Zelanda y el Canadá han estado y están amenazadas por esa potencia maligna. Los Dominios vinieron en nuestra ayuda en las horas tétricas, y no podemos dejar inconclusa labor alguna que afecte a su seguridad y porvenir. Os dije duras cosas al principio de estos cinco años, y no os apocasteis. Por tanto, yo sería indigno de vuestra confianza y generosidad si no proclamara: ¡Adelante, inflexible, indoblegable, indomablemente, hasta ejecutar toda la tarea y dejar al mundo entero salvo y limpio!

EL REY EN LA GUERRA

DISCURSO A LA CÁMARA DE LOS COMUNES EL 15 DE MAYO DE 1945

[*15 mayo 1945.*

Propongo que se eleve a su majestad un respetuoso escrito redactado así:

«Muy Gracioso Soberano:

»Nosotros, lealísimos súbditos de vuestra majestad, los Comunes del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, reunidos en Parlamento, pedimos licencia para elevar a vuestra majestad nuestros cordiales parabienes por

la victoriosa conclusión de la guerra en Europa, y para expresar a vuestra majestad nuestro resuelto apoyo en la continuación de la guerra contra el Japón.

»Nos regocijamos con vuestra majestad por la liberación de nuestra nación y de los pueblos esclavizados de Europa, liberación debida al triunfo de las fuerzas de vuestra majestad, peleando en camaradería con las de los aliados de vuestra majestad.

»Reconocemos la poderosa ayuda dada sin titubeos ni restricciones a la causa común por los pueblos del imperio de vuestra majestad y Comunidad de Naciones ultramarinas.

»Deseamos expresar el profundo sentimiento, existente en todo el país, de que vuestra majestad y su graciosa consorte contribuyeron desde el principio de manera maravillosa a levantar el valor y constancia del pueblo con el ejemplo de vuestras majestades, con sus extremos esfuerzos personales de año tras año, con su deseo de compartir todas las tribulaciones, con su constante simpatía por las pérdidas que el pueblo ha experimentado.

»Es nuestro ahincado deseo que, con la gracia de Dios, la gloriosa victoria ganada en Europa sea seguida por una rápida y feliz conclusión de la lucha contra el Japón, y que el reinado de vuestra majestad, durante años ensombrecido por la guerra y las amenazas de guerra, persista largo tiempo en un mundo en paz.»

Juzgo apropiado y en consonancia con los procedentes, que he consultado al detalle, que al salir victoriosos de un gran peligro y calamidad, como los de la guerra alemana, expresemos nuestros sentimientos de gratitud y lealtad al soberano. El rey es el jefe de todas nuestras fuerzas armadas, y el símbolo de todo el esfuerzo de guerra de la nación inglesa en las innumerables formas en que lo han manifestado sus súbditos en sus diversos puestos y cargos y según sus oportunidades y capacidad.

El rey, además, es, desde el Estatuto de Westminster, el vínculo constitucional que en un muy especial sentido nos une a los Dominios autónomos. Encarna una monarquía

múltiple única en el mundo moderno y, que yo sepa, en la historia del pasado.

La madre patria, estas islas, es decir, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, es un miembro tan sólo en esa monarquía, a la que todos los otros gogiernos del imperio pertenecen con igual vasallaje e igual derecho. Tales gobiernos, muy altivos e independientes, no tolerarían el menor signo de intromisión de esta Cámara en su respeto por la antigua y gloriosa institución de la monarquía británica. Sólo el áureo círculo de la Corona abarca las lealtades de tantas razas y tantos estados diseminados en el mundo. Es el símbolo que nos reúne y que expresa las profundas emociones e impulsos del corazón humano que llevan a los hombres a viajar a sitios lejanos para pelear y morir juntos, abandonando alegremente posesiones y satisfacciones materiales en pro de ideas abstractas.

Ominoso sería en la edad moderna que semejantes fuerzas se emplearan en una injusta causa de codiciosa agresión, en afanes de conquista o en un vano anhelo de grandeza terrena. Pero es glorioso que todos los escondidos poderes de la Comunidad e Imperio británicos se congreguen, en espontánea arranque, para afrontar desmedidos e inconmensurables peligros, luchando por el honor y venciendo en la lucha. Sí, esto es glorioso. Así, en momentos tales, la Cámara debe expresar, en formal y razonada exposición, su lealtad y respeto, no sólo a la institución monárquica, sino a la persona del soberano que ocupa el trono.

Afortunado es, en verdad, que un cargo de tan extraordinaria trascendencia sea desempeñado por quien combina un intenso amor de su patria y pueblo con una comprensión entera de nuestra Constitución parlamentaria y democrática. Bien cabe decir, como se ha dicho, que las perrogativas de la Corona se han convertido en los privilegios del pueblo.

Aparte del respeto constitucional, se siente sincero afecto por el rey Jorge VI en todas las partes de su imperio y Comunidad de Naciones. El monarca es muy amado

por su valor, su sencillo modo de vivir y su incansable atención al deber.

Daré un ejemplo entre muchos, ejemplo que se ha presentado a menudo ante mis ojos en mis tareas cotidianas. Se han concedido en total 92.000 condecoraciones a quienes han rendido servicios arduos o arrojados en esta guerra. De ese gran número, 37.000 han sido entregadas a los favorecidos por las propias manos de su majestad el rey.

El continuo ejercicio de toda función que, siendo útil a la paz y bienestar del país y a la prosecución de la guerra, haya estado al alcance del rey y real familia, ha sido largamente notado y admirado por el pueblo de la nación, y en particular lo ha sido por los habitantes de las zonas castigadas por el bombardeo enemigo. Las visitas de su majestad a los frentes de batalla le han puesto en el peligro personal inseparable de los viajes aéreos, mas no debemos olvidar que es un rey marino, y que peleó, siendo un joven oficial, en la mayor de las batallas navales: la de Jutlandia. No sería adecuado que mencionase esos aspectos personales de la actividad de su majestad sin referirme también a su graciosa consorte, la reina, que le ha acompañado por doquier en espectáculos de sufrimiento y desastre, como hospitales y lugares devastados el día antes por alguna asoladora explosión, para visitar a los dañados y heridos. Seguro estoy de que muchos doloridos corazones encontraron consuelo en la graciosa sonrisa de la augusta dama.

No creo que ningún jefe de Gobierno haya recibido tanta personal afabilidad y alientos de su soberano como yo del nuestro. Semanalmente me daba audiencia, cuya mayor parte transcurría agradablemente en el almuerzo, y he hallado al rey en estrecho contacto con todas las fases de nuestras más duras experiencias. Recuerdo, en los primeros meses de mi administración, haber visto al rey ejercitarse en el tiro de fusil y pistola ametralladora en los jardines del palacio de Buckingham, y no tengo duda alguna de que, si las cosas hubieran llegado a una extrema resistencia en Londres—probabilidad que hubo de considerarse durante algún tiempo—, el rey habría estado

muy cerca de apartarse de su usual rectitud constitucional y desoír el consejo de sus ministros.

No cantamos por mera fórmula el himno nacional. Tenemos un rey y una reina dignos de hallarse en el pináculo de cuanto la nación inglesa propugna y ha conseguido en gran parte en estos tremendos tiempos.

Sólo haré una observación más. Si es verdad, como se dice, que cada país tiene el Gobierno que se merece, nosotros podemos sentirnos satisfechos. La prudencia de nuestros antepasados nos ha conducido a una situación envidiable y envidiada. Poseemos el Parlamento más fuerte del mundo. Poseemos la más antigua, famosa, honrada, segura y útil monarquía del mundo. Rey y Parlamento descansan sólidamente sobre la voluntad del pueblo, expresada por libre y justa elección sobre la base del sufragio universal. El sistema ha actuado armoniosamente en paz y en guerra y creo que esta es ocasión muy idónea para que demos sinceras gracias al soberano con la moción que ha sido presentada y que yo, señor presidente, tengo el honor de proponer.

SIRIA Y LÍBANO

DECLARACIÓN A LA CÁMARA DE LOS COMUNES EL 5 DE JUNIO DE 1945

19 mayo. *Tito rechaza la petición angloamericana de que las fuerzas yugoslavas evacuen Trieste.*
Los chinos reconquistan Foochow.

20 mayo. *Las instalaciones japonesas de Formosa son bombardeadas por sexto día consecutivo.*
Los yugoslavos empiezan a replegarse más allá de la frontera austroyugoslava.

21 mayo. *El I Ejército americano del general Hodges principia a partir de Europa para encaminarse al Pacífico.*
Siria solicita que los aliados retiren sus tropas de su territorio.

22 mayo. *Llegan a Trieste el mariscal Alexander y el general Mark Clark. Montgomery es nombrado jefe de las fuerzas inglesas de ocupación de Alemania.*

23 mayo. *Himmler, apresado por el II Ejéricto británico, se suicida.*
Doenitz y otros miembros del llamado "Gobierno de Flensburg", así como varios jefes del alto mando alemán, son detenidos por orden del supremo comandante aliado.
Se suicida el almirante general von Friedeburg, que firmó la rendición alemana ante Montgomery.
Es capturado por los americanos Julius Streicher, notorio perseguidor de judíos.
Superfortalezas volantes arrojan miles de toneladas de bombas incendiarias sobre Tokio.
Se anuncia para el 15 de junio la disolución del Parlamento y elecciones generales el 5 de julio.

24 mayo. *El mariscal Alexander establece un Gobierno militar en la zona austriaca ocupada por los ingleses.*
El XIV Ejército llega a Bassein, puerto situado 88 millas al este de Rangún.
Se notifican grandes devastaciones en Tokio como consecuencia de los recientes ataques aéreos.

25 mayo. *Dos columnas americanas enlazan en la isla de Mindanao, dividiéndola en dos zonas.*

Suiza resuelve expulsar a la Legación alemana y funcionarios consulares alemanes.

26 mayo. *La aviación americana persiste en sus duros ataques a Tokio.*

27 mayo. *Los chinos recuperan Nanning, puerto del río Yu-Kiang.*
Disputa entre Francia y los sirios y libaneses. Tensión en Levante.
Se suicida el mariscal Ritter von Greim, antiguo jefe de la Luftwaffe.

28 mayo. *Los japoneses, al sur de Okinawa, siguen retirándose de Shuri. Quinientas superfortalezas bombardean Yokohama, principal puerto del Japón.*
William Joyce (lord Haw Haw), el traidor locutor de radio, es apresado por los ingleses en Alemania.
Se producen combates entre tropas francesas y sirias.

29 mayo. *Los americanos ocupan la mayor parte de Naha, capital de Okinawa.*
Eden, ministro de Asuntos Extranjeros, declara que la situación en Siria es peligrosa.

30 mayo. *Se extiende a Damasco la lucha siriofrancesa.*
Se anuncia que va a cerrarse el fondo Pro Cruz Roja del duque de Gloucester, fondo que asciende ya a 50 millones.

31 mayo. *El Gobierno inglés interviene en la disputa francosiria y exige a De Gaulle que retire de Siria todas sus tropas.*
Se anuncia que la zona alemana de ocupación inglesa comprenderá el Schleswig-Holstein, Hannover, Westfalia y Renania.
La Comisión de Crímenes de Guerra de las Naciones Unidas inaugura sus sesiones en Londres.

1 junio. *El presidente Truman anuncia que va a duplicarse el ejército americano en el Pacífico.*
El mando del Asia del Sudeste queda convertido enteramente en inglés al dirigirse la aviación americana a otros frentes de la campaña contra el Japón.
Se forma, con base en Rangún, un nuevo ejército británico: el XII.

2 junio. *De Gaulle estima que Inglaterra ha producido perturbaciones en Siria.*
Los japoneses sufren otra grave derrota en el Irawady (Birmania).

3 junio. *En ataques sobre Okinawa son derribados 45 aviones japoneses.*

4 junio. *La infantería de marina estadounidenses hace nuevos desembarcos en Okinawa. Los australianos presionan al sur de Bougainville.*
Los ingleses apresan al general Lindermann, comandante en jefe de los alemanes en Dinamarca.

5 junio. *El general Eisenhower, mariscal Montgomery, mariscal Zhukov y general De Lattre de Tassigny, se reúnen en Berlín y redactan una declaración conjunta sobre la derrota de Alemania y la suprema autoridad que asumen. Superfortalezas volantes atacan el importante puerto de Kobe (Japón).*

[*5 junio 1945.*

Cuando incidentes tan lamentables como los de Siria surgen entre naciones tan firmemente adictas entre sí como la inglesa y la francesa, puede afirmarse casi siempre que, cuanto menos se diga, mejor. Por otra parte, estoy seguro de que sería perjudicial que las declaraciones hechas por el general De Gaulle a la Prensa el 2 de junio no fuesen contestadas por el Gobierno de su majestad, y entiendo que, además, la Cámara espera ser autorizadamente informada.

Declaraciones de De Gaulle.

El sentido de las palabras del general De Gaulle sugiere que todas las perturbaciones en Levante se deben a ingerencias inglesas. Creo que el ministro de Asuntos Extranjeros ya ha declarado que, lejos de promover agitación en los estados levantinos, toda nuestra influencia se ha usado precisamente en otras direcciones.

Los más arduos y creo que afortunados esfuerzos fueron hechos por el ministro de su majestad en Beirut para crear un ambiente sosegado en el que se pudieran realizar negociaciones para el arreglo de las principales cuestiones pendientes entre Francia y los estados levantinos. Cuando yo, en el pasado febrero, me vi en El Cairo con el presidente de Siria, le señalé insistentemente la necesidad de un acuerdo pacífico. Logramos persuadir a los estados de Levante de que entablaran negociaciones a las que antes se habían mostrado opuestos, y al fin pidieron que los franceses formularan propuestas.

Esto sucedía en febrero. Mientras el general Beynet estaba aún en París esperando instrucciones, en abril se supo en Levante que los franceses pensaban enviar refuerzos. Los gobiernos sirio y libanés estaban ya muy inquietos al

ver que no llegaban propuestas francesas, y se inquietaron más ante la perspectiva de que acudiesen refuerzos. Nosotros habíamos indicado ya al Gobierno francés que el envío de tropas, por pocas que fuesen, habría de ser mal interpretado, tomándose como medio de presión en las negociaciones, lo que podía tener repercusiones serias. Pero nuestros consejos no fueron acogidos.

El 4 de mayo, a sugestión del ministro de Asuntos Extranjeros, envié un mensaje amistoso y personal al general De Gaulle, quien había expresado a nuestro embajador su desazón respecto a nuestras intenciones reales en los estados levantinos. Expliqué, como en muchas otras ocasiones, que no teníamos ambición alguna en absoluto. Sólo queríamos ser tratados tan justamente como cualquier otro país. No buscábamos territorios ni otra clase de ventajas que no fuesen concedidas a todas las naciones del mundo. También añadí que reconocíamos la situación especial de Francia en Levante. Si bien ello no implicaba que quisiéramos imponer por fuerza dicha especial situación, estábamos dispuestos a no obstaculizarla ni en reuniones de consejos ni en ningún sentido. Pero hice ver que nuestros empeños y deberes se extendían a todo el Oriente Medio, donde nuestra principal misión era asegurar las comunicaciones militares aisladas, librándolas de riesgos y perturbaciones. No podíamos, por tanto, desinteresarnos de los sucesos en los estados de Levante. El Gobierno de su majestad no tenía designos contra los intereses franceses en Siria y el Líbano, y añadí al general De Gaulle que estábamos dispuestos a retirar todas las tropas inglesas de Siria y el Líbano tan pronto como entrase en vigencia un tratado entre el Gobierno francés y los del Líbano y Siria.

Desde este punto de vista expresé la opinión de que sería lamentable que el envío de tropas en número superior a las relevadas pudiese producir un mayor acaloramiento. Insistí en que los refuerzos franceses, en un momomento en que los estados levantinos esperaban propuestas de tratado, darían la impresión de que Francia preparaba un ajuste bajo coacción, lo que envenenaría el

ambiente de las negociaciones. De Gaulle replicó que el general Beynet, delegado general francés, volvía con instrucciones para abrir dichas negociaciones, pero no aludió al tema de los refuerzos. Cuando éstos llegaron, produjeron el efecto que habíamos temido y advertido.

Debo expresar aquí mi sentimiento por el hecho de que el mensaje en que explicábamos al general De Gaulle nuestra intervención le llegase tres cuartos de hora después que el ministro de Asuntos Extranjeros hizo su exposición a la Cámara. Sobra expresar que no fué una descortesía premeditada. También procede comentar que es lamentable que el general De Gaulle no pudiera informar con tiempo al Gobierno de su majestad de las instrucciones que, según dice, envió al general Beynet, a última hora del 30 de mayo, para suspender el fuego. Cuando adoptamos nuestra decisión, no teníamos motivos para suponer tal cosa, y es indudable que el bombardeo de Damasco persistió durante la mañana del 31 de mayo.

Espero que resulte claro, merced a estos informes dados a la Cámara, que no es cierto, como se ha sugerido, que nos esforzásemos en promover agitaciones. Lo cierto es lo contrario. Hemos hecho lo más posible para conservar la calma, impedir malos entendidos y poner en armonía ambas partes. Mi promesa de retirar todas nuestras tropas tan pronto como se alcance un acuerdo satisfactorio que impidiese desórdenes en Siria y el Líbano era un paso serio y debía haber quitado de los ánimos franceses la idea de que deseábamos suplantarles o arrebatarles su influencia. En esta guerra no nos hemos propuesto privar de su propiedad a nadie, aunque sí puedan ser necesarias, y no en nuestro beneficio, ciertas advertencias al respecto de los enemigos extranjeros. El general De Gaulle ha sugerido también que las recientes turbulencias han sido producidas por bandas que, provistas de armas inglesas, atacaron puestos franceses aislados. Como el ministro de Asuntos Extranjeros ha dicho a la Cámara, la gendarmería y policía sirias fueron equipadas el pasado año, por acuerdo con los franceses, con fusiles modernos y algún otro armamento.

EL GENERAL EISENHOWER

DISCURSO EN EL AYUNTAMIENTO AL RECIBIR EL SUPREMO COMANDANTE ALIADO LA CIUDADANÍA HONORÍFICA DE LONDRES
12 DE JUNIO DE 1945

He estado en muy estrecho contacto con el general Eisenhower desde que a principios de 1942 nos conocimos en la Casa Blanca después del ataque a Pearl Harbour. Todos los graves asuntos generales, desde la dirección de los ejércitos hasta el desembarco en África del Norte, así como los grandes esfuerzos que hubimos de efectuar un año ha, tuvieron que ser discutidos y examinados y me dieron la ocasión de ver actuar de cerca al general *Ike*, como yo le llamo. Le he visto en toda clase de ocasiones, porque en la guerra las cosas no marchan siempre como se desea. Nunca he encontrado un hombre tan tenaz en ejecutar las cuestiones que tienen entre sus manos, tan dispuesto a aceptar la responsabilidad de los infortunios, ni tan generoso en la victoria.

Me detendré por un momento en una cuestión. Hace poco más de un año, el general hubo de decidir si cruzábamos el Canal o aplazábamos la operación durante once días. Terrible decisión era ésa. El ejército estaba concentrado. Un millón de hombres se acumulaban en línea y miles de barcas, decenas de miles de aviones y muchos grandes navíos se hallaban en espera. Contener aquello era como querer contener un alud. ¿Debíamos desencadenar el ataque o no?

Muchas personas tuvieron la oportunidad de exponer sus opiniones. Yo no figuré entre ellos, ya que se trataba de una cuestión puramente técnica. Numerosos grandes generales y almirantes estaban reunidos en el alto mando, expresando sus opiniones y criterios, pero sólo en un hom-

bre recaía la terrible resolución de decir: «Vamos» o «Esperemos». Decir «esperemos» significaba mantener a cientos de miles de hombres encerrados entre alambradas para evitar que los planes que se les habían comunicado se traslucieran. Significaba el problema de cientos de miles de hombres embarcados, para quienes había de encontrarse acomodo. Significaba que quizá la aviación no pudiera proteger el desembarco, o que el mar revuelto no consintiera lanzar las muchas embarcaciones que se requerían.

Era, pues, una decisión tremenda la que había que adoptar, y tal decisión fué la que adoptó este hombre, este en verdad grande hombre. *(Prolongados aplausos.)*

Y ésa es una de las muchas decisiones que ha tomado. De haber dicho «no», pasados once días el tiempo nos hubiera sonreído, con gran contento de los meteorólogos. La expedición habría partido y dos días después se hubiera desencadenado—como se desencadenó—la más intensa galerna que desde hace cuarenta años se ha conocido en las costas de Normandía en esta estación. No sólo el general corrió el riesgo y llegó a la muralla, sino que la echó abajo con magnífico estilo.

Hay muchas ocasiones en que resoluciones tales recaen sobre un comandante supremo. Numerosos y terribles relatos llegan del frente. En el país se siente mucha ansiedad. ¿Iremos adelante? ¿Lucharemos en esta zona? ¿Atacaremos? Todas esas decisiones han de resolverse con un «sí» o un «no», y cuanto puedo decir acerca de nuestro huésped es que en muchas de sus importantes resoluciones la Historia elogiará sus determinaciones como buenas, y que la inclinación que le decidió en esas materias tendía siempre mucho más al «sí» que al «no».

Podría extenderme mucho hablando de nuestro huésped. Sin duda, tenemos hoy entre nosotros a uno de los americanos más grandes que han alcanzado nuestras orillas y vivido en nuestro país. Gran honor merecen su invariable consideración del criterio inglés y su trato imparcial de todos los oficiales a sus órdenes. Sé que él dirá cuando se levante que nunca dió a un oficial inglés una orden que no fuese inmediatamente obedecida.

También nosotros hemos contribuído a las batallas del Continente, y estoy completamente seguro de que la influencia que Eisenhower ejerce en el mundo mirará siempre a unir a nuestras naciones en la dificilísima tarea de la paz, como miró a unirnos en el sombrío y horrible cataclismo de la guerra. A la sazón, conozco personalmente al general desde hace tres años. No es mucho, pero tres años de éstos pueden parecer veinticinco. Opino que tenemos aquí un gran genio creativo, constructivo y combinativo, un hombre de la nación hermana de allende el océano, un hombre que nunca hablará mal, sino gratamente, de su contacto con el pueblo inglés; un hombre a quien en estos momentos debemos dar el testimonio más cordial que podamos de nuestra admiración, de nuestro afecto y de nuestros efusivos buenos deseos de que la felicidad le acompañe en el futuro.

LAS ELECCIONES

«VOTO NACIONAL MÁS QUE PARTIDISTA»

PRIMER DISCURSO ELECTORAL POR RADIO EL 4 DE IUNIO DE 1945

Lamento haber perdido tan buenos amigos como los que actuaron conmigo durante los cinco años de coalición. Pero era imposible vivir en estado de *eleccionitis* durante el verano y el otoño. Bastante durarán estas elecciones para los afectados por ellas, y estoy seguro de que mucha parte del público se sentirá harta y cansada antes que llegue el día de la votación.

Mi sincero deseo era que nos mantuviésemos unidos hasta que la guerra con el Japón terminase. Por otra parte, existía el imperioso deber de consultar al pueblo después de todos estos años. Sólo podía descargarme de ese deber el pleno asenso de los tres partidos, fortalecido, acaso, por una especie de votación a estilo Gallup, pero oficial, votación de la que estoy seguro que hubiese salido una abrumadora mayoría en pro de que continuásemos juntos hasta el fin de la tarea, capacitándome para decir: «No habrá elecciones en un año», o cosa parecida.

Actitud de Inglaterra.

Sé que muchos de mis colegas laboristas se hubieran conformado con esto. Por otra parte, el partido socialista en conjunto llevaba algún tiempo deseoso de tomar el sendero de la guerra política, y cuando mucha gente siente esto, no es bueno para su salud negarles la lucha que piden.

Por tanto, se la concederemos con tanta amplitud como nos quepa.

Los partidos, amigos míos, han desempeñado siempre un gran papel en nuestros asuntos. Los lazos de partido

se han considerado vínculos honrosos, y no cabía dudar de que cuando la guerra alemana terminase, cesando el peligro inmediato para nuestro país, peligro que había llevado a la coalición, se levantarían ideologías opuestas. Nuestros amigos socialistas y liberales se han sentido forzados a poner el partido antes que la patria. Nos han abandonado, dejándonos con la carga de la nación sobre los hombros.

Nuevo Gobierno nacional.

Por tanto, he compuesto, exactamente como lo anuncié ha dos años, otra forma de Gobierno nacional, que no descansa ya sobre el acuerdo de los organismos de los tres partidos oficiales, sino sobre el partido conservador y sobre los hombres de buena voluntad, pertenecientes a todos los partidos o a ninguno, que han estado dispuestos a ofrecer sus servicios. Reclamo el apoyo de todos los ciudadanos que pongan sinceramente a la nación por encima de todo en sus pensamientos. Éste es un Gobierno nacional. Yo me presento como candidato conservador y nacional. Otros pueden optar por llamarse nacional o nacionales liberales, y quienes nos den su favor deben emitir un voto nacional más que partidista el día de la elección.

¿Por qué recabo el derecho a llamar nacional a este Gobierno? Ante todo, porque los que nos han abandonado lo han hecho sólo con argumentos partidistas. Después, porque el partido conservador, que ha sido durante muchos años el más fuerte del país, ha estado dispuesto a prescindir del sentimiento partidista en tal extensión, que más de la tercera parte de los miembros del Gabinete, en este nuevo Gobierno, no pertenecen a dicho partido conservador.

Muchos hombres inteligentes, sin cuya colaboración no habríamos salido de las dificultades de la guerra, no gustan de llamarse conservadores en un sentido partidista, y prefieren denominarse nacionales. Y muchos conservadores que pudieran haber esperado un alto cargo han aceptado con buen ánimo la interrupción de sus carreras políticas a fin de ayudar a la nación en estos tiempos turbulentos.

El partido liberal.

Lo que más particularmento lamento es la actitud del partido liberal. Entre nosotros y los socialistas ortodoxos hay un ancho e inmenso abismo doctrinal. Del concepto continental de la sociedad humana llamado socialismo o, en su forma más violenta, comunismo, hablaré después. Pero tal abismo no existe entre los conservadores y el Gobierno nacional que he formado y los liberales. Apenas hay un solo sentimiento liberal de los que animaban a los grandes adalides liberales del pasado que nosotros no hayamos heredado y propugnemos. Sobre todo, nuestra defensa de la libertad aquí y en el extranjero. Todos los principales orientadores de la Constitución británica son proclamados y sostenidos por nosotros en máximo grado.

¿Cuándo se ha ofrecido a ningún partido liberal, en el pasado, un programa político de reforma social tan maciza, fervorosa y audaz como la que se contiene en nuestro plan cuatrienal? Paréceme que Gladstone hubiera rechazado buena parte de él, pensando que era ir demasiado lejos. Pero tenemos aún un Rosebery y un Lloyd George para llevar adelante las banderas de sus padres.

¿Por qué entonces nos desaira el partido liberal? ¿Por qué abandona la línea de batalla? ¿Por qué, en cualquier caso, no sigue con nosotros hasta abatir la cruel dominación del Japón y hasta que hayamos establecido una tolerable base de vida para la torturada Europa? Deploro decir que los liberales han cedido a la tentación táctica, natural en los políticos, de adquirir, si pueden, más lugares en la Cámara de los Comunes, y ello a toda costa. Es obvio también que cuanto más igualados salgan de las urnas los dos grandes partidos, mayor será el poder de los liberales en punto a inclinar la balanza. Sin duda, por eso todas las críticas de los liberales de Sinclair-Beveridge se dirigen muy activamente contra nosotros, difamándonos.

Lamento ver tal conducta en personas con quienes tengo amistad y en un partido muchos de cuyos ideales no sólo comparto, sino que siempre me esforzaré en conseguirlos o mantenerlos con todas mis fuerzas. No me extraña, pues, que una gran fracción del partido liberal se haya

inclinado a la causa nacional y permanezca en el poder con nosotros, llevando esta pesada carga.

Yo apelo a los liberales de todo el país y les exhorto a que sondeen sus corazones y concreten cuáles son sus diferencias con un Gobierno que se propone aplicar el plan cuatrienal, con un Gobierno animado por el amor de la libertad, con un Gobierno que propugna el armonioso término medio de justicia y generosidad que tan bien sienta a los vencedores. ¿No tiene este Gobierno más derechos a atraer la antigua lealtad de los liberales, que la administración de un partido socialista, cuyos principios son la negación absoluta del liberalismo tradicional? Piénsese esto cuidadosamente a la luz de los discursos de los famosos paladines liberales de antaño. Piénsese ello con el fervor que puede producir al cansado combatiente liberal ver sus ideas crecientemente aceptadas por los pueblos ilustrados y las naciones victoriosas.

Socialismo y libertad.

Os digo, amigos míos, que una política socialista es aborrecible para las ideas británicas de libertad. Aunque preconicen principalmente esa política personas que tuvieron el buen fundamento del liberalismo y radicalismo de la primera parte de este siglo, no puede haber duda de que el socialismo está inseparablemente entrelazado con el totalitarismo y la abyecta adoración del Estado. No sólo la propiedad en todas sus formas, sino la libertad en todas las suyas, es combatida por los conceptos fundamentales del socialismo.

Veamos cómo, aun hoy, están los socialistas ávidos de intervenciones de todos géneros, como si fuesen sabrosas golosinas y no tribulaciones y monstruosidades propias de los tiempos de guerra. Ha de existir un Estado al que todos obedezcan en todos los actos de sus vidas, sean éstos públicos o privados. Ese Estado ha de ser el archipatrono, el archiplaneador, el archiadministrador y gobernante y el archipámpano de todo.

¿Cómo conseguirá un ciudadano ordinario, un súbdito del rey, sostenerse contra ese formidable mecanismo que, una vez en el poder, prescribirá a todos dónde han de

trabajar; en lo que han de trabajar; dónde pueden ir y lo que pueden decir; qué ideas han de mantener y dentro de qué límites les cabe expresarlas; dónde habrán de acudir sus mujeres a hacer cola para recibir la ración estatal; y qué educación recibirán sus hijos para moldear el criterio de su libertad y conducta futuras?

Un Estado socialista, una vez enteramente completo en sus detalles y aspectos—que es de lo que estoy hablando—, no toleraría oposición. En la vieja Inglaterra, en la Gran Bretaña de que la vieja Inglaterra es parte y no insignificante, en esta gloriosa isla, cuna y ciudadela de la democracia libre del mundo, no nos agrada ser regidos y ordenados y tener prescritos todos los actos de nuestra vida. Tanto es así, que castigamos a los criminales enviándolos a Wormwood o Dartmoor, donde reciben trabajo y donde les proporciona manutención y alojamiento el Ministerio del Interior.

El socialismo, en su esencia, no sólo es un ataque a la iniciativa británica, sino a los derechos del hombre o la mujer corrientes en materia de respirar libremente sin tener una mano dura, ruda y tiránica que le tape boca y narices. Adviértase que un Parlamento libre es odioso para los socialistas doctrinarios. ¿No habéis oído al señor Herbert Morrison hablar de sus planes de cercenar los procedimientos parlamentarios y aprobar las leyes mediante resoluciones de principio en la Cámara de los Comunes, resoluciones que el Parlamento abandonaría luego al poder ejecutivo y a los burócratas para que las elaborasen y aplicasen mediante ordenanzas ministeriales? No tengo tiempo para leeros lo que dice sir Stafford Cripps sobre *El Parlamento en el Estado socialista*, más acaso ello resalte ante la vista del público durante la campaña electoral.

Socialismo y policía política.

Pero voy más allá y declaro, desde el fondo de mi pecho, que ningún sistema socialista puede establecerse sin una policía política. Muchos de los que hoy abogan o votan por el socialismo se horrorizarán ante tal idea, mas esto se debe a que son miopes y no ven adónde sus teorías les conducen.

Ningún Gobierno socialista que dirija la vida e industria enteras del país puede permitir, libres, intensas o verbalmente violentas expresiones de descontento público. Los socialistas tienen que recaer en alguna forma de Gestapo, sin duda muy humanamente dirigida en su primera etapa. Esto estrangularía en flor las opiniones, detendría toda crítica en cuanto la viese alzar la cabeza y concentraría todo el poder en el partido supremo y sus jefes, que sobresaldrían como majestuosos pináculos sobre una vasta burocracia de funcionarios civiles, que habrían dejado de ser civiles y funcionarios. Y la gente sencilla y ordinaria—la gente común, como dicen en América—, ¿adónde iría a parar cuando ese poderoso organismo la tuviese apresada en sus garras?

Yo propugno la soberana libertad del individuo dentro de las leyes que Parlamentos libremente elegidos aprueben con toda libertad. Propugno el derecho del hombre corriente a decir lo que piense del Gobierno que exista, por poderoso que sea, y asimismo su derecho a derribar ese Gobierno si cree que con ello va a mejorar su humor o va a mejorar su casa o su país, y siempre que para ello persuada a bastante gente de que vote con él.

Podréis decirme: «¿Qué ha pasado en la guerra? Muchos de esos males que nos pintas, ¿no han sido constantes compañeros de nuestra vida diaria?» Verdad es que los horrores de la guerra no concluyen en la línea de fuego. Se extienden mucho más allá y llegan a la patria, donde todos los hombres prescinden de sus derechos y libertades en aras de la causa común. Pero ello se hace o porque la vida del país está en mortal peligro, o en pro de la causa de la libertad en alguna otra tierra. Entonces el pueblo realiza voluntariamente ese sacrificio. Es cierto en absoluto que las condiciones del socialismo desempeñan gran papel en tiempo de guerra. Nos sometemos entonces a todo lo que se nos ordena para la salvación del país. Pero cuando la guerra acaba y el inminente peligro para nuestra existencia se disipa, prescindimos de todas las trabas y cargas que nos hemos impuesto en tiempos de ominoso y mortal peligro y, dejando las tenebrosas cavernas de la

guerra, salimos a los campos donde el aire corre, el sol brilla y donde todos podemos caminar alegremente bajo sus cálidos y áureos rayos.

Muchos de nuestros presentes oponentes o atacantes deben sentirse escandalizados de ver adónde van y adónde nos conducen. Por eso adoptan expedientes temporales.

Dicen, pues: «Nacionalicemos todo aquello de que podamos echar mano, según la dimensión de nuestra mayoría; pongamos el Banco de Inglaterra en manos de políticos socialistas dignos de confianza y veremos lo que sucede después.» En efecto, ¡ya veremos lo que sucede después!

Pero digamos ya que si un gobierno socialista principia a hacer filigranas con el crédito de Inglaterra y a procurar, sin respeto a los hechos, las cifras y la confianza, manipularlo en el sentido de las conveniencias socialisas, no habrá en este país quien, habiendo con su trabajo o economía acumulado algún ahorro, por pequeño que sea, no corra el riesgo de verlo desvanecerse.

Hace dos años dijo Greenwood—y yo se lo reproché—que libras, chelines y peniques eran símbolos insignificantes. Toda esa cháchara sobre «símbolos insignificantes» es muy peligrosa, y permitiría a un Gobierno socialista que fiscalizase el Banco de Inglaterra emitir billetes que destruyesen en el país el valor de cualquier ahorro que cualquier persona hubiese acumulado.

El nuevo Gobierno nacional sostiene decisivamente que debe conservarse el poder adquisitivo de la libra esterlina, prefiriendo aplicar a todas las clases, ricos y pobres, la más pesada carga de impuestos antes que deslizarnos en el delirio de la inflación.

Advierto a los que voten por mí y por los que colaboran conmigo que no damos garantías de que nos esperen tiempos fáciles. Tampoco se debe esperar que libras, chelines y peniques se conviertan en «símbolos insignificantes». Por el contrario, estamos resueltos a que lo ganado con sudor, trabajo y pericia, o ahorrado con sacrificios, valga para comprar los productos de la paz por un igual valor de

Libras, chelines, peniques.

pericia, sudor y trabajo. También atajaremos los acaparamientos y exclusivismos, y protegeremos al hombre corriente mediante leyes que fiscalicen los monopolios cuyas operaciones dificulten el comercio o sean opresoras para los pequeños productores y distribuidores.

He sido forzado, amigos míos, a esta discusión entre las teorías socialistas e individualistas de la vida y el gobierno. Y lo hago porque por primera vez se presenta formalmente un reto de «socialismo contra lo demás». Pero ahora debo volver a la tarea que nos aguarda. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

Tenemos que repatriar a los soldados que soportaron el peso de la guerra y asegurar, mediante toda nuestra energía e inteligencia, que hallarán alimentos, hogar y trabajo.

Se ha trazado un plan de desmovilización que tiene la ventaja de conocer todos los errores en que incurrimos la otra vez. El señor Bevin ha elaborado un proyecto que tiende a hacer justicia a todos los soldados, evitando indebidas complicaciones. Pero ¡qué terrorífica tarea es la que nos ha dejado!

Ha de añadirse que de este ejército desmovilizado hay que formar otro que termine, al lado de nuestros hermanos americanos, con los tiranos japoneses del otro extremo del mundo. Tremenda tarea es ésa.

Mucha gente seria anda diciendo que tenemos que hacer que nuestras fábricas produzcan nuevas telas y géneros para el consumo interno y la exportación. Pero ¿y qué hay de nuestros alimentos, de los que sólo producimos dos terceras partes, incluso bajo los apremios de la guerra? Tenemos que comprar vituallas y materias primas en el extranjero, ¿y cómo pagarlas? Hemos dedicado gran parte de nuestras inversiones en el exterior a la causa común. Vendimos todo valor al que pudimos echar mano en aquel año lúgubre y memorable en que permanecimos solos contra el poder de Hitler, con Mussolini a sus talones. Lo dimos todo para la prosecución de la guerra, y hemos alcanzado un grande y victorioso jalón.

Tenemos el plan cuatrienal, con todas sus esperanzas y

beneficios, y con todo el paciente trabajo que significa convertirlo en leyes y ponerlo en práctica. Estas tareas son definidas, gigantescas y prácticas. Exigirán toda la energía, buena administración y, sobre todo, buena camaradería que podamos conseguir.

Tareas definidas.

¡Qué locura sería entrar a mano armada en toda esta gran obra de reorganización y reajuste, añadiéndole las inflamadas controversias de la agitación socialista! ¡Qué necedad sumirnos en las acres luchas políticas y de partido que había de imponer el intento de establecer un vasto cambio revolucionario en toda la estructura y vida cotidiana de Inglaterra! ¡Bien podemos esperar, por lo menos, a otras elecciones! El mundo no se va a acabar en las semanas o años venideros. La libre discusión puede mostrar cuáles de nuestros temores y esperanzas están bien fundados. ¿No podemos, primero, rehacer a Europa y rehacer a la Gran Bretaña?

Antes de lanzarnos a esa odiosa lucha interna, concentrémonos en acciones prácticas e inmediatas, y procuremos evitar que, mirando a las estrellas, faltemos a nuestro deber con nuestros semejantes.

¡Adelante! Dejemos a los soñadores socialistas entregados a sus utopías o sus pesadillas. Contentémonos con ejecutar el pesado trabajo que nos espera. Y procuremos garantizar que el hogar a que el combatiente regresa esté bendecido por una prosperidad modesta, pero sólida, y bien atrincherado y defendido contra el infortunio. Hagamos que los ingleses sean libres de planear sus vidas propias y las de los seres a quienes aman.

UNA NACIÓN MÁS SANA

SEGUNDO DISCURSO ELECTORAL POR RADIO EL 13 DE JUNIO DE 1945

[13 junio 1495.

Cerca de diez días han pasado desde la última vez que me dirigí a vosotros y, desde luego, según cabe esperar en unas elecciones, las relaciones entre los partidos han

empeorado acusadamente. Como otros, lamento que esta ruptura de la unidad nacional se exponga ante todas las naciones del mundo, muchas de las cuales no comprenden bien cuál es el manejo de nuestros asuntos, o la profunda camaradería que, en el fondo, forma el fundamento de la vida de nuestra isla.

Hasta que las elecciones se decidan, apareceremos, a todos los efectos, debilitados ante el mundo. No somos, amigos míos, un pueblo tan numeroso que podamos correr el riesgo de difamarnos y perjudicarnos mutuamente si aspiramos a ser el centro y corazón de la Comunidad e Imperio británicos. Hemos de mostrarnos unánimes en todo lo esencial, y sólo así podremos avanzar al lado de entidades tan poderosas como los Estados Unidos y Rusia.

Hemos de encontrar una fuerza potente, organizada e integrada que tenga derecho a hablar en nombre del Reino Unido y del Norte de Irlanda. Nos hundiríamos muy rápidamente, en el concepto del mundo, si, como resultado de estas elecciones, pasamos a una época de refriegas de partidos. Si las pasiones, doctrinas y ambiciones partidistas han de dominar nuestra vida durante un período largo, las grandes potencias del mundo (una de las cuales es la férrea y heroica Rusia, y otra de las cuales tiene un presidente fuerte, con tres años y medio de cargo y unidad de propósitos ante él) arreglarían sus asuntos sin que la voz inglesa fuera oída, excepto en términos de blando compromiso en el exterior o roncas bravuconadas en el interior. Por tanto, celebro que la lucha electoral, aunque doble en longitud a lo común, no se prolongue hasta el otoño. Dentro de pocas semanas el pueblo británico dará un veredicto que aclare las cosas, otorgando, de un modo u otro, la autoridad de un apoyo popular demostrado, a cualquier Gobierno que haya de encargarse de nuestros negocios públicos.

Pasiones y ambiciones partidistas.

Creo que el Gobierno nacional que he formado es el más idóneo para desarrollar las labores que nos esperan. Pero a vosotros corresponde la decisión. Antes de emitirla, considerad la gravedad de tales labores.

Por ejemplo, y antes de nada, debemos hacer cuanto podamos en la guerra contra el Japón.

En segundo lugar, necesitamos remoldear los ejércitos de manera que una desmovilización en gran medida acompañe a la ulterior ejecución de nuestra misión en Europa, reestructurando a la par nuestras fuerzas para la gran guerra en que estamos empeñados al otro extremo del Globo.

En tercer lugar, hemos de aplicar la ciencia moderna, la organización y la iniciativa al hecho de que nuestras industrias empiecen otra vez a cubrir las necesidades de la vida de nuestro pueblo y, en lo que nos sea dable, de nuestros amigos y aliados de Europa.

En cuarto lugar tenemos que reconstruir, en tanto como quepa, nuestro comercio de exportación. Sin esto, todos nuestros esfuerzos de posguerra serían vanos.

Nuestra quinta tarea ha de ser la de aprobar y poner en ejecución los proyectos de muy vasto alcance del plan de cuatro años. Anuncié esto a la nación hace dos años bajo el simple lema de alimento, trabajo y hogar. De este extenso plan sólo está en marcha lo concerniente a enseñanza y subsidios familiares, y aun eso falta ponerlo en práctica de modo completo. Hemos dejado los seguros sociales, el seguro de indemnización por accidentes del trabajo y el servicio nacional de sanidad, pendientes de que los forme el Parlamento, a fin de que vengan a desempeñar una dinámica parte en la vida y seguridad de todas las familias y hogares. En el plan cuatrienal ha habido, y espero que habrá, una amplia medida de acuerdo entre los conservadores y el Gobierno nacional por una parte y los partidos antagonistas por otra.

Así, en el país y fuera, todos tendrán un vasto trabajo que hacer en cuatro años. Por esa razón censuro en los más severos términos el esfuerzo socialista de interponer sus fantasías a largo término y sus oscilantes utopías en el camino práctico de la necesidad y el deber. Rechazo el propósito de

Fantasías y utopías.

crear una Inglaterra socialista en un momento en que estamos en tantas dificultades y en peligro de perder lo ganado a tanto coste.

La fiscalización pública de los medios de producción, distribución y cambio es uno de los lemas socialistas, y públicamente se anuncia como parte de su constitución. En diciembre pasado, la asamblea del partido laborista, reunida en Londres, aprobó una resolución proponiendo la propiedad pública de la tierra, de los edificios grandes, de la industria pesada, y de todas las formas de Banca, transporte, energía y combustible.

Verdad es que esos objetivos revolucionarios han sido un tanto paliados en los años últimos para hacerlos menos repulsivos a los electores. Por ejemplo, el señor Attlee, en su discurso radiado hace una semana, no hizo referencia alguna a la intención socialista, larga y aún recientemente proclamada, de nacionalizar el Banco de Inglaterra. No obstante, yo había atacado sobre esto a su partido el día antes. Muchos de los dirigentes socialistas intentan presentarse como meros e inofensivos filántropos y progresistas llenos de buenas intenciones.

Sin embargo, por mucho que su apariencia convenga a sus deseos, su política final no admite disfraces. Tengo derecho a decir que hombres como sir Stafford Cripps y el señor Herbert Morrison han declarado públicamente que usarán cualquier mayoría que puedan obtener para sofocar o cercenar grandemente los derechos del Parlamento a criticar tan vastas transformaciones de la vida británica. Si los planes a que pública e irrevocablemente están comprometidos llegasen alguna vez a ponerse en práctica en toda su integridad y tuviésemos un sistema socialista completo, toda oposición eficaz y saludable, y todo natural turno de partidos en el poder, vendría necesariamente a un fin, y se requeriría una policía política que impusiese un sistema permanente y absoluto a la nación.

Tan opuesto soy a la creación de un completo sistema socialista, como soy partidario de hacer inmensas reformas sociales, en muchas de las cuales la libre nación inglesa

ha marchado en vanguardia durante largo tiempo. Para plantear esos académicos argumentos socialistas nunca ha existido peor ocasión que ésta, en que nos encaramos con grandes tareas prácticas que podrían aplazarse, confundirse, interrumpirse y acaso desplomarse. Nuestro lugar en el mundo se perdería, y la ruina y no la gloria sería la recompensa que tendría Inglaterra después de todas sus tribulaciones y triunfos.

La peor ocasión para el socialismo.

Podemos examinar algunos propósitos de largo alcance en que todos estemos unidos. Nadie que se preocupe de la continuidad de la grandeza de nuestro país debe apartar los ojos del porvenir de su población. Las estadísticas sobre la población futura son una de las nuevas formas de profecía. Pero una forma de profecía que descansa en las matemáticas merece confianza. Ya en 1945 teníamos muchos menos jóvenes de edad inferior a veinte años que los que teníamos al acabar la guerra anterior. Se nos asegura como cosa prácticamente cierta que nuestra isla contendrá, dentro de treinta años, un número mucho mayor de personas superiores a sesenta y cinco años, esto es, viejas. Y si los casados de este país no crían en el futuro más hijos de los que criaban antes de esta guerra, de aquí a treinta años habrá una proporción muy inferior de niños menores de quince años, y muchos menos hombres y mujeres jóvenes, que son quienes han de llevar la carga principal de la industria, la agricultura y la defensa.

En numerosos casos nuestros Dominios desean recibir como inmigrantes a considerable cantidad de nuestros mejores elementos. No podremos atender a ese deseo si nuestra cifra de nacimientos continúa decayendo. Nuestro futuro como nación y como centro de un gran imperio depende de que podamos cambiar la actual tendencia en nuestras estadísticas de población. Ésta no es una cuestión de partido. Debiera ser objetivo de todos los partidos aumentar el número de hogares ingleses y la extensión de las familias reunidas en ellos. Para conseguirlo se requerirán medidas radicales.

Como veréis en el manifiesto que he publicado en nom-

bre del Gobierno nacional, ponemos el mayor interés en cuanto concierne a la vida doméstica, procurando fomentar el nacimiento, en las mejores condiciones, del mayor número posible de niños, y asegurando, en lo factible, que el nacimiento de un hijo sea una alegría y no una nueva carga que rebase las fuerzas del matrimonio o la familia que lo mantenga.

Estando en la vejez, es natural que mire hacia adelante. El tema de la maternidad y la vida familiar, con las dulces afecciones que la iluminan, han de ser la fuente de que brote la felicidad presente y la supervivencia futura. El inmortal bardo escocés Robbie Burns dijo:

> Gozar en el hogar felicidad
> con hijos y mujer,
> el sentimiento y la sublimidad
> de la vida ha de ser.

Si nuestra riqueza e iniciativa no quedan perjudicadas por los grilletes del socialismo autoritario, se abren vastas posibilidades de actividad social en esta esencial esfera. Hemos de estimular por todos los medios el número de nacimientos.

Sanidad y leyes de sanidad.

Confío en que siempre sea la guía del partido *tory* aquella célebre y difundida máxima de Disraeli, de la que estaba tan orgulloso: «Sanidad y leyes de sanidad.» Nuestra política sanitaria, trazada por el Gobierno anterior y que nosotros aplicaremos enérgicamente, alivia las cargas de las madres que dan hijos a luz. La guerra es dura maestra, pero aprendemos mucho bajo su férula. En nuestro manifiesto nacional y conservador asentamos gran parte de lo que hemos aprendido.

También hay una agradable historia que relatar a propósito de la leche. ¿No habéis oído hablar de nuestro plan nacional de suministro lácteo? En invierno y verano, abunde la leche o escasee, toda embarazada y todo niño menor de cinco años recibirán un litro de leche diario a precio especialmente reducido. Los muy pobres lo recibirán gratuitamente. Las madres lactantes, si lo desean, ten-

drán garantizado otro litro de leche al día, a precio normal.

Durante los años de guerra hicimos esta provisión para el porvenir de nuestra raza, y los resultados han rebasado nuestras esperanzas. A pesar de las restricciones alimenticias del tiempo de guerra, el promedio de defunciones de madres y niños ha descendido a la cifra menor que nunca hayamos conocido en este país. Y también la de abortos. En marzo de 1943 os dije en un discurso por radio: «Ninguna comunidad puede hacer mejor inversión que la de gastar en leche para los niños.» Esta noche os declaro que el Gobierno nacional está resuelto a que ese excelente tra bajo, iniciado por el precedente Gobierno, continúe.

Nuestra lucha de durante la guerra en pro de una raza de ciudadanos sanos y bien nutridos no se ha limitado a los niños de pecho, sino que se ha extendido a los escolares.

Ya antes de la guerra se abría camino la práctica de dar leche en las escuelas.

Ahora como anunciamos en el Libro Blanco sobre seguros sociales, nos proponemos que la leche en las escuelas sea una especie de subsidio familiar gratuito concedido a todo niño que asista a una escuela primaria o secundaria.

Durante la guerra hemos extendido también inmensamente el servicio de comidas escolares. Antes solía servirse cada día un cuarto de millón de comidas en las escuelas primarias y secundarias, mientras hoy, a pesar de todas las dificultades de la escasez de alimentos y potencial humano, a pesar de las escuelas bombardeadas y de otros inconvenientes, se sirve un total de comidas escolares no inferior a tres cuartos de millón.

El Gobierno nacional entiende que la verdadera riqueza del país consiste en la salud de sus personas de ambos sexos. Estamos determinados a asegurar el porvenir de la nación procurando que desde que nazca, y aun desde antes que nazca, todo niño inglés esté bien nutrido y pueda crecer recio y fuerte.

Las gentes inglesas son buenas. Cabe probarlas y, como

quien hunde un cubo en el mar, encontar siempre sal en ellas. El genio de nuestro pueblo brota en todas las clases y en todas las partes de la tierra. Nunca se sabe dónde va a encontrarse una maravilla. El héroe, el luchador, el poeta, el sabio, el organizador, el artista, el ingeniero, el administrador o el jurista pueden elevarse a la fama. Una oportunidad igual para todos bajo instituciones libres y leyes iguales: tal es la bandera que levantamos contra toda burocracia o dictadura de tipo preordenado.

Seguros sociales.

En la Cámara de los Comunes soy el más viejo paladín de los seguros. Hace treinta y cuatro años que trabajé en la primera disposición parlamentaria sobre seguro de paro, y me dirigió, en el departamento correspondiente, la previsora sabiduría de sir Hubert Llewellyn-Smith. El fundamento del seguro de paro lo constituye la Bolsa de Trabajo, o de Empleo, como ahora se dice. En 1909 obtuve facultades para establecer una red de esas bolsas en toda Inglaterra e Irlanda. Para tales efectos incluímos en el servicio público al señor Beveridge, un joven que me recomendó mucho el matrimonio Sydney Webb, y que aprendió no poco de sir Hubert Llewellyn-Smith acerca del seguro estatal contra el paro.

Entretanto, mi amigo Lloyd George estaba muy ocupado con las pensiones de vejez y el seguro sanitario. Todo esto nos mantuvo muy bien en la confusión y terrible desempleo que siguió a la guerra anterior, época en que nadie tenía experiencia de las sombrías consecuencias de una victoria. El seguro de paro hízose universal, con tremendo coste para el Estado. Él nos salvó de la catástrofe durante varios años terribles. Siempre me ha fascinado esa idea de lo que una vez llamé: «Poner la magia del promedio al socorro de los millones.»

Cuando, en cambiadas circunstancias, me uní al partido conservador y me convertí en ministro de Hacienda, tracé y propuse, en 1925, otro—y acaso mayor—plan de seguros. Merced a él las pensiones de vejez se trocaban en contributarias, pero en cambio rebajaba la edad válida para percibirlas a sesenta y cinco años en vez de setenta.

Se incrementaba sustancialmente la participación del Estado y se instituían viudedades y orfandades, sin los que ningún plan nacional de seguros sería completo.

En esto quedaba implicada una responsabilidad de 750 millones de libras esterlinas. Aquí, esto es, en una país donde la gran mayoría de las gentes no tiene nada—o muy poco—que dejar tras ellas, un hombre de treinta años, con mujer y dos hijos, caso nada excepcional, deja, en caso de defunción, lo equivalente a un legado de 450 libras esterlinas.

Esta gran serie de medidas de seguros, aplicadas por el partido conservador, uniéndose a las de la administración liberal de Asquith, formaron el fundamento del plan de seguros universales, nacionales y obligatorios que el famoso Gobierno de coalición que tuve el honor de presidir había resuelto presentar al Parlamento. Sir William Beveridge—que tal es ahora—, tras larga ausencia de este campo, fué llamado por el Gobierno nacional anterior para que presidiera una comisión oficial encargada de ese asunto, y dió un valioso impulso a tan concluyente medida en una época en que la mayoría de los hombres concentraban principalmente en la guerra sus pensamientos.

Pero esa culminante medida de aseguración nacional, que se une a todos los planes que he referido, aumentándolos mucho, ha de convertirse en ley todavía, y ser puesta en ejecución después. Por su magnitud, la miro como la primera de las grandes medidas del plan cuatrienal anunciado por mí en marzo de 1943. Mas ¿de qué vale mientras no se apruebe? Por el momento sólo es una plausible aspiración apoyada por hombres de todos los partidos.

Para desarrollar esa vasta política se ha creado un departamento propio, cuyo ministro, si volvemos al poder, tendrá la tremenda tarea y el honor de hacer pasar nuestro gran plan del pensamiento a la acción, y del papel a la realidad. Le he encarecido la importancia de humanizar ese plan, en interés de todos aquellos que percibirán sus grandes beneficios, así como la de preocuparse de las veintenas de miles de agentes de seguros que sirven a las

grandes compañías aseguradoras autorizadas. Es menester que cuando vuelvan del frente, donde muchos de ellos llevan largo tiempo, no vengan a encontrarse olvidados.

También requeriré de todo Gobierno de que yo sea jefe el que los contribuyentes públicos sean, en lo posible, tratados con tanta cortesía y consideración por los funcionarios del Estado como lo eran cuando esas sociedades benéficas funcionaban bajo la iniciativa privada.

Construcción de casas.

He reservado hasta el fin la más urgente de nuestras tareas interiores: la reconstrucción de las casas dañadas, y el gran incremento que necesita la construcción después de sesenta y ocho meses de parálisis. Esto nos pone ante la necesidad de un esfuerzo excepcional.

La iniciativa privada había elevado la construcción de casas a más de 350.000 anuales antes de la guerra. En los veintiún años entre las dos guerras, durante dieciocho de los cuales rigieron gobiernos nacionales o conservadores, el número de casas aumentó de nueve millones a trece y medio, y 300.000 casas insanas fueron sustituídas por otras nuevas. Esta fué una magnífica consecución, por la que el partido conservador tiene derecho a atribuirse méritos.

De no ser por la guerra, probablemente ahora habríamos librado de cuchitriles nuestro país. Hoy tenemos que afrontar más dificultades que los gobiernos de preguerra, a causa de la devastación producida por el bombardeo alemán y también a causa de que esta guerra excedió en diecisiete meses a la otra.

Yo no vacilaré en usar expedientes de tiempo de guerra para reparar los daños de tiempo de guerra y el inevitable retraso de tiempo de guerra.

Sobre la construcción de hogares descansan los otros planes que he mencionado. Ha de emplearse todo medio hábil de levantar casas temporales o permanentes, y cualquier obstrucción que surja, venga de donde viniere, ya se manifieste en forma de combinaciones de precios, monopolios u otros obstáculos, deberá ser combatida con todo el poder del Parlamento y la nación.

UNA AMENAZA A LA LIBERTAD

TERCER DISCURSO ELECTORAL POR RADIO EL 21 DE JUNIO DE 1945

[*21 junio 1495.*

Muchas voces suenan entre el estrépito de esta elección, y vosotros, que podéis, decidiréis cuáles son justas y sinceras y cuáles traerán a vuestro país tiempos más felices y mejores.

Hemos atravesado una dura prueba de seis años. Aún nos espera otra lucha contra el Japón, lucha que ha de concluirse antes que la paz vuelva a este torturado mundo. Los americanos nos han apoyado y nosotros debemos apoyarles. Aparte de esto, tenemos nuestras propias posesiones, conquistadas y devastadas por los japoneses, y es una exigencia de honor redimirlas y liberarlas.

Los socialistas dicen a voz en cuello que el único modo de salvar a Inglaterra y el porvenir es darles a ellos el poder, con un mandato para transformar nuestra isla, lo antes posible, en una comunidad socialista bajo su autoridad. Desde muchos lados resuenan sus gritos de guerra, y desde muchos lados llegan las promesas de que todos los males y miserias del género humano serán curados por los planes que elaborarán para nosotros y las reglas que nos forzarán a obedecer.

Para probar que sus sistemas son buenos y nos sacarán de dificultades, calumnian y condenan el mundo en que vivimos, y aseguran que ninguno de los males ocurridos después de la guerra pasada, o antes, e incluso ahora, en las pocas semanas transcurridas desde que ellos dejaron el poder, hubiera caído sobre nosotros de estar en vigor el sistema socialista.

Anoche sir Stafford Cripps nos habló de lo que habíamos sufrido entre las dos guerras. Ciertamente existieron grandes aflicciones entre esos dos terribles cataclismos, cosa que sabemos ahora mucho mejor que entonces; pero por otra parte, hubo muchos menos sufrimientos en Inglaterra du-

Sufrimientos de posguerra.

rante ese período que en cualquier otro Estado europeo lesionado por la guerra. Se hicieron grandes progresos a pesar de las difíciles condiciones. La nación inglesa que entró en la nueva guerra el 3 de septiembre de 1939 era una raza mucho más fuerte, sana, mejor criada, alimentada, alojada y educada que la de los desvanecidos héroes que desenvainaron la espada el 4 de agosto de 1914.

Y ahora se nos dice que hay que barrer la estructura existente. Como resultado de esta elección ha de crearse un mundo socialista, un Estado socialista donde todos los medios de producción, distribución y cambio sean poseídos por el Estado y manejados por el Estado a través de departamentos públicos, con funcionarios en Whitehall o donde fuere. Además, el Gobierno central se ocupará de planear nuestras vidas y nos dirá exactamente dónde vamos a ir y lo que debemos hacer, siendo castigada cualquier resistencia a esas órdenes. Este es el final objetivo de los socialistas, y de vosotros depende el tiempo que tarden en alcanzarlo.

¿Un Estado socialista?

Sir Stafford Cripps ha dicho claro que él y los suyos nos darán órdenes a todos, y que si el Parlamento se niega a ello o sencillamente formula preguntas, será fiscalizado, o quitado de en medio y suprimidos sus derechos de debate.

Según él, el primer día debe aprobarse una disposición concediendo al Gobierno socialista poderes especiales y otorgando a los dirigentes de la mayoría la facultad de actuar sin sumisión a los tribunales.

Él y otros jefes socialistas—aunque no falten los que repudian esto, y de ello me congratulo—hablan de usar de violencia sobre nosotros en caso necesario, a fin de hacernos conformarnos rápida y completamente a las benévolas ideas de esos autocráticos filántropos que aspiran a cambiar el corazón humano por arte de magia, convirtiéndose, de paso, en nuestros regidores.

Ya os advertí en el pasado, y no fueron atendidas mis advertencias. Creo sinceramente que puedo ayudaros en este crítico futuro que hacia nosotros se precipita, y añado que lo puedo realizar tan bien como cualquier otro. Mien-

tras mis facultades y vuestra confianza duren, así lo haré.

Pero no se piense, como en algunos sectores he oído, que jamás me asociaré con planes que tienden a humillar al yugo del socialismo la libre cerviz del pueblo británico. Tal intento nos conduciría a un período de desorden, de luchas partidistas y de eclipse parlamentario, período que sería tal como nunca se ha visto en la larga, firme y evolutiva historia de nuestro país.

Y eso lo harán los socialistas en un momento en que toda nuestra energía debe concentrarse en la solución de los problemas prácticos que a diario llaman adustamente a nuestra puerta, exigiendo respuesta y atención. Tales problemas son la repatriación de los ejércitos; la construcción de las casas no edificadas en la guerra o destruídas por el enemigo; la formación de los nuevos ejércitos y flotas que han de pelear contra el Japón; el poner en marcha nuestro comercio interior y exterior; el hacer aprobar por el Parlamento y dar vigencia al enorme programa social contenido en el plan cuatrienal sobre el que existe tan vasta medida de acuerdo. ¿Por qué no hemos de concentrarnos en esas realidades sin vernos a la vez forzados a discutir a propósito de la aceptación de un sistema social enteramente nuevo?

Tan profundas disquisiciones sobre las mismas raíces de la sociedad humana son inéditas para muchos de los que han de dar su voto, quizá decisivo, en estas elecciones. Cuando llenen su papeleta electoral acaso no puedan —en virtud de los duros tiempos y el duro servicio que hemos soportado—comprender los peligros que entraña una decisión errónea.

Os dije el otro día que la imposición violenta del sistema socialista, tal como emerge ahora de las fuerzas extremas y potencialmente dominantes del partido socialista, implicaría una restricción del gobierno parlamentario tal como lo hemos conocido, y la denegación de los derechos de oposición efectiva al modo que se ha practicado hasta ahora en nuestro país.

Socialismo y parlamentaris-

¿Cómo afectaría eso al asalariado ordinario? Os diré que le robaría su libertad personal en una extensión desconocida. Me aventuraré hasta agregar una cosa singular, sobre la que sin duda hay varias opiniones. Y es que podría convenir a los intereses de los obreros de fábricas, o de los asalariados en general, no tener un patrono tan fuerte. Me agradaría verlo fuerte en el sentido de ser capaz y eficaz como productor y competidor en los mercados del mundo. Pero es aborrecible para nuestra idea de libertad que el patrono tenga un indebido poder sobre sus empleados.

Bajo nuestro presente sistema democrático el asalariado puede apelar a su sindicato; y también el sagrado derecho de contrato colectivo, ampliamente promovido en pasados días por el partido conservador, entra en juego aquí.

Hay además un Parlamento donde, mientras sea libre, puede suscitarse y debatirse a plena luz la conducta de los patronos, ya en general, ya en casos particulares.

Pero nada de esto sería posible en un Estado socialista, donde la autoridad ejecutiva central no se dejaría desafiar ni vencer en momento alguno por cualquier forma de Parlamento que permitiesen subsistir. Y os declaro que la libertad de los asalariados para escoger o cambiar su empleo, o emplear el contrato colectivo por todos los medios, incluso el de huelga, contraría en absoluto la doctrina y teoría socialista del Estado.

He leído grandes quejas al propósito de que nos llamemos Gobierno nacional, mas ya os dí, en mi primer discurso radiado, varias razones del derecho que nos asistía a hacerlo así.

En cambio, ¿qué me decís acerca de que el partido socialista se llame partido laborista, esto es, del trabajo? Desde luego, todo hombre puede llamarse a sí mismo lo que quiera en un país libre; pero ¿por qué ese título de partido laborista? ¿Son ellos los únicos que trabajan en este país? ¿Son los únicos que han luchado en la guerra?

¿Son los únicos que tienen el corazón limpio de todo in-

terés egoísta? ¿Son los únicos que pertenecen a los sindicatos y actúan en ellos?

No, amigos míos. Millones de sindicados son conservadores y otros varios millones van a votar al Gobierno nacional por razones patrióticas, dándole su voto a causa de los peligros entre los que nos movemos en la actualidad.

El partido socialista tiene mucho menos derecho a llamarse partido del trabajo que el señor Attlee a llamarse jefe de él.

Miremos lo sucedido en la pasada semana y ponderemos gravemente la situación en que estamos y adonde vamos a parar.

Cuando propuse a mis compañeros socialistas y liberales de la coalición que marchásemos juntos en buena camaradería y leal cooperación hasta que la guerra japonesa fuese felizmente concluída, una de las cosas que más solícita y seriamente pesaban en mi ánimo era la necesidad de mantener la dirección de nuestros asuntos extranjeros dentro de un curso inalterable durante las minuciosas e íntimas negociaciones que habían de mediar entre la derrota de la Alemania nazi y la derrota del Japón.

Mis esperanzas de que la coalición continuara se vieron defraudadas. Entonces procuré insistentemente atenerme a lo que, después de eso, era lo mejor. Recordé la fructuosa y cordial asociación de mentalidades que había existido en los asuntos principales de la política extranjera entre los ministros socialistas de la coalición y los demás del Gobierno. Parecióme, por tanto, la mejor solución, en vista del cambio de las circunstancias, invitar al señor Attlee, jefe titular del socialismo, a acompañarnos al señor Eden y a mí a la próxima conferencia con el presidente Truman y el mariscal Stalin.

Mi idea era disfrutar del consejo del señor Attlee en todas las fases de las discusiones y que lo que él dijese y sostuviese fuera, naturalmente, atendido. Dado mi conocimiento de él y lo que he visto de su criterio durante los cinco últimos años, no esperaba que sobreviniese en asuntos extranjeros un solo punto en que no estuviéramos de

común acuerdo. Al aceptar mi invitación, el señor Attlee demostró que compartía tan esperanzadora opinión.

En esto, una nueva figura salta a la notoriedad. La situación se complica y ensombrece con las repetidas intervenciones del profesor Laski, presidente de la ejecutiva del partido socialista, quien nos recuerda a todos, incluso al señor Attlee, que la determinación final sobre las cuestiones de política extranjera pertenece, en lo que al partido socialista atañe, a esa dominadora ejecutiva socialista.

El profesor Laski ha declarado repetidamente—por lo menos en tres ocasiones—que no hay identidad alguna de propósitos entre la política extranjera de la coalición de los pasados cinco años, política continuada por el presente Gobierno nacional, y la política extranjera de las poderosas organizaciones de segundo término, una de las cuales él preside.

El pueblo británico, amigos míos, ha deseado siempre que sus asuntos sean dirigidos por hombres a quienes conozca, y que estos hombres trabajen bajo la inspección y con la aprobación de la Cámara de los Comunes. Parece que ahora debemos referirnos a un oscuro comité y ser gobernados por personas no representativas, las cuales compartirán los secretos y darán órdenes a los llamados ministros responsables de la corona. Éstos aparecerán en los bancos socialistas del Parlamento si así se les ordena, y pronunciarán discursos que se les habrán dictado, no emanando de su propio corazón y conciencia, ni siquiera de los electores de sus distritos, sino de esos tenebrosos conclaves subterráneos.

La Ejecutiva Socialista y los Comunes.

Confío en que la democracia británica, con su largamente ejercitado sentido común y amor innato de la independencia, cualidades no perdidas aunque estemos forcejeando con los sacrificios y fatigas de una victoria tan duramente ganada, se precaverá contra esos peligros y se abrirá perseverante camino hacia algo que pueda con justicia ser llamado hogar y patria, en la tierra de la esperanza y de la gloria.

DISCURSO ELECTORAL

A LOS VOTANTES DE WOODFORD. JUNIO DE 1945

Os he servido durante cerca de veintidós años y ésta es la quinta vez en que os pido que me renovéis vuestra confianza.

Puedo decir con cordial gratitud que sin vuestro incansable apoyo durante los once años en que vegeté en el ostracismo político, no habría estado en situación de ser llamado a asumir la suprema responsabilidad de regir a nuestro país en un momento de mortal peligro.

Además no hubiera podido dar en el Parlamento las advertencias que, llegado el instante, fueron reconocidas como verdaderas por toda la nación y el imperio británico.

Tanto en los antiguos Parlamentos como en los nuevos, habéis atravesado pruebas muy duras y largas.

No sólo vuestros hombres han ido a las guerras y compartido en todos los frentes terrestres, aéreos y marítimos la gloria de las armas británicas, sino que incluso en la patria, donde moraban vuestras mujeres e hijos, se sufrió un insólitamente prolongado y grave bombardeo enemigo, rematado en los ataques de bombas volantes y cohetes, en cuyo aspecto habéis sido uno de los distritos más hostigados del país.

En toda esta prueba, bajo el continuo fuego del enemigo, os condujisteis con la fortaleza, compostura y constancia que siempre han dado renombre a la raza inglesa.

Habéis sufrido en silencio y en secreto, sin quejas, y todos los hombres, mujeres y niños han cumplido sus deberes tan sincera y diligentemente como se les pedía. Vuestros hombres, cuando vuelvan del extranjero, estarán tan orgullosos de vosotros como vosotros lo habéis estado siempre de ellos.

A mi edad, habiendo rebasado ya el término usual de la vida, bien podría reclamar que me librasen de una carga que la victoria no ha hecho más ligera.

Entiendo, sin embargo, que mis facultades y energías

son las mismas que siempre fueron, y por tanto, y a menos que la nación me licencie, no cejaré ante las tareas que me fueron confiadas.

La guerra no ha terminado todavía. Las causas por las que desenvainamos la espada no están aún plenamente ganadas ni seguras.

Espero participar en una paz mundial y duradera, en la que se obtengan en el progreso social victorias no menores a aquellas por las que se nos alaba a través del mundo.

OPCIÓN DE LOS ELECTORES

CUARTO DISCURSO ELECTORAL, RADIADO EL 30 DE JUNIO DE 1945

[*30 junio 1945.*

Esta singular y no natural elección, que desgarra tantos vínculos de mutua comprensión y camaradería desarrollados en nuestra vida política, toca ahora, con satisfacción de todos, a su fin.

Dentro del juego ordinario de la Constitución británica, el Gobierno de coalición que libró a nuestro país de la ruina y lo llevó a la victoria en la guerra, teniendo además un pleno y ancho campo de actividades y progresos sociales, debiera presentarse a la nación como una fuerza unida y pedir una renovación de su confianza.

Aunque ésta hubiera entrado en el verdadero interés y también en el deseo de la nación y del Imperio, quedó superada por la fuerte y avasalladora opinión del partido socialista.

Ya en la asamblea laborista de junio de 1943, el señor Attlee declaró: «La ejecutiva es absolutamente opuesta a unas elecciones con reparto de puestos.» Tal fué el lema, y nosotros, asaz mansamente, como debo confesarlo, nos doblegamos a este criterio.

De haber apelado a la nación como un Gobierno unido nos habríamos evitado lo que estamos atravesando y algunas cosas que podemos tener que atravesar en un inmediato futuro.

Impaciencias de los extremistas.

Hemos de comprender la reprimida impaciencia de los partidos extremistas que no pudieron ejercer un papel útil en la guerra. Siempre existe en los partidos minoritarios un natural deseo de aumentar su representación en la Cámara de los Comunes.

Por encima de todo, estaba la necesidad de renovar el Parlamento mediante cierta actividad en los distritos electorales y mediante la reanudación del contacto directo con los electores después de más de nueve años.

Los ministros de la coalición—me refiero a los de ambos bandos—acariciaban la idea de que cuando acabase la guerra alemana hubiera una elección amistosa y cortés —como la ejecutiva del partido laborista la definió—, disolviéndose la gran asociación con dignidad y buenos sentimientos mutuos.

Pero todo esto ha resultado una ilusión. Al llegar a la cruda y prosaica cuestión de que varios pares de cientos de señores desean ocupar asientos parlamentarios, ningún compromiso es posible y sobreviene una inundación de violentos altercados y extremas acritudes.

Semejante inundación ha causado muchas perturbaciones en los círculos políticos, pero no ha afectado seriamente el espíritu de cooperación entre las vastas masas del pueblo respecto a las principales causas y objetivos a que tendemos.

La simpatía popular.

El pueblo simpatizaba con el último Gobierno de coalición y le habría complacido darle un voto de confianza. Ahora se siente perplejo, y hasta cierto punto disgustado, al verse en medio de un huracán verbal mientras tan graves asuntos afectan su vida o su posición en el mundo.

El pueblo no busca hoy cambios políticos violentos. Su lealtad permanece inconmovible.

Durante mis cinco días de excursión electoral, entre multitudes y reuniones inmensas a las que hube de hablar, me ha emocionado profundamente la amabilidad y confianza con que en todas partes se me recibió.

Era maravilloso y hermoso espectáculo el de tantos

semblantes humanos iluminados por la bienvenida y el júbilo. Esto continuó días tras día a lo largo de centenares de millas, a través de ciudades y pueblos llenos de gentío, y de carreteras en que a cada pocos cientos de metros se veían grupos y a menudo muchedumbres de hombres, mujeres y niños, agitando banderas nacionales y de otras naciones y abrumándome bajo sus aclamaciones y bendiciones.

Cuando pienso en todas las durezas y privaciones que el Gobierno que presidí tuvo que imponer a la nación; en los graves sacrificios que, afectando a todos los hogares y todas las formas de comodidad, se exigieron; en la sangre derramada y las vidas extinguidas de tantos seres queridos; en el constante trabajo y fiel desempeño del deber cumplido en todas las circunstancias y a menudo bajo el fuego enemigo; cuando pienso, en fin, en los muchos errores que sin duda se cometieron, no puedo dejar de sentirme estimulado al reparar en el noble, generoso e indomable carácter del pueblo británico.

También me impresionó el aspecto de los niños, que, en gran número, con brillantes ojos y vigorosas voces, se reunían a los lados de los caminos y corrían tras nuestros coches, a menudo durante grandes distancias.

En ellos está la esperanza del porvenir. Hemos de agradecer que, a pesar de todos los apremios de la guerra, los niños al menos no hayan carecido de alimento completo. ¿Y qué os diré de las mujeres y muchachas, de belleza que encantaba los ojos, o de las ancianas que eran traídas en sillones de ruedas o agitaban alentadoras banderas desde elevados balcones? Todo esto vi mientras pasaba por las campiñas inglesas de Middlands, Cheshire, Lancashire y Yorkshire, y no menos deslumbradoras fueron las escenas que Escocia, en todo su esplendor, ofrecía.

Sólo lamento que la falta de tiempo me impidiera recorrer otros muchos condados de Inglaterra, y visitar especialmente el principado de Gales y dar gracias a los galeses por los heroicos servicios que han prestado en la consecución de la victoria.

¡Qué magnífico papel han desempeñado nuestras mu-

jeres en esta guerra total a la que nos lanzamos por el honor, aunque mal armados, y en la que tan vívidamente se ha mezclado lo terrible con lo sublime! Las mujeres han actuado en los hogares, donde a menudo ha tenido que ser acogida otra familia; en las fábricas, sin las que no se hubieran producido nuestras municiones; en la tierra, donde acaso algunas se hayan visto defraudadas en el pago que se les ha dado; en los tres servicios armados, con sus mujeres uniformadas tan airosas; en los hospitales, como ángeles de piedad; en las baterías, donde, sólo protegidas del *blitz* por un casco de metal, han pasado noche tras noche, dejando así a muchos hombres libres para el servicio en el frente. ¿Quién puede calcular lo que las mujeres han hecho por Inglaterra en sus días de dolor y gloria?

Igualdad de hombres y mujeres.

Una comisión regia actúa a efectos de acordar igual paga por igual trabajo a hombres y mujeres. La comisión considerará solícitamente qué particulares ocupaciones ofrecen ventaja auténtica, permanente y duradera para las mujeres. Pero confío en que el nuevo Parlamento establecerá de modo efectivo el principio de completa igualdad de las mujeres en la industria, en todos los aspectos de la vida y ante la ley; y espero que esto se consiga sin disminución alguna de la caballerosidad y protección que el brazo fuerte del varón combatiente o trabajador debe a la mujer.

Éste es el último discurso radiado de las presentes elecciones. Con él termina la serie que la B.B.C. ha puesto a disposición de los políticos, y la de hoy puede ser la última vez que me dirija a vosotros por este medio en calidad de primer ministro. Ello depende de vosotros. Estoy convencido de que me cabe serviros a través de las dificultades y peligros de los próximos años, haciéndolo con más ventaja que otros, y estoy pronto, si lo deseáis, a ejecutarlo de la mejor manera posible.

Espero vuestra respuesta. Puede ser «sí» o «no». No espero con soberbia ni con sed de poder, porque ¿qué puedo ganar ni perder después de todo lo que ha ocurrido y de lo que habéis hecho por mí? Pero aguardo vuestra

respuesta con confianza. Sí: tengo gran confianza en la respuesta que me daréis.

Soldados, marinos y aviadores de Alemania, Italia, la India, Birmania, mares y océanos: un mensaje he de enviaros que, aunque se aplica a todos, a vosotros, que estáis lejos de la patria, se aplica especialmente. Y este mensaje reza así:

Cuidad de no engañaros acerca del funcionamiento de nuestro sistema político en estas elecciones. Son inciertas las historias que circulan acerca de que podéis votar por mis antagonistas políticos de estas elecciones, sean laboristas o liberales, sin a la vez votar contra mi continuación en el poder. No vaciléis en hacer esto si creéis que es lo más justo y lo mejor para el país. Todo lo que is pido es que votéis con los ojos bien abiertos.

Votad con los ojos abiertos.

El partido laborista ha declarado formalmente, y se ha comprometido en su asamblea del 24 de mayo de este mismo año de 1945, a no formar coalición alguna con los conservadores después de las elecciones. El señor Laski, hablando como presidente de la Ejecutiva Nacional, manifestó en el curso de la discusión: «Pueden estar seguros los delegados de que no hay posibilidad de que el laborismo se una en coalición con los conservadores.»

El episodio Laski.

Los delegados aprobaron por unanimidad la declaración política de la Ejecutiva Nacional. Ahora bien: esa posición es perfectamente legítima si el partido socialista la cree conveniente. Pero es también claro que sería imposible para mí actuar con un Gobierno laborista cuando ese partido se vincule a políticas que creo ruinosas para el futuro de nuestro país. Si deseáis que yo continúe desempeñando la dirección nacional, sólo hay un modo de conseguirlo: votando por los candidatos que me apoyan y me dan su confianza. Deploro de corazón las incorrectas tácticas adoptadas por quienes quieren engañaros sobre ese extremo después de mis repetidas denegaciones y de las explícitas y públicas declaraciones de la ejecutiva laborista, las cuales acabo de leeros. Si triunfa un gobierno

socialista, él ha de llegar al poder con sus propios dirigentes, quienes han de cargar con la responsabilidad en tanto como se lo permita la constitución de su partido.

Aquí he de hacer una disgresión a lo que cabe llamar «el episodio Laski». Cuando yo, con muy buena voluntad, invité al señor Attlee a ir conmigo a Berlín en junio, a fin de mantener enhiesta la bandera de la unidad nacional, tropecé con una revelación: la del profesor Laski, persona hasta entonces casi desconocida y que nunca había intentado presentarse a los electores, pero que figura a la cabeza de un llamado Comité Ejecutivo Nacional, compuesto de elementos que en su mayoría no son miembros del Parlamento. Fué, repito, una revelación para mí el que esa persona tuviese el derecho—aunque yo no puedo definirlo sino como presunción—de dictar la ley al jefe públicamente reconocido del partido laborista, diciéndole que sólo podía ir a la conferencia internacional en calidad de observador, y que no cabía emprender ninguna continuidad en nuestra política extranjera.

Muchos días han pasado desde que esto ocurrió. El señor Laski no ha retirado, en modo alguno, las instrucciones dadas al jefe del partido. Por el contrario, ha probado ser dirigente de fuerzas demasiado poderosas para que el señor Attlee pueda contrarrestarlas mediante una acción eficaz.

Laski sigue siendo presidente de la Ejecutiva socialista, sin que se haya aprobado contra él ningún voto de destitución, censura, ni siquiera amonestación.

Parece que ese Comité Ejecutivo Socialista posee sobre los ministros socialistas facultades de muy vasto alcance, y que el mismo Comité decidiría la actuación que un Gobierno socialista hubiera de desarrollar al propósito de cuestiones particulares. Esto impone la sumisión del ministerio a la voluntad del Comité.

Lo cual significa, por ejemplo, que en materia de asuntos extranjeros, cuando se discutiese algún extremo difícil, podría haber que divulgar ciertos secretos a un comité de 27 miembros, muy pocos de los cuales son consejeros

privados. Y aunque estoy seguro de que se tomarían grandes precauciones, podrían sobrevenir tropiezos.

Significa también que los ministros socialistas que desempeñasen los altos cargos del Estado no serían primariamente responsables ante la Corona y el Parlamento, sino que tendrían que referirse a una corporación completamente inconstitucional y antidemocrática, que permanecería entre bastidores y cuyos nombres, hasta las recientes complicaciones, no habían sido conocidos del público.

Tales procedimientos son aborrecibles dentro de los métodos hasta ahora seguidos en la vida pública británica. Lesionan la misma raíz de nuestras instituciones parlamentarias y, si continúan y no se reprimen, producirán uno de los más graves cambios en la historia constitucional de Inglaterra y la Gran Bretaña.

Hay otra gran alternativa con la que conviene contar. En el caso de que los socialistas no logren una mayoría operante, pero se conviertan en el mayor partido de la Cámara de los Comunes, tendrán, desde luego, que apoyarse en el concurso de la fracción del partido liberal—los liberales de Sinclair se les llama—, que es hostil al Gobierno nacional.

Un débil e inestable Gobierno de ese tipo, fundado en incómodos compromisos entre hombres que difieren en lo fundamental, sin tener un objetivo común salvo mantenerse en el poder, no sería la clase de Gobierno que necesitamos en un momento en que el país se enfrenta con enormes trabajos y graves responsabilidades.

Cabríanos preguntar porqué los liberales de Sinclair hostigan al presente Gobierno conservador y nacional con tan incansable oposición y violencia. En la política del Gobierno nacional, tal como se expresaba en nuestro manifiesto, no hay nada con que ellos no concuerden. Sir Archibald Sinclair había participado en el plan cuatrienal, que le parecía buena cosa mientras estuvo en el poder. Nunca he sabido que hubiese ninguno diferencia entre nosotros sobre las líneas generales de nuestra política extranjera. En cambio, las diferencias entre liberalismo y socialismo son las más extremas y decisivas que pueden

imaginarse. Sin embargo, los liberales de Sinclair sólo atacan al Gobierno nacional desde sus periódicos y ante sus partidarios. Han hecho todo lo posible por dañarnos, y no pueden alegar ninguna causa de principio que justifique tal hostilidad. Asunto es éste sobre el que todos los liberales debieran interrogarse a sí mismos.

Ahora resumiré en los más sencillos términos lo que nos jugamos en las elecciones. Muchos ojos inquietos se centran en nosotros. Si la Gran Bretaña no lograse formar un Gobierno fuerte, coherente y resuelto, apoyado por una numerosa y sólida mayoría parlamentaria, se alteraría todo el equilibrio, no sólo de la torturada Europa, sino del conjunto de este mundo que ahora se esfuerza en levantarse y sacar el orden del caos.

Si nuestra nación se disuelve en fracciones y partidos políticos, cesaremos de ocupar el puesto que nos han valido nuestra política y nuestras victorias en mar y tierra. Esto es, cesaremos de ocupar en el concierto de las naciones el lugar que con tanta sangre y sacrificios hemos ganado.

Sin nuestra ayuda efectiva, el mundo puede descarriarse otra vez. Sin nuestra influencia sobre otras naciones—influencia tan considerable ahora—perderíamos la confianza que durante la guerra hemos inspirado a los Dominios autónomos de nuestro Imperio y Comunidad de Naciones. En un espacio de tiempo increíblemente corto podríamos, por nuestra locura, descender al rango de nación secundaria.

Lo que nos jugamos.

Tengo una confianza invencible en el genio de Inglaterra. Creo en la instintiva sabiduría de nuestra adiestrada democracia. Estoy seguro de que los electores hablarán en sonoros tonos y que su decisión sancionará las esperanzas de nuestros amigos de todos los países y nos permitirá marchar en la vanguardia de las Naciones Unidas, disfrutando mayestáticamente de nuestra fama y poder.

VEREDICTO DE LA NACIÓN

Declaración hecha por Churchill después de manifestarse los resultados de las elecciones, el 26 de julio de 1945:

La decisión del pueblo británico se ha expuesto en los votos computados hoy. Por tanto, abandono el cargo que me fué conferido en tiempos más sombríos. Lamento que no se me haya permitido terminar la guerra contra el Japón. Sin embargo, ya se habían hecho todos los planes y preparativos a ese propósito, y los resultados pueden ser mucho más rápidos que los que nos cabía esperar hasta ahora. Sobre el nuevo Gobierno recaen inmensas responsabilidades interiores y exteriores, y todos debemos desear que las afronte con éxito.

Sólo me resta expresar al pueblo británico, en nombre del cual he obrado en estos peligrosos años, mi profunda gratitud por el indoblegable e indomable apoyo que me dió durante mi tarea, y por las muchas expresiones de amabilidad que ha exteriorizado hacia este su servidor.

LA BOMBA ATÓMICA

(EL 6 DE AGOSTO DE 1945 EL PRESIDENTE TRUMAN ANUNCIÓ QUE LOS SABIOS AMERICANOS E INGLESES HABÍAN PRODUCIDO LA BOMBA ATÓMICA Y QUE LA PRIMERA HABÍA SIDO LANZADA SOBRE EL JAPÓN. ATLLE EXPIDIÓ DESDE EL 10 DE DOWNING STREET, UNA DECLARACIÓN REDACTADA POR CHURCHILL ANTES DEL CAMBIO DE GOBIERNO)

28 julio. *El Japón rechaza la exigencia aliada de rendición. Se advierte a los pobladores de 11 ciudades japonesas que evacuen cuando se produzcan grandes ataques aéreos.*

29 julio. *Se lanzan bombas incendiarias sobre seis ciudades niponas.*

30 julio. *Los bombarderos aliados incrementan sus ataques.*

31 julio. *Laval, procedente de España, llega a Austria en avión y es entregado a los franceses.*

1 agosto. *Laval es conducido a París para declarar contra Pétain y esperar su propio proceso.*

2 agosto. *El rey recibe a Truman en Plymouth. Los australianos copan a 50.000 japoneses en Rabaul.*

3 agosto. *Se cifran las pérdidas enemigas en Pegú (Birmania) en 8.600 muertos.*

5 agosto. *El general MacArthur anuncia la muerte de 4.740 japoneses en las operaciones de limpieza de las Filipinas.*

6 agosto. *Truman anuncia el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima, gran ciudad de la isla mayor del Japón. Se declara que se han dado al Japón cuarenta y ocho horas para rendirse.*

7 agosto. *Se revela que Hiroshima ha sido completamente destruída por la bomba atómica, y que una nube de humo y cenizas se eleva a una altura de 40.000 pies.*

[*6 agosto 1945.*

En el año 1939 se admitía ampliamente entre los hombres de ciencia la posibilidad de liberar energía mediante la desintegración del átomo. Los problemas que debían

resolverse antes de convertir esta posibilidad en ejecución práctica eran, empero, múltiples e inmensos, y pocos sabios hubieran predicho entonces que pudiera disponerse de una bomba atómica en 1945. Sin embargo, tanta potencia latente había en el proyecto, que el Gobierno de su majestad pensó conveniente iniciar investigaciones, a pesar de las muchas exigencias que otras actividades imponían a nuestros sabios. En esa etapa las investigaciones se realizaban principalmente en nuestras universidades, en especial Oxford, Cambridge, Londres (Colegio Imperial), Liverpool y Birmingham. Al formarse el Gobierno de coalición, la responsabilidad de coordinar los trabajos e impulsarlos recayó en el Ministerio de Producción Aeronáutica, aconsejado por una comisión de relevantes sabios a los que presidía sir George Thomson.

A la vez, y dentro de los acuerdos generales en vigencia a efectos de acumular informes científicos, existía pleno intercambio de ideas entre los científicos que trabajaban en el Reino Unido y los que lo hacían en los Estados Unidos de América.

Tales progresos se alcanzaron, que en el verano de 1941 la comisión presidida por sir George Thomson informó que, a su juicio, había una razonable probabilidad de que pudiera producirse una bomba atómica antes del fin de la guerra. A fines de agosto de 1941, lord Cherwell, que tenía la misión de informarme de estos y otros adelantos técnicos, me expuso el sustancial progreso que se había alcanzado. La responsabilidad general de las búsquedas científicas desarrolladas por las diversas comisiones técnicas se centraba en sir John Anderson, entonces lord presidente del Consejo. En tales circunstancias, y teniendo en cuenta los efectos de los explosivos ordinarios de alta potencia, referí el asunto, en 30 de agosto de 1941, a los jefes de la Comisión de Estado Mayor, en la siguiente nota:

«Al general Ismay, por los jefes de la Comisión de Estado Mayor: Aunque personalmente me satisfacen los explosivos existentes, creo que no debemos detenernos en el camino de las mejoras, y, por tanto, opino que se

deben efectuar actividades en el sentido propuesto por lord Cherwell, y que el ministro responsable ha de ser sir John Anderson. Celebraré conocer lo que piensan los jefes de la Comisión de Estado Mayor.»

Estos jefes recomendaron que se actuase inmediatamente y con la mayor prioridad.

Entonces decidí establecer dentro del departamento de Investigaciones Científicas e Industriales una sección especial que dirigiese aquellas tareas, y la Compañía Imperial Limitada de Industrias Químicas accedió a desprenderse del señor W. A. Akers para que se encargase de esa dirección, a la cual, a efectos de mantener el secreto, dnominamos Dirección de Fundición de Cañones. Cuando sir John Anderson cesó en su cargo de lord presidente y pasó a ser ministro de Hacienda, le pedí que continuase la inspección superior de las tareas atómicas, para las que tiene especiales calificaciones. A fin de asesorarle se creó, bajo su presidencia, un consejo consultivo formado por el presidente de la Real Sociedad, el presidente de la Comisión Científica Consultiva del Gabinete, el secretario del departamento de Investigaciones Científicas e Industriales, y lord Cherwell. El ministro de Producción Aeronáutica, entonces lord Brabazon, pertenecía también a dicho consejo.

Bajo la presidencia del señor Akers había asimismo una comisión técnica, a la que pertenecían los sabios que dirigían las diferentes secciones de esta labor, y algunos otros. La comisión se componía originalmente de sir James Chadwick, el profesor Peierls, y los doctores Halban, Simon y Slade. Más tarde se unieron a ella sir Charles Darwin y los profesores Cockcroft, Oliphant y Feather. Se hizo también pleno uso de los laboratorios industriales y universitarios.

El 11 de octubre de 1941, el presidente Roosevelt me escribió sugiriéndome la utilidad de coordinar e incluso dirigir conjuntamente más extensos esfuerzos sobre tan importante amteria. En consecuencia, se reunieron todas las labores inglesas y americanas, y cierto número de sabios ingleses marchó a los Estados Unidos. Aparte de

tales contacto, se mantuvo completo secreto al respecto de esas actividades, no informándose ni a una sola persona cuyo trabajo no fuera indispensable al progreso de tales tareas.

En el verano de 1942, éste así expandido programa de investigaciones confirmó con más seguros y amplios fundamentos las prometedoras previsiones hechas un año atrás. Vino el momento en que hubimos de decidir si convenía o no montar instalaciones en vasta escala. Ya los experimentos preliminares habían probados que tales instalaciones debían tener la amplitud descrita en las declaraciones americanas publicadas hoy.

En aquel período, la Gran Bretaña estaba plenamente ocupada en la producción de guerra y no podíamos permitir tan grave añadidura, que hubiera estorbado los programas de fabricación de municiones corrientes de que dependían nuestras operaciones bélicas. Además, la Gran Bretaña estaba fácilmente al alcance de los bombarderos alemanes y no podía ignorarse el riesgo de que sufriéramos incursiones marítimas o aéreas. En cambio, los Estados Unidos, donde se habían hecho progresos paralelos o similares, se encontraban libres de esos peligros. Se adoptó, pues, la decisión de construir las fábricas en plena escala en América.

La erección de tan inmensas instalaciones fué puesta bajo la responsabilidad del señor Stimson, ministro americano de la Guerra, y de la administración del ejército americano, cuyo maravilloso trabajo y secreto nunca admiraremos bastante. El principal esfuerzo práctico, y virtualmente todo el prodigioso coste, recayó en las autoridades de los Estados Unidos, asistidas por un número dado de sabios británicos. La proporción de las contribuciones americana e inglesa se reguló mediante discusión entre el presidente Roosevelt y yo, y se formó una comisión mixta.

El Gobierno canadiense, cuya contribución fué muy valiosa, aportó las materias primas indispensables para el proyecto y determinadas facilidades para una parte del mismo, parte ejecutada en el Canadá, combinadamente, por los tres gobiernos.

La facilidad con que se alcanzó esta cooperación en 1943 es un feliz augurio de nuestras futuras relaciones y redunda en gran honor de todos los interesados, esto es, los miembros de la comisión mixta, nuestros sabios y técnicos, que pusieron gran entusiasmo en su labor, y, particularmente, sir James Chadwick, que prescindió de sus actividades en Liverpool para actuar como consejero técnico de los miembros ingleses de dicha comisión, no ahorrando, al efecto, esfuerzo alguno. No menos honor merece el generoso espíritu con que toda la organización de los Estados Unidos acogió a nuestros hombres y posibilitó su colaboración.

Gracias a Dios, la ciencia británica y americana se adelantó a todos los intentos alemanes. Éstos, aunque en considerable escala, iban muy retrasados. La posesión de esos elementos por los alemanes podía, fuese cuando fuera, alterar el resultado de la guerra, y así existía profunda inquietud en todos los enterados. Nuestro Servicio de Información y nuestros aviones hacían todo lo posible para localizar en Alemania algo que se pareciese a las instalaciones que se estaban montando en los Estados Unidos. En el invierno de 1942-43 se ejecutaron en Noruega dos valerosos ataques a cargo de pequeños grupos de soldados ingleses y noruegos, que, con graves pérdidas, destruyeron depósitos de lo que se llama «agua pesada», elemento que se usa en uno de los procedimientos viables. El segundo de los ataques tuvo pleno éxito.

Toda la realización, incluyendo el montaje de las fábricas y muchos métodos técnicos conectados con la parte práctica de la empresa, constituye uno de los mayores triunfos conocidos del espíritu americano, y aun humano. Además, la decisión de hacer gastos inmensos en un proyecto que, aunque pareciendo esperanzador según las investigaciones inglesas y americanas, continuaba siendo estremecedoramente arriesgado, aureola de un honor inmarcesible al presidente Roosevelt y sus consejeros.

Ahora corresponde al Japón comprender, al resplandor de la primera bomba atómica que lo ha alcanzado, cuáles serán las consecuencias de una continuación indefinida del

uso de este terrible medio de mantener la autoridad de la ley en el mundo.

Semejante revelación de los secretos de la Naturaleza, piadosamente negada por mucho tiempo al hombre, debe despertar las más solemnes reflexiones en la conciencia de todo ser humano inteligente. Hemos de rogar que esos horribles agentes tiendan a promover la paz entre las naciones y que, en vez de provocar desmedidos estragos en el Globo entero, se conviertan en una fuente perenne de prosperidad mundial.

EL SUPREMO TRIUNFO

ÚLTIMA OJEADA DE CHURCHILL A LA GUERRA Y PRIMERO DE SUS DISCURSOS DE IMPORTANCIA COMO JEFE DE LA OPOSICIÓN

8 agosto. *Rusia declara la guerra al Japón.*

9 agosto. *Se arroja sobre Nagasaki la segunda bomba atómica.*

10 agosto. *El Gobierno japonés se rinde, anunciando por radio que acepta el ultimátum formulado por Churchill, Truman y el generalísimo Chiang-Kai-Shek el 26 de julio, en la inteligencia de que las prerrogativas del emperador del Japón no quedarán comprometidas.*

11 agosto. *Los Gobiernos de Inglaterra, Estados Unidos y China declaran que aceptan la oferta nipone de rendición y que permitirán que Hiro-Hito continúe siendo emperador, siempre que gobierne bajo las órdenes del supremo comandante aliado.*

12 agosto. *Los aviones aliados bombardean Tokio mientras se espera la respuesta japonesa a la exigencia de rendición.*

14 agosto. *El Japón accede a una rendición completa y final, y el fin de la guerra se anuncia simultáneamente en Londres, Washington, Moscú y Chungking.*

[*16 agosto 1945.*

Tenemos el deber de felicitar al Gobierno de su majestad por la muy grande mejora que en nuestras perspectivas interiores dimana de la completa victoria obtenida sobre el Japón y del establecimiento de la paz en todo el mundo. Sólo hace un mes era necesario continuar a plena marcha y con enorme coste los preparativos de una

larga y sangrienta campaña en el Extremo Oriente. En los primeros días de la conferencia de Potsdam, el presidente Truman y yo aprobamos los planes que nos sometieron los jefes del Estado Mayor combinado respecto a una serie de grandes batallas y desembarcos en Malaya, en las Indias Orientales Holandesas y en el propio territorio del Japón. Estas operaciones implicaban un esfuerzo no sobrepasado en Europa, y no cabe medir el coste que en vidas y en tesoros ingleses y americanos hubiera tenido. Aún menos cabe saber cuánto tiempo hubiera exigido destruir la resistencia del Japón en los muchos países que había conquistado y, especialmente, en su metrópoli. Entre tanto, todo el proceso de hacer pasar el mundo de la guerra a la paz habríase entorpecido y dilatado. Toda forma de actividad pacífica estaba semiestrangulada por las abrumadoras prioridades de la guerra. Ninguna decisión tajantemente clara se hubiera podido tomar en presencia de esa dura y dominadora incertidumbre.

De la guerra a la paz.

Durante los tres últimos días, un elemento desconcertantemente dualista complicaba todos los problemas de la política y la administración. Teníamos que hacer planes, a la vez, para la paz y la guerra. Inmensos ejércitos estaban desmovilizándose mientras se preparaba y despachaba otro poderoso ejército al extremo opuesto del Globo. Toda clase de disgustos personales entre millones de hombres ansiosos de volver a la vida civil y cientos de miles de otros hombres que habían de enviarse a nuevas y severas campañas en el remoto Oriente, se presentaban con creciente tensión. Ese dualismo afectaba también a todos los aspectos de nuestra vida económica y financiera. El liberar a unos para que usasen sus actividades en la revivificación de la existencia de Inglaterra, y a la vez el satisfacer las exigentes demandas de la guerra contra el Japón, constituía una de las más desagradables y difíciles necesidades con que me he encontrado en la vida.

Confieso que yo, hace un mes, miraba con desazón esta perspectiva. Después se me libró de mi carga. A la par, esa carga, aunque sigue siendo pesada, se ha aligerado de

modo inconmensurable. El 17 de julio nos llegaron a Potsdam noticias, ansiosamente esperadas, de la prueba de la bomba atómica en el desierto mejicano. Un éxito que rebasaba todos los sueños coronó esta magnífica aventura de nuestros aliados americanos. Los informes detallados del experimento, que vinieron pocos días después por vía aérea, no dejaron duda alguna en las mentes de los pocos enterados, al respecto de que estábamos en presencia de un nuevo factor de los humanos asuntos, y de que poseíamos fuerzas irresistibles. La Gran Bretaña tenía el derecho a ser consultada, de acuerdo con los convenios angloamericanos. La decisión de usar la bomba atómica la adoptamos el presidente Truman y yo en Potsdam, y los dos aprobamos los planes militares para desencadenar esas terribles y devastadoras fuerzas.

La decisión de la bomba atómica.

Desde aquel momento nuestras perspectivas del porvenir se transformaron. De acuerdo con los resultados del experimento se redactaron de común acuerdo las declaraciones del señor Stimson y la mía propia, que por cortesía del primer ministro ha sido radiodifundida. El presidente manifestó al mariscal Stalin que nos proponíamos usar contra el Japón un explosivo de incomparable potencia, y la acción se desarrolló del modo que todo conocemos. A la bomba atómica hemos de atribuir, más que a cualquier otro factor, el súbito y presuroso fin de la guerra contra el Japón.

Antes de emplear ese medio era necesario enviar a los japoneses un ultimátum que les instruyese de lo que la rendición incondicional significaba. El documento se publicó el 26 de julio, día en que se produjo otro suceso que consideran diferentemente las respectivas partes de la Cámara (el resultado de las elecciones y la dimisión de Churchill). Las seguridades dadas al Japón a propósito de su futuro después de su rendición incondicional eran generosas en extremo. Si recordamos la crueldad y felonía del ataque, completamente improvocado, que los señores japoneses de la guerra ejecutaron contra los Estados Unidos, semejantes garantías deben considerarse magnánimas

en alto grado. En resumen, venían a entrañar esto: el Japón para los japoneses. Incluso no se negaba a ese populoso país el acceso a las materias primas, aparte de su control. Opinábamos que, en vista de los nuevos y tremendos instrumentos de guerra, debía proponerse toda suerte de inducciones a la rendición, siempre que fueran compatibles con la política que preconizábamos. Antes de usar tan horrenda arma, teníamos ese deber con nuestra conciencia.

En segundo lugar, y con repetidas advertencias subrayadas por intensos bombardeos, nos esforzábamos en procurar el éxodo general de la población y el abandono de las ciudades amenazadas. Así, antes de usar la bomba atómica, se hizo cuanto estaba en humano poder para salvar la población civil del Japón. Hay quienes aseguran que nunca debió usarse la bomba, pero no puedo abundar en esas ideas. Seis años de guerra total han convencido a la mayoría de que si los alemanes o los japoneses hubieran descubierto la nueva arma, la habrían empleado contra nosotros, hasta destruirnos por completo, con el mayor entusiasmo. Me sorprende que gentes que, si bien muy dignas, no tenían intención alguna de acudir en persona al frente japonés, entiendan que, con preferencia al uso de esa bomba, debíamos haber sacrificado un millón de vidas americanas y un cuarto de millón de vidas inglesas en las desesperadas batallas y matanzas de una invasión del Japón. Las generaciones futuras juzgarán nuestra espantosa decisión, y creo que si habitan un mundo más feliz, del que haya sido desterrada la guerra y donde reine la libertad, no condenarán a quienes, en beneficio de la posteridad, lucharon entre los horrores y miserias de esta época feroz y áspera.

La bomba ha traído la paz, pero a los hombres compete mantener esa paz, que de aquí en adelante conservarán so pena de incurrir en castigos que amenazan la supervivencia, no ya de la civilización, sino de la misma Humanidad. Declaro que estoy de pleno acuerdo con el presidente en que los secretos de la bomba atómica deben, en tanto como sea

Los secretos atómicos.

posible, no transmitirse por ahora a ningún otro país del mundo. Éste no es un designio o deseo de ejercer un poder arbitrario, sino de procurar la seguridad común del mundo. Nada puede detener los progresos de la investigación y el experimentos en todos los países, pero, aunque sin duda se harán investigaciones en muchos lugares, la construcción de las inmensas fábricas necesarias para transformar la teoría en acción no puede improvisarse en cualquier país.

Por esas y otras muchas razones, los Estados Unidos se hallan en este momento en la cúspide del mundo. Celebro que ello suceda así. Permitámosles actuar según el nivel de su poder y responsabilidad, no por sí, sino para los demás, para los hombres de todas las tierras; y acaso alboree entonces un día más brillante en la historia humana.

Que nosotros sepamos, se requieren al menos tres o quizá cuatro años antes que los progresos concretos hechos en los Estados Unidos puedan ser alcanzados. En esos tres años es menester reajustar las relaciones de todos los hombres y todas las naciones. Y hemos de reajustarlas de modo que los hombres no deseen o no se atrevan a atacarse unos a otros en virtud de vulgares y anticuadas ambiciones, o por apasionadas diferencias ideológicas. Es preciso que haya corporaciones de suprema autoridad internacional que traigan la paz a la tierra e impongan la justicia entre los hombres. Nuestra peregrinación nos ha llevado a un sublime momento de la historia del mundo. Desde los menos a los más grandes, todos deben procurar ser dignos de esta suprema oportunidad. No se puede perder ni un día; no se puede malgastar ni una hora.

Rusia y Japón.

En mi opinión sería erróneo sugerir que la declaración de guerra de Rusia al Japón haya sido apresurada por el uso de la bomba atómica. En las pláticas que hace considerable tiempo hemos venido manteniendo con el mariscal Stalin, había quedado entendido que Rusia declararía la guerra al Japón a los tres meses de la rendición de los ejércitos alemanes. La razón de ese aplazamiento de tres meses

consistía en la necesidad de transportar por el ferrocarril transiberiano los vastos refuerzos precisos para convertir el ejército rusomanchuriano en una fuerza ofensiva en vez de defensiva. Tres meses era el tiempo acordado y el hecho de que los ejércitos alemanes se rindieran el 8 de mayo y los rusos declararan la guerra al Japón el 8 de agosto no es mera coincidencia, sino otro ejemplo de la puntualidad y fidelidad con que el mariscal Stalin y sus valientes ejércitos cumplen siempre sus compromisos militares.

Paso ahora a los resultados de la conferencia de Potsdam hasta tanto como se han hecho públicos en la referencia publicada y en el muy notable discurso pronunciado por el presidente Truman hace más de una semana. Hubo una general aprobación de los acuerdos propuestos para la administración de Alemania por la Comisión Aliada de Control durante el período provisional de Gobierno militar. Este régimen es a la vez transitorio e indefinido. El carácter del partido nazi de Hitler era tal, que destruyó casi todos los elementos independientes del pueblo alemán. La lucha fué sostenida hasta el mismo fin. La masa del pueblo se vió forzada a apurar hasta las heces el cáliz de la derrota. Una Alemania decapitada ha caído en manos de los vencedores. Pueden pasar muchos años antes que sea viable cualquier estructura de la vida nacional alemana, y los triunfadores tendrán plétora de tiempo para considerar cómo eso puede afectar los intereses de la paz del mundo.

Comisión Aliada de Control.

Entre tanto, entiendo que es de la mayor importancia que las corporaciones locales alemanas asuman la responsabilidad efectiva de desarrollar, bajo la inspección aliada, los métodos de producción y administración necesarios para mantener la vida de una población muy numerosa. No es posible para los aliados encargarse ellos mismos de esa responsabilidad. No podemos tener bajo nuestra mano a las masas alemanas, esperando ser alimentadas, organizadas y educadas por los aliados durante un período de años. Debemos hacer lo posible para evitar la tragedia del hambre. Pero sería vano esperar que a nues-

tra pequeña isla, que necesita importar la mitad de sus alimentos, le quepa hacer al respecto una nueva y apreciable contribución. El racionamiento de este país no puede aumentar en rigor sin poner en peligro la vida y fuerza física de nuestro pueblo, en momentos en que todo se necesita para la inmensa tarea que nos aguarda. Por tanto, aconsejo con la mayor energía que se estimule la entrega de responsabilidades a tantas corporaciones locales alemanas como puedan crearse, siempre que nos parezcan dignas de confianza.

Ministros de Asuntos Exteriores.

En Potsdam se estableció un Consejo compuesto de los ministros de Asuntos Exteriores de las tres, cuatro o cinco potencias, Consejo que se reunía en las distintas formas en que la ocasión lo sugiriera. Esto proporcionó un nuevo y flexible mecanismo consagrado al continuo estudio ulterior de los inmensos problemas con que nos enfrentamos en Europa y Asia. Celebro mucho que se aceptara mi proposición de que la sede del secretariado permanente de ese Consejo radicase en Londres. El ex ministro de Asuntos Extranjeros (Eden) ha ganado, en un largo período, la creciente confianza de sus colegas de Rusia y los Estados Unidos, y a través de la Comisión Consultiva Europea instalada en Londrés creó la sensación de que las cosas pueden arreglarse de modo amistoso y plausible. Gracias a eso, merece parte del honor de que las grandes potencias se aviniesen a instalar en Londres dicho secretariado permanente. Ya era hora de que a Londres, uno de los centros dominantes de los asuntos internacionales del mundo, se le concediese el lugar que tiene. Es la capital más vieja, más grande y más castigada de todas, y la primera que estuvo en guerra; y se retrasaba en demasía el momento de que se reconociese lo que somos.

También celebro que haya comenzado la evacuación de Persia por los ejércitos rusos e ingleses, según el triple tratado que hicimos mutuamente y con Persia en 1941. Aunque ello no aparezca en la referencia oficial, hemos visto anunciado el comienzo inminente de la primera fase de este asunto: la retirada de Teherán de las

tropas rusas y británicas. De la conferencia de Potsdam han dimanado otras materias que debemos considerar satisfactorias. No nos ilusionemos, sin embargo, suponiendo que los resultados de la primera reunión de los vencedores han estado exentos de decepciones e inquietudes, o que las más serias cuestiones planteadas fueron llevadas a buena resolución. Las que no alcanzaron acuerdo en la conferencia han sido encomendadas al Consejo de ministros de Asuntos Extranjeros, el cual, aunque muy capaz de remediar dificultades, sólo está especialmente facultado para resolver asuntos de menor cuantía. Otras graves cuestiones han sido aplazadas hasta el final acuerdo de paz, ocasión en que muchas de ellas pueden haberse arreglado por sí solas, y no necesariamente de la mejor manera.

Sería erróneo e imposible ocultar las divergencias que inevitablemente existen entre los vencedores acerca del estado de cosas en la Europa central y oriental. No censuro en modo alguno al nuevo jefe del Gobierno ni al nuevo ministro de Asuntos Extranjeros, cuya tarea era terminar las discusiones que nosotros habíamos comenzado. Estoy seguro de que hicieron cuanto les fué viable. Tenemos que comprender que ninguna de las tres potencias principales puede imponer sus soluciones a las demás, y que no hay otras soluciones hacederas que las de compromiso. Los ingleses hemos tenido, muy pronto y crecientemente, que reconocer las limitaciones de nuestro poder e influencia, por grandes que sean, en el descarnado mundo que se levanta de las ruinas de esta odiosa guerra. No está en manos de ningún Gobierno inglés presentar soluciones que sean miradas como perfectas por la gran mayoría de los miembros de esta Cámara, cualesquiera que fueren. He de expresar mi opinión de que la frontera occidental provisionalmente concedida a Polonia y que desde Stettin, junto al Báltico, corre a lo largo del Oder y su tributario, el Neisse occidental, comprendiendo una cuarta parte de la tierra cultivable de toda Alemania, no es un buen augurio para el futuro mapa de Europa. El Gobierno de coalición

Polonia.

deseaba que Polonia tuviese amplia compensación, en el Oeste, de los territorios cedidos a Rusia al este de la línea Curzon. Pero creo que se ha cometido un error—en el que ha participado fervorosamente el Gobierno provisional de Polonia—yendo mucho más allá de lo que la necesidad y la equidad requerían. Hay pocas virtudes que los polacos no posean, y hay pocos errores que hayan sabido evitar.

Me interesan particularmente, en este momento, los informes que nos llegan de las condiciones en que está realizándose la expulsión y éxodo de los alemanes de la nueva Polonia. Entre ocho y nueve millones de personas moraban en esas regiones antes de la guerra. El Gobierno polaco dice que, de ellas, quedan todavía dentro de sus fronteras millón y medio no expelido aún. Algunos millones deben haberse refugiado tras las líneas inglesas o americanas, aumentando así la penuria de alimentos en nuestro sector. Pero de gran número de gentes nada se sabe. ¿Dónde han ido y cuál ha sido su suerte? Las mismas condiciones pueden reproducirse, en forma modificada, respecto a la expulsión que de los sudetes y otros alemanes ha habido en Checoslovaquia. Sólo se han filtrado hasta nosotros escasos y cautelosos relatos de lo que ha ocurrido y ocurre, pero no es imposible que esté desarrollándose una tragedia de prodigiosa magnitud tras el telón de hierro que en este instante divide a Europa en dos. Yo agradecería cualquier declaración con que el primer ministro pudiera esclarecer o al menos informarnos de esta muy grave e inquietante cuestión.

Hay un campo más de inquietudes. Recuerdo que unos quince días antes de la otra guerra *herr* Ballin, gran magnate de la navegación y amigo del kaiser, me dijo haber oído comentar a Bismarck, hacia el fin de su vida: «Si hay otra guerra en Europa, dimanará de alguna condenada tontería de los Balcanes.»

Los Balcanes.

El asesinato del archiduque en Sarajevo fué la señal para la primera guerra mundial. No creo que no existan hoy los elementos de un nuevo conflicto en los Balcanes. No es que use el lenguaje de Bismarck, mas sé que mu-

chos miembros de la nueva Cámara no estarán satisfechos de la situación que prevalece en aquellas montañosas, turbulentas, mal organizadas y belicosas regiones. Tampoco pretendo pormenorizar. Celebro mucho ver al nuevo ministro de Asuntos Extranjeros (Ernest Bevin) sentado en el banco opuesto al nuestro. Debo decir que he mirado con gran placer que se encargase de ese elevado y dificilísimo puesto, y estoy seguro que hará todo lo posible para defender las grandes causas por las que hemos actuado juntos. Pero, como expuse, muchos diputados no estarán satisfechos de la situación en la región a que me referí, ya que en casi todas partes fuerzas comunistas han obtenido, o están en camino de obtener, poderes dictatoriales. Ello no significa que el sistema comunista vaya a ser establecido en todas esas partes, ni significa que Rusia procure reducir todos esos estados indèpendientes a provincias de la Unión Soviética. El mariscal Stalin es un hombre muy prudente y no deseo poner límites a las inmensas contribuciones que él y sus asociados han de hacer al futuro.

En países tan desgarrados y convulsionados por la guerra, puede haber, durante algunos meses, necesidad de un Gobierno autoritario. La alternativa había de ser la anarquía. Por tanto, no me parece razonable pedir ni esperar que se instituyan allí inmediatamente gobiernos liberales —con *l* minúscula—y condiciones democráticas al estilo de las inglesas o las estadounidenses. En esas tierras la política se toma muy en serio. Un oficial amigo mío estaba en Zagreb cuando se conocieron los resultados de las elecciones y una señora anciana le dijo: «¡Pobre Churchill! Supongo que ahora le fusilarán.» Mi amigo logró tranquilizarla a este respecto, explicándole que la sentencia podía ser mitigada convirtiéndose en una de las formas de intenso trabajo siempre accesible a los súbditos de su majestad. Pero hemos de saber y hacer saber cuál es nuestra posición respecto a los asuntos de los Balcanes y la Europa Oriental y a los de cualquier país que en este campo se incluya. Nuestro ideal es el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, debiendo el pueblo tener

libertad de expresar en votación secreta, sin trabas ni intimidaciones, su sincero deseo sobre la forma y condiciones del gobierno bajo el que ha de vivir.

En el momento presente—que confío sea muy fugaz—un gran número de países están regidos por gobiernos policíacos. Es un caso del odioso «18 B» llevado a un exceso horrible. La familia se reúne junto al fuego para gozar de los escasos frutos de su trabajo y rehacer sus cansadas energías con la poca comida que han logrado procurarse. De pronto suena un golpe en la puerta y aparece un policía armado hasta los dientes. No es, desde luego, un hombre que se parezca en nada a los funcionarios a quienes honramos y atendemos en las calles de Londres. Puede ocurrir que el padre, o el hijo, o un amigo de la familia que se sienta con ella, sea llevado y desaparezca en la oscuridad, sin que se sepa si volverá nunca ni cuál ha sido su suerte. Todo lo que se sabe es que vale más no hacer preguntas. En la Europa del presente hay en Polonia, en Checoslovaquia, en Austria, en Hungría, en Yugoslavia, en Rumania, en Bulgaria, millones de humildes hogares donde ese temor es la principal preocupación de la vida familiar. El presidente Roosevelt incluyó entre las cuatro libertades de la Carta del Atlántico, que redactamos juntos, la «libertad del temor». Pero esto se ha interpretado como si sólo fuese libertad del temor de invasión por un país extranjero. Éste, sin embargo, es el menor de los temores del hombre común. Su patriotismo le lleva a resistir la invasión con las armas o caer peleando, mas no es éste el temor que hoy sienten por las noches las familias corrientes de Europa. Su temor consiste en que la policía llame a la puerta. No se teme por la patria, porque todos los hombres pueden unirse en buena camaradería para la defensa del suelo natal. Por la vida y libertad de los individuos, por los fundamentales derechos del hombre, ahora amenazados y en precario en muchos países, es por lo que las gentes tiemblan.

En este nuevo Parlamento en que nos hallamos hay naturales y justas diferencias y tendencias de pensamiento, pero seguramente todos o la gran mayoría de los que es-

tamos aquí concordamos en que la primera solución y salvaguardia humana consiste en que la voluntad del pueblo, libremente expresada mediante votación secreta, en elecciones basadas en el sufragio universal, debe señalar las formas de gobierno y de las leyes que han de prevalecer. Sigamos, pues, esta clara y sencilla directriz. Yo proclamo mi fe en la democracia, cualquiera que sea la forma que adopte en los individuos y en los partidos. El hombre puede engañarse y aprovecharse de sus errores. La democracia está sometida ahora a pruebas como nunca ha atravesado antes, y en estas islas debemos sostenerla, como la sostuvimos en los oscuros días de 1940 y 1941, con todo nuestro corazón, con toda nuestra vigilancia y con todo nuestro resistente e inagotable esfuerzo.

La palabra «democracia».

Mientras duraba la guerra y todos los aliados peleaban por la victoria, la palabra *democracia* se vió sometida a tanto exceso de trabajo y uso como las mismas gentes, pero ahora que la paz ha llegado necesitamos buscar definiciones más precisas. En algunos de los países balcánicos se han propuesto elecciones donde sólo se permite un grupo de candidatos, y donde, si otros partidos quieren expresar su opinión, han de convenirlo de antemano con el partido gobernante, el cual, provisto de su policía política y de toda su propaganda, es el único que tiene probabilidades de triunfar. ¿Probabilidades, dije? Certidumbre.

Ésta es la ocasión de que los ingleses hablen. Para nosotros es odioso que los gobiernos intenten mantener su autoridad de otro modo que por elecciones libres y sin trabas en que participe la masa del pueblo. Los gobiernos derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados, como dice la Constitución de los Estados Unidos. Esto no ha de disolverse en fraudes y mentiras impuestas por la sujeción y el asesinato. En nuestra política extranjera debemos tocar de continuo las teclas de la libertad y la justicia tal como las comprendemos en estas islas. Así encontraremos que habrá una extraordinaria medida de acuerdo entre nosotros, y los hombres de esta Cámara marcharemos adelante unidos en un propósito

honroso como es el de recabar para la vida humana cuanto le otorga dignidad y felicidad. Al decir todo esto he procurado juntar y presentar en forma directa ciertas cosas que, según creo, son valiosísimas para la mayoría de nosotros. Me satisface leerlas expresadas en áureas palabras por el presidente de los Estados Unidos cuando dijo:

«Nuestra victoria en Europa fué más que una victoria armada. Fué la victoria de un modo de vida sobre otro. Fué la victoria de un ideal fundado en los derechos del hombre común, en la dignidad del ser humano y en el concepto del Estado como servidor y no como señor de su pueblo.»

No creo que haya un gran desacuerdo entre nosotros. Puede señalarse tal o cual concepto y tal o cual variedad en particulares incidencias, pero seguramente el nuevo Parlamento piensa en conjunto en la forma indicada en esas palabras. Ellas declaran lo que deseamos, en nuestro corazón y conciencia, respecto a los asuntos extranjeros y los problemas del mundo. Así como en las fatídicas llamaradas de 1940, ahora en que brilla una más serena luz, debemos unirnos en esos principios e impulsos que brotan de los bondadosos y generosos corazones de los hombres. De tal suerte, a toda la fuerza material que poseemos y a la honrosa situación que hemos adquirido, añadiremos las fuerzas morales que glorifican a la Humanidad y hacen hasta a los más débiles iguales a los fuertes.

Paso ahora a la esfera interior Ya hablé de lo enormemente que se han facilitado las tareas del Gobierno merced al rápido y súbito fin de la guerra japonesa. ¡Cuántos miles de millones de libras esterlinas se han escapado a los derroches de la guerra! ¡Cuántas veintenas y cientos de miles de vidas se han salvado! ¡Qué vasto número de navíos pueden usarse para la repatriación de las tropas y para transportar por el mundo los víveres y materias primas necesarias para la industria! ¡Qué magnas oportunidades hereda el nuevo Gobierno! Deseemos que se muestre digno de su suerte, que es también la suerte de todos nosotros.

Desmovilización militar.

Soltar y librar los resortes vitales de la energía y la inventiva británicas; hacer que las ganancias honradas de la nación fructifiquen en los bolsillos del pueblo; expandir por todo el país el bienestar y la seguridad contra accidentes e infortunios; planificar, allí donde la planificación estatal sea imperativa, y conducir por cauces fértiles y saludables la innata capacidad británica de buena voluntad y comprensión, son cosas que ahora se abren ante el Gobierno y que deben sernos abiertas a todos. Deseo que no sólo en los asuntos exteriores, sino también en los domésticos, vayamos tan de acuerdo como nos sea posible.

Durante el período del Gobierno interino, mientras aún habíamos de considerar dieciocho meses de ardua guerra con el Japón, revisamos los planes de movilización de tal manera que pudiese haber una aceleración muy grande en todo el proceso de licenciamiento de los hombres y mujeres incluídos en las fuerzas armadas y en el trabajo industrial obligatorio. Ahora todo esto queda modificado por el fin mundial de la guerra. Declaro, pues, que el párrafo del real discurso (el discurso del monarca bosquejando la nueva política del Gobierno) que se refiere a la desmovilización y a los planes hechos en el otoño de 1944 —y con los cuales estoy de completo acuerdo en principio—da una impresión un tanto semejante a una ducha fría. Conseguida la maravillosa oportunidad de la conclusión de la guerra, me sorprende que haya gobierno alguno que juzgue que un lenguaje de tal estilo es apropiado a la nueva situación. Yo veo que el presidente de los Estados Unidos ha dicho que cuantos soldados americanos quepan en los barcos americanos durante el año próximo serán repatriados y licenciados. ¿Puede el Gobierno de su majestad hacer alguna manifestación análoga al respecto de nuestras fuerzas armadas del exterior? O ¿qué manifestación puede hacer? No deseo apremiarle indebidamente, pero quizá conviniese formular alguna declaración en un momento cualquiera de la próxima semana. Sin duda, el primer ministro pensará en esto. En la campaña electoral se han despertado grandes esperanzas, de las que ha dimanado una gran victoria política. El tiempo probará si

esas esperanzas estaban bien fundadas, como nosotros empeñadamente confiamos en que lo estuvieran. Pero ya pueden tomarse muchas decisiones, dadas las circunstancias, completamente alteradas, en que nos encontramos. Es deber del Gobierno fijar el mínimo número de fuerzas que hayan de retenerse durante los seis o doce meses venideros en todas las regiones del exterior, y traer el resto de los soldados al país con el máximo de velocidad que permitan nuestros recursos marítimos, tan inmensamente expandidos.

Aún más importante es la desmovilización en el interior. Concuerdo en absoluto con que la consideración con los hombres de primera línea debe ser el factor dominante; pero, fuera de esto, han de realizarse los más extremos esfuerzos para licenciar a gentes que ya no hacen nada. Espero que la Comisión de Gastos Públicos se restablezca en breve y que recorra el país examinando las instalaciones de guerra del interior e informando con frecuencia a la Cámara. Acabada la guerra, no hay ningún fundamento de secreto militar que impida la publicación de las exactas proporciones numéricas de nuestro ejército, armada y aviación en todas las zonas externas y en el país; y semanalmente, o al menos mensualmente, debemos conocer cifras de la desmovilización progresiva que se efectúe. Ésta es una oportunidad de que el nuevo Gobierno se distinga. Al finalizar la guerra anterior, yo estaba encargado de la aviación y el ejército, y publicaba informes periódicos y precisos. Convengo con las palabras usadas por el ministro de Asuntos Extranjeros cuando lo era de Trabajo en mi administración, a saber, que el tremendo procedimiento de anudamiento de los medios de guerra debe ser seguido por un metódico y regulado desanudamiento. Reconocemos que si el sistema ha de ser aplicado con la mayor celeridad, es necesario que el Gobierno tenga excepcionales poderes por ahora, y mientras use esos poderes para cumplir las grandes tareas administrativas y ejecutivas que sobre él pesan, nosotros no los combatiremos. Sólo y en la medida en que esos poderes sean usados para crear un

Desmovilización interior.

estado-sociedad intervenida grato a los doctrinarios socialistas, pero que nosotros juzgamos odioso para la libertad inglesa, sólo en esa medida, digo, nos veremos obligados a resistir contra los referidos poderes excepcionales. Mientras se usen como parte necesaria para atender a las necesidades impuestas por la guerra, el Gobierno de su majestad debe considerarnos como auxiliares y no como antagonistas, como amigos y no como enemigos.

El decir esto no descarga al Gobierno de su deber de hacer libre a la nación tan pronto como sea posible; de repatriar a los soldados, en consonancia con el plan, con la mayor rapidez, y de capacitar a la masa del pueblo para que reasuma sus vidas y empleos normales de la manera mejor, más fácil y más expedita. No debe haber un largo período de varios meses en que cientos de miles de movilizados de ambos sexos esperen bajo la disciplina militar, ejecutando tareas inútiles a expensas públicas, mientras otras decenas de miles, más elevadamente pagados, esperan también, haciendo trabajos estériles. Lo que deseamos es libertad y lo que necesitamos es abundancia. Libertad y abundancia han de ser nuestros objetivos. La producción de riqueza nueva es más beneficiosa (y en una escala incomparablemente mayor) que las luchas de clase y partido en torno a la liquidación de la riqueza vieja. Procuremos compartir bendiciones y no miserias.

La producción de riqueza nueva ha de preceder a la comunidad de riquezas, que, si no, será sólo comunidad de pobrezas. Lamento que estas verdades, tan incontestables como sencillas, exciten sentimientos de novedad en el honorable señor a quien he contemplado tan a menudo mientras existió el anterior Parlamento y cuyas muchas cualidades agradables he admirado con frecuencia.

No pensamos plantear inmediatamente cuestiones al respecto de las propuestas legislativas del real discurso. No sabemos qué se entiende por la fiscalización de inversiones, pero aparentemente hay en ello motivos de regocijo. Es obvio que en la guerra puede hacerse una cosa, mientras hay que considerar otras en la paz. Ha de tenerse consideración con el hecho de que atravesamos un período

transitorio. El debate sobre el discurso de apertura esclarecería y descubriría las intenciones del Gobierno acerca de la materia. Lo mismo es valedero en lo que atañe a la nacionalización de las minas de carbón. Si ése es en realidad mejor medio de asegurar un mayor suministro de carbón a un precio más barato, y ello en un momento anterior al que ahora se calcula, yo por mi parte examinaré el plan con simpatía. Por los resultados se ha de juzgar al Gobierno y su política. La posesión nacional del Banco de Inglaterra no plantea, a mi entender, ninguna cuestión de principio. Yo doy mi opinión y cualquier otro puede dar la suya. En los Estados Unidos y en nuestros Dominios hay importantes ejemplos de instituciones bancarias centrales. Pero lo que importa es el uso que se haga de esa propiedad pública. Sobre esto hemos de esperar detalladas explicaciones del ministro de Hacienda, quien, y me satisface decirlo, se ha comprometido a oponerse a la inflación. Entre tanto puede ser útil para mí expresar, como jefe de la oposición, el criterio de que los países extranjeros no deben alarmarse por el lenguaje del real discurso sobre ese aspecto, y de que el crédito británico será resueltamente sostenido.

Ley de conflictos obreros.

Viene luego la ley sobre conflictos obreros. Se nos ha dicho que esa ley va a ser abrogada. Personalmente entiendo que tenemos una deuda impagable con los sindicatos por todo cuanto han realizado en pro de nuestro país en larga pugna contra el enemigo extranjero. Pero de seguro sería indiscreto reinstituir una leva política sobre bases pasadas de moda. También sería muy curioso que los sindicatos quisieran recuperar plenas facilidades para legalizar y organizar la huelga general. No habla mucho en favor de la confianza con que el Consejo de los sindicatos mira el buen mundo nuevo, ni en favor de lo que piensa acerca de la progresiva nacionalización de nuestras industrias, el hecho de que en el momento que un honorable y distinguido diputado llama el Día D de la nueva Inglaterra crean los sindicatos necesarios restaurar y afilar el arma de la huelga general, y precisamente en esta particular

ocasión. Al parecer, la nacionalización no es mirada por los sindicatos como garantía alguna contra condiciones que hagan imperativa y justificable una huelga general en defensa de los intereses de los trabajadores. Que yo sepa, después de nacionalizar las minas de carbón vamos a tratar la de los ferrocarriles, electricidad y transportes. Sin embargo, al mismo tiempo los sindicatos juzgan preciso armarse fuertemente contra el Estado socialista. No se advierte, pues, que la nueva era vaya a ser tan feliz para los trabajadores como se nos ha pedido que creamos. De todos modos, parece haber en esos conceptos una incongruencia fundamental a la que la *intelligentia* socialista debe dirigir rápidamente su atención. Acaso se diga que tales facultades sólo se necesitarán si llegan al poder los *tories*. Mas estos días son harto tempranos para amedrentarse.

Yo pediré al primer ministro que nos diga ampliamente lo que entiende por la palabra *abrogar*.

He ofrecido estos comentarios a la Cámara y no deseo concluir bajo la sombra de una nota de controversia, por leve que sea. Respecto a la situación hoy existente, es obvio que no sólo los dos partidos de la Cámara coinciden en lo principal y esencial en materia de política extranjera y en nuestra perspectiva moral sobre los asuntos del mundo, sino que también tenemos un inmenso programa, elaborado por nuestras actuaciones conjuntas en la coalición, que requiere ser convertido en ley para trocarse en parte inherente a la vida de nuestro pueblo. Puede haber tal o cual diferencia de opinión y de grado, mas en lo principal nunca se reunió un Parlamento con tanto volumen de legislación aceptada por todos como el que ante nosotros se encuentra hoy. Tengo grandes esperanzas en este Parlamento, y haré lo posible para que sus tareas sean fructuosas. Él puede cicatrizar las heridas de la guerra y aprovechar en buen sentido los nuevos conceptos y fuerzas que hemos acumulado en medio de la borrasca.

No pretendo disminuir las difíciles e intrincadas complicaciones de la obra que nos espera. Harto conozco

de ella para que me quepa acariciar vanas ilusiones. Pero el día siguiente al de una victoria tal como la que hemos ganado, es un espléndido momento tanto en nuestras minúsculas vidas como en nuestra gran historia. No sólo es tiempo de regocijos, sino aún más de resoluciones. Si recordamos los peligros que hemos atravesado, los potentes enemigos que hemos abatido y los siniestros y mortíferos designios que hemos frustrado, ¿debemos temer el futuro? Hemos salido a salvo de lo peor, y

Tiempo de resoluciones.

A casa el navegante del mar vuelve
y a casa el cazador de la montaña.

FIN DE «VICTORIA»
Y DE LAS
«OBRAS ESCOGIDAS
DE WINSTON S. CHURCHILL»

ÍNDICES

INDICE ONOMÁSTICO

Aarón, 292.
Abdul-Hamid, 109.
Abdullah de Transjordania, 1154.
Acland, sir R., 1052.
Adam, George, 560.
Ahmed Maher pachá, 1154.
Akes, W. A., 1255.
Akhnaton, Pharaon, 297.
Aldershot, 487, 491.
Alejandro Magno, 175, 466.
Alexander, general, 619, 626, 639, 642, 643, 646 a 649, 689, 713, 739, 747, 764, 770, 834, 839, 846 a 849, 889, 918, 919, 954, 955, 977, 978, 986, 988, 1030, 1034, 1049, 1062, 1075, 1100, 1202, 1203, 1211.
Alfonso XIII, 9, 473 a 475, 477, 479 a 483.
Allcock, sir John, 197.
Anders, general, 977.
Anderson, sir John, 645, 648, 791, 1254, 1255.
Aníbal, 175, 268, 466.
Aquiles, 445.
Arnold, general, 636.
Asquith, Herbert Henry, 156, 225, 325, 340, 404, 421 a 425, 429 a 432, 435, 436, 452, 460, 463, 474, 501, 509, 515, 551, 571, 589, 603, 1235.
Asquith, hijo de Raymond, 422.
Asquith, Raymond, 422.
Assheton, 1045.
Astor, lady, 366, 1063.
Atila, 9.
Attlee, 26, 1141, 1230, 1241, 1242, 1244, 1249.
Auchinleck, general, 698, 757.
Augustus, John, 439.
Bacon, almirante, 162, 163, 165, 457, 582 a 586, 589, 591.
Badoglio, mariscal, 717, 759, 773, 851, 852, 895, 896, 996, 1063 a 1065.
Baldwin, 65, 67, 91, 227, 229, 326, 336, 452, 536, 541 a 543, 579.
Balfour, Alicia, 221.
Balfour, Arthur James, 31, 32, 90, 100, 220, 221, 229, 325, 327, 380, 399, 425, 450, 463, 496, 497, 499, 500, 502 a 510, 513 a 516, 533, 536, 541, 542.
Ballin, 1267.
Barric, James, 362.
Bazaine, mariscal, 352.
Beaconsfield, lord, 25, 660, 1166.
Beatriz, princesa, 1007.
Beatty, lord, 584.
Beaverbrook, lord, 64, 65, 432, 777.
Beerbohm, Max, 68.
Beresford, lord Charles, 583.
Berle, 1064.
Bevan, Aneurin, 19, 1061, 1116.
Beveridge, sir William, 658, 1234, 1235.
Bevin, 664, 794, 872, 874, 1226, 1268.
Beynet, general, 1213, 1215.
Bidault, 1138.
Biggar, 600.
Birkenhead, primer conde de (véase *Smith, Frederic Edwin*).
Birrell, 473, 474.
Bismarck, 58, 236, 346, 347, 352, 410, 634, 740, 1267.
Blackler, R. F. G., 1119.
Blackwell, Ernley, 95.

Bodrick, 84.
Bonham-Carter, lady Violet, 423.
Bonomi, 996, 1065, 1066, 1101.
Booth, general, 609.
Boris de Bulgaria, 725.
Boswell, 328.
Botha, general, 50, 51, 609, 882.
Boulanger, 558, 559.
Bowen, Eduardo, 822.
Brabazon, general, 385, 1255.
Bradley, general Omar, 948, 949, 1120, 1121.
Braisthwaite, mayor, 805.
Brentford, lord (véase *Joyson-Hicks*).
Bright, 452, 545.
Broodrick, 533.
Brooke, mariscal Alan, 953, 1203.
Brusilov, 148, 416.
Brüning, 419, 521 a 523.
Bryan, 82.
Buat, general, 393.
Buller, sir Redvers, 515.
Burke, 71, 242.
Burns, John, 342, 407.
Burns, Robbie, 1232.
Butt, Isaac, 592.
Byng, general, 181.
Byrnes, 1096.
Byron, lord, 274.

Cadogar, sir Alexander, 1002, 1064.
Camors, conde de, 565.
Campbell, 527.
Canon, Le, 602.
Carey, coronel, 188, 191.
Carlyle, 364, 1180.
Carnarvon, lord, 598.
Carruthers-Gould, Frederick, 62.
Carton de Wiart, general, 760.
Castillo, presidente, 686.
Castlereagh, general, 236.
Catón el Viejo, 20.
Cavan, 123.
Cecil, Hugh, 85 a 88, 212.
Cézanne, 314, 316, 317.
Ciano, conde, 623, 735.
Ciro, 289.
Clark, general, 770, 771, 849, 918, 919, 977, 978, 1062, 1211.
Clar Kerr, sir Archibald, 1148.
Clemenceau, 9, 31, 177 a 181, 183, 186, 187 a 192, 194, 440, 468, 470, 513, 553 a 566, 691, 1106.
Clemenceau, Benjamín, 568.
Cobden, 452, 545.
Cockcroft, profesor, 1255.
Cockran, Bourke, 81 a 83.
Collins, Michael, 234, 236, 237, 461.
Conant, presidente, 736, 741.
Cooper, Duff, 490, 910.
Cowper, lord, 595.
Crabbe, 79.
Craig, James, 232.
Crewe, lady, 344.
Crewe, lord, 335, 571, 572, 713.
Cripps, sir Stafford, 1223, 1230, 1237, 1288.
Cromwell, 1180.
Crowe, sir Eyre, 1143.
Cunningham, almirante Adrews, 644, 647, 689, 745, 796, 1203.
Curtin, 988.
Curzon, George Nathaniel, 35, 325, 527 a 531, 533 a 537, 539 a 543.
Curzon, lady, 535.

Chadwick, James, 1255, 1257.
Chakmak, mariscal, 637.
Chamberlain, Austen, 504, 536, 541.
Chamberlain, Joseph, 35, 67, 76, 84, 220, 325, 335, 368 a 383, 399, 425, 452, 502 a 507, 533, 537, 597 a 601, 604, 879.
Chamberlain, Neville, 41, 452, 540.
Chang-Kai-Shek, general, 620, 636, 678, 733, 757, 835, 838, 942, 1096, 1259.

Chennault, general, 985.
Cherwell, lord, 1254, 1255.
Choate, 93.
Churchill, hijo de Winston S., 1102.
Churchill, lord Randolph, 39, 61, 67, 81, 84, 329, 335, 379, 380, 402, 453, 596, 601, 602, 1166.

Damaskinos, arzobispo, 1095, 1109, 1112.
Darío, rey, 276.
Darlan, almirante, 619.
Darwin, Charles, 1255.
Deakin, teniente coronel, 856.
Deane, general, 1011.
Debeney, general, 184, 193.
Delcassé, 341.
Dempsey, general, 948, 951.
Derby, lord, 505, 506, 508.
Déroulède, 559.
Devers, general, 849.
Devonshire, duque de (véase *Hastington*).
Dewey, Tomás, 1025, 1028.
Dietrich, Sepp, 1196.
Dilke, Charles, 378, 597, 599.
Dill, mariscal de campo, 636.
Disraeli, 67, 83, 242, 274, 335, 336, 379, 383, 452, 531, 661, 1232.
Doenitz, almirante, 1190, 1191, 1211.
Doshan, Esteban, 341.
Dowding, lord, 1197.
Dreyfus, 561, 562, 603.
Dryasdust, doctor, 297.

Eaker, general, 698.
Eden, Anthony, 26, 650, 686, 812, 825, 1006, 1141, 1144, 1149, 1212, 1241, 1265.
Eduardo VII, 352, 355, 370.
Eduardo VIII, 575.
Eisenhower, general, 626, 644 a 649, 683, 689, 695, 739, 745, 757, 759, 760, 764, 770, 778, 836, 837, 850, 921, 922, 930, 944, 945, 947, 949, 971 a 973, 975, 976, 1013, 1030, 1033, 1059, 1060, 1083, 1099, 1120, 1121, 1177, 1190 a 1192, 1202, 1203, 1213, 1216, 1218.
Emerson, 70.
Enver Bey, 108 a 110.
Erskine, general, 1059.
Esmonde, teniente coronel, 1199.
Eugene, 413.
Eurípides, 608.
Evatt, doctor, 701.

«F. E.» (véase *Smith, Frederic Edwin*).
Falkenhayn, 413 a 415.
Faraón, 287, 288, 290, 292 a 295.
Farinacci, 764.
Faruk, rey, 1152, 1154.
Feather, profesor, 1255.
Federico el Grande, 175, 268, 347, 356, 411.
Fegen, capitán, 1199.
Feisal, emir, 437, 439, 440, 442, 443.
Felipe II, 277.
Fisher, lord, 161, 162, 326, 431, 582 a 584, 586 a 591.
Fitzroy, capitán, 650.
Foch, general, 178, 179, 181, 184 a 186, 394, 464 a 472, 494, 553 a 555, 566, 691, 1181.
Fox, Carlos Jacobo, 82, 242.
Franco, general, 897, 1054.
Fraser, almirante, 988, 1124.
French, John, 122, 384 a 395, 492.
Freyberg, general, 848.
Friedeburg, almirante von, 1211.
Frost, Jack, 359.

Gales, príncipe de (véase *Eduardo VII*).
Galway, 599.
Gallacher, diputado, 758, 776, 903, 1055, 1108, 1114.

Gallieni, 392.
Gambetta, 556.
Gandhi, Mahatma, 33.
Gardstein, Jorge, 93.
Garvin, 368, 369.
Gaulle, general De, 619, 650, 686, 695, 696, 725, 779, 837, 910, 961, 971, 1007, 1014, 1033, 1062, 1201, 1212 a 1215.
Geddes, sir Eric, 163.
Gengis Khan, 9.
George, Henry, 361, 546.
George, Lloyd, 23, 24, 88, 91, 107, 154, 156, 157, 160, 177, 180. 225, 234, 236, 340, 356, 364, 375, 409, 423, 425, 432, 435, 436, 455, 459, 463, 490. 499, 509, 516, 533, 534, 536, 537, 541, 563, 567, 577, 658, 714, 797, 1177 a 1180, 1221, 1234.
Giraud, general, 619, 647, 650, 669, 680, 686, 725, 779.
Gladstone, 24, 56, 59, 61, 67, 72 a 74, 83, 231, 242, 297, 331 a 335, 337 a 339, 373 a 379, 381, 426, 452, 502, 528, 545, 594 a 598, 600 a 602, 604, 606, 714, 732, 1141, 1221.
Gloucester, duque de, 1212.
Godolphin, 508.
Goebbels, doctor, 709.
Goering, 523, 1196.
Goethe, 361.
Gordon, general, 337.
Gort, mariscal, 1049.
Grabski, 1079.
Gradgrind, 297.
Grandi, conde, 623.
Grant, general, 236, 596.
Granville, Edgar, 937, 959.
Greenwood, 1225.
Grévy, 558, 559.
Grewe, 404.
Grey, Edward, 340, 404, 430, 499, 574.
Grey, Spenser, 196.
Griffith, 234 a 236.
Grigg, Eduardo, 128.
Guariglia, doctor, 717.
Guest, capitán, 228.
Guillermina, reina, 909.
Guillermo II, 103, 346, 349 a 355, 387.
Gusev, embajador, 1138.
Gustavo de Suecia. 466.

Haakon, rey, 909.
Haig, sir Douglas, 178, 179, 184, 188. 189, 389, 467, 469, 484 a 486, 488 a 495.
Halban, doctor. 1255.
Haldane, lord, 340, 886.
Halifax, lord, 70.
Hamel, Gustavo, 199, 200.
Hamilton, George, 503.
Hampden, 333.
Hands, Carlos, 221.
Hankey, Maurice, 154, 157.
Harcourt, sir William, 219, 338. 339, 600.
Harriman, Averill, 1008, 1085, 1148.
Harris, Frank, 509.
Harris, sir P., 1046.
Harrow, 822.
Hartington, lord, 217, 377, 378. 380, 503 a 507.
Healy, Tim, 453, 600, 605, 606.
Henderson, R. G., 158.
Hereford, lord James de, 221.
Herz, Cornelio, 559.
Hicks-Beach, Michael, 87, 370.
Hill, mariscal, 933.
Himmler, 939, 1006, 1033, 1097. 1211.
Hindenburg, 149, 153, 169, 410 a 420, 522.
Hiro-Hito, 1259.
Hitler, Adolfo, 9, 20, 22, 30, 31, 33, 35, 41, 419, 420, 518 a 520, 522 a 524, 525, 631, 635, 636, 652 a 654, 657, 658, 666, 680, 681, 684, 686, 691, 702, 705, 708, 710, 713, 723, 726, 730, 731, 733, 751, 762, 766,

782, 796, 816, 825, 827, 839, 844, 848, 849, 854, 887, 889, 890, 894, 895, 899, 900, 909, 939, 942, 952, 955, 956, 959, 968, 985, 986, 988, 992, 1006, 1018, 1019, 1022, 1026, 1033, 1096, 1097, 1144, 1165, 1186, 1198, 1201, 1202, 1226, 1264.
Hoare, sir Samuel, 759, 897.
Hodges, general, 1163, 1211.
Holtzendorff, 153.
Hopkinson, 1063.
Hore - Belisha, diputado, 877, 881.
Horthy, almirante, 1006.
Hull, Cordell, 812, 825, 1034.

Ibn Saud, rey, 1156.
Inonu, general, 894, 967.
Isabel, princesa, 1052.
Isaías, 278.
Isenstein, 92, 93.
Ismay, general, 1010, 1254.

Jackson, Henry, 156, 413.
Jameson, 353.
Jellicoe, John, 116, 156, 160, 163.
Jenofonte, 13.
Jeremías, 278.
Jethró, sacerdote, 291, 292.
Jodl, general, 1190, 1191.
Joffre, 390, 392, 394, 467.
Johnson, doctor, 328.
Jorge V, 326, 449, 540, 569, 570, 574, 576 a 578, 580.
Jorge VI, 575, 1208.
Jorrocks, 1024.
José, 287.
Joyce, William, 1212.
Joynson-Hicks, 223.
Juana de Arco, 365, 555.
Julio César, 8, 13, 56, 61, 175, 268, 466.

Keats, 316.
Keitel, mariscal, 1191.
Kesselring, general, 917, 978, 1095, 1196.
Keyes, almirante, 161, 163, 165, 585, 945.
Killearn, lord, 1155.
Kimberley, 385.
King, almirante, 628.
King, Mackenzie, 727, 988.
Kipling, 233, 361, 738, 885.
Kitchener, lord, 38, 40, 53, 394, 533.
Kluge, von, 923.
Knox, sir A., 1180.
Knutsford, 97.
Koenig, general, 971, 1029.
Koniev, mariscal, 876.
Kruger, presidente, 353, 381.
Kuhl, 170, 171.

La Fontaine, 130.
Lanrezac, general, 389 a 392.
Lansdowne, lord, 176, 341.
Laski, profesor, 1242, 1248, 1249.
Lattre de Tassigny, general De, 1191, 1213.
Lauder, Harry, 189.
Laval, 1253.
Lavery, sir John, 238, 308.
Law, Bonar, 62 a 65, 154, 156, 227, 326, 423, 432, 436, 452, 460, 461, 537, 539 a 541, 787.
Lawrence de Arabia, 9, 437 a 449.
Leathers, lord, 932.
Leclerc, general, 619.
Lecomte, general, 556.
Lee, 236, 413.
Leeper, embajador, 1113, 1115, 1158.
Leese, general Oliver, 918, 952, 977.
Leigh-Mallory, sir Trafford, 1033.
Lenin, 1143.
Lewis, George, 604.
Lindermann, general, 1212.
Linlithgow, lord, 698.
Lipton, sir Thomas, 353.
Lockwood, Franck, 604.
Longfellow, 1187, 1200.

Loucheur, ministro, 184, 188, 189, 192, 193.
Lowther, Jim, 379.
Ludendorff, 149, 153, 167 a 173, 175, 178, 412, 414, 416, 418, 472.
Luis XIV, 276, 400, 1201.
Lumsden, teniente general, 1124.

Llewellyn-Smith, sir Hubert, 658, 1234.

MacArthur, general, 635 a 637, 755, 824, 835, 941, 1006, 1096, 1124, 1253.
Macaulay, 444.
MacDonald, Ramsay, 496, 497, 521, 545, 548, 577, 579.
MacIntyre, R. D., 1189.
Mackensen, 414.
Maclean, Fitzroy, 856.
MacMillan, Harold, 644, 778, 1075, 1153.
Mahmud Shefket bajá, 108.
Malvern, 822.
Manet, 316.
Mangin, 470.
Mannerheim, mariscal, 940.
Maquiavelo, 32, 501.
Marshall, general, 688.
Martinet, De, 400.
Marx, 361.
Matusalén, 312.
Mensdorff, conde, 176.
Mihailovitch, general, 854 a 857, 905.
Mikolaiczky, 964, 994, 1011, 1078 a 1084, 1149.
Milner, 178.
Milton, 552.
Mill, John Stuart, 333, 398, 545, 787.
Moisés, 30, 287, 289, 291, 292 a 295, 297.
Mointyre, R. D., 27.
Molotov, 777, 812, 825, 1011, 1148.
Moltke, 413.
Monet, 316.
Montgomery, general, 619, 623, 639 a 642, 668, 689, 747, 764, 765, 836, 837, 850, 921, 945, 947, 949, 951, 953, 972, 988, 1031, 1038, 1060, 1099, 1120, 1121, 1124, 1177, 1190, 1202, 1203, 1211, 1213.
Morgan, J. H., 402, 944.
Morgenthau, 789.
Moris, 361.
Morley, John, 219, 262, 301, 325, 334, 364, 378, 397, 398 a 401, 403 a 407, 425, 463, 500, 597, 601, 607.
Morountzef, 93.
Morris, William, 361.
Morrison, teniente coronel H. G., 1113, 1223, 1230.
Mountbatten, almirante lord Luis, 725, 733, 757, 835, 942, 943, 945, 981 a 983, 1095, 1125, 1190.
Mowatt, Francis, 83, 84.
Murphy, 644.
Mussolini, 20, 22, 623, 681, 684, 705, 710, 713, 717, 718, 720, 726, 731, 735, 745, 758, 761 a 765, 773, 774, 780, 894, 895, 997, 1153, 1197, 1199, 1201, 1202, 1226.
Mustafá Kemal, 539, 968.

Napoleón, 74, 268, 269, 460, 466, 489, 567, 985, 1201.
Napoleón III, 57.
Naville, 288.
Nelson, 146, 552, 586, 984, 1201.
Newton, Isaac, 277.
Nietzsche, 762.
Nightingale, Florence, 57.
Nimitz, almirante, 941, 1096, 1124.
Niville, general, 166.
Northcliffe, lord, 62.
Noske, 549.

O'Connell, 593.
O'Donnell, Frank, 595.

Ogden, C. K., 741.
Oliphant, profesor, 1255.
Oliver, Henry, 114.
Orpen, sir William, 320.
O'Shea, capitán, 376, 599, 600, 603, 604.
O'Shea, Kitty, 598 a 600, 604, 608.
Oxford, conde de (véase *Asquith, hijo de Raymond*).

Painlevé, 467.
Pankhurst, Cristobalina, 222.
Pankhurst, Silvia, 222.
Papandreu, 902, 903, 965, 1015, 1068, 1069, 1073, 1107.
Papen, von, 420, 522, 968, 1183.
Paraman, miss, 527.
Parnell, Charles Stewart, 326, 335, 376, 592 a 608.
Patch, general, 976, 980.
Patton, general, 972, 1094, 1121, 1163, 1177, 1182.
Paulus, von, 681.
Pedro II, 1103.
Peel, Robert, 77, 277, 452, 502.
Pégoud, 200.
Peierls, profesor, 1255.
Pellieu, De, general, 562.
Pershing, general, 177, 213.
Pétain, general, 175, 178, 179, 193, 194, 467, 468, 470.
Piamonte, príncipe del, 896, 917.
Pierlot, 1059.
Pigott, Ricardo, 601 a 603.
Pile, general, 933.
Pitt, 459, 530, 1201.
Plastiras, general, 1099, 1110, 1117.
Pohl, von, 147.
Poincaré, 178, 574.
Portal, lord, 870, 872, 1203.
Pound, sir Dudley, 796, 988, 1203.
Poy, 62, 66, 67.
Powell, Baden, 326, 609, 613.
Pric, 904.

Quisling, Vidkung, 1196.

Raemakers, Louis, 68.
Ramírez, general, 686.
Ramsay, almirante Bertram, 947, 1099, 1124.
Ramsés, 288.
Rapp, general, 1116.
Rawlinson, 184, 187 a 189, 191 a 193.
Rawson, general, 686.
Reading, lord, 177.
Redmond, John, 606, 882.
Reinach, barón, 559.
Renan, 298.
Richards, Ivor, 741.
Ritchie, George, 84, 224, 503.
Ritter von Greim, mariscal.
Roberts, lord, 610.
Robertson, Edmund, 223, 490.
Robey, Jorge, 189.
Rokossovsky, mariscal, 1163.
Romer, 1079, 1080.
Rommel, 623 a 625, 639, 640, 642, 645, 646, 649, 650, 679, 747, 1006.
Roosevelt, Franklin, 14, 32, 631, 635, 649, 650, 686, 698, 725, 728, 730, 745, 777, 784, 791, 812, 859, 909, 938, 972, 1025, 1029, 1103, 1152, 1183, 1184, 1186 a 1189, 1200, 1255 a 1257, 1269.
Rosebery, 24, 325, 327 a 336, 338 a 343, 399, 401, 402, 463, 500, 1221.
Rothschild, Leopold, 505.
Runsdtedt, von, 923, 1093, 1096, 1097, 1120, 1122.
Rupprecht, 170.
Ruskin, 314, 315.
Russell, B., 77.
Russell de Killoven, lord, 603.
Ryti, presidente, 940.

Sackville-West, general, 183.
Sacheverell, 602.
Saint Helier, lady, 381.
Salisbury, lord, 220, 380, 530, 540, 598, 601.

Sampson, comandante, 196.
Saradjoglu, ministro, 967.
Sargón, 276, 289.
Scobie, general, 1059, 1073, 1075, 1100, 1108, 1109, 1158.
Scott, Jack, 204 a 206, 208 a 210, 212, 213.
Scrimgeour, 223, 225, 226.
Schickelgruber, cabo, 986.
Schinwell, 901.
Schleicher, 420.
Schopenhauer, 361.
Schulenberg, 170.
Seely, Jack, 188, 190, 191, 387.
Séfora, 291, 293.
Selborne, lord, 698.
Sevez, François, 1191.
Sforza, conde, 775, 1061 a 1065.
Shakespeare, 362, 552.
Shanks, Edward, 360, 361.
Shaw, George Bernard, 9, 359, 360, 362, 363, 365 a 367, 479.
Shelley, 316, 361.
Shinwell, diputado, 877, 881, 884.
Shukri, presidente sirio, 1157.
Sidney, 333.
Sikorski, general, 907, 994, 1080.
Simon, doctor, 1255.
Simon, sir John, 519.
Sims, almirante, 159.
Sinclair, sir Archibad, 389, 698, 1250, 1251.
Sixto de Borbón, príncipe, 176.
Slade, doctor, 1255.
Smillie, Bob, 809.
Smith, Adam, 26, 545.
Smith, Bedell, 689, 850, 1191.
Smith, Betsabé, 451.
Smith, Frederic Edwin, 64, 90, 236, 451, 452 a 454, 456 a 461, 463, 536, 541.
Smith, Goldwin, 332.
Smith, Thomas, 451.
Smuts, general, 176, 882, 988.
Snowden, Philip, 544 a 552.
Sócrates, 501.
Sófocles, 608.
Sofulis, 1069, 1073.
Somerville, almirante, 943.
Spaatz, general, 689.
Spears, general, 390.
Spender, 428, 429 a 431.
Stalin, mariscal, 32, 36 a 38, 634, 643, 678, 692, 717, 728, 729, 746, 759, 776 a 778, 820, 824, 825, 839, 859 a 861, 911, 944, 955, 964, 981, 994, 1003, 1006, 1008, 1011, 1026, 1027, 1076, 1077, 1079, 1080, 1103, 1123, 1131, 1143, 1144, 1147, 1149, 1151, 1241, 1261, 1263, 1264, 1268.
Stamfordham, lord, 541, 542.
Stanley, lord, 505, 506.
Stephenson, Jorge, 277.
Stettinius, 1135, 1152, 1153.
Stevenson, 342.
Stilwell, general, 835, 943, 981, 1017.
Stimson, 1256, 1261.
Stokes, diputado, 951.
Stone, almirante, 1153.
Strang, William, 1138.
Street, Downing, 180.
Streicher, Julius, 1211.
Strube, 65 a 67.
Subasic, doctor, 1010.
Svaars, Fritz, 99.

Tedder, mariscal del Aire, 647, 689, 836, 850, 933, 1124, 1191.
Tenniel, John, 56, 58.
Tennyson, 277, 1041.
Thomas, Albert, 563.
Thomas, Clement, 556.
Thomson, sir George, 1254.
Tigre, El (véase *Clemenceau*).
Tito, mariscal, 851, 855 a 857, 905, 906, 964, 1010, 1102, 1103, 1196.
Tojo, almirante, 938, 941.
Trenchard, 442.
Trotsky, 962.

Truman, Harry S., 33, 1183, 1212, 1241, 1253, 1259 a 1261, 1264.
Tsouderos, ministro, 902.
Tureno, 268.
Turner, 310, 315.
Tyrwhitt, Reginald, 114.

Valera, De, 232, 1198, 1199.
Velebit, mariscal, 905, 964.
Venizelos, 902, 965.
Vespasiano, emperador, 277.
Victoria, reina, 39, 276, 352, 397, 545, 592.
Víctor Manuel de Italia, 895.
Vogel, Jacobo, 99.

Waley, sir David, 1071.
Warr, lord De La, 1156.
Washington, Jorge, 678.
Wavel, mariscal de campo, 620, 637, 671, 698, 898, 1186, 1199.
Webb, Sidney, 361, 1234.
Wedderburn, diputado, 879.
Weldon, obispo, 531.
Wellington, 495, 1201.
Wells, 274.
Wemyss, almirante, 163.
Wendell Holmes, Oliverio, 85.
Westminster, duque de, 181, 884.
Wetzell, 170, 171.
Whistler, 318.
Wilde, Oscar, 362.
Wilson, general Henry Maitland, 490, 647, 838, 849, 905, 913, 944, 1015, 1067, 1068, 1072, 1073.
Wilson, presidente, 177, 178, 516, 589, 861, 998.
Willis, juez, 456, 457.
Willkie, Wendell, 1186, 1187, 1200.
Winant, embajador, 736, 1138.
Wingate, general, 876, 942.
Winterton, conde, 878.
Wood, sir Kingsley, 28, 746, 785, 786, 788, 789, 791.
Woolton, lord, 868, 1047.
Wordsworth, 552.
Wyndham, Percy, 502.
Wyndham, George, 502.

Yamamoto, almirante, 941.
Yencken, 897.
Young, Hubert, 442.
Ypres, lord, 384.

Zannas, 1116.
Zervas, coronel, 903, 1069, 1070.
Zhukov, mariscal, 864, 1163, 1191, 1213.

ÍNDICE GENERAL

EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA DE 1953 ..... *Pág.* 7

PRÓLOGO:

Winston S. Churchill 13
Churchill, orador 17
Churchill, político 20
Churchill, estadista 28
Lo práctico y real, siempre sobre la teoría e ideal ... 35
Churchill, escritor 38
Datos biográficos 39

PENSAMIENTOS Y AVENTURAS:

Prefacio 45

¿Vivir la propia vida o una nueva? 47
Caricaturas y caricaturistas 56
Consecuencia política 70
Contactos personales 80
La batalla de la calle de Sidney 92
El esplendor alemán 101
Mi cuento de espías 111
Con los granaderos 122
El documento de Plugstreet 135
La guerra submarina 143
El «todo o nada» de Ludendorff 166
Un día con Clemenceau 180
En el aire 195
Recuerdos electorales 214
El tratado de Irlanda 230
El Gobierno parlamentario y el problema económico ... 239
¿Nos suicidaremos todos? 252
Efecto de las masas en la vida moderna 261
De aquí a cincuenta años 274
Moisés, el conductor de un pueblo 287
Pasatiempos favoritos 299
La pintura como pasatiempo 305

GRANDES CONTEMPORÁNEOS:

Prefacio 325
El conde de Rosebery 327

El ex kaiser 346
Bernard Shaw 359
Joseph Chamberlain 368
Sir John French 384
John Morley 397
Hindenburg 410
Herbert Henry Asquith 421
Lawrence de Arabia 437
«F. E.», primer conde de Birkenhead 451
El mariscal Foch 464
Alfonso XIII 473
Douglas Haig 484
Arthur James Balfour 496
Hitler y su opción 518
George Nathaniel Curzon 527
Philip Snowden 544
Clemenceau 553
El rey Jorge V 569
Lord Fisher y su biógrafo 582
Charles Stewart Parnell 592
B.-P. 609

LA FORJA DE LA VICTORIA:

I.—*Adelante hacia la victoria:*

Introducción 619
Discurso en el norte de Africa:
En el ejército del desierto (Un discurso al VII Ejército de Trípoli) 623
La situación de la guerra (Discurso en la Cámara de los Comunes) 626
Un plan de cuatro años (Conferencia radiada al mundo). 649
Discurso en el Congreso de los Estados Unidos (Pronunciado en el Capitolio de Washington y radiado al mundo) 669
«Más brillantes y sólidas perspectivas» (Discurso del primer ministro en la Cámara de los Comunes a su regreso de sus visitas a los Estados Unidos y África) ... 686
«Antes de la caída de la hoja» (Discurso pronunciado al recibir el título de ciudadanía del Ayuntamiento) 698
El ideal liberal (Discurso en el Círculo Liberal Nacional de Londres al ser descubierto un retrato del primer ministro que había sido dañado por una bomba) 713
Caída de Mussolini (Discurso en la Cámara de los Comunes) 717
Exhortación a una conferencia de las tres potencias (Discurso radiado al mundo) 725
Unidad angloamericana (Discurso en la recepción de un cargo honorífico en la Universidad de Harvard) 736

Pasado y porvenir de la guerra (Discurso en la Cámara de los Comunes) 745
Sir Kingsley Wood (tributo rendido en la Cámara de los Comunes al ministro de Hacienda, que falleció el 21 de de septiembre de 1943) 785
Las mujeres de Inglaterra (Discurso a una reunión de seis mil mujeres en el Royal Albert, de Londres) 791
La situación minera (Discurso en la Cámara de los Comunes) 812
Reconstrucción de la Cámara de los Comunes (Discurso en la Cámara de los Comunes) 812
Discurso a los muchachos de Harrow School 820
«No es ocasión de flaquear» (Discurso en el almuerzo del Lord Alcalde el 9 de noviembre de 1943) 823

II.—*Alba de liberación:*

Introducción 833
«Preparación, resolución, esfuerzo» (Discurso en la Cámara de los Comunes, sobre la marcha de la guerra, el 22 de febrero de 1944) 837
«Se acerca la hora de nuestro mayor esfuerzo» (Discurso retransmitido por radio a todo el mundo) 864
Espíritu del Imperio (Discurso en la Cámara de los Comunes durante un debate sobre unidad del Imperio) ... 876
Una ojeada mundial (Discurso en la Cámara de los Comunes) 889
La invasión de Francia (Declaración en la Cámara de los Comunes sobre la liberación de Roma y la invasión de Francia) 917
La bomba volante (Declaración en la Cámara de los Comunes) 923
La situación de la guerra (Discurso en la Cámara de los Comunes) 938
Examen de la guerra (Discurso en la Cámara de los Comunes) 971
La última fase (Discurso en la Cámara de los Comunes sobre la situación de la guerra) 1006
Prolongación del Parlamento (Discurso en la Cámara de los Comunes) 1017
Los frutos de 1944 (Discurso en el almuerzo del Lord Mayor en Londres) 1025
Las tareas que nos esperan (Discurso en la Cámara de los Comunes) 1033
Las escuelas públicas de Inglaterra (Discurso a los escolares del colegio de Harrow) 1049
La crisis de Grecia (Discurso en la Cámara de los Comunes al debatirse una enmienda deplorando la intervención británica en Grecia y en otras partes de la Europa liberada) 1052

Porvenir de Polonia (Discurso en la Cámara de los Comunes) 1075

III.—*Victoria:*

Introducción 1093
Revista de la guerra (Discurso en la Cámara de los Comunes el 18 de enero de 1945) 1099
Resultado de la Conferencia de Crimea (Discurso en la Cámara de los Comunes el 27 de febrero de 1945) ... 1133
La política conservadora (Discurso en la asamblea del partido conservador en Central Hall, Westminster) 1163
La muerte del conde Lloyd George (Discurso en la Cámara de los Comunes el 28 de marzo de 1945) 1177
Muerte de Roosevelt (Discurso en la Cámara de los Comunes el 17 de abril de 1945) 1182
Un diputado sin presentación (Discurso en la Cámara de los Comunes el 17 de abril de 1945) 1189
Rendición incondicional (Discurso radiado al mundo el 8 de mayo de 1945) 1190
Gratitud al Parlamento 1193
«Esta victoria es vuestra» 1194
«Adelante hasta ejecutar toda la tarea» (Discurso radiado al mundo el 13 de mayo de 1945) 1196
El rey en la guerra (Discurso en la Cámara de los Comunes el 15 de mayo de 1945) 1206
Siria y Líbano (Declaración en la Cámara de los Comunes el 5 de junio de 1945) 1211
El general Eisenhower (Discurso en el Ayuntamiento, al recibir el supremo comandante aliado la ciudadanía honorífica de Londres, el 12 de junio de 1945) 1216
Las elecciones:
«Voto nacional más que partidista» (Primer discurso electoral por radio el 4 de junio de 1945) 1219
Una nación más sana (Segundo discurso electoral por radio el 13 de junio de 1945) 1227
Una amenaza a la libertad (Tercer discurso electoral por radio el 21 de junio de 1945) 1237
Discurso electoral (A los votantes de Woodford, junio de 1945) 1243
Opción de los electores (Cuarto discurso electoral, radiado el 30 de junio de 1945) 1244
Veredicto de la nación 1252
La bomba atómica (Discurso del presidente Truman el día 6 de agosto de 1945) 1253
El supremo triunfo (Última ojeada de Churchill a la guerra y primero de sus discursos de importancia como jefe de la oposición) 1259

ÍNDICE ONOMÁSTICO 1281

INVENTAS·VITAM·IUVAT·EXCOLUISSE·PER·ARTES
ERIK HEDBERG
ACAD
IACINTO BENAVENTE
SUEC

ALFR·
NOBEL
NAT·
MDCCC
XXXIII
OB·
MDCCC
XCVI

WINSTON S. CHURCHILL

*

PREMIO NOBEL 1953

OBRAS ESCOGIDAS

BPN

AGUILAR